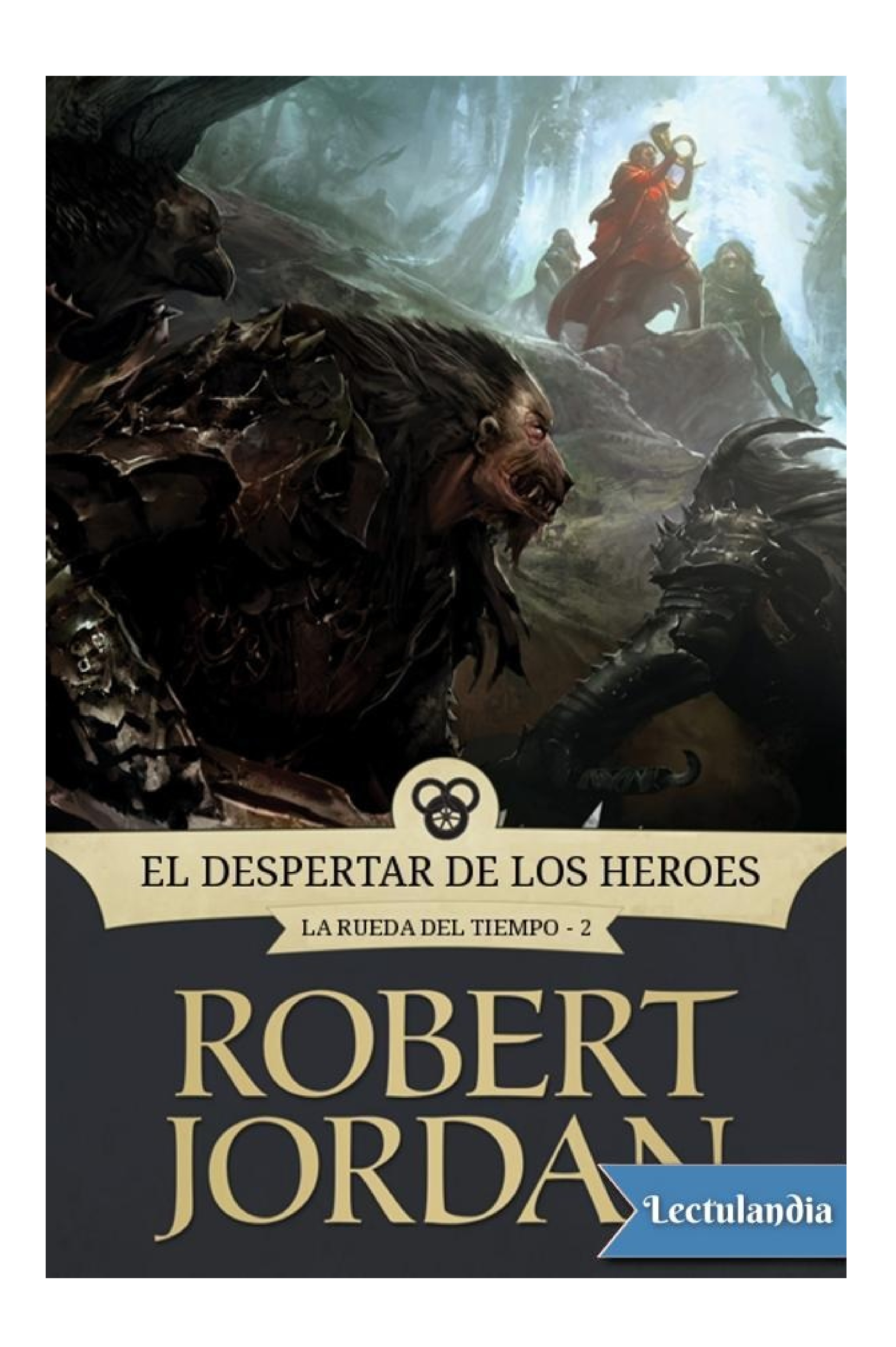

EL DESPERTAR DE LOS HEROES
LA RUEDA DEL TIEMPO - 2
ROBERT
JORDAN
Lectulandia

Las fuerzas del mal se agitan y tienden sus garras sobre el mundo, al mismo tiempo que surgen señales que auguran la proximidad de la Última Batalla, donde ha de decidirse la suerte de la humanidad. Según afirman las profecías, en ella tendrá que luchar el Dragón Renacido para proteger a la Luz del avance de las Tinieblas.

Padan Fain, un siniestro seguidor del señor de la Oscuridad, ayudado por las abominables criaturas que componen sus ejércitos, roba el Cuerno de Valere, un objeto decisivo para decantar la supremacía en el combate. Rand y sus amigos parten en su persecución en compañía de un pelotón de soldados del reino de Shienar. El largo y azaroso viaje los llevará hasta los confines del continente, donde trataran de recuperar el Cuerno, a cuya llamada acuden los héroes de todas las eras. Entretanto, Rand averiguará inquietantes detalles acerca de su origen y de su verdadera identidad, y la vorágine de los acontecimientos lo obligará a ocupar un lugar fundamental en el desenlace de la historia del mundo.

Robert Jordan

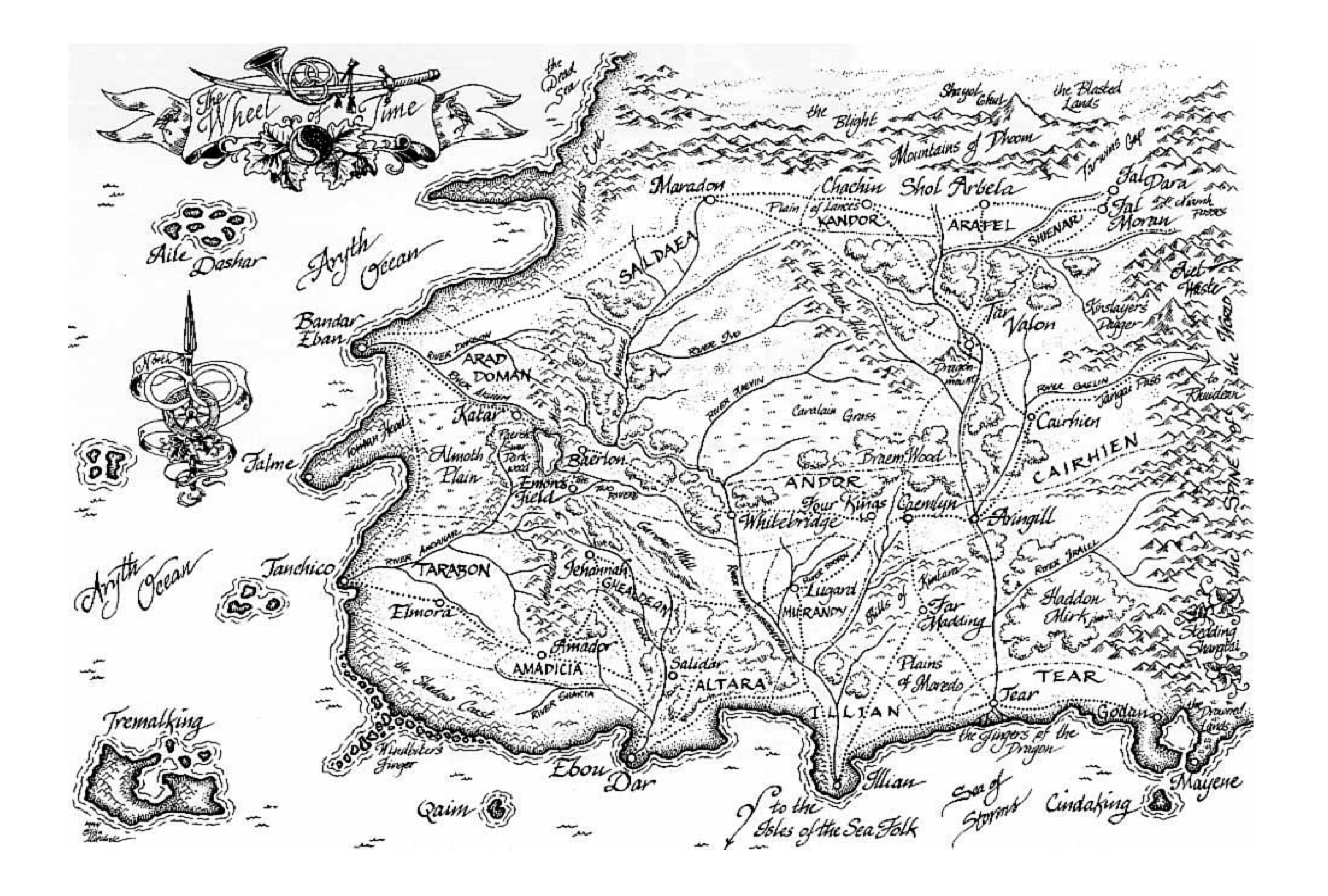
El despertar de los héroes

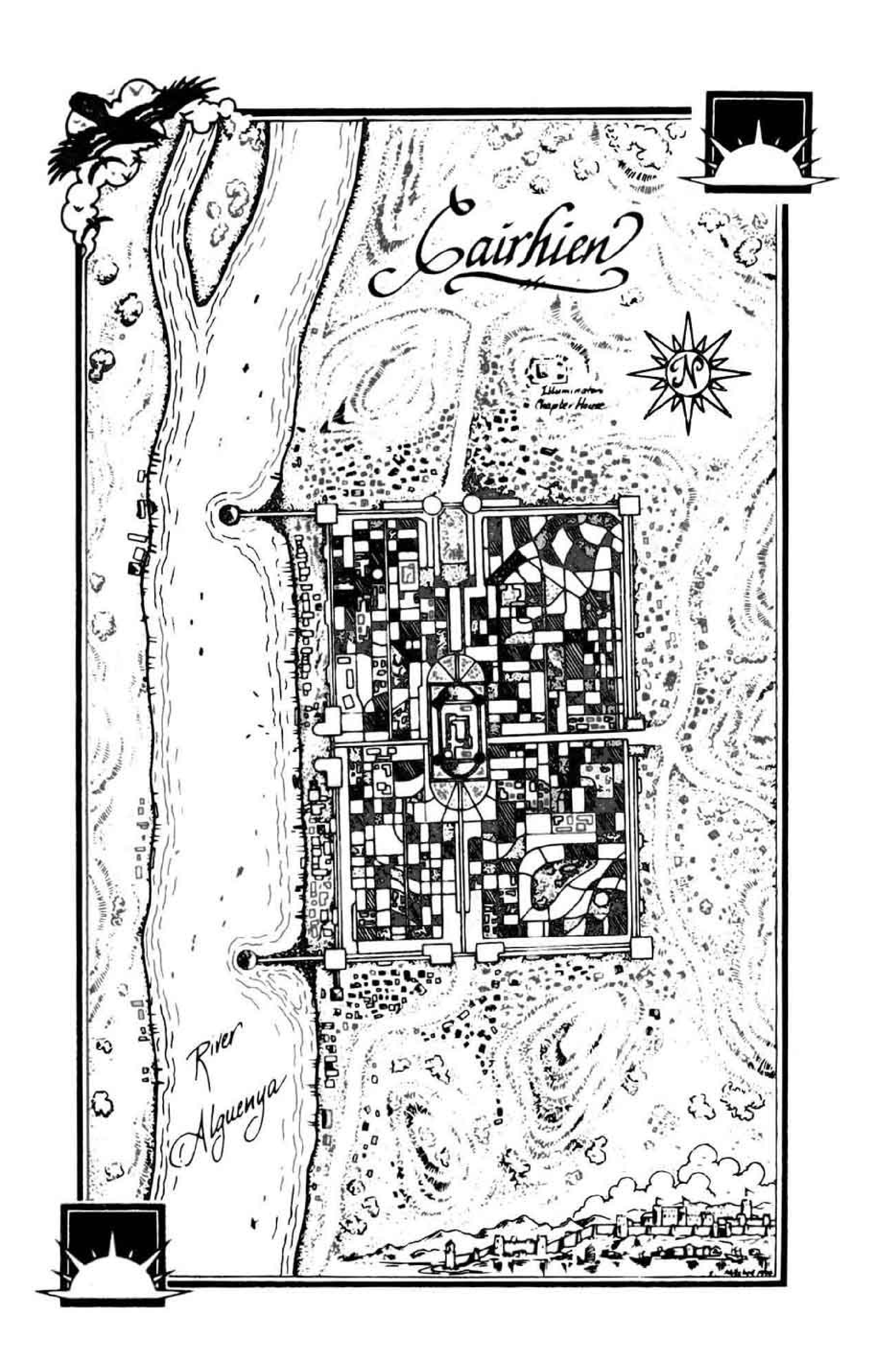
La Rueda del Tiempo 2

ePUB v1.3
Siwan 21.04.12

Este libro está dedicado a Lucinda Culpin, Al Dempsey, Tom Doherty, Susan England, Dick Gallen, John Jarrold, los Johnson City Boys (Mike Leslie, Kenneth Loveless, James D. Lund, Paul R. Robinson), Karl Lundgren, los Montana Gang (Eldon Carter, Ray Grenfeli, Ken Miller, Rod Moore, Dick Schmidt, Ray Sessions, Ed Wildey, Mike Wildey y Sherman Williams), William McDougal, Louisa Cheves, Popham Rabul, Ted y Sydney Rigney, Bryan y Sharon Webb y Heather Wood. Todos ellos acudieron en mi ayuda cuando Dios caminó sobre las aguas y el verdadero Ojo del Mundo pasó por encima de mi casa.

Robert Jordan
Charlestón
Febrero de 1990


The Wheel of Time
the Blight
Shayol Ghul
the Blasted Lands
Mountains of Dhoom
Tarwin's Gap
Maradon
Chachin
Shol Arbela
Fal Dara
Fal Moran
Plain of Lances
KANDOR
ARAFEL
SHIENAR
SALDAEA
the Black Hills
Aiel Waste
Kinslayer's Dagger
Tar Valon
Dragonmount
Aile Dashar
Aryth Ocean
Bandar Eban
ARAD DOMAN
Katar
Toman Head
Almoth Plain
Falme
Baerlon
Emond's Field
Caralain Grass
Braem Wood
ANDOR
Four Kings
Caemlyn
Whitebridge
Cairhien
CAIRHIEN
Jangai Pass
to Rhuidean
Aringill
Spine of the World
Tanchico
TARABON
Jehannah
GHEALDAN
Garen's Wall
Elmora
Lugard
MURANDY
Hills of Kintara
Far Madding
Haddon Mirk
Stedding Shangtai
Amador
AMADICIA
Salidar
ALTARA
Plains of Maredo
TEAR
Tear
Godan
the Drowned Lands
the Shadow Coast
Tremalking
Windbiter's Finger
Ebou Dar
ILLIAN
Illian
the Fingers of the Dragon
Mayene
Qaim
to the Isles of the Sea Folk
Sea of Storms
Cindaking


Cairhien
N
Illuminators Chapter House
River
Alguenya

Y llegará a acaecer que lo que los hombres han construido se hará pedazos y la Sombra se cernirá sobre el Entramado de las Eras, y el Oscuro abatirá de nuevo su mano sobre el mundo humano. Las mujeres sollozarán y los hombres se arredrarán cuando la tierra se desgarre como una tela gastada. Nada permanecerá en pie ni nada perdurará…

Pero habrá uno que nacerá para enfrentarse a la Sombra, nacerá como nació antes y nacerá otra vez, en el correr del tiempo infinito. El Dragón renacerá, y habrá gemidos y rechinar de dientes en la hora de su renacer. Con sayales y cenizas vestirá a la gente y con su venida volverá a desmembrarse el mundo y romperá todas las ataduras y vínculos. Como el alba desencadenada nos cegará y quemará, y, sin embargo, será el Dragón Renacido quien pelee con la Sombra en la última Batalla y será su sangre la que nos traerá la Luz. Derramad vuestras lágrimas, oh pueblos del mundo. Llorad por vuestra salvación.

Del *Ciclo Kareathon,*
Las Profecías del Dragón,
según traducción de Ellaine Marise'idin Alshinn, Gran Bibliotecaria de la Corte de Arafell, realizada en Año de Gracia 231 de la Nueva Era, en la Tercera Edad.

Prólogo



En la Sombra

El hombre que se autodenominaba Bors, al menos en aquel lugar, esbozó una sonrisa despreciativa al advertir los quedos murmullos que recorrían la abovedada estancia, similares al parloteo atropellado de los gansos. Su mueca quedó oculta, sin embargo, bajo la máscara de seda negra que le cubría el rostro, una máscara idéntica a la que velaba el centenar de caras presentes en la sala y el centenar de pares de ojos que trataban de percibir lo que se extendía ante ellos.

A primera vista, hubiérase dicho que aquella enorme habitación pertenecía a un palacio, con sus altas chimeneas de mármol, sus lámparas doradas, que colgaban de un techo en forma de cúpula, sus abigarrados tapices e intrincados diseños en el mosaico del suelo. Aquélla era, no obstante, la primera sensación, pues si uno se detenía a examinar con más atención descubría insólitos detalles. Las gruesas llamas que danzaban en los hogares no despedían ningún calor. Las paredes que tapaban las colgaduras, y los techos, situados a una altura muy superior a la de las lámparas, eran de tosca piedra casi negra. No había ventanas y sólo se advertían dos puertas, una a cada extremo de la estancia. Era como si alguien hubiera intentado imitar el aspecto de una sala de recepción de un palacio pero sin preocuparse más que en algunos rasgos esenciales.

El hombre que se autodenominaba Bors ignoraba el sitio donde estaba ubicada aquella habitación y no creía que los demás estuvieran mejor informados que él. En realidad no le agradaba plantearse preguntas acerca del lugar donde podía hallarse. Ya era suficiente con que lo hubieran citado allí. Tampoco le gustaba pensar en aquello, pero, a pesar de la naturaleza de aquella reunión, había aceptado asistir a ella.

Movió su capa, congratulándose de que los fuegos estuvieran fríos, pues de lo contrario hubiera hecho demasiado calor para llevar puesta la prenda de lana negra que lo arropaba de pies a cabeza. Todos sus ropajes eran negros. Los amplios pliegues de la capa encubrían los hombros que encorvaba para disimular su altura y alimentaban la confusión acerca del verdadero tamaño de su cuerpo. No era él el único de los presentes en ir tan cubierto.

Contempló en silencio a sus compañeros. La paciencia había sido una constante a lo largo de la mayor parte de su vida. Si aguardaba y observaba durante el tiempo suficiente, siempre había alguien que indefectiblemente cometía un error. Seguramente la mayoría de hombres y mujeres reunidos allí profesarían la misma filosofía; miraban y escuchaban en silencio a quienes debían hablar. Algunas personas no eran capaces de soportar la espera ni el silencio y acababan revelando más de lo que ellos mismos tenían conciencia.

Esbeltos y jóvenes criados de cabellos dorados circulaban entre los invitados, ofreciendo vino con una reverencia y una sonrisa. Doncellas y muchachos llevaban indistintamente ceñidos pantalones blancos y blancas camisas de holgados faldones. Y varones y hembras por igual se movían con una gracia impecable. Cada uno de ellos parecía una imagen calcada de los demás, en la cual la belleza de los chicos no desmerecía en nada la hermosura de las doncellas. Dudaba de su capacidad de distinguir uno de otro, y ello a pesar de ser persona que distinguía y retenía los rostros con facilidad.

Una sonriente muchacha le acercó una bandeja con copas de cristal. Tomó una, resuelto a no beber su contenido; tal vez sería interpretado como una muestra de recelo —o algo peor, lo cual podía tener consecuencias mortales allí— que la rehusara de plano, pero ¿quién sabía lo que podían agregar a una bebida? Estaba seguro de que algunos de sus acompañantes no tendrían inconveniente en ver menguar el número de sus rivales en el acceso al poder.

Se preguntó distraídamente si se desharían de los sirvientes después de la reunión. «Los sirvientes lo oyen todo.» Cuando la criada se irguió tras inclinarse cortésmente, miró aquellos ojos que se revelaban sobre su dulce sonrisa: ojos inexpresivos y vacíos, los ojos de una muñeca, más apagados que la propia muerte.

Se estremeció mientras la muchacha se alejaba con gráciles movimientos y se llevó la copa a los labios antes de recobrar el aplomo. Lo que le horrorizaba no era lo que habían hecho con la joven, sino la comprobación de que, en cada ocasión que creía detectar alguna debilidad en sus amos actuales, notaba como si se le hubieran adelantado, atajando la supuesta debilidad con una ruda precisión que lo sumía en la perplejidad. Y en la preocupación. La primera norma de su vida había sido siempre buscar los puntos flacos, pues cada uno de ellos era un resquicio que le permitía tantear, obtener información y adquirir mayor influencia. Si sus amos actuales, sus amos del momento, poseían vigor equiparable en todos los flancos…

Frunciendo el entrecejo tras la máscara, examinó a sus compañeros. Al menos en éstos advertía múltiples señales de debilidad. Su nerviosismo los traicionaba, incluso a aquellos que tenían el suficiente juicio como para mantenerse callados. Una rigidez en la apostura de uno, una torpeza en la manera de sostener las faldas de otra.

Más de una cuarta parte de ellos, según sus estimaciones, no se había preocupado

en disfrazarse más que con la máscara. Su atuendo mostraba claros indicios de su identidad. Una mujer situada de pie ante un tapiz de tonos dorados y carmesí hablaba en voz baja con alguien, cuyo sexo le era imposible determinar, tapado con capa y capucha grises. Era evidente que había escogido aquel lugar para que sus ropajes resaltaran con más fuerza sobre los colores de la colgadura. Resultaba doblemente insensato atraer la atención sobre sí, dado que su vestido escarlata, de generoso escote y dobladillo elevado, que dejaba visibles unos escarpines dorados, denunciaba su procedencia illiana y su condición de señora adinerada, de noble estirpe tal vez.

A poca distancia de la illiana, había otra mujer, sola y admirablemente silenciosa. Con un cuello de cisne y una lustrosa melena negra cuyas ondulaciones le llegaban hasta la cintura, daba la espalda a la pared de piedra, observándolo todo. No había nerviosismo allí, sino un sereno dominio de sí. Aquello era, en efecto, muy loable, pero su piel cobriza y su traje largo de color crema, que no dejaba al descubierto más que sus manos, ceñido y de tela apenas opaca que insinuaba sus formas sin revelarlas era una marca patente de su pertenencia a la alta aristocracia de Arad Doman. Y, a menos que el hombre que se hacía llamar Bors anduviera totalmente desencaminado en sus suposiciones, el macizo brazalete de oro que lucía en su muñeca izquierda tenía grabadas las enseñas de su casa. Sin duda, había de ser de su propia familia; ningún domani de alta alcurnia sería capaz de doblegar su orgullo llevando las insignias de otra casa. Aquella ostentación era una absoluta temeridad.

Un hombre vestido con una chaqueta shienariana de cuello alto y tonalidad azul cielo pasó ante él dedicándole una recelosa mirada que lo recorrió de pies a cabeza. Su porte lo identificaba como soldado, y la postura de sus hombros, su manera de mirar sin posar la vista más de unos instantes en un lugar, y su mano, aparentemente dispuesta a empuñar rápidamente una espada que no llevaba en el cinto, no hacían más que corroborar tal apreciación. El shienariano apenas desperdició un minuto en el hombre que se autodenominaba Bors; sus hombros encorvados no expresaban ninguna amenaza.

El individuo que se hacía llamar Bors esbozó una mueca de desdén mientras el shienariano proseguía su camino, con la mano derecha cerrada en un puño y los ojos escrutando a alguien más para detectar su peligrosidad. Él era capaz de desenmascararlos a todos, desde su clase social a su país de origen. Mercaderes y guerreros, plebeyos y nobles. De Kandor y Cairhien, Saldaea y Ghealdan: de cada una de las naciones y de casi todos los pueblos existentes. Arrugó la nariz, presa de una súbita aversión. Incluso había un gitano, ataviado con pantalones de color verde chillón y una escandalosa chaqueta amarilla. «Llegado el Día, podremos prescindir de ésos.»

Los que disimulaban conscientemente su apariencia no salían, en la mayoría de los casos, mejor parados, a pesar de ir envueltos en capas y telas. Advirtió, bajo el

borde de una túnica oscura, las botas adornadas con plata de un gran señor de Tear, y, bajo otra, la imagen fugaz de unas espuelas con la cabeza dorada de un león, que únicamente utilizaban los oficiales de alto rango de la guardia de la reina de Andor. Un sujeto esbelto, cuya delgadez era patente bajo su hábito negro que barría el suelo y una anónima capa gris abrochada con un anodino broche de plata, escudriñaba desde las sombras de su profunda capucha. Aquél podía ser cualquiera, proceder de cualquier país… salvo por la estrella de seis puntas tatuada entre el pulgar y el índice de su mano derecha. Por consiguiente era un Marino y una mirada a su mano izquierda proclamaría las marcas de su clan y estirpe. El hombre que se autodenominaba Bors no se molestó en tratar de averiguar cuáles eran.

De pronto entrecerró los ojos, fijándolos en una mujer rebujada en negro, que no mostraba más que los dedos. En su mano derecha había un anillo con la forma de una serpiente que se mordía la cola. Aes Sedai o, como mínimo, una mujer que había recibido las enseñanzas de las Aes Sedai en Tar Valon. Nadie más llevaría tal joya. Para él, ambas cosas se reducían a lo mismo. Apartó la mirada de ella antes de que notara que la observaba y casi de inmediato distinguió otra mujer completamente arropada en negro que también lucía el anillo con la Gran Serpiente. Las dos brujas no daban muestras de conocerse entre sí. En la Torre Blanca se sentaban como arañas en medio de una telaraña, tendiendo los hilos en los que danzarían reyes y reinas, entrometiéndose en asuntos ajenos. «¡Malditas sean hasta la eternidad!» Cayó en la cuenta de que estaban rechinándole los dientes. Si el número de adeptos había de disminuir —y en efecto, así debía suceder antes del Día—, había ciertos elementos cuya desaparición sería aún más ansiada que la de los gitanos.

Sonó un tintineo, compuesto de una sola nota vacilante que, procedente a un tiempo de todas direcciones, atajó bruscamente cualquier otro ruido con la precisión del filo de un cuchillo.

Las imponentes puertas del fondo de la sala se abrieron, para dar paso a dos trollocs con mallas negras que les llegaban hasta las rodillas, decoradas con púas. Todos los presentes, incluso el hombre que se hacía llamar Bors, retrocedieron.

Con una estatura que superaba en uno o dos palmos a la de los más altos hombres congregados allí, eran una repulsiva mezcolanza de hombre y animal, con unas caras deformes y alteradas. Uno tenía un macizo y acerado pico en lugar de boca, y plumas donde debería haberle crecido el cabello. El otro caminaba sobre pezuñas, su cara terminaba en un prominente y peludo hocico y en su cabeza despuntaban unos cuernos de cabra.

Haciendo caso omiso de los humanos, los trollocs se volvieron hacia la puerta y realizaron una profunda reverencia, en actitud servil y acobardada. Las plumas de uno de ellos se irguieron formando una enhiesta cresta.

Cuando un Myrddraal avanzó entre ellos, se postraron de rodillas. Éste iba

ataviado con unas prendas negras cuya intensidad hacía aparecer, por contraste, claras las mallas de los trollocs y las máscaras de los humanos. Su atuendo se mantenía inalterable, sin una arruga, mientras se movía con la agilidad de una víbora.

El hombre que se autodenominaba Bors notó cómo los labios se le separaban para esbozar un rictus, el cual reflejaba en parte una amenaza y por otra un temor, que le avergonzaba confesarse incluso a sí mismo. El Fado tenía al descubierto su pálida faz de hombre, carente de ojos y con la lisura de un huevo, semejante a un gusano.

El terso semblante blanco giró, al parecer mirándolos a todos, uno por uno. Un visible escalofrío los recorrió bajo el peso de aquella mirada en la que no mediaban ojos. Sus finos y exangües labios se arquearon en una especie de sonrisa al tiempo que los personajes enmascarados intentaban retroceder para fundirse entre la multitud y evitar así aquel escrutinio. La mirada del Myrddraal los hizo desplegarse formando un semicírculo encarado hacía la puerta.

El hombre que se hacía llamar Bors tragó saliva. «Llegará un día, Semihombre, cuando el Gran Señor de la Oscuridad llegue de nuevo, en que elegirá a sus Nuevos Señores del Espanto y tú te humillarás ante ellos. Te humillarás ante los hombres. ¡Ante mí! ¿Por qué no dices nada? ¡Deja de mirarme y habla!»

—Vuestro amo va a entrar. —La rasposa voz del Myrddraal recordaba el sonido de una piel seca de serpiente restregada—. ¡Postraos boca abajo, gusanos! ¡Arrastraos, no sea que su relumbre os ciegue y os queme!

El individuo que respondía al nombre de Bors se sintió rebosar de rabia, tanto por el tono empleado como por las palabras pronunciadas, pero entonces el aire suspendido sobre el Myrddraal comenzó a brillar y ello suprimió súbitamente su acceso de furia. «¡No es posible! ¡No es posible que …!» Los trollocs ya se habían pegado al suelo como si quisieran esconderse en él.

Sin aguardar a ver si los demás se movían, el supuesto Bors se postró con el rostro inclinado, gruñendo al golpearse contra la piedra. A sus labios afluyeron las palabras de un encantamiento para prevenir el peligro —el encantamiento era una pobre defensa contra lo que temía— y oyó un centenar de voces, jadeantes a causa del miedo, que lo acompañaban murmurando la misma fórmula.

—El Gran Señor de la Oscuridad es mi señor y yo lo sirvo de todo corazón hasta la última fibra de mi alma. —En lo más recóndito de su mente oía una voz empavorecida. «El Oscuro y todos los Renegados están confinados …» Estremeciéndose, la silenció. Hacía mucho tiempo que había dejado de escuchar aquella voz—. He aquí que mi señor es el Señor de la Muerte. Sin pedirle nada lo sirvo en espera del Día de su Advenimiento y, sin embargo, lo sirvo con la firme confianza de la vida eterna. —«… confinados en Shayol Ghul, encerrados por el Creador en el momento de la creación. No, ahora me hallo al servicio de un amo distinto»—. Sin duda los fieles serán exaltados en la tierra, exaltados sobre los

paganos, elevados por encima de tronos, pero yo sirvo humildemente en espera del Día de su Advenimiento. —«La mano del Creador nos resguarda a todos y la Luz nos protege de la Sombra. ¡No, no! Un amo distinto»—. Se acerca veloz el Día del Retorno. Se aproxima veloz el Gran Señor de la Oscuridad para guiarnos y gobernar el mundo por los siglos de los siglos.

El hombre que se hacía llamar Bors finalizó su profesión de fe sin resuello, como si hubiera corrido diez kilómetros. El sonido de la respiración trabajosa de los demás le indicó que éstos se encontraban en similar estado.

—Levantaos. Levantaos todos.

Aquella voz meliflua lo tomó por sorpresa. Era evidente que ninguno de sus compañeros, tumbados boca abajo con sus enmascarados rostros pegados a las baldosas, habría osado hablar, pero aquélla no era la voz que esperaba en… Con cautela, irguió levemente la cabeza para mirar con un ojo.

La figura de un hombre flotaba en el aire por encima del Myrddraal, con una túnica del color rojo de la sangre cuyo borde mediaba un palmo de la cabeza del Semihombre. La máscara del rostro tenía también el mismo tono sanguinolento. ¿Era factible que el Gran Señor de la Oscuridad se personara ante ellos como un hombre? ¿Y enmascarado además? El Myrddraal, con la mirada llena de terror, temblaba y casi doblegaba el cuerpo bajo la sombra de la figura. El hombre autodenominado Bors se afanaba en hallar una respuesta que su mente pudiera albergar sin estallar. Uno de los Renegados, tal vez.

Aquel pensamiento era menos angustiante. Aun así, el hecho de que uno de los Renegados estuviera libre representaba que el día del retorno del Oscuro se encontraba próximo. Los Renegados, treinta de los más destacados poseedores del Poder único en una era plagada de potentes esgrimidores, habían sido encarcelados en Shayol Ghul junto con el Oscuro, apresados por unos sellos creados por Lews Therin y los Cien Compañeros, que los mantenían desterrados del mundo de los hombres. El contraataque producido por aquella acción había contaminado la parte masculina de la Fuente Verdadera; y todos los varones Aes Sedai, aquellos malditos esgrimidores del Poder, enloquecieron y desmembraron el mundo, lo hicieron añicos como una taza de cerámica aplastada contra las rocas, y pusieron así fin a la Era de Leyenda antes de morir, descomponiéndose aún en vida. Una muerte adecuada para Aes Sedai, a su juicio. Demasiado benigna para ellos. Su único pesar era que las mujeres no se hubieran visto afectadas por igual suerte.

Lenta y dolorosamente, se esforzó por ahuyentar el pánico de su mente, por confinarlo en lo más recóndito y retenerlo allí a pesar de sus forcejeos por salir a la luz. Era todo cuanto podía hacer. Ninguno de los que estaban postrados en el suelo se había incorporado y sólo unos cuantos se habían atrevido a levantar la cabeza.

—Levantaos. —La voz de la figura enmascarada de rojo sonó como un restallido

esta vez. Gesticuló con ambas manos—. ¡De pie!

El hombre que respondía al nombre de Bors se enderezó con torpeza, pero vaciló cuando ya estaba casi erguido. Aquellas manos estaban horriblemente quemadas, cuarteadas por negras fisuras entre las que se percibía una carne al vivo tan rojiza como los ropajes que vestía aquel personaje. «¿Acaso el Oscuro aparecería de aquella manera? ¿O incluso uno de los Renegados?» Los orificios visuales de aquella máscara de color sangre lo recorrieron lentamente y él se apresuró a terminar de incorporarse. Tenía la impresión de que de aquella mirada emanaba el mismo calor de un horno abierto.

Los demás obedecieron a la orden tan desmañada y temerosamente como él. Cuando todos se encontraron de pie, la figura flotante tomó la palabra.

—Se me han otorgado muchos nombres, pero vosotros me conoceréis por el de Ba'alzemon.

El hombre que se hacía llamar Bors apretó los dientes para evitar que le castañetearan. Ba'alzemon. En la lengua de los trollocs, significaba «Corazón de la Oscuridad», e incluso los infieles sabían que ése era el nombre trolloc para designar al Gran Señor de la Oscuridad, Aquel Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse. No era su verdadero nombre, Shai'tan, pero aun así pesaba sobre él una prohibición. Entre los congregados allí y otras personas de sus mismas tendencias, era una blasfemia mancillar cualquiera de las dos designaciones con la lengua humana. Su aliento silbaba al atravesar las ventanas de su nariz y a su alrededor escuchaba a otros que jadeaban tras las máscaras. Los criados habían desaparecido, al igual que los trollocs, aun cuando él no los hubiera visto marcharse.

—El lugar donde os halláis se encuentra a la sombra de Shayol Ghul. —Al oír aquella afirmación, más de uno exhaló un lamento; el hombre que se autodenominaba Bors no estaba seguro de si él no había gemido también. Ba'alzemon incorporó a su voz un matiz de algo muy similar a la burla mientras extendía los brazos—. No temáis, pues el día de la ascensión de vuestro amo sobre el mundo está a nuestro alcance. El Día del Retorno se acerca. ¿No os lo indica el hecho de que yo esté aquí, a la vista de vosotros, los privilegiados entre vuestros hermanos y hermanas? Pronto se quebrarán la Rueda del Tiempo. Pronto la Gran Serpiente perecerá y con el poder de su muerte, de la muerte del propio Tiempo, vuestro amo rehará el mundo a su imagen para que perdure durante esta era y todas las eras venideras. Y aquellos que me sirven, fiel y diligentemente, se sentarán a mis pies sobre las estrellas del cielo y gobernarán para siempre el mundo de los hombres. Así lo he prometido y así será a perpetuidad. Viviréis y gobernaréis eternamente.

Un murmullo de expectación recorrió a los presentes y algunos dieron incluso un paso adelante, en dirección a la flotante figura de color carmesí, con la mirada perdida, embelesados. El propio hombre que se autodenominaba Bors sintió el

arrebato de aquella promesa, la misma promesa por la que había vendido su alma un centenar de veces.

—El Día del Retorno se aproxima —reiteró Ba'alzemon—, pero queda mucho por hacer. Mucho por hacer.

El aire que ocupaba el lado izquierdo de Ba'alzemon comenzó a brillar y a solidificarse y entonces apareció allí la figura de un joven, apenas algo más bajo que Ba'alzemon. El hombre que se hacía llamar Bors no acababa de determinar si era un ente vivo o no. Parecía un muchacho campesino, a juzgar por su vestimenta, con un pícaro brillo en los ojos marrones y el esbozo de una sonrisa en los labios, como si rememorara o planeara una broma. Su cuerpo parecía tibio, pero el pecho no se movía con el compás de la respiración y los ojos no pestañeaban.

A la derecha de Ba'alzemon el aire ondeó como agitado por el calor y una segunda imagen vestida con atuendos campesinos se materializó un poco más abajo de Ba'alzemon. Era un joven con el pelo rizado, tan musculoso como un herrero, con un detalle curioso: un hacha de guerra pendía a su costado, una gran media luna de acero equilibrada por un grueso pico. El autodenominado Bors se inclinó de improviso hacia adelante, acusando una sorpresa aún mayor: el joven tenía ojos amarillos.

Por tercera vez el aire se solidificó, adoptando la forma de un joven, esta vez directamente bajo los ojos de Ba'alzemon, casi a sus pies. Era un chico alto, con ojos que tan pronto se veían grises como azules según las fluctuaciones de la luz, y el cabello rojizo oscuro; otro pueblerino o granjero. El hombre que se hacía llamar Bors emitió una exhalación. Éste también tenía algo fuera de lo común, si bien se preguntaba por qué motivo había de esperar que algo fuera ordinario en aquel lugar. De la cintura de la figura pendía una espada, una espada con una garza de bronce en la vaina y otra en la larga empuñadura. «¿Un muchacho de pueblo con una espada con la marca de la garza? ¡Imposible! ¿Qué puede significar? ¿Y un chico con ojos amarillos?» Advirtió cómo el Myrddraal observaba a las figuras, trémulo; y, a menos que se equivocara en su apreciación, su temblor ya no respondía al miedo sino al odio.

Un tenso silencio se había adueñado de la sala, un silencio que Ba'alzemon dejó prolongar antes de volver a hablar.

—Hay ahora uno que camina por el mundo, uno que fue y será, pero que todavía no es, el Dragón.

Los oyentes emitieron un murmullo de asombro.

—¡El Dragón Renacido! ¿Debemos darle muerte, Gran Señor? —inquirió el shienariano, llevándose ansiosamente la mano al lugar donde debería haber estado prendida su espada.

—Tal vez sí —repuso simplemente Ba'alzemon—. Y tal vez no. Quizá sea posible

desviarlo para que me sea de utilidad. Tarde o temprano así será, en esta era o en otra.

El hombre autodenominado Bors parpadeó. «¿En esta era o en otra? Creía que el Día del Retorno se hallaba próximo. ¿Qué me importa a mí lo que ocurra en otra era si envejezco y muero esperando en ésta?» Pero Ba'alzemon estaba hablando de nuevo.

—Ya se está formando un recodo en el Entramado, con múltiples puntos en los que aquel que se convertirá en el Dragón puede pasar a estar a mi servicio. ¡Debe convertirse! ¡Será mejor que me sirva en vida que después de perecer, pero, vivo o muerto, debe servirme y lo hará! A estos tres debéis conocerlos, pues cada uno de ellos es un hilo del Entramado que yo tengo previsto tejer y a vosotros os corresponderá encargaros de situarlos como yo ordene. Examinadlos bien para que podáis reconocerlos.

De súbito se hizo un completo silencio. El hombre que se hacía llamar Bors se movió con inquietud y vio a otros que también hacían lo mismo. Todos menos la mujer illiana, advirtió. Con las manos extendidas sobre su escote como si quisiera cubrir las redondas carnes que mostraba, los ojos desorbitados, medio amedrentados y medio en éxtasis, asentía vigorosamente como si tuviera un interlocutor frente a ella. En ocasiones parecía dar una respuesta, pero el supuesto Bors no oyó ni una palabra. De repente se arqueó hacia atrás, temblando y con los pies de puntillas. No alcanzaba a comprender cómo no caía, a menos que algo invisible la sostuviera. Después, tan de improviso como antes, volvió a apoyar los pies y asintió de nuevo, realizando una reverencia, estremecida. Cuando todavía estaba incorporándose, una de las mujeres que llevaba un anillo con la Gran Serpiente dio un respingo y comenzó a realizar gestos afirmativos.

«De modo que cada uno de nosotros escucha sus propias instrucciones y nadie oye las de los demás.» El hombre que se autodenominaba Bors murmuró presa de frustración. Si supiera al menos lo que le ordenaban a uno de los otros, podría utilizar aquella información para cobrar ventaja, pero de aquella manera… Aguardó con impaciencia a que llegara su turno, conservando la suficiente compostura como para mantenerse erguido.

Uno a uno los presentes iban recibiendo órdenes silenciosas para los demás, expresando atormentadores indicios que no era capaz de interpretar. El hombre perteneciente a los Atha'an Miere, los Marinos, se enderezó con ademán reacio mientras asentía. El semblante del shienariano denunció la confusión mientras mostraba su conformidad. La segunda mujer de Tar Valon se sobresaltó como si hubiera tenido una conmoción, y la figura envuelta en paño gris cuyo sexo no alcanzaba a determinar sacudió la cabeza antes de postrarse de rodillas y asentir vigorosamente. Algunos se veían aquejados por convulsiones similares a la de la mujer illiana, como si el propio dolor los obligara a ponerse de puntillas.

—Bors.

El hombre que se hacía llamar Bors dio un respingo cuando una máscara roja ocupó su campo visual. Todavía podía ver la estancia, percibir la forma flotante de Ba'alzemon y las tres figuras situadas ante él, pero al mismo tiempo todo cuanto le era dado ver era el rostro cubierto con la tela roja. Presa de vértigo, sintió como si le partieran la cabeza y le arrancaran los ojos. Por un momento le pareció advertir llamas a través de los orificios oculares de la máscara.

—¿Eres fiel… Bors?

La burla insinuada en el nombre le produjo un escalofrío.

—Soy fiel. Gran Señor. No puedo ocultarme ante vuestros ojos. —«¡Soy fiel! ¡Lo juro!»

—No, no puedes.

La certeza que expresaba la voz de Ba'alzemon le secó la boca, pero logró hablar.

—Dadme vuestras órdenes, Gran Señor, y os obedeceré.

—Primeramente, debes regresar a Tarabon y proseguir con tus buenos oficios. De hecho, te ordeno que redobles tus esfuerzos.

Miró a Ba'alzemon, sumido en la perplejidad, pero entonces el fuego llameó de nuevo tras la máscara y aprovechó la excusa de una reverencia para apartar la mirada de su semblante.

—Como ordenéis, Gran Señor, así será.

—En segundo lugar, vigilarás a los tres jóvenes e indicarás a tus seguidores que hagan lo mismo. Ten cuidado; son peligrosos.

El hombre que se autodenominaba Bors lanzó una ojeada a las figuras suspendidas delante de Ba'alzemon. «¿Cómo pudo hacerlo? Puedo percibirlos, pero no me es posible ver nada salvo su cara.» Le parecía que iba a estallarle la cabeza. El sudor le humedecía las manos bajo los finos guantes y tenía la camisa pegada a la espalda.

—¿Peligrosos, Gran Señor? ¿Muchachos campesinos? ¿Es uno de ellos el …?

—Una espada resulta peligrosa para el hombre a quien apunta, no para el que la empuña. A menos que el hombre que la esgrime sea un idiota, un insensato o un inexperto, en cuyo caso es tan peligroso para sí mismo como para los demás. Es suficiente con que te haya indicado que los conozcas. Basta con que me obedezcas.

—Como ordenéis, Gran Señor.

—En tercer lugar, respecto a los que han tomado tierra en la Punta de Toman y a los domani, no hablarás de ello a nadie. Cuando vuelvas a Tarabon…

El hombre que se hacía llamar Bors advirtió mientras escuchaba que se había quedado boquiabierto. Las instrucciones carecían de sentido. «Si supiera lo que les ha dicho a algunos de los otros, quizá podría aclarar el rompecabezas.»

De pronto sintió como si la mano de un gigante lo agarrara por la cabeza,

aplastándole las sienes, y lo levantara, y el mundo se desintegró en un millar de estallidos luminosos, cada uno de los cuales se convertía en una imagen que recorría, rauda, su mente o giraba y se empequeñecía en la lejanía antes de que hubiera tenido ocasión de apresarla. Un cielo irreal de nubes estriadas, rojas, amarillas y negras, sucediéndose a una vertiginosa velocidad, como impulsadas por el más potente vendaval que había azotado el mundo. Una mujer —¿una muchacha?— vestida de blanco retrocedió hacia la negrura y se esfumó tan rápidamente como había aparecido. Un cuervo lo miró a los ojos, reconociéndolo, y desapareció. Un hombre vestido con armadura, tocado con un brutal yelmo, de la forma y el color de algún monstruoso insecto venenoso, alzó la espada y se precipitó a un lado, más allá de su punto de mira. Un cuerno, curvado y dorado, surgió como un rayo de la lejanía. Exhaló una penetrante nota mientras se precipitaba hacia él, atrayendo su alma. En el último instante se convirtió en un cegador anillo de luz dorada que lo traspasó y lo llenó de una gelidez más terrible que la de la muerte. Un lobo se abalanzó de un salto, procedente de las sombras, y lo degolló. Era incapaz de gritar. El torrente visual prosiguió, anegándolo, enterrándolo. Apenas recordaba quién era o lo que era. El cielo escupía fuego y la luna y las estrellas caían; los tíos corrían teñidos de sangre y la muerte campaba por sus respetos; la tierra se resquebrajaba y escupía chorros de rocas fundidas…

El hombre autodenominado Bors se encontró medio agazapado en la sala con los demás, la mayoría de los cuales lo observaban en silencio. Donde quiera que mirase, arriba, abajo o en cualquier sentido, el semblante enmascarado de Ba'alzemon ocupaba su vista. Las imágenes que habían invadido su cerebro estaban disipándose; estaba seguro de que ya no conservaba la memoria de la mayor parte de ellas. Titubeante, se irguió y halló el rostro de Ba'alzemon ante él.

—Gran Señor, ¿qué …?

—Algunos mandatos son demasiado importantes para que los conozca incluso aquel que los ejecuta.

El hombre que se hacía llamar Bors casi se dobló sobre sí al efectuar una reverencia.

—Como ordenéis, Gran Señor —susurró con voz ronca—. Así se hará.

Al incorporarse, estaba de nuevo solo. Otro de los presentes, el gran señor de Taren, asentía y se inclinaba ante alguien invisible para los demás. El hombre que respondía al nombre de Bors se llevó con pulso vacilante una mano a la ceja, tratando de retener algún detalle del torbellino que se había apoderado de su mente, aun cuando no tuviera la certeza de desear recordarlo. El último vestigio se apagó y de improviso se preguntó qué era lo que estaba tratando de rememorar. «Sé que había algo pero ¿qué? ¡Había algo! ¿O no?» Se frotó las manos, esbozando una mueca de disgusto al sentir el sudor bajo los guantes, y desvió su atención hacia las tres figuras

suspendidas delante de la forma flotante de Ba'alzemon.

El musculoso joven de pelo rizado, el granjero con la espada y el muchacho con aire travieso en el semblante. Mentalmente, el hombre que se hacía llamar Bors ya les había adjudicado un nombre: el Herrero, el Espadachín y el Bromista. «¿Qué lugar ocupan en el rompecabezas?» Debían de ser importantes o de lo contrario Ba'alzemon no los habría convertido en el centro de la reunión. Sin embargo, a juzgar por sus órdenes, podían morir todos en cualquier momento y era de suponer que algunos de los otros habían recibido instrucciones igualmente mortíferas para los tres. «¿Hasta qué punto son importantes?» Los ojos azules podían representar la aristocracia de Andor —que no se avenía con aquellas ropas— y había personas de las Tierra Fronterizas con ojos claros, al igual que algunos tareni, por no mencionar parte de la población de Ghealdan y, desde luego… No, no hallaría ninguna solución por ese camino. «Pero ¿ojos amarillos? ¿Quiénes son? ¿Qué son?»

Experimentó un sobresalto al sentir que alguien le tocaba el brazo y, al dirigir la vista a su alrededor, vio a uno de los criados vestidos de blanco, un joven que se encontraba de pie a su lado. Los otros también habían vuelto a entrar, en mayor número que antes, uno para cada uno de los enmascarados. Pestañeó. Ba'alzemon había desaparecido. El Myrddraal también se había marchado y en el lugar donde se hallaba la puerta que había utilizado únicamente se apreciaba la rugosa piedra. Los tres jóvenes permanecían en el aire, no obstante. Sintió como si estuvieran mirándolo a él.

—Si sois tan amable, mi señor Bors, os conduciré a vuestra habitación.

Evitando aquellos ojos de muerto, lanzó una última ojeada a las tres figuras y luego caminó tras el criado. Se preguntó con inquietud cómo habría tenido conocimiento aquel joven del nombre que había de utilizar. Hasta después de haber traspuesto las extrañamente labradas puertas, que se cerraron tras él, y haber recorrido diez pasos no advirtió que se encontraba a solas con el sirviente en el corredor. Frunció suspicazmente el entrecejo bajo la máscara, pero, antes de que abriera la boca, el criado tomó la palabra.

—Los demás también se dirigen a sus aposentos, mi señor. ¿Si sois tan amable, mi señor? El tiempo corre deprisa y nuestro amo es impaciente.

El hombre que se autodenominaba Bors hizo rechinar los dientes, tan molesto por la falta de información como por la implicación de igualdad de rango entre él y el sirviente, pero siguió a éste sin realizar ningún comentario. Sólo un necio expresaría divagaciones a un criado y lo que era peor, teniendo en cuenta la mirada vacua de éste, no estaba seguro de que fuera conveniente hacerlo. «¿Y cómo sabía lo que iba a preguntarle?» El sirviente sonrió.

El hombre que respondía al nombre de Bors no se encontró a gusto hasta no haber penetrado en la habitación donde había estado esperando después de su llegada y, una

vez allí, tampoco se liberó por completo de su angustia. Incluso el hecho de encontrar intactos los sellos de sus alforjas no le produjo gran consuelo. El criado permaneció en el pasadizo, sin entrar.

—Podéis cambiar de atuendo si lo deseáis, mi señor. Nadie os verá partir de aquí ni llegar a vuestro destino, pero seguramente es preferible que lleguéis vestido de forma adecuada. Alguien vendrá pronto a mostraros el camino.

La puerta se cerró sin que la hubiera empujado ninguna mano visible.

El hombre que se hacía llamar Bors se estremeció a su pesar. Precipitadamente, desató los sellos y las hebillas de sus alforjas y sacó su traje habitual. En el fondo de su mente una vocecilla se cuestionaba si el poder prometido, incluso la inmortalidad, merecían el precio de soportar un encuentro como aquél, pero él la acalló de inmediato con una risotada. «Por tamaño poder, sería capaz de adorar al Gran Señor de la Oscuridad bajo la Cúpula de la Verdad.» Recordando las órdenes que le había dado Ba'alzemon, rozó con el dedo el dorado y resplandeciente sol y el rojo cayado de pastor, símbolo de su cargo en el mundo de los hombres, y casi estalló en risas. Tenía una función, una notable función que cumplir en Tarabon y en el llano de Almoth.

1



La Llama de Tar Valón

La Rueda del Tiempo gira, y las Eras llegan y pasan, dejando tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina en mito e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la Edad que lo vio nacer retorne de nuevo. En una Edad, llamada la Tercera Edad por algunos, una Edad que ha de venir, una Edad transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las Montañas Funestas. El viento no fue el inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un inicio.

Nacido entre escarpados picos negros, en cuyos puertos vagaba la muerte y que sin embargo ocultaban asechanzas aún más terribles, el viento sopló hacia el sur, cruzando la enmarañada foresta de la Gran Llaga, un bosque infectado y desfigurado por la mano del Oscuro. El nauseabundo y dulzón olor de la corrupción se disipó cuando el viento hubo atravesado aquella invisible línea que los hombres denominaban la frontera de Shienar, en donde los árboles estaban cargados de flores. Por aquel entonces debería haber sido verano, pero la primavera había llegado con retraso y la tierra había de afanarse para compensar la demora. El pálido verdor de los nuevos brotes era patente en todos los arbustos y en cada rama de árbol despuntaba la tonalidad rojiza de los retoños. El viento hizo ondear los campos cual verduscos estanques, cargados de cosechas que casi parecían crecer perceptiblemente con cada momento transcurrido.

El hedor de muerte había casi desaparecido por completo antes de que el viento alcanzara la ciudad amurallada de Fal Dara y azotara los contornos de una torre de la fortaleza ubicada en el centro de la población, una torre sobre la que había dos hombres que semejaban ejecutar una danza. Con sus imponentes muros de defensa, asentada sobre elevadas colinas, a la vez fortín y ciudad, Fal Dara nunca había sido tomada, jamás había sido traicionada. El viento gimió sobre los tejados cubiertos con tablillas de madera, alrededor de las altas chimeneas y de las aún más espigadas torres, gimió simulando entonar un canto fúnebre.

Con el torso desnudo, Rand al'Thor se estremeció al sentir la fría caricia del

viento y apretó los dedos en torno a la larga empuñadura de la espada de práctica que empuñaba. El cálido sol le lamía el pecho y sus oscuros cabellos rojizos estaban empapados de sudor. Un leve olor en el remolino de aire lo indujo a abrir más las ventanas de la nariz, pero no relacionó aquel aroma con la imagen de una antigua tumba recién abierta que cruzó su cerebro. Apenas era consciente de su olfato y su visión; porfiaba por mantener la mente en blanco, pero el otro hombre que se hallaba en la cúspide de la torre con él no dejaba de entrometerse en el vacío. La cima del torreón, de un diámetro de diez pasos, estaba rodeada por unas almenas que llegaban hasta la altura de su pecho. Era lo bastante espaciosa como para no encontrarse constreñido, salvo cuando se compartía su superficie con un Guardián.

A pesar de su juventud, Rand era más alto que la mayoría de los hombres, pero Lan tenía una altura similar y su cuerpo poseía una musculatura más desarrollada, aun cuando no fuera tan ancho de hombros. Una estrecha cinta de cuero trenzado mantenía apartados de la cara del Guardián sus largos cabellos, una cara que parecía compuesta de pétreos planos y ángulos, una cara exenta de arrugas como para desmentir el tinte grisáceo que despuntaba en sus sienes. Pese al calor y al ejercicio, únicamente una ligera capa de sudor brillaba en su torso y en sus brazos. Rand escrutaba los gélidos y azules ojos de Lan, tratando de vislumbrar algún indicio de cuál sería su próximo movimiento. El Guardián no parecía ni siquiera pestañear y sus manos accionaban la espada de práctica con firmeza y suavidad al tiempo que él pasaba de una postura a otra.

Con un hatillo de finas varas holgadamente atadas en lugar de una hoja, la espada de práctica resonaba estrepitosamente al golpear algo y dejaba un verdugón al descargarse sobre la carne. Rand lo sabía demasiado bien. Tres angostas líneas le escocían en las costillas y otra en la espalda. Había debido poner en juego toda su pericia para no llevar más decoraciones. Lan, en cambio, no tenía ni una marca.

Tal como le habían enseñado, Rand dibujó mentalmente una llama y se concentró en ella, tratando de alimentarla con todas sus emociones y pasiones, para forjar la calma en su interior y desprenderse de todo pensamiento. El vacío llegó. Al igual que le sucedía en los últimos tiempos, no era un vacío perfecto; la llama todavía estaba allí o cierta luminosidad que agitaba levemente el vacío. No obstante, aquel grado le bastaba. La fría paz del vacío lo envolvió, creando una unidad con el arma de práctica, con las lisas piedras que hollaban sus botas, con Lan incluso. Todo componía una sola identidad y él se movía, despojado de toda idea racional, a un ritmo que se correspondía, paso a paso y estocada tras estocada, al del Guardián.

El viento volvió a alzarse, acarreando el tañido de las campanas de la ciudad. «Alguien está celebrando todavía la llegada de la primavera.» Aquel pensamiento ajeno revoloteó entre la vacuidad en oleadas de luz, agitando la calma, y, como si el Guardián fuera capaz de leer en su mente, la espada de ejercicio giró frenéticamente

en las manos de Lan.

Durante un largo minuto la rápida sucesión del ruido seco producido por el entrechocar de los listones atados ocupó la cúspide de la torre. Rand no realizó ningún intento de atacar al otro hombre; todo cuanto podía hacer era intentar salir indemne de las acometidas del Guardián. Al contener sus golpes en el último momento, se hallaba siempre en retroceso. La expresión de Lan era imperturbable, y la espada de práctica parecía viva en sus manos. De pronto la arremetida zigzagueante del Guardián se transformó a medio impulso en una estocada. Tomado por sorpresa, Rand dio un paso atrás, dibujando ya una mueca de dolor ante el golpe que tenía la certeza de no poder parar aquella vez.

El viento aulló sobre la torre… y lo atrapó. Era como si el aire se hubiera solidificado súbitamente, apresándolo en un capullo de seda y empujándolo hacia adelante. El tiempo y el movimiento adquirieron una lenta cadencia; horrorizado, observó cómo el arma de ejercicio de Lan avanzaba hacia su pecho. El impacto estuvo exento de lentitud o suavidad. Las costillas le crujieron como si se las hubieran golpeado con un martillo. Las tablillas de la espada de práctica de Lan se doblaron —con igual lentitud, se le antojó a Rand— y se quebraron; sus afiladas puntas se dispararon hacia su corazón y penetraron su piel con las bases sesgadas. El dolor se adueñó de su cuerpo; tenía la impresión de que le habían horadado toda la piel. Notaba una quemazón tan fuerte como si el sol se hubiera convertido en una llamarada que lo abrasaba.

Con un alarido, retrocedió tambaleante y cayó contra la pared de piedra. Con mano trémula, se tocó la herida del pecho y contempló con incredulidad sus dedos ensangrentados.

—¿Y qué ha sido esa insensata reacción, pastor? —gruñó Lan—. A estas alturas ya deberías actuar con más juicio, a menos que hayas olvidado todo lo que he intentado enseñarte. ¿Cómo…? —Calló bruscamente cuando Rand alzó la mirada hacia él.

—El viento —Rand tenía la boca seca—. ¡Me… me ha empujado! ¡Era… era tan sólido como una pared!

El Guardián lo observó en silencio y luego le tendió una mano. Rand la tomó y dejó que lo ayudara a ponerse de pie.

—Suceden cosas extrañas a tan corta distancia de la Llaga —apuntó al fin.

A pesar de la inexpresividad de su voz, ésta denunciaba cierta turbación, lo cual ya era insólito en sí mismo. Los Guardianes, aquellos legendarios guerreros que se hallaban al servicio de las Aes Sedai, raras veces evidenciaban alguna emoción y Lan era extremadamente adusto comparado con otros Guardianes. Arrojó el arma destrozada y se inclinó contra el muro donde estaban apoyadas sus verdaderas espadas, fuera del campo de práctica.

—No de esta manera —protestó Rand. Se reunió con el otro hombre, sentándose de cuclillas de espalda a la piedra. En aquella posición las almenas superaban la altura de su cabeza, protegiéndolo contra el embate de cualquier clase de viento. Suponiendo que hubiera sido el viento. Nunca había notado un viento tan… sólido… como aquél—. ¡Paz! Quizá ni siquiera en la Llaga.

—Tratándose de alguien como tú… —Lan se encogió de hombros como si aquello aportara alguna explicación—. ¿Cuándo vas a irte, pastor? Hace un mes que dijiste que te marchabas y yo pensé que ya lo habrías hecho tres semanas antes.

Rand lo miró, sorprendido. «¡Está comportándose como si no hubiera ocurrido nada!» Ceñudo, dejó en el suelo la espada de ejercitación y elevó la suya propia hasta las rodillas, palpando la larga empuñadura envuelta en cuero en la que había incrustada una garza de bronce, idéntica a la que se veía en la funda y a la que permanecía oculta bajo ésta en la hoja. Todavía le resultaba extraño el hecho de poseer una espada y más aún el que ésta llevara la marca de un maestro espadachín. Él era un campesino de Dos Ríos, lo cual quedaba muy lejos ahora. Tal vez distante para siempre jamás. Era pastor como su padre. —«Yo era un pastor. ¿Qué soy ahora?»— y su progenitor le había dado una espada con la marca de la garza. «Tam es mi padre, digan lo que digan.» Deseaba que sus propios pensamientos no fueran más que un intento de autoconvencerse.

Al parecer, Lan volvió a adivinar sus cavilaciones.

—En las Tierras Fronterizas, pastor, si un hombre se ocupa de la crianza de un niño, éste es hijo suyo y nadie puede afirmar lo contrario.

Rand fingió no haber escuchado las palabras del Guardián. Aquella cuestión era exclusivamente de su propia incumbencia.

—Quiero aprender a utilizarla. Lo necesito. —Le había acarreado problemas llevar una espada con la marca de la garza. No todo el mundo sabía lo que representaba, pero, aun así, un arma con la marca de la garza, sobre todo en manos de un joven apenas con la edad justa para ser considerado un hombre, atraía una atención que no lo beneficiaba en nada—. He sido capaz de engañar a mi adversario, cuando no podía echar a correr, y además he sido afortunado. Pero ¿qué pasará cuando no pueda correr ni burlar y se me acabe la racha de buena suerte?

—Podrías venderla —propuso prudentemente Lan—. Esa hoja es rara incluso entre las espadas marcadas con la garza. Te darían una buena suma por ella.

—¡No! —Era una posibilidad que había considerado en más de una ocasión, pero ahora la rehusaba por el mismo motivo que lo había hecho anteriormente y con más violencia debido a que la idea provenía de otra persona. «Mientras la conserve conmigo, tendré derecho a considerar a Tam como mi padre. Él me la dio y eso me otorga tal derecho»—. Creía que todas las hojas con la marca de la garza eran armas excepcionales.

—¿Entonces Tam no te lo explicó? —dedujo Lan, mirándolo de soslayo—. Él debe saberlo, aunque tal vez no le diera crédito. Muchos no lo creen. —Asió su propia espada, casi idéntica a la de Rand, exceptuando la carencia de garzas, y la desenvainó. La hoja, ligeramente curvada y de un solo filo; despidió destellos plateados al contacto con la luz del sol.

Era la espada de los reyes de Malkier. Lan nunca hablaba de ello y ni siquiera veía con buenos ojos que otros lo hicieran, pero al'Lan Mandragoran era señor de las Siete Torres, señor de los Lagos y rey no coronado de Malkier. Las Siete Torres estaban quebradas ahora y los Mil Lagos eran la guarida de monstruosos seres. Malkier yacía postrada, engullida por la Gran Llaga y, de todos los señores malkieri, únicamente restaba uno con vida.

Algunos opinaban que Lan se había hecho Guardián, vinculándose a una Aes Sedai, para poder buscar la muerte en la Llaga y reunirse con el resto de sus familiares. Rand había visto cómo Lan se exponía a situaciones peligrosas sin aparente consideración por su vida o su integridad física, pero defendía con muchísimo más ahínco que la suya propia la seguridad de Moraine, la Aes Sedai a la que estaba unido. No creía, por tanto, que Lan fuera a buscar conscientemente la muerte mientras Moraine estuviera viva.

Haciendo girar su hoja bajo la luz, Lan continuó hablando.

—En el transcurso de la Guerra de la Sombra, el Poder único fue utilizado como un arma y se crearon armas mediante el Poder único. Algunas de ellas utilizaban el Poder único; eran objetos capaces de destruir una ciudad entera con una explosión o dejar baldía la tierra en varios kilómetros a la redonda. Ésas se perdieron durante el Desmembramiento y nadie recuerda su método de elaboración. Sin embargo, también había armas más simples, pensadas para quienes habían de enfrentarse a los Myrddraal y a entes peores creados por los Señores del Espanto, cara a cara.

»Con el Poder único, los Aes Sedai extrajeron hierro y otros metales de la tierra, los fundieron y los forjaron, realizando todo el proceso por medio del Poder. Así dieron forma a espadas y a otras armas. Muchas de las que perduraron tras el Desmembramiento del Mundo fueron destruidas por hombres que temían y detestaban lo que habían realizado los Aes Sedai, y otras han ido desapareciendo con el tiempo. Quedan muy pocas y son escasas las personas que conocen su naturaleza. Se han ideado leyendas, desmesuradas historias en las que se habla de espadas que parecían disponer de una fuerza propia. Ya has escuchado los cuentos de los juglares. La realidad es suficientemente portentosa. Son hojas que no se rompen ni mellan y cuyo filo no pierde jamás agudeza. He visto a hombres que las afilaban, o que pretendían afilarlas, pero ello se debía a que se negaban a creer que no fuera preciso hacerlo después de haberlas utilizado. Lo único que hacían era gastar sus piedras de afilar.

»Ésas fueron las armas creadas por los Aes Sedai y nunca habrá otras iguales. Cuando todo acabó, cuando la guerra y la Era tocaron conjuntamente a su fin, con el mundo destrozado, con más cadáveres por recibir sepultura que personas con vida, la mayoría de las cuales huían tratando de encontrar un lugar donde guarecerse, con mujeres sollozando a cada segundo porque no volverían a ver a su marido o a sus hijos, los Aes Sedai supervivientes juraron no volver a forjar ninguna arma destinada a ser esgrimida por los hombres. Todas las Aes Sedai prestaron dicho juramento y todas las mujeres lo han respetado desde entonces. Incluso las del Ajah Rojo, a quienes les tiene sin cuidado la suerte que pueda sufrir cualquier varón.

»Una de esas espadas, una espada ordinaria de soldado —con una mueca apenas perceptible, casi triste, si era posible advertir alguna emoción en el rostro del Guardián, éste volvió envainar su hoja— se convirtió en algo más. Por otra parte, las que se habían realizado para los generales, con hojas tan duras que ningún herrero era capaz ni de arañar y que ya estaban marcadas con una garza, pasaron a ser objetos ansiados.

Rand apartó, sobresaltado, las manos de la espada apoyada en sus rodillas. Ésta se volcó y, en un acto reflejo, la aferró antes de que golpeara las losas del suelo.

—¿Queréis decir que los Aes Sedai hicieron ésta? Pensaba que estabais hablando de vuestra espada.

—No todas las hojas con la marca de la garza son producto del trabajo de los Aes Sedai. Son escasos los hombres que manejan una espada con la destreza necesaria para ser nombrados maestros espadachines y recibir el tributo de un arma marcada con la garza, pero, aun así, no restan suficientes espadas creadas por los Aes Sedai para entregárselas a ese puñado de elegidos. La mayoría proceden de las forjas de eminentes herreros; el más fino acero que el hombre puede producir y que, sin embargo, está fraguado por manos humanas. Pero ésta, pastor… ésta ha sido testigo del paso de tres mil años, como mínimo.

—No puedo librarme de ello —dijo Rand—, ¿no es cierto? —Situó la espada ante él, apoyada en la punta de la vaina; no tenía un aspecto distinto del que presentaba antes de saber la verdad—. Forjada por Aes Sedai.

«Pero Tam me la dio —se dijo—. Mi padre me la entregó.» Prefirió no cuestionarse la manera como un pastor de Dos Ríos se había hecho con una espada con la marca de la garza. Había corrientes peligrosas en tales pensamientos, abismos que no deseaba explotar.

—¿De veras quieres irte, pastor? Volveré a preguntártelo: ¿por qué no te has marchado ya entonces? ¿Por la espada? En cinco años podría hacerte digno de ella, transformarte en un maestro espadachín. Tienes unas muñecas rápidas, buen equilibrio y no cometes dos veces el mismo error. Pero no dispongo de cinco años para enseñarte ni tú dispones de cinco años para aprender. No tienes ni un año por

delante y tú lo sabes. De todas maneras, no vas a clavártela en el pie. Tu porte indica que esa espada te pertenece, pastor, y la mayoría de los matones de pueblo lo captarán así. Sin embargo, siempre has dado la misma impresión desde el día en que te la pusiste al cinto. ¿Entonces por qué estás todavía aquí?

—Mat y Perrin aún están aquí —murmuró Rand—. No quiero marcharme antes que ellos. No pienso hacerlo. Tal vez no vuelva a verlos… durante años. —Recostó nuevamente la cabeza sobre el muro—. ¡Diantre! Ellos al menos creen que estoy loco porque no regreso a casa con ellos. La mitad del tiempo Nynaeve me mira como si fuera un chiquillo de seis años que se ha hecho un rasguño en la rodilla y al cual ella va a curar, y la otra mitad, como si estuviera viendo a un extraño, a alguien a quien podría ofender si lo observase con demasiada atención, a decir verdad. Ella es una Zahorí y, además de eso, no creo que haya tenido jamás miedo ante nada, pero… —Sacudió la cabeza—. Y Egwene. ¡Rayos y truenos! Sabe por qué tengo que irme, pero cada vez que lo menciono me mira y siento un nudo en el estómago y… —Cerró los ojos, apretando la frente contra la empuñadura de la espada, como si quisiera presionar sus pensamientos y librarse de su presencia—. Ojalá… Ojalá…

—¿Te gustaría que todo volviera a ser como antes, pastor? ¿O que la chica fuera contigo en lugar de ir a Tar Valon? ¿Crees que va a renunciar a convertirse en una Aes Sedai a cambio de una vida errante contigo? Si se lo planteas adecuadamente, tal vez lo haga. El amor es algo especial. —Lan adoptó un tono receloso—. Lo más especial que existe.

—No. —Aquello era lo que había estado deseando, que ella estuviera dispuesta a partir con él. Abrió los ojos, irguió la espalda y dotó de firmeza su voz—. No, no la dejaría venir conmigo si me lo pidiera. —No podía hacerle eso. «Pero, Luz, ¿no sería hermoso, sólo por un minuto, que ella dijera que quiere venir?»—. Se pone tozuda como una mula cuando se le mete en la cabeza que intento decirle lo que tiene que hacer, pero, de todas maneras, aún puedo protegerla contra eso. —Deseaba que ella se encontrara de nuevo en el Campo de Emond, pero aquella esperanza se había desvanecido desde el día en que Moraine había llegado a Dos Ríos—. ¡Aun cuando ello represente que va a convertirse en una Aes Sedai! —Por el rabillo del ojo advirtió la ceja enarcada de Lan y se ruborizó.

—¿Y ése es todo el motivo? ¿Que quieres pasar el mayor tiempo posible con tus amigos antes de que se vayan? ¿Eso es lo que te hace aminorar el paso? Tú sabes muy bien lo que significa que anden pisándote los talones.

Rand se incorporó, lleno de furia.

—¡De acuerdo, es por Moraine! Ni siquiera estaría aquí a no ser por ella, y ella ni se digna dirigirme la palabra.

—Estarías muerto de no ser por ella, pastor —indicó tranquilamente Lan. Pero la indignación de Rand no disminuyó.

—Me dice… me dice cosas horribles sobre mí mismo… —Sus nudillos se tornaron blancos con la presión que aplicaba sobre el puño de la espada. «¡Que voy a volverme loco y a morir!»—. … Y luego de pronto no me dedica ni dos palabras seguidas. Se comporta como si no fuera diferente de como era el día en que me conoció, y eso también me da mala espina.

—¿Quieres que te trate de acuerdo con lo que eres?

—¡No! No me refiero a eso. Caramba, la mitad del tiempo no sé lo que quiero decir. No quiero eso y lo otro me atemoriza. Ahora se ha ido a algún sitio, se ha esfumado sin más…

—Ya te he dicho que a veces necesita estar sola. No te corresponde a ti, ni a nadie, cuestionar sus acciones.

—… sin explicarle a nadie a donde iba, cuándo volvería ni si volvería. Ella tiene que poder decirme algo que me sirva de ayuda, Lan. Algo. Tiene que poder. Si es que regresa.

—Ya ha regresado, pastor. Anoche. Pero me parece que ya te ha dicho cuanto podía. Quédate tranquilo. Ya has obtenido toda la información que ella podía darte. —Sacudiendo la cabeza, Lan adoptó un enérgico tono de voz—. Lo que sí es seguro es que no estás aprendiendo nada estando allí de pie. Es hora de que ejercites el equilibrio. Pasa a La garza arremetiendo en los juncos, comenzando por Partir la seda. Recuerda que esa figura de la garza sólo es para fortalecer la capacidad de dominio del contrapeso. Fuera del campo de práctica, deja el pecho al descubierto; uno puede dar en el blanco desde esa postura, si aguarda a que el contrincante ataque primero, pero le es imposible esquivar su estocada.

—Ella tiene que ser capaz de decirme algo, Lan. Ese viento… no era natural, y no me importa a qué distancia estemos de la Llaga.

—La garza arremetiendo en los juncos, pastor. Y concéntrate en tus muñecas.

Por el lado sur se oyó un toque de trompetas, un estrépito continuado que iba incrementando paulatinamente su potencia, acompañado por el monótono percutir de los tambores. Por un instante, Rand y Lan intercambiaron una mirada y luego el sonido los atrajo hacia las almenas para averiguar su origen.

La ciudad se extendía sobre elevadas colinas y el terreno que circundaba sus murallas estaba despejado de todo obstáculo visual que superara la altura de los tobillos en un kilómetro a la redonda. Desde la torre de la fortaleza, ubicada en el lugar más alto, Rand obtuvo una visión panorámica que, extendiéndose más allá de chimeneas y tejados, llegaba hasta el bosque. Los tambores aparecieron los primeros entre la arboleda; eran doce y elevaban sus instrumentos con cada paso que daban al compás de su son, haciendo girar los mazos. Después surgieron los heraldos, sin cesar de soplar sus largos y resplandecientes cuernos. A aquella distancia, Rand no lograba distinguir el enorme estandarte cuadrado que ondeaba al viento tras ellos. Lan

exhaló un gruñido; el Guardián tenía la vista tan acerada como un águila.

Rand lo miró, pero el Guardián no dijo nada y continuó concentrado en la comitiva que salía de la espesura. Unos jinetes vestidos con armadura cabalgaron hacia el claro, y mujeres, montadas a caballo también. Luego surgió un palanquín transportado por dos caballos, con las cortinas corridas, y más jinetes. Hileras de infantes, con las picas en alto, como si estuvieran erizadas de largas púas, y arqueros, con sus armas cruzadas en diagonal sobre el pecho, marchando al unísono al ritmo marcado por los tambores. Las trompetas volvieron a lanzar su toque. Como una serpiente cantarina la columna giró en dirección a Fal Dara.

El viento agitó el estandarte, de tamaño superior a la estatura de un hombre, extendiéndolo hacia un lado. Ahora estaba lo bastante cerca como para que Rand lo distinguiera con claridad. Había un torbellino de colores que carecían de significado para él, pero, en el centro, se recortaba una forma similar a la de una lágrima blanca. Se quedó sin resuello: la Llama de Tar Valon.

—Ingtar va con ellos. —Lan hablaba como si estuviera pensando en otra cosa—. Por fin ha vuelto de su cacería. Hace mucho que se fue. Me pregunto si lo habrá acompañado la suerte…

—Aes Sedai —susurró Rand cuando al fin pudo articular una palabra. Todas aquellas mujeres que se acercaban… Moraine era una Aes Sedai, sí, pero él había viajado con ella y, si no acababa de confiar en ella, al menos la conocía. O creía conocerla. Pero ella era sólo una. Tantas Aes Sedai juntas y aproximándose de ese modo, era algo muy distinto. Se aclaró la garganta, pese a lo cual su voz sonó ronca —. ¿Por qué hay tantas, Lan? ¿Por qué vienen? Y con tambores y heraldos y un estandarte para anunciarlas.

Las Aes Sedai eran respetadas en Shienar, al menos por gran parte de la población, y la restante les profesaba un respetuoso temor, pero Rand había visitado lugares donde las cosas eran diferentes, donde únicamente existía el miedo y a menudo el odio. En la comarca donde se había criado, algunos hombres se referían a ellas como «las brujas de Tar Valon» con el mismo tono que empleaban para hablar del Oscuro. Trató de contar a las mujeres, pero éstas no se mantenían en filas, sino que iban de un lado a otro con sus caballos para conversar entre sí o con quienquiera que ocupase el palanquín. Tenía la carne de gallina. Había viajado con Moraine y conocido a otra Aes Sedai, y había comenzado a considerarse como un hombre de mundo. Nadie, o apenas nadie, salía nunca de Dos Ríos, pero él se había marchado. Había visto cosas que nadie de Dos Ríos había contemplado y había realizado actos que sus convecinos sólo habían efectuado en sueños, suponiendo que en sueños hubieran aspirado a tanto. Había visto a la reina y hablado con la heredera del trono de Andor; se había enfrentado a un Myrddraal y viajado por los Atajos, y nada de aquello lo había preparado para vivir con calma aquel momento.

—¿Por qué hay tantas? —volvió a susurrar.

—Viene la Sede Amyrlin en persona. —Lan lo miró, con expresión tan dura e inescrutable como una roca—. Tu clase ha acabado, pastor. —Se detuvo entonces, y Rand casi creyó percibir simpatía en su semblante. Aquello no era posible, desde luego—. Habría sido preferible para ti que te hubieras ido una semana antes. —Dicho esto, el Guardián recogió su camisa y desapareció por la escalera en el interior de la torre.

Rand trató de segregar saliva. Contempló la columna que se aproximaba a Fal Dara como si realmente se tratara de una serpiente, una víbora venenosa. Los tambores y trompetas sonaban con estruendo en sus oídos. La Sede Amyrlin, la mujer que gobernaba a las Aes Sedai. «Ha venido por mí.» No encontraba otra explicación.

Ellas sabían cosas, poseían conocimientos que podían ayudarlo, estaba convencido de ello. Y no osaba preguntar a ninguna de ellas. Temía que hubieran venido a amansarlo. «Y también que no vengan a hacerlo —admitió de mala gana—. Luz, no sé qué me asusta más. »

—Yo no tenía intención de encauzar el Poder —musitó—. ¡Fue un accidente! Luz, no quiero tener nada que ver con él. ¡Juro que nunca más voy a utilizarlo! ¡Lo juro!

Advirtió, sobresaltado, que la comitiva de Aes Sedai estaba entrando en las puertas de la ciudad. El viento se agitó en violentos remolinos que le helaron el sudor, y el sonido de las trompetas se le antojó unas perversas carcajadas; le pareció percibir el insidioso olor de una tumba recién abierta. «De mi tumba, si me quedo parado aquí.»

Tras recoger su camisa, descendió las escaleras y echó a correr.

2



La bienvenida

Las salas de la fortaleza de Fal Dara, con sus paredes de piedra lisa austeramente decoradas con simples tapices y telas pintadas, bullían con las noticias de la eminente llegada de la Sede Amyrlin. Los criados de libreas negras y doradas se afanaban en sus tareas, corriendo a preparar habitaciones o transmitir órdenes a las cocinas, lamentándose de que no tendrían todo dispuesto para un personaje de tamaña categoría sin haber sido avisados con antelación. Los guerreros de ojos oscuros, con las cabezas rapadas a excepción de una cola atada con un cordel de cuero, no corrían, pero su paso era presuroso y sus rostros revelaban una excitación normalmente reservada para las batallas. Algunos de los hombres dirigían unas palabras a Rand mientras éste se precipitaba por los corredores.

—Ah, aquí estás, Rand al'Thor. Que la paz propicie el uso de tu espada. ¿Vas a asearte? Querrás lucir un óptimo aspecto cuando te presenten a la Sede Amyrlin. Seguro que querrá veros a ti y a tus amigos al igual que a las mujeres, date por advertido.

Avanzó al trote hacia las amplias escaleras, por las que podían pasar veinte hombres de frente, las cuales conducían a los aposentos de los hombres.

—La Sede Amyrlin en persona, llegada sin más aviso que un simple buhonero. Debe de haber venido por Moraine Sedai y vosotros los del sur, ¿eh? ¿Para qué si no?

Las grandes puertas, reforzadas con hierro, de los apartamentos de los hombres estaban abiertas, y medio atascadas con soldados con coleta que cuchicheaban acerca de la imprevista visita de la Sede Amyrlin.

—¡Hola, sureño! La Amyrlin está aquí. Habrá venido a veros a ti y a tus amigos, supongo. ¡Paz, qué honor para vosotros! Raras veces abandona Tar Valon y, que yo recuerde, nunca ha visitado las Tierras Fronterizas.

Se alejó de ellos tras pronunciar unas breves frases. Debía lavarse y buscar una camisa limpia. No tenía tiempo para charlar. Ellos creían comprender su estado de ánimo y lo dejaron marchar. Ninguno de ellos sabía nada más aparte de que él y sus

amigos habían viajado en compañía de una Aes Sedai y que dos de ellos eran mujeres que iban a ir a Tar Valon a formarse como Aes Sedai, pero sus palabras no hacían más que aumentar sus temores. «Ha venido por mí»

Se precipitó hacia la habitación que compartía con Mat y Perrin… y se quedó petrificado y boquiabierto. El dormitorio estaba lleno de mujeres vestidas de blanco y dorado, que trabajaban diligentemente. No era una estancia grande y las ventanas, un par de altas y angostas aspilleras que daban a uno de los patios interiores, no contribuían a ampliar la sensación de espacio. Tres camas situadas sobre plataformas con baldosas negras y blancas, un baúl al pie de cada una de ellas, tres sillas, una jofaina y un aguamanil junto a la puerta y un gran armario casi abarrotaban la habitación. Las ocho mujeres parecían peces que rebulleran en el interior de un cubo.

Las doncellas apenas si le dedicaron una mirada antes de continuar sacando sus ropas —y las de Mat y Perrin— del armario para sustituirlas por otras nuevas. Dejaban sobre los arcones lo que encontraban en los bolsillos y luego amontonaban sus viejos atuendos como si de harapos se tratara.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó cuando hubo recobrado el aliento—. ¡Esta ropa es mía!

Una de las mujeres introdujo un dedo en un desgarrón de la manga de su única chaqueta y luego la arrojó al montón del suelo.

Otra, una mujer de cabello oscuro con un gran manojo de llaves colgado en el pecho, posó la vista en él. Era Elansu, shatayan de la fortaleza. Él la consideraba como un ama de casa, si bien la casa de que ella se ocupaba era una fortaleza y a su servicio trabajaba casi un ejército de sirvientes.

—Moraine Sedai dijo que todas vuestras ropas están gastadas y lady Amalisa os ha mandado hacer otras. Ahora sal de en medio —agregó con firmeza— y así terminaremos antes. —Había pocos hombres a los que la shatayan no era capaz de imponer sus deseos, algunos opinaban que de ello no se libraba ni el propio lord Agelmar, y era evidente que no estaba dispuesta a aceptar ninguna resistencia por parte de un hombre tan joven que incluso hubiera podido ser su hijo.

Reprimió lo que iba a contestar; no había tiempo para discutir. La Sede Amyrlin podía mandarlo llamar de un minuto a otro.

—Que lady Amalisa sea honrada por su presente —logró articular, a la usanza de Shienar— y vos también, Elansu shatayan. Dignaos transmitir mis palabras a lady Amalisa y decirle que me declaro, en cuerpo y alma, su humilde servidor. —Aquello bastaría para satisfacer la afición shienariana por el trato ceremonioso que debían de tener ambas mujeres—. Pero ahora, si me excusáis, debo cambiarme.

—Eso está mejor —alabó Elansu—. Moraine Sedai ha dicho que os quitarais todo lo que llevabais. Todas las prendas, incluida la ropa interior. —Varias de las criadas lo miraron de reojo, pero ninguna de ellas se dirigió a la puerta.

Se mordió la lengua para no echarse a reír con nerviosismo. Había muchas costumbres en Shienar que diferían bastante de las de su tierra y había algunas a las que no se habituaría aunque viviera allí durante el resto de sus días. Había optado por tomar el baño a primeras horas del día, cuando los grandes estanques embaldosados estaban vacíos, después de descubrir que en cualquier otro momento podía introducirse en el agua una mujer junto a él. Tanto podía tratarse de una fregona como de lady Amalisa, la propia hermana de lord Agelmar —los baños eran uno de los lugares de Shienar donde no había diferencias de rango—, abrigando la expectativa de frotarle la espalda a cambio del mismo favor y preguntándole por qué tenía la cara tan colorada: ¿acaso había tomado demasiado sol? Pronto habían aprendido a reconocer que aquello era rubor y no había ni una mujer en la fortaleza que no se sintiera fascinada por verlo.

«¡Podría estar muerto o en un estado aún peor dentro de una hora, y están esperando a que me ponga colorado!» Se aclaró la garganta.

—Si aguardáis afuera, os entregaré el resto. Por mi honor.

Una de las doncellas emitió una risa ahogada e incluso Elansu arqueó los labios, pero la shatayan asintió e indicó a las otras mujeres que recogieran los bultos de ropa. Ella fue la última en salir y se detuvo bajo el dintel para añadir:

—Las botas también. Moraine Sedai ha especificado que habíamos de retirarlo todo.

Rand abrió la boca y luego la cerró de nuevo. Sus botas, manufacturadas por el zapatero del Campo de Emond, se hallaban sin duda en buen estado, bien moldeadas a sus pies. Sin embargo, si el hecho de renunciar a sus botas tenía como resultado que la shatayan lo dejara solo, se las entregaría; y, si quería algo más, también se lo daría. No disponía de tiempo.

—Sí. Sí, claro. Por mi honor. —Empujó la puerta, obligándola a salir.

Ya solo, se sentó en su cama para quitarse las botas —todavía estaban en buen estado; un poco gastadas, con el cuero estriado aquí y allá, pero resultaban cómodas y útiles— y después se desvistió apresuradamente, apilando su atuendo encima del calzado, y se lavó en la palangana con igual celeridad. El agua estaba fría, al igual que lo estaba siempre en los aposentos de los varones.

El armario tenía tres anchas puertas labradas con una simple decoración al gusto shienariano, que en este caso sugería más que representaba una serie de cascadas que se precipitaban entre peñascos. Tras abrir la hoja central, observó durante un momento lo que había ido a sustituir el escaso vestuario que había traído consigo. Una docena de chaquetas de cuello alto de la más fina lana y de corte tan elegante como las que había admirado en los mercaderes y nobles, en su mayoría bordadas como las prendas de días festivos. ¡Una docena! Tres camisas para cada chaqueta, de lino y de seda, con holgadas mangas y ceñidos puños. Dos capas. Dos, cuando él se

había conformado con una durante toda su vida. Una de ellas era sencilla, de gruesa lana de color verde oscuro; la otra era de tonalidad azul intensa con un cuello rígido bordado en oro con garzas… y un dibujo en el pecho izquierdo, donde los aristócratas lucían su emblema.

Sus manos se lanzaron hacia la capa por propio impulso. Como si no supiera lo que iban a tantear, sus dedos rozaron los hilos que dibujaban una serpiente enroscada casi en círculo, pero una serpiente con cuatro patas y una melena de león, con escamas doradas y carmesí y los dedos rematados con cinco garras doradas. Retiró precipitadamente la mano como si se hubiera quemado. «¡Que la Luz me asista! ¿Esto lo ha encargado Amalisa, o Moraine? ¿Cuántas personas lo han visto? ¿Cuántas saben lo que es, lo que significa? Aunque sólo sea una ya es suficiente. Que me aspen si no está tratando de matarme. ¡La condenada Moraine no se digna hablarme pero ahora me ha dado unos malditos ropajes de lujo para que perezca vestido elegantemente!»

Un repiqueteo en la puerta lo sobresaltó.

—¿Has terminado? —inquirió la voz de Elansu—. Todas las piezas, ahora mismo. Quizá sería mejor que… —Sonó un crujido, como si accionara la manecilla.

Rand advirtió, horrorizado, que aún estaba desnudo.

—¡Ya he acabado! —gritó—. ¡Paz! ¡No entréis! —Recogió deprisa lo que llevaba puesto—. ¡Ya os lo alcanzo! —Ocultándose tras la puerta, la abrió lo bastante para entregar el bulto en los brazos de la shatayan—. Ahí está todo.

La mujer intentó lanzar una ojeada por el resquicio.

—¿Estás seguro? Moraine Sedai dijo que tenía que ser todo. Tal vez debería mirarlo yo…

—Está todo —gruñó—. ¡Por mi honor! —Cerró la puerta en sus narices y luego oyó risas procedentes del otro lado.

Murmurando para sí, se vistió presurosamente. No estaba dispuesto a darles ninguna excusa para que volvieran a invadirle la habitación. Los pantalones grises eran más ajustados que los que estaba acostumbrado a llevar, pero cómodos a pesar de ello, y la camisa, con sus mangas abombadas, tenía una blancura que hubiera enorgullecido a cualquier ama de casa de Dos Ríos en día de colada. Las botas de caña alta se amoldaban a sus pies como si las hubiera utilizado durante un año. Esperaba que fueran obra de un buen zapatero y no otro producto creado por Aes Sedai.

Todos aquellos atuendos conformarían un equipaje tan voluminoso como él mismo. No obstante, se había vuelto a habituar a la agradable sensación de llevar las camisas limpias y a no utilizar los mismos pantalones día tras día hasta que el sudor y la suciedad los dejaban tan rígidos como sus botas y continuar usándolos a pesar de ello. Sacó las alforjas del baúl e introdujo en ellas lo que cabía; luego extendió de

mala gana la lujosa capa sobre la cama y apiló sobre ella algunas camisas y pantalones más. Plegada con el peligroso emblema en el interior y atada con una cuerda que dejaba un bucle para colgarla al hombro, apenas parecía distinta de los hatillos que había visto transportar a otros jóvenes por los caminos.

Un toque de trompetas atravesó las aspilleras, saludando desde las torres de la fortaleza a los heraldos que se anunciaban desde el exterior de las murallas.

—Voy a descoser los puntos cuando tenga ocasión —murmuró para sí. Había visto cómo las mujeres deshacían los bordados cuando habían cometido un error o cambiaban de opinión respecto al diseño, y no le parecía dificultoso.

El resto de los ropajes —la mayoría de ellos, de hecho— los introdujo en el armario. Era mejor no dejar señales evidentes de su huida.

Todavía ceñudo, se arrodilló junto a la cama. Las plataformas embaldosadas sobre las que se apoyaban las camas eran estufas, en el interior de las cuales una pequeña hoguera cubierta ardía toda la noche para mantener cálido el lecho en el transcurso de la más gélida noche del invierno shienariano. Las noches todavía eran más frescas que aquellas a las que estaba habituado en esta época del año, pero las mantas eran suficientes. Después de abrir la puerta de la estufa, sacó un hatillo que no podía dejar allí. Se alegró de que a Elansu no se le hubiera ocurrido pensar que alguien podía guardar ropa allí adentro.

Después de depositar el bulto sobre las mantas, desató una de las esquinas y lo desplegó parcialmente. Era una capa de juglar, vuelta del revés para ocultar los centenares de parches multicolores que la cubrían. La capa era austera en sí; los parches eran el reclamo de un juglar. Habían sido el reclamo de un juglar.

En su interior había dos rígidas cajas de cuero. La mayor contenía un arpa, la cual él nunca tocaba. «El arpa es demasiado delicada para las torpes manos de un campesino, muchacho.» La otra, larga y delgada, protegía la flauta con incrustaciones de oro y plata que había utilizado para pagarse la cena y el lecho en más de una ocasión desde que había abandonado el hogar. Thom Merrilin le había enseñado a tocarla, antes de morir. Rand no podía contemplarla nunca sin recordar al juglar, con sus vivos ojos azules y sus largos bigotes blancos, arrojándole la capa a las manos y gritándole que corriera. Y luego Thom también había echado a correr, esgrimiendo unos cuchillos que habían aparecido como por arte de magia en sus manos al igual que en sus representaciones, para enfrentarse al Myrddraal que había acudido a darles muerte a ellos. Volvió a atar el fardo con un escalofrío.

—Esto se ha acabado. —Rememorando el viento que lo había empujado en la torre, agregó—: Suceden cosas extrañas a tan corta distancia de la Llaga.

No estaba seguro de dar crédito a aquella afirmación, al menos, no con el sentido que Lan le había conferido. En todo caso, aun sin la presencia de la Sede Amyrlin, ya era hora sobrada de que se marchara de Fal Dara.

Encogiéndose de hombros dentro de la chaqueta que había dejado afuera —era de un tono verde oscuro, que le recordaba los bosques de su región, la granja del Bosque del Oeste de Tam donde se había criado y el Bosque de las Aguas donde había aprendido a nadar—, se ciñó la espada con la marca de la garza y se colgó el carcaj, rebosante de flechas, en el otro costado. Su aflojado arco, dos palmos más alto que él, estaba apoyado en un rincón al lado de los de Mat y Perrin. Lo había hecho él mismo durante su estancia en Fal Dara y, aparte de él, únicamente Lan y Perrin eran capaces de tensarlo. Cargó fardos y alforjas en el hombro izquierdo y asió el arco. «Deja libre el brazo que empuña la espada —pensó—. Haz que piensen que eres peligroso. Tal vez alguien creerá que lo eres.»

Cuando abrió con sigilo la puerta, encontró la antecámara casi solitaria; un criado con librea caminaba presuroso, sin siquiera dedicarle una mirada. Tan pronto como se hubieron amortiguado las rápidas pisadas del hombre, Rand se deslizó hacia el corredor.

Trataba de caminar con naturalidad y desenfado, pero sabía que con las alforjas en el hombro y los bultos en la espalda tenía el aspecto de lo que era: un hombre que se disponía a emprender un viaje y que no tenía intención de regresar. Las trompetas volvieron a sonar.

Tenía un caballo, un alto semental alazán, en el establo del norte, llamado el Establo del Señor, cercano a la puerta de salida que lord Agelmar utilizaba cuando iba a cabalgar. Sin embargo, ni el señor de Fal Dara ni ningún miembro de su familia iban a salir a pasear aquel día y seguramente no habría en la caballeriza más que los mozos de cuadra. Dos recorridos distintos conducían al Establo del Señor desde la habitación de Rand. Uno lo obligaría a rodear toda la fortaleza, pasando por detrás de los jardines privados de lord Agelmar y luego atravesar las herrerías en la fachada más alejada, las cuales estarían previsiblemente vacías entonces. Tardaría en llegar hasta su caballo el tiempo suficiente como para que se dieran órdenes para emprender una búsqueda. El otro camino era mucho más corto; primero debía cruzar el patio exterior, adonde en aquellos precisos instantes estaba llegando la Sede Amyrlin acompañada de más de una docena de Aes Sedai.

Sintió un hormigueo en la piel sólo de pensarlo; ya había tenido sobrado trato con Aes Sedai para salir bien parado. Una ya era demasiado. Todas las historias eran unánimes en ese punto y él lo había comprobado en persona. Aun así, no le sorprendió comprobar que sus pies lo llevaban en dirección al patio interior. Jamás contemplaría la legendaria ciudad de Tar Valon —no podía correr ese riesgo, ni ahora ni nunca— pero podía ver fugazmente a la Sede Amyrlin antes de irse. Sería lo mismo que ver a una reina. «No hay ningún peligro en observarla desde lejos. Continuaré caminando y habré desaparecido antes de que ella se entere de que estuve allí.»

Abrió una pesada puerta reforzada con hierro que daba al patio y salió en silencio. Las almenas de todos los muros estaban abarrotadas por una multitud, compuesta de soldados con coleta, criados con librea y siervos de baja condición, sucios de estiércol, con niños encaramados sobre los hombros para que pudieran ver sobre las cabezas de los adultos o tratando de escabullirse hacia una mejor posición. Todos los balcones de arqueros estaban llenos como una barrica de manzanas e incluso se veían caras en las angostas aspilleras de las paredes. Una tupida masa de gente bordeaba el patio, formando una segunda pared. Y todos observaban y aguardaban en silencio.

Se abrió camino junto al muro, delante de los establos de los herreros y flecheros que rodeaban la plaza —Fal Dara era una fortaleza y no un palacio, a pesar de su tamaño y sobria grandiosidad, y todo cuanto allí había estaba dedicado a ese cometido—, disculpándose quedamente ante las personas a quienes molestaba. Algunos lo miraban frunciendo el entrecejo; otros, los menos, dedicaban una mirada a sus alforjas y fardos, pero ninguno decía nada. La mayoría ni siquiera se interesaba en averiguar quién había pasado dándoles un codazo.

Veía sin dificultad por encima de las cabezas de los congregados lo que ocurría en el patio. Justo al lado de la puerta principal, había una hilera de dieciséis hombres, de pie detrás de sus caballos. No había dos que llevaran el mismo tipo de armadura o espada y ninguno de ellos se parecía a Lan, pero Rand supo desde el primer momento que eran Guardianes. Aquellos rostros redondos, angulosos, alargados o enjutos tenían en común una expresión que dejaba a las claras que veían cosas que otros hombres no percibían y escuchaban sonidos inaudibles para los demás mortales. A pesar de su porte tranquilo, parecían más peligrosos que una manada de lobos. Únicamente compartían otro detalle: todos llevaban la capa de color cambiante que él había visto por primera vez al conocer a Lan, la misma prenda que con frecuencia se confundía con lo que había tras ella. Resultaba un espectáculo inquietante ver tantos hombres vestidos con aquellas capas.

A diez pasos delante de los Guardianes, se extendía una hilera de mujeres ubicadas junto a sus monturas con las capuchas bajadas. Entonces pudo contarlas: catorce, catorce Aes Sedai. Altas, bajas, esbeltas o regordetas, con el pelo corto o largo, en melenas que les cubrían la espalda o recogido en trenzas, sus atuendos eran tan diversos como los de los Guardianes, con tantas formas y colores como mujeres. No obstante, ellas evidenciaban, asimismo, una similitud, que sólo era patente cuando uno las observaba juntas, tal como se encontraban en aquel momento. Parecían no tener una edad concreta. Desde esa distancia él hubiera aventurado que todas eran jóvenes, pero sabía que, miradas desde más cerca, tendrían el mismo aspecto que Moraine, una apariencia de juventud y una piel lozana desmentidas por una expresión excesivamente madura, unos ojos que expresaban demasiado conocimiento.

«¿Más cerca? ¡Insensato! ¡Ya estoy demasiado cerca! Diantre, hubiera debido

tomar el camino más largo.» Prosiguió en dirección a una nueva puerta ubicada en el otro extremo del patio, pero no pudo evitar mirar.

Las Aes Sedai permanecían impasibles, haciendo caso omiso de los espectadores, con la vista centrada en el palanquín velado por las cortinas, que ahora se hallaba en el centro de la explanada. Los caballos que lo transportaban se mantenían tan quietos como si estuvieran controlados por palafreneros cuando en realidad junto a las andas sólo había una mujer, cuya condición de Aes Sedai era reconocible en su semblante, la cual no dedicaba atención alguna a los animales. La llama dorada que coronaba el bastón que mantenía erguido ante ella con ambas manos le llegaba a la altura de los ojos.

Lord Agelmar estaba encarado al palanquín en el otro lado del patio, con semblante inescrutable. En su chaqueta azul de cuello alto lucía la insignia de los tres zorros de la casa de Jagad así como el halcón inclinado que simbolizaba a Shienar. Tras él se encontraba Ronan, marchito por la edad, pero aún con una estatura envidiable; tres zorros labrados en madera roja culminaban la vara que llevaba el shambayan. Ronan ocupaba un cargo igual al de Elansu, pues tanto shambayan como shatayan tenían a su cuidado la organización de la fortaleza, pero Elansu apenas le dejaba cumplir más funciones que las de maestro de ceremonias y secretario de lord Agelmar. Las coletas de ambos hombres tenían la blancura de la nieve.

Todos —los Guardianes, las Aes Sedai, el señor de Fal Dara y su shambayan— permanecían completamente inmóviles. La multitud que los contemplaba parecía contener la respiración. Rand aminoró el paso en contra de su voluntad.

De improviso Ronan golpeó tres veces con su bastón las grandes losas del suelo y dejó oír su voz en medio del silencio.

—¿Quién llega aquí? ¿Quién llega aquí? ¿Quién llega aquí?

La mujer situada al lado del palanquín también hincó tres veces su vara en el suelo al responder.

—La Vigilante de los Sellos. La Llama de Tar Valon. La Sede Amyrlin.

—¿Por qué habríamos de mantenemos en actitud vigilante? —preguntó Ronan.

—Por la esperanza de la humanidad —repuso la mujer.

—¿De qué nos protegemos?

—De la sombra que puede caer a mediodía.

—¿Cuánto tiempo ha de durar nuestra vigilia?

—Del alba al amanecer, mientras la Rueda del Tiempo continúe girando.

Agelmar realizó una reverencia, zarandeando su cola en la brisa.

—Fal Dara ofrece pan, sal y bienvenida. Bienvenida sea la Sede Amyrlin a Fal Dara, pues aquí mantenemos la vigilancia, aquí mantenemos el Pacto. Bienvenida.

La alta mujer descorrió la cortina del palanquín y la Sede Amyrlin descendió de él. Con el cabello oscuro, de edad tan imprecisa como todas las Aes Sedai, recorrió

con la mirada la multitud reunida mientras se enderezaba. Rand dio un respingo cuando sus ojos pasaron sobre él; sintió como si lo hubieran tocado. Sin embargo, la dirigente de las Aes Sedai prosiguió con su breve inspección hasta detenerse en lord Agelmar. Un criado con librea se arrodilló a su lado con una bandeja con toallas plegadas de las que todavía se elevaba vapor. Siguiendo el ritual, la Sede Amyrlin se enjugó las manos y el rostro con un paño húmedo.

—Os doy las gracias por vuestra acogida, hijo mío. Que la Luz ilumine la casa de Jagad. Que la Luz ilumine Fal Dara y a todo su pueblo.

—Nos honráis sobremanera, madre —replicó Agelmar con una nueva reverencia. No sonaba extraño escuchar cómo ella lo llamaba hijo y él le daba el tratamiento de madre, a pesar de que, si se comparaban las frescas mejillas de la mujer con la angulosa cara del hombre, éste hubiera podido pasar por su padre, o su abuelo incluso. Ella tenía una presencia que en nada desmerecía a la de él—. La casa de Jagad es vuestra. Fal Dara es vuestra.

Los vítores que brotaron por doquier resonaron como oleadas en los muros de la fortaleza.

Estremeciéndose, Rand se precipitó a empellones hacia la puerta que le franquearía la seguridad. «Sólo ha sido tu maldita imaginación. Ella ni siquiera sabe quién eres. Todavía no. Rayos y truenos, si lo supiera…» No quería pensar en lo que habría sucedido si ella hubiera estado al corriente de quién era él, de qué era él, ni de lo que acaecería cuando finalmente lo averiguara. Se preguntó si habría tenido algo que ver con el viento que lo había empujado en la torre; las Aes Sedai eran capaces de provocar fenómenos como aquél. Cuando hubo empujado y cerrado de golpe la puerta, lo que amortiguó el fragor de la bienvenida que todavía sonaba en el patio, exhaló un suspiro de alivio.

Como los corredores estaban igual de desiertos que los demás, continuó su camino casi a la carrera. Salió a otro patio más pequeño, con una fuente que murmuraba en su centro, lo atravesó para penetrar en otro pasillo y desembocó en la plaza donde se hallaban las anheladas caballerizas. El Establo del Señor, construido dentro de las murallas de la fortaleza, era extenso e imponente, con grandes ventanales en las paredes y dos pisos en los que se guardaban los caballos. La herrería situada enfrente de él se hallaba en silencio, probablemente debido a que los trabajadores se habían ausentado para presenciar la llegada de la Sede Amyrlin.

Tema, el mozo de cuadra de rostro atezado, lo recibió junto a las anchas puertas con una profunda reverencia, tocándose la frente y luego el corazón.

—Espíritu y corazón para serviros, mi señor. ¿En qué puede seros útil Tema, mi señor? —No había ningún guerrero con coleta allí; el cabello de Tema se asentaba en su cabeza como un bol gris dispuesto boca abajo.

—Por centésima vez, Tema, yo no soy un señor —suspiró Rand.

—Como mi señor desee. —La reverencia del mozo fue incluso más profunda en aquella ocasión.

Su nombre había sido el causante de aquel problema: Rand al'Thor, al'Lan Mandragoran. Para Lan, de acuerdo con las costumbres de Malkier, el «al» real lo identificaba como rey, aun cuando él nunca lo utilizase. Para Rand, «al» formaba simplemente parte de su nombre, aunque había oído decir que hacía mucho tiempo, antes de que Dos Ríos se conociera como tal, había significado «hijo de». Algunos de los sirvientes de la fortaleza de Fal Dara, sin embargo, habían interpretado que él también era un soberano, o un príncipe. Todas sus protestas al respecto únicamente habían logrado degradarlo al tratamiento de señor. Al menos, eso era lo que él creía, pues nunca había visto tantas reverencias ni un trato tan diferente, ni siquiera con lord Agelmar.

—Necesito que me ensillen a Rojo, Tema. —Tenía la suficiente experiencia como para no ofrecerse a realizar él mismo aquella tarea; Tema no consentiría que Rand se ensuciase las manos—. Creo que pasaré unos días visitando los alrededores de la ciudad. —Una vez montado en el potente semental, en pocos días se hallaría en el río Erinin o al otro lado de la frontera con Arafel. «Entonces les será imposible encontrarme.»

El mozo de cuadra se inclinó aún más profundamente y permaneció en aquella postura.

—Disculpad, mi señor —susurró con voz ronca—. Disculpad, pero Tema no puede obedecer.

Ruborizado por la situación, Rand miró ansiosamente en tomo a sí —no había nadie más a la vista—; luego aferró al hombre y lo obligó a enderezarse. Aun cuando no le fuera posible evitar que Tema y algunos otros actuaran de ese modo, al menos podía tratar de evitar que los demás presenciaran tales escenas.

—¿Por qué no, Tema? Tema, mírame, por favor. ¿Por qué no?

—Es una orden, mi señor —respondió Tema, todavía en un susurro. Mantenía la vista clavada en el suelo, no por temor, sino a causa de la vergüenza que le producía el hecho de no poder hacer lo que Rand le pedía. Los shienarianos consideraban deshonrosas cosas insignificantes que para ellos eran tan ignominiosas como lo serían en otros lugares recibir la acusación de ladrón—. Ningún caballo puede abandonar el establo hasta que no se ordene lo contrario. Ninguna de las caballerizas de la fortaleza, mi señor.

Rand ya había abierto la boca para decirle que no se preocupara, pero en su lugar se humedeció los labios.

—¿Ningún caballo de ninguna caballeriza?

—Sí, mi señor. He recibido la orden hace tan sólo un momento. —La voz de Tema adoptó cierta firmeza—. Todas las puertas están también cerradas, mi señor.

Nadie puede entrar ni salir sin permiso. Ni siquiera la patrulla de la ciudad, según me han dicho.

Rand tragó saliva, pero aquello no mermó la sensación de que una mano le atenazaba la garganta.

—La orden, Tema, ¿la ha dado lord Agelmar?

—Por supuesto, mi señor. ¿Quién si no? Lord Agelmar no la ha formulado directamente a Tema, desde luego, ni siquiera al hombre que ha hablado con Tema, pero, mi señor, ¿qué otras persona podría dar una orden semejante en Fal Dara?

«¿Qué otra persona?» Rand se sobresaltó cuando la campana mayor de la torre de la fortaleza dejó oír su estruendoso toque. Las otras campanas se sumaron a ella y después lo hicieron las restantes de la población.

—Si no es atrevimiento que Tema os lo diga, mi señor debe estar muy contento.

Rand hubo de gritar para que su respuesta fuera audible.

—¿Contento? ¿Por qué?

—La ceremonia de bienvenida ha finalizado, mi señor —Tema realizó un gesto que abarcaba el campanario—. La Sede Amyrlin va a mandar llamar a mi señor, y a los amigos de mi señor para que comparezcan ante ella ahora.

Rand echó a correr bruscamente. Apenas tuvo tiempo para advertir la sorpresa pintada en el rostro de Tema antes de desaparecer. «Va a mandar llamarme ahora.»

3



Amigos y enemigos

Rand no corrió mucho trecho; sólo hasta la puerta de salida situada a la vuelta de la esquina del establo. Aminoró el paso antes de llegar allí, tratando de disimular su apremio.

La arqueada puerta se encontraba cerrada. Apenas era lo bastante amplia para ser simultáneamente franqueada por dos hombres a caballo, pero, al igual que las puertas de la muralla exterior, estaba reforzada con anchas bandas de hierro negro y asegurada con gruesas barras metálicas. Los guardias se hallaban de pie frente a ella vestidos con armadura y yelmo cónico, asiendo largas espadas que apoyaban en los hombros. Sus sobrevestes doradas mostraban el emblema del Halcón Negro en el pecho. Conocía un poco a uno de ellos, Ragan. La cicatriz producida por una flecha trolloc formaba un triángulo blanco en la morena mejilla de Ragan bajo la visera de la armadura. Su arrugada piel esbozó los hoyuelos de una sonrisa al ver a Rand.

—Que la paz te sea propicia, Rand al'Thor —gritó casi Ragan para contrarrestar el sonido de las campanas—. ¿Quieres ir a aporrear conejos en la cabeza, o todavía insistes en afirmar que ese garrote es un arco? —El otro guardia se movió para situarse en pleno centro de la salida.

—Que la paz te sea propicia a ti, Ragan —repuso Rand, deteniéndose frente a ellos. Le fue extremadamente difícil conservar la calma en la voz—. Sabes bien que es un arco. Me has visto disparar con él.

—No va bien para tirar a caballo —apuntó secamente el otro centinela. Rand lo reconoció entonces por sus hundidos ojos casi negros que nunca parecían pestañear y que lo observaban desde su yelmo como dos cuevas gemelas engastadas en una segunda caverna. Supuso que su mala suerte podría haberle deparado algo peor que el hecho de que Masema custodiara la puerta, pero no estaba seguro de en qué habría podido consistir, a no ser en un encuentro con una Aes Sedai del Ajah Rojo—. Es demasiado largo —añadió Masema—. Yo soy capaz de disparar tres flechas con un arco de montar mientras tú tiras un proyectil con ese monstruo.

Rand se esforzó por sonreír, como si interpretase un contenido jocoso en aquellas palabras. Masema nunca había explicado un chiste en su presencia, ni reído las gracias de nadie. La mayoría de los hombres de Fal Dara aceptaban a Rand; él

practicaba con Lan y se sentaba a la mesa de lord Agelmar, y, lo que era más importante, había llegado a la ciudad en compañía de Moraine, una Aes Sedal. Algunos, sin embargo, parecían incapaces de olvidar que era un extranjero y apenas le dirigían la palabra, lo cual sólo hacían cuando se sentían obligados. Masema era el que demostraba una hostilidad más evidente.

—Es lo bastante bueno para mí —aseguró Rand—. Hablando de conejos, Ragan, ¿qué te parece si me dejas salir? Todo ese ruido y ajetreo me pone nervioso. Es preferible salir a cazar conejos, aunque no vea ninguno.

Ragan dio medio giro para mirar a su compañero y Rand comenzó a abrigar ciertas expectativas. Ragan era un hombre tolerante, cuyo carácter contradecía la imagen que le daba su tremenda cicatriz, y, al parecer, le profesaba simpatía. Pero Masema ya estaba sacudiendo la cabeza. Ragan exhaló un suspiro.

—No es posible, Rand al'Thor. —Cabeceó levemente en dirección a Masema, como si aportase una explicación. Si hubiera de decidir él solo… —. A nadie le está permitido salir sin un pase escrito. Es una pena que no lo pidieras hace unos minutos. Acabamos de recibir la orden de atrancar las puertas.

—Pero ¿qué interés tendría lord Agelmar en retenerme a mí? —Masema estaba reparando en el equipaje que colgaba del hombro de Rand. Éste trató de no prestarle atención—. Yo soy un huésped —continuó arguyendo—. Por mi honor, habría podido marcharme cuando hubiera querido durante las últimas semanas. ¿Por qué motivo iba a estar destinada a mí esa orden? La ha dado lord Agelmar, ¿no es cierto? —Masema parpadeó al oír la última pregunta y las arrugas de su entrecejo perpetuamente fruncido se marcaron aún más; casi pareció olvidar los bultos que acarreaba Rand.

—¿Quién iba a dar una orden como ésta, Rand al'Thor? —replicó riendo Ragan —. Claro está que ha sido Ino quien me la ha transmitido, pero ¿de quién iba a proceder si no?

Los ojos de Masema, fijos en la cara de Rand, no pestañearon lo más mínimo.

—Sólo quiero alejarme del bullicio —insistió Rand—. Probaré en uno de los jardines entonces. No habrá conejos, pero tampoco tendré que soportar una multitud. Que la Luz os ilumine y la paz os sea propicia.

Se alejó sin aguardar a recibir una bendición en respuesta, resuelto a no acercarse a ninguno de los jardines bajo ningún concepto. «Diantre, una vez que acaben las ceremonias podría haber Aes Sedai en cualquiera de ellos.» Consciente de la mirada de Masema clavada en su espalda —estaba convencido de que era Masema— mantuvo un paso normal.

De improviso las campanas enmudecieron y él tropezó. Los minutos se sucedían rápidamente. Estaba desperdiciando demasiado tiempo, un tiempo durante el cual acompañarían a la Sede Amyrlin a sus aposentos, tras lo cual ella lo mandaría llamar y luego se iniciaría una búsqueda al no encontrarlo. Tan pronto como se halló fuera

de vista de los centinelas, comenzó a correr de nuevo.

Cerca de las cocinas del cuartel, la Puerta de los Carreteros, por donde se introducían todos los alimentos consumidos en la fortaleza, permanecía cerrada y atrancada, detrás de un par de soldados. Cruzó apresuradamente el patio de cocina ante ella, como si no hubiera tenido intención de pararse.

La Puerta de los Perros, en la parte posterior de la fortaleza, cuyas dimensiones sólo permitían pasar a un hombre a pie, estaba custodiada también. Volvió sobre sus pasos antes de que lo vieran los guardias. No había muchas puertas, a pesar del amplio perímetro de la ciudadela, pero, si la Puerta de los Perros estaba vigilada, también lo estarían las demás.

Tal vez pudiera encontrar una cuerda… Subió por una de las escaleras que conducían a la parte superior de la muralla exterior, al amplio parapeto protegido por almenas. Le resultaba poco tranquilizador hallarse a tanta altura, expuesto al embate de aquel viento que lo había empujado, pero desde allí era factible observar la muralla de la ciudad entre el mar de altas chimeneas y puntiagudos tejados. Aun después de una estancia de cerca de un mes, las casas todavía le parecían peculiares por comparación con las de Dos Ríos, con sus aleros que casi llegaban hasta el suelo, como si las casas sólo se compusieran de un tejado entablillado con madera, y las chimeneas inclinadas para que el peso de la nieve resbalara por ellas. La fortaleza estaba rodeada de una espaciosa plaza pavimentada, pero a tan sólo cien pasos de los muros había calles donde hormigueaba la gente, ocupada en sus quehaceres: tenderos con delantal situados bajo los toldos de sus establecimientos, granjeros toscamente vestidos que visitaban la ciudad para comprar y vender mercancías, vendedores ambulantes, comerciantes y habitantes de la ciudad se reunían en grupos, para comentar sin duda la visita por sorpresa realizada por la Sede Amyrlin. Vio cómo los carros y las personas circulaban por una de las puertas de la población. Al parecer, los guardias no habían recibido orden allí de interceptar el paso a nadie.

Alzó la mirada hacia la torre de vigilancia más próxima; uno de los soldados agitó una mano revestida con guantelete para saludarlo. Riendo amargamente, hizo un gesto de respuesta. Estaba a escasos centímetros de la muralla, pero bajo los ojos de los guardias. Se apoyó en el antepecho y estudió la lisa superficie de piedra que acababa en el foso seco muchos metros más abajo. La zanja tenía veinte pasos de ancho y diez de profundidad, flanqueada por unas pulidas losas resbaladizas. Una pared baja, inclinada para que nadie pudiera ocultarse en ella, la circundaba para evitar que alguien cayera accidentalmente al foso, erizado de afiladas picas. Aun con una cuerda para descender y sin guardias que lo vieran, no podría cruzarlo. Lo que era efectivo para mantener afuera a los trollocs en casos extremos, servía también para retenerlo adentro a él.

De improviso se sintió completamente extenuado, derrotado. La Sede Amyrlin

estaba allí y no había escapatoria. No había modo de salir, y la Sede Amyrlin estaba allí. Si ella sabía que él se encontraba allí, si ella había provocado aquel viento que lo había atrapado, ya estaba persiguiéndolo, tratando de cazarlo con los poderes de una Aes Sedai. Los conejos tenían más posibilidades de escapar de su arco. No obstante, se negó a darse por vencido. Había quien decía que las gentes de Dos Ríos eran capaces de aleccionar a las piedras y de impartir enseñanzas a las mulas. Cuando no les restaba nada más, los habitantes de Dos Ríos se atrincheraban en su terquedad.

Tras apartarse de la muralla, vagó por la fortaleza sin encaminarse a un lugar determinado, pero cuidando que sus pasos no lo condujeran a uno de los sitios donde previsiblemente debía estar. A ningún punto cercano a su habitación, a ninguno de los establos, ni a cualquiera de las puertas —Masema podía incitar a Ino para que informase de su intento de salida— ni a un jardín. Todo cuanto alcanzaba a pensar era en mantenerse alejado de cualquier Aes Sedai, incluso de Moraine. Ella sabía lo que era él. A pesar de ello, no había tomado ninguna medida en contra suya. «Por ahora, que tú sepas. ¿Y qué ocurriría si hubiera cambiado de parecer? Tal vez ella mandó llamar a la Sede Amyrlin.»

Por un momento, desazonado, se apoyó contra la pared de un corredor, sintiendo la dureza de la piedra bajo su espalda. Con la mirada perdida, contempló el vacío en la lejanía y vio escenas que no deseaba ver. «Amansado. ¿Sería tan terrible que todo concluyera de una vez? ¿Que terminara realmente?» Cerró los párpados, pero todavía se veía a sí mismo, agazapado como un conejo que no tenía hacia dónde correr, y a las Aes Sedai que estrechaban su cerco en torno a él cual cuervos dispuestos a atacar. «Casi siempre mueren poco tiempo después, los hombres que han sido amansados. Pierden las ganas de vivir.» Recordaba demasiado bien las palabras de Thom Merrilin. Con un estremecimiento se precipitó por el pasillo. Tampoco debía quedarse parado a la espera de que lo localizaran. «¿Cuánto tardarán en encontrarte de todos modos? Estás en la misma situación que un cordero encerrado en un corral. ¿Cuánto tardarán?» Tocó la empuñadura apoyada en su flanco. «No, no eres un cordero. Ni para las Aes Sedai ni para nadie.» Sintió que sus pensamientos eran algo jactanciosos, pero su determinación no menguó por ello.

La gente regresaba a sus quehaceres. Un estrépito de voces y entrechocar de pucheros y cucharas brotaba de la cocina más próxima a la Gran Sala, donde la Sede Amyrlin y su comitiva disfrutarían de un festejo aquella noche. Cocineros, fregonas y recaderos trajinaban afanosamente; los asadores giraban sin cesar rezumando el jugo de la carne. Avivó el paso entre el calor y el vapor, rodeado por los aromas de especias y manjares. Nadie reparó en él; estaban demasiado ocupados.

En los apartamentos posteriores, donde vivía la servidumbre, reinaba el mismo trasiego enfebrecido que en un hormiguero al que le hubieran propinado un puntapié. Los hombres y mujeres corrían a vestirse con sus mejores trajes. Los chiquillos se

dedicaban a sus juegos en los rincones, sin entorpecer el paso. Los niños esgrimían espadas de madera y las niñas jugaban con muñecas, algunas de las cuales eran, al decir de sus propietarias, la Sede Amyrlin. La mayoría de las puertas estaban abiertas, con la entrada únicamente obstruida por cortinas de cuentas. Por lo general aquello indicaba que los moradores se hallaban en disposición de recibir visitas, pero ese día significaba simplemente que éstos tenían prisa. Incluso quienes le dedicaban una reverencia, lo hacían sin apenas detenerse.

¿Oiría alguno de ellos, cuando estuviera cumpliendo sus tareas, que estaban buscándolo y comentaría que lo había visto? ¿Hablaría con una Aes Sedai y le diría dónde podía encontrarlo? De pronto, se le antojó que los ojos de las personas con quienes se cruzaba estaban examinándolo ponderativa y astutamente y que éstas adoptaban una expresión reflexiva a sus espaldas. A su juicio, los propios niños le dirigían unas miradas más incisivas. Era consciente de que aquello era tan sólo producto de su imaginación —estaba convencido de ello; no podía ser de otro modo — y, sin embargo, cuando dejó atrás los aposentos de los criados, experimentó igual alivio que si hubiera escapado antes de que cerraran la trampilla de una mazmorra.

Algunos lugares de la fortaleza estaban solitarios, debido a que la gente que solía trabajar allí había quedado libre de obligaciones tras el súbito acontecimiento de la llegada de la comitiva de Tar Valon. La forja de los armeros tenía todos los fuegos cubiertos y los yunques en silencio. Fría, sin vida. Y, no obstante, no estaba solitaria. Sintió un hormigueo en la piel y giró sobre los talones. No había nadie allí. Únicamente los grandes arcones cuadrados de las herramientas y las barricas llenas de aceite para enfriar el metal. Se le erizó el vello de la nuca y volvió a girarse. Los martillos y las tenazas pendían en su lugar en la pared. Recorrió, molesto, con la mirada la gran habitación. «No hay nadie aquí. Sólo son imaginaciones. Ese viento, y la Amyrlin; eso basta para disparar mi fantasía.»

Afuera en el patio, el viento sopló en remolino en torno a él. Dio un salto a su pesar, creyendo que éste iba a atraparlo. Por un instante volvió a notar el tenue olor a decadencia y oyó cómo alguien reía maliciosamente detrás de él. No duró más que un instante. Asustado, se volvió poco a poco, escrutando con recelo. El patio, pavimentado con rugosas piedras, estaba vacío, exceptuándolo a él. «¡Sólo es tu maldita imaginación» Echó a correr, no obstante, y le pareció escuchar tras él la misma risa, que en aquella ocasión no acompañaba al viento.

En la explanada donde se guardaba la madera, volvió a notar la presencia de alguien, unos ojos que lo observaban tras elevadas pilas de leña partida dispuestas bajo los largos cobertizos, unas miradas que se clavaban en él desde los montones de tablones secados que aguardaban en el otro lado del patio a ser utilizados por los carpinteros, cuyos talleres estaban cerrados ahora. Rehusó mirar a su alrededor, rehusó pensar en la manera como un solo par de ojos podían trasladarse de un lugar a

otro a tal velocidad o cruzar la plaza sin que él alcanzara a vislumbrar el más mínimo indicio de movimiento.

«Imaginaciones. O tal vez ya estoy enloqueciendo —se dijo con un estremecimiento—. Todavía no. Luz, por favor, aún no.» Con la espalda rígida, atravesó el patio a grandes zancadas, seguido del ser invisible que lo observaba.

En los oscuros corredores iluminados únicamente por unas cuantas antorchas vacilantes, en los almacenes llenos de sacos de guisantes y judías secas, abarrotados de estantes donde se amontonaban arrugados nabos y remolachas u ocupados por barricas de vino, toneles de carne en salazón y barriles de cerveza, los ojos estaban siempre ahí, a veces tras él y a veces aguardando a que entrase. No escuchó ningún sonido de pasos salvo los suyos ni el crujido de una puerta, excepto cuando él las abría o cerraba, pero los ojos estaban ahí. «Luz, estoy volviéndome loco. »

Abrió la puerta de un nuevo almacén y las voces y las risas que llegaron hasta él lo llenaron de alivio. Pensando que allí no habría ojos invisibles, entró.

La mitad de la estancia estaba repleta de sacos de granos que llegaban hasta el techo. En la otra, había un semicírculo de hombres arrodillados delante de una de las paredes desnudas. Todos parecían llevar los jubones de cuero y el corte de pelo redondeado de los criados de bajo rango. No se veían coletas de guerreros ni libreas. No había ninguno que pudiera traicionarlo accidentalmente. «¿Y qué posibilidades hay de que lo hagan a propósito?» El repiqueteo de los dados sonó entre sus quedos murmullos y alguien lanzó una estridente carcajada al ver el resultado de la tirada.

Loial estaba observando cómo jugaban, frotándose pensativamente la barbilla con un dedo más grueso que el pulgar de un hombre corpulento, con la cabeza apenas a dos palmos de las vigas del techo. Ninguno de los jugadores le dirigía la mirada. Los Ogier no eran precisamente numerosos en las Tierras Fronterizas, ni en ningún otro país, pero allí los conocían y aceptaban y, además, Loial había permanecido en Fal Dara el tiempo suficiente como para suscitar ya pocos comentarios. La oscura túnica de rígido cuello del Ogier estaba abotonada de arriba abajo, con unos faldones que caían sobre la parte superior de sus botas de caña alta, y uno de los grandes bolsillos estaba abultado y hundido por el peso de algo. Libros, suponía Rand. Aun mirando cómo los hombres jugaban a los dados, Loial no se encontraba lejos de un libro.

A pesar de la situación, Rand esbozó una sonrisa. A menudo Loial lo inducía a hacerlo. El Ogier poseía tantos conocimientos sobre algunos temas, y tan pocos sobre otros y parecía tan ansioso por saberlo todo… Rand, no obstante, aún recordaba su primer encuentro con Loial, con sus orejas copetudas, sus cejas que colgaban como largos bigotes y su nariz casi tan amplia como su rostro… Entonces lo había confundido con un trolloc, algo de lo que aún se avergonzaba al rememorarlo. Ogier y trollocs. Myrddraal y seres surgidos de los entresijos de oscuros cuentos. Entes pertenecientes a las historias y leyendas. Así los había considerado él antes de

abandonar el Campo de Emond. Sin embargo, desde que había salido del hogar había visto demasiadas historias que tomaban carta de realidad como para volver a sentirse a buen recaudo. Aes Sedai y observadores invisibles, y un viento que atrapaba y retenía. Su sonrisa se desvaneció rápidamente.

—Todas las historias son reales —afirmó en voz baja.

Loial agitó las orejas y giró la cabeza hacia Rand. Al advertir de quién se trataba, la cara del Ogier se iluminó con una sonrisa antes de aproximarse a él.

—Ah, eres tú. —Su voz era un profundo fragor similar al aleteo de un abejorro—. No te he visto en la ceremonia de bienvenida. Era algo que no había presenciado anteriormente. Dos cosas: la bienvenida shienariana y la Sede Amyrlin. Parece cansada, ¿no crees? No debe de ser fácil ser Amyrlin. Peor que ser uno de los mayores, supongo. —Abrió una pausa y adoptó un aire pensativo, que sólo duró breves instantes—. Dime, Rand, ¿tú también juegas a los dados? Aquí tienen un juego simple, con tres dados solamente. En el *stedding* usamos cuatro. Pero no me dejan jugar. Sólo me dicen «Gloria a los constructores» y no apuestan contra mí. No me parece justo, ¿y a ti? Los dados que utilizan son bastante pequeños —miró ceñudo una de sus manos, lo bastante grande como para cubrir la cabeza de un humano—, pero continúo opinando…

Rand lo agarró del brazo, interrumpiéndolo. «¡Los constructores!»

—Loial, los Ogier construyeron Fal Dara, ¿no es cierto? ¿Conoces alguna vía de salida que no sea las puertas? Algún túnel, un conductor de agua… Cualquier cosa, mientras pueda arrastrarse un hombre en su interior. Un sitio donde no dé el viento sería lo mejor.

Loial dibujó una mueca de congoja, rozando casi las mejillas con las puntas de sus cejas.

—Rand, los Ogier construyeron Mafal Dadaranell, pero esa ciudad fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. Ésta —rozó ligeramente la pared de piedra con las enormes yemas de sus dedos— la levantaron los hombres. Puedo trazar un plano de Mafal Dadaranell; vi los mapas una vez, en un antiguo libro del *stedding* Shangtai, pero de Fal Dara no conozco más de lo que sabes tú. Está bien construida, sin embargo, ¿no crees? Austera, pero bien distribuida.

Rand se apoyó desalentado en la pared, cerrando los ojos.

—Necesito encontrar la manera de salir —susurro—. Las puertas están cerradas y no me permiten traspasarlas, pero debo irme.

—Pero ¿por qué, Rand? —inquirió Loial—. Nadie va a hacerte daño aquí. ¿Te encuentras bien, Rand? —Elevó la voz de improviso—. ¡Mat! ¡Perrin! Me parece que Rand está enfermo.

Al abrir los ojos, Rand vio que sus amigos se incorporaban entre el corro de jugadores. Mat Cauthon, larguirucho como una cigüeña, con un amago de sonrisa

como si percibiera algo divertido inapreciable para los demás. Perrin Aybara, de pelo enmarañado, fornidos hombros y musculosos brazos moldeados en su trabajo como aprendiz de herrero. Ambos llevaban todavía ropas de Dos Ríos, simples y fuertes, pero gastadas a causa del viaje.

Mat arrojó el dado al semicírculo mientras caminaba hacia afuera y uno de los hombres le advirtió:

—Eh, sureño, no puedes abandonar el juego cuando estás ganando.

—Mejor que cuando esté perdiendo —respondió riendo Mat.

Inconscientemente, se llevó la mano a la chaqueta a la altura del pecho y Rand parpadeó. Mat llevaba bajo la tela una daga con un rubí en la empuñadura, un arma de la que nunca se apartaba y de la que no podía prescindir. Era una daga contaminada, procedente de la ciudad abandonada de Shadar Logoth, contaminada e infectada por un mal casi tan diabólico como el Oscuro: la pátina maligna que había dado muerte a Shadar Logoth dos mil años antes y que aún vivía entre las solitarias ruinas. Aquella infección acabaría con la vida de Mat si continuaba cerca del arma y le daría muerte todavía con mayor celeridad si la dejaba a un lado.

—Ya tendrás otra oportunidad de recuperarlo. —Los sarcásticos bufidos de los hombres hincados de rodillas indicaban que, en realidad, no creían en ello.

Perrin se mantuvo cabizbajo mientras seguía a Mat. Últimamente, Perrin siempre mantenía la mirada baja y los hombros hundidos, como si acarreara un peso demasiado apabullante incluso para su fuerza.

—¿Qué pasa, Rand? —preguntó Mat—. Estás más blanco que tu camisa. ¡Eh! ¿De dónde has sacado esta ropa? ¿Te estás volviendo shienariano? Quizá yo también me compre una chaqueta como ésa y una camisa elegante. —Sacudió el bolsillo de su chaqueta, produciendo un tintineo de monedas—. Por lo visto, tengo una buena racha con los dados. Sólo los toco y ya estoy ganando.

—No tienes que comprar nada —indicó con ademán cansado Rand—. Moraine ha ordenado que nos cambiaran toda la vestimenta. Por lo que sé, ya deben de haber quemado lo que trajimos, excepto lo que lleváis puesto ahora. Seguramente Elansu vendrá a recogerlo también. Yo de vosotros me cambiaría rápidamente, antes de que ella os lo quite directamente. —Perrin no alzó la cabeza, pero sus mejillas se tiñeron de arrebol; Mat sonrió con más fuerza, aunque de manera afectada. Ellos también se habían visto expuestos a aquellos encuentros en los baños y sólo Mat fingía que no le importaban—. Y no estoy enfermo. Sólo necesito salir de aquí. La Sede Amyrlin está aquí. Lan ha dicho… ha dicho que, estando ella aquí, habría sido mejor que me hubiera marchado hace una semana. Tengo que irme y todas las puertas están cerradas.

—¿Eso ha dicho? —Mat frunció el entrecejo—. No lo comprendo. Él nunca ha dicho nada malo de una Aes Sedai. ¿Por qué lo hace ahora? Mira, Rand, a mí me

inspiran tan poca simpatía las Aes Sedai como a ti, pero no van a hacernos nada. —Bajó el tono de voz al decir eso y miró por encima del hombro para cerciorarse de que no lo escuchara ninguno de los jugadores. Las Aes Sedai inspiraban temor por doquier, pero en las Tierras Fronterizas la gente distaba mucho de profesarles odio y un comentario irrespetuoso acerca de ellas podía desembocar en una pelea o en algo peor—. Fíjate en Moraine. No es tan mala, aunque sea una Aes Sedai. Estás comportándote como el viejo Cenn Buie cuando contaba aquellas acaloradas historias en la Posada del Manantial. Lo que quiero decir es que ella no ha causado ningún daño y las demás tampoco van a hacerlo. ¿Por qué habrían de querernos mal?

Perrin elevó la mirada, mostrando unos ojos amarillos que relucían en la penumbra cual oro bruñido. «¿Que Moraine no nos ha causado ningún daño?», pensó Rand. Cuando habían partido de Dos Ríos los iris de Perrin eran de una tonalidad marrón igual que la de Mat. Rand no tenía ni idea de cómo se había producido aquel cambio pues Perrin no quería hablar acerca de ello, ni apenas de nada, a decir verdad, pero había venido acompañado de su postura abatida y de su actual retraimiento de carácter, del peso de una soledad que no mitigaba la proximidad de sus amigos. Los ojos de Perrin y la daga de Mat. Ninguna de aquellas cosas habrían ocurrido si no hubieran abandonado el Campo de Emond, y había sido Moraine quien los había inducido a partir. Sabía que no era justo al pensar así. Probablemente habrían muerto todos a manos de los trollocs, al igual que buena parte de los habitantes del Campo de Emond, si ella no hubiera acudido al pueblo. Sin embargo, aquellas reflexiones no contribuían a que Perrin riera del modo como solía, ni desprendían la daga del cinto de Mat. «¿Y yo? Si estuviera en casa y con vida todavía, ¿sería todavía el mismo que ahora? Al menos no estaría preocupado por lo que fueran hacerme las Aes Sedai.»

Mat aún lo observaba con aire burlón y Perrin había erguido la cabeza para mirarlo. Loial aguardaba pacientemente. Rand no podía explicarles por qué debía mantenerse alejado de la Sede Amyrlin. Ellos no sabían qué era él. Lan estaba al corriente y Moraine. Y Egwene y Nynaeve. Habría preferido que no lo supiera ninguno de ellos, en especial Egwene, pero al menos Mat y Perrin —y Loial, también— creían que era el mismo de siempre. Pensó que preferiría morir antes que informarles de su naturaleza y percibir la duda y la preocupación que a veces advertía en los ojos de Egwene y en los de Nynaeve, a pesar de los esfuerzos que ellas hacían por ocultarlos.

—Alguien… está vigilándome —dijo al fin—. Siguiéndome. Lo que ocurre…, lo que ocurre es que no hay nadie ahí.

Perrin dio un respingo y Mat se humedeció los labios.

—¿Un Fado?

—Por supuesto que no —resopló Loial—. ¿Cómo podría entrar en Fal Dara uno de los Seres de Cuencas Vacías? Según las leyes, nadie puede cubrirse el rostro en el

interior de las murallas y las lámparas mantienen iluminadas las calles de noche para que no haya sombras donde le sea factible ocultarse a un Myrddraal. No sería posible.

—Las paredes no impiden el paso a los Fados —murmuró Mat—. No cuando él quiere entrar. No sé si las leyes y las lámparas surtirán más efecto. —No hablaba como alguien que había considerado a los Fados como personajes de cuentos de juglar hasta menos de un año antes. Él también había visto demasiadas cosas.

—Y luego está lo del viento —agregó Rand. Su voz apenas tembló al referir lo sucedido en lo alto de la torre. Perrin apretó los puños hasta que le crujieron los nudillos—. Sólo quiero irme de aquí —finalizó Rand—. Quiero irme hacia el sur. A algún sitio alejado. A otro lugar.

—Pero si las puertas están cerradas —objetó Mat—, ¿cómo vamos a salir nosotros?

—¿Nosotros? —inquirió Rand mirando fijamente a Mat. Debía irse solo. Él acabaría siendo demasiado peligroso para cualquiera que lo acompañara, y ni siquiera Moraine había podido precisar cuándo llegaría ese momento—. Mat, sabes bien que tienes que ir a Tar Valon con Moraine. Ella dijo que ése era el único lugar donde era posible separarte de esa maldita daga sin darte muerte. Y ya sabes lo que pasará si continúas llevándola.

Mat se tocó la chaqueta por encima del arma, al parecer sin advertir lo que hacía.

—«Los regalos de las Aes Sedai son como el cebo para un pez» —citó—. Bueno, tal vez no esté dispuesto a que me pongan el anzuelo en la boca. Tal vez lo que quiere hacerme en Tar Valon resulta peor que si no voy allí. A lo mejor está mintiendo. «La verdad que expresa una Aes Sedai no es siempre la que uno cree.»

—¿Tienes algún otro dicho tradicional del que quieras librarte? —preguntó Rand— ¿«El viento del sur trae un cálido huésped, el viento del norte una casa vacía»? ¿«Por más que la mona se vista de seda, mona se queda»? ¿Y qué te parece el de «El que a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija»? ¿«A palabras necias, oídos sordos»?

—Tranquilo, Rand —lo calmó Perrin—. No es preciso que te comportes así.

—¿Que no lo es? Quizá yo no desee que vosotros dos vengáis conmigo, siempre pegados a mí, metiéndoos en embrollos y esperando a que yo os saque de ellos. ¿No se os ha ocurrido nunca pensarlo? Diantre, ¿no habéis pensado nunca que tal vez esté cansado de encontraros siempre cuando me doy la vuelta? Siempre ahí, y estoy harto. —La expresión herida de Perrin le produjo el dolor de una cuchillada, pero prosiguió despiadadamente—. Algunas personas aquí me consideran un señor, un lord. A lo mejor me gusta. Pero miraos vosotros, jugando a dados con mozos de cuadra. Cuando me vaya, me iré solo. Vosotros podéis ir a Tar Valon o colgaros de una cuerda, pero yo me marcho solo.

Mat, con el semblante tenso, aferró la daga por encima de la chaqueta hasta que

los nudillos se le tornaron blancos.

—Si es eso lo que quieres… —replicó fríamente—. Creía que éramos… Como desees, al'Thor. Pero, si decido partir al mismo tiempo que tú, lo haré, y ya puedes apartarte de mí.

—Nadie va a ir a ninguna parte —observó Perrin— si las puertas están atrancadas. —Otra vez estaba mirando el suelo. Las risotadas resonaron en la pared, señalando la aparición de un nuevo perdedor.

—Que os vayáis u os quedéis —intervino Loial—, juntos o separados, no importa. Los tres sois *ta'veren*. Incluso yo soy capaz de percibirlo, a pesar de no tener gran talento para eso, sólo por lo que ocurre a vuestro alrededor. Y Moraine Sedai también lo afirma.

—Basta ya, Loial —protestó Mat, extendiendo las manos—. No quiero oír nada más sobre eso.

—Lo escuches o no, no deja de ser cierto. La Rueda del Tiempo teje el Entramado de la Era, utilizando las vidas de los hombres como hilos. Y vosotros tres sois *ta'veren*, puntos centrales del tejido.

—Ya basta, Loial.

—Durante un tiempo, la Rueda urdirá el Entramado en torno a vosotros tres, hagáis lo que hagáis. Y sea lo que fuere lo que decidáis, lo más probable es que la Rueda haya elegido por vosotros. Los *ta'veren* precipitan los acontecimientos históricos y conforman el Entramado con su mera existencia, pero la Rueda teje a los *ta'veren* con un diseño más rígido que a los otros hombres. Vayáis donde vayáis y hagáis lo que hagáis, hasta que la Rueda decida lo contrario, vais…

—¡Ya basta! —gritó Mat. Los jugadores miraron a su alrededor y él les asestó una furibunda mirada, obligándolos a volver a concentrarse en su juego.

—Lo siento, Mat —tronó Loial—. Ya sé que hablo demasiado, pero no era mi intención…

—No pienso quedarme aquí —anunció Mat a las vigas—, con un Ogier lenguaraz y un necio al que se le han subido los humos a la cabeza. ¿Vienes, Perrin? —Perrin exhaló un suspiro y lanzó una ojeada a Rand antes de asentir.

Rand observó cómo se alejaban con un nudo en la garganta. «Debo irme solo. Que la Luz me asista, debo hacerlo.»

Loial también estaba contemplándolos, con las cejas abatidas de preocupación.

—Rand, de veras no era mi intención…

—¿A qué estás esperando tú? —espetó con deliberada rudeza—. ¡Ve con ellos! No entiendo por qué estás todavía aquí. No me sirves para nada si no conoces ninguna manera de salir. ¡Vete! Ve a buscar tus árboles y tus preciosas arboledas, si aún no las han cortado, y viento fresco con ellas si ya no existen.

Los ojos de Loial, tan grandes como tazones, reflejaron sorpresa y disgusto al

principio, pero poco a poco fueron endureciéndose para expresar algo parecido al enojo. Rand no creía posible que fuera enojo. Algunas de las antiguas historias decían que los Ogier podían enfadarse, aunque nunca especificaban de qué manera, pero Rand nunca había conocido a alguien tan apacible como Loial.

—Si ése es tu deseo, Rand al'Thor —repuso secamente Loial, realizando una rígida reverencia antes de alejarse en pos de Mat y Perrin.

Rand se dejó caer sobre los sacos de grano apilados. «Bien —lo martirizó una vocecilla interior—, ya lo has hecho, ¿no?» «Debía hacerlo —replicó—. Seré un peligro para quienes se hallen a mi lado. Demonios, voy a volverme loco y… ¡No! ¡No, no voy a perder la cabeza! No voy a utilizar el Poder y así no enloqueceré y… Pero no puedo correr el riesgo. No puedo, ¿no lo comprendes?» La voz, sin embargo, sólo le respondió con una carcajada.

Advirtió que todos los jugadores se habían vuelto para mirarlo. Los shienarianos de toda condición eran casi invariablemente educados y correctos, incluso con los enemigos acérrimos, y los Ogier nunca habían sido enemigos de Shienar. Los ojos de quienes lo observaban expresaban estupor. Sus rostros permanecían inexpresivos, pero sus miradas indicaban que había obrado mal. Una parte de sí les otorgó la razón, haciéndole acusar con más fuerza su silenciosa recriminación. Se limitaban a mirarlo, pero él salió precipitadamente de la estancia, como si estuvieran persiguiéndolo.

Envarado, prosiguió el recorrido de los almacenes, en busca de un lugar donde ocultarse hasta que se permitiera de nuevo el tráfico en las puertas. Entonces tal vez podría esconderse en alguna carreta, si no registraban los carros que salían de la ciudad. Obstinadamente se negó a considerar aquel albur, concentrándose en hallar un lugar seguro. Pero en todos los sitios que encontraba —un hueco en una pila de sacos de grano, un angosto pasaje entre barriles de vino— imaginaba que iban a localizarlo. Imaginaba, asimismo, al vigilante imperceptible, fuera quien fuera… o lo que fuese… encontrándolo allí. Por todo ello continuó escudriñando sediento, y cubierto de polvo, con telarañas prendidas en el pelo.

Al fin salió a un corredor tenuemente iluminado por antorchas, y vio a Egwene que avanzaba, deteniéndose para asomarse a los almacenes delante de los que pasaba. Llevaba el oscuro cabello atado con una cinta roja y un vestido gris a la usanza de Shienar, con ribetes rojos en los bordes. Al verla, lo invadió la tristeza y la sensación de pérdida, aún con más intensidad que cuando había alejado de sí a Mat, Perrin y Loial. Había crecido abrigando la expectativa de casarse un día con Egwene; ambos lo habían creído así. Pero ahora…

La muchacha dio un salto cuando él se plantó frente a ella, pero su tono de voz no expresó ninguna turbación.

—Vaya, aquí estás. Mat y Perrin me han contado lo que has hecho. Y Loial. Sé lo que pretendes conseguir, Rand, pero es una auténtica tontería. —Cruzó los brazos

bajo el pecho y fijó severamente sus grandes y oscuros ojos en él. Siempre se había preguntado cómo conseguía dar la impresión de mirarlo desde arriba a pesar de ser mucho más baja que él, y dos años menor, además.

—Bien —dijo, súbitamente enojado ante la visión de su cabello. Él nunca había visto a una mujer con el pelo sin trenzar antes de partir de Dos Ríos. Allí, todas las chicas aguardaban con impaciencia que el Círculo de Mujeres de su pueblo les indicara que ya eran lo bastante mayores para llevar trenza. Egwene también había esperado con vehemencia aquel acontecimiento. Y ahora estaba allí con la melena suelta, exceptuando una fina cinta. «Yo quiero ir a casa y no puedo, y ella está ansiosa por olvidar el Campo de Emond.» —Tú te vas a ir ahora mismo y me vas a dejar solo también. Ya no te interesa la compañía de un pastor. Hay un montón de Aes Sedai aquí con las que puedes entretenerte. Y no le digas a ninguna de ellas que me has visto. Están buscándome y no me beneficiaría en nada que las ayudases.

—¿Crees que yo iba a …? —Las mejillas de la muchacha se tiñeron de un intenso rubor.

Se volvió para marcharse y entonces ella se abalanzó sobre él gritando y lo agarró por las piernas. Los dos cayeron sobre el suelo de piedra, al tiempo que se desparramaban alforjas y hatillos. Exhaló un gruñido al golpearse y clavarse la empuñadura de la espada en el costado, y volvió a gruñir cuando ella se enderezó y se dejó caer sobre su espalda como si él fuera una silla.

—Mi madre —explicó con contundencia— siempre me decía que la mejor manera de aprender a tratar con los hombres es montando a una mula. Según ella, la mayoría de las veces demuestran tener el mismo cerebro. En ocasiones la mula es más inteligente.

Irguió la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—Sal de encima de mí, Egwene. ¡Sal de ahí! Egwene, si no te levantas —bajó amenazadoramente la voz—, voy a hacerte algo. Ya sabes lo que soy —añadió con una mirada furibunda para apoyar su afirmación.

—No lo harías aunque pudieras —respondió Egwene—. No eres capaz de hacerle daño a nadie. Pero, de todas maneras, no puedes. Sé que no puedes encauzar el Poder único a voluntad; simplemente se produce y no te es factible controlarlo. De modo que no vas a hacerme nada a mí ni a nadie. Yo, por mi parte, he estado recibiendo clases de Moraine, de forma que, si no te avienes a razones, Rand al'Thor, podría prenderte fuego en los pantalones. Continúa comportándote así y verás de lo que soy capaz. —De pronto, la antorcha más cercana de la pared se inflamó con un rugido. Egwene emitió un chillido y la miró atónita.

Tras girarse, Rand le aferró el brazo, la levantó de su espalda y la dejó sentada contra la pared. Cuando se incorporó, ella estaba frente a él, frotándose el brazo con furia.

—De veras lo habrías hecho, ¿a que sí? —exclamó con enfado—. Estás jugando con cosas que no comprendes. ¡Hubieras podido convertirnos en cenizas a los dos!

—¡Hombres! Cuando no podéis ganar con argumentos, echáis a correr o recurrís a la fuerza.

—¡Alto ahí! ¿Quién ha puesto la zancadilla a quién? ¿Quién se ha sentado encima de mí? Y me has amenazado… ¡Has intentado …! —Puso ambas manos en alto—. No, a mí no me engañas. Siempre me haces lo mismo. Cuando te das cuenta de que la conversación no va por los derroteros que tú quieres, de pronto estamos discutiendo sobre algo completamente distinto. Esta vez no vas a salirte con la tuya.

—No estoy discutiendo —replicó con calma la muchacha— y no estoy cambiando de tema. ¿En qué se diferencia el hecho de esconderse de echar a correr? Y, después de esconderte, vas a marcharte sin lugar a dudas. Tienes miedo de herir a alguien de un modo más brutal si permites que estén cerca de ti. Si no haces lo que no debes, no has de preocuparte por la posibilidad de causar daño a alguien. Tanto correr de un lado a otro y apartarte de los demás, y ni siquiera sabes si tienes un motivo para ello. ¿Por qué habría de saber la Amyrlin o cualquier Aes Sedai, exceptuando a Moraine, de tu existencia?

Por un momento se quedó mirándola. Cuanto más tiempo pasaba con Moraine y Nynaeve, más adoptaba sus formas de comportamiento, al menos cuando le interesaba. Eran muy similares en ocasiones, las Aes Sedai y las Zahoríes, distantes y llenas de sapiencia. Le resultó desconcertante constatar los mismos rasgos en Egwene. Al fin le refirió lo que Lan había opinado.

—¿A qué otra cosa iba a referirse?

La mano de Egwene se paralizó sobre el brazo de Rand y su entrecejo se frunció en actitud reflexiva.

—Moraine conoce tu caso y no ha hecho nada. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? Pero si Lan… —Todavía ceñuda, lo miró a los ojos—. Los almacenes son el primer sitio donde mirarán. Si inician una búsqueda. Hasta que averigüemos si intentan localizarte, debemos esconderte en un sitio donde no se les ocurra buscarte. Ya sé. En la mazmorra.

—¡La mazmorra! —se horrorizó, poniéndose en pie.

—No en un celda, tonto. Yo voy allí algunas tardes a visitar a Padan Fain. Nynaeve también lo hizo. Nadie se extrañará de que vaya más temprano hoy. La verdad es que, con lo distraídos que están con la Amyrlin, nadie se fijará en nosotros.

—Pero, Moraine…

—Ella no va a las mazmorras a interrogar a maese Fain. Lo llevan a su presencia. Y no lo ha hecho a menudo durante varias semanas. Créeme, estarás a salvo allí.

Con todo, vaciló. Padan Fain.

—¿Por qué vas a visitar al buhonero? Es un Amigo Siniestro, lo ha confesado con

su propia boca, y uno de los peores. ¡Diantre, Egwene, él llevó a los trollocs al Campo de Emond! El sabueso del Oscuro, así se autodenominó, y ha estado siguiéndome el rastro desde la Noche de Invierno.

—Bueno, no es peligroso estando entre barrotes, Rand. —Entonces Egwene titubeó a su vez, mirándolo casi a la defensiva—. Fain ha ido con su carromato a Dos Ríos cada primavera desde que yo nací. Conoce a toda la gente que yo conozco, todos los lugares familiares. Es extraño, pero, a medida que lleva más días encarcelado, va recobrando su entereza. Es como si estuviera liberándose del Oscuro. Vuelve a reír y cuenta historias alegres, sobre las gentes del Campo de Emond, y a veces sobre poblaciones de las que nunca he oído hablar. En ocasiones es casi el mismo de antes. Simplemente me agrada hablar con alguien sobre mi pueblo.

«Dado que yo he estado evitándote —pensó— y puesto que Perrin rehúye a todo el mundo y Mat se ha pasado todo el tiempo jugando a dados y haciendo el juerguista.»

—No debí haberme retraído tanto en mí mismo —murmuró; luego suspiró—. Bien, si Moraine piensa que es lo bastante seguro para ti, supongo que también lo será para mí. Pero no es preciso que tú te veas involucrada.

Egwene se levantó y se concentró en cepillarse el vestido, rehuyéndole la mirada.

—¿Moraine ha dicho que era seguro?

—Moraine Sedai nunca me ha advertido de que no pudiera visitar a maese Fain —respondió prudentemente.

La observó un instante y luego estalló.

—Nunca se lo has preguntado. Ella no lo sabe. Egwene, eso es una estupidez. Padan Fain es un Amigo Siniestro y uno de los más depravados que han existido.

—Está encerrado en una jaula —adujo con altivez— y no tengo que pedirle permiso a Moraine para todo lo que hago. Es un poco tarde para que comiences a preocuparte por lo que piensa una Aes Sedai, ¿no te parece? Ahora, ¿vienes o no?

—Ya encontraré las mazmorras sin ti. Están buscándome, o lo harán de un momento a otro, y no te beneficiará en nada que te encuentren conmigo.

—Sin mí —objetó secamente— es muy probable que tropieces con tu propio pie y vayas a parar al regazo de la Sede Amyrlin y luego le confieses todo mientras intentas encontrar una escapatoria.

—Rayos y truenos, deberías estar en el Círculo de Mujeres del Campo de Emond. Si los hombres fuéramos todos tan desmañados y torpes como al parecer opinas, nunca habríamos…

—¿Vas a quedarte ahí parado hasta que te localicen? Recoge tus cosas, Rand, y ven conmigo. —Sin esperar una respuesta, giró sobre sí y comenzó a caminar por el pasillo. Él la obedeció de mala gana, murmurando para sus adentros.

Había pocas personas, sirvientes en su mayoría, en el recorrido que realizaron por

la parte posterior, pero Rand tenía la sensación de que todos reparaban exclusivamente en él. No en un hombre cargado para emprender un viaje, sino en él, Rand al'Thor en concreto. Era consciente de que aquella impresión era producto de su fantasía, o así lo esperaba, pero, con todo, no sintió ningún alivio cuando se detuvieron en un pasadizo subterráneo, ante una gran puerta con una pequeña mirilla de barras de hierro, tan reforzada con bandas del mismo metal como cualquiera de las que daban acceso a la fortaleza. Bajo la ventana pendía un picaporte.

A través de la ventanilla Rand vio las paredes desnudas y dos soldados con coleta sentados con las cabezas descubiertas junto a una mesa sobre la que había una lámpara de aceite. Uno de los hombres estaba afilando una daga con una piedra de esmeril. Sus largos y pausados golpes no vacilaron cuando Egwene llamó, produciendo un estruendoso sonido metálico. El otro hombre, de rostro sombrío, miró a la puerta, como si reflexionara, antes de levantarse finalmente y acudir a ella. Era cuadrado y fornido, apenas lo bastante alto como para mirar por la ventanilla.

—¿Qué queréis? Oh, eres tú otra vez, muchacha. ¿Vienes a ver a tu Amigo Siniestro? ¿Quién es ése? —No realizó ningún ademán de abrir la puerta.

—Es un amigo mío, Changu, que también quiere visitar a maese Fain.

El hombre examinó a Rand, mostrando los dientes al encoger el labio superior, en lo que a Rand no le pareció una sonrisa precisamente.

—Bien —convino al cabo Changu—. Bien. Alto, ¿eh? Alto y vestido de una manera curiosa para tu raza. ¿Alguien te atrapó en las Marcas Orientales y te domesticó? —Corrió los cerrojos y abrió la hoja—. Bien, entrad de una vez. —Adoptó un tono burlón—. Tened cuidado en no golpearos la cabeza, mi señor.

No había peligro de ello, pues el dintel era lo bastante alto para Loial. Rand entró detrás de Egwene, preguntándose ceñudo si Changu pretendía provocar algún altercado. Era el primer shienariano de modales rudos que Rand había conocido; incluso Masema se mostraba distante, pero no hosco. Sin embargo, aquel tipo simplemente cerró de golpe la puerta y volvió a correr los cerrojos; luego se dirigió a uno de los estantes situados al otro lado de la mesa y tomó una de las lámparas que allí había. Su compañero no cesó de afilar su cuchillo, sin levantar la mirada en ninguna ocasión. En la habitación no había nada, salvo la mesa, los bancos, los estantes, paja en el suelo y otra puerta reforzada con hierro que daba al interior del subterráneo.

—Querréis un poco de luz, ¿verdad? —dijo Changu—, allá adentro con vuestro compañero Amigo Siniestro. —Soltó una ronca carcajada carente de humor y encendió el candil—. Está esperándote. —Abrió la puerta y alargó la lámpara a Egwene—. Esperándoos. Allí, en la oscuridad.

Rand se detuvo con inquietud ante las tinieblas que se extendían más allá y Changu dibujó una sonrisa a su espalda, pero Egwene lo agarró de la manga y tiró de

él. La puerta se cerró casi sobre él y se escuchó el sonido de los cerrojos. Únicamente se percibía la luz de la lámpara, una insignificante mancha de claridad entre la lobreguez.

—¿Estás segura de que nos dejará salir? —preguntó. Cayó en la cuenta de que el carcelero no había reparado en ningún momento en su espada y arco, ni lo había interrogado acerca del contenido de su equipaje—. No son muy buenos guardianes. Por lo que él sabe, hubiéramos podido venir aquí a liberar a Fain.

—Me conocen lo bastante como para saber que no lo haría —repuso Egwene un poco turbada, antes de agregar—: Parecen tener el carácter más desabrido cada vez que vengo. Todos los carceleros. Se vuelven bruscos y sombríos. Changu me contó chistes el primer día que bajé, y Nidao ya no me dirige la palabra. Pero supongo que el hecho de trabajar aquí no pone de buen humor a nadie. Quizá sean imaginaciones mías. Este lugar no me levanta el ánimo, tampoco.

A pesar de sus palabras, lo guió con firmeza hacia las tinieblas. Rand mantenía la mano libre sobre el puño de la espada.

La pálida luz del candil iluminó una amplia sala con barrotes de hierro a ambos lados, los cuales cerraban celdas de paredes de piedra. Sólo dos de los calabozos frente a los que pasaron estaban ocupados. Los prisioneros se encontraban sentados en sus angostos camastros, protegiéndose los ojos de la súbita luz, mirando airadamente entre los dedos. Aun con los rostros ocultos tras las manos, Rand estaba convencido de que había animadversión en su mirada. Sus ojos relucían con la claridad de la lámpara.

—Ese es un bebedor y pendenciero —murmuró Egwene, señalando a un fornido individuo—. En esta ocasión estropeó la sala de una posada de la ciudad sólo con sus manos e hirió de gravedad a algunos clientes. —El otro prisionero llevaba una chaqueta con bordados de oro y anchas mangas, y unas brillantes botas bajas El otro intentó salir de la ciudad sin pagar la cuenta de la posada —soltó un bufido ante tamaño pecado; su padre era posadero, además de alcalde del Campo de Emond— ni a media docena de tenderos y mercaderes a quienes debía dinero.

Los hombres les dedicaron unos gruñidos, profiriendo guturales maldiciones tan groseras como las que Rand había escuchado de boca de los guardas de mercaderes.

—Ellos también están peor con cada día que transcurre —constató Egwene con un nudo en la garganta, antes de aligerar el paso.

La muchacha se encontraba bastante más adelante que Rand cuando llegaron a la celda de Padan Fain, situada al fondo, con lo cual él se hallaba completamente a oscuras. Se paró allí, en las sombras, detrás de la lámpara.

Fain estaba sentado en su camastro, inclinado hacia adelante con aire expectante, como si aguardara algo, tal como había explicado Changu. Era un hombre huesudo, de mirada viva, con largos brazos y una gran nariz, aún más afilada de lo que Rand

recordaba. Su delgadez no se debía a la estancia en las mazmorras, pues la comida que se daba allí era idéntica a la que consumía la servidumbre, y hasta el más perverso prisionero recibía copiosas raciones, sino a lo que había hecho antes de llegar a Fal Dara.

La visión de aquel hombre atrajo a la mente de Rand recuerdos que hubiera preferido evitar: Fain en el pescante de su gran carromato de buhonero atravesando el Puente de los Carros a su llegada al Campo de Emond el día de la Noche de invierno. Y en la Noche de Invierno se produjo el ataque de los trollocs, que mataron, quemaron y persiguieron a sus vecinos. Iban en busca de tres jóvenes, según afirmó Moraine. «Me buscaban a mí, aunque no lo supieran, y utilizaban a Fain para seguirnos el rastro.»

Fain se puso de pie al acercarse Egwene, sin cubrirse los ojos ni siquiera pestañear al contacto con la luz. Le dedicó una sonrisa que sólo afectó a sus labios Y luego alzó la mirada por encima de su cabeza. Mirando directamente a Rand, oculto en la oscuridad detrás del candil, lo apuntó con un dedo.

—Siento que estás ahí, escondiéndote, Rand al’Thor —dijo, casi canturreando.

—No puedes esconderte, no de mí, ni de ellos. Pensabas que ya se había acabado, ¿verdad? Pero la batalla nunca termina, al'Thor. Vendrán por mí, y por ti, y la guerra seguirá su curso. Aunque vivas o mueras, nunca concluirá tu lucha. Nunca. —De improviso, comenzó a recitar:

Se acerca el día en que todos serán libres.
Incluso tú e incluso yo.
Se acerca el día en que todos morirán.
Tú sin duda, pero yo jamás.

Dejó caer el brazo, y elevó los ojos para observar concentradamente una esquina sumida en penumbra. Con una mueca que le desfiguraba la boca, rió entre dientes como si percibiera algo divertido.

—Mordeth es más sabio que todos vosotros. Mordeth sabe lo que trae entre manos.

Egwene retrocedió del calabozo hasta que topó con Rand y únicamente el reborde de la luz rozó sus barrotes. La oscuridad circundaba al buhonero, pero todavía escuchaban sus risas. Aun sin poder verlo, Rand tenía la certeza de que Fain seguía escrutando algo perdido en la nada.

Con un estremecimiento, rodeó con los dedos la empuñadura de la espada.

—¡Luz! —exclamó con voz ronca—. ¿Esto es a lo que tú llamas recobrar su antigua naturaleza?

—A veces está mejor y otras peor. —La voz de Egwene reflejaba turbación—. Esto es peor… mucho peor de lo habitual.

—Me pregunto qué estará viendo. Está loco, observando el techo de piedra en medio de la oscuridad. —«Si la piedra no estuviera ahí, estaría mirando directamente los apartamentos de las mujeres —pensó—. Donde están Moraine y la Sede Amyrlin.» Volvió a estremecerse—. Está loco.

—No ha sido una buena idea venir aquí, Rand. —Mirando por encima del hombro en dirección a la celda, lo alejó de ella y bajó el tono de voz como si temiera que Fain los oyese. Comenzaron a caminar seguidos de las carcajadas de aquél—. Aun cuando no vengan a registrar aquí, soy incapaz de quedarme estando él de esta manera y no creo que tú debas hacerlo tampoco. Hoy está muy raro… —Exhaló una bocanada entrecortada—. Hay otro lugar todavía más seguro que éste. No lo he mencionado antes porque era más sencillo llegar aquí, pero nunca irán a mirar en los aposentos de las mujeres. Bajo ningún concepto.

—¡Los aposentos de…! Egwene, si Fain está loco, tú aún lo estás más. No puedes ocultarte de las avispas en un avispero.

—¿Qué otro sitio hay mejor? ¿Cuál es el sitio en la fortaleza donde no entrará ningún hombre sin ser invitado por una mujer, aunque éste sea lord Agelmar? ¿Cuál es el sitio donde a nadie se le ocurriría buscar a un hombre?

—¿Cuál es el único sitio de toda la fortaleza que está sin duda lleno de Aes Sedai? Es una insensatez, Egwene.

—Debes envolverte la espada y el arco con la capa —indicó, dando por sentada su aceptación— y entonces parecerá que estás transportando cosas para mí. No será difícil encontrarte un jubón y una camisa que no sea tan elegante. Pero tendrás que caminar cabizbajo.

—Ya te he dicho que no pienso ir.

—Ya que estás dando muestras de la tozudez de una mula, mereces hacerte pasar por mi bestia de carga. A menos que prefieras quedarte aquí abajo con él.

Las susurrantes risas de Fain sonaron entre las sombras.

—La batalla nunca termina, al'Thor. Mordeth lo sabe bien.

—Tendría más oportunidades si saltara por la muralla —murmuró Rand, que, no obstante descolgó sus bultos y se dispuso a envolver espada y arco tal como ella había propuesto.

En la oscuridad, Fain prorrumpió en carcajadas.

—Nunca concluye la guerra, al'Thor. Nunca.

4



La audiencia

Sola en sus aposentos del apartamento de mujeres, Moraine se ajustó sobre los hombros el chal, bordado con hiedra trepadora y sarmientos de parra, y estudió el efecto en el alto espejo enmarcado ubicado en una esquina. Sus grandes y oscuros ojos podían adquirir igual dureza que los de un halcón cuando estaba enojada. En aquellos momentos parecían penetrar el plateado cristal. Únicamente por azar llevaba aquella prenda en las alforjas al llegar a Fal Dara. Con la resplandeciente Llama de Tar Valon centrada en la espalda y largos flecos destinados a mostrar el Ajah de quien los llevaba —los de Moraine eran azules como un cielo matinal—, los chales apenas se utilizaban fuera de Tar Valon y aun allí su uso estaba casi restringido al interior de la Torre Blanca. Pocos acontecimientos, salvo un encuentro de la Antecámara de la Torre, requerían la formalidad de los chales, y, fuera de las Murallas Resplandecientes, la imagen de la Llama induciría a mucha gente a echar a correr, para ocultarse o para llamar a los Hijos de la Luz. Una flecha de un Capa Blanca era tan fatal al clavarse en una Aes Sedai como en cualquier otra persona, y los Hijos de la Luz eran demasiado astutos para dejar que una Aes Sedai viera al arquero antes de que su proyectil se hundiera en su cuerpo, cuando todavía podía contrarrestar el ataque de algún modo. Moraine no había abrigado ninguna expectativa de lucir el chal en Fal Dara, pero, para acudir a una audiencia con la Sede Amyrlin, debían respetarse ciertas normas.

Moraine era delgada y de baja estatura, y la peculiar tersura de la piel propia de las Aes Sedai le daba aspecto de ser más joven de lo que en realidad era, pero tenía un donaire y una calmada apostura que la hacían destacar y dominar en cualquier reunión. Los modales aprendidos durante su infancia en el palacio real de Cairhien se habían perfeccionado, en lugar de desaparecer con los años, aún más numerosos, en que había ejercido como Aes Sedai. Era consciente de que los necesitaría ese día. No obstante, su exterior no reflejaba más que tranquilidad. «Deben de haber surgido problemas o de lo contrario no habría venido en persona», pensó por décima vez, lo

cual originaba un centenar de interrogantes más: «¿Qué problemas y a quién ha elegido para acompañarla? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? No podemos permitirnos que ahora se tuerzan nuestros esfuerzos».

El anillo con la Gran Serpiente que rodeaba un dedo de su mano derecha emitió un opaco destello cuando tocó la delicada cadena de oro prendida en sus oscuros cabellos, los cuales pendían en ondas sobre sus hombros. Una pequeña piedra azul claro colgaba de la cadena, en medio de su frente. Muchas de las mujeres de la Torre Blanca conocían los trucos que era capaz de realizar usándola como foco de energía, aunque sólo era un pedazo de cristal azul pulido, algo que había utilizado una jovencita para su temprano aprendizaje, sin disponer de ninguna guía. Aquella muchacha había rememorado cuentos sobre los *angreal* y los incluso más poderosos *sa'angreal*, aquellos fabulosos vestigios de la Era de Leyenda que permitían que una Aes Sedai encauzase una cantidad de poder que la habría destruido sin su ayuda, y había llegado a la conclusión de que era preciso algún objeto en el que centrarse para encauzar la energía. Sus hermanas de la Torre Blanca conocían algunas de sus artimañas y abrigaban sospechas acerca de otras, incluyendo algunas que no existían, las cuales la habían sorprendido al llegar a sus oídos. Los efectos que obtenía de la piedra eran sencillos y poco espectaculares, y raras veces tenían una utilidad práctica; eran el tipo de cosas que imaginaría un niño. Aun así, si habían venido con la Sede Amyrlin mujeres con las que no compartía tendencias similares, el cristal podría servirle para amedrentarlas, debido a los rumores.

En la puerta de la habitación sonó un rápido e insistente repiqueteo. Ningún shienariano llamaría de ese modo, a ninguna puerta, pero aún menos a la suya. Continuó contemplando el espejo hasta apartar una mirada serena, en cuyas oscuras profundidades se ocultaba cualquier rastro de pensamiento. «Sean cuales sean los problemas que la han impulsado a salir de Tar Valon, los olvidará cuando yo le plantee éste.» Oyó una segunda llamada, incluso más apremiante que la primera, antes de cruzar la habitación y abrir la puerta y dirigir una relajada sonrisa a las dos mujeres que habían venido a buscarla.

Reconoció a ambas. Anaiya, de pelo oscuro y con un chal de flecos azules, y Liandrin, de cabello rubio y con una prenda de flecos rojos. Liandrin, que no sólo aparentaba lozanía, sino que era en verdad joven y hermosa, con un rostro de muñeca y una pequeña y petulante boca, había levantado la mano para volver a llamar. Sus morenas cejas y aún más oscuros ojos formaban un marcado contraste con la multitud de pálidas trenzas que le rozaban los hombros, pero aquella combinación no era rara en Tarabon. Las dos mujeres eran más altas que Moraine, si bien Liandrin superaba su estatura por pocos centímetros.

La achatada cara de Anaiya dibujó una sonrisa tan pronto como Moraine hubo aparecido en el umbral. Aquella sonrisa le confería la única belleza que podía lucir,

pero era suficiente; casi todo el mundo se sentía cómodo, protegido y mimado cuando Anaiya le sonreía.

—Que la Luz te ilumine, Moraine. Me alegra volver a verte. ¿Estás bien? Ha transcurrido mucho tiempo.

—Mi corazón se encuentra más liviano por tu presencia, Anaiya. —Aquello era, en efecto, cierto; era un alivio comprobar que disponía al menos de una amiga entre las Aes Sedai que habían llegado a Fal Dara—. Que la Luz te ilumine.

Liandrin frunció los labios, dando un tirón a su chal.

—La Sede Amyrlin solicita tu presencia, hermana. —Su voz era también petulante y fría, y no sólo cuando se dirigía a Moraine; Liandrin siempre parecía insatisfecha por algún motivo desconocido. Con el entrecejo arrugado, trató de lanzar una mirada a la estancia por encima del hombro de Moraine—. Esta habitación tiene salvaguardas. No podemos entrar. ¿Por qué te proteges contra tus hermanas?

—Me protejo contra todo —repuso Moraine sin inmutarse—. Muchas de las criadas sienten curiosidad por las Aes Sedai y no quiero que me registren la habitación cuando no estoy aquí. No había necesidad de establecer distinciones hasta ahora. —Cerró la puerta y ambas se hallaron en el corredor—. ¿Vamos? No debemos hacer esperar a la Sede Amyrlin.

Comenzó a caminar por el pasillo conversando con Anaiya. Liandrin permaneció un momento parada, mirando la puerta, como si se preguntara qué escondía Moraine, y luego se apresuró a reunirse con ellas. Se colocó al otro lado de Moraine, caminando más rígidamente que un guardia. Anaiya se limitaba a andar, haciendo compañía a Moraine. Los pasos de sus pies calzados con escarpines de tela sonaban quedamente sobre tupidas alfombras adornadas con simples diseños.

Las mujeres vestidas con librea que se cruzaban con ellas les dedicaban profundas reverencias que, en ocasiones, demostraban más respeto que las realizadas ante el señor de Fal Dara. Tres Aes Sedai juntas, y la Sede Amyrlin en la fortaleza; aquél era un honor que no se había encontrado entre las expectativas de aquellas mujeres. También había algunas aristócratas en los corredores, las cuales hacían reverencias que sin duda no hubieran realizado por lord Agelmar. Moraine y Anaiya sonreían y respondían con una inclinación de cabeza a tales gestos, ya procedieran de sirvientes o de nobles. Liandrin hacía caso omiso de todos.

Encontraban únicamente mujeres, por supuesto. Ningún varón shienariano de más de diez años entraría en los aposentos de las mujeres sin permiso o invitación, a pesar de que algunos niños corrieran y jugaran por los pasadizos. Éstos hincaban una rodilla en el suelo, torpemente, cuando sus hermanas hacían profundas reverencias. De vez en cuando Anaiya sonreía y acariciaba una cabecita al pasar.

En esta ocasión, Moraine —le reprochó Anaiya— has estado demasiado tiempo fuera de Tar Valon. Demasiado. Tus hermanas te echan de menos y la Torre Blanca te

necesita.

—Algunas de nosotras hemos de trabajar en el mundo —repuso Moraine con suavidad—. Dejo los asuntos de la Antecámara de la Torre a tu cargo, Anaiya. No obstante, en Tar Valon estáis más al corriente de los acontecimientos que yo. Con excesiva frecuencia, dejo de enterarme de lo que sucedió en el lugar en que me encontraba el día antes. ¿Qué noticias traéis?

—Tres falsos Dragones más. —Liandrin pronunció las palabras a regañadientes—. En Saldaea, Murandy y Tear los falsos Dragones asolan la tierra. Mientras tanto, las del Ajah Azul os limitáis a sonreír y hablar de trivialidades y tratáis de aferraros al pasado. —Anaiya enarcó una ceja y Liandrin cerró bruscamente la boca con un respingo.

—Tres —musitó Moraine. Por un instante le brillaron los ojos, pero pronto volvió a enmascarar su semblante—. Tres en los últimos dos años y ahora tres más simultáneamente.

—Nos ocuparemos de éstos al igual que lo hicimos con los demás. De esas sabandijas de varones y de la chusma que siga a sus estandartes.

Moraine sentía cierta diversión al escuchar las aseveraciones de Liandrin. Ésta, sin embargo, era leve, pues era demasiado consciente de la realidad, excesivamente consciente de las posibilidades.

—¿Han bastado unos meses para que lo olvidaras, hermana? El último falso Dragón casi llegó a destruir Ghealdan antes de que su ejército fuera abatido. Sí, Logain está en Tar Valon en estos momentos, amansado e inofensivo, supongo, pero algunas de nuestras hermanas murieron para contrarrestar su poder. La muerte de una sola de nuestras hermanas es más de lo que podemos permitirnos, pero las pérdidas de Ghealdan fueron mucho más terribles. Los dos anteriores a Logain no eran capaces de encauzar el Poder, a pesar de lo cual las gentes de Kandor y Arad Doman guardan un recuerdo demasiado vivo de ellos. Pueblos quemados y hombres perecidos en combate. ¿Será tan sencillo que el mundo se enfrente con tres de ellos a un tiempo? ¿Cuántos se sumarán en torno a sus estandartes? Nunca ha habido escasez de seguidores para cualquier hombre que se autoproclame el Dragón Renacido. ¿Cuán espantosas serán las guerras esta vez?

—La situación no es tan desesperada —objetó Anaiya—. Por lo que sabemos, sólo el de Saldaea es capaz de encauzar el Poder. No ha tenido tiempo para atraer muchos partidarios y, según nuestros cálculos, ya debe de haber hermanas en la ciudad para enfrentarse con él. Los tearianos están haciendo retroceder a su falso Dragón y a sus secuaces en Haddon Mirk, mientras que el de Murandy ya está encadenado. —Exhaló una risita admirativa—. ¿Quién iba a pensar que los murandianos, de entre todos los pueblos, iban a derrotar tan deprisa al suyo? Si les preguntan, nunca se autodenominan murandianos, sino lugardeños o inishlinni, o

vasallos de tal o cual dama o señor. No obstante, por temor a que cualquiera de los países vecinos lo tomaran como excusa para invadirlos, los murandianos se abalanzaron sobre su falso Dragón casi tan pronto como éste abrió la boca para autoproclamarse.

—De todos modos —replicó Moraine—, no es de despreciar la presencia de tres a la vez. ¿Ha conseguido alguna de nuestras hermanas efectuar una predicción? —Era una posibilidad asaz remota, pues eran muy pocas las Aes Sedai que habían manifestado la más mínima habilidad para ello durante siglos, por lo cual no le sorprendió ver cómo Anaiya sacudía la cabeza. No le sorprendió, pero sí le aportó ciertas dosis de alivio.

Llegaron a una encrucijada de corredores al mismo tiempo, que lady Amalisa, la cual realizó una profunda reverencia, extendiendo sus amplias faldas verdes.

—Honor a Tar Valon —murmuró—. Honor a las Aes Sedai.

La hermana del señor de Fal Dara requería más que un simple asentimiento con la cabeza. Moraine tomó las manos de Amalisa, para que se incorporara.

—Vos nos honráis a nosotras, Amalisa. Levantaos, hermana.

Amalisa se enderezó grácilmente, con el rostro ruborizado. Nunca había estado en Tar Valon, y el hecho de recibir el tratamiento de hermana por parte de una Aes Sedai era una distinción suma incluso para alguien de su rango. Bajita y de mediana edad, poseía una belleza madura, que resaltó el arrebol de sus mejillas.

—Es un honor excesivo para mí, Moraine Sedai.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Amalisa? —preguntó, sonriendo, Moraine—. ¿Debo llamaros mi señora Amalisa como si nunca hubiéramos tomado el té juntas?

—Desde luego que no —respondió Amalisa con una sonrisa. La fortaleza que evidenciaban las facciones de su hermano eran visibles en las suyas también, lo cual no iba en detrimento de la suavidad del contorno de sus mejillas y mandíbula. Había personas que opinaban que por más aguerrido y afamado guerrero que fuera Agelmar, apenas si se hallaba a la altura de su hermana—. Pero estando la Sede Amyrlin aquí… Cuando el rey Easar visita Fal Dara, en privado lo llamó magami, tiíto, al igual que lo hacía de pequeña, cuando me llevaba sobre sus hombros, pero en público debe ser distinto.

—En ocasiones la formalidad es necesaria, pero los hombres suelen otorgarle excesiva importancia —terció Anaiya—. Por favor, llamadme Anaiya y yo os llamaré Amalisa, si ello no os molesta.

Por el rabillo del ojo, Moraine vio cómo Egwene desaparecía velozmente Por uno de los pasillos laterales. Una silueta encorvada y cabizbaja, vestida con un jubón de cuero y cargada de fardos, caminaba pesadamente tras ella. Moraine se permitió esbozar una pequeña sonrisa, que se apresuró a borrar. «Si esa muchacha muestra la

misma capacidad de iniciativa en Tar Valon —se dijo—, llegará a ocupar la Sede Amyrlin un día. Si aprende a controlar dicha iniciativa. Y si queda una Sede Amyrlin que ocupar.»

Cuando devolvió la atención a las demás, Liandrin estaba hablando.

—… y me encantaría tener ocasión de aprender más cosas sobre vuestra tierra. —Lucía una sonrisa, franca y casi parecida a la de una chiquilla, y su tono era amistoso.

Moraine reforzó la impasibilidad de su rostro mientras Amalisa las invitaba a reunirse con ella y sus damas en su jardín privado y Liandrin aceptaba con afabilidad. Liandrin apenas hacia amigas y jamás fuera del Ajah Rojo. «Sin duda, nunca con personas que no sean Aes Sedai. Antes entablaría relaciones con un hombre o con un trolloc.» Moraine no estaba segura de si Liandrin establecía alguna distinción entre los varones y los trollocs y aquella incertidumbre era extensible a todos los miembros del Ajah Rojo.

Anaiya explicó que en aquellos instantes habían de comparecer ante la Sede Amyrlin.

—Desde luego —repuso Amalisa—. Que la Luz la ilumine y el Creador la proteja. Pero más tarde, entonces. —Se irguió e inclinó la cabeza al tiempo que se alejaban las tres mujeres.

Moraine estudió el semblante de Liandrin mientras caminaban, sin mirarla directamente. La Aes Sedai de cabellos dorados tenía la vista fija y los rosados labios fruncidos en ademán pensativo. Al parecer, había olvidado la presencia de Moraine y Anaiya. «¿Qué estará tramando?»

Anaiya no dio muestras de haber advertido nada fuera de lo ordinario, pero había que tener en cuenta que ella siempre aceptaba a las personas tal como eran y como deseaban ser. Moraine no salía de su estupor al comprobar lo airosa que salía siempre Anaiya en la Torre Blanca, lo cual se debía a que las Aes Sedai de modales sinuosos siempre interpretaban su franqueza y honestidad, su tolerancia para con todos, como argucias. Invariablemente sus planes se desmoronaban cuando resultaba que sus palabras y sus intenciones eran del todo genuinas. Además, tenía la capacidad de vislumbrar lo esencial de las cosas, y de aceptar lo que Percibía. Ahora prosiguió alegremente la exposición de las novedades.

—Las noticias de Andor son buenas y malas a un tiempo. Los alborotos callejeros de Caemlyn se apagaron con la llegada de la primavera, pero todavía se habla mucho, demasiado, acusando a la reina, así como a Tar Valon, por el largo invierno que han padecido. Morgase se mantiene en el tronco con menor firmeza que el año pasado, pero lo mantiene y así lo hará mientras Gareth Bryne sea el capitán general de la guardia de la reina. Y lady Elayne, la heredera de la corona, y su hermano, lord Gawyn, han acudido sanos y salvos a Tar Valon para iniciar su aprendizaje. En la Torre Blanca había cierto temor de que fuera a interrumpirse dicha tradición.

—No será así mientras Morgase no haya exhalado el último aliento —afirmó Moraine.

Liandrin tuvo un ligero sobresalto, como si acabara de despertar de un sueño.

—Quiera la Luz que continúe respirando. La comitiva de la heredera del trono fue seguida por los Hijos de la Luz hasta el río Erinin, hasta los mismos puentes de Tar Valon. Otros todavía se mantienen acampados junto a las murallas de Caemlyn, buscando la oportunidad de causar problemas, y dentro de Caemlyn hay quienes les prestan crédito.

—Tal vez es hora de que Morgase aprenda a demostrar un poco más de prudencia —suspiró Anaiya—. El mundo está volviéndose más peligroso con cada día que transcurre, incluso para una reina. Quizás en especial para una reina. Siempre ha sido muy obstinada. Recuerdo cuando vino a Tar Valon de muchacha. Carecía del talento para convertirse en una hermana de plenos derechos y ello le escocía. A veces creo que por ello presiona a su hija, sin dejar que ella decida.

—Elayne nació con la chispa en su interior —disintió Moraine—; no es ésa una cuestión que pueda decidirse. Morgase no se arriesgaría a permitir que su hija muriera por falta de formación aunque todos los Capas Blancas de Amadicia estuvieran acampados fuera de Caemlyn. Ordenaría a Gareth Bryne y a la guardia real abrir un paso entre ellos hasta Tar Valon y Gareth Bryne lo haría aun cuando tuviera que forcejear solo. —«Pero todavía debe mantener en secreto el alcance del potencial de la muchacha. ¿Aceptaría el pueblo de Andor que Elayne sucediera a Morgase en el trono si lo supieran? ¿No a una reina formada en Tar Valon de acuerdo a la traición, sino a una Aes Sedai de derecho?» En toda la historia conocida únicamente había habido unas cuantas soberanas que pudieran recibir el título de Aes Sedai y las pocas que habían permitido que ello se hiciera público lo habían lamentado hasta su muerte. Sintió un acceso de tristeza. Sin embargo, todavía quedaban muchas cosas pendientes para permitirse concentrar la ayuda, o la preocupación, en una sola tierra y un trono. ¿Qué más ha sucedido, Anaiya?

—Debes de estar al corriente ya de que se ha convocado la Gran Cacería del Cuerno en Illian, por primera vez en cuatrocientos años. Los illianos dicen que la última Batalla se halla próxima… —Anaiya se estremeció levemente, pero continuó con su exposición— … y que el Cuerno de Valere debe encontrarse antes de la confrontación final con la Sombra. Hombres de toda procedencia reuniéndose, unánimemente ansiosos por pasar a formar parte de la leyenda, deseosos de encontrar el Cuerno. Murandy y Altara abrigan sus recelos, claro está, pues piensan que no es más que un pretexto para atacarlos. Ése es probablemente el motivo por el que los murandianos apresaron con tanta rapidez a su falso Dragón. En todo caso, habrá una nueva serie de historias para que los bardos y los juglares las añadan al ciclo. Quiera la Luz que sólo sean nuevas historias.

—Tal vez no serán el tipo de relatos que esperan —aventuró Moraine. Liandrin la miró vivamente y ella mantuvo el semblante inalterado.

—Supongo que no —admitió plácidamente Anaiya—. Las historias que menos esperan serán las que precisamente agregarán al ciclo. Aparte de eso, sólo dispongo de rumores para ofrecerte. Los Marinos están agitados, corriendo con sus barcos de un puerto a otro sin apenas pausa. Las hermanas de las islas dicen que el Coramoor, su Elegido, va a llegar pronto, pero no explican nada más. Ya sabes cuán poco locuaces son los Atha'an Miere al hablar con los forasteros respecto al Coramoor y en eso nuestras hermanas se acogen más a la mentalidad de los Marinos que a la de las Aes Sedai. Los Aiel también están desasosegados, al parecer, pero nadie sabe por qué. Nadie sabe nunca nada a ciencia cierta acerca de los Aiel. Al menos no hay evidencia de que vayan a cruzar de nuevo la Columna Vertebral del Mundo, gracias a la Luz. —Suspiró, sacudiendo la cabeza—. Qué no daría por tener tan sólo una hermana de la sangre Aiel. Sólo una. Sabemos tan poco de ellos…

—A veces me induces a pensar que perteneces al Ajah Rojo —señaló, riendo, Moraine.

—El llano de Almoth —dijo Liandrin, en apariencia sorprendida de haber hablado.

—Eso sí que es en verdad un rumor, hermana —replicó Anaiya—. Algunos susurros escuchados a partir de Tar Valon. Es posible que se libren batallas en el llano de Almoth y tal vez en la Punta de Toman. Digo que es posible. Los rumores eran discretos, rumores de rumores. Nos fuimos antes de tener ocasión de enterarnos mejor.

—Debe de ser en Tarabon y Arad Doman —apuntó Moraine—. Se han venido disputando el llano de Almoth durante casi tres siglos, pero nunca habían llegado a enfrentamientos directos. —Miró a Liandrin; se suponía que las Aes Sedai renunciaban a sus antiguas lealtades a países y gobernantes, pero eran pocas las que lo hacían por completo. Era duro no preocuparse por la tierra que las había visto nacer—. ¿Por qué iban a hacerlo ahora…?

—Ya basta de parloteo ocioso —espetó la mujer de pelo dorado—. Te está aguardando la Amyrlin, Moraine. —Dio tres rápidos pasos, adelantándose a las demás, y abrió una de las hojas de la gran puerta—. La Amyrlin no te reserva un parloteo ocioso.

Tocándose inconscientemente la bolsa que pendía de su cintura, Moraine pasó bajo el dintel, dedicando una breve inclinación de cabeza a Liandrin, como si ésta estuviera manteniendo abierta la puerta para ella. Ni siquiera sonrió al percibir la palidez que imprimió la rabia en el rostro de Liandrin. «¿Qué está tramando esta maldita muchacha?»

El suelo de la antecámara estaba cubierto de abigarradas alfombras y la

habitación se hallaba confortablemente amueblada con sillas, bancos con cojines y pequeñas mesas, todos de madera austeramente labrada o simplemente pulida. Unas cortinas de brocado flanqueaban las altas aspilleras para conferirles un aspecto más similar al de las verdaderas ventanas. En las chimeneas no ardía fuego; el día era cálido y el frescor shienariano no llegaría hasta bien entrado el atardecer.

Menos de media docena de las Aes Sedai que habían acompañado a la Amyrlin se encontraban allí. Verin Mathwin y Serafelle, del Ajah Marrón, no levantaron la vista al entrar ella. Serafelle estaba concentrada leyendo un antiguo libro de gastadas y descoloridas tapas de cuero, sosteniendo amorosamente sus estropeadas páginas, mientras la regordeta Verin, sentada con las piernas cruzadas bajo una aspillera, mantenía levantado en dirección a la luz un pequeño capullo y efectuaba anotaciones y bocetos con pulso firme en un libro apoyado sobre su rodilla. Tenía un tintero abierto en el suelo junto a ella y un montoncillo de flores en el regazo. Las hermanas Marrones apenas se preocupaban de asuntos ajenos a la búsqueda del conocimiento. Moraine ponía en duda en ocasiones su percepción de los acontecimientos presentes del mundo o incluso los que acaecían a su alrededor.

Las otras tres mujeres que ya se hallaban en la estancia se volvieron, pero ninguna hizo ademán de acercarse a Moraine, sino que se limitaron a mirarla. Había una, una esbelta mujer del Ajah Amarillo, a quien no conocía; pasaba demasiado tiempo fuera de Tar Valon para conocer a todas las Aes Sedai, a pesar de que su número hubiera ido reduciéndose. No obstante, había mantenido trato con las dos restantes. Carlinya era de tez tan pálida y de modales tan fríos como el fleco blanco de su chal, todo lo contrario de la morena y apasionada Alanna Mosvani, del Verde, pero ambas permanecían de pie, observándola sin pronunciar palabra alguna, con expresión inalterable. Alanna se ajustó bruscamente el chal en torno al cuerpo, pero Carlinya no se movió en absoluto. La delgada hermana Amarilla se giró con aire pesaroso.

—Que la Luz os ilumine a todas, hermanas —saludó Moraine. Nadie respondió. No estaba segura de si Serafelle o Verin la habían oído. «¿Dónde están las otras?» No había ninguna necesidad de que todas estuvieran allí; la mayor parte de ellas estarían descansando en sus habitaciones. Sin embargo, se hallaba crispada, asaltada por un tumulto de interrogantes que bullían en su cabeza. Nada de ello se reflejó en su cara.

Se abrió la puerta interior, dando paso a Leane, que no llevaba ahora su bastón coronado con la llama dorada. La Guardiana de las Crónicas era de estatura tan elevada como la mayoría de los hombres, flexible y grácil, aún hermosa, con piel cobriza y cortos cabellos oscuros. Llevaba una estola azul, de la anchura de una mano, en lugar de un chal, dado que ocupaba un puesto en la Antecámara de la Torre, si bien como Guardiana y no como representante de su Ajah.

—¡Aquí estás! —exclamó, y señaló a Moraine la puerta situada a su espalda—. Ven, hermana. La Sede Amyrlin está aguardando. —Hablaba naturalmente de forma

rápida y entrecortada, con un tono que no modificaban el enojo, la alegría o la excitación.

Mientras caminaba en pos de ella, Moraine se preguntó qué emoción estaría experimentando la Guardiana. Leane presionó la puerta tras ellas y ésta obstruyó de golpe la entrada, produciendo un sonido similar al de una celda que se cerrara.

La Sede Amyrlin estaba sentada detrás de una amplia mesa ubicada en el centro de la alfombra, sobre la cual reposaba un cubo achatado de oro, del tamaño de un baúl de viaje, profusamente engastado de plata. A pesar de su solidez y de la firmeza de sus patas, la mesa parecía hundirse bajo un peso que tendrían dificultades en sostener dos fornidos hombres.

Al advertir el arcón de oro, Moraine hubo de esforzarse para mantener la serenidad de su semblante. La última vez que lo había visto, se encontraba bajo llave en la cámara acorazada de lord Agelmar. Al enterarse de la llegada de la Sede Amyrlin, se había formulado el propósito de decírselo ella misma. El hecho de que se hallara en poder de la Amyrlin era una nadería, pero una nadería preocupante. Tal vez los acontecimientos estaban desbordándola.

—Como me habéis llamado, madre, he venido a vos —dijo, realizando una profunda reverencia. La Amyrlin extendió una mano y Moraine besó su anillo, que representaba la forma de la Gran Serpiente y no difería en nada de los que llevaban las demás Aes Sedai. Tras incorporarse, adoptó un tono más familiar, aun cuando no demasiado. Era consciente de que la Guardiana se encontraba detrás de ella, junto a la puerta—. Confío en que hayáis tenido un buen viaje, madre.

La Amyrlin había nacido en Tear, en el seno de una humilde familia de pescadores, no integrada en una casa noble, y su nombre era Siuan Sanche, si bien eran pocos quienes lo habían utilizado, o habían abrigado siquiera la pretensión de hacerlo, en el transcurso de los diez años posteriores a su elección por parte de la Antecámara de la Torre. Ella era la Sede Amyrlin y no cabía darle otro tratamiento. La ancha estola que le cubría los hombros presentaba rayas en las que se daban cita todos los colores de los siete Ajahs; la Amyrlin participaba de todos los Ajahs y, a un tiempo, no pertenecía a ninguno. Era de estatura media, más atractiva que hermosa, pero su rostro reflejaba una fuerza anterior a la ostentación de aquel cargo, la fortaleza de una muchacha que había sobrevivido en las calles de Maule, el barrio portuario de Tear, y la clara mirada de sus ojos azules había obligado a bajar la vista a reyes y soberanas e incluso al capitán general de los Hijos de la Luz. Sus propios ojos aparecían fatigados ahora y sus labios evidenciaban una nueva tensión.

—Invocamos a los vientos para que impulsaran nuestros bajeles a remontar con mayor velocidad el Erinin, hija, e incluso solicitamos la ayuda de las corrientes. —La voz de la Amyrlin era profunda, y triste—. He visto las inundaciones que provocamos en los pueblos de las riberas y sólo la Luz sabe los estragos que hemos provocado en

el tiempo. No habremos contribuido a mejorar la opinión que de nosotras tienen las gentes malogrando cosechas y causando daños. Y todo para llegar aquí lo antes posible. —Sus ojos se desviaron hacia el ornado cubo de oro y a punto estuvo de alzar una mano para tocarlo, pero, cuando volvió a hablar, únicamente dijo—: Elaida está en Tar Valon, hija. Vino con Elayne y Gawyn.

Moraine seguía consciente de la presencia de Leane, que permanecía en silencio como era de rigor en compañía de la Amyrlin, pero observando y escuchando.

—Es una sorpresa escucharlo, madre —repuso con cautela—. No corren tiempos propicios para que Morgase se encuentre sin ninguna consejera Aes Sedai. —Morgase era de los pocos gobernantes que admitían abiertamente disponer de una consejera Aes Sedai; casi todos tenían una, pero eran contados quienes lo reconocían públicamente.

—Elaida insistió, hija, y, a pesar de su condición de reina, dudo que Morgase sea capaz de contrariar la voluntad de Elaida. De todos modos, tal vez en esta ocasión desearía no serlo. Elayne tiene un gran potencial, mayor que el que nunca he visto. Ya está realizando progresos palpables. Las hermanas Rojas se hallan henchidas de orgullo por esta razón. No creo que la chica sienta inclinación por sus tendencias, pero es joven y no hay modo de predecir su reacción futura. Aun cuando no consigan doblegar su enfoque, ello apenas modificará las cosas. Elayne podría convertirse en la más poderosa Aes Sedai que hemos tenido a lo largo de un milenio, y es el Ajah Rojo quien la ha descubierto. Han ganado una influencia superior en la Antecámara como consecuencia de ello.

—Tengo a dos jóvenes conmigo en Fal Dara, madre —anunció Moraine—. Ambas de Dos Ríos, donde la sangre de Manetheren corre aún con fuerza, a pesar de que ellos ni siquiera recuerden que esa tierra se llamó así en un tiempo. La antigua estirpe se manifiesta como un canto en Dos fríos. Egwene, una muchacha de pueblo, es como mínimo tan capaz como Elayne. He visto a la heredera del trono y estoy en condiciones de afirmarlo. Respecto a la otra, Nynaeve, era la Zahorí de su pueblo y, sin embargo, apenas es más que una muchacha. Es significativo que las mujeres de su pueblo la eligieran como Zahorí a su edad. Una vez que haya cobrado un control consciente sobre lo que ya realiza ahora sin saberlo, será tan poderosa como cualquiera de las que habitan en Tar Valon. Con entrenamiento, resplandecerá como una hoguera al lado de las velas de Elayne y Egwene. Y no existe ninguna posibilidad de que ninguna de ellas vayan a escoger el Rojo. Los hombres las divierten, las exasperan incluso, pero les inspiran simpatía. Sin duda contrarrestarán la influencia que consiga el Ajah Rojo en la Torre Blanca con motivo de haber encontrado a Elayne.

La Amyrlin asintió como si aquello no tuviera mayor importancia. Moraine enarcó las cejas a causa de la sorpresa antes de recobrar el aplomo y suavizar sus

rasgos. Ésas eran las dos mayores preocupaciones de la Antecámara de la Torre: que cada año se encontraran menos muchachas susceptibles de aprender a encauzar el Poder único, o así parecía, y que entre las que localizaban apenas hubiera alguna que dispusiera de un poder considerable. Más angustiante que el temor hacia quienes las hacían responsables del Desmembramiento del Mundo, más terrible que el odio que les profesaban los Hijos de la Luz, más amenazador que las tretas de los Amigos Siniestros, era la descarnada reducción de sus miembros y la disminución de sus habilidades. Los corredores de la Torre Blanca, antaño abarrotados de Aes Sedai, estaban ahora medio despoblados y lo que en otro tiempo podía realizarse sin dificultad por medio del Poder único se conseguía ahora con mucho esfuerzo, o simplemente no se lograba.

—Elaida tenía otro motivo para acudir a Tar Valon, hija. Mandó el mismo mensaje con seis palomas distintas para asegurarse de que yo lo recibiera, y únicamente alcanzo a suponer a quién más de Tar Valon envió palomas, y luego vino en persona. Explicó a la Antecámara de la Torre que estás inmiscuyéndote con un joven que es *ta'veren* y, además, peligroso. Estuvo en Caemlyn, según dijo, pero, cuando averiguó en qué posada se alojaba, descubrió que tú lo habías ayudado a partir apresuradamente.

—La gente de esa posada nos sirvió correcta y fielmente, madre. Si ha ocasionado algún daño a alguna de esas personas… —Moraine no logró contener la dureza de su voz y oyó cómo Leane se agitaba, inquieta. Nadie hablaba a la Sede Amyrlin con ese tono, ni siquiera un rey.

—Deberías saber, hija —replicó secamente la Amyrlin— que Elaida no causa daño más que a quienes considera peligrosos: Amigos Siniestros o esos pobres e insensatos hombres que intentan encauzar el Poder único. O a alguien que amenace a Tar Valon. Cualquier persona que no sea Aes Sedai podría ser una pieza de un tablero por lo que a ella respecta. Por fortuna para él, el posadero, un tal maese Gill según recuerdo, parece tener un elevado concepto de las Aes Sedai y por ello respondió a sus preguntas de manera que consideró satisfactoria. Elaida habló en buenos términos de él. Sin embargo, habló más de un joven con el que emprendiste viaje. Más peligroso que cualquier hombre nacido después de Artur Hawkwing, lo calificó. En ocasiones ella realiza predicciones, lo sabes bien, y sus palabras tuvieron efecto en la Antecámara.

Habida cuenta de la escucha de Leane, Moraine imprimió la mayor suavidad posible a su voz.

—Hay tres jóvenes conmigo, madre, pero ninguno de ellos es un rey y dudo mucho que alguno de ellos abrigue pretensiones, ni siquiera en sueños, de unir el mundo bajo su mandato. Nadie ha participado del sueño de Artur Hawkwing desde la Guerra de los Cien Años.

—Sí, hija. Jóvenes pueblerinos, eso me ha comunicado lord Agelmar. Pero uno de ellos es *ta'veren*. —Los ojos de la Amyrlin se posaron de nuevo sobre el achatado cubo—. En la Antecámara se recomendó ordenarte cumplir una temporada de retiro y contemplación. La propuesta fue formulada por una de las Asentadas del Ajah Verde, con la aprobación de sus dos compañeras.

Leane emitió un sonido de disgusto, o tal vez de frustración. Siempre se mantenía en un segundo plano cuando hablaba la Amyrlin, pero Moraine comprendió aquella leve interrupción que se había permitido. El Ajah Verde había permanecido aliado al Azul a lo largo de un milenio; desde la época de Artur Hawkwing, ambas agrupaciones habían hablado con una misma voz.

—No siento deseos de cuidar plantas en algún pueblo remoto, madre. —«Ni pienso hacerlo, diga lo que diga la Antecámara de la Torre.»

—También se sugirió, por medio de una portavoz de las Verdes asimismo, que el cuidado de tu retiro corriera a cargo del Ajah Rojo. Las Asentadas Rojas aparentaron sorpresa, pero parecían gaviotas que iban a pescar aprovechando la distracción de su presa. —La Amyrlin dio un resoplido—. Las Rojas se manifestaron contrarias a custodiar a alguien que no fuera de su Ajah, pero prometieron acceder a los deseos de la Antecámara.

Moraine se estremeció en contra de su voluntad.

—Eso sería… extremadamente desagradable, madre. —Sería más que desagradable; las Rojas no se distinguían por sus buenos modales. Apartó con firmeza aquel pensamiento—. Madre, no acabo de comprender esa aparente alianza entre las Verdes y las Rojas. Sus creencias, sus actitudes respecto a los hombres, su visión de nuestro cometido como Aes Sedai son completamente opuestas. Una Roja y una Verde no son capaces siquiera de conversar sin terminar hablando a gritos.

—Las cosas cambian, hija. Soy la quinta de la línea ininterrumpida de Azules que han sido elevadas a la condición de Sede Amyrlin. Quizá crean que ya son demasiadas o que el modo de pensar del Azul ya no basta en un mundo atestado de falsos Dragones. Tras un millar de años, las cosas se modifican. —La Amyrlin esbozó una mueca y siguió hablando como para sí—. Los viejos muros se debilitan y las antiguas barreras se desmoronan. —Recobró, el aplomo y la firmeza en la voz—. Hubo otra propuesta, cuya pestilencia persiste cual un pescado abandonado durante una semana en un malecón. Dado que Leane pertenece al Ajah Azul y que yo provengo de él, se planteó la cuestión de que, si se enviaba a dos hermanas del Azul conmigo en este viaje, se otorgarían cuatro representantes del mismo Ajah. Lo propusieron en la Antecámara, delante de mí, igual que si estuvieran considerando la conveniencia de reparar las cloacas. Dos de las Asentadas Blancas votaron contra mí, y dos Verdes. Las Amarillas murmuraron entre sí y no se pronunciaron a favor de ninguna de las facciones. Si hubiera habido una más que hubiera expresado su

negativa, tus hermanas Anaiya y Maigan no estarían aquí. Incluso se habló, abiertamente, de que yo no debía abandonar la Torre Blanca.

Moraine sintió una conmoción mucho mayor que al escuchar que el Ajah Rojo quería hacerse cargo de ella. Fuera cual fuese su Ajah de procedencia, la Guardiana de las Crónicas únicamente se pronunciaba a favor de la Amyrlin y ésta representaba a todas las Aes Sedai y a todos los Ajahs. Así había sido desde un principio y nadie había sugerido que hubiera que modificarlo, ni siquiera en los más horrendos días de la Guerra de los Trollocs, ni cuando los ejércitos de Artur Hawkwing habían acorralado a todas las Aes Sedai supervivientes en el interior de Tar Valon. Y, por encima de todo, la Sede Amyrlin era la Sede Amyrlin. Todas las Aes Sedai habían hecho la promesa de obedecerla. Nadie podía cuestionar lo que hacía o adónde decidía ir. Aquella actitud era contraria a la tradición y las normas que habían venido siguiéndose durante tres mil años.

—¿Quién osaría hacer tal cosa, madre?

La carcajada que exhaló la Sede Amyrlin era amarga.

—Casi todo el mundo, hija. Motines en Caemlyn. La Gran Cacería convocada sin que ninguna de nosotras lo sospechara siquiera hasta su proclamación. Falsos Dragones proliferando como las setas tras la lluvia. Naciones que desaparecen y casas nobles que se entregan al juego de las Casas con una intensidad inusitada desde que Artur Hawkwing acabó con sus intrigas. Y, lo que es peor, cada una de nosotras sabe que el Oscuro está cobrando mayor fuerza. Muéstrame a una hermana que no piense que la Torre Blanca está perdiendo su capacidad de intervención en los acontecimientos y, si no es del Ajah Marrón, es que está muerta. Es posible que se nos esté acabando el tiempo a todas, hija. A veces me parece que casi siento cómo va disminuyendo perceptiblemente.

—Como vos decís, madre, las cosas cambian. Pero aún existen peligros más amenazadores fuera de las Murallas Resplandecientes que en su interior.

Durante un largo momento la Sede Amyrlin intercambió su mirada con la de Moraine y luego asintió lentamente.

—Déjanos solas, Leane. Deseo hablar con mi hija Moraine en privado.

—Como deseéis, madre —respondió Leane, tras unos breves instantes de vacilación.

Moraine advirtió su sorpresa. La Sede Amyrlin ofrecía pocas audiencias sin que estuviera presente la Guardiana y menos a una hermana que le había dado motivos para ser castigada.

La puerta se abrió y cerró tras Leane. Ella no diría ni una palabra de lo acaecido en la estancia, pero la noticia de que Moraine se hallaba a solas con la Amyrlin se propagaría entre todas las Aes Sedai que se encontraban en Fal Dara con la velocidad de un fuego en un bosque seco, y las conjeturas comenzarían su ciclo.

Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, la Amyrlin se puso en pie y Moraine notó un momentáneo hormigueo mientras la otra mujer encauzaba el Poder único. Por espacio de un instante, le pareció que la Sede Amyrlin estaba rodeada de una aureola de resplandeciente luz.

—No sé de ninguna de las otras que utilice tu viejo truco —comentó la Sede Amyrlin rozando con un dedo la piedra azul que pendía sobre la frente de Moraine—, pero la mayoría de nosotras recordamos pequeñas argucias de infancia. En cualquier caso, nadie puede oír lo que digamos ahora.

De pronto rodeó a Moraine en un cálido abrazo entre viejas amigas, al cual correspondió Moraine con igual afecto.

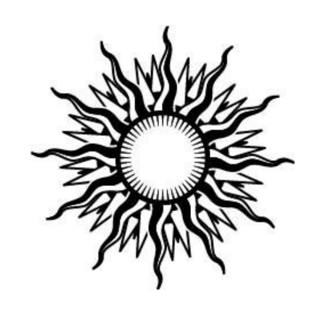
—Tú eres la única, Moraine, con quien puedo recordar quién era. Incluso Leane se comporta siempre como si yo me hubiera convertido en la estola y el bastón, aun cuando estemos solas, como si no hubiéramos compartido risas durante el noviciado. En ocasiones me gustaría que todavía fuéramos novicias tú y yo. Aún lo bastante inocentes como para contemplarlo todo cual un cuento de juglar que se había colado en la realidad, aún lo bastante inocentes para creer que encontraríamos hombres, serían príncipes, ¿recuerdas?, apuestos, fuertes y amables, que podrían avenirse a vivir con mujeres que tuvieran el poder de una Aes Sedai. Todavía lo suficientemente ingenuas como para soñar el final feliz de los cuentos de juglar, en que viviríamos igual que otras mujeres, disponiendo simplemente de más prebendas que ellas.

—Somos Aes Sedai, Siuan. Nos debemos a nuestras obligaciones. Aun si tú y yo no hubiéramos nacido con la capacidad de encauzar el Poder, ¿renunciarías a ello por un hogar y un marido, aunque éste fuera un príncipe? No lo creo. Ése es el sueño de una comadre de pueblo. Ni siquiera las Verdes le conceden tanto crédito.

La Amyrlin retrocedió unos pasos.

—No, no renunciaría. La mayoría de las veces no lo haría. Pero ha habido ocasiones en que he envidiado a esa comadre de pueblo. En estos momentos, casi estoy a punto de hacerlo. Moraine, si alguien, incluso Leane, descubre lo que planeamos, nos neutralizarían. Y no puedo decir que se equivocaran al hacerlo.

5



La Sombra en Shienar

Neutralizadas. La palabra pareció aletear en el aire de manera casi ostensible. Cuando el proceso se realizaba en un hombre capaz de encauzar el Poder, al cual había que detener antes de que la locura lo impulsara a provocar la destrucción a su alrededor, recibía el nombre amansamiento, pero para las Aes Sedai se denominaba neutralización. Neutralizadas, imposibilitadas para encauzar el flujo del Poder único. Con la habilidad de detectar el *Saidar*, la mitad femenina de la Fuente Verdadera, pero sin tener ya la posibilidad de entrar en contacto con él. Recordando lo que habían perdido hasta el fin de sus días. Eran tan raras las veces en que se había efectuado que todas las novicias tenían la obligación de aprender el nombre de cada una de las Aes Sedai que habían sido neutralizadas desde el Desmembramiento del mundo y el delito que habían cometido. Sin embargo, nadie podía pensar en ello sin estremecerse. Las mujeres sobrellevaban con tanto pesar la neutralización como los hombres el amansamiento.

Moraine había sido consciente de ese riesgo desde el inicio, y sabía que era necesario correrlo, lo cual no significaba que fuera agradable. Entornó los ojos y sólo el brillo que desprendían mostró su furia y su preocupación.

—Leane te seguiría hasta las laderas de Shayol Ghul, Siuan, y hasta la Fosa de la Perdición. No puedes creer que fuera a traicionarte.

—No. Pero, en este caso, ¿lo consideraría una traición? ¿Acaso es deslealtad delatar a un traidor? ¿Nunca te has parado a considerarlo?

—Nunca. Lo que hacemos, Siuan, es lo que ha de hacerse. Lo sabemos desde hace casi veinte años. La Rueda teje según sus designios y el Entramado nos eligió a ti y a mí para cumplir esta función. Formamos parte de las profecías y las profecías deben cumplirse. ¡Deben cumplirse!

—Las profecías deben cumplirse. Nos enseñaron que lo harán y que ello obedece a una necesidad y, sin embargo, dicho cumplimiento va en contra de los fundamentos de nuestra formación. Algunos dirían que va en contra de todo por lo que luchamos.

—Frotándose los brazos, la Sede Amyrlin caminó hasta la angosta aspillera para contemplar el jardín de abajo. Tocó las cortinas—. Aquí en los aposentos de las mujeres cuelgan tapices para dar una imagen más liviana y diseñan hermosos jardines, pero no hay ningún recodo en esta edificación que no sirva a un propósito de guerra y muerte. —Prosiguió en el mismo tono reflexivo— únicamente en dos ocasiones tras el Desmembramiento del Mundo se ha privado a la Sede Amyrlin de la estola y el bastón.

—Tetsuan, que traicionó a Manetheren a causa de la envidia que le producían los poderes de Elisande, y Bonwhin, que intentó utilizar a Artur Hawkwing como una marioneta para controlar el mundo y a punto estuvo de destruir Tar Valon.

La Amyrlin continuó estudiando el jardín.

—Las dos del Rojo, y las dos sustituidas por Amyrlin procedentes del Azul. La razón por la que no se ha elegido una Amyrlin del Rojo desde Bonwhin y el motivo por el que el Ajah Rojo aprovechará cualquier pretexto para destituir a una Amyrlin del Azul confluyen en un mismo punto. No siento el más mínimo deseo de ser la tercera que pierda la estola y el bastón, Moraine. Para ti, claro está, las consecuencias serían la neutralización y el destierro afuera de las Murallas Resplandecientes.

—Elaida, en primer lugar, no me dejaría partir tan fácilmente. —Moraine observó la espalda de su amiga. «Luz, ¿qué te ha sucedido? Nunca había hablado de este modo. ¿Dónde está su fuerza, su pasión?»—. Pero ello no ocurrirá, Siuan.

La otra mujer continuó hablando, como si no la hubiera oído.

—Para mí, sería distinto. Aun neutralizada, no es posible dejar que vague por el mundo una Amyrlin; podría ser considerada como una mártir, convertirse en un punto de encuentro de la oposición. Tetsuan y Bonwhin permanecieron en la Torre Blanca como sirvientes. Criadas de la más ínfima condición a quienes podía señalarse para dar ejemplo de lo que podía ocurrirles hasta a las más poderosas. Nadie puede solidarizarse con una mujer que debe fregar suelos y cazuelas durante todo el día. Compadecerse de ella, sí, pero no sumarse a su tendencia.

Moraine apoyó los puños en la mesa, con mirada ardiente.

—Mírame, Siuan. ¡Mírame! ¿Estás diciendo que quieres renunciar, después de todos estos años, después de todo lo que hemos hecho? ¿Renunciar y dejar que el mundo se desmorone? ¡Y todo por el temor a recibir una azotaina por no haber limpiado bien las cazuelas! —Acompañó sus palabras de todo el desdén que le fue posible reunir y fue un alivio ver cómo su amiga se volvía con celeridad hacia ella. La fortaleza todavía estaba allí, desgastada, pero presente. Aquellos claros ojos azules relucían de ira tanto como los suyos.

—Recuerdo muy bien cuál de las dos chillaba más alto cuando recibíamos azotes durante el noviciado. Tú habías llevado una holgada vida en Cairhien, Moraine. En nada equiparable a trabajar en una barca de pesca. —De improviso, Siuan golpeó

ruidosamente la mesa—. No, no estoy sugiriendo la conveniencia de renunciar, ¡pero tampoco propongo que deba quedarme mirando cómo todo se me escapa de las manos mientras no puedo hacer nada! La mayor parte de mis problemas con la Antecámara los has suscitado tú. Incluso las Verdes están extrañadas de que no te haya hecho comparecer en la Torre y te haya sometido a una dura disciplina. La mitad de las hermanas que me han acompañado son de la opinión de que deberías ser entregada al cuidado de las Rojas y, si llegara a producirse lo que tememos, sentirás deseos de volver a ser una novicia, que no debe afrontar mayor peligro que una azotaina. ¡Luz! Si alguna de ellas recuerda que éramos amigas durante el noviciado, yo caería junto a ti.

»¡Habíamos elaborado un plan, Moraine! Localizar al muchacho y llevarlo a Tar Valon, donde podríamos ocultarlo, mantenerlo a salvo y guiarlo. Desde que abandonaste la Torre, sólo me has enviado dos mensajes. ¡Dos! Siento como si estuviera intentando navegar por Los dedos del Dragón en medio de la oscuridad. Una nota para informarme de que entrabas en Dos Ríos, en dirección a ese pueblo, el Campo de Emond. Pronto, pensé yo, lo encontrará y lo tendrá entre sus manos. Después un mensaje desde Caemlyn para decirme que ibas a Shienar, a Fal Dara, en lugar de a Tar Valon. Fal Dara, con la Llaga casi al alcance de la mano. Fal Dara, donde los trollocs saquean el campo y los Myrddraal cabalgan casi hasta sus murallas. Casi veinte años de proyectos y búsqueda, y arrojas prácticamente nuestros planes en el rostro del Oscuro. ¿Te has vuelto loca?

Ahora que había agitado la vivacidad de la otra mujer, Moraine recobró la calma exterior. Una calma que se acompañaba, sin embargo, de una inflexible insistencia.

—El Entramado se desentiende por completo de los planes humanos, Siuan.

De tanto calcular, olvidamos con lo que estábamos tratando: *ta'veren*. Elaida se equivoca. Artur Paendrag Tanreall nunca fue un *ta'veren* de tanta intensidad. La Rueda tejerá el Entramado en torno a ese joven según sus designios, sin atender a nuestros planteamientos.

La furia del semblante de la Amyrlin se vio sustituida por una palidez producto de la consternación.

—Parece como si tú dijeras que da igual que renunciemos o no. ¿Estás ahora sugiriendo tú que nos apartemos a contemplar cómo estalla el mundo?

—No, Siuan. Jamás. —«No obstante, el mundo va a estallar, Siuan, de una manera u otra, hagamos lo que hagamos. Nunca lo comprenderías»—. Pero ahora debemos aceptar el hecho de que nuestros proyectos son precarios. Disponemos incluso de menor control del que esperábamos. Tal vez únicamente la capacidad de contacto de la uña de un dedo. Los vientos del destino están soplando, Siuan, y hemos de cabalgar con su impulso hacia donde éste nos conduzca.

La Amyrlin se estremeció como si sintiera en la nuca la gelidez de aquellos

vientos. Sus manos se dirigieron al achatado cubo de oro y sus dedos hallaron con destreza los puntos precisos entre los complejos diseños. Ingeniosamente equilibrada, la tapa se izó para mostrar un curvado cuerno dotado que reposaba en un espacio dispuesto para ello. La Aes Sedai levantó el cuerno y leyó la inscripción de plata, escrita en la Antigua Lengua, engastada en torno a su boca.

«La tumba no constituye una frontera a mi llamada» —tradujo, tan quedamente como si hablara para sí—. El Cuerno de Valere, creado para llamar a los héroes fallecidos y hacer que se levanten de la tumba. Una de las profecías afirma que se encontraría justo a tiempo para la última Batalla. —De improviso volvió a depositar el objeto en su oquedad y cerró el arcón como si no soportara por más tiempo su visión—. Agelmar me lo ha dado tan pronto como ha finalizado la recepción, diciendo que temía ir a su cámara acorazada, estando el cuerno allí. La tentación era demasiado grande, ha confesado. La tentación de hacer sonar el Cuerno y conducir la hueste que responda a su llamada hacia el norte, a la Llaga, para arrasar Shayol Ghul y acabar con el Oscuro. Lo abrasaba el éxtasis de la gloria, según sus palabras, y eso ha sido lo que le ha indicado que no había de ser él. No podía aguardar a deshacerse de él y, sin embargo, deseaba tenerlo.

Moraine asintió. Agelmar conocía la Profecía del Cuerno, al igual que la mayoría de quienes combatían al Oscuro.

—«Que aquel que sople en mí no piense en la gloria, sino en la salvación.»

—Salvación —repitió con una risa amarga la Amyrlin—. A juzgar por el destello de sus ojos, Agelmar no sabía si estaba rechazando la salvación o alejando la condenación de su alma. Sólo era consciente de que debía librarse de él antes de que lo consumiera. Ha intentado mantenerlo en secreto, pero, a pesar de ello, parece que ya corren rumores al respecto en la fortaleza. Yo no siento sus tentaciones, pero el cuerno me produce carne de gallina. Habrá que volver a ponerlo en su cámara acorazada hasta que partamos. No podría dormir sabiendo que está en la habitación de al lado. —Se frotó las arrugas de preocupación que surcaban su frente y suspiró—. Y se supone que no debía ser encontrado hasta poco tiempo antes de la Última Batalla. ¿Es posible que ésta se avecine? Creía, confiaba en disponer de más tiempo.

—El Ciclo Kareathon.

—Sí, Moraine. No tienes necesidad de recordármelo. He convivido con las Profecías de1 Dragón durante tantos años como tú. —La Amyrlin sacudió la cabeza —. Nunca ha habido más de un falso Dragón por espacio de una generación desde el Desmembramiento y ahora hay tres sueltos en el mundo a un tiempo, además de los tres que aparecieron en los últimos dos años. El Entramado exige un Dragón porque el Entramado teje sus hilos en dirección a Tarmon Gai'don. A veces me acechan las dudas, Moraine. —Lo dijo pensativamente, como si ello la sorprendiera, y prosiguió en igual tono—. ¿Qué ocurriría si Logain fuese el elegido? Podía encauzar el Poder,

antes de que las Rojas lo llevaran a la Torre Blanca y lo amansaran. Y también puede hacerlo Mazrim Taim, el hombre de Saldaea. ¿Qué pasaría si fuera él? Ya hay hermanas en Saldaea; tal vez ya lo estén apresando ahora. ¿Qué pasaría si hubiéramos ido desencaminadas desde el principio? ¿Qué será de nosotros si el Dragón es amansado antes de que comience a librarse la última Batalla? Incluso las profecías pueden resultar erróneas si la persona en que se basan sus pronósticos es asesinada o amansada. Y entonces deberemos enfrentarnos al Oscuro como si afrontáramos desnudos la tormenta.

—Ninguno de ellos es el elegido, Siuan. El Entramado no exige un Dragón, sino el verdadero Dragón. Hasta que se proclame como tal, el Entramado seguirá urdiendo falsos Dragones, pero después de éste no habrá ninguno más. Si Logain o el otro fueran el elegido, ya no surgirían más.

—«Porque llegará como el alba que rasga la noche y volverá a hacer pedazos el mundo con su advenimiento y creará otro nuevo.» O vamos desnudos hacia la tormenta o nos aferramos a una protección que nos flagelará. Que la Luz nos asista a todos. —La Amyrlin se revolvió como si quisiera espantar las propias palabras pronunciadas. Tenía el rostro congestionado, como si le costara respirar—. Nunca podrás ocultarme lo que piensas como lo haces con otras personas, Moraine. Tienes más cosas que contarme, y no halagüeñas precisamente.

A modo de respuesta, Moraine tomó la bolsa de cuero que pendía de su cinturón, la abrió y derramó su contenido sobre la mesa. Su aspecto era similar al de un montón de loza fragmentada, de resplandecientes tonos blancos y negros.

La Sede Amyrlin tocó con curiosidad un pedazo, y contuvo el aliento.

—Cuendillar.

—Piedra del corazón —acordó Moraine.

El método de elaboración del *cuendillar* se había perdido con el Desmembramiento del Mundo, pero lo que se había realizado con ese material había sobrevivido al cataclismo. Incluso los objetos engullidos por la tierra o hundidos en el mar habían pervivido intactos; no podía ser de otro modo. Ninguna fuerza conocida era capaz de quebrar la piedra del corazón una vez completada; hasta el Poder único dirigido contra ella únicamente lograba incrementar su dureza. A excepción del misterioso poder que había roto aquélla.

La Amyrlin recompuso apresuradamente las piezas. Éstas formaron un disco del tamaño de la cabeza de un hombre, con una mitad más negra que el azabache y la otra de una blancura superior a la de la nieve, unidas por una sinuosa línea, incólumes al paso de las eras. El antiguo símbolo de las Aes Sedai, anterior al Desmembramiento del Mundo, que databa de un tiempo en que los hombres y mujeres esgrimían conjuntamente el Poder. La parte blanca de la bisección recibía ahora el nombre de la Llama de Tar Valon; la parte negra se garabateaba en las

puertas, como el Colmillo del Dragón, para acusar a los moradores de la vivienda de tratos con el maligno. Sólo se habían creado siete piezas como aquélla; todos los objetos realizados con piedra del corazón eran registrados en la Torre Blanca y de aquellos siete se conservaba un recuerdo especial. Siuan Sanche lo observó como si fuera una víbora enroscada en su almohada.

—Uno de los sellos de la prisión del Oscuro —dijo al fin con aversión. Era uno de los sellos cuya vigilancia estaba adjudicada a la Sede Amyrlin. El secreto guardado a los ojos del mundo, suponiendo que el mundo le concediera alguna importancia, era que ninguna Sede Amyrlin había conocido los lugares donde se encontraban los sellos desde la Guerra de los Trollocs.

—Sabemos que el Oscuro está cobrando poder, Siuan. Al igual que sabemos que su prisión no puede permanecer sellada para siempre jamás. El producto del trabajo de los humanos nunca está a la altura de la obra del Creador. Sabíamos que había extendido nuevamente su mano sobre el mundo, aun cuando, gracias a la Luz, su contacto sólo había sido indirecto. Los Amigos Siniestros se multiplican, y lo que tildábamos de malo hace tan sólo diez años ahora parece casi una futilidad comparado con lo que se efectúa ahora día a día.

—Si los sellos están rompiéndose ya… Quizá no tengamos tiempo para nada.

—Poco, pero suficiente. Deberemos adaptarnos a la situación.

La Amyrlin tocó el sello fracturado y su voz sonó atenazada, como si hubiera de hacer esfuerzos para hablar.

—He visto al muchacho en el patio durante la ceremonia de bienvenida. Ése es uno de mis talentos: percibir a los *ta'veren*. Un talento raro hoy en día, aun más escaso que los *ta'veren*, y ciertamente de poca utilidad. Un chico alto, bastante guapo. Apenas distinto de cualquier joven que uno puede encontrarse en cualquier ciudad. —Se detuvo para recobrar aliento—. Moraine, resplandecía como el sol. En pocas ocasiones he sentido temor en la vida, pero su imagen me sobrecogió de pies a cabeza. Quería agazaparme, aullar. Apenas era capaz de hablar. Agelmar ha pensado que estaba molesta con él, por lo poco que he dicho. Ese joven… es el que hemos estado buscando durante veinte años.

Su voz contenía un indicio de interrogante, al que Moraine dio respuesta.

—Lo es.

—¿Estás segura? ¿Puede…? ¿Puede… encauzar el Poder único?

Su boca se frunció en torno a esas palabras y Moraine notó asimismo la tensión, una tenaza interior, un frío que se le prendía en el corazón. Conservó, sin embargo, la calma en las facciones.

—Sí. —Un hombre que esgrimía al Poder. Aquello era algo que ninguna Aes Sedai podía considerar sin miedo, algo cuya posibilidad aterrorizaba al mundo entero. «Y yo lo dejaré vagar solo por el mundo.»—. Rand al'Thor se manifestará ante el

mundo como el Dragón Renacido.

La Amyrlin se estremeció.

—Rand al'Thor. No parece un nombre que inspire temor ni que vaya a embravecer el mundo. —Volvió a estremecerse y se frotó con vigor los brazos, pero sus ojos adquirieron de pronto un resuelto brillo—. Si es el elegido, entonces tal vez dispongamos realmente del tiempo suficiente. Pero ¿está a salvo aquí? Tengo a dos hermanas Rojas conmigo y ya no puedo responder tampoco de las Verdes o las Amarillas. Que la Luz me consuma, no puedo responder de ninguna de ellas, no con un asunto de esta categoría. Incluso Verin y Serafelle se abalanzarían sobre él como lo harían con una culebra escarlata que entrara en el cuarto de los niños.

—Está a salvo, por el momento.

La Amyrlin esperó a que añadiera algo. El silencio flotó largamente, hasta que resultó evidente que no iba a hacerlo.

—Dices que nuestro antiguo plan es inútil. ¿Qué sugieres ahora?

—He dejado, a propósito, que él pensara que ya no presenta ningún interés para mí, que puede ir a donde le plazca en lo que a mí concierne. —Levantó las manos al advertir el gesto de la Amyrlin—. Era preciso, Siuan. Rand al'Thor fue criado en Dos Ríos, donde la obstinada sangre de Manetheren fluye con fuerza en todas las venas, y su propia sangre es como roca al lado de arcilla comparada con la de Manetheren. Debemos tratarlo con cuidado o de lo contrario se doblegará en cualquier dirección opuesta a la que pretendamos.

—En ese caso lo trataremos con tanto cuidado como a un recién nacido. Lo envolveremos en suaves tejidos y jugaremos con sus pies, si es eso lo que crees que necesitamos. Pero ¿con qué propósito inmediato?

—Sus dos amigos, Matrim Cauthon y Perrin Aybara, están anhelantes por ver mundo antes de volver a hundirse en la oscuridad de Dos Ríos. Si es que pueden hacerlo; ellos también son *ta'veren*, aunque en menor grado que él. Los induciré a llevar el Cuerno de Valere a Illian. —Titubeó, frunciendo el entrecejo—. Hay… un problema que afecta a Mat. Lleva una daga de Shadar Logoth.

—¡Shadar Logoth! Luz, ¿por qué demonios los dejaste acercarse a ese lugar? Todas las piedras están infectadas. Nadie estaría a salvo aunque se llevara el más ínfimo guijarro. Que la Luz nos asista, si Mordeth tocó al muchacho… —Parecía que la Amyrlin tuviera estrangulada la voz—. Si eso ha ocurrido, el mundo estaría perdido.

—Pero no lo hizo, Siuan. Hacemos lo que debemos hacer acuciados por la necesidad y aquél era un caso de necesidad. Me he ocupado de que Mat no infecte a los demás, Pero había tenido la daga durante demasiado tiempo en su poder antes de que yo me enterara. El vínculo sigue ahí. Había pensado llevarlo a Tar Valon para curarlo, pero, habiendo tantas hermanas, podríamos hacerlo aquí. Siempre que haya

suficientes de ellas en cuyo buen juicio podamos confiar y no vean Amigos Siniestros donde no los hay. Utilizando mi *angreal*, necesitaremos un par de hermanas, aparte de nosotras dos.

—Leane servirá y encontraré a otra. —De improviso la Sede Amyrlin torció el gesto—. La Antecámara quiere que devuelvas el *angreal*, Moraine. Quedan pocos, y ahora estás considerada como… persona no digna de confianza.

Moraine esbozó una sonrisa que no afectó a sus ojos.

—Todavía pensarán cosas peores de mí antes de que haya acabado. Volviendo a nuestro tema, Mat estará alborozado por ocupar un lugar tan prominente en la leyenda del Cuerno y me parece que no será difícil convencer a Perrin. Necesita algo que lo distraiga de sus preocupaciones. Rand sabe lo que es, en parte al menos, y siente temor por ello, claro está. Quiere marcharse a algún sitio donde esté solo, donde no pueda dañar a nadie. Dice que nunca volverá a esgrimir el Poder, pero no está seguro de poder contenerse.

—Y está en lo cierto. Sería más sencillo renunciar a beber agua.

—Exactamente. Y quiere librarse de las Aes Sedai. —Moraine esbozó una ligera y triste sonrisa—. Si se le ofrece la posibilidad de dejar a un lado a las Aes Sedai y permanecer un poco más de tiempo con sus amigos, estarán tan entusiasmado como Mat.

—Pero ¿cómo va a dejar a un lado a las Aes Sedai? Tú debes viajar con él. No podemos perderlo ahora, Moraine.

—No puedo acompañarlo. —«Media una gran distancia de Fal Dara a Illian, pero él ha recorrido un camino casi tan largo»—. Debemos soltarle el lazo por un tiempo. No hay otra alternativa. He ordenado quemar todas sus viejas ropas. Han existido demasiadas oportunidades para que algún hilo de sus vestimentas cayera en manos inadecuadas. Los limpiaré antes de que partan; ellos ni siquiera se percatarán de ello. De ese modo no habrá ninguna posibilidad de que les sigan el rastro y el otro hilo de esa categoría se encuentra encerrado aquí en las mazmorras. —La Amyrlin, a punto de asentir, le dirigió una mirada interrogativa, pero ella no hizo ninguna pausa—. Viajarán con toda la seguridad que puedo ofrecerles, Siuan. Y, cuando Rand me necesite en Illian, estaré allí, y me ocuparé de que sea él quien presente el Cuerno al Consejo de los Nueve y a la Asamblea. Yo me encargaré de todo en Illian. Siuan, los illianos seguirían al Dragón, o al propio Ba'alzemon, si llegara con el Cuerno de Valere, e igual disposición tendrán los que se han congregado para la Cacería. El verdadero Dragón Renacido no tendrá necesidad de reunir un ejército de seguidores antes de que las naciones le declaren la guerra. Comenzará su andadura con una nación que lo acoja y sus huestes que lo secunden.

La Amyrlin se arrellanó en la silla, pero de inmediato se inclinó hacia adelante, al parecer indecisa entre la fatiga y la esperanza.

—¿Pero se proclamará el mismo? Si tiene miedo… La Luz sabe bien que tiene motivos para ello, pero los hombres que se autodenominan Dragón desean el poder. Si él no tiene ambiciones…

—Dispongo de los medios para obligarlo a proclamarse como el Dragón tanto si lo quiere como si no. E, incluso si no lograra llevar a cabo mis propósitos por algún motivo, el Entramado se ocupará de hacerlo. Recuerda que es *ta'veren*, Siuan. No posee mayor control sobre su destino del que tiene la mecha de una vela sobre el fuego.

—Es arriesgado —observó, suspirando, la Amyrlin—. Arriesgado. Sin embargo, mi padre solía decirme «Muchacha, si no corres ningún riesgo, nunca te ganarás un real». Debemos organizarlo todo. Siéntate. Eso requiere tiempo. Mandaré a buscar vino y queso.

—Ya hemos permanecido reunidas demasiado rato. Si alguna de ellas intentara escuchar y descubriera tu salvaguarda, ya estarían elucubrando ahora. No vale la pena despertar sus sospechas. Podemos concertar una cita mañana. —«Además, mi muy querida amiga, no puedo contártelo todo, ni exponerme a que averigües que te oculto algo.»

—Supongo que tienes razón. Pero será lo primero de que nos ocupemos por la mañana. Hay demasiadas cosas de las que debes ponerme al corriente.

—Por la mañana —convino Moraine. La Amyrlin se puso en pie y ambas se unieron de nuevo en un abrazo—. Por la mañana te explicaré cuanto debes saber.

Leane miró intensamente a Moraine cuando ésta apareció en la puerta y luego se precipitó en la estancia donde se hallaba la Amyrlin. Moraine trató de aparentar mortificación en el rostro, como si hubiera padecido una de las famosas charlas de recriminación de la Amyrlin, de las cuales salían la mayoría de las mujeres con los ojos desorbitados y las rodillas trémulas, pero aquella expresión le resultaba ajena. Evidenciaba más enfado que otra cosa, lo cual servía casi a igual propósito. Era vagamente consciente de las otras Aes Sedai que se hallaban en la antecámara; le pareció que algunas se habían ido y que otras habían llegado desde que ella entró, pero apenas si les dirigió la mirada. Era ya muy tarde y tenía mucho que hacer antes de que llegara la mañana. Mucho, antes de volver a hablar con la Sede Amyrlin.

Apresurando el paso, se introdujo en el dédalo de corredores de la fortaleza.

La columna que avanzaba por Tarabon con entrechocar de arneses habría causado gran impresión bajo la acerada luz de la luna si hubiera habido alguien en condiciones de verla. Dos mil Hijos de la Luz, a lomos de magníficos caballos, envueltos en tabardos y capas blancas, con armaduras bruñidas y su caravana de carromatos de provisiones, sus herreros y criados con la retahíla de remonta. Había algunos pueblos en aquellos parajes escasamente poblados de bosques, pero habían

evitado los caminos e incluso los campos de los labriegos. Debían reunirse con… alguien en un diminuto pueblo cercano a la frontera norteña de Tarabon, en la orilla del llano de Almoth.

Geofram Bornhald, que cabalgaba a la cabeza de su hueste, se preguntaba qué sentido tenía todo aquello. Recordaba demasiado bien su entrevista con Pedron Niall, capitán general de los Hijos de la Luz, en Amador, pero sus pesquisas apenas habían dado resultado allí.

—Estamos solos, Geofram —había advertido el hombre de pelo blanco con débil voz de anciano—. Recuerdo que me prestaste el juramento hará… treinta y seis años.

—Mi señor capitán general, ¿puedo preguntaros por qué me ordenasteis regresar de Caemlyn con tanta urgencia? Con un poco más de presión, Morgase habría sido derribada del trono. Existen casas nobiliarias de Andor que consideran su relación con Tar Valon tal como lo hacemos nosotros y estaban dispuestas a hacer públicas sus pretensiones al trono. Dejé a Elmon Valda a cargo del ejército, pero él insistía en la necesidad de seguir a la heredera hasta Tar Valon. No me sorprendería enterarme de que ha raptado a la muchacha o atacado incluso Tar Valon. —Y Dain, el hijo de Bornhald, había llegado justo antes de que a éste se le ordenara regresar. Dain daba muestras de gran celo. Suficiente, en todo caso, para acceder a ciegas a cualquier propuesta de Valda.

—Valda camina por la senda de la Luz, Geofram. Pero vos sois el mejor comandante de guerra entre los Hijos. Reuniréis una legión, con los mejores hombres de que podáis disponer, y los conduciréis a Tarabon, evitando todo ojo conectado con una lengua capaz de hablar. Toda lengua de esas características debe ser silenciada, si los ojos ven.

Bornhald había vacilado. Cincuenta Hijos juntos, o incluso un centenar, podían entrar en cualquier país sin reparos, al menos expresados abiertamente, pero toda una legión…

—¿Es la guerra, mi señor capitán general? Corren rumores en las calles, descabellados en su mayoría, que afirman que las huestes de Artur Hawkwing han vuelto. El rey…

—No da órdenes a los Hijos, capitán Bornhald. —Por primera vez, la voz del capitán general había sonado con tono levemente tajante—. Soy yo quien lo da. Dejemos que el rey continúe sentado en palacio, dedicado a su actividad habitual, la cual consiste en no hacer nada. Espero que vuestra legión cabalgue durante tres días. Ahora retiraos, Bornhald. Tenéis un trabajo que cumplir.

—Excusad, mi señor capitán general, pero ¿con quién he de reunirme? —había inquirido Bornhald con el entrecejo fruncido—. ¿Por qué me arriesgo a entrar en guerra con Tarabon?

—Se os comunicará lo que debáis saber al llegar a Alcruna. —De improviso, el capitán general había adoptado un aspecto que correspondía a una persona de más edad. Con aire ausente había dado un tirón a su blanca túnica, con el sol emblemático de los Hijos bordado sobre el pecho—. Hay fuerzas implicadas que quedan fuera de vuestro conocimiento, Geofram. Fuera de lo que os es posible conocer. Elegid rápidamente a vuestros hombres. Ahora retiraos. No me formuléis más preguntas. Y que la Luz cabalgue con vos.

Ahora Bornhald se enderezó en la silla, tratando de destensarse la espalda. «Estoy envejeciendo», pensó. Tras un día y una noche viajando ininterrumpidamente a caballo, ya sentía el peso de cada una de las canas que poblaban su cabello, algo que no hubiera notado pocos años antes. «Al menos no he matado a ninguna persona inocente.» Era capaz de mostrarse tan implacable con los Amigos Siniestros como cualquier hombre que había prestado juramento a la Luz —los Amigos Siniestros debían ser destruidos antes de que arrastraran el mundo hacia la ominosa Sombra— pero él se esforzaba por cerciorarse de que realmente se trataba de Amigos Siniestros. Había sido complicado evitar las miradas de los taraboneses con tantos hombres, aun en la campiña más remota, pero lo había logrado. No había sido preciso silenciar ninguna lengua.

Los exploradores que había enviado en vanguardia regresaron trayendo con ellos más individuos cubiertos con capas blancas, algunos de los cuales llevaban antorchas que iluminaban en la noche a cuantos se hallaban en cabeza de la columna. Murmurando una imprecación, Bornhald ordenó el alto mientras examinaba a quienes se aproximaban a él.

Sus capas tenían el mismo sol resplandeciente que lucía él en el pecho, idéntico al de todos los Hijos de la Luz, y su dirigente llevaba incluso los galones dorados correspondientes a alguien de igual rango al de Bornhald. Sin embargo, detrás del sol había rojos cayados de pastor: interrogadores. Con hierros candentes, tenazas y chorros de agua, los interrogadores atrancaban la confesión e inducían al arrepentimiento a los Amigos Siniestros, pero había quien sostenía que ellos decidían la culpabilidad desde el inicio. Geofram Bornhald era uno de los que compartían aquella opinión.

«¿Me han enviado aquí para mantener un encuentro con interrogadores?»

—Os estábamos esperando, capitán Bornhald —anunció el cabecilla con voz ronca. Era un hombre alto de nariz aguileña, cuyos ojos tenían el mismo brillo de certeza presente en las miradas de todos los interrogadores—. Hubierais podido ir más deprisa. Yo soy Einor Saren, lugarteniente de Jaichin Carridin, el cual tiene a su cargo la dirección de la Mano de la Luz en Tarabon. —La Mano de la Luz, la Mano que sonsacaba la verdad, o así decían. El nombre de interrogadores no era de su

agrado—. Hay un puente en el pueblo. Ordenad a vuestros hombres que lo atraviesen. Hablaremos en la posada. Es sorprendentemente acogedora.

—El capitán general en persona me indicó que evitara toda mirada.

—El pueblo ha sido… pacificado. Haced que avancen vuestros hombres. Ahora soy yo quien da las órdenes. Dispongo de documentos explícitos al respecto, sellados por el capitán general, si tenéis alguna duda.

Bornhald contuvo el gruñido que pugnaba por remontar su garganta. Se preguntó si los cadáveres habrían sido apilados en las afueras del pueblo o arrojados al río. Sería un acto propio de los interrogadores, que tenían la sangre fría para perpetrar la matanza de todo un pueblo y la estupidez necesaria para tirar los muertos al agua para que flotaran río abajo y proclamaran su hazaña de Alcruna a Tanchico.

—Mis dudas están relacionadas con la razón por la que me hallo en Tarabon con dos mil hombres, interrogador.

El semblante de Saren adoptó una nueva rigidez, pero su voz permaneció dura e intransigente.

—Es muy simple, capitán. Hay ciudades y pueblos en el llano de Almoth que no están sujetas a mayor autoridad que la de un alcalde o un Consejo de Pueblo. Ya es hora de que sean encaminados hacia la senda de la Luz. Habrá muchos Amigos Siniestros en tales sitios.

El caballo de Bornhald coceó el suelo.

—¿Estáis diciendo, Saren, que he traído en secreto a una legión entera a través de Tarabon para exterminar a algunos Amigos Siniestros de unos cuantos puebluchos?

—Estáis aquí para hacer lo que se os ordene, Bornhald. ¡Para trabajar al servicio de la Luz! ¿O acaso estáis apartándoos de la Luz? —La sonrisa de Saren era una mueca—. Si es batallas lo que buscáis, seguramente tendréis ocasión de entrar en combate. Los extranjeros disponen de una gran hueste en la Punta de Toman, probablemente mayor de la que podrían contener las fuerzas conjuntas de Tarabon y Arad Doman, aun cuando sean capaces de dejar de reñir entre sí. Si los extranjeros se abren paso, dispondréis de cuantas luchas podáis haceros cargo. Los taraboneses pretenden que los extranjeros son monstruos, criaturas del Oscuro. Algunos afirman que tienen Aes Sedai luchando a su lado. Si son Amigos Siniestros, deberemos ocuparnos de ellos también, en su momento.

Bornhald retuvo el aliento por espacio de unos instantes.

—Entonces los rumores son ciertos. Los ejércitos de Artur Hawkwing han regresado.

—Extranjeros —se limitó a repetir Saren, quien, a juzgar por su tono de voz, lamentaba haberlos mencionado—. Extranjeros y probablemente Amigos Siniestros, procedan de donde procedan. Eso es cuanto sé y todo cuanto debéis conocer vos. Ellos no son asunto que os concierna. Estamos desperdiciando el tiempo. Haced que

vuestros hombres atraviesen el río, Bornhald. Os comunicaré las órdenes en el pueblo. —Volvió grupas y partió al galope por donde había venido, seguido por los soldados que lo iluminaban con antorchas.

Bornhald cerró los ojos para precipitar el retorno de la visión nocturna. «Están utilizándonos como piezas de un tablero.»

—¡Byar! —Abrió los párpados cuando su lugarteniente apareció a su lado, irguiendo la espalda sobre la silla ante su capitán. El hombre de rostro enjuto presentaba casi el mismo brillo en los ojos que los interrogadores, pese a lo cual era un buen soldado—. Hay un puente más adelante. Trasladad la legión al oro lado del río y montad el campamento. Me uniré con vosotros tan pronto como me sea posible.

Tiró de las riendas y cabalgó en la dirección que había tomado el interrogador. «Piezas de un tablero. Pero ¿quién está moviéndolas? ¿Y por qué?»

Las sombras de la tarde daban paso al crepúsculo mientras Liandrin caminaba hacia los aposentos de las mujeres. Al otro lado de las aspilleras la oscuridad iba en aumento, cercando la luz de las lámparas del corredor. El atardecer era una hora turbadora para Liandrin en los últimos tiempos, así como lo era la aurora. El día nacía con el alba, al igual que el crepúsculo traía consigo la noche, pero, al despuntar del día, moría la noche y, al anochecer, el día. El poder del Oscuro estaba enraizado en la muerte, se alimentaba de ella, y en tales ocasiones tenía la sensación de que sentía cómo se incrementaba su poderío. Algo se agitaba en la penumbra, algo que casi pensó alcanzar si se volvía con la suficiente celeridad, algo que estaba segura de percibir si miraba con bastante atención.

Sirvientas ataviadas de negro y oro le dedicaban reverencias al pasar, pero ella no respondía con ningún gesto. Mantenía la mirada fija hacia adelante, sin verlas.

Al llegar a la puerta que buscaba, se detuvo para lanzar una rápida ojeada por el pasadizo. Las únicas mujeres que se advertían eran criadas; no había ningún hombre, por supuesto. Abrió la hoja sin dignarse llamar.

La habitación exterior de los aposentos de lady Amalisa estaba profusamente iluminada y un vivo fuego en el hogar mantenía a raya la gelidez de la noche shienariana. Amalisa y sus damas se hallaban sentadas en distintos lugares de la estancia, en sillas y en alfombras, escuchando a una de ellas, que, de pie, leía un libro en voz alta. Se trataba de La danza del halcón y el colibrí, de Teven Aerwin, que pretendía exponer la conducta adecuada que habían de tener los hombres respecto a las mujeres y las mujeres respecto a los hombres. Liandrin frunció los labios; ella no lo había leído, por supuesto, pero había oído hablar lo suficiente de él para servirse de la coyuntura. Amalisa y sus damas reaccionaban a cada recomendación con grandes carcajadas, dejándose caer unas sobre otras y dando taconazos en el suelo como unas chiquillas.

La lectora, la primera en captar la presencia de Liandrin, se interrumpió con los ojos desorbitados a causa del asombro. Las demás se volvieron para averiguar qué era lo que miraba y el silencio sustituyó a las risas. Todas, salvo Amalisa, se pusieron en pie, alisándose apresuradamente el cabello y las faldas.

Lady Amalisa se incorporó grácilmente, con una sonrisa.

—Nos honra vuestra visita, Liandrin. Es ésta una grata sorpresa. No os esperaba hasta mañana. Pensaba que desearíais reposar después del largo via…

—Deseo hablar con lady Amalisa a solas —la atajó con brusquedad Liandrin, dirigiéndose al aire—. Todas vosotras debéis salir ahora mismo.

Siguió un momento de estupor, tras el cual las otras mujeres se despidieron de Amalisa. Una a una realizaron reverencias ante Liandrin, la cual no dio ninguna muestra de reconocimiento. Continuó contemplando el vacío frente a sí, pero las vio y las escuchó: parabienes ofrecidos con embarazo visible provocado por el mal talante de la Aes Sedai; ojos que se desviaban hacia el suelo al comprobar el poco caso que ella les hacía. Se deslizaron frente a ella hacia la puerta, retrocediendo con torpeza para que sus faldas no rozaran la suya.

—Liandrin, no compren… —comenzó a decir Amalisa cuando la puerta se hubo cerrado tras ellas.

—¿Seguís la senda de la Luz, hija mía? —Allí no se reproduciría la insensatez de llamarla hermana. La otra mujer era mayor que ella, pero debían observarse las antiguas formas. Por más tiempo que hubieran permanecido relegadas en el olvido, ya era hora de que fueran recordadas.

Tan pronto como hubo formulado la pregunta, sin embargo, Liandrin cayó en la cuenta de que había cometido un error. Era un tipo de pregunta que, expresada por una Aes Sedai, causaba indefectiblemente duda y ansiedad, pero Amalisa enderezó la espalda y endureció las facciones.

—Eso es un insulto, Liandrin Sedai. Soy shienariana, de una noble casa y por mis venas corre la sangre de soldados. Mi estirpe viene combatiendo a la Sombra desde antes de la fundación de Shienar, a lo largo de tres mil años, sin tregua ni vacilación.

Liandrin cambió de estrategia, pero sin abandonar el ánimo de ataque. Cruzó a grandes zancadas la habitación, tomó de la repisa de la chimenea la copia forrada en cuero de La danza del halcón y el colibrí y la levantó sin mirarla.

—En Shienar, más que en otras tierras, hija mía, debe profesarse gran aprecio a la Luz y temor a la Sombra. —Arrojó sin preámbulo el libro al fuego. Las llamas saltaron como si fuera una tea, crepitando mientras lamían la chimenea. En el mismo instante todas las lámparas de la estancia se hincharon en una susurrante llamarada e inundaron a aquélla de luz con el vigor de un incendio—. Aquí más que en otro lugar. Aquí, tan cerca de la maldita Llaga, donde acecha la corrupción. Aquí, incluso aquel que cree caminar por la senda de la Luz, puede, sin embargo, ser corrompido por la

Sombra.

La frente de Amalisa estaba perlada de sudor. La mano que había alzado para protestar por el libro se deslizó lentamente por su costado. Sus rasgos todavía mantenían la firmeza, pero Liandrin la vio tragar saliva y mover un pie.

—No comprendo, Liandrin Sedai. ¿Es por el libro? Sólo son insensateces. Había un leve temblor en su voz. «Estupendo.» Las lámparas de cristal crujieron mientras las llamas avivaban su calor, iluminando la habitación con una claridad equiparable a la del mediodía en el campo. Amalisa permanecía rígida como una columna, con el rostro inflexible, al tiempo que intentaba no mirarlas de soslayo.

—Sois vos la insensata, hija mía. A mí me tienen sin cuidado los libros. Aquí, los hombres entran en la Llaga y caminan entre su contaminación, en el mismo corazón de la Sombra. ¿Cómo ha de extrañarnos que su infección penetre en ellos? Con su asentimiento o sin él, es posible que ello ocurra. ¿Por qué creéis que la Sede Amyrlin ha venido en persona?

—¡No! —La negación sonó como un jadeo.

—Del Rojo soy, hija mía —prosiguió implacablemente Liandrin—, y persigo a todos los hombres corruptos.

—No comprendo.

—No sólo a esos necios que intentan usar el Poder único. A todos los hombres corrompidos, de todo rango y condición.

—No… —Amalisa se humedeció los labios con inquietud y realizó patentes esfuerzos por recobrar la apostura—. No os comprendo, Liandrin Sedai. Por favor…

—Los de alta cuna aún con más ahínco que los plebeyos.

—¡No! —Como si algún invisible soporte se hubiera desvanecido, Amalisa se postró de rodillas, dejando caer la cabeza—. Por piedad, Liandrin Sedai, decidme que no os referís a Agelmar. No puede tratarse de él.

Liandrin aprovechó aquel momento de duda y confusión para asestar su golpe. Permaneció inmóvil pero utilizó el arma del Poder único. Amalisa dio un respingo con la boca desencajada, como si la hubieran pinchado con una aguja, y los petulantes labios de Liandrin esbozaron una sonrisa.

Aquél era el truco especial que ella conservaba de su periodo de infancia, cuando había comenzado a dar muestras de sus talentos. La Maestra de las Novicias le había prohibido hacer uso de él cuando lo descubrió, pero para Liandrin ello únicamente significó que debía añadirlo a las habilidades que era necesario ocultar ante quienes la envidiaban.

Dio unos pasos y levantó la barbilla de Amalisa. El metal que la había envarado continuaba presente en ella, pero ahora era de inferior calidad, maleable para las formas de presión pertinentes. Las lágrimas bajaban rodando por las mejillas de Amalisa. Liandrin dejó que las llamas recobraran su normal intensidad pues ya no las

precisaba. Aplicó una mayor suavidad a sus palabras, pero su voz era tan inflexible como el acero.

—Hija, nadie desea veros a vos y a lord Agelmar entregados a la chusma como Amigos Siniestros. Os ayudaré, pero vos debéis colaborar.

—¿Co… colaborar con vos? —Amalisa se llevó las manos a las sienes; parecía confusa—. Por favor, Liandrin Sedai, no… comprendo. Todo es… Todo es…

Aquélla no era una habilidad totalmente perfeccionada; Liandrin no podía obligar a nadie a hacer lo que ella quería, a pesar de que lo había intentado; y con qué denuedo lo había intentado. Sin embargo, podía desarmarlos con sus argumentos, hacer que desearan creerla, que desearan más que nada en el mundo quedar convencidos de su imparcialidad.

—Obedeced, hija. Obedeced y responded con sinceridad a mis preguntas y os prometo que nadie os acusará a vos y a Agelmar de ser Amigos Siniestros. No os arrastrarán desnuda por las calles ni seréis echada a latigazos de la ciudad si el populacho no os despedaza antes. No permitiré que ello ocurra. ¿Comprendéis?

—Sí, Liandrin Sedai, sí. Haré lo que digáis y responderé con sinceridad.

Liandrin se irguió, mirando por encima del hombro a la otra mujer. Lady Amalisa permaneció en la misma postura, de rodillas, con expresión tan ingenua como la de un niño, un niño que aguardaba el consuelo y la ayuda de alguien más sabio y fuerte. Liandrin sentía que aquello era lo apropiado. Nunca había entendido por qué bastaba una simple inclinación de cabeza o una reverencia para las Aes Sedai, cuando los hombres y mujeres se arrodillaban ante reyes y reinas. «¿Qué reina tiene el poder de que dispongo yo?» Su boca se torció por el enojo y Amalisa sintió escalofríos.

—Tranquilizaos, hija mía. He venido a ayudaros, no a castigaros. Sólo recibirán castigo quienes lo merezcan. Decidme únicamente la verdad.

—Lo haré, Liandrin Sedai. Lo juro por mi casa y por mi honor.

—Moraine vino a Fal Dara con un Amigo Siniestro.

Amalisa estaba demasiado asustada para evidenciar sorpresa.

—Oh, no, Liandrin Sedai. No. Ese hombre llegó después. Se encuentra en las mazmorras ahora.

—Más tarde, decís. Pero ¿es cierto que habla a menudo con él? ¿Se reúne con frecuencia con ese Amigo Siniestro? ¿A solas?

—A… a veces, Liandrin Sedai. Sólo a veces. Quiere averiguar por qué vino aquí. Moraine Sedai es… —Liandrin alzó bruscamente la mano y Amalisa tragó saliva e interrumpió lo que iba a decir.

—Moraine iba acompañada de tres hombres jóvenes. Eso lo sé. ¿Dónde están ahora? He estado en sus habitaciones y no se encuentran allí.

—No… no lo sé, Liandrin Sedai. Parecen buenos chicos. ¿No pensaréis que son Amigos Siniestros?

—No. Amigos Siniestros, no. Algo peor. Son mucho más peligrosos que Amigos Siniestros, hija mía. El mundo entero se halla amenazado por ellos. Debemos encontrarlos. Ordenaréis a vuestras sirvientas que busquen por toda la fortaleza, y lo mismo haréis vos misma y vuestras damas. En todos los recovecos. Os encargaréis personalmente de ello. ¡Personalmente! Y no hablaréis a nadie de ello, salvo a quien yo os diga. Nadie más ha de saberlo. Nadie. Esos jóvenes deben sacarse de Fal Dara en secreto para ser llevados a Tar Valon. En el mayor de los secretos.

—Como ordenéis, Liandrin Sedai. Pero no comprendo la necesidad de mantenerlo en secreto. Nadie obstaculizará aquí los deseos de las Aes Sedai.

—¿Habéis oído hablar del Ajah Negro?

Amalisa la miró con ojos desencajados y se inclinó hacia atrás, apartándose de ella, alzando las manos como para protegerse de un golpe.

—Un v… vil rumor, Liandrin Sedai. Vi…, vil. N… no hay Aes Sedai que S … , sirvan al Oscuro. No le concedo ningún crédito. ¡Debéis creerme! Bajo la Luz, j… juro que no le concedo crédito. Por mi honor y por mi casa, juro…

Calculadoramente, Liandrin dejó que siguiera hablando, observando cómo las últimas fuerzas abandonaban a la mujer mientras ella guardaba silencio. Era de todos conocido que las Aes Sedai montaban en terrible cólera con quienes osaban tan sólo mencionar el Ajah Negro, pero mucho más aún con quienes afirmaban creer en su existencia encubierta. Después de eso, con su voluntad menoscabada por aquel pequeño truco de infancia, Amalisa sería como la arcilla en sus manos. Después de recibir una nueva estocada.

—El Ajah Negro es real, hija. Real, y se halla presente aquí, dentro de las murallas de Fal Dara. —Amalisa permanecería de rodillas, con la boca abierta. Era casi tan terrible como oír que el Oscuro caminaba por la fortaleza de Fal Dara. No obstante, Liandrin no se apiadó lo más mínimo—. Cualquier Aes Sedai con quien os crucéis puede ser una hermana Negra. Lo juro. No puedo deciros quiénes son, pero dispondréis de mi protección. Si seguís la senda de la Luz y me obedecéis.

—Lo haré —susurró con voz ronca Amalisa—. Lo haré. Por favor, Liandrin Sedai, por favor, decidme que protegeréis a mi hermano y a mis damas…

—Protegeré a quien se haga acreedor de tal protección. Preocupaos por vos misma, hija mía. Y pensad sólo en las órdenes que os he dado: sólo en eso. El destino del mundo depende de ello, hija mía. Todo lo demás debe ser olvidado ahora.

—Sí, Liandrin Sedai. Sí. Sí.

Liandrin se giró y atravesó la estancia sin volverse a mirar hasta hallarse junto a la puerta. Amalisa estaba todavía arrodillada, observándola con ansiedad.

—Levantaos, mi señora Amalisa. —Liandrin utilizó un tono condescendiente, que sólo traslucía ligeramente la burla que sentía. «¡Hermana, vaya! No aguantaría ni un día como novicia. Y ella tiene el poder de impartir órdenes a sus subalternos»—.

Levantaos.

Amalisa se incorporó con lentos movimientos espasmódicos, como si hubiera estado atada de manos y pies durante horas. Cuando al fin estuvo de pie, Liandrin agregó, con la voz impregnada nuevamente de la dureza del acero:

—Y si no cumplís vuestra palabra, si me decepcionáis, sentiréis envidia de ese miserable Amigo Siniestro que está encerrado en las mazmorras.

Por el aspecto del rostro de Amalisa, Liandrin no creyó que ésta escatimara esfuerzos para complacerla.

Tras haber cerrado la puerta, Liandrin notó de pronto un hormigueo en la piel. Reteniendo el aliento, giró sobre sí, mirando a ambos lados del corredor en penumbra. Nadie. Fuera de las aspilleras ya era noche cerrada. El solitario pasadizo, en sombras entre las lámparas de la pared, se burlaba de ella. Se encogió de hombros con inquietud y luego comenzó a caminar resueltamente. «Sólo son imaginaciones. Nada más que eso.»

Ya era noche cerrada, y había muchas cosas que hacer antes del alba. Sus órdenes habían sido explícitas.

En las mazmorras reinaba la más completa negrura a cualquier hora, a menos que alguien introdujera una linterna, pero Padan Fain se encontraba sentado en el borde de su camastro, escrutando la oscuridad con una sonrisa en el rostro. Oía cómo los otros dos prisioneros gruñían en sueños, murmurando entre pesadillas. Padan Fain estaba esperando algo, algo que había aguardado durante largo tiempo, durante demasiado tiempo. Pero ya no tardaría mucho.

La puerta que daba al recinto de los vigilantes se abrió, derramando una aureola de luz que resaltó sombríamente una silueta en el umbral.

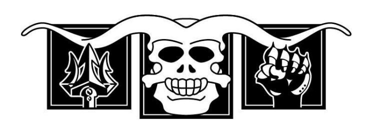
Fain se puso en pie.

—¡Vos! No sois el que esperaba. —Se desentumeció los músculos con una despreocupación que no sentía. La sangre galopaba por sus venas; le pareció que sería capaz de saltar sobre la fortaleza si lo intentaba—. Sorpresas para todos, ¿eh? Bien, entrad. La noche está avanzando y necesito dormir un poco.

Mientras la lámpara penetraba en la celda, Fain alzó la cabeza, sonriendo a causa de algo presentido sin verlo, algo que se hallaba más allá del techo de la mazmorra.

—Todavía no ha concluido —susurró—. La batalla nunca acaba.

6



Ominosas profecías

La puerta de la granja recibía las furiosas sacudidas de los golpes descargados desde afuera; el macizo cerrojo que la contenía saltaba sobre el metal. Al otro lado de la ventana próxima a la entrada pasó la silueta hocicuda de un trolloc. Había ventanas por doquier, y más formas borrosas en el exterior. Demasiado perceptibles, sin embargo. Rand aún podía distinguirlas.

«Las ventanas —pensó desesperadamente. Se apartó de la entrada, aferrando la espada con ambas manos—. Aun cuando la puerta resista, pueden romper los cristales. ¿Por qué no están intentándolo ya?»

Con un ensordecedor chirrido, uno de los soportes se separó parcialmente del marco de la puerta y quedó colgado de unos clavos que se habían alejado un dedo de la madera. La barra se estremeció con un nuevo golpe y los clavos volvieron a ceder.

—¡Debemos contenerlos! —gritó Rand. «El problema es que no podemos. No podemos detenerlos.» Miró en torno a sí, en busca de una escapatoria, pero sólo había una puerta. La habitación era una encerrona. Sólo una puerta y tantas ventanas… —. Debemos hacer algo. ¡Algo!

—Es demasiado tarde —replicó Mat—. ¿No lo comprendes? —Su sonrisa contrastaba extrañamente con la mortal palidez de su cara y el puño de la daga sobresalía de su pecho, despidiendo furiosos destellos de luz con el rubí engastado en ella. La gema poseía más vida que su rostro—. Es demasiado tarde para que podamos cambiar las cosas.

—Me he librado finalmente de ellos —anunció riendo Perrin. La sangre le corría por la cara, cual surcos de lágrimas que manaran de sus cuencas vacías. Tendía hacia Rand unas manos rojas, tratando de llamar su atención sobre lo que retenían—. Ahora soy libre. Se ha acabado.

—¡Nunca se termina, al'Thor! —gritó Padan Fain, brincando en el suelo—. La batalla no concluye jamás.

La puerta cedió, astillada, y Rand se alejó, acurrucado, de la lluvia de agujas de madera. Dos Aes Sedai vestidas de rojo entraron, dedicando una reverencia a su amo, a quien cedían el paso. Una máscara del color de la sangre coagulada cubría el semblante de Ba'alzemon, pero Rand veía las llamas de sus ojos a través de los

orificios visuales; escuchaba el fragor de las llamas que rugían en el interior de la boca de Ba'alzemon.

—Todavía no ha concluido nuestra contienda, al'Thor —advirtió Ba'alzemon. Luego él y Fain hablaron al unísono—: La batalla nunca termina para ti.

Con un jadeo estrangulado, Rand se sentó en el suelo, clavando las uñas en él para regresar a la vigilia. Le pareció que aún oía la voz de Fain, tan clara como si el buhonero se hallara a su lado. «Nunca termina. La batalla no acaba jamás.»

Con los ojos desorbitados, miró a su alrededor para convencerse de que aún estaba escondido en el sitio donde lo había dejado Egwene, acostado en un jergón en un rincón de su habitación. La tenue luz de una lámpara bañaba la estancia y le sorprendió ver a Nynaeve, haciendo punto en un balancín al otro lado de la única cama, cuyas mantas todavía permanecían en su lugar. Afuera era de noche.

Esbelta y de ojos oscuros, Nynaeve llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza que pendía sobre uno de sus hombros hasta casi llegarle a la cintura. Ella no había renunciado a sus orígenes. Su semblante era apacible y no parecía consciente más que de su labor mientras se mecía suavemente. El entrechocar de las agujas era el único sonido perceptible. Las alfombras silenciaban la mecedora.

Algunas noches había echado de menos disponer de alfombras sobre el frío piso de piedra de su habitación, pero en las habitaciones de los hombres de Shienar los dormitorios eran siempre austeros. Los muros de ésta estaban cubiertos con dos tapices que representaba parajes montañosos con cascadas y junto a las aspilleras había cortinas bordadas. En la mesa situada junto al lecho había un jarrón con flores. En un rincón se alzaba un gran espejo y sobre el lebrillo y la jofaina decorados con rayas azules pendía otro. Sólo estaba encendida una de las cinco lámparas dispuestas en la estancia, que era casi tan amplia como la que él compartía con Mat y Perrin. Egwene disfrutaba de ella exclusivamente.

—Si duermes por la tarde, no esperarás poder hacerlo por la noche —le advirtió Nynaeve, sin levantar la vista.

Rand frunció el entrecejo, a pesar de que ella no podía verlo. O eso creía, al menos. Tenía tan sólo unos años más que él, pero el cargo de Zahorí le agregaba diez lustros de autoridad.

—Necesitaba esconderme en algún sitio y estaba cansado —explicó, tras lo cual se apresuró a añadir—: No he venido porque sí. Egwene me ha invitado a entrar en los aposentos de las mujeres.

Nynaeve dejó reposar las agujas y le dedicó una sonrisa. Era una mujer hermosa. Aquél era un detalle en el que nunca habría reparado en el pueblo; allí nadie pensaba en una Zahorí en esos términos.

—Que la Luz me asista, Rand, estás volviéndote más shienariano con cada día que pasa. Que te ha invitado a entrar en los aposentos de las mujeres, vaya. —Exhaló

un bufido—. En cualquier momento vas a comenzar a hablar de tu honor y solicitar que la paz propicie el uso de tu espada. —Rand se ruborizó, abrigando la esperanza de que ella no lo advirtiera con la penumbra. Nynaeve, en cambio, dirigió la vista a la espada, cuya empuñadura asomaba del enorme hatillo que reposaba en el suelo junto a él. Sabía que ella no aprobaba el uso de la espada, en nadie, pero, por aquella vez, no realizó ningún comentario.—. Egwene me ha dicho por qué necesitabas ocultarte. No te preocupes: te esconderemos de la Amyrlin o de cualquier otra Aes Sedai, si eso es lo que deseas.

Cruzó una mirada con él y desvió rápidamente los ojos, si bien no antes de que él percibiera su incomodidad, sus dudas. «Es verdad, puedo encauzar el Poder. ¡Soy un hombre que esgrime el Poder único! Deberías ayudar a las Aes Sedai a darme caza y amansarme».

Con el entrecejo fruncido, se acomodó el jubón de cuero que Egwene le había proporcionado y se movió para apoyar la espalda en la pared.

—Tan pronto como me sea posible, me ocultaré en un carro o me escaparé a escondidas. No deberéis ocultarme durante mucho tiempo. —Nynaeve no dijo nada; se concentró en su labor y emitió un quedo gruñido al errar una puntada—. ¿Dónde está Egwene?

Dejó caer los hilos sobre su regazo.

—No sé por qué intento hacerlo esta noche. Por algún motivo, soy incapaz de seguir los hilos. Ha bajado a ver a Padan Fain. Piensa que el hecho de ver caras conocidas puede ayudarlo.

—La mía no surtió precisamente ese efecto. Debería mantenerse alejada de él. Es peligroso.

—Quiere ayudarlo —replicó con calma Nynaeve—. Recuerda que estaba practicando para convertirse en mi ayudante, y ser una Zahorí no consiste sólo en predecir el tiempo. La curación también forma parte de ello. Egwene siente el deseo de curar, la necesidad de hacerlo. Y, si Padan Fain es tan peligroso, Moraine habría dicho algo.

Rand lanzó una carcajada.

—No se lo habéis consultado. Egwene lo ha reconocido y, además, no te imagino pidiéndole permiso a nadie. —Nynaeve enarcó una ceja y Rand abandonó su aire risueño. No obstante, no le presentó excusas. Se hallaban a mucha distancia del hogar y no veía cómo ella podía continuar siendo la Zahorí de Dos Ríos cuando iba a marcharse a Tar Valon—. ¿Han comenzado a buscarme ya? Egwene no está segura de si van a hacerlo, pero Lan dice que la Sede Amyrlin está aquí por mí y me parece que su opinión es de más peso que la de Egwene.

Por un momento Nynaeve guardó silencio, manoseando los ovillos de hilo.

—No estoy segura —contestó al fin—. Una de las doncellas ha venido hace un

rato. Para abrir la cama, ha dicho. Como si Egwene fuera a acostarse ya, habiendo esta noche la fiesta en honor a la Amyrlin. La he enviado por donde había venido; no te ha visto.

—En los dormitorios de los hombres nadie prepara las camas. —Nynaeve le asestó una dura mirada, que lo habría hecho tartamudear un año antes, pero aun así agregó—: No utilizarían a las criadas para buscarme, Nynaeve.

—Cuando he ido a tomar una taza de leche a la despensa, había muchas mujeres en los pasillos. Las que van a asistir a la fiesta deberían haber estado arreglándose y las demás deberían estar ayudándolas a vestirse o preparándose para servir la cena o para… —Arrugó el entrecejo con preocupación—. Hay trabajo de sobra para todo el mundo estando la Amyrlin aquí. Y no sólo vagaban por los aposentos de las mujeres. He visto a lady Amalisa en persona saliendo de un almacén cercano a la despensa con la cara cubierta de polvo.

—Eso es ridículo. ¿Por qué habría de formar parte ella de una partida de búsqueda? O cualquiera de las otras mujeres, a decir verdad. Utilizarían a los soldados de lord Agelmar y a los Guardianes. Y a las Aes Sedai. Deben de estar haciendo algo para la fiesta. Que me aspen si conozco los requisitos de una celebración shienariana.

—Eres un necio, a veces, Rand. Los hombres que he visto desconocían lo que estaban haciendo las mujeres. He oído cómo algunos se quejaban de que debían realizar todo el trabajo ellos. Ya sé que no tiene sentido que ellas estuvieran buscándote. Ninguna de las Aes Sedai parecía reparar en ellas. Pero Amalisa no estaba preparándose para la fiesta ensuciándose el vestido. Estaba buscando algo, algo importante. Aun cuando comenzara justo después de cuando yo la he visto, apenas tiene tiempo para bañarse y cambiarse. Por cierto que, si Egwene no vuelve pronto, tendrá que elegir entre cambiarse o llegar tarde.

Por primera vez, advirtió que Nynaeve no llevaba las prendas de lana de Dos Ríos con las que estaba acostumbrado a verla. Su vestido era de seda azul claro, bordado con flores blancas alrededor del cuello y en las mangas. Cada florecilla tenía una pequeña perla en el centro y el cinturón estaba adornado con seda y una hebilla plateada con perlas engastadas. Nunca la había visto ataviada de aquel modo. Ni siquiera los ropajes de los días festivos que usaba en el pueblo podían compararse a aquel atuendo.

—¿Vas a ir a la fiesta?

—Desde luego. Aun cuando Moraine no hubiera dicho que debo ir, no habría permitido que pensara que yo… —Sus ojos relumbraron airadamente por un instante, dándole a entender a qué se refería. Nynaeve jamás permitiría que nadie creyera que tenía miedo, aun cuando lo tuviera. En todo caso, no Moraine, y menos aún Lan. Confió en que ella no supiera que él conocía los sentimientos que le inspiraba el

Guardián.

Tras un momento su mirada se suavizó al posarse en la manga de su vestido.

—Lady Amalisa me lo ha regalado —anunció tan quedamente que él se preguntó si no estaría hablando para sí. Acarició la seda con los dedos, haciendo resaltar las flores bordadas, sonriendo, sumida en sus pensamientos.

—Te queda precioso, Nynaeve. Estás muy guapa esta noche.

Pestañeó no bien hubo alabado su aspecto. Todas las Zahoríes eran muy susceptibles respecto a su autoridad, pero Nynaeve lo era aún más. El Círculo de Mujeres siempre la había considerado con cierto desprecio debido a su juventud, y tal vez a su belleza, y sus peleas con el alcalde y el Consejo del Pueblo habían sido la comidilla del lugar.

Nynaeve apartó la mano de los bordados y lo miró con furia, inclinando las cejas. Él se apresuró a hablar, para tomarle la delantera.

—No pueden mantener las puertas cerradas indefinidamente. Cuando las abran, me iré, y las Aes Sedai no me encontrarán nunca. Perrin dice que hay sitios en las Colinas Negras y los pastos de Caralain donde uno puede caminar durante días sin ver un alma. Tal vez… tal vez pueda encontrar la manera de controlar… —Se encogió de hombros con embarazo. No era preciso decirlo, no a ella—. Y, si no puedo, no habrá nadie a quien cause daño.

Nynaeve permaneció en silencio unos instantes, antes de responder lentamente.

—No estoy segura, Rand. Para mí no eres distinto de cualquier chico de pueblo, pero Moraine insiste en afirmar que eres *ta'veren* y no creo que piense que la Rueda ha terminado ya de determinar su influencia en ti. Por lo visto, el Oscuro…

—Shai'tan está muerto —replicó con voz ronca. De pronto la habitación pareció tambalearse. Se agarró la cabeza cuando su cuerpo se vio sacudido por una oleada de vértigo.

—¡Insensato! ¡Eres un idiota rematado! ¡Nombrar al Oscuro, atraer su atención sobre ti! ¿No tienes ya suficientes problemas?

—Está muerto —murmuró Rand, frotándose la cabeza. Tragó saliva. El vértigo estaba disipándose—. De acuerdo, de acuerdo. Ba'alzemon, si lo prefieres. Pero está muerto; vi cómo moría, consumido por las llamas.

—¿Y no estaba mirándote yo cuando el ojo del Oscuro ha caído sobre ti ahora mismo? No me digas que no has notado nada o te arrancaré las orejas; he visto la cara que has puesto.

—Está muerto —insistió Rand. El observador invisible se cruzó en su mente, y el viento que lo había empujado en lo alto de la torre. Se estremeció—. Suceden cosas extrañas a tan corta distancia de la Llaga…

—Eres un insensato, Rand al'Thor. —Blandió un puño hacia él—. Te aplastaría las orejas si supiera que ello iba a aportarte un poco de juicio…

Sus restantes palabras fueron engullidas por el estrepitoso tañido de campanas que resonó en la fortaleza.

Rand se levantó de un salto.

—¡Es una alarma! Me están buscando… —«Nombra al Oscuro y su malignidad caerá sobre ti.»

Nynaeve se incorporó con mayor lentitud, sacudiendo inquietamente la cabeza.

—No, no lo creo. Si estuvieran buscándote a ti, no harían sonar las campanas para ponerte sobre aviso. No, si es una alarma, no guarda relación contigo.

—¿De qué se trata entonces? —Se precipitó hacia la aspillera más próxima y se asomó a ella.

Las luces recorrían la fortaleza envuelta por la noche con igual profusión y celeridad que las moscas a pleno día. Algunas antorchas se dirigían a las murallas y torres, pero la mayoría de las que alcanzaba a ver se concentraban en el jardín de abajo y en el patio que apenas lograba vislumbrar. Lo que había causado la alerta se encontraba en el interior de la ciudadela. Las campanas recobraron el mutismo, dejando oír los gritos de los hombres, pero no comprendía su contenido.

«Si no me buscan a mí…»

—Egwene —dijo de improviso.

«Si él todavía está vivo, si existe el maligno, se supone que ha de atacarme a mí.»

Nynaeve se volvió desde la aspillera a la que se había encaminado para mirar.

—¿Cómo?

—Egwene. —Atravesó la habitación con rápidas zancadas y sacó la espada y la funda del hatillo. «Luz, se supone que ha de dañarme a mí y no a ella»—. Está en las mazmorras con Fain. ¿Qué pasaría si se hallara libre por algún motivo?

Nynaeve lo detuvo junto a la puerta, agarrándolo del brazo. No le llegaba ni al hombro, pero lo contenía férreamente.

—No te comportes como una cabra loca otra vez, Rand al'Thor ¡Aunque esto no tenga que ver contigo, las mujeres sí están buscando algo! Luz, chico, éstos son los aposentos de las mujeres. Habrá Aes Sedai en los corredores, sin duda. Egwene estará bien. Iba a ir con Mat y Perrin. Aun cuando topara con imprevistos, ellos cuidarían de ella.

—¿Y si no los ha encontrado, Nynaeve? Egwene no se habría arredrado por ello. Habría ido sola, igual que lo hubieras hecho tú, y lo sabes muy bien. ¡Luz, le he dicho que Fain era peligroso! ¡Diantre, se lo he dicho! —Se zafó de su mano y se abalanzó afuera. «¡Que la Luz me consuma, se supone que ha de herirme a mí!»

Una mujer exhaló un grito al verlo, con una tosca camisa y un jubón de obrero y una espada en la mano. Aun invitados, los hombres no entraban armados en las habitaciones de las mujeres a menos que la fortaleza estuviera sometida a ataque. El corredor estaba repleto de mujeres, doncellas vestidas de negro y dorado, damas

ataviadas con sedas y lazos, mujeres con chales bordados con largos flecos, todas hablando simultáneamente, queriendo saber qué sucedía. Niños llorosos se agarraban a las faldas por doquier. Se zambulló entre ellas, esquivándolas cuando le era posible, murmurando disculpas para quienes zarandeaba al pasar, tratando de evitar sus miradas cargadas de estupor.

Una de las mujeres cubiertas con un chal regresó a su habitación y Rand vio en el centro de su espalda una resplandeciente lágrima blanca. De súbito, reconoció caras que había visto en el patio exterior. Aes Sedai, que lo miraban alarmadas.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—¿Han atacado la fortaleza? ¡Respóndeme!

—No es un soldado. ¿Quién es? ¿Qué está ocurriendo?

—¡Es el joven lord sureño!

—¡Que alguien lo detenga!

El temor le hizo esbozar una mueca, pero continuó avanzando, tratando de aligerar el paso.

Entonces una mujer salió al pasillo, frente a él, y él se paró contra su voluntad. Recordaba aquel rostro más que ninguno; estaba convencido de que no lo olvidaría durante el resto de sus días: la Sede Amyrlin. Ésta abrió desmesuradamente los ojos al verlo y luego retrocedió. Otra Aes Sedai, la mujer de elevada estatura que había visto con el bastón, se interpuso entre él y la Amyrlin, gritándole algo que no logró comprender en medio del creciente alboroto.

«Lo sabe. Válgame la Luz, lo sabe. Moraine se lo ha dicho.» Siguió corriendo. «Luz, permíteme únicamente comprobar que Egwene está a salvo antes de que me…» Oyó gritos tras él, pero no les prestó oídos.

Al salir del ala que ocupaban las mujeres el barullo continuaba rodeándolo. Los hombres corrían por los patios con las espadas desenfundadas, sin prestarle atención. Por encima del repicar de las campanas, ahora acertaba a distinguir otros ruidos: gritos, alaridos, el entrechocar del metal… Apenas le dio tiempo a reconocer el sonido de la batalla —¿un combate?, ¿en el interior de Fal Dara?— antes de que tres trollocs se precipitaran hacia él y lo arrinconaran.

Unos hocicos poblados de pelo desfiguraban unos rostros humanos y uno de ellos tenía cuernos de macho cabrío. Todos gruñían, blandiendo espadas semejantes a guadañas mientras avanzaban velozmente hacia él.

El pasadizo que un momento antes estaba abarrotado de hombres se hallaba solitario ahora. Sólo estaban allí él y los trollocs. Tomado por sorpresa, desenvainó con torpeza la espada y trató de defenderse con El colibrí besa la madreselva. Atónito por topar con trollocs en el corazón de la ciudadela de Fal Dara, realizó tan desmañadamente el floreo que Lan se hubiera marchado para no verlo. Un trolloc con hocico de oso lo esquivó con facilidad, haciendo perder sólo momentáneamente el

equilibrio a los otros dos.

De pronto una docena de shienarianos, con elegantes atuendos de fiesta, pero con las espadas prestas, se precipitaron sobre los trollocs. El trolloc de hocico de oso lanzó un gruñido y cayó muerto, mientras sus compañeros se daban a la fuga, perseguidos por hombres que gritaban esgrimiendo armas de acero. El aire estaba henchido de gritos por doquier.

«Egwene!»

Rand se adentró en las profundidades de la fortaleza, corriendo por pasadizos despojados de vida, aun cuando de trecho en trecho yaciera un trolloc muerto en el suelo. O un hombre asesinado.

Luego llegó a una encrucijada de corredores y a su izquierda halló el resultado de una escaramuza. Seis guerreros con coleta se desangraban, yertos, en el suelo y un séptimo se enfrentaba al Myrddraal. Éste aplicó un giro suplementario a la espada al arrancar la hoja del vientre del hombre y éste, con un alarido, soltó la espada y se desplomó. El Fado se movía con una gracia viperina y su imagen de serpiente se veía realzada por la armadura de negras escamas imbricadas que le cubría el pecho. Al volverse, su pálido rostro carente de ojos examinó a Rand. Comenzó a caminar hacia él, sonriendo con labios exangües, sin apresurarse. No le era preciso darse prisa para enfrentarse con un solo hombre.

Rand sintió los pies clavados en el suelo y la lengua pegada al paladar. «La mirada del Ser de Cuencas Vacías es el terror», decían en las Tierras Fronterizas. Le temblaban las manos al levantar la espada. Ni siquiera se acordó de invocar el vacío. «Luz, acaba de dar muerte a siete soldados armados a la vez. Luz, qué voy a hacer. ¡Luz!»

De improviso el Myrddraal se detuvo, con la sonrisa desvanecida como por ensalmo.

—Éste es mío, Rand. —Rand dio un respingo cuando Ingtar se acercó a él, sombrío y fornido aun en su atuendo festivo, empuñando la espada con ambas manos. Los oscuros ojos de Ingtar no se apartaron ni un instante del rostro del Fado; si el shienariano sentía miedo ante la mirada del Myrddraal, no dio muestras de ello—. Practica con un trolloc o dos —le aconsejó quedamente— antes de habértelas con uno de estos seres.

—Bajaba para ver si Egwene está bien. Iba a ir a las mazmorras a visitar a Fain y…

—Entonces ve a verla.

—Pelearemos juntos, Ingtar —propuso, tragando saliva, Rand.

—No estás preparado para esto. Ve a ver a la chica. ¡Vete! ¿Quieres que los trollocs la encuentren sola?

Rand permaneció indeciso un momento. El Fado había alzado la espada,

dispuesto a atacar a Ingtar. Un silencioso gruñido dobló la boca de Ingtar, pero Rand sabía que no era producto del temor. Y Egwene quizá se hallaba sola en la mazmorra con Fain, o con algo peor. Sin embargo, se sentía avergonzado mientras descendía las escaleras que conducían al subterráneo. Sabía que la mirada de un Fado era capaz de atemorizar a cualquier hombre, pero Ingtar se había sobrepuesto al miedo. Él todavía sentía un nudo en el estómago.

Los pasadizos subterráneos estaban silenciosos y débilmente iluminados por parpadeantes lámparas, espaciosamente dispuestas en los muros. Aminoró el paso al aproximarse a las mazmorras, deslizándose con tanto sigilo como le era posible. Aun así, el roce de sus botas en la piedra desnuda parecía resonar en sus oídos. La puerta de la cárcel permanecía abierta un palmo. Contemplándola, trató en vano de tragar saliva. Abrió la boca para gritar y volvió a cerrarla de inmediato. Si Egwene estaba allí, en peligro, sólo conseguiría poner sobre aviso a sus agresores. Inspirando profundamente, cobró arrestos.

Abrió la puerta de par en par con la funda que llevaba en la mano izquierda y se precipitó en la mazmorra; trastabilló con la paja que cubría el suelo y, recobrando el equilibrio, giró sobre sí, demasiado deprisa para obtener una imagen precisa de la habitación, alerta ante un posible ataque, buscando con desesperación a Egwene. No había nadie allí.

Cuando sus ojos se posaron en la mesa, se detuvo en seco, con la respiración e incluso el pensamiento paralizados. A ambos lados del candil, todavía encendido, se encontraban las cabezas de los guardias, apoyadas sobre sendos charcos de sangre. Sus ojos lo miraban fijamente, desorbitados de terror, y sus bocas estaban desencajadas para exhalar un último grito que nadie podía oír. Rand sintió náuseas y se dobló sobre sí para vomitar sobre la paja. Al fin logró incorporarse, con la garganta atenazada.

Paulatinamente fue cobrando conciencia del resto de la habitación, apenas entrevista durante su apresurada inspección para detectar posibles atacantes. En el suelo estaban esparcidos sanguinolentos pedazos de carne. No había nada que pudiera reconocer como humano salvo las cabezas. Algunos de los trozos parecían masticados. «De modo que eso es en lo que han ido a parar las otras partes de sus cuerpos.» Le sorprendió la calma de sus reflexiones, similares a las ocasiones en que había conseguido protegerse con el vacío, y comprendió que era por la conmoción.

No reconoció ninguna de las cabezas; la guardia había sido relevada desde que él había estado allí antes. Le alegró que ello fuera así, pues el hecho de saber quiénes eran, aunque se tratara de Changu, lo habría horrorizado aún más. Las paredes también estaban bañadas de sangre, pero ésta componía letras, palabras sueltas y frases enteras trazadas en todas direcciones. Algunas eran duras y angulares, en una lengua que le era desconocida, pero identificó en ellas la escritura de los trollocs.

Otras le resultaron inteligibles, a pesar suyo: blasfemias y obscenidades capaces de hacer palidecer la tez de un mozo de cuadra o de un guarda de mercader.

—Egwene. —La calma se desvaneció. Tras prender la vaina en su cinturón, agarró la lámpara de la mesa, sin advertir casi cómo se desmoronaron las dos cabezas —. ¡Egwene! ¿Dónde estás?

Se encaminó a la puerta interior, dio dos pasos y se detuvo, observando. Las palabras escritas en la madera, oscuras y resplandecientes a la luz del candil, eran suficientemente explícitas:

«VOLVEREMOS A ENCONTRARNOS EN LA PUNTA DE TOMAN.
LA LUCHA NUNCA CONCLUYE, AL'THOR.»

Su espada cayó de una mano súbitamente entumecida. Sin apartar los ojos de la puerta, se agachó para recogerla, pero, en su lugar, tomó un puñado de paja y comenzó a frotar con furia las palabras escritas en la madera. Jadeante, las restregó hasta que no fueron más que una sangrienta mancha, pero no podía parar.

—¿Qué estás haciendo?

Al oír la dura voz, se volvió, encorvándose para recuperar la espada.

En el umbral exterior había una mujer de pie, con la espalda erguida. Sus cabellos eran como el oro pálido y estaban recogidos en una docena de trenzas, pero sus ojos eran oscuros y despedían un halo que contrastaba con su rostro. No parecía mucho mayor que él y no carecía de belleza, pero no le agradaba la tensa línea de sus labios. Entonces vio el chal que la envolvía, con sus largos flecos rojos.

«Aes Sedai. Y, que la Luz me asista, del Ajah Rojo.»

—Estaba… Sólo estaba… Es asqueroso. Vil.

—Todo debe conservarse exactamente como está para que podamos examinarlo. No toques nada. —Dio un paso adelante, observándolo, y luego retrocedió uno—. Sí. Sí, tal como suponía. Uno de los acompañantes de Moraine. ¿Qué tienes tú que ver con esto? —Su gesto abarcó las cabezas de la mesa y los sanguinolentos garabatos de las paredes.

Por espacio de un minuto la miró boquiabierto.

—¿Yo? ¡Nada! He bajado para buscar… ¡Egwene!

Se volvió para abrir la puerta interior y la Aes Sedai le gritó:

—¡No! ¡Debes responder a mis preguntas!

De improviso, únicamente fue capaz de permanecer donde se hallaba y continuar asiendo la lámpara y la espada. Un gélido frío lo atenazaba por todos lados. Notaba como si tuviera la cabeza aprisionada en un tomo, y apenas podía respirar a causa de la presión que sentía en el pecho.

—Contéstame, muchacho. Dime tu nombre.

Exhaló un gruñido involuntario, tratando de compensar el frío que parecía hundirle la cara en el cráneo, constriñéndole el pecho como unas tenazas de hielo.

Apretó las mandíbulas para continuar emitiendo el sonido. Giró los ojos doloridos para mirarla entre lágrimas. «¡La Luz te consuma, Aes Sedai! ¡No voy a decir una palabra, así te lleve la Sombra!»

—¡Contéstame, muchacho! ¡Ahora mismo!

Unos gélidos alfileres le horadaron el cerebro, le pincharon los huesos. El vacío se formó en su interior antes de que él hubiera siquiera pensado en él, pero éste no podía protegerlo del dolor. Captó vagamente una luz y una calidez en la lejanía. Vacilaba sin cesar, pero desprendía calor y él tenía frío. Se hallaba a una distancia imprecisa, pero al alcance de su mano. «Luz, tanto frío. Tengo que llegar… ¿Cómo? Está matándome. Tengo que alcanzarla o me va a dar muerte.» Desesperado trató de establecer contacto con ella.

—¿Qué ocurre aquí?

Bruscamente, el frío, la presión y las punzadas desaparecieron. Le temblaban las rodillas, pero las obligó a permanecer rectas. No estaba dispuesto a caer ante sus rodillas; no iba a darle esa satisfacción. El vacío también se había esfumado, tan de improviso como había venido. «Estaba intentado matarme». Alzó la cabeza, sin resuello. Moraine estaba de pie en la puerta.

—He preguntado qué ocurría aquí, Liandrin —insistió.

—He encontrado a este muchacho aquí —repuso con calma la Aes Sedai Roja—. Los guardias han sido asesinados, y aquí está él, uno de los tuyos. ¿Y qué haces tú aquí, Moraine? La batalla se encuentra arriba, no aquí.

—Podría hacerte la misma pregunta a ti, Liandrin. —Moraine miró en torno a sí, frunciendo levemente los labios ante el espectáculo de aquella carnicería. ¿Por qué estás tú aquí?

Rand les dio la espalda y descorrió con torpeza los cerrojos de la puerta.

—Egwene bajó aquí —anunció a quien le interesara saberlo y entró, con el candil en alto. Sus rodillas seguían queriendo ceder e ignoraba cómo se mantenía en pie; sólo tenía conciencia de que tenía que hallar a Egwene—. ¡Egwene!

A su derecha sonó un alarido sofocado y un chasquido. Cuando encaró la lámpara, el prisionero vestido con una elegante chaqueta estaba oscilando junto a los barrotes de su celda, en uno de los cuales estaba anudado su cinturón, cuyo cabo le rodeaba la cabeza. Mientras lo miraba Rand, dio una última sacudida, rozando el suelo cubierto de paja, y luego quedó rígido, con la lengua colgando y los ojos desencajados en un rostro ennegrecido. Las rodillas casi le tocaban el suelo; habría podido incorporarse en cualquier momento de haberlo deseado.

Estremecido, Rand dirigió la vista a la otra celda. El fornido hombre con los nudillos heridos estaba agazapado en un rincón, con los ojos desorbitados. Al advertir a Rand, emitió un grito y se volvió, arañando frenéticamente la pared de piedra.

—No voy a hacerte daño —trató de apaciguarlo Rand.

El hombre continuó gritando y escarbando con manos ensangrentadas, donde se habían abierto oscuras heridas. Aquél no era el primer intento que realizaba para excavar la piedra con la única ayuda de sus manos.

Rand se volvió, contento de haber vaciado ya su estómago. Pero no podía hacer nada por ninguno de ellos.

—¡Egwene!

La luz de su lámpara enfocó al fin el fondo de las mazmorras. La puerta de la celda de Fain estaba abierta y no había nadie adentro, pero fueron los dos bultos tendidos en la piedra de delante los que hicieron que Rand diera un salto y se arrodillara entre ellos.

Egwene y Mat yacían inconscientes… o muertos. Sintió una oleada de alivio al ver que sus pechos subían y rebajaban.

—¡Egwene! ¡Mat! —Dejó la espada y movió suavemente a Egwene—. ¡Egwene! —La muchacha no abría los ojos—. ¡Moraine! ¡Egwene está herida! ¡Y Mat! —La respiración de Mat parecía trabajosa y su rostro estaba mortalmente pálido. Rand casi prorrumpió en llanto. «Se suponía que debía herirme a mí. Yo he nombrado al Oscuro. ¡Yo!»

—No los muevas. —La voz de Moraine no expresaba enojo, ni siquiera sorpresa.

Al entrar las dos Aes Sedai, el recinto se inundó súbitamente de luz. Cada una de ellas mantenía a flote, sobre la mano, una resplandeciente bola de luz.

Liandrin caminaba resuelta por el centro del amplio pasadizo, manteniendo en alto su falda con la mano libre para no rozar la paja, pero Moraine se detuvo para mirar a los dos prisioneros antes de seguir.

—Uno de ellos ya no tiene remedio —observó— y el otro puede esperar.

Liandrin llegó primero al lado de Rand y se inclinó hacia Egwene, pero Moraine se le adelantó como una centella y posó su mano sobre la frente de la muchacha. Liandrin se enderezó con una mueca de disgusto.

—No es grave —diagnosticó Moraine tras un momento—. La han golpeado aquí. —Trazó un área en la cabeza de Egwene, cubierta por el cabello, en la cual Rand no advertía ninguna diferencia—. Ésta es la única herida que ha recibido. Se recuperará.

Rand miró alternativamente a una y otra mujer.

—¿Y qué hay de Mat? —Liandrin enarcó una ceja y se giró para mirar a Moraine con expresión sarcástica.

—Tranquilo —indicó Moraine. Con los dedos todavía en contacto con la zona que había señalado, cerró los párpados. Egwene emitió unos murmullos y se agitó, para recobrar luego la misma inmovilidad.

—¿Está…?

—Está dormida, Rand. Se pondrá bien, pero debe dormir. —Moraine se volvió hacia Mat, pero sólo lo tocó un momento antes de retirar la mano—. Esto es más

preocupante —dijo quedamente. Tanteó el pecho de Mat, abriéndole la chaqueta y soltó una exhalación—. La daga ha desaparecido.

—¿Que daga? —inquirió Liandrin.

De pronto sonaron voces procedentes de la antecámara, exclamaciones de furia y disgusto.

—Aquí —los llamó Moraine—. Traed dos literas, deprisa. —Alguien repitió su orden en la habitación exterior.

—Fain se ha escapado —apuntó Rand.

Las dos Aes Sedai centraron la mirada en él. Rand no logró percibir nada en sus semblantes, salvo el brillo de sus ojos.

—Ya veo —repuso Moraine con voz inexpresiva.

—Le dije que no viniera. Le dije que era peligroso.

—Cuando llegué —señaló Liandrin con tono gélido—, estaba destruyendo las escrituras de la estancia de afuera.

Rand movió con inquietud los pies. Ahora los ojos de las Aes Sedai parecían idénticos, juzgándolo y calibrándolo con terrible frialdad.

—Era… era repugnante —dijo—. Sólo basura. —Continuaban mirándolo, sin hablar—. No creeréis que yo… Moraine, vos no podéis pensar que yo he tenido algo que ver con… con lo que ha sucedido allí. —«Luz, ¿he sido yo de algún modo el causante? He nombrado al Oscuro.»

Moraine no respondió y él notó un frío que no aplacó la proximidad de los hombres que se acercaban corriendo con antorchas y lámparas. Moraine y Liandrin dejaron que se extinguieran sus relucientes esferas. Las lámparas y antorchas no daban tanta luz; las sombras ocupaban las profundidades de las celdas. Unos hombres con camillas se encorvaron junto a los cuerpos que yacían en el suelo. Ingtar los conducía. Su coleta casi se estremecía de furia y él parecía ansioso por encontrar algo sobre lo que ejercitar su espada.

—De manera que el Amigo Siniestro ha huido —gruñó—. Bien, no es lo más importante que ha pasado esta noche.

—Ni siquiera aquí —acordó tajantemente Moraine, antes de dar instrucciones a los camilleros—. Llevad a la muchacha a su habitación. Debe haber una mujer para velarle el sueño, en caso de que se despierte a medianoche. Tal vez esté asustada, pero ahora lo que necesita es dormir. El chico… —Tocó a Mat mientras dos hombres elevaban la litera y apartó enseguida la mano—. Llevadlo a los aposentos de la Sede Amyrlin. Id a buscar a la Amyrlin, se encuentre donde se encuentre, y decidle que está allí. Informadle de que se llama Matrim Cauthon. Yo me reuniré con ella tan pronto me sea posible.

—¡La Amyrlin! —exclamó Liandrin—. ¿Pretendes que ella actúe como curandera de tu… chico de compañíía? Estás loca, Moraine.

—La Sede Amyrlin —replicó con calma Moraine— no comparte tus prejuicios de Ajah Rojo, Liandrin. Ella curará a un hombre sin exigir nada a cambio de él. Adelante —ordenó a los porteadores.

Liandrin miró cómo se alejaban Moraine y los hombres que transportaban a Mat y Egwene y luego se volvió para observar a Rand. Éste trató de no reparar en ella, concentrándose en enfundar la espada y cepillar la paja prendida en su camisa y pantalones. Cuando volvió a erguir la cabeza, no obstante, ella seguía examinándolo, con el rostro tan duro como el hielo. Sin decir nada, ella se giró para estudiar pensativamente a los otros hombres. Uno de ellos sostenía el cuerpo del ahorcado mientras que otro intentaba desatar la correa. Ingtar y los demás aguardaban respetuosamente. Tras lanzar una última ojeada a Rand, la Aes Sedai se marchó, con la cabeza tan enhiesta como una reina.

—Una mujer de carácter —murmuró Ingtar, que a continuación mostró sorpresa por haber expresado su apreciación—. ¿Qué ha ocurrido aquí, Rand al'Thor?

—No lo sé, salvo que Fain ha escapado por algún medio. Y que ha herido a Egwene y a Mat al hacerlo. He visto al guarda —se estremeció— pero aquí adentro… Sea lo que fuere, Ingtar, ha asustado lo bastante a ese individuo como para que se colgara a causa del terror. Creo que el otro prisionero ha perdido el juicio por lo que ha visto.

—Todos vamos a perder el juicio esta noche.

—El Fado … ¿lo habéis matado?

—¡No! —Ingtar envainó con fuerza la espada; la empuñadura sobresalía por encima de su hombro derecho. Parecía enfadado y avergonzado a un tiempo—. En estos momentos está fuera de la fortaleza, junto con el resto de los que no hemos podido matar.

—Al menos habéis salido con vida, Ingtar. ¡Ese Fado acabó con siete hombres!

—¿Con vida? ¿Acaso es eso tan importante? —De pronto Ingtar ya no evidenciaba enfado, sino cansancio y dolor—. Lo hemos tenido en nuestras manos. ¡En nuestras manos! Y lo hemos perdido, Rand. ¡Perdido! —A juzgar por su voz, no podía dar crédito a sus palabras.

—¿Qué es lo que hemos perdido? —inquirió Rand.

—¡El Cuerno! El Cuerno de Valere. Ha desaparecido, con el arcón.

—Pero estaba en la cámara acorazada…

—La cámara acorazada ha sido saqueada —explicó Ingtar, desfalleciente—. Apenas se han llevado nada, a excepción del Cuerno. Lo que han podido meterse en los bolsillos. Ojalá se lo hubieran llevado todo y hubieran dejado el Cuerno. Ronan ha muerto, al igual que los guardianes a los que había encargado la custodia de la cámara acorazada. —Su voz se apaciguó un tanto—. Cuando yo era un niño, Ronan protegió la Torre Jahaan con veinte hombres contra el ataque de mil trollocs. Al

menos, no lo abatieron fácilmente: el anciano tenía sangre en su daga. Nadie podía pedirle más. —Guardó silencio durante un momento—. Han entrado por la Puerta de los Perros y han salido por allí también. Hemos dado muerte a unos cincuenta o más, pero han huido demasiados. ¡Trollocs! Nunca hasta ahora habíamos tenido trollocs en el interior de la fortaleza. ¡Nunca!

—¿Cómo es posible que hayan traspasado la Puerta de los Perros, Ingtar? Un solo hombre puede contener a cien allí. Y todas las puertas estaban atrancadas. —Se revolvió incómodo, rememorando el motivo—. Los centinelas no la habrían abierto para dejar entrar a nadie.

—Los degollaron —repuso Ingtar—. Eran dos buenos soldados y los sacrificaron como a cerdos. Lo hicieron desde dentro. Alguien los mató y después abrió la puerta. Alguien que podía acercarse a ellos sin despertar sospechas. Alguien a quien conocían.

Rand miró la celda vacía que había ocupado Padan Fain.

—Pero eso significa…

—Sí. Hay Amigos Siniestros en Fal Dara. O había. Pronto sabremos cuál es el caso. Kajin está comprobando ahora si falta alguien. ¡Paz! ¡Traidores en Fal Dara! —Se volvió ceñudo hacia los hombres que lo esperaban, todos con espadas, prendidas sobre elegantes atuendos festivos, y algunos con yelmos—. No estamos haciendo nada útil aquí. ¡Afuera! ¡Todos! —Rand se retiró con ellos. Ingtar dio una palmada a su jubón—. ¿Qué es esto? ¿Has decidido convertirte en un mozo de caballeriza?

—Es una larga historia —respondió Rand—, demasiado larga para contarla. Tal vez en otra ocasión. —«Tal vez nunca. Quizá pueda escapar aprovechando la confusión. No, no puedo. No hasta saber que Egwene está bien. Y Mat. Luz, ¿qué le pasará sin la daga?»—. Supongo que lord Agelmar ha multiplicado la guardia en todas las puertas.

—Triplicado —repuso Ingtar con tono satisfecho—. Nadie las transpondrá, ni para entrar ni para salir. Tan pronto como se ha enterado de lo ocurrido, ha ordenado que nadie abandone la fortaleza sin su autorización personal.

«¿Tan pronto como se ha enterado…?»

—Ingtar, ¿y qué hay de antes? ¿Qué hay de la orden dada anteriormente según la cual nadie podía salir?

—¿Una orden anterior? ¿Qué orden? Rand, la fortaleza no se ha cerrado hasta que lord Agelmar ha tenido noticia de lo sucedido. Alguien ha debido de informarte mal.

Rand sacudió lentamente la cabeza. Ni Ragan ni Tema hubieran inventado algo así. E, incluso si la Sede Amyrlin hubiera dado la orden, Ingtar habría tenido conocimiento de ello. «¿Quién ha sido entonces? ¿Y cómo la ha transmitido?» Miró de soslayo a Ingtar, considerando la posibilidad de que éste mintiera. «Realmente estás volviéndote loco si sospechas de Ingtar.»

Ahora se encontraban en la estancia que ocupaban los guardias. Las cabezas sesgadas y los pedazos de sus cuerpos habían sido retirados, si bien todavía quedaban manchas rojas en la mesa y retazos húmedos en la paja que indicaban los lugares donde se habían hallado. Había dos Aes Sedai allí, mujeres de plácido semblante con chales de flecos marrones que examinaban las palabras garabateadas en las paredes sin importarles que el borde de sus faldas se arrastrara por la paja. Cada una de ellas llevaba un estuche de madera prendido al cinturón con un tintero en su interior y efectuaba anotaciones en un pequeño cuaderno con una pluma. En ningún momento desviaron la vista hacia los hombres que avanzaban en tropel.

—Mira esto, Verin —dijo una, señalando un retazo de piedra cubierto con líneas de inscripciones trolloc—. Parece interesante.

La otra se apresuró a inspeccionarlo, manchándose de rojo la falda.

—Sí, ya lo veo. Un trazo más claro que el del resto. No es de trolloc. Muy interesante. —Comenzó a escribir en su cuaderno, levantando a menudo la mirada para leer las angulosas letras del muro.

Rand salió precipitadamente. Aun cuando no hubieran sido Aes Sedai, no habría sentido deseos de permanecer en la misma estancia con alguien que encontraba «interesante» escrituras trolloc realizadas con sangre humana.

Ingtar y sus soldados caminaban con premura, ocupados en sus obligaciones. Rand vacilaba, sin saber adónde encaminarse. Sin disponer de la ayuda de Egwene, no sería fácil regresar a los aposentos de las mujeres. «Luz, haz que Egwene se recupere. Moraine ha dicho que se pondría bien.»

Lan lo encontró antes de que llegara a las primeras escaleras que conducían al piso superior.

—Puedes volver a tu habitación, si quieres, pastor. Moraine ha mandado que recogieran tus cosas de la de Egwene y las llevaran allí.

—¿Cómo ha sabido que…?

—Moraine sabe muchas cosas, pastor. Ya tendrías que comprenderlo a estas alturas. Será mejor que vigiles tu comportamiento. Las mujeres están propagando la noticia de que ibas corriendo por los pasillos, esgrimiendo una espada. Y mirando por encima del hombro a la Amyrlin, según cuentan.

—¡Luz! Siento haberlas molestado, Lan, pero tenía una invitación para entrar. Y cuando he oído la alarma… ¡demonios, Egwene estaba allá abajo!

Lan frunció los labios en actitud pensativa; aquélla era la única expresión que mostraba su rostro.

—Oh, no están molestas, exactamente. Aunque la mayoría de ellas opinan que hay que aplicarte mano fuerte para calmarte un poco. Fascinadas, diría más bien. Incluso lady Amalisa no para de hacer preguntas sobre ti. Algunas están comenzando a dar crédito a las historias que han inventado los criados. Creen que eres un príncipe

disfrazado, pastor. No está mal. Aquí en las Tierras Fronterizas existe un antiguo dicho: «Es mejor contar con el apoyo de una mujer que con el de diez hombres». Por la manera como hablan entre sí, están tratando de decidir cuál de sus hijas tiene suficiente fortaleza para ponerte en vereda. Si no vigilas tus pasos, pastor, te vas a encontrar casado con la heredera de una casa shienariana antes de darte cuenta. —De pronto, prorrumpió en carcajadas; parecía extraño, como una piedra que se hubiera echado a reír—. Corriendo por los pasadizos de los aposentos de las mujeres en plena noche, con un jubón de obrero y blandiendo una espada. Si no te mandan azotar, al menos hablarán de ti durante años. Nunca han visto un varón tan peculiar como tú. Sea cual sea la esposa que te elijan, probablemente te permitirían ser la cabeza de tu propia casa a lo largo de diez años y dejarla que pensaras que lo habías logrado por ti mismo. Es una lástima que tengas que irte.

Rand había estado escuchando boquiabierto al Guardián, pero, ante la intención de la partida, lanzó un gruñido de protesta.

—Ya he estado intentándolo. Las puertas están custodiadas y nadie puede salir. Probé a hacerlo cuando aún era de día. Ni siquiera he podido sacar a Rojo del establo.

—Ahora ya no importa. Moraine me ha enviado para comunicártelo. Puedes partir en cualquier momento que lo desees. Incluso ahora mismo. Moraine y Agelmar te han eximido de la orden general.

—¿Por qué ahora y no antes? ¿Por qué no podía marcharme antes? ¿Ha sido ella quien ha mandado cerrar las puertas? Ingtar ha dicho que no sabía que hubiera orden de impedir la salida de nadie antes de caer la noche.

Rand creyó advertir cierta turbación en el semblante del Guardián, pero éste se limitó a contestar:

—Cuando alguien te dé un caballo, no te quejes de que éste no es tan veloz como quisieras.

—¿Y qué hay de Egwene? ¿Y Mat? ¿Están realmente bien? No puedo irme sin saber que lo están.

—La chica está bien. Se despertará por la mañana y seguramente no recordará lo ocurrido. Los golpes en la cabeza suelen tener ese efecto.

—¿Y Mat?

—La decisión te corresponde a ti. Puedes irte ahora o mañana, o la semana que viene. Tú debes elegir. —Se alejó, dejando a Rand de pie en el corredor subterráneo de la fortaleza de Fal Dara.

7



La sangre llama a la sangre

Cuando la litera que transportaba a Mat abandonó las habitaciones de la Sede Amyrlin, Moraine volvió a envolver con cuidado el *angreal*, una escultura de una mujer con vaporosas ropas de marfil ennegrecido por el tiempo, con un paño de seda y volvió a introducirlo en su bolsa. Trabajar junto con otras Aes Sedai, combinando sus habilidades, encauzando el flujo del Poder único en una única tarea, era algo fatigante en las mejores condiciones, aun con la ayuda de un *angreal*, y al hacerlo de noche, sin haber dormido, se incrementaba el esfuerzo. Además, el remedio aplicado al muchacho no había sido sencillo.

Leane condujo afuera a los camilleros con gestos vivos y algunas palabras bruscas. Los dos hombres estaban cabizbajos, nerviosos por la presencia simultánea de tantas Aes Sedai, una de las cuales era la Sede Amyrlin en persona, sin contar que habían estado utilizando el Poder. Habían permanecido aguardando en el corredor, agazapados junto a la pared mientras ellas trabajaban, y estaban ansiosos por salir de los aposentos de las mujeres. Mat yacía con los ojos cerrados y la tez pálida, pero su pecho se movía con el ritmo de la respiración de un sueño profundo.

«¿Cómo afectará esto a las circunstancias? —se preguntó Moraine—. Ya no es necesario, habiendo desaparecido el Cuerno, y sin embargo…»

La puerta se cerró tras Leane y los camilleros, y la Amyrlin exhaló un aliento entrecortado.

—Un desagradable asunto, éste. Desagradable. —Tenía el semblante plácido, pero se restregaba las manos como si quisiera lavárselas.

—Pero bastante interesante —observó Verin. Ella había sido la cuarta Aes Sedai que la Amyrlin había elegido para la tarea—. Es una pena que no tengamos la daga para completar la curación. A pesar de todo lo que hemos hecho esta noche, no vivirá mucho tiempo. Meses, tal vez, como mucho. —Las tres Aes Sedai se encontraban solas en las habitaciones de la Amyrlin. Más allá de las aspilleras, el alba perlaba el ciclo.

—Pero ahora dispondrá de esos meses —replicó secamente Moraine—. Y, si

puede recuperarse, aún hay posibilidades de deshacer el vínculo. «Si puede recuperarse. Sí, claro está.»

—Aún puede deshacerse —convino Verin. Era una mujer regordeta, de rostro cuadrado, e, incluso con el don de la edad indefinida de que disfrutaban las Aes Sedai, tenía hebras grises en su pelo castaño. Aquél era el único indicio de su edad, pero, tratándose de una Aes Sedal, ello representaba que era muy vieja. Su voz se mantenía firme, sin embargo, acorde con sus lisas mejillas—. Pero ha estado vinculado a esa daga durante mucho tiempo, según puede calcularse en un caso así. Y permanecerá ligado a ella aún más, tanto si la encuentra como si no. Quizá por entonces ya haya llegado a una fase irrecuperable del todo, aun cuando no contamine a los demás. Una cosa tan pequeña, esa daga —musitó—, pero corromperá a quienquiera que la lleve el tiempo suficiente. Y el que la lleva echará a perder a los que tengan contacto con él, los cuales envenenarán a su vez a otros, y el odio y las sospechas que destruyeron Shadar Logoth, las manos de todos los hombres y mujeres esgrimidas contra su prójimo, volverán a recorrer libremente el mundo. Me pregunto a cuántas personas puede infectar, por ejemplo, en un año. Sería posible hacer una estimación con un razonable margen de error.

Moraine asestó una dura mirada a la hermana Marrón. «Debemos afrontar un nuevo peligro y ella habla como lo haría de un rompecabezas encontrado en un libro. Luz, las Marrones no son en absoluto conscientes de lo que ocurre en el mundo.»

—En ese caso debemos hallar la daga, hermana. Agelmar va a enviar soldados para perseguir a quienes se han llevado el Cuerno y asesinado a sus vasallos, los mismos que han robado la daga. Si encuentran el cuerno, también encontrarán la daga.

Verin asintió, pero arrugó el entrecejo a un tiempo.

—No obstante, si la recobran, ¿quién podrá devolverla sin mancillarse? Quienquiera que la toque corre el riesgo de contaminarse si la traslada durante cierto tiempo. Tal vez en un baúl, bien envuelta y acolchada, pero, con todo, sería una amenaza para quienes se hallen cerca durante algún tiempo. Sin disponer del arma para estudiarla, no podemos tener la certeza de cómo se han de escudar contra ella. Pero tú la viste más de una vez, Moraine. Tú la trataste lo bastante como para que ese joven sobreviviera llevándola y no infectara a los otros. Debes de conocer su capacidad de influencia.

—Hay alguien —anunció Moraine— que puede recuperar la daga sin que le resulte dañino. Alguien a quien hemos acorazado contra su infección hasta el grado máximo de que puede ser receptor alguien: Mat Cauthon.

—Sí, por supuesto —acordó la Amyrlin—. Puede hacerlo. Si vive bastante tiempo. Sólo la Luz sabe hasta dónde la transportarán antes de que la encuentren los hombres de Agelmar. Suponiendo que la encuentren. Y si el chico muere antes…

Bien, si la daga permanece fuera de control durante ese tiempo, tendremos otra fuente de preocupación. —Se frotó los ojos con cansancio—. Creo que también hemos de localizar a ese Padan Fain. ¿Por qué es tan importante ese Amigo Siniestro como para que se arriesguen de ese modo con el fin de rescatarlo? Hubiera sido mucho más sencillo robar el Cuerno simplemente. Tan peligroso como una tempestad invernal, penetrar en la fortaleza de esa manera, pero corrieron ese riesgo para liberar a ese Amigo Siniestro. Si los Acechantes lo consideran tan importante… —Se detuvo y Moraine adivinó que estaba preguntándose si únicamente eran los Myrddraal los que impartían las órdenes—. … Entonces debe serlo.

—Debemos encontrarlo —corroboró Moraine, con la esperanza de encubrir la ansiedad que sentía—, pero lo más probable es que se halle donde está el Cuerno.

—Como tú digas, hija. —La Amyrlin se llevó la mano a la boca para contener un bostezo—. Y ahora, Verin, si nos dispensas, voy a mantener una pequeña conversación con Moraine y luego dormiré un poco. Supongo que Agelmar insistirá en festejar esta noche lo que quedó malogrado la anterior. Tu ayuda ha sido incalculable, hija. Por favor, recuerda que no debes comunicar a nadie la naturaleza de la dolencia del muchacho. Algunas de nuestras hermanas verían la Sombra en él en lugar de un objeto que han creado los hombres.

No era preciso mencionar al Ajah Rojo. Y tal vez, reflexionó Moraine, las Rojas ya no eran las únicas con quienes había que obrar con cautela.

—No diré nada, desde luego, madre. —Verin realizó una reverencia, pero no hizo ademán de dirigirse a la puerta—. He pensado que quizá querríais ver esto, madre. —Extrajo un pequeño cuaderno, forrado con suave piel marrón, de su cinturón—. Es lo que había escrito en las paredes de la mazmorra. Hemos tenido algunos problemas para traducirlo. En su mayor parte era lo habitual: blasfemias y fanfarronadas; al parecer, los trollocs conocen poca cosa más. Pero había una parte trazada con pulso más firme. Un Amigo Siniestro instruido o tal vez un Myrddraal. Podría tratarse tan sólo de una provocación, pero tiene la forma de una poesía o canción y el sonido propio de las profecías. Disponemos de escasos conocimientos sobre las profecías de la Sombra, madre.

La Amyrlin titubeó un poco antes de asentir. Las profecías de la Sombra, augurios siniestros, solían, por desgracia, cumplirse, al igual que las de la Luz.

—Léemelo.

Verin hojeó las páginas y luego se aclaró la garganta y comenzó a recitar con voz calmada y monótona:

Hija de la Noche, vuelve a caminar.
La antigua batalla continúa librando.
A su nuevo amante busca,
a aquel que la servirá y morirá

y aun así le servirá.
¿Quién se opondrá a su retorno?
Las Murallas Resplandecientes se postrarán.
La sangre alimenta a la sangre.
La sangre llama a la sangre.
La sangre es, fue y será
por los siglos de los siglos.

El hombre que encauza se halla solo.
Entrega a sus amigos al sacrificio.
Dos caminos se abren ante él.
Uno va a la muerte sin agonía,
otro a la vida eterna.

¿Cuál elegirá? ¿Cuál elegirá?
¿Qué mano da cobijo? ¿Qué mano da muerte?
La sangre alimenta a la sangre.
La sangre llama a la sangre.
La sangre es, fue y será
por los siglos de los siglos.

Luc fue a las Montañas Funestas.
Isam aguardó en los altos puertos.
La cacería ya se ha iniciado.
Los sabuesos de la Sombra
ahora corren, y matan.
Uno vivió y otro falleció, pero ambos existen.
La Hora del Cambio ha llegado.
La sangre alimenta a la sangre.
La sangre llama a la sangre.
La sangre es, fue y será
por los siglos de los siglos.

Los Vigilantes esperan en la Puerta de Toman.
La simiente del Martillo quema el antiguo árbol.
La muerte sembrará y el verano arderá,
antes del advenimiento del Gran Señor.
La muerte segará y los cuerpos se abatirán,
antes del advenimiento del Gran Señor.

De nuevo la simiente mata lavando
antiguos agravios,
antes del advenimiento del Gran Señor.
Ahora llega el Gran Señor.
Ahora llega el Gran Señor.
La sangre alimenta a la sangre.
La sangre llama a la sangre.
La sangre es, fue y será
por los siglos de los siglos.
Ahora llega el Gran Señor.

Se abrió un largo silencio cuando hubo concluido la lectura.

—¿Quién más ha visto esto, hija? —inquirió al fin la Amyrlin—. ¿Quién conoce su existencia?

—Solamente Serafelle, madre. He hecho que lo borraran los criados después de haberlo copiado. Ellos no han preguntado nada, estaban ansiosos por hacer desaparecer las huellas.

—Bien. Hay demasiadas personas en las Tierras Fronterizas capaces de interpretar la escritura trolloc. No es necesario aportarles otro motivo de preocupación. Ya tienen suficientes.

—¿Qué crees tú? —preguntó Moraine a Verin con tono cauteloso—. ¿Crees que son profecías?

Verin ladeó la cabeza, lanzando una mirada a sus notas con ademán reflexivo.

—Posiblemente. Tiene la misma estructura que algunas de las profecías siniestras que conocemos. Y algunas de sus partes son bastante explícitas. No obstante, podría ser sólo una provocación. —Apoyó un dedo en una de las líneas—. «Hija de la Noche, vuelve a caminar.» Eso únicamente puede significar que Lanfear está libre de nuevo. O que alguien quiere hacernos pensar que lo está.

—Eso sería inquietante, hija —señaló la Amyrlin—, de ser cierto. Pero los Renegados aún están prisioneros. —Lanzó una ojeada a Moraine, delatando un desasosiego en sus facciones que instantáneamente logró controlar—. Aun cuando los sellos estén debilitándose, los Renegados siguen confinados.

Lanfear: en la Antigua Lengua, Hija de la Noche. Su verdadero nombre no estaba registrado en ningún sitio, pero aquél era el apelativo que ella había escogido para sí, a diferencia de la mayoría de los Renegados, que habían adoptado el nombre que les habían conferido aquellos que habían padecido su traición. A decir de algunos, ella había sido la más poderosa entre los Renegados, junto a Ishamael, el Traidor de la Esperanza, pero había mantenido ocultas sus capacidades. Quedaban escasos documentos sobre aquel tiempo para que los estudiosos pudieran afirmarlo.

—Con tantos falsos Dragones que aparecen, no me sorprende que alguien trate de

involucrar a Lanfear en ello.

La voz de Moraine permanecía tan impasible como su cara, pero su interior un hervidero de emociones. Sólo se conocía un detalle respecto a Lanfear aparte de su nombre: antes de desertar a las filas de la Sombra, antes de que Lews Therin Telamon conociera a Ilyena, Lanfear había sido su amante. «Sólo nos faltaba esta complicación.»

La Sede Amyrlin frunció el entrecejo como si la hubieran invadido idénticos pensamientos, pero Verin asintió como si todo se redujera a palabras.

—Otros nombres también son identificables, madre. Lord Luc, por supuesto, era el hermano de Tigraine, por aquel entonces heredera del trono de Andor, y desapareció en la Llaga. Sin embargo, no sé quién es Isam ni qué relación guarda con Luc.

—Averiguaremos lo que precisemos conocer a su debido tiempo —dijo Moraine con tono tranquilizador—. No hay pruebas todavía de que sean profecías. —Ella reconocía el nombre: Isam había sido el hijo de Breyan, esposa de Lain Mandragoran, cuyo intento de arrebatar el trono de Malkier para su marido había atraído la arremetida de las hordas trolloc. E Isam había tenido lazos familiares de sangre con Lan. «¿O tiene lazos de sangre? Debo ocultárselo, hasta que sepa cómo va a reaccionar. Hasta que nos hallemos lejos de la Llaga. Si creyera que Isam está vivo …»

—«Los Vigilantes esperan en la Punta de Toman» —prosiguió Verin—. Existen algunas personas que todavía se aferran a la vieja creencia de que los ejércitos que Artur Hawkwing envió al otro lado del Océano Aricio regresarán un día, aunque después de tanto tiempo… —Bufó con desdén—. Los *Do Miere A'vron*, los Vigilantes sobre las Olas, todavía mantienen una… comunidad, es la palabra más adecuada, supongo, en la Punta de Toman, en Falme. Y uno de los nombres con que se conoció a Artur Hawkwing fue el de Martillo de la Luz.

—¿Estás insinuando, hija —dijo la Sede Amyrlin—, que los ejércitos de Artur Hawkwing, o más bien sus descendientes, podrían realmente regresar después de mil años?

—Circulan rumores de que hay guerra en el llano de Almoth y en la Punta de Toman —apuntó lentamente Moraine—. Y Artur Hawkwing envió a dos de sus hijos con sus huestes. Si sobrevivieron en las tierras que encontraron, es posible que haya muchos descendientes de Hawkwing. O ninguno.

La Amyrlin dirigió una mirada disimulada a Moraine, con evidentes deseos de hallarse a solas con ella para saber qué tramaba. Moraine le respondió con un gesto tranquilizador y su vieja amiga esbozó una mueca.

Verin, con la nariz todavía pegada en sus anotaciones, no advirtió aquella silenciosa comunicación.

—No lo sé, madre. Lo dudo, no obstante. No conocemos absolutamente nada de las tierras que se propuso conquistar Artur Hawkwing. Es una lástima que los Marinos se nieguen a atravesar el Océano Aricio. Dicen que las islas de la Muerte se encuentran en la otra orilla. Me gustaría saber qué quieren decir con eso, pero esos condenados y lacónicos Marinos… —Suspiró, sin levantar la cabeza aún—. No disponemos más que de una referencia a «las tierras bajo la Sombra, más allá del sol poniente, más allá del Océano Aricio, donde reinan los Ejércitos de la Noche». Nada que nos indique si las huestes enviadas por Artur Hawkwing bastaron para derrotar esos Ejércitos de la Noche o ni tan sólo si continuaron vivos tras la muerte de Hawkwing. Después del inicio de la Guerra de los Cien Años, todo el mundo se hallaba demasiado ocupado tratando de quedarse con un retazo del imperio de Artur Hawkwing para pensar en los ejércitos que cruzaron el mar. A mí me parece, madre, que, si sus descendientes estuvieran vivos y con intención de volver, no habrían esperado tantos años.

—¿Entonces crees que no son profecías, hija?

—Ahora bien, «el antiguo árbol» —leyó Verin, inmersa en sus propios pensamientos—. Siempre han existido rumores, que no han pasado de eso, de que mientras la nación de Almoth permaneciera como tal, tendrían una rama de *Avendesora*, tal vez incluso un ejemplar vivo. Y el estandarte de Almoth era «azul por el firmamento, negro por la tierra que se extendía bajo él, con el frondoso Árbol de la Vida para unirlos». Claro está que los taraboneses se autodenominaban el Árbol del Hombre y pretenden descender de dirigentes y nobles de la Era de Leyenda. Y los domani afirman pertenecer a la estirpe de quienes crearon el Árbol de la Vida en la Era de Leyenda. Hay otras posibilidades, pero, como habréis notado, madre, al menos tres de ellas se centran en torno al llano de Almoth y la Punta de Toman.

—¿Vas a aclarar tus conclusiones, hija? —la regañó la Amyrlin, con voz engañosamente calmada—. Si la semilla de Artur Hawkwing no va a volver, entonces esto no son profecías y no importa un pimiento de qué antiguo árbol hablan.

—Sólo puedo proporcionaros lo que entra dentro de mis conocimientos, madre —repuso Verin, levantando la mirada de sus notas— y dejar que seáis vos quien decidáis. Yo creo que los últimos miembros de los ejércitos extranjeros de Hawkwing perecieron hace mucho tiempo, pero lo que yo crea no determina la realidad. La Hora del Cambio, desde luego, representa el final de una era, y el Gran Señor…

La Amyrlin golpeó con fuerza la mesa.

—Sé muy bien quién es el Gran Señor, hija. Creo que será mejor que te retires ahora. —Inspiró profundamente, recobrando la apostura—. Vete, Verin. No quiero enojarme contigo. No quiero olvidar quién era la que encargaba a las cocineras que me dejaran dulces por la noche cuando era una novicia.

—Madre —intervino Moraine—, no hay nada en esto que sugiera que se trata de

una profecía. Cualquiera con un poco de sentido común y cierto grado de instrucción podría haberlo preparado, y nadie duda que los Myrddraal poseen una astuta inteligencia.

—Y por supuesto —añadió con calma Verin—, el hombre que encauza el poder ha de ser uno de los tres jóvenes que viajan contigo, Moraine.

Moraine la miró consternada. «¿Que no son conscientes de lo que ocurre en el mundo? Soy una estúpida.» Antes de advertir lo que hacía, ya había recurrido al intermitente resplandor que siempre notaba al alcance, aguardándola: a la Fuente Verdadera. El Poder único circuló por sus venas, cargándola de energía, amortiguando el brillo del Poder de la Sede Amyrlin mientras ésta efectuaba idéntica acción. Moraine nunca había considerado siquiera la posibilidad de esgrimir el Poder contra otra Aes Sedai. «Vivimos tiempos azarosos y el mundo pende de un hilo, y debe hacerse lo que es obligado hacer. Es preciso. Oh, Verin, ¿por qué tenías que meter la nariz en los asuntos ajenos?»

Verin cerró el cuaderno y volvió a deslizarlo bajo su cinturón; luego miró alternativamente a una y otra mujer. Era imposible que no percibiera el nimbo que rodeaba a cada una de ellas, la luz que emanaba del contacto con la Fuente Verdadera. Sólo alguien avezado en el uso del Poder podía advertir aquella aureola, pero no era factible que ninguna Aes Sedai dejara de advertirla en otra mujer.

El rostro de Verin evidenció un asomo de satisfacción, pero no dio señales de haber caído en la cuenta del alcance de su conclusión. Se limitó a observarlas como si hubiera encontrado una nueva pieza que encajaba en un rompecabezas.

—Sí, deduje que debía de ser así. Moraine no podía hacerlo sola y ¿qué mejor ayuda que la de su amiga de juventud, que solía escabullirse con ella para robar pasteles? —Pestañeó—. Perdonadme, madre. No hubiera debido decirlo.

—Verin, Verin. —La Amyrlin sacudió la cabeza especulativamente—. Acusas a tu hermana… ¿y a mí?… de… No voy siquiera a pronunciarlo. ¿Y te arrepientes de haber hablado con demasiada familiaridad a la Sede Amyrlin? Tienes un agujero en la barca y te preocupa que esté lloviendo. Piensa en lo que estás insinuando, hija.

«Es demasiado tarde para ello, Siuan —pensó Moraine—. Si no hubiéramos cedido al pánico y recurrido a la Fuente, tal vez en ese caso… Pero ella está segura ahora.»

—¿Por qué nos has dicho esto, Verin? —preguntó en voz alta—. Si das crédito a lo que afirmas, deberías estar contándoselo a las otras hermanas, a las Rojas en particular.

Los ojos de Verin se abrieron desmesuradamente a causa de la sorpresa.

—Sí, sí, supongo que debería hacerlo. No lo había pensado. Pero si lo hiciera, te neutralizarían, Moraine, y a vos, madre, y amansarían a ese hombre. Nadie ha estudiado nunca la progresión en un varón que esgrime el Poder. ¿Cuándo se produce,

exactamente, la locura y cómo lo ataca? ¿Puede todavía funcionar con su cuerpo descomponiéndose a su alrededor? ¿Durante cuánto tiempo? A menos que lo amansen, lo que le sucederá a ese joven, sea cual sea de los tres, ocurrirá tanto si yo estoy allí para registrar las respuestas como si no. Si dispone de cuidado y guía, podríamos ser capaces de realizar algunas anotaciones con un razonable margen de seguridad, durante un tiempo al menos. Asimismo, hay que tener en cuenta el Ciclo Kareathon. —Les devolvió impasiblemente sus atónitas miradas—. ¿Deduzco, madre, que él es el Dragón Renacido? No puedo creer que dejarais caminar libremente a un hombre capaz de encauzar el Poder, a no ser que sea el Dragón.

«Sólo le preocupa la sabiduría —caviló Moraine—. Estamos ante la culminación de la más espantosa profecía que el mundo ha visto, tal vez el fin del mundo, y sólo le importan los conocimientos. Pero, a pesar de ello, aún es peligrosa.»

—¿Quién más sabe algo de esto? —La voz de la Amyrlin sonaba débil, pero tajante—. Serafelle, me temo. ¿Quién más, Verin?

—Nadie, madre. A Serafelle sólo le interesan de verdad las cosas que alguien ha escrito ya en un libro, preferentemente tan remoto como sea posible. Piensa que hay suficientes libros y manuscritos antiguos y fragmentos esparcidos por el mundo, perdidos u olvidados, para multiplicar por diez lo que hemos ido reuniendo en Tar Valon. Está convencida de que aún puede recuperarse mucho del antiguo conocimiento para…

—Basta, hermana —la atajó Moraine. Liberó el contacto con la Fuente Verdadera y tras un momento notó cómo la Amyrlin seguía su ejemplo. Era siempre una pérdida sentir cómo el Poder se escurría, como la sangre y la vida que manaran de una herida abierta. Una parte de sí deseaba retenerlo, pero, a diferencia de algunas de sus hermanas, su autodisciplina le prohibía aferrarse a aquel sentimiento—. Siéntate, Verin, y cuéntanos lo que sabes y cómo lo has averiguado, sin omitir nada.

Mientras Verin tomaba una silla, mirando a la Amyrlin para pedirle permiso para sentarse en su presencia, Moraine la observó con tristeza.

—No es probable —comenzó a exponer Verin— que alguien que no haya estudiado los antiguos registros notara algo, aparte de un comportamiento extraño. Discúlpame, madre. Hará casi veinte años, cuando Tar Valon estaba sitiada, que percibí la primera clave y eso sólo fue…

«Que la Luz me asista, Verin, cuánto te quise por aquellos dulces y por tu pecho, sobre el que podía sollozar. Pero haré lo que debo hacer. Lo haré. Debo hacerlo.»

Perrin atisbó la espalda de la Aes Sedai que se retiraba. Sintió olor a jabón de lavanda, a pesar de que la mayoría de la gente no lo hubiera advertido ni a una distancia menor. Ya había intentado ver a Mat en una ocasión y aquella Aes Sedai —Leane, había oído que la llamaban— casi le había arrancado la cabeza sin siquiera

volverse para saber quién era. Se encontraba incómodo entre Aes Sedai, sobre todo cuando comenzaban a mirarlo a los ojos.

Después de detenerse ante la puerta para escuchar —no oyó pasos procedentes del corredor ni del otro lado de la hoja— entró y la cerró suavemente tras él.

La enfermería era una larga estancia de paredes blancas, y las entradas a los balcones de los arqueros situadas en ambos extremos dejaban penetrar la luz a raudales. Mat se hallaba en una de las estrechas camas alineadas en los muros. Después de lo sucedido la noche anterior, Perrin esperaba encontrar ocupados la mayoría de los lechos, pero al cabo de un momento cayó en la cuenta de que la fortaleza estaba llena de Aes Sedai. Lo único que no podían curar las Aes Sedai era la muerte. De todas maneras, era evidente que para él la habitación olía a enfermedad.

Perrin esbozó una mueca al pensarlo. Mat yacía quieto, con las manos inmóviles encima de las mantas. Parecía extenuado. No realmente enfermo, sino como si hubiera trabajado en los campos tres días seguidos sin pararse a descansar. Olía… mal. No era algo que Perrin pudiera expresar con palabras: simplemente, olía mal.

Perrin se sentó con cuidado en la cama próxima a la de Mat. Era más corpulento de lo usual y siempre había sido mayor que los otros chicos, por lo que alcanzaba a recordar. Debía obrar con prudencia para no herir a alguien por accidente o romper algo. Aquello se había convertido en una segunda naturaleza. También le agradaba rumiar las cosas con detenimiento y, a veces, comentarlas con alguien. «Con Rand creyéndose un señor, no puedo hablar con él, y Mat a buen seguro va a tener poco que contar.»

Había ido a uno de los jardines la noche anterior, para reflexionar. El recuerdo todavía lo avergonzaba ligeramente pues, si no se hubiera ido, se habría encontrado en su habitación y habría acompañado a Egwene y Mat, y tal vez habría evitado que resultaran heridos. Sabía que, con toda seguridad, ahora habría estado en una de aquellas camas, al igual que Mat, o muerto, pero aquello no modificaba sus sentimientos. Con todo, había ido al jardín, y su preocupación actual no guardaba ninguna relación con el ataque trolloc.

Algunas sirvientas y una de las doncellas de lady Amalisa, lady Timora, lo habían hallado sentado en la oscuridad. Tan pronto como llegaron a donde él se encontraba, Timora ordenó partir a toda prisa a una de las demás y él oyó que le decía:

—¡Ve a buscar a Liandrin Sedai! ¡Rápido!

Habían permanecido de pie, vigilándolo como si creyeran que iba a desaparecer en una nube de humo cual un juglar. Aquella escena había tenido lugar antes de que sonaran los primeros toques de alarma y todos los ocupantes de la fortaleza empezaran a correr de un lado a otro.

—Liandrin —murmuró ahora—, del Ajah Rojo. Todo cuanto hacen se reduce a perseguir a los hombres capaces de encauzar el Poder. Tú no crees que yo sea uno de

ellos, ¿verdad? —Mat no dio respuesta alguna, desde luego. Perrin se frotó rudamente la nariz—. Ahora hablo solo. Sólo me faltaría eso.

—¿Quién …? —balbució Mat, pestañeando—. ¿Perrin? ¿Qué ha pasado? —No abrió por completo los ojos y su voz sonaba cargada de soñolencia.

—¿No lo recuerdas, Mat?

—¿Recordar? —Mat se acercó pesadamente una mano al rostro y luego la dejó caer con un suspiro. Sus ojos volvieron a cerrarse—. Recuerdo a Egwene. Me pidió… que fuera… a ver a Fain. —Soltó una carcajada, que concluyó con un bostezo—. No me lo pidió: lo ordenó. No sé lo que pasó después… —Juntó los labios y volvió a sumirse en la profunda y regular respiración del sueño.

Perrin se levantó de un salto al percibir el ruido de pasos que se acercaban, Pero no tenía adónde dirigirse. Todavía se encontraba de pie junto al lecho de Mat cuando se abrió la puerta y entró Leane. La mujer se detuvo, apoyó los puños en las caderas y lo miró de arriba abajo. Era casi tan alta como él.

—Tú —dijo en tono suave y vivo a la vez— eres casi tan buen mozo como para hacerme desear pertenecer al Ajah Verde. Casi. Pero, si has molestado a mi paciente… Bien, he dado cuenta de hermanos casi tan fornidos como tú antes de ir a la Torre, de manera que no debes creer que esos hombros tan anchos van a servirte de ayuda.

Perrin se aclaró la garganta. La mitad del tiempo no comprendía a qué se referían las mujeres cuando decían algo. «No como Rand. Él siempre sabe qué hay que decir a las chicas.» Advirtió que había fruncido el entrecejo y modificó la expresión. No quería pensar en Rand, pero aún deseaba menos inducir a enojo a una Aes Sedai, en especial a una que comenzaba a mover con impaciencia el pie.

—Eh… no lo he molestado. Todavía está dormido. ¿Lo veis?

—Ya veo, y es mejor que así sea. ¿Qué estás haciendo aquí? Te dije que no debías entrar.

—Sólo quería saber cómo estaba.

La mujer vaciló.

—Pues está durmiendo. Y, dentro de pocas horas, se levantará de esa cama y pensarás que nunca estuvo mal.

Su vacilación le erizó los pelos de la nuca. Estaba mintiendo. Las Aes Sedai nunca mentían, pero tampoco decían siempre la verdad. No estaba seguro de qué era lo que sucedía —Liandrin estaba buscándolo, Leane estaba engañándolo— pero creyó llegado el momento de apartarse de las Aes Sedai. No había nada que pudiera hacer por Mat.

—Gracias —dijo—. Será mejor que lo deje dormir, entonces. Excusad.

Trató de rodear a la mujer para encaminarse a la puerta, pero de pronto las manos de ésta saltaron como un resorte y, agarrándole la cara, la ladearon para mirarle los

ojos. Notó que algo lo recorría, una cálida oleada que se inició en la coronilla para descender hasta los pies y volver a subir y luego bajar. Zafó la cabeza de sus manos.

—Estás tan sano como un animalillo salvaje —dictaminó, frunciendo los labios—. Pero, si tú naciste con esos ojos, yo soy un Capa Blanca.

—Son los únicos que he tenido —gruñó. Se sintió un tanto avergonzado por hablar a una Aes Sedai con aquel tono, pero su sorpresa fue aún mayor cuando la tomó suavemente por los brazos y la alzó para depositarla luego en el suelo a un lado, fuera de su camino. Cuando se miraron mutuamente, se preguntó si sus ojos traslucirían el mismo estupor que los de la mujer—. Perdonad —se disculpó de nuevo, antes de alejarse casi a la carrera.

«Mis ojos. ¡Mis malditos ojos, condenados por la Luz!» El sol matinal iluminó sus ojos y éstos brillaron como el oro bruñido.

Rand se revolvió en la cama, tratando de hallar una postura cómoda sobre el delgado colchón. La luz del sol penetraba por las aspilleras, trazando dibujos en las desnudas paredes. No había dormido durante el resto de la noche y, a pesar del cansancio, sabía que ya no podría conciliar el sueño. El jubón de cuero estaba en el suelo, entre la cama y la pared, pero, salvo aquella prenda, estaba completamente vestido y llevaba incluso puestas sus nuevas botas. La espada descansaba junto al lecho, y el arco y el carcaj estaban en un rincón, con los hatillos formados con las capas.

No podía librarse de la sensación de que debía aprovechar la oportunidad que le había brindado Moraine y partir de inmediato. Aquel apremio lo había acompañado toda la noche. En tres ocasiones se había levantado para irse, y en dos de ellas habían llegado a abrir la puerta. Los pasillos estaban casi solitarios, transitados únicamente por criados que se ocupaban de tareas tardías; tenía el camino libre. Pero tenía que saberlo.

Perrin entró, cabizbajo y bostezando, y Rand se sentó en la cama.

—¿Cómo está Egwene? ¿Y Mat?

—Ella está dormida, según me han dicho. No me han permitido entrar en los aposentos de las mujeres para visitarla. Mat está… —De pronto Perrin miró, ceñudo, el suelo—. Si estás tan interesado, ¿por qué no has ido a verlo tú mismo? Pensaba que ya no te importábamos. Tú lo dijiste. —Abrió la puerta del armario para buscar una camisa limpia.

—Fui a la enfermería, Perrin. Había una Aes Sedai allí, aquella tan alta que está siempre con la Sede Amyrlin. Me dijo que dormía, que debía irme y que ya tendría ocasión de volver en otro momento. Hablaba como maese Thane, dando órdenes a los hombres en el molino. Ya sabes cómo es maese Thane, tan tajante, exigente e imperativo.

Perrin no respondió, limitándose a cambiar de camisa.

Rand examinó la espalda de su amigo por un momento y luego emitió una carcajada.

—¿Quieres oír algo? ¿Sabes lo que me dijo? A la Aes Sedai de la enfermería, me refiero. Ya has visto su estatura, casi igual que la de la mayor parte de los hombres. Si fuera un palmo más alta, podría mirarme directamente a los ojos. Bueno, me miró de arriba abajo y luego murmuró: «Eres alto, ¿eh? ¿Dónde estabas cuando yo tenía dieciséis años? ¿O treinta incluso?». Y luego se echó a reír, como si fuera una broma. ¿Qué te parece?

Perrin terminó de abrocharse la camisa limpia y lo miró de soslayo. Con sus amplias espaldas y sus espesos rizos, le hacía pensar a Rand en un oso herido. Un oso que no comprendía por qué lo habían herido.

—Perrin, yo…

—Si quieres bromear con las Aes Sedai —espetó Perrin—, puedes hacerlo, mi señor. —Comenzó a introducir los faldones de la camisa en los pantalones—. Yo no suelo dedicar mucho tiempo a intercambiar… ingeniosidades, ¿es ésa la palabra?, con las Aes Sedai. Pero, claro, yo sólo soy un torpe herrero y podría hacer quedar mal a alguien, mi señor. —Después de recoger la chaqueta del suelo, se encaminó hacia la puerta.

—Diantre, Perrin, lo siento. Tenía miedo y pensaba que estaba en un lío… Tal vez lo estaba, tal vez aún lo estoy, no lo sé… y no quería que Mat y tú estuvierais conmigo. Luz, todas las mujeres estaban buscándome anoche. Creo que eso forma parte del embrollo en que estoy metido. Y Liandrin… Ella… —Extendió las manos—. Perrin, créeme, no querrías verte envuelto en ello.

Perrin se había parado, pero seguía encarado a la puerta y sólo volvió la cabeza lo bastante para que Rand viera un ojo dorado.

—¿Buscándote? Quizá nos buscaban a todos.

—No, estaban buscándome a mí. Ojalá no fuera así, pero sé lo que digo.

Perrin sacudió la cabeza y dijo:

—Liandrin me quería a mí, estoy seguro. Lo oí.

—¿Por qué iba a…? Eso no modifica nada. Mira, abrí la boca y dije lo que no debía. No hablaba de veras, Perrin. Ahora, por favor, ¿vas a decirme cómo está Mat?

—Está dormido. Leane, la Aes Sedai, ha afirmado que estaría de pie dentro de pocas horas. —Se encogió de hombros con embarazo—. Creo que miente. Ya sé que las Aes Sedai no mienten nunca, al menos no con embustes evidentes, pero estaba mintiendo o encubriendo algo. —Se detuvo, mirando de reojo a Rand—. ¿No iba en serio todo lo que dijiste? ¿Nos iremos juntos de aquí? ¿Tú, yo y Mat?

—No puedo, Perrin. No puedo decirte por qué, pero debo irme por mi… ¡Perrin, espera!

La puerta se cerró de golpe detrás de su amigo. Rand volvió a recostarse en el lecho.

—No puedo explicártelo —murmuró, aporreando la cama con el puño. No puedo. «Pero ahora puedes irte— le advirtió una vocecilla interior—. Egwene se repondrá y Mat se levantará dentro de un par de horas. Ahora puedes irte, antes de que Moraine cambie de opinión.»

Se disponía a sentarse, cuando una llamada en la puerta lo hizo incorporarse de un salto. Si Perrin estuviera de vuelta, no llamaría. Sonó de nuevo un golpe.

—¿Quién es?

Lan entró y empujó la puerta tras él con el talón de la bota. Como de costumbre, llevaba la espada por encima de una sencilla chaqueta verde, que resultaba casi invisible en el bosque. En aquella ocasión, no obstante, lucía un ancho brazalete dorado atado alrededor del brazo izquierdo, cuyos flecos le llegaban casi al codo y en el que tenía prendida una grulla dotada en vuelo, el símbolo de Malkier.

—La Sede Amyrlin quiere verte, pastor. No puedes presentarte así. Quítate esa camisa y péinate. Pareces salido de un pajar. —Abrió el armario de par en par y comenzó a rebuscar entre las ropas que Rand había decidido dejar allí.

Rand permaneció clavado en el suelo; sentía como si le hubieran golpeado la cabeza con un martillo. De algún modo lo había esperado, por supuesto, pero tenía la convicción de que ya se habría marchado cuando fueran a llamarlo. «Ella lo sabe. Luz, estoy seguro de ello.»

—¿Qué queréis decir con que quiere verme? Me voy, Lan. Teníais razón. Voy a ir al establo ahora mismo, recogeré mi caballo y me marcharé.

—Debieras haberlo hecho anoche. —El Guardián arrojó una camisa de seda blanca sobre la cama—. Nadie rechaza una audiencia con la Sede Amyrlin, pastor. Ni el propio capitán general de los Capas Blancas. Es posible que Pedron Niall se pasara todo el tiempo planeando la manera de darle muerte, si le fuera factible hacerlo y escapar, pero comparecería ante ella. —Se volvió con una de las chaquetas de cuello alto en las manos y la alzó—. Ésta será apropiada. —Cada una de las mangas iba recorrida de una línea de enmarañadas y espinosas zarzas bordadas en oro, que también rodeaban los puños. El cuello, rematado de oro, estaba adornado con garzas doradas—. El color también es apropiado. —Parecía divertido, o satisfecho, por algún motivo—. Vamos, pastor. Cámbiate la camisa. Venga.

Rand se quitó de mala gana la prenda de lana cruda que llevaba puesta.

—Voy a sentirme como un idiota —murmuró—. ¡Una camisa de seda! Nunca en mi vida he llevado una camisa de seda. Y jamás me he puesto una chaqueta tan elegante, ni siquiera en los días de fiesta. —«Luz, si Perrin me ve con esto… Diantre, después de escuchar todas esas necedades de que pretendo ser un señor, si me ve con esto, nunca más se avendrá a razones.»

—No puedes comparecer ante la Sede Amyrlin vestido como un mozo recién salido de las caballerizas, pastor. Deja que te vea las botas. No están mal. Bien, vístete, vístete. No hagas esperar a la Amyrlin. Lleva la espada.

—¡Mi espada! —La camisa de seda que se pasaba por la cabeza amortiguó la exclamación de Rand. Se la colocó de un tirón—. ¡En los aposentos de las mujeres! Lan, si acudo a una audiencia con la Sede Amyrlin…, ¡la Sede Amyrlin!, llevando una espada, me va a…

—No va hacerte nada —lo interrumpió secamente Lan—. Si la Amyrlin te teme… y serás más inteligente si piensas que no, porque yo no sé de nada capaz de amedrentar a esa mujer… no será a causa de tu espada. Ahora recuerda: arrodíllate al personarte ante ella. Sólo con una rodilla, fíjate bien —agregó con rudeza—. No eres ningún mercader a quien han descubierto estafando el peso de una mercancía. Tal vez será mejor que lo practiques.

—Sé cómo hacerlo, creo. Vi cómo los guardias reales se arrodillaban delante de Morgase.

La sombra de una sonrisa cruzó los labios del Guardián.

—Sí, hazlo igual que ellos. Eso les dará algo en que pensar.

—¿Por qué estáis diciéndome esto, Lan? —preguntó Rand ceñudo—. Sois un Guardián. Estáis obrando como si estuvierais de mi parte.

—Estoy de tu parte, pastor. Un poco, lo bastante para ayudarte en algo. —El rostro del Guardián era pétreo y las palabras de solidaridad sonaban extraño pronunciadas con su ruda voz—. La poca formación que posees te la he dado yo y no voy a consentir que te rebajes y te humilles. La Rueda teje nuestros hilos en el Entramado según sus designios. Tú dispones de menos libertad de movimientos que los demás, pero, por la Luz, aun así puedes afrontarlo con la cabeza bien alta. Recuerda quién es la Sede Amyrlin y muéstrale el debido respeto, pero compórtate como te he indicado y mírala a los ojos. Bien, no te quedes ahí con la boca abierta. Arréglate la camisa.

Rand cerró la mandíbula y se arregló la camisa. «¿Recuerda quién es? ¡Que me aspen si no daría algo por olvidarme de quién es!»

Lan siguió dándole instrucciones sin parar mientras Rand se ponía la chaqueta roja y se ajustaba la espada: qué había de decir y a quién, y qué no debía decir; qué había de hacer y qué debía evitar; cómo moverse, incluso. No estaba seguro de poder retenerlo todo —en su mayor parte sonaba curioso y fácil de olvidar— y estaba convencido de que, fuera lo que fuese lo que no recordara, se trataría precisamente del detalle exacto susceptible de mover a enfado a las Aes Sedai. «Si todavía no están enfadadas. Si Moraine se lo ha dicho a la Sede Amyrlin, ¿a quién más se lo habrá contado ya?»

—Lan, ¿por qué no puedo irme tal como lo había planeado? Llegado el momento

en que se enterara de que no iba a comparecer, ya estaría galopando a varios kilómetros de las murallas.

—Y ella enviaría rastreadores antes de que hubieras recorrido dos leguas. La Amyrlin obtiene siempre lo que quiere, pastor. —Ajustó el cinto de la espada de Rand de manera que quedase centrada la hebilla—. Lo que hago por ti es lo mejor que puedo hacer. Créeme.

—Pero ¿por qué todo esto? ¿Qué significa? ¿Por qué debo ponerme la mano sobre el corazón si la Amyrlin se pone en pie? ¿Por qué debo rehusar cualquier cosa que no sea agua, y no es que desee tomar una comida con ella, y luego derramar un poco en el suelo y decir «La tierra está sedienta»? Y, si me pregunta la edad, ¿por qué he de decirle cuánto tiempo ha pasado desde que me dieron la espada? No comprendo la mitad de lo que me habéis explicado.

—Tres gotas, pastor, no la derrames. Debes rociar sólo tres gotas. Podrás comprenderlo más adelante con tal que lo recuerdes ahora. Considéralo como una costumbre. La Amyrlin hará contigo lo que deba hacer. Si piensas que puedes evitarlo, es como si te creyeras capaz de volar a la luna igual que Lenn. No puedes escapar, pero quizá puedes permanecer íntegro durante un tiempo y tal vez seas capaz de mantener tu orgullo al menos. Que la Luz me consuma; probablemente estoy perdiendo el tiempo, pero no tengo nada mejor que hacer. Mantente firme.

El Guardián sacó de su bolsillo una ancha cuerda dorada y la ató alrededor del brazo izquierdo de Rand con un complicado nudo, en el cual prendió un alfiler esmaltado de rojo, en el que estaba representada un águila con las alas extendidas.

—Encargué que lo hicieran para dártelo y ahora es una ocasión tan oportuna como otra. Esto les dará que pensar. —Ahora no cabía duda al respecto: el Guardián estaba sonriendo.

Rand contempló con preocupación el alfiler. Caldazar: el Águila Roja de Manetheren.

—Una espina en el pie del Oscuro —murmuró— y una zarza en su mano. —Miró al Guardián—. Hace mucho tiempo que Manetheren pereció y cayó en el olvido, Lan. Ahora sólo es un nombre que consta en los libros. Solamente existe Dos Ríos. Por lo demás, yo únicamente soy un pastor y un granjero. Eso es todo.

—Bien, la espada que no se quebraba se hizo añicos al final, pastor, pero luchó contra la Sombra hasta el último aliento. Hay una norma, superior a las otras, que debe regir la vida de un hombre. Sean cuales sean las adversidades, afróntalas con la cabeza bien alta. ¿Estás listo ya? La Sede Amyrlin está aguardando.

Rand siguió al Guardián en dirección al corredor, con un nudo en el estómago.

8



El Dragón Renacido

Al principio Rand caminaba nervioso y envarado al lado del Guardián. «Afróntalo con la cabeza bien alta.» Para Lan era fácil decirlo: a él no lo había mandado llamar la Sede Amyrlin. Él no estaba preguntándose si acabaría el día amansado o en un estado peor. Rand notaba como si algo le atenazara la garganta; no podía tragar saliva, a pesar de sus desesperados esfuerzos por conseguirlo.

Los pasillos se hallaban abarrotados de gente, de criados que acudían a sus tareas y guerreros que llevaban espadas sobre atuendos de salón. Algunos chiquillos empuñaban pequeñas espadas de práctica junto a sus padres, imitando su manera de andar.

De la lucha del día anterior únicamente restaba una sensación de alerta, que se traslucía incluso en los niños. Los hombres semejaban gatos acechando una manada de ratas.

Ingtar dirigió a Rand una insólita mirada, casi turbada, al tiempo que abría la boca al cruzarse con él para luego no decirle nada. Kajin, alto, delgado y cetrino, alzó los puños por encima de la cabeza y gritó:

—¡Tai'shar Malkier! ¡Tai'shar Manetheren! —Auténtica sangre de Malkier. Auténtica sangre de Manetheren.

Rand tuvo un sobresalto. «Luz, ¿por qué habrá dicho eso? No seas estúpido —se reprendió—. Aquí todos saben de la existencia de Manetheren. Conocen todas las antiguas historias, con tal que estén relacionadas con batallas. Diantre, debo controlarme.»

Lan levantó los puños en respuesta.

—¡Tai'shar Shienar!

Si echaba a correr, ¿podría pasar inadvertido entre el gentío hasta llegar al establo? «Si ella envía rastreadores en pos de mí…» A cada caso, su tensión iba en aumento.

—¡El gato cruza el patio! —espetó de improviso Lan cuando se aproximaban a

los aposentos de las mujeres.

Atónito, Rand adoptó sin pensarlo el porte que le habían enseñado, con la espalda erguida pero con todos los músculos laxos, como si pendiera de un alambre atado en su coronilla. Era un paso lento, relajado, casi arrogante. Aquélla era una relajación aparente que de ningún modo sentía en su interior, pero no tuvo tiempo para asombrarse de lo que hacía. Doblaron el recodo del último corredor ajustando el paso.

Las mujeres que se hallaban en la entrada de los aposentos femeninos los miraron acercarse. Algunas estaban sentadas detrás de mesas inclinadas, revisando grandes libros en los que realizaban anotaciones esporádicas. Otras hacían punto o bordaban. Las damas ataviadas de seda mantenían aquella vigilancia, al igual que las mujeres vestidas con libreas. Las puertas arqueadas permanecían abiertas, sin más custodia que la de las mujeres. No era preciso más. Ningún hombre shienariano entraría allí sin invitación, pero todos permanecían prestos a defender esa puerta en caso necesario.

Rand notaba un ardor en el estómago. «Lanzarán una ojeada a nuestras espadas y nos dirán que nos vayamos. Bueno, eso es lo que deseo, ¿no es cierto? Si no nos dejan entrar, tal vez pueda marcharme. Si no llaman a los guardias para que se ocupen de nosotros.» Se aferró al porte que Lan le había indicado al igual que lo hubiera hecho con una rama que sobresaliera sobre un río embravecido; aquella resistencia era lo único que le impedía volverse y echar a correr.

Una de las doncellas de lady Amalisa, Nisura, una mujer de rostro redondeado, dejó a un lado su labor y se puso en pie cuando ellos se detuvieron. Sus ojos lanzaron destellos al posarse en sus espadas y sus labios se fruncieron, pero no hizo ninguna mención al respecto. Todas las mujeres detuvieron sus tareas para mirar en silencio.

—Sed honrados los dos —los agasajó Nisura, inclinando ligeramente la cabeza. Dedicó una ojeada a Rand, tan rápida que él no tuvo la certeza de haberla percibido, pero que le recordó lo que Perrin le había dicho—. La Sede Amyrlin os espera.

A una señal de la doncella, otras dos damas —no eran sirvientas, puesto que estaban recibiendo un trato de honor— avanzaron hacia ellos para acompañarlos. Las mujeres realizaron una reverencia y los invitaron con un gesto a cruzar el umbral. Las dos miraron de soslayo a Rand y luego apartaron los ojos.

«¿Estarían buscándonos a todos, o sólo a mí? ¿Por qué a todos?»

Una vez dentro, recibieron las miradas que Rand esperaba —era inusual hallar dos hombres en los apartamentos de mujeres— y sus espadas hicieron enarcar más de una ceja, pero nadie les dirigió una palabra. Ambos hombres dejaron corros de animada conversación a su paso, quedos murmullos que Rand no alcanzó a interpretar. Lan caminaba a grandes zancadas como si ni siquiera lo advirtiera. Rand mantuvo el paso detrás de su escolta, deseoso de poder oír los comentarios.

Al fin llegaron a las habitaciones de la Sede Amyrlin, en cuyo pasillo exterior

había tres Aes Sedai. La de mayor estatura, Leane, sostenía en alto la vara con la llama dorada. Rand no conocía a las otras dos, una del Ajah Blanco y otra del Amarillo, a juzgar por los flecos de su chal, pero recordaba sus caras, que lo habían observado fijamente cuando él había recorrido corriendo los mismos pasadizos. Suaves rostros de Aes Sedai, con ojos que traslucían profundos conocimientos. Lo examinaron con cejas arqueadas y labios apretados. Las mujeres que los habían conducido hasta allí les dedicaron una reverencia y los dejaron a cargo de las Aes Sedai.

Leane miró a Rand con una leve sonrisa, a pesar de la cual su voz sonó como un chasquido.

—¿Qué habéis traído hoy a presencia de la Sede Amyrlin, Lan Gaidin? ¿Un joven león? Será mejor que no dejéis que lo vea ninguna de las Verdes o alguna lo vincularía a ella en un abrir y cerrar de ojos. A las Verdes les gustan los Guardianes jóvenes.

Rand se preguntó si realmente era posible transpirar debajo de la piel, porque eso era lo que sentía. Quería mirar a Lan, pero recordó las instrucciones que éste le había impartido.

—Soy Rand al'Thor, de Dos Ríos, que antaño fue Manetheren. Acudo a la llamada de la Sede Amyrlin, Leane Sedai. Estoy dispuesto. —Le sorprendió que la voz no le temblara en ningún momento.

Leane parpadeó y sustituyó su sonrisa por una mirada reflexiva.

—¿Se supone que este joven es un pastor, Lan Gaidin? No estaba tan seguro de sí esta mañana.

—Es un hombre, Leane Sedai —repuso con firmeza Lan—. Ni más ni menos. Todos somos lo que somos.

—El mundo se vuelve más extraño cada día —comentó la Aes Sedai, sacudiendo la cabeza—. Supongo que el herrero llevará una corona y hablará en Cántico alto. Aguardad aquí. —Desapareció en el interior para anunciarlos.

Se ausentó sólo unos instantes, pero Rand se encontraba incómodo ante las miradas de las otras dos Aes Sedai. Trató de devolverles la mirada a igual nivel, tal como le había aconsejado Lan, y las mujeres pegaron las cabezas para hablar en susurros. «¿Qué estarán diciendo? ¿Qué saben ellas? Luz, ¿van a amansarme? ¿Era eso a lo que se refería Lan al aleccionarme sobre cómo afrontar cualquier adversidad?»

Leane regresó y le indicó que entrara. Cuando Lan hizo ademán de seguirlo, lo detuvo poniendo el bastón a la altura de su pecho.

—Vos no, Lan Gaidin. Moraine Sedai ha de encomendaros una tarea. Vuestro cachorro de león estará a salvo por sus propios medios.

La puerta se cerró detrás de Rand, pero éste oyó antes la voz de Lan, altiva y

enérgica, aun cuando sólo dirigida a su oído.

—¡Tai'shar Manetheren!

Moraine estaba sentada en un lado de la habitación y una de las Aes Sedai Marrones que había visto en las mazmorras se encontraba en el otro, pero fue la mujer que ocupaba una alta silla detrás de la gran mesa quien retuvo su mirada. Las cortinas tapaban parcialmente las aspilleras, pero por los entresijos penetraba suficiente luz a su espalda como para obstaculizar una visión clara de su rostro. Con todo, la reconoció: la Sede Amyrlin.

Se apresuró a doblar una rodilla, posando la mano izquierda en el puño de la espada y la derecha en la alfombra, e inclinó la cabeza.

—Acudo a vuestra llamada, madre. Estoy dispuesto. —Levantó la cabeza a tiempo para ver cómo enarcaba las cejas.

—¿De veras lo estás, muchacho? —Su voz revelaba cierta diversión, y algo más que no lograba dilucidar. En todo caso, su semblante no parecía festivo—. Levántate, chico, y deja que te vea.

Se incorporó, tratando de mantener una expresión relajada. Hubo de esforzarse para no apretar los puños. «Tres Aes Sedai. ¿Cuántas serán precisas para amansar a un hombre? Enviaron a una docena o más para vigilar a Logain. ¿Me haría Moraine algo así?» Miró a los ojos a la Sede Amyrlin y ésta no pestañeó.

—Siéntate, muchacho —dijo al fin, señalando una silla de respaldo de cuero dispuesta frente a la mesa—. Me temo que no será una entrevista breve.

—Gracias, madre. —Entonces inclinó la cabeza, como Lan le había indicado, miró la silla y tocó su espada—. Con vuestra venia, madre, me quedaré de pie. La vigilancia es continua.

La Sede Amyrlin exhaló un sonido de exasperación y miró a Moraine.

—¿Has dejado que Lan lo aleccionara, hija? Esto ya será bastante complicado sin que adopte los modales de un Guardián.

—Lan ha estado dando clases a los chicos, madre —respondió con calma Moraine—. Ha dedicado algo más de tiempo a éste que a los demás porque lleva una espada.

La Aes Sedai Marrón se arrellanó en la silla.

—Los Gaidin son engreídos y altaneros, madre, pero útiles. Yo no me desprendería de Tomás, como tampoco lo haríais vos de Alric. Incluso he oído decir que las Rojas echan de menos a veces disponer de un Guardián. Y las Verdes, por supuesto…

Las tres Aes Sedai parecían hacer caso omiso de su presencia.

—Esa espada —observó la Sede Amyrlin—, por lo visto tiene la marca de la garza. ¿Cómo llegó a sus manos, Moraine?

—Tam al'Thor abandonó Dos Ríos siendo un muchacho, madre. Se enroló en el

ejército de Illian y participó en la Guerra de los Capas Blancas y en las últimas dos contiendas con Tear. Con el tiempo se convirtió en un maestro espadachín y en lugarteniente de los Compañeros. Después de la Guerra de Aiel, Tam al'Thor regresó a Dos Ríos con una esposa oriunda de Caemlyn y un niño. Nos hubiera ahorrado muchos esfuerzos haberlo sabido antes, pero ahora lo sé.

Rand miró, atónito, a Moraine. Sabía que Tam había salido de Dos Ríos y regresado con una esposa extranjera y la espada, pero el resto… «¿Dónde averiguasteis todo eso? No en el Campo de Emond a buen seguro. A menos que Nynaeve os dijera más de lo que me ha confesado a mí. Un niño. No dice su hijo. Pero lo soy.»

—Contra Tear. —La Sede Amyrlin frunció ligeramente el entrecejo—. Bien, las culpas estuvieron repartidas en ambos bandos en dichas guerras. Hombres insensatos que prefirieron luchar a dialogar. ¿Puedes afirmar si la hoja es auténtica, Verin?

—Hay pruebas para saberlo, madre.

—Entonces tómala y compruébalo, hija.

Ninguna de las tres mujeres lo miraba. Rand retrocedió unos pasos, aferrando con fuerza la empuñadura.

—Mi padre me dio esta espada —protestó, furioso—. Nadie me la va a arrebatar. —Hasta ese instante no había caído en la cuenta de que Verin no se había movido de su silla. Las miró, confuso, intentando recobrar la calma.

—De modo —constató la Sede Amyrlin— que tienes cierto arrojo interior, aparte de lo agregado por Lan. Eso está bien. Lo vas a necesitar.

—Soy lo que soy, madre —logró articular sosegadamente—. Estoy dispuesto a afrontar los acontecimientos.

—Ya veo que Lan te ha enseñado bien —dijo la Sede Amyrlin con una mueca—. Escúchame, muchacho. Dentro de unas pocas horas Ingtar se marchará para ir en busca del Cuerno robado. Tu amigo, Mat, lo acompañará. Y supongo que tu otro amigo, Perrin, ¿no es así?, irá con ellos. ¿Deseas acompañarlos?

—¿Mat y Perrin irán con él? ¿Por qué? —Demasiado tarde recordó que debía agregar un respetuoso—: Madre.

—Estarás enterado de la daga que llevaba tu amigo. —El fruncimiento de labios mostró a las claras lo que pensaba de dicha daga—. También fue robada y, a menos que la hallemos, no podremos destruir por completo el vínculo que lo une a la hoja, y tu amigo morirá. Puedes ir con ellos, si lo deseas. O, si lo prefieres, puedes quedarte aquí. Sin duda, lord Agelmar estará de acuerdo en tenerte como huésped todo el tiempo que quieras. Yo partiré hoy mismo. Moraine Sedai vendrá conmigo, y otro tanto harán Egwene y Nynaeve; de modo que, si decides quedarte, estarás solo. La elección está en sus manos.

Rand la miró en silencio. «Está diciéndome que puedo irme, si lo deseo. ¿Para

esto me mandó llamar? ¿Para explicarme que Mat se está muriendo?» Observó de reojo a Moraine, sentada con las manos cruzadas sobre el regazo y una expresión impasible en el rostro. Daba la impresión de que le tenía absolutamente sin cuidado lo que él pudiera hacer. «¿Qué caminos estáis intentando que escoja, Aes Sedai? Si lo supiera, elegiría sin vacilar el otro. Pero Mat se está muriendo… ¡No puedo abandonarlo! ¡Luz! ¿Cómo vamos a hallar esa daga?»

—No es necesario que hagas tu elección ahora —agregó la Amyrlin. Tampoco a ella parecía importarle lo que él decidiera—. Pero debes decidirlo antes de que Ingtar se marche.

—Iré con Ingtar, madre.

La Sede Amyrlin asintió con mente ausente.

—Ahora que ya hemos saldado esta cuestión, podemos considerar asuntos de mayor importancia. Sé que puedes encauzar el Poder, muchacho. ¿Qué sabes tú?

Rand se quedó boquiabierto. Sorprendido mientras aún estaba pensando preocupado en Mat, sus simples palabras lo golpearon como la puerta basculante de un establo. Todos los consejos e instrucciones de Lan comenzaron a girar en torbellino. La miró de frente, humedeciéndose los labios. Una cosa era suponer que ella lo sabía y otra muy distinta comprobar que realmente lo sabía. El sudor le perló la frente.

La Sede Amyrlin se inclinó hacia adelante en la silla, aguardando su respuesta, pero él tuvo la impresión de que quería echarse atrás. Recordó lo que Lan le había dicho. «Si te tiene miedo…» Quería reír. Si él le inspirara temor a ella.

—No, no puedo. Quiero decir… No lo hice a propósito. Simplemente sucedió. Yo no quiero… encauzar el Poder. No volveré a hacerlo nunca más. Lo juro.

—Que no quieres —dijo la Sede Amyrlin—. Bien, eso demuestra buen juicio. E insensatez, también. Algunos pueden aprender a encauzar el Poder; la mayoría no. Unos cuantos, sin embargo, nacen con la semilla en su interior. Tarde o temprano, esgrimirán el Poder lo quieran o no, tan cierto como que las huevas producen peces. Continuarás encauzando el Poder, muchacho. No Puedes evitarlo. Y sería preferible que aprendieras a hacerlo, a controlarlo, o no vivirás el tiempo suficiente para volverte loco. El Poder único mata a quienes no controlan su flujo.

—¿Cómo voy a aprender? —preguntó. Moraine y Verin se limitaban a permanecer sentadas, observándolo impasibles. «Como arañas»—. ¿Cómo? Moraine dice que no puede enseñarme nada y yo no sé cómo debo aprender ni qué debo aprender. Tampoco quiero hacerlo, de todas maneras. Quiero acabar con ello. ¿No lo comprendéis? ¡Acabar!

—Te dije la verdad —replicó Moraine, utilizando un tono similar al que mantendría en una conversación ociosa—. Quienes podían instruirte, los varones Aes Sedai, perecieron hace tres mil años. Ninguna Aes Sedai viva es capaz de enseñarte a

establecer contacto con el *Saidin*, al igual que tú no puedes aprender a manejar el *Saidar*. Un pájaro no puede enseñar a volar a un pez, ni un pez enseñar a nadar a un pájaro.

—Siempre he considerado que ése no es un ejemplo adecuado —opinó de improviso Verin—. Hay pájaros que se zambullen en el agua y nadan. Y en el Mar de las Tormentas hay peces voladores, con largas aletas que alcanzan la envergadura de los brazos extendidos y picos como espadas capaces de horadar… —Dejó inacabada la frase, con patente nerviosismo. Moraine y la Sede Amyrlin estaban mirándola con semblantes inexpresivos.

Rand aprovechó la interrupción para tratar de recobrar el aplomo. Tal como le había enseñado Tam mucho tiempo atrás, formó una llama en su mente y arrojó sus temores a ella, en busca del vacío, de la calma del silencio. La llama pareció crecer hasta envolverlo todo, hasta que sus dimensiones superaron su capacidad de imaginación. Entonces desapareció, dejando tras de sí una sensación de paz, en cuyos bordes todavía palpitaban las emociones, el miedo y la furia, como manchas negras, pero el vacío permanecía. Los pensamientos rozaban su superficie cual guijarros sobre el hielo. Las Aes Sedai mantuvieron desviada la atención de él apenas un momento, pero, cuando volvieron a dedicársela, el semblante de Rand estaba en calma.

—¿Por qué me habláis de este modo, madre? —inquirió—. Deberías amansarme.

La Sede Amyrlin frunció el entrecejo y se volvió hacia Moraine.

—¿Le ha enseñado Lan esto?

—No, madre. Lo aprendió de Tam al'Thor.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Rand.

La Sede Amyrlin lo miró directamente a los ojos y respondió:

—Porque tú eres el Dragón Renacido.

El vacío se tambaleó. El mundo se tambaleó. Todo parecía girar a su alrededor. Se concentró en la nada y el vacío retomó, el mundo recobró la firmeza.

—No, madre. Puedo encauzar el Poder, la Luz me asista, pero no soy Raolin Perdición del Oscuro ni Guaire Amalasan, ni Yurian Arco Pétreo. Podéis amansarme, matarme o dejarme en libertad, pero no seré un falso Dragón domesticado sumiso a los dictados de Tar Valon.

Oyó cómo Verin emitía una exclamación el tiempo que los ojos de la Amyrlin se abrían desmesuradamente y su mirada adoptaba igual dureza que una gema azul. Aquello no le afectó en lo más mínimo bajo la protección del vacío.

—¿Dónde has escuchado esos nombres? —preguntó la Amyrlin—. ¿Quién te ha dicho que Tar Valon utiliza a algún falso Dragón?

—Un amigo, madre —respondió—. Un juglar. Se llamaba Thom Merrilin. Ahora está muerto. —Moraine se agitó, atrayendo su mirada. Ella aseguraba que Thom

estaba vivo, pero nunca había ofrecido ninguna prueba de ello y él no veía cómo algún hombre podía sobrevivir a un encuentro cuerpo a cuerpo con un Fado. Aquella reflexión le resultaba ajena y se esfumó casi al instante. Únicamente existían el vacío y la unidad ahora.

—Tú no eres un falso Dragón —afirmó contundentemente la Amyrlin— eres el verdadero Dragón Renacido.

—Yo soy un pastor de Dos Ríos, madre.

—Hija, cuéntale la historia. Es una historia verídica, muchacho. Escucha con atención.

Moraine comenzó a hablar. Rand escuchó sin desviar la mirada del rostro de la Amyrlin.

—Hará casi veinte años los Aiel cruzaron la Columna Vertebral del Mundo, la pared del Dragón, lo cual no habían hecho nunca. Arrasaron Cairhien, destruyeron todos los ejércitos que se enviaron para hacerles frente, quemaron la propia ciudad de Cairhien y se abrieron paso hasta Tar Valon. Era invierno y estaba nevando, pero el calor o el frío apenas afectan a un Aiel. La batalla final, la última de importancia, se libró fuera de las Murallas Resplandecientes, bajo la sombra del Monte del Dragón. Después de tres días y tres noches de contienda, los Aiel emprendieron la retirada. Puede decirse que su retroceso fue voluntario, puesto que ya habían cumplido el propósito que los había llevado allí, el cual consistía en dar muerte al rey Laman de Cairhien, por el pecado cometido contra el Árbol. Es en esas circunstancias donde se inicia mi historia. Y la tuya.

«Saltaron la Pared del Dragón como una avalancha. Todo el trecho hasta las Murallas Resplandecientes.» Rand esperó a que los recuerdos se amortiguaran, pero era la voz de Tam lo que escuchaba, un Tam enfermo y enfebrecido, descubriendo secretos de su pasado. La voz se aferró en la aureola del vacío, tratando de abrirse paso cual un clamor.

—Yo era una de las Aceptadas entonces —continuó Moraine—, al igual que nuestra madre, la Sede Amyrlin. Faltaba poco tiempo para que nos elevaran a la condición de hermanas y esa noche hacíamos las veces de asistentes en la habitaciones de la por entonces Sede Amyrlin. Su Guardiana de las Crónicas, Gitara Moroso, se encontraba allí. Todas las otras hermanas de Tar Valon estaban afuera, curando a los heridos, incluso las Rojas. Era el alba. El fuego del hogar no lograba mantener el frío a raya. Había parado de nevar finalmente y en los aposentos de la Amyrlin de la Torre Blanca percibíamos el olor de los pueblos de los alrededores, quemados durante los combates.

«Las batallas son siempre calurosas, incluso con la nieve. Tenía que alejarme del hedor a muerte.» La voz delirante de Tam desgarraba la calma interior de Rand. El vacío tembló y cedió terreno, lo recobró y volvió a vacilar. Los ojos de la Amyrlin le

preocupaban. Notaba nuevamente el rostro bañado en sudor.

—Todo fue un desvarío producido por la fiebre —adujo—. Estaba enfermo. —Elevó la voz—. Mi nombre es Rand al'Thor. Soy un pastor de ovejas. Mi padre es Tam al'Thor y mi madre era…

Moraine había hecho una pausa, pero ahora lo interrumpió con su tono impasible y a un tiempo implacable.

—El Ciclo Kareathon, las Profecías del Dragón, predicen que el Dragón volverá a nacer en las laderas del Monte del Dragón, donde murió durante el Desmembramiento del Mundo. Gitara Sedai realizaba pronósticos en ocasiones. Era vieja, con el pelo tan blanco como la nieve de la intemperie, pero, cuando actuaba como adivina, sus capacidades permanecían intactas. La luz matinal que se filtraba por las ventanas estaba cobrando intensidad cuando le serví una taza de té. La Sede Amyrlin me preguntó si había noticias procedentes del campo de batalla. Y Gitara Sedai se levantó de su silla, con los brazos y piernas rígidos, temblando, con el rostro desencajado como si viera la Fosa de la Perdición de Shayol Ghul, y gritó: «¡Ha vuelto a nacer! ¡Lo siento! ¡El Dragón está dando las primeras bocanadas en la ladera del Monte del Dragón! ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! ¡Que la Luz nos acoja! ¡Que la Luz acoja al mundo! ¡Yace en la nieve y llora como el trueno! ¡Quema como el sol!». Entonces cayó abatida en mis brazos, muerta.

«La ladera de la montaña. Oí llorar a un niño. Dio a luz allí sola, antes de fallecer. El niño estaba amoratado por el frío.» Rand intentó apartar de sí la voz de Tam. El vacío iba menguando.

—Delirios febriles —musitó. «No podía dejar a un niño»—. Yo nací en Dos Ríos. —«Siempre supe que deseabas un hijo, Kari.» Apartó los ojos de la mirada de la Amyrlin y trató de afianzar el vacío. Sabía que no era la manera adecuada de retenerlo, pero éste estaba desmoronándose en su interior. «Sí, muchacha. Rand es un bonito nombre»—. ¡Yo… soy… Rand… al'Thor! —Le temblaban las piernas.

—Y así supimos que el Dragón había renacido —continuó Moraine—. La Amyrlin nos hizo jurar a las dos que guardaríamos el secreto, pues era consciente de que no todas las hermanas considerarían su nacimiento desde la perspectiva correcta, y nos encargó de las indagaciones. Había muchos niños huérfanos después de aquella batalla, demasiados. Sin embargo, nos contaron que un hombre había encontrado un recién nacido en la montaña. Y eso era todo. Un hombre y un recién nacido. De modo que continuamos buscando. Buscamos durante años, hallando nuevas pistas, examinando las profecías. «Será de estirpe antigua y su crianza correrá a cargo de gente de viejo linaje.» Ésa era una; había otras. Pero hay muchos lugares donde los antiguos linajes, descendientes de la Era de Leyenda, perviven con vigor, Entonces, en Dos Ríos, donde la antigua sangre de Manetheren conserva su simiente, como un río en una crecida, hallé a tres muchachos cuyas fechas de nacimiento sólo distaban

semanas de los días en que se batalló en el Monte del Dragón. Y uno de ellos puede encauzar el Poder. ¿Pensabas que los trollocs te perseguían porque eres *ta'veren*? Tú eres el Dragón Renacido.

A Rand ya no lo sostenían las rodillas; el cuerpo se le dobló hacia adelante, y apoyó las manos en la alfombra para no caer de bruces. El vacío lo había abandonado y la calma se había quebrado. Irguió la cabeza y las tres Aes Sedai estaban mirándolo. Sus semblantes eran serenos, cual mansos y lisos estanques, pero sus ojos no pestañeaban.

—Mi padre es Rand al'Thor y yo nací… —Seguían observándolo, inmóviles. «Están mintiendo. Yo no soy… ¡lo que ellas dicen! De algún modo, están mintiendo, tratando de servirse de mí»—. No dejaré que me utilicéis.

—Las anclas no se rebajan por ser utilizadas para amarrar una barca —arguyó la Amyrlin—. Tú fuiste creado para cumplir un propósito, Rand al'Thor. «Cuando los vientos de Tarmon Gai'don recorran la tierra, él se enfrentará a la Sombra y volverá a traer la Luz al mundo.» Las profecías deben cumplirse, de lo contrario el Oscuro quedará libre y transformará el mundo a su imagen. La última Batalla se acerca y tú naciste para unir a la humanidad y conducirla a pelear contra el Oscuro.

—Ba'alzemon está muerto —afirmó con voz ronca Rand, ante lo cual la Amyrlin resopló con igual tosquedad que un mozo de cuadra.

—Si crees eso, es que eres más insensato que los domani. Muchos de ellos piensan que está muerto, o eso dicen, pero, por lo que observo, ninguno se atreve a nombrarlo. El Oscuro vive y está abriendo los muros de su prisión. Tú te enfrentarás al Oscuro. Es tu destino.

«Es tu destino.» Eran palabras que ya había oído antes, en un sueño que tal vez no había sido tal. Se preguntó qué opinaría la Amyrlin de saber que Ba'alzemon le había hablado en sueños. «Eso se ha acabado. Ba'alzemon está muerto. Lo vi morir.»

De improviso cayó en la cuenta de que estaba en cuclillas como un sapo, acurrucado ante sus miradas. Trató de volver a formar el vacío, pero las voces giraban en su cabeza, neutralizando todos sus esfuerzos. «Es tu destino. Un niño tendido en la nieve. Tú eres el Dragón Renacido. Ba'alzemon está muerto. Rand es un bonito nombre, Kari. ¡No dejaré que me utilicéis!» Haciendo acopio de su tenacidad nativa, enderezó la espalda. «Afróntalo, con la cabeza bien alta. Puedes mantener tu orgullo al menos.» Las tres Aes Sedai lo miraban con rostro impasible.

—¿Qué…? —Le costó calmar el tono de voz—. ¿Qué vais a hacerme?

—Nada —repuso la Sede Amyrlin. Rand pestañeó. No era la respuesta que esperaba, la que temía—. Dices que deseas acompañar a tu amigo con Ingtar y así puedes hacerlo. No he dejado que se trasluzca en nada tu condición. Tal vez algunas de las hermanas sepan que eres *ta'veren*, pero nada más. Sólo nosotras tres sabemos quién eres realmente. Tu amigo Perrin vendrá a verme aquí, al igual que tú, e iré a

visitar al otro a la enfermería. Puedes ir a donde desees, sin temor a que mandemos tras de ti a las hermanas Rojas.

«¿Quién eres realmente?» La furia lo encendió, pero la obligó a permanecer confinada en su interior, oculta.

—¿Por qué?

—Las profecías deben cumplirse. Te dejaremos vagar libremente, sabiendo quién eres, porque de lo contrario el mundo que conocemos perecerá y el Oscuro cubrirá la tierra de fuego y muerte. Repara bien en esto: no todas las Aes Sedai comparten la misma visión. Hay algunas aquí en Fal Dara que te fulminarían si estuvieran enteradas de la décima parte de lo que tú eres y no tendrían por ello más remordimiento que si hubieran destripado un pescado. Asimismo, hay hombres que han reído contigo que harían lo mismo, si lo supieran. Ten cuidado, Rand al'Thor, Dragón Renacido.

Las miró una a una. «Yo no tengo nada que ver con vuestras profecías.» Le devolvieron la mirada con tal impavidez que era difícil creer que estuvieran intentando convencerlo de que era el hombre más odiado, más temido en la historia del mundo. Había experimentado el miedo y había acabado sintiendo frío. La rabia era lo único que ahora le aportaba calidez. Podían amansarlo o quemarlo hasta convertirlo en un tizón allí mismo, y ya no le importaba en lo más mínimo.

Recordó parte de las instrucciones de Lan. Con la mano izquierda sobre la empuñadura, hizo girar la espada tras él, asiendo la vaina con la derecha; luego se inclinó, con los brazos rectos.

—Con vuestra venia, madre, ¿puedo abandonar este lugar?

—Te concedo mi venia, hijo mío.

Tras incorporarse, permaneció en pie un momento.

—No dejaré que me utilicen —les dijo.

Hubo un largo silencio mientras se volvía y se encaminaba a la salida.

El silencio se prolongó en la habitación después de la partida de Rand hasta que lo interrumpió una larga exhalación de la Amyrlin.

—No consigo considerar con buenos ojos lo que acabarnos de hacer —confesó—. Era necesario, pero… ¿ha surtido efecto, hijas?

Moraine sacudió la cabeza con un leve movimiento.

—No lo sé. Pero era necesario, y sigue siéndolo.

—Necesario —convino Verin, que se tocó la frente y luego observó la humedad de sus dedos—. Es fuerte. Y obstinado como habías dicho, Moraine. Tiene más fortaleza de la que esperaba. Después de todo, quizás hayamos de amansarlo antes de que… —Abrió desorbitadamente los ojos—. Pero no podemos, ¿verdad? Las profecías. Que la Luz nos perdone por lo que estamos dejando andar suelto en el

mundo.

—Las profecías —repitió Moraine, asintiendo—. Después haremos lo que debamos. Al igual que lo hacemos ahora.

—Lo que debamos —acordó la Sede Amyrlin—. Sí. Pero, cuando aprenda a encauzar el Poder, que la Luz nos asista a todos.

El silencio ocupó de nuevo la estancia.

Se avecinaba una tormenta. Nynaeve lo percibía. Una gran tormenta, más terrible que las que había presenciado hasta entonces. Ella podía escuchar la voz del viento y oír las predicciones del tiempo. Todas las Zahoríes pretendían poseer dicha habilidad, aun cuando la mayoría de ellas estaban incapacitadas para ello. Nynaeve se había sentido más a gusto con aquella cualidad antes de enterarse de que era una manifestación del Poder. Toda mujer capaz de escuchar el viento podía encauzar el Poder, si bien la mayoría de ellas eran inconscientes de lo que hacían, al igual que lo había sido ella antes de la revelación, y sólo lograban resultados de manera incontrolada.

En aquella ocasión, sin embargo, notaba algo insólito. Afuera, el sol de la mañana era una esfera dorada que flotaba en un claro cielo azul y los pájaros trinaban en los jardines, pero eso no era todo. No habría sido nada extraordinario escuchar el viento si no pudiera prever el tiempo antes de que se manifestaran señales palpables. Aquella vez su sensación estaba dotada de algo extraño, algo distinto de lo habitual. Captaba la tormenta en una lejanía demasiado extrema para advertirla y, no obstante, la sentía como si el cielo debiera estar ya descargando la lluvia, la nieve y el granizo a un tiempo, acompañados de vientos cuyos aullidos serían capaces de agitar las piedras de la fortaleza. Y percibía, asimismo, el buen tiempo, que ya duraba dos días, pero sobre ello prevalecía la otra sensación.

Un pinzón se encaramó en una aspillera, como si se burlara de sus predicciones meteorológicas, y se asomó al corredor. Al verla, desapareció como una exhalación en la que apenas entrevió su plumaje.

Miró fijamente el lugar donde se había posado el pájaro. «Hay una tormenta y no la hay. Esto tiene algún significado. Pero ¿cuál?»

A lo lejos, en el pasillo lleno de mujeres y niños, vio a Rand caminando a grandes zancadas, acompañado de las mujeres que lo escoltaban, las cuales habían casi de correr para mantener su paso. Nynaeve asintió: si había una tormenta que no era tal, él sería el centro de ella. Recogiéndose las faldas, se apresuró a seguirlo…

Algunas mujeres con quienes había trabado relación desde su llegada a Fal Dara trataron de entablar conversación con ella; sabían que Rand había llegado con ella y que ambos eran de Dos Ríos y querían indagar por qué la Amyrlin lo había mandado llamar. «¡La Sede Amyrlin!» Con el estómago constreñido, echó a correr, pero, antes

de salir de los aposentos de las mujeres, ya lo había perdido entre la multitud de corredores y gentes con las que se había cruzado.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó a Nisura. No era preciso especificar quién. Oía el nombre de Rand en la charla que sostenían las otras mujeres arracimadas en tomo a la arqueada entrada.

—No lo sé. Nynaeve. Salió tan deprisa como si estuviera pisándole los talones la Perdición del Corazón. No me extraña que lo haga, después de haber entrado aquí con una espada en el cinto. El Oscuro debería ser la menor de sus preocupaciones después de esto. ¿En qué está convirtiéndose el mundo? Y a él lo han presentado ante la Amyrlin en sus habitaciones, nada menos. Decidme, Nynaeve, ¿es realmente un príncipe de vuestro país? —Las otras mujeres pararon de hablar y se aproximaron para escuchar.

Nynaeve no estaba segura de cuál fue su respuesta. Algo que las obligó a dejarla marchar. Se alejó precipitadamente de los aposentos de las mujeres, asomándose en cada cruce de corredores para buscarlo, con los puños apretados. «Luz, ¿qué le habrán hecho? Debí haberlo apartado de Moraine de alguna manera, así la ciegue la Luz. Yo soy su Zahorí.»

«¿Lo eres? —la martirizó una voz interior—. Has abandonado el Campo de Emond a su suerte. ¿Todavía tienes derecho a considerarte su Zahorí?»

«No los he abandonado —dijo fieramente para sí—. Llevé a Mavra Mallen desde Deven Ride para que se ocupara de las cosas hasta mi regreso. Ella puede tratar con el alcalde y el Consejo del Pueblo y mantiene buenas relaciones con el Círculo de Mujeres.»

«Mavra habrá de volver a su pueblo. Ninguna población puede permanecer durante mucho tiempo sin su Zahorí» Nynaeve se debatía interiormente. Hacía meses que se había ido del Campo de Emond.

—Yo soy la Zahorí del Campo de Emond —manifestó en voz alta.

Un sirviente vestido con librea que llevaba una pieza de tela la miró pestañeando y luego le hizo una reverencia antes de escabullirse a toda prisa. A juzgar por su semblante, se hallaba ansioso por encontrarse en cualquier otro lugar.

Ruborizada, Nynaeve miró en torno a sí para averiguar si la había oído alguien más. Sólo había unos cuantos hombres en el corredor, absortos en su propia conversación, y algunas mujeres ataviadas de dorado y negro que acudían a sus quehaceres, inclinándose ante ella al pasar. Había mantenido aquella discusión consigo misma un centenar de veces antes, pero aquélla era la primera en que había acabado hablando en voz alta. Murmuró para sus adentros y luego cerró con fuerza los labios al advertir lo que estaba haciendo.

Estaba comenzando a inferir la inutilidad de su búsqueda cuando topó con Lan, de espaldas a ella, mirando el patio exterior por una aspillera. Los sonidos que de allí

llegaban eran de gritos de hombres y relinchos de caballos. Lan observaba con tanta atención que por una vez, no pareció oírla. Detestaba el hecho de no ser capaz de pasar inadvertida junto a él, por más quedamente que caminara. Ella estaba considerada una buena rastreadora en el Campo de Emond, a pesar de no ser aquélla una habilidad por la que solían interesarse las mujeres.

Detuvo sus pasos, presionándose el pecho con las manos para contener las palpitaciones. «Debería administrarme un tratamiento con carpaza y raíz de genciana», pensó con amargura. Ésa era la mezcla que prescribía a quienes estaban abatidos y pretendían estar enfermos, o hacían el ganso. La carpaza y la raíz de genciana levantaban ligeramente el ánimo y eran inofensivas, pero lo más importante era que tenían un sabor horrible, el cual duraba durante todo un día. Era una cura perfecta para alguien que estaba comportándose como un estúpido.

A salvo de su mirada, lo examinó de arriba abajo, mientras él permanecía apoyado en la piedra y con la mano en la barbilla, observando lo que ocurría abajo. «Es demasiado alto, en primer lugar, y lo bastante viejo como para ser mi padre, en segundo lugar. Un hombre con una cara así tiene que ser cruel. No, no lo es. Eso no.» Y era un rey. Su tierra había sido arrasada cuando él era un niño y él no hacía valer su derecho sobre el trono, pero, pese a ello, era un rey. «¿Qué interés iba a tener un rey en una mujer de pueblo? Además es un Guardián, vinculado a Moraine. Ella dispone de su lealtad hasta la muerte; lo tiene atado con lazos más poderosos que los de una amante y posee su voluntad. ¡Ella tiene todo cuanto yo deseo, la Luz la consuma!»

Lan se volvió de la ventana y ella giró sobre sí para alejarse.

—Nynaeve. —Su voz la atrapó y la retuvo como un dogal—. Quería hablar con vos a solas. Por lo visto, siempre estáis en los aposentos de las mujeres o acompañada.

Hubo de esforzarse para mirarlo a la cara, pero tenía la certeza de que sus facciones se hallaban relajadas cuando lo hizo.

—Estoy buscando a Rand. —No estaba dispuesta a admitir que tenía intención de esquivarlo—. Vos y yo ya dijimos hace tiempo lo que teníamos que decir. Yo me rebajé a mí misma, lo cual no volveré a hacer, y vos me indicasteis que me apartara de vos.

—Yo nunca he dicho… —Inspiró profundamente—. Os dije que no podía ofreceros como regalo de bodas más que ropas de viuda. No es ése un presente que un hombre deba rendir a una mujer, ningún hombre que se precie de tal.

—Comprendo —replicó con frialdad—. En todo caso, un rey no da regalos a ninguna pueblerina. Y esta pueblerina no los aceptaría. ¿Habéis visto a Rand? Necesito hablar con él. Ha ido a ver a la Amyrlin. ¿Sabéis para qué lo ha mandado llamar?

Los ojos de Lan relucieron como sendos pedazos de hielo azulado expuestos al

sol. Ella apoyó con firmeza las piernas para no retroceder y lo miró de hito en hito.

—Que el Oscuro se lleve a Rand al'Thor y a la Sede Amyrlin juntos —gruñó el Guardián, poniéndole algo en la mano—. Voy a haceros un regalo y vos lo vais a tomar aunque tenga que atároslo con una cadena al cuello.

Nynaeve apartó los ojos de los suyos. Tenía una mirada semejante a la de un halcón de ojos azules cuando estaba enojada. En la mano tenía un anillo de sello, de oro macizo gastado por el tiempo, casi tan grande como para rodear sus dos pulgares. En él, una grulla volaba sobre una lanza y una corona, minuciosamente grabados. Contuvo el aliento: era el anillo de los reyes de Malkier. Olvidando mirarlo con furia, elevó el rostro.

—No puedo aceptar esto, Lan.

Él se encogió de hombros con desenvoltura.

—No es nada. Viejo, e inútil, ahora. Pero aún hay quienes lo reconocerían al verlo. Enseñadlo y dispondréis de derecho a recibir hospedaje y ayuda cuando lo preciséis, de cualquier señor de las Tierras Fronterizas. Mostradlo a un Guardián y os auxiliará o me transmitirá un mensaje a mí. Enviádmelo y acudiré a donde os encontréis, sin demora ni falta. Lo juro.

Su visión se tornó borrosa. «Si me pongo a llorar ahora, me voy a dar muerte después.»

—No puedo… No quiero ningún presente que venga de vos, al'Lan Mandragoran. Tomad.

Él detuvo todos sus intentos de devolverle el anillo. Su mano envolvió la suya, suave pero firme como una tenaza.

—Entonces aceptadlo por mí, como un favor. O arrojadlo, si os molesta. No dispongo de una aplicación mejor para él. —Le rozó la mejilla con un dedo y ella dio un respingo—. Ahora debo irme, Nynaeve mashiara. La Amyrlin quiere partir antes del mediodía y hay mucho que hacer. Tal vez tengamos tiempo para conversar durante el viaje a Tar Valon. —Se volvió y se alejó de inmediato por el corredor.

Nynaeve se tocó la mejilla. Aún notaba el contacto de su dedo. Mashiara: bien amada, de alma y corazón, significaba, pero también un amor perdido. Perdido sin remisión. «¡Estúpida! ¡Deja de comportarte como una chiquilla con el pelo todavía sin trenzar! No sirve de nada permitir que te haga sentir…»

Apretando con fuerza el anillo, volvió sobre sí y tuvo un sobresalto al hallarse cara a cara con Moraine.

—¿Cuánto tiempo habéis estado aquí?

—No tanto como para oír algo que no debía escuchar —respondió la Aes Sedai con tono apaciguador—. Vamos a partir pronto. Eso he oído. Debéis ocuparos de preparar vuestro equipaje.

Partir. No había percibido el alcance de aquella palabra cuando la había

pronunciado Lan.

—Deberé despedirme de los chicos —murmuró. Luego asestó una dura mirada a Moraine—. ¿Qué le habéis hecho a Rand? Lo han llevado a presencia de la Amyrlin. ¿Por qué? ¿Le explicasteis a ella… lo de…? —Era incapaz de expresarlo en voz alta. Él era de su mismo pueblo y ella le llevaba los años suficientes como para haberlo atendido en un par de ocasiones cuando era un niño, pero no podía pensar en lo que se había convertido sin sentir una opresión en el estómago.

—La Amyrlin verá a los tres, Nynaeve. Los *ta'veren* no son tan comunes como para que pierda la ocasión de ver a tres de ellos en un mismo lugar. Tal vez les dirá algunas palabras de aliento, ya que van a cabalgar con Ingtar en persecución de quienes robaron el Cuerno. Se irán aproximadamente cuando lo hagamos nosotros, de modo que será mejor que os apresuréis con las despedidas.

Nynaeve se acercó a la aspillera más cercana y se asomó al patio. Había caballerías por doquier, animales de carga y caballos ensillados, y hombres que circulaban entre ellos, hablando entre sí. El único espacio libre que quedaba era el que circundaba el palanquín de la Amyrlin, con su par de caballos aguardando pacientemente sin la presencia de ningún criado. Algunos de los Guardianes se encontraban allí, atendiendo sus monturas, y al otro lado de la explanada se hallaba Ingtar, rodeado de un grupo de shienarianos vestidos con armadura. De tanto en tanto, un Guardián o uno de los hombres de Ingtar cruzaban las losas del pavimento para intercambiar algún comentario.

—Debí apartar a los muchachos de vos —afirmó, todavía mirando por la ventana. «A Egwene también, si pudiera hacerlo sin matarla. Luz, ¿por qué tuvo que nacer con esa maldita capacidad?»—. Debí llevarlos de regreso al pueblo.

—Ya son bastante mayores para estar alejados de las faldas —replicó con sequedad Moraine—. Y sabéis perfectamente por qué os hubiera sido imposible hacerlo. Por lo que respecta a uno de ellos al menos. Además, ello representaría dejar que Egwene vaya sola a Tar Valon. ¿O acaso habéis decidido no ir a Tar Valon? Si no perfeccionáis el uso del Poder, nunca estaréis en condiciones de utilizarlo contra mí.

Nynaeve se volvió para encararse con la Aes Sedai, con la mandíbula desencajada. No pudo evitarlo.

—No sé de qué me estáis hablando.

—¿Pensabais que no lo sabía, muchacha? Bien, como queráis. ¿Deduzco entonces que vais a ir a Tar Valon? Sí, tal como creía.

Nynaeve sintió deseos de golpearla, de aplastar la tenue sonrisa que iluminó por un instante el rostro de la Aes Sedai. Las Aes Sedai no habían podido ejercer abiertamente una autoridad desde el Desmembramiento, y mucho menos el Poder único, pero intrigaban y manipulaban, tiraban de las cuerdas cual hábiles marionetistas, utilizaban tronos y naciones como piezas de un tablero. «Quiere

servirse de mí también, de algún modo. Si lo hacen con los reyes y reinas, ¿por qué no con una Zahorí? De igual manera que está utilizando a Rand. Yo no soy una muchacha, Aes Sedai.»

—¿Qué estáis haciéndole ahora a Rand? ¿No os habéis servido de él el tiempo suficiente? No sé por qué no lo habéis amansado todavía, ahora que la Amyrlin está aquí con todas esas Aes Sedai, pero debe existir un motivo. Debe de estar comprendido en alguna estratagema que estáis tramando. Si la Amyrlin supiera cuáles son vuestros planes, apuesto a que…

—¿Qué interés iba a tener la Amyrlin en un pastor? —la interrumpió Moraine—. Claro está que, si llamaran su atención sobre él de una manera inadecuada, podría ser amansado o acabar muerto incluso. Él es lo que es, después de todo. Y los ánimos están considerablemente exaltados después de lo de anoche. Todos están buscando a alguien sobre quien depositar las culpas. —La Aes Sedai calló, dejando prolongar el silencio. Nynaeve la miró, haciendo rechinar los dientes—. Sí —prosiguió al fin Moraine—, es preferible dejar que continúe durmiendo el león dormido. Será mejor que os ocupéis de vuestro equipaje ahora. —Se alejó en la misma dirección que había tomado Lan, pareciendo deslizarse por el suelo.

Con una mueca de furor, Nynaeve alzó un puño amenazador hacia la pared; el anillo se clavó en su palma. Abrió la mano para mirarlo. La joya parecía alimentar su furia, centrar su odio. «Aprenderé. Pensáis que, gracias a vuestros conocimientos, podéis zafaros de mí. Pero aprenderé más de lo que creéis, y os abatiré por lo que habéis hecho. Por el daño que habéis causado a Mat y a Perrin. A Rand, que la Luz lo ayude y el Creador lo proteja. Especialmente por Rand.» Su mano se cerró en torno al pesado aro de oro. «Y por mí.»

Egwene observaba cómo la sirvienta doblaba sus vestidos y los introducía en un baúl de viaje forrado de cuero, todavía algo incómoda, aun después de un mes de práctica, por el hecho de que alguien se encargara de lo que ella misma hubiera podido hacer. Había unos vestidos muy hermosos, todos presentes de lady Amalisa, al igual que el traje de seda gris de montar que llevaba puesto, a pesar de ser éste sencillo, con sólo unas florecillas blancas bordadas en el pecho. La mayoría de los vestidos eran mucho más elaborados. Cualquiera de ellos resplandecería en el Día Solar o en Bel Tine. Suspiró recordando que se hallaría en Tar Valon durante la próxima festividad del sol y no el Campo de Emond. Por lo poco que Moraine le había explicado acerca del aprendizaje del noviciado —casi nada, en realidad— no creía poder encontrarse en casa en Bel Tine, en primavera, ni siquiera en el Día Solar del año próximo. Nynaeve asomó la cabeza en la habitación.

—¿Estás lista? —Entró y se acercó a ella—. Debemos estar dentro de un rato en el patio. —También llevaba un vestido de montar, de seda azul con flores rojas. Otro

presente de Amalisa.

—Falta poco, Nynaeve. Casi siento tener que irme de aquí. No creo que en Tar Valon tengamos muchas ocasiones de lucir estos preciosos vestidos que nos ha regalado Amalisa. —Dejó escapar una brusca carcajada—. De todas maneras, Zahorí, no echaré de menos bañarme sin mirar constantemente por encima del hombro.

—Mucho mejor bañarse sola —convino distraídamente Nynaeve. Su expresión permaneció inalterada, pero sus mejillas se arrebolaron tras un momento.

Egwene sonrió. «Está pensando en Lan.» Aún le resultaba extraña la idea de que Nynaeve, la Zahorí, estuviera embobada por un hombre. No creía que fuera sensato expresarlo de aquel modo a Nynaeve, pero últimamente ésta se comportaba de manera tan particular como cualquier muchacha que hubiera depositado su corazón en un hombre concreto. «Y uno que no tiene bastante juicio para ser digno de ella, a decir verdad. Ella lo quiere y yo veo que él la corresponde, ¿entonces por qué no se declara?»

—Me parece que no deberías llamarme ya Zahorí —dijo de repente Nynaeve.

Egwene pestañeó. En realidad, no era un requisito obligatorio, y Nynaeve nunca insistía en el apelativo a menos que estuviera enfadada, o que la situación requiriera un trato ceremonioso, pero aquello…

—¿Por qué no?

—Ya eres una mujer ahora. —Nynaeve lanzó una ojeada a su melena sin trenzar y Egwene resistió el impulso de disponerla apresuradamente en una semblanza de trenza. Las Aes Sedai llevaban el cabello según su antojo, pero para ella el hecho de llevarlo suelto había marcado el inicio de una nueva vida.

—Eres una mujer —repitió con firmeza Nynaeve—. Somos dos mujeres, a muchos kilómetros de distancia del Campo de Emond, y pasará mucho tiempo antes de que volvamos a casa. Será preferible que me llames simplemente Nynaeve.

—Volveremos a casa, Nynaeve, ya lo verás.

—No intentes consolar a la Zahorí, muchacha —contestó ásperamente Nynaeve, pero sonriendo.

Sonó un golpe en la puerta, pero, antes de que Egwene llegara a abrirla, Nisura entró con el rostro agitado.

—Egwene, ese joven amigo vuestro pretende penetrar en los aposentos de las mujeres. —Su voz sonaba escandalizada—. Y llevando una espada. Sólo porque la Amyrlin le ha permitido entrar de ese modo… Lord Rand debería saber comportarse mejor. Está provocando un alboroto. Egwene, debéis hablar con él.

—Lord Rand —se mofó Nynaeve—. Ese joven está volviéndose demasiado engreído. Cuando le ponga las manos encima, ya le daré yo «lord».

Egwene puso una mano sobre el brazo de Nynaeve.

—Déjame hablar con él, Nynaeve. A solas.

—Oh, muy bien. Los mejores hombres apenas superan el nivel de simples allanadores de morada —Nynaeve hizo una pausa y agregó, medio para sí—. Pero, claro, los mejores hombres compensan la molestia de una irrupción inconveniente.

Egwene sacudía la cabeza mientras salía al corredor en pos de Nisura. Aun seis meses antes, Nynaeve no hubiera añadido jamás la segunda parte de tal alocución. «Pero ella nunca irrumpirá en la morada de Lan.» Sus pensamientos derivaron hacia Rand. Estaba provocando un alboroto.

—Si todavía no ha aprendido modales —murmuró—, voy a desollarlo vivo.

—En ocasiones eso es lo que se precisa —comentó Nisura, caminando con paso vivo—. Los hombres sólo están civilizados a medias hasta que se casan. —Dirigió una mirada de soslayo a Egwene—. ¿Tenéis intención de esposaros con lord Rand? No pretendo inmiscuirme, pero vos vais a ir a Tar Valon y las Aes Sedai se unen en matrimonio raras veces; únicamente lo hacen algunas del Ajah Verde, según tengo entendido, y no muchas, y…

Egwene podía deducir el resto. Había escuchado las conversaciones de las mujeres respecto a la mujer que le convendría a Rand. En un principio le habían causado accesos de celos y de rabia. Él había estado prácticamente prometido a ella desde que eran unos niños. Pero ella iba a convertirse en una Aes Sedai y él era lo que era: un hombre capaz de encauzar el Poder. Podía casarse con él. Y ver cómo enloquecía y contemplar su muerte paulatina. La única manera de detener el proceso era amansarlo. «No puedo hacerle esto a él. ¡No puedo!»

—No lo sé —respondió en voz alta.

—Nadie se entrometerá en lo que reclaméis, pero vais a ir a la Torre y él será un buen marido. Una vez que haya aprendido maneras. Ahí está.

Las mujeres estaban reunidas en torno a la entrada de los aposentos, tanto afuera como en el interior, contemplando a los tres hombres que se hallaban en el pasillo exterior. Rand, con la espada prendida por encima de su chaqueta roja hablaba con Agelmar y Kajin. Ninguno de ellos iba armado; incluso después de lo acaecido la noche anterior, aquéllos eran todavía los aposentos femeninos. Egwene se detuvo al final del gentío congregado.

—Comprendéis por qué no podéis entrar —decía Agelmar—. Sé que las cosas son distintas en Andor pero ¿lo comprendéis?

—No he intentado entrar. —El tono de voz de Rand indicaba que había dado aquella explicación más de una vez—. Le he dicho a lady Nisura que quería hablar con Egwene y ella ha respondido que estaba ocupada y que había de esperar. Todo cuanto he hecho es llamarla a voces desde la puerta. No he intentado trasponerla. Diríase que había nombrado al Oscuro, a juzgar por la manera como se han abalanzado sobre mí.

—Las mujeres utilizan sus propios métodos —terció Kajin. Era un shienariano de

elevada estatura, casi igual a la de Rand, desgarbado y cetrino, con la coleta negra como el azabache—. Ellas establecen las normas que rigen en sus aposentos y nosotros las acatamos incluso cuando son insensatas—. Entre las mujeres se enarcaron múltiples cejas y él se apresuró a aclararse la garganta—. Debéis enviar un mensaje si deseáis hablar con una de ellas, pero lo entregan cuando ellas quieren y, hasta que lo hagan, debéis aguardar. Esa es la costumbre.

—Tengo que verla —insistió tercamente Rand—. Vamos a partir pronto. Por mí ya me habría ido, pero debo ver a Egwene. Recobraremos el Cuerno de Valere y la daga y ahí acabará todo. Todo. Pero quiero verla antes de marcharme. —Egwene frunció el entrecejo; hablaba de un modo extraño.

—No es preciso mostrar tanta vehemencia —arguyó Kajin—. Tal vez vos e Ingtar halléis el Cuerno, o tal vez no. Si no lo halláis, otro lo recuperará. La Rueda teje según sus designios y nosotros sólo somos hilos del Entramado.

—No dejéis que el Cuerno se apodere de vuestro entendimiento, Rand —aconsejó Agelmar—. Es capaz de apropiarse de la voluntad de un hombre, yo sé bien hasta que punto, y no debe ser así. Un hombre debe cumplir con su obligación, sin afán de gloria. Lo que ha de ser, será. Si, por la Luz, ha de soplarse en él, él sonará.

—Aquí está Egwene —anunció Kajin al verla.

Agelmar miró en derredor y asintió al advertirla junto a Nisura.

—Os dejaré en sus manos, Rand al'Thor. Recordad, aquí sus palabras son ley. Lady Nisura, no seáis demasiado dura con él. Solamente quería ver a su chica y no conoce nuestras costumbres.

Egwene siguió a Nisura cuando ésta se abrió paso entre las expectantes mujeres. La shienariana inclinó brevemente la cabeza ante Agelmar y Kajin, sin incluir, expresamente, a Rand. Su voz no tenía ningún matiz de condescendencia.

—Lord Agelmar, lord Kajin: él debería conocer nuestras costumbres a estas alturas, pero es demasiado grande para recibir una azotaina, de manera que dejaré que Egwene se encargue de él.

Agelmar dio una palmada de aliento en el hombro a Rand.

—Ya veis. Hablaréis con ella, aunque no sea exactamente como lo deseabais. Vamos, Kajin. Tenemos aún muchos asuntos que atender. La Amyrlin insiste en… —Su voz se difuminó al alejarse. Rand permaneció allí de pie, mirando a Egwene.

Ésta advirtió que las mujeres todavía los observaban, tanto a ella como a Rand, esperando a ver lo que haría. «De modo que se supone que he de encargarme de él, ¿no es así?» No obstante, sentía como su corazón cedía ante él. Estaba despeinado, y su semblante mostraba furia, osadía y fatiga.

—Camina conmigo —le dijo. Un murmullo brotó tras ellos mientras él andaba por el corredor a su lado, alejándose de los aposentos de las mujeres. Rand parecía luchar consigo mismo, tratando de hallar las palabras apropiadas.

—He oído hablar de tus… hazañas —manifestó Egwene al fin—. Corriendo por los aposentos de las mujeres anoche con una espada, llevando una espada para asistir a una audiencia con la Sede Amyrlin. —Él continuaba callado, limitándose a mirar, ceñudo, el suelo—. No te… hizo ningún daño, ¿verdad? —No Podía Preguntarle si lo habían amansado; Por su aspecto, podían haberle hecho cualquier cosa menos amansarlo, pero ella no tenía ni idea de la apariencia de un hombre después de sufrir aquella operación.

—No —repuso Rand, dando un respingo—. No me… Egwene, la Amyrlin… —Sacudió la cabeza—. No me causó ningún daño.

Tenía la impresión de que había estado a punto de decir algo distinto. Por lo general era capaz de sonsacarle lo que él le quería ocultar, pero, cuando realmente se atrincheraba en su obstinación, era como si quisiera excavar una pared con las uñas. A juzgar por la posición de sus mandíbulas, se encontraba en un momento culminante de terquedad.

—¿Para qué quería verte, Rand?

—Para nada de importancia. *Ta'veren*. Quería ver a un *ta'veren*. —Su expresión se suavizó al mirarla—. ¿Y qué hay de ti, Egwene? ¿Te encuentras bien? Moraine dijo que te recuperarías, pero estabas demasiado quieta. Pensé que estabas muerta, al principio.

—Bien, no lo estoy. —Lanzó una carcajada. No recordaba nada de lo sucedido después de haberle pedido a Mat que la acompañara a las mazmorras hasta que había despertado en su cama por la mañana. Por lo que había oído contar de lo acontecido la noche anterior, casi prefería haberlo borrado de la memoria—. Moraine ha dicho que me habría dejado un dolor de cabeza por comportarme de modo alocado si hubiera podido curar el resto sin afectar la totalidad, pero no podía.

—Ya te advertí que Fain era peligroso —murmuró Rand—. Te lo dije, pero no me escuchaste.

—Si ése es el tono que vas a adoptar —avisó—, voy a devolverte al cuidado de Nisura. Ella no te hablará como yo estoy haciéndolo. El último hombre que trató de irrumpir en los aposentos de las mujeres pasó un mes con los brazos sumergidos hasta los codos en agua, ayudando a realizar la colada, y él sólo pretendía ver a su prometida y reconciliarse con ella. Él al menos tuvo el suficiente juicio como para no llevar puesta la espada. La Luz sabe qué castigo te aplicarían a ti.

—Todo el mundo quiere hacerme algo —gruñó él—. Todos quieren utilizarme para algo. Pues no me van a utilizar. Una vez que hayamos encontrado el Cuerno y la daga de Mat, no se servirán nunca más de mí.

Con un bufido de exasperación, la muchacha lo tomó por los hombros, forzándolo a encararse a ella, y le asestó una mirada enfurecida.

—Si no empiezas a atender a razones, Rand al'Thor, juro que voy a abofetearte.

—Ahora hablas como Nynaeve —rió. Al mirarla, sin embargo, su risa se desvaneció—. Supongo… supongo que no volveré a verte nunca más. Sé que debes ir a Tar Valon. Lo sé. Y te convertirás en una Aes Sedai. No quiero tener más tratos con Aes Sedai, Egwene. No voy a ser una marioneta en sus manos, ni para Moraine ni para ninguna otra.

Parecía tan desamparado que sintió deseos de apoyar la cabeza en su hombro, y tan terco que realmente quería propinarle una bofetada.

—Escúchame, buey enorme. Voy a ser una Aes Sedai y encontraré la manera de ayudarte. Lo haré.

—La próxima vez que me veas, es probable que quieras amansarme.

Egwene miró rápidamente a su alrededor; no había nadie en aquel tramo del pasillo.

—Si no vigilas lo que dices, no podré prestarte ninguna ayuda. ¿Quieres que todos se enteren?

—Ya hay demasiados que lo saben —replicó—. Egwene, me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero no lo son. Ojalá… Cuídate mucho. Y prométeme que no elegirás el Ajah Rojo.

Las lágrimas le nublaban la visión cuando se arrojó entre sus brazos.

—Tú debes cuidarte —dijo con furia sobre su pecho—. Si no lo haces, te…, te…

—Te quiero —creyó oírlo murmurar. Después ya estaba deshaciéndose con firmeza de su abrazo, apartándola suavemente de él. Luego se volvió y se alejó de ella, casi corriendo.

Se sobresaltó cuando Nisura le tocó el brazo.

—Parece como si le hubierais encomendado una tarea que no es de su agrado. Pero no debéis permitir que os vea llorar por ello. Eso inutilizaría el cometido. Venid. Nynaeve quiere veros.

Enjugándose las mejillas, Egwene siguió a la mujer. «Cuídate, tozudo idiota. Luz, protégelo.»

9



La partida

El patio exterior se hallaba animado por un ordenado frenesí cuando Rand llegó a él con sus alforjas y el hatillo que contenía el arpa y la flauta. El sol se elevaba hacia mediodía. Los hombres se afanaban en torno a los caballos, ajustando las cinchas de las sillas y el arnés de la carga, y las voces sonaban por doquier. Otros correteaban en busca de aditamentos de última hora al equipaje o de agua para los obreros o de algo que habían recordado en aquel preciso instante. Sin embargo, todos parecían saber exactamente lo que hacían y adónde se dirigían. Los parapetos y los balcones de los arqueros se hallaban repletos nuevamente y la excitación restallaba en el aire matinal. Las herraduras repicaban en las piedras del pavimento. Uno de los caballos de carga comenzó a cocear y los mozos corrieron a calmarlo. El olor a caballerías era intenso. La capa de Rand trataba de aletear con la brisa que hacía ondear los estandartes con el halcón inclinado en las torres, pero el arco cruzado en su espalda lo impedía. Desde el exterior de las puertas llegaban los sonidos de los piqueros y arqueros de la Amyrlin formados en la plaza. Uno de los heraldos ensayó su cuerno.

Algunos de los Guardianes dedicaron una ojeada a Rand mientras atravesaba el patio. Entre ellos se advertían cejas enarcadas ante la marca de la garza de la espada de Rand, pero ninguno hizo ningún comentario. La mitad llevaban las capas cuyo color resultaba tan difícil de definir. *Mandarb,* el semental de Lan, se encontraba allí, alto, negro y de mirada altiva, pero su amo estaba ausente y ninguna de las Aes Sedai, ninguna de las mujeres, se hallaban visibles aún. La blanca yegua de Moraine, *Aldieb,* caminaba elegantemente junto al semental.

Su caballo alazán estaba en el otro grupo, situado en el extremo opuesto del patio, con Ingtar, un portaestandarte que llevaba en alto la bandera con la Lechuza Gris de Ingtar y otros veinte hombres vestidos con armadura, con lanzas rematadas con dos pies de acero, ya a lomos de sus monturas. Las rejillas de sus yelmos les cubrían la cara y unas sobrevestes doradas, con el Halcón Negro en el pecho, tapaban las cotas

de mallas y placas metálicas. Únicamente el yelmo de Ingtar estaba provisto de una cresta, una luna creciente cuyas puntas sobresalían sobre su frente. Rand reconoció a algunos de los hombres. El malcarado Ino, con una larga cicatriz que le recorría el rostro y un solo ojo; Ragan y Masema; otros con quienes había cruzado una palabra o jugado a los dados. Ragan lo saludó con la mano e Ino con la cabeza, pero Masema no fue el único que le dedicó una fría mirada antes de volverse hacia otro lado. Sus caballos de carga aguardaban pacientemente, agitando la cola.

El gran alazán caracoleó cuando Rand ató las alforjas y el hatillo detrás de la silla de elevado arzón trasero. Puso el pie en el estribo y murmuró algunas palabras para apaciguarlo al montar, pero dejó que el semental retozara un poco para liberar la energía contenida en el establo.

Para sorpresa de Rand, Loial apareció, al parecer procedente de las caballerizas, cabalgando para sumarse a ellos. La pelambrosa montura del Ogier era tan voluminosa y pesada como un semental de primera categoría. A su lado, los restantes animales aparentaban la talla de *Bela*, pero, con Loial sobre su lomo, el caballo semejaba un pony.

Loial no llevaba ninguna arma, por lo que veía Rand; nunca había oído hablar de un Ogier que hubiera hecho uso de alguna. Sus *stedding* eran una protección suficiente, y Loial tenía sus propias prioridades, sus propias ideas respecto a lo que era necesario llevar en un viaje. Los bolsillos de su larga chaqueta abultaban significativamente y sus alforjas revelaban los ángulos de los libros.

El Ogier detuvo el caballo a poca distancia y miró a Rand, moviendo con incertidumbre sus peludas orejas.

—No sabía que ibas a venir —se extrañó Rand—. Pensaba que ya te habrías cansado de viajar con nosotros. En esta ocasión es imposible prever el tiempo que nos tomará o el lugar adonde iremos a parar.

—También lo era cuando te conocí —observó Loial, agitando levemente las orejas—. Además, lo que me atraía entonces, persiste ahora. No puedo perderme la ocasión de observar realmente cómo se teje la historia alrededor de los ta’veren. Y de contribuir al hallazgo del Cuerno…

Mat y Perrin se aproximaron tras Loial y detuvieron las caballerías. Mat tenía ojeras de cansancio bajo los ojos, pero su cara reflejaba un óptimo estado de salud.

—Mat —trató de reconciliarse Rand—, siento lo que dije. Perrin, no lo decía en serio. Me porté como un estúpido.

Mat se limitó a mirarlo; luego sacudió la cabeza y musitó algo al oído de Perrin que Rand no consiguió escuchar. Mat sólo llevaba el arco y el carcaj, pero Perrin tenía prendida además el hacha en la correa, con su gran hoja en forma de media luna equilibrada con un pesado pico.

—Mat, Perrin, de veras no… —Sin oírlo, se alejaron hacia Ingtar.

—Ésta no es una chaqueta apropiada para viajar, Rand —señaló Loial.

Rand bajó la mirada hasta las doradas espinas que trepaban por su manga carmesí y esbozó una mueca de desagrado. «No me extraña que Mat y Perrin todavía piensen que me doy aires de señor.» Al regresar a su habitación se había encontrado con que todo había sido empaquetado y trasladado. Todas las chaquetas más sencillas que le habían dado habían sido cargadas en los caballos, según le habían explicado los sirvientes, y las que quedaban en el armario eran tanto o más lujosas que la que vestía. Sus alforjas no contenían ninguna prenda de abrigo aparte de algunas camisas, calcetines de lana y unos pantalones de repuesto. Al menos se había quitado la cinta dorada de la manga, aun cuando llevaba el alfiler con el águila roja en el bolsillo. Lan se lo había ofrecido como un regalo, después de todo.

—Me cambiaré cuando paremos esta noche —murmuró. Inspiró profundamente —. Loial, dije cosas que no debía y espero que me perdones. Tienes derecho a guardarme rencor, pero confío en que no sea así.

Loial sonrió con las orejas enhiestas y aproximó más su caballo.

—Yo digo continuamente cosas que debería callar. Los mayores siempre me dicen que hablo una hora antes de reflexionar.

De improviso Lan se encontraba al lado de Rand, con su armadura de escamas de tono gris verdoso que lo convertían casi en un ser invisible entre la maleza o la oscuridad.

—He de hablar contigo, pastor. —Miró a Loial—. A solas, si nos excusáis, constructor. —Loial asintió y apartó su montura.

—No sé si debería escucharos —dijo Rand al Guardián—. Este lujoso atuendo y todos los consejos que me habéis dado no me han servido de mucho.

—Cuando no puedas ganar una gran contienda, pastor, aprende a apreciar las victorias de menor importancia. Si has hecho que te consideren como algo más que un muchacho campesino que será fácil manejar, habrás logrado una pequeña victoria. Ahora calla y presta atención. Sólo dispongo de tiempo para impartirte la última lección, la más dura: envainar la espada.

—Habéis dedicado una hora cada mañana exclusivamente a hacerme desenfundar esta maldita espada y volver a ponerla en la funda. De pie, sentado, tumbado. Creo que puedo arreglármelas para devolverla a la vaina sin cortarme el pie.

—He dicho que escuches, pastor —gruñó el Guardián—. Llegará la hora en que debas cumplir un objetivo a toda costa. Puede producirse en posición de ataque o de defensa. Y la única manera de lograrlo será permitiendo que la espada se envaine en tu propio cuerpo.

—¡Eso es un desatino! —exclamó Rand—. ¿Por qué iba a…?

—Lo sabrás cuando ocurra, pastor —lo interrumpió el Guardián—, cuando la recompensa supere el precio pagado y no te quede más alternativa. A eso se lo llama

envainar la espada. Recuérdalo.

La Sede Amyrlin apareció, caminando entre el ajetreo del patio con Leane y su bastón, y lord Agelmar a un lado. Aun vestido con una chaqueta de terciopelo verde, el señor de Fal Dara no parecía fuera de contexto en medio de tantos hombres con armadura. Todavía no había señales de las otras Aes Sedai. Mientras seguían su camino, Rand oyó parte de su conversación.

—Pero madre —protestaba lord Agelmar—, no habéis tenido tiempo para reposar del viaje de venida. Quedaos al menos unos cuantos días más. Os prometo una fiesta esta noche como es difícil que podáis disfrutar en Tar Valon.

La Amyrlin sacudió la cabeza sin interrumpir el paso.

—No puedo, Agelmar. Sabéis que lo haría de ser posible. No entraba dentro de mis planes permanecer mucho tiempo y hay asuntos que reclaman urgentemente mi presencia en la Torre Blanca. Ya debería estar allí ahora.

—Madre, es una deshonra para mí que lleguéis un día y partáis al siguiente. Os lo juro, no se repetirá lo de anoche. He triplicado la guardia en las puertas de la ciudad así como en las de la fortaleza. He mandado traer titiriteros de la ciudad y un bardo de Mos Shirare. El propio rey Easar se habrá puesto en camino desde Fal Moran. Le informé de vuestra llegada tan pronto…

Sus voces fueron perdiéndose al cruzar la plaza, engullidas por el alboroto de los preparativos. La Amyrlin ni siquiera dirigió la vista en dirección a donde se entraba Rand. Cuando éste miró en torno a sí, el Guardián se había ido y, no lo veía en ninguna parte. Loial volvió a acercar su caballo a Rand.

—Es un hombre difícil de atrapar y retener, ¿no es cierto, Rand? Ahora no está, ahora está y luego ya se ha ido y uno no ve cómo aparece ni por dónde se va.

Envainar la espada. Rand se estremeció. «Los Guardianes deben de estar todos locos.»

El Guardián con quien estaba hablando la Amyrlin montó de pronto y ya había emprendido un frenético galope antes de llegar a las puertas, abiertas de par en par. La dirigente de las Aes Sedai permaneció de pie, mirándolo, con un ademán que parecía urgirlo a acelerar la marcha.

—¿Adónde se dirigirá con tanta prisa? —se preguntó Rand en voz alta.

—He oído —refirió Loial— que iba a enviar a alguien a Arad Doman. Se dice que hay disturbios en el llano de Almoth y la Sede Amyrlin desea conocer su naturaleza con exactitud. Lo que no comprendo es ¿por qué ahora? Según tengo entendido, los rumores de ese conflicto llegaron de Tar Valon con las Aes Sedai.

Rand sintió escalofríos. Recordó el gran mapa que tenía el padre de Egwene en el pueblo, un mapa que Rand había ojeado en más de una ocasión, soñando antes de averiguar en qué se tornaban los sueños en contacto con la realidad. Era antiguo aquel mapa, el cual delimitaba tierras y naciones que, a decir de los mercaderes forasteros,

ya no existían, pero el llano de Almoth constaba en él, situado en un confín, junto a la Punta de Toman. «Volveremos a vernos en la Punta de Toman.» Ésta estaba situada en el extremo del mundo que conocía, a orillas del Océano Aricio.

—A nosotros no nos concierne —susurró—. No guarda ninguna relación conmigo.

Loial no dio señas de haberlo escuchado. Frotándose la nariz con un enorme el Ogier todavía contemplaba la puerta por donde se había desvanecido el Guardián.

—Si quería saberlo, ¿por qué no envió a alguien antes de abandonar Tar Valon? Pero los humanos sois siempre imprevisibles e impulsivos y estáis continuamente ajetreados. —Sus orejas se irguieron a causa del embarazo—. Lo siento, Rand. Ya ves a qué me refería al decir que hablo antes de pensar. A veces yo también me comporto de manera precipitada.

Rand soltó una carcajada. Era una risa débil, pero era agradable tener algo de que reír.

—Tal vez si viviéramos tanto tiempo como vosotros los Ogier, seríamos más apacibles.

Loial tenía noventa años; según las normas de los Ogier aún le faltaban diez para poder salir solo del *stedding*. Él sostenía que el hecho de haberse ido sin obtener el permiso era una prueba de su precipitación. Si Loial era un Ogier impulsivo, pensaba Rand, la mayoría de ellos debían de estar formados con piedra.

—Tal vez sí —musitó Loial—, pero los humanos sacáis mucho provecho de vuestras vidas. Nosotros no hacemos más que permanecer apiñados en nuestro *stedding*. La plantación de las arboledas e incluso la construcción de los edificios ya se había llevado a cabo antes de que finalizara el largo exilio. —Eran las arboledas las que recibían el afecto de Loial y no las ciudades gracias a cuya construcción recordaban los hombres a los Ogier. Era para ver las arboledas, plantadas para mantener viva en los constructores Ogier la remembranza del *stedding*, por lo que Loial había abandonado su hogar—. Desde que encontramos el camino de regreso a los *steddings*, no… —Sus palabras se interrumpieron al acercarse la Amyrlin.

Ingtar y los otros hombres se agitaron sobre las sillas, preparados para desmontar y arrodillarse, pero ella les indicó que no se movieran. Leane iba a su lado y Agelmar un paso atrás. A juzgar por su sombrío semblante, había cejado en su intento de convencerla para que se quedara más tiempo.

La Amyrlin los miró uno a uno antes de hablar. Su mirada no se demoró en Rand más tiempo que en los demás.

—Que la paz propicie el uso de vuestra espada, lord Ingtar —deseó al fin—. Gloria a los constructores, Loial Kiseran.

—Es un honor para nosotros, madre. Así la paz cobije a Tar Valon. —Ingtar se inclinó en la silla y los otros shienarianos siguieron su ejemplo.

—Honor a Tar Valon —repuso Loial, inclinando la cabeza.

Únicamente Rand y sus dos amigos, situados al otro costado del grupo, permanecieron erguidos. Él no sabía qué les había dicho a ellos. El ceño de Leane era un reproche para los tres y Agelmar evidenció su estupor abriendo desmesuradamente los ojos, pero la Amyrlin no reparó en su actitud.

—Cabalgáis en pos del Cuerno de Valere —dijo— y la esperanza del mundo os acompaña. El Cuerno no puede permanecer en manos irresponsables, y menos en las de Amigos Siniestros. Quienes acudan en respuesta a su llamada, lo harán sea quien sea quien sople en él; ellos están vinculados al Cuerno, no a la luz.

La inquietud recorrió de modo perceptible a los presentes. Todos creían que los héroes invocados en la tumba pelearían por la luz. Si en su lugar luchaban del lado de la Sombra…

La Amyrlin prosiguió su arenga, pero Rand ya no escuchaba. El observador invisible había retornado. Se le había erizado el vello de la nuca. Observó los abarrotados balcones de los arqueros, las hileras de gente apretada a lo largo de las almenas de las murallas. En algún lugar, entre ellos, se encontraba el par de ojos que lo habían seguido sin que él pudiera verlos. Su mirada se pegaba a él como un viscoso aceite. «No puede ser un Fado, no aquí. ¿Quién entonces? ¿O qué?» Se movió en la silla, haciendo girar a Rojo, escudriñando.

De improviso algo pasó silbando delante de la cara de Rand. Un hombre que pasaba detrás de la Amyrlin exhaló un alarido y cayó a tierra con una flecha emplumada de negro clavada en el costado. La Amyrlin permaneció quieta, mirando tranquilamente un desgarrón en su manga, mientras la sangre iba manchando la seda gris.

Una mujer gritó, y de pronto el patio se convirtió en el escenario de gritos y sollozos de una multitud. Las gentes apostadas en las almenas hormigueaban furiosamente y todos los hombres del patio habían desenvainado la espada. Incluso Rand, según advirtió él mismo con asombro. Agelmar agitó su hoja hacia el cielo.

—¡Buscadlo! —rugió—. ¡Traédmelo! —Su faz pasó del rojo al blanco al percibir la sangre en la manga de Amyrlin. Se postró de rodillas, cabizbajo—. Perdonadme, madre. No he sabido protegeros como es debido. Estoy avergonzado.

—Tonterías, Agelmar —replicó la Amyrlin—. Leane, deja de preocuparte por mí y atiende a ese hombre. Me he hecho cortes más profundos que éste en más de una ocasión limpiando pescado y él precisa ayuda ahora. Agelmar, levantaos. Levantaos, señor de Fal Dara. No me habéis decepcionado y no tenéis motivos para avergonzaros. El año pasado en la Torre Blanca, con mis propios guardias en cada puerta y rodeada de Guardianes, un hombre armado con un cuchillo llegó a cinco pasos de distancia de mí. Un Capa Blanca, sin duda, aun cuando no disponga de pruebas. Por favor, incorporaos o seré yo quien se avergüence. —Cuando Agelmar se

enderezaba, señaló su manga desgarrada—. Un arquero Capa Blanca, o incluso un Amigo Siniestro. —Sus ojos se alzaron para rozar unos segundos a Rand—. Si era a mí a quien iba destinado el proyectil—. Su mirada se había desplazado ya antes de que pudiera escrutar algo en su semblante, pero de improviso sintió deseos de desmontar y esconderse.

«No iba destinado a ella y ella lo sabe.»

Leane, que había estado arrodillada, se incorporó. Alguien había cubierto con una capa el rostro del hombre en cuyo cuerpo se había prendido la flecha.

—Está muerto, madre —anunció con voz cansada—. Ya lo estaba cuando se desplomó en el suelo. Aun cuando me hubiera encontrado a su lado…

—Has hecho cuanto estaba en tu mano, hija. Nuestros métodos curativos no son efectivos contra la muerte.

—Madre —arguyó Agelmar, aproximándose a ella—, si hay asesinos Capas Blancas en los alrededores, o Amigos Siniestros, debéis permitirme que envíe hombres para que os escolten, hasta el río, al menos. No podría seguir viviendo si os ocurriese algo en Shienar. Por favor, regresad a los aposentos de las mujeres. Os garantizo, por mi vida, que permanecerán custodiados hasta que estéis lista para partir.

—No os alarméis —replicó la Amyrlin—. Este rasguño no va a demorarme ni un momento. Sí, sí, acepto gustosamente vuestra escolta hasta el río, si insistís. Pero no dejaré que este incidente retrase en lo más mínimo a lord Ingtar. Todos los instantes son vitales hasta no haber hallado el Cuerno. ¿Vais a dar la orden de partida a vuestros vasallos, lord Agelmar?

Éste inclinó la cabeza a modo de asentimiento. En aquel momento le habría dado Fal Dara si ella se lo hubiera pedido.

La Amyrlin se giró nuevamente hacia Ingtar y los soldados reunidos tras él. No volvió a dirigir la mirada a Rand, el cual se sorprendió al verla sonreír de súbito.

—Apuesto a que Illian no concede a su Gran Cacería una despedida tan estimulante —aventuró—. Pero la vuestra es la auténtica Cacería del Cuerno. En grupo reducido podréis viajar con rapidez y, sin embargo, sois lo bastante numerosos para cumplir vuestra misión. Os exhorto, lord Ingtar de la casa Shinowa, os exhorto a todos, a buscar el Cuerno de Valere, sin ceder a nada que se interponga en vuestro camino.

Ingtar desenvainó la espada y besó la hoja.

—Por mi vida y alma, por mi casa y honor, lo juro, madre.

—Entonces cabalgad.

Ingtar encaró el caballo en dirección a la puerta.

Rand hincó los talones en los flancos de Rojo y galopó tras la columna que ya flanqueaba la salida de la fortaleza.

Ignorantes de lo acaecido en el interior, los piqueros y arqueros de la Amyrlin permanecían de pie con la Llama de Tar Valon en el pecho, componiendo un pasillo desde las puertas a la ciudad propiamente dicha. Los tambores y heraldos aguardaban junto al umbral, dispuestos a sumarse a su comitiva. Detrás de las hileras de hombres armados, las gentes abarrotaban la plaza a la que desembocaba la ciudadela. Algunos gritaron vítores ante el estandarte de Ingtar y otros creyeron sin duda que aquél era el inicio de la partida de la Sede Amyrlin. Un poderoso clamor acompañó a Rand al cruzar la explanada.

Se reunió con Ingtar cuando recorrían ya las calles pavimentadas de piedra, flanqueadas por tupidas masas de ciudadanos. Algunos también los aclamaron al pasar. Mat y Perrin habían ido cabalgando en cabeza de la expedición, con Ingtar y Loial, pero ambos se rezagaron al llegar Rand. «¿Cómo demonios voy a disculparme si no permanecen cerca de mí el tiempo necesario para decir algo? Diantre, no parece un moribundo precisamente.»

—Changu y Nidao han desaparecido —anunció de improviso Ingtar, con tono frío que expresaba enojo y a un tiempo consternación—. Hemos contado a todas las personas de la fortaleza, vivas o muertas, anoche y esta mañana nuevamente. Son los únicos que no se han encontrado.

—Changu estaba de guardia en las mazmorras ayer —comentó Rand.

—Y Nidao. Cumplieron el segundo tumo de vigilancia. Siempre permanecían juntos, aun cuando hubieran de pactar con otros o realizar un trabajo suplementario por ello. No estaban de guardia cuando ocurrió, pero… Ellos pelearon en el desfiladero de Tarwin, hace un mes, y salvaron a lord Agelmar cuando su caballo cayó abatido con trollocs a su alrededor. Y ahora esto: Amigos Siniestros. —Inspiró profundamente—. Todo está desmoronándose.

Un hombre a caballo se abrió paso entre el gentío afincado junto a las casas y se situó detrás de Ingtar. Era un habitante de la ciudad, a juzgar por su atuendo, delgado, con un rostro arrugado y el cabello gris. Llevaba atados en la silla un hatillo y cantimploras y de su cinto pendían una espada de hoja corta, una mellada maza guarnecida de hierro, ¡y un garrote!

Ingtar, advirtió las miradas de Rand.

—Éste es Hurin, nuestro husmeador. No era preciso que las Aes Sedai supieran de su existencia. No es que lo que hace sea reprochable, por supuesto. El rey mantiene un husmeador en Fal Moran, y hay otro en Ankor Dail. Es sólo que a las Aes Sedai no suele gustarles lo que no comprenden, y tratándose de un hombre… No tiene nada que ver con el Poder, desde luego. ¡Aaaah! Explícaselo tú, Hurin.

—Sí, mi señor Ingtar —accedió el hombre. Se inclinó profundamente ante Rand desde la silla de su caballo—. Es un honor serviros, mi señor.

—Llamadme Rand. —Rand le tendió la mano, la cual estrechó sonriendo Hurin

un momento después.

—Como deseéis, mi señor Rand. Lord Ingtar y lord Kajin no prestan gran importancia a los modales de un hombre, como tampoco lo hace lord Agelmar, pero dicen en la ciudad que sois un príncipe del sur y algunos señores extranjeros son muy estrictos respecto a la posición que ocupa cada cual.

—Yo no soy un señor. —«Al menos de esto voy a librarme ahora»—. Simplemente soy Rand.

—Como deseéis —respondió pestañeando Hurin—, mi señ… ah… Rand. Yo soy un husmeador, ya veis. Este Día Solar hará tres años que lo soy. Nunca había oído hablar de tal fenómeno hasta entonces, pero tengo entendido que hay unos cuantos como yo. Se inició lentamente, captando malos olores donde nadie olía nada, y fue aumentando. Tardé todo un año en darme cuenta de lo que era. Percibía con el olfato la violencia, los asesinatos y las agresiones, el olor del lugar donde se habían producido, el rastro dejado por sus autores. Cada rastro es diferente, de manera que no hay peligro de confundirlos. Lord Ingtar oyó hablar de ello y me tomó a su servicio, para colaborar con la justicia real.

—¿Podéis oler la violencia? —inquirió Rand. No podía evitar mirarle la nariz. Ésta, sin embargo, era normal, ni larga ni pequeña—. ¿Queréis decir que sois capaz de seguir a alguien que, pongamos por caso, ha matado a otro hombre? ¿Por el olor?

—Lo soy, mi señ… ah… Rand. Se difumina con el tiempo, pero cuanto más terrible sea la violencia, más dura. Ay, puedo oler un campo donde se libró una batalla diez años antes, aunque las trazas de los hombres que estuvieron allí han desaparecido. Allá arriba en las proximidades de la Llaga, las huellas de los trollocs no se desvanecen casi nunca. Los trollocs no sirven para gran cosa más que matar y herir. Una pelea en una taberna, empero, en la que, por ejemplo, se haya roto un brazo…, ese olor sólo persiste unas horas.

—Comprendo por qué no queríais que las Aes Sedai lo supieran.

—Ah, lord Ingtar tenía razón respecto a las Aes Sedai, la Luz las ilumine… ah… Rand. Hubo una en un tiempo en Cairhien, del Ajah Marrón, pero juro que pensé que era del Rojo hasta que me dejó ir, que me tuvo retenido un mes intentando descubrir cómo lo hacía. No le gustaba no saberlo. No paraba de murmurar «¿Es algo antiguo que ha vuelto a manifestarse, o es un fenómeno nuevo?» y de observarme hasta el punto de que cualquiera hubiera pensado que yo estaba usando el Poder único. Hasta casi me hizo dudar a mí mismo. Pero no me he vuelto loco y no hago nada. Solamente lo huelo.

Rand se acordó de Moraine a su pesar. «Las viejas barreras se debilitan. Nuestro tiempo está impregnado de disolución y cambio. Las cosas antiguas vuelven a manifestarse y otras nuevas tienen nacimiento. Tal vez vivamos lo bastante para ver el fin de una era.» Se estremeció.

—De modo que seguiremos a quienes robaron el Cuerno por medio de vuestra nariz.

Ingtar asintió y Hurin sonrió con orgullo.

—Lo haremos… ah… Rand. Una vez seguí el rastro de un asesino hasta Cairhien y otras, hasta Maradon, para traerlos de vuelta y entregarlos a la justicia real. —Su sonrisa se desvaneció y su semblante reflejó desasosiego—. Éste, sin embargo, es el peor de todos. El asesinato huele mal y las huellas de un asesino apestan, pero éstas… —Arrugó la nariz—. Había hombres en ellas anoche; Amigos Siniestros, seguramente, pero no se puede distinguir a los Amigos Siniestros por el olfato. Lo que seguiré son los trollocs, y el Semihombre. Y algo aún más detestable. —Bajó la voz, frunciendo el entrecejo y murmurando para sí, pero Rand alcanzó a escucharlo —. Algo aún peor, la Luz me asista.

Llegaron a las puertas de la ciudad y, justo al otro lado de las murallas, Hurin elevó el rostro hacia la brisa. Las aletas de su nariz se agitaron y luego exhaló un bufido de desagrado.

—Por ese lado, mi señor Ingtar. —Señaló en dirección sur.

—¿No es hacia la Llaga? —preguntó, sorprendido, Ingtar.

—No, mi señor Ingtar. ¡Puaf! —Hurin se tapó la boca con la manga—. Casi puedo notar su sabor. Fueron hacia el sur.

—Entonces estaba en lo cierto la Sede Amyrlin —confirmó lentamente Ingtar—. Una grande y sabia mujer, que se merece alguien mejor que yo para servirla. Sigue el rastro, Hurin.

Rand se volvió y lanzó una ojeada a través de las puertas, hacia la fortaleza. Confiaba en que a Egwene le fuera bien. «Nynaeve la cuidará. Quizá sea mejor así: como un corte limpio, demasiado rápido para doler hasta después de haberlo recibido.»

Cabalgó detrás de Ingtar y el estandarte con la Lechuza Gris, en dirección sur. Notaba en la espalda el frescor del viento que se levantaba a pesar de] sol. Creyó escuchar una carcajada, tenue y sarcástica, transportada en él.

La luna creciente iluminaba las húmedas y oscuras calles de Illian, donde todavía sonaba el clamor de los festejos celebrados durante el día. Dentro de pocos días, la Gran Cacería del Cuerno se emprendería con la pompa y ceremonia que, según la tradición, venía acompañándola desde la Era de Leyenda. Las celebraciones dedicadas a los cazadores se habían engrosado en la Fiesta de Teven, con sus famosos concursos y premios para los juglares. El premio más valioso de todos lo recibiría, como siempre, quien realizase la mejor recitación de La Gran Cacería del Cuerno.

Aquella noche los juglares daban representaciones en los palacios y mansiones de la ciudad, donde los grandes y los poderosos se entretenían, al igual que los cazadores

llegados de todas las naciones para cabalgar en pos, sino del propio Cuerno de Valere, al menos de la inmortalidad registrada en canciones y relatos. Disfrutarían de música y danzas, de abanicos y hielo para combatir los primeros calores del año, pero las verbenas llenaban las calles también, bajo la bochornosa noche de brillante luna. Cada día y cada noche eran un carnaval, hasta la partida de la Cacería.

Las gentes pasaban corriendo junto a Bayle Domon ataviadas con máscaras y extraños y extravagantes trajes, muchos de los cuales mostraban generosos escotes. Corrían, gritando y cantando, apiñados de seis en seis, luego diseminados en parejas que reían y se entrelazaban en estridentes grupos de veinte. Los fuegos artificiales crepitaban en el cielo, tiñendo la negrura con estallidos de plata y oro. Había casi tantos iluminadores en la ciudad como juglares.

Domon apenas prestaba atención a los fuegos ni a la Cacería. Se encaminaba a una cita con hombres de quienes sospechaba que intentarían darle muerte.

Cruzó el Puente de las Flores, sobre uno de los múltiples canales de la ciudad, y se adentró en el Barrio Perfumado, la zona portuaria de Illian. El canal desprendía el olor de excesivos orinales vertidos en él y no había indicios de que hubieran crecido nunca flores en las proximidades del puente. El suburbio olía a cáñamo y brea de los embarcaderos y muelles y al agrio fango del puerto, exacerbados por el aire caliente que casi parecía tan húmedo como un líquido. Domon respiraba trabajosamente; cada vez que regresaba de las tierras norteñas lo sorprendían, a pesar de haber nacido allí, los tempranos calores del verano de Illian.

En una mano llevaba un grueso garrote y la otra reposaba sobre la empuñadura de la corta espada que había utilizado con frecuencia para defender la cubierta de su mercante fluvial de los bandoleros. No eran pocos los bandidos que caminaban entre el jolgorio de aquellas noches, donde las presas eran ricas y estaban empapadas en vino.

No obstante, él era un hombre fornido y musculoso y, viéndolo vestido con su sencilla chaqueta, ninguno de los forajidos que salían en busca de oro lo creía lo bastante rico como para tentar su complexión y su garrote. Los pocos que obtenían una visión precisa de él, cuando atravesaba la luz que despedía una ventana, retrocedían hasta que se había alejado unos pasos. Una oscura melena que le llegaba a los hombros y una larga barba con el labio superior rasurado enmarcaban una cara redonda, que, sin embargo, nunca había sido blanda y que ahora presentaba un semblante tan hosco como si tuviera intención de abrirse camino horadando una pared.

Más parranderos se cruzaron a su paso, descontrolados, con el habla desfigurada por el vino. «El Cuerno de Valere, ¡y un pimiento! —pensó sombríamente Domon—. Es mi barco lo que quiero conservar. Y mi vida, que la Fortuna me aguijonee».

Penetró en una posada, cuyo letrero lucía un gran tejón rayado bailando sobre las

patas traseras y un hombre sosteniendo una pala de plata. Aligerar el Tejón, se llamaba, si bien ni siquiera Nieda Sidoro, la posadera, sabía qué significaba ese nombre; siempre había habido una posada denominada así en Illian.

La sala principal, con serrín en el suelo y un músico que tañía suavemente una vihuela, interpretando una de las melancólicas canciones de los Marinos, se hallaba bien iluminada y tranquila. Nieda no permitía alborotos en su local y su sobrino, Bili, era tan forzudo como para sacar a pulso a un hombre a la calle. Marinos, estibadores y almaceneros acudían al Tejón para un trago y en ocasiones charlar un rato o jugar a las damas o a los dardos. La estancia se encontraba medio llena ahora; incluso los hombres que preferían el sosiego habían cedido a la tentación del carnaval. Las conversaciones se sostenían en tono bajo, pero Domon escuchó menciones a la Cacería, al falso Dragón que habían apresado los murandianos y al que los tearianos estaban persiguiendo a través de Haddon Mirk. Al parecer, había diversidad de pareceres respecto a si era preferible ver perecer al falso Dragón o a los tearianos.

Domon esbozó una mueca. «¡Falsos Dragones! Que la Fortuna me pinche con su aguijón, no hay ningún lugar seguro hoy en día.» No obstante, a él lo traían sin cuidado los falsos Dragones, al igual que la Cacería.

La fornida propietaria, con el pelo recogido en un moño, estaba limpiando una jarra, al tiempo que controlaba con la mirada el establecimiento. No interrumpió su tarea y ni siquiera lo miró realmente, pero cerró el párpado izquierdo y desvió los ojos hacia los tres hombres sentados en una mesa situada en un rincón. Su actitud silenciosa, casi sombría, parecía extraña aun en un lugar como el Tejón, y sus elegantes sombreros de terciopelo y oscuras capas, bordados en el pecho con rayas plateadas, escarlata y doradas, resaltaban entre los ordinarios ropajes del resto de los clientes.

Domon suspiró y tomó asiento en una mesa desocupada. «Cairhieninos esta vez.» Una de las sirvientas le ofreció una jarra de cerveza negra, de la que bebió un largo trago. Cuando bajó el recipiente, los tres hombres de capas rayadas se hallaban de pie junto a su mesa. Realizó un discreto gesto para dar a entender a Nieda que no precisaba la intervención de Bili.

—¿Capitán Domon? —Los tres eran inclasificables, pero Domon tomó como cabecilla al que había hecho uso de la palabra. No tenían visos de ir armados; a pesar de sus lujosos ropajes, daban la impresión de no necesitarlo. Había ojos pétreos en aquellos rostros puramente anodinos—. ¿Capitán Bayle Domon, del Spray?

Domon asintió brevemente y los tres individuos tomaron asiento sin esperar invitación alguna. El mismo hombre se ocupó de hablar; los otros dos se limitaron a observar, sin pestañear. «Guardias —infirió Domon—, pese a sus elegantes atavíos. ¿Quién será para tener un par de guardias como protección?»

—Capitán Domon, hemos de trasladar a un personaje de Mayene a Illian.

—El Spray es un carguero fluvial —lo disuadió Domon—. Tiene un calado corto y la quilla no es adecuada para aguas profundas. —No era del todo cierto pero resultaba una explicación verosímil para personas de tierra adentro. «Al menos es distinto de lo de Tear. Ahora actúan con más inteligencia.»

—Hemos oído rumores de que ibais a abandonar el tráfico por río —adujo, imperturbable, el hombre ante la interrupción.

—Tal vez sí y tal vez no. No lo he decidido. —Había llegado a una resolución, sin embargo. No volvería a remontar el río ni regresar a las Tierras Fronterizas ni por toda la seda embarcada en los navíos mercantes en el Taren. Las pieles y los pimientos de Saldaea no merecían correr el riesgo, aun cuando ello no guardara relación con el falso Dragón que, según le habían informado se había proclamado allí. No obstante, ignoraba por qué medios lo sabían ellos. No había hablado a nadie sobre esa cuestión y, a pesar de ello, había llegado a su conocimiento.

—Podéis bordear la costa hasta Mayene sin problemas. Sin duda, capitán, estaréis dispuesto a navegar junto a la orilla por un millar de marcos de oro.

Domon abrió desmesuradamente la boca a su pesar. Esa oferta cuadriplicaba la anterior, la cual era lo bastante cuantiosa como para dejar atónito a cualquiera.

—¿De parte de quién he de entregarlo? ¿De la Responsable de Mayene en persona? ¿Acaso la ha desbancado finalmente Tear?

—No precisáis nombres, capitán. —El desconocido depositó una bolsa de cuero en la mesa y un pergamino sellado. La bolsa desprendió un sonido metálico cuando la corrió hacia él. El gran círculo de cera roja que lacraba el pergamino doblado representaba el Sol Naciente de Cairhien—. Doscientos a cuenta. Para un millar de marcos, no creo que necesitéis nombres. Haced llegar esto, con el sello intacto, al capitán portuario de Mayene y éste os entregará trescientos y a vuestro pasajero. Os daré el resto cuando vuestro pasajero se encuentre aquí. Siempre que no hayáis realizado ningún intento de descubrir la identidad de dicho personaje.

Domon inspiró profundamente. «Fortuna, vale la pena hacer el viaje aunque no me den más que lo que hay en esta bolsa.» Y un millar era más dinero del que gastaría en varios años. Sospechaba que, si sondeaba un poco más, obtendría otros indicios, meros indicios de que por medio de aquella travesía se efectuarían tratos encubiertos entre el Consejo de los Nueve de Illian y la Responsable de Mayene. La ciudad gobernada por la Responsable era a todos los efectos, excepto nominalmente, una provincia de Tear y era harto probable que ésta agradeciese la ayuda de Illian. Y había muchos habitantes de Illian que opinaban que era ya hora de iniciar una nueva guerra, dado que Tear estaba excediéndose en la competencia en el comercio realizado en el Mar de las Tormentas. Una apetecible trampa en la que caer atrapado, si no hubiera experimentado las asechanzas de tres similares a lo largo del último mes.

Alargó la mano para tomar el portamonedas y el hombre que había hablado le rodeó la muñeca. Domon lo miró airadamente, pero el desconocido le devolvió una mirada impávida.

—Debéis partir lo antes posible, capitán.

—Al romper el alba —gruñó Domon, tras lo cual el hombre asintió, soltándole el brazo.

—Con las primeras luces pues, capitán Domon. Recordad, la discreción permite a un hombre conservar la vida para disfrutar del dinero.

Domon observó cómo se marchaban los tres y luego posó sombríamente la vista en la bolsa y el pergamino situados sobre la mesa frente a él. Alguien quería que se dirigiera al este. Tear o Mayene: era indiferente con tal que fuera hacia el este. Creía adivinar quién deseaba tal cosa. «Y una vez más, desconozco qué se esconde tras ellos.» ¿Quién podía saber quiénes eran Amigos Siniestros? No obstante, estaba seguro de que los Amigos Siniestros habían venido siguiéndole los pasos con anterioridad a su partida de Marabon por río. Amigos Siniestros y trollocs. De eso no le cabía duda. El interrogante primordial, el único para el cual no había vislumbrado asomos de respuesta, era el porqué.

—¿Complicaciones, Bayle? —inquirió Nieda—. Tienes el mismo aspecto que si hubieras visto a un trolloc. —Lanzó una risita, un sonido inusitado en una mujer de su talla. Al igual que la mayoría de la gente que no había estado nunca en las Tierras Fronterizas, Nieda no creía en la existencia de los trollocs. Él había tratado de explicarle la verdad, pero ella se limitaba a escuchar, divertida, sus historias en la creencia de que no eran más que mentiras. Tampoco creía en la nieve.

—No hay problemas, Nieda. —Desató la bolsa y de ella extrajo sin mirar una moneda que arrojó a la mujer—. Bebidas para todo el mundo hasta que se acabe el cambio de esta pieza; luego te daré otra.

Nieda observó, sorprendida, la moneda.

—¡Acuñada con la marca de Tar Valon! ¿Ahora comercias con las brujas, Bayle?

—No —respondió con voz ronca—. ¡Eso si que no!

La posadera hincó el diente en el metal y enseguida lo ocultó debajo de su ancho cinturón.

—Bien, después de todo es oro. Y me parece que las brujas no son tan malas como algunos las describen. No confesaría esto a muchos hombres. Conozco un individuo que cambia dinero y acepta piezas como ésta. No tendrás que darme otra, habiendo tan pocos clientes esta noche. ¿Más cerveza para ti, Bayle?

Domon asintió con aire ausente, a pesar de que su jarra estaba todavía medio llena, y Nieda se alejó. Era una amiga y no hablaría de lo que había visto. Continuó sentado, observando la bolsa de cuero. Le sirvieron otra jarra antes de que se hubiera decidido a mirar su contenido. Lo agitó con un dedo calloso. Las acuñaciones en oro

despidieron destellos a la luz de la lámpara, reproduciendo todas por igual el trazado de la maldita Llama de Tar Valon. Unas monedas peligrosas. Podría servirse de una o dos, pero tal cantidad haría que las gentes llegasen a la misma conclusión que había extraído Nieda. Había Hijos de la Luz en la ciudad y, si bien no había ninguna ley en Illian que prohibiera el comercio con las Aes Sedai, no tendría ocasión de exponer su caso ante un magistrado si aquello llegaba a oídos de los Capas Blancas. Aquellos hombres se habían asegurado de que no se limitaría a tomar simplemente el dinero y permanecer en Illian.

Mientras seguía sentado, inmerso en sus preocupaciones, Yarin Maeldan, el melancólico y desgalichado contramaestre del Spray, entró en el Tejón con las cejas abatidas sobre su larga nariz y se acercó a la mesa del capitán.

—Carn ha muerto, capitán.

Domon lo miró ceñudo. Otros tres componentes de su tripulación habían sido asesinados, uno en cada ocasión en que había rechazado un encargo que lo encaminaría hacia el este. Los magistrados no habían hecho nada; las calles eran peligrosas de noche, argüían, y los marineros eran individuos rudos y pendencieros. Los magistrados apenas se molestaban por lo que ocurría en el Barrio Perfumado mientras no recibieran daño en él los ciudadanos respetables.

—Pero esta vez he aceptado su oferta —murmuró.

—Eso no es todo, capitán —añadió Yarin—. Han acuchillado a Carn en diferentes puntos, como si pretendieran hacerle revelar algo. Y otros hombres han tratado de deslizarse a bordo del Spray hace menos de una hora. La guardia de los muelles los ha ahuyentado. Es la tercera vez en diez días, y nunca he visto a ningún ratero de puerto que muestre tanta insistencia. Suelen dejar que la alarma aminore antes de volver a intentarlo. Y alguien me revolvió la habitación en el Delfín Plateado la pasada noche. Se llevaron algunas piezas de plata, por lo que pensé que eran ladrones, pero dejaron la hebilla de ese cinturón que tengo, la que tiene engastados granates y piedras de la luna, que estaba a plena vista. ¿Qué está pasando, capitán? Los hombres tienen miedo y yo también estoy algo inquieto.

—Reúne a la tripulación, Yarin —ordenó Domon, poniéndose en pie—. Búscalos y diles que el Spray zarpará tan pronto como haya a bordo los suficientes hombres para navegar. —Tras introducir el pergamino en el bolsillo de su chaqueta, agarró la bolsa de oro y empujó a su contramaestre hacia la puerta—. Dales prisa, Yarin porque voy a dejar aquí a todo el que no llegue a tiempo, aunque se quede de pie en el muelle.

Domon dio un empellón a Yarin para impulsarlo a correr y luego se encaminó al puerto. Aun los maleantes que oían el tintineo de las monedas se apartaban de él, pues ahora andaba como un hombre dispuesto a cometer un asesinato.

Ya había marineros trajinando a bordo del Spray cuando llegó y otros más que

corrían con los pies descalzos sobre el pavimento de piedra de los muelles. Ellos ignoraban que Domon fuera objeto de una persecución, pero sabían que obtenía pingües beneficios y que compartía las ganancias siguiendo el sistema illiano.

El Spray tenía doscientos metros de eslora y dos mástiles, y sus amplios baos dejaban abundante espacio para la carga de cubierta y la de las bodegas. A pesar de lo que Domon había dicho a los cairhieninos —suponiendo que lo fuesen— lo consideraba capaz de navegar en mar abierto. El Mar de las Tormentas era más apacible en verano.

—Deberá resistir —murmuró para sí mientras bajaba a su cabina.

Allí arrojó el portamonedas sobre la cama, pulcramente adosada al casco, al igual que el restante mobiliario de la cabina de popa, y tomó el pergamino. Después de encender una linterna, colgada del techo, examinó el documento lacrado, haciéndolo girar como, si pudiera leer lo que en él estaba escrito sin abrirlo. Un golpe en la puerta le hizo fruncir el entrecejo.

—Adelante.

—Están todos a bordo menos tres que no he podido localizar, capitán —le dijo Yarin, asomando la cabeza—. Pero he dejado el mensaje en todas las tabernas, garitos y cuadras del barrio. Estarán en el barco antes de que haya la luz suficiente para zarpar río arriba.

—El Spray zarpará ahora. Hacia el mar. —Domon atajó las protestas de Yarin referentes a la luz y las amarras y al hecho de que el Spray no estaba construido para navegar en mar abierto—. ¡Ahora mismo! El Spray puede sortear los obstáculos con marca baja. No habrás olvidado cómo orientarte por las estreno, ¿verdad? Llévalo hacia el mar. Zarpa ahora y vuelve a verme cuando nos encontremos más allá del rompeolas.

El contramaestre titubeó —Domon nunca navegaba por aguas traidoras sin estar presente en cubierta impartiendo órdenes, y sacar al Spray del puerto de noche no era sencillo, con o sin calado profundo— y luego asintió antes de marcharse. A los pocos momentos los sonidos de los gritos de Yarin y el martilleo de los pies desnudos sobre las planchas penetraron en la cabina de Domon. Hizo caso omiso de ellos, incluso cuando el barco se bamboleó con el contacto de la corriente.

Finalmente levantó la camisa exterior de la linterna y puso un cuchillo en la llama. El humo se elevó en espiral mientras el aceite calentaba el metal, pero, antes de que éste enrojeciera, apartó los mapas de la mesa y alisó el pergamino sobre ella, haciendo deslizar lentamente el acero candente bajo el sello de cera. El pliegue exterior se levantó.

Era un documento simple, sin preámbulos ni saludos, que hizo brotar el sudor de la frente de Domon.

El portador de esto es un Amigo Siniestro buscado en Cairhien por

asesinatos y otros espantosos delitos, entre los menos reprochables de los cuales se cuenta el robo contra Nuestra Persona. Os exhortamos a apoderaros de este hombre y de todo cuanto se halle en su poder, hasta los más insignificantes objetos. Nuestro representante acudirá a recoger lo que nos ha sido sustraído. Todas sus posesiones, salvo las que Nosotros reclamamos, pasarán a vos como recompensa por su captura. Que el vil bellaco sea ahorcado de inmediato para que su Sombra esparcida villanamente no ensombrezca más la Luz.

Sellado por Nuestra Mano
Galldrian su Riatin Rie
rey de Cairhien
Defensor de la Pared del Dragón

Bajo la firma, sobre una fina capa de cera roja, estaban impresos el Sol Naciente de Cairhien y las Cinco Estrellas de la casa Riatin.

—Defensor de la Pared del Dragón, y un comino —se escandalizó Domon—. Menudo personaje para seguir utilizando ese apelativo.

Revisó minuciosamente los sellos y la firma, aproximando el documento a la lámpara, con la nariz Prácticamente pegada a él, pero no logró encontrar fallos en aquéllos y, respecto a la otra, no tenía la más mínima noción del aspecto de la escritura de Galldrain. Si no era el rey quien lo había rubricado, sospechaba que quienquiera que lo hubiera hecho habría realizado una buena imitación de la firma de Galldrain. En todo caso, ello no modificaba las cosas. En Tear, la carta constituiría al instante una condena en manos de un illiano. O en Mayene, donde era tan prominente la influencia de los tearianos. No había guerra entonces y los marinos se movían libremente por los puertos, pero los illianos inspiraban tan pocas simpatías en Tear como los tearianos en Illian, en especial disponiendo de una excusa como aquélla.

Por un momento consideró la posibilidad de acercar el pergamino a la llama —era peligroso tenerlo consigo, en Tear o en Illian o en cualquier lugar que pudiera imaginar— pero al fin lo introdujo con cuidado en un pequeño armario secreto situado detrás del escritorio, oculto por un panel que sólo él sabía abrir.

—Mis posesiones…

Coleccionaba antigüedades, tantas como podía permitirse teniendo un barco por vivienda. Lo que no le era posible comprar, debido a su alto precio o a su gran tamaño, lo atesoraba en el recuerdo. Todos aquellos vestigios de épocas remotas, esas maravillas diseminadas por el mundo, lo habían impulsado a embarcar siendo un muchacho. En Maradon, en el último viaje realizado, había agregado cuatro piezas a su colección y había sido entonces cuando había dado comienzo la persecución de los Amigos Siniestros. Y la de los trollocs, asimismo, que había persistido un tiempo. Había oído que Puente Blanco había sido arrasado por el fuego después de que él

partiera de allí y había habido rumores de la presencia de un Myrddraal, así como de trollocs. Fue aquello, en su conjunto, lo que le había hecho concluir que no todo era producto de su imaginación, por lo cual ya estaba alertado antes de que le propusieran el primero de aquellos extraños encargos, en el que se ofrecía demasiado dinero para efectuar un simple viaje a Tear y una explicación poco creíble para justificarlo.

De un arcón extrajo lo que había adquirido en Maradon: una vara de luz, datada de la Era de Leyenda, o así decían. En todo caso nadie conocía ya la manera de elaborarlas; eran objetos caros, y más raros que un magistrado honrado. Parecía una simple varilla de cristal, con un grosor superior al de su pulgar y de longitud algo menor que la de su antebrazo, pero al sostenerla en la mano despedía una luz tan intensa como la de una linterna. Y también era quebradiza como el cristal; a punto había estado de perder el Spray a causa del incendio provocado por la primera que había poseído. El segundo objeto era una pequeña escultura de marfil ennegrecido por el paso del tiempo que representaba a un hombre blandiendo una espada. El sujeto que se la había vendido afirmaba que si uno lo mantenía un rato en la mano comenzaba a sentir calor. Domon no había experimentado tal cosa, como tampoco lo habían sentido ninguno de los empleados a los que había permitido asirla, pero era una pieza antigua y eso le bastaba. Había además una calavera de un gato tan grande como un león y tan antigua que se encontraba fosilizada —aunque ningún león había tenido jamás colmillos casi como los de un jabalí, de veinticinco centímetros de longitud y un grueso disco del tamaño de la mano de un hombre, con una mitad blanca y otra negra, separadas por una sinuosa línea. El tendero de Maradon había dicho que provenía de la Era de Leyenda, consciente de su mentira, pero Domon apenas había regateado antes de pagar, puesto que había reconocido algo en lo que no había reparado el comerciante: el antiguo símbolo de las Aes Sedai, anterior al Desmembramiento del Mundo. No era aquél, precisamente, un objeto que no entrañara riesgo poseer, pero tampoco algo de lo que podía dar con facilidad un hombre fascinado por las antigüedades. Y, además, era de piedra del corazón. El vendedor no había osado agregar aquella cualidad a lo que consideraba como embustes. Ningún tendero con establecimiento frente al río, en Maradon, hubiera podido permitirse ofrecer una pieza de Cuendillar.

El disco tenía un tacto duro y suave y carecía de valor, exceptuando su antigüedad, pero temía que fuera lo que sus perseguidores estaban buscando. No creía que estuvieran interesados en ninguna de sus restantes posesiones, pues en otras ocasiones y en otros lugares había visto varas de luz, esculturas de marfil e incluso huesos petrificados. No obstante, el hecho de saber lo que querían, en caso de que no estuviera equivocado, no explicaba por qué razón lo buscaban, ni revelaban la identidad de quienes lo acosaban. Marcas de Tar Valon, y un antiguo símbolo de Aes Sedai. Se frotó los labios con la mano; el sabor del miedo impregnaba su lengua de

amargura.

Alguien llamó a la puerta. Puso el disco en el baúl y extendió un mapa sobre lo depositado en el escritorio.

—Adelante.

—Hemos sobrepasado el rompeolas, capitán —informó Yarin.

Domon sintió una repentina sorpresa, a la que siguió una furia para consigo. No debiera haberse abstraído tanto como para no notar que el Spray avanzaba sobre el oleaje.

—Toma rumbo oeste, Yarin. Ocúpate de ello.

—¿Ebou Dar, capitán?

«No está bastante lejos. Dos mil quinientos kilómetros no bastan.»

—Haremos escala para aprovisionamos de mapas y agua y luego navegaremos hacia poniente.

—¿A poniente, capitán? ¿Tremalking? Los Marinos no aceptan más mercantes que los suyos.

—El Océano Aricio, Yarin. Un activo comercio entre Tarabon y Arad Doman y muy poca competencia tarabonesa o domani de la que preocuparnos. Tengo entendido que no les gusta el mar. Y además están todas esas pequeñas ciudades en la Punta de Toman, cada una de ellas independiente de cualquier nación. Incluso podemos recoger pieles y pimientos de Saldaea traídas a Bandar Eban.

Yarin sacudió lentamente la cabeza. Siempre miraba las cosas con pesimismo, pero era un buen marino.

—Las pieles y los pimientos saldrán más caras que remontando el río, capitán. Y he oído decir que hay una especie de guerra. Si Tarabon y Arad Doman están enfrentados en armas, quizá no haya tratos comerciales. No creo que nos baste el tráfico con las ciudades de la Punta de Toman, aunque estén en paz. Falme es la mayor y no es muy grande.

—Los taraboneses y los domani siempre se han disputado el llano de Almoth y la Punta de Toman. Aun cuando hayan llegado a las manos esta vez, un hombre prudente siempre puede encontrar con quién comerciar. Rumbo oeste, Yarin.

Cuando Yarin se hubo ido a cubierta, Domon escondió apresuradamente el disco blanco y negro en el pequeño armario y guardó el resto en el fondo del baúl. «Sean Amigos Siniestros o Aes Sedai, no me harán correr en el sentido que ellos quieren. Que la Fortuna me aguijonee, no lo conseguirán.»

Sintiéndose a salvo por primera vez durante meses, Domon regresó a cubierta mientras el Spray viraba para atrapar el viento y encarar su proa a poniente en medio del oscuro mar nocturno.

10



La Cacería comienza

Ingtar estableció un paso rápido considerando que se hallaban en el inicio de un largo viaje, lo cual suscitó una leve inquietud en Rand respecto a los caballos. Los animales eran capaces de mantener el trote durante horas, pero todavía quedaba por delante gran parte de la jornada y lo más probable era que transcurrieran días hasta alcanzar su objetivo. A juzgar por la expresión del rostro de Ingtar, sin embargo, Rand deducía que tal vez éste tuviera intención de atrapar a quienes habían robado el Cuerno el primer día. Recordando su tono de voz cuando prestó juramento ante la Amyrlin, a Rand no le hubiera sorprendido en lo más mínimo. No obstante, no realizó ningún comentario. Era lord Ingtar quien daba las órdenes; por más amistoso que se hubiera mostrado con Rand, no le agradaría que un pastor le diera consejos.

Hurin cabalgaba a un paso detrás de Ingtar, pero era el husmeador quien los dirigía hacia el sur, indicando el camino a Ingtar. El terreno se componía de ondulantes colinas profusamente pobladas de abetos, pinos y robles, pero la senda que seguía Hurin era casi tan recta como una flecha, sin desviarse nunca si no era para rodear algunas de las más elevadas colinas, cuando era evidente que con ello ganarían tiempo. El estandarte de la Lechuza Gris se agitaba con el viento.

Rand había intentado cabalgar con Mat y Perrin, pero, cuando había hecho que su caballo retrocediera para colocarse junto a ellos, Mat había dado un codazo a Perrin y éste había galopado de mala gana hacia la cabeza junto con Mat. Diciéndose a sí mismo que carecía de sentido ir solo detrás, Rand había regresado hacia la parte delantera. Entonces sus amigos habían vuelto a la retaguardia, una vez más a instancias de Mat.

En la cima de una colina, Ino desmontó para examinar el terreno hollado por herraduras. Tras tocar con la punta del dedo unos excrementos de caballo, exhaló un gruñido.

—Se mueven a una condenada velocidad, mi señor. —Tenía una voz que sonaba como si gritara cuando sólo estaba hablando—. No hemos recuperado ni una hora del

tiempo que nos aventajan. Demonios, hasta es posible que hayamos perdido una maldita hora. Van a matar a sus malditos caballos al paso que llevan. —Señaló una huella de herradura—. Ésta no es de caballo, sino de un endemoniado. Hay algunas condenadas marcas de pies de cabra.

—Los atraparemos —aseguró con furia Ingtar.

—Mi señor, no es bueno reventar nuestras monturas hasta que caigan, antes de atraparlos. Aunque maten a sus caballos, los malditos trollocs pueden resistir más tiempo que los caballos.

—Les daremos alcance. Monta, Ino.

Ino miró a Rand con su ojo tuerto; luego se encogió de hombros y saltó a caballo. Ingtar les hizo descender la siguiente ladera a la carrera, medio deslizándose hasta llegar a la hondonada, para subir al galope la siguiente.

«¿Por qué me ha mirado de ese modo?», se preguntó Rand. Ino era uno de los hombres que nunca había demostrado gran cordialidad para con él, aunque no era la hostilidad patente de Masema; en realidad, Ino no era amistoso con nadie, a excepción de unos cuantos veteranos de pelo tan encanecido como el suyo. «Sin duda Ino no cree ese cuento según el cual yo soy un lord.»

Ino se hallaba constantemente concentrado en el escrutinio del suelo, pero, cuando notaba que Rand estaba observándolo, lo miraba cara a cara, sin pronunciar palabra alguna. Aquello no conducía a ninguna interpretación clara, pues también habría mirado a Ingtar a los ojos. Ésos eran los modales habituales de Ino.

La senda tomada por los Amigos Siniestros —«Y los demás seres», caviló Rand, haciéndose eco de los murmullos incesantes de Hurin acerca de «algo peor»— que habían robado el Cuerno jamás pasaba cerca de una población. Rand vio pueblos, desde las cumbres de las colinas, a una distancia nunca inferior a un kilómetro, pero en ningún momento avistó uno lo bastante próximo para poder distinguir la gente en sus calles, ni para que éstas advirtieran la comitiva que se encaminaba hacia el sur. Había granjas también, con tejados de aleros bajos, altos establos y humeantes chimeneas, tanto en los altozanos como en las laderas o los valles, pero ninguna lo suficientemente cercana como para que el granjero hubiera avistado a su presa.

Pasado un rato Ingtar hubo de admitir que los caballos no resistirían aquella marcha tan rápida. Rand oyó maldiciones susurradas entre dientes y vio cómo Ingtar se golpeaba la pierna con el puño acorazado con guantelete, pero al fin éste hubo de ordenar que desmontaran todos. Prosiguieron al trote, llevando las monturas por el ronzal, subiendo y bajando colinas a lo largo de un kilómetro; luego montaron y cabalgaron nuevamente. A continuación volvían a caminar para intercalar un nuevo trecho a caballo antes de desmontar una vez más.

Para Rand fue una sorpresa ver cómo Loial sonreía cuando se hallaban en tierra, remontando una colina. El Ogier no había mostrado entusiasmo por cabalgar cuando

se habían conocido, prefiriendo valerse de sus propios pies, pero Rand creía que habría superado hacía ya tiempo esa aversión.

—¿Te gusta correr, Rand? —inquirió, riendo, Loial—. A mí sí. Yo era el más veloz en el *stedding* Shangtai. En una ocasión le gané la carrera a un caballo.

Rand se limitó a sacudir la cabeza. No quería malgastar el aliento hablando.

Buscó a Mat y Perrin con la mirada, pero éstos se encontraban aún al final y mediaban entre ellos demasiados hombres para poder distinguirlos. Le asombraba cómo los shienarianos resistían el esfuerzo vestidos con armadura. Ni uno solo de ellos aminoró el paso ni emitió queja alguna. Ino ni siquiera parecía sudar y el portaestandarte no dejaba oscilar la Lechuza Gris en ningún momento.

Ganaban terreno con celeridad, pero el crepúsculo comenzó a cernirse sin que hubieran divisado más que las huellas de los que seguían. Por fin, aunque reacio, Ingtar ordenó el alto para asentar un campamento nocturno en la espesura. Los shienarianos encendieron fogatas y clavaron estacas para atar los caballos con una espontánea economía de esfuerzo que debían a su larga experiencia. Ingtar eligió seis vigilantes, por parejas, para la primera guardia.

El principal apremio de Rand fue buscar su hatillo en los cestos de mimbre de los animales de caiga. No era tarea difícil, dado que había pocos efectos personales entre las provisiones, pero, cuando lo hubo abierto, dejó escapar un grito que alertó a todos los hombres del campamento, los cuales desenvainaron al instante la espada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ingtar, que había acudido corriendo—. Paz, ¿se ha acercado alguien? No he oído a los guardias.

—Son estas chaquetas —gruñó Rand, contemplando todavía el contenido de su fardo. Una de ellas era negra, bordada con hebras de plata, la otra era blanca adornada en oro. Ambas tenían garzas bordadas en el cuello y ninguna lucía menos adornos que la prenda escarlata que llevaba puesta—. Los sirvientes me aseguraron que tenía dos buenas y resistentes chaquetas aquí adentro. ¡Mirad!

Ingtar enfundó la espada y sus subalternos recobraron la calma.

—Bueno, son realmente resistentes.

—No puedo llevarlas. No puedo ir por ahí vestido de esta manera todo el tiempo.

—Puedes llevarlas. Una chaqueta es siempre una chaqueta. Tengo entendido que Moraine supervisó en persona tu equipaje. Tal vez las Aes Sedai no tengan una idea clara de cómo viste un hombre en el campo de batalla. —Ingtar esbozó una sonrisa —. Cuando hayamos atrapado a esos trollocs, quizá demos una fiesta. Tú al menos irás vestido adecuadamente, aunque no lo estemos los demás. —Y, con esto, se alejó en dirección a las hogueras.

Rand se había quedado paralizado desde el instante en que Ingtar había mencionado a Moraine. Observó las prendas. «¿Qué está tramando? Sea lo que sea, no va a utilizarme.» Volvió a atar el fardo y lo devolvió al cesto. «Siempre puedo ir

desnudo», pensó con amargura.

Los shienarianos se turnaban para cocinar cuando se hallaban en el campo y, en aquel caso, fue Masema quien removía la olla cuando Rand regresó a donde estaban situadas las fogatas. El aroma a estofado con nabos, cebollas y carne seca como ingredientes flotaba sobre el campamento. Ingtar fue el primero en recibir su ración, seguido de Ino, pero los demás aguardaron en fila. Masema sirvió un colmado cucharón de guiso en el plato de Rand; éste retrocedió con premura para no derramárselo encima de la chaqueta y dejó el campo libre para el siguiente mientras succionaba un dedo escaldado. Masema lo observó, con una sonrisa fija que no afectó en ningún momento a sus ojos. Hasta que Ino se levantó para abofetearlo.

—No hemos traído tanto como para que lo derrames en el condenado suelo. —El tuerto miró a Rand antes de marcharse. Masema se frotó la oreja, pero no apartó su airada mirada de Rand.

Éste fue a reunirse con Ingtar y Loial, sentados en el sucio bajo un gran roble. De su armadura, Ingtar se había quitado únicamente el yelmo. Mat y Perrin ya se encontraban allí, comiendo con apetito. Mat dedicó una mueca a la chaqueta de Rand, pero Perrin apenas levantó la vista, enseñando sus dorados ojos que reflejaban la luz del fuego, antes de volver a encorvarse sobre el plato.

«Al menos, esta vez no se han ido.»

Se sentó con las piernas cruzadas junto a Ingtar, al otro lado de ellos.

—Me gustaría saber por qué Ino no deja de mirarme de esa manera. Supongo que será por esta maldita chaqueta.

Ingtar paró de comer con aire pensativo.

—Seguramente Ino pone en duda que seas digno de llevar un arma con la marca de la garza —apuntó al fin. Mat bufó ruidosamente, pero Ingtar continuó, imperturbable—. No dejes que Ino te moleste. Trataría al propio lord Agelmar como a un recluta sin rango si pudiera. Bueno, tal vez no a Agelmar, pero a todos los demás sí. Tiene una lengua más áspera que una lima, pero da buenos consejos. Y no es extraño, ya que ha participado en campañas desde que era un niño. Escucha sus consejos, no hagas caso de sus modales y te llevarás bien con él.

—Pensaba que era como Masema. —Rand se llevó una cucharada de estofado a la boca. Estaba demasiado caliente, pero lo engulló. No habían comido desde que habían abandonado Fal Dara y aquella mañana había estado demasiado sumido en preocupaciones para comer. El estómago le rugía, recordándole el hambre atrasada. Se preguntó si el hecho de alabarle a Masema la excelencia del guiso serviría de algo —. Masema se comporta como si me odiase y no comprendo el motivo.

—Masema sirvió tres años en las Marcas Orientales —explicó Ingtar—. En Ankor Dail, contra los Aiel. —Removió su estofado con la cuchara, frunciendo el entrecejo—. No te estoy formulando ninguna pregunta, que conste. Si Lan Dai Shan

y Moraine Sedai afirman que eres de Andor, de Dos Ríos, así debe ser. Pero Masema no puede quitarse de la cabeza el aspecto de los Aiel y al verte… —Se encogió de hombros—. Yo no voy a hacerte preguntas.

Rand dejó la cuchara en el plato, suspirando.

—Todo el mundo piensa que soy distinto de lo que soy. Soy de Dos Ríos, Ingtar. Cultivaba tabaco con…, con mi padre y cuidaba ovejas. Eso es lo que soy. Un granjero y pastor de Dos Ríos.

—Es de Dos Ríos —aseguró, con tono de mofa, Mat—. Yo crecí con él, aunque nadie lo diría ahora. Como le metáis en la cabeza esas tonterías de ser un Aiel, encima de lo que ya tiene dentro, sólo la Luz sabe qué va a salir de allí. Un lord Aiel, tal vez.

—Sin embargo —adujo Loial—, es verdad que tiene su aspecto. ¿Te acuerdas, Rand, que yo te lo comenté una vez, aun cuando entonces creí que era porque no conocía bien a los humanos? ¿Lo recuerdas? «Hasta que la luz se desvanezca, hasta que el agua se agote, hacia la Sombra con las mandíbulas comprimidas, gritando con desafío con la última exhalación, para escupir en el ojo del Cegador de la vista en el día final.» ¿Lo recuerdas, Rand?

Rand contempló su plato. «Envuélvete la cabeza con un shoufa y parecerás la viva imagen de un Aiel.» Aquél había sido Gawyn, hermano de Elayne, la heredera del trono de Andor. «Todos me atribuyen una identidad distinta de la mía.»

—¿Qué era eso? —inquirió Mat—. Lo de escupir en el ojo del Oscuro.

—Esa es la duración que, según su propia afirmación, tendrá la lucha de los Aiel —repuso Ingtar— y no dudo que así sea. Exceptuando a los buhoneros y lo juglares, los Aiel dividen el mundo en dos. Los Aiel y los enemigos. Modificaron ese concepto con Cairhien hace quinientos años, por alguna razón que nadie salvo ellos comprendió, pero no me parece que vuelvan a hacerlo.

—Supongo que no —se lamentó Loial—. Pero permiten que los Tuatha'an, el pueblo Errante, cruce el Yermo. Y tampoco consideran a los Ogier como enemigos, aunque dudo que cualquiera de nosotros se aventurase a entrar en el Yermo. Los Aiel van a veces al *stedding* Shangtai para comerciar a cambio de madera cantada. Sin embargo, son un duro pueblo.

—Ojalá yo dispusiera de hombres tan aguerridos —acordó Ingtar—. Aunque sólo tuvieran la mitad de su fuerza.

—¿Es una broma? —preguntó, riendo, Mat—. Si yo corriera un kilómetro acarreando todo el hierro de esa armadura que lleváis, caería de bruces y me quedaría dormido durante una semana. La habéis arrastrado todo el día.

—Los Aiel son vigorosos —insistió Ingtar—. Tanto los hombres como las mujeres. He combatido contra ellos y me consta su fortaleza. Son capaces de correr más de cuarenta kilómetros y librar una batalla después de recorrer ese trecho. Son

mortíferos con cualquier arma o sin ella. Salvo con la espada. Por alguna razón, no tocan jamás una espada. Ni van a caballo, y no es que no lo precisen. Si uno empuña una espada y el Aiel tiene las manos vacías, la pelea se halla en equilibrio de fuerzas, siempre y cuando uno sea un luchador avezado. Crían vacas y cabras en lugares donde tú y yo moriríamos de sed antes de concluir la primera jornada. Excavan sus pueblos en enormes agujas de roca en pleno Yermo, donde han habitado desde el Desmembramiento. Artur Hawkwing intentó echarlos de allí y sus tropas fueron diezmadas en la única derrota de consideración que sufrió en su vida. Durante el día el aire en el Yermo de Aiel relumbra por el calor y de noche es gélido. Y un Aiel te miraría con esos ojos tan azules y te aseguraría que no hay otro sitio en el mundo donde preferiría vivir. Y no es que te esté mintiendo. Si alguna vez trataran de sobrepasar sus fronteras, sería una tarea ardua contenerlos. La Guerra de Aiel duró tres años y en ella sólo participaron cuatro de los trece clanes existentes.

—El que haya heredado los ojos grises de su madre no lo convierte en un Aiel —observó Mat.

—Como digáis —replicó Ingtar, encogiéndose de hombros—. No os estoy interrogando.

Cuando Rand se tendió finalmente para dormir, su cerebro bullía con pensamientos inoportunos. «Viva imagen de un Aiel. Moraine Sedai afirma que eres de Dos Ríos. Los Aiel arrasaron las tierras de camino a Tar Valon. Nacido en las laderas del Monte del Dragón. El Dragón Renacido.»

—No se servirán de mí —murmuró. El sueño tardó no obstante en venir.

Ingtar ordenó levantar el campamento antes de la salida del sol. Habían desayunado y cabalgaban rumbo al sur mientras las nubes de oriente todavía estaban rojizas a causa de la proximidad del alba y el rocío aún brillaba en las hojas.

En aquella ocasión, Ingtar envió una avanzadilla de exploración y, si bien el paso era rápido, ya no era tan veloz como para poner en peligro la resistencia de los caballos. Rand supuso que tal vez Ingtar había caído en la cuenta de que no conseguirían su objetivo en un día. El rastro seguía hacia las tierras meridionales, según indicaba Hurin. Hasta que, dos horas después del amanecer, uno de los exploradores regresó al galope.

—Un campamento abandonado, mi señor. Allí en esa colina. Deben de haber pernoctado unos treinta o cuarenta al menos la noche pasada, mi señor.

Ingtar espoleó su caballo como si le hubieran comunicado que los Amigos Siniestros se encontraban todavía allí y Rand hubo de seguir su paso para evitar ser derribado por los shienarianos que remontaron al galope la colina tras él.

Había poco que observar: las frías cenizas de las fogatas, ocultas entre los árboles, junto con lo que parecían restos de comida arrojados a ellas, y un montón de desperdicios demasiado cercano al fuego y ya rodeado de moscas.

Ingtar mantuvo a los demás a distancia y desmontó para caminar con Ino por el emplazamiento, examinando el suelo. Hurin lo rodeó en círculo, husmeando. Rand continuó a lomos de su semental con los demás; no sentía deseos de aproximarse a un lugar donde habían acampado trollocs, Amigos Siniestros y un Fado. «Y algo peor.»

Mat coronó el altozano a pie y penetró en el campamento.

—¿Es éste el aspecto de un lugar de acampada de Amigos Siniestros? Huele un poco, pero no le veo ninguna diferencia respecto a los de otras personas. —Dio un puntapié a uno de los montones de cenizas, golpeando un pedazo de hueso quemado, y se encorvó para recogerlo—. ¿Qué comen los Amigos Siniestros? No parece un hueso de cordero ni de ternera.

—Hubo un asesinato aquí —anunció lúgubremente Hurin. Se restregó la nariz con un pañuelo—. Algo más horrible que un asesinato.

—Había trollocs —recordó Ingtar, mirando directamente a Mat—. Supongo que estaban hambrientos y como había Amigos Siniestros a mano… —Mat dejó caer el ennegrecido hueso, con semblante desencajado.

—Ya no se dirigen al sur, señor —informó Hurin. Aquella observación desvió la atención general. Señaló hacia atrás, hacia el noroeste—. Quizás han decidido encaminarse a la Llaga después de todo. Rodeándonos. Tal vez sólo intentaban despistarnos yendo hacia el sur. —No parecía convencido de la tesis sugerida. Su voz evidenciaba desconcierto.

—Sean cuales fueren sus intenciones —gruñó Ingtar—, les daré caza ahora. ¡Montad!

Poco más de una hora después, no obstante, Hurin tiró de las riendas.

—Han vuelto a cambiar el rumbo, mi señor. Vuelven a ir hacia el sur. Y han matado a alguien más aquí.

No había cenizas allí, en la hondonada entre dos colinas, pero hallaron el cadáver tras breves minutos de búsqueda: un hombre acurrucado bajo unos arbustos, con el cráneo aplastado y los ojos aún desencajados a causa de la potencia del golpe recibido. Nadie lo reconoció, a pesar de que llevaba ropas shienarianas.

—No vamos a perder tiempo enterrando a Amigos Siniestros —gruñó Ingtar—. Cabalgaremos hacia el sur. —Puso en práctica su indicación casi antes de haberla expresado.

Aquella jornada fue similar a la anterior. Ino escrutaba las huellas y el estiércol de los caballos y de ello infería que habían ganado poco terreno a su presa. El crepúsculo llegó sin que hubieran percibido señales de trollocs ni Amigos Siniestros y al día siguiente localizaron un nuevo campamento abandonado —y un nuevo asesinato cometido, según manifestó Hurin— y otro cambio de dirección en aquella ocasión hacia el noroeste. Al cabo de menos de dos horas de seguir aquella senda, encontraron otro cadáver, el de un hombre con el cráneo partido por un hacha, y

advirtieron un nuevo cambio de sentido: la ruta retomaba la dirección sur y habían recuperado terreno una vez más, según las deducciones de Ino al examinar el rastro. No avistaron más que granjas distantes hasta la caída del sol. Y el día siguiente transcurrió igual, con semejantes cambios de rumbo y asesinatos. E igual ocurrió con el posterior.

Cada jornada los conducía a menor distancia de su presa, pero Ingtar bufaba de cólera. Propuso continuar en línea recta cuando el rastro se desvió una mañana —sin duda volverían a encaminarse hacia el sur y así ganarían tiempo— pero, antes de que nadie pudiera expresar su opinión, había desechado la idea, argumentando que tal vez en aquella ocasión la comitiva que perseguían no volvería a dirigirse a las tierras meridionales. Apremiaba a todos a incrementar la velocidad, a emprender camino a hora más temprana y a cabalgar hasta entrada la noche. Les recordaba la misión que les había encomendado la Sede Amyrlin, la recuperación del Cuerno de Valere, sin permitir que ningún obstáculo detuviera sus pasos. Les hablaba de los honores que obtendrían, de sus nombres rememorados en relatos y en la historia, en cuentos de juglar y en canciones de bardo, inmortalizados como los autores del hallazgo del Cuerno. Los exhortaba como si fuera incapaz de parar y miraba la senda que seguían como si la esperanza de la Luz se encontrase en el final. Incluso Ino comenzó a mirarlo de soslayo.

Y de este modo llegaron al río Erinin.

El caserío no podía calificarse exactamente como un pueblo, a juicio de Rand. Éste contemplaba a lomos de su caballo, entre los árboles, media docena de pequeñas casas con tejados entablillados con madera y aleros que casi rozaban el suelo, dispuestas en la cima de una colina que miraba al río bajo el sol matinal. Poca gente transitaba aquella ruta. Hacía pocas horas que habían levantado el campamento, pero ya era tiempo de que hubieran encontrado los restos del lugar de reposo de los Amigos Siniestros, en caso de que éstos reprodujeran los mismos hábitos. No obstante, no habían advertido ningún indicio al respecto.

El río en sí apenas se parecía al caudaloso y fabulado Erinin, en aquellos parajes tan alejados de su nacimiento en la Columna Vertebral del Mundo. Posiblemente sesenta pasos de veloces aguas hasta la orilla opuesta, bordeada de árboles, y un transbordador semejante a una barcaza con una gruesa soga que cubría la anchura del cauce. La gabarra permanecía al abrigo de la otra ribera.

Por primera vez el rastro conducía directamente a una población, a las casas de la colina. Nadie se movía en la única y sucia calle en torno a la cual se arracimaban las moradas.

—¿Una emboscada, mi señor? —inquirió quedamente Ino.

Ingtar impartió las órdenes necesarias y los shienarianos, aprestando sus lanzas,

se deslizaron para rodear la localidad. A una señal de Ingtar ga*lopar*on entre las casas procedentes de todas direcciones, irrumpiendo con miradas escudriñadoras y lanzas en ristre, en medio de la polvareda que levantaban los cascos de sus monturas. Nada se movió a excepción de ellos. Tiraron de las riendas y el polvo comenzó a asentarse.

Rand devolvió a la aljaba la flecha que había preparado y volvió a colgarse el arco. Mat y Perrin hicieron lo mismo. Loial y Hurin habían permanecido aguardando en el lugar donde les había indicado Ingtar, observando con inquietud.

Cuando Ingtar hizo ondear la mano, Rand y los demás cabalgaron para reunirse con los shienarianos.

—No me gusta el olor de este lugar —murmuró Perrin mientras se adentraba en el villorio. Hurin le dirigió una mirada que él sostuvo hasta que el husmeador bajó la vista—. Huele mal.

—Los condenados Amigos Siniestros y trollocs lo atravesaron abiertamente, mi señor —manifestó Ino, señalando las escasas huellas que no habían borrado los shienarianos—. Directamente hasta el maldito transbordador, que, maldita sea, dejaron en la otra orilla. ¡Pardiez! Es una suerte que no lo dejaran a merced de la corriente.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Loial.

Las puertas estaban abiertas y las cortinas se agitaban en las ventanas, pero nadie había salido afuera a pesar del estruendo de herraduras.

—Registrad las casas —ordenó Ingtar. Los hombres desmontaron y partieron corriendo a cumplir el mandato, pero regresaron sacudiendo la cabeza.

—Han desaparecido sin más, mi señor —informó Ino—. Como por ensalmo, maldita sea. Como si se hubieran puesto de acuerdo para largarse todos a plena luz del día. —Calló de pronto, apuntando con apremio a una casa situada detrás de Ingtar —. Hay una mujer en esa ventana. ¡Cómo no la vi …! —Ya estaba corriendo hacia el edificio antes de que nadie hubiera reaccionado.

—¡No la asustes! —gritó Ingtar—. Ino, necesitamos información. ¡Que la Luz te ciegue, Ino, no la atemorices! —El tuerto entró por la puerta abierta. Ingtar elevó de nuevo la voz—. No vamos a causaros ningún mal, señora. Somos vasallos de lord Agelmar, de Fal Dara. ¡No temáis! No os haremos daño.

Una de las ventanas del piso superior se abrió e Ino asomó la cabeza y miró estupefacto a su alrededor. Se retiró con un juramento. Los golpes y estampidas marcaron su camino de regreso, como si estuviera propinando puntapiés a los objetos para descargar su frustración. Al fin apareció bajo el dintel.

—Se ha esfumado, mi señor. Pero estaba ahí. Una mujer con un vestido blanco, en la ventana. La he visto. Incluso me ha parecido verla adentro, por un instante, pero luego ha desaparecido y… —Respiró hondo—. La casa está vacía, mi señor. —El hecho de que no profiriera maldiciones daba una idea aproximada de su agrado de

estupor.

—Cortinas —murmuró Mat—. Está viendo visiones en las cortinas. —Ino le asestó una hosca mirada antes de encaminarse a su caballo.

—¿Adónde habrán ido? —preguntó Rand a Loial—. ¿Crees que huyeron al llegar los Amigos Siniestros? «Y los trollocs y un Myrddraal. Y el ser peor de que habla Hurin. Fueron inteligentes si se alejaron a la carrera.»

—Me temo que los Amigos Siniestros se los llevaron con ellos —repuso Loial. Esbozó una mueca, casi un rictus, dilatando la nariz cual un hocico—. Para los trollocs. —Rand tragó saliva, deseando no haber preguntado nada; siempre era desagradable pensar en la manera como se alimentaban los trollocs.

—Sea lo que sea lo acaecido aquí —observó Ingtar—, ha sido obra de nuestros Amigos Siniestros. Hurin, ¿se han cometido actos violentos aquí? ¿Alguna matanza? ¡Hurin!

El husmeador dio un respingo sobre su silla y miró en derredor, sobrecogido. Había estado contemplando el río.

—¿Violencia, mi señor? Sí. Asesinatos, no. O no exactamente. —Miró de reojo a Perrin—. Nunca he notado un olor igual que éste antes, mi señor. Pero se han cometido agresiones.

—¿Hay posibilidades de que no hayan cruzado el río? ¿Han vuelto a desviar el rumbo?

—Lo han atravesado, mi señor. —Hurin observaba con inquietud la otra orilla—. Han atravesado. Sobre lo que han hecho en la otra ribera, sin embargo… —Se encogió de hombros.

—Ino, quiero que traigáis la barcaza a este lado. Y que se explore la otra orilla antes de que crucemos. El hecho de que no hubiera ninguna emboscada aquí no significa que no nos ataquen cuando nuestras fuerzas estén divididas por el río. Ese transbordador no parece lo bastante grande para transportamos a todos de una sola vez. Ocúpate de ello.

Ino inclinó la cabeza y al cabo de un momento Ragan y Masema estaban desprendiéndose de sus armaduras. Con la espalda desnuda y una daga prendida en la cintura, se encaminaron al río con sus piernas arqueadas de jinetes y allí comenzaron a vadearlo agarrados de la gruesa cuerda a lo largo de la cual se deslizaba el transbordador. La soga cedió en el centro, dejándolos inmersos en el agua hasta la cintura; la impetuosa corriente los impelía río abajo, a pesar de lo cual, en menos tiempo del que calculaba Rand, ya estaban trepando a los costados de la barcaza. Tras desenvainar las dagas, desaparecieron en la arboleda.

Pasado un rato que se les antojó una eternidad, los dos hombres volvieron a hacerse visibles y empezaron a tirar lentamente del transbordador. La gabarra chocó contra la orilla del pueblo y Masema la amarró mientras Ragan se apresuraba a acudir

junto a Ingtar. Su rostro, con la profunda cicatriz que le atravesaba la mejilla, evidenciaba un estado de consternación.

—Mi señor, no han preparado ninguna celada en la otra ribera, pero… —Realizó una profunda reverencia, todavía mojado y tembloroso a causa del frío—. Mi señor, debéis verlo por vuestros propios ojos. El gran roble, a cincuenta pasos al sur del embarcadero. No puedo expresarlo en palabras. Debéis verlo vos mismo.

Ingtar frunció el entrecejo, desviando la mirada de Ragan a la orilla opuesta.

—Has cumplido con tu deber, Ragan. Los dos lo habéis hecho. —Su voz adquirió un tono más brusco—. Ino, ve a buscar algo en las casas para que se sequen. Y mira si alguien ha dejado agua para preparar té. Dales algo de abrigo, si lo encuentras. Después lleva la segunda reata y los animales de carga allí. —Se volvió hacia Rand —. ¿Estás dispuesto a ver la orilla sur del Erinin? —Sin aguardar respuesta, se encaminó a la barca con Hurin y la mitad de los lanceros.

Rand titubeó sólo un momento antes de seguirlo. Loial se unió a él. Para su sorpresa, Perrin cabalgó delante de ellos, con aspecto sombrío. Algunos de los lanceros desmontaron para tirar de la cuerda y poner en movimiento el transbordador.

Mat esperó hasta el último minuto, cuando uno de los shienarianos estaba soltando las amarras, para espolear su caballo e irrumpir a bordo.

—Tenía que venir tarde o temprano, ¿no? —dijo, sin resuello, a nadie en concreto —. He de encontrarla.

Rand sacudió la cabeza. Viendo a Mat tan saludable como de costumbre, casi había olvidado el motivo por el que participaba en la expedición. «Para buscar la daga. Que Ingtar se quede con el Cuerno. Sólo quiero la daga para Mat.»

—La encontraremos, Mat.

Mat lo miró, ceñudo, dedicando una burlona ojeada a su lujosa chaqueta, y se volvió hacia otro lado. Rand exhaló un suspiro.

—Todo saldrá bien, Rand —lo alentó Loial—. De alguna manera, lo lograremos.

La corriente empujó la embarcación cuando ésta se separó de la orilla, presionándola con un brusco crujido contra el cable. Los lanceros eran insólitos barqueros, caminando por la cubierta con yelmos, armaduras y espadas, pero el transbordador se introdujo en el río con bastante seguridad.

—Así fue como partimos de casa —señaló de pronto Perrin—, en el Embarcadero de Taren. Con las botas de los barqueros golpeando la cubierta y el agua borboteando en torno al transbordador. Así abandonamos nuestra región. Esta vez será peor.

—¿Cómo puede ser peor? —inquirió Rand, sin obtener respuesta. Perrin escrutó la otra ribera y sus dorados ojos casi parecieron resplandecer, aun cuando no a causa el anhelo.

—¿Cómo puede ser peor? —repitió la pregunta al cabo de un minuto Mat.

—Lo será. Lo huelo —fue cuanto Perrin accedió a contestar. Hurin lo miró con

nerviosismo, pero lo cierto era que Hurin parecía observarlo todo con inquietud desde que habían abandonado Fal Dara.

La barcaza volvió a golpear la otra orilla con un sonido hueco, casi bajo el ramaje de los árboles, y los shienarianos que habían tirado de la cuerda montaron a caballo, salvo los dos a quienes Ingtar había encargado de llevar el transbordador al otro lado para que cruzara el resto. Los demás ascendieron el margen en pos de Ingtar.

—Cincuenta pasos hasta un gran roble —dijo Ingtar mientras cabalgaban entre los árboles. Su voz sonaba con excesiva desenvoltura. Si Ragan no podía expresarlo en palabras… Algunos de los soldados aprestaron espadas y lanzas.

Al principio Rand pensó que las figuras suspendidas por los brazos de las gruesas ramas grises del roble eran espantapájaros, espantapájaros de color carmesí. Entonces reconoció las caras: Changu y el otro hombre que había estado de guardia con él, Nidao; con los ojos desorbitados y los dientes visibles entre unos labios deformados por un rictus de dolor. Habían permanecido largo rato con vida desde el inicio de su tortura.

Perrin emitió un sonido gutural, semejante a un gruñido.

—Más horrendo de lo que he visto jamás, mi señor —afirmó con voz queda Hurin—. Un olor peor del que he olido nunca, exceptuando las mazmorras de Fal Dara aquella noche.

Rand invocó frenéticamente el vacío. La llama parecía interponerse, vacilando sin cesar, pero persistió hasta hallarse envuelto en la calma. Aun así las náuseas lo asaltaban entre el vacío. «No me extraña, viendo esto.» Aquel pensamiento salpicó su paz como una gota de agua en una sartén hirviente. «¿Qué les ha ocurrido?»

—Desollados vivos —oyó decir a alguien.

También captó el ruido de alguien que vomitaba tras él. Creyó que era Mat, pero todo se hallaba distante de él, interceptado por el vacío. Sin embargo las bascas seguían allí. Pensó que él también iba a devolver.

—Descolgadlos —ordenó rudamente Ingtar. Vaciló un momento y luego agregó —. Enterradlos. No estamos totalmente seguros de que fueran Amigos Siniestros. Cabe la posibilidad de que los hayan hecho prisioneros. Que al menos gocen del último abrazo de la madre. —Algunos soldados cabalgaron con cautela hacia los cadáveres con cuchillos en la mano; aun para shienarianos curtidos por las batallas no era tarea fácil descolgar los cuerpos desollados de unos hombres que habían conocido.

—¿Te encuentras bien, Rand? —preguntó Ingtar—. Yo tampoco estoy habituado a esto.

—Es…, estoy bien, Ingtar. —Rand abandonó el vacío. Se sentía menos marcado sin él; todavía se le encogía el estómago, pero era mejor. Ingtar asintió e hizo girar su caballo para supervisar el trabajo de sus subalternos.

El entierro fue simple. Dos fosas cavadas en el suelo y los cuerpos depositados en ellas mientras los shienarianos observaban en silencio. Los que habían excavado las tumbas comenzaron a arrojar tierra sobre ellas sin más preámbulo.

—Los shienarianos creen que todos provenimos de la tierra y debemos regresar a ella —explicó Loial ante el evidente asombro de Rand—. La tierra debe rodear el cadáver. El último abrazo de la madre, lo llaman. Y no pronuncian más palabras que éstas: «Que la luz brille sobre ti y el Creador te dé cobijo. Que el último abrazo de la madre te dé acogida». —Loial suspiró, sacudiendo su enorme cabeza—. No creo que nadie las pronuncie ahora. A pesar de lo que ha dicho Ingtar, sin duda fueron Changu y Nidao quienes acuchillaron a los guardias en la Puerta de los Perros y dejaron el paso libre a los Amigos Siniestros. Tienen que ser ellos los responsables de lo ocurrido.

—Entonces ¿quién disparó la flecha a… a la Sede Amyrlin? —Rand tragó saliva. «¿Quién me disparó a mí?» Loial no contestó.

Ino llegó con el resto de los hombres y los caballos de carga cuando se depositaba la última tierra sobre las tumbas. Alguien le informó de lo hallado y el tuerto escupió al suelo.

—Los malditos trollocs hacen eso en la Llaga a veces. Cuando quieren exacerbar los jodidos nervios o avisar para que no los sigan. Que me aspen si va a servirles de algo ahora.

Antes de reanudar la marcha, Ingtar detuvo su caballo junto a las sepulturas, dos montículos de tierra descubierta que parecían demasiado pequeños para los cadáveres de dos hombres.

—Que la Luz brille sobre vosotros y el Creador os dé cobijo. Que el último abrazo de la madre os dé acogida. —Cuando alzó la cabeza, miró alternativamente a cada uno de sus hombres. Todas las caras eran inexpresivas, al igual que la de Ingtar —. Salvaron a lord Agelmar en el desfiladero de Tarwin —recordó. Varios de los lanceros asintieron en silencio. Ingtar volvió grupas—. ¿En qué dirección, Hurin?

—Sur, mi señor.

—¡Seguidme! ¡A la caza!

El bosque pronto se transformó en suaves llanuras ondulantes que de trecho en trecho cruzaba un riachuelo, sin más accidentes que algún altozano o una achaparrada colina apenas digna de tal nombre. Un terreno ideal para los caballos. Ingtar aprovechó dicha ventaja, estableciendo un veloz paso. De cuando en cuando, Rand advertía lo que podía ser una granja en la lejanía y en una ocasión lo que le pareció un pueblo, con humo elevándose de chimeneas a pocos kilómetros de distancia y algo blanco que relumbraba bajo el sol, pero en la tierra que los rodeaba no había hombres: únicamente largos matojos de hierba salpicados con arbustos y escasos árboles y, de tanto en tanto, algún bosquecillo que nunca superaba un diámetro de

diez metros.

Ingtar disponía de exploradores, una pareja de hombres que cabalgaban más adelante y a los que sólo avistaban cuando coronaban algún cerro. Llevaba un pito de plata colgado del cuello para llamarlos si Hurin determinaba un viraje en el rumbo, lo cual no sucedió. Sur, siempre en dirección sur.

—Llegaremos al campo de Talidar dentro de tres o cuatro días con esta marcha —anunció Ingtar mientras cabalgaban—. La más grande victoria de Artur Hawkwing, cuando los Semihombres condujeron a los trollocs fuera de la Llaga para combatirlo. Seis días y seis noches duró la batalla y, cuando hubo concluido, los trollocs huyeron a la Llaga y nunca más osaron desafiarlo. Erigió un monumento allí para celebrar su victoria, una aguja de cien palmos de altura. No permitió que grabaran su nombre en ella, sino los de todos los combatientes caídos y un sol dorado en la cúspide, símbolo del triunfo de la Luz sobre la Sombra.

—Me gustaría verlo —se entusiasmó Loial—. Nunca he oído hablar de tal monumento.

Ingtar guardó silencio un momento y cuando volvió a hablar lo hizo en voz baja.

—Ya no está allí, constructor. Tras la muerte de Hawkwing, quienes abatieron su imperio no soportaban la existencia de un monumento que conmemoraba una victoria suya, aun cuando no se hiciera mención a su nombre. No queda más que el montículo donde se alzaba. Dentro de tres o cuatro días podremos verlo. —Su tono no invitaba a prolongar la conversación.

Al rato pasaron ante una estructura cuadrada de ladrillos, situada a menos de un kilómetro de su camino. No tenía más de dos pisos de altura, pero cubría una considerable extensión de terreno. Sobre ella flotaba un aire de persistente abandono, con los tejados derribados a excepción de algunos retazos de oscuras tejas prendidas a trozos de pared, gran parte del revocado blanco desprendido, mostrando al desnudo los oscuros y desgastados ladrillos, y muros derribados que revelaban patios y decadentes habitaciones del interior. La maleza e incluso los árboles crecían en las hendiduras de lo que en otro tiempo habían sido patios.

—Una hacienda —explicó Ingtar. El escaso humor que había recobrado pareció desvanecerse mientras contemplaba las ruinas—. Supongo que, cuando Harad Dakar se mantenía aún en pie, aquí se cultivaba la tierra en seis kilómetros a la redonda. Frutales, tal vez. Los hardani eran entusiastas de los árboles.

—¿Harad Dakar? —inquirió Rand.

—¿Acaso ya nadie aprende historia hoy en día? —espetó Ingtar—. Harad Dakar, la capital de Hardan, que fue antaño la nación que ahora estamos atravesando.

—He examinado un viejo mapa —replicó Rand con voz tensa—. Conozco la existencia de naciones desaparecidas: Maredo, Goaban y Caralain. Pero no había ninguna llamada Hardan allí.

—En otro tiempo hubo también otras que ya no existen —intervino Loial—: Mar Haddon, que es ahora Haddon Mirk, Almoth, Kintara… La Guerra de los Cien Años dividió el imperio de Artur Hawkwing en numerosas naciones, extensas y reducidas. Las pequeñas fueron anexadas a las grandes, o se unieron entre ellas, como es el caso de Altara y Murandy. Obligadas a asimilarse sería una palabra más precisa que unirse, supongo.

—Entonces ¿qué les sucedió? —preguntó Mat. Rand no había advertido que Perrin y Mat se habían unido a ellos. La última vez que los había visto permanecían atrás, tan lejos de él como les era posible.

—No pudieron mantenerse unidos —repuso el Ogier—. Cuando no se malograron las cosechas, fue el comercio lo que fracasó, o el pueblo no resistió con suficiente empeño. Lo cierto es que algo falló en cada caso, y la nación desapareció. Con frecuencia los países vecinos absorbieron los terrenos una vez desaparecidas las naciones, pero dichas anexiones no fueron duraderas. Con el tiempo, las tierras fueron abandonadas. Algunos pueblos persisten aquí y allá, pero en su mayor parte todos han quedado cubiertos por la maleza. Han transcurrido casi trescientos años desde que Harad Dakar cayó finalmente en la postración, pero incluso antes de que ello se produjera no era más que un vestigio, con un rey incapaz de controlar lo que ocurría en el interior de las murallas de la ciudad. Harad Dakar en sí ha desaparecido ya por completo según tengo entendido. De los burgos y ciudades de Hardan no queda ni un muro en pie, pues los campesinos acarrearon sus piedras para servirse de ellas. La mayoría de las granjas y pueblos levantados con ellas se han desmoronado también. Eso es lo que leí y no he visto nada que apunte a lo contrario.

—Fue casi una cantera, Harad Dakar, durante un centenar de años —rememoró con amargura Ingtar—. La gente acabó por marcharse y entonces la ciudad fue trasladada, piedra a piedra. Todo se ha desvanecido, y sólo perdura la tendencia a desaparecer. En todas las cosas y en todo lugar. Apenas existen naciones que de veras controlen los territorios que proclaman como suyos en los mapas y ello teniendo en cuenta que quedan pocos países que plasmen en los mapas la misma extensión de tierra que reconocían como propia hace tan sólo un siglo. Cuando la Guerra de los Cien Años tocó a su fin, un hombre podía cabalgar ininterrumpidamente de una nación a otra desde la Llaga hasta el Mar de las Tormentas. Ahora es factible cabalgar entre terrenos baldíos que no reclama ninguna nación a lo largo de la casi totalidad del continente. Nosotros, en las Tierras Fronterizas, tenemos nuestra contienda con la Llaga para mantenernos fuertes y unidos. Tal vez ellos carecieron de algo que aglutinara su fuerza. ¿Decís que no resistieron con suficiente empeño, constructor? Sí, quedaron reducidos, ¿y qué nación actualmente íntegra no cederá mañana? La humanidad está siendo barrida del orbe, navegando a la deriva como los maderos en una crecida. ¿Cuánto tiempo ha de transcurrir hasta que no quede nada más que las

Tierras Fronterizas? ¿Cuánto hasta que nosotros también desaparezcamos y no resten más que trollocs y Myrddraal en todo el trecho que nos separa del Mar de las Tormentas?

Se produjo un silencio preñado de estupor que ni siquiera interrumpió Mat. Ingtar continuó cabalgando sumido en sus sombríos pensamientos.

Al rato, los exploradores regresaron al galope, erguidos en las sillas, con las lanzas erectas apuntando al cielo.

—Hay un pueblo más adelante, mi señor. No nos han visto, pero se encuentra directamente en nuestra línea de marcha.

Ingtar abandonó sus lúgubres cavilaciones, pero no pronunció palabra alguna hasta que hubieron alcanzado la cresta de una loma que dominaba la población, y entonces sólo lo hizo para ordenar el alto mientras extraía un catalejo de sus alforjas y lo levantaba para observar el pueblo.

Rand también lo examinó con interés. Era tan grande como el Campo de Emond, si bien ello no representaba gran cosa comparado con algunos de los burgos que había visto desde que saliera de Dos Ríos, y muchos menos con las ciudades. Las casas eran todas bajas, con paredes revocadas de arcilla y techos inclinados en los que, en apariencia, crecía la hierba. Una docena de molinos de viento, diseminados por la población, giraban perezosamente sus largos brazos cubiertos de telas, de los que el sol arrancaba blancos destellos. Una muralla baja, una pared sucia de musgo de no más de un metro de altura, circundaba el conjunto de edificios, flanqueada en el exterior por un ancho foso con el lecho profusamente erizado de afiladas estacas. No había ninguna puerta en la única abertura que Rand alcanzó a percibir en el muro, pero supuso que era fácil obstruirla con un carro o carromato. No vio a persona alguna.

—Ni siquiera se avista un perro —señaló Ingtar, devolviendo el catalejo a las alforjas—. ¿Estáis seguros de que no os han visto? —preguntó a sus exploradores.

—No a menos que gocen de la misma suerte que el Oscuro —repuso uno de ellos —. No hemos llegado a coronar la loma. Entonces tampoco hemos visto a nadie que se moviera allí, mi señor.

—¿El rastro, Hurin? —inquirió Ingtar tras asentir.

El husmeador inspiró profundamente antes de responder.

—Va hacia el pueblo, mi señor. Directamente hacia él, por lo que puedo prever desde aquí.

—Mantened la vigilancia —ordenó Ingtar, tomando las riendas—. Y no creáis que son amistosos sólo porque sonrían, si es que hay alguien allí. —Los condujo ladera abajo hacia el villorio a paso lento y alargó la mano para desenvainar la espada.

Rand oyó cómo los demás imitaban su gesto. Al poco, él también aprestó su

arma. Tratar de permanecer con vida no era sinónimo de abrigar ínfulas de heroísmo, se dijo.

—¿Creéis que esa gente ayudaría a los Amigos Siniestros? —preguntó Perrin a Ingtar. El shienariano tardó en responder.

—No profesan grandes simpatías a los shienarianos —contestó por fin—. Piensan que deberíamos protegerlos. Cairhien reclamó estas tierras, después de la muerte del último rey de Hardan, hasta el río Erinin. Pero no fueron capaces de mantenerlos y renunciaron a sus pretensiones hará casi cien años. Las pocas personas que aún viven aquí no han de preocuparse por los trollocs hallándose tan al sur, pero existen incontables bandidos humanos. Por este motivo tienen la muralla, y el foso. Jurarían fidelidad a cualquier rey que les proporcionara protección, pero nosotros hacemos cuanto podemos contra los trollocs. No obstante, no nos tienen aprecio por ello. —Al llegar a la apertura del muro, agregó—: ¡Ojo avizor!

Todas las calles conducían a una plaza, pero no había nadie en ellas, ni ningún rostro asomado a las ventanas. Ni siquiera se movía un perro, ni se advertía ninguna gallina. Ningún ser vivo. Las puertas abiertas oscilaban y crujían, azotadas por el viento, marcando un contrapunto al rítmico chasquido de los molinos.

Los cascos de los caballos resonaban con estruendo sobre la tierra apelmazada de las callejas.

—Igual que en el transbordador —murmuró Hurin—, pero distinto. —Cabalgaba con los hombros hundidos y la cabeza gacha, como si intentara ocultarse tras ellos—. Se han cometido actos de violencia, pero… no lo sé. Algo malo ha sucedido aquí. Huele mal.

—Ino —dijo Ingtar—, toma una columna y registra las casas. Si encuentras a alguien, tráemelo a la plaza. Pero esta vez no los asustes. Quiero respuestas, no gente que huya para proteger su vida. —Condujo a los otros soldados hacia el centro del pueblo al tiempo que Ino hacía desmontar a sus diez hombres.

Rand vaciló, mirando en derredor. Las puertas chirriantes, los gemidos de los molinos de viento, los cascos de los caballos, todo producía excesivo ruido, como si no existieran más sonidos en el mundo. Observó las casas. Las cortinas de una ventana abierta azotaban el exterior de la morada. Todo parecía carente de vida. Con un suspiro, desmontó y se encaminó hacia la vivienda más próxima, luego se detuvo, contemplando la puerta.

«Sólo es una puerta. ¿Qué es lo que te inspira temor?» Deseaba librarse de la sensación de que había alguien acechando al otro lado. La abrió de golpe.

Adentro había una ordenada habitación. O la había habido. La mesa estaba dispuesta para una comida, con sillas de respaldo de barrotes horizontales y, algunos platos ya servidos. Unas cuantas moscas zumbaban por encima de escudillas de nabos y guisantes y otras más se arrastraban sobre un frío asado que reposaba sobre su

propia grasa coagulada. Había una tajada a medio cortar en la carne, un tenedor aún clavado en ella y el cuchillo medio apoyado en la fuente como si lo hubieran dejado caer. Rand dio un paso hacia el interior.

Un destello.

Un sonriente hombre calvo vestido con toscos ropajes depositó una tajada de carne en un plato que sostenía una mujer de ajado rostro, igualmente risueña. La mujer agregó guisantes y nabos al plato y lo entregó a uno de los niños sentados a la mesa. Había media docena de niños, varones y hembras, desde adolescentes hasta alguno apenas lo bastante alto para asomar la cabeza sobre el nivel de la mesa. La mujer dijo algo, y la muchacha que recogía el plato de sus manos rió. El hombre comenzó a rebanar de nuevo la carne.

De improviso otra de las chicas lanzó un grito, señalando la puerta que daba a la calle. El hombre dejó el cuchillo, giró sobre sí y entonces él también chilló, con el semblante demudado por el horror, y tomó en brazos a uno de los chicos. La mujer agarró a otro e hizo señas desesperadas a los demás, moviendo frenéticamente la boca sin emitir ningún sonido. Todos se dirigieron a gatas hacía una puerta situada en la parte trasera de la estancia.

Aquella puerta se abrió súbitamente, y…

Un destello.

Rand no podía moverse. El zumbido de las moscas sobre la mesa sonaba con mayor fuerza. Su aliento formó una nube ante su boca.

Un destello.

Un sonriente hombre calvo vestido con toscos ropajes depositó una tajada de carne en un plato que sostenía una mujer de ajado rostro, igualmente risueña. La mujer agregó guisantes y nabos al plato y lo entregó a uno de los niños sentados a la mesa. Había media docena de niños, varones y hembras, desde adolescentes hasta alguno apenas lo bastante alto para asomar la cabeza sobre el nivel de la mesa. La mujer dijo algo, y la muchacha que recogía el plato de sus manos rió. El hombre comenzó a rebanar de nuevo la carne.

De improviso otra de las chicas lanzó un grito, señalando la puerta que daba a la calle. El hombre dejó el cuchillo, giró sobre sí y entonces él también chilló, con el semblante demudado por el horror, y tomó en brazos a uno de los chicos. La mujer agarró a otro e hizo señas desesperadas a los demás, moviendo frenéticamente la boca sin emitir ningún sonido. Todos se dirigieron a gatas hacía una puerta situada en la parte trasera de la estancia.

Aquella puerta se abrió súbitamente, y…

Un destello.

Rand forcejeó consigo mismo, pero sus músculos parecían paralizados. Hacía más frío en la habitación; quería estremecerse y ni siquiera podía realizar ese

movimiento. Las moscas caminaban por toda la mesa. Porfió por alcanzar el vacío. La desagradable luz se encontraba allí, pero no le importaba. Debía…

Un destello.

Un sonriente hombre calvo vestido con toscos ropajes depositó una tajada de carne en un plato que sostenía una mujer de ajado rostro, igualmente risueña. La mujer agregó guisantes y nabos al plato y lo entregó a uno de los niños sentados a la mesa. Había media docena de niños, varones y hembras, desde adolescentes hasta alguno apenas lo bastante alto para asomar la cabeza sobre el nivel de la mesa. La mujer dijo algo, y la muchacha que recogía el plato de sus manos rió. El hombre comenzó a rebanar de nuevo la carne.

De improviso otra de las chicas lanzó un grito, señalando la puerta que daba a la calle. El hombre dejó el cuchillo, giró sobre sí y entonces él también chilló, con el semblante demudado por el horror, y tomó en brazos a uno de los chicos. La mujer agarró a otro e hizo señas desesperadas a los demás, moviendo frenéticamente la boca sin emitir ningún sonido. Todos se dirigieron a gatas hacía una puerta situada en la parte trasera de la estancia.

Aquella puerta se abrió súbitamente, y…

Un destello.

La estancia estaba helada. «Tan fría …» Las moscas tapaban la mesa como un negro manto; las paredes eran una movediza masa de moscas, al igual que el suelo y el techo, negros a causa de la multitud de insectos. Se arrastraron sobre Rand, cubriéndolo, se arrastraron por encima de su cara, sus ojos, en el interior de su nariz, su boca. «Luz, ayúdame. Frío.» Las moscas zumbaban de modo atronador. «Frío.» Éste penetraba el vacío, burlándose de su calma, incrustándolo en el hielo. Intentó desesperadamente alcanzar la vacilante luz. El estómago se le encogía, pero la luz era cálida. Cálida. Él tenía calor.

De súbito se halló desgarrando… algo. No sabía qué era ni cómo lo había hecho. Telarañas de acero. Rayos de luna esculpidos en piedra. Se deshicieron en contacto con sus manos, pero sabía que no había tocado nada. Se consumieron y fundieron con el calor que fluía en su interior, un calor como el fuego de una forja, semejante al de un mundo incendiado, semejante a…

La escena cesó. Sin resuello, miró en torno a sí con ojos desorbitados. Algunas moscas yacían en el asado a medio cortar, en la fuente. Moscas muertas. «Seis moscas. Solamente seis.» Había más en las escudillas, media docena de diminutas motas negras entre las verduras frías. Todas muertas. Salió dando trompicones hacia la calle.

En aquel instante Mat apareció en la puerta de la casa de enfrente, sacudiendo la cabeza.

—No hay nadie aquí —anunció a Perrin, todavía a caballo—. Parece como si se

hubieran levantado a media cena y se hubieran ido caminando.

De la plaza llegó un grito.

—Han encontrado algo —dedujo Perrin, clavando los talones en los flancos de su montura. Mat subió al caballo y galopó tras él.

Rand montó lentamente sobre Rojo; el semental se sobresaltó como si percibiera su inquietud. Lanzó una ojeada a las casas mientras cabalgaba pausadamente en dirección a la plaza, pero no consiguió mantener la vista centrada en ellas más de un instante. «Mat ha entrado y no le ha ocurrido nada.» Resolvió no volver a poner los pies en ninguna de las casas de aquel pueblo bajo ningún concepto. Espoleando a Rojo, aligeró la marcha.

Todos se hallaban de pie como estatuas delante de un gran edificio con amplias puertas de doble hoja. A Rand no le pareció que fuera una posada; en primer lugar no había ningún letrero. Tal vez se tratara de un sitio de reunión de los lugareños. Se sumó al silencioso círculo y posó la mirada en el mismo punto que atraía unánimemente su atención.

Entre las puertas había un hombre con los miembros extendidos, ensartado con gruesos clavos por las muñecas y hombros. Otros clavos le habían horadado los ojos para mantenerle la cabeza en alto. La sangre, seca y oscura, trazaba abanicos por sus mejillas. Las marcas de arañazos en la madera, detrás de sus botas, evidenciaban que había estado vivo cuando se había producido aquel acto, o cuando éste se había iniciado, en todo caso.

Rand retuvo el aliento. No era un hombre. Jamás un ser humano había llevado aquellas ropas, más negras que la noche. El viento agitaba la punta de la capa atrapada detrás del cuerpo —lo cual no hacía siempre, bien lo sabía él; el viento no solía producir efecto alguno en esos ropajes— pero nunca habían existido ojos en aquel pálido y exangüe rostro.

—Myrddraal —musitó. Fue como si sus palabras hubieran desencadenado las de los demás. Empezaron a recobrar el movimiento, y el aliento.

—¿Quién? —comenzó a preguntarse Mat, que hubo de detenerse para tragar saliva—. ¿Quién pudo hacer esto a un Fado? —Su voz moduló una nota aguda al final.

—No lo sé —contestó Ingtar—. No lo sé. —Miro alrededor, examinando las caras, o tal vez contando para asegurarse de que todos se hallaban allí—. Y no creo que vayamos a enterarnos de algo aquí. Cabalgaremos. ¡Montad! Hurin, busca las huellas de partida de este lugar.

—Sí, mi señor. Sí. Con mucho gusto. Por ese lado, mi señor. Todavía se dirigen hacia el sur.

Se alejaron dejando el cadáver colgado del Myrddraal, cuya negra capa azotaba el viento. Hurin fue el primero en salir de la población, sin aguardar a Ingtar en aquella

ocasión, pero Rand lo siguió a escasa distancia.

11



Espejeos del Entramado

Por una vez, Ingtar ordenó el alto de la marcha cuando el sol todavía despedía rayos dorados sobre el horizonte. Los aguerridos shienarianos estaban notando los efectos de lo que habían presenciado en el pueblo. Ingtar nunca se había detenido antes a hora tan temprana y el paraje de acampada que había elegido parecía un lugar propicio para la defensa. Era una profunda hondonada, casi redonda, lo bastante amplia para albergar espaciosamente a todos los hombres y monturas. Un bosquecillo poco denso de robles achaparrados y cedros cubría las laderas exteriores. Los contornos en sí tenían una altura suficiente como para esconder a cualquiera que acampase allí, incluso sin la pantalla de los árboles. El promontorio que formaban casi semejaba una colina, en aquel terreno.

—Lo único que estoy diciendo, maldita sea —oyó insistir a Ino mientras desmontaban—, es que la vi, así la Luz te confunda. Justo antes de que encontráramos a ese condenado Semihombre. La misma condenada mujer que vi en el maldito embarcadero. Estaba allí, y luego, pardiez, ya no estaba. Dirás lo que te venga en gana, pero vigila cómo lo dices, diantre, o te voy a desollar con mis propias manos y quemar tu condenado cuero, mamón de agallas de cordero.

Rand se paró con un pie en el suelo y el otro aún en el estribo. «¿La misma mujer? Pero no había ninguna mujer en el embarcadero, sólo algunas cortinas agitadas por el viento. Y no podría haber llegado a ese pueblo tomándonos la delantera, en caso de que estuviera allí.» El pueblo.

Ahuyentó aquellos pensamientos. Incluso más que al Fado, clavado a la puerta, quería olvidar aquella habitación, y las moscas, y la gente que había allí y que se hallaba, a un tiempo, ausente. El Semihombre había sido real —todos lo habían visto — pero la habitación… «Tal vez ya estoy enloqueciendo.» Deseó que Moraine estuviera presente para hablar con ella. «Deseando la compañía de una Aes Sedai. Tú eres un insensato. Ahora que te has librado de ello, mantente al margen. ¿Pero me he librado de ellas? ¿Qué ocurrió allí?»

—Los animales de carga y las provisiones en el medio —ordenó Ingtar mientras

los lanceros se disponían a montar el campamento—. Almohazad a los caballos y luego ensilladlos de nuevo por si hemos de movernos rápidamente. Que cada hombre duerma junto a su montura, y esta noche no se encenderán fuegos. Los cambios de centinelas se realizarán cada dos horas. Ino, quiero que mandes exploradores, que lleguen tan lejos como les sea posible y regresen antes de que caiga la noche. Quiero saber qué hay por los alrededores.

«Lo está sintiendo —pensó Rand—. Ya no se trata únicamente de algunos Amigos Siniestros y unos cuantos trollocs y quizás un Fado.» ¡Únicamente algunos Amigos Siniestros y unos cuantos trollocs y quizás un Fado! Aun pocos días antes no hubiera antepuesto un «únicamente» a tal combinación. Incluso en las Tierras Fronterizas, aun con la Llaga a menos de una jornada a caballo, los Amigos Siniestros, los trollocs y el Myrddraal habían desencadenado una auténtica pesadilla. Antes de que hubiera visto a un Myrddraal clavado a un puerta. «¿Qué cosa que mora bajo la Luz hubiera podido hacer eso? ¿Qué cosa que no mora bajo la Luz?» Antes de que se hubiera adentrado en una habitación donde había estado cenando una familia cuyas risas se habían interrumpido bruscamente. «Deben de haber sido imaginaciones mías. Deben de haberlo sido.» Aun para sus adentros, no lograba persuadirse de ello. Ni el viento que lo había empujado en lo alto de la torre, ni lo insinuado por la Sede Amyrlin habían sido fabulaciones suyas.

—Rand… —Se sobresaltó al advertir que Ingtar le hablaba por encima del hombro—. ¿Vas a quedarte toda la noche con un pie en el estribo?

Rand depositó el pie en el suelo.

—Ingtar, ¿qué pasó en ese pueblo?

—Los trollocs se los llevaron. Igual que a los habitantes del embarcadero. Eso es lo que sucedió. El Fado… —Ingtar se encogió de hombros y bajó la mirada hacia un bulto, voluminoso y cuadrado, envuelto con lona, que llevaba en los brazos; lo miró como si viera ocultos secretos que prefería ignorar.—. Los trollocs se los llevaron para servirse de ellos como alimento. También lo hacen en los pueblos y granjas cercanos a la Llaga, en ocasiones, cuando sus correrías nocturnas superan las torres fronterizas. A veces recuperamos nuevamente a las personas, y otras no. A veces las recuperamos y casi deseamos no haberlo hecho. Los trollocs no siempre matan antes de comenzar su carnicería. Y a los Semihombres les gusta disponer de… diversiones. Eso es peor que lo perpetrado por los trollocs. —Su voz sonaba tan firme como si estuviera charlando de temas cotidianos, y tal vez así lo hacía, tratándose de un soldado shienariano. Rand respiró hondo para aquietar su estómago.

—El Fado que quedó allá atrás no se divirtió lo más mínimo, Ingtar. ¿Qué es capaz de clavar a un Myrddraal a una puerta, vivo?

Ingtar titubeó, sacudiendo la cabeza, y luego tendió el bulto a Rand.

—Toma. Moraine Sedai me indicó que te entregara esto en el primer lugar de

acampada emplazado al sur del Erinin. No sé lo que hay dentro, pero dijo que lo necesitarías. Me encargó que te dijera que lo cuidaras; tu vida puede depender de ello.

Rand lo tomó con desgana; sintió que la piel le hormigueaba con el contacto de la lona. Había algo blando en su interior. Una tela, quizá. Lo sostuvo con cautela. Él tampoco quiere pensar en el Myrddraal. «¿Qué sucedió en aquella habitación?» Cayó en la cuenta de que, por su parte, prefería pensar en el Fado, o incluso en esa estancia, antes que hacerlo en lo que hubiera podido enviarle Moraine.

—Me encomendaron decirte también que, si algo me ocurriera a mí, los lanceros te seguirán a ti.

—¡A mí! —Rand jadeó, olvidándose del fardo. Ingtar respondió a su incrédula mirada asintiendo impasiblemente—. ¡Eso es una locura! Nunca he conducido más que un rebaño de ovejas, Ingtar. De todas maneras, no me seguirían. Además, Moraine no puede deciros quién es vuestro lugarteniente. Es Ino.

—Ino y yo fuimos llamados a presencia de lord Agelmar la mañana en que partimos. Moraine Sedai estaba allí, pero fue lord Agelmar quien me lo comunicó. Tú eres el lugarteniente, Rand.

—Pero ¿por qué, Ingtar? —La mano de Moraine se evidenciaba con transparencia en dicha disposición, la suya y la de la Amyrlin, impeliéndolo a seguir la senda que ellas habían elegido, pero debía preguntarlo.

El shienariano tampoco parecía comprenderlo, pero él era un soldado, habituado a las órdenes inopinadas en la interminable guerra en los márgenes de la Llaga.

—Oí rumores procedentes de los aposentos de las mujeres según los cuales eres realmente un… —Extendió unas manos revestidas de guanteletes—. No importa. Sé que lo niegas. Al igual que niegas el propio aspecto de tu cara. Moraine Sedai dice que eres un pastor, pero nunca he visto a un pastor que lleve una espada con la marca de la garza. Da igual. No diré que yo te hubiera elegido por propia iniciativa, pero creo que dispones de las aptitudes para llevar a cabo lo que es preciso. Cumplirás con tu deber, llegado el momento.

Rand quería replicar que ése no era su deber, pero en su lugar respondió:

—Ino está al corriente de esto. ¿Quién más lo sabe, Ingtar?

—Todos los lanceros. Cuando los shienarianos parten a caballo, cada hombre sabe quién es el siguiente en el orden de jerarquía en caso de que el responsable perezca. Una cadena ininterrumpida hasta el último hombre que queda en píe, aun cuando éste no sea más que un mozo encargado de las caballerías. De esa manera, aunque él sea el último superviviente, no es sólo un fugitivo rezagado que corre para conservar la vida. Él ostenta el mando y el deber lo llama a realizar lo que ha de hacerse. Si yo voy a recibir el último abrazo de la madre, la responsabilidad es tuya. Encontrarás el Cuerno y lo devolverás al lugar que le corresponde. Lo harás.

Había un peculiar énfasis en las últimas palabras de Ingtar. El bulto que Rand llevaba en los brazos parecía pesar ochenta kilos. «Luz, podría encontrarse a quinientos kilómetros de distancia, y todavía estrecha y tira con su mano del dogal. Por aquí, Rand. Por allí. Eres el Dragón Renacido, Rand.»

—No quiero tener tal responsabilidad, Ingtar. No voy a hacerme cargo de ella. ¡Luz, sólo soy un pastor! ¿Por qué no va a creerme nadie?

—Cumplirás con tu deber, Rand. Cuando el hombre que inicia la cadena falla, todo lo que depende de él se viene abajo. Ya hay demasiadas cosas que están desmoronándose, demasiadas. Que la Paz propicie el uso de tu espada, Rand al'Thor.

—Ingtar, yo… —Pero Ingtar ya se alejaba para comprobar si Ino había enviado a los exploradores.

Rand contempló el fardo que sostenía en sus brazos y se humedeció los labios. Intuía con aprensión lo que éste contenía. Quería mirarlo y a un tiempo sentía deseos de arrojarlo al fuego sin abrirlo; así lo habría hecho, tal vez, si hubiera tenido la certeza de que se quemaría lo que había en su interior. No obstante, no le era posible mirarlo allí, donde otros ojos podían verlo.

Lanzó una ojeada en torno al campamento. Los shienarianos estaban descargando los animales y algunos ya estaban dando cuenta de una cena fría compuesta de carne seca y de pan. Mat y Perrin atendían sus caballos y Loial estaba sentado en una piedra leyendo un libro, con su pipa de mango largo entre los dientes y una voluta de humo sobre la cabeza. Aferrando el fardo como si temiera que fuera a caérsele, Rand se deslizó entre los árboles.

Se arrodilló en un pequeño claro oculto por ramas de espeso follaje. Durante un rato se limitó a contemplarlo. «Ella no lo habría hecho. No podía.» Una vocecilla le respondió: «Oh, sí, sí podía. Podía y quería hacerlo.» Finalmente se dispuso a desatar los pequeños nudos de las cuerdas que lo rodeaban. Nudos minuciosos, elaborados con una precisión que evidenciaba la mano de Moraine en ellos; ningún criado lo había hecho en su lugar. No habría osado arriesgarse a que lo viera la servidumbre.

Cuando hubo desligado el último cordel, abrió con manos entumecidas el contenido y luego lo observó, con la boca reseca. Era de una sola pieza, ni tejido ni teñido ni pintado. Un estandarte, blanco como la nieve, lo suficientemente grande como para ser divisado desde los distintos ángulos de un campo de batalla. Y en su extensión se alzaba, ondulante, un figura semejante a una serpiente con escamas de oro y carmesí, pero una serpiente con cuatro patas escamosas, cada una de las cuales estaba rematada por cinco garras doradas, una serpiente con ojos refulgentes como el sol y una melena leonina. Lo había visto con anterioridad, y Moraine le había dicho lo que era: el estandarte de Lews Therin Telamon, Lews Therin Verdugo de la Humanidad, durante la Guerra de la Sombra. El estandarte del Dragón.

—¡Mira eso! ¡Mira lo que tiene ahora! —Mat irrumpió en el claro. Perrin llegó

tras él con mayor lentitud—. Primero elegantes atuendos —gruñó Mat— ¡y ahora un estandarte! Ahora nunca va a bajar los humos, con… —Mat se acercó lo bastante para ver claramente la enseña, y se quedó boquiabierto—. ¡Luz! —Dio un paso atrás, vacilante—. ¡Diantre! —El también había estado allí, cuando Moraine explicó su origen. Y Perrin estaba presente, asimismo.

La furia consumía a Rand. Era un furor dirigido a Moraine y a la Sede Amyrlin, a aquellas dos mujeres que lo manipulaban, que tiraban de él. Entonces, agarró la tela con ambas manos y la zarandeó ante Mat, profiriendo palabras incontroladamente.

—¡Eso es! ¡El estandarte del Dragón! —Mat retrocedió otro paso—. Moraine quiere convertirme en una marioneta accionada por las cuerdas de Tar Valon, un falso Dragón para las Aes Sedai. Va a hacérmelo engullir sin tener en cuenta mis deseos. ¡Pero… a mí… no… me… van a… utilizar!

—¿Un falso Dragón? —Mat tragó saliva desde el tronco en el que se había respaldado—. ¿Tú? Eso… eso es absurdo.

Perrin no había retrocedido. Se puso en cuclillas con sus recios brazos apoyados en las rodillas y examinó a Rand, con aquellos relucientes ojos dorados que parecían brillar en las sombras del atardecer.

—Si las Aes Sedai quieren que seas un falso Dragón… —Hizo una pausa y frunció el entrecejo mientras reflexionaba—. Rand, ¿eres capaz de encauzar el Poder? —preguntó al cabo. Mat exhaló un jadeo estrangulado.

Rand dejó caer el estandarte; vaciló sólo un momento antes de asentir con fatiga.

—Yo no lo pedí. No quiero. Pero… pero me temo que no sé cómo pararlo. —La habitación con las moscas regresó espontáneamente a su memoria—. No creo que me permitan parar.

—¡Demonios! —musitó Mat—. ¡Rayos, truenos y relámpagos! Nos matarán, lo sabes. A todos nosotros. A Perrin y a mí al igual que a ti. Si Ingtar y los otros lo averiguan, nos cortarán la garganta bajo acusación de Amigos Siniestros. Luz, probablemente pensarán que estuvimos involucrados en el robo del Cuerno y en el asesinato de esa gente en Fal Dara.

—Cállate, Mat —lo interrumpió con calma Perrin.

—No me digas que me calle. Si Ingtar no nos mata, Rand se volverá loco y lo hará él mismo. ¡Diantre! ¡Diantre! —Mat deslizó la espalda por el tronco del árbol hasta sentarse en el suelo—. ¿Por qué no te amansaron? Si las Aes Sedai lo saben, ¿por qué no te amansaron? Nunca he oído de ningún caso en que dejaran libre a un hombre capaz de encauzar el Poder.

—No lo saben todas —suspiró Rand—. La Amyrlin…

—¡La Sede Amyrlin! ¿Ella lo sabe? Luz, no me extraña que me mirara de esa manera tan rara.

—… y Moraine me dijeron que soy el Dragón Renacido y luego añadieron que

podía ir a donde quisiera. ¿No lo ves, Mat? Están intentando servirse de mí.

—Eso no modifica el hecho de que puedes encauzar el Poder —murmuró Mat—. Si estuviera en tu lugar, a estas horas ya estaría a medio camino en dirección al Océano Aricio. Y no me detendría hasta encontrar algún sitio donde no haya Aes Sedai y donde no previera que fuera a haberlas. Y que estuviera solitario. Quiero decir que… Bueno…

—Cállate, Mat —insistió Perrin—. ¿Por qué estás aquí, Rand? Cuanto más tiempo permanezcas entre la gente, más probabilidades existen de que alguien lo averigüe y mande llamar a las Aes Sedai. A las Aes Sedai que no van a decirte que eres libre de marcharte a donde te plazca. —Guardó silencio, rascándose la cabeza en actitud pensativa—. Y Mat está en lo cierto respecto a Ingtar. No me cabe duda de que te acusaría de Amigo Siniestro y te daría muerte. Nos mataría a todos, tal vez. Parece profesarte simpatía, pero creo que lo haría de todos modos. ¿Un falso Dragón? Los demás reaccionarían del mismo modo. Tratándose de ti, Masema no necesitaría grandes excusas. Entonces ¿por qué no te has ido?

Rand se encogió de hombros.

—Iba a hacerlo, pero primero llegó la Amyrlin y luego robaron el Cuerno, y la daga, y Moraine dijo que Mat estaba muriéndose y… Luz, pensé que podía quedarme con vosotros hasta que encontráramos la daga, al menos; pensé que podía ayudaros en eso. Quizá me equivoqué.

—¿Que has venido a causa de la daga? —preguntó con calma Mat. Se frotó la nariz y esbozó una sonrisa—. Nunca lo hubiera sospechado. Nunca pensé que quisieras… ¡Aaaah! ¿Te encuentras bien? Me refiero a que no estarás volviéndote loco, ¿verdad?

Rand recogió un guijarro del suelo y se lo arrojó.

—¡Aggg! —Mat se restregó el brazo—. Sólo preguntaba. Quiero decir que, con todas esas ropas de lujo y esa manera de hablar, diciendo que eras un señor… Bien, eso no es exactamente estar bien de la cabeza.

—¡Estaba tratando de apartarte de mí, estúpido! Tenía miedo de enloquecer y causarte daño. —Sus ojos se posaron en el estandarte y su voz adoptó un tono más bajo—. Al final lo haré, si no logro controlarlo. Luz, no sé cómo parar.

Eso es lo que me temo —confesó Mat, poniéndose en pie—. Sin ánimo de ofenderte, Rand, pero me parece que voy a dormir tan lejos de ti como me sea posible, si no te importa. Eso suponiendo que te quedes. En una ocasión un guarda de mercader me habló de un hombre que encauzaba el Poder. Antes de que el Ajah Rojo lo encontrara, se despertó una mañana, y todo su pueblo estaba aplastado. Todas las casas, toda la gente, todo menos la cama en la que dormía, como si una montaña los hubiera apisonado.

—En ese caso, Mat, deberías dormir con la mejilla pegada a la suya —terció

Perrin.

—Puede que sea un estúpido, pero tengo intención de ser un estúpido vivo. —Mat titubeó, mirando de soslayo a Rand—. Mira, ya sé que viniste para ayudarme y te estoy agradecido. De veras. Pero ya no eres el mismo de antes. Lo comprendes, ¿verdad? —Aguardó en espera de una respuesta y, como ésta no se produjera, se deslizó entre los árboles, de regreso al campamento.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Rand. Perrin sacudió la cabeza, haciendo oscilar sus enmarañados rizos.

—No lo sé, Rand. Eres el mismo y a la vez no lo eres. Un hombre que encauza el Poder; mi madre solía asustarme con eso, cuando era niño. Simplemente no lo sé. —Extendió la mano y tocó una esquina del pendón—. Me parece que yo quemaría esto, o lo enterraría, sí estuviera en tu piel. Después correría hasta tan lejos y a tanta velocidad que ninguna Aes Sedai sería capaz de encontrarme. Mat tenía razón acerca de eso. —Se levantó, mirando con ojos entrecerrados el cielo de poniente, que comenzaba a teñirse de rojo con los últimos rayos del sol—. Es hora de volver al campamento. Piensa en lo que te he dicho, Rand. Yo echaría a correr. Pero tal vez no puedas hacerlo. Piensa en ello, Rand. —Sus amarillentos ojos parecieron mirar hacia el interior y su voz reflejó cansancio—. A veces uno no puede huir. —Después se alejó.

Rand se arrodilló allí, contemplando el estandarte extendido en el suelo.

—Bien, a veces uno puede huir. Quizás ella me dio esto para que echara a correr. Tal vez ha apostado algo o alguien que me aguarda, en previsión de que escape. No voy a hacer lo que ella quiere. No voy a hacerlo. Lo enterraré aquí mismo. Pero ella dijo que tal vez mi vida dependiera de él y las Aes Sedai nunca mienten de manera evidente… —De improviso sus hombros se agitaron a causa de una silenciosa risa—. Ahora ya hablo solo. Tal vez ya estoy enloqueciendo.

Cuando regresó al asentamiento, llevaba el estandarte envuelto en la lona, atado con nudos menos precisos que los que había realizado Moraine.

La luz había comenzado a menguar y la sombra del altozano cubría la mitad de la hondonada. Los soldados estaban acostándose con los caballos a su lado Y la lanza al alcance de la mano. Mat y Perrin estaban tendidos junto a sus monturas. Rand les dirigió una apesadumbrada mirada, cogió a Rojo, de pie en el lugar donde lo había dejado con las riendas colgando, y se encaminó al otro lado de la hondonada, donde Hurin acompañaba a Loial. El Ogier había dejado de leer y examinaba la piedra medio enterrada sobre la que había estado sentado, recorriendo el trazado de algo con el largo mango de su pipa. Hurin se puso en pie y dedicó a Rand algo parecido a una reverencia.

—Espero que no os importe que instale mi cama aquí, lord… eh,… Rand. Sólo estaba escuchando al constructor.

—Aquí estás, Rand —dijo Loial—. ¿Sabes? Creo que esta piedra estuvo labrada en un tiempo. Mira, está gastada por la intemperie, pero parece como si hubiera sido una especie de columna. Y también tiene marcas. No acabo de descifrarlas, pero de algún modo me resultan familiares.

—Quizá puedas verlas con mayor claridad por la mañana —observó Rand, sacando las alforjas de Rojo—. Me encantará tu compañía, Hurin. —«Me alegra la compañía de cualquiera a quien no inspire temor. ¿Durante cuánto tiempo podré disfrutar de ella?»

Trasladó todo a un costado de las alforjas —camisas, pantalones y calcetines de lana de repuesto, un juego de costura, una caja de yesca, el plato y la taza de latón, una caja de madera verde con cuchillo, tenedor y cuchara, un paquete de carne seca y pan para raciones de emergencia y el resto de artículos de viaje— y después introdujo el fardo envuelto en lona en el bolsillo vacío. Quedaba abultado, con las correas que apenas llegaban a las hebillas, pero ahora también resultaba prominente el otro costado. No llamaría la atención.

Loial y Hurin, que parecieron percibir su estado de ánimo, respetaron su silencio mientras desligaba la silla y la brida de Rojo, cepillaba al gran alazán con manojos de hierba arrancados del suelo y volvía a ensillarlo. Rand rehusó su ofrecimiento de comida; no se creía capaz de engullir en aquel momento ni los más exquisitos manjares que jamás hubiera visto. Los tres dispusieron sus lechos, una simple manta doblada a modo de almohada y una capa para taparse, junto a la piedra.

El campamento estaba en silencio ahora, pero Rand yacía aún despierto cuando la oscuridad era ya completa. Su mente no cesaba de cavilar. El estandarte. «¿Qué está intentando hacerme?» El pueblo. «¿Qué es capaz de matar a un Fado de ese modo?» Lo peor, la casa del pueblo. «¿Sucedió realmente? ¿Estaré enloqueciendo ya? ¿Huyo o me quedo? Debo quedarme. Debo ayudar a Mat a encontrar la daga.»

Un sueño exhausto lo invadió finalmente, y con el sueño, sin proponérselo, el vacío lo rodeó, parpadeando con un inquietante resplandor que agitó sus sueños.

En la oscuridad de la noche, Padan Fain miraba hacia el norte, más allá de la única fogata del campamento, sonriendo con una sonrisa fija que nunca alteraba sus ojos. Todavía se consideraba Padan Fain —Padan Fain era su esencia pero había sido transformado, y él lo sabía. Sabía muchas cosas ahora, más de lo que cualquiera de sus amos podía sospechar. Había sido un Amigo Siniestro durante muchos años, antes de que Ba'alzemon lo llamara y lo compeliera a seguir el rastro de los tres jóvenes del Campo de Emond, destilando lo que sabía de ellos, destilándolo a él, y devolviéndole la esencia de manera que fuera capaz de detectarlos, de oler dónde habían estado, de seguirlos doquiera se dirigieran. En especial a aquél. Una parte de sí mismo aún se acobardaba, recordando lo que Ba'alzemon le había hecho, pero era una pequeña

parte, recluida, suprimida. Había cambiado. La persecución de los tres muchachos lo había conducido a Shadar Logoth. No había querido ir allí, pero no había tenido más remedio que obedecer. Y en Shadar Logoth…

Fain inspiró profundamente y rozó con el dedo la daga adornada con un rubí que llevaba al cinto. Esa hoja procedía de Shadar Logoth. Era la única arma que llevaba, la única que necesitaba; la sentía como parte integrante de sí. Se hallaba íntegro, ahora. Eso era lo único que importaba.

Lanzó una ojeada a ambos lados del fuego. Los doce Amigos Siniestros que restaban con sus otrora lujosos atuendos, arrugados y sucios ahora, se apiñaban en la oscuridad a un lado, no mirando el fuego, sino a él. En el otro se agazapaban sus veinte trollocs; sus ojos, excesivamente humanos en aquellas facciones de hombre desfiguradas por rasgos de animal, seguían cada uno de sus movimientos con la cautela propia de un ratón que recela de un gato.

Había sido una dura lucha en un principio, al despertar cada mañana sin hallarse íntegro y comprobar que el Myrddraal volvía a ostentar el mando, exigiendo con furia que se encaminaran al norte, a la Llaga, a Shayol Ghul. Sin embargo, poco a poco, esas mañanas de debilidad fueron tornándose más cortas, hasta que… Recordaba el tacto del martillo en su mano, haciendo penetrar los clavos, y sonrió; en aquella ocasión sus ojos también sonrieron, con el goce del dulce recuerdo.

Un sollozo procedente de las tinieblas llegó a sus oídos, y su sonrisa se desvaneció. «Nunca debí permitir que los trollocs tomaran tantos.» La totalidad de un pueblo no hacía más que entorpecer su marcha. Si aquellas casas del embarcadero no hubieran estado desiertas, tal vez… Pero los trollocs eran insaciables por naturaleza y con la euforia del espectáculo de la muerte del Myrddraal, no había prestado la atención que habría debido.

Dirigió la mirada a los trollocs. Cada uno de ellos era casi dos veces más alto que él, lo bastante fuerte para astillarle los huesos con una mano, pese a lo cual retrocedieron, todavía encorvados.

—Matadlos. A todos. Podéis comerlos, pero luego formad una pila con todos los restos… para que la encuentren nuestros amigos. Poned las cabezas en la punta, ordenadamente. Hacedlo ahora. —Lanzó una carcajada, que interrumpió bruscamente —. ¡Marchaos!

Los trollocs se alejaron, desenvainando espadas similares a las guadañas y levantando hachas erizadas de puntas. A poco se oyeron chillidos y bramidos en el lugar donde estaban atados los habitantes del pueblo. Las súplicas en demanda de piedad y los gritos de los niños fueron acallados por contundentes golpes y escalofriantes ruidos de carne reventada, semejante al que producen los melones al partirse.

Fain volvió la espalda al estruendo para observar a sus Amigos Siniestros. Ellos

también le pertenecían, en cuerpo y alma. La porción de alma que aún les quedaba. Todos y cada uno de ellos se hallaban tan profundamente encenagados como lo había estado él hasta que encontró la manera de salir de esa situación. Ninguno tenía un lugar adonde ir si no era siguiéndolo a él. Sus ojos se centraban en él, temerosos e implorantes.

—¿Creéis que volverán a tener hambre antes de que encontremos otro pueblo o granja? Es posible. ¿Pensáis que voy a permitir que se alimenten de nuevo con algunos de vosotros? Bueno, tal vez con uno o dos. Ya no quedan caballos que sacrificar.

—Los otros sólo eran plebeyos —logró alegar una mujer con voz insegura. El fango le manchaba el rostro y su vestido de fino corte que ponía de manifiesto su condición de rica mercader. Las manchas invadían el lujoso paño gris y un largo desgarrón había echado a perder la falda—. Eran campesinos. Nosotros hemos servido, yo he servido.

Fain la interrumpió, con un tono apacible que aún confería mayor dureza a sus palabras.

—¿Qué sois vosotros para mí? Algo más ínfimo que campesinos. ¿Un rebaño de animales para los trollocs, quizá? Si queréis seguir con vida, ganado, debéis ser útiles.

El rostro de la mujer se desencajó. Cuando prorrumpió en sollozos, los demás comenzaron a exponer de improviso, balbuceantes, cuán útiles podían ser, tratándose de hombres y mujeres que gozaban de ventajosas posiciones e influencias antes de ser llamados para cumplir sus juramentos en Fal Dara. Pronunciaron los nombres de importantes y poderosas personas a quienes conocían en las Tierras Fronterizas, en Cairhien y en otros países. Revelaron los conocimientos que sólo ellos poseían acerca de una u otra nación, de las situaciones políticas, alianzas, intrigas, de todas las cosas que podían aconsejarle si les permitía continuar a su servicio. El ruido de su parloteo se entremezcló con los de la matanza perpetrada por los trollocs, confundiéndose con ella.

Fain hizo caso omiso de todo ello —ya no temía prescindir de ellos, desde que había experimentado su victoria sobre el Fado— y se acercó a su botín. Arrodillado, recorrió con la mano el ornado arcón de oro, sintiendo el poder que éste encerraba. Debía hacerlo transportar a un trolloc, pues no confiaba suficientemente en los humanos para cargarlo en un caballo; algunos anhelos de gloria podían ser lo bastante poderosos como para hacerles superar el temor que él les inspiraba, pero los trollocs no abrigaban sueños más ambiciosos que el hecho de matar. Aún no había descubierto la manera de abrirlo, pero no tardaría en averiguarlo. Todo llegaría a su debido tiempo. Todo.

Desenvainó la daga y la depositó sobre el cofre antes de acostarse junto al fuego. Aquella hoja era una protección más infalible que la de un trolloc o un humano.

Todos habían visto lo que ocurrió cuando la utilizó, en una ocasión; ninguno de ellos se aproximaría a esa arma desenfundada sin recibir su orden expresa y en ese caso lo haría con paso reacio.

Tendido bajo las mantas, dirigió la vista hacia el norte. Ahora no percibía la ubicación de al'Thor, dado que la distancia que mediaba entre ellos era demasiado grande. O tal vez al'Thor estaba realizando su truco para desaparecer. En ocasiones, en la fortaleza, el muchacho se había esfumado súbitamente, tornándose inasequible a sus sentidos. No sabía cómo, pero siempre regresaba, tan de improviso como se había ido. Aquella vez también volvería.

—Esta vez eres tú quien viene a mí, Rand al'Thor. Antes, yo te seguía como un perro atado a un lazo, pero ahora tú me sigues a mí. —Su risa era un cacareo que incluso él reconocía como propia de un loco, pero no le inquietaba. La locura formaba parte, asimismo, de él—. Ven a mí, al'Thor. La danza aún no se ha iniciado. Danzaremos en la Punta de Toman y allí me libraré de ti. Por fin te veré muerto.

12



Tejido en el Entramado

Egwene se apresuró en pos de Nynaeve en dirección al grupo de Aes Sedai que rodeaban el palanquín sostenido por caballos de la Sede Amyrlin, con la preocupación por Rand mitigada por el deseo de conocer qué había provocado aquel alboroto en la fortaleza de Fal Dara. Él se hallaba fuera de su alcance, por el momento. *Bela*, su yegua de enmarañada pelambre, se encontraba junto con los caballos de las Aes Sedai y la montura de Nynaeve.

Los Guardianes, con las manos en las empuñaduras de sus espadas y los ojos escrutando en todas las direcciones, formaban un círculo de acero en torno a la Aes Sedai y el palanquín. Eran una isla de relativa calma en el patio, donde los soldados shienarianos corrían todavía entre los horrorizados habitantes de la ciudadela. Egwene se sumó al grupo y se ubicó junto a Nynaeve, sin recibir más muestras de atención que una breve mirada por parte de los Guardianes, lo cual implicaba que todos sabían que iban a partir con la Amyrlin. Los murmullos que captó procedentes de la multitud le hicieron saber que una flecha había surcado el aire, sin provenir aparentemente de un lugar concreto, y que el arquero aún no había sido apresado.

Egwene se detuvo con ojos desorbitados, demasiado estupefacta para caer siquiera en la cuenta de que estaba circundada de Aes Sedai. Un atentado contra la vida de la Sede Amyrlin. Aquello era algo impensable.

La Amyrlin, sentada en el palanquín con las cortinas descorridas, centraba en el desgarrón manchado de sangre de su manga todas las miradas cuando se dirigió a Agelmar.

—Puede que encontréis al arquero o puede que no, hijo. En todo caso, los asuntos que debo atender en Tar Valon son tan urgentes como la empresa de Ingtar. Partiré ahora.

—Pero, madre —protestó Agelmar—, este atentado a vuestra vida modifica la situación. Todavía no sabemos quién envió a ese hombre ni por qué. Una hora más y tendré al agresor y la respuesta ante vos.

La Amyrlin lanzó una carcajada carente de humor.

—Necesitaréis un cebo más astuto o redes más finas para atrapar ese pez, hijo mío. Llegado el momento en que lo tengáis en vuestro poder, el día estará demasiado avanzado para emprender la marcha. Hay demasiadas personas que se alborozarían al verme muerta para que me preocupe excesivamente por este incidente. Podéis enviarme noticias de lo que averigüéis, en caso de que vuestras pesquisas den algún fruto. —Sus ojos recorrieron las torres que circundaban el patio, las murallas y los balcones de arqueros, aún abarrotados de gente, si bien silenciosas ahora. La flecha debía de haber partido de uno de esos emplazamientos—. Creo que ese arquero ya ha huido de Fal Dara.

—Pero, madre…

La mujer sentada en el palanquín lo atajó con un vivo gesto. Ni siquiera el señor de Fal Dara podía presionar demasiado a la Sede Amyrlin. Sus ojos se posaron entonces en Egwene y Nynaeve, unos ojos penetrantes que, según le pareció a Egwene, percibían en su interior cuanto deseaba guardar secreto. Egwene dio un paso atrás y realizó una inclinación, preguntándose si aquello era lo correcto; nadie le había explicado nunca el protocolo de un encuentro con la Sede Amyrlin. Nynaeve mantuvo la espalda erguida y devolvió la mirada a la Amyrlin, a pesar de lo cual tanteó buscando la mano de Egwene, la cual estrechó con la misma fuerza que imprimió su amiga en la suya.

—De modo que éstas son las dos jóvenes que trajiste, Moraine —dijo la Amyrlin. Moraine realizó un ademán afirmativo y las otras Aes Sedai se volvieron para observar a las dos mujeres del Campo de Emond. Egwene tragó saliva. Todas tenían aspecto de saber cosas, cosas que ignoraba la otra gente, y no le servía de consuelo la conciencia de que su sabiduría no era tan sólo aparente—. Sí, percibo una buena aureola en cada una de ellas. Pero ¿qué derivará de ella? Ése es el interrogante, ¿no es cierto?

Egwene sentía la boca tan seca como el polvo. Había visto a maese Padwhin, el carpintero de su pueblo, mirar sus herramientas del mismo modo como las examinaba la Amyrlin a ambas. Ésta para este cometido, la otra para aquél.

—Es hora de partir —declaró de improviso la Amyrlin—. A caballo. Lord Agelmar y yo podemos decir lo que se ha de decir sin que estéis todas papando moscas como novicias en día libre. ¡A caballo!

Obedeciendo a su orden, los Guardianes se dispersaron hacia sus monturas, todavía recelosos, y las Aes Sedai, todas a excepción de Leane, se apartaron del palanquín en busca de sus monturas. Cuando Egwene y Nynaeve se volvían para seguir su ejemplo, un criado apareció detrás de lord Agelmar con un cáliz de plata. Agelmar lo tomó con una mueca de insatisfacción en el rostro.

—Con esta copa de mi mano, madre, aceptad mis deseos de bienaventuranza en

este día y en cada…

El resto de la conversación resultó inaudible para Egwene mientras se encaminaba hacia *Bela*. Cuando había dado una palmadita a la yegua y arreglado sus faldas, el palanquín ya se movía en dirección a las puertas abiertas, transportado por caballos que caminaban sin rienda ni guía. Leane cabalgaba junto a él, con su vara apoyada en el estribo. Egwene y Nynaeve condujeron sus caballos detrás, con el resto de las Aes Sedai.

Los vítores y aclamaciones de la multitud que flanqueaba las calles de la ciudad hicieron casi enmudecer el estrépito de los tambores y trompetas. Los Guardianes encabezaban la comitiva, con el estandarte de la Llama de Tar Valon ondeando en alto, y permanecían vigilantes en torno a las Aes Sedai, manteniendo a raya a las masas; los arqueros y piqueros, con la Llama de Tar Valon bordada en el pecho, iban en retaguardia, formando hileras delimitadas con precisión. Egwene miraba a menudo hacia atrás, hasta que los árboles y las colinas ocultaron lo murallas y torres de Fal Dara.

Nynaeve, cabalgando a su lado, sacudía la cabeza.

—Rand estará bien. Está con lord Ingtar y veinte lanceros. De todas maneras no hay nada que puedas hacer por él. Ninguna de nosotras dos podemos. —Lanzó una ojeada a Moraine; la elegante yegua blanca de la Aes Sedai y el enorme semental negro de Lan componían una extraña pareja destacada del resto—. Todavía no.

La comitiva giró hacia poniente, viajando a paso lento. Incluso revestida con la mitad de la armadura, la infantería era incapaz de avanzar rápidamente entre las colinas shienarianas y mantener regularmente un paso apresurado, pese a lo cual se esforzaban cuanto podían.

La hora de acampada llegaba tarde cada noche, pues la Amyrlin no los autorizaba a detenerse hasta que apenas restaba suficiente luz para armar las tiendas, unas blancas cúpulas achatadas de una altura que apenas permitía permanecer en pie en su interior. Cada par de Aes Sedai del mismo Ajah ocupaban una, mientras que la Amyrlin y la Guardiana disponían de una para las dos. Moraine compartía tienda con sus dos hermanas del Azul. Los soldados dormían en el suelo del campamento y los Guardianes se envolvían con sus capas cerca de las tiendas de las Aes Sedai a las que estaban vinculados. La tienda que utilizaban las hermanas Rojas presentaba una imagen extrañamente solitaria sin ningún Guardián, mientras que la de las Verdes ofrecía un aspecto casi festivo, ya que las dos Aes Sedai solían permanecer sentadas afuera hasta entrada la noche, charlando con los cuatro Guardianes que habían traído entre ambas.

Lan entró una noche en la tienda que compartían Egwene y Nynaeve y se llevó a la Zahorí afuera a cierta distancia. Egwene se asomó para observar, pero no alcanzó a oír lo que decían; sólo percibió cómo Nynaeve acababa estallando en un acceso de

cólera y regresaba a grandes zancadas para cubrirse luego con lo mantas, rehusando pronunciar palabra alguna. A Egwene le pareció que tenía las mejillas húmedas, a pesar de que su amiga ocultaba el rostro con una punta de la manta. Lan permaneció contemplando la tienda desde la oscuridad durante largo rato antes de alejarse. Después de esa noche, ya no volvió más.

Moraine no se acercaba a ellas y se limitaba a hacer un gesto con la cabeza al pasar. Al parecer, dedicaba todas las horas del día a conversar con las otras Aes Sedai, salvo con las hermanas Rojas, haciendo un aparte con cada una de ellas mientras cabalgaban. La Amyrlin apenas permitía efectuar paradas para descansar y éstas eran siempre breves.

—Tal vez ya no disponga de tiempo para nosotras —observó con tristeza Egwene. Moraine era la única Aes Sedai que conocía. Tal vez, aun cuando no le gustara admitirlo, la única en quien tenía la certeza de poder confiar—. Ella nos encontró y nosotros estamos de camino hacia Tar Valon. Supongo que debe de tener otras cosas en que ocuparse ahora.

Nynaeve exhaló un breve bufido.

—No creo que acabe su tarea con nosotras hasta que esté muerta… o lo estemos nosotras. Es astuta, esa mujer.

Sin embargo, otras Aes Sedai acudían a su tienda. Egwene casi dio un salto aquella primera noche después de abandonar Fal Dara, cuando alguien apartó la solapa de la entrada, dando paso a una regordeta Aes Sedai de cara cuadrada, cabellos grises y un aire vagamente distraído en sus oscuros ojos. La recién llegada lanzó una mirada a la linterna que pendía del punto más elevado del techo, y la llama incrementó su fulgor. Egwene creyó percibir algo, creyó ver algo en la Aes Sedai cuando la llama incrementó su luz. Moraine le había dicho que un día, cuando hubiera avanzado más en su aprendizaje, podría ver cuándo encauzaba el Poder otra mujer y distinguir a una mujer capaz de hacerlo aun cuando ésta no hiciera nada.

—Soy Verin Mathwin —se presentó la mujer, con una sonrisa—. Y vosotras sois Egwene al'Vere y Nynaeve al'Meara. De Dos Ríos, que antaño fuera Manetheren. Un linaje con fortaleza, ése. Es como un canto.

Egwene intercambió una mirada con Nynaeve mientras se ponían en pie.

—¿Habéis venido a buscarnos para que comparezcamos ante la Sede Amyrlin? —preguntó Egwene. Verin soltó una carcajada. La Aes Sedai tenía una mancha de tinta en la nariz.

—Oh, no por cierto. La Amyrlin tiene asuntos más importantes que atender que ocuparse de dos jóvenes que aún no son siquiera novicias. Aunque, uno nunca puede predecir esas cosas. Ambas poseéis un considerable potencial, en especial tú, Nynaeve. Un día… —Se detuvo, frotándose pensativamente con un dedo la mancha de tinta—. Pero aún no ha llegado ese día. Estoy aquí para impartiros una clase,

Egwene. Me temo que has estado hurgando en donde todavía no debieras.

—¿Qué he hecho? —inquirió de inmediato Egwene, mirando con nerviosismo a Nynaeve—. Nada que yo sepa.

—Oh, nada malo. No exactamente. Algo peligroso quizá, pero no malo exactamente. —Verin se sentó sobre el suelo de lona, cruzando las piernas—. Sentaos las dos, sentaos. No tengo intención de estirar el cuello todo el rato. —Se movió hasta hallar una postura cómoda—. Sentaos.

Egwene tomó asiento enfrente de la Aes Sedai, esforzándose por no mirar a Nynaeve. «No es preciso aparentar culpabilidad hasta saber si soy culpable. E incluso tampoco sería recomendable en tal caso.»

—¿Qué es eso que he hecho que es peligroso pero no malo exactamente?

—Vaya, que has estado encauzando el Poder, hija.

Egwene sólo alcanzó a abrir la boca con estupor, pero Nynaeve estalló:

—Eso es ridículo. ¿Para qué vamos a Tar Valon, si no es para eso?

—Moraine ha… Moraine Sedai, quiero decir, ha estado dándome clases —logró aducir Egwene.

Verin alzó las manos en son de paz y luego guardó silencio. Puede que pareciera ambigua, pero, en fin de cuentas, era una Aes Sedai.

—Hija, ¿crees que las Aes Sedai enseñan de inmediato a encauzar el Poder a todas las muchachas que manifiestan su propósito de ser una de nosotras? Bien, supongo que tú no eres una muchacha cualquiera, pero de todas maneras… —. Sacudió la cabeza gravemente.

—Entonces ¿por qué lo hizo ella? —preguntó Nynaeve. A ella nadie le había impartido enseñanzas y Egwene aún no estaba segura de si ello causaba rencor a la Zahorí.

—Porque Egwene ya había encauzado el Poder —repuso pacientemente Verin.

—También… también lo había hecho yo. —Nynaeve no demostraba gran entusiasmo por aquel logro.

—Tus circunstancias son distintas, hija. El hecho de que aún estés con vida demuestra que superaste las diversas crisis y que lo hiciste por tus propios medios. Me parece que ya sabes cuán afortunada eres. De cada cuatro mujeres que se ven obligadas a hacer lo que tú, únicamente sobrevive una. Claro está, las espontáneas… —Verin dibujó una mueca—. Perdonadme, pero me temo que así es como solemos llamar en la Torre Blanca a las mujeres que, sin recibir instrucción, han conseguido obtener un rudimentario control, irregular y apenas suficiente para ser denominado como tal, en la mayor parte de los casos, como tú, pero control al fin y al cabo. Las espontáneas tienen dificultades, es cierto. Casi siempre han levantado muros con el fin de seguir ignorando la verdadera naturaleza de lo que hacen y esos muros interfieren con el control consciente. Cuanto más tiempo permanezcan construidos

esos muros, más difícil es derribarlos, pero si pueden ser demolidos… Bueno, algunas de las hermanas más esforzadas han sido espontáneas.

Nynaeve se revolvió con irritación y miró en dirección a la entrada como si tuviera intención de marcharse.

—No veo qué relación guarda todo esto conmigo —murmuró Egwene.

Verin la miró parpadeando, casi como si se preguntara de dónde había salido.

—¿Contigo? Pues ninguna. Tu problema es bastante diferente. La mayoría de las muchachas que quieren convertirse en Aes Sedai, aun muchas de las que tienen consigo la semilla, como tú, sienten a la vez temor. Incluso después de haber llegado a la Torre, incluso después de haber aprendido qué deben hacer y de qué modo, durante meses precisan ser guiadas, paso a paso, por una hermana o por una de las Aceptadas. Pero no tú. Por lo que cuenta Moraine, te abalanzaste sobre ello tan pronto como supiste que tenías la habilidad, abriéndote camino a tientas en la oscuridad sin siquiera considerar que hubiera un pozo sin fondo bajo el paso siguiente. Oh, han existido otras como tú, no eres única. Moraine era una de ellas. Una vez que tuvo conocimiento de lo que habías hecho, no le quedaba más alternativa que enseñarte. ¿No te explicó Moraine nada de esto?

—Nunca. —Egwene deseaba que su voz no sonara con tanto desaliento—. Tenía… otras cuestiones que atender. —Nynaeve resopló quedamente.

—Bien, Moraine nunca ha creído en la necesidad de decirle a alguien lo que no necesita saber. El conocimiento no sirve para ningún cometido real, pero tampoco es de utilidad la ignorancia. Por mi parte, siempre prefiero el saber al desconocimiento.

—¿De veras existe? ¿Un pozo, me refiero?

—Evidentemente no hasta el momento —respondió Verin, ladeando la cabeza—. ¿Pero en el paso siguiente? —Se encogió de hombros—. Verás, hija, cuanto más intentes entrar en contacto con la Fuente Verdadera, cuanto más intentes encauzar, más fácil resulta hacerlo realmente. Sí, al comienzo, una alarga la mano hacia la Fuente y la mayoría de las veces es como tratar de aferrar el aire. Algunas se llega a tocar el *Saidar*, pero aun sintiendo el Poder único fluyendo en el cuerpo, se descubre que no puede hacerse nada con él. O se consigue algo, y no resulta ser lo que una pretendía. Ahí está el peligro. Por lo general, con guía y entrenamiento, y el propio temor de la muchacha para contener sus impulsos, la capacidad de establecer contacto con la Fuente y la habilidad para encauzar aparecen junto con la posibilidad de controlar lo que se está realizando. Sin embargo, tú comenzaste a tratar de encauzar el Poder sin nadie que te enseñara ningún medio de control sobre tus actos. Ya sé que no consideras que tus pretensiones fueran desmedidas, y así es en realidad, pero eres como alguien que hubiera aprendido por su cuenta a escalar montañas, sin haber aprendido antes cómo descender por la otra ladera. Tarde o temprano, vas a caer, si no te instruyes en el resto del proceso. Ahora bien, no estoy hablando de algo

parecido a lo que ocurre cuando uno de esos pobres hombres comienza a encauzar; no vas a volverte loca, ni vas a morir, no habiendo hermanas para enseñarte y guiarte. Pero ¿qué podrías llegar a provocar por accidente, sin tener el propósito de conseguirlo? —Por un instante, la vaguedad había desaparecido de los ojos de Verin. Por un instante, la mirada de la Aes Sedai pareció desplazarse de Egwene a Nynaeve con la misma vivacidad que la de la Amyrlin—. Tus capacidades innatas son cuantiosas, hija, e irán incrementándose con el tiempo. Debes aprender a controlarlas antes de que te infieras un daño, a ti o a alguien más, o a un gran número de personas. Eso es lo que Moraine estaba intentando enseñarte. Eso es en lo que yo trataré de ayudarte esta noche y en lo que te asistirá una hermana cada velada hasta que te pongamos en las manos más capacitadas de Sheriam. Ella es la Maestra de las Novicias.

«¿Sabrá lo de Rand? No es posible. Jamás lo habría dejado partir de Fal Dara si solamente lo hubiera sospechado.» Sin embargo, no estaba segura de haber imaginado lo que había visto.

—Gracias, Verin Sedai. Lo intentaré.

—Voy a sentarme junto al fuego y dejaros solas —manifestó Nynaeve, poniéndose en pie.

—Deberías quedarte —replicó Verin—. Podría serte beneficioso. Por lo que me ha dicho Moraine, únicamente necesitarías algo de instrucción antes de acceder al rango de Aceptada.

Nynaeve vaciló sólo un momento antes de sacudir con firmeza la cabeza.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, pero puedo esperar hasta llegar a Tar Valon. Egwene, si me necesitas, estaré…

—Se mire como se mire —la interrumpió Verin—, eres una mujer en el pleno sentido de la palabra, Nynaeve. Lo habitual es que, cuanto más joven es la novicia, más rápido aprende. No necesariamente con el entrenamiento, sino debido a que de una novicia se espera que haga lo que le indican, en el momento en que se le ordena y sin cuestionarlo. Ello sólo tiene utilidad una vez que se ha llegado a cierto punto en el aprendizaje, pues una vacilación en el lugar inadecuado o una duda acerca de lo que se le ha aconsejado hacer pueden acarrear consecuencias trágicas, pero es mejor seguir la disciplina siempre. De las Aceptadas, en cambio, se espera que cuestionen las cosas, dado que se considera que poseen suficientes conocimientos para plantear preguntas y saber cuándo deben hacerlo. ¿Cuál de los dos estados crees que vas a preferir?

Nynaeve tensó las manos sobre la falda y volvió a mirar la solapa de la tienda, frunciendo el entrecejo. Al fin asintió levemente y volvió a sentarse en el suelo.

—Supongo que también puedo quedarme —dijo.

—Bien —aprobó Verin—. Veamos. Tú ya conoces esta parte, Egwene, pero para

provecho de Nynaeve voy a detenerme en cada uno de los pasos. Con el tiempo, ello se convierte en una segunda naturaleza y lo haréis con la velocidad del pensamiento, pero ahora es mejor realizarlo lentamente. Cerrad los ojos, por favor. En los inicios, funciona mejor si no os distraéis con nada. —Egwene cerró los párpados. Se hizo el silencio—. Nynaeve —le llamó la atención Verin—, cierra los ojos. Será mejor. —Hubo una nueva pausa—. Gracias, hija. Ahora, debéis vaciar vuestro interior, liberaros de todo pensamiento. Sólo existe una cosa en vuestra mente: el capullo de una flor. Sólo eso, únicamente el capullo. Podéis verlo con todo lujo de detalles. Podéis percibir su olor, sentirlo. Cada surco de cada hoja, cada curva de cada uno de los pétalos. Notáis el pulso de la savia. Sentidlo. Sed conscientes. Fundíos con él. Vosotras y el capullo sois lo mismo. Formáis una unidad. Vosotras sois el capullo.

Su voz continuó murmurando hipnóticamente, pero Egwene ya no la oía; había realizado aquel ejercicio antes, con Moraine. Era lento, pero Moraine habla prometido que el proceso se aceleraría con la práctica. En su interior, era un capullo de rosa, con tupidos pétalos rojos recurvados. No obstante, de improviso había algo más: luz, una luz que presionaba los pétalos. Muy despacio, los pétalos fueron desplegándose, girando hacia la luz, absorbiéndola. La rosa y la luz eran una misma entidad. Egwene y la luz formaban un todo. Notaba el más leve rayo penetrando en ella. Se alargaba para percibir más, porfiaba por albergar más…

En un instante, todo se desvaneció, la rosa y la luz. Moraine también le había advertido que no podía ser algo forzado. Con un suspiro, abrió los ojos. Nynaeve tenía una expresión lúgubre en el rostro. Verin permanecía tan tranquila como siempre.

—No podéis hacer que ocurra —estaba diciendo la Aes Sedai—. Debéis dejar que ocurra. Debéis rendiros al Poder antes de llegar a controlarlo.

—Esto es una absoluta estupidez —murmuró Nynaeve—. No me siento como una flor. En todo caso, noto como si fuera un espino negro. Creo que esperaré junto al fuego después de todo.

—Como desees —respondió Verin—. ¿He mencionado el detalle de que las novicias realizan trabajos? Lavan platos, friegan suelos, hacen la colada, sirven la mesa, todo tipo de tareas. Por mi parte creo que las criadas lo hacen mucho mejor, pero de todos es sabido que tales labores refuerzan el carácter. Oh, ¿vas a quedarte? Estupendo. Bien, hija, recuerda que incluso un espino tiene flores a veces, hermosas y blancas entre las espinas. Lo probaremos por turnos. Ahora, desde el comienzo, Egwene. Cierra los ojos.

En varias ocasiones antes de que se marchara Verin, Egwene se sintió recorrida por el flujo del Poder, pero nunca con fuerza, y lo más que logró conseguir con él fue una agitación en el aire que zarandeó levemente la solapa de la tienda. Estaba convencida de que un estornudo hubiera podido producir el mismo efecto. Había

obtenido mejores frutos con Moraine; algunas veces, al menos. Deseó que fuera ella quien le impartiera lecciones.

Nynaeve ni siquiera notó un destello, a decir de ella. Llegado ese momento sus ojos estaban tan fijos y su boca tan tensa que Egwene temía que estuviera a punto de empezar a regañar a Verin como si la Aes Sedai fuera una pueblerina que invadía su propia intimidad. Verin, sin embargo, se limitó a indicarle que volviera a cerrar los ojos, en esta ocasión sin Egwene.

Egwene permanecía sentada, mirando entre bostezos a las otras dos mujeres. Era tarde y ya pasaba de la hora en que habitualmente se habría acostado. Nynaeve tenía cara de invocar a todos los demonios, con los ojos tan firmemente cerrados como si no tuviera intención de volver a abrirlos y los nudillos de la mano blancos sobre el regazo. Egwene hizo votos por que la Zahorí no diera rienda suelta a su mal genio, después de haberlo contenido durante tanto tiempo.

—Siente el flujo que te invade —la instaba Verin. Su voz era inalterable, pero de pronto sus ojos relumbraron—. Siente el flujo, el flujo del Poder. Fluye como la brisa, una suave brisa que agita el aire. —Egwene se sentó con la espalda erecta. Ésa era la manera como Verin la había guiado cada vez que había conseguido sentir realmente el Poder en ella—. Una dulce brisa, el más ligero movimiento de aire. Suave.

De improviso las mantas apiladas prendieron en llamas como la yesca.

Nynaeve abrió los ojos con un alarido. Egwene no estaba segura de haber gritado. Todo cuanto sabía era que estaba de pie, tratando de sacar a puntapiés las mantas antes de que prendieran fuego a la tienda. Cuando golpeó con el pie por segunda vez, las llamas se apagaron, dejando espirales de humo que se alzaban de una masa chamuscada y olor a lana quemada.

—Bien —dijo Verin—. Bien. No esperaba tener que sofocar un fuego. No vayas a desmayarte encima de mí, hija. Todo está en orden ahora. Yo me he encargado de ello.

—Estaba…, estaba furiosa. —Nynaeve hablaba con labios trémulos en un semblante pálido—. Os oí hablar de una brisa, indicándome lo que había de hacer y en mi mente asomó una hoguera. Yo… yo no quería quemar nada. Sólo era una pequeña hoguera, en… mi cabeza. —Se estremeció.

—Supongo que lo era, ya que lo dices. —Verin lanzó una carcajada que interrumpió al mirar de nuevo el rostro de Nynaeve—. ¿Te encuentras bien, hija? Si te sientes mal, puedo… —Nynaeve sacudió la cabeza y Verin asintió—. Lo que precisas es reposo. Ambas lo necesitáis. Os he hecho trabajar demasiado. Debéis descansar. La Amyrlin nos hará levantar y ponernos en marcha antes de las primeras luces del alba. —Ya de pie, rozó con el pie las mantas quemadas—. Haré que os traigan más mantas. Confío en que esto os demuestra la importancia del control. Debéis aprender a realizar lo que os proponéis hacer, sólo eso. Aparte del peligro de

causar daño a alguien, si absorbéis una cantidad de Poder superior a la que podéis manipular con certeza, y aún no podéis manipular mucho, aunque ello irá incrementándose, si absorbéis demasiado, podéis autodestruiros. Podéis morir. O consumir vuestra capacidad, inutilizarla. —Como si no les hubiera advertido de que caminaban sobre el filo de una navaja, añadió animadamente—: Que durmáis bien. —Después de esto, ya había salido.

Egwene rodeó con los brazos a Nynaeve y la estrechó con fuerza.

—Ya ha pasado, Nynaeve. No hay razón para asustarse. Una vez que aprendas a controlar…

—No estoy asustada —refunfuñó Nynaeve con una carcajada fingida—. Para asustarme a mí hace falta algo más que un pequeño fuego. —Sin embargo, no volvió a posar la vista en las mantas, ni siquiera cuando entró un Guardián para llevárselas y sustituirlas por otras nuevas.

Verin no volvió a visitarlas, tal como había anunciado. En realidad, a medida que viajaban, en dirección suroeste, a la mayor velocidad que podía resistir la infantería, Verin no prestó más atención a las dos mujeres del Campo de la que les dedicaba la propia Moraine. Las Aes Sedai no se mostraban hostiles sino distantes y reservadas, como si algo las preocupara. Su frialdad aumentaba la inquietud de Egwene y concitaba en su mente todos los rumores que había escuchado siendo niña.

Su madre siempre le había dicho que todo lo que se decía acerca de las Aes Sedai eran patrañas inventadas por los hombres, pero ni su madre ni ninguna mujer del Campo de Emond habían conocido a una Aes Sedai antes de la llegada de Moraine. Ella misma había pasado bastante tiempo en compañía de Moraine y ésta ponía de manifiesto que no todas las Aes Sedai eran como la de las historias, frías manipuladoras e implacables destructoras. Desmembradoras del mundo. Ahora sabía al menos que el Desmembramiento del Mundo había sido obra de los varones Aes Sedai, cuando éstos existieron en la Era de Leyenda, pero ello no le aportaba gran consuelo. No todas las Aes Sedai eran como se las describía en los relatos, pero ¿cuántas lo eran y quiénes?

Las Aes Sedai que acudieron a su tienda cada noche eran tan variopintas que no contribuyeron a clarificar sus pensamientos. Alviarin era tan impasible y eficaz como un mercader llegado para comprar lana y tabaco. Le sorprendió que Nynaeve tomara parte en las lecciones pero lo aceptó sin más. Sus críticas eran mordaces, pero siempre estaba dispuesta a intentarlo de nuevo. Alanna Mosvani reía y dedicaba igual cantidad de tiempo a conversar acerca del mundo, y de los hombres, que a las enseñanzas. Alanna demostraba además excesivo interés por Rand, Perrin y Mat, a juicio de Egwene; en especial por Rand. La peor de todas era Liandrin, la única que llevaba puesto su chal; las demás lo habían guardado en su equipaje antes de abandonar Fal Dara. Liandrin se sentó manoseando los flecos rojos del chal y apenas

les enseñó nada, lo cual hizo con ademán reacio. Interrogó a Egwene y Nynaeve como si hubieran sido acusadas de un crimen y sus preguntas versaron indefectiblemente sobre los tres muchachos. No cambió de tema hasta que Nynaeve la echó afuera, por algún motivo que Egwene no logró dilucidar, y cuando salió lo hizo expresando una advertencia.

—Cuidaos, hijas mías. Ahora ya no estáis en vuestro pueblo. Ahora posáis los pies en un terreno donde hay seres que pueden morderos.

Al fin la comitiva llegó al pueblo de Medo, a orillas del río Mora, que discurría a lo largo de la frontera entre Shienar y Arafel hasta desembocar en el río Erinin.

Egwene estaba convencida de que habían sido las preguntas de las Aes Sedai sobre Rand lo que la había inducido a comenzar a soñar con él, aquello y la preocupación que sentía ante la posibilidad de que él y los demás se hubieran visto obligados a entrar en la Llaga en pos del Cuerno de Valere. Los sueños habían sido siempre angustiantes, pero en un principio eran pesadillas normales. Cuando arribaron a Medo, no obstante, su naturaleza había cambiado.

—Dispensad, Aes Sedai —se disculpó educadamente Egwene—, pero ¿no habréis visto a Moraine Sedai?

La esbelta Aes Sedai le hizo señas para que se apartase y se apresuró a adentrarse en la atestada calle iluminada con antorchas, gritando a alguien que tuviera cuidado con el caballo. La mujer era del Ajah Amarillo, aun cuando no llevara el chal entonces. Egwene no disponía de más datos acerca de ella, ni siquiera su nombre.

Medo era un pueblo pequeño; así lo consideró Egwene, sorprendida al caer en la cuenta de que lo que le parecía ahora un «pueblecito», a la sazón abarrotado de forasteros que superaban en número a sus habitantes habituales, era tan grande como el Campo de Emond. Las caballerías y personas llenaban las angostas calles, avanzando a empellones hacia los muelles entre lugareños que se hincaban de rodillas al paso de las Aes Sedai. Una violenta luz de antorchas iluminaba toda la escena. Los dos muelles sobresalían por encima del río Mora cual dedos de piedra y en cada uno de ellos había amarrados un par de barcos de dos mástiles. Las monturas estaban siendo izadas a bordo por medio de palos de carga, sogas y piezas de lona bajo el vientre. En el río, alumbrado por la luna, aguardaban más embarcaciones, altas y resistentes, con linternas en lo alto de los mástiles, ya dispuestas o en espera de recibir su carga. Los barcos de remo transportaban a los arqueros y piqueros, cuyas lanzas en ristre conferían a las embarcaciones el aspecto de gigantescos seres de espaldas erizadas de púas que nadaran en la superficie.

En el muelle, Egwene encontró a Anaiya, supervisando las operaciones de carga y azuzando a quienes no circulaban con suficiente diligencia. A pesar de que ésta apenas le había dirigido la palabra, a Egwene le parecía distinta de las demás, más semejante a las mujeres de su pueblo. Egwene podía imaginarla horneando un pastel

en la cocina, lo cual no conseguía hacer con ninguna de las otras.

—Anaiya Sedai, ¿habéis visto a Moraine Sedai? Necesito hablar con ella.

La Aes Sedai miró en torno a sí con ademán ausente.

—¿Cómo? Oh, eres tú, hija. Moraine se ha ido. Y tu amiga, Nynaeve, ya ha embarcado en el Reina fluvial. Yo misma he tenido que cargarla en el bote, gritándole que no partiría sin ti. ¡Luz, qué alboroto! Tú deberías estar a bordo también. Busca un bote que salga hacia el Reina fluvial. Las dos viajaréis con la Sede Amyrlin, de modo que deberéis comportaros allí. Nada de escenas ni berrinches.

—¿En qué barco va Moraine Sedai?

—Moraine Sedai no está en ningún barco, muchacha. Se fue hace dos días y la Amyrlin está furiosa a causa de ello. —Anaiya sonrió, sacudiendo la cabeza, si bien la mayor parte de su atención permanecía aún fija en los trabajadores—. Primero Moraine desaparece con Lan, luego Liandrin, pisándole los talones a Moraine, y después Verin, las tres sin decir una palabra a nadie. Verin ni siquiera se llevó a su Guardián; Tomás está comiéndose las uñas de preocupación por ella. —La Aes Sedai lanzó una ojeada al cielo. La luna creciente brillaba sin el obstáculo de las nubes—. Habremos de invocar de nuevo al viento, y a la Amyrlin tampoco le complacerá esto. Pretende que estemos en camino hacia Tar Valon dentro de una hora y no aceptará demora alguna. No me gustaría estar en la piel de Moraine, Liandrin o Verin cuando comparezcan de nuevo ante ella. Seguro que preferirían regresar al noviciado. Vaya, hija, ¿qué te ocurre?

Egwene respiró hondo. «¿Que Moraine se ha ido? ¡No es posible! Tengo que decírselo a alguien, alguien que no se burle de mí.» Imaginó a Anaiya en el Campo de Emond, escuchando los problemas expuestos por su hija; aquella mujer encajaba en el papel.

—Anaiya Sedai, Rand está en apuros.

Anaiya la miró con aire pensativo.

—¿Aquel chico tan alto de tu pueblo? Ya lo estás echando de menos, ¿no es cierto? Bueno, no me sorprendería que estuviera en apuros. Los jóvenes de su edad suelen estarlo. Aunque era el otro… ¿Mat?… el que parecía en dificultades. Muy bien, hija. No es mi intención mofarme de ti ni sonsacarte nada. ¿Qué clase de apuros y cómo tienes noticia de ello? A estas alturas seguramente él y lord Ingtar habrán recuperado el Cuerno y habrán regresado a Fal Dara. De lo contrario, habrán tenido que ir tras él hasta la Llaga y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Yo… no creo que estén en la Llaga ni de regreso a Fal Dara. Tuve un sueño. —Lo dijo con cierto tono de desafío. Se le antojó algo estúpido al explicarlo, pero le había parecido terriblemente real; una auténtica pesadilla, pero real. Primero había aparecido un hombre con una máscara sobre el rostro y fuego en lugar de ojos. A pesar de la máscara, había tenido la impresión de que le había sorprendido verla. Su

mirada la había empavorecido tanto que creyó que sus huesos iban a quebrarse de tanto temblar, pero de improviso se había esfumado y entonces vio a Rand dormido en el suelo, envuelto en su capa. Una mujer estaba de pie a su lado, mirándolo. Tenía la cara en sombras, pero sus ojos parecían brillar como la luna, y Egwene había tenido la certeza inmediata de que era malvada. Después hubo una fulguración y ambos desaparecieron. Y planeando sobre todo ello, casi como una cosa independiente, estaba la sensación de peligro, como si una trampa estuviera empezando a cerrarse sobre un cordero desprevenido, una trampa con múltiples mandíbulas; como si el tiempo transcurriera más lentamente y ella pudiera observar cómo las aceradas mandíbulas iban acercándose entre sí. El sueño no se había desvanecido al despertar, no del modo en que lo hacían los sueños, y notaba con tanta fuerza el peligro que deseaba mirar a sus espaldas, pero de algún modo sabía que la presa codiciada era Rand y no ella.

Se preguntó si la mujer era Moraine y luego se reprendió por pensarlo. Liandrin encajaba mejor en ese papel. O tal vez Alanna; ella también había mostrado interés por Rand.

No lograba comenzar a explicárselo a Anaiya.

—Anaiya Sedai —dijo al fin—, sé que parece estúpido, pero está en peligro, un gran peligro. Lo sé. Lo percibí. Aún lo noto.

—Bien —replicó quedamente Anaiya con ademán reflexivo—, es una posibilidad que apuesto no ha considerado nadie. Tal vez seas una Soñadora. Existe una posibilidad mínima, hija, pero… No hemos tenido ninguna durante… oh… cuatrocientos o quinientos años. Y los sueños están estrechamente relacionados con la predicción. Si de veras puedes soñar, es posible que también puedas realizar augurios. Eso sería un dedo que clavar en los ojos de las Rojas. Desde luego, podría tratarse de una pesadilla ordinaria, ocasionada por la noche, la comida fría y las duras jornadas de viaje soportadas desde que salimos de Fal Dara. Y que añores a tu joven amigo. Es lo más probable. Sí, sí, hija lo sé. Estás preocupada por él. ¿Precisaba tu sueño qué tipo de peligro?

—Se esfumó simplemente —respondió Egwene, sacudiendo la cabeza—, y sólo sentí el peligro. Y la maldad. Lo percibía aún después de que todo se hubiera desvanecido. —Se estremeció y se restregó las manos—. Todavía lo noto.

—Bien, hablaremos más largamente de ello en el Reina fluvial. Si eres una Soñadora, me ocuparé de que recibas el entrenamiento que Moraine te daría de estar… ¡Eh, tú! —gritó de pronto la Aes Sedai y Egwene tuvo un sobresalto. Un hombre alto, que acababa de sentarse en una barrica de vino, se levantó de un salto. Otros aligeraron el paso—. ¡Eso es para cargarlo a bordo, no para descansar encima! Hablaremos en el barco, hija. ¡No, necio! ¡No puedes trasladarlo solo! ¿Quieres hacerte daño? —Anaiya bajó al muelle, atribulando al infortunado obrero con un

lenguaje más descarnado de lo que Egwene la hubiera creído capaz.

Egwene escrutó la oscuridad, hacia el sur. Allí estaba él, en algún lugar. No en Fal Dara ni en la Llaga. Estaba convencida de ello. «Resiste, cabeza de chorlito. Si dejas que te maten antes de que pueda sacarte de esto, te desollaré vivo.» No se le ocurrió preguntarse de qué manera iba a salvarlo ella de algo, yendo como iba a Tar Valon.

Arrebujándose en la capa, se dispuso a buscar un bote que se dirigiera al Reina fluvial.

13



De piedra a piedra

La luz del sol naciente despertó a Rand, el cual dudó si no estaría soñando. Se sentó lentamente, mirando en derredor. Todo había cambiado, o casi todo. El sol y el cielo eran los mismos que esperaba ver, aunque pálidos y excesivamente poblados de nubes. Loial y Hurin aún yacían a ambos lados de él, dormidos bajo sus capas, y sus caballos todavía permanecían trabados a corta distancia, pero el resto había desaparecido. Soldados, monturas y amigos, todo se había esfumado.

La hondonada en sí también se había modificado y ahora se encontraban en su centro, en lugar de en uno de sus extremos. Junto a la cabeza de Rand se alzaba un cilindro de piedra gris, de tres palmos de altura y un grosor de un paso, cubierto con cientos, tal vez miles, de diagramas profundamente labrados y marcas en algún lenguaje que él no reconoció. El suelo, tan liso como el piso de una morada, se hallaba pavimentado con losas blancas, pulidas hasta casi refulgir. Unos amplios y elevados escalones ascendían hacia el borde del hoyo en anillos concéntricos de piedras de distinto color. Y en los alrededores del borde, los árboles aparecían ennegrecidos y desfigurados, como arrasados por rayos. Todo parecía más pálido de lo que debiera ser, al igual que el sol: más impreciso, como percibido entre la niebla. Lo curioso era que no había niebla. Únicamente ellos tres y los caballos ofrecían una imagen realmente compacta. Sin embargo, cuando tocó la piedra que tenía bajo él, notó una solidez normal. Zarandeó a Loial y a Hurin.

—¡Despertad! Despertad y decidme que no estoy soñando. ¡Despertad, os lo ruego!

—¿Ya es de mañana? —comenzó a preguntar Loial, sentándose. Después abrió desmesuradamente la boca y sus grandes ojos.

Hurin se despertó sobresaltado; luego se levantó de un salto, como una pulga que se hubiera posado en una piedra candente, para escudriñar a su alrededor.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están todos? ¿Dónde estamos, lord Rand? —Cayó de hinojos, frotándose las manos, Pero sus ojos no paraban de

mirar de un lado a otro—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —repuso Rand—. Confiaba en que fuera un sueño, pero… Tal vez sea un sueño. —El había padecido sueños que no eran tales y aquélla era ciertamente una experiencia que no deseaba repetir ni rememorar. Se levantó con cautela. Todo seguía igual.

—No creo que lo sea —opinó Loial. Estaba examinando la columna y ello no parecía alegrarlo. Sus largas cejas descendían hasta las mejillas y sus copetudas orejas evidenciaban un patente desánimo—. Al parecer, ésta es la misma piedra junto a la que nos acostamos anoche. Ahora ya creo saber qué es. —Por una vez, no dio la impresión de que tal conocimiento lo entusiasmara.

—Eso es… —«No.» El hecho de que fuera la misma piedra no era más absurdo que lo que percibía a su alrededor: Mat, Perrin y los shienarianos desaparecidos como por ensalmo y todas las cosas cambiadas. «Pensaba que había escapado, pero ha vuelto a comenzar y ya no hay nada que pueda tildarse de absurdo. A menos que yo esté loco.» Miró a Loial y Hurin. Ninguno de ellos actuaba como si él hubiera perdido el juicio; ellos también lo veían. Algo le llamó la atención en los escalones: los distintos colores, siete tonalidades que iban del azul al rojo—. Uno para cada Ajah —coligió.

—No, lord Rand —musitó Hurin—. No. Las Aes Sedai no nos harían esto. ¡No lo harían! Yo sigo la senda de la Luz.

—Todos la seguimos, Hurin —trató de tranquilizarlo Rand—. Las Aes Sedai no te harán ningún daño. —«A menos que tú te entrometas.» ¿Podía ser aquello obra de Moraine?—. Loial, has dicho que sabes qué es esta piedra. Explícanoslo.

—He dicho que creía saberlo, Rand. Había un retazo de un viejo libro, únicamente algunas páginas, pero en una de ellas había un dibujo de esta piedra, esta Piedra… —había una clara diferencia en la manera de pronunciar las dos palabras que ponía de manifiesto la importancia de la distinción— … o una muy similar. Y debajo de ella, había esta frase: «De Piedra a Piedra circulan las líneas de lo condicional, entre los mundos posibles».

—¿Qué significa eso, Loial? No tiene ningún sentido.

—Sólo eran unas cuantas páginas —respondió el Ogier, sacudiendo con tristeza la cabeza—. En ellas se afirmaba que los Aes Sedai de la Era de Leyenda, algunos de los que eran capaces de Viajar, los más poderosos de ellos, podían utilizar estas Piedras. No especificaba cómo, pero me parece que, por lo que alcanzo a dilucidar, tal vez esos Aes Sedai utilizaban las Piedras para viajar entre dichos mundos. —Lanzó una ojeada a los abrasados árboles y volvió a bajar la mirada rápidamente, como si no quisiera pensar en lo que se extendía más allá de la hondonada—. No obstante, aun cuando las Aes Sedai puedan utilizarlas, o pudieran hacerlo antaño, no había ninguna Aes Sedai con nosotros para encauzar el Poder, de modo que no veo

cómo ha podido producirse.

A Rand se le puso carne de gallina. «Los Aes Sedai las utilizaban. En la Era de Leyenda, cuando había varones Aes Sedai.» Recordaba vagamente cómo el vacío se había formado en torno a sí mientras se dormía, impregnado de un inquieto resplandor. También le vino a la memoria la habitación del pueblo y la luz de la que se había servido para escapar. «Si ésa era la mitad masculina de la Fuente Verdadera… No, no es posible. Pero ¿y si lo es? Luz, estaba planteándome si había de huir o no, y está continuamente en el interior de mi cabeza. Quizás he sido yo quien nos ha traído aquí.» No quería pensar en ello.

—¿Mundos posibles? No lo comprendo, Loial.

—Tampoco lo entiendo yo, Rand —se excusó el Ogier, encogiéndose inquietamente de hombros—. La mayoría de lo expuesto tenía este tono: «Si una mujer se encamina a derecha o izquierda, ¿se divide entonces el fluir del tiempo? ¿Acaso la Rueda teje entonces dos Entramados? ¿Un millar, para cada uno de sus giros? ¿Incontables como las estrellas? ¿Es uno de ellos real y los otros meras sombras y reflejos?». Como puedes ver, no estaba muy claro. Eran sobre todo preguntas, la mayoría de las cuales parecían contradecir a las demás. Y además no estaba completo. —Volvió a observar la columna, pero con aspecto de desear hallarse en cualquier otro lugar—. Se supone que debe de haber numerosas Piedras como éstas, diseminadas por el mundo, o que las hubo en otro tiempo, pero nunca he oído que alguien encontrara una. Nunca llegó a mis oídos que alguien hallara algo así.

—Mi señor Rand… —Hurin parecía más calmado, pero se aferró a su chaqueta con ambas manos, con expresión apremiante—. Mi señor Rand, nos devolveréis allí, ¿verdad? ¿Al lugar donde pertenecemos? Tengo mujer, mi señor, e hijo. Melia sería muy desgraciada si me muriera, pero, si no tiene siquiera mi cuerpo para entregarlo al abrazo de la madre, su pena no se mitigaría hasta el fin de sus días. Comprendedlo, mi señor. No puedo dejarla sin que lo sepa. Haréis que regresemos. Y si yo muero, si no podéis llevaros mi cadáver, se lo comunicaréis a ella, para que al menos tenga eso. —Su tono no era ya interrogativo al final. Su voz había adquirido una nota de confianza.

Rand abrió la boca para decir que no era un señor y luego la cerró sin pronunciar palabra alguna. Aquello era un detalle insignificante en tales circunstancias. «Tú lo has mezclado en esto.» Quería negarlo, pero sabía que era él, sabía que podía encauzar el Poder, aun cuando ello siempre pareciera producirse sin su intervención. Loial decía que los Aes Sedai se servían de esas Piedras y ello implicaba el uso del Poder único. El Ogier nunca pretendía conocer lo que ignoraba y si él afirmaba saber algo, uno podía estar seguro de que así era, y no había nadie más en las proximidades capaz de esgrimir el Poder. «Tú los has metido en esto y debes sacarlos de aquí. Debes intentarlo.»

—Haré cuanto esté en mi mano, Hurin. —Y, dado que Hurin era shienariano, agregó—: Por mi casa y mi honor.

Hurin aflojó la presión de la mano en su chaqueta, al tiempo que en sus ojos se reflejaba la esperanza.

—Honor para serviros, mi señor —dijo, con una reverencia.

Rand sintió una oleada de culpabilidad. «Ahora piensa que tú te ocuparás de que regrese a casa, puesto que los señores shienarianos cumplen siempre su palabra. ¿Qué vas a hacer, lord Rand?»

—Eso no, Hurin. Nada de reverencias. Yo no… —De improviso comprendió que no podía decirle otra vez que él no era un lord. La creencia en que él era un lord era lo único que mantenía esperanzado al husmeador, y no podía quitársela. No en ese momento ni en ese lugar— … no quiero reverencias —concluyó con torpeza.

—Como vos digáis, lord Rand. —La sonrisa de Hurin era casi tan amplia como cuando Rand lo conoció.

—Bien —Rand se aclaró la garganta—, esto es lo que propongo.

Ambos estaban mirándolo: Loial con curiosidad, Hurin esperanzadamente, los dos expectantes ante lo que iba a decir. «Yo los he traído aquí. No puede ser de otro modo. Por consiguiente he de hacerlos regresar. Y eso significa…»

Aspirando hondo, atravesó las blancas losas en dirección al cilindro cubierto de símbolos. Cada uno de ellos se hallaba rodeado de diminutas inscripciones en una lengua que desconocía, con extrañas letras que trazaban curvas y espirales para, de pronto, formar dentados ángulos y ganchos y recobrar de nuevo la redondez de sus líneas. Al menos no eran escrituras trollocs. Reluctante, posó la mano en la columna. Parecía igual que cualquier piedra seca y pulida, pero tenía un tacto curiosamente viscoso, semejante al de un metal engrasado.

Cerró los ojos y formó la llama. El vacío llegó lenta y vacilantemente. Sabía que era su propio temor el que lo retenía, el recelo por lo que se proponía hacer. El miedo que arrojaba al fuego se veía sustituido por otro nuevo con igual celeridad. «No puedo hacerlo. No puedo encauzar el Poder. No quiero. Luz, debe de haber alguna otra opción.» Denodadamente, se esforzó por apaciguar sus pensamientos. Notaba el sudor que le perlaba el rostro. Porfió con insistencia, lanzando sus temores a la llama, haciéndola crecer. Entonces el vacío lo invadió.

Su esencia flotaba en medio de la nada. Veía la luz… el *Saidin*… aun con los ojos cerrados, y sentía su calidez, envolviéndolo, rodeando cuanto había alrededor. Vacilaba como la llama de una vela entrevista a través de un papel manchado de aceite. Un aceite rancio. Un aceite pegajoso.

Se acercó, sin saber cómo, con una especie de movimiento, de estiramiento hacia la luz, hacia el *Saidin*, y no aferró nada, como si hubiera tratado de asir el agua con las manos. Tenía el tacto de un estanque fangoso en el que flotara el verdín sobre un

agua limpia, la cual no podía, sin embargo, sacar. Realizó un nuevo intento y una vez más resbaló por sus dedos, sin que quedara la más ínfima gota en su piel, en la que quedaba en cambio pegado el verdín, produciéndole un extraño hormigueo.

Desesperadamente, trató de imaginar la hondonada tal como era antes, con Ingtar y los lanceros durmiendo junto a sus caballos, con Mat y Perrin y la piedra hundida en la tierra, de la que sólo asomaba un extremo. Formó la imagen fuera del vacío, prendida al caparazón de vacuidad que lo circundaba. Intentó relacionar la imagen con la luz. La hondonada igual a como estaba antes y él, Loial y Hurin allí juntos. Le dolía la cabeza. Juntos, con Mat, Perrin y los shienarianos. Sentía una comezón en la cabeza. ¡Juntos!

El vacío se desintegró en un millar de afiladas hojas que le desgarraban la mente.

Estremecido, retrocedió a trompicones con ojos muy abiertos. Le dolían las manos de tanto apretar la piedra, y los brazos y hombros le temblaban de dolor; se le revolvía el estómago a causa de la sensación de estar cubierto de inmundicias, y en la cabeza… Trató de calmar la respiración. Nunca hasta entonces le había sucedido aquello. Cuando el vacío se desvanecía, lo hacía como una burbuja punzada, esfumándose en un abrir y cerrar de ojos; nunca rompiéndose como el vidrio. Sentía la cabeza entumecida, como si el millar de cuchilladas se hubiera producido con tal rapidez que el dolor no hubiera comenzado aún a hacerse notar. Sin embargo, cada escisión había parecido tan real como si hubiera sido realizada con un cuchillo. Se tocó las sienes y le sorprendió no ver sangre en sus dedos.

Hurin todavía estaba observándolo, con la misma confianza. Si acaso se había producido en él alguna modificación, era en la certeza que se incrementaba con cada minuto. Lord Rand estaba haciendo algo. Para eso estaban los señores. Protegían la tierra y el pueblo con sus cuerpos y sus vidas y, cuando algo iba mal, lo enmendaban y se ocupaban de que se hiciera justicia. Mientras Rand hiciera algo, fuera lo que fuese, Hurin mantendría la esperanza de que, al final, todo acabaría bien. Eso era lo que hacían los señores:

Loial presentaba otro aspecto, un ceño en el que se reflejaba un leve desconcierto, pero bajo el cual los ojos permanecían también fijos en Rand. Rand se preguntaba qué estaría pensando.

—Valía la pena intentarlo —les dijo. La repulsiva sensación de tener un aceite rancio revistiéndole la cabeza iba desapareciendo paulatinamente, pero aún pensaba que iba a vomitar—. Volveré a probarlo dentro de unos minutos.

Confiaba en que su tono fuera lo bastante convincente. No tenía ni la más remota idea acerca el funcionamiento de las Piedras, ni de si sus esfuerzos tenían alguna posibilidad de surtir algún efecto. «Tal vez existan normas para accionarlas. Quizá debas hacer algo especial. Luz, quizá no puedas utilizar dos veces la misma Piedra o…» Interrumpió aquella línea de pensamiento. No servía para nada dudar. Debía

hacerlo. Al mirar a Loial y Hurin, creyó comprender a lo que se había referido Lan al comparar el peso del deber con el de una montaña.

—Mi señor, me parece… —Hurin dejó inconclusa la frase, al parecer avergonzado—. Mi señor, tal vez, si encontramos a los Amigos Siniestros, podremos obligar a uno de ellos a explicarnos la manera de regresar.

—Preguntaría a un Amigo Siniestro o al Oscuro en persona si creyera que iban a darme una respuesta verdadera —afirmó Rand—. Pero aquí no hay nadie más que nosotros. Sólo estamos los tres. —«Sólo yo. Soy yo quien debe lograrlo.»

—Podríamos seguir su rastro, mi señor. Si les damos alcance…

—¿Todavía percibes su olor? —preguntó Rand, mirando fijamente al husmeador.

—Sí, mi señor. —Hurin frunció el entrecejo—. De una manera tenue, como difuminada, al igual que se percibe todo lo demás, pero puedo oler su rastro. Están en esa dirección. —Señaló el borde de la hondonada—. No lo entiendo, mi señor, pero… Anoche hubiera jurado que el rastro continuaba directamente a lo largo del hoyo… en donde estábamos. Bien, ahora no estamos en el mismo sitio, pero… lo único que sé, lord Rand, es que está allí.

Rand reflexionó. Si Fain y los Amigos Siniestros estaban allí —dondequiera que se hallara este lugar— debían de saber cómo regresar. Tenían que saberlo, si es que habían llegado hasta allí en primer lugar. Y tenían el Cuerno y la daga… Mat debía recobrar esa arma. Aun cuando sólo fuese por aquel motivo, debía localizarlos. Lo que al fin lo hizo decidir, reconoció con vergüenza, fue el temor a realizar una nueva tentativa. Tenía menos miedo de enfrentarse a Amigos Siniestros y a trollocs con la sola compañía de Hurin y Loial que de tratar de encauzar el Poder.

—En ese caso iremos tras los Amigos Siniestros. —Trató de conferir firmeza a su voz, la misma de que hacían gala Lan o Ingtar—. Debemos recobrar el Cuerno. Si no podemos hallar la manera de quitárselo, al menos sabremos dónde se encuentran cuando volvamos a reunirnos con Ingtar. —«Con tal de que no me pregunten cómo vamos a encontramos con él»—. Hurin, asegúrate de que sean realmente sus huellas lo que seguimos.

El husmeador saltó a caballo, ansioso por pasar a la acción; impaciente, tal vez, de alejarse de la hondonada, y ascendió por los amplios y abigarrados escalones. Las herraduras del animal resonaron con estrépito en la piedra, pero no dejaron marca alguna en ella.

Rand afianzó sobre el lomo de Rojo sus alforjas, en cuyo interior permanecía aún, a su pesar, el estandarte y, tras recoger el arco y la aljaba, montó a su semental. El hatillo de la capa de Thom Merrilin sobresalía detrás de su silla.

Loial aproximó su gran montura a él. Aun de pie, la cabeza del Ogier llegaba a la altura del hombro de Rand, montado. Loial todavía aparentaba estupor.

—¿Crees que deberíamos quedarnos aquí? —inquirió Rand—. ¿Y volver a tratar

de utilizar la Piedra? Si los Amigos Siniestros están aquí, a nuestro alcance, debemos buscarlos. No podemos dejar el Cuerno de Valere en manos de Amigos Siniestros; ya oíste a la Amyrlin. Y hemos de recuperar esa daga. Sin ella Mat morirá.

—Sí, Rand —asintió Loial—, así es. Pero, Rand, las Piedras…

—Encontraremos otra. Dijiste que estaban diseminadas por todas partes y si todas son como ésta, con estos grabados, no será difícil identificarlas.

—Rand, ese fragmento de libro afirmaba que las Piedras provenían de una era anterior a la Era de Leyenda y que incluso los Aes Sedai de entonces no las comprendían, si bien algunos de los más poderosos las utilizaban. Se servían de ellas por medio del Poder único, Rand. ¿Cómo pensabas utilizar esa Piedra para que regresásemos? ¿O cualquier otra que podamos encontrar?

Por un momento Rand sólo pudo mirar al Ogier, pensando a una velocidad como nunca lo había hecho antes.

—Si son más antiguas que la Era de Leyenda, tal vez la gente que las construyó no utilizó el Poder. Debe de existir otro medio. Los Amigos Siniestros han llegado aquí y sin duda ellos son incapaces de hacer uso del Poder. Sea cual sea ese medio, lo averiguaré. Conseguiré que podamos regresar, Loial. —Observó la alta columna de piedra con sus extrañas inscripciones y sintió un acceso de temor. «Luz, si al menos no tuviera que utilizar el Poder para lograrlo …» Lo haré, Loial, lo prometo. De un modo u otro.

El Ogier asintió dubitativamente, trepó a lomos de su descomunal caballo y siguió a Rand por los escalones para reunirse con Hurin entre los ennegrecidos árboles.

El terreno se extendía con escasas y onduladas elevaciones cubiertas de praderas salpicadas con algunos árboles y atravesadas por arroyos. En la lejanía, Rand creyó percibir otro lugar quemado. Todo aparecía pálido, descolorido. No había señales de obras realizadas por la mano del hombre, a excepción del círculo de piedra que dejaban atrás. El cielo estaba despejado, sin humo de chimeneas ni pájaros, con la única presencia de algunas nubes y el pálido y amarillento sol.

Lo peor, sin embargo, era que la tierra parecía desfigurar la visión. Lo que se encontraba cerca presentaba un aspecto normal, al igual que lo percibido en línea recta hacia el horizonte. No obstante, siempre que Rand volvía la cabeza y percibía de soslayo los objetos distantes, éstos aparentaban desplazarse velozmente hacia él, hallarse más próximos al mirarlos directamente. Aquello producía una sensación de vértigo que incluso acusaban los caballos, los cuales relinchaban con nerviosismo y ponían los ojos en blanco. Trató de mover la cabeza con mayor lentitud; el aparente movimiento de las cosas que hubieran debido permanecer fijas seguía allí, pero algo amortiguado.

—¿Has leído algún libro que mencionara esto? —preguntó Rand.

Loial sacudió la cabeza y luego tragó saliva como si lamentase haberla movido.

—Nada.

—Supongo que no hay modo de remediarlo. ¿De qué lado, Hurin?

—Sur, lord Rand. —El husmeador no levantó la mirada del suelo.

—Rumbo sur, entonces. —«Debe de existir un modo de regresar sin hacer uso del poder.» Rand espoleó los flancos de Rojo y trató de impregnar su voz de confianza, como si su situación no revistiera mayor dificultad—. ¿Qué fue lo que dijo Ingtar? ¿Que había tres o cuatro jornadas hasta ese monumento a Artur Hawkwing? Me pregunto si existirá aquí también, igual que las Piedras. Si éste es un mundo de lo posible, tal vez aún esté en pie. ¿No sería algo digno de ver, Loial?

Siguieron cabalgando en dirección sur.

14



Hermano lobo

¿Qué han desaparecido? —interrogó al aire Ingtar—. Y mis guardias no vieron nada. ¡Nada! ¡No pueden haberse esfumado!

Escuchándolo, Perrin metió la cabeza entre los hombros y observó a Mat, que estaba a cierta distancia, murmurando, ceñudo, para sí. Discutiendo consigo mismo, según impresión de Perrin. El sol despuntaba sobre el horizonte y por aquel entonces ya deberían haber estado cabalgando. Las sombras se cernían sobre la hondonada, alargadas pero inmóviles, al igual que los árboles que las proyectaban. Los caballos de carga, dispuestos para la marcha, coceaban el suelo con impaciencia, pero todos permanecían de pie junto a su montura, aguardando.

—Ni la más mínima huella, mi señor —informó Ino al llegar. Su tono traslucía un ultraje por el resultado fallido de su escrutinio—. Maldita sea, ni siquiera el condenado rasguño de un casco. Se han esfumado sin más.

—Tres hombres y tres caballos no se esfuman sin más —gruñó Ingtar—. Vuelve a rastrear el suelo, Ino. Si alguien es capaz de localizar sus huellas, ése eres tú.

—A lo mejor escaparon —apuntó Mat. Ino se detuvo en seco y le asestó una airada mirada. «Como si hubiera maldecido a una Aes Sedai», pensó, asombrado, Perrin.

—¿Por qué iban a escapar? —La voz de Ingtar sonaba peligrosamente suave—. Rand, el constructor, mi husmeador…, ¡mi husmeador!… ¿Por qué habría de irse cualquiera de ellos y menos los tres a la vez?

—No lo sé —respondió Mat, encogiéndose de hombros—. Rand estaba… —Perrin sintió deseos de arrojarle algo, de golpearlo, de hacer cualquier cosa para pararlo, pero Ingtar e Ino estaban mirando. Sintió una oleada de alivio cuando Mat vaciló, extendió las manos y murmuró—: No sé por qué. Sólo se me ocurrió que era una posibilidad.

—Escaparse —bufó Ingtar con una mueca, como si no pudiera considerar aquello ni por un instante—. El constructor puede ir a donde le plazca, pero Hurin no lo haría. Ni tampoco Rand al'Thor. No lo haría, ahora que sabe cuál es su deber. Continúa

rastreando el terreno, Ino. —Éste esbozó una reverencia y se alejó presuroso, con la espada balanceándole sobre el hombro. Ingtar emitió un gruñido—. ¿Por qué iba a irse Hurin de esta manera, a media noche, sin decir palabra? El sabe cuál es nuestra misión. ¿Cómo voy a perseguir a esa inmundicia poseída por la Sombra sin él? Daría un millar de coronas de oro por una jauría de sabuesos. De no saber que ello es imposible, diría que los Amigos Siniestros tramaron esto para impedir que los sigamos. Paz, ya no sé la que estoy diciendo. —Se fue tras Ino a grandes zancadas.

Perrin basculó con inquietud el peso del cuerpo. Los Amigos Siniestros estaban sin duda ganando terreno con cada minuto que transcurría, alejándose y llevándose consigo el Cuerno de Valere… y la daga de Shadar Logoth. No creía que Rand, por más que hubiese cambiado y a pesar de lo que le hubiera acaecido, fuese a abandonar dicha búsqueda. «Pero ¿adónde se ha ido y por qué?» Que Loial se marchara con Rand era creíble… pero ¿por qué lo haría Hurin?

—Tal vez en verdad se ha escapado —murmuró.

Después miró en torno a sí. Nadie lo había oído, al parecer; ni siquiera Mat estaba prestándole atención. Se mesó los cabellos. Si las Aes Sedai le hubieran dicho que era un falso Dragón, él también se habría ido. Pero la preocupación por Rand no contribuía en nada a la persecución de los Amigos Siniestros.

Existía una solución, tal vez, si él estaba dispuesto a proponerla, aunque no le agradaba tomar esa vía. Había estado rehuyéndola, pero quizá ya no podía seguir haciéndolo. «Me está bien empleado por lo que le dije a Rand. Ojalá yo pudiera liberarme de ello huyendo.» Aun sabiendo que podía prestar ayuda, vaciló.

Nadie estaba mirándolo y, de cualquier modo, nadie sabría lo que estaban viendo aunque mirasen. Finalmente, remiso, cerró los ojos y se entregó a la deriva, dejando que sus pensamientos volaran lejos de sí.

Había tratado de negarlo desde un principio, mucho antes de que sus ojos comenzaran a cambiar su tonalidad castaña por un color similar al del oro bruñido. En aquel encuentro inicial, aquel primer instante de reconocimiento, se había negado a admitirlo y había rehusado hacerlo hasta entonces. Todavía deseaba poder huir.

Su mente vagó en busca de lo que por fuerza debía haber en los contornos, lo que siempre había en el campo cuando había pocos hombres o éstos se hallaban lejos; vagó en busca de sus hermanos. No le gustaba pensar en ellos en esos términos, pero lo eran.

En un comienzo había abrigado el temor de que lo que hacía estuviera contaminado por el Oscuro, o por el Poder único, algo igualmente pernicioso para un hombre que no aspiraba más que a ser un herrero y vivir tranquilamente su vida al amparo de la Luz. Rememorando aquel tiempo, se identificó con el estado de ánimo de Rand, en el que debían de entremezclarse el temor de sí y la sensación de impureza. El fenómeno del que él participaba, sin embargo, era anterior al uso del

Poder por parte de los humanos, era algo que había nacido al inicio del tiempo. Moraine le había asegurado que no tenía nada que ver con el Poder. Era algo que había desaparecido hacía tiempo y que volvía a asomar a la luz. Egwene también lo sabía, aun cuando él hubiera deseado lo contrario. No quería que nadie lo supiera y confiaba en que no se lo hubiera contado a nadie.

Había establecido contacto. Los sentía, percibía otras mentes. Sentía a sus hermanos, los lobos.

Sus pensamientos llegaron a él como un remolino de imágenes y emociones. Al principio no había sido capaz de distinguir algo aparte de la emoción descarnada, pero ahora su mente les atribuía palabras. «Hermano lobo. Sorpresa. Un ser de dos piernas que habla.» Una imagen borrosa, difuminada por el tiempo, de hombres corriendo con lobos, en dos manadas que cazaban juntas. «Hemos oído que esto vuelve de nuevo. ¿Eres Diente Largo?»

Era una breve descripción de un hombre vestido con pieles, con un largo cuchillo en la mano, pero a la cual se superponía la imagen, más central, de un lobo de profusa pelambre con un diente más largo que el resto, un diente de acero que relucía bajo el sol mientras el animal dirigía la manada a un desesperado ataque entre profundas nieves contra el venado que representaría la vida en lugar de una muerte paulatina a causa del hambre; y la imagen del venado, en su desesperada huida, del sol reflejándose sobre el blanco manto hasta herir la vista, del viento, aullando en los puertos, levantando torbellinos de fina nieve que semejaban niebla y… Los nombres de los lobos eran siempre imágenes complejas.

«No», pensó tratando de forjar mentalmente su aspecto.

«Sí. Hemos oído hablar de ti.»

La imagen de ellos no era la que él había formado, la de un hombre joven con musculosos hombros y ensortijado pelo castaño, un joven con un hacha en el cinturón, a quien los demás consideraban lento de pensamiento y acción. Ese hombre estaba allí, en algún punto de la imagen mental que le devolvían los lobos, pero en ésta tenía la fuerza de un toro salvaje con curvados cuernos de reluciente metal, corriendo en la noche con la velocidad y exuberancia de la juventud, con el rizado cabello resplandeciendo bajo la luna, arrojándose entre Capas Blancas a caballo, en el aire seco, frío y lóbrego, y la sangre tan roja en los cuernos y…

«Joven Toro.»

Por un momento, Perrin perdió contacto con ellos a causa del estupor. Jamás se le había ocurrido la posibilidad de que le hubieran adjudicado un nombre. Hubiera preferido no recordar qué lo había hecho acreedor de él. Tocó el hacha que pendía de su cinto, con su resplandeciente media luna. «Que la Luz me asista. Maté dos hombres. Ellos me hubieran dado muerte aún con mayor rapidez, y a Egwene, pero…»

Dejando de lado tales cavilaciones, basadas en hechos que no podía remediar ni deseaba recordar, comunicó a los lobos el olor de Rand, Loial y Hurin y les preguntó si lo habían percibido. Aquello era algo que le había sobrevenido junto con la modificación del color de sus ojos; era capaz de identificar a las personas por su olor aun cuando no pudiera verlas. También veía con mayor agudeza, aun en la casi completa oscuridad. Ahora siempre ponía buen cuidado en encender lámparas o velas, en ocasiones antes de que los demás lo creyeran necesario.

Los lobos le transmitieron la visión de unos jinetes acercándose a la hondonada antes del crepúsculo. Ésa era la última vez que habían visto u olido a Rand y a los otros dos.

Perrin titubeó. El paso siguiente sería inútil a menos que hablara con Ingtar. «Y Mat morirá si no encontramos la daga. Diantre, Rand, ¿por qué te has llevado al husmeador?»

En la única ocasión en que había ido a las mazmorras, con Egwene, el olor de Fain le había hecho poner los pelos de punta; ni siquiera los trollocs hedían de ese modo. Sintió impulsos de doblar los barrotes de la celda y despedazar a ese hombre, y el hecho de descubrir tal arrebato en su interior lo había asustado más que el propio Fain. Para amortiguar el olor de Fain en su propia mente, le agregó el de los trollocs, antes de exhalar un aullido.

Procedentes de la lejanía respondieron los gritos de una manada de lobos y en la hondonada los caballos piafaron y relincharon amedrentados. Algunos de los soldados aferraron sus lanzas de larga hoja y observaron con desasosiego el borde de la oquedad. Dentro de la cabeza de Perrin, la situación era peor: sentía la rabia de los lobos, el odio. Únicamente había dos cosas que inspiraban odio a los lobos. Lo demás lo soportaban sin más, pero aborrecían sobremanera el fuego y los trollocs, aunque hubieran atravesado una cortina de llamas para matar trollocs. Aun con mayor intensidad que el de los trollocs, el olor de Fain lo había puesto frenéticos, como si olieran algo en comparación de lo cual los trollocs parecieran naturales y casi benignos.

«¿Dónde?»

El cielo se arremolinaba en su cabeza, la tierra giraba. Los lobos no tenían nociones acerca del este y el oeste. Ellos conocían los movimientos del sol, el transcurso de las estaciones, los contornos de la tierra. Perrin interpretó su mensaje: hacia el sur. Y algo más: un ansia por matar a los trollocs. Los lobos permitirían al Joven Toro participar en la matanza. Él podría traer a los dos piernas con sus duras pieles si así lo quería, pero Joven Toro, Dos ciervos, Amanecer de invierno y el resto de la manada perseguirían a los Degenerados que habían osado penetrar en su territorio. Su incomestible carne y agria sangre quemarían mi lengua, pero debían darles muerte. Matarlos. Matar a los Degenerados.

Su furia prendió en él. Sus labios se separaron para formar un rictus amenazador y dio un paso para unirse a ellos, para correr con ellos en la cacería, en pos de la matanza.

Con esfuerzo, cortó el contacto con los lobos hasta que sólo quedó la conciencia de que se encontraban allí. Hubiera podido señalar hacia ellos con la tierra de por medio. Sentía desolación. «Soy un hombre, no un lobo. ¡Que la Luz me proteja, soy un hombre!»

—¿Estás bien, Perrin? —preguntó Mat, aproximándose. Tenía el mismo tono impertinente de siempre y otro, amargo, que había adoptado últimamente, pero parecía preocupado—. Lo que me faltaba. Rand se marcha y luego tú te pones enfermo. No sé dónde voy a encontrar una Zahorí que te cuide por aquí. Creo que tengo un poco de raíz de sauce en mis alforjas. Puedo prepararte una infusión, si Ingtar nos permite quedarnos un rato. Si la hago cargada, lo tendrás bien merecido.

—E… estoy bien, Mat. —Tras deshacerse de su amigo, fue al encuentro de Ingtar. El señor shienariano estaba escrutando el suelo del borde de la hondonada con Ino, Ragan y Masema, quienes lo miraron ceñudos cuando se llevó a Ingtar a un lado. Antes de hablar se cercioró de que éstos se hallaban lo bastante lejos como para no oírlo—. No sé adónde han ido Rand y los demás, Ingtar, pero Padan Fain y los trollocs, y supongo que los Amigos Siniestros también, todavía se dirigen al sur.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Ingtar.

—Los lobos me han informado de ello —respondió, después de aspirar hondo. Aguardó algo cuya naturaleza no acababa de prever: escarnio, desdén o una acusación de ser un Amigo Siniestro o de estar loco. Deliberadamente, introdujo los pulgares bajo el cinturón, distanciándolos del hacha. «No voy a matar. Nunca más. Si intenta darme muerte por Amigo Siniestro, huiré, pero no voy a matar a nadie más.»

—He oído hablar de casos como éste —reconoció lentamente Ingtar tras un momento—. Rumores. Había un Guardián, un hombre llamado Elyas Machera, que a decir de algunos podía hablar con los lobos. Desapareció hace años. —Pareció advertir alguna reacción en la mirada de Perrin—. ¿Lo conoces?

—Lo conozco —repuso llanamente Perrin—. Él es el que… No quiero hablar de ello. Yo no pedí que alguien me iniciara. —«Eso es lo que dijo Rand. Luz, ojalá estuviera en casa trabajando en la herrería de maese Luhhan.»

—Esos lobos —inquirió Ingtar—, ¿seguirán la pista de los Amigos Siniestros y trollocs para informarnos? —Perrin asintió—. Bien. Recuperaré el Cuerno, cueste lo que cueste. —El shienariano dirigió la mirada hacia Ino y los demás que aún buscaban las huellas—. Sin embargo, será mejor no contárselo a nadie. Los lobos están considerados como animales de buen agüero en las Tierras Fronterizas pues los trollocs los temen. Aun así, es preferible que esto quede entre nosotros por el momento. Puede que algunos de ellos no lo comprendieran.

—No deseo otra cosa —convino Perrin.

—Les diré que crees disponer del mismo talento que Hurin. Están familiarizados con ello y no les produce ninguna reacción. Algunos te vieron cómo arrugabas la nariz en ese pueblo y en el embarcadero. He oído comentarios jocosos respecto a tu delicado olfato. Sí. Si nos mantienes en su misma senda hoy, Ino verá suficientes huellas para confirmar que ésa es la ruta que han tomado, y antes de que caiga la noche no habrá ningún soldado que no esté convencido de que eres un husmeador. Conseguiré el Cuerno. —Lanzó una ojeada al cielo y elevó la voz—. ¡Estamos desperdiciando la luz del día! ¡A caballo!

Ante la sorpresa de Perrin, los shienarianos parecieron aceptar la explicación de Ingtar. Algunos adoptaron un aire escéptico, entre ellos Masema, que llegó a escupir al suelo, pero Ino asintió con aire pensativo y ello bastó a la mayoría. Mat fue el más difícil de convencer.

—¡Un husmeador! ¿Tú? ¿Vas a seguir la pista de los asesinos por el olor? Perrin, estás tan loco como Rand. Yo soy el único del Campo de Emond que aún no ha perdido los cabales, dado que Egwene y Nynaeve están de camino hacia Tar Valon para convertirse en… —Calló de pronto, mirando con inquietud a los shienarianos.

Perrin ocupó el puesto de Hurin junto a Ingtar mientras la reducida comitiva cabalgaba hacia las tierras meridionales. Mat no cesó en sus denigrantes comentarios hasta que Ino encontró las primeras huellas dejadas por los trollocs y por algunos jinetes, pero Perrin apenas le prestó atención. Su única preocupación era evitar que los lobos se precipitaran sobre los trollocs. A aquellas fieras sólo les interesaba matar a los Degenerados; para ellos, los Amigos Siniestros no diferían de cualquier otro ser de dos piernas. Perrin imaginaba a los Amigos Siniestros diseminándose en doce direcciones distintas mientras los lobos despedazaban a los trollocs; huirían con el Cuerno de Valere, y con la daga. Y, una vez muertos los trollocs, no creía factible atraer el interés de los lobos en seguir el rastro de unos humanos aun en el supuesto de que él tuviera una idea precisa respecto a cuál de ellos había que seguir. Sostuvo una tensa discusión con ellos, a causa de la cual el sudor ya corría por su frente mucho antes de recibir la primera avalancha de imágenes que le revolvieron el estómago.

Refrenó súbitamente el caballo. Los demás hicieron lo mismo, mirándolo, esperando. Dirigió la vista al frente y profirió un amargo juramento en voz.

Los lobos podían atacar a los hombres, pero éstos no eran su presa preferida. En primer lugar, porque aún conservaban el recuerdo de las antiguas cacerías conjuntas y, en segundo, porque los seres de dos piernas tenían mal sabor. Los lobos eran más remilgados respecto a su alimentación de lo que él los hubiera creído capaces. Nunca comían carroña, a menos que estuvieran muriéndose de hambre, y eran pocos los que cazaban más de lo que podrían engullir. La sensación que le transmitían ahora a

Perrin era lo más parecido a la repugnancia. Además estaban las imágenes. Las veía con mayor claridad de la que hubiera deseado. Cadáveres, de hombres, mujeres y niños, amontonados y diseminados. La tierra empapada de sangre aplastada por los cascos, los desesperados intentos de huida. Carne despedazada, cabezas cortadas. Buitres aleteando con las extremidades manchadas de sangre; cabezas desplumadas desgarrando y llenando el buche. Desconectó la mente para no ponerse a vomitar.

Por encima de un bosquecillo, en la lejanía, distinguió unos puntos negros volando en círculo casi a ras de tierra, aterrizando y remontando el vuelo. Buitres que se disputaban la comida.

—Hay algo horrible allá. —Tragó saliva, topando con la mirada de Ingtar. ¿Cómo podía resultar verosímil esa escena en boca de un supuesto husmeador? «No quiero acercarme para verlo. Sin embargo, ellos querrán investigar cuando hayan avistado los buitres. He de contarles algo que los haga desistir de aproximarse»—. La gente de ese pueblo… Creo que los trollocs los han matado.

Ino comenzó a proferir maldiciones y algunos de los otros shienarianos murmuraron para sí. Ninguno de ellos dio muestras de notar algo extraño en dicha afirmación. Lord Ingtar decía que era un husmeador, y los husmeadores detectaban el olor de las matanzas.

—Y alguien viene siguiéndonos —anunció Ingtar.

—A lo mejor es Rand —aventuró Mat, volviendo grupas ansiosamente—. Sabía que no se iría sin mí.

Por el norte se elevaban tenues polvaredas que indicaban la proximidad de un caballo a la carrera. Los shienarianos se diseminaron, con las lanzas en ristre, girando en todas direcciones. Aquéllos no eran parajes en donde fuera habitual la presencia de un desconocido.

Cuando los demás sólo avistaban un punto, Perrin percibió un caballo y un después una mujer. A medida que se acercaba, ésta redujo la marcha abanicándose con una mano. Era una mujer entrada en carnes, de pelo gris, con la capa atada detrás de la silla, que los observaba vagamente con ojos entornados.

—Es una de las Aes Sedai —la identificó, decepcionado, Mat—. La reconozco. Es Verin.

—Verin Sedai —lo corrigió Ingtar, antes de dedicar desde su silla una reverencia a la recién llegada.

—Moraine Sedai me ha enviado, lord Ingtar —anunció Verin con una sonrisa de satisfacción—. Pensó que tal vez me necesitaríais. Vaya una galopada. Temía no daros alcance hasta cerca de Cairhien. ¿Habéis visto el pueblo? Claro. Oh, era algo horrible, ¿verdad? Y ese Myrddraal. Había cuervos y grajos encima de todos los tejados, pero ni uno se acercaba a él, a pesar de estar muerto. Tuve que espantar el propio peso del Oscuro en moscas, empero, para poder averiguar de qué se trataba. Es

una lástima que no tuviera tiempo para descolgarlo. Nunca tuve ocasión de estudiar… —De pronto entrecerró los ojos y su aire ausente se desvaneció cual humo—. ¿Dónde está Rand al'Thor?

—Ha desaparecido, Verin Sedai —respondió Ingtar con una mueca—. Desapareció anoche sin dejar rastro. Lo mismo ocurrió con el Ogier y Hurin, uno de mis hombres.

—¿El Ogier, lord Ingtar? ¿Y vuestro husmeador se fue con él? ¿Qué tendrían en común esos dos con…? —Ingtar la miraba boquiabierto y la mujer soltó un resoplido —. ¿Pensabais que podíais mantener en secreto algo semejante? —Volvió a bufar—. ¡Husmeadores! ¿Desaparecido decís?

—Sí, Verin Sedai. —Ingtar parecía inquieto. No era tranquilizador descubrir que las Aes Sedai estaban al corriente de secretos que uno pretendía mantener al margen de ellas; Perrin confió en que Moraine no hubiera hablado a nadie de su caso—. Pero tengo… tengo otro husmeador. —El lord shienariano señaló a Perrin—. Este hombre dispone, al parecer, de la misma habilidad. Encontraré el Cuerno de Valere, cumpliendo mi juramento, no temáis. Vuestra compañía será bienvenida, Aes Sedai, si deseáis cabalgar con nosotros. —Ante la sorpresa de Perrin, su voz indicaba que no era del todo sincero en su ofrecimiento.

Verin lanzó una ojeada a Perrin y éste movió el cuerpo con desasosiego.

—Un nuevo husmeador, precisamente cuando perdéis el otro. Qué… providencial. ¿No habéis encontrado huellas? No, por supuesto que no. Habéis dicho sin rastro. Curioso. Anoche. —Se arrellanó en la silla, mirando hacia atrás y Perrin pensó por un momento que iba a emprender camino por donde había venido.

—¿Creéis que su desaparición guarda alguna relación con el Cuerno, Aes Sedai? —inquirió Ingtar, frunciendo el entrecejo.

—¿El Cuerno? —Verin volvió la cabeza—. No. No, me parece… que no. Pero es extraño, muy extraño. No me gustan las cosas extrañas hasta que no puedo desentrañarlas.

—Puedo hacer que os escolten dos hombres hasta el lugar donde desaparecieron, Verin Sedai. No tendrán problemas para acompañaros hasta allí.

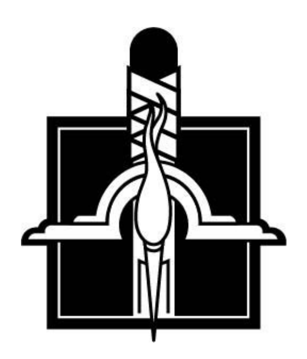
—No. Si decís que se desvanecieron sin dejar rastro… —Durante un largo momento, examinó a Ingtar con semblante inescrutable—. Cabalgaré con vosotros. Es posible que volvamos a encontrarlos o que ellos nos localicen a nosotros. Habladme mientras cabalgamos, lord Ingtar. Contadme todo lo relativo a ese joven. Todo lo que hizo, todo lo que dijo.

Emprendieron la marcha con un tintineo de arneses y armaduras, con Verin al lado de Ingtar, interrogándolo exhaustivamente, pero en voz demasiado baja para ser escuchada por los demás. La mujer lanzó una significativa mirada a Perrin cuando éste intentó mantener la posición que ocupaba antes, por lo que optó por rezagarse.

—Va en busca de Rand —murmuró Mat—, no del Cuerno.

Perrin asintió. «Dondequiera que hayas ido, Rand, quédate allí. Estarás más seguro que aquí.»

15



Verdugo de la Humanidad

El modo como las extrañamente imprecisas colinas parecían deslizarse hacia Rand cuando éste las miraba directamente le producía vértigo, a menos que se protegiera con el vacío. En ocasiones, éste se apoderaba de su interior sin que él se lo propusiera, pero lo evitaba a toda costa. Era mejor sentirse mareado que compartir el vacío con esa inquietante luz. Sin duda era preferible contemplar el desvaído paisaje. Con todo, trataba de no mirar nada demasiado alejado a menos que se hallara frente a ellos.

Hurin mantenía la vista fija mientras se concentraba en husmear el rastro, como si procurara no reparar en la tierra que éste cruzaba. Cuando el husmeador advertía lo que se extendía a su alrededor, se sobresaltaba y se enjugaba las manos en la chaqueta y volvía a situarse con la nariz hacia adelante a la manera de los sabuesos, con los ojos vidriosos, sin prestar atención al resto. Loial cabalgaba hundido en la silla y fruncía el entrecejo al mirar en torno a sí, agitando inquieto las orejas y murmurando para sus adentros.

Volvieron a cruzar un retazo de terreno renegrido y quemado, cuya tierra crujía incluso bajo los cascos de los caballos como si hubiera sido abrasada. Las franjas quemadas, a veces de una anchura de un kilómetro y otras de pocos cientos de metros, se extendían indefectiblemente hacia oriente o poniente, tan rectas como el curso de una flecha. En dos ocasiones Rand vio el fin de una de ellas, al pasar a poca distancia; se estrechaban en el extremo hasta no ser más que un punto. Ése era al menos el caso de las que observó de cerca, pero sospechaba que todas presentaban la misma característica.

Un día había estado mirando cómo Whatley Eldin decoraba un carro para el Día Solar, en el Campo de Emond. What pintaba escenas de abigarrado colorido, rodeándolas de intrincadas volutas. En los rebordes, dejaba que la punta del pincel rozara la madera, trazando una fina línea que iba ensanchándose a medida que

aplicaba mayor presión, para volver a estrecharse al aflojarla de nuevo. Ése era el aspecto que presentaba el terreno, como si alguien lo hubiera rayado con un descomunal pincel de fuego.

Nada crecía en esos parajes, aun cuando algunos de ellos, al menos, ofrecían el vestigio de que algo había crecido mucho tiempo atrás. El aire no olía ni remotamente a quemado allí, ni siquiera cuando se inclinaba para recoger una negra ramita y la acercaba a la nariz. Había transcurrido tiempo tras el incendio, pero nada había venido a reclamar la tierra. El negro daba paso al verde y el verde al negro, a lo largo de las afiladas líneas que los delimitaban.

A su manera, el resto de la tierra parecía tan carente de vida como las parcelas abrasadas, a pesar de la hierba que cubría el suelo y las hojas que poblaban el ramaje de los árboles. Todo tenía ese aspecto desvaído, similar al de la ropa que se había lavado demasiadas veces o había sido expuesta en exceso al sol. No había pájaros ni animales; al menos Rand no los veía ni oía. No percibía ningún halcón revoloteando en el cielo, ningún ladrido de una zorra, ningún trino. Nada se agitaba en la hierba ni en las ramas; ni abejas ni mariposas. Habían cruzado varios arroyos, de aguas poco profundas, aun cuando éstas hubieran socavado a menudo profundos barrancos de empinadas orillas que los caballos habían de descender y remontar con cautela. El agua discurría clara, exceptuando el barro que removían los cascos de los caballos, pero ningún pececillo ni renacuajo se había asomado entre el caudal y ni tan sólo había arañas de agua danzando en la superficie o libélulas que la sobrevolaran.

El agua era potable, lo cual era de agradecer, dado que el contenido de sus cantimploras no podía durar indefinidamente. Rand la probó primero y no consintió en que Loial y Hurin lo hicieran hasta no haber transcurrido un tiempo y comprobar que no le ocurría nada. Él los había arrastrado a aquella aventura y, por lo tanto, en él recaía la responsabilidad. Todo cuanto podía decirse del agua es que era fresca e insípida, como si la hubieran hervido. Loial esbozó una mueca de disgusto, y tampoco les gustó a los caballos, que la bebieron a desgana y cabeceando.

Había una señal de vida, o lo que Rand interpretó como tal. En dos ocasiones vio un fino trazo que avanzaba por el cielo como una diminuta hilera de nubes. Las líneas parecían demasiado rectas para ser naturales, pero no alcanzaba a imaginar qué podía provocarlas. No hizo mención de ello a los demás. Tal vez no las vieran, dada la concentración de Hurin en el rastro y el ensimismamiento de Loial. En todo caso, ellos no realizaron ningún comentario al respecto.

Tras media mañana de cabalgada, Loial desmontó de improviso de su enorme caballo y sin decir nada se encaminó hacia un bosquecillo de retama gigante, cuyos troncos se ramificaban en numerosos y erguidos ramales a escasa distancia del suelo. La copa, profusamente dividida asimismo, estaba coronada de las foliosas ramas que le eran características.

Rand refrenó a Rojo, dispuesto a preguntarle qué hacía, pero había algo en el porte del Ogier, una cierta incertidumbre, que lo indujo a guardar silencio. Después de contemplar el arbusto, Loial posó la mano en un tronco y empezó a cantar con voz profunda y cavernosa.

Rand había escuchado una de las canciones que los Ogier componían en honor de los árboles, cuando Loial la había entonado ante un árbol moribundo que había devuelto a la vida, y había oído hablar de la madera cantada, que consistía en objetos obtenidos de los árboles por medio de las canciones a ellos dedicadas. El talento para lograrlo estaba en retroceso, a decir de Loial —uno de los pocos que aún conservaban dicha habilidad—, lo cual había ocasionado una mayor apreciación de la madera cantada. Cuando había oído cantar a Loial anteriormente, había tenido la impresión de que la propia tierra participaba de su canto, pero ahora el Ogier murmuraba su cántico casi con timidez y la tierra devolvía el eco en un susurro.

Parecía una canción pura, compuesta de música sin palabras, o al menos no tenía ninguna que Rand llegara a captar; si tenía letra, ésta se confundía con la música al igual que el agua que manaba hacia un arroyo. Hurin lo observaba con estupor.

Rand no estaba seguro de qué era lo que hacía Loial ni cómo, pues, a pesar de su suavidad, el canto se prendía a él de una manera hipnótica, llenando su mente casi como lo hacía el vacío. Loial recorría el tronco con sus grandes manos, cantando, acariciándolo con su voz tanto como con los dedos. La corteza de algún modo, más lisa, como si su contacto estuviera dándole forma. Rand pestañeó. Tenía la certeza de que la pieza en la que se había centrado Loial había estado rematada de ramaje al igual que las demás, pero ahora terminaba en una punta redondeada por encima de la cabeza del Ogier. Rand abrió la boca, pero la canción lo acalló. Parecía tan familiar, aquella canción, como si la conociera.

De pronto la voz de Loial se elevó en un punto culminante, con un sonido similar al de un himno de gracias, y concluyó, desvaneciéndose a la manera como lo hace la brisa.

—Diantre —musitó Hurin, estupefacto—. Diantre, nunca oí algo parecido… Diantre.

Loial sostenía en la mano una vara tan alta como él y tan gruesa como el antebrazo de Rand, suave y pulida. En el lugar que ocupaba el tronco en la retama había un pequeño tallo recién brotado.

Rand respiró hondo. «Siempre hay algo nuevo, siempre algo inesperado, y a veces no es horrible.»

Observó cómo Loial montaba y depositaba el bastón frente a él, atravesado en la silla, y se preguntó para qué quería un cayado el Ogier, puesto que iban a caballo. Entonces vio la recia vara, no en su tamaño real, sino en relación con el del Ogier y la manera como lo empuñaba éste.

—¡Una barra! —exclamó, sorprendido—. No sabía que los Ogier llevaran armas, Loial.

—Normalmente no lo hacemos —replicó Loial con tono casi tajante—. Normalmente. Siempre ha traído malas consecuencias. —Alzó la enorme barra y hundió la nariz con desagrado—. El abuelo Halan diría, sin duda, que estoy poniendo un mango largo a mi hacha, pero no estoy comportándome de un modo precipitado, Rand. Este lugar… —Se estremeció, agitando las orejas.

—Pronto encontraremos la manera de regresar —afirmó Rand, tratando de conferir confianza a su voz.

—Todo está… relacionado, Rand —continuó hablando el Ogier, como si no lo hubiera escuchado—. Se trate de seres vivos o no, con capacidad de pensar o sin ella, todo lo que existe está vinculado a una totalidad. El árbol no piensa, pero forma parte de un conjunto, el cual posee… un sentimiento. No puedo explicarlo, al igual que soy incapaz de expresar la esencia de la felicidad, pero… Rand, esta tierra ha sentido alegría al haberse creado un arma. ¡Alegría!

—La Luz nos ilumine —murmuró Hurin, nervioso— y el Creador nos resguarde. Aunque vayamos al encuentro del último abrazo de la madre, que la Luz ilumine nuestros pasos. —Siguió repitiendo el catecismo como si éste fuera un hechizo destinado a protegerlo.

Rand resistió el impulso de mirar en derredor. Ni siquiera levantó la mirada. El hecho de que en ese momento apareciera otra nueva línea humeante a través del cielo habría bastado para desarmarlos a todos.

—No hay nada aquí que vaya a agredirnos —aseveró con firmeza—. Y nos mantendremos alerta para asegurarnos de que ello no suceda.

Sentía deseos de reírse de sí mismo, hablando con aquel tono tan resuelto a pesar de su incertidumbre casi absoluta. Sin embargo, al ver a los otros, a Loial con sus copetudas orejas caídas y a Hurin tratando de no posar la vista en nada, supo que uno de ellos había de aparentar seguridad, al menos, o de lo contrario el temor y la incertidumbre los carcomerían. «La Rueda gira según sus propios designios.» Desechó aquel pensamiento. «Nada que guarde relación con la Rueda. Nada que tenga que ver con *ta'veren*, Aes Sedai ni el Dragón. Las cosas son como son, eso es todo.»

—Loial, ¿has acabado con lo que habías de hacer aquí? —El Ogier asintió, acariciando pesaroso la barra. Rand se volvió hacia Hurin—. ¿Conservas el rastro?

—Sí, lord Rand.

—En ese caso, sigámoslo. Una vez que encontremos a Fain y los Amigos Siniestros, volveremos a casa como unos héroes, con la daga para Mat y el Cuerno de Valere. Guíanos, Hurin. —«¿Héroes? Me conformaría con que saliéramos con vida de aquí.»

—No me gusta este sitio —manifestó inexpresivamente el Ogier, que aferraba la barra como si esperara tener que utilizarla de un momento a otro.

—Tampoco tenemos intención de quedarnos aquí, ¿no es cierto? —replicó Rand. Hurin lanzó una carcajada como si hubiera dicho algo gracioso, pero Loial lo miró con seriedad.

—Tampoco la tenemos, Rand.

Mientras proseguían rumbo sur, no obstante, advirtió que su desenfadada pretensión de regresar al hogar les había levantado ligeramente el ánimo. Hurin mantenía la espalda algo más erguida en la silla y las orejas de Loial no parecían tan abatidas. No eran ésos lugar ni ocasión para dejar entrever que él compartía su aprensión, de modo que la ocultó para sí, librando con ella una batalla interior.

Hurin mantuvo el buen humor durante el resto de la mañana, murmurando:

—Tampoco tenemos intención de quedarnos.

Después reía entre dientes, y así alternativamente, hasta que Rand tuvo ganas de pedirle que se callara. Hacia mediodía, el husmeador volvió a guardar silencio, sacudiendo la cabeza y frunciendo el entrecejo, y Rand descubrió que hubiera preferido volver a oírlo repetir sus palabras y reír.

—¿Ocurre algo malo en relación con el rastro, Hurin? —preguntó.

—Sí, lord Rand —repuso el husmeador, encogiéndose de hombros con semblante preocupado— y, al mismo tiempo no, podría decirse.

—Ha de ser lo uno o lo otro. ¿Has perdido el rastro? No tienes por qué avergonzarte si así ha sido. Ya habías dicho al comienzo que era difuso. Si no podemos encontrar a los Amigos Siniestros, buscaremos otra piedra con la que regresar. —«Luz, cualquier cosa menos eso.» Rand mantuvo la serenidad en el semblante—. Si los Amigos Siniestros pueden llegar hasta aquí y marcharse, también podremos hacerlo nosotros.

—Oh, no lo he perdido, lord Rand. Todavía noto su pestilencia. No es eso. Sólo que… que… —Con una mueca, Hurin se decidió—. Que es como si estuviera recordándolo, lord Rand, en lugar de olerlo. Pero no es eso. Hay docenas de rastros que lo cruzan continuamente, docenas y docenas, y toda clase de olores a violencia, algunos de ellos recientes, casi, pero difuminados como todo lo demás. Esta mañana, justo después de abandonar la hondonada, hubiera jurado que se habían producido cientos de asesinatos bajo mis pies, sólo minutos antes, pero no había ningún cadáver ni ninguna marca en el suelo a excepción de nuestras huellas. Una cosa así no podría producirse sin que el suelo quedara levantado ni teñido de sangre, pero no había ninguna marca. Todo es así, mi señor. Sin embargo, estoy siguiendo el rastro. Estoy siguiéndolo. Este sitio me pone los nervios de punta. Eso es. Debe de ser eso.

Rand lanzó una ojeada a Loial, con la esperanza de que el Ogier aportara, como en otras ocasiones, uno de sus curiosos y variados conocimientos, pero ahora parecía

tan abrumado como Hurin. Rand adoptó más seguridad en la voz de la que realmente sentía.

—Sé que estás haciendo cuanto puedes, Hurin. Todos estamos nerviosos. Limítate a seguir el rastro y ya los encontraremos.

—Como vos digáis, lord Rand. —Hurin espoleó el caballo. Como digáis.

Al caer la tarde, no obstante, aún no había señales de los Amigos Siniestros y Hurin afirmaba que el rastro todavía era difuso. El husmeador no paraba de murmurar para sí acerca de «recordar».

No había visto ninguna huella. Rand no era tan buen rastreador como Ino, pero cualquier muchacho de Dos Ríos era capaz de seguir el rastro para encontrar un cordero extraviado o cazar un conejo para la cena. Él no había visto nada. Era como si ningún ser vivo hubiera hollado la tierra hasta su llegada.

Debería haber habido algo si los Amigos Siniestros se encontraban más adelante. Sin embargo, Hurin continuaba siguiendo el rastro que afirmaba oler.

Cuando el sol se hundía en el horizonte establecieron el lugar de acampada en un bosquecillo de árboles que habían dejado intacto los incendios y comieron parte de las provisiones de sus alforjas. Pan duro y carne seca combinados con aquella insípida agua: una exigua cena. Rand calculó que los alimentos durarían una semana. Después… Hurin masticaba lentamente, con resolución, pero Loial engulló deprisa su ración y luego se sentó a fumar su pipa, con la gruesa barra a mano. Rand encendió una discreta hoguera, oculta entre la espesura. Cabía la posibilidad de que Fain y sus Amigos Siniestros y trollocs se hallaran lo bastante cerca como para ver el fuego, a pesar de la preocupación de Hurin acerca de la peculiaridad de su rastro.

Le pareció curioso que hubiera comenzado a pensar en ellos como los Amigos Siniestros de Fain, los trollocs de Fain. Fain no era más que un hombre que había perdido el juicio. «Entonces ¿por qué lo rescataron?» Fain había sido una pieza clave en el plan del Oscuro para encontrarlo a él. Tal vez la respuesta guardaba relación con eso. «Entonces ¿por qué huye en lugar de perseguirme? ¿Y qué mató a aquel Fado? ¿Qué ocurrió en aquella habitación con moscas? Y ésos ojos, vigilándome en Fal Dara. Y ese viento, atrapándome como un escarabajo en resina de pino. No. No, Ba'alzemon ha de estar muerto.» Las Aes Sedai no habían dado crédito a sus palabras. Moraine no lo había creído, ni tampoco la Amyrlin. Tercamente, rehusó cavilar de nuevo sobre ese tema. Lo único en que debía pensar ahora era en hallar la daga para Mat. Encontrar a Fain y el Cuerno.

«La guerra nunca acaba, al’Thor.»

La voz sonaba como una tenue brisa que susurrara en su nuca, un leve y gélido murmullo que se abría camino entre las grietas de su mente. A punto estuvo de invocar el vacío para rehuirla, pero, al recordar lo que le aguardaba por esa vía, reprimió el deseo de hacerlo.

En la penumbra del ocaso, se adiestró en las figuras con la espada, tal como le había enseñado Lan, si bien sin envolverse en el vacío: Partir la seda, El colibrí besa la madreselva, La grulla arremetiendo en los Juncos, para ejercitar el equilibrio. Enajenado en los veloces y certeros movimientos, olvidado momentáneamente de sí y de la situación, practicó hasta que el sudor le cubrió el cuerpo. Al terminar, no obstante, todo estaba igual; nada había cambiado. El tiempo no era frío, pero se estremeció y se arrebujó en la capa al agacharse junto al fuego. Los otros percibieron su estado de ánimo y acabaron de comer deprisa y en silencio. Nadie expresó queja alguna cuando cubrió de tierra las últimas espasmódicas llamas.

Rand realizó el primer turno de vigilancia, recorriendo los lindes de la arboleda con el arco y a veces aflojando la espada en la vaina. La gélida luna se hallaba casi llena, resaltada en la negrura, y la noche se hallaba tan silenciosa como lo había sido el día, e igualmente vacía. Vacía era la palabra exacta. La tierra estaba tan solitaria como un polvoriento cántaro de leche. Era difícil creer que hubiera alguien en todo ese mundo, a excepción de ellos tres; difícil de imaginar que incluso los Amigos Siniestros se encontraran allí, en algún punto situado más adelante.

Para distraerse, desenvolvió la capa de Thom Merrilin, dejando al descubierto el arpa y la flauta en sus rígidas fundas de cuero sobre los parches multicolores. Sacó la flauta de oro y plata de su estuche, recordando las enseñanzas del juglar al notar su contacto, y tocó algunas notas de El viento que agita el sauce, quedamente para no despertar a los demás. Aun tan bajo, la triste melodía sonaba estrepitosa en exceso en aquel lugar, demasiado real. Con un suspiro volvió a cerrar el instrumento y rehizo el hatillo.

Mantuvo la guardia hasta bien entrada la noche, dejando que los otros durmieran. Ignoraba qué hora debía de ser cuando de improviso advirtió que se había levantado una niebla. Ésta se extendía densamente a ras del suelo, tornando las indistintas formas de Loial y Hurin en montículos que despuntaran entre nubes. Con la altura perdía espesor, pese a lo cual envolvía los contornos, ocultando cuanto en ellos había a excepción de los árboles más cercanos. Le parecía contemplar la luna a través de un retazo de seda mojada. Con esa niebla, cualquier ser podía aproximarse a ellos sin ser advertido. Tocó la espada.

—Las espadas no surten efecto contra mí, Lews Therin. Ya debieras saberlo.

La niebla se arremolinó en tomo a los tobillos de Rand cuando éste se volvió, con la espada en las manos y la hoja marcada con la garza ante su busto. El vacío ocupó súbitamente su interior; por primera vez, apenas notó la contaminada luz del *Saidin*.

Una figura cubierta en sombras se acercó entre la neblina, caminando con un largo bastón. Tras ella, insinuando con su sombra la vastedad del visitante, la niebla se oscureció hasta superar la negrura de la noche. A Rand se le erizó el vello. La silueta fue aproximándose, hasta concretarse en la forma de un hombre, vestido de

negro, con guantes y una máscara de seda del mismo color que le cubría el rostro, y la sombra se desplazó con él. Su vara era negra también como si la madera se hubiera quemado, y a un tiempo lisa y brillante cual que reflejara los rayos de luna. Por un instante los orificios oculares de la máscara relucieron, como si tras ellos hubiera hogueras en lugar de ojos, pero Rand no tuvo necesidad de reparar en ello para saber con quién se encaraba.

—Ba'alzemon —musitó—. Esto es un sueño. No puede ser de otro modo. Tengo sueño y…

Ba'alzemon rió como el crepitar de un horno abierto.

—Siempre intentas negarlo, Lews Therin. Si alargo la mano, puedo tocarte, Verdugo de la Humanidad. Siempre puedo hacerlo. Siempre y en todo lugar.

—¡Yo no soy el Dragón! ¡Mi nombre es Rand al'… —Rand entrechocó los dientes para contener sus gritos.

—Oh, conozco el nombre que utilizas ahora, Lews Therin. Conozco todos los nombres que has usado era tras era, incluso desde mucho antes de que fueras el Verdugo de la Humanidad. —La voz de Ba'alzemon fue incrementando su intensidad; en ocasiones el fuego de sus ojos se elevaba de tal manera que Rand podía verlo a través de las aberturas de la máscara de seda, observarlo cual infinitos mares de llamas—. Te conozco, conozco tu sangre y tu linaje hasta remontarme a la primera chispa de vida que ha existido, hasta el Primer Momento. Jamás podrás ocultarte ante mí. ¡Jamás! Estamos unidos de manera tan efectiva como las dos caras de una moneda. Los hombres ordinarios pueden esconderse en los giros del Entramado, pero los *ta'veren* se destacan cual señales de fuego en la cumbre de una colina, y tú, ¡tú eres tan perceptible como si diez millares de flechas resplandecientes te apuntaran desde la bóveda celeste! ¡Eres mío y siempre te hallas al alcance de mi mano!

—¡Padre de las Mentiras! —logró articular Rand. A pesar del vacío, su lengua quería adherirse al paladar. «Luz, por favor, haz que sea un sueño.» Aquel pensamiento pasó rozando la superficie de la calma. «Incluso uno de esos sueños que no son tales. No es posible que esté realmente delante de mí. El Oscuro está confinado en Shayol Ghul, en una prisión sellada por el Creador en el momento de la Creación…» Sabía demasiadas cosas que determinaban la realidad para hallar consuelo en tales afirmaciones defensivas—. ¡Un nombre acertado! Si os fuera dado apoderados de mí sin más, ¿por qué no lo habéis hecho? Porque no podéis. ¡Yo sigo la senda de la Luz y no podéis tocarme!

Ba'alzemon se apoyó en su bastón y miró a Rand durante un momento; luego caminó hasta erguirse delante de Loial y Hurin, y bajó la mirada hacia ellos. La inmensa sombra se desplazó con él. Rand advirtió que no agitaba la niebla… Se movía, haciendo oscilar el bastón al ritmo de sus pasos, pero la grisácea neblina no se deshilachaba ni formaba remolinos alrededor de sus pies como lo hacía en torno a los

suyos. Aquello le devolvió el coraje. Tal vez Ba'alzemon no estuviera realmente allí. Tal vez fuera un sueño.

—Te buscas unos extraños seguidores —musitó Ba'alzemon—. Siempre lo hiciste. Estos dos, la chica que intenta protegerte… Una pobre y frágil salvaguarda, Verdugo de la Humanidad. Si dispusiera de toda una vida para crecer, nunca sería lo bastante grande para poder ocultarte tras ella.

«¿Una muchacha? ¿Quién? Moraine no es sin duda una muchacha.»

—No sé de qué estáis hablando, Padre de las Mentiras. Mentís sin cesar e incluso cuando decís la verdad, la tergiversáis, convirtiéndola en un embuste.

—¿De veras miento, Lews Therin? Tú sabes qué eres, quién eres. Yo te lo he dicho. Y también lo han hecho esas mujeres de Tar Valon. —Rand basculó nerviosamente el peso del cuerpo y Ba’alzemon soltó una carcajada, similar a un pequeño trueno—. Se creen a salvo en su Torre Blanca, pero mis partidarios se cuentan incluso entre sus filas. La Aes Sedai llamada Moraine te reveló quién eres, ¿no es así? ¿Mentía acaso ella? ¿O es quizás una de las mías? La Torre Blanca pretende utilizarte como un perro con un dogal al cuello. ¿Digo verdad? ¿Miento cuando afirmo que vas en pos del Cuerno de Valere? —Volvió a reír. Fuera gracias a la calma del vacío o no, Rand consiguió reprimir el impulso de taparse los oídos con las manos—. A veces los viejos enemigos pelean durante tanto tiempo que acaban convirtiéndose en aliados sin caer en la cuenta de ello. Piensan que están atacándote, pero el vínculo es tan estrecho que es como si uno mismo hubiera guiado su mano para golpear.

—Yo no sigo vuestra guía —espetó Rand—. Niego vuestra influencia sobre mí.

—Tengo un millar de cuerdas atadas a ti, Verdugo de la Humanidad, cada una de ellas más fina que la seda y más resistente que el acero. El tiempo ha trazado un centenar de hilos entre ambos. La batalla que hemos librado… ¿Recuerdas algún pasaje de ellas? ¿Tienes idea de que hemos luchado antes, en innumerables contiendas que vienen teniendo lugar desde el inicio del tiempo? ¡Sé muchas cosas que tú desconoces! Esa batalla tocará pronto a su fin. La última Batalla se aproxima. La última, Lews Therin. ¿De veras crees que puedes evitarla? ¡Tú, pobre y trémulo gusano, me servirás o perecerás! Y en esta ocasión el ciclo no volverá a iniciarse después de tu muerte. La tumba pertenece al Gran Señor de la Oscuridad. Esta vez, si mueres, quedarás completamente destruido. Esta vez la Rueda será quebrada hagas lo que hagas y el mundo volverá a formarse con un nuevo molde. ¡Sírveme! ¡Sirve a Shai'tan o serás destruido para siempre!

Al ser pronunciado dicho nombre, el aire pareció espesarse. La oscuridad que se extendía tras Ba'alzemon se hinchó y aumentó de tamaño, amenazando con engullirlo todo. Rand sintió cómo lo circundaba, más fría que el hielo y a un tiempo más ardiente que las brasas, con una negrura más intensa que la muerte, atrayéndolo hacia

sus profundidades, cerniendo su red sobre el mundo. Apretó con la mano la empuñadura hasta que le dolieron las articulaciones.

—Niego tu existencia, niego tu poder. Sigo la senda de la Luz. La Luz me protege y estamos guarecidos en la palma de la mano del Creador. —Pestañeó. Ba'alzemon aún estaba allí y la gran oscuridad todavía estaba suspendida tras él, pero era como si todo lo demás no hubiera sido más que un espejismo.

—¿Quieres ver mi cara? —Era un susurro.

—No —respondió Rand después de tragar saliva.

—Deberías verla. —Una mano enguantada se acercó a la negra máscara.

—¡No!

La máscara se levantó. Era el rostro de un hombre, horriblemente quemado. Con todo, entre las grietas de negros rebordes que atravesaban sus rasgos, la piel presentaba un aspecto sano y terso. Unos ojos oscuros miraron a Rand, unos crueles labios sonrieron, enseñando unos relucientes dientes blancos.

—Mírame, Verdugo de la Humanidad, y contempla la centésima parte de tu propio destino. —Por un momento, ojos y boca aparecieron transformados en unas interminables cavernas de fuego—. Esto es lo que el Poder incontrolado es capaz de provocar, incluso a mí. Pero estoy curándome, Lews Therin. Conozco las vías que llevan a incrementar el poder. Te quemaré como a una polilla que sobrevuela un horno.

—¡NO pienso tocarlo! —Rand se sintió rodeado por el vacío, notó el *Saidin*—. No pienso hacerlo.

—No puedes evitarlo.

—¡Dejadme… en… PAZ!

—Poder. —La voz de Ba’alzemon se tornó suave, insinuante—. Puedes recobrar el poder, Lews Therin. Estás ligado a él ahora, en este momento. Lo sé. Lo percibo. Siéntelo, Lews Therin. Siente su brillo en tu interior. Siente el poder que podría ser tuyo. No tienes más que alargar la mano. Pero la Sombra se entromete entre tú y él. La locura y la muerte. No es preciso que mueras, Lews Therin, no tienes por qué volver a morir.

—No —trató de acallarlo Rand. La voz, sin embargo, prosiguió su discurso, ahondando en él.

—Yo puedo enseñarte a controlar ese poder de manera que no te destruya. No hay nadie con vida capaz de enseñarte eso. El Gran Señor de la Oscuridad puede protegerte de la locura. El poder puede ser tuyo y tienes la posibilidad de vivir eternamente. ¡Para siempre! Todo cuanto has de hacer a cambio es servirme. Sólo servirme. Unas simples palabras, «Soy tuyo, Gran Señor», y el poder será tuyo. Un poder que no alcanzan ni en sueños esas mujeres de Tar Valon, y la vida eterna, sólo con que ofrezcas tu persona y te avengas a servirme.

Rand se humedeció los labios. «No volverse loco. No morir.»

—¡Nunca! ¡Sigo la senda de la Luz —dijo con voz ronca— y nunca podréis rozarme!

—¿Rozarte, Lews Therin? ¿Tocarte? ¡Puedo consumirte! ¡Prueba su ardor y arde como yo!

Aquellos oscuros ojos volvieron a convertirse en fuego y de aquella boca brotó una llamarada que creció hasta superar el fulgor de un sol de verano, y de pronto la espada de Rand estuvo incandescente como si acabaran de sacarla de la forja. Lanzó un alarido cuando la empuñadura le quemó las manos, y dejó caer el arma. La niebla se incendió, se transmutó en fuego que todo lo arrasaba.

Chillando, Rand golpeó sus ropas, que humeaban deshaciéndose en cenizas, se golpeó las manos, que ennegrecían y se encogían, al tiempo que la carne desnuda crujía y caía en las llamas. Gritó. El dolor arremetía contra su vacío interior, en cuyas profundidades trató de guarecerse. El resplandor estaba allí, como indicio de la luz infecta que aún no veía. Medio enajenado, sin reparar ya en su naturaleza, llamó al *Saidin*, intentó envolverse en él, escudarse con él de las llamas y el dolor.

Tan de improviso como se había iniciado, el fuego se extinguió. Rand observó con asombro su mano despuntando por la manga roja de su chaqueta. La lana no se había chamuscado siquiera. «Han sido imaginaciones mías.» Miró frenéticamente alrededor: Ba'alzemon había desaparecido. Hurin se revolvía en sueños; el husmeador y Loial aún eran dos montículos que sobresalían en la baja niebla. «Lo he imaginado.»

Antes de tener ocasión de disfrutar del alivio, sintió un terrible dolor en la mano derecha y la volvió para mirarla. Su palma estaba atravesada por la marca de la garza; la garza del puño de su espada, inflamada y roja, grabada con la misma precisión que el dibujo de un artista.

Hurgó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pañuelo que se ató alrededor de la mano, que le daba punzadas. El vacío le sería de ayuda para soportarlo; estando inmerso en él, sería consciente del dolor pero no lo sentiría. Aun así desechó tal posibilidad. En dos ocasiones, una inadvertidamente y otra a propósito, había intentado encauzar el Poder único mientras estaba arropado en el vacío. Era con eso con lo que quería tentarlo Ba'alzemon. Era eso lo que querían que hiciera Moraine y la Sede Amyrlin. Pues no lo haría.

16



En el espejo de la oscuridad

No debierais haberlo hecho, lord Rand —lo reconvino Hurin cuando Rand los despertó justo antes del alba. El sol todavía se ocultaba tras el horizonte, pero ya había luz suficiente para ver. La niebla se había fundido mientras se mantenía aún la oscuridad, desvaneciéndose con reluctancia—. Si os extenuáis para preservar nuestras fuerzas, mi señor, ¿quién se ocupará de que regresemos al hogar?

—Necesitaba meditar —se excusó Rand. No restaba ningún indicio de la presencia de la niebla, ni de Ba'alzemon. Rozó con un dedo el pañuelo que le envolvía la mano derecha. Ésa era la prueba de que Ba'alzemon había estado allí. Sentía ansias de abandonar aquel lugar—. Es hora de que montemos a caballo si queremos atrapar a los Amigos Siniestros. Hora sobrada. Podemos comer mientras cabalgamos.

Loial se detuvo en el acto de estirar los músculos; sus brazos estirados llegaban a una altura que Hurin sólo habría alcanzado estando de pie sobre los hombros de Rand.

—Tu mano, Rand. ¿Qué te ha pasado?

—Me hice un poco de daño. No es nada.

—Tengo un ungüento en mi alforja…

—¡No es nada! —Rand era consciente de su rudeza, pero una mirada a la marca, realizada por metal candente, suscitaría preguntas que no deseaba responder—. Estamos perdiendo el tiempo. Pongámonos en camino. —Se dispuso a ensillar a Rojo, con torpeza a causa de la herida y Hurin saltó sobre su montura.

Una huella, decidió Rand mientras emprendían la marcha, devolvería la naturalidad a ese mundo. Había demasiadas cosas antinaturales allí. Aun una sola pisada sería un buen augurio. Fain y los Amigos Siniestros y los trollocs debían dejar por fuerza alguna huella. Se concentró en el terreno por el que pasaban, tratando de distinguir alguna señal que hubiera podido dejar otro ser vivo.

No había nada, ni una piedra volcada ni un terrón de tierra movido. En una

ocasión examinó la tierra que dejaban tras de sí; el terreno arañado y la tierra aplastada marcaban con evidencia sus pasos y sin embargo ante ellos no había ninguna señal. Hurin, no obstante, insistía en que olía el rastro, leve e impreciso, pero que aún apuntaba en dirección sur.

Una vez más el husmeador dedicó toda su atención a la pista que seguía, como un sabueso que persiguiera un ciervo, y Loial volvió a sumirse en sus propios pensamientos, murmurando para sí y acariciando la enorme barra, que aún mantenía sobre la silla ante él.

Aún no habían cabalgado una hora cuando Rand vio la aguja que se alzaba frente a ellos. Estaba tan abstraído escrutando el suelo que la afilada columna ya se mostraba en todo su tamaño por encima de los árboles, a corta distancia, cuando reparó en ella por vez primera. Se hallaba directamente en su línea de marcha.

—¿Qué será?

—Lo ignoro —respondió Loial.

—Si éste…, si éste fuera nuestro propio mundo, lord Rand… —Hurin se movió con inquietud en la silla—. Bueno, ese monumento del que estaba hablando lord Ingtar, el que conmemoraba la victoria de Artur Hawkwing sobre los trollocs, era una gran aguja. Pero fue derribado hace mil años. Sólo queda de él un gran montículo, parecido a una colina. Yo lo vi, cuando fui a Cairhien por encargo de lord Agelmar.

—De acuerdo con las indicaciones de Ingtar —arguyó Loial—, eso está aún a tres o cuatro jornadas. Suponiendo que quede algún vestigio. No veo cómo podría ser ese monumento. No me parece que esto esté habitado por nadie.

El husmeador volvió a posar la vista en el suelo.

—Ésa es la cuestión, ¿no es cierto, constructor? No hay gente, pero ahí está, delante de nosotros. Quizá deberíamos soslayarlo, mi señor Rand. No se puede prever qué o quiénes puede haber en un sitio así.

—Debemos mantenernos lo más cerca posible del rastro —opinó al fin Rand, después de reflexionar un momento—. Tal como están las cosas, no parece que estemos ganándole terreno a Fain y no quiero perder más tiempo, a ser posible. Si vemos gente o algo anormal, los rodearemos hasta volver a encontrar la pista. Pero, hasta entonces, seguiremos el mismo rumbo.

—Como vos digáis, mi señor. —El husmeador habló con un extraño tono de voz y miró de soslayo a Rand—. Como vos digáis.

Rand frunció el entrecejo antes de comprender y entonces fue él quien suspiró. Los señores no daban explicaciones a sus inferiores; sólo lo hacían a los otros nobles. «Yo no le pedí que me confundiera con un maldito señor», se dijo. «Pero lo ha hecho —pareció reprocharle una vocecilla— y tú no lo has sacado de su error. Tú efectuaste la elección. Ahora la responsabilidad es tuya.»

—Sigue el rastro, Hurin —indicó Rand.

Con evidente alivio en el semblante, el husmeador espoleó el caballo.

El débil sol iba ascendiendo mientras cabalgaban y, cuando alcanzó su cenit, se hallaban ya a tan sólo un kilómetro de la aguja. Habían llegado a uno de los arroyos, hundido en un barranco poco profundo, y ahora los árboles que mediaban entre ellos y el promontorio eran escasos. Rand vio que estaba construida sobre una colina redondeada de cima achatada. La gris espiral tenía como mínimo una altura de cien palmos y, como alcanzó a distinguir a poco, su cúspide estaba rematada por una escultura que representaba un ave con las alas extendidas.

—¡Un halcón! —exclamó Rand—. Es el monumento de Artur Hawkwing. No puede ser otro. Hubo gente aquí, tanto si la hay ahora como si no. La diferencia es que aquí lo construyeron en otro lugar y que no lo derruyeron. Míralo, Hurin. Cuando regresemos, podrás describirles cómo era en realidad el monumento. En todo el mundo, sólo nosotros tres lo habremos visto.

—Sí, mi señor —asintió Hurin—. A mis hijos les gustaría oír que su padre ha visto la columna de Hawkwing.

—Rand… —comenzó a hablar con tono preocupado Loial.

—Podemos cubrir la distancia al galope —propuso Rand—. Vamos. Una galopada nos sentará bien. Aunque estuviera muerto este lugar, nosotros estamos vivos.

—Rand —volvió a insistir Loial—, no creo que esto sea el…

Sin aguardar a escucharlo, Rand hincó los talones en los flancos de Rojo y el semental partió a la carrera. Atravesó el escaso caudal de agua en dos zancadas y luego remontó la otra orilla. Hurin precipitó su montura tras él. Rand oyó que Loial los llamaba, pero lanzó una carcajada, hizo señas al Ogier para que los siguiera y siguió galopando. Si mantenía los ojos fijos en un punto, la tierra no aparentaba deslizarse y resbalar de manera tan horrible y el viento le producía una agradable sensación en el rostro.

El montículo cubría considerable terreno, pero la ladera cubierta de hierba no era empinada. La grisácea aguja se alzaba hacia el cielo, con un perímetro cuadrado y un grosor que, a pesar de su altura, le confería un aire voluminoso, casi achaparrado. Rand paró de reír y refrenó a Rojo con gesto sombrío.

—¿Es éste el monumento a Hawkwing, lord Rand? —preguntó Hurin con inquietud—. No sé, no es como debería ser.

Rand reconoció la tosca escritura angulosa que cubría la parte frontal del monumento, como también identificó la naturaleza de algunos símbolos cincelados a lo ancho, los cuales alcanzaban la estatura de un hombre: la calavera con cuernos de los trollocs Dha'vol, el puño de hierro de los Dhai'mon, el tridente de los Ko'bal y el torbellino de los Ahf’frait. Había un halcón también, labrado cerca de la cúspide. Con una envergadura de diez pasos, yacía de espaldas, atravesado por un rayo y los

cuervos le horadaban los ojos. Las enormes alas que culminaban la torre parecían obstruir el sol.

Oyó que Loial llegaba al galope tras él.

—Intentaba advertirte, Rand —dijo—. Es un cuervo, no un halcón. Lo he visto claramente. —Hurin volvió grupas, rehusando volver a mirar la aguja.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó Rand—. Artur Hawkwing obtuvo la victoria sobre los trollocs aquí. Ingtar así lo afirmó.

—No aquí —replicó quedamente Loial—. Es evidente que no aquí. «De piedra a piedra circulan las líneas de lo condicional, entre los mundos posibles.» He estado reflexionando en esto y creo saber lo que significa «los mundos posibles». Se refiere al mundo o a los mundos que podrían haber sido si las cosas hubieran sucedido de diferente manera. Tal vez ésa sea la razón de que todo parezca tan… desvaído: porque es una condición, una posibilidad. Como una simple sombra del mundo real. Mi opinión es que, en este mundo, los trollocs ganaron. Es posible que ése sea el motivo de que no hayamos visto poblados ni gente.

Rand sintió un escalofrío. Si los trollocs habían ganado allí, sólo habrían dejado con vida a las personas necesarias para su alimentación. Y si habían triunfado en todo el mundo…

—Si los trollocs hubieran ganado, deberían estar por todas partes —adujo—. Ya deberíamos haber visto a millares de ellos. Y deberíamos haber muerto hace tiempo.

—No lo sé, Rand. Quizá, después de matar a las personas, se exterminaron entre sí. Los trollocs viven para matar. Eso es lo único que hacen, lo que los determina. Sencillamente no lo sé.

—Lord Rand —dijo de improviso Hurin—, se ha movido algo allí.

Rand giró el caballo, dispuesto a ver un pelotón de trollocs a la carga, pero Hurin estaba señalando el camino que habían recorrido.

—¿Qué has visto, Hurin? ¿Dónde?

—Justo en el lindero de esos árboles de ahí —explicó el husmeador, bajando el brazo—, a un kilómetro de distancia. Me ha parecido que era una mujer y otra cosa que no he logrado distinguir, pero… —Se estremeció—. Es muy difícil precisar las cosas que no están delante de las narices. Aaah, este sitio me tiene anonadado. Seguramente era una alucinación, mi señor. Este lugar da pie a imaginar fantasías. —Hundió los hombros como si la aguja ejerciera su presión sobre ellos—. Sin duda era el viento, mi señor.

—Me temo que hay otra cosa a tomar en cuenta —observó Loial con voz alterada —. ¿Qué veis allí? —Apuntó hacia el sur.

Rand entornó los ojos para protegerse de la tergiversación visual del horizonte.

—Terrenos como los que hemos cruzado. Árboles. También algunas colinas y montañas. Nada más. ¿Qué quieres que vea?

—Las montañas —suspiró Loial, con los pelos de las orejas caídos y las puntas de las cejas apuntando a las mejillas—. Eso ha de ser la Daga del Verdugo de la Humanidad, Rand. No hay otras montañas que puedan confundirse con ellas, a menos que este mundo sea completamente diferente del nuestro. Pero la Daga del Verdugo de la Humanidad se encuentra a más de quinientos kilómetros al sur del Erinin. A unos cuantos más. No resulta fácil calcular las distancias aquí, pero… creo que llegaremos a ellas antes de que oscurezca. —No tenía nada que añadir. Era imposible que hubieran recorrido quinientos kilómetros en menos de tres días.

—Tal vez este lugar sea como los Atajos —murmuró irreflexivamente Rand. Después oyó gemir a Hurin y al instante lamentó no haber refrenado su lengua.

No era aquélla una comparación halagüeña. Los Atajos, cuyas entradas se hallaban únicamente en los *steddings* Ogier y en arboledas Ogier, eran un medio con el que se podía recorrer un trecho similar en tan sólo una jornada. Los Atajos eran ahora oscuras y tenebrosas cavernas y quien viajara en su interior corría el riesgo de perder el juicio o morir. Incluso los Fados temían entrar en ellos.

—En caso de que lo fuera, Rand —reflexionó Loial—, ¿también aquí podríamos hallar la muerte dando un paso en falso? ¿Habrá fenómenos que aún no hemos percibido capaces de producir un daño superior a la muerte? —Hurin volvió a gemir.

Habían estado bebiendo agua, cabalgando por aquellos terrenos como si no hubiera nada que recelar. La imprudencia representaba la muerte en los Atajos. Rand tragó saliva, intentando calmar los nervios.

—Es demasiado tarde para preocuparnos de lo que ya ha pasado —dijo—. De ahora en adelante, sin embargo, pondremos buen cuidado en mirar dónde ponemos los pies. —Lanzó una ojeada a Hurin. Éste tenía la cabeza hundida entre los hombros y movía los ojos sin cesar como si temiera un inminente ataque. El husmeador había abatido a asesinos, pero aquello superaba su capacidad—. Ánimo, Hurin. Aún no estamos muertos, y no lo vamos a estar. Lo único que debemos hacer es obrar con cautela a partir de ahora. Eso es todo.

Fue en ese momento cuando oyeron el grito, procedente de la lejanía.

—¡Una mujer! —exclamó Hurin, únicamente aquella voz, que era algo natural, pareció devolverle cierta confianza—. Sabía que la había visto…

Se oyó otro grito, más desesperado que el primero.

—No es la misma a menos que pueda volar —observó Rand—. Se encuentra en dirección sur. —Espoleó a Rojo, el cual partió como una centella.

—¡Has dicho que obremos con cautela! —le gritó Loial—. ¡Luz, Rand, recuérdalo! ¡Ten cuidado!

Rand se pegó al cuello del semental, dejando que corriera a tienda suelta. Los gritos lo atraían como un imán. Era sencillo decirle que fuera con cuidado, pero había terror en la voz de esa mujer, que lo urgía como si no hubiera tiempo que perder. Paró

en seco al borde de la ribera de otro arroyo, que discurría entre un inhóspito barranco más profundo que la mayoría. Rojo patinó, arrojando una lluvia de piedras y tierra bajo sus pies. Sonó un nuevo alarido. ¡Allí estaba!

A unos doscientos pasos de distancia, con la espalda protegida por la otra orilla, había una mujer de pie en el río, junto a su caballo. Con una rama se defendía de un repulsivo animal. Rand tragó saliva consternado. Si una rana pudiera alcanzar el tamaño de un oso, o si un oso pudiera tener la tonalidad verde grisácea de la piel de la rana, tendrían un aspecto similar a aquel ser. Un gran oso.

Apartando de sí las consideraciones acerca de la criatura, saltó al suelo y desató el arco. Si perdía más tiempo aproximándose a caballo, tal vez fuera demasiado tarde. La mujer apenas conseguía mantener a raya al… animal… con su estaca. No paraba de parpadear tratando de calcular la distancia, que le pareció considerable, a pesar de modificarse cada vez que aquel ser se movía. De todas maneras el blanco era de grandes dimensiones. La mano vendada le hizo tensar el arco con torpeza, pero ya había disparado la flecha casi antes de afianzar los pies.

El proyectil se hundió hasta la mitad en el rugoso cuero y la criatura se volvió para encararse a Rand. Éste retrocedió un paso a pesar de la distancia que los separaba. Aquella enorme cabeza angulosa no era atribuible ni en sueños a ningún animal conocido, con ese pico de labios callosos que hacía las veces de boca, terminado en un gancho destinado a desgarrar la carne. Y tenía tres ojos, pequeños y fieros, rodeados de horribles arrugas. Tras recobrar fuerzas, la criatura se precipitó hacia él con grandes saltos, Según la percepción de Rand, algunos de ellos parecían cubrir una distancia que doblaba la de los otros, aun cuando estuviera seguro de que todos eran iguales.

—Un ojo —advirtió la mujer, cuya voz sonaba sorprendentemente tranquila, a diferencia de sus gritos—. Debéis darle en un ojo para matarlo.

Se acercó la pluma de otra flecha a la oreja. Aun reacio, apeló al vacío, pues con ese fin se lo había enseñado Tam y tenía la convicción de que erraría el tiro sin él. «Mi padre», pensó con un sentimiento de pérdida y vacío. La trémula luz del *Saidin* estaba allí, pero la evitó. Se fundió en una totalidad con el arco, la flecha, la monstruosa forma que se precipitaba sobre él y el diminuto ojo. Ni siquiera notó cómo la saeta abandonó el arco.

La criatura se alzó con un nuevo impulso y la flecha quedó clavada en el ojo del medio. El animal se desplomó, en medio de una oleada de agua y fango.

—Un buen tiro —alabó la mujer.

Había montado y cabalgaba hacia él. Rand se sintió vagamente sorprendido de que no hubiera echado a correr cuando él había desviado la atención del monstruo. Pasó junto a éste, todavía estremecido por los estertores de muerte, sin siquiera dedicarle una mirada, ascendió la ribera y desmontó.

—Pocos hombres se quedarían parados para afrontar la acometida de un *grolm*, mi señor.

Llevaba un vestido blanco de montar con un cinturón de plata y las botas, que asomaban bajo el dobladillo, también estaban adornadas con dicho metal. Incluso su silla era blanca, con montura de plata. Su nívea yegua, con su esbelto cuello y elegante paso, era casi tan alta como el caballo alazán de Rand. Pero fue la mujer en sí, tal vez de la misma edad de Nynaeve, lo que atrajo su atención. Era alta; unos cuantos centímetros más, y habría podido mirarlo directamente a los ojos. Además era hermosa, con una pálida piel marfileña que ofrecía un marcado contraste con sus oscuros ojos y su cabellera, negra como la noche. Había visto mujeres hermosas. Moraine lo era, a pesar de la frialdad de su belleza, y también Nynaeve, cuando no se dejaba arrastrar por el mal genio. Egwene y Elayne, la heredera del trono de Andor, eran capaces de dejar a un hombre sin aliento. Pero aquella mujer… La lengua se le pegó al paladar; sintió cómo el corazón comenzaba a latirle de nuevo.

—¿Vuestros criados, mi señor?

Estupefacto, miró en derredor. Hurin y Loial se habían unido a ellos. Hurin estaba mirando a la desconocida del mismo modo como sabía que debía haberlo hecho él e incluso el Ogier parecía fascinado.

—Mis amigos —respondió—, Loial y Hurin. Me llamo Rand, Rand al'Thor.

—Nunca me lo había planteado —expuso de improviso Loial, como si estuviera hablando para sí—, pero si existe algo que pueda representar la perfección de la belleza humana, facial y corporal, entonces vos…

—¡Loial! —lo atajó Rand. El Ogier Irguió las orejas, embarazado. Rand tenía las suyas rojas; no en vano las palabras de Loial se asemejaban demasiado a sus propios pensamientos.

La mujer rió con voz cantarina, pero al cabo de un instante adoptó un porte majestuoso, como el de una reina sentada en un trono.

—Yo me llamo Selene —dijo—. Habéis arriesgado la vida para salvar la mía. Soy vuestra, lord Rand al'Thor. —Y, para horror de Rand, se arrodilló ante él.

Sin mirar a Hurin ni a Loial, se apresuró a ponerla en pie.

—El hombre que no esté dispuesto a morir por salvar a una mujer no es digno de tal nombre. —De inmediato estropeó su frase sonrojándose. Era una expresión shienariana, de cuya pomposidad era consciente antes de pronunciarla, pero sus modales lo habían contagiado y no pudo contenerse—. Quiero decir que… Es decir, era… —«Idiota, no puedes decirle a una mujer que salvarle la vida es algo insignificante»—. Era una cuestión de honor. —Aquello sonaba vagamente shienariano y ceremonioso. Confió en que no quedara mal; tenía la mente en blanco y era incapaz de agregar nada más, como si todavía estuviera sumido en el vacío.

De pronto cayó en la cuenta de que ella estaba observándolo. Su expresión

permanecía inalterable, pero sus oscuros ojos lo hicieron sentirse desnudo. Involuntariamente, se imaginó a Selene sin ropa, y volvió a ruborizarse.

—¡Aaah! Ah, ¿de dónde sois, Selene? No hemos visto ningún ser humano desde que llegamos aquí. ¿Se encuentra cerca vuestra ciudad? —La mujer lo miró con aire pensativo y él retrocedió. Su mirada le había hecho caer en la cuenta de cuán cerca se hallaba de ella.

—No pertenezco a este mundo, mi señor —repuso—. No hay gente aquí. Ningún ser vivo a excepción de los *grolm* y algunas criaturas parecidas. Soy de Cairhien. Y, respecto a la manera como llegué aquí, no lo sé con exactitud. Salía a pasear a caballo y me detuve para echar una siesta y, al despertar, mi caballo y yo nos encontrábamos aquí. Mi única esperanza, mi señor, es que seáis capaz de salvarme nuevamente y devolverme al hogar.

—Selene, yo no soy… Es decir, llamadme Rand. —Volvió a notar las orejas enrojecidas. «Luz, no pasará nada porque me considere un señor. Diantre, no perjudicaría a nadie.»

—Si así lo deseáis…, Rand. —Su sonrisa le atenazó la garganta—. ¿Me ayudaréis?

—Desde luego, lo haré. —«Demonios, ¡qué hermosa es! Y está mirándome como al héroe de un relato.» Sacudió la cabeza para ahuyentar tales desatinos—. Pero primero debemos encontrar a los hombres que buscamos. Intentaré manteneros a salvo, pero debemos encontrarlos. Si venís con nosotros estaréis más protegida.

Selene guardó silencio por un momento, con rostro inexpresivo y calmado. Rand no tenía noción de qué pensaba, pero intuía que estaba examinándolo como si acabara de conocerlo.

—Un hombre responsable —apuntó al fin, con una sonrisa en los labios—. Me gusta. Sí. ¿Quiénes son esos bellacos que perseguís?

—Amigos Siniestros y trollocs, mi señora —respondió precipitadamente Hurin, realizando una torpe reverencia desde la silla—. Mataron a varias personas en la fortaleza de Fal Dara y robaron el Cuerno de Valere, mi señora, pero lord Rand lo recuperará.

Rand miró con rudeza al husmeador, el cual esbozó una débil sonrisa. «Vaya modo de guardar un secreto.» Aquello no importaba demasiado allí, pero, una vez de regreso a su mundo…

—Selene, no debéis hablar a nadie del Cuerno. Si trasciende la noticia, tendremos a un centenar de personas pisándonos los talones con intención de obtener el Cuerno para sí.

—No, jamás lo haría —lo tranquilizó Selene—, sabiendo el riesgo que entraña el que caiga en poder de desalmados. El Cuerno de Valere… No sabría deciros la de veces que he soñado tocarlo, tenerlo en mis manos. Debéis prometerme que, cuando

lo tengáis, me dejaréis tocarlo.

—Antes de eso, debemos encontrarlo. Será mejor que nos pongamos en camino. —Rand le ofreció la mano para ayudarla a montar y Hurin desmontó para sostenerle el estribo—. Sea lo que fuere eso que maté, ¿un *grolm*?, es posible que haya más por los alrededores. —Su mano era firme y su presión denotaba una fuerza sorprendente… y su piel era… ¿seda? Algo aún más suave.

—Siempre los hay —le informó Selene. La blanca yegua brincó, mostrando los dientes a Rand, pero se calmó cuando su ama tomó las riendas.

Rand se colgó el arco a la espalda y montó. «¡Luz! ¿Cómo puede existir una piel tan suave?»

—Hurin, ¿dónde está el rastro? ¿Hurin? ¡Hurin!

El husmeador se sobresaltó, dejando de contemplar a Selene.

—Sí, lord Rand. Eh… el rastro. Hacia el sur, mi señor. Todavía va hacia el sur.

—Entonces en marcha. —Rand dirigió una inquieta mirada a la masa verde grisáceo del *grolm* tendido en el arroyo. Había sido preferible creer que eran los únicos seres vivos en aquel mundo—. Sigue el rastro, Hurin.

Selene cabalgó un rato junto a Rand, hablando de temas diversos, haciéndole preguntas y llamándolo señor. Media docena de veces él estuvo dispuesto a decirle que él no era un noble, sino sólo un pastor, y en cada una de ellas, al mirarla, fue incapaz de hallar las palabras. Estaba seguro de que una dama como ella no conversaría del mismo modo con un pastor, aun cuando éste le hubiera salvado la vida.

—Seréis un gran hombre cuando encontréis el Cuerno de Valere. Un hombre destinado a pasar a la leyenda —pronosticó—. El hombre que sople el Cuerno forjará su propia leyenda.

—No quiero hacerlo sonar ni formar parte de ninguna leyenda. —No sabía si ella llevaba algún perfume, pero parecía exudar un olor propio, un aroma que le asaltaba la mente; un olor a especias, dulce y penetrante, que le hacía cosquillas en la nariz y lo obligaba a tragar saliva.

—Todos los hombres desean ser importantes. Podríais ser el hombre más prominente de todas las eras.

Aquello se asemejaba demasiado a lo que había dicho Moraine. El Dragón Renacido sería recordado sin duda con el transcurso de las eras.

—Yo no —disintió fervientemente—. Yo sólo… —Imaginó su desdén si le confesaba que no era más que un pastor después de haber permitido que lo creyera un señor, y modificó el curso de su frase—. … Sólo trata de encontrarlo. Y de ayudar a un amigo.

—Os habéis lastimado la mano —señaló Selene, tras un momento de silencio.

—No es nada. —Se dispuso a introducir la mano herida, dolorida de tanto

sostener las riendas, en la chaqueta, pero ella alargó la suya y lo retuvo.

Fue tanta su sorpresa que la dejó hacer, y luego no le quedó más alternativa que apartarla rudamente o dejar que desenvolviera el pañuelo. El contacto de su mano era fresco y firme. Su palma estaba roja e hinchada, pero la garza aún destacaba claramente en ella. Selene tocó la marca con un dedo, pero no realizó ningún comentario, ni siquiera para preguntar cómo se había impreso tal forma.

—Esto podría agarrotaros la mano si no se cura. Tengo un bálsamo que os vendrá bien. —Sacó un pequeño frasco de piedra de un bolsillo de su capa, lo destapó y comenzó a aplicar suavemente una pomada en la herida.

El ungüento le refrescó momentáneamente, para penetrar enseguida en su piel. Tenía unos efectos tan benéficos como la mayoría de preparados de Nynaeve.

Observó con sorpresa cómo cedía el enrojecimiento y la hinchazón a medida que ella frotaba la herida.

—Algunos hombres —comentó, sin apartar la mirada de su mano— deciden ir en pos de la grandeza, mientras que otros se ven forzados a aceptarla. Siempre es mejor elegir que cumplir una obligación. El hombre que actúa bajo presión nunca llega a dominar la situación. Debe danzar al compás de las cuerdas que accionan quienes lo han inducido.

Rand retiró la mano. La marca aparecía casi curada, como si hubiera transcurrido una semana desde que había sufrido la quemadura.

—¿A qué os referís? —preguntó con brusquedad.

La mujer le sonrió y él se sintió avergonzado por la violencia de su reacción.

—Al Cuerno, claro está —respondió con calma, guardando el bálsamo. Su yegua, que caminaba junto a Rojo, era lo bastante alta como para que sus ojos quedaran tan solo un poco más abajo que los de Rand—. Si encontráis el Cuerno de Valere, no habrá medio de evitar una posición prominente. Pero ¿será ésta impuesta o vais a asumirla por propia voluntad? Ésa es la cuestión.

—¿Sois una Aes Sedai? —inquirió, relacionando su manera de argumentar con la de Moraine.

—¿Una Aes Sedai? —Selene enarcó las cejas y sus ojos rutilaron, pero su voz sonó imperturbable—. ¿Yo? No.

—No era mi intención ofenderos. Lo siento.

—¿Ofenderme? No lo habéis hecho, pero yo no soy Aes Sedai. —Frunció lo labios, mostrando una hermosura intacta, a pesar del desdén de su gesto—. Se refugian en lo que creen les aporta seguridad cuando podrían hacer tanto. Se someten cuando podrían dominar, permiten que los hombres libren guerras cuando podrían imponer el orden en el mundo. No, nunca me llaméis Aes Sedai. —Sonrió y dejó reposar la mano en su brazo para demostrarle que no estaba enojada. Su contacto, sin embargo, le hizo tragar saliva y fue un alivio para él que poco después se rezagara

para cabalgar al lado de Loial. Hurin inclinó la cabeza ante ella como si fuera un viejo criado de la familia.

Con todo, Rand no pudo disfrutar de la tranquilidad, pues echaba de menos su presencia. Selene se encontraba dos palmos más atrás, al lado de Loial, el cual se inclinaba profundamente sobre la silla para poder hablar con ella, pero no era comparable a cuando se hallaba junto a él, tan cerca que podía percibir su aroma o alargar la mano y tocarla. Volvió la vista al frente después de girar la cabeza. No era que quisiera tocarla exactamente —se recordaba a sí mismo que amaba a Egwene y se sentía culpable por tener que hacerlo— pero era tan hermosa… Además, lo había tomado por un señor, y afirmaba que se convertiría en un gran hombre. Sostuvo una agria discusión consigo mismo. «Moraine también prevé que serás un gran hombre: el Dragón Renacido. Selene no es una Aes Sedai. Lo cierto es que ella es una aristócrata de Cairhien y tú un pastor. Eso no lo sabe ella. ¿Durante cuánto tiempo vas a permitir que siga en el error? Sólo hasta que salgamos de este lugar. Si es que salimos.» Llegados a ese punto, sus pensamientos cedieron paso a un lúgubre silencio.

Trató de observar con atención las tierras que cruzaban. Si Selene decía que había más criaturas de aquéllas… esos *grolm*…, debía de estar en lo cierto. Hurin se hallaba demasiado concentrado en oler el rastro para reparar en algo ajeno a él, y Loial estaba tan absorto en su conversación con Selene que no habría advertido nada hasta que no le hubiera mordido el talón. Era difícil mantener la vigilancia, pues los movimientos bruscos de cabeza le nublaban la visión y la percepción de las distancias variaba enormemente según el ángulo desde el que miraba.

Las montañas se encontraban cada vez más cerca, de eso no le cabía duda. La Daga del Verdugo de la Humanidad se recortaba ahora en el cielo con sus aserrados picos de nevadas cumbres. El terreno que pisaban iba ascendiendo ya en faldas de colinas que anunciaban la proximidad de las montañas. Llegarían al pie de la cadena antes del anochecer, tal vez incluso en una hora o dos. «Más de quinientos kilómetros en menos de tres días. Y, lo que es peor, uno de ellos lo dedicamos a cabalgar al sur del Erinin en el mundo real, con lo cual son más de quinientos kilómetros en menos de dos días aquí.»

—Dice que tenías razón respecto a este lugar, Rand.

Rand tuvo un sobresalto antes de advertir que Loial se había situado a su lado. Se volvió para mirar dónde estaba Selene y vio que ésta cabalgaba ahora junto a Hurin, el cual sonreía, hundía la cabeza y hacía toda clase de aspavientos, celebrando cada una de las palabras de la mujer. Rand miró de soslayo al Ogier.

—Me sorprende que la hayas dejado apartarse, a juzgar por la manera como teníais pegadas las cabezas. ¿A qué te refieres con que tenía razón?

—Es una mujer fascinante, ¿verdad? Algunos de los mayores no tienen tantos

conocimientos como ella sobre la historia, en especial sobre la Era de Leyenda y acerca de… Oh, sí. Dice que tenías razón respecto a lo de los Atajos, Rand. Algunos Aes Sedai estudiaron los mundos como éste y construyeron los Atajos basándose en esas averiguaciones. Según cuenta, hay mundos en los que no es la distancia lo que cambia sino el tiempo. Uno podría pasar un día en uno de esos sitios y al regresar encontrarse con que en el mundo real había transcurrido un año, o veinte. También podría darse el caso contrario. Esos mundos, entre los que se incluye éste, son reflejos del mundo real, a decir de Selene. Este nos parece desvaído porque es una proyección débil, un mundo que tenía pocas posibilidades de existir. Otros son casi tan palpables como nuestro propio mundo y hay gente en ellos. Las mismas personas, dice, Rand. ¡Imagínatelo! Podrías ir a uno de ellos y encontrarte contigo mismo. El Entramado tiene infinitas variaciones, me ha explicado, y cada una de las que entran dentro de lo probable, se materializan.

Rand sacudió la cabeza pero se arrepintió de ello al notar cómo el paisaje se desplazaba vertiginosamente adelante y atrás y el estómago le daba un vuelco.

—¿Cómo sabe todo eso? Tú sabes más cosas que ninguna de las personas que conozco, Loial, y sólo tenías unas ligeras nociones sobre este mundo, apenas rumores.

—Es cairhienina, Rand. La Biblioteca Real de Cairhien es una de las mayores del mundo, tal vez la más importante después de la de Tar Valon. Los Aiel la respetaron deliberadamente, como ya sabes, cuando quemaron Cairhien. Nunca destruyen un libro. ¿Sabías que…?

—Me tienen sin cuidado los Aiel —lo atajó Rand con rudeza—. Si Selene sabe tanto, tal vez haya leído la manera de poder regresar a casa. Ojalá Selene…

—¿Qué es lo que deseáis de Selene? —inquirió, riendo, la mujer al unirse a ellos.

Rand la miró como si hubiera estado ausente durante meses, tal era su sentimiento.

—Ojalá Selene cabalgara conmigo un trecho más —improvisó. Loial rió entre dientes y Rand sintió que le ardía la cara.

—¿Seréis tan amable de excusarnos, alantin? —se disculpó Selene, dedicando una sonrisa a Loial.

El Ogier esbozó una reverencia y dejó, remiso, que su caballo permaneciera atrás.

Rand cabalgó en silencio un tiempo, disfrutando de la presencia de Selene. De vez en cuando la miraba por el rabillo del ojo. Hubiera deseado no abrigar dudas acerca de ella. ¿Sería una Aes Sedai, a pesar de haberlo desmentido? ¿Alguien enviado por Moraine para inducirlo a tomar la vía que había de seguir en consonancia con los planes de las Aes Sedai? Moraine no podía haber previsto que serían transportados a ese extraño mundo y ninguna Aes Sedai habría intentado defenderse de esa bestia con un palo cuando le habría sido posible fulminarla o ahuyentarla

mediante el Poder. Bien, dado que lo tomaba por un señor y que nadie de Cairhien estaba al corriente de lo contrario, podía continuar dejando que lo considerara como tal. Era sin duda la mujer más bella que había visto nunca, inteligente y cultivada, y pensaba que él era valiente, ¿qué más podía pedir un hombre de una esposa? «Eso es otra locura. Si pudiera casarme con alguien, me casaría con Egwene, pero no puedo pedirle a nadie que una su vida a la de un hombre que va a enloquecer y tal vez a hacerle daño.» Pero Selene era tan hermosa…

Advirtió que ella estaba examinando su espada y preparó mentalmente una explicación: no, él no era un maestro espadachín, sino que su padre le había entregado el arma. «Tam. Luz, ¿por qué no puedes ser realmente mi padre?» Apartó con brusquedad el pensamiento de sí.

—Ha sido un tiro magnífico —elogió Selene.

—No, yo no soy… —comenzó a decir Rand y luego parpadeó—. ¿El tiro?

—Sí. Era un blanco muy pequeño, ese ojo, moviéndose y a un centenar de pasos. Tenéis un gran tino con ese arco.

—Ah… gracias —tartamudeó Rand—. Es un truco que me enseñó mi padre. —Le explicó cómo Tam lo había adiestrado en el tiro con arco con la ayuda del vacío e incluso llegó a referirle las lecciones de espada que le había impartido Lan.

—La Unidad —dedujo, con tono satisfecho. Al percibir una muda pregunta en los ojos de Rand, agregó—: Así es como lo denominan… en algunos sitios: la Unidad. Para aprender a hacer uso de ello, lo mejor es envolverse continuamente con ella, morar en ella en todo momento; al menos, eso es lo que me han dicho.

Ni siquiera necesitaba reflexionar acerca de lo que le aguardaba en el vacío para conocer su respuesta, pero manifestó algo bien distinto.

—Lo pensaré.

—Llevad ese vacío siempre, Rand al'Thor, y le descubriréis aplicaciones insospechadas.

—He dicho que lo pensaré. —La mujer se dispuso a hablar, pero él la atajó—. Sabéis muchas cosas: sobre el vacío, o la Unidad como vos lo llamáis, sobre este mundo… Loial lee continuamente, es la persona que más libros ha leído de las que yo conozco, y sólo había visto un fragmento que hablara de las Piedras.

Selene se irguió sobre la silla. De improviso le recordó a Moraine, y a la reina Morgase, cuando estaban enojadas.

—Se escribió un libro acerca de estos mundos —dijo con voz tensa—: Los espejos de la Rueda. Como veis, el alantin no conoce todos los libros que existen.

—¿Por qué lo llamáis alantin? Nunca he oído…

—El Portal de Piedra junto al que desperté está allí —lo interrumpió Selene, señalando las montañas de la derecha. Rand deseó de pronto sentir su calidez, sus sonrisas—. Si me lleváis hasta él, podréis devolverme a casa, tal como me habéis

prometido. Podemos llegar dentro de una hora.

Rand apenas miró el lugar al que apuntaba. Si utilizaba la Piedra —el Portal de Piedra, como ella lo llamaba— para devolverla al mundo real, debería esgrimir el Poder.

—Hurin, ¿cómo está el rastro?

—Más difuso que nunca, lord Rand, pero sigue ahí. —El husmeador agasajó a Selene con una rápida sonrisa y una inclinación de cabeza—. Creo que está comenzando a desviarse hacia el oeste. Allí, hacia la punta de la Daga, hay unos puertos más franqueables, según recuerdo de la vez que fui a Cairhien.

Rand exhaló un suspiro. «Fain o uno de sus Amigos Siniestros ha de conocer otra manera de usar las Piedras. Un Amigo Siniestro es incapaz de utilizar el Poder.»

—Debo ir en pos del Cuerno, Selene.

—¿Cómo sabéis que vuestro precioso Cuerno se halla siquiera en este mundo? Venid conmigo, Rand. Hallaréis vuestra leyenda, os lo prometo. Venid conmigo.

—Podéis franquear la Piedra, ese Portal de Piedra, por vuestros propios medios —replicó con furia, sin poder contener las palabras que ya hubiera deseado retirar antes de pronunciar. «¿Por qué tiene que seguir hablándome de leyendas?» Obstinadamente, se obligó a continuar—. El Portal de Piedra no os trajo aquí sin más: vos lo hicisteis, Selene. Si hicisteis que la Piedra os transportara hasta aquí, también podéis hacer que os traslade de regreso. Os llevaré hasta ella, pero después debo seguir la búsqueda del Cuerno.

—Yo no sé nada acerca del uso de los Portales de Piedra, Rand. Si hice algo, ignoro qué fue.

Rand la observó. Estaba sentada en la silla, alta y con la espalda erguida, con un aire tan majestuoso como antes, pero algo más sumisa. Orgullosa y a un tiempo vulnerable, dependiente de él. Le había calculado la edad de Nynaeve, varios años mayor que él, pero advirtió que se había equivocado. Tendría más bien la misma edad que él, y era hermosa, y lo necesitaba. La noción, la simple noción del vacío se agitó en su mente, acompañada de la luz. El *Saidin*. Para utilizar el Portal de Piedra, debía sumergirse de nuevo en su infección.

—Quedaos conmigo, Selene —propuso—. Encontraremos el Cuerno y la daga de Mat y hallaremos la manera de regresar. Os lo prometo. Sólo tenéis que quedaros conmigo.

—Sois… —Selene respiró hondo, como si quisiera calmarse—, sois muy testarudo. Bien, admiro la tenacidad en un hombre. El hombre que es demasiado dócil tiene escaso valor.

Rand se ruborizó. Aquello se parecía demasiado a lo que le reprochaba en ocasiones Egwene, con la diferencia de que ella era prácticamente su prometida desde que eran niños. En boca de Selene, y acompañadas de la mirada directa que le asestó,

las mismas palabras le produjeron una conmoción. Se volvió para indicar a Hurin que siguiera concentrado en el rastro.

Tras ellos sonó un distante gruñido gutural. Aún no había tenido Rand tiempo de volverse para mirar cuando se oyó otro gruñido, seguido de tres más. En un principio no logró distinguir nada, pues el paisaje parecía agitarse ante sus ojos, pero luego, entre los abundantes bosquecillos de árboles, justo encima de la colina, vio cinco formas, al parecer a tan sólo medio kilómetro de distancia, a unos cien pasos a lo sumo, y aproximándose a enorme velocidad.

—Grolm —constató tranquilamente Selene—. Una manada reducida, pero parece que han percibido nuestro olor.

17



Elecciones

—No nos alcanzarán —dijo Rand—. Hurin, ¿puedes ga*lopar* sin perder el rastro?

—Sí, lord Rand.

—Entonces síguelo. Vamos a…

—No servirá de nada —objetó Selene. Su blanca yegua era la única montura que no se había inmutado con los roncos gruñidos de los *grolm*— jamás cejan en su persecución. Una vez que han captado el olor, los *grolm* continúan acercándose, día y noche, hasta abatir a su presa. Hay que matarlos o encontrar la manera de ir a otro lugar. Rand, el Portal de Piedra puede transportarnos a otro lugar.

—¡No! Podemos matarlos. Yo puedo hacerlo. Ya he acabado con uno. Sólo son cinco. Si pudiera encontrar… —Buscó en los alrededores el emplazamiento adecuado y lo halló—. ¡Seguidme! —Hincando los talones en sus flancos, puso a Rojo al galope, con la seguridad de que los demás lo secundarían.

El lugar elegido era una redondeada colina baja carente de árboles, a la que nada podía acercarse sin ser advertido. Desmontó y desató su largo arco. Loial y Hurin se reunieron con él en el suelo, el Ogier con su enorme barra en mano y el husmeador blandiendo su espada corta. Ninguna de aquellas armas sería de gran eficacia si los *grolm* se aproximaban. «No dejaré que se acerquen.»

—Éste es un riesgo innecesario —insistió Selene que, inclinada en la silla, observaba a Rand sin apenas dedicar una mirada a los *grolm*—. Podemos llegar fácilmente al Portal de Piedra.

—Los contendré. —Rand se apresuró a contar las flechas que le quedaban en la aljaba: dieciocho, cada una de ellas tan larga como su brazo, y diez de ellas con puntas como cinceles, destinadas a penetrar las armaduras de los trollocs. Serían tan útiles para los *grolm* como para los trollocs. Clavó cuatro en el suelo frente a él y colocó una quinta en el arco—. Loial, Hurin, aquí no cumplís ningún cometido. Montad y preparaos a llevar a Selene a la Piedra si alguno se acerca. —Se preguntó si sería capaz de matar a una de las criaturas con la espada, llegado el caso. «¡Estás

loco! Incluso el Poder no es tan temible como eso.»

Loial dijo algo que él, invocando ya el vacío, tanto para soslayar sus pensamientos como por necesidad, no escuchó. «Sabes muy bien lo que te aguarda. Pero así no debo tener contacto con él.» El resplandor estaba allí, aquella luz apenas perceptible. Parecía fluir hacia él, pero el vacío era completo. Los pensamientos giraban sobre la superficie de la calma, visibles en aquella luz contaminada. «El *Saidin*. El Poder. La Locura. La Muerte.» Eran pensamientos foráneos, pues ya había alcanzado la unidad con el arco, con la flecha, con los animales situados en el siguiente altozano.

Los *grolm*, cinco grandes bultos de tres ojos con picudas fauces abiertas, se acercaban, adelantándose unos a otros con sus saltos. Sus guturales chillidos rebotaban en el vacío, apenas percibidos.

Rand no tuvo conciencia de alzar el arco ni de pegarlo a su mejilla. Estaba compenetrado con las bestias, con el ojo central de la primera. Entonces el proyectil se alejó. El primer *grolm* cayó; uno de sus compañeros saltó sobre él y desgarró bocados de carne con el pico. Gruñó a los otros, pero éstos se abrieron en círculo para sortear al caído y continuaron avanzando. Como si algo lo compeliera, el *grolm* abandonó la comida y saltó tras ellos, con su picuda fauce ya sangrienta…

Rand se movió suave e inconscientemente, apuntando y disparando. Apuntando y disparando.

Cuando la quinta flecha abandonó el arco, bajó éste, aún sumido en el vacío, mientras el cuarto *grolm* se desplomaba como una descomunal marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas. Aun cuando el postrer proyectil todavía estuviera surcando el aire, de algún modo tenía la certeza de que no era necesario realizar otro tiro. La última bestia se desmoronó como si sus huesos hubieran perdido consistencia, con una saeta emplumada clavada en el ojo del medio. En todos los casos había acertado al ojo central.

—Magnífico, lord Rand —alabó Hurin—. Nunca… nunca había visto a nadie disparar así.

El vacío retenía a Rand. La luz lo llamaba y él… anhelaba… tocarla. La luz lo rodeaba, lo henchía.

—¿Lord Rand? —Hurin le tocó el brazo y Rand se sobresaltó, sustituyendo el vacío por lo que había en torno así—. ¿Estáis bien, mi señor?

Rand se frotó la frente con la punta de los dedos. Estaba seca, aunque se sentía como si debiera estar cubierta de sudor.

—Estoy…, estoy bien, Hurin.

—Se vuelve más sencillo a medida que se practica, eso me han dicho —afirmó Selene—. Cuanto más tiempo se vive en la Unidad, más fácil es.

Rand lanzó una ojeada hacia ella.

—Bien, no voy a necesitarlo de nuevo, al menos por un tiempo.

«¿Qué ha sucedido? Quería…» Todavía sentía deseos de hacerlo, advirtió horrorizado. Quería regresar al vacío, sentirse nuevamente henchido por aquella luz. Había tenido la impresión de estar realmente vivo entonces, con la sensación de vértigo incluida, y lo que experimentaba ahora no era más que una imitación. No, peor aún. Había estado casi vivo, había conocido cómo sería estar «vivo». Todo cuanto tenía que hacer era tender la mano hacia el *Saidin*…

—No otra vez —murmuró. Posó la mirada sobre los *grolm* muertos, cinco monstruosas formas tendidas en el suelo. Ya no entrañaban peligro—. Ahora podemos reemprender…

Un gruñido gutural, excesivamente familiar, sonó más allá de los cadáveres de los *grolm*, al otro lado de la siguiente colina, y fue respondido por otros similares. Por el este y el oeste, se oyeron otros.

Rand se dispuso a levantar el arco.

—¿Cuántas flechas os quedan? —preguntó Selene—. ¿Podéis matar veinte *grolm*? ¿Un centenar? Debemos ir al Portal de Piedra.

—Tiene razón, Rand —convino Loial—. Ahora ya no tienes otra alternativa. —Hurin miraba ansiosamente a Rand. Los *grolm* chillaban sin cesar.

—La Piedra —acordó, remiso, Rand antes de volver a montar y colgarse el arco a la espalda—. Llevadnos a esa Piedra, Selene.

Asintiendo con la cabeza, la mujer volvió grupas y espoleó la yegua. Rand y los demás partieron tras ella, Loial y Hurin con impaciencia y él a desgana. Los aullidos de los *grolm* los perseguían, emitidos, al parecer, por cientos de gargantas. A juzgar por su sonido, los *grolm* estaban apostados en torno a ellos en un semicírculo que iba estrechándose por todos lados salvo enfrente.

Selene los guió veloz y diestramente por entre las colinas. El terreno comenzaba a ascender en la base de las montañas en empinadas laderas que los caballos remontaban con esfuerzo, hollando los rocosos afloramientos de aspecto descolorido y la escasa y desvaída maleza que se aferraba a ellos. La marcha se tomaba más difícil a medida que subían.

«No vamos a conseguirlo», pensó Rand la quinta vez que Rojo resbaló, provocando un reguero de piedras. Loial dejó a un lado la barra, que entorpecía su paso y que de poca utilidad le sería en un enfrentamiento con los *grolm*. El Ogier, que había desistido de ir a caballo, utilizaba una mano para agarrarse a los salientes y con la otra tiraba de su montura. Los *grolm* gruñían tras ellos, cada vez más cercanos.

Entonces Selene refrenó la yegua y señaló una hondonada al fondo. Todo estaba allí, las siete amplias escaleras de colores alrededor de un pavimento pálido y la esbelta columna de piedra en el centro.

La muchacha desmontó y condujo su montura a la oquedad, bajó los escalones y

se dirigió a la columna. Ésta proyectaba su sombra sobre ella. Se volvió para mirar a Rand y los demás. Los *grolm* seguían aullando, centenares de ellos, pisándoles los talones.

—Pronto caerán sobre nosotros —advirtió Selene—. Debéis serviros de la Piedra, Rand. O hallar la manera de acabar con todos los *grolm*.

Con un suspiro, Rand bajó del caballo y se encaminó a la hondonada. Loial y Hurin lo siguieron con premura. Contempló angustiosamente la columna cubierta de símbolos, el Portal de Piedra. «Ella debe ser capaz de encauzar el Poder, aunque no lo sepa; de lo contrario no habría llegado hasta aquí. El Poder no ocasiona ningún daño a las mujeres.»

—Si esto os trajo aquí —comenzó a argüir, pero ella lo interrumpió.

—Sé qué es esto —afirmó con decisión—, pero desconozco la manera de usarlo. Vos debéis hacer lo que ha de hacerse. —Con un dedo recorrió uno de los símbolos, algo mayor que el resto. Un triángulo apoyado en un vértice rodeado de un círculo—. Esto representa el mundo real, nuestro mundo. Creo que será de ayuda que lo retengáis en la mente mientras… —Extendió las manos como si no supiera exactamente qué era lo que él había de hacer.

—Eh… mi señor… —advirtió tímidamente Hurin—. Nos queda poco tiempo. —Observó por encima del hombro el borde de la hondonada. Los ladridos sonaban con más fuerza—. Esas cosas estarán aquí dentro de unos minutos. —Loial asintió.

Aspirando hondo, Rand posó la mano en el símbolo que había indicado Selene. La miró para ver si lo hacía correctamente, pero ella se limitó a observar, sin que su pálida frente se viera perturbada por la más mínima arruga de preocupación. «Ella tiene confianza en que puedes salvarla. Debes hacerlo.» El aroma de Selene le impregnó las aletas de la nariz.

—Eh…, mi señor…

Rand tragó saliva y apeló al vacío. Éste llegó fácilmente, y se prodigó en torno a él sin esfuerzo. El vacío. La nada, habitada sólo por la luz, agitándose de un modo que le revolvía el estómago. No había nada más que el *Saidin*. Aun así las náuseas eran distantes. Formaba una unidad con el Portal de Piedra. La columna tenía un tacto suave y algo untuoso bajo su mano, pero su palma notaba la calidez del triángulo. «Tengo que devolverles la seguridad. Tengo que devolverlos al hogar.» La luz fluyó hacia él, lo rodeó y él… la abrazó.

La luz lo llenaba. Estaba henchido de calor. Veía la Piedra, veía a los demás observándolo —Loial y Hurin con ansiedad, Selene sin mostrar la menor duda respecto a él— pero era como si no estuvieran allí. No había más que la luz. El calor y la luz, que penetraban su cuerpo cual agua vertida en arena reseca, llenándolo. El símbolo le quemaba la carne. Trató de absorberlo todo, todo el calor, toda la luz. Todo. El símbolo…

De súbito, como si el sol se hubiera puesto en un abrir y cerrar de ojos, el mundo tembló. El símbolo era un carbón ardiente bajo su mano; bebió la luz. El mundo parpadeó. Le producía náuseas, esa luz; era como el agua para un hombre muerto de sed. Las imágenes destellaban. Bebió de ella. Le daba ganas de vomitar; quería engullirla toda. Otro parpadeo. El triángulo y el círculo lo abrasaban; notaba cómo le quemaban la mano. Un nuevo temblor. ¡Quería aspirarlo! Gritó, aullando de dolor, aullando de anhelo.

Un destello… un destello… un destello…

Apenas era consciente de que unas manos tiraban de él. Retrocedió a trompicones; el vacío se desprendía de él, la luz, y la náusea que lo atormentaba. La luz. Observó pesaroso cómo ésta se retiraba. «Luz, es una locura desearlo. ¡Pero estaba tan repleto de ella! Estaba tan…» Aturdido, miró a Selene. Era ella quien lo sostenía por los hombros, mirándolo con incertidumbre. Alzó la mano hasta los ojos. La marca de la garza estaba allí, pero nada más. Ningún triángulo ni círculo había quedado impreso en su carne.

—Impresionante —dijo lentamente Selene. Lanzó una mirada a Loial y Hurin. El Ogier parecía estupefacto, con los ojos abiertos como platos; el husmeador estaba agazapado con una mano en el suelo, como si temiera no poder sostenerse de otro modo—. Todos estamos aquí y nuestros caballos también. Y ni siquiera sabéis cómo lo habéis logrado. Extraordinario.

—¿Estamos…? —comenzó a inquirir Rand, que hubo de detenerse para tragar saliva.

—Mirad a vuestro alrededor —apuntó Selene—. Nos habéis traído a casa. —Emitió una súbita carcajada—. Nos habéis traído a casa.

Por vez primera Rand cobró conciencia del entorno. La hondonada los rodeaba sin escalones, si bien de trecho en trecho yacía alguna piedra sospechosamente lisa, de color rojo o azul. La columna estaba postrada sobre el flanco de la montaña, medio enterrada en las piedras caídas en un desprendimiento. Los símbolos aparecían borrosos allí, como si el viento y el agua los hubieran corroído. Y el resto parecía real. Los colores eran sólidos, el granito de un gris metálico y la maleza verde y marrón. Después de haber estado en aquel otro lugar, casi parecían demasiado intensos.

—En casa —musitó Rand antes de prorrumpir en carcajadas—. Estamos en casa.

Las risas de Loial sonaron como el mugido de un toro. Hurin se puso a hacer cabriolas.

—Lo conseguisteis —dijo Selene, inclinándose hacia él hasta que su rostro fue lo único que vio Rand—. Sabía que podíais hacerlo.

Rand dejó de reír.

—Eh…, supongo que sí. —Miró el Portal de Piedra y logró emitir una débil

carcajada—. Sin embargo, me gustaría saber qué es lo que he hecho.

—Tal vez lo sabréis algún día —apuntó en voz baja Selene, mirándolo fijamente a los ojos—. No hay duda de que estáis predestinado a conseguir grandes logros.

Sus ojos parecían tan oscuros y profundos como la noche, tan suaves como el terciopelo. Su boca… «Si la besara…» Pestañeó y se apresuró a retroceder, aclarándose la garganta.

—Selene, no habléis a nadie de esto, por favor. Sobre el Portal de Piedra y yo. Yo no lo comprendo y tampoco lo harán los demás. Ya sabéis cómo suele reaccionar la gente respecto a las cosas que no entienden.

La cara de Selene no mostraba expresión alguna. De improviso, Rand deseó intensamente que Mat y Perrin estuvieran allí. Perrin sabía cómo había que hablar a las chicas y Mat era capaz de mentir con semblante imperturbable, pero él no era ducho en ninguno de esos dos campos.

De pronto Selene sonrió, esbozando una reverencia medio burlona.

—Mantendré vuestro secreto, mi señor Rand al'Thor.

Rand le lanzó una ojeada y volvió a aclararse la garganta. «¿Está enfadada conmigo? Seguro que lo estaría si hubiera intentado besarla. Creo que sí.» Deseaba que no lo mirase del modo como lo hacía, como si supiera qué estaba pensando.

—Hurin, ¿existe alguna posibilidad de que los Amigos Siniestros utilizaran esta Piedra antes de nosotros?

El husmeador sacudió la cabeza con aire pesaroso.

—Estaban desviándose hacia el oeste, lord Rand. A menos que esos Portales de Piedra sean más numerosos de lo que a mí me ha parecido, diría que todavía están en el otro mundo. Pero no tardaría ni una hora en comprobarlo. La tierra es la misma aquí que allí. Podría encontrar el lugar donde perdí su rastro allí, ¿comprendéis?, y ver si ya se han ido.

Rand observó el cielo. El sol, un espléndido sol que nada tenía de pálido, descendía hacia poniente, proyectando largas sombras que cruzaban la hondonada. El crepúsculo sería completo al cabo de una hora.

—Por la mañana —decidió—. Pero me temo que los hemos perdido. —«¡No podemos perder esa daga! ¡No podernos!»—. Selene, suponiendo que así sea, mañana os acompañaremos a vuestra casa. ¿Está en la misma ciudad de Cairhien o…?

—Tal vez no hayáis perdido aún el Cuerno de Valere —señaló lentamente Selene —. Como sabéis, conozco algunas cosas sobre estos mundos.

—Los espejos de la Rueda —dijo Loial.

—Sí —asintió la mujer—. Exactamente. Esos mundos son realmente una suerte de espejos, en especial aquellos donde no hay personas. Algunos sólo reflejan los grandes acontecimientos acaecidos en el mundo real, pero otros contienen una

sombra de dicho reflejo antes incluso de que se produzca un hecho. El paso del Cuerno de Valere ha de ser sin duda un gran evento. Las proyecciones de algo futuro son más imperceptibles que las del presente o el pasado, lo cual concuerda con la apreciación de Hurin respecto a lo difuso del olor.

—¿Queréis decir, mi señora —preguntó parpadeando Hurin, incrédulo—, que he estado oliendo el lugar por donde van a pasar esos Amigos Siniestros? Que la Luz me ampare, no sería eso de mi agrado. Ya es bastante horrible oler la violencia donde se ha cometido, sin tener que notar la que aún no se ha producido. Seguramente hay pocos lugares en donde no se ha dado algún hecho violento en un momento u otro. Eso me volvería loco, a no dudarlo. Ese sitio del que acabamos de salir a punto estuvo de hacerlo. Lo percibía constantemente: las matanzas, las agresiones y las más abyectas maldades que uno pueda imaginarse. Incluso podía notar el olor que emanábamos nosotros, todos nosotros. Incluso vos, mi señora, si me permitís decirlo. Era sólo ese lugar, que tergiversaba mis sentidos igual que deformaba la visión. —Se estremeció—. Estoy contento de estar aquí. Todavía no he podido librarme del todo de esos olores.

Rand rozó distraídamente la marca impresa en su palma.

—¿Qué opinas, Loial? ¿Podríamos habernos adelantado realmente a los Amigos Siniestros de Fain?

—No lo sé, Rand —repuso, frunciendo el entrecejo, el Ogier—. No sé nada de esto. Creo que hemos regresado a nuestro mundo. Me parece que estamos en la Daga del Verdugo de la Humanidad. Aparte de eso… —Se encogió de hombros.

—Deberíamos acompañaros a casa, Selene —propuso Rand—. Vuestra familia debe de estar preocupada.

—Dentro de pocos días comprobaréis que estoy en lo cierto —replicó con impaciencia ésta—. Hurin puede localizar el punto donde perdió el rastro, según él mismo ha afirmado. Podemos apostarnos allí. El Cuerno de Valere no tardará mucho en llegar. El Cuerno de Valere, Rand. Pensad en ello. El hombre que sople en el Cuerno vivirá eternamente en las leyendas.

—Yo no quiero tener nada que ver con las leyendas —contestó con brusquedad. «Pero si los Amigos Siniestros pasan cerca… ¿Y si Ingtar ha perdido sus huellas? Entonces los Amigos Siniestros se quedarían con el Cuerno de Valere y Mat moriría»—. De acuerdo, esperaremos unos días. En el peor de los casos, encontraríamos probablemente a Ingtar y los demás. No creo que se hayan quedado parados o desistido de la búsqueda sólo porque nosotros… nos marcháramos.

—Una sabia decisión —aprobó Selene— y bien meditada. —Le tocó el brazo y sonrió, y él volvió a hallarse invadido por las ganas de besarla.

—Eh… debemos estar más cerca del lugar por donde vendrán. Si es que van a venir. Hurin, ¿puedes ubicar un campamento antes de que anochezca, en algún sitio

desde donde sea posible vigilar el lugar donde perdiste el rastro?

Lanzó una ojeada al Portal de Piedra y consideró la posibilidad de dormir cerca de él, a pesar de que el vacío se hubiera adueñado de él en sueños la última vez, y de la luz que lo acompañaba—. En algún sitio bien apartado de éste.

—Dejadlo en mis manos, lord Rand. —El husmeador saltó a caballo—. Juro que no volveré a acostarme sin antes mirar qué clase de piedras hay por los alrededores.

Mientras abandonaba la hondonada, Rand cayó en la cuenta de que observaba mucho más a Selene que a Hurin. Parecía fría y serena, tan joven como él y majestuosa a un tiempo, pero cuando le sonreía como lo hacía entonces… «Egwene no diría que estoy actuando sabiamente. Egwene me habría llamado cabeza de chorlito.» Irritado, hincó los talones en los flancos de Rojo.

18



De camino a la Torre Blanca

Egwene se mecía en cubierta mientras el Reina fluvial surcaba velozmente el amplio cauce del Erinin bajo un cielo preñado de nubes, con las velas hinchadas y el mástil principal furiosamente azotado por el estandarte con la Llama Blanca. El viento se había alzado tan pronto como el último pasajero se halló a bordo, allá en Medo, y no había amainado ni decaído un instante desde entonces, ni de día ni de noche. El río había comenzado a incrementar la turbulencia de su corriente, con un poderoso caudal que aún corría ahora, rompiendo contra las embarcaciones que impulsaba. Ni el viento ni el río habían perdido vigor, como tampoco habían aminorado la marcha los bajeles, arracimados detrás del Reina fluvial, el único que ostentaba el privilegio de ir en cabeza, ya que en él viajaba la Sede Amyrlin.

El timonel controlaba el rumbo con hosco semblante, con los pies separados y afianzados en el suelo, y los marineros atendían sus obligaciones con pies descalzos, absortos en el trabajo; cuando dirigían la vista al cielo o al cauce, la apartaban enseguida, murmurando en voz baja. Estaban perdiendo de vista un pueblo, y un chiquillo corría bordeando la orilla; se había mantenido a la altura de los barcos durante un trecho, pero ahora éstos lo dejaban atrás. Cuando hubo desaparecido su silueta, Egwene bajó a los camarotes.

En la pequeña cabina que compartían, Nynaeve levantó la mirada hacia ella desde su estrecha cama.

—Dicen que llegaremos hoy a Tar Valon. La Luz me asista, pero me alegrará volver a poner pie en tierra aunque esto sea en Tar Valon. —La embarcación dio un bandazo y Nynaeve tragó saliva—. No pienso a volver a subir a un barco —afirmó sin resuello.

Egwene sacudió el agua que había rociado el río en su capa y la colgó de una percha situada junto a la puerta. No era una gran habitación; al parecer, no había cabinas espaciosas en el barco, ni siquiera la que el capitán había cedido a la Amyrlin, a pesar de ser ésta más amplia que el resto. Con las dos camas empotradas

en las paredes, estantes bajo ellos y los armarios de encima, todo quedaba a mano.

Exceptuando el cuidado en mantener el equilibrio, el bamboleo del barco no le producía igual efecto que a Nynaeve. Había renunciado a ofrecer comida a la Zahorí en la tercera ocasión en que ésta le había arrojado la escudilla a la cara.

—Estoy preocupada por Rand —confesó.

—Yo estoy preocupada por todos —replicó lentamente Nynaeve. Al cabo de un momento, preguntó—: ¿Tuviste otro sueño anoche? A juzgar por la manera como has estado embobada desde que te has levantado…

Egwene asintió. Nunca había sido muy hábil en encubrirle cosas a Nynaeve y tampoco había tratado de ocultarle lo de los sueños. Nynaeve había intentado darle un tratamiento al principio, hasta que se enteró de que una de las Aes Sedai estaba interesada en ellos; entonces comenzó a creer que tal vez fueran importantes.

—Era como los otros. Diferente, pero igual. Rand está amenazado por algún tipo de peligro. Lo sé. Y cada vez es más patente. Ha hecho algo o va a hacer algo que lo pondrá en… —Se dejó caer en el lecho y se inclinó hacia su amiga—. Ojalá pudiera encontrarle algún sentido.

—¿A encauzar el Poder? —inquirió quedamente Nynaeve.

En contra de su voluntad, Egwene miró en torno a sí para comprobar que nadie escuchaba. Estaban solas y con la puerta cerrada, pero a pesar de ello continuó hablando en voz baja.

—No lo sé. Tal vez. —La reacción de las Aes Sedai era imprevisible; por entonces ya había visto suficiente como para dar crédito a las historias que circulaban acerca de sus poderes, y no quería arriesgarse a que alguien las oyera. «No voy a poner en peligro a Rand. Lo correcto sería que se lo contara, pero Moraine lo sabe y no ha dicho nada. ¡Y se trata de Rand! No puedo hacerlo»—. No sé qué hacer.

—¿Te ha dicho algo más Anaiya acerca de esos sueños? —Nynaeve parecía creerse en la obligación de no añadir jamás el tratamiento honorífico Sedai, incluso cuando ambas se hallaban a solas. A la mayoría de las Aes Sedai no les importaba, al parecer, pero tal hábito había provocado algunas extrañas miradas, algunas de ellas de extrema dureza. Después de todo ella iba a recibir entrenamiento en la Torre Blanca.

—«La Rueda gira según sus propios designios» —sentenció Egwene, repitiendo las palabras de Anaiya—. «El muchacho está lejos, hija, y nada podemos hacer hasta que conozcamos con más certeza la situación. Me ocuparé en persona de hacerte pruebas cuando hayamos llegado a Tar Valon, hija.» ¡Aaagh! Ella sabe que hay algo en esos sueños. Estoy segura. Me gusta esa mujer, Nynaeve, de veras. Pero no va a decirme lo que quiero saber. Y yo no puedo contárselo todo. Tal vez si pudiera…

—¿El enmascarado de nuevo?

Egwene asintió. Por alguna razón, tenía la certeza de que no debía hablarle de él a Anaiya. No acertaba a comprender por qué, pero estaba segura de ello. En tres

ocasiones el hombre de ojos de fuego había visitado sus sueños, y en cada una de ellas había adquirido la convicción de que Rand se encontraba en peligro. Siempre llevaba el rostro tapado por una máscara; a veces podía verle los ojos y otras sólo percibía fuego en su lugar.

—Se rió de mí. Era tan… desdeñoso. Como si yo fuera un perrillo que se veía obligado a apartar de su camino con una patada. Me asusta, me asusta mucho.

—¿Estás segura de que tiene algo que ver con los otros sueños, con Rand? A veces un sueño es simplemente eso, un sueño.

—¡Y a veces, Nynaeve, hablas igual que Anaiya Sedai! —Puso especial énfasis en el título y fue un placer ver la mueca que esbozó Nynaeve.

—Si me levanto de esta cama, Egwene…

Una llamada en la puerta interrumpió la frase de Nynaeve. Antes de que Egwene pudiera hablar o moverse, la Amyrlin en persona entró y cerró la puerta tras ella. Estaba sola, lo cual era harto inusual. Raras veces abandonaba su cabina y, cuando lo hacía, era siempre en compañía de Leane y quizá de alguna otra Aes Sedai.

Egwene se apresuró a ponerse en pie. La habitación quedaba demasiado llena con tres personas.

—¿Estáis bien las dos? —preguntó animadamente la Amyrlin. Ladeó la cabeza hacia Nynaeve—. Espero que comáis bien. ¿Cómo va ese humor?

Nynaeve intentó sentarse, apoyando la cabeza en la pared.

—Muy bien, gracias.

—Es un honor para nosotras, madre… —comenzó a decir Egwene, pero la Amyrlin la acalló con un gesto.

—Me encanta volver a navegar, pero al final se vuelve tan aburrido como un estanque sin tener nada que hacer. —El barco se inclinó y ella equilibró el cuerpo sin esfuerzo aparente—. Hoy os impartiré yo la clase. —Se sentó con las piernas cruzadas en la punta de la cama de Egwene—. Siéntate, hija.

Egwene se sentó, pero Nynaeve empezó a tratar de ponerse en pie.

—Creo que iré a cubierta.

—¡He dicho que os sentéis! —La voz de la Amyrlin restalló como un látigo, pero Nynaeve continuó levantándose, vacilante. Todavía tenía las manos sobre el lecho, pero casi se había incorporado. Egwene estaba preparada para recogerla cuando cayera.

Cerrando los ojos, Nynaeve volvió a apoyarse lentamente en la cama.

—Quizá me quede. Sin duda hará viento allá arriba.

La Amyrlin soltó una carcajada.

—Me han dicho que tienes tan mal genio como un pájaro pescador cuando tiene clavada una espina en la garganta. Algunas de ellas, hija, opinan que no te vendría mal un tiempo de noviciado, a pesar de tu edad. Por mi parte creo que, si tienes la

habilidad que pretenden, mereces ser una de las Aceptadas. —Lanzó otra carcajada —. Siempre he creído en la necesidad de dar a cada uno lo que merece. Sí. Sospecho que aprenderás muchas cosas cuando estés en La Torre Blanca.

—Preferiría que uno de los Guardianes me enseñara a usar una espada —gruñó Nynaeve. Tragó saliva convulsivamente y abrió los ojos—. Hay alguien con quien querría ejercitar. —Egwene la miró con dureza. ¿Se refería a la Amyrlin, lo cual era estúpido, aparte de imprudente, o a Lan? Siempre atajaba a Egwene en toda ocasión en que mencionaba a Lan.

—¿Una espada? —preguntó la Amyrlin—. Nunca me han parecido de gran utilidad las espadas. Aunque sepas utilizarla, hija, siempre hay hombres más diestros en su manejo y mucho más fuertes. Pero si quieres una espada… —Levantó la mano; Egwene abrió la boca, e incluso a Nynaeve se le desencajaron los ojos, cuando al instante apareció una espada. Con la hoja y la empuñadura de un curioso color blanco azulado, tenía un aspecto extrañamente frío—. Hecha a partir del aire, hija, con aire. Es tan buena como la mayoría de las hojas de acero, mejor que muchas, pero aun así de escasa utilidad. —En un abrir y cerrar de ojos la espada se convirtió en un cuchillo de cocina—. Esto, en cambio, es útil. —El cuchillo se convirtió en vapor, el cual se disipó con rapidez. La Amyrlin volvió a poner su mano vacía sobre el regazo—. Sin embargo, ambos requieren más esfuerzo de lo que valen. Lo mejor, lo más fácil, es llevar simplemente un buen cuchillo consigo. Debes aprender a determinar cuándo has de usar tu habilidad, así como de qué manera, y a identificar el momento en que es preferible hacer las cosas del mismo modo como lo haría otra mujer. Deja que los herreros hagan cuchillos para destripar el pescado. Si utilizas el Poder único con demasiada frecuencia o excesiva ligereza, puede suceder que te aficiones demasiado a él. Ahí radica el peligro. Se comienza por desear cada vez más y tarde o temprano se corre el riesgo de absorber una cantidad mayor que la que se ha aprendido a manejar. Y eso puede quemarte como a una vela derretida o…

—Si he de aprender todo eso —espetó con rudeza Nynaeve—, mejor sería que me enseñaran algo útil. Todo eso…, eso de… agita el aire, Nynaeve. Enciende la vela, Nynaeve. Ahora apágala. Vuelve a encenderla. ¡Puaaaf!

Egwene cerró los ojos. «Por favor, Nynaeve. Controla tu genio.» Se mordió el labio para no decirlo en voz alta.

—Útil —repitió la Amyrlin después de un momento de silencio—, algo útil. Querías una espada. Supón que un hombre viniera a mí con una espada. ¿Qué haría yo? Algo útil, puedes estar segura. Esto, probablemente.

Por un instante, Egwene creyó percibir un resplandor en torno a la mujer sentada al otro lado de su cama. El aire pareció solidificarse. No se produjo ningún cambio que Egwene pudiera ver, pero lo sentía. Intentó levantar el brazo y éste no se movió más que si todo su cuerpo estuviera sumergido en una espesa gelatina. No podía

mover nada excepto la cabeza.

—¡Soltadme! —gruñó Nynaeve. Tenía los ojos desorbitados y agitaba la cabeza de un lado a otro, pero estaba sentada tan rígidamente como una estatua. Egwene cayó en la cuenta de que no era ella la única aquejada de parálisis—. ¡Dejadme!

—Útil, ¿no te parece? Y no es más que aire. —La Amyrlin hablaba con tono despreocupado, como si estuvieran conversando con una taza de té en la mano—. Un hombre fuerte, con potentes músculos y una espada, y ésta no le sirve más que los pelos que tiene en el pecho.

—¡Soltadme os he dicho!

—Y si no me gusta el sitio donde está, pues puedo levantarlo. —Nynaeve chilló con furia mientras se elevaba lentamente, todavía en posición sentada, hasta que su cabeza casi rozó el techo. La Amyrlin sonrió—. A menudo he deseado poder utilizar esto para volar. Los escritos afirman que los Aes Sedai podían volar, en la Era de Leyenda, pero no está muy claro de qué manera exactamente. No de ésta, en todo caso. No funciona así. Alargando las manos podrías levantar un baúl que pese más que tú; pareces fuerte. Pero por más que tengas dominio de tu persona, es imposible que te eleves por tus propios medios.

Nynaeve daba violentos respingos, pero ningún otro músculo de su cuerpo se movía lo más mínimo.

—¡La Luz os fulmine, dejadme ir!

Egwene tragó saliva, confiando en que no la levantara a ella.

—De modo que —prosiguió la Amyrlin— era un fornido y peludo hombre. Él no puede hacerme nada, mientras que a mí tampoco me es posible causarle ningún daño. Hombre, si tuviera intención de… —Se inclinó hacia adelante, con la mirada fija en Nynaeve y de pronto su sonrisa no pareció tan amistosa…— … podría volverlo del revés y azotarle el trasero. Así… —De improviso la Amyrlin fue proyectada con tanta violencia hacia atrás que su cabeza golpeó la pared, a la cual quedó pegada, como si algo la presionara contra ella.

Egwene contempló, incrédula, la escena, con la boca seca. «Esto no está ocurriendo realmente. No es posible.»

—Tenían razón —reconoció la Amyrlin, con voz apagada, como si le costara respirar—. Dicen que aprendes deprisa. Y también que cuando estás furiosa es cuando consigues mejores resultados. —Respiró con esfuerzo—. ¿Vamos a liberamos mutuamente, hija?

—Vais a soltarme ahora mismo o voy a… —amenazó Nynaeve, flotando en el aire con los ojos inflamados. De repente, su semblante expresó estupor, pérdida. Movió los labios sin pronunciar palabra alguna.

La Amyrlin se levantó, desentumeciendo los hombros.

—Todavía no lo conoces todo, ¿no es cierto, hija? Ni la centésima parte de la

totalidad. No sospechabas que pudiera cortarte el acceso a la Fuente Verdadera. Aún la percibes, pero eres tan incapaz de alcanzarla como un pez que quisiera tocar la luna. Cuando hayas aprendido lo suficiente para ser aceptada como hermana de pleno derecho, ninguna mujer podrá hacerte eso. Cuanto más te fortalezcas, más Aes Sedai serán necesarias para anularte en contra de tu voluntad. ¿Crees ahora que sientes deseos de aprender? —Nynaeve cerró la boca de golpe y, le asestó una mirada feroz. La Amyrlin suspiró—. Si tuvieras un ápice menos de potencial, hija, te mandaría a la Maestra de las Novicias y te dejaría a su cuidado para el resto de tu vida. Pero tendrás lo que mereces.

Nynaeve abrió desmesuradamente los ojos y sólo tuvo tiempo de empezar a chillar antes de caer y golpear con estrépito su cama. Egwene hizo una mueca de dolor; los colchones eran delgados y la madera que había debajo, dura. Nynaeve mantuvo la cara impasible.

—Y ahora —propuso la Amyrlin—, a menos que prefieras recibir una demostración más exhaustiva, comenzaremos con la clase. Continuaremos con la clase, podríamos decir.

—Madre… —dijo quedamente Egwene, que aún no podía moverse por debajo de la barbilla.

La Amyrlin la miró interrogativamente y luego sonrió.

—Oh. Lo siento, hija. Me temo que tu amiga retenía toda mi atención. —De pronto Egwene recuperó la capacidad de movimiento; alzó los brazos, sólo para convencerse de que era capaz de hacerlo—. ¿Estáis ambas dispuestas a aprender?

—Sí, madre —se apresuró a responder Egwene.

La Amyrlin enarcó una ceja, mirando a Nynaeve.

—Sí, madre —repuso ésta con aspereza, un momento después.

Egwene exhaló un suspiro de alivio.

—Bien. Veamos. Libraos de todo pensamiento, a excepción de un capullo de rosa.

Egwene estaba sudando cuando la Amyrlin se marchó. Había considerado como profesoras severas a algunas de las otras Aes Sedai, pero aquella sonriente mujer de rostro vulgar lograba, con paciencia, extraer hasta la última gota de esfuerzo, lo aspiraba y, cuando ya no quedaba nada, parecía introducirse en el interior de uno y arrancarlo. Había obtenido buenos resultados, sin embargo, Cuando la puerta se cerró tras la Amyrlin, Egwene alzó una mano; una diminuta llama cobró vida sobre la punta de su dedo y luego comenzó a danzar de un dedo a otro. En principio no le estaba permitido hacerlo sin una profesora, o una de las Aceptadas, como mínimo, que la supervisara, pero estaba demasiado excitada para preocuparse por ello.

Nynaeve se puso en pie de un salto y arrojó la almohada a la puerta que acababa de cerrarse.

—¡Esa… esa vil, engreída, miserable… aaag! ¡Así la fulmine la Luz! Me gustaría

echarla al agua para que fuera pasto de los peces. ¡Me gustaría administrarle remedios que la volvieran de color verde para el resto de su vida! Me importa un comino que sea lo bastante mayor como para ser mi madre. Si la tuviera en el Campo de Emond, no se sentaría confortablemente para… —Hizo rechinar los dientes con tal fuerza que Egwene se sobresaltó.

Dejando extinguir la llama, Egwene posó la mirada en su regazo. Deseaba encontrar la manera de salir sigilosamente de la habitación sin topar con los ojos de Nynaeve.

La clase no había tenido buenos resultados para Nynaeve, debido a que había tenido que reprimir su genio hasta que se había marchado la Amyrlin. Nunca lograba conseguir gran cosa a menos que estuviera enojada y entonces lo hacía explosivamente. Después de varios fracasos consecutivos, la Amyrlin había hecho cuanto estaba en su mano para irritarla de nuevo. Egwene deseaba que Nynaeve olvidase que ella había presenciado todo aquello.

Nynaeve se encaminó rígidamente a la cama y se paró, mirando la pared que había tras ella, con el puño apretado. Egwene contempló anhelante la puerta.

—No ha sido culpa tuya —dijo Nynaeve.

—Nynaeve, yo…

Nynaeve se volvió para mirarla.

—No ha sido culpa tuya —repitió sin convicción en la voz—. Pero, si se te ocurre mencionar algo, te voy… te voy a…

—Ni una palabra —se apresuró a tranquilizarla Egwene—. Ni siquiera me acuerdo de nada para contarlo.

Nynaeve la observó durante un largo momento y luego asintió. De pronto, sonrió.

—Luz, no pensaba que hubiera algo que tuviera un sabor más horrible que la lengua de cordero cruda. La próxima vez que te comportes como una estúpida, recurriré a ese tratamiento, de modo que ya puedes ir con cuidado.

Egwene hizo una mueca de asco. Aquello había sido lo primero que había hecho la Amyrlin para enfurecer a Nynaeve. Una oscura gota de una desconocida sustancia que brillaba como la grasa y despedía un horrible olor se había materializado de pronto y, mientras la Amyrlin retenía a Nynaeve con el Poder, había penetrado a la fuerza en la boca de la Zahorí. La Amyrlin había llegado incluso a asirle la nariz para obligarla a engullir. Y Nynaeve recordaba las cosas, aun cuando sólo las hubiera presenciado una vez. Egwene no creía que hubiera algún modo de contenerla cuando se había propuesto hacer algo; a pesar de su propio triunfo en lograr que danzase una llama, ella no habría sido capaz de acorralar a la Amyrlin contra una pared.

—Al menos ya no te marea estar en el barco.

Nynaeve soltó un gruñido y luego una breve y aguda carcajada.

—Estoy demasiado furiosa para sentirme mal. —Sacudió la cabeza y lanzó otra

lúgubre carcajada—. Soy demasiado desgraciada para estar mareada. Luz, me siento como si me hubieran arrastrado de espaldas sobre un zarzal. Si eso es el entrenamiento que reciben las novicias, será un incentivo para que aprendas con rapidez.

Egwene bajó la mirada. En comparación con Nynaeve, la Amyrlin sólo la había persuadido con halagos, sonreído ante sus logros, condescendido con sus errores, e inducido a volver a esforzarse con nuevos halagos. Todas las Aes Sedai les habían advertido, empero, que las cosas serían distintas en la Torre Blanca; más rigurosas, aunque no habían especificado cómo. No pensaba que pudiera resistir, día tras día, lo que Nynaeve había soportado.

El barco modificó su movimiento. El balanceo disminuyó y en la cubierta resonaron pasos. Un hombre gritó algo que Egwene no alcanzó a discernir.

—¿Crees que… es Tar Valon?

—Sólo hay una manera de averiguarlo —replicó Nynaeve, descolgando resueltamente su capa.

Cuando llegaron a cubierta, los marineros corrían en todas direcciones, halando cuerdas, plegando velas, preparando largos remos. El viento había cedido paso a una ligera brisa y las nubes estaban esparciéndose.

—¡Es Tar Valon! ¡Es Tar Valon! —exclamó Egwene, corriendo hacia la barandilla. Nynaeve se reunió con ella con rostro inexpresivo.

La isla era tan grande que más bien daba la impresión de que el río se dividiera en dos ramales. Unos puentes que parecían hechos con encaje se arqueaban a ambos lados de la isla, cruzando el cauce y los terrenos pantanosos que lo flanqueaban. Los blancos muros de la ciudad, las Murallas Resplandecientes, brillaban al asomarse el sol entre las nubes. Y en la ribera de poniente, con su cúspide quebrada lamiendo una etérea voluta de humo, el Monte del Dragón, una montaña que se elevaba entre llanuras y suaves colinas, recortaba su negra silueta sobre el cielo. El Monte del Dragón, el lugar donde había perecido el Dragón. El Monte del Dragón, formado a raíz de la muerte del Dragón.

Egwene hubiera deseado no pensar en Rand al mirar la montaña. «Un hombre que encauza el Poder. Luz, ayúdalo.»

El Reina fluvial atravesó una amplia abertura en un alto muro circular que sobresalía sobre el río. En su interior, un largo muelle circundaba un puerto redondeado. Los marineros aferraron las últimas velas y se sirvieron de los remos para encarar la popa a la escollera. En torno al largo muelle, los otros barcos que habían descendido por el no estaban atracando en sus amarraderos entre las embarcaciones ya ancladas. El estandarte de la Llama Blanca había provocado una actividad febril en el embarcadero.

La Amyrlin subió a cubierta antes de que se hubiera amarrado la embarcación,

pero los trabajadores portuarios tendieron una plancha a bordo tan pronto como hizo aparición. Leane caminó a su lado, con su bastón rematado por la llama en la mano, y las demás Aes Sedai desembarcaron tras ellas. Ninguna dirigió siquiera una mirada a Egwene y Nynaeve. Una delegación, compuesta de Aes Sedai ataviadas con chales que besaron ceremoniosamente el anillo de su dirigente, salió a recibir a la Amyrlin. El puerto rebullía con la descarga de los barcos y la llegada de la Sede Amyrlin; los soldados formaron al llegar a tierra y dispusieron troncos para efectuar la descarga. De las murallas se elevaron toques de trompetas que competían con las ovaciones de los espectadores.

—Por lo visto se ha olvidado de nosotras —se indignó Nynaeve—. Vamos. Nos las ingeniaremos solas.

Egwene sólo tenía ganas de seguir contemplando Tar Valon, pero siguió a su amiga hacia los camarotes con el fin de recoger el equipaje. Cuando volvieron a subir con los bultos en los brazos, los soldados y heraldos habían desaparecido, y también las Aes Sedai. Los obreros cerraban escotillas y bajaban cabos a la bodega.

En la cubierta, Nynaeve agarró por el brazo a un fornido sujeto vestido con una tosca camisa sin mangas.

—Nuestros caballos… —empezó a decir.

—Estoy ocupado —gruñó el hombre, soltando el brazo—. Todos los caballos serán conducidos a la Torre Blanca. —Las miró de arriba abajo—. Si tenéis tratos con la Torre, será mejor que vayáis allá. Las Aes Sedai no aprueban la tardanza en los novatos. —Otro hombre, que forcejeaba por sacar de la bodega un fardo atado a una soga, le gritó algo y su interlocutor se alejó de ellas sin más preámbulo.

Egwene intercambió una mirada con Nynaeve. Al parecer, se hallaban al cuidado de sí mismas.

Nynaeve abandonó el barco a grandes zancadas con una inflexible determinación en el semblante, pero Egwene atravesó con desaliento la plancha entre el olor a brea que despedían los muelles. «Tanto hablar de que querían que viniéramos, y ahora ya no parece importarles.»

Unas amplias escaleras ascendían del puerto a un gran arco de piedra rojiza. Al llegar a él, Egwene y Nynaeve se detuvieron a contemplar la vista panorámica.

Cada uno de los edificios parecía un palacio, a pesar de que la mayor parte de los que se encontraban en las proximidades del arco contenían, a juzgar por los letreros que colgaban en sus puertas, posadas o tiendas. Había piedras elegantemente labradas por doquier y las líneas de cada estructura parecían diseñadas para complementar y resaltar la contigua, ofreciendo la imagen de un conjunto pensado en su totalidad. Algunas formas no semejaban edificios, sino gigantescas olas rompiéndose, descomunales conchas o fantásticos acantilados erosionados por el viento. Delante del portal de piedra había una gran plaza, con fuentes y árboles, y Egwene advirtió

otra más allá. Las altas y gráciles torres se elevaban en el cielo, algunas unidas entre sí por medio de pasarelas. Y por encima de todo se alzaba una torre, mayor que las restantes, tan blanca como las propias Murallas Resplandecientes.

—Su belleza quita el aliento al contemplarla por primera vez —observó una voz de mujer tras ellas—. Por décima vez, a decir verdad. Y por centésima.

Egwene se volvió. La mujer era una Aes Sedai; Egwene estaba segura de ello, a pesar de que no llevara chal. Nadie más tenía ese semblante de edad indefinida. La certidumbre y la confianza de su actitud no hicieron más que confirmar dicha apreciación. Una ojeada a su mano mostró el anillo de oro con la forma de una serpiente que se mordía la cola. La Aes Sedai era algo entrada en carnes, con una cálida sonrisa, y una de las mujeres de aspecto más curioso que Egwene había visto. Su gordura no ocultaba los prominentes huesos de sus mejillas, sus ojos estaban inclinados y eran de un verde extremadamente pálido y su pelo tenía casi el color del fuego. Egwene apenas logró disimular su mirada desorbitada ante aquel cabello y esos ojos levemente ladeados.

—Obra de los Ogier, claro está —prosiguió la Aes Sedai— y la mejor conseguida, a decir de algunos. Una de las primeras ciudades construidas después del Desmembramiento. Por aquel entonces no había ni medio millar de personas aquí, sólo veinte hermanas, pero la levantaron de acuerdo a las necesidades futuras.

—Es una ciudad preciosa —alabó Nynaeve—. Se supone que hemos de ir a la Torre Blanca. Hemos venido aquí para recibir instrucción, pero, por lo visto, a todos los tiene sin cuidado si nos vamos o nos quedamos.

—Sí les importa —la disuadió la mujer, sonriendo—. He venido a recibiros, pero me he demorado hablando con la Amyrlin. Soy Sheriam, la Maestra de las Novicias.

—Yo no voy a incorporarme al noviciado —precisó con voz firme Nynaeve—. La propia Amyrlin ha dicho que iba a formar parte de las Aceptadas.

—Así me han informado. —Sheriam parecía divertirse—. Nunca he oído que hubiera habido un caso así, pero dicen que eres… excepcional. Recuerda, no obstante, que incluso una de las Aceptadas debe comparecer en mi estudio si se requiere su presencia. Es preciso violar más normas que en el caso de una novicia, pero dicha situación se ha producido. —Se volvió hacia Egwene como si no hubiera advertido el entrecejo fruncido de Nynaeve—. Y tú eres nuestra nueva novicia. Siempre es agradable ver llegar a una novicia. Tenemos demasiado pocas últimamente. Contigo son cuarenta, sólo cuarenta. Y no más de ocho o nueve de ellas serán elevadas a la condición de Aceptadas. Aunque no creo que debas preocuparte demasiado por ello, si trabajas duro y te aplicas con ahínco. La tarea es ardua, e incluso para alguien con el potencial que me han dicho que posees, no será fácil. Si no eres capaz de persistir, a pesar del grado de dureza, o si vas a ceder ante esa carga, es mejor que lo averigüemos ahora y te dejemos seguir tu camino en lugar de esperar

a que seas una hermana de plenos derechos y otros dependan de ti. La vida de una Aes Sedai no es fácil. Aquí te prepararemos para sobrellevarla, si tienes madera para ello.

Egwene se preguntó. «¿Cederé ante esa carga?»

—Lo intentaré, Sheriam Sedai —prometió débilmente. «Y no voy a ceder.»

Nynaeve la miró con preocupación.

—Sheriam… —se detuvo y aspiró profundamente—. Sheriam Sedai —pareció esforzarse por pronunciar el tratamiento—, ¿ha de ser tan duro para ella? La carne y la sangre tienen un límite de resistencia. Conozco… algo… de lo que deben soportar las novicias. Seguramente no es preciso tratar de derrumbarla sólo para averiguar hasta dónde llegan sus fuerzas.

—¿Te refieres a lo que te ha hecho hoy la Amyrlin? —Nynaeve enderezó la espalda; Sheriam tenía aspecto de intentar reprimir una sonrisa—. Ya te he dicho que he hablado con ella. No sufras por tu amiga. El entrenamiento de las novicias es duro, pero no tanto. Eso está reservado a las primeras semanas posteriores al acceso al grado de Aceptada. —Nynaeve la miró con semblante desencajado; Egwene pensó que iban a saltársele los ojos—. Para detectar a las pocas que puedan haber traspasado la barrera del noviciado sin cumplir la condiciones. No podemos correr el riesgo de tener entre nosotras a Aes Sedai plenamente formadas que se desmoronen ante la presión del mundo exterior. —La Aes Sedai puso un brazo sobre uno de los hombros de cada una de ellas. Nynaeve apenas pareció advertir adónde se dirigía—. Venid —les indicó Sheriam—, os acompañaré a vuestros aposentos. La Torre Blanca os espera.

19



Bajo la Daga

La noche en la falda de la Daga del Verdugo de la Humanidad era fría, como lo son siempre las noches en las montañas. El viento descendía de los altos picos acarreando la gelidez de las cumbres nevadas. Rand se movió, medio dormido, sobre el duro suelo, tirando de su capa y manta. Su mano se acercó a su espada, que descansaba a un lado. «Un día más —pensó adormilado—. Sólo un día más y luego nos iremos. Si no viene nadie mañana, sea Ingtar o los Amigos Siniestros, llevaré a Selene a Cairhien.»

Se había reiterado el mismo propósito en otras ocasiones. Cada día que pasaban en la ladera de la montaña, vigilando el lugar donde Hurin afirmaba haber perdido el rastro en ese otro mundo, el lugar donde Selene preveía la aparición de los Amigos Siniestros en éste, se decía que era hora de partir. Y Selene hablaba del Cuerno de Valere, le tocaba el brazo, lo miraba a los ojos y, antes de caer en la cuenta de ello, ya había aceptado aguardar un día más.

Se encogió para resguardarse del frío viento, rememorando cómo Selene le tocaba el brazo y lo miraba a los ojos. «Si Egwene lo viera, me esquilaría como a un cordero, y también a Selene. Es posible que Egwene ya esté en Tar Valon ahora, aprendiendo a ser una Aes Sedai. La próxima vez que me vea, seguramente intentará amansarme.»

Al volverse, su mano se deslizó más allá de la espada y rozó el bulto que contenía el arpa y la flauta de Thom Merrilin. Sin darse cuenta, sus dedos apretaron la capa del juglar. «Entonces era feliz, creo, aun cuando corriera para salvar la vida: tocando la flauta para pagarme la cena. Era demasiado ignorante para saber lo que ocurría. Ahora no hay modo de volver atrás.»

Estremeciéndose, abrió los ojos. La única luz existente provenía de la luna menguante, que aún parecía casi llena. Una fogata hubiera alertado a quienes esperaban. Loial murmuró estentóreamente entre sueños. Uno de los caballos piafó. Hurin cumplía la primera guardia, en un saliente de piedra situado unos metros más

arriba de la montaña, y pronto acudiría a despertarlo para que lo sustituyera.

Rand volvió a girarse… y se detuvo. A la luz de la luna distinguía la silueta de Selene, inclinada sobre sus alforjas, con las manos en las hebillas. Su vestido blanco resaltaba la débil luz reinante.

—¿Necesitáis algo?

La muchacha dio un salto y se volvió hacia él.

—Me… me habéis asustado.

Se puso en pie, despojándose de la manta y rodeándose con la capa, y se acercó a ella. Estaba seguro de haber dejado las alforjas junto a él al acostarse; siempre las mantenía cerca de sí. Se las cogió de la mano. Todas las hebillas estaban abrochadas, incluso las que cerraban el bolsillo lateral donde guardaba el maldito estandarte. «¿Cómo va a depender mi vida del hecho de conservarlo conmigo? Si alguien lo viera y lo reconociera, moriría por tenerlo en mi poder.» La miró con suspicacia.

Selene permaneció donde estaba, devolviéndole la mirada. La luna relumbraba en sus oscuros ojos.

—Se me ocurrió —explicó— que he estado llevando este vestido durante demasiado tiempo. Si pudiera cepillarlo, al menos, si tuviera algo que ponerme mientras lo hago… Una de vuestras camisas, tal vez.

Rand asintió, notando un súbito alivio. A sus ojos, el vestido aparecía tan limpio como la primera vez que la había visto, pero sabía que, si Egwene tenía una mancha en el vestido, no había nadie capaz de impedirle que la limpiara de inmediato.

—Desde luego. —Abrió el espacioso bolsillo donde había introducido todas sus cosas a excepción del pendón y sacó una de las camisas blancas de seda.

—Gracias. —Sus manos se dirigieron a su espalda. A los botones, advirtió Rand.

Con ojos desorbitados, se volvió para alejarse de ella.

—Si pudierais ayudarme, sería más sencillo.

—No sería correcto —adujo Rand, tras aclararse la garganta—. Nosotros no estamos prometidos ni… —«¡Deja de pensar en eso! Nunca podrás casarte con nadie»—. Simplemente no sería correcto.

La queda carcajada de la muchacha lo estremeció, tal como si le hubiera recorrido la columna con un dedo. Intentó no prestar oídos al crujido de la tela.

—Ah… mañana… mañana —anunció— partiremos hacia Cairhien.

—¿Y qué ocurrirá con el Cuerno de Valere?

—Tal vez nos equivocamos. Quizá no vengan. Hurin dice que hay varios pasos en la Daga del Verdugo de la Humanidad. Si se han desviado tan sólo un poco más al oeste, no tienen que pasar por estas montañas.

—Pero el rastro que seguíamos conducía a este lugar. Vendrán aquí. El Cuerno pasará por aquí. Ahora ya podéis volveros.

—Esa es vuestra opinión, pero no sabemos… —Giró sobre sí y fue incapaz de

acabar la frase. Selene tenía el vestido colgado de un brazo y llevaba puesta su camisa, que pendía en holgados pliegues en torno a su cuerpo. Era una camisa de faldón largo, confeccionada para su estatura, pero ella era alta para ser mujer. El borde inferior apenas bajaba más allá de la mitad de sus muslos. No era que no hubiera visto nunca las piernas de una chica, puesto que las muchachas de Dos Ríos siempre se arremangaban la falda para vadear las charcas del Bosque de las Aguas. Sin embargo, dejaban de hacerlo cuando tenían edad suficiente para trenzarse el cabello y, además, entonces todo estaba oscuro. La luz de la luna parecía brillar en su piel.

—¿Qué es lo que no sabéis, Rand?

El sonido de su voz deshizo el hechizo. Con un sonoro carraspeo, volvió la cara a otro lado.

—Eh… yo creo… eh… que… eh…

—Pensad en la gloria, Rand. —La mano de Selene le tocó la espalda y él a punto estuvo de proferir un chillido—. Pensad en la gloria que hallará quien encuentre el Cuerno de Valere. Qué orgullosa me sentiré de encontrarme al lado del hombre que posea ese trofeo. No tenéis idea de las alturas que remontaremos juntos, vos y yo. Con el Cuerno de Valere en vuestras manos, podéis convertiros en un rey. Podéis llegar a ser un nuevo Artur Hawkwing. Podéis…

—¡Lord Rand! —lo llamó jadeante Hurin, irrumpiendo en el campamento—. Mi señor, están… —Se paró en seco, emitiendo un súbito sonido no identificable. Bajó la vista al suelo y se retorció las manos—. Perdonadme, mi señora. No era mi intención… Yo… Perdonadme.

—¿Qué ocurre? —preguntó Loial, incorporándose—. ¿Ya me toca el turno de guardia? —Miró en dirección a Rand y Selene e incluso con la luz de la luna su sorpresa resultó evidente.

Rand oyó cómo Selene suspiró tras él. Se apartó de ella, aún sin mirarla. «Tiene las piernas tan blancas, tan suaves…»

—¿De qué se trata, Hurin? —Moderó el tono de su voz. No sabía si estaba enojado con Hurin, con Selene o consigo mismo. «No tengo motivos para enfadarme con ella»—. ¿Has visto algo, Hurin?

—Una hoguera, mi señor, allá abajo en las colinas. Al principio no la distinguí. La han encendido pequeña, y resguardada, pero la han ocultado de alguien que viniera siguiéndolos, no de alguien que estuviera más adelante. A dos kilómetros, lord Rand, o a menos de tres, sin lugar a dudas.

—Fain —dedujo Rand—. Ingtar no temería a nadie que lo siguiera. Ha de ser Fain. —De improviso, no supo cómo reaccionar. Había estado esperando a Fain, pero, ahora que éste se encontraba cerca, lo invadían las dudas.

—Por la mañana… Por la mañana, iremos tras ellos. Cuando Ingtar y los demás

se reúnan con nosotros, estaremos en condiciones de atacarlos.

—De modo —intervino Selene— que vais a permitir que ese Ingtar se lleve el Cuerno de Valere. Y la gloria.

—Yo no quiero… —Irreflexivamente se volvió, y ahí estaba ella, con sus pálidas piernas reflejando la luz de la luna y tan despreocupada por ello como si se hallara sola. «Como si los dos estuviéramos solo», lo asaltó el pensamiento. «Quiere al hombre que encuentre el Cuerno»—. Nosotros tres no podemos arrebatárselo. Ingtar dispone de veinte lanceros.

—Aún no tenéis la certeza de no poder hacerlo. ¿Cuántos secuaces tiene ese hombre? Tampoco lo sabéis. —Su voz era calmada, pero inflexible—. Ni siquiera sabéis si quienes han acampado allá abajo tienen el Cuerno. La única manera de averiguarlo es yendo a comprobarlo por vos mismo. Llevaos al alantin; su raza tiene una vista aguda, incluso de noche. Y él tiene la fuerza para transportar el Cuerno en su arcón, si os decidís a hacerlo.

«Está en lo cierto. No tienes la certeza de que sea Fain.» No sería conveniente enviar a Hurin a buscar un rastro inexistente y dispersarse todos a la intemperie, con la posibilidad de que los Amigos Siniestros llegaran finalmente.

—Iré solo —dijo—. Hurin y Loial se quedarán aquí para protegeros.

Riendo, Selene se acercó a él con tanto donaire que casi parecía bailar. Las sombras de la noche le cubrían el rostro de un velo de misterio que intensificaba su belleza.

—Soy capaz de arreglármelas sola, hasta que volváis para protegerme. Llevaos al alantin.

—Tiene razón, Rand —terció Loial, levantándose—. Yo veo mejor con la luz de la luna que tú. Con mis ojos, no será necesario acercarnos tanto como deberías hacerlo yendo solo.

—Muy bien. —Rand fue a recoger su espada y la prendió a su cinto. El arco y el carcaj los dejó allí, puesto que no eran útiles en la oscuridad y sólo pretendía observar, no pelear—. Hurin, enséñame ese fuego.

El husmeador los condujo ladera arriba hacia el saliente, una especie de dedo pétreo que despuntaba en la montaña. La hoguera era sólo un punto diminuto que no advirtió la primera vez que Hurin señaló hacia él. Quienquiera que la hubiera encendido había tomado precauciones para ocultarla, observó.

Cuando regresaron al campamento, Loial ya había ensillado a Rojo y a su propio caballo. Mientras Rand montaba, Selene le tomó la mano.

—Recordad la gloria —dijo quedamente—. Recordadla. —La camisa parecía ajustase a su cuerpo, modelando sus formas, de un modo que no había advertido antes.

Respiró hondo y retiró la mano.

—Protégela con tu vida, Hurin. En marcha, Loial. —Dio una suave talonada a los flancos de Rojo. La descomunal montura del Ogier emprendió la marcha tras él.

No intentaron avanzar deprisa. La noche envolvía la ladera de la montaña y las sombras tornaban inciertos sus pasos. Rand ya no veía el fuego, el cual estaría sin duda más oculto a los ojos que intentaran descubrirlo desde un mismo nivel, pero sabía qué dirección seguir. Para alguien que había aprendido a cazar en el enmarañado Bosque del Oeste, en Dos Ríos, no sería difícil localizar el fuego. «¿Y qué harás entonces?» El rostro de Selene ocupaba su campo de visión. «Qué orgullosa me sentiré de encontrarme al lado del hombre que posea ese trofeo.»

—Loial —inquirió de improviso, tratando de clarificar sus pensamientos—. ¿Qué es eso de alantin que te llama Selene?

—Es en la Antigua Lengua, Rand. —El caballo del Ogier se abría paso con vacilación, pero él lo guiaba casi con igual seguridad que si fuera de día—. Significa Hermano y es la abreviatura de *tia avende alantin*: Hermano de los Árboles, Hermano Árbol. Es muy ceremonioso, pero, según he oído, los cairhieninos son bastante ceremoniosos. Al menos, los aristócratas. El pueblo llano que vi allí no se andaba con remilgos.

Rand frunció el entrecejo. Un pastor no sería alguien aceptable para una casa de la nobleza cairhienina. «Luz, Mat tiene razón respecto a ti: estás loco de remate. Pero si pudiera casarme…»

Deseaba contener tales cavilaciones y, sin darse cuenta, el vacío se formó en su interior, tomando distantes sus pensamientos, como si surgieran de una mente ajena. El *Saidin* brilló, atrayéndolo. Hizo rechinar los dientes, haciendo caso omiso de él; era como tratar de no notar un carbón ardiente dentro de la cabeza, pero al menos conseguía mantenerlo a raya… precariamente. A punto estuvo de abandonar el vacío, pero los Amigos Siniestros se hallaban en algún lugar cercano, al amparo de la noche. Necesitaba el vacío, incluso con la inquietante calma que éste acarreaba. «No es preciso que lo toque. No lo es.»

Pasado un rato, refrenó a Rojo. Se encontraban en la base de una colina, en la que se recortaban las negras siluetas de los escasos árboles que allí crecían.

—Creo que debemos de estar ya cerca —apuntó en voz baja—. Será mejor que cubramos a pie el resto del camino. —Se deslizó de la silla y ató las riendas del caballo alazán a una rama.

—¿Estás bien? —susurró Loial, desmontando—. Tienes una voz rara.

—Estoy bien. —Su voz sonaba tensa, advirtió. El *Saidin* lo llamaba. «¡No!»—. Ten cuidado. No estoy seguro de a qué distancia se encuentran, pero ese fuego debe de estar en algún punto frente a nosotros. En la cima de la colina, creo. —El Ogier asintió.

Rand se desplazó despacio de árbol en árbol, caminando cautelosamente con la

espada en la mano para que no golpeara los troncos. Por fortuna no había arbustos. Loial lo seguía como una enorme sombra; Rand apenas percibía algo más de su persona. Todo eran sombras y oscuridad.

De pronto, la luz de la luna dispersó las sombras que se hallaban ante ellos, y Rand quedó paralizado, tocando la áspera corteza de un roble. Unos imprecisos bultos en el suelo se convirtieron en hombres tapados con mantas y más allá había unos montículos mayores: trollocs durmiendo. Habían apagado el fuego. Un rayo de luna, desplazándose entre el ramaje, identificó un relumbre de oro y plata en el suelo, a medio trecho entre los dos grupos. La luz de la luna pareció intensificarse; por un instante pudo ver todo con claridad. La forma de un hombre dormido yacía junto al resplandor, pero no fue aquello lo que retuvo su mirada. «El cofre. El Cuerno.» Y algo encima de éste: un punto rojo que destellaba con el brillo de la luna. «¡La daga! ¿Por qué la habrá puesto Fain…?»

La gran mano de Loial se posó sobre la boca de Rand, y sobre buena parte del resto de su cara. Se volvió para mirar al Ogier. Loial señaló a su derecha, lentamente, como si el movimiento fuera susceptible de llamar la atención.

En un principio Rand no percibió nada; luego una sombra se movió, a menos de diez pasos de distancia. Una alta y abultada sombra, con hocico. Rand contuvo el aliento: un trolloc. Levantaba el hocico como si husmeara algo. Algunos de ellos cazaban por medio del olor.

El vacío tembló por un instante. Alguien se revolvió en el campamento de Amigos Siniestros y el trolloc se giró para mirar en aquella dirección.

Rand permaneció inmóvil, dejando que lo envolviera la calma de la vacuidad. Tenía la espada en la mano, pero no era consciente de ello. El vacío lo era todo. Lo que hubiera de ocurrir, ocurriría. Miró al trolloc sin pestañear.

La hocicuda sombra observó el campamento durante unos minutos y luego, como si hubiera quedado satisfecha, se plegó sobre sí junto a un árbol. Casi de inmediato dejó escapar unos sonidos bajos, similares a los producidos al desgarrar una burda tela. Loial pegó la boca a la oreja de Rand.

—Está dormido —susurró con incredulidad.

Rand asintió. Tam le había dicho que los trollocs eran perezosos, propensos a cejar en cualquier tarea excepto dar muerte, a menos que estuvieran atemorizados. Se volvió hacia el campamento.

Todo permanecía calmado y silencioso. El rayo de luna ya no alumbraba el arcón, pero ahora sabía dónde estaba. Podía verlo mentalmente, flotando más allá del vacío, con destellos dorados y argentinos, entre el brillo del *Saidin*. El Cuerno de Valere y la daga que precisaba Mat, ambos casi al alcance de su mano. El rostro de Selene se entremezcló a la imagen del cofre. Podían seguir a Fain por la mañana y aguardar a que Ingtar se reuniera con ellos. Suponiendo que Ingtar llegara, si aún seguía el rastro

sin la ayuda de su husmeador. No, nunca volverían a tener una oportunidad como aquélla. Todo se encontraba al alcance de su mano. Selene estaba esperando en la montaña.

Haciendo señas a Loial para que lo siguiera, Rand se tumbó boca abajo y se arrastró hacia el arcón. Oyó la exhalación contenida del Ogier pero sus ojos permanecieron fijos en un bulto en sombras tendido frente a él.

Los Amigos Siniestros y trollocs yacían a ambos lados, pero en una ocasión había visto a Tam acercarse tanto a un ciervo como para tocar su flanco antes de que el animal huyera de estampida; él había intentado adquirir la habilidad de Tam. «¡Una locura!» El pensamiento se forjó apenas sin forma, casi imperceptiblemente. «¡Esto es una locura! ¡Estás… volviéndote… loco!» Unos pensamientos difusos, ajenos.

Lenta y silenciosamente, se deslizó hacia aquella sombra especial y alargó una mano. Palpó complicadas curvas hundidas en oro. Era el cofre que contenía el Cuerno de Valere. Su mano tocó algo más, en la tapa. Era la daga, desenfundada. Abrió los ojos en la oscuridad y, recordando lo que le había hecho a Mat, retrocedió de un salto, presa de agitación.

El individuo tendido a menos de dos pasos del arcón gruñó y tiró de las mantas. Rand acalló pensamientos y temores con el vacío. Murmurando inquietamente en sueños, el hombre recobró la inmovilidad.

Rand volvió a acercar la mano a la daga, sin tocarla. Al principio no le había ocasionado daño a Mat, o al menos no mucho, y el proceso había sido lento. Con un veloz movimiento alzó el arma, la introdujo detrás de su cinturón y apartó la mano, como si ello fuera a minimizar el tiempo en que había estado en contacto con su piel. Tal vez fuera así. Además, Mat moriría sin ese puñal. Lo sentía allí, casi como un peso que tratara de abatirlo. Pero en el vacío las sensaciones eran tan distantes como el pensamiento, y la carga de la daga se convirtió rápidamente en algo a lo que se había habituado.

Desperdició apenas un instante más contemplando el arcón envuelto en sombras —el Cuerno debía de estar dentro, pero no sabía cómo abrirlo y no podía levantarlo— y después miró en derredor en busca de Loial. El Ogier estaba agazapado no lejos de él, haciendo oscilar su voluminosa cabeza a ambos lados para vigilar a los Amigos Siniestros y los trollocs dormidos. Incluso de noche era patente que los ojos de Loial estaban desmesuradamente abiertos; parecían tan grandes como platos a la luz de la luna. Rand se acercó y tomó la mano de Loial.

El Ogier dio un respingo, emitiendo una exhalación. Rand le puso un dedo sobre los labios, dirigió la mano del Ogier al cofre e imitó el gesto de levantarlo. Durante un momento que se le antojó eterno, rodeados de Amigos Siniestros y trollocs, y que en realidad debieron de ser segundos, Loial lo observó. Después, muy despacio, rodeó con sus brazos el arcón dorado y se puso en pie. Lo hizo sin esfuerzo aparente.

Prudentemente, aun con mayor cautela que al aproximarse, Rand comenzó a alejarse del campamento, detrás de Loial y el cofre. Con la espada aferrada con ambas manos, miraba los Amigos Siniestros dormidos, las inmóviles formas de los trollocs. Todas aquellas imprecisas figuras empezaron a ser engullidas por la oscuridad a medida que caminaban. «Casi libres. ¡Lo hemos conseguido!»

El hombre que dormía cerca del baúl se incorporó de improviso, exhalando un estrangulado grito, y luego se levantó de un salto.

—¡Ha desaparecido! ¡Despertad, inútiles! ¡Ha desaparecido! —Era la voz de Fain; incluso dentro del vacío, Rand la reconoció. Amigos Siniestros y trollocs se pusieron en pie, preguntando a gritos lo sucedido, gruñendo y rezongando. La voz de Fain elevó su tono—. ¡Sé que eres tú, al'Thor! ¡Estás escondiéndote, pero sé que estás ahí! ¡Buscadlo! ¡Cogedlo! ¡Al'Thoooor! —Hombres y trollocs se diseminaron en todas direcciones.

Envuelto en la calma, Rand continuó caminando. Casi olvidado al entrar en el campamento, el *Saidin* palpitaba ahora en su interior.

—No nos ve —susurró quedamente Loial—. Una vez que lleguemos a donde están los caballos…

Un trolloc surgió de la oscuridad y se precipitó hacia ellos, con un cruel pico de águila que hacía las veces de boca y nariz en un rostro humano y una espada con forma de guadaña que ya silbaba en el aire.

Rand reaccionó sin pensar. Componía una unidad con la espada: El gato danza encima del muro. El trolloc chilló al caer y volvió a gritar mientras agonizaba.

—¡Corre, Loial! —urgió Rand. El *Saidin* lo llamaba—. ¡Corre!

Apenas reparó en que Loial emprendía un afanoso galope, pues otra silueta de trolloc, con colmillos y hocico de jabalí y un hacha erizada de puntas enarbolada, se recortó en la noche. Rand se deslizó suavemente entre el trolloc y el Ogier; Loial debía llevarse el Cuerno. Mucho más alto y corpulento que él, el trolloc: se aproximó gruñendo. El cortesano golpea ligeramente el abanico. No hubo gritos en aquella ocasión. Caminó de espaldas en pos de Loial, escrutando la oscuridad. El *Saidin* trataba de atraerlo con un dulce canto. «El Poder podría consumirlos a todos, convertir en cenizas a Fain y al resto. ¡No!»

Aparecieron dos trollocs más, uno con brillante dentadura de lobo y otro con retorcida cornamenta de carnero. El lagarto en el espino. Se enderezó con ligereza apoyándose en una rodilla cuando el segundo se desplomó, casi rozándole el hombro con sus cuernos. El canto del *Saidin* lo acariciaba seductoramente, tiraba de él con un centenar de hebras sedosas. «Quémalos a todos con el Poder. No. ¡No! Antes morir. Si estuviera muerto, terminaría con todo.»

Un grupo de trollocs se hizo visible. Estaban escudriñando, indecisos. Eran tres, no, cuatro. De pronto uno de ellos apuntó hacia Rand, emitiendo un aullido que los

demás respondieron mientras pasaban a la carga.

—¡Acabemos ya! —gritó Rand, saltando a su encuentro.

La sorpresa aminoró por un instante el paso de los atacantes, pero enseguida se abalanzaron con gritos guturales, regocijados, sedientos de sangre, blandiendo espadas y hachas. Rand danzó entre ellos al compás de la canción del *Saidin*. El colibrí besa la madreselva. Era tan taimado ese canto que penetraba en él. El gato sobre la arena ardiente. El arma parecía viva en sus manos, ligera y contundente como nunca, y él peleaba como si una espada con la marca de la garza pudiera preservarlo del encanto del *Saidin*. La garza extiende las alas.

Rand contempló las rígidas formas que yacían a su alrededor.

—Mejor estar muerto —murmuró.

Alzó la mirada, hacia la colina donde se encontraba el campamento. Fain estaba allí, y los Amigos Siniestros, y más trollocs. Demasiados para enfrentarse a ellos. Demasiados para dar la cara y seguir con vida. Dio un paso en esa dirección. Otro.

—¡Rand, ven! —La apremiante llamada susurrada por Loial llegó a él filtrada por el vacío—. ¡Por tu vida y la Luz, Rand, ven!

Con cuidado, Rand se inclinó para limpiar su hoja en la chaqueta de un trolloc. Después, tan escrupulosamente como si Lan estuviera supervisándolo, la envainó.

—¡Rand!

Como si no tuviera prisa alguna, Rand se reunió con Loial junto a los caballos». El Ogier estaba atando el arcón de oro sobre su montura con correas sacadas de las alforjas. Había plegado su capa debajo para equilibrar el cofre sobre la redondeada superficie de la silla.

El *Saidin* ya no lo tentaba con su canto. Aquel nauseabundo resplandor seguía allí, pero se mantenía retirado como si realmente hubiera logrado ahuyentarlo. Extrañado, dejó que el vacío se desvaneciera.

—Creo que estoy enloqueciendo —anunció.

Cayendo de improviso en la cuenta del lugar donde se encontraba, miró hacia atrás. Los gritos y aullidos provenían de distintas direcciones; había indicios de búsqueda, pero ninguno de persecución directa. Todavía. Montó a lomos de Rojo.

—A veces no entiendo ni la mitad de lo que dices —replicó Loial—. Si vas a enloquecer, ¿podrías al menos esperar hasta que estemos de nuevo con lady Selene y Hurin?

—¿Cómo vas a cabalgar con eso en la silla?

—¡Voy a correr! —El Ogier cumplió lo anunciado emprendiendo un rápido trote, mientras tiraba del caballo por las riendas. Rand partió tras él.

La marcha emprendida por Loial era tan veloz como la de un caballo. Rand estaba seguro de que el Ogier no podría mantener ese ritmo durante mucho tiempo, pero los pies de su compañero no cedieron. Rand barruntó que su pretensión de haber ganado

la carrera a un caballo no debía de ser simplemente una fanfarronada. De vez en cuando Loial miraba atrás mientras corría, pero los gritos de los Amigos Siniestros y los aullidos de los trollocs iban perdiéndose en la lejanía.

Incluso cuando el terreno comenzó a volverse más empinado, Loial apenas aminoró el paso y siguió trotando hasta su campamento sin alterar casi el ritmo de su respiración.

—¡Lo tenéis! —La voz de Selene era tan exultante como la mirada que posó en el adornado cofre que reposaba en la montura de Loial. Volvía a llevar su propio vestido, cuya blancura se le antojó a Rand igual a la de la nieve—. Sabía que tomarías la decisión adecuada. ¿Puedo… mirarlo?

—¿Os ha seguido alguno de ellos, mi señor? —preguntó ansiosamente Hurin. Contemplaba el cofre con admiración, pero sus ojos se desviaron hacia las tinieblas, en dirección a la montaña—. Si os han seguido, deberemos partir sin demora.

—No creo que lo hayan hecho. Ve al saliente a ver si adviertes algo. —Rand desmontó al tiempo que Hurin se apresuraba a ascender la ladera—. Selene, no sé como abrir el arcón. Loial, ¿tú lo sabes? —El Ogier sacudió la cabeza.

—Dejadme probar… —Aun para una mujer de la estatura de Selene, la silla de Loial quedaba muy por encima del suelo. La muchacha tocó los dibujos finamente labrados en el cofre, los recorrió con las manos, apretando. Se oyó un chasquido, tras lo cual levantó la tapa y la dejó caer hacia atrás.

Cuando se ponía de puntillas para introducir la mano, Rand se adelantó a ella y extrajo el Cuerno de Valere. Lo había visto una vez, pero nunca lo había tocado. A pesar de la belleza de su forma, no parecía un objeto muy antiguo ni que entrañara un tremendo poder. Un curvado cuerno de oro, brillando bajo la tenue luz, con un escrito en plata engastado en torno a la embocadura de la campana. Tocó con un dedo las extrañas letras que parecían concentrar la luz de la luna.

—Tia mi aven Moridin isainde vadin —leyó Selene—. «La tumba no constituye una frontera a mi llamada.» Seréis más grande de lo que llegó a ser Artur Hawkwing.

—Voy a llevarlo a Shienar, a lord Agelmar. —«Debería ir a Tar Valon», pensó, «pero, ya he tenido suficientes tratos con Aes Sedai. Que Agelmar o Ingtar se lo entreguen.» Volvió a depositar el Cuerno en el cofre; éste reflejaba la luz de la luna, atraía la mirada.

—Eso es una locura —criticó Selene.

Rand hizo una mueca de desagrado al escuchar aquella palabra.

—Sea una locura o no, eso es lo que voy a hacer. Ya os lo he dicho, Selene: no quiero participar de grandeza alguna. Cuando estaba allí, me pareció que sí. Por un momento, pensé que quería obtener algo… —«Luz, qué hermosa es. Egwene. Selene. No soy digno de ninguna de ellas»—. Era como si algo se hubiera apoderado de mí. —«El *Saidin* vino a buscarme, pero yo lo he ahuyentado con mi espada. ¿O es acaso

una locura también eso?» Aspiró profundamente—. Shienar es el sitio al que pertenece el Cuerno. Y, en caso de que no sea así, lord Agelmar sabrá qué hacer con él.

—Han vuelto a encender una hoguera, lord Rand —informó Hurin al llegar—, y mucho mayor que antes. Me ha parecido oír gritos. Procedían de las colinas. No creo que hayan subido hasta lo alto de la montaña todavía.

—Me habéis interpretado mal, Rand —puntualizó Selene—. Ahora no podéis volver atrás. Tenéis una responsabilidad. Esos Amigos Siniestros del Oscuro no se limitarán a marcharse porque les hayáis arrebatado el Cuerno. Todo lo contrario. A menos que conozcáis la manera de acabar con todos, os perseguirán con tanto ahínco como lo hicisteis vos antes.

—¡No! —Loial y Hurin mostraron sorpresa ante la vehemencia de Rand. Suavizó el tono—. No conozco ninguna manera para acabar con ellos. Por lo que a mí respecta, pueden seguir viviendo indefinidamente.

La larga cabellera de Selene se agitó en oleadas al sacudir ésta la cabeza.

—Entonces no podéis ir hacia atrás, sólo hacia adelante. Alcanzaréis el resguardo de las murallas de Cairhien mucho antes que las de Shienar. ¿Acaso la perspectiva de pasar unos cuantos días más en mi compañía os resulta tan penosa?

Rand contempló el cofre. La compañía de Selene distaba mucho de resultarle una carga, pero a su lado le era imposible apartar de su mente ciertos pensamientos. Con todo, tratar de cabalgar de nuevo en dirección norte implicaba el riesgo de topar con Fain y sus seguidores. Selene estaba en lo cierto en ese punto. Fain nunca cejaría en su empeño, como tampoco lo haría Ingtar, por lo demás. Si Ingtar se dirigía hacia el sur, y Rand no veía ningún motivo por el que debiera desviar su rumbo, acudiría tarde o temprano a Cairhien.

—Cairhien —acordó—. Deberéis enseñarme el lugar donde vivís, Selene. Nunca he estado en Cairhien. —Se dispuso a cerrar el cofre.

—¿Habéis cogido algo más a los Amigos de la Oscuridad? —inquirió Selene—. Habíais hablado de una daga.

«¿Cómo he podido olvidarlo?» Dejó el arcón como estaba y sacó el arma de su cinto. La hoja desnuda se curvaba como un cuerno y el recazo lo componían serpientes de oro. Engastado en la empuñadura, un rubí del tamaño de un dedo pulgar centelleaba como un maligno ojo a la luz de la luna. A pesar de su ornamentación, y de su infecta naturaleza cuyos efectos conocía, no parecía distinto de cualquier otro cuchillo.

—Tened cuidado —advirtió Selene—. No os cortéis.

Rand se estremeció. Si el hecho de llevarlo entrañaba peligro, no quería plantearse las consecuencias de un corte con su filo.

—Procede de Shadar Logoth —explicó a los demás—. Perturbará a todo aquel

que lo lleve durante un cierto tiempo, impregnándolo hasta la médula de la misma malevolencia que infecta Shadar Logoth. Sin la curación de las Aes Sedai, esa infección acarrea al fin la muerte.

—De modo que eso es lo que padece Mat —infirió Loial— jamás lo habría sospechado. —Hurin observó la daga que empuñaba Rand y se restregó las manos en la chaqueta. El husmeador no parecía entusiasmado.

—Ninguno de nosotros debe tocarla más de lo estrictamente necesario —prosiguió Rand—. Buscaré la manera de transportarla…

—Es peligroso. —Selene miró ceñuda el arma, como si las serpientes fueran reales y venenosas—. Deshaceos de ella. Tiradla o enterradla si no queréis que caiga en otras manos, pero libraos de ella.

—Mat la necesita —adujo con firmeza Rand.

—Es demasiado peligrosa. Vos mismo lo habéis dicho.

—Él la necesita. La Am…, las Aes Sedai diagnosticaron que moriría sin disponer de ella para curarlo. —«Todavía tienen ese lazo de contacto con él, pero esta hoja lo cortará. Hasta que me libre de ella, y del Cuerno, tienen un lazo unido a mí, pero no pienso bailar por mucho que tiren de él.»

Depositó la daga en el cofre y cerró la tapa. Esta produjo un ruido seco.

—Esto debería aislarnos de ella. —Confió en que así fuera. Lan decía que el momento en que había que conferir más firmeza a la voz era aquel en que uno se sentía más inseguro.

—El cofre nos protegerá sin duda —dijo Selene con voz tensa—. Y ahora querría concluir durmiendo el resto de la noche.

—Estamos demasiado cerca —objetó Rand—. Al parecer Fain tiene la capacidad de localizarme a veces.

—Buscad la Unidad si tenéis miedo —propuso Selene.

—Al despuntar el alba quiero hallarme lo más lejos posible de esos Amigos Siniestros. Voy a ensillar vuestra yegua.

—¡Testarudo! —Parecía enfadada y, cuando él la miró, su boca se curvó en una sonrisa que no reflejaban sus oscuros ojos—. Un hombre obstinado es lo mejor, una vez que…

Dejó inconclusa la frase y ello le preocupó. Por lo visto las mujeres no acababan de aclarar las cosas y, en su limitada experiencia, lo que no decían resultaba ser siempre lo más inquietante. Selene observó en silencio cómo disponía la silla sobre su blanca yegua y se inclinaba para ceñir la cincha.

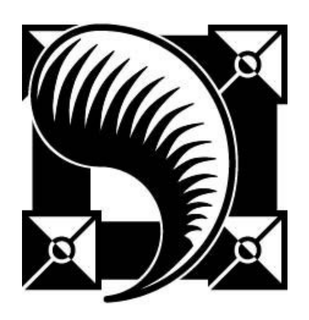
—¡Traedlos a todos! —gruñó Fain. El trolloc de hocico cabruno retrocedió ante él. El fuego, alimentado con una gran cantidad de leña, iluminaba la cima de la colina con un parpadeo de sombras. Sus seguidores humanos se acurrucaban cerca del hogar, temerosos de hallarse a oscuras con el resto de los trollocs—. Traedlos a todos,

a todos lo que aún estén vivos, y si alguno piensa en huir, hacedles saber que correrán la misma suerte que éste. —Señaló al primer trolloc que le había traído la noticia de que al'Thor había escapado. Todavía mordía la tierra embarrada con su propia sangre, arañando el suelo con las pezuñas en sus contorsiones—. Marchaos —susurró Fain, y el trolloc de hocico de cabra se alejó corriendo en la noche.

Fain asestó una desdeñosa mirada a los otros humanos. «Todavía serán útiles», pensó. Después se volvió para contemplar la noche, en dirección a la Daga del Verdugo de la Humanidad. Al'Thor estaba allí, en algún punto, en las montañas. Con el Cuerno. Sus dientes rechinaron perceptiblemente al pensarlo. No sabía dónde exactamente, pero algo lo impelía a encaminarse a las montañas. Hacía al'Thor. Eso era lo que le restaba del… presente… del Oscuro. Había tratado de alejarlo de su mente y casi lo había logrado hasta que de improviso, tras la desaparición del Cuerno, sintió la presencia de al'Thor, atrayéndolo como atrae la carne a un perro hambriento.

—Ya no soy un sabueso. ¡Ya no soy un perro! —Oyó cómo los demás se movían inquietos en torno al fuego, pero no les hizo caso—. ¡Pagarás lo que me hicieron, al'Thor! ¡El mundo va a pagar por ello! —Profirió enloquecidas carcajadas—. ¡El mundo entero va a pagármelo!

20



Saidin

Rand prosiguió la marcha en la oscuridad y únicamente permitió una breve parada al alba, para dar reposo a los caballos y a Loial, el cual iba a pie, debido a que el Cuerno de Valere ocupaba la silla de su montura. El Ogier caminaba o trotaba delante de su enorme caballo, sin expresar queja alguna ni aminorar el paso. Durante la noche habían cruzado la frontera de Cairhien.

—Quiero volver a verlo —pidió Selene al detenerse. Desmontó y caminó hacia el caballo de Loial. Sus sombras, alargadas, apuntaban hacia poniente a causa del sol que despuntaba en el horizonte—. Bajádmelo, alantin. —Loial comenzó a desligar las correas—. El Cuerno de Valere.

—No —dijo Rand, desmontando a su vez—. Loial, no. —El Ogier miró alternativamente a Rand y a Selene, agitando las orejas con gesto dubitativo, pero apartó la mano.

—Quiero ver el Cuerno —exigió Selene.

Rand tenía la certeza de que ella no era mayor que él, pero en aquel momento le pareció de improviso tan vieja y fría como las montañas, más majestuosa que la reina Morgase en toda su altivez.

—Creo que deberíamos mantener la daga cerrada —observó Rand—. Por lo que sé, puede resultar tan dañino mirarla como tocarla. Es mejor dejarla donde está hasta que pueda ponerla en manos de Mat. Él… él puede llevarla a las Aes Sedai. —«¿Y qué precio exigirán por esa curación? Pero él no dispone de otra alternativa.» Sintió un asomo de culpabilidad por el alivio que le procuraba el hecho de que él al menos se hubiera librado de las Aes Sedai «He terminado con ellas. De una manera u otra.»

—¡La daga! Todo de cuanto parecéis preocuparos es de esa daga. Ya os he dicho que os deshicierais de ella. El Cuerno de Valere, Rand.

—No.

Se acercó a él, con un contoneo que le hizo sentir como si algo se le hubiera atragantado.

—Sólo quiero verlo a la luz del día. No voy a tocarlo siquiera. Vos lo sostendréis. Será un bonito recuerdo para mí, vos sosteniendo el Cuerno de Valere en las manos. —Lo tomó de las manos al decirlo y su contacto le produjo un hormigueo en la piel y sequedad en la boca.

Algo para recordar… cuando se hubiera ido… Podía volver a tapar la daga tan pronto como hubiera sacado el Cuerno del cofre. Sería agradable tener el Cuerno en sus manos y verlo a la luz del día.

Le habría gustado conocer más datos acerca de las Profecías del Dragón. La única ocasión en que había escuchado a un guardia de mercader explicar algunas, allá en el Campo de Emond, Nynaeve había roto una escoba golpeando la espalda del hombre. Nada de lo poco que había oído mencionaba el Cuerno de Valere.

«Las Aes Sedai están intentando que haga lo que ellas pretenden.» Selene todavía estaba mirándolo fijamente a los ojos, con un semblante tan juvenil y hermoso que sentía deseos de besarla a pesar de lo que estaba pensando. Nunca había visto a las Aes Sedai actuar de la manera como lo hacía ella, y parecía joven, no de edad indefinida. «Una muchacha de mi edad no podría ser Aes Sedai, pero…»

—Selene —inquirió en voz baja—, ¿sois una Aes Sedai?

—Aes Sedai —casi escupió, soltándole con brusquedad las manos—. ¡Aes Sedai! ¡Siempre me venís con lo mismo! —Respiró hondo y se alisó el vestido, como si quisiera recobrar la compostura—. Soy lo que soy. ¡Y no soy una Aes Sedai! —Acto seguido se sumió en un mutismo que hizo aparecer incluso gélido el sol matinal.

Loial y Hurin trataron de suavizar la situación en la medida de sus posibilidades, intentando entrar en conversación y ocultando su embarazo cuando ella los fulminaba con una mirada. Continuaron cabalgando y, cuando instalaron el campamento esa noche a orillas de un arroyo que les proporcionó pescado para la cena, Selene parecía haber recobrado parte de su buen humor y charlaba con el Ogier sobre libros y hablaba a Hurin con amabilidad.

Pero a Rand apenas le dirigió la palabra, a menos que él lo hiciera primero, tanto esa noche como la jornada siguiente, en la que recorrieron angostos valles flanqueados de imponentes y empinadas laderas. Cuando la miraba, no obstante, siempre estaba observándolo y sonriendo. En ocasiones era la clase de sonrisa que lo inducía a sonreír a su vez; otras, era del tipo que le hacía aclararse la garganta y ruborizarse a causa de sus propios pensamientos, y algunas, la misteriosa sonrisa de quien sabe algo que lucía a veces Egwene. Era una sonrisa que siempre le producía un respingo, pero una sonrisa en fin de cuentas.

«No es posible que sea una Aes Sedai.»

El camino comenzó a ascender y, con la promesa del crepúsculo en el aire, la Daga del Verdugo de la Humanidad dio al fin paso a redondeadas colinas, con vegetación arbustiva salpicada de algunos bosquecillos. El camino era un sendero sin

pavimentar, por el que de vez en cuando debían de transitar los carros. Algunas de las colinas estaban escalonadas en terrazas de cultivo en las que no había nadie a esa hora. Ninguna de las granjas diseminadas por los alrededores quedaba cerca de su ruta, por lo que Rand sólo alcanzó a percibir que estaban construidas con piedra.

Cuando divisó el Pueblo que se extendía ante ellos, las luces ya parpadeaban en algunas ventanas, previendo la inminente caída de la noche.

—Esta noche dormitemos en camas —anunció.

—Ciertamente no me vendrá mal, lord Rand —manifestó su acuerdo Hurin, al tiempo que Loial asentía con la cabeza.

—¡Una posada de pueblo! —exclamó con desdén Selene—. Sucia, sin lugar a dudas, y atestada de hombres desaseados borrachos de cerveza. ¿Por qué no podemos volver a dormir bajo las estrellas? Encuentro placentero dormir bajo la bóveda celeste.

—No lo sería tanto si Fain llegara mientras dormimos —señaló Rand—, él y esos trollocs. Viene detrás de mí, Selene. En busca del Cuerno, pero es a mí a quien puede encontrar. ¿Por qué creéis que he mantenido una vigilancia tan rígida las noches pasadas?

—Si Fain nos encuentra, podéis darle su merecido. —Su voz expresaba un frío convencimiento—. Y también cabe la posibilidad de que haya Amigos Siniestros en el pueblo.

—Pero, aunque supieran quiénes somos, poco pueden hacer estando rodeados de vecinos. A menos que penséis que todos los habitantes son Amigos Siniestros.

—¿Y si descubren que tenéis el Cuerno? Tanto si a vos os interesa la grandeza como si no, incluso los campesinos sueñan con él.

—Tiene razón, Rand —la apoyó Loial—. Me temo que incluso los campesinos querrían quedarse con él.

—Loial, desdobla tu manta y cubre el cofre con ella. —Loial hizo lo indicado y Rand asintió. Era evidente que había una caja o un arcón sobre la montura del Ogier, pero nada demostraba que no se tratara de un baúl de viaje—. El baúl de equipaje de mi señora —manifestó Rand con una sonrisa y una reverencia.

Ante su ocurrencia, Selene guardó silencio y le lanzó una mirada indescifrable. Minutos después, reemprendieron la marcha.

A poco, a la izquierda de Rand, un rayo del sol poniente arrancó destellos en algo situado a ras del suelo, algo de gran tamaño. Algo enorme, a juzgar por la luz que despedía. Aguijoneado por la curiosidad, volvió el caballo en su dirección.

—Mi señor —se asombró Hurin—, ¿no vamos al pueblo?

—Sólo quiero ver eso antes —explicó Rand. «Tiene más brillo que la luz del sol proyectada sobre el agua. ¿Qué puede ser?»

Con la vista fija en el reflejo, se sorprendió al advertir que Rojo se detenía en

seco. A punto de conminar al caballo a avanzar, cayó en la cuenta de que se hallaban al borde de un precipicio de arcilla, que daba a un socavón de imponentes dimensiones. La mayor parte de la colina había sido excavada hasta una profundidad de unos cien pasos. Sin duda había desaparecido más de una colina y tal vez algunos campos, pues el hoyo tenía un diámetro diez veces superior a su hondura. El lado opuesto era una especie de rampa, formada seguramente con tierra apisonada. En el hoyo había una docena de hombres que encendían un fuego; allá abajo ya estaba oscureciendo. De vez en cuando un pedazo de armadura reflejaba la luz y en sus costados oscilaban espadas. Rand apenas les prestó atención.

Del fondo del socavón surgía una gigantesca mano de piedra que sostenía una esfera de cristal y ésta era lo que resplandecía con los últimos rayos de sol. Rand apreció con estupor el gran tamaño de aquella bola de superficie increíblemente lisa que no parecía mellada por ninguna fisura. A cierta distancia de la mano, habían desenterrado una cara que guardaba proporción con ella. El rostro de un hombre con barba, cuyos rasgos eran la viva imagen de la sabiduría y el conocimiento, representaba entre la arcilla la dignidad de la ancianidad.

Sin apelar a él, el vacío se prendió por completo a sí en un instante, acompañado del *Saidin*, que lo atraía en todo su esplendor. Se hallaba tan absorto en la contemplación de la cara y la mano que apenas advirtió lo ocurrido. Un capitán de barco le había hablado de una mano gigante que sostenía una descomunal esfera de cristal, pero Bayle Domon había precisado que se encontraba en la isla de Tremalking.

—Esto es peligroso —advirtió Selene—. Vamos, Rand.

—Creo que encontraría el modo de bajar ahí —comentó con aire ausente. El *Saidin* lo tentaba con su canto. La enorme bola parecía brillar con la luz del sol poniente. Se le antojó que en las profundidades del cristal, la luz giraba y danzaba al compás de la canción del *Saidin*. Se preguntó, extrañado, por qué los hombres de ahí abajo no daban muestras de reparar en ello. Selene se acercó a él y le tomó el brazo.

—Por favor, Rand, debéis apartaros. —Miró su brazo con estupor y luego dirigió la mirada a su rostro. Parecía sinceramente preocupada, atemorizada incluso—. Si este reborde no se viene abajo con el peso de nuestros caballos y nos rompemos la crisma al caer, esos hombres son guardias, y nadie pone guardia en un sitio que deseen que sea examinado por cualquiera que pase a su lado. ¿De qué servirá que esquivéis a Fain si os arrestan los guardias de algún señor? Venid.

De pronto, con un impreciso y distante pensamiento, advirtió que el vacío lo envolvía. El *Saidin* cantaba y la esfera vibraba con su pulsión —lo sentía incluso sin mirarla— y se le ocurrió que, si se sumaba el cántico del *Saidin*, aquella enorme cara de piedra abriría la boca para cantar con él. Con él y con el *Saidin*, al unísono.

—Por favor, Rand —insistió Selene—. Iré al pueblo con vos. No volveré a

mencionar el Cuerno. ¡Pero alejaos de aquí!

Intentó ahuyentar el vacío… y éste no se marchó. El *Saidin* canturreaba y la luz de la esfera palpitaba como un corazón. Igual que su propio corazón. Loial, Hurin, Selene, todos lo miraban, pero no parecían percibir el glorioso resplandor del cristal. Trató de desprenderse del vacío y éste parecía tan consistente como el granito; flotaba en una vacuidad tan dura como la piedra. Sentía el canto del *Saidin*, el canto de la bola, estremeciendo sus huesos. Inflexiblemente, se negó a ceder a él, sacando fuerzas de su interior… «No voy a…

—Rand. —No sabía de quién era esa voz.

… invocó la esencia de su persona, aferrándose a lo que era… «No voy a…»

—Rand. —El cántico lo llenaba, ocupaba el vacío.

… tocó la piedra, caliente a causa de un despiadado sol, fría a causa de una inclemente noche… «No…»

La luz lo henchía, lo cegaba.

—Hasta que la luz se desvanezca —murmuró—, hasta que el agua se agote…

Se sentía repleto de Poder, componiendo una unidad con la esfera.

—… hacia la Sombra con las mandíbulas comprimidas…

El poder era suyo, estaba en él.

—… para escupir en el ojo del Cegador de la Vista…

Poder para Desmembrar el Mundo.

—… ¡en el último día!

Brotó como un grito, tras el cual se replegó el vacío. Rojo se asustó al oírlo; la arcilla se desprendió bajo las patas del semental y rodó socavón abajo. El gran caballo alazán se postró de rodillas. Rand se inclinó, aferrando las riendas, y Rojo se apartó del borde, en busca de la seguridad.

Advirtió que todos estaban mirándolo: Selene, Loial y Hurin.

—¿Qué ha ocurrido? —«El vacío…» Se tocó la frente. El vacío no lo había abandonado cuando él había querido y el brillo del *Saidin* había aumentado su fulgor y… No recordaba nada más. El *Saidin*. Tenía frío—. ¿He… hecho algo? —Frunció el entrecejo, tratando de rememorar—. ¿He dicho algo?

—Simplemente te has quedado sentado allí tan rígido como una estatua —refirió Loial—, murmurando para ti sin prestar atención a lo que te hablábamos. No he entendido lo que decías, hasta que has gritado «¡día!» lo bastante alto como para despertar a los muertos y casi has empujado tu caballo hasta el precipicio. ¿Te encuentras bien? últimamente estás comportándote de una manera extraña.

—No estoy enfermo —replicó Rand con brusquedad—. Estoy bien, Loial —agregó, suavizando el tono. Selene lo observaba con recelo.

En la hondonada sonaron gritos indistintos.

—Lord Rand —señaló Hurin—, creo que esos guardias nos han visto. Si conocen

la manera de subir por este lado, podrían abalanzarse sobre nosotros de un momento a otro.

—Sí —convino Selene—. Salgamos deprisa de aquí.

Rand lanzó una ojeada a la excavación y apartó rápidamente la mirada. El gran cristal no retenía nada a excepción de la luz del atardecer que en él se reflejaba, pero no quería mirarlo. En su mente despuntaba un recuerdo… algo relacionado con la esfera.

—No veo razón para esperarlos. No hemos hecho nada. Vayamos a buscar una posada. —Giró a Rojo en dirección al pueblo y pronto quedaron atrás la hondonada y sus guardianes.

Al igual que muchos otros pueblos, Tremonsien estaba emplazado sobre una colina que en aquel caso había sido modificada en terrazas con muros de retención. Las casas de piedra se asentaban en precisos rectángulos de tierra, con jardines de formas idénticas en la parte trasera, a lo largo de unas cuantas calles rectas que las unían en ángulos rectos. La necesidad de un trazado de calles curvadas en torno al promontorio parecía haber sido desechada en beneficio de un mejor aprovechamiento del terreno.

Los lugareños, deteniéndose para saludarse mientras se afanaban en sus tareas antes de que oscureciera, presentaban una actitud abierta y amigable. Eran gente de baja estatura, ninguna de las cuales superaba el hombro de Rand y pocas la altura de Hurin, con ojos oscuros y delgados y pálidos rostros, y vestían ropas oscuras que sólo alegraban unos trazos de color en los atuendos de algunas. El aroma a comida, mezclado con extraños olores de especias para el olfato de Rand, impregnaba el aire, pese a que un cierto número de comadres todavía se apoyaban en las puertas para charlar; éstas estaban divididas en dos, con lo cual la parte superior podía estar abierta mientras se mantenía cerrada la otra, Los habitantes observaban con curiosidad a los recién llegados, sin muestras de hostilidad. Algunos detuvieron algo más la mirada en Loial, lo cual no era raro tratándose de un Ogier que caminaba junto a un caballo tan grande como los más poderosos sementales.

La posada, en el punto culminante de la colina, era de piedra al igual que el resto de edificios de la población y estaba anunciada por un ostentoso letrero pintado que colgaba sobre las amplias puertas: Los Nueve Anillos. Rand desmontó sonriendo y ató a Rojo a una de las estacas de la parte delantera. Los nueve anillos había sido uno de sus libros de aventura favoritos durante su infancia y todavía seguía gustándole.

Selene aún parecía inquieta cuando la ayudó a bajar de la yegua.

—¿Estáis bien? —le preguntó—. No os habré asustado allá, ¿verdad? Rojo nunca se despeñaría en un precipicio conmigo. —Se preguntó qué era lo que había sucedido realmente.

—Me habéis aterrado —repuso con voz tensa—, y yo no me asusto con facilidad.

Hubierais podido mataros, matar… —Se alisó el vestido—. Cabalgad conmigo. Esta noche, ahora. Traed el Cuerno, y me quedaré a vuestro lado para siempre. Imaginadlo: yo junto a vos y el Cuerno de Valere en vuestras manos. Y eso sólo será el principio, os lo garantizo. ¿Qué otra cosa podríais desear?

—No puedo, Selene. El Cuerno… —Miró en torno a sí. Un hombre se asomó a la ventana de enfrente y luego corrió las cortinas; el crepúsculo cubría de sombras la calle y ahora no había nadie afuera a excepción de Loial y Hurin—. El Cuerno no es mío. Ya os lo dije. —La muchacha le dio la espalda, formando con su blanca capa un muro más efectivo que una pared de ladrillos.

21



Los Nueve Anillos

Rand esperaba encontrar medio vacía la sala principal, dado que ya era casi la hora de la cena, pero había media docena de hombres jugando a los dados entre jarras de cerveza y otro comiendo solo en una mesa. A pesar de que los jugadores no llevaban armas ni armadura, sino sólo toscas chaquetas y pantalones de color azul oscuro, su porte hizo sospechar a Rand que se trataba de soldados. Desvió la mirada hacia el cliente solitario. Un oficial con los bordes de sus botas de caña alta doblados y la espada reclinada contra la mesa al lado de su silla. Una banda roja y otra amarilla cruzaban el pecho de su chaqueta azul de hombro a hombro y la parte delantera de su cabeza estaba afeitada, si bien el negro cabello le caía en largos mechones por la espalda. Los soldados llevaban el pelo corto, cortado por el mismo patrón. Los que se volvieron para mirar cuando Rand y sus acompañantes entraron.

La posadera era una delgada mujer con prominente nariz y cabellos grises, cuyas arrugas parecían deberse más a su pronta sonrisa que a otra causa. Se acercó a ellos diligentemente, enjugándose las manos en un inmaculado delantal blanco.

—Buenas tardes tengáis… —sus vivos ojos repararon en la chaqueta roja con bordados de oro de Rand y en el elegante vestido de Selene— … mi señor, mi señora. Soy Maglin Madwen, mi señor. Sed bienvenidos a Los Nueve Anillos. Y un Ogier. No hay muchos de vuestra raza que vengan por aquí, amigo Ogier. ¿No seréis, por ventura, del *stedding* Tsofu?

Loial logró realizar un remedo de reverencia bajo el peso del cofre.

—No, buena posadera. Provengo del otro lado, de las Tierras Fronterizas.

—¿De las Tierras Fronterizas decís? Bien, ¿y vos, mi señor? Disculpad mi pregunta pero no tenéis aspecto de ser de las Tierras Fronterizas, si no os molesta que lo diga.

—Soy de Dos Ríos, señora Madwen, de Andor. —Lanzó una mirada a Selene, la cual no parecía advertir su existencia; su inexpresiva mirada apenas advertía incluso

la estancia—. Lady Selene es de Cairhien, de la capital, y yo de Andor.

—Como digáis. —La mirada de la señora Madweri se desplazó a la espada de Rand, en cuya vaina y empuñadura eran patentes las garzas de bronce. Frunció ligeramente el entrecejo, pero su semblante recobró la serenidad en un abrir y cerrar de ojos—. Desearéis una comida para vos y vuestra hermosa dama, y vuestros acompañantes. Y habitaciones, supongo. Haré que se ocupen de vuestros caballos. Tengo una buena mesa para vos, justo allí, y cerdo con pimientos amarillos en el fuego. ¿Viajáis entonces en pos del Cuerno de Valere, mi señor, vos y vuestra dama?

Rand, que comenzaba a caminar tras ella, casi tropezó.

—¡No! ¿Por qué habríais de pensar tal cosa?

—No era por ofender, mi señor. Ya han venido dos aquí este mes, tan bien puestos que parecían héroes, y no es que quiera sugerir algo parecido en vos, mi señor. No hay muchos forasteros que nos visiten, salvo los comerciantes que vienen de la capital a comprar avena y cebada. Según barrunto, la cacería aún no ha partido de Illian, pero quizás algunos creen que no necesitan recibir la bendición y así toman la delantera a los otros.

—Nosotros no participamos en esa cacería, señora. —Rand evitó mirar la carga de Loial; la manta con sus coloridas rayas pendía plegada sobre los recios brazos del Ogier, disimulando el arcón—. Podéis estar segura. Vamos de camino a la capital.

—Como vos digáis, mi señor. Disculpad la pregunta, pero ¿se encuentra bien vuestra dama?

Selene la miró y habló por vez primera.

—Estoy bastante bien. —Su voz dejó una tensión en el aire que ahogó durante un momento la conversación.

—Vos no sois cairhienina, señora Madwen —señaló de pronto Hurin. Cargado con sus alforjas y el hatillo de Rand parecía una carretilla de equipaje que se moviera sola—. Perdonad, pero no tenéis el acento.

La señora Madwen enarcó una ceja, lanzó una ojeada a Rand y luego sonrió.

—Debí intuir que permitíais que vuestro criado tome la palabra libremente, pero me he acostumbrado a… —Su mirada se posó brevemente en el oficial, que había vuelto a concentrarse en su plato—. Luz, no, no soy cairhienina pero, por mis pecados, me casé con uno. Veintitrés años viví con él y cuando murió, la Luz lo ilumine, estaba dispuesta a regresar a Lugard, pero él fue quien rió el último. Me dejó la posada y a su hermano el dinero, cuando yo estaba convencida de que sería al revés. Tramposo e intrigante, eso es lo que era Barin, como todos los hombres que he conocido, la mayoría de ellos cairhieninos. ¿Queréis tomar asiento, mi señor? ¿Mi señora?

La posadera parpadeó, sorprendida, cuando Hurin se sentó a la mesa con ellos; un Ogier era, por lo visto, una cosa, pero Hurin era evidentemente un criado a sus ojos.

Dirigiendo otra vez una rápida mirada a Rand, se marchó apresuradamente a la cocina y a poco comparecieron varias camareras con su cena; emitieron risitas sin parar de mirar al señor y la dama, y al Ogier, hasta que la señora Madwen las volvió a mandar a la cocina.

En un principio, Rand observó con gesto dubitativo la comida. El cerdo estaba cortado en pequeñas tajadas, mezclado con largas tiras de pimientos amarillos, guisantes y diversas verduras y aderezos que le eran desconocidos, sumergidos en una especie de salsa espesa de color claro. Tenía un olor dulce y a un tiempo acre. Selene sólo picó algunos pedazos, pero Loial comía de buena gana.

Hurin sonrió a Rand.

—Sazonan la comida de una manera extraña los cairhieninos, lord Rand, pero, con todo, no es mala.

—No va a morderte, Rand —terció Loial.

Rand se llevó con cautela un bocado a la boca y quedó casi estupefacto. El sabor era exactamente igual que el olor: dulce y acre, con la carne crujiente por fuera y tierna por dentro y una extraordinaria variedad de aromas y especias entremezclados y contrastados. No había probado nunca algo que tuviera un sabor semejante. Estaba delicioso. Dio cuenta de su plato y, cuando la señora Madwen regresó con las camareras para llevárselo, a punto estuvo de pedir una nueva ración al igual que lo había hecho Loial. El plato de Selene aún estaba medio lleno, pero ella indicó secamente a una de las doncellas que lo retirara.

—Será un placer, amigo Ogier. —La posadera sonrió—. Se precisa una buena cantidad para llenar a uno de vosotros. Catrine, trae otra ración y date prisa. —Una de las muchachas se marchó corriendo. La señora Madwen volvió su mirada hacia Rand —. Mi señor, tenía aquí a un hombre que tocaba la vihuela, pero se casó con una chica de una de las granjas y ahora ella le hace rasguear las riendas detrás de un arado. No he podido evitar fijarme en lo que parece ser el estuche de una flauta asomando en el fardo de vuestro criado. Ya que me he quedado sin músico, ¿os importaría que vuestro criado nos deleitara con un poco de música?

Hurin pareció embarazado.

—No es él quien toca —explicó Rand—. Soy yo.

La mujer parpadeó. Por lo visto, los señores de Cairhien no tocaban la flauta.

—Retiro mi petición, mi señor. La pura verdad es que no era mi intención ofenderos, os lo aseguro. Nunca pediría a nadie como vos que tocase en la sala de una posada.

Rand vaciló sólo un instante. Hacía demasiado tiempo que había desechado la práctica de la flauta en favor de la espada, y las monedas de su bolsillo no durarían indefinidamente. Una vez que se despojase de sus lujosas ropas y entregara, el Cuerno a Ingtar y la daga a Mat, necesitaría la flauta para pagarse nuevamente la cena

mientras buscaba algún paraje donde estar a recaudo de las Aes Sedai. «¿Y a recaudo de mí mismo? Allá ha ocurrido algo. ¿Qué?»

—No me importa hacerlo —dijo—. Hurin, pásame el estuche. Sólo has de tirar de él. —No era preciso enseñar la capa de un juglar; ya había demasiadas preguntas no expresadas reluciendo en los oscuros ojos de la señora Madwen.

De oro y con incrustaciones de plata, el instrumento tenía el aspecto del que utilizaría un señor, en el caso de que los aristócratas tocaran la flauta. La garza marcada en su palma derecha no entorpecía el movimiento de sus dedos. El bálsamo de Selene había sido tan efectivo que apenas recordaba la herida a no ser que la viera. No obstante, ésta se hallaba en su mente en esos momentos y, Por ello, comenzó a tocar de manera inconsciente La garza en el ala.

Hurin movía la cabeza al compás de la melodía y Loial marcaba con un dedo el ritmo en la mesa. Selene observó a Rand como si se planteara qué era. «No soy un señor, milady. Soy un pastor y toco la flauta en las posadas.» Los soldados abandonaron sus conversaciones para escuchar y el oficial cerró la tapa de madera del libro que había empezado a leer. La fija mirada de Selene encendió una chispa de obstinación en el interior de Rand. Con determinación, evitó cualquier canción susceptible de ser escuchada en un palacio o en la casa solariega de un noble. Interpretó *Un solo cubo de agua*, *La vieja hoja de Dos Ríos*, *Jak subido a un árbol* y *La pipa del compadre Priket*.

En la última, los seis soldados comenzaron a cantar con voces roncas, si bien con una letra distinta de la que conocía Rand.

Cabalgamos río Iralell abajo
sólo para ver llegar a los tearianos.
Nos plantamos en la orilla
a la salida del sol.
Sus caballos abarrotaron la llanura estival,
sus estandartes oscurecieron el cielo.
Pero nosotros mantuvimos nuestras posiciones en el Iralell.
Oh, resistimos.
Sí, resistimos.
Permanecimos toda la mañana junto al río.

No era la primera ocasión en que Rand descubría que una melodía tenía diferente letra y nombre en distintas tierras, a veces incluso en pueblos de un mismo país. Continuó tocando hasta que pararon de cantar, dándose mutuamente palmadas en los hombros y realizando rudos comentarios sobre lo desafinado de su canto.

Cuando Rand se detuvo, el oficial se levantó e hizo un lacónico gesto, tras lo cual los soldados interrumpieron sus risas, se pusieron en pie y dirigieron una reverencia,

con la mano en el pecho, a su superior y a Rand antes de abandonar la estancia.

El oficial se aproximó a la mesa de Rand y efectuó una inclinación, también con la mano en el pecho, mostrando la parte rasurada de su cabeza, que parecía llevar empolvada.

—Que la gracia os sea propicia, mi señor. Espero que no os hayan molestado, cantando de ese modo. Son plebeyos, pero no querían insultaros, os lo garantizo. Soy Aldrin Caldevwin, mi señor, capitán del Ejército de Su Majestad, que la Luz ilumine. —Sus ojos se desviaron hacia la espada de Rand, el cual tenía la impresión de que Caldevwin había reparado en las garzas tan pronto como había entrado.

—No me han insultado. —El acento del oficial, preciso y con una pronunciación completa de las palabras, le recordó el de Moraine. «Me dejó ir realmente? Me pregunto si estará siguiéndome. O esperándome»—. Sentaos, capitán. Por favor. —Caldevwin acercó una silla de otra mesa—. Decidme, capitán, si no es molestia. ¿Habéis visto a otros extranjeros recientemente? Una dama, delgada y de baja estatura y un guerrero de ojos azules. Él es alto y a veces lleva la espada a la espalda.

—No he visto a ningún forastero —repuso, tomando asiento con rigidez—. Exceptuándoos a vos y a vuestra dama, mi señor. Son pocos los nobles que vienen aquí. —Sus ojos se desplazaron hacia Loial, y su expresión se tomó ceñuda por un instante. Hizo caso omiso de la presencia de Hurin, dado que le había atribuido la condición de criado.

—Sólo era una ocurrencia.

—La Luz es testigo, mi señor, de que no os lo pregunto por faltaros al respeto, pero ¿podéis decirme vuestro nombre? Tenemos tan pocos extranjeros por aquí que es mi deseo conocer a cada uno de ellos.

Rand se lo dio, sin añadir título alguno, lo cual no pareció advertir el oficial, y repitió lo que había dicho a la posadera.

—De Dos Ríos, en Andor.

—Un maravilloso lugar tengo entendido, lord Rand, si me permitís llamaros así, y unos excelentes hombres, los andorianos. Ningún cairhienino ha obtenido una espada de maestro a edad tan temprana como la vuestra. Conocí a unos andorianos, una vez, entre los que se hallaba el capitán general de la guardia de la reina. No recuerdo su nombre, es una pena. ¿Tal vez vos podáis ayudarme en ello?

Rand era consciente de la presencia de las camareras tras ellos, que comenzaban a limpiar y barrer. Caldevwin sólo parecía inmerso en una conversación amistosa, pero su mirada tenía un cariz investigador.

—Gareth Bryne.

—Claro está, joven, para ostentar tamaña responsabilidad.

—Gareth Bryne tiene tantas canas en el pelo como para ser vuestro padre, capitán —señaló Rand, sin modificar el tono de voz.

—Disculpad. Quería decir que accedió al cargo siendo joven. —Caldevwin se volvió hacia Selene y la contempló un momento. Luego sacudió la cabeza, como si saliera de un estado de trance—. Perdonadme por miraros de este modo, mi señora, y por hablar así, pero la Gracia os ha favorecido con sus dones. ¿Me daréis un nombre que otorgar a tanta belleza?

En el preciso instante en que Selene abría la boca, una de las doncellas gritó y dejó caer una lámpara que se disponía a bajar de un estante. El aceite se derramó y se incendió al punto. Rand se levantó de un salto, al igual que sus compañeros de mesa, pero la señora Madwen apareció enseguida y, ayudada por la criada, apagó las llamas con el delantal.

—Te he recomendado que tengas cuidado, Catrine —recordó la posadera, agitando su ahora tiznado delantal ante la muchacha—. Un día de éstos vas a quemar la posada y a consumirte dentro de ella.

—Si ponía cuidado, señora —replicó la chica, a punto de echarse a llorar—, pero me ha dado una punzada muy fuerte en el brazo.

La señora Madwen puso las manos en alto.

—Siempre tienes alguna excusa y a pesar de ello rompes más platos que las demás. Ah, está bien. Límpialo y no te quemes. —La posadera se giró hacia Rand, y los otros, que se encontraban de pie junto a la mesa—. Confío en que nadie interprete mal esto. No es que la chica vaya a quemar el establecimiento. Le bailan los platos en las manos cuando se pone a pensar en las musarañas, pero nunca se le había caído una lámpara.

—Querría que me mostrarais mi habitación. No me encuentro demasiado bien. —Selene habló con tono cauteloso, como si desconfiara de la reacción de su estómago, pero aun así parecía tan fría y serena como siempre—. El viaje, y el fuego.

La posadera cloqueó como una gallina al cuidado de un polluelo.

—Desde luego, mi señora. Tengo una elegante habitación para vos y vuestro señor. ¿Queréis que mande llamar a la madre Caredwain? Tiene buen tino con las hierbas curativas.

—No —respondió Selene, con voz más dura—. Y quiero una habitación aparte.

La señora Madwen lanzó una ojeada a Rand, pero al cabo de un momento ya estaba inclinándose solícitamente ante Selene indicándole la dirección de las escaleras.

—Como deseéis, mi señora. Lidan, lleva las cosas de la dama como una buena chica, ahora mismo. —Una de las doncellas corrió a tomar las alforjas de Selene que le tendió Hurin y las tres mujeres se fueron, Selene con la espalda erguida y en silencio.

Caldevwin las miró hasta que hubieron desaparecido y luego volvió a sacudir la cabeza. Aguardó a que Rand estuviese sentado antes de tomar asiento.

—Perdonadme, mi señor Rand, por mirar de este modo a vuestra dama, pero la Gracia la ha favorecido sin duda con sus dones. No lo digo con ánimo de insultar.

—En absoluto —respondió Rand, preguntándose si todos los hombres sentían lo mismo que él al mirar a Selene—. Cuando cabalgaba hacia el pueblo, capitán, he visto una enorme esfera de cristal, o algo parecido. ¿Qué es?

—Forma parte de una estatua —repuso lentamente el cairhienino, con mirada penetrante que luego fijó en Loial; por un instante dio la impresión de reflexionar sobre algo novedoso.

—¿Una estatua? He visto una mano y una cara también. Debe de ser descomunal.

—Lo es, mi señor Rand. Y antigua. —Caldevwin hizo una pausa—. De la Era de Leyenda, me han dicho.

Rand sintió un escalofrío. De la Era de Leyenda, cuando el uso del Poder era omnipresente, si las historias eran ciertas. «¿Qué ha pasado allí? Sé que ha sucedido algo.»

—La Era de Leyenda —dijo Loial—. Sí, es lo más probable. Nadie ha hecho algo tan descomunal desde entonces. Un gran trabajo excavar eso, capitán. —Hurin permanecía sentado en silencio, como si estuviera ausente.

Caldevwin asintió a desgana.

—Tengo quinientos obreros acampados más allá de las excavaciones y aun así no habremos concluido hasta otoño. Son hombres de extramuros. La mitad de mi trabajo consiste en hacerlos cavar y la otra en mantenerlos alejados de este pueblo. Los habitantes de extramuros son aficionados a la bebida y a las juergas, ¿comprendéis?, y esta gente lleva una vida tranquila. —Su tono indicaba que sus simpatías se hallaban del lado de los lugareños.

Rand asintió, aunque no tenía ningún interés respecto a los de extramuros, fueran quienes fuesen.

—¿Qué haréis con la estatua? —El capitán vaciló, pero Rand se limitó a mirarlo hasta que se decidió a responder.

—Galldrain en persona ha ordenado que se lleve a la capital.

—Una tarea monumental —comentó, sorprendido, Loial—. No estoy seguro de cómo puede desplazarse tan lejos algo tan grande.

—Su Majestad lo ha ordenado —precisó secamente Caldevwin—. Se eregirá fuera de la ciudad, como un monumento a la grandeza de Cairhien y la casa Riatin. Los Ogier no son los únicos que saben cómo mover las piedras. —Loial mostró desconcierto y el capitán moderó visiblemente el tono—. Perdonad, amigo Ogier. He hablado de manera ruda y precipitada. —A pesar de las disculpas, todavía parecía algo hosco—. ¿Vais a quedaros muchos días en Tremonsien, mi señor Rand?

—Partimos por la mañana —le informó Rand—. Vamos a Cairhien.

—Precisamente iba a enviar a mis hombres de regreso a la ciudad mañana. Debo

sustituirlos periódicamente; de lo contrario, les invade la desidia de tanto vigilar a hombres que no hacen más que manejar picos y palas. ¿No os importará que cabalguen en vuestra compañía? —Lo formuló como una pregunta, pero parecía contar de antemano con una respuesta afirmativa. La señora Madwen apareció en las escaleras y él se puso en pie—. Si me excusáis, mi señor Rand, debo levantarme temprano. Hasta mañana entonces. Que la Gracia os favorezca. —Dedicó una reverencia a Rand, un cabeceo a Loial y se fue.

Cuando las puertas se cerraron tras el cairhienino, la posadera se acercó a su mesa.

—Ya he instalado a vuestra dama, mi señor. Y he preparado unas confortables habitaciones para vos y vuestro criado, y para vos, amigo Ogier. —Calló un momento, examinando a Rand—. Disculpad si me extralimito, mi señor, pero creo que puedo hablar claramente a un noble que permite que su criado tome la palabra. Si me equivoco… bueno, no es por ofenderos. Durante veintitrés años Barin Madwen y yo tuvimos muchas rencillas y reconciliaciones. Os lo digo para demostraros que tengo cierta experiencia. En estos momentos, estáis pensando que vuestra dama no quiere volver a veros, pero, según mi entender, si llamáis a su puerta esta noche, os dejará entrar. Sonreíd y reconoced que fue un error vuestro, tanto si lo fue como si no.

Rand se aclaró la garganta, con la confianza de no estar ruborizándose. «Luz, Egwene me mataría si supiera tan sólo que se me ha pasado por la cabeza. Y Selene me mataría si lo hiciera. ¿O no lo haría?» Eso le hizo arrebolar las mejillas.

—Eh… Os doy las gracias por vuestra sugerencia, señora Madwen. En cuanto a las habitaciones… —Evitó dirigir la mirada al cofre tapado con la manta, que no se atrevían a dejar sin que alguien lo vigilara despierto—. Los tres dormiremos en la misma.

La posadera pareció estupefacta, pero se recobró enseguida.

—Como deseéis, mi señor. Por aquí, si hacéis el favor.

Rand la siguió escaleras arriba. Loial transportaba el arcón envuelto en su manta —las escaleras gruñían bajo el peso de ambos, pero la posadera lo atribuyó únicamente al del Ogier— y Hurin aún llevaba todas las alforjas y la capa con el arpa y la flauta.

Entonces, la señora Madwen hizo traer una tercera cama, con lo que apenas si quedó sitio para pasar entre los lechos, habida cuenta de que uno de ellos, que había sido dispuesto sin duda para el Ogier, casi llegaba de pared a pared. Tan Pronto como salió la posadera, Rand se volvió hacia los otros. Loial había colocado el cofre bajo su cama y estaba probando el colchón. Hurin descargaba lo alforjas.

—¿Sabe alguno de vosotros por qué el capitán ha estado tan suspicaz con nosotros? Lo ha estado, estoy seguro. —Sacudió la cabeza—. Casi estoy por creer que ha pensado que podríamos robar esa estatua, por la manera como ha hablado.

—*Da'es Daemar*, lord Rand —dijo Hurin—. El Gran juego. El juego de las Casas, lo llaman algunos. Este Caldevwin cree que debéis de estar haciendo algo para conseguir ventaja o de lo contrario no estaríais aquí. Y sea lo que fuere lo que hagáis podría ponerlo en desventaja, por lo que debe comportarse con cautela.

—¿El Gran Juego? ¿Qué juego?

—No se trata de un juego precisamente —le explicó Loial desde el lecho. Había sacado un libro del bolsillo, pero éste permanecía cerrado sobre su pecho—. No sé mucho al respecto, pues los Ogier no están al corriente de tales cosas, pero he oído hablar de él. Los aristócratas y las casas nobles hacen manejos para conseguir ventajas. Realizan cosas que creen que les serán de ayuda, o perjudicarán a un enemigo, o ambas cosas. Normalmente, todo se efectúa en secreto y, si no es así, tratan de aparentar que hacen algo distinto de lo que en realidad es. —Se rascó una oreja con estupor—. Aun sabiendo lo que es, no lo comprendo. El abuelo Halan siempre decía que se requeriría una mente más avisada que la suya para comprender las maniobras de los humanos, y yo no conozco muchos que tengan una inteligencia superior a la del abuelo Halan. Los humanos sois extraños.

—Tiene razón acerca del *Da'es Daemar*, lord Rand —admitió Hurin, si bien mirando de soslayo al Ogier—. Los cairhieninos los practican más que la mayoría, aunque es un hábito de todos los sureños.

—Esos soldados que partirán por la mañana —caviló Rand—, ¿son piezas que utiliza Caldevwin para participar en ese Gran juego? No podemos permitirnos involucramos en algo así. —No era necesario mencionar el Cuerno, puesto que todos eran conscientes de su presencia.

—No lo sé, Rand. Él es un humano, lo cual puede significar cualquier cosa.

—¿Qué crees tú, Hurin?

—Tampoco lo sé. —Hurin parecía tan preocupado como el Ogier—. Podría ser lo que ha dicho o… Así es el juego de las Casas. Uno nunca sabe. La mayor parte del tiempo que estuve en Cairhien lo pasé extramuros, lord Rand, y no sé mucho acerca de los nobles cairhieninos, pero… Bueno, el *Da'es Daemar* puede ser peligroso en todas partes, pero en especial en Cairhien, según me han dicho. —Alegró el rostro súbitamente—. Lady Selene debe de saberlo, lord Rand. Ella con seguridad estará más informada que yo o el constructor. Podéis consultárselo mañana.

Por la mañana, no obstante, Selene había desaparecido. Cuando Rand bajó al comedor, la señora Madwen le entregó un pergamino sellado.

—Si me perdonáis, mi señor, debisteis hacerme caso. Debisteis haber llamado a la puerta de vuestra dama.

Rand esperó a que se fuera para romper el sello de cera blanca, en el que estaban impresas una luna creciente y estrellas.

«Debo irme por un tiempo. Hay demasiada gente aquí y no me gusta

Caldevwin. Os aguardaré en Cairhien. Nunca penséis que estoy demasiado lejos de vos. Estaréis siempre en mis pensamientos, como sé que yo estoy en los vuestros.»

No estaba firmado, pero aquella elegante y fluida letra era propia de Selene.

Lo plegó con cuidado y se lo puso en el bolsillo antes de salir afuera, donde lo esperaba Hurin con los caballos.

El capitán Caldevwin estaba allí también, con otro oficial joven y cincuenta soldados montados que abarrotaban la calle. Los dos militares tenían la cabeza desnuda, pero llevaban guanteletes reforzados con acero y petos dorados sujetos con correas sobre sus chaquetas azules. Una corta vara estaba prendida al arnés en la espalda de cada uno de ellos, sosteniendo un pequeño pendón azul sobre su cabeza. El estandarte de Caldevwin lucía una estrella solitaria, mientras que el de su compañero más joven estaba atravesado por dos barras blancas. Ambos hombres ofrecían un marcado contraste con los soldados, vestidos con sencillas armaduras y yelmos que parecían campanas con un trozo de metal retirado para dejar sus caras al descubierto.

—Buenos días tengáis, mi señor Rand —lo saludó Caldevwin cuando salió osada—. Este es Elricain Tavolin, que irá al mando de vuestra escolta, si puedo llamarla así. —El otro oficial realizó una reverencia. Tenía la cabeza afeitada de la misma manera que Caldevwin.

—Será un placer viajar con escolta, capitán —respondió Rand, logrando aparentar tranquilidad. Fain no intentaría nada contra cincuenta soldados, pero Rand deseaba estar persuadido de que sólo se trataba de una escolta.

El capitán dirigió la mirada a Loial, de camino a su montura con el cofre cubierto con la manta.

—Una pesada carga, Ogier.

—No me gusta alejarme nunca de mis libros —replicó el Ogier, que casi estuvo a punto de tropezar. Su gran boca se abrió en una sonrisa cohibida, Y luego se apresuró a atar el arcón a su silla.

—Vuestra dama no ha bajado todavía —observó Caldevwin, mirando ceñudo a su alrededor—. Y su magnífica yegua tampoco está aquí.

—Ya se ha ido —le explicó Rand—. Tenía que llegar a Cairhien sin tardanza, durante la noche.

—¿Durante la noche? —se sorprendió Caldevwin, enarcando las cejas—. Pero mis hombres… Disculpadme, mi señor Rand. —Se llevó aparte al joven oficial y susurró furiosamente.

—Ha hecho vigilar la posada, lord Rand —musitó Hurin—. Seguramente lady Selene ha pasado inadvertida ante ellos. Tal vez se durmieran.

Rand montó con una mueca de disgusto. Si había alguna posibilidad de que

Caldevwin no sospechara de ellos, Selene había acabado con ella al parecer.

—Demasiada gente, dice —murmuró—. Habrá muchísima más en Cairhien.

—¿Decíais algo, mi señor?

Rand levantó la mirada hacia Tavolin, montado en un alto caballo castrado de color terroso. Hurin estaba a caballo también y Loial permaneció de pie junto a la cabeza de su enorme montura. Los soldados habían formado filas. No se veía a Caldevwin por ningún lado.

—Nada sucede como yo esperaba —dijo Rand.

Tavolin le dedicó una breve sonrisa, apenas esbozada.

—¿En marcha, mi señor?

La extraña procesión tomó el camino de tierra apelmazada que conducía a la ciudad de Cairhien.

22



Espías

Nada sucede como yo lo preveía —murmuró Moraine, sin aguardar respuesta de Lan.

La larga y pulida mesa que se hallaba frente a ella estaba atestada de libros y papeles, pliegos y manuscritos, muchos de ellos polvorientos a causa de un largo período de almacenamiento y estropeados por el tiempo, algunos reducidos a meros fragmentos. La estancia parecía casi estar formada por libros y manuscritos, dispuestos en estantes salvo en los retazos ocupados por las puertas, las ventanas y el hogar. Las sillas eran de respaldo alto y bien tapizadas, pero la mayoría de ellas, y gran parte de las mesillas, tenían libros encima y algunas también debajo. Sin embargo, Moraine sólo era responsable del desorden situado ante ella.

Se levantó y se trasladó a la ventana, por la que observó la noche y las luces del pueblo, emplazado a corta distancia. No había peligro de sufrir persecución en ese lugar. A nadie se le ocurriría pensar que hubiera ido allí. «Ordenar mis pensamientos y comenzar de nuevo —se dijo—. Eso es cuanto he de hacer.»

Ninguno de los habitantes del pueblo sospechaba que las dos ancianas hermanas que vivían en esa confortable casa fueran Aes Sedai. Nadie recelaba tales cosas en una pequeña aldea como la Fuente de Tifan, una comunidad de campesinos perdida en las praderas de los llanos de Arafel. Los lugareños acudían a las hermanas en busca de consejo sobre sus problemas o cura para sus dolencias, y las tenían por mujeres bendecidas por la Luz, pero nada más. Adeleas y Vandene se habían retirado voluntariamente juntas hacía tanto tiempo que muy pocas incluso en la Torre Blanca recordaban que aún seguían con vida.

Con el también envejecido Guardián que les quedaba, vivían pacíficamente, todavía empeñadas en escribir la historia del mundo desde el Desmembramiento, y de todo lo que pudieran incluir de las épocas anteriores. Entretanto, había muchos datos que reunir, muchos misterios que resolver. Su morada era el lugar más adecuado para que Moraine encontrase la información que buscaba. El inconveniente era que no estaba allí.

Al percibir sus ojos un movimiento, se volvió. Lan estaba repantigado contra la chimenea de amarillentos ladrillos, más impasible que una piedra.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos, Lan?

Si no hubiera estado atisbando alguna reacción en él, no habría percibido el rápido movimiento de su ceja. No era frecuente que lo tomara por sorpresa. Aquél era un tema que ninguno de los dos mencionaba nunca; hacía casi veinte años que ella —con todo el orgullo de alguien todavía lo bastante joven para ser considerado joven, rememoró— había dicho que jamás volvería a hablar de ello y que esperaba el mismo silencio de él…

—Lo recuerdo —fue cuanto dijo.

—Y todavía no vas a presentarme excusas, supongo. Me tiraste a una charca. —No sonrió, a pesar de considerarlo algo divertido ahora—. Me quedé empapada hasta los huesos, y en lo que los hombres fronterizos llamáis la nueva primavera. Casi me congelé.

—Recuerdo que hice fuego, también, y que colgué unas mantas para que pudieras calentarte en privado. —Atizó el fuego y volvió a colgar las tenazas en su gancho. Aun las noches de verano eran frías en las Tierras Fronterizas—. Recuerdo asimismo que, mientras dormía esa noche, vaciaste la mitad de la charca sobre mí. Nos habríamos ahorrado muchos escalofríos los dos si me hubieras dicho simplemente que eras una Aes Sedai en lugar de demostrarlo. En lugar de tratar de separarme de mi espada. No es un buen modo de presentarse a un hombre de las Tierras Fronterizas, aun tratándose de una mujer.

—Era joven y estaba sola y tú eras entonces tan fornido como lo eres ahora y tu fiereza era más evidente. No quería que supieras que era una Aes Sedai. Me pareció que responderías más abiertamente a mis preguntas si lo ignorabas. —Guardó silencio un momento, pensando en los años transcurridos desde aquel encuentro. Había sido bueno encontrar un compañero que sumar a su búsqueda—. En las semanas siguientes, ¿sospechaste que iba a pedirte que te vincularas a mí? Lo decidí el primer día.

—Jamás se me ocurrió —respondió secamente—. Estaba demasiado ocupado preguntándome si podría escoltarte hasta Chachin y salvar el pellejo. Cada noche me deparabas una sorpresa diferente. Recuerdo en particular las hormigas. No creo que disfrutara de una noche de sueño entera durante todo el viaje.

La mujer se permitió esbozar una sonrisa, rememorando.

—Era joven —repitió—. ¿Y acaso te irrita tu vínculo al cabo de estos años? No eres un hombre que lleve un lazo fácilmente, incluso uno tan liviano como el mío. —Era un comentario hiriente, y ella lo había formulado a propósito.

No. —Su voz era fría, pero cogió de nuevo las tenazas y propinó a las brasas un fuerte golpe que no precisaban. Las centellas ascendieron en cascada por la chimenea—. Lo elegí libremente, sabiendo lo que implicaba. —Realizó una ceremoniosa reverencia—. Es un honor serviros, Aes Sedai. Así ha sido y será siempre.

—Tu humildad, Lan Gaidin —bufó Moraine—, siempre ha sido más arrogante de lo que logarían aparentar muchos reyes con sus ejércitos a las espaldas. Desde el primer día que te vi, siempre ha sido así.

—¿Por qué sacas a colación los días pasados, Moraine?

Por centésima vez, o así se le antojó, eligió con cuidado las palabras que iba a pronunciar.

—Antes de partir de Tar Valon dispuse algunas cosas, en previsión de que algo me ocurriera, para que tu vínculo quede transferido a otra. —Lan la observó en silencio—. Cuando experimentes mi muerte, te sentirás compelido a buscarla de inmediato. No quiero que te coja por sorpresa.

—Compelido —musitó quedamente, con furia— jamás has utilizado mi vínculo para obligarme. Creía que detestabas eso.

—Si hubiera dejado esto sin resolver, quedarías libre con mi muerte y ni mi más conminatoria orden podría retenerte. No voy a permitir que mueras en un inútil intento de vengarme, como tampoco consentiré que regreses a tu igualmente inútil guerra privada en la Llaga. La contienda que libramos es la misma, aunque seas incapaz de verlo, y voy a ocuparme de que pelees con un objetivo. Ni una venganza ni una muerte sin funeral en la Llaga cumplen con mis deseos.

—¿Y prevés próxima tu muerte? —Su voz era tranquila y su rostro inexpresivo, igual que una piedra azotada por una ventisca de invierno. Era un ademán que ella había visto muchas veces en él, en especial cuando estaba a punto de estallar con violencia—. ¿Has planeado algo, sin mí, que pueda conducirte a la muerte?

—De pronto me alegro de que no haya ninguna charca en esta habitación —murmuró Moraine; luego alzó las manos cuando él se irguió, ofendido por la ligereza de su tono—. Preveo la muerte en cada uno de mis días, al igual que tú. ¿Cómo podría ser de otro modo con la tarea que venimos cumpliendo durante estos años? Ahora, cuando hemos llegado a un punto crítico, debo contemplarla como algo incluso más probable.

Lan examinó por un momento sus anchas y cuadradas manos.

—Nunca había pensado —confesó lentamente— que no fuera yo el primero de nosotros que iba a morir. Con todo, incluso en el peor de los casos, siempre me pareció… —De improviso se frotó las manos—. Si existe la posibilidad de que vaya a ser regalado como un perrillo faldero, me gustaría al menos saber quién va a ser mi ama.

—Jamás te he considerado como un animal de compañía —protestó con vehemencia Moraine— y tampoco lo ve así Myrelle.

—Myrelle. —Hizo una mueca—. Sí, había de ser Verde, o si no algún proyecto de muchacha recién ascendida a hermana de derecho.

—Si Myrelle es capaz de mantener a raya a sus tres Gaidin, tal vez pueda

manejarte a ti. Aunque me consta que le gustaría quedarse contigo, ha prometido transferir tu vínculo cuando encuentre a otra que te convenga más.

—Ya. No sólo un perrillo sino un paquete. ¡Myrelle va a ser una… vigilante! Moraine, ni siquiera las Verdes tratan de ese modo a sus Guardianes. En cien años, ninguna Aes Sedai ha transferido el vinculo de su Guardián a otra, pero tú pretendes hacerlo con el mío, no una, sino dos veces.

—Ya está hecho y no voy a volverme atrás.

—¡Que la Luz me ciegue! Si van a pasarme de mano en mano, ¿tienes al menos idea de a manos de quién voy a parar?

—Lo que hago es por tu propio bien, y tal vez por el de otra persona asimismo. Cabe la posibilidad de que Myrelle encuentre un proyecto de muchacha recién ascendida a hermana de derecho, ¿no es eso lo que has dicho?, que necesite un Guardián curtido en las batallas y conocedor del mundo, un proyecto de muchacha que quizá necesite a alguien que la arroje a una charca. Tienes mucho que ofrecer, Lan, y verte desaprovechado en una tumba anónima o devorado por los cuervos, cuando podrías servir a una mujer que te necesita, sería peor que el pecado del que parlotean los Capas Blancas. Sí, creo que ella va a necesitarte.

Lan abrió ligeramente los ojos, lo cual era para él igual que otro hombre que se quedara boquiabierto considerando sorprendentes conjeturas. Raras veces lo había visto tan desconcertado. Abrió la boca dos veces antes de decidirse a hablar.

—¿Y en quién estáis pensando para ese…?

—¿Estás seguro de que tu vínculo no te irrita, Lan Gaidin? ¿Sólo ahora te das cuenta por primera vez de la fuerza de ese lazo, de su profundidad? Podrías acabar con alguna Blanca en ciernes, toda lógica y desapasionamiento, o con una joven Marrón que no te viera más que como un par de manos para transportar sus libros y bosquejos. Yo puedo entregarte a quien quiera, como un paquete, o un perrillo faldero, y tú no tienes más alternativa que aceptarlo. ¿Estás seguro de que no te irrita?

—¿Es para eso que lo has hecho? —rechinó. Sus ojos relumbraron como un fuego azul y su boca se torció. Furia; por primera vez veía cómo la furia afloraba a su rostro—. ¿Toda esta charla ha sido una prueba, ¡una prueba! para ver si podías desgastar mi vínculo? ¿Después de todo este tiempo? Desde el día en que me sometí a ti, he cabalgado adonde me has dicho que fuera, aun cuando lo considerara una imprudencia, incluso cuando tenía motivos para cabalgar en dirección opuesta. Nunca has necesitado de mi vínculo para obligarme. Cumpliendo tus instrucciones he contemplado cómo ibas al encuentro del peligro y he mantenido las manos quietas cuando bullía de deseos de desenvainar la espada y franquearte un camino seguro. ¿Después de esto, me sometes a una prueba?

—No es una prueba, Lan. He hablado claramente, sin tergiversar nada, y he obrado según te he comunicado. Pero en Fal Dara comencé a preguntarme si todavía

estabas plenamente de mi lado. —Los ojos del Guardián mostraron recelo. «Lan, perdóname. No habría agrietado los muros que mantienes con tanto ahínco, pero debo saberlo»—. ¿Por qué actuaste como lo hiciste con Rand? —El hombre pestañeó; era obvio que no era aquello lo que esperaba. Ella sabía qué en lo que él había previsto y no iba a perder dicha ocasión ahora que estaba en posición desventajosa—. Lo llevaste a la Amyrlin hablando y comportándose como un señor y un soldado nacido en las Tierras Fronterizas. Ello se ajustaba, en cierto modo, a lo que yo había planeado para él, pero tú y yo nunca habíamos hablado de enseñarle algo de eso. ¿Por qué, Lan?

—Me pareció… lo correcto. Un joven perro lobo ha de enfrentarse a su primer lobo algún día, pero si el lobo lo ve como un cachorro, si se comporta como un perrillo, el lobo le dará muerte sin duda. El perro lobo ha de ser un perro lobo a los ojos del lobo, aún más que en su propio fuero interno, si debe sobrevivir.

—¿Ésa es la opinión que te merecen las Aes Sedai? ¿La Amyrlin? ¿Yo? ¿Lobos que pretenden abatir a tu joven perro lobo? —Lan sacudió la cabeza—. Sabes lo que es, Lan. Sabes en lo que debe convertirse. Debe. El objetivo por el que he trabajado desde el día en que nos conocimos y anteriormente a ello. ¿Dudas ahora de lo que hago?

—No. No, pero… —Estaba reponiéndose, levantando de nuevo sus muros, pero éstos aún no estaban reconstruidos—. ¿Cuántas veces has dicho que los *ta'veren* arrastran a los que se encuentran a su alrededor como un remolino las ramitas? Tal vez yo fui arrastrado también. Sólo sé que me pareció lo correcto. Esos chicos campesinos necesitaban a alguien a su lado. Rand al menos lo necesitaba. Moraine, creo en lo que haces, incluso ahora, cuando desconozco la mitad de lo que implica, créeme. No te he pedido que me libres de mi vínculo ni pienso hacerlo. Sean cuales sean tus planes para morir y verme… entregado… a buen recaudo, será un placer para mí proteger tu vida y ver que dichos Planes, al menos, no conducen a nada.

—*Ta'veren* —suspiró Moraine—. Quizá fue eso. En lugar de guiar un barco flotando en una corriente, estoy intentando manejar un tronco entre rápidos. Cada vez que lo empujo, me devuelve el empellón, y el tronco aumenta de tamaño cuanto más nos alejamos. No obstante debo hacer que llegue a puerto. —Soltó una breve carcajada—. No me disgustará, mi viejo amigo, si consigues hacer fracasar esos planes. Ahora déjame, por favor. Necesito estar sola para reflexionar. —Lan vaciló sólo un momento antes de volverse hacia la puerta. En el último instante, empero, no pudo dejarlo marchar sin formular otra pregunta—. ¿Alguna vez sueñas con algo diferente, Lan?

—Todos los hombres sueñan. Pero sé en qué quedan los sueños. Esto… —tocó el puño de su espada— es la realidad. —Los muros habían regresado, altos e infranqueables como siempre.

Después de que hubo salido, Moraine se arrellanó en la silla y así permaneció contemplando el fuego. Pensó en Nynaeve y en grietas en una pared. Sin proponérselo, sin tener conciencia de lo que hacía, aquella joven había resquebrajado las paredes de Lan y había puesto en las fisuras simientes de enredadera. Lan se creía seguro, apresado en su fortaleza por el destino y su propio deseo, pero, lenta y pacientemente, las enredaderas estaban derribando los muros para dejar al desnudo el hombre que albergaban. Ya estaba compartiendo algunas de las lealtades de Nynaeve; en el comienzo se había mostrado indiferente a los chicos del Campo de Emond, considerándolos sólo gente en la que Moraine estaba interesada. Nynaeve había modificado aquel aspecto al igual que había transformado a Lan.

Para su sorpresa, Moraine sintió un acceso de celos. Jamás lo había experimentado antes, ciertamente no por ninguna de las mujeres que habían puesto su corazón a los pies del Guardián o por aquellas que habían compartido su lecho. Lo cierto era que nunca lo había tenido por un objeto que pudiera suscitar sus celos ni había creído que pudiera lograrlo ningún hombre. Ella estaba casada con su lucha, al igual que él estaba ligado a la suya. Pero habían sido compañeros en esas batallas durante mucho tiempo. El había reventado su caballo para después correr hasta la extenuación con ella en brazos para llevarla a Anaiya para que la curara. Ella había cuidado de sus heridas en más de una ocasión, salvando con sus artes una vida que él había estado dispuesto a ceder para preservar la suya. Él siempre había dicho que estaba desposado con la muerte. Ahora una nueva novia había capturado sus ojos, aun cuando él permaneciera ciego ante ello. Pensaba que aún estaba a salvo tras sus parapetos, pero Nynaeve había enlazado flores de boda en sus cabellos. ¿Estaría todavía presto a cortejar la muerte con tanto arrojo? Moraine se preguntaba cuándo le pediría que lo librase de su vínculo. Y qué haría cuando llegara ese momento.

Se levantó con una mueca de desagrado. Había otros asuntos más importantes mucho más importantes. Sus ojos se posaron en los libros abiertos y papeles que abarrotaban la estancia. Tantos indicios… pero ninguna respuesta…

Vandene entró con una tetera y tazas en una bandeja. Era esbelta y airosa, con una espalda erguida, y el pelo cuidadosamente recogido en la nuca era casi blanco. La edad imprecisa que representaba su suave rostro correspondía a largos, largos años.

—Le habría hecho traer esto a Jaem en lugar de importunarte yo, pero está en el establo practicando con la espada. —Chasqueó la lengua mientras apartaba un raído manuscrito para depositar la bandeja sobre la mesa—. El hecho de que Lan esté aquí le ha recordado que es algo más que un jardinero mañoso. Los Gaidin son tan arrogantes… Pensaba que Lan todavía estaba aquí; por eso he traído una taza de más. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Ni siquiera estoy persuadida de lo que busco. —Moraine frunció el entrecejo, observando a la otra mujer. Vandene era del Ajah Verde, no del Marrón como su

hermana, pero las dos habían estudiado tanto tiempo juntas que sabía tanto de historia como Adeleas.

—Sea lo que sea, no parece que sepas dónde mirar. —Vandene movió algunos de los volúmenes y pliegos esparcidos sobre la mesa, sacudiendo la cabeza—. Demasiados temas: la Guerra de los Trollocs, los Vigilantes sobre las Olas, la leyenda del Retorno, dos tratados sobre el Cuerno de Valere, tres sobre profecías de la Sombra y… Luz, aquí está el libro de Santhra sobre los Renegados. Es desagradable, ése, tanto como éste acerca de Shadar Logoth. Y las Profecías del Dragón, en tres traducciones y el original. Moraine, ¿qué estás buscando? Las profecías, puedo entenderlo; hemos escuchado algunas noticias aquí, en un lugar remoto como éste. También hemos oído algo de lo que ocurre en Illian. Incluso circulan rumores en el pueblo de que alguien ha encontrado ya el Cuerno. —Gesticuló con un manuscrito basado en el Cuerno y tosió a causa del polvo que levantó—. Eso han de ser rumores, por descontado. Pero ¿qué…? No. Dijiste que querías mantenerlo en privado, y así será.

—Un momento —indicó Moraine, deteniendo a la otra Aes Sedai, de camino a la puerta—. Tal vez tú puedas responderme a algunas preguntas.

—Lo intentaré. —Vandene sonrió de pronto—. Adeleas opina que debí haber escogido el Marrón. Pregunta. —Sirvió té en dos tazas y tendió una a Moraine; después se sentó junto al fuego.

El vapor se ondulaba sobre las tazas mientras Moraine seleccionaba con cuidado sus preguntas. «Para hallar las respuestas sin revelar demasiado.»

—El Cuerno de Valere no aparece mencionado en las profecías, pero ¿está vinculado con el Dragón en algún sitio?

—No. Exceptuando el hecho de que el Cuerno debe ser hallado antes del Tarmon Gai'don y de que se supone que es el Dragón Renacido quien debe librar la última Batalla, no hay ningún vínculo entre ambos. —La mujer de pelo cano sorbió su té, en espera de una nueva consulta.

—¿Hay algo que relacione al Dragón con la Punta de Toman?

Vandene titubeó.

—Sí y no. Ésta es una discusión que sostenemos Adeleas y yo. —Su voz adoptó un tono didáctico y momentáneamente habló como una de las Marrones—. Hay un verso en el original que, traducido literalmente, dice: «Cinco cabalgan hacia adelante y cuatro regresan. Sobre los vigilantes se proclamará, con estandarte cruzará el cielo en llamas…». Bien, continúa. La cuestión oscura es la palabra *ma'vron*. Yo sostengo que no debería traducirse simplemente como «vigilantes», que es *a'vron*. *Ma'vron* tiene más implicaciones. En mi opinión significa los Vigilantes sobre las Olas, aun cuando ellos se autodenominen *Do Miere A'vron*, y no *ma'vron*, claro está. Adeleas me dice que soy una quisquillosa, pero yo creo que significa que el Dragón Renacido

aparecerá en algún lugar por encima de la Punta de Toman, en Arad Doman o Saldaea. Aunque Adeleas piense que es una tontería, escucho todas las novedades provenientes de Saldaea. Mazrim Taim es capaz de encauzar el poder, por lo que cuentan, y nuestras hermanas no han conseguido acorralarlo todavía. Si el Dragón ha renacido y alguien ha encontrado el Cuerno de Valere, la Batalla Final se halla próxima. Tal vez no podamos concluir nuestra historia. —Se estremeció y luego rió bruscamente—. Extrañas preocupaciones; supongo que me estoy convirtiendo realmente en una Marrón. Es una perspectiva demasiado horrible para contemplarla. Pasa a la pregunta siguiente.

—No creo que debas inquietarte por Taim —apuntó Moraine con aire ausente. Era un lazo con la Punta de Toman, si bien tenue—. Será sometido al igual que lo fue Logain. ¿Qué puedes decirme de Shadar Logoth?

—¡Shadar Logoth! —resopló Vandene—. En resumen, la ciudad fue destruida por su propio odio, con todos sus moradores vivientes salvo Mordeth, el consejero que dio inicio a todo, valiéndose de las tácticas que los Amigos Siniestros utilizan para combatirse entre sí, y que ahora yace atrapado allí aguardando un alma que robar a alguien. Es peligroso entrar y no es recomendable tocar nada de la población. Pero toda novicia próxima a ascender al grado de Aceptada está al corriente de eso. Con más detalle, tendrás que quedarte un mes aquí y escuchar las clases de Adeleas, pues ella es la experta en esta cuestión, pero incluso yo me hallo en condiciones de afirmar que no hay nada en ese tema que guarde relación con el Dragón. Ese lugar estaba muerto cien años antes de que Yurian Arco Pétreo se alzara sobre las cenizas de la Guerra de los Trollocs y, de todos los falsos Dragones, es él quien está más próximo históricamente hablando.

—Creo que no me he explicado bien —puntualizó Moraine, levantando una mano —. Y ahora no me refiero al Dragón, renacido o falso. ¿Se te ocurre alguna razón por la que un Fado tomaría algo procedente de Shadar Logoth?

—No si supiera de qué se trata. El odio que acabó con Shadar Logoth era un odio dirigido contra el Oscuro; destruiría igualmente a los secuaces de la Sombra que a aquellos que siguen la senda de la Luz. Tienen tantos motivos como nosotros para temer a Shadar Logoth.

—¿Y qué sabes de los Renegados?

—Saltas de un tema a otro. Puedo decirte poco más de lo que aprendiste siendo novicia. Nadie tiene apenas más información acerca de los Sin Nombre. ¿Quieres que divague sobre lo que ambas aprendimos de jovencitas?

Moraine guardó silencio un instante. No quería revelar gran cosa, pero Vandene y Adeleas poseían más conocimientos de los que existían en cualquier otro sitio excepto la Torre Blanca, donde le aguardaban ahora más complicaciones de las que deseaba afrontar. Dejó salir de sus labios el nombre, como si se le escapara.

—Lanfear.

—Por una vez —suspiró la otra mujer—, no tengo ningún dato que añadir a los conocimientos de una novicia. La Hija de la Noche continúa siendo un misterio tal como si realmente ella se hubiera envuelto en tinieblas. —Hizo una pausa, contemplando su taza, y, cuando levantó la mirada, sus ojos miraron fijamente a Moraine—. Lanfear estuvo unida al Dragón, a Lews Therin Telamon. Moraine, ¿dispones de alguna pista referente al lugar donde renacerá el Dragón? ¿O dónde renació? ¿Ha venido ya al mundo?

—Si así fuera —replicó con voz inmutable Moraine—, ¿me encontraría aquí en lugar de en la Torre Blanca? La Amyrlin sabe lo mismo que yo, lo juro. ¿Habéis recibido una llamada de ella?

—No, y supongo que la recibiríamos. Cuando llegue el tiempo en que debamos enfrentarnos al Dragón Renacido, la Amyrlin necesitará a todas las hermanas, todas las Aceptadas, todas las novicias capaces de encender una vela por su cuenta. —Vandene bajó la voz, musitando—: Con tamaño poder como el que esgrimirá, debemos aplastarlo antes de que tenga ocasión de utilizarlo en nuestra contra, antes de que pueda enloquecer y destruir el mundo. Primero, no obstante, hemos de dejar que se bata con el Oscuro. —Rió sin ganas al advertir la expresión de Moraine—. No soy del Rojo. He estudiado lo bastante las profecías para saber que no hemos de tener la osadía de amansarlo antes. Si es que podemos amansarlo. Sé tan bien como tú, tanto como cualquier hermana que se preocupe en investigar, que los sellos que retienen al Oscuro en Shayol Ghul están debilitándose. Los illianos convocan la Gran Cacería del Cuerno. Abundan los falsos Dragones. Y dos de ellos, Logain y ahora ese sujeto de Saldaea, son capaces de encauzar el Poder. ¿Cuándo fue la última ocasión en que las Rojas encontraron dos hombres que encauzasen el poder en menos de un año? Eso no se ha dado a lo largo de toda mi vida, y yo soy mucho más vieja que tú. Las señales están en todas partes. El Tarmon Gai'don se avecina. El Oscuro se liberará de su prisión. Y el Dragón renacerá. —Su taza tintineó al depositarla—. Supongo que es por esto por lo que he temido que hubieras encontrado alguna señal de su advenimiento.

—El advenimiento se producirá —la tranquilizó Moraine— y nosotras haremos lo que debe hacerse.

—Si lo creyera necesario, arrancaría a Adeleas de las garras de sus libros y partiríamos hacia la Torre Blanca. Pero me encuentro mucho más dichosa aquí. Tal vez tengamos tiempo para finalizar nuestra historia.

—Espero que así sea, hermana.

—Bien, tengo tareas que atender antes de acostarme —anunció Vandene, levantándose—. Si no tienes más preguntas, te dejaré entregada a tus estudios. —A pesar de ello se detuvo y demostró que, por más tiempo que hubiera pasado entre

libros, todavía era del Ajah Verde—. Deberías hacer algo al respecto de Lan, Moraine. El pobre está más agitado por dentro que el Monte del Dragón. Tarde o temprano, entrará en erupción. He conocido suficientes hombres para distinguir cuándo uno está perturbado por una mujer. Los dos habéis estado juntos mucho tiempo. Tal vez finalmente se haya dado cuenta de que eres una mujer aparte de una Aes Sedal.

—Lan me ve como lo que soy, Vandene: una Aes Sedai. Y todavía como a una amiga, confío.

—Las Azules. Siempre tan dispuestas a salvar el mundo que acabáis perdiéndoos a vosotros mismas.

Después de que se hubo marchado la Aes Sedai de cabellos blancos, Moraine cogió la capa y, murmurando para sí, se encaminó al jardín. Algo de lo que había dicho Vandene le enturbiaba la mente, pero no lograba recordar qué era. Una respuesta, o el indicio de una respuesta, a una pregunta que no había formulado, pero que tampoco conseguía concretar.

El jardín era pequeño, al igual que la casa. A la pálida la luz de la luna, a la que se sumaba el amarillento resplandor que despedían las ventanas, podían apreciarse sus avenidas arenosas entre cuidados macizos de flores. Se echó la capa a los hombros para resguardarse del suave frescor de la noche. «¿Cuál era la respuesta, y cuál la pregunta?»

Oyó crujir la arena tras ella y se volvió, pensando que era Lan.

Una sombra se cernía sombríamente a tan sólo unos pasos de ella, una sombra que parecía ser un hombre de altura desmesurada envuelto en una capa. La luna iluminó su blanco rostro de mejillas prominentes y ojos excesivamente grandes, situados sobre una arrugada boca de labios rojos. La capa se abrió, desplegándose en unas grandes alas semejantes a las de un murciélago.

Consciente de que ya era demasiado tarde, se abrió al *Saidar*, pero el Draghkar comenzó a canturrear y su quedo arrullo la paralizó, fragmentando su voluntad. El *Saidar* la abandonó. Sólo sintió una vaga tristeza al caminar hacia la criatura, pues el profundo tarareo que la atraía suprimía los sentimientos. Unas blanquísimas manos, similares a las de un hombre pero rematadas en garras, se alargaron hacia ella y unos labios de color sanguinolento se curvaron en un remedo de sonrisa, mostrando unos afilados dientes, pero tan tenuemente que tuvo la certeza de que no iba a morderla. «Guárdate del beso del Draghkar.» Una vez que la hubieran tocado sus labios, estaría muerta de hecho, pronta a entregar su alma y después su vida. Quienquiera que la encontrase, aun cuando llegara en el instante en que el Draghkar la dejara tendida, hallaría un cadáver sin una marca y frío como si la muerte se hubiera producido dos días antes. Y, si llegaba antes de que hubiera agonizado, lo que encontraría sería aún más terrible, algo que ya no sería ella misma. El canturreo la compelía a avanzar al

encuentro de esas pálidas manos y el Draghkar inclinó la cabeza hacia ella.

Experimentó apenas una ligera sorpresa cuando la hoja de una espada silbó sobre su hombro para atravesar el pecho del Draghkar, y poco más cuando una nueva arma pasó junto al otro y fue a clavarse junto a la primera.

Aturdida, oscilante, contempló igual que desde una gran distancia cómo la criatura retrocedía, apartándose de ella. Entonces vio a Lan y luego a Jaem, el Guardián de pelo ceniciento cuyo huesudo brazo aferraba su espada con tanta certeza y tino como el de su compañero más joven. Las pálidas manos del Draghkar se mancharon de sangre al chocar con el afilado acero, al tiempo que azotaba a los dos hombres con el batir de sus alas. De improviso, herido y desangrándose, entonó su canturreo de nuevo, esta vez dirigido a los Guardianes.

Moraine se recobró con esfuerzo; se sentía casi tan agotada como si el monstruo hubiera logrado besarla. «No hay tiempo para debilidades.» En un instante se abrió al *Saidar* y, a medida que el Poder la llenaba, se fortaleció para tocar directamente al engendro de la Sombra. Los dos hombres estaban demasiado cerca y cualquier otra cosa que intentara los dañaría a ellos también. Aun utilizando el Poder, sabía que se sentiría mancillada por el Draghkar. En el preciso instante en que se disponía a actuar, Lan gritó.

—¡Abraza a la muerte!

—¡Abraza a la muerte! —lo secundó Jaem con firmeza. Y ambos se adelantaron hasta hallarse al alcance del Draghkar y hundieron sus espadas hasta la empuñadura.

Echando atrás la cabeza, el Draghkar exhaló un bramido que pareció penetrar el cerebro de Moraine con agujas. Aun envuelta en el *Saidar* lo percibía. Como un árbol talado, el Draghkar se desplomó, golpeando con un ala a Jaem, que cayó de rodillas. Lan se dejó caer, exhausto.

Vandene y Adeleas acudieron presurosas, linternas en mano.

—¿Qué ha sido ese ruido? —inquirió Adeleas—. ¿Acaso se ha vuelto Jaem…? —Se paró en seco cuando la luz de su lámpara alumbró al Draghkar.

Vandene tomó las manos de Moraine.

—¿No te ha…? —Dejó inconclusa la pregunta al tiempo que se rodeó de una aureola, patente a los ojos de Moraine. Al notar la fuerza que fluía de la otra mujer a ella, Moraine deseó, por vez primera, que las Aes Sedai pudieran hacer tanto por ellas mismas como por los demás.

—No —respondió agradecida—. Encárgate de los Gaidin.

—Si no me hubieras enojado tanto, obligándome a desfogarme practicando figuras con Jaem —observó Lan, mirándola con la boca fruncida—, si no me hubieras enfurecido como para que desistiera de regresar a la casa…

—Pero lo hice —replicó—. El Entramado lo incorpora todo a su tejido.

Jaem estaba murmurando, pero aun así accediendo a que Vandene le examinara la

espalda. No era más que huesos y tendones, a pesar de lo cual parecía tan resistente como una vieja raíz.

—¿Cómo, —se preguntó Adeleas— ha podido acercarse tanto una criatura de la Sombra sin que nosotras la hayamos detectado?

—Tenía salvaguardas —explicó Moraine.

—¡Imposible! —exclamó Adeleas— únicamente una hermana podría… —Calló y Vandene desplazó su atención de Jaem a Moraine.

Ésta pronunció entonces las palabras que ninguno de ellos deseaba oír.

—El Ajah Negro. —Llegaron gritos del pueblo—. Será mejor que escondáis esto. —Señaló el Draghkar, tendido sobre un macizo de flores—. Deprisa. Vendrán a preguntar si precisáis ayuda, pero si ven esto se iniciarían rumores que no os convienen.

—Sí, desde luego —convino Adeleas—. Jaem, ve a su encuentro. Diles que no sabes qué fue ese ruido, pero que todo está en orden aquí. Distráelos. —El Guardián de cabello gris se precipitó en la noche en dirección a las voces que se aproximaban del pueblo. Adeleas se volvió para examinar al Draghkar como si se tratara de un pasaje indescifrable de uno de sus libros—. Tanto si hay Aes Sedai involucradas como si no, ¿qué puede haberlo traído aquí? —Vandene miró a Moraine en silencio.

—Me temo que debo marcharme —dijo Moraine—. Lan, ¿ensillarás los caballos? —Al alejarse agregó—: Os dejaré unas cartas para que las enviéis a la Torre Blanca, si es posible. —Adeleas asintió distraídamente, con la atención todavía fija en el ser postrado en el suelo.

—¿Y allí adonde vas encontrarás las respuestas que necesitas? —inquirió Vandene.

—Puede que haya encontrado una que buscaba sin saberlo. Mi única esperanza es que no sea demasiado tarde. Necesitaré una pluma y pergamino. —Se dirigió a la casa con Vandene, dejando que Adeleas se ocupara del Draghkar.

23



La prueba

Nynaeve observó con recelo la amplia habitación, emplazada en lo más profundo de la Torre Blanca, y a Sheriam, que se hallaba a su lado, con igual aprensión. La Maestra de las Novicias parecía expectante, tal vez un poco impaciente. Durante sus pocos días de estancia en Tar Valon, Nynaeve había percibido sólo serenidad en las Aes Sedai y una sonriente aceptación de los acontecimientos que se sucedían a su debido tiempo.

La abovedada estancia había sido excavada en la roca sobre la que se asentaba la isla; la luz de las lámparas de altos pedestales se reflejaba en pálidas y lisas paredes de piedra. Bajo el centro de la cúpula había una estructura compuesta de tres arcos de plata redondeados, con la altura justa para que una persona pudiera pasar por ellos, asentados en un grueso anillo de plata y unidos en sus extremos. Arcos y anillo formaban una sola pieza. No veía lo que albergaban; allí la luz temblaba de un modo extraño que le alborotaba las entrañas si lo contemplaba demasiado tiempo. En el punto donde las arcadas se unían al aro, una Aes Sedai permanecía sentada sobre la piedra desnuda del suelo, contemplando la argentina construcción. No lejos, había otra de pie, junto a una sencilla mesa en la que reposaban tres grandes cálices de plata. Cada uno de ellos, Nynaeve lo sabía o al menos así le habían informado, estaba lleno de agua. Las cuatro Aes Sedai llevaban puestos sus chales, al igual que Sheriam; con flecos azules para Sheriam, rojos para la mujer de tez morena situada cerca de la mesa, verde, blanco y gris para las tres que rodeaban los arcos. Nynaeve todavía llevaba uno de los vestidos que le habían regalado en Fal Dara, de color verde pálido con florecillas blancas bordadas.

—Primero me dejáis mirando las musarañas de la mañana a la noche —murmuró Nynaeve— y ahora todo son prisas.

—Las horas no se detienen para ninguna mujer —replicó de inmediato Sheriam —. La Rueda teje según sus designios y en su momento. La paciencia es una virtud que debe aprenderse, pero todos debemos estar dispuestos a aceptar el cambio en un

instante.

Nynaeve reprimió una furibunda mirada. Lo más irritante que había descubierto hasta entonces acerca de la Aes Sedai de cabellos llameantes, era que en ocasiones hablaba como si estuviera citando frases incluso cuando éstas eran de su propia cosecha.

—¿Qué es eso?

—Un ter’angreal.

—Bueno, eso no me dice nada. ¿Para qué sirve?

—Los ter’angreal tienen diferentes aplicaciones, hija. Como los *angreal* y *sa'angreal*, son vestigios de la Era de Leyenda que aprovechan el Poder único, si bien no son piezas tan escasas como los otros dos. Mientras que algunos ter’angreal deben ser utilizados por Aes Sedai, como es el caso de éste, otros surtirán el efecto que les es propio simplemente con la presencia de una mujer capaz de encauzar el Poder. Se cree incluso que existen algunos que funcionan con cualquier persona. A diferencia de los *angreal* y sa’angreal, fueron creados para cumplir unas funciones específicas. Uno de los que tenemos en la Torre hace vinculantes los juramentos. En el momento en que seas ascendida a la condición de hermana, prestarás tus votos definitivos con ese *ter'angreal* en la mano, prometiendo no pronunciar palabra alguna que no sea cierta, no forjar ninguna arma destinada a que un hombre dé muerte a otro, no utilizar nunca el Poder como un arma salvo contra los Amigos Siniestros y los engendros de la Sombra, o como recurso último para defender tu propia vida, la de tu Guardián o la de otra hermana.

Nynaeve sacudió la cabeza. Se le antojaban excesivas promesas, y al tiempo, pocas, y así lo expresó.

—Antaño, las Aes Sedai no debían prestar juramentos. De todos era sabida la naturaleza y el cometido de las Aes Sedai, y no se requería nada más. Muchas de nosotras desearían que así fuera todavía. Pero la Rueda gira y el tiempo se transforma. El hecho de que prestemos juramento, de que aceptemos esas limitaciones, permite que las naciones tengan tratos con nosotras sin el temor de que volvamos contra ellos nuestro poder, el Poder único. Entre la Guerra de los Trollocs y la de los Cien Años nosotras efectuamos esa elección, y debido a ella la Torre Blanca aún se mantiene en pie y nosotras podemos hacer todavía lo que está en nuestras manos para combatir la Sombra. —Sheriam aspiró hondo—. Luz, hija, estoy tratando de enseñarte lo que cualquier otra mujer que se halle donde tú estás habría aprendido con el curso de los años. Es una tarea imposible. Los *ter'angreal* deben ser ahora tu centro de atención. Desconocemos las razones por las que fueron creados. Sólo nos atrevemos a hacer uso de unos cuantos y es posible que las prudentes aplicaciones que les damos no guarden ninguna relación con el propósito de sus creadores. En la mayoría de los casos, hemos ido averiguando a nuestra costa lo que debe evitarse. A

lo largo de los años, no han sido pocas las Aes Sedai que han hallado la muerte o han visto malogrado su talento para aprender eso.

—¿Y queréis que yo entre en ése? —se inquietó Nynaeve, estremeciéndose. La luz que cobijaban las cimbras vacilaba menos ahora, pero le permitía distinguir con mayor claridad lo que había en su interior.

—Sabemos qué efectos produce éste. Te hará enfrentarte cara a cara con tus más profundos temores. —Sheriam sonrió con afabilidad—. Nadie te preguntará qué has afrontado; no deberás revelar más de lo que desees. Los temores de toda mujer son de su propiedad exclusiva.

Vagamente, Nynaeve pensó en la aprensión que le producían las arañas, en especial en la oscuridad, pero no creyó que fuera eso a lo que se refería Sheriam.

—¿Sólo tengo que caminar bajo un arco y salir por otro? ¿Atravesarlos tres veces y ya está?

La Aes Sedai se ajustó el chal con una irritada sacudida de hombros.

—Si quieres simplificarlo de esa manera, sí —contestó secamente—. Te he advertido mientras veníamos que debes estar al corriente de todos y cada uno de los detalles de la ceremonia que a cualquiera le es permitido conocer de antemano. Si fueras una novicia, a esta alturas lo sabrías de memoria, pero no te preocupes. Yo te refrescaré la memoria para que no cometas ningún error, llegado el caso. ¿Estás segura de estar preparada para afrontarlo? Si quieres echarte atrás, todavía puedo anotar tu nombre en el registro de novicias.

—¡No!

—Muy bien entonces. Ahora voy a decirte dos cosas que ninguna mujer oye hasta no hallarse en esta habitación. La primera es ésta: una vez que hayas comenzado, debes seguir hasta el final. De negarte a ello, por más potencial que tengas, se te solicitará amablemente que abandones la Torre con el dinero suficiente para sustentarte durante un año, y nunca se te permitirá regresar. —Nynaeve abrió la boca para decir que ella no cedería, pero Sheriam la atajó con un vivo gesto—. Escucha, y habla cuando sepas lo que has de decir. La segunda: la búsqueda, el esfuerzo, entrañan peligro. Conocerás el peligro aquí. Algunas mujeres han entrado y no han salido jamás. Cuando se aquietó el funcionamiento del ter’angreal, no estaban allí. Y nunca han vuelto a verlas. Si quieres sobrevivir, debes ser inquebrantable. Si titubeas o desfalleces… —Su silencio fue más elocuente que cualquier palabra—. Ésta es tu última ocasión, hija. Puedes volverte ahora, en este instante, y pondré tu nombre en el libro de novicias, y sólo tendrás una marca en tu contra. Se te permitirá volver aquí dos veces más y únicamente al tercer retroceso se te expulsará de la Torre. No es vergonzoso negarse. Muchas lo hacen. Yo misma fui incapaz de decidirme, la primera vez. Ahora puedes hablar.

Nynaeve miró de soslayo los plateados arcos. La luz que contenían ya no

parpadeaba; estaban henchidos de un suave resplandor blanco. Para aprender lo que quería, necesitaba la libertad de las Aceptadas para cuestionar, para estudiar por su cuenta, sin más guía que la que ella solicitara. «Debo hacer que Moraine pague por lo que nos ha hecho. Debo hacerlo.»

—Estoy dispuesta.

Sheriam se encaminó lentamente a la cámara. Nynaeve la secundó. Cómo si ello fuera una señal, la hermana Roja empezó a hablar con voz alta y ceremoniosa.

—¿A quién traes contigo, hermana? —Las tres Aes Sedai que circundaban el *ter'angreal* mantuvieron fija la atención en él.

—Una que acude como candidata a la Aceptación, hermana —repuso Sheriam con igual formalidad.

—¿Está preparada?

—Está preparada para dejar atrás lo que era y, ahondando en sus temores, ganar la Aceptación.

—¿Conoce sus temores?

—Nunca los ha afrontado, pero ahora es su voluntad hacerlo.

—Entonces deja que los afronte.

Sheriam se paró a dos palmos de las arcadas y Nynaeve se detuvo con ella.

—Tu vestido —susurró Sheriam, sin mirarla.

Nynaeve se sonrojó por haber olvidado lo que le había indicado Sheriam de camino desde su habitación. Se desprendió apresuradamente de su vestido, zapatos y medias. Por un momento casi perdió conciencia de los arcos mientras plegaba meticulosamente su ropa y la ponía a un lado. Ocultó con cuidado el anillo de Lan bajo el vestido; no quería que nadie lo viera. Después estuvo lista, y el *ter'angreal* continuaba allí, aguardando.

Notó la frialdad de la piedra en contacto con sus pies descalzos, lo cual le puso carne de gallina, pero se mantuvo erguida, respirando despacio. No estaba dispuesta a permitir que advirtieran su temor.

—La primera vez —explicó Sheriam— es por lo pasado. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

Tras un momento de vacilación, Nynaeve traspuso el arco y se adentró en el resplandor. Éste la rodeó, como si el propio aire reluciera, como si estuviera sumergida en luz. Había luz por doquier. La luz lo era todo.

Nynaeve se sobresaltó al advertir que estaba desnuda y luego miró asombrada en torno a sí. A ambos lados se alzaba una pared de piedra que doblaba su altura, de superficie lisa, como si la hubieran pulido. Los dedos de sus pies se deslizaban sobre un irregular y polvoriento pavimento. El cielo era mate y plomizo, a pesar de la inexistencia de nubes, y el sol parecía hinchado y rojo. En ambas direcciones había

aberturas en el muro, entradas marcadas con cortas y angulosas columnas. Las paredes constreñían su campo visual, pero el suelo tomaba pendiente a partir del lugar donde se hallaba, tanto por delante como por detrás. Más allá de los dinteles se veían más paredes y pasadizos. Se encontraba en un gigantesco laberinto.

«Dónde está esto? ¿Cómo he venido aquí?» Como una voz distinta, la asaltó otro pensamiento: «El camino de retorno sólo aparecerá una vez».

—Si sólo hay una salida, no la encontraré aquí pasmada —se dijo. El aire era al menos cálido y seco—. Espero que hallaré algún atuendo antes de topar con alguien —murmuró.

Vagamente, recordó haber jugado de niña a trazar laberintos en un papel; había un truco para encontrar la salida, pero no lograba traerlo a la mente. Todo su pasado le parecía impreciso, como si perteneciera a otra persona. Apoyando una mano en la pared, comenzó a caminar, alzando nubes de polvo bajo sus pies desnudos.

Al asomarse a la primera abertura del muro, divisó otra galería que no difería en nada de la que ocupaba. Haciendo acopio de aire, continuó recto, atravesando pasadizos que parecían todos iguales. Pronto descubrió algo distinto: el camino se bifurcaba. Dobló a la izquierda y volvió a desembocar en una bifurcación. Tomó de nuevo el ramal izquierdo. En la tercera derivación, el pasillo izquierdo la llevó a un muro sin salida.

Con expresión sombría, retrocedió hasta la última encrucijada y se desvió hacia la derecha. En aquella ocasión llegó a una galería cegada después de doblar cuatro veces a la derecha. Por un momento permaneció de pie, contemplándola con furia.

—¿Cómo he llegado aquí? —se preguntó en voz alta—. ¿Dónde está este lugar? —. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez.»

Volvió a retroceder. Tenía la certeza de que debía haber una manera de guiarse por aquellos meandros. En la última bifurcación, tomó el lado izquierdo, y el derecho en la siguiente. Continuó avanzando resueltamente. Recto hasta llegar a una encrucijada. Izquierda y después derecha.

Se le antojó una estrategia efectiva. Al menos, había pasado una docena de desvíos sin topar con un callejón sin salida. Entonces desembocó en otro.

Por el rabillo del ojo, percibió un amago de movimiento. Cuando se volvió a mirar, sólo vio el polvoriento pasadizo entre pulidas paredes de piedra. Se dispuso a tomar la bifurcación izquierda… y giró sobre sí al captar un nuevo movimiento fugaz. No había nada allí, pero aquella vez tenía la convicción de que había habido alguien tras ella. De que había alguien. Desasosegada, partió presurosa en dirección opuesta.

Una y otra vez, ahora, justo en el límite de su campo visual al fondo de ese o aquel pasillo lateral, veía agitarse algo, demasiado velozmente para distinguirlo, que se esfumaba antes de que hubiera girado la cabeza para mirarlo de frente. Echó a

correr. Pocos muchachos habían sido capaces de derrotarla en una carrera siendo muchacha allá en Dos Ríos. «¿Dos Ríos? ¿Qué es eso?»

Un hombre surgió de una abertura delante de ella. Sus oscuros ropajes tenían un aspecto enmohecido, medio corroído, y era viejo, más viejo que Matusalén. Una piel excesivamente tensada, semejante al pergamino cuarteado, le cubría la calavera, como si no tuviera carne con que rellenarla. Unos finos mechones de pelo quebradizo colgaban de un cuero cabelludo devastado y sus ojos estaban tan hundidos que parecían asomar del fondo de dos cavernas.

Paró en seco, sintiendo el crudo roce de las piedras bajo los pies.

—Soy Aginor —anunció el aparecido, sonriendo— y he venido a buscarte.

El corazón le dio un vuelco. Uno de los Renegados.

—No. ¡No, no es posible!

—Eres una chica muy bonita. Gozaré de ti.

De pronto Nynaeve recordó que estaba completamente desnuda. Con un grito y la cara arrebolada sólo en parte por la rabia, se precipitó por uno de los pasadizos del siguiente cruce. Unas agudas risotadas la persiguieron y el sonido de unos pasos arrastrándose que parecían correr tan velozmente como ella y de una voz velada que susurraba promesas acerca de lo que haría cuando la atrapara, promesas que le revolvían el estómago aun escuchadas a medias.

Buscó con desesperación una salida, mirando frenéticamente en derredor mientras corría con los puños apretados. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.» No veía nada, salvo nuevos retazos de interminable dédalo. Por más que corría, sus repugnantes palabras sonaban indefectiblemente a sus espaldas. Poco a poco, el miedo se convirtió en furia desatada.

—¡Así lo parta un rayo! —sollozó—. ¡Así la Luz lo consuma! ¡No tiene derecho! —Notó en su interior una floración, una brecha que se abría a la luz.

Con las mandíbulas comprimidas, se volvió para encararse a su perseguidor cuando éste apareció, riendo y dando bandazos en su galopada.

—¡No tenéis derecho! —Tendió un puño hacia él y abrió los dedos como si le arrojase algo. Experimentó una ligera sorpresa al ver brotar de él una bola de fuego.

Ésta estalló en el pecho de Aginor y lo derribó. Permaneció tendido un solo instante antes de levantarse tambaleante, ajeno al parecer al fuego que consumía la parte frontal de su chaqueta.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo osas? —espetó, escupiendo.

De improviso el cielo se ensombreció con amenazadores nubarrones grises y negros, entre los que surgió un rayo que apuntaba directamente al corazón de Nynaeve.

Durante una fracción de segundo, le pareció que el tiempo se había detenido súbitamente, como si aquel instante durara una eternidad. Sintió el flujo dentro de ella

—un lejano pensamiento le indicó que era el flujo del *Saidar*— y captó su igual en el relámpago. Y entonces alteró la trayectoria del rayo. El tiempo volvió a discurrir bruscamente.

La descarga provocó una estrepitosa avalancha de piedras sobre la cabeza de Aginor. Los hundidos ojos del Renegado se abrieron con estupor mientras retrocedía con paso vacilante.

—¡No puedes! ¡No es posible! —Se apartó de un brinco, esquivando la lluvia de piedras, que se precipitó en el lugar que había ocupado.

Nynaeve caminó ferozmente hacia él. Y Aginor emprendió la huida.

El *Saidar* era un torrente que le recorría tumultuosamente las entrañas. Percibía las rocas a su alrededor, el aire y los minúsculos fragmentos del Poder único. Y notaba que Aginor hacía… algo asimismo. Lo advirtió oscura y remotamente como si estuviera realizando algo que ella nunca conocería de verdad, pero cuyos efectos notó y reconoció en torno a sí.

El suelo bramó y se resquebrajó bajo sus pies. Las paredes se abatieron ante ella, formando montañas de piedra que le cerraban el paso. Trepó sobre ellas, sin prestar atención a las aristas que le arañaban los pies y manos, manteniendo la mirada fija en Aginor. Entonces se alzó un viento que, aullando en las galerías, la golpeó con furia hasta aplastar sus mejillas y arrasarle los ojos; Nynaeve cambió el curso del flujo, y Aginor cayó rodando por el corredor como un arbusto arrancado de cuajo. Dirigió la corriente hacia el suelo, modificó su impulso, y los muros se desmoronaron sobre Aginor. Obedeciendo a su mirada, una descarga eléctrica se abalanzó hacia el Renegado, haciendo estallar las piedras cada vez más cerca de él. Notaba cómo Aginor forcejeaba para hacer retroceder los rayos contra ella, pero, paso a paso, los deslumbrantes rayos avanzaban implacablemente hacia él.

Algo resplandeció a su derecha, algo que quedó descubierto por las paredes derrumbadas.

Nynaeve sentía cómo Aginor perdía energías, captaba la creciente fragilidad y frenesí de sus esfuerzos por contraatacar, pero, aun así, tenía la certeza de que él no iba a cejar. Si lo dejaba escapar ahora, la perseguiría con tanto ahínco como antes, convencido de que al fin y al cabo ella era demasiado débil para derrotarlo, demasiado endeble para impedirle disponer de su persona a su antojo.

Un arco se erguía en el lugar que había ocupado la piedra, un arco impregnado de una suave irradiación plateada. «El camino de retorno…»

Tuvo conciencia del momento en que el Renegado abandonó su ataque, concentrando todos sus esfuerzos en rechazar sus acometidas. Y su poder era insuficiente: ya no podía parar sus descargas. Ahora debía esquivar, brincando, lo innumerables piedras que precipitaban sus rayos, cada uno de cuyos estallidos lo tiraba al suelo invariablemente.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Los relámpagos cesaron. Nynaeve apartó la mirada de Aginor para contemplar el arco. Volvió la vista hacia el Renegado, justo a tiempo para ver cómo éste se arrastraba sobre las piedras amontonadas antes de desaparecer. Nynaeve bufó decepcionada. La mayor parte del laberinto aún permanecía en pie, a lo cual había que sumar un centenar de nuevos lugares donde ocultarse en los escombros que ambos habían creado. Tardaría en encontrarlo nuevamente, pero estaba persuadida de que, si no lo localizaba ella primero, él lo haría. Una vez recobradas las fuerzas, se precipitaría sobre ella cuando menos lo esperase.

«El camino de retorno sólo aparecerá una vez.»

Asustada, volvió a mirar y vio con alivio que la arcada continuaba allí. Si pudiera encontrar rápidamente a Aginor…

«Ten firmeza.»

Con un grito de frustración, escaló las piedras apiladas en dirección al arco.

—Quienquiera que sea el responsable de que yo esté aquí —murmuró— haré que envidie la suerte que ha corrido Aginor. Voy a… —Entró bajo el arco y la luz la ofuscó.

—Voy a…

Nynaeve salió del arco y se paró a observar en torno a sí. Todo era como recordaba: el ter'angreal de plata, las Aes Sedai, la estancia… Pero las evocaciones la sacudieron como un golpe; un tropel de memorias ausentes invadieron contundentemente su cabeza. Había salido por el mismo arco que entró.

La hermana Roja levantó uno de los cálices de plata y derramó un chorro de fresca y clara agua sobre la cabeza de Nynaeve.

—Quedas limpia del pecado en que hayas incurrido —entonó la Aes Sedai— y de los cometidos contra ti. Quedas limpia del delito que hayas podido perpetrar y de los que han sido dirigidos contra ti. Acudes a nosotras pura e inmaculada, en cuerpo y alma.

Nynaeve se estremeció mientras el agua corría por su cuerpo, goteando en el suelo.

Sheriam la tomó del brazo con una sonrisa de alivio, a pesar de no mostrar asomo de haber estado preocupada anteriormente.

—Por ahora vas bien. Regresar implica hacerlo bien. Recuerda cuál es tu propósito y continuarás con la buena racha. —La pelirroja la condujo a un nuevo arco del ter'angreal.

—Era tan real… —susurró Nynaeve. Guardaba plena conciencia de todo, recordaba haber encauzado el Poder único con tan poco esfuerzo como empleaba para levantar un brazo. Recordaba a Aginor y los horrendos usos que reservaba para

ella. Se estremeció una vez más—. ¿Era real?

—Nadie lo sabe —repuso Sheriam—. Parece verdadero en el recuerdo, y algunas han salido con las marcas reales de las heridas recibidas adentro. Otras se han hecho profundos cortes y han regresado sin rastro de ellos. Todo es diferente para cada mujer que entra. Los antiguos decían que había muchos mundos. Tal vez este *ter'angreal* nos conduce a ellos. Si ése fuera el caso, no obstante, lo hace siguiendo unas reglas muy severas para tratarse de algo que únicamente tenga el cometido de trasladar a alguien de un lugar a otro. Yo creo que no es real. Pero recuerda: tanto si lo que ocurre es verídico como si no lo es, el peligro es tan patente como un cuchillo clavado en el corazón.

—He encauzado el Poder. Ha sido tan fácil…

Sheriam la miró sorprendida.

—Se supone que ello no es posible. No deberías siquiera recordar que eres capaz de encauzar el Poder. —Examinó a Nynaeve—. Y sin embargo, no has salido malparada. Aún puedo detectar la habilidad en ti, tan poderosa como antes.

—Habláis como si fuera peligroso hacerlo —repuso Nynaeve.

Sheriam, vaciló antes de responder.

—No se considera necesario avisar, dado que no deberías poder recordarlo, pero… Este *ter'angreal* fue hallado durante la Guerra de los Trollocs, y tenemos registrados los resultados de su funcionamiento en los archivos. La primera hermana que entró iba fuertemente salvaguardada, habida cuenta de que nadie podía predecir los efectos. Mantuvo la memoria intacta y encauzó el Poder único al verse amenazada. Y salió con sus habilidades consumidas, incapaz de encauzar ni de detectar siquiera la existencia de la Fuente Verdadera. La segunda que lo probó iba también protegida y también resultó destruida del mismo modo. La tercera se adentró sin ninguna precaución, lo olvidó todo cuando se encontró en el interior, y regresó indemne. Ésa es una de las razones por las que te hemos hecho entrar sin advertirte. Nynaeve, no debes volver a encauzar el Poder dentro del ter’angreal. Sé que es difícil recordar algo, pero inténtalo.

Nynaeve tragó saliva. Lo recordaba todo minuciosamente, incluida su capacidad de recordar.

—No encauzaré el Poder —afirmó. «Si puedo recordar que no he de hacerlo.» Sentía deseos de reír sin control.

Habían llegado al siguiente arco. Todos despedían aún el mismo resplandor. Sheriam dedicó a Nynaeve una última mirada de advertencia y la dejó sola.

—La segunda prueba guarda relación con el presente. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

Nynaeve contempló el reluciente arco de plata. «¿Qué habrá ahora adentro?» Las otras esperaban y observaban. Se encaminó resueltamente hacia la luz.

Nynaeve miró con sorpresa el sencillo vestido marrón que llevaba y luego se sobresaltó. ¿Por qué estaba mirándose el vestido? «El camino de retorno sólo aparecerá una vez.»

Miró en derredor, y sonrió. Se encontraba en una punta del prado del Campo de Emond, rodeado de casas de tejados de paja, frente a la Posada del Manantial. El establecimiento brotaba de la roca que despuntaba entre la hierba del prado, y el arroyo del manantial discurría tumultuoso bajo los sauces que crecían junto a él. Las calles estaban vacías, pero la mayoría de la gente debía de estar trabajando a aquella hora de la mañana.

Al mirar la posada, su sonrisa se desvaneció. Ofrecía un aspecto de evidente dejadez, con la cal de la fachada descolorida, un postigo colgando de una sola bisagra, la punta podrida de una viga que dejaba al descubierto un boquete del tejado. «¿Qué le habrá pasado a Bran? ¿Estará dedicando tanto tiempo a la alcaldía que se olvida del mantenimiento de su posada?»

La puerta del establecimiento se abrió, dando paso a Cenn Buie, el cual se detuvo en seco al verla. El viejo reparador de tejados parecía tan nudoso como la raíz de un roble y la mirada que le asestó compartía igual aspereza.

—De modo que has vuelto, ¿eh? Bueno, pues ya puedes volver a largarte.

Nynaeve frunció el entrecejo cuando el anciano escupió a sus pies y pasó presurosamente ante ella; Cenn nunca había sido un hombre de trato agradable, pero rara vez se mostraba abiertamente grosero. Al menos, no con ella, no en persona. Al seguirlo con la mirada, advirtió señales de negligencia por todo el pueblo—: paja que debiera haber sido repuesta, malas hierbas que invadían los patios… La puerta de la casa de la señora al'Caar oscilaba sobre un gozne roto.

Sacudiendo la cabeza, Nynaeve entró en la posada. «Voy a decirle unas cuantas palabras a Bran al respecto.»

En la sala principal no había más que una mujer, con una gruesa y grisácea trenza ladeada sobre el hombro. Estaba limpiando una mesa, pero, a juzgar por la manera como la miraba, Nynaeve no creía que fuera consciente de lo que hacía. La estancia parecía polvorienta.

—¿Marin?

Marin al'Vere se llevó una mano a la garganta, turbada, y fijó la mirada. Aparentaba muchos más años que en el recuerdo que de ella guardaba Nynaeve. Parecía gastada.

—¿Nynaeve? ¡Nynaeve! Oh, eres tú. ¿Has traído a Egwene? Di que sí.

—Yo… —Nynaeve se llevó una mano a la cabeza. «¿Dónde está Egwene?» Tenía la sensación de que habría debido recordarlo—. No. No ha venido. —«El camino de retorno aparecerá sólo una vez.»

La señora al'Vere se desplomó en una de las sillas.

—Lo esperaba tanto… Desde que Bran murió…

—¿Bran ha muerto? —Nynaeve no alcanzaba a imaginárselo; aquel rollizo y sonriente hombre daba la impresión de que iba a durar eternamente—. Debí haber estado aquí.

La otra mujer se levantó de un salto y se acercó precipitadamente a la ventana para observar el prado y el pueblo.

—Si Malena se entera de que estás aquí, habrá problemas. Por lo que sé, Cenn se escabulló en su busca. Él es el alcalde ahora.

—¿Cenn? ¿Cómo pudieron elegir a Cenn esos cabezas de chorlito?

—Fue por Malena. Hizo que todas las componentes del Círculo de Mujeres influyeran en sus maridos a su favor. —Marin casi aplastó la cara contra el cristal, tratando de mirar a la vez en todas direcciones—. Son tan necios esos hombres que no revelan de antemano el nombre que van a depositar en la urna; supongo que todos los que votaron a Cenn pensaron que eran los únicos cuya esposa los había acosado hasta obtener su conformidad. Pensaron que un voto no modificaría nada. Bien, ya han visto las consecuencias. Todos las padecemos.

—¿Quién es esa Malena que tiene al Círculo de Mujeres en un puño? Nunca he oído hablar de ella.

—Es de la Colina del Vigía. Ella es la Zaho… —Marin se giró, frotándose las manos—. Malena Aylar es la Zahorí, Nynaeve. Cuando no volviste… Luz, espero que no se entere de que estás aquí.

Nynaeve estaba perpleja.

—Marin, le tienes miedo. Estás temblando. ¿Qué clase de mujer es? ¿Por qué motivo eligió el Círculo de Mujeres a alguien así?

La señora al'Vere soltó una amarga carcajada.

—Debimos de estar locas. Malena vino a ver a Mavra Mallen el día antes de que Mavra hubiera de regresar a Deven Ride y aquella noche algunos niños cayeron enfermos. Y Malena se quedó para cuidarlos y luego los corderos empezaron a morirse, y Malena también se ocupó de ellos. Nos pareció natural elegirla, pero… Es una tirana, Nynaeve. Obliga a la gente a hacer lo que ella quiere. No para de insistir hasta que uno está demasiado fatigado para volver a contrariarla. Y aún hace cosas peores. Le dio una paliza a Alsbet Luhhan.

Nynaeve representó mentalmente el retrato de Alsbet Luhhan y su marido, Haral el herrero. Ella era casi tan alta como él, corpulenta aunque atractiva.

—Alsbet es casi tan fuerte como Haral. No puedo creer…

—Malena no es muy robusta, pero es… es violenta, Nynaeve. Golpeó a Alsbet por todo el prado con una estaca, ninguno de los que lo vimos tuvimos arrestos para intentar detenerla. Cuando Bran y Haral lo supieron, dijeron que tenía que marcharse,

aun cuando estuvieran entrometiéndose en los asuntos del Círculo de Mujeres. Creo que algunas de las del Círculo les hubieran hecho caso, pero Bran y Haral cayeron enfermos la misma noche y murieron con un día de diferencia. —Marin se mordió el labio y paseó la mirada por la habitación como si pensara que alguien podía estar oculto allí. Bajó la voz—. Malena les preparó los medicamentos, arguyendo que era su obligación aunque hubieran hablado mal de ella. Yo vi…, yo vi cicuta en lo que se llevó al marcharse.

—Pero… ¿estás segura, Marin? —preguntó, estupefacta, Nynaeve—. ¿Estás segura? —La otra mujer asintió, arrugando el rostro a punto de prorrumpir en llanto —. Marin, si tan sólo sospechaste que esa mujer podía haber envenenado a Bran, ¿por qué no recurriste al Círculo?

—Ella afirmó que Bran y Haral no seguían la senda de la Luz —murmuró Marin — al hablar en aquellos términos de la Zahorí. Aseguró que ésa había sido la causa de su muerte; la Luz los había abandonado. Siempre está hablando del pecado. Acusó a Paet al'Caar de haber pecado, hablando mal de ella tras la muerte de Bran y Haral. Todo cuanto había dicho era que ella no tenía la misma mano para curar que tú, pero ella dibujó el Colmillo del Dragón en su puerta, a la vista de todo el mundo. Sus dos hijos murieron antes de que acabara la semana… Su madre los encontró sin vida al ir a despertarlos. Pobre Nela. La encontramos vagando, riendo y llorando al mismo tiempo, gritando que Paet era el Oscuro y que él había matado a sus hijos. Paet se ahorcó al día siguiente. —Se estremeció, adoptando un tono de voz tan bajo que Nynaeve apenas distinguió sus palabras—. Tengo cuatro hijas que todavía viven bajo mi techo. Vivas, Nynaeve. ¿Comprendes lo que digo? Todavía están vivas y quiero que sigan estándolo.

Nynaeve notó cómo el frío se prendía a sus huesos.

—Marin, no puedes permitir esto. —«El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.» Ahuyentó aquel pensamiento—. Si el Círculo de Mujeres se pronuncia unánimemente, podéis libraros de ella.

—¿Pronunciarse contra Malena? —La carcajada de Marin semejó un sollozo—. Todas la tememos. Pero es buena con los niños. Siempre hay niños enfermos últimamente, por lo visto, pero Malena hace lo que puede por ellos. Casi nadie murió por enfermedad cuanto tú eras la Zahorí.

—Marin, escúchame. ¿No ves por qué siempre hay niños enfermos? Cuando no puede valerse del miedo, os hace creer que la necesitáis para los niños. Ella es quien provoca sus dolencias. Igual que lo hizo con Bran.

—No podría —musitó Marin—. No lo haría. No con los pequeños.

—Es ella, Marin. —«El camino de retorno.» Nynaeve apartó sin miramientos aquel eco de su mente—. ¿Hay alguien en el Círculo que no tenga miedo? ¿Alguien que vaya a escucharme?

—No hay nadie que no tenga miedo —contestó la mujer—, pero puede que Corin Ayellan escuche. Si lo hace, podría arrastrar a un par más. Nynaeve, si logramos atraer a parte del Círculo, ¿volverás a ser la Zahorí? Creo que eres la única capaz de enfrentarse a Malena, aunque todos sepamos la mala vida que llevamos. No tienes idea de lo fuerte que es.

—Lo haré. —«El camino de retorno… ¡No! ¡Éste es mi pueblo!»—. Ponte la capa e iremos a ver a Corin.

Marin dudó antes de abandonar la posada y, una vez que se halló afuera con Nynaeve, caminó furtivamente de puerta en puerta, encorvada y recelosa.

Cuando aún se hallaban a medio camino de la vivienda de Corin Ayellan, Nynaeve vio una flaca y alta mujer que caminaba por el prado en dirección a la posada, azotando las matas de hierbas con una gruesa vara de sauce. A pesar de su constitución huesuda, aparentaba una implacable fortaleza, la cual reafirmaban sus labios firmemente apretados. Cenn Buie iba corriendo tras ella.

—Malena. —Marin tiró de Nynaeve hacia el callejón formado por dos casas, y habló en susurros como si temiera que la mujer pudiera escucharla desde el otro lado del prado—. Sabía que Cenn iba a informarle.

Algo indujo a Nynaeve a mirar hacia atrás. Entonces vio el arco de plata, tendido entre ambas casas, reluciendo con una luz blanquecina. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

Marin exhaló un débil grito.

—Nos ha visto. ¡La Luz nos asista, viene hacia aquí!

Aquella alta mujer se había vuelto, dejando a Cenn plantado sin saber adónde encaminarse. El rostro de Malena no reflejaba ninguna clase de incertidumbre. Caminaba despacio, como si no hubiera peligro de que escaparan, con una cruel sonrisa que se ensanchaba a cada paso. Marin tiró de la manga de Nynaeve.

—Debemos escapar. Hemos de escondemos. Nynaeve, vamos. Cenn le habrá dicho quién eres. Ella detesta que alguien hable de ti.

El arco de plata retenía la mirada de Nynaeve. «El camino de retorno…» Sacudió la cabeza, tratando de recordar. Miró a Marin, cuyo rostro estaba desencajado por el terror. «No debes dejar que nada te retenga si quieres sobrevivir.»

—Por favor, Nynaeve. Me ha visto contigo. ¡Me… ha… visto! ¡Por favor, Nynaeve!

Malena se acercaba, implacable. «Mi pueblo.» La arcada resplandecía. «El camino de regreso. Esto no es real.»

Sollozando, Nynaeve desprendió el brazo que aferraba la mano de Marin y se precipitó hacia el relumbre plateado, acosada por los desesperados gritos de la mujer.

—¡Por el amor de la Luz, Nynaeve, ayúdame! ¡AYUDAME!

El resplandor la envolvió.

Nynaeve salió tambaleante del arco, con la mirada fija, apenas consciente de la estancia ni de las Aes Sedai. La última petición de socorro de Marin resonaba en su cerebro. Ni siquiera pestañeó cuando de improviso derramaron agua fría sobre ella.

—Quedas limpia del falso orgullo. Quedas limpia de falsas ambiciones. Acudes a nosotras purificada en cuerpo y alma. —Cuando la Aes Sedai Roja retrocedió, Sheriam tomó entre sus brazos a Nynaeve.

La Zahorí dio un respingo antes de caer en la cuenta de quién era. Entonces agarró con ambas manos el cuello del vestido de Sheriam.

—Decidme que no era real, ¡Decídmelo!

—¿Una mala experiencia? —Sheriam se zafó de sus manos como si estuviera habituada a tales reacciones—. Siempre va degradándose, y la tercera es la peor de todas.

—He abandonado a mi amiga… He abandonado mi pueblo… en la Fosa de la Perdición para regresar. —«Haz, por piedad, Luz, que no sea verdad. No era red… Debo hacérselo pagar a Moraine. ¡Debo hacerlo!»

—Siempre hay un motivo para no regresar, algo que te lo impida o distraiga tu atención. Este *ter'angreal* teje trampas a partir de tu propia mente, con un poderoso y tupido entramado, más duro que el acero y más mortífero que el veneno. Por esta razón lo utilizamos como una prueba. Has de desear más que nada en el mundo convertirte en Aes Sedai, con un fervor que te permita enfrentarte a cualquier cosa, liberarte de cualquier asechanza, para conseguirlo. La Torre Blanca no puede aceptar menos. Eso es lo que exigimos de ti.

—Exigís mucho. —Nynaeve observó el tercer arco mientras la Aes Sedai de pelo rojizo la llevaba hacia él. «El tercero es el peor»—. Tengo miedo —susurró. «¿Qué puede haber peor que lo que acabo de experimentar?»

—Bien —replicó Sheriam—. Pretendes ser una Aes Sedai, encauzar el Poder único. Nadie debería acercarse a éste sin temor y respeto. El miedo te hará ser cautelosa; la prudencia te preservará la vida. —Encaró a Nynaeve con el arco, pero no volvió a tomar la palabra de inmediato—. Nadie va a obligarte a entrar una tercera vez, hija.

Nynaeve se mordió los labios.

—Si me niego, me expulsaréis de la Torre y no me permitiréis volver. —Sheriam asintió—. Y esto es lo peor. —Sheriam asintió de nuevo. Nynaeve hizo una profunda inspiración—. Estoy dispuesta.

—La tercera vez —entonó ceremoniosamente Sheriam— hace referencia al futuro. El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.

Nynaeve se lanzó corriendo al arco.

Corría riendo entre danzantes nubes de mariposas que alzaban vuelo en las flores silvestres que cubrían la cima de la colina con un tupido manto de color. Como la yegua gris se agitaba nerviosamente, balanceando las riendas al borde del prado, Nynaeve dejó de ga*lopar* para no asustar más al animal. Algunas mariposas se posaron en su vestido, sobre flores bordadas y perlas cosidas, o revolotearon alrededor de los zafiros y piedras de la luna que adornaban su cabello, el cual ondeaba suelto sobre sus hombros.

Al pie de la colina, los Mil Lagos se extendían a través de la ciudad de Malkier, reflejando la imponente silueta de las Siete Torres, cuyos estandartes con la Grulla Dorada ondeaban agitando la niebla en su cúspide. La población tenía cientos de jardines, pero ella prefería aquel jardín silvestre situado sobre el altozano. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

El ruido de unos cascos la indujo a girarse.

Al'Lan Mandragoran, rey de Malkier, desmontó de un salto de su corcel y caminó plácidamente a su encuentro, riendo entre las mariposas. Su rostro traslucía dureza de carácter, pero las sonrisas que le dedicaba a ella suavizaban sus ásperas facciones.

Se quedó boquiabierta, tomada por sorpresa cuando él la rodeó con sus brazos y la besó. Por un momento se pegó a él, perdida, devolviéndole las caricias. Tenía los pies colgando a varios centímetros del suelo, pero no le importaba.

De improviso, lo empujó hacia atrás, hurtando la cara.

—No. —Lo apartó con más fuerza—. Déjame. Déjame en el suelo. —Estupefacto, el hombre la depositó en el suelo, y ella retrocedió unos pasos—. Esto no —dijo—. No puedo afrontar esto. Cualquier cosa menos esto. —«Por favor, dejad que me enfrente de nuevo a Aginor.» Los recuerdos giraron como un remolino. «¿Aginor?» Ignoraba de dónde provenía aquel pensamiento. La memoria iba y venía a trompicones, acarreando fragmentos que discurrían con la velocidad de témpanos de hielo arrastrados por un caudaloso río. Intentó aferrar aquellos trozos, asir algo donde sujetarse.

—¿Estás bien, mi amor? —inquirió Lan con preocupación.

—¡No me llames así! ¡Yo no soy tu amor! ¡No puedo casarme contigo!

Se sobresaltó al ver cómo echaba la cabeza atrás y estallaba en risas.

—Tu insinuación de que no estamos casados podría molestar a nuestros hijos, esposa mía. ¿Y cómo es posible que no seas tú mi amor? Yo no tengo otro, ni voy a tenerlo.

—Debo regresar. —Buscó con desesperación el arco, pero sólo vio el prado y el cielo. «Más duro que el acero y más mortífero que el veneno. Lan. ¡Los hijos de Lan, la Luz me asista!»—. Debo regresar.

—¿Regresar? ¿Adónde? ¿Al Campo de Emond? Si así lo deseas, enviaré cartas a Morgase y ordenaré una escolta.

—Sola —murmuró, todavía mirando en tomo a sí. «¿Dónde estoy? He de irme»—. No pienso involucrarme en esto. No podría soportarlo. Esto no. ¡He de irme ahora mismo!

—¿Involucrarte en qué, Nynaeve? Dime, ¿qué es lo que no podrías soportar? No, Nynaeve. Puedes cabalgar sola aquí si lo deseas, pero, si la reina de los malkieri llegara a Andor sin la debida escolta, Morgase se escandalizaría, suponiendo que no se ofendiera. Tú no quieres ofenderla, ¿verdad? Pensaba que erais amigas.

Nynaeve sintió como si le hubieran golpeado repetidamente la cabeza, aturdiéndola.

—¿Reina? —inquirió vacilante—. ¿Tenemos hijos?

—¿Seguro que te encuentras bien? Creo que será mejor que te lleve a ver a Sharina Sedai.

—No. —Volvió a apartarse de él—. Ninguna Aes Sedai. —«No es real. No voy a dejarme seducir por esto. ¡No voy a hacerlo!»

—Muy bien —acordó—. Siendo mi esposa, ¿cómo no ibas a ser reina? Aquí somos malkieri, no sureños. Fuiste coronada en las Siete Torres al mismo tiempo que intercambiamos los anillos. —Movió inconscientemente la mano izquierda, cuyo índice rodeaba un sencillo aro de oro. Lanzó una ojeada a su propia mano, al anillo que preveía que estaría allí; lo tapó con la otra mano, sin saber a ciencia cierta si lo hacía para ocultarlo o para notarlo en su palma—. ¿Lo recuerdas ahora? —prosiguió. Alargó una mano como si quisiera rozarle la mejilla, y ella retrocedió seis pasos más. Lan suspiró—. Como desees, mi amor. Tenemos tres niños, aunque sólo a uno de ellos puede llamárselo así. Maric casi te llega ya al hombro y no acaba de decidir si prefiere los caballos o los libros. Elnore ha empezado a practicar las artes para traer de cabeza a los muchachos, cuando no está acosando a Sharina con preguntas que versan acerca del tiempo que habrá de aguardar hasta poder ir a la Torre Blanca.

—Elnore era el nombre de mi madre —murmuró Nynaeve.

—Eso dijiste al elegirlo, Nynaeve…

—No. No voy a dejarme engatusar esta vez. Esta no. ¡No voy a creerlo! —Tras él, entre los árboles situados junto al prado, vio el arco de plata. La espesura lo había ocultado antes. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez.» Se volvió hacia él—. Ahora debo marcharme. —Cuando Lan la tomó de la mano, sintió como si los pies hubieran echado raíces en la piedra; no lograba despegarlos.

—Ignoro lo que te preocupa, esposa mía, pero, sea lo que sea, dímelo y lo enmendaré. Sé que no soy el mejor de los maridos. Estaba lleno de asperezas cuando te encontré, pero tú las has limado, algunas al menos.

—Eres el mejor de los maridos —murmuró. Descubrió, horrorizada, que lo recordaba como marido suyo, rememorando risas y lágrimas, amargas discusiones y dulces reconciliaciones. Eran vagos recuerdos, pero notaba cómo iban tornándose

precisos, cálidos—. No puedo. —El arco permanecía allí, a tan sólo unos pasos de distancia. «El camino de retorno sólo aparecerá una vez. Ten firmeza.»

—No sé qué está pasando, Nynaeve, pero siento como si estuviera perdiéndote. No podría soportarlo. —Le puso una mano en el pelo; cerrando los ojos, Nynaeve presionó la mejilla contra sus dedos—. Quédate conmigo, para siempre.

—Quiero quedarme —replicó suavemente—. Quiero quedarme contigo. —Cuando abrió los ojos el arco había desaparecido. «… sólo una vez»—. No. ¡No!

Lan la encaró con él.

—¿Qué te inquieta? Debes decírmelo si he de ayudarte.

—Esto no es real.

—¿Qué no es real? Antes de conocerte, no pensaba que nada lo fuera salvo la espada. Mira a tu alrededor, Nynaeve. Es real. Los dos juntos podremos hacer que todos tus deseos cobren realidad.

Miró perpleja en torno a sí. El prado seguía allí. Las Siete Torres todavía se erguían sobre los Mil Lagos. El arco se había esfumado, pero nada más había cambiado. «Podría quedarme aquí, con Lan. Nada ha cambiado.» Sus pensamientos tomaron un nuevo rumbo. «Nada ha cambiado. Egwene está sola en la Torre Blanca. Rand encauzará el Poder y se volverá loco. ¿Y qué les ocurrirá a Mat y a Perrin? ¿Podrán modificar el curso de sus vidas? Y Moraine, que destruyó nuestras vidas, aún circula libremente.»

—Debo regresar —susurró. Incapaz de resistir el dolor que expresaba su rostro, se apartó de él. Deliberadamente, formó el capullo de una flor en su mente, un capullo blanco con el tallo de un espino negro. Imaginó unas espinas afiladas y crueles, obedeciendo al deseo de que le horadaran la carne, que ya sentía lacerada como si pendiera de las ramas del arbusto. La voz de Sheriam Sedai bailaba en el límite de su percepción, advirtiéndole del peligro que entrañaba encauzar el Poder, El capullo se abrió, y el *Saidar* la henchió de luz.

—Nynaeve, dime qué sucede.

La voz de Lan se deslizó hacia ella que, refugiada en la concentración, rehusó prestarle oídos. Todavía tenía que haber una salida. Clavando los ojos en el lugar que había ocupado el arco de plata, intentó hallar algún resto de él. No había nada.

—Nynaeve…

Trató de representar mentalmente la arcada, detallando minuciosamente su curvada forma de resplandeciente metal que albergaba un brillo semejante a un níveo fuego. Pareció vacilar allí, al frente, primero entre ella y los árboles para desaparecer y volver a insinuarse.

—… te quiero…

Se acogió al *Saidar*, bebiendo del flujo del Poder único hasta que creyó que iba a estallar. El fulgor que la llenaba, rutilando a su alrededor, le hería los ojos. El calor

parecía consumirla. La vacilante imagen del arco cobró firmeza y se completó. El fuego y el dolor la atormentaban; sentía como si le ardieran los huesos; su cerebro parecía un horno llameante.

—… con todo mi corazón.

Corrió hacia la curva plateada, sin permitirse mirar atrás. Había tenido la certeza de que lo más amargo que oiría en toda su vida era la llamada de socorro de Marin al'Vere cuando ella la había abandonado, pero eso fue una pequeñez en comparación con el sonido de la angustiada voz de Lan que la perseguía.

—Nynaeve, no me dejes, por favor.

El resplandor blanco la consumía.

Desnuda, Nynaeve salió tambaleándose del arco y cayó de hinojos, sollozante, con la mandíbula desencajada y las mejillas surcadas de lágrimas. Sheriam se arrodilló a su lado. Miró con furia a la Aes Sedai de cabello rojizo.

—¡Os odio! —logró articular airadamente, con un nudo en la garganta—. ¡Odio a todas las Aes Sedai!

Sheriam emitió un breve suspiro y la ayudó a levantarse.

—Hija, casi todas las mujeres que pasan por este trance dicen lo mismo. No es una nimiedad tener que afrontar los propios temores. ¿Qué es esto? —preguntó vivamente, poniéndole las palmas boca arriba.

Las manos de Nynaeve temblaron con un súbito dolor que no había notado antes. Atravesando la palma de cada una de ellas, justo en el centro, había una larga espina negra. Sheriam las extrajo con cuidado; Nynaeve sintió el frescor curativo del contacto de la Aes Sedai. Las púas sólo dejaron al salir una pequeña cicatriz en el dorso y la parte delantera de la mano.

—No debieras presentar heridas —observó, ceñuda, Sheriam—. ¿Y cómo has recibido solamente dos y ambas situadas en lugares tan precisos? Si te has enganchado en una mata de espino negro, deberías estar cubierta de arañazos y espinas.

—Debería —repuso con amargura Nynaeve—. Tal vez pensé que ya había pagado un precio suficiente.

—Siempre existe un precio —convino la Aes Sedai—. Vamos. Ya has pagado el primero. Toma ahora la recompensa. —Dio un leve empujón a Nynaeve.

Ésta advirtió entonces que había más Aes Sedai en la habitación. La Amyrlin se encontraba allí con su estola rayada, acompañada de una hilera de hermanas, cuyos chales representaban con el color de sus flecos cada uno de los Ajahs. Todas la miraban. Recordando las instrucciones de Sheriam, Nynaeve avanzó tambaleante y se postró de rodillas ante la Amyrlin. Era ella quien sostenía el último cáliz, el cual inclinó lentamente sobre la cabeza de Nynaeve.

—Quedas limpia de Nynaeve al’Meara del Campo de Emond. Quedas limpia de todo lazo que te vincula al mundo. Acudes a nosotras pura, en cuerpo y alma. Eres Nynaeve al'Meara. Aceptada de la Torre Blanca. —Después de tender el cáliz a una de las hermanas, la Amyrlin la ayudó a ponerse en pie.—. Ahora ya las sellado una unión con nosotras.

Los ojos de la Amyrlin parecían emitir un siniestro brillo. El estremecimiento de Nynaeve no guardó ninguna relación con el hecho de hallarse desnuda y mojada.

24



Nuevos amigos y viejos enemigos

Egwene caminaba en pos de la Aceptada por los corredores de la Torre Blanca, entre tapices y pinturas que pendían de paredes tan blancas como la fachada de la torre, hollando sucios cubiertos de ornadas baldosas. El blanco vestido de la Aceptada era exactamente igual que el suyo, exceptuando las siete estrechas cintas de color en el borde de la falda y en los puños. Egwene frunció el entrecejo al mirar aquella prenda. Desde el día anterior Nynaeve llevaba también el vestido de Aceptada y no parecía sentir alegría por ello, ni por lucir el anillo de oro con la forma de una serpiente que se mordía la cola, símbolo de su nuevo rango. En las pocas ocasiones en que le había sido dado ver a la Zahorí, sus ojos parecían velados, como si hubieran visto cosas que deseaba fervientemente no haber presenciado.

—Aquí adentro —le informó escuetamente la Aceptada, señalando una puerta. Se llamaba Pedra y era una mujer bajita y enjuta, algo mayor que Nynaeve, con un invariable y enérgico tono de voz—. Se te otorga este tiempo porque es tu primer día, pero espero que estés en la cocina cuando el gong de la hora Alta, ni un minuto más tarde.

Egwene hizo una reverencia y luego sacó la lengua a la espalda de la Aceptada, que ya se retiraba. A pesar de que hasta la víspera Sheriam no había anotado su nombre en el libro de las novicias, ya sabía que le desagradaba Pedra. Empujó la puerta y entró.

En la sencilla y reducida habitación de blancas paredes había una joven sentada en uno de los dos duros bancos, con una pelirroja melena desparramada sobre los hombros. El suelo carecía de alfombras, como era usual en las estancias que ocupaban las novicias. Egwene calculó que la muchacha tendría más o menos su misma edad, pero la dignidad y firmeza de su porte la hacían aparentar más años. De algún modo, el vestido de novicia, de tosco corte, lucía de otra manera en ella. Con más elegancia. Eso era.

—Me llamo Elayne —dijo—, y tú eres Egwene. —Ladeó la cabeza, observándola

—. Del Campo de Emond, en Dos Ríos. —Lo pronunció como si tuviera algún significado especial, pero prosiguió de corrido—. A las nuevas novicias se les asigna siempre durante unos días alguien que ya ha permanecido aquí una temporada, para ayudarlas a adaptarse. Siéntate, por favor.

Egwene tomó asiento en el otro banco, frente a Elayne.

—Pensaba que las Aes Sedai se ocuparían de mi aprendizaje ahora que ya soy una novicia, pero todo cuanto ha ocurrido hasta el momento es que Pedra me ha despertado dos horas antes del amanecer y me ha puesto a barrer los pasillos. Dice que también tendré que ayudar a fregar los platos después de la cena.

—Odio fregar platos —confesó Elayne, con una mueca de desagrado—. Nunca tuve que hacerlo… Bueno, eso no importa. De ahora en adelante recibirás instrucción a esta hora. Desde el desayuno hasta la hora Alta y luego de nuevo de la comida a la hora Trina. Si vas especialmente rápida o lenta, puede que también te tomen desde la cena a la hora Baja, pero ese rato está reservado por lo general a otras tareas. —Los azules ojos de Elayne adoptaron un aire pensativo—. Naciste con ello, ¿verdad? —Egwene asintió—. Sí, me pareció percibirlo. Lo mío también es innato. No te decepciones por no haberlo adivinado. Aprenderás a captar la habilidad en otra mujer. Yo tuve la ventaja de criarme cerca de una Aes Sedai.

Egwene sintió deseos de preguntar acerca de ello, «¿Quién crece junto a una Aes Sedai?», pero Elayne continuó hablando.

—Y tampoco te desilusiones si transcurre un tiempo hasta que seas capaz de conseguir algún logro. Con el Poder único, me refiero. Incluso lo más simple lleva cierto tiempo. La paciencia es una virtud que debes incorporar. —Arrugó la nariz—. Sheriam Sedai siempre dice eso y no escatima esfuerzos para hacérnoslo aprender. Si intentas correr cuando ella te indica que camines, te hará presentarte en su estudio en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya he recibido unas cuantas lecciones —señaló Egwene, tratando de adoptar un tono de modestia.

Se abrió al flujo del *Saidar*, lo cual conseguía ahora con relativa facilidad, y sintió cómo su calidez le bañaba el cuerpo. Decidió intentar realizar lo más espectacular que podía lograr. Alargó la mano, y sobre ella se formó una reluciente esfera de pura luz. Ésta vacilaba, pues aún no conseguía mantenerla quieta, pero estaba allí.

Elayne extendió la mano, y otra bola de luz apareció encima de su palma. Aquélla también temblaba.

Elayne soltó de improviso una risita, y la esfera y la luz que la rodeaban se apagaron de inmediato.

—¿La has visto a mi alrededor? —inquirió con excitación—. Yo sí he visto el halo en torno a ti. Ésta ha sido la primera vez. ¿También lo ha sido para ti?

Egwene asintió, sumándose a las risas de la otra muchacha.

—Me gustas, Elayne. Creo que vamos a ser amigas.

—A mí también me lo parece, Egwene. Eres de Dos Ríos, del Campo de Emond. ¿Conoces a un chico llamado Rand al'Thor?

—Lo conozco. —De pronto Egwene recordó algo que le había contado Rand, una historia que ella no había creído, según la cual había caído de una Pared y aterrizado en un jardín, donde había encontrado a… —. Tú eres la heredera del trono de Andor —dedujo con asombro.

—Sí —contestó simplemente Elayne—. Si Sheriam Sedai llegara a oír que lo he mencionado, creo que ya estaría en su estudio antes de terminar de decir esto.

—Todas hacen comentarios acerca de las llamadas al estudio de Sheriam, incluso las Aceptadas. ¿Son tan severas sus reprimendas? A mí me parece una mujer amable.

Elayne titubeó y cuando se decidió a hablar lo hizo lentamente, sin mirarla a los ojos.

—Tiene una vara de sauce en la mesa. Dice que si no somos capaces de aprender las normas de una manera civilizada, nos las enseñará de otra. Existen tantas normas para las novicias que es muy difícil no violar ninguna —concluyó.

—Pero eso es… es horrible. Yo no soy una niña y tampoco lo eres tú. No pienso dejarme tratar como si lo fuera.

—Pero somos unas chiquillas. Las Aes Sedai, las hermanas de pleno derecho, son mujeres maduras. Las Aceptadas son jóvenes, lo bastante mayores para depositar en ellas un grado de confianza sin que nadie las esté vigilando en todo momento. Y las novicias son las niñas, que hay que proteger y cuidar, conducir al camino que deben seguir y castigar cuando no hacen lo que deben. Sheriam Sedai lo explica de esta forma. Nadie va a castigarte con motivo de las clases, a menos que trates de realizar algo que te han prohibido. Es duro no intentarlo a veces; verás que querrás encauzar el Poder con tanto apremio como pones en el acto de respirar. Pero si rompes demasiados platos porque estás pensando en las musarañas cuando deberías fregar, si le faltas al respeto a una Aceptada, si abandonas la Torre sin permiso, si diriges la palabra a una Aes Sedai antes de que hable ella primero o… Lo único que te resta es hacer cuanto esté en tu mano. No queda más remedio.

—Parece como si trataran de despertar en nosotras el deseo de marcharnos —protestó Egwene.

—Sí y no. Egwene, sólo hay cuarenta novicias en la Torre. Únicamente cuarenta, de las cuales no llegarán a Aceptadas más que siete u ocho. Ésa no es una cantidad suficiente, a decir de Sheriam. Según explica, no hay suficientes Aes Sedai para llevar a cabo los cometidos necesarios. Pero la Torre no puede rebajar sus requisitos, ni lo hará. Las Aes Sedai no pueden admitir como hermana a una mujer si no dispone de la habilidad, de la fuerza y del deseo. No pueden entregar el anillo y el chal a alguien que no sea capaz de encauzar bien el Poder, que se deje intimidar o que se

eche atrás cuando las cosas se ponen difíciles. El entrenamiento y las pruebas ponen tanto énfasis en el encauzamiento como en la fortaleza y el deseo… Bueno, si quieres irte, te dejarán marchar. Una vez que tengas suficientes conocimientos como para no morir a causa de la ignorancia.

—Sheriam ya nos ha puesto al corriente de algo de esto —comentó Egwene—, pero nunca había pensado que faltaran Aes Sedai.

—Ella tiene una teoría al respecto. ¿Conoces la costumbre de la tría? ¿Entresacar del rebaño aquellos animales que tienen rasgos que no gustan? —Egwene asintió con impaciencia; nadie podía crecer entre corderos y desconocer la tría—. Sheriam Sedai opina que con la persecución de los hombres que podrían encauzar el Poder que viene llevando a cabo desde hace tres siglos el Ajah Rojo, estamos contribuyendo a la disminución de la capacidad de encauzar de toda la especie, aunque yo que tú no mencionaría esto en presencia de ninguna Roja.

Sheriam Sedai ha sostenido más de una acalorada discusión a raíz de esto, y nosotras no somos más que novicias.

—No lo haré, descuida.

—¿Está bien Rand? —preguntó Elayne tras una pausa.

Egwene sintió un súbito acceso de celos —Elayne era preciosa— que desapareció casi de inmediato bajo una oleada de temor. Rememoró lo poco que sabía del encuentro de Rand con la heredera del trono, y recobró la calma, diciéndose que no era posible que Elayne conociera la capacidad de Rand para encauzar el Poder.

—Egwene…

—Está bien dentro de lo que cabe. —«Espero que lo esté, ese necio cabeza de chorlito»—. Partía a caballo con algunos soldados shienarianos la última vez que lo vi.

—¡Shienarianos! El me dijo que era un pastor. —Sacudió la cabeza—. Me descubro pensando en él en las más imprevistas ocasiones. Elaida cree que de alguna manera es importante. No lo expresó abiertamente, pero ordenó que lo buscaran y se puso furiosa al enterarse de que había abandonado Caemlyn.

—¿Elaida?

—Elaida Sedai, la consejera de mi madre. Es del Ajah Rojo, pero a mi madre no parece importarle eso.

Egwene notó la boca seca. «Del Ajah Rojo y se interesa por Rand.»

—No…, no sé dónde está ahora. Se fue de Shienar y no creo que regrese allí.

—Si supiera dónde encontrarlo, no se lo diría a Elaida, Egwene —advirtió Elayne, mirándola a los ojos—. Él no ha hecho nada malo, que yo sepa, y me temo que ella quiere servirse de él de algún modo. De todas maneras, no la he visto desde el día en que llegamos, con los Capas Blancas a la zaga. Todavía están acampados en la ladera del Monte del Dragón. —De improviso se puso en pie—. Hablemos de

cosas más alegres. Hay otras dos aquí que también conocen a Rand y me gustaría presentarte a una de ellas. —Tomó a Egwene de la mano y la llevó afuera.

¿Dos muchachas? Al parecer Rand conocía muchas.

Todavía arrastrando a Egwene por el corredor, Elayne observó su expresión.

—Bueno, una de ellas es una chica muy perezosa llamada Elsa Grinwell. No creo que permanezca mucho tiempo aquí. Rehuye sus tareas y siempre se escapa para mirar cómo practican los Guardianes con la espada. Dice que Rand fue a la granja de su padre con un amigo suyo, Mat. Por lo visto le pusieron en la cabeza nociones acerca del mundo que se extendía más allá del siguiente pueblo y se fugó para convertirse en una Aes Sedai.

—Los hombres —murmuró Egwene—. Yo bailo unas cuantas danzas con un joven encantador y Rand pone una cara de mil demonios, pero él… —Se interrumpió cuando un hombre entró en el pasadizo delante de ellas. Elayne se detuvo también y le apretó la mano.

No había nada alarmante en su aspecto, aparte de su súbita aparición. Era alto y bien parecido, de mediana edad, con largos y rizados cabellos oscuros, Pero tenía los hombros caídos y la mirada triste. No hizo ademán de acercarse a Egwene y Elayne; se limitó a permanecer de pie, mirándolas, hasta que una de las Aceptadas apareció tras él.

—No deberíais estar aquí —le dijo sin brusquedad.

—Quería caminar. —Su voz era profunda y tan triste como sus ojos.

—Podéis caminar afuera en el jardín, donde os corresponde estar. El sol os sentará bien.

El hombre lanzó una amarga carcajada.

—¿Con dos o tres de vosotras vigilando todos mis pasos? Lo que ocurre es que teméis que encuentre un cuchillo. —Volvió a reír, habiendo percibido la expresión de los ojos de la Aceptada—. Para mí, mujer, para mí. Llevadme a vuestro jardín y a vuestros atentos ojos.

La Aceptada le tocó ligeramente el brazo y lo condujo afuera.

—Logain —le informó Elayne cuando hubo salido.

—¡El falso Dragón!

—Lo han amansado, Egwene. Ahora no es más peligroso que cualquier hombre ordinario. Pero recuerdo haberlo visto antes, cuando se necesitaban seis Aes Sedai a su alrededor para impedir que esgrimiera el Poder y nos destruyera a todos. —Se estremeció. Egwene también experimentó un escalofrío. Eso era lo que le haría el Ajah Rojo a Rand.

—¿Siempre han de amansarlos? —preguntó, y al ver cómo la observaba Elayne, boquiabierta, añadió—: Es que se me ocurre que las Aes Sedai podrían encontrar otra manera de tratarlos. Anaiya y Moraine afirman que las mayores hazañas de la Era de

Leyenda requerían la aplicación conjunta del Poder por parte de hombres y mujeres. Pensé que podrían tratar de encontrar otros métodos.

—Bien, no dejes que ninguna hermana Roja escuche esos pensamientos en voz alta, Egwene. Lo intentaron. Lo hicieron durante los trescientos años posteriores a la construcción de la Torre Blanca, y renunciaron porque no había modo de encontrar otra solución. Vamos. Quiero presentarte a Min. Gracias a la Luz, no está en el jardín adonde va Logain.

Aquel nombre le sonaba vagamente familiar a Egwene quien, al ver a la joven, comprendió el porqué. Había un estrecho arroyo en el jardín, atravesado por un bajo puente de piedra, sobre cuya pared estaba sentada Min con las piernas cruzadas. Llevaba unos ajustados pantalones de hombre y una holgada camisa, que, junto con su oscuro cabello corto, le conferían el aspecto de un muchacho, si bien extraordinariamente guapo. Sobre la piedra de remate, a su lado, había una capa gris.

—Te conozco —dijo Egwene—. Trabajabas en la posada de Baerlon. —Una ligera brisa rizaba el agua bajo el puente y los pájaros trinaban en los árboles del jardín.

—Y tú eres una de esas que atrajeron sobre nosotros a los Amigos Siniestros que quemaron la casa —contestó, sonriendo, Min—. No, no te inquietes. El mensajero que vino a buscarme trajo dinero suficiente para que maese Fitch volviera a levantarla con un tamaño dos veces superior. Buenos días, Elayne. ¿No estás esclavizada con alguna lección? ¿Ni con cazuelas? —Lo preguntó con un tono de chanza, indicativo de una amistosa comprensión que Elayne confirmó con la mueca esbozada por respuesta.

—Veo que Sheriam todavía no ha conseguido meterte dentro de un vestido.

—Yo no soy una novicia —replicó Min, riendo pícaramente. Entonces imitó una voz aguda—. Sí, Aes Sedai. No, Aes Sedai. ¿Queréis que barra otro suelo, Aes Sedai? Yo —agregó, volviendo a adoptar su tono normal— me visto como quiero. —Se volvió hacia Egwene—. ¿Cómo está Rand?

Egwene frunció los labios. «Debería tener cuernos de carnero como un trolloc», pensó furiosa.

—Sentí que tu posada se incendiara y me alegro de que maese Fitch pudiera reconstruirla. ¿Por qué has venido a Tar Valon? Es evidente que no tienes intención de convertirte en una Aes Sedai. —Min enarcó una ceja, en lo que Egwene interpretó como una expresión divertida.

—Rand le gusta —explicó Elayne.

—Lo sé. —Min lanzó una ojeada a Egwene y por un instante ésta creyó percibir tristeza o pesar en sus ojos—. Estoy aquí —respondió prudentemente Min— porque me mandaron llamar, dándome a escoger entre venir cabalgando o atada dentro de un saco.

—Siempre lo cuentas exagerando —objetó Elayne—. Sheriam Sedai vio la carta y dice que era una petición. Min ve cosas, Egwene. Por esa razón está aquí, para que las Aes Sedai puedan estudiar cómo lo hace. No tiene nada que ver con el Poder.

—Una petición —resopló Min—. Cuando una Aes Sedai solicita la presencia de alguien, su pedido es tan conminatorio como la orden de una reina respaldada por un centenar de soldados.

—Todo el mundo ve cosas —observó Egwene.

—No como Min. Ella ve… halos… alrededor de la gente. E imágenes.

—No siempre —puntualizó Min—. No con todas las personas.

—Y puede descubrir detalles sobre ellas a partir de las aureolas, aunque no estoy segura de que cuente siempre la verdad. Me dijo que tendría que compartir a mi marido con otras dos mujeres y que nunca me avendría a ello. No hace más que reírse y repetir que no ha sido ella quien inventó eso. Pero me auguró que sería una reina antes de saber quién era; dijo que veía una corona y que ésta era la Corona de la Rosa de Andor.

—¿Qué ves al mirarme a mí? —inquirió Egwene, a su pesar.

—Una llama blanca y… oh, todo tipo de cosas. Pero en realidad no sé lo que significa.

—No para de repetir eso —terció secamente Elayne—. Una de las cosas que vio al mirarme fue una mano cortada. Dice que no es la mía, pero que no sabe lo que significa.

—Porque no lo sé —aseguró Min—. Ignoro el significado de la mitad de las cosas.

El crujido de unas botas en el paseo las hizo volverse para mirar a dos jóvenes que llevaban las camisas y chaquetas en los brazos y tenían los torsos desnudos y espadas envainadas en las manos. Egwene pensó que jamás había visto un hombre más atractivo que aquel alto y esbelto y a un tiempo musculoso joven que se movía con la agilidad de un gato. De pronto advirtió que él se inclinaba sobre su mano, que sin siquiera darse cuenta ella había tomado en la suya, Y se estrujó el cerebro tratando de recordar el nombre que había oído.

—Galad —murmuró. El joven la miró con sus oscuros ojos. Era mayor que ella, mayor que Rand. Al pensar en Rand, tuvo un sobresalto y recobró la conciencia de la realidad.

—Y yo soy Gawyn —anunció, sonriendo, el otro joven—, ya que no creo que lo hayas escuchado la primera vez. —Min también sonreía y sólo Elayne fruncía el entrecejo.

Egwene recordó de repente la mano que aún retenía Galad y la soltó.

—Si vuestras obligaciones lo permiten —propuso Galad— me gustaría volver a veros, Egwene. Podríamos pasear o, si os dan permiso para salir de la Torre,

merendar fuera de la ciudad.

—Me… me encantaría.

La incomodaban las alborozadas sonrisas de Min y Gawyn y el entrecejo aún fruncido de Elayne. Trató de recobrar el aplomo, de pensar en Rand. «Es tan… guapo.» Dio un respingo, temerosa de haber hablado en voz alta.

—Hasta entonces. —Desprendiendo finalmente la mirada de sus ojos, Galad dedicó una reverencia a Elayne—. Hermana. —Flexible como un junco, se alejó caminando por el puente.

—Ese —murmuró Min, mirándolo— siempre hará lo que es debido. Sin tener en cuenta si con ello hiere a alguien.

—¿Hermana? —inquirió Egwene. Elayne todavía tenía la expresión levemente malhumorada—. Me ha parecido que era tu… Quiero decir que por la cara que has puesto… —Había creído que Elayne estaba celosa y aún no estaba segura de lo contrario.

—No soy su hermana —aseveró con firmeza Elayne—. Me niego a serlo.

—Nuestro padre era su padre —aclaró Gawyn—. No puedes negar eso, a menos que quieras tratar de embustera a nuestra madre y para eso, creo, habría que tener más arrestos de los que disponemos entre los dos.

Por primera vez, Egwene reparó en que Gawyn tenía el mismo cabello dorado con tonalidades rojizas que Elayne, si bien algo más oscuro y rizado por el sudor.

—Min tiene razón —comentó Elayne—. Galad carece del más mínimo sentido humanitario. Para él el deber está por encima de la clemencia, de la piedad o de… No es más humano que un trolloc.

—De eso no sé nada. —Gawyn volvió a sonreír—. Pero no lo parece, a juzgar por la manera como miraba a Egwene, aquí presente. —Percibió su mirada, y la de su hermana, y levantó las manos como si quisiera ahuyentarlas con su espada enfundada —. Además, es la persona más diestra en el manejo de la espada que he visto. Los Guardianes sólo tienen que enseñarle algo una vez, y ya lo ha aprendido. Me hacen sudar como un condenado para aprender la mitad de lo que hace Galad sin esforzarse.

—¿Y ser bueno con la espada ya es suficiente? —espetó Elayne—. ¡Hombres! Egwene: como ya habrás adivinado, este tonto medio desnudo es mi hermano. Gawyn, Egwene conoce a Rand al'Thor. Son del mismo pueblo.

—¿Sí? ¿Nació realmente en Dos Ríos, Egwene?

Egwene se obligó a asentir con naturalidad. «¿Qué es lo que sabe?»

—Desde luego. Crecí con él.

—Desde luego —convino lentamente Gawyn—. Un tipo bien extraño. Un pastor, según dijo, aun cuando no tuviera el aspecto ni los modales propios de un campesino. ¡Qué extraño! He encontrado a toda clase de personas que conocían a Rand al'Thor. Algunas ni siquiera conocen su nombre, pero la descripción no podía corresponder a

nadie más, y él ha cambiado el curso de las vidas de cada una de ellas. Había un viejo granjero que fue a Caemlyn sólo para ver a Logain, cuando lo llevaron a la ciudad de camino hacia aquí, y que se quedó, no obstante, para dar su respaldo a nuestra madre cuando comenzaron a producirse los disturbios. A causa de un joven que había salido a ver mundo, el cual le había hecho pensar que la vida era más amplia que su granja: Rand al'Thor. Cualquiera se inclinaría a pensar que es *ta'veren*. No cabe duda de que Elaida está interesada en él—. Me pregunto si el hecho de haberlo conocido modificará el curso de nuestras vidas.

Egwene miró a Elayne y Min. Tenía la certeza de que ellas no podían sospechar con razones fundadas que Rand fuera realmente *ta'veren*. Nunca hasta entonces había reflexionado en ese aspecto; él era Rand y había recibido la maldición de poder encauzar el Poder. Pero los *ta'veren* movían a la gente, tanto si lo querían como si no.

—De veras me gustáis —declaró de súbito, abarcando a las dos muchachas en su gesto—. Quiero ser amiga vuestra.

—Y yo tuya —respondió Elayne.

Impulsivamente, Egwene la abrazó y luego Min se unió a ellas.

—Las tres estamos unidas —dijo Min— y no podemos permitir que ningún hombre se entrometa en esto. Ni siquiera él.

—¿Le importaría a alguna de vosotras explicarme qué sucede? —inquirió amablemente Gawyn.

—No lo entenderías —contestó su hermana, y las tres muchachas prorrumpieron en un coro de risas.

—Bueno, si tiene algo que ver con Rand al'Thor, aseguraos de que no os oiga Elaida. Desde que llegamos ha venido a importunarme tres veces, como si de un interrogador Capa Blanca se tratara. No creo que tenga intención de causarle ningún… —Se sobresaltó; había una mujer que cruzaba el jardín, una mujer con un chal de flecos rojos—. Nombra al Oscuro —citó— y éste aparecerá. No necesito escuchar otro sermón sobre la obligación de usar la camisa cuando estoy fuera del campo de práctica. Buenos días a todas.

Elaida dedicó una ojeada a la espalda de Gawyn mientras se acercaba al puente. A juicio de Egwene, era una mujer atractiva más que hermosa, pero su aspecto de edad indefinida evidenciaba su condición con tanta certeza como el chal; sólo las hermanas ascendidas recientemente carecían de ese rasgo. Cuando posó la mirada sobre Egwene, ésta advirtió de pronto una dureza en su rostro. Siempre había considerado a Moraine como a alguien fuerte, una fortaleza de acero cubierta de seda, pero Elaida no recurría a la cobertura de seda.

—Elaida —dijo Elayne—, ésta es Egwene. Ella también nació con la simiente. Y ya ha recibido algunas clases, por lo que está en la misma fase que yo.

El semblante de la Aes Sedai aparecía inexpresivo.

—En Caemlyn, hija, yo soy la consejera de la reina, tu madre, pero esto es la Torre Blanca, y tú, una novicia. —Min hizo ademán de irse, pero Elaida la contuvo bruscamente—. Quédate, muchacha. Quiero hablar contigo.

—Os conozco desde que era niña, Elaida —replicó, incrédula, Elayne—. Me habéis visto crecer y habéis hecho florecer jardines en invierno para que pudiera jugar.

—Hija, allí eras la heredera del trono. Aquí eres una novicia. Debes aprenderlo. ¡Un día serás insigne, pero debes aprender!

—Sí, Aes Sedai.

Egwene estaba estupefacta. Si alguien la hubiera desairado de ese modo delante de otras personas, se habría enfurecido.

—Ahora idos las dos. —Un gong dejó oír su voz honda y resonante, y Elaida ladeó la cabeza. El sol se hallaba a medio trecho de su cenit—. Hora Alta —dijo Elaida—. Debéis apresuraros si no queréis recibir más reprimendas. Elayne, después de realizar tu trabajo ve a ver a la Maestra de las Novicias a su estudio. Una novicia no dirige la palabra a las Aes Sedai a menos que se lo ordenen. Corred las dos. Vais a llegar tarde. ¡Deprisa!

Corrieron, con las faldas arremangadas. Egwene observó a Elayne. Ésta tenía las mejillas sonrojadas y un aire resuelto en la expresión.

—Seré una Aes Sedai —declaró quedamente Elayne, pero su afirmación sonó como una promesa.

Tras ellas, Egwene oyó la voz de la Aes Sedai:

—Según tengo entendido, hija, Moraine Sedai te trajo aquí.

Quería quedarse para escuchar, para oír si Elaida hacía preguntas acerca de Rand, pero el gong resonaba en la Torre Blanca, y debía acudir a sus quehaceres. Corrió, obedeciendo la orden de Elaida.

—Seré una Aes Sedai —gruñó. Elayne le dedicó una breve sonrisa comprensiva y ambas aceleraron el paso.

Min tenía la camisa pegada al cuerpo cuando al fin abandonó el puente. No era un sudor causado por el sol, sino por el interrogatorio de Elaida. Miró hacia atrás para cerciorarse de que no la siguiera la Aes Sedai, pero no la vio en ningún sitio.

¿Cómo sabía Elaida que Moraine la había mandado llamar? Min estaba convencida de que aquello era un secreto del que únicamente participaban ella, Moraine y Sheriam. Y todas aquellas preguntas sobre Rand… No había sido fácil mantener el semblante impasible y la vista fija mientras le decía a la cara a una Aes Sedai que nunca había oído hablar de él ni sabía nada al respecto. «¿Qué quiere de él? Luz, ¿qué quiere Moraine de él? ¿Qué es él? Luz, no quiero enamorarme de un hombre que sólo he visto una vez, y un campesino precisamente.»

—Así te ciegue la Luz, Moraine —murmuró—. Sean cuales sean los motivos por los que me trajiste aquí, ¡sal del lugar donde te escondes y dime que me puedo ir!

La única respuesta fue el dulce canto de los pájaros. Malhumorada, se alejó en busca de un rincón donde calmar su furia.

25



Cairhien

La ciudad de Cairhien, que Rand contempló por vez primera desde las colinas del lado norte a la luz del mediodía, estaba situada entre cerros junto al río Alguenya. Todavía tenía la impresión de que Elricain Tavolin y los cincuenta soldados cairhieninos lo custodiaban y dicha sensación no había hecho más que incrementarse después de cruzar el puente del Gaelin —su actitud se tomaba más rígida a medida que cabalgaban hacia el sur— pero a Loial y Hurin parecía tenerles sin cuidado, por lo cual trató de no darle importancia. Observó la ciudad, cuya extensión no desmerecía en nada frente a cualquiera de las que había visitado él. El río estaba lleno de grandes barcos y amplias barcazas y en la orilla opuesta abundaban los graneros, pero Cairhien parecía hallarse constreñida dentro de sus altas murallas grises. Dichos muros formaban un cuadrado perfecto, uno de cuyos lados seguía el curso del río. A lo largo de aquel trazado exacto se alzaban torres cuya altura superaba más de veinte veces la de los muros y cuyos remates dentados podía distinguir Rand incluso desde las colinas.

Fuera de las murallas se extendía un laberinto de calles, entrecruzadas en toda suerte de ángulos y rebosantes de gente. Extramuros, sabía Rand que lo llamaban, según le había informado Hurin; otrora había habido un mercado en cada puerta de la fortaleza, que con el tiempo se había convertido en un batiburrillo de calles y callejas que crecía en todas direcciones.

Cuando Rand y sus compañeros se introdujeron en aquel dédalo de sucias calles, Tavolin dispuso algunos soldados para abrir paso entre el gentío, gritando y apremiando a avanzar a los caballos como si fueran a pisotear a quienes no se apartaban con bastante rapidez. Los transeúntes se hacían a un lado sin apenas dedicarles una mirada, como si aquello fuera algo cotidiano. Rand advirtió que, a pesar de todo, estaban sonriendo.

Los ropajes de las gentes de extramuros eran andrajosos las más de las veces, pero abigarrados en su mayoría, y el lugar ofrecía una inusitada y estridente animación. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías y los tenderos invitaban a los viandantes a examinar los artículos expuestos sobre mesas junto a sus

tiendas. Barberos, fruteros, afiladores, hombres y mujeres que ofrecían docenas de servicios y cientos de objetos en venta, recorrían la multitud. Entre la barahúnda sonaba música procedente de más de un edificio, que al principio Rand identificó como posadas, pero los carteles de las fachadas representaban a hombres tocando flautas o arpas, haciendo acrobacias o malabarismos, y, a pesar de sus grandes dimensiones, carecían de ventanas. La mayoría de las edificaciones de extramuros eran de madera, a despecho de sus tamaños, y un buen número de ellas parecían nuevas, aunque levantadas con pobreza de recursos. Rand contempló con asombro varias que tenían siete pisos e incluso más; se balanceaban ligeramente, aun cuando la gente que entraba y salía de ellos no parecía reparar en ello.

—Campesinos —murmuró Tavolin, mirando al frente con repugnancia—. Miradlos, corrompidos por costumbres extranjeras. No deberían estar aquí.

—¿Dónde deberían estar? —preguntó Rand.

El oficial cairhienino lo miró con expresión airada y espoleó el caballo, azotando a la muchedumbre con su látigo corto.

—Fue a causa de la Guerra de los Aiel, lord Rand —le explicó Hurin, tocándole el brazo y mirando en derredor para comprobar que los soldados no lo oían—. Muchos de los campesinos temieron regresar a sus tierras, próximas a la Columna Vertebral del Mundo, y casi todos vinieron aquí. Por eso tiene Galldrain el río lleno de barcazas de grano proveniente de Andor y Tear. No reciben cosechas de las granjas del este porque ya no hay granjas allí. No obstante no es aconsejable mencionarlo a ningún cairhienino, mi señor, pues tienden a mostrar la pretensión de que la guerra no tuvo lugar o, al menos, de que ellos la ganaron.

A pesar de la fusta de Tavolin, se vieron obligados a detenerse cuando una extraña procesión cruzó ante ellos. Media docena de hombres, haciendo sonar tambores y danzando, abrían la marcha de una sarta de enormes marionetas, de un tamaño dos veces superior al de los hombres que las accionaban con largos palos. Gigantescas figuras coronadas de hombres y mujeres vestidos con largos y lujosos atuendos dirigían reverencias a la multitud entre las formas de fantásticas bestias: un león con alas; una cabra, erguida sobre las patas traseras, con dos cabezas que semejaban exhalar fuego, a juzgar por los regueros carmesí que colgaban de ambas bocas; algo que parecía ser medio gato y medio águila, y otra criatura con cabeza de oso y cuerpo humano, que Rand tomó por un trolloc. La muchedumbre los aclamaba y reía mientras avanzaba haciendo cabriolas.

—El que lo hizo no ha visto en su vida un trolloc —gruñó Hurin—. La cabeza es demasiado grande y está demasiado delgado. Seguramente no creen en su existencia, mi señor, no más que en estos monigotes. Los únicos monstruos en los que creen los de extramuros son los Aiel.

—¿Celebran algo? —inquirió Rand. No veía otra señal que aquella comitiva, pero

creyó que ésta debía desfilar con algún motivo. Tavolin volvió a ordenar a los soldados que emprendieran la marcha.

—No en especial, Rand —respondió Loial, que, caminando junto a su caballo en cuya silla todavía iba atado el cofre envuelto con la manta, atraía tantas miradas como las marionetas. Algunos incluso reían y aplaudían como lo habían hecho con los títeres—. Me temo que Galldrain los mantiene apaciguados mediante distracciones. Da a los juglares y músicos el Donativo Real, una recompensa en plata, por dar representaciones aquí en extramuros y patrocina carretas de caballo en las riberas del río cada día. También hay fuegos de artificio muchas noches. —Pestañeó, cayendo en la cuenta de lo expresado, y miró apresuradamente en torno a sí para ver si alguno de los soldados lo había oído. Ninguno parecía haberle prestado atención.

—Fuegos de artificio —confirmó Hurin—. Los Iluminadores han construido su cuartel general aquí, me han dicho, al igual que en Tanchico. No me molestó en absoluto ver los fuegos artificiales cuando estuve aquí.

Rand sacudió la cabeza. Nunca había visto fuegos de artificio tan elaborados que requirieran la contribución de un Iluminador. Había oído comentar que sólo salían de Tanchico para organizar espectáculos para los gobernantes. Era un lugar extraño, aquel en el que entraba.

En el elevado arco cuadrado de la puerta de la ciudad, Tavolin ordenó el alto y desmontó junto a una achaparrada edificación de piedra adosada a las murallas. Tenía aspilleras en lugar de ventanas y una pesada puerta reforzada con hierro.

—Un momento, mi señor Rand —dijo el oficial, y, entregando las riendas a uno de los soldados, desapareció en el interior.

Rand miró con recelo a los soldados, montados rígidamente en dos largas Alas, preguntándose qué harían si él, Loial y Hurin intentaran marcharse. Aprovechó la coyuntura para observar la ciudad que se extendía ante él.

Cairhien en sí ofrecía un vivo contraste con el caótico bullicio de extramuros. Amplias calles pavimentadas, cuya anchura disimulaba la gran cantidad de transeúntes, se entrecruzaban en ángulos rectos. Al igual que en Tremonsien, las colinas habían sido moldeadas en terrazas y acopladas a un trazado de líneas rectas. Las sillas de manos cubiertas, algunas de ellas con pequeños pendones con la insignia de una casa, avanzaban con lentitud y los carruajes circulaban despacio por las calles. La gente caminaba en silencio, vestida con ropas oscuras que no alegraban más colores que algunas listas de vez en cuando en el pecho de chaquetas o vestidos. Cuantas más lucía, más orgulloso era el porte del viandante, pero nadie reía ni sonreía siquiera. Los edificios levantados en las terrazas eran invariablemente de piedra y su ornamentación se componía de líneas y ángulos rectos. No había vendedores ambulantes ni buhoneros en las calles e incluso las tiendas parecían austeras, con letreros pequeños y sin mercancías expuestas afuera.

Ahora veía con más claridad las grandes torres, rodeadas de andamios de vigas amarradas en los que rebullían los obreros, depositando nuevas piedras para elevarlas aún más.

—Las Torres Infinitas de Cairhien —murmuró con tristeza Loial—. Bueno en un tiempo fueron lo bastante altas para justificar el nombre. Cuando los Aiel tomaron la ciudad, por la época en que naciste tú, las torres se incendiaron y se vinieron abajo. No veo ningún Ogier entre los albañiles. A ninguno le gustaría trabajar aquí, ya que los cairhieninos no quieren más que esto, sin adornos, pero los había cuando estuve aquí anteriormente.

Tavolin salió, seguido de otro oficial y dos funcionarios, uno con un gran libro mayor encuadernado en madera y el otro con una bandeja con objetos de escritorio. La parte delantera de la cabeza del oficial estaba rapada de igual manera que la de Tavolin, aun cuando el avance de la calvicie parecía haber dado cuenta de más cabellos que la hoja de afeitar. Ambos militares miraron alternativamente a Rand y al arcón oculto bajo la manta ligada. Ninguno de ellos preguntó qué había debajo. Tavolin lo había observado con frecuencia durante la jornada desde Tremonsien, pero tampoco había formulado pregunta alguna. El hombre medio calvo posó también la mirada en la espada de Rand y frunció brevemente los labios.

Tavolin lo presentó con el nombre de Asan Sandair y a él lo anunció en voz alta como lord Rand de la casa al'Thor, de Andor, acompañado de su criado, llamado Hurin, y de Loial, un Ogier del *stedding* Shangtai. El empleado que sostenía el libro mayor lo abrió sobre los brazos y Sandair escribió los nombres.

—Debéis volver a este puesto de guardia mañana a la misma hora, mi señor —le informó Sandair, dejando que el segundo escribano secara la tinta— y dar el nombre de la posada donde os hospedáis.

Rand dirigió la mirada a las severas calles de Cairhien y luego a la vivacidad que imperaba en extramuros.

—¿Podéis indicarme el nombre de alguna buena posada de allá afuera? —señaló a extramuros con la cabeza.

Hurin emitió un frenético siseo y se inclinó hacia él.

—No sería correcto, lord Rand —susurró—. Si os quedáis en extramuros, siendo un señor, estarán seguros de que tramáis algo.

Rand comprendió que el husmeador estaba en lo cierto. Sandair había abierto desmesuradamente la boca y Tavolin había enarcado las cejas al oír su pregunta y ambos lo observaban sin pestañear. Sintió deseos de decirles que no estaba participando en su Gran juego.

—Tomaremos habitaciones en la ciudad —anunció en su lugar—. ¿Podemos irnos ahora?

—Desde luego, mi señor Rand. —Sandair realizó una reverencia—. Pero… ¿la

posada?

—Os lo comunicaré cuando encontremos una. —Rand volvió grupas y luego se detuvo. La misiva de Selene crujía en su bolsillo—. Necesito encontrar a una joven de Cairhien, lady Selene. Tiene mi edad y es hermosa. Ignoro el nombre de su casa.

Sandair y Tavolin intercambiaron una mirada antes de que Sandair respondiera.

—Iniciaré las pesquisas, mi señor. Tal vez mañana pueda deciros algo cuando regreséis.

Rand asintió y condujo a Loial y Hurin hacia la ciudad. Apenas llamaron la atención, a pesar de que había poca gente a caballo. Ni siquiera Loial atrajo las miradas. Las personas casi parecían hacer ostensiblemente caso omiso de cuanto ocurría a su alrededor.

—¿Darán una interpretación errónea —preguntó Rand a Hurin— al hecho de que haya solicitado información sobre Selene?

—¿Quién puede saberlo con los cairhieninos, mi señor Rand? Por lo visto, piensan que todo está relacionado con el *Da'es Daemar*.

Rand se encogió de hombros. Sentía como si la gente estuviera mirándolo. Estaba impaciente por conseguir de nuevo una buena y sencilla capa y dejar de pretender ser lo que no era.

Hurin conocía varias posadas en la ciudad, aun cuando había permanecido en extramuros durante la mayor parte de su estancia. El husmeador los llevó a una llamada el Defensor de las Murallas del Dragón, en cuyo letrero había un hombre coronado que tenía el pie en el pecho de otro y la espada apoyada en su garganta. El individuo tendido era pelirrojo.

Un mozo de cuadra acudió a hacerse cargo de sus caballos, y dedicó furtivas miradas a Rand y a Loial cuando creía que no lo observaban. Rand se conminó a no dejarse llevar por imaginaciones; no era posible que todos los habitantes de la ciudad participaran en ese juego que le era propio. Y, en el caso de que así fuera, él no tenía nada que ver con ello.

La sala principal estaba limpia, con mesas dispuestas tan ordenadamente como la ciudad y pocos clientes acodados en ellas. Éstos lanzaron una ojeada a los recién llegados y enseguida volvieron a centrar la vista en sus vasos de vino; Rand tenía, no obstante, la impresión de que todavía estaban observando, y escuchando. Un pequeño fuego ardía en la gran chimenea, a pesar de que el día era cálido.

El posadero era un hombre gordo y servil con una sola raya verde cruzada en su chaqueta gris. Se sobresaltó al verlos, lo cual no sorprendió a Rand. Loial, con el cofre en los brazos bajo su manta rayada, había de encorvar la cabeza para atravesar el vano. Hurin iba cargado con todas las alforjas y bultos, y su propia chaqueta roja producía un vivo contraste con los oscuros colores con que vestían las personas sentadas a las mesas.

El posadero reparó en la chaqueta y espada de Rand y volvió a dibujar al punto su zalamera sonrisa. Hizo una reverencia, juntando sus suaves manos.

—Disculpad, mi señor. Es que, por un momento, os había tomado por… Perdonadme. Mi entendimiento ya no es el que era. ¿Deseáis habitaciones, mi señor? —Volvió a realizar una reverencia, menos profunda, dedicada a Loial—. Me llamo Cuale, mi señor.

«Me había tomado por un Aiel», pensó agriamente Rand. Tenía ganas de irse de Cairhien, pero ése era el lugar donde tenía posibilidades de encontrar a Ingtar. Y Selene había dicho que lo aguardaría en Cairhien.

Tomó cierto tiempo preparar las habitaciones pues, según explicó Cuale con una excesiva profusión de sonrisas y reverencias, era necesario trasladar una cama para Loial. Rand quería que los tres ocuparan el mismo dormitorio, pero entre las escandalizadas miradas del posadero y la insistencia de Hurin —«Debemos demostrar a esos cairhieninos que sabemos tan bien como ellos lo que es correcto»— acabaron encargando dos, una para él solo, con una puerta que comunicaba con la otra.

Las habitaciones eran casi iguales, exceptuando el hecho de que la de Loial y Hurin tenía dos camas, una para la talla del Ogier, mientras que la suya sólo tenía una, casi tan espaciosa como las otras dos juntas, con columnas cuadradas que casi llegaban al techo. La silla tapizada de alto respaldo y el lavabo eran también cuadrados e imponentes y el armario adosado a la pared tenía esculpidos unos rígidos y recargados ornamentos que le conferían el aspecto de estar desmoronarse sobre él. Un par de ventanas junto al lecho daban a la calle, dos pisos más abajo.

Tan pronto como hubo salido el posadero, Rand abrió la puerta e hizo pasar a Loial y Hurin.

—Este sitio me causa desazón —confesó—. Todo el mundo te mira como si pensaran que estás haciendo algo. Voy a volver a extramuros y me quedaré una hora allí. Allí la gente ríe, al menos. ¿Cuál de vosotros desea realizar el primer turno de vigilancia del Cuerno?

—Yo me quedaré —se apresuró a ofrecerse Loial—. Me gustaría leer un rato. El hecho de que no haya visto ningún Ogier no significa que no haya picapedreros del *stedding* Tsofu. No está lejos de la ciudad.

—Pensaba que querrías verlos.

—Ah… no, Rand. Ya me hicieron demasiadas preguntas la otra vez respecto a los motivos por los que iba solo por el mundo. Si han hablado con los del *stedding* Shangtai… Bueno, creo que me quedaré a descansar y leer.

Rand sacudió la cabeza. A menudo olvidaba que Loial se había escapado de casa para ver mundo.

—¿Y tú, Hurin? Hay música en extramuros y gente que ríe. Apuesto a que nadie

juega al *Da'es Daemar* allí.

—Yo no estaría tan seguro, lord Rand. En todo caso, os agradezco la invitación, pero creo que no voy a ir. Hay tantas riñas, y asesinatos también, en extramuros, que apesta, ya sabéis a qué me refiero. No es que vayan a importunar a un señor, claro está, pues los soldados se abalanzarían sobre ellos. Pero, si no tenéis inconveniente, me gustaría tomar una bebida en el comedor.

—Hurin, no necesitas mi permiso para nada. Ya lo sabes.

—Como digáis, mi señor. —El husmeador hizo un amago de reverencia.

Rand respiró hondo. Si no abandonaban pronto Cairhien, Hurin no pararía de hacer zalemas a diestro y siniestro. Y, si Mat y Perrin veían eso, se encargarían de hacer que no lo olvidara jamás.

—Espero que no haya nada que retrase a Ingtar. Si no viene pronto, habremos de llevar el Cuerno a Fal Dara nosotros mismos. —Tocó la nota de Selene a través de la chaqueta—. Habremos de hacerlo. Loial, volveré temprano para que puedas ver un poco la ciudad.

—Preferiría no correr el riesgo —objetó Loial.

Hurin acompañó a Rand abajo. Apenas habían llegado al comedor, Cuale ya estaba inclinándose ante Rand, tendiéndole una bandeja en la que había tres pergaminos sellados. Rand los tomó, dado que aquél parecía ser el propósito del posadero. Era un pergamino de calidad, de tacto suave y flexible; caro, sin duda.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Invitaciones, por supuesto, mi señor —repuso, volviendo a inclinarse, Cuale—. De tres de las casas nobles. —Se alejó, todavía encorvado.

—¿Quién iba a enviarme invitaciones? —Rand las volvió sobre su mano. Ninguno de los individuos sentados en la sala levantó la cabeza, pero tenía la sensación de que de todos modos lo observaban. No reconoció los sellos. Ninguno de ellos era la luna creciente y las estrellas que había utilizado Selene—. ¿Quién sabría que estoy aquí?

—Todo el mundo a estas alturas, lord Rand —respondió con calma Hurin, que también parecía acusar las miradas de los presentes—. Los guardias de la puerta no serían capaces de mantener la boca cerrada en lo concerniente a la llegada de un señor extranjero a Cairhien. El mozo de la caballeriza, el posadero…, todos cuentan lo que saben en los lugares que consideran que les reportará mayor beneficio, mi señor.

Con una mueca de disgusto, Rand dio dos pasos y arrojó las invitaciones al fuego. Éstas prendieron al instante.

—Yo no juego al *Da'es Daemar* —dijo en voz lo bastante alta para ser oída por todos. Ni siquiera Cuale lo miró—. No tengo nada que ver con vuestro Gran juego. Simplemente estoy aquí para esperar a unos amigos.

—Por favor, lord Rand. —Hurin le había agarrado el brazo y su voz era un apremiante susurro—. No hagáis eso de nuevo, por favor.

—¿De nuevo? ¿De veras crees que recibiré más?

—Estoy completamente seguro. Luz, me recordáis aquella vez en que Teva se enloqueció tanto con el zumbido de un avispón que propinó un puntapié al avispero. Es probable que hayáis convencido a todos los que están en la sala de que estáis hondamente involucrado en el juego. Ha de ser una implicación profunda, según su modo de ver, para que neguéis con tanta contundencia jugar. Todos los señores y damas de Cairhien lo hacen. —El husmeador lanzó una ojeada a las invitaciones, curvándose ennegrecidas en el fuego, y pestañeó—. Y sin duda os habéis procurado enemigos en tres casas. No de las grandes, pues de lo contrario no se hubieran precipitado tanto, pero aun así nobles. Debéis responder a todas las invitaciones que recibáis, mi señor. Declinadlas si queréis, aunque interpretarán cosas en tal acto. Y en las que aceptéis también. Claro está que, si las declináis todas, o las aceptáis todas…

—No pienso participar en eso —insistió Rand—. Nos iremos de Cairhien lo más pronto posible. —Hundió los puños en los bolsillos de la chaqueta, y notó cómo se arrugaba la nota de Selene. Extrayéndola, la alisó en la pechera—. Lo más pronto posible —murmuró, volviendo a guardarla en el bolsillo—. Toma un trago, Hurin.

Salió enojado, sin saber si atribuir el enfado a sí mismo, a Cairhien y su Gran Juego, a Selene por haber desaparecido o a Moraine. Ella lo había iniciado todo, robándole las chaquetas y dándole vestimentas de señor en su lugar. Aun ahora, cuando se consideraba libre de ellas, todavía había una Aes Sedai que se inmiscuía en su vida, sin tener siquiera la necesidad de estar allí.

Se dirigió a la misma puerta por la que había entrado en la ciudad, dado que aquél era el camino que conocía. Un hombre que se encontraba delante de la casa de guardia reparó en él —el vivo color de su chaqueta así como su altura, inusual entre los cairhieninos, llamaban la atención— y se precipitó hacia el interior, pero Rand no lo advirtió. Las risas y la música de extramuros tiraban de él.

Si su chaqueta roja con bordados de oro resaltaba en el interior de las murallas, combinaba en cambio perfectamente en extramuros. Muchos de los hombres que se afanaban entre las abarrotadas calles iban vestidos con tanta sobriedad como los de la urbe, pero un número equiparable de ellos vestían chaquetas rojas, azules, verdes o doradas, algunas tan llamativas como las de los gitanos, y un número aún mayor de mujeres lucía vestidos bordados y bufandas o chales de colores. La mayor parte de las galas estaban gastadas y no acababan de ajustarse a sus cuerpos, como si hubieran sido confeccionadas originalmente para otras personas, pero, si alguno de los que las llevaban posó la mirada en su lujosa chaqueta, nadie pareció encontrarla fuera de lugar.

En una ocasión hubo de detenerse para dejar pasar otro desfile de títeres gigantes.

Mientras los tambores brincaban, haciendo sonar sus instrumentos, un trolloc con cara de cerdo luchaba con un hombre tocado con una corona. Tras unos cuantos golpes descargados sin orden ni concierto, el trolloc se desmoronó para regocijo de los espectadores.

Rand emitió un gruñido. «No mueren con tanta facilidad como lo presentan.»

Deteniéndose para mirar por la puerta, lanzó una ojeada al interior de uno de los grandes edificios sin ventanas. Para su sorpresa, era una enorme habitación, abierta al cielo en el medio y rodeada de palcos, con un gran escenario a un lado. Nunca había visto ni oído describir algo así. La gente se arracimaba en las gradas, observando a quienes ofrecían su representación en el estrado. Se asomó a otros al pasar y vio malabaristas, músicos, titiriteros e incluso un juglar, con su capa de parches, recitando con sonora voz una historia de La Gran Cacería del Cuerno en Cántico alto.

Aquello le trajo a Thom Merrilin a la memoria y le hizo apresurar el paso. El recuerdo de Thom siempre lo ponía triste. Thom había sido su amigo, un amigo que había muerto por él. «Mientras yo huía, abandonándolo a su suerte.»

En otra de las grandes edificaciones, una mujer ataviada con voluminosos ropajes hacía desaparecer cosas de un cesto para materializarlas en otro y luego hacer que se esfumaran de sus manos entre nubes de humo. La multitud que la contemplaba emitía ruidosas exclamaciones de asombro.

—Dos piezas de cobre, mi señor —dijo un andrajoso hombrecillo en la puerta—. Dos monedas de cobre para ver a la Aes Sedai.

—No creo que me interese entrar. —Rand volvió a mirar a la mujer, en cuyas manos aparecía una paloma blanca. «¿Aes Sedai?» Dedicó una leve reverencia al hombrecillo y se marchó.

Estaba abriéndose camino entre la muchedumbre, sin saber adónde dirigirse, cuando una voz profunda, acompañada por el tañido de un arpa, brotó de un portal presidido por un letrero que representaba un malabarista.

—… el frío vuela con el viento por el paso de Shara; el frío cruza la tumba sin marca. Pero cada año, en el Día Solar, sobre esas piedras amontonadas aparece una rosa, con una lágrima de cristal semejante al rocío sobre los pétalos, depositada por la justa mano de Dunsinin, pues ella se mantiene fiel al trato realizado por Rogosh Ojo de Águila.

La voz tiraba de él cual una cuerda. Se asomó a la puerta cuando comenzaban a sonar los aplausos.

—Dos monedas de cobre, buen señor —suplicó un individuo de rostro ratonil—. Dos piezas de cobre para ver…

Rand sacó varias monedas y se las entregó al hombre. Entró aturdido, mirando al individuo que se inclinaba en el escenario agradeciendo los aplausos de los oyentes, sosteniendo un arpa en un brazo mientras con el otro ahuecaba su capa multicolor

como si quisiera albergar en ella todo el ruido ambiental. Era un hombre maduro, alto y desgarbado, con largos bigotes tan blancos como el pelo de su cabeza. Y, cuando se enderezó y vio a Rand, los ojos que se abrieron eran penetrantes y azules.

—Thom. —El susurro de Rand se perdió entre el alboroto reinante.

Mirándolo a los ojos, Thom Merrilin le señaló con un breve movimiento de cabeza una puertecilla lateral. Después volvió a hacer reverencias, sonriendo y dejándose acariciar por los aplausos.

Rand se encaminó a la puerta y la traspuso. Sólo era un pequeño corredor con tres escalones que conducían al estrado, al otro lado del cual había una malabarista practicando con pelotas de colores y seis titiriteros que hacían ejercicios de calentamiento.

Thom apareció en las escaleras, cojeando, como si su pierna derecha no se doblara tan bien como antes. Lanzó una mirada al malabarista y a los acróbatas, se atusó con gesto desdeñoso el bigote y se volvió hacia Rand.

—Todo cuanto quieren oír es La Gran Cacería del Cuerno. Yo me inclinaría a pensar que, con las noticias que llegan de Haddon Mirk y Saldaea, uno de ellos solicitaría el Ciclo Kareathon. Bueno, quizá no eso, pero daría algo por contar otra cosa. —Miró a Rand de pies a cabeza—. Parece que te van bien las cosas, chico. —Señaló el cuello de la chaqueta de Rand y frunció los labios—. Muy bien.

Rand no pudo contener la risa.

—Me fui de Puente Blanco convencido de que habíais muerto. Moraine dijo que aún estabais vivo, pero yo… ¡Luz, Thom, cómo me alegra veros de nuevo! Debí haber regresado para ayudaros.

—Hubiera sido una gran idiotez, muchacho. Ese Fado… —miró en torno a sí; no había nadie cerca, pero aun así bajó la voz— … no tenía ningún interés en mí. Me dejó el pequeño recuerdo de una pierna tiesa y salió corriendo detrás de ti y Mat. Lo único que habrías hecho sería morir. —Guardó silencio, con aire pensativo—. Moraine dijo que estaba vivo, ¿eh? ¿Está contigo entonces?

Rand sacudió la cabeza. Para su sorpresa, Thom pareció decepcionado.

—Mala cosa, en cierto modo. Es una buena mujer, a pesar de ser… —Dejó inconclusa la frase—. De manera que era a Mat o a Perrin a quien buscaba. No voy a preguntarte cuál. Son buenos chicos y no quiero saberlo. —Rand se movió, inquieto, y se sobresaltó cuando Thom lo apuntó con un huesudo dedo—. Lo que sí me interesa saber es, ¿todavía tienes mi arpa y mi flauta? Quiero que me las devuelvas. Lo que tengo ahora no vale ni para que lo toquen los cerdos.

—Las tengo, Thom. Os las traeré, lo prometo. No puedo creer que estéis vivo, y que no estéis en Illian. La Gran Cacería está a punto de partir. El premio por la mejor recitación de la Gran Cacería del Cuerno… Os moríais de ganas de ir.

—¿Después de lo de Puente Blanco? —resopló Thom—. Me dejaría matar antes

de hacerlo. Aun cuando hubiera podido llegar al barco antes de que partiera. Domon y toda su tripulación hubieran propagado por toda Illian el cuento de que los trollocs iban persiguiéndome. Si vieron el Fado, u oyeron hablar de él, antes de que Domon soltara las amarras… La mayoría de los illianos creen que los trollocs y Fados son personajes de ficción, pero habría otros que querrían averiguar por qué perseguían a un hombre, los suficientes como para hacer de Illian un lugar desagradable.

—Thom, tengo algo que contaros.

—Más tarde, chico —lo interrumpió el juglar, que intercambiaba miradas con el hombre de rostro enjuto situado al otro lado del corredor—. Si no vuelvo y les cuento otra historia, ése hará salir sin duda al malabarista y esta pandilla destrozará el local. Ven al Racimo de Uvas, justo después de la puerta de Jangai. Tengo una habitación allí. Tendrán que contentarse con otro relato. —Ascendió de nuevo los escalones—. ¡Y tráeme el arpa y la flauta! —le recordó.

26



Discordia

Rand se precipitó en la sala principal del Defensor de las Murallas del Dragón y subió presuroso las escaleras, sonriendo al advertir la mirada de estupor que le había dirigido el posadero. Rand sentía deseos de sonreír por todo. «¡Thom está vivo!»

Abrió de golpe la puerta de su dormitorio y se encaminó directamente al armario.

Loial y Hurin se asomaron por la otra puerta, ambos en mangas de camisa y con pipas en la boca que exhalaban finas volutas de humo.

—¿Ha ocurrido algo, lord Rand? —inquirió ansiosamente Hurin.

Rand se colgó al hombro el hatillo formado con la capa de Thom.

—Lo mejor que podía suceder, dejando a un lado la llegada de Ingtar. Thom Merrilin está vivo. Y está aquí, en Cairhien.

—¿El juglar del que me hablaste? —dijo Loial—. Eso es fantástico, Rand. Me gustaría conocerlo.

—Entonces ven conmigo, si Hurin quiere quedarse a vigilar.

—Será un placer, lord Rand. —Hurin se sacó la pipa de los labios—. Esa gente de la sala de abajo no ha parado de tratar de sonsacarme, sin dejar traslucir sus actividades, claro está: quién sois, mi señor, y por qué estáis en Cairhien. Les he dicho que estábamos esperando a unos amigos pero, siendo cairhieninos, han imaginado que estaba encubriendo algo más importante.

—Que piensen lo que quieran. Vamos, Loial.

—Creo que no. —El Ogier suspiró—. De veras preferiría quedarme aquí. —Alzó un libro, una de cuyas páginas marcaba con uno de sus gruesos dedos—. Puedo conocer a Thom Merrilin en otra ocasión.

—Loial, no puedes quedarte encerrado aquí para siempre. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo estaremos en Cairhien. De todas maneras, no hemos visto ningún Ogier. Y, si los vemos, no irán a perseguirte, ¿verdad?

—No a perseguirme exactamente, pero… Rand, tal vez me precipité al abandonar el *stedding* Shangtai de ese modo. Es posible que me vea envuelto en problemas cuando vuelva a casa. —Sus orejas languidecieron—. Aunque espere a ser tan viejo como el abuelo Halan. Quizás encuentre un *stedding* abandonado para quedarme allí hasta entonces.

—Si el abuelo Halan no te deja regresar, podrías vivir en el Campo de Emond. Es un sitio bonito.

—Estoy seguro de que lo es, Rand, pero ésa no sería una buena solución. Verás…

—Ya hablaremos de ello cuando llegue el momento, Loial. Ahora vas a venir a visitar a Thom.

El Ogier duplicaba la altura de Rand, pese a lo cual éste lo obligó a ponerse su larga túnica y la capa y bajar las escaleras. Al llegar al comedor, Rand guiñó el ojo al posadero y luego rió al ver su desconcertado semblante. «Que piense que salgo a interpretar ese maldito Gran Juego. Que piense lo que le venga en gana. Thom está vivo.»

Una vez que hubieron traspuesto la puerta de Jangai, en la muralla oriental de la ciudad, todo el mundo parecía conocer el Racimo de Uvas. Rand y Loial pronto se encontraron allí, en una calle tranquila, considerando que era de extramuros, con el sol habiendo cumplido la mitad de su curso en el cielo de la tarde.

Era un viejo edificio destartalado de tres pisos, en madera, pero la sala principal estaba limpia y llena de gente. Algunos hombres jugaban a los dados en un rincón y varias mujeres a los dardos en otro. La mitad de ellos, delgados y pálidos, tenían aspecto de ser cairhieninos, pero Rand escuchó acentos de Andor, así como otros que no identificó. Todos vestían a la usanza de extramuros, entremezclando estilos de una docena de países distintos. Unos cuantos volvieron la cabeza al entrar ellos, pero enseguida volvieron a centrar la atención en sus dedicaciones.

La posadera era una mujer de pelo tan blanco como el de Thom y unos vivos ojos que examinaron a Loial y a Rand. No era cairhienina, a juzgar por su piel oscura y su acento.

—¿Thom Merrilin? Sí, tiene una habitación. Al final de las escaleras, la primera puerta a la derecha. Seguramente Dena os dejará esperarlo allí… —Miró la roja chaqueta de Rand, con las garzas en el cuello y las doradas zarzas bordadas en la manga, y la espada—, mi señor.

Las escaleras crujían de tal modo bajo las botas de Rand, por no mencionar las de Loial, que aquél temió que el edificio no resistiera mucho tiempo más.

Halló la puerta y llamó, preguntándose quién sería Dena.

—Adelante —respondió una voz femenina—. Yo no puedo abrirla.

Rand empujó dubitativamente la puerta y asomó la cabeza. Una gran cama destartalada pegada a una de las paredes, un par de armarios, varios baúles y cofres,

una mesa y dos sillas de madera abarrotaban la habitación. Una esbelta mujer estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas haciendo girar en círculo seis bolas de colores.

—Sea lo que sea —indicó, con la mirada centrada en sus ejercicios—, dejadlo en la mesa. Thom os pagará cuando esté de regreso.

—¿Sois Dena? —preguntó Rand.

La mujer cazó las pelotas al vuelo y se volvió para mirarlo. Sólo tenía algunos años más que él y era guapa, con una clara piel cairhienina y una melena oscura que le llegaba a los hombros.

—No os conozco. Ésta es mi habitación, mía y de Thom Merrilin.

—La posadera ha dicho que tal vez nos permitierais esperar aquí a Thom —dijo Rand—. Si sois Dena.

—¿Nos? —Rand entró en la habitación a fin de que Loial pudiera asomarse. La mujer enarcó las cejas entonces—. De modo que los Ogier han regresado. Soy Dena. ¿Qué queréis? —Miró la chaqueta de Rand de manera tan deliberada que resultó evidente su propósito de no añadir «mi señor», aun cuando volvió a enarcar las cejas al advertir las garzas de la empuñadura y la vaina de su espada.

—Le he traído a Thom el arpa y la flauta —explicó Rand, levantando el hatillo—. Y quería visitarlo además —se apresuró a añadir, pues la mujer parecía a punto de decirle que se fuera—. Hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Thom siempre se queja de que perdió la mejor flauta y la más preciosa arpa que tuvo nunca. Diríase que fue un bardo de corte, por la manera como las elogia. Muy bien. Podéis esperar, pero yo debo practicar. Thom dice que me dejará dar una representación en las salas la próxima semana. —Se levantó grácilmente y tomó una de las dos sillas, haciendo señas a Loial para que se sentara en la cama—. Zera le haría pagar a Thom por seis sillas si rompierais una de éstas, amigo Ogier.

Rand le dio sus nombres mientras tomaba asiento en la otra silla, que crujió de manera alarmante bajo su peso.

—¿Sois la aprendiza de Thom? —preguntó con cierta timidez.

Dena esbozó una sonrisa.

—Podría decirse. —Había reanudado los malabarismos y tenía fija la mirada en las danzantes bolas.

—Nunca he oído hablar de una mujer juglar —comentó Loial.

—Yo seré la primera. —El primer gran círculo se transformó en dos más pequeños que se entrecruzaban—. Voy a ver la totalidad del mundo antes de que acaben mis días. Thom dice que cuando tengamos bastante dinero iremos a Tear. —Se puso a hacer girar tres bolas en cada mano—. Y luego tal vez a las islas de los Marinos. Los Atha'an Miere pagan bien a los juglares.

Rand observó la habitación, con todos sus baúles y cofres. No parecía la morada

de alguien que pretendiera mudarse pronto. En la ventana había incluso una flor en una maceta. Posó la mirada en la gran cama en la que estaba sentado Loial. «Ésta es mi habitación, mía y de Thom Merrilin.» Dena le dirigió una mirada retadora a través de la gran rueda que había vuelto a componer, y Rand se sonrojó.

—Tal vez deberíamos aguardar abajo —insinuó tras aclararse la garganta. Entonces se abrió la puerta y Thom entró con la capa ondeándole en torno a los tobillos y los parches agitados por el movimiento. Llevaba unas fundas de flauta y arpa a la espalda, de madera rojiza, pulida por el roce de la mano.

Dena hizo desaparecer las pelotas en su vestido y corrió a arrojarse a los brazos de Thom.

—Te he echado de menos —dijo, antes de besarlo.

El beso duró cierto tiempo, tanto que Rand comenzaba a plantearse la conveniencia de que él y Loial salieran, pero entonces Dena se apartó de Thom con un suspiro.

—¿Sabes lo que ha hecho ese necio de Seaghan, muchacha? —preguntó Thom, mirándola—. Pues ha contratado un grupo de patanes que se autodenominan «actores» y que van por ahí con la pretensión de ser Rogosh Ojo de Águila, Blaes, Guidal Cain y… ¡Aaagh! Llevan trozos de lona pintada detrás de ellos, que hace que los espectadores crean supuestamente que esos idiotas están en la Sala de Matuchin o en los altos puertos de las Montañas Funestas. Yo hago que el oyente vea cada estandarte, cada batalla, que sienta todas las emociones posibles. Yo les hago creer que ellos son Gaidin Cain. Le van a destruir el local a Seaghan si presenta a esa pandilla después de mi representación.

—Thom, tenemos visita. Loial, hijo de Arent hijo de Halan. Oh, y un muchacho que se hace llamar Rand al'Thor.

Thom miró con entrecejo fruncido a Rand por encima de la cabeza de la chica.

—Déjanos solos un rato, Dena. Toma. —Le puso unas monedas de plata en la mano—. Tus cuchillos están listos. ¿Por qué no vas a pagarlos a Ivon? —Le acarició la tersa mejilla con un nudoso dedo—. Ve. Te recompensaré la ausencia.

Ella lo miró con aire sombrío, pero se colocó la capa sobre los hombros y salió, murmurando:

—Mejor será que Ivon tenga la balanza en condiciones.

—Un día será un bardo —anunció Thom con una nota de orgullo cuando se hubo ido—. Escucha un cuento una vez, sólo una vez, fíjate en lo que te digo, y ya lo ha aprendido, no sólo las palabras, sino cada matiz, cada fluctuación de ritmo. Tiene buena mano con el arpa y ya tocaba mejor la flauta la primera vez que la cogió de lo que tú has logrado nunca. —Dejó las fundas de los instrumentos sobre uno de los grandes baúles y luego se dejó caer en la silla que ella había dejado vacía—. Cuando pasé por Caemlyn de camino hacia aquí, Basel Gill me comunicó que te habías ido en

compañía de un Ogier. Entre otros. —Inclinó la cabeza en dirección a Loial, haciendo un floreo con la capa a pesar de estar sentado—. Es un placer conocerte, Loial, hijo de Arent hijo de Halan.

—El placer es mío, Thom Merrilin. —Loial se levantó para hacer una reverencia a su vez; cuando estuvo de pie, su cabeza casi rozó el techo, y se apresuró a volver a sentarse—. La joven ha dicho que quiere ser juglar.

La sacudida de cabeza de Thom fue despreciativa.

—Ésa no es vida para una mujer. Tampoco es muy indicada para un hombre, a decir verdad: vagar de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, preguntándote de qué manera te van a timar la próxima vez, sin saber la mayoría de las veces cuándo vas a ingerir la siguiente comida. No, voy a quitárselo de la cabeza. Será un bardo de la corte de un rey o una reina algún día. ¡Aaaah! No habéis venido aquí para charlar acerca de Dena. Mis instrumentos, chico. ¿Los has traído?

Rand le tendió el hatillo por encima de la mesa. Thom lo desató apresuradamente —pestañeó al ver su vieja capa, tan cubierta de abigarrados parches como la que llevaba ahora— y abrió la dura funda de cuero de la flauta, asintiendo con la cabeza al ver el instrumento de oro y plata que reposaba en su interior.

—Me gané el lecho y la comida con ella después de separarnos —le informó Rand.

Lo sé —replicó secamente el juglar—. Paré en una de las mismas posadas, pero tuve que componérmelas con malabarismos y algunas historias sencillas dado que tú tenías mi… ¿No habrás tocado el arpa? —Entonces abrió el otro estuche y sacó un arpa de oro y plata tan elaborada como la flauta; la acarició tan amorosamente como si fuera un recién nacido—. El arpa es demasiado delicada para las torpes manos de un campesino.

—No la he tocado —le aseguró Rand.

Thom hizo sonar dos cuerdas, parpadeando.

—Al menos la has mantenido afinada —murmuró.

Rand se inclinó sobre la mesa y acercó la cabeza a la del juglar.

—Thom, queríais ir a Illian para ver partir la Gran Cacería y ser uno de los primeros en componer nuevas historias basadas en ella, pero no pudisteis. ¿Qué os parecería si os dijera que todavía podéis participar en ello? ¿Desde una perspectiva muy importante?

Loial se revolvió, inquieto.

—Rand, ¿pero estás seguro…? —Rand lo acalló con un gesto, sin apartar los ojos de Thom.

Thom miró al Ogier y frunció el entrecejo.

—Eso dependería de las condiciones. Si tienes motivos para creer que uno de los Cazadores va a venir por aquí… Supongo que ya habrán salido de Illian, pero tardaría

semanas en llenar a Cairhien, cabalgando en línea recta, ¿y por qué iba a hacerlo? ¿Es uno de esos tipos que no fueron a Illian? Nunca entrará en las historias sin haber recibido la bendición, haga lo que haga.

—No importa si la Cacería ha partido o no de Illian. —Rand percibió cómo Loial retenía el aliento—. Thom, tenemos el Cuerno de Valere.

Por un momento reinó un silencio de muerte, que Thom interrumpió prorrumpiendo en carcajadas.

—¿Que vosotros dos tenéis el Cuerno? ¿Un pastor y un Ogier imberbe tienen el Cuerno de…? —Volvió a estallar en risas, golpeándose la rodilla—. ¡El Cuerno de Valere!

—Pero sí lo tenemos —aseveró Loial muy serio.

Thom respiró hondo, todavía aquejado por las secuelas de la risa.

—No sé qué habéis encontrado, pero puedo llevaros a diez tabernas donde un tipo os dirá que conoce a un hombre que conoce al hombre que ya ha hallado el cuerno, y también os explicará cómo lo encontró…, siempre que le paguéis la cerveza. Puedo llevaros a ver a tres hombres que os venderán el Cuerno y que jurarán por la salvación de sus almas ante la Luz que es el genuino y verdadero. Hay incluso un noble en la ciudad que pretende tener el Cuerno cerrado bajo llave en su casa solariega. Sostiene que es un tesoro que vienen heredando en su casa desde el Desmembramiento. No sé si los Cazadores encontrarán alguna vez el Cuerno, pero mientras tanto irán en pos de miles de pistas falsas.

—Moraine afirma que es el Cuerno —arguyó Rand, con lo cual atajó el alborozo de Thom.

—¿De veras? Creí que me habías dicho que ya no estaba contigo.

—Y no está, Thom. No la he visto desde que abandoné Fal Dara, en Shienar, y durante el mes anterior no me dirigió más de dos palabras seguidas. —No logró ocultar la amargura en la voz. «Y, cuando me habló, preferí que hubiera continuado haciendo caso omiso de mi presencia. Nunca más volveré a bailar al compás de su melodía, así la Luz la consuma a ella y a todas las Aes Sedai. No. A Egwene no. Ni a Nynaeve.» Era consciente de que Thom lo observaba con atención—. No está aquí, Thom. No sé dónde está ni tampoco me importa.

—Bien, al menos tienes el juicio de mantenerlo en secreto. De lo contrario, a estas alturas se sabría en todo extramuros y la mitad de Cairhien estaría acechando para robarlo. La mitad del mundo.

—Oh, lo hemos mantenido en secreto, Thom. Y tengo que llevarlo de nuevo a Fal Dara, evitando que se lo lleven los Amigos Siniestros o cualquier otra persona. De ahí podéis sacar una buena historia, ¿no es cierto? Y yo podría contar con un amigo que conoce el mundo. Habéis estado en todas partes y sabéis cosas que yo no alcanzo ni a imaginar. Loial y Hurin disponen de mayores conocimientos que yo, pero todos

estamos empantanados.

—¿Hurin? No, no me lo expliques. No quiero saberlo. —El juglar corrió la silla hacia atrás y fue a mirar por la ventana—. El Cuerno de Valere. Eso significa que se avecina la última Batalla. ¿Quién va a darse cuenta de ello? ¿Has visto reír a la gente en las calles? Sólo con que las barcazas de grano pararan una semana, ya no reirían. Galldrain pensaría que se han convertido todos en Aiel. Todos los nobles toman parte en el juego de las Casas, intrigando para aproximarse al rey, conspirando para obtener un poder superior al del rey, conjurándose para deponer a Galldrain y ser el siguiente soberano, o soberana. Pensarán que el Tarmon Gai'don no es más que una nueva estratagema del Juego. —Se volvió, dando la espalda a la ventana—. Supongo que no estás proponiéndote cabalgar simplemente hasta Shienar y entregar el Cuerno a… ¿A quién?… ¿Al rey? ¿Por qué a Shienar? Todas las leyendas relacionan Illian con el Cuerno.

Rand miró a Loial y vio que tenía las orejas abatidas.

—A Shienar, porque no sé a quién entregarlo aquí. Y hay trollocs y Amigos Siniestros que nos siguen los pasos.

—¿Por qué no me sorprende esto? No. Puede que sea un viejo idiota, pero lo seré a mi manera. Quédate tú con la gloria, chico.

—Thom…

—¡No!

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por los crujidos que producía Loial al moverse encima de la cama.

—Loial —inquirió al fin Rand—, ¿te importaría dejarnos a Thom y a mí a solas un momento, por favor?

Loial se mostró sorprendido, pero asintió y se puso en pie.

—Esa partida de dados del comedor parecía interesante. Tal vez me dejen jugar.

Thom miró con suspicacia a Rand cuando la puerta se cerró tras el Ogier.

Rand vaciló. Había cosas que necesitaba saber, cosas que estaba seguro de que Thom, conocía, pero no sabía cómo preguntarlas.

—Thom —inquirió por fin—, ¿hay algún libro que contenga el Ciclo Kareathon? —Le resultó más sencillo darle ese nombre en lugar de hablar de las Profecías del Dragón.

—En las grandes bibliotecas —repuso lentamente Thom—. Hay varias traducciones e incluso se encuentra en la Antigua Lengua. —Rand se disponía a preguntar si existía la posibilidad de que él localizara alguna, pero el juglar siguió hablando—. La Antigua Lengua es muy musical, pero hay demasiadas personas, incluso entre los nobles, que se impacientan al escucharla hoy en día. En principio los nobles han de conocer la Antigua Lengua, pero hay muchos que solamente aprenden lo suficiente para impresionar a la gente que la desconoce. Las traducciones no tienen

la misma sonoridad, a menos que estén en Cántico alto, y en ocasiones eso trastoca aún más el significado que la mayoría de traducciones. Hay un verso en el ciclo, que aunque no bien medido conserva intacto su significado, el cual dice así:

Dos veces será marcado,
dos veces para vivir y dos veces para morir.
Una vez la garza, para señalar su camino.
Dos veces la garza, para darle su verdadero nombre.
Una vez el Dragón, para el recuerdo perdido.
Dos veces el Dragón, por el precio que ha de pagar.

Alargó la mano y tocó las garzas bordadas en el alto cuello de la chaqueta de Rand. Por un momento, Rand sólo acertó a mirarlo, boquiabierto, y, cuando pudo hablar, lo hizo con voz temblorosa.

—Con la espada son cinco: empuñadura, vaina y hoja. —Volvió la mano sobre la mesa, ocultando la garza impresa en su palma. Por primera vez desde que el bálsamo de Selene había surtido efecto, la notaba allí. No le dolía, pero era consciente de ella.

—En efecto. —Thom lanzó una carcajada—. Hay otro que me viene a la memoria.

Dos veces amanece el día cuando se derrama su sangre.
Una por el luto, otra por el nacimiento.
Roja sobre negro, la sangre del Dragón mancha la roca de Shayol Ghul.
En la Fosa de la Perdición su sangre liberará a los hombres de la Sombra.

Rand sacudió la cabeza a modo de negación, pero Thom no pareció advertirlo.

—No veo cómo un día puede amanecer dos veces, pero también es cierto que muchos de los versos son bastante confusos. La ciudadela de Tear no caerá nunca hasta que el Dragón Renacido esgrima *Callandor*, pero la Espada que no Puede Tocarse reposa en el corazón de la ciudadela, de modo que ¿cómo va a poder esgrimirla, eh? Bien, que sea lo que la Luz quiera. Sospecho que las Aes Sedai desearían que los acontecimientos se ajustaran de la manera más aproximada posible a las profecías. Morir en algún lugar de las Tierras Malditas sería un alto precio a pagar por ir con ellas.

—Ninguna Aes Sedai está utilizándome —afirmó Rand, con una calma en la voz que estaba lejos de sentir—. Ya os he dicho que la última vez que vi a Moraine fue en Shienar. Dijo que era libre de ir a donde quisiera y me fui.

—¿Y no hay ninguna Aes Sedai contigo ahora? ¿Ninguna?

—Ninguna.

Thom se atusó los largos bigotes blancos. Parecía satisfecho y desconcertado a un

tiempo.

—¿Entonces por qué haces preguntas acerca de las profecías? ¿Por qué haces salir al Ogier de la habitación?

—No…, no quería molestarlo. Ya está bastante nervioso con lo del Cuerno. Esto es lo que quería preguntaros: ¿se hace mención del Cuerno en las… las profecías? —Todavía no lograba formular claramente sus inquietudes—. Todos esos falsos Dragones, y ahora se ha encontrado el Cuerno. Se supone que el Cuerno de Valere tiene el cometido de llamar a los héroes muertos para que peleen contra el Oscuro en la última Batalla, y se supone que el… el Dragón Renacido… luchará contra el Oscuro en la última Batalla. Me ha parecido natural relacionarlo.

—Seguramente lo es. No son muchos los que saben que el Dragón Renacido participará en la Última Batalla, o, si lo saben, creen que luchará en las filas del oscuro. Son pocos los que leen las profecías para informarse de ello. ¿Qué has dicho acerca del Cuerno: «se supone»?

—He aprendido algunas cosas desde que nos separamos, Thom. Acudirán en apoyo de cualquiera que toque el Cuerno, incluso de un Amigo Siniestro.

Las enmarañadas cejas de Thom se enarcaron hasta casi rozar el nacimiento de sus cabellos.

—Pues eso lo ignoraba yo. Has aprendido unas cuantas cosas.

—Eso no significa que vaya a permitir que la Torre Blanca me use como un falso Dragón. No quiero tener nada que ver con Aes Sedai, falsos Dragones, el Poder o… —Rand se mordió la lengua. «Te vuelves loco y empiezas a farfullar. ¡Estúpido!»

—Durante un tiempo, chico, pensé que tú eras el que quería Moraine e incluso creí saber el porqué. Ya sabes que ningún hombre decide encauzar el Poder. Es algo que le sobreviene, como una enfermedad. No se puede culpar a un hombre de enfermar, aun cuando eso sea algo que pueda acarrear también la muerte propia.

—Vuestro sobrino tenía la capacidad de encauzar, ¿verdad? Me dijisteis que ése era el motivo por el que nos habíais ayudado, porque vuestro sobrino había tenido problemas con la Torre Blanca y se había encontrado solo. Sólo hay un tipo de conflicto que enfrente a los hombres con las Aes Sedai.

Thom observó la mesa con labios fruncidos.

—Supongo que carece de sentido negarlo. Compréndelo, no es el tipo de cosas que suelen divulgarse, el tener un pariente varón capaz de encauzar el Poder. ¡Aaagh! El Ajah Rojo no le dio ninguna oportunidad a Owyn. Lo amansaron y luego murió. Simplemente perdió las ganas de vivir… —Suspiró con tristeza.

Rand se estremeció. «¿Por qué no me hizo Moraine lo mismo a mí?»

—¿Una oportunidad, Thom? ¿Insinuáis que existe algún medio con el que hubiera podido afrontar su condición? ¿Sin volverse loco? ¿Sin morir al final?

—Owyn lo mantuvo a raya durante casi tres años. Nunca hizo daño a nadie. No

utilizó el Poder a menos que se viera obligado y en esos casos siempre lo hizo para ayudar al pueblo. Él… —Thom extendió las manos—. Supongo que no había más alternativa. Los habitantes del lugar donde vivía me contaron que se comportó de un modo extraño a lo largo de ese último año. Se mostraban reacios a hablar de ello, y casi me apedrearon cuando se enteraron de que yo era su tío. Supongo que estaba enloqueciendo. Pero era de mi linaje, muchacho. No puedo tener en buen concepto a las Aes Sedai por lo que le hicieron, aun cuando cumplieran con su obligación. Si Moraine te ha dejado marchar, entonces te has zafado de ese asunto.

Rand guardó silencio un momento. «¡Imbécil! Por supuesto que no hay manera de afrontarlo. Vas a enloquecer y a morir hagas lo que hagas. Pero Ba'alzemon dijo…»

—¡No! —Se sonrojó ante la mirada escrutadora de Thom—. Me refiero a que… me he librado de ellas, Thom, pero todavía tengo el Cuerno de Valere. Pensad en ello, Thom: el Cuerno de Valere. Otros juglares podrían contar historias al respecto, pero vos podríais afirmar que lo tuvisteis en vuestras manos. —Advirtió que hablaba como Selene, y ello lo indujo a preguntarse dónde estaría ella—. Actualmente no hay compañía que prefiera a la vuestra, Thom.

Thom frunció el entrecejo, como si reflexionara, pero al final sacudió con firmeza la cabeza.

—Chico, me caes bien, pero sabes tan bien como yo que si os ayudé fue sólo porque había implicada una Aes Sedai. Seaghan no intenta estafarme más de lo que yo preveo, y, añadiendo a esas ganancias el Donativo Real, gano más de lo que obtendría en los pueblos. Para mi sorpresa, Dena parece amarme y, lo que es igual de sorprendente, yo correspondo a sus sentimientos. Entonces, ¿por qué debería dejar todo esto e irme para que me persigan trollocs y Amigos Siniestros? ¿Por el Cuerno de Valere? Oh, es una tentación, lo reconozco, pero no. No, no volveré a involucrarme en eso.

Se inclinó para recoger uno de los estuches de madera, largo y estrecho. Al abrirlo, dejó al descubierto una flauta, de factura sencilla pero montada con plata. Volvió a cerrarlo y lo deslizó sobre la mesa.

—Tal vez hayas de volver a costearte la cena con la música algún día, muchacho.

—Es posible —admitió Rand—. Al menos podemos hablar. Me hospedo en… —El juglar hizo un gesto para interrumpirlo.

—Una separación drástica es lo mejor, chico. Si sigues viniendo por aquí, no podré sacarme el Cuerno de la cabeza, aunque no lo menciones nunca. Y no pienso mezclarme en ello. No voy a hacerlo.

Cuando se hubo ido Rand, Thom arrojó la capa sobre la cama y se sentó acodado en la mesa. «El Cuerno de Valere. ¿Cómo consiguió encontrar ese campesino…» Desechó rápidamente esa línea de pensamiento. Si pensaba demasiado en el Cuerno,

al final se escaparía con Rand para llevarlo a Shienar. «Ése sería material digno de una historia: el traslado del Cuerno de Valere a las Tierras Fronterizas con la persecución de trollocs y Amigos Siniestros.» Se acordó, ceñudo, de Dena. Aun cuando ella no lo hubiera amado, un talento como el suyo no se hallaba cada día. Y ella lo amaba, a pesar de que él no acertara a comprender por qué.

—Viejo estúpido —murmuró.

—Sí, un viejo estúpido —convino Zera desde la puerta. Thom dio un respingo; había estado tan sumido en sus cavilaciones que no había oído cómo se abría la puerta. Hacía años que conocía a Zera, a quien siempre veía de regreso de sus vagabundeos, y ella siempre sacaba provecho de su grado de amistad para decirle abiertamente lo que pensaba—. Un viejo estúpido que está inmiscuyéndose otra vez en el juego de las Casas. A menos que esté volviéndome sorda, ese joven señor tiene acento andoreño. No es cairhienino, de eso no hay duda. El *Da'es Daemar* ya es bastante peligroso sin que un aristócrata extranjero lo implique a uno en sus intrigas.

Thom parpadeó y luego recapacitó en el aspecto que lucía Rand. Aquella chaqueta era sin duda tan fina como la de un noble. Estaba volviéndose viejo al pasar por alto detalles como ése. Pesaroso, cayó en la cuenta de que estaba planteándose si le contaba la verdad a Zera o dejaba que continuase sosteniendo el punto de vista que ya tenía. «Sólo con que comience a pensar en el Gran juego, ya estaré participando en él.»

—El chico es un pastor, Zera, de Dos Ríos.

—Y yo soy la reina de Ghealdan —se mofó la mujer con desdén—. Ya te lo he advertido: el juego se ha vuelto más peligroso en Cairhien estos últimos años. No tiene nada que ver con lo que tú conociste en Caemlyn. Ahora se llevan a cabo asesinatos. Vas a hacer que te corten el cuello, si no andas con cuidado.

—Te he dicho que ya no participo en el Gran juego. De eso hará pronto veinte años.

—Sí. —Su afirmación carecía de convicción—. Pero sea como fuere, y dejando aparte a los jóvenes señores extranjeros, has comenzado a dar representaciones en las haciendas de los aristócratas.

—Pagan bien.

—Y te arrastrarán a sus intrigas tan pronto como descubran el modo de hacerlo. Ven a un hombre y, con tanta naturalidad como respiran, ya están tramando cómo servirse de él. Ese joven señor que te ha visitado no va a ayudarte; van a comérselo vivo.

Desistió de tratar de convencerla de que él estaba al margen.

—¿Es eso lo que has venido a decirme, Zera?

—Sí. Olvida el Gran juego, Thom, y cásate con Dena. Ella te aceptará, aunque sea una insensatez, considerando que no eres más que un saco de huesos con el pelo

blanco. Cásate con ella y olvida a ese joven señor y el *Da'es Daemar*.

—Te agradezco el consejo —replicó secamente. «¿Casarme con ella? ¿Cargarla con el peso de un marido viejo? Nunca será un bardo con la amenaza de que se descubra mi pasado»—. Si no te importa, Zera, querría quedarme solo un rato. Esta noche voy a dar un espectáculo para lady Arilyn y sus huéspedes, y necesito prepararme.

La posadera le dedicó un resoplido y una sacudida de cabeza y salió dando un portazo.

Thom martilleó los dedos en la mesa. Con o sin chaqueta, Rand seguía siendo un pastor. Si hubiera sido algo más, si hubiera sido lo que Thom había sospechado, un hombre capaz de encauzar el Poder, ni Moraine ni ninguna otra Aes Sedai lo hubieran dejado suelto y sin amansar. Con Cuerno o sin él, el muchacho no era más que un pastor.

—Él se ha librado de esas cuestiones —concluyó en voz alta— y yo también.

27



La Sombra en la noche

No lo comprendo —dijo Loial—. Estaba ganando casi todo el rato. Y entonces ha venido Dena y se ha sumado al juego y ha ganado todas las tiradas, todas. Lo ha llamado una pequeña lección. ¿Qué ha querido decir?

Rand y el Ogier caminaban por extramuros, dejando atrás el Racimo de Uvas. El sol, una roja bola que se ocultaba en el horizonte, proyectaba largas sombras a sus espaldas. La calle estaba desierta, con excepción de una de las grandes marionetas, un trolloc con cuernos de cabra con una espada al cinto, y de los cinco hombres que controlaban sus movimientos, pero los sonidos de júbilo se oían aún en otras partes del barrio, en donde se hallaban las salas de espectáculos y las tabernas. Aquí, las puertas ya estaban atrancadas y los postigos de las ventanas cerrados.

Rand dejó de manosear el estuche de madera de la flauta y se lo colgó al hombro. «Supongo que no podía esperar que tirara todo por la borda para venir conmigo, pero al menos podríamos conversar. ¡Luz, qué ganas tengo de que venga Ingtar!» Se puso las manos en los bolsillos y notó el tacto de la nota de Selene.

—No creo que… —Loial guardó silencio, incómodo—. No creerás que ha hecho trampa, ¿verdad? Todo el mundo sonreía como si estuviera haciendo algo gracioso.

Rand se encogió de hombros debajo de la capa. «He de tomar el Cuerno y salir de aquí. Si esperamos a Ingtar, puede ocurrir cualquier cosa. Fain vendrá tarde o temprano. Debo tomarle la delantera.» Los hombres que transportaban el títere se encontraban casi a su lado.

—Rand —observó de repente Loial—, no me parece que eso sea una…

De súbito los hombres dejaron caer las varas al suelo y, en lugar de derrumbarse, el trolloc dio un salto hacia Rand con las manos extendidas.

No había tiempo para reflexionar. Como un acto reflejo, desenvainó raudamente la espada: La luna se eleva sobre los lagos. El trolloc retrocedió a trompicones, chillando, y se desplomó con un rictus amenazador.

Por un instante todos permanecieron paralizados. Entonces los desconocidos, Amigos Siniestros sin duda, miraron alternativamente al trolloc tendido en la calle y a Rand, con la espada en las manos y Loial a su lado, y, girándose, echaron a correr.

Rand también observó al trolloc. El vacío lo había rodeado antes de que su mano

tocara el acero; el *Saidin* refulgía en su mente, insinuante, repugnante. Logró, no sin esfuerzo, ahuyentar el vacío y luego se mordió los labios. Sin la vacuidad, el miedo le recorría el cuerpo.

—Loial, debemos regresar a la posada. Hurin está solo y ellos…

Emitió un gruñido cuando un recio brazo lo levantó por los aires, un brazo tan largo que podía sujetar los dos suyos contra el pecho. Una peluda mano le atenazó la garganta. Percibió un hocico con colmillos justo encima de su cabeza, y un fétido olor agridulce, como de pocilga, le impregnó la nariz.

Tan velozmente como lo había aferrado, la mano le soltó la garganta. Estupefacto, Rand la miró y vio cómo los gruesos dedos del Ogier asían la muñeca del trolloc.

—Aguanta, Rand. —La voz de Loial sonaba tensa. La otra mano del Ogier agarró el brazo que aún tenía levantado a Rand—. Aguanta.

Rand fue zarandeado mientras el Ogier y el trolloc forcejeaban. De improviso cayó. Tambaleante, dio dos pasos para ganar espacio y regresó con la espada en alto.

De pie tras el trolloc de hocico de jabalí, Loial lo retenía por la muñeca y el antebrazo, manteniéndole los brazos abiertos, respirando afanosamente a causa del esfuerzo. El trolloc gruñía en la discordante lengua trolloc, echando la cabeza hacia atrás con intención de golpear a Loial con el hocico. Sus botas se arrastraban sobre la tierra de la calle.

Rand trató de encontrar un punto donde clavar la hoja al trolloc sin herir a Loial, pero Ogier y trolloc giraban tanto en su pulso de fuerza que no hallaba un lugar seguro.

Con un gruñido, el trolloc hurtó el brazo izquierdo, pero, antes de que consiguiera soltarse por completo, Loial le rodeó el cuello con el brazo y lo apretó contra sí. La criatura dirigió las garras a su espada en forma de guadaña, que pendía en su costado derecho. Centímetro a centímetro el oscuro acero fue deslizándose, saliendo de la vaina. Y todavía se movían tanto que Rand no podía atacar sin poner en peligro a Loial.

El Poder, eso serviría. Ignoraba cómo, pero no se le ocurría otro recurso al que recurrir. El trolloc tenía ya la espada medio desenvainada y, cuando la curvada hoja quedara desnuda, daría muerte a Loial.

Rand formó el vacío con renuencia. El *Saidin* brillaba, llamándolo. Vagamente, rememoró un tiempo en que había cantado para él, pero ahora éste únicamente lo atraía, como cautiva el perfume de una flor a una abeja, o el hedor de un muladar a una mosca. Se abrió a él, le tendió las manos… y no halló nada. Era como si hubiera tratado de asir la luz normal. La infección se deslizaba en su interior, ensuciándolo, pero no había flujo de luz dentro de él. Impelido por una distante desesperación, lo intentó una y otra vez. Y, de nuevo, sólo encontró la contaminación.

Con un súbito empujón, Loial arrojó de lado al trolloc, con tanta fuerza que el

monstruo fue a chocar de cabeza contra la pared de un edificio, por la que se deslizó hasta quedar tumbado con el cuello doblado. Loial permaneció quieto observándolo, con la respiración alterada.

Rand abandonó un momento el vacío antes de caer en la cuenta de lo ocurrido. Entonces, se desprendió del vacío y la infecta luz y se acercó presuroso a Loial.

—Nunca… había matado antes, Rand. —Loial inspiró, estremeciéndose.

—Te habría matado si no lo hubieras hecho tú —arguyó Rand. Lleno de ansiedad, miró las callejas y las puertas atrancadas y los postigos cerrados. Donde había dos trollocs, debía de haber más—. Siento que hayas tenido que hacerlo tú, Loial, pero nos habría dado muerte a los dos en el mejor de los casos.

—Lo sé, pero me repugna. Aunque sea un trolloc. —Señalando el sol poniente, el Ogier tomó el brazo de Rand—. Hay otro.

El resplandor del sol no le permitió a Rand distinguir los detalles, pero parecía tratarse de un nuevo grupo de hombres con un enorme títere, que caminaban a su encuentro. Ahora, sin embargo, ya sabía en qué había de centrar la atención: la «marioneta» movía las piernas con demasiada naturalidad y la hocicuda cabeza se alzaba para husmear el aire sin ninguna vara que la impulsara. No creía que el trolloc y los Amigos Siniestros pudieran verlos entre las sombras del crepúsculo, ni tampoco los cadáveres que yacían en la calle, pues se movían con excesiva lentitud. De todas maneras era evidente que buscaban algo y que cada vez se hallaban más cerca.

—Fain sabe que estoy por aquí —señaló, limpiando precipitadamente la hoja de la espada en la chaqueta del trolloc muerto—. Los ha enviado a buscarme. No obstante, teme que vean a los trollocs o de lo contrario no los habría disfrazado. Si podemos llegar a una calle donde haya gente, estaremos a salvo. Debemos ir a ver a Hurin. Si Fain lo encuentra solo con el Cuerno…

Se llevó a Loial hacia la siguiente esquina y dobló en dirección a los sonidos de música y risas más cercanos, pero, mucho antes de alcanzarlos, otro grupo de individuos apareció frente a ellos en la solitaria calle con una marioneta que no era tal. Rand y Loial tomaron el próximo cruce, que conducía al este.

En cada ocasión en que Rand trataba de llegar a la música y las risas, había un trolloc en su camino, a menudo husmeando el aire para detectar un olor. Algunos trollocs cazaban por medio del olfato. En algunos puntos, allí donde no había nadie que lo viera, un trolloc caminaba solo. Más de una vez tuvo la certeza de que se trataba de uno que ya había visto antes. Estaban estrechando el cerco, y asegurándose de que él y Loial no abandonaran las desiertas calles con sus postigos cerrados. Paulatinamente, ambos se vieron obligados a replegarse hacia el este, alejándose de la gente, de la ciudad y de Hurin, por estrechas callejas laberínticas sobre las que se cernía la oscuridad. Rand lanzaba pesarosas ojeadas a los altos edificios junto a los que pasaban, cerrados a cal y canto ante la inminencia de la noche. Aun cuando

llamara a una morada, hasta que alguien abriera, incluso si los dejaran entrar, ninguna de las puertas que avistaba detendría a un trolloc. Lo único que conseguiría sería ofrecer más víctimas aparte de Loial y él.

—Rand —constató finalmente Loial—, no tenemos adónde ir.

Habían llegado al extremo oriental de extramuros; los altos edificios que los rodeaban eran los últimos. Las luces de las ventanas de los pisos superiores le hacían guiños, pero en los pisos de abajo estaba todo cerrado. Al frente se extendían las colinas, envueltas en la temprana penumbra del crepúsculo, sin ni siquiera una granja a la vista. Sin embargo, no se encontraban totalmente solitarias. Uno de los altozanos más elevados, a un kilómetro de distancia tal vez, estaba circundado de pálidos muros que albergaban edificios.

—Una vez que nos hayan empujado hacia afuera —apuntó Loial—, no tendrán que, preocuparse de quién los ve.

Rand señaló las paredes que rodeaban la colina.

—Eso debería contener a un trolloc. Debe de ser la casa solariega de un noble. Quizá nos dejen entrar. ¿Un Ogier y un señor extranjero? Esta chaqueta debe servirnos para algo, tarde o temprano. —Giró la cabeza hacia atrás. Todavía no se avistaban trollocs, pero aun así condujo a Loial a un costado de la casa junto a la que se hallaban.

—Me parece que eso es el cuartel general de los Iluminadores, Rand. Los Iluminadores protegen celosamente sus secretos. No creo que dejaran entrar allí ni al propio Galldrain.

—¿En qué embrollo os habéis metido ahora? —preguntó una familiar voz femenina. El aire se había impregnado de pronto de un perfume a especias.

Rand levantó la vista; Selene apareció en la esquina que él y Loial acababan de doblar, con su vestido blanco resplandeciendo en la penumbra.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Qué hacéis aquí? Debéis marcharos de inmediato. ¡Corred! Hay trollocs persiguiéndonos.

—Ya lo he visto. —Su voz era seca, pero fría y serena—. He venido a buscaros y os encuentro dejando que los trollocs os acorralen como a un cordero. ¿Es posible que el hombre que posee el Cuerno de Valere permita que lo traten de este modo?

—¡No lo tengo aquí! —espetó—. Y no veo qué iba a hacer con él si lo tuviera. Los héroes muertos no van a cumplir la función de despertar para salvarme de los trollocs. Selene, debéis iros. ¡Ahora! —Miró por el recodo.

A menos de cincuenta metros, un trolloc estaba asomando con cautela a la calle su cornuda cabeza, husmeando la noche. A su lado se alzaba una gran sombra, probablemente de otro congénere, junto a unas formas más pequeñas: Amigos Siniestros.

—Demasiado tarde —murmuró Rand. Cambió de lugar el estuche de la flauta

para sacarse la capa y rodear con ella a la muchacha. Era lo bastante larga para taparle por completo el vestido blanco y además arrastrarse por el suelo—. Habréis de sostenerla con la mano para correr —le indicó—. Loial, si no nos dejan entrar, tendremos que encontrar la manera de hacerlo furtivamente.

—Pero, Rand…

—¿Acaso prefieres esperar a los trollocs? —Dio un empellón a Loial para impulsarlo a caminar y tomó la mano de Selene antes de emprender el trote—. Busca un sendero para que no nos rompamos la crisma, Loial.

—Estáis permitiendo que os pongan nervioso —observó Selene, que parecía tener menos problemas que Rand para seguir a Loial en la escasa luz reinante—. Buscad la Unidad y recobrad la calma. El que va a ocupar una posición insigne debe conservar siempre la calma.

—Los trollocs pueden oíros —objetó—, y yo no anhelo grandezas. —Le pareció oírla exhalar un irritado gruñido.

En ocasiones sus pies hacían rodar las piedras, pero la travesía de las colinas no era dificultosa, a pesar de las sombras del anochecer. Los árboles, e incluso los arbustos, habían sucumbido hacía tiempo al hacha de los leñadores. Nada crecía allí salvo altas hierbas que susurraban quedamente con el contacto de sus piernas. Se levantó una suave brisa nocturna, y Rand receló que transportara su olor a los trollocs.

Loial se detuvo al llegar al muro de piedras enlucidas con un yeso blanquecino, cuya altura doblaba la suya. Rand volvió la mirada hacia extramuros, donde las hileras de ventanas iluminadas semejaban de lejos los radios de una rueda que tuviera como eje las murallas de la ciudad.

—Loial —inquirió en voz baja—, ¿los ves? ¿Están siguiéndonos?

El Ogier miró hacia extramuros y asintió con pesar.

—Sólo veo a algunos de los trollocs, pero vienen hacia aquí. Corriendo. Rand, de veras no creo que…

—Si quiere entrar, alantin —lo interrumpió Selene—, necesita una puerta. Como ésa. —Señaló una zona oscura en la pared. Aun cuando ella lo afirmara, Rand no estaba seguro de que fuera una puerta, pero, cuando se acercó a ella y presionó, se abrió.

—Rand… —comenzó a protestar Loial.

—Más tarde, Loial —lo acalló Rand, empujándolo hacia la abertura—. Y en voz baja. Estamos escondiéndonos, ¿recuerdas?

Había soportes para una tranca, pero ésta no se veía por ningún sitio. Entró con los demás y cerró la puerta tras ellos. No contendría a nadie, pero tal vez los trollocs dudaran antes de penetrar en las murallas.

Se encontraban en un callejón que conducía a la parte superior del promontorio

entre dos largos edificios desprovistos de ventanas. En un principio creyó que también eran de piedra, pero después advirtió que bajo el blanco yeso había madera. Ahora la oscuridad era tan intensa que el reflejo de la luna en las paredes ofrecía una semblanza de luz.

—Mejor que nos arresten los Iluminadores y no que nos atrapen los trollocs —murmuró, iniciando el ascenso de la colina.

—Pero eso es de lo que intentaba prevenirte —protestó Loial—. He oído decir que los Iluminadores matan a los intrusos. Mantienen sus secretos mediante duros métodos expeditivos, Rand.

Rand se paró en seco y volvió a mirar la puerta. Los trollocs todavía se hallaban afuera. En el peor de los casos, los humanos serían más razonables que los trollocs. Tal vez pudiera convencer a los Iluminadores para que los dejasen entrar; los trollocs no prestaban oídos antes de matar.

—Siento haberos metido en esto, Selene.

—El peligro tiene cierto encanto —replicó ésta con suavidad—. Y, hasta ahora, lo afrontáis correctamente. ¿Vamos a ver lo que encontramos? —Emprendió la ascensión del callejón delante de Rand, el cual la siguió, embriagado por el aroma a especias que de ella emanaba.

En la cumbre de la colina, el callejón se ensanchaba en una especie de plaza de arcilla aplanada, casi tan pálida como el yeso y rodeada casi por completo de otras edificaciones blancas sin ventanas, entre las que se abrían angostos callejones en sombras. La estructura situada a la derecha de Rand, sin embargo, tenía una abertura cuya luz se reflejaba en el claro barro. Se retiró al amparo de la oscuridad de la calleja cuando un hombre y una mujer aparecieron y atravesaron lentamente el espacio despejado.

Era evidente que sus ropas no eran cairhieninas. El hombre llevaba pantalones tan holgados como las mangas de su camisa, y ambas prendas eran de color amarillo claro, con bordados en las perneras y en la pechera de la camisa. El vestido de la de la mujer, con intrincados adornos en el pecho, parecía de tonalidad verde pálido, y su cabello estaba peinado con un trenzas.

—¿Todo está dispuesto, dices? —preguntó la mujer—. ¿Estás seguro, Tammuz? ¿Todo?

Su interlocutor extendió los brazos.

—Siempre tienes que comprobarlo por ti misma, Aludra. Todo está preparado. El espectáculo podría iniciarse ahora mismo.

—Las puertas, ¿están atrancadas todas? ¿Todas las…? —Su voz se perdió en el interior del edificio iluminado.

Rand examinó la plaza, sin reconocer apenas nada. En el centro, varias docenas de tubos verticales, tan altos como él y de un diámetro de unos treinta centímetros,

reposaban sobre bases de madera. De cada uno de los cilindros partía una oscura cuerda retorcida que se extendía por el suelo hasta una pared baja, de unos dos metros de largo, situada en el lado más alejado. Alrededor del descampado había un revoltijo con artesas, tubos, palos ahorquillados y un sinfín de objetos diversos.

Todos los fuegos de artificio que él había contemplado podían caber en una mano, y eso era cuanto sabía, aparte de que estallaban con gran estrépito o que estallaban a ras del suelo en espirales de chispas, o en ocasiones salían disparados hacia el aire. Siempre llegaban con mensajes de los Iluminadores en los que se advertía que, si se abrían, podían explotar. De todas los fuegos artificiales eran demasiado caros para que el Consejo del Pueblo hubiera permitido abrirlos a cualquier persona inexperta. Aún recordaba la vez en la que Mat había intentado hacer precisamente eso; una semana después nadie le dirigía la palabra salvo su madre. El único detalle con que estaba familiarizado Rand eran los cordeles, las mechas. Sabía que era allí donde se prendía fuego.

Echando una ojeada a la puerta no atrancada, hizo señas a los otros para que lo siguieran y comenzó a caminar bordeando los tubos. Si tenían que buscar un lugar donde esconderse, quería que éste se encontrara lo más lejano posible de esa entrada.

Ello representaba que debía abrirse camino entre las estanterías y Rand contenía el aliento cada vez que rozaba alguna y los objetos que había en ella se movían haciendo ruido. Todas parecían de madera, carentes de metal y temblaba al imaginar el estrépito que ocasionarían si derribaban una. Miró con recelo los altos tubos, recordando la detonación producida por uno del tamaño de su dedo. Si eso eran fuegos de artificio, no deseaba encontrarse tan cerca de ellos.

Loial murmuraba sin cesar para sus adentros, en especial cuando topaba con uno de los anaqueles y retrocedía tan velozmente que avanzaba en medio de una sucesión de choques y murmullos.

Selene no resultaba menos exasperante. Caminaba con tanta despreocupación como si pasearan por la calle de una ciudad. No chocaba con nada y no producía ruido alguno, pero tampoco hacía ningún esfuerzo por mantener cerrada la capa. El color blanco de su vestido parecía más claro que el de todas las paredes. Rand atisbó las ventanas iluminadas, temeroso de que saliera alguien. Sólo con que saliera una persona, vería indefectiblemente a Selene y daría la alarma.

Pero no había nadie en las ventanas. Rand comenzaba a exhalar un suspiro de alivio al arrimarse a la pared baja, y a los callejones y edificios situados tras ella, cuando Loial tropezó con una nueva estantería. Ésta contenía diez varas de aspecto flexible, tan largas como los brazos de Rand, de cuyos extremos se elevaban hilillos de humo. La anaquelería apenas hizo ruido al caer y desparramar sobre una de las mechas los bastones que ardían sin llama. La mecha se prendió fuego, y la llama se acercó raudamente a uno de los altos tubos.

Rand permaneció petrificado un instante y luego trató de susurrar un grito.

—¡Detrás de la pared!

Selene emitió un gruñido de enojo cuando Rand la abatió junto al muro, pero él no le dio importancia. Intentó protegerla con su cuerpo al tiempo que Loial se agazapaba tras ellos. Mientras esperaba a que hiciera explosión el cilindro, se preguntó si aguantaría la pared. Se produjo un ruido sordo cuya resonancia notó en el suelo. Con cautela, se incorporó levemente para asomarse en el borde del muro. Selene lo golpeó con fuerza con el puño en las costillas y rodó para apartarse de él profiriendo un juramento en un idioma que él no reconoció, aunque apenas le prestó atención.

De la punta de uno de los cilindros salía un hilo de humo, nada más. Sacudió la cabeza, extrañado. «Si sólo es eso lo que…»

Con una detonación similar a un trueno, una enorme flor roja y blanca abrió sus pétalos en la ya oscurecida bóveda celeste y después fue alejándose al tiempo que se disolvía en chispas.

Mientras la contemplaba, deslumbrado, el edificio iluminado cobró vida de improviso. En todas las ventanas había hombres y mujeres, observando, señalando y gritando.

Rand lanzó una pesarosa ojeada al oscuro callejón, a tan sólo diez pasos de distancia, consciente de que un solo paso los haría totalmente visibles a la gente asomada a las ventanas. Se oía ruido de personas que se acercaban.

Presionó a Loial y Selene contra la pared, confiando en que parecieran simples sombras.

—Quedaos quietos y en silencio —susurró—. Es nuestra única esperanza.

—A veces —comentó en voz baja Selene—, si uno permanece muy quieto, nadie es capaz de verlo. —No aparentaba la más mínima inquietud.

Las botas golpeaban el suelo arriba y abajo al otro lado de la pared y las voces sonaban con furia. Sobre todo la que Rand identificó como la de Aludra.

—¡Eres un mamarracho, Tammuz! ¡Especie de gran cerdo! ¡Tu madre era una cabra, Tammuz! Un día nos matarás a todos.

—Yo no tengo la culpa de lo ocurrido, Aludra —protestó el hombre—. Me he cerciorado de que todo estuviera en el sitio correspondiente, y las yescas estaban…

—¡No me dirijas la palabra, Tammuz! ¡Un cerdo no merece hablar como un ser humano! —La voz de Aludra cambió al responder a la pregunta de otro individuo—. No hay tiempo para preparar otro. Galldrain deberá conformarse con el resto esta noche. ¡Y tú, Tammuz! Vas a colocarlo todo bien, y mañana vas a irte con los carros a comprar estiércol. ¡Como algo vuelva a salir mal esta noche, no voy a fiarme de ti otra vez ni para ocuparte del estiércol!

Los pasos fueron amortiguándose a medida que se alejaban hacia la casa,

acompañados de los murmullos de Aludra. Tammuz se quedó cerca, gruñendo para sí acerca de la injusticia de que era objeto.

Rand contuvo el aliento cuando el hombre se inclinó para levantar la estantería caída. Aplastado contra la pared en sombras, distinguió la espalda y los hombros de Tammuz. Habría bastado que éste volviera la cabeza para advertir su presencia. Todavía quejándose para sus adentros, Tammuz dispuso los bastones encendidos en los estantes y luego se fue caminando hacia el edificio donde habían entrado los demás.

Espirando el aire retenido, Rand miró rápidamente a su alrededor y luego volvió a abrigarse en las sombras. En las ventanas aún había algunas personas.

—Esta noche ya no podemos confiar más en la suerte —musitó.

—Se dice que los grandes hombres forjan su buena estrella —afirmó quedamente Selene.

—¿Vais a parar de decir esas cosas? —la reconvino, cansado.

Deseaba que el perfume de la muchacha no ocupara de aquel modo su cabeza; le dificultaba la tarea de pensar. Recordaba el contacto de su cuerpo cuando la había obligado a tenderse bajo el peso del suyo —una turbadora mezcla de suavidad y firmeza— y eso no mejoraba su capacidad de raciocinio.

—Rand… —Loial estaba mirando por el borde de la pared hacia el otro lado de la casa iluminada—. Creo que necesitaremos otra dosis de suerte, Rand.

Rand se volvió para observar por encima del hombro del Ogier. Más allá de la plaza, en la calleja que conducía a la puerta sin atrancar, tres trollocs se asomaban con precaución entre las sombras observando las ventanas alumbradas, en una de las cuales había una mujer que no pareció advertirlos.

—Esto se ha convertido en una trampa —constató con calma Selene—. Esa gente os matará seguramente si os encuentra y los trollocs lo harán sin duda. Pero tal vez podáis acabar con los trollocs tan velozmente que no tengan ocasión de armar ningún alboroto. Quizá podáis hacer que esa gente no os mate para preservar sus pequeños secretos. Aun cuando no deseéis grandezas se requiere un gran hombre para llevar esto a buen fin.

—No tenéis por qué entusiasmaros por ello —espetó Rand.

Trató de dejar de pensar en cómo olía, cómo era el tacto de su cuerpo, y entonces el vacío casi se enseñoreó de él. Se apresuró a ahuyentarlo. No parecía que los trollocs los hubieran localizado, todavía. Volvió a agacharse, contemplando el oscuro callejón más cercano. Una vez que se desplazaran hacia él, los trollocs los verían infaliblemente, al igual que lo haría la mujer de la ventana. Se produciría una competición entre trollocs e Iluminadores de la que saldrían victoriosos quienes les dieran alcance primero.

—Vuestra grandeza va a entusiasmarme. —A pesar de sus palabras, el tono de

Selene traicionaba enfado—. Tal vez debería dejaros durante un tiempo para que halléis vuestro propio camino. Si no queréis tomar la grandeza cuando se halla al alcance de vuestra mano, quizá merezcáis morir.

Rand evitó mirarla.

—Loial, ¿ves alguna otra puerta en ese callejón?

El Ogier negó con la cabeza.

—Hay demasiada luz aquí y demasiada oscuridad allí. Si estuviera en el callejón, podría verlo bien.

Rand rodeó la empuñadura de la espada.

—Llévate a Selene. Tan pronto como veas una puerta… si la ves… llámame e iré detrás. Si no la hay al final de la calle, tendrás que auparla para que pueda llegar al borde del muro y saltar al otro lado.

—De acuerdo, Rand. —Loial parecía preocupado—. Pero cuando nos movamos, esos trollocs vendrán detrás de nosotros, sin atenerse a si hay alguien mirándolos o no. Aunque haya una puerta, nos pisarán los talones.

—Deja que me ocupe yo de los trollocs. —«Son tres. Puedo lograrlo, con el vacío.» Al pensar en el *Saidin* se decidió. Habían ocurrido demasiadas cosas extrañas cuando había dejado aproximarse demasiado la mitad masculina de la Fuente Verdadera—. Os seguiré tan pronto como pueda. Idos. —Se giró hacia el otro lado de la pared para observar a los trollocs.

Por el rabillo del ojo percibió vagamente el bulto de Loial moviéndose y el vestido blanco de Selene, medio cubierto por su capa. Uno de los trollocs apostados más allá de los tubos apuntó a ellos con excitación, pero los tres vacilaban todavía, mirando la ventana en la que aún estaba asomada la mujer. «Tres. Debe haber una manera de acabar con ellos sin el vacío. Sin el *Saidin*.»

—¡Hay una puerta! —le informó en voz baja Loial.

Uno de los trollocs dio un paso hacia afuera de las sombras y los otros lo siguieron, arracimados. Como de un lugar distante, Rand oyó chillar a la mujer de la ventana y la voz de Loial que gritaba algo.

Sin pensarlo, se había puesto en pie. Debía detener de algún modo a los trollocs, o de lo contrario se abalanzarían sobre él y luego sobre Loial y Selene. Agarró uno de los bastones prendidos y se precipitó hacia el tubo más próximo. Éste se ladeó, con una oscilación, y él aferró la base de madera; el cilindro apuntó directamente a los trollocs, quienes aminoraron, titubeantes, el paso. La mujer de la ventana gritó, y Rand aplicó la humeante punta de la vara en el tramo de la mecha en que ésta se unía al tubo.

El ruido seco se produjo al instante, y el grueso soporte de madera lo golpeó con tal fuerza que lo derribó. Un fragor comparable al de un trueno ocupó la noche y un cegador estallido de luz desgarró la oscuridad.

Parpadeando, Rand se levantó, entre toses producidas por el acre humo, tambaleante y ensordecido. Miró con estupor en tomo a sí. La mitad de los cilindros y todas las estanterías estaban abatidos y una esquina del edificio junto al que se encontraban los trollocs había desaparecido, sin dejar más vestigio que algunas vigas y planchas que lamían las llamas. De los trollocs no había ni rastro.

Entre la resonancia que aún le martilleaba los oídos, Rand oyó cómo los Iluminadores gritaban en el interior de la casa. Echó a correr y penetró en el callejón. Cuando había recorrido ya la mitad tropezó con algo y advirtió que era una capa. La recogió sin detenerse. Tras él, los gritos de los Iluminadores poblaban la noche.

Loial estaba balanceándose con impaciencia sobre los pies junto a la puerta abierta. Y estaba solo.

—¿Dónde está Selene? —preguntó Rand.

—Ha regresado allá. He intentado agarrarla, pero se me ha escapado de las manos.

Rand volvió a encaminarse hacia el ruido. A través del incesante sonido que le torturaba los oídos, algunos de los gritos eran casi incomprensibles. Ahora había luz allí, producida por las llamas.

—¡Los cubos de arena! ¡Traed rápidamente los cubos de arena!

—¡Esto es un desastre! ¡Un desastre!

—¡Algunos se fueron por allí!

Loial aferró el hombro de Rand.

—No puedes ayudarla, Rand, porque antes te cogerían a ti. Debemos irnos. —Alguien apareció al fondo del callejón, una sombra cuyos contornos recortaba el resplandor de las llamas, y señaló hacia ellos—. ¡Vamos, Rand!

Rand dejó que su amigo lo arrastrara hacia la oscuridad que se abría al otro lado de la puerta. El fuego fue perdiendo brillo tras ellos hasta convertirse en un punto de fulgor rodeado por la noche, y las luces de extramuros fueron aproximándose. Rand casi sentía deseos de topar con más trollocs, con algo contra lo que pelear. Pero sólo se oía la brisa que agitaba la hierba.

—He intentado contenerla —dijo Loial. Se produjo un largo silencio—. Realmente no habríamos podido hacer nada. Nos habrían apresado a nosotros también.

—Lo sé, Loial —replicó, con un suspiro, Rand—. Has hecho lo que has podido. —Caminó de espaldas unos pasos, contemplando el resplandor, que parecía ya más pequeño, seguramente los Iluminadores estaban apagando el incendio—. He de ayudarla de algún modo. —«¿Cómo? ¿El *Saidin*? ¿El Poder?» Se estremeció—. Debo hacerlo.

Atravesaron extramuros entre calles iluminadas, sumidos en un silencio en el que no hizo mella el alborozo reinante en ellas.

Cuando entraron en el Defensor de las Murallas del Dragón, el posadero le ofreció su bandeja con un pergamino sellado. Rand lo tomó y observó el sello blanco: una luna creciente y estrellas.

—¿Quién lo ha traído? ¿Cuándo?

—Una anciana, mi señor. Hace menos de un cuarto de hora. Una criada, aunque no ha dicho de qué casa. —Cuale sonrió como si se ofreciera a recibir confidencias.

—Gracias-dijo Rand, con la mirada todavía fija en el sello. El posadero lo observó con aire pensativo mientras subían las escaleras.

Hurin se sacó la pipa de la boca cuando Rand y Loial entraron en la habitación. Estaba limpiando su espada corta y la maza revestida de acero con un trapo aceitado.

—Habéis pasado mucho rato con el juglar, mi señor. ¿Está bien?

—¿Cómo? —inquirió Rand, sobresaltado—. ¿Thom? Sí, está… —Abrió el sello con el pulgar y leyó la misiva.

> *«Cuando creo saber lo que vais a hacer, hacéis algo diferente. Sois un hombre peligroso. Tal vez no tardemos mucho en volver a reunirnos. Pensad en el Cuerno. Pensad en la gloria. Y pensad en mí, pues siempre seréis mío.»*

Nuevamente, no llevaba más firma que el fluido trazo de la escritura.

—¿Están locas todas las mujeres? —preguntó Rand al techo.

Hurin se encogió de hombros. Rand se dejó caer sobre una silla, la que tenía dimensiones destinadas a un Ogier; le quedaban las piernas colgando, pero le daba igual. Observó el cofre cubierto con la manta bajo el borde de la cama de Loial. «Pensad en la gloria.»

—Ojalá llegue pronto Ingtar —murmuró.

28



Un nuevo hilo en el Entramado

Perrin miraba con desazón la Daga del Verdugo de la Humanidad mientras cabalgaba. El camino, empinado aún, parecía seguir ascendiendo indefinidamente, si bien él calculaba que ya no se hallaban lejos del puerto. A un lado del sendero, el terreno descendía abruptamente; en el fondo corría un arroyo poco profundo que se precipitaba entre las rocas arrancando oleadas de espuma; en el otro, las montañas formaban una serie de acantilados recortados que semejaban cascadas de piedra. La vereda recorría campos de cantos rodados, algunos del tamaño de la cabeza de un hombre y otros tan grandes como carros. Era evidente que no sería preciso gran habilidad para ocultarse en un lugar así.

Mat, con el arco colgado de través, cabalgaba con aparente despreocupación, haciendo juegos de manos con tres pelotas de colores, pero estaba más pálido que nunca. Verin lo examinaba dos o tres veces al día ahora, frunciendo el entrecejo, y Perrin estaba convencido de que había intentado aplicarle sus poderes curativos al menos en una ocasión, pero, por lo que él alcanzaba a percibir, éstos no surtían efecto alguno. De todas maneras, la Aes Sedai parecía encontrarse más absorta en algo que no expresaba.

«Rand», pensó Perrin, mirándola. Verin siempre iba a la cabeza de la comitiva, al lado de Ingtar, y siempre quería que avanzaran aún más rápido de lo que el señor shienariano permitía. «De algún modo, se ha enterado de lo de Rand.» En su mente parpadearon imágenes transmitidas por los lobos, granjas de piedra y pueblos asentados en terrazas, emplazados más allá de las cumbres; los lobos no advertían diferencia entre ellos y las colinas y prados, salvo que ello les producía la sensación de que aquella tierra se tornaba baldía. Por un momento notó que compartía su pesar, rememorando los lugares que los seres de dos piernas habían abandonado mucho tiempo atrás, evocando las veloces carreras entre los árboles, el enérgico chasquido de sus mandíbulas en el instante en que el ciervo trataba de huir, y… Pugnó por alejar los lobos de su pensamiento. «Esas Aes Sedai van a destruirnos a todos.»

Ingtar se rezagó para situarse junto a Perrin. En ocasiones, a ojos de Perrin, la

cresta en forma de luna del yelmo del shienariano tenía la apariencia de los cuernos de un trolloc.

—Vuelve a referirme lo que han dicho los lobos —pidió Ingtar en voz baja.

—Os lo he repetido diez veces.

—¡Dímelo de nuevo! Cualquier cosa que se me haya escapado, cualquier detalle que me ayude a encontrar el Cuerno… —Ingtar aspiró hondo y dejó escapar el aire muy despacio—. Debo encontrar el Cuerno de Valere, Perrin. Vuelve a repetírmelo.

No era preciso que Perrin ordenara mentalmente la exposición, después de tantas reiteraciones. Lo expresó de una tirada.

—Alguien… o algo… atacó a los Amigos Siniestros durante la noche y mató a esos trollocs que hemos encontrado. —El estómago ya no se le levantaba al referirlo. Los cuervos y buitres eran unos voraces carroñeros—. Los lobos lo llaman el Exterminador de la Sombra; yo creo que era un hombre, pero ellos no se acercaron lo bastante para distinguirlo con claridad. No temen a ese Exterminador de la Sombra; más bien le profesan admiración. Dicen que ahora los trollocs persiguen al Exterminador de la Sombra. Y que Fain va con ellos… —Incluso después de tanto tiempo, el olor de aquel hombre le produjo un rictus— … de manera que el resto de los Amigos Siniestros también deben de estar con ellos.

—Exterminador de la Sombra —murmuró Ingtar—. ¿Alguna criatura del Oscuro, como un Myrddraal? He visto cosas en la Llaga que podrían recibir el nombre de Exterminador de la Sombra, pero… ¿No han añadido nada más?

—No se acercaron a él. No era un Fado, pues, como ya os he dicho, ellos matarían con más ganas a un Fado que a un trolloc, aunque para ello tuviera que perecer la mitad de la manada. Ingtar, los lobos que lo vieron, lo comunicaron a otros y éstos a otros antes de que el mensaje me llegara a mí. Sólo puedo referiros lo que me han transmitido, y después de pasar por tantos individuos… —Dejó la frase inconclusa al ver que Ino se unía a ellos.

—Aiel en las rocas —informó lacónicamente el soldado tuerto.

—¿A esta distancia del Yermo? —exclamó Ingtar, lleno de incredulidad. Ino logró de algún modo mostrarse ofendido sin modificar la expresión de la cara, ante lo cual Ingtar agregó—: No, no dudo de tu palabra. Simplemente me sorprende.

—El condenado quería que yo lo viera o de lo contrario no lo habría descubierto. —La voz de Ino reflejaba el disgusto de tener que admitirlo—. Y no tenía la maldita cara velada, de modo que no ha salido a matar a nadie, pero cuando uno ve a un condenado Aiel, siempre hay más escondidos. —De improviso abrió desmesuradamente los ojos—. Que me aspen si no parece que quiere algo más, aparte de que lo veamos. —Señaló a un hombre que se encaminaba hacia ellos por el sendero.

Masema puso al instante la lanza en ristre e hincó los talones en los flancos de su

montura, que puso al galope en menos de tres pasos. No fue el único en reaccionar; cuatro puntas de acero apuntaron al hombre que estaba de pie.

—¡Quietos! —gritó Ingtar—. ¡Quietos, he dicho! ¡Voy a cortarle las orejas al que no se quede parado donde está!

Masema frenó con tal violencia el caballo que partió las tiendas. Los otros también se detuvieron en medio de una nube de polvo a menos de seis metros del recién llegado, con las lanzas aún dirigidas a su pecho. El desconocido alzó una mano para apartar el polvo que subía hacia su rostro; ése fue el primer movimiento que realizó.

Era un hombre alto, con la piel atezada y pelo rojizo corto, salvo en la nuca, de la que partía una cola que le llegaba a los hombros. Desde sus flexibles botas de caña alta hasta el pañuelo que le rodeaba con holgura el cuello, toda su vestimenta era de gamas marrones y grises, tonalidades que se confundían fácilmente con las piedras y la tierra. La punta de un corto arco sobresalía por encima de su hombro; en un costado llevaba una aljaba rebosante de flechas y, en el otro, un largo cuchillo. Con la mano izquierda aferraba una rodela de cuero y tres lanzas cortas, que no superaban la mitad de su altura, con remates tan largos como los de las lanzas shienarianas.

—No traigo conmigo flautistas que interpreten la melodía —anunció, sonriendo, el hombre—, pero si deseáis la danza… —No modificó la postura, pero Perrin advirtió una súbita disposición en su actitud—. Me llamo Urien, de las Dos Agujas septentrionales del Reyn Aiel. Soy un Escudo Rojo. Recordadme.

Ingtar desmontó y caminó hacia él, quitándose el yelmo. Perrin titubeó sólo un momento antes de bajar del caballo y unirse a él. No quería perderse la ocasión de ver de cerca a un Aiel. «Comportarse como un Aiel de rostro velado.» En relato tras relato los Aiel eran tan mortíferos y peligrosos como los trollocs —algunos aseguraban incluso que todos eran Amigos Siniestros— pero, de algún modo, la sonrisa de Urien no parecía amenazadora a pesar del hecho de que pareciera dispuesto a saltar de un momento a otro. Tenía los ojos azules.

—Se parece a Rand —comentó Mat, que también se había aproximado—. Quizás Ingtar esté en lo cierto —añadió con calma Mat—. Es posible que Rand sea un Aiel.

—Pero eso no modifica nada —precisó Perrin.

—No, no lo modifica. —A juzgar por su tono, Mat parecía reflexionar sobre un significado distinto del que Perrin había atribuido a su aclaración.

—Ambos nos hallamos lejos de nuestros hogares —dijo Ingtar al Aiel— y nosotros, por nuestra parte, hemos venido con intenciones pacíficas. —Perrin revisó su opinión respecto a la sonrisa de Urien; el hombre parecía realmente decepcionado.

—Como lo deseéis, shienariano. —Urien se volvió hacia Verin, que estaba desmontando, y realizó una curiosa reverencia, clavando las puntas de sus lanzas en el suelo y extendiendo la mano derecha, con la palma hacia arriba. Su voz adoptó un

tono respetuoso—. Sabia, mi agua es vuestra.

Verin entregó las riendas a uno de los soldados y observó al Aiel mientras se acercaba.

—¿Por qué me llamáis así? ¿Me tomáis por una Aiel?

—No, Sabia. Pero tenéis el aspecto de aquellos que han efectuado el viaje a Rhuidean y han sobrevivido a él. Los años no afectan de la misma manera a las Sabias que a las otras mujeres, o a los hombres.

El semblante de la Aes Sedai reflejó entusiasmo, pero Ingtar tomó impacientemente la palabra.

—Estamos siguiendo a unos Amigos Siniestro y trollocs, Urien. ¿Los habéis visto?

—¿Trollocs? ¿Aquí? —A Urien se le iluminaron los ojos—. Es uno de los Signos que predicen las profecías. Cuando los trollocs salgan otra vez de la Llaga abandonaremos la Tierra de los Tres Pliegues y retomaremos nuestros antiguos lugares. —Se oyó un murmullo entre los shienarianos montados. Urien les devolvió la mirada con un orgullo que enalteció su figura.

—¿La Tierra de los Tres Pliegues? —inquirió Mat.

A Perrin le pareció que aún estaba más pálido, no enfermo exactamente, sino como si no hubiera estado expuesto al sol en mucho tiempo.

—Vosotros la llamáis el Yermo —explicó Urien—. Para nosotros es la Tierra de los Tres Pliegues: la roca que refuerza nuestro carácter, un terreno que pone a prueba nuestra valía y un castigo para el pecado.

—¿Qué pecado? —preguntó Mat. Perrin contuvo el aliento, esperando que las lanzas salieran disparadas de la mano de Urien.

—Ocurrió hace tanto tiempo que nadie lo recuerda —repuso el Aiel, encogiéndose de hombros—. Excepto las Sabias y los jefes de los clanes, y ellos no lo propagan. Debe de haber sido un gran pecado si no consienten en divulgarlo ni siquiera a nosotros, pero el Creador nos castiga de todos modos por él.

—Trollocs —insistió Ingtar—. ¿Habéis visto trollocs?

—Les hubiera dado muerte de haberlo hecho, pero sólo he visto las rocas y el cielo.

Ingtar sacudió la cabeza, perdiendo interés en él, pero entonces Verin tomó la palabra.

—¿Qué es eso de Rhuidean? ¿Dónde está? ¿Cómo eligen a las muchachas que van a ir allí?

—No puedo hablar de ello, Sabia —respondió Urien, con rostro inexpresivo y mirada misteriosa.

Sin pensarlo, Perrin había aferrado el hacha, inducido por el tono de voz de Urien. Ingtar también se había preparado para asir la espada, y había una inquietud general

entre los jinetes. Verin, no obstante, se aproximó más al Aiel, hasta que sólo mediaron unos centímetros entre ambos, y dirigió la mirada a su cara.

—Yo no soy una Sabia como las que vos conocéis, Urien —puntualizó—. Soy una Aes Sedai. Dime lo que sabes de Rhuidean.

El hombre que se había mostrado dispuesto a medirse con veinte hombres parecía ahora desear huir de esa mujer regordeta de pelo gris.

—Sólo… puedo deciros lo que todos conocen. Rhuidean se encuentra en las tierras de Jenn Aiel, el decimotercer clan. No me es posible hablar de ellas excepto para nombrarlas. Nadie puede ir allí salvo las mujeres que desean convertirse en Sabias, o los hombres que quieren ser jefes de clan. Tal vez los Jenn Aiel las eligen de entre los suyos; no lo sé. Son muchos los que van y pocos los que regresan y quienes lo hacen llevan la marca de lo que son, Sabias o jefes de clan. No puedo deciros más, Aes Sedai. Nada más.

Verin siguió mirándolo, con los labios fruncidos.

Urien contempló el cielo como si tratara de grabarlo en su memoria.

—¿Vais a matarme ahora, Aes Sedai?

—¿Cómo? —Verin pestañeó.

—¿Vais a matarme ahora? Una de las antiguas profecías asegura que, si fallamos de nuevo a las Aes Sedai, éstas acabarán con nosotros. Sé que vuestro poder es superior al de las Sabias. —El Aiel soltó de pronto una triste carcajada y sus ojos adquirieron un brillo salvaje—. Traed vuestros rayos, Aes Sedai. Bailaré con ellos.

Perrin cayó en la cuenta de que el Aiel pensaba que iba a morir y, sin embargo, no mostraba ningún temor. Abrió la boca y la cerró bruscamente.

—¡Qué no daría —murmuró Verin, levantando la mirada hacia Urien— por teneros en la Torre Blanca! O por que os avinierais a hablar. Oh, no os preocupéis. No voy a haceros daño. A menos que vuestra charla sobre danzas signifique que queréis inferirme alguno a mí.

Urien parecía estupefacto. Observó a los shienarianos, montados en sus caballos en torno a él, como si recelara alguna trampa.

—No sois una Doncella Lancera —señaló lentamente—. ¿Cómo podría atacar a una mujer que no se ha desposado con la lanza? Está prohibido excepto para salvar la propia vida, y en ese caso recibiría heridas para evitarlo.

—¿Por qué estáis aquí, tan lejos de vuestras tierras? —preguntó Verin—. ¿Por qué habéis venido a nosotros? Podríais haberos quedado en las rocas, y nosotros no habríamos sabido que estabais allí. —Como el Aiel titubeara, añadió—: Decid sólo lo que queráis revelar. Ignoro lo que hacen vuestras Sabias, pero yo no os haré daño, ni trataré de sonsacaros.

—Lo mismo afirman las Sabias —replicó secamente Urien—, pero incluso un jefe de clan ha de tener arrestos para no hacer lo que ellas quieren. —Parecía

seleccionar con cuidado las palabras—. Estoy buscando… a alguien. Un hombre. —Su desdeñosa mirada recorrió a Perrin, Mat y los shienariarios—. El que Viene con el Alba. Se dice que habrá grandes señales y prodigios con su advenimiento. He visto que erais de Shienar por la armadura de vuestra escolta y, además, vos teníais el aspecto de una Sabia, de modo que he pensado que tal vez habríais tenido noticias de grandes eventos, de eventos que podrían anunciar su llegada.

—¿Un hombre? —La voz de Verin era suave, pero sus ojos eran afilados como dagas—. ¿Cuáles son esas señales?

—Se dice que las reconoceremos cuando oigamos hablar de ellas, al igual que lo conoceremos a él al verlo, puesto que estará marcado. Procederá del oeste, del otro lado de la Columna Vertebral del Mundo, pero será de nuestra sangre. Irá a Rhuidean y, guiados por él, saldremos de la Tierra de los Tres Pliegues. —Tomó una lanza con la mano derecha y al instante se oyó un roce de metal y cuero, al tiempo que los soldados aprestaban las espadas y Perrin advertía que había vuelto a asir el hacha, pero Verin les indicó que permanecieran quietos con ademán irritado. Urien trazó un círculo en la tierra con la punta de su lanza y luego lo atravesó con una sinuosa línea —. Se dice que conquistará las tierras bajo esta enseña.

Ingtar miró ceñudo el símbolo, sin dar muestras de reconocerlo, pero Mat murmuró roncamente algo para sus adentros y Perrin notó la boca seca. «El antiguo símbolo de los Aes Sedai.»

Verin borró el dibujo con el pie.

—No puedo deciros dónde está, Urien —dijo—, y no tengo noticia de señales ni prodigios para guiaros hasta él.

—En ese caso proseguiré mi búsqueda.

Si bien no fue una pregunta, Urien esperó a que ella asintiera antes de mirar con fiereza a los shienarianos y darles la espalda. Después caminó ágilmente y desapareció entre las rocas sin volver la vista atrás.

Algunos de los soldados comenzaron a murmurar. Uno dijo algo acerca del «maldito y loco Aiel» y Masema opinó, gruñendo, que debieran haber dejado el Aiel para pasto de los cuervos.

—Hemos desperdiciado un tiempo precioso —anunció Ingtar—. Cabalgaremos más deprisa para recuperarlo.

—Sí —convino Verin—, debemos cabalgar más rápido.

Ingtar le lanzó una ojeada, pero la Aes Sedai estaba observando el retazo de suelo donde su pie había borrado el símbolo.

—Desmontad —ordenó—. Poned las armaduras en los caballos de carga. Ahora nos encontramos dentro de los límites de Cairhien. No nos conviene que los cairhieninos piensen que venimos a luchar con ellos. ¡Daos prisa!

—¿Crees…? —empezó a preguntar Mat, aproximándose a Perrin—. ¿Crees que

hablaba de Rand? Ya sé que es una estupidez, pero incluso Ingtar piensa que es Aiel.

—No lo sé —respondió Perrin—. Todo se ha vuelto confuso desde que nos implicamos con las Aes Sedai.

Verin hablaba quedamente, como para sus adentros, contemplando todavía el suelo:

—Debe de ser una parte, pero ¿cómo? ¿Acaso la Rueda del Tiempo teje el Entramado con hilos que nosotros ignoramos? ¿O acaso el Oscuro vuelve a intervenir en el Entramado?

Perrin sintió un escalofrío.

Verin levantó la mirada hacia los soldados que se desprendían de las armaduras.

—¡Deprisa! —ordenó con más energía de la que reunían Ingtar e Ino—. ¡Debemos apresurarnos!

29



Seanchan

Geofram Bornhald hizo caso omiso del olor a casas quemadas y de los cadáveres que yacían diseminados por el pueblo. Byar y un guardia de capa blanca entraron en la población tras él, con la mitad de sus hombres. Su legión se hallaba demasiado dispersada para su gusto, sujeta a una excesiva autoridad por parte de los interrogadores, pero sus órdenes habían sido explícitas: obedecer a los interrogadores.

Apenas habían encontrado resistencia allí; únicamente media docena de moradas despedían espirales de humo. La posada aún estaba en pie, con su fachada de piedra enlucida de blanco al igual que la mayoría de edificios del llano de Almoth.

Al detenerse ante la posada, sus ojos repararon en los prisioneros que sus soldados mantenían cerca del pozo del pueblo para posarse luego en la larga horca cuya presencia estropeaba la vista de la plaza. El patíbulo, consistente en una simple viga, había sido erigido apresuradamente, pero ya colgaban de él treinta cadáveres cuyas ropas abombaba la brisa. Pequeños cuerpos pendían entre los de sus progenitores. Incluso Byar los contempló con incredulidad.

—¡Muadh! —rugió. Un hombre de pelo cano se acercó de entre los guardianes de los prisioneros. Muadh, había caído en una ocasión en manos de Amigos Siniestros. Su cara llena de cicatrices mostraba una expresión de desconcierto—. ¿Es esto obra tuya, Muadh, o de los seanchan?

—Ni de uno ni de otros, mi capitán. —La voz de Muadh era un ronco gruñido susurrado, otra de las secuelas del temor que le habían inspirado los Amigos Siniestros.

—Lo que es seguro es que éstos no lo han hecho —observó Bornhald, ceñudo, señalando a los cautivos.

Los Hijos no presentaban un aspecto tan pulcro como el que tenían cuando habían cruzado Tarabon bajo su mando, pero podían hacer alarde de buena presencia comparados con la chusma que se encorvaba bajo sus vigilantes miradas. Hombres andrajosos, cubiertos con pedazos de armaduras, de sombríos rostros; restos del ejército que Tarabon había enviado para hacer frente a los invasores en la Punta de Toman.

Muadh vaciló, antes de añadir prudentemente:

—Los habitantes del pueblo afirman que llevaban capas tarabonesas, mi capitán. Había un hombre entre ellos, con ojos grises y un largo bigote, que se diría gemelo del Hijo Earwin, y un joven, que trataba de ocultar un hermoso semblante tras una barba amarilla, el cual peleaba con la mano izquierda. Parece la descripción del Hijo Wuan, mi capitán.

—¡Interrogadores! —espetó Bornhald.

Earwin y Wuan se encontraban entre aquellos que había debido transferir a las órdenes de los interrogadores. Había presenciado las tácticas de los interrogadores con anterioridad, pero aquélla era la primera vez que se hallaba frente a cadáveres de niños.

Si mi señor capitán lo dice… —Con su tono, Muadh expresó fervientemente su acuerdo.

—Cortad las cuerdas —ordenó con fatiga Bornhald—. Bajadlos y aseguraos de convencer a los lugareños de que no habrá más matanzas.

«A menos que algún insensato quiera hacer alardes de bravura porque su mujer está mirando, y tenga que darle una lección que sirva de ejemplo.» Desmontó y echó otra ojeada a los prisioneros mientras Muadh se apresuraba a encargar escaleras y cuchillos. Tenía otros asuntos en que reflexionar aparte del excesivo celo de los interrogadores; deseaba poder dejar de pensar en ellos totalmente.

—No son grandes luchadores, mi capitán —apreció Byar—, ni esos taraboneses ni lo que queda de los domani. Intentan morder como ratas acorraladas, pero echan a correr tan pronto como alguien les replica.

—Veamos cómo nos comportamos nosotros con los invasores, Byar, antes de menospreciar a estos hombres. —El aire de derrota se hallaba ya en los rostros de los cautivos antes de la llegada de sus hombres—. Que Muadh me traiga a uno de ellos. —El semblante de Muadh en sí bastaba para atemorizar a la mayoría de los hombres —. Un oficial, a ser posible. Uno que parezca disponer de suficiente inteligencia para referir sin florituras lo que ha visto, pero lo bastante joven como para no tener demasiada firmeza de carácter. Dile a Muadh que no lo trate con miramientos. Dadle a entender que voy a hacer que lo pase mal a menos que me convenza de lo contrario. —Entregó las riendas a uno de los Hijos y se encaminó a la posada.

El posadero, milagrosamente, estaba allí. Era un hombre obsequioso, sudoroso, cuya sucia camisa le cedía el voluminoso vientre de tal modo que amenazaba estallar en la franja de rojas volutas bordadas. Bornhald se deshizo de él con un gesto; apenas reparó en una mujer y algunos niños amontonados junto a una puerta, los cuales no se movieron hasta que el posadero los acompañó afuera.

Bornhald se quitó los guanteletes y tomó asiento en una de las mesas. Disponía de escasos datos sobre los invasores, los extranjeros. Así los llamaba casi todo el mundo, aquellos que no sacaban a colación a Artur Hawkwing. Sabía que ellos se

autodenominaban los seanchan y Hailene. Sus conocimientos de la Antigua Lengua le permitían traducir esa palabra como «Los Que Llegaron Antes» o «los Precursores». También respondían al nombre de Rhyagelle, «Los Que Retornan al Hogar», y hablaban del Corenne, «el Retorno». Ello casi bastaba para inducirlo a dar crédito a las habladurías acerca del regreso de los ejércitos de Artur Hawkwing. Nadie sabía de dónde provenían los seanchan, exceptuando el hecho de que habían llegado por mar. La petición de información cursada por Bornhald a los Marinos no había obtenido respuesta. Amador no tenía un trato especialmente favorecedor con los Atha'an Miere y éstos correspondían a su actitud con el mismo desinterés. Todo cuanto conocía sobre los seanchan lo había oído en boca de hombres parecidos a los que se encontraban afuera: populacho andrajoso y abatido, sudorosos y de ojos saltones, que hablaban de hombres que entraban en combate a lomos de monstruos, luchaban con monstruos a su lado y traían Aes Sedai para revolver la tierra bajo los pies de sus enemigos.

Un sonido de botas en el umbral le hizo esbozar una sonrisa intimidatoria, pero Byar no venía acompañado de Muadh. El Hijo de la Luz que caminaba junto a él con la espalda erguida y el yelmo en los brazos era Jeral, a quien Bornhald suponía a más de cien kilómetros de distancia. Sobre la armadura, el joven llevaba una capa de corte domani, con un reborde azul, en lugar de la prenda blanca utilizada por los Hijos.

—Muadh está hablando ahora con un individuo joven, mi capitán —le comunicó Byar—. El Hijo Jeral acaba de llegar con un mensaje. —Bornhald hizo una señal para que éste se acercara.

El recién llegado no dobló la espalda.

—Saludos de Jaichim Carridin —comenzó a exponer, mirándolo directamente—, que guía la Mano de la Luz en…

—No necesito los saludos de los interrogadores —gruñó Bornhald.

Entonces percibió desconcierto en la mirada de Jeral. Todavía era muy joven. A decir verdad, Byar también daba muestras de embarazo—. ¿Vais a comunicarme su mensaje? No palabra por palabra, a menos que así os lo indique. Decidme simplemente lo que quiere.

El Hijo, preparado para recitar, tragó saliva antes de empezar.

—Mi señor capitán, dice… dice que estáis desplazando demasiados hombres a una distancia excesivamente corta de la Punta de Toman. Que los Amigos Siniestros del llano de Almoth han de ser exterminados de raíz y que…, disculpadme, capitán… que debéis volver grupas de inmediato y cabalgar hacia el corazón del llano. —Permaneció rígidamente de pie, esperando.

Bornhal lo observó. El polvo del llano manchaba el rostro de Jeral al igual que su capa y botas.

—Retiraos y servíos algo de comer —le indicó Bornhald—. Debe de haber agua

para lavaros en una de estas casas, si deseáis hacerlo. Regresad aquí dentro de una hora. Os daré mensajes para que los llevéis de vuelta.

—Tal vez los interrogadores estén en lo cierto, mi capitán —apuntó Byar cuando Jeral hubo salido—. Hay muchos pueblos diseminados en el llano, y los Amigos Siniestros…

La mano que Bornhald descargó en la mesa lo interrumpió.

—¿Qué Amigos Siniestros? No he visto nada en ninguno de los pueblos que ha ordenado tomar más que granjeros y artesanos angustiados ante la posibilidad de que él incendie sus medios de sustento, y unas cuantas ancianas que cuidan a los enfermos. —El semblante de Byar era un ejemplo de inexpresividad; él siempre se mostraba más predispuesto que Bornhald a ver Amigos Siniestros—. ¿Y los niños, Byar? ¿Acaso los niños de aquí se convierten en Amigos Siniestros?

—Los pecados de la madre se arrastran hasta la quinta generación —citó Byar— y los del padre hasta la décima. —No obstante, parecía inquieto. Incluso Byar no había matado nunca a un niño.

—¿Nunca te has parado a pensar, Byar, por qué Carridin ha despojado de nuestros estandartes y de las capas a los hombres que cabalgan al mando de los interrogadores? Incluso los propios interrogadores han dejado a un lado el blanco. ¿No te sugiere nada esto? —Bornhald se recordó a sí mismo que Byar era un buen soldado—. Los Hijos que se encuentran en el norte llevan capas taraboneses, Byar, y los del sur, domani. No me gusta lo que de esto puedo colegir. Existen Amigos Siniestros aquí, pero están en Falme y no en el llano. Cuando Jeral se vaya, no partirá solo. Enviaré mensajes a cada uno de los grupos de Hijos que sé cómo localizar. Me propongo conducir la legión a la Punta de Toman, Byar, y averiguar cuáles son las pretensiones de los verdaderos Amigos Siniestros, esos seanchan.

Byar pareció turbado, pero, antes de que llegara a hablar, Muadh apareció con uno de los prisioneros. El sudoroso joven, que llevaba un mellado y ornado peto, lanzaba amedrentadas miradas al repulsivo rostro de Muadh.

Bornhald desenfundó su daga y comenzó a arreglarse las uñas. Nunca había comprendido por qué eso ponía nerviosos a algunos hombres, pero aun así se servía de ello. Incluso su benévola sonrisa hizo palidecer la sucia cara del cautivo.

—Vemos, joven, vais a contarme todo lo que sepáis de esos extranjeros, ¿de acuerdo? Si queréis reflexionar sobre lo que vais a decir, os enviaré afuera con el Hijo Muadh para que lo penséis.

El prisionero lanzó una aterrorizada mirada a Muadh, y enseguida las palabras comenzaron a brotar de su boca.

Las largas ondulaciones del Océano Aricio imprimían un balanceo al Spray, pero Domon se mantenía en equilibrio en cubierta con los pies separados mientras sostenía

el largo catalejo a la altura de los ojos y escrutaba el gran bajel que los perseguía, y que poco a poco iba ganando terreno. El viento que impulsaba al Spray no era especialmente vigoroso y, sin embargo, en el lugar donde el otro barco hendía las rizadas aguas, convirtiéndolas en montañas de espuma con su escarpada proa, no habría podido soplar mejor. El litoral de la Punta de Toman se cernía por el este, en forma de oscuros acantilados y estrechas franjas de arena. No había tomado la precaución de alejar más el Spray y ahora temía tener que pagar por ello.

—¿Extranjeros, capitán? —Yarin evidenciaba angustia—. ¿Es un barco extranjero?

Domon bajó el catalejo, pero su visión todavía parecía ocupada por ese alto barco de aspecto cuadrado con sus extrañas velas acanaladas.

—Seanchan —repuso, y oyó el gruñido de Yarin. Martilleó la barandilla con sus recios dedos, antes de indicar al timonel—: Llévalo hacia tierra. Ese barco no se atreverá a introducirse en las aguas bajas por las que puede navegar el Spray.

Yarin gritó órdenes, y la tripulación corrió a halar las botavaras mientras el timonel movía la caña del timón para encarar la proa hacia la costa. El Spray avanzo con mayor lentitud, perdiendo parte del impulso del viento, pero Domon estaba convencido de poder alcanzar los bajíos antes de que el otro navío le diera alcance. «Incluso con las bodegas llenas, podríamos adentrarnos en aguas menos profundas, lo que jamás sería capaz de hacer ese gran cascarón.»

Su barco navegaba a un nivel ligeramente más alto sobre el agua de lo que lo había hecho al venir del Tanchico. Había vendido en los pueblos de pescadores de la Punta de Toman una tercera parte de la carga de fuegos de artificio que llevaba, pero con la plata recibida a cambio le habían llegado también noticias inquietantes. Las gentes hablaban de visitas realizadas por los elevados barcos de forma cuadrada de los invasores. Cuando los navíos seanchan echaban anclas cerca de la costa, los lugareños que se aprestaban a combatir para defender sus hogares eran reducidos por rayos procedentes del cielo al tiempo que los intrusos se dirigían a tierra a bordo de pequeños botes, y la tierra entraba en erupción bajo sus pies. Domon había creído que aquello eran desatinos hasta que le enseñaron el suelo ennegrecido, y lo había visto en demasiados pueblos para abrigar alguna duda a aquellas alturas. Unos monstruos luchaban junto a los soldados seanchan, a pesar de que en realidad éstos no hallaban gran resistencia, a decir de los lugareños, y algunos llegaban a manifestar incluso que los propios seanchan eran monstruos, con cabezas semejantes a las de gigantescos insectos.

En Tanchico, nadie conocía siquiera los nombres por los que se hacían llamar, y los taraboneses se mostraban confiados en que sus soldados harían retroceder a los invasores hacia el mar. Pero en todas las ciudades costeras obraban invariablemente igual. Los seanchan indicaban a los sorprendidos habitantes que debían volver a

prestar juramentos a los que habían renunciado, si bien nunca se negaban a explicar cuándo los habían abandonado o qué significaban. Se llevaban a las jóvenes para examinarlas una por una, y algunas eran conducidas a bordo de los barcos y no volvían a verlas nunca más. Algunas mujeres de más avanzada edad, entre las que se encontraban varias de las guías y curanderas, habían desaparecido también. Los seanchan elegían nuevos alcaldes y nuevos Consejos, y cualquiera que protestara por el rapto de las mujeres o por no tener voto en la elección corría el riesgo de ser ahorcado, consumido por un súbito fogonazo, o dejado de lado como un inofensivo perro ladrador. No había modo de prever cuál sería el desenlace hasta que ya era demasiado tarde.

Y cuando la gente estaba totalmente acobardada, cuando todos habían sido obligados a postrarse y jurar, desconcertados, obedecer a los Precursores, aguardar el Retomo y servir a Los Que Retornan al Hogar a costa de sus vidas, los seanchan levaban anclas y de ordinario no volvían más. Falme, decían, era la única ciudad en la que mantenían una constante vigilancia. En algunos de los pueblos que habían abandonado, los hombres y mujeres reemprendían paulatinamente sus antiguas costumbres, hasta el punto de plantearse la elección de nuevos Consejos, pero la mayoría miraban con nerviosismo el mar y efectuaban recelosas protestas, aduciendo que debían ser fieles a los juramentos que habían debido prestar aun cuando ignoraran su sentido.

Domon prefería evitar a los seanchan, a ser posible.

Estaba levantando el catalejo para intentar distinguir algún detalle en la cubierta del navío que se aproximaba, cuando, con un bramido, la superficie del mar escupió fuego y agua como un surtidor a menos de cien metros de babor de su barco. Antes de que hubiera tenido ocasión de manifestar su asombro, otra columna de llamas partió el mar del otro lado, y, mientras se volvía para contemplarla, brotó una nueva al frente. Las erupciones se apagaban con tanta velocidad como se habían iniciado, produciendo una fina lluvia sobre la cubierta. En el lugar donde habían brotado, el mar borboteaba y despedía vapor como si estuviera hirviendo.

—Vamos… vamos a alcanzar los bajíos antes de que se acerquen —anunció lentamente Yarin, que parecía intentar no mirar el agua que se ondulaba bajo nubes de neblina.

—Sea lo que sea lo que han hecho —objetó Domon, sacudiendo la cabeza—, pueden destrozarnos aunque lleguemos al rompiente. —Se estremeció, pensando en las llamas que acompañaban a los surtidores de agua, y en sus bodegas llenas de fuegos de artificio—. Que la Fortuna me pinche con su aguijón, quizá no lleguemos ni a ahogarnos. —Se mesó la barba y se frotó el labio superior, rasurado, reacio a dar la orden, pues todas sus posesiones se reducían al barco y lo que éste contenía, pero al fin se decidió a hacerlo—. Encáralo hacia el viento, Yarin, y arría las velas.

¡Deprisa, hombre, deprisa! Antes de que crean que todavía tratamos de escapar.

Mientras la tripulación corría a arriar las velas triangulares, Domon se volvió para observar cómo se aproximaba la embarcación seanchan. El Spray perdió impulso y cabeceó en las ondulaciones. El otro bajel, con torres de madera en popa y proa, superaba con creces la altura del barco de Domon. Había hombres en los aparejos, izando aquellas extrañas velas, y sobre las torres se veían figuras vestidas con armaduras. Una chalupa avanzó hacia el Spray impulsada por diez remos. Domon distinguió algunas figuras cubiertas con armaduras y, para su sorpresa, dos mujeres acurrucadas en la popa. De inmediato, la chalupa golpeó el casco del Spray.

El primero en subir fue uno de los hombres vestidos con armadura, ante cuya vista Domon comprendió de inmediato por qué algunos de los lugareños opinaban que los seanchan eran monstruos. El yelmo se parecía extraordinariamente a la cabeza de un gigantesco insecto, con finos penachos rojos semejantes a antenas; a través de lo que semejaban ser las mandíbulas se vislumbraban los ojos. Estaba pintado y dorado para incrementar el efecto, y el resto de la armadura también lucía los mismos colores. Unas planchas imbricadas rojas y negras rodeadas de oro cubrían el pecho, llegando hasta las hombreras y la parte frontal de los muslos. Incluso los dorsos de acero de los guanteletes eran rojos y áureos. En los lugares que no llevaban metal, la vestimenta era de cuero oscuro. La espada de doble asidura en la espalda, con su hoja curvada, estaba envainada en cuero rojinegro.

Entonces la figura revestida de acero se quitó el yelmo, y Domon advirtió que era una mujer. Llevaba el oscuro cabello corto y su semblante era duro, pero no había duda de que era mujer. Jamás había oído hablar de tal fenómeno, salvo entre los Aiel, y ya se sabía que los Aiel estaban locos. Igual desconcierto le produjo el hecho de que su rostro no fuera diferente, tal como él habría esperado de un seanchan. Era verdad que tenía los ojos azules y la piel extremadamente blanca, pero ya había visto tales rasgos en otras personas. Si aquella mujer hubiera llevado un vestido, nadie se habría parado para dirigirle la mirada más de una vez. Volvió a observarla, recapacitando; aquella fría mirada y esas duras mejillas la distinguirían doquiera que fuera.

Los restantes soldados subieron a cubierta tras la mujer. Cuando algunos de ellos se sacaron el yelmo, Domon comprobó, aliviado, que ellos al menos eran hombres; hombres de ojos negros o marrones que hubieran podido pasar inadvertidos en Tanchico o Illian. Había comenzado a imaginar ejércitos de mujeres de ojos azules con espadas. «Aes Sedai con espada», pensó, recordando la erupción del mar.

La mujer seanchan inspeccionó con arrogancia el barco; los atuendos permitían suponer que él o Yarin debían de ser el capitán, pero la actitud de éste de cerrar los ojos y murmurar plegarías para sus adentros lo eliminaban como candidato. Habiendo deducido, por tanto, que Domon era el capitán., la mujer le clavó una acerada mirada.

—¿Hay alguna mujer entre vuestra tripulación o pasajeros? —Era difícil comprenderla a causa de la mala articulación de sus palabras, pero el tono tajante de su voz indicaba que estaba habituada a recibir respuestas inmediatas—. Contestadme, si sois el capitán. Si no lo sois, despertad al otro necio y decidle que venga a responderme.

—Yo soy el capitán, mi señora —repuso prudentemente Domon. No tenía idea de qué tratamiento había de darle y no quería dar un paso en falso—. No tengo pasajeros y no hay ninguna mujer en mi tripulación. —Pensó en las muchachas y mujeres que se habían llevado y, no por vez primera, se preguntó para qué las querrían.

Las dos mujeres vestidas con ropas femeninas abandonaban en ese momento la chalupa, una llevando a la otra —Domon pestañeó— atada con una correa de metal plateado mientras subía a bordo. La cadena partía de un brazalete que rodeaba la muñeca de la primera mujer y acababa en un collar dispuesto en torno al cuello de la segunda. No podía distinguir si estaba entretejida o soldada, pues daba la impresión de haber sido elaborado con ambos métodos, pero sin duda formaba una sola pieza con la pulsera y el collar. La primera mujer enrolló el lazo cuando la otra llegó a cubierta. La que estaba sujeta por el cuello vestía de gris y permanecía con las manos entrelazadas y los ojos fijos en las planchas del suelo. La otra lucía paños rojos en el pecho de su vestido azul y a ambos lados de la falda, en los que podían verse unos plateados relámpagos zigzagueantes. Domon reparó en ellos con inquietud.

—Hablad lentamente —exigió la mujer de ojos azules con su imprecisa pronunciación. Atravesó la cubierta para plantarse ante él y lo miró a la cara desde abajo, dando la impresión de que lo hacía desde una posición superior—. Aún cuesta más entenderos que al resto de los habitantes de esta tierra renegada de la Luz. Y yo no pretendo ser de la Sangre. Todavía no. Después del Corenne… Soy el capitán Egeanin.

Domon repitió las palabras anteriores, tratando de hablar con lentitud, y luego añadió:

—Soy un pacífico comerciante, capitán. No os deseo ningún daño y no guardo relación alguna con vuestra guerra. —No pudo evitar lanzar una nueva ojeada a las dos mujeres conectadas por la correa.

—¿Un pacífico comerciante? —musitó Egeanin—. En ese caso, seréis libre de marcharos una vez que hayáis jurado nuevamente fidelidad. —Advirtió sus miradas y se volvió sonriente hacia las mujeres con el orgullo de un propietario—. ¿Admiráis mi *damane*? Me costó cara, pero vale el oro que pagué. Son pocos los no aristócratas que poseen una *damane*, y la mayoría de ellas son propiedad del trono. Es fuerte, mercader. Habría podido reducir vuestro barco a astillas, si así lo hubiera querido yo.

Domon contempló a la mujer y la cadena plateada. Había relacionado a la que llevaba los relámpagos con los formidables surtidores brotados del mar, y había

supuesto que ella era una Aes Sedai, pero las palabras de Egeanin lo habían hecho dudar. «Nadie podría hacer eso a…»

—¿Es una Aes Sedai? —inquirió con incredulidad.

No alcanzó a ver cómo se avecinaba el golpe que la mujer le propinó con el dorso de la mano. Se tambaleó cuando el guantelete reforzado con acero le partió el labio.

—Ese nombre no se pronuncia jamás —advirtió Egeanin con aire amenazador—. Sólo existen las *damane*, las Atadas con Correa, que ahora nos sirven tanto de obra como de palabra. —El hielo era cálido en comparación con sus ojos.

Domon tragó sangre y mantuvo los puños cerrados en los costados. Si hubiera tenido una espada que empuñar no habría puesto su tripulación a merced de una docena de soldados armados, pero hubo de esforzarse para adoptar un tono de voz humilde.

—No era mi intención faltaros al respeto, capitán. Desconozco por completo vuestras costumbres. Si os ofendo, se debe a la ignorancia.

—Todos sois unos ignorantes, capitán —convino la mujer—, pero pagaréis la deuda de vuestros antepasados. Esta tierra era nuestra y lo será de nuevo. Con el Retorno, será nuestra una vez más. —Domon relacionó con incredulidad y estupor los rumores sobre Artur Hawkwing y las manifestaciones de la mujer. No sabiendo qué decir, optó por guardar silencio—. Emprenderéis rumbo a Falme… —intentó protestar, pero su mirada lo conminó a callar— … donde vos y vuestro barco seréis examinados. Si no sois más que un pacífico comerciante, cómo pretendéis, se os permitirá reemprender vuestro camino cuando hayáis prestado juramento.

—¿Juramento, capitán? ¿Qué juramento?

—Obedecer, esperar y servir. Vuestros antepasados debieron haberlo recordado.

Reunió a sus subalternos —exceptuando un soldado vestido con una sencilla armadura, la cual, junto con la profunda reverencia que el soldado ofreció al capitán Egeanin, indicaba su pertenencia a un rango inferior— y la chalupa se alejó hacia la embarcación mayor. El seanchan que se quedó a bordo no impartió orden alguna, limitándose a sentarse con las piernas cruzadas sobre cubierta y comenzar a afilar su espada mientras la tripulación izaba las velas e iniciaba la navegación. No parecía recelar de estar solo, y la verdad es que Domon habría arrojado personalmente por la barandilla a cualquier marinero que le hubiera levantado la mano, pues, al tiempo que el Spray bordeaba la costa, el barco seanchan lo seguía desde aguas más profundas. Mediaba un kilómetro entre ambas embarcaciones, pero Domon sabía que no había esperanzas de escapar, Y estaba dispuesto a entregar el hombre al capitán Egeanin tan ileso como si hubiera permanecido al abrigo de los brazos de su madre.

Había un largo camino hasta Falme, y Domon convenció al fin al seanchan para que hablara un poco. Era un hombre de ojos oscuros, de mediana edad, con una vieja cicatriz sobre los ojos y otra en la barbilla. Se llamaba Caban y no sentía más que

rencor por la gente que vivía a ese lado del Océano Aricio. Aquello proporcionó una pausa momentánea a Domon. «Tal vez sea realmente… No, eso es una insensatez.» Caban pronunciaba con la misma imprecisión que Egeanin, pero mientras que la voz de ésta sugería el roce de la seda sobre el hierro, la del hombre parecía cuero frotado sobre una roca, y sólo mostraba interés en conversar sobre batallas, bebida y las mujeres que había conocido. La mitad de las veces, Domon no estaba seguro de si hablaba del aquí y ahora o del lugar de donde provenía. El hombre no era nada locuaz en lo que se refería a los asuntos sobre los que quería indagar Domon.

En una ocasión, éste le preguntó algo sobre las *damane* y Caban se levantó de donde estaba sentado, frente al timonel, y le apuntó a la garganta con la espada.

—Vigilad vuestra lengua o la vais a perder. Ésa es una cuestión que concierne a la Sangre y no a vuestro linaje. Ni al mío. —Sonrió al decirlo y, tan pronto como hubo acabado, volvió a su tarea de frotar una piedra a lo largo de su maciza hoja curvada.

Domon tocó el hililo de sangre que manaba de su cuello y decidió no volver a preguntar nada al respecto.

Cuanto más se aproximaban a Falme, más navíos seanchan de aspecto cuadrado veían, algunos navegando, pero en su mayoría anclados. Todos, de unas dimensiones que Domon no había visto en ninguna embarcación, ni siquiera en las de los Marinos, tenían la proa cortada a pico y torres en cubierta. Unos cuantos bajeles locales, con sus proas puntiagudas e inclinadas velas circulaban entre las verdes aguas. Aquello le inspiró confianza en la veracidad de la promesa de Egeanin respecto a dejarlo partir libremente.

Cuando el Spray llegó finalmente al cabo donde se erigía Falme, Domon contempló con asombro el sinnúmero de barcos seanchan anclados en el puerto. Intentó contarlos y renunció a ello cuando, al llegar a un centenar, aún le faltaba más de la mitad. Había visto anteriormente una cantidad semejante de barcos reunidos —en Illian, Tear e incluso Tanchico—, pero aquéllos eran de mucho menor dimensión. Con ánimo taciturno y murmurando para sí, condujo el Spray a puerto, vigilado por el gran perro guardián seanchan.

Falme se encontraba en un saliente de tierra situado en el lugar exacto donde concluía la Punta de Toman, sin nada del lado de poniente más que el Océano Aricio. Altos acantilados rodeaban la boca de los muelles a ambos costados, y sobre uno de ellos, bajo el que había de pasar necesariamente todo barco que entrara en el puerto, se alzaban las torres de los Vigilantes sobre las Olas. De una de éstas pendía una jaula, en cuyo interior había un hombre sentado con desánimo, con las piernas colgando entre los barrotes.

—¿Quién es? —preguntó Domon.

Caban había terminado por fin de afilar la espada, después de que Domon se hubiera preguntado si tenía intención de afeitarse con ella. El seanchan levantó la

mirada hacia el lugar al que apuntaba Domon.

—Oh, ése es el Primer Vigilante. No es el mismo que estaba sentado en la silla cuando llegamos, claro está. Cada vez que muere uno, eligen otro, y nosotros lo ponemos en la jaula.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Domon.

La sonrisa de Caban descubrió excesivamente su dentadura.

—Vigilaban lo erróneo y olvidaron lo que debieron haber recordado.

Domon apartó los ojos del seanchan. El Spray sorteaba la última ondulación marina pata adentrarse en las mansas aguas de la ensenada. «Yo soy un comerciante, y eso no me concierne.»

Falme estaba enclavada en las laderas de la hondonada que formaba el puerto. Domon no acababa de decidir si las casas de oscura piedra componían una ciudad de considerables dimensiones o un modesto burgo, si bien era cierto que no avistaba ningún edificio capaz de rivalizar con el más insignificante palacio de Illian.

Condujo el Spray a uno de los muelles y se preguntó, mientras la tripulación lo amarraba, si los seanchan querrían comprar parte de su cargamento de fuegos artificiales. «Eso no me concierne», se repitió.

Para su sorpresa, Egeanin había ganado el puerto con su *damane* remando ella misma. Había otra mujer ahora que llevaba el brazalete, con los paños rojos y los relámpagos zigzagueantes en el vestido, pero la *damane* era la misma persona de semblante triste que nunca levantaba la mirada a menos que la otra le dirigiera la palabra. Egeanin había ordenado que Domon y su tripulación permanecieran sentados en el muelle, donde estaban apostados un par de soldados —que por lo visto consideraba suficientes, ante lo cual no tenía Domon intención de objetar nada— mientras otros seanchan registraban la embarcación siguiendo sus instrucciones. La *damane* participaba en el registro.

De improviso, en el dique apareció una cosa. Domon no acertaba a hallar otra palabra que la describiera. Era una voluminosa criatura con el cuerpo recubierto de cuero gris verdoso, un pico en lugar de boca y una cabeza en forma de cuña con tres ojos. Caminaba pesadamente junto a un hombre cuya armadura tenía pintados tres ojos, iguales que los del monstruo. Las gentes del lugar, estibadores y marineros vestidos con camisas toscamente bordadas y largos chalecos que les llegaban a las rodillas, retrocedían al paso de la pareja, pero ningún seanchan les prestó mayor atención. El individuo que acompañaba a la bestia parecía dirigirla mediante señas con la mano.

Hombre y criatura se perdieron de vista entre los edificios, dejando a Domon boquiabierto y a la tripulación murmurando para sí. Los dos guardias seanchan lanzaron unas risitas burlonas. «No es de mi incumbencia», se recordó Domon. Lo que a él le importaba era su barco.

El aire tenía un olor familiar a agua salada y brea. Se movió, inquieto, sobre la piedra calentada por el sol, preguntándose qué estarían buscando los seanchan, qué estaría buscando la *damane,* qué sería aquel ser que había visto… Las gaviotas chillaban, dando vueltas por encima del puerto. Se le ocurrió pensar en los sonidos que produciría un hombre enjaulado. «No es asunto mío.»

Finalmente Egeanin bajó a los muelles junto con los demás. El capitán seanchan llevaba algo envuelto en un paño de seda amarilla, advirtió con recelo Domon. Algo lo bastante pequeño para transportarlo con una mano, pero que asía cuidadosamente con las dos.

Se puso en pie despacio, en previsión de posibles reacciones de los soldados, en cuyos ojos brillaba el mismo rencor que en los de Caban.

—¿Veis, capitán? Sólo soy un pacífico comerciante. ¿Tal vez vuestra gente tenga interés en comprar mis fuegos de artificio?

—Tal vez, mercader. —La mujer tenía un aire de excitación contenida que le produjo desasosiego, el cual intensificaron sus próximas palabras—. Vais a venir conmigo.

Indicó a dos soldados que los acompañaran, y uno de ellos empujó a Domon para ponerlo en marcha. No fue un rudo empellón; Domon había visto cómo los granjeros empujaban de la misma manera a una vaca para impulsarla a caminar. Con las mandíbulas apretadas, siguió a Egeanin.

La calle adoquinada ascendía la ladera, dejando tras de sí el olor del puerto. Las casas de tejados de pizarra eran más grandes y más altas a medida que subían. Sorprendentemente, tratándose de una ciudad ocupada por invasores, en las calles había más lugareños que soldados seanchan, y de vez en cuando pasaban hombres con el pecho descubierto llevando un palanquín con las cortinas corridas. Los falmianos parecían continuar atendiendo sus asuntos como si los seanchan no estuvieran allí. O casi. Cuando se cruzaban con un palanquín o con soldados, tanto las pobres gentes vestidas con sucias ropas sin más adorno que un par de líneas onduladas, como los ciudadanos más ricos ataviados con camisas, chalecos y vestidos cubiertos de intrincados diseños bordados, realizaban reverencias y permanecían inclinados hasta que los seanchan se habían ido. Igual atención dedicaron a Domon y a su escolta, pero ni Egeanin ni los soldados se dignaron dirigirles una mirada.

Domon advirtió, estupefacto, que algunas de las gentes oriundas de la zona llevaban dagas al cinto y en algunos casos espadas. Fue tal su asombro que habló sin pensarlo.

—¿Algunos os apoyan?

Egeanin frunció el entrecejo, mirándolo con evidente perplejidad. Sin aminorar el paso, observó a los viandantes y asintió para sí.

—¿Os referís a las espadas? Ahora son nuestro pueblo, mercader; han prestado

juramento. —Se detuvo de improviso y señaló a un alto individuo de anchos hombros que llevaba un chaleco profusamente bordado y una espada colgada de un tahalí de cuero.

—Vos.

El hombre se paró a media zancada, con un pie en el aire y un súbito temor pintado en el rostro. Sus rasgos eran duros, pero parecía como si deseara echar a correr. En lugar de ello, se volvió hacia la mujer y le dedicó una reverencia, con las manos apoyadas en las rodillas y los ojos fijos en las botas.

—¿Sois un mercader? —inquirió Egeanin—. ¿Habéis prestado juramento?

—Sí, capitán. Sí —respondió sin apartar la mirada de los pies.

—¿Qué les decís a la gente cuando lleváis vuestros carromatos a las tierras del interior?

—Que deben obedecer a los Precursores, capitán, esperar el Retorno y servir a Los Que Retornan al Hogar.

—¿Y no se os ocurre nunca hacer uso de esa espada contra nosotros?

La mano del hombre se crispó sobre una de sus rodillas y su rostro se perló de sudor.

—He prestado juramento, capitán. Obedezco, espero y sirvo.

—¿Lo veis? —señaló Egeanin, girándose hacia Domon—. No hay motivo para prohibirles llevar armas. Debe haber comercio, y los mercaderes han de protegerse de los bandidos. Permitimos que la gente se mueva según su voluntad, siempre que obedezcan, esperen y sirvan. Sus antecesores faltaron a sus promesas, pero ellos han aprendido a no hacerlo. —Volvió a emprender la ascensión de la colina y los soldados empujaron a Domon tras ella.

Domon se volvió para observar al mercader. Éste permaneció doblado en la misma posición hasta que Egeanin se halló a diez metros de distancia; luego se enderezó y se marchó apresuradamente en dirección contraria, dando saltos por la empinada calle.

Egeanin y sus guardias tampoco desviaron la vista cuando una tropa de seanchan montados pasó junto a ellos. Los soldados cabalgaban sobre criaturas que semejaban gatos del tamaño de caballos, pero con broncíneas escamas de lagarto bajo las sillas. Unos pies provistos de garras se aferraban a los adoquines. Una cabeza con tres ojos se volvió para mirar a Domon; aparte de su repulsivo aspecto, daba la impresión de… saber demasiado, lo cual alteró la paz interior de Domon, que tropezó, a punto de caer. A lo largo de toda la calle, los falmianos se retiraban junto a las fachadas de los edificios y desviaban la vista. Los seanchan no les prestaban la más mínima atención.

Domon comprendió entonces por qué los seanchan permitían que la gente se moviera libremente. Se preguntó si él habría tenido el valor de hacerles frente, con sus *damane* y sus monstruos. Dudó incluso de que hubiera algún medio de detener la

marcha de los seanchan hasta la misma Columna Vertebral del Mundo. «No es de mi incumbencia», volvió a advertirse con brusquedad, antes de plantearse si le sería posible evitar a los seanchan en el futuro.

Alcanzaron la cumbre de la cuesta, donde la ciudad daba paso a colinas. No había murallas. Más adelante se encontraban las posadas que frecuentaban los mercaderes que comerciaban tierra adentro, y establos y patios para carromatos. Allí, las casas hubieran podido servir de respetables moradas señoriales a los hidalgos de Illian. Las más grandes tenían una guardia de honor de soldados seanchan frente a la entrada y un estandarte de rebordes azules con un halcón con las alas extendidas. Egeanin entregó su daga y espada antes de conducir a Domon al interior, y los dos soldados se quedaron afuera. Domon comenzó a sudar. Intuía que habría un señor adentro; nunca era bueno tener tratos con un aristócrata en su propio terreno.

En el primer vestíbulo, Egeanin dejó a Domon junto a la puerta y habló con un criado; un falmiano, a juzgar por las mangas de su camisa y las espirales bordadas en el pecho. Domon creyó captar las palabras «Augusto Señor». El criado se alejó con paso rápido y después regresó para llevarlos a la que sin duda era la estancia más amplia de la casa. Todas las piezas de mobiliario habían sido retiradas, incluso las alfombras, y el suelo de piedra presentaba un intenso brillo. Las paredes y ventanas se hallaban ocultas por biombos plegables pintados de extraños pájaros.

Egeanin se detuvo no bien traspasada la puerta y, cuando Domon trató de preguntarle dónde se encontraban, lo acalló con una salvaje mirada y un gruñido inarticulado. Permanecía inmóvil, pero daba la impresión de que de un momento a otro iba a ponerse a brincar de agitación. Sostenía el objeto sustraído de su barco como si fuera algo precioso, y Domon intentó adivinar de qué podía tratarse.

De improviso sonó un gong, y la mujer seanchan se postró de hinojos, depositando con cuidado el envoltorio de seda a un lado. A una mirada de ella, Domon se arrodilló también. Los nobles tenían extrañas costumbres, y sospechaba que los aristócratas seanchan aún serían más estrafalarios que los que él conocía.

Dos hombres aparecieron por una puerta, en el extremo opuesto de la sala. Uno de ellos llevaba la mitad izquierda del cuero cabelludo rapada y la restante cabellera, dorada, recogida en una trenza que pendía sobre su oreja hasta los hombros. Bajo su túnica de color amarillo intenso asomaban al caminar las puntas de unos escarpines amarillos. El otro vestía una túnica de seda azul, decoraba con brocados en forma de pájaros y tan larga que se arrastraba unos palmos tras él. Llevaba la cabeza completamente rapada y las uñas, lacadas en azul en el primer par de dedos de cada mano, tenían casi tres centímetros de largo. Domon se quedó boquiabierto.

—Os halláis en presencia del Augusto Señor Turak —entonó el hombre de pelo rubio—, dirigente de Los que Llegan Antes y auxilio del Retorno.

Egeanin se postró con las manos en los costados. Domon la imitó con prontitud.

«Ni siquiera los grandes señores de Tear exigirían esto», pensó. Por el rabillo del ojo vio cómo Egeanin besaba el suelo. Esbozando una mueca, decidió que había un límite a su disposición a imitar. «De todas maneras no ven si lo hago o no.»

Egeanin se levantó de repente. Él se dispuso a ponerse en pie a su vez y llegó a enderezar una rodilla antes de que un gruñido gutural del capitán y una mirada escandalizada del individuo de la trenza lo compelieran a volver a pegar el rostro al suelo, murmurando para sus adentros: «No haría esto ni por el rey de Illian y el Consejo de los Nueve reunidos».

—¿Vuestro nombre es Egeanin? —Debía de ser la voz del hombre de la túnica azul. Su habla mal articulada tenía un ritmo casi cantarín.

—Ese nombre me dieron el día que recibí mi espada, Augusto Señor —repuso ésta con humildad.

—Éste es un valioso ejemplar, Egeanin. Bastante raro. ¿Deseáis por él alguna recompensa?

—Me siento pagada con que el Augusto Señor esté complacido. Vivo para servir, Augusto Señor.

—Mencionaré vuestro nombre a la emperatriz, Egeanin. Tras el retorno, se sumarán nuevos nombres a la Sangre. Demostraos digna de ello y tal vez veáis elevada la condición de vuestro apellido.

—El Augusto Señor me honra.

—Sí. Podéis retiraros.

Domon no vio más que sus botas caminando de espaldas y deteniéndose de vez en cuando para realizar reverencias. Después de que la puerta se hubo cerrado tras ella, se hizo un largo silencio. Observaba cómo el sudor de su frente caía al suelo cuando Turak tomó de nuevo la palabra.

—Podéis levantaros, mercader.

Domon se puso en pie y entonces vio lo que Turak sostenía entre sus dedos de largas uñas: el disco de *cuendillar* que reproducía el antiguo sello de los Aes Sedai. Recordando la reacción de Egeanin cuando había mencionado a las Aes Sedai, Domon comenzó a sudar copiosamente. No había animosidad en los oscuros ojos del Augusto Señor, sino sólo una ligera curiosidad, pero Domon recelaba de los nobles.

—¿Sabéis qué es esto, mercader?

—No, Augusto Señor. —La respuesta de Domon tenía la firmeza de una roca; no en vano eran pocos los comerciantes que perduraban en su oficio que no fueran capaces de mentir con semblante imperturbable y voz serena.

—Y sin embargo lo guardáis en un lugar secreto.

—Colecciono antigüedades, Augusto Señor. Hay personas que las robarían, de tenerlas a su alcance.

Turak observó un momento el disco blanquinegro.

—Esto es *cuendillar*, mercader. ¿Conocéis ese nombre? Y más antiguo de lo que tal vez sospecháis. Venid conmigo.

Domon lo siguió con cautela, recobrando parte de su aplomo. Cualquier aristócrata de las tierras que conocía, ya habría llamado a los guardias a aquellas alturas, si hubiera tenido intención de hacerlo. Pero lo poco que había observado en los seanchan lo inducía a creer que éstos no se comportaban como el resto de los mortales. Dominó su expresión para no demostrar su inquietud.

Fue conducido a otra habitación. Tuvo la impresión de que los muebles debían de proceder de las tierras de los seanchan. Parecían estar formados por curvas, sin ninguna línea recta, y en la madera pulida resaltaban extraños veteados. Había una silla, sobre una alfombra de seda que reproducía pájaros y flores, y un gran armario de forma circular. Unos biombos plegables componían nuevas paredes.

El sujeto de la trenza abrió las puertas del armario, dejando al descubierto unas estanterías que contenían un curioso surtido de figurillas, tazas, tazones, jarrones, de cincuenta objetos distintos, entre los que no había dos que coincidieran en forma ni tamaño. Domon contuvo el aliento cuando Turak depositó esmeradamente el disco junto a otro exactamente igual.

—Cuendillar —dijo Turak—. Eso es lo que yo colecciono, mercader. Sólo la emperatriz posee una colección más valiosa.

A Domon casi le saltaron los ojos de las órbitas. Si todo aquello era en verdad *cuendillar*, bastaría para comprar un reino, o como mínimo fundar una gran casa. Incluso un soberano se habría rebajado para comprar tal cantidad de ese material, si hubiera sabido dónde encontrarla. Esbozó una sonrisa.

—Augusto Señor, hacedme el favor de aceptar esta pieza como un regalo. —No quería deshacerse de ella, pero era preferible perderla a enojar al seanchan. «Quizá los Amigos Siniestros lo perseguirán a él ahora»—. Soy un simple comerciante y sólo quiero comerciar. Permitidme hacerme a la mar y os prometo que…

Turak no mudó la expresión del rostro, pero el hombre de la trenza interrumpió a Domon con un brusco insulto.

—¡Perro sin afeitar! Proponéis regalar al Augusto Señor lo que el capitán Egeanin ya le ha entregado. Negociáis, como si el Augusto Señor fuera un… ¡un mercader! Seréis desollado vivo durante nueve días, perro, y… —Un imperceptible movimiento del dedo de Turak lo hizo callar.

—No puedo permitir que os vayáis, mercader —anunció el Augusto Señor—. En esta oscurecida tierra de incumplidores de juramentos no encuentro ninguno que pueda conversar conmigo sobre temas sensatos. Pero vos sois un coleccionista. Tal vez vuestra conversación resulte interesante. —Tomó una silla y se repantingó en sus curvaturas para examinar a Domon.

Domon esbozó lo que consideró una zalamera sonrisa.

—Augusto Señor, soy un simple comerciante, un hombre sencillo, y soy incapaz de conversar según los usos de los grandes señores.

El sujeto de la trenza lo miró con furia, pero Turak no pareció hacerse eco de sus objeciones. De detrás de una de las mamparas apareció con andar ligero una esbelta y hermosa joven que, tras arrodillarse junto al Augusto Señor, le ofreció una bandeja lacada en la que había una sola taza, delgada y sin asa, que contenía un humeante líquido negro. Su morena cara redondeada recordaba vagamente las de los Marinos. Turak tomó cuidadosamente el recipiente con sus dedos de largas uñas, sin dirigir ni una sola vez la mirada a la joven, e inhaló su vapor. Domon lanzó una ojeada a la muchacha y apartó la vista conteniendo una exclamación; su vestido de seda blanca estaba bordado con flores, pero era tan fino que transparentaba su cuerpo de un modo escandaloso.

—El aroma del kaf —observó Turak— es casi tan delicioso como su sabor. He averiguado que el *cuendillar* es aún más raro aquí que en Seanchan. Decidme cómo llegó a poseer esta pieza un simple comerciante. —Tomó un sorbo de su kaf y aguardó.

Domon aspiró hondo y se dispuso a intentar hallar un camino de salida de Falme por medio de mentiras.

30



Da'es Daemar

En la habitación que compartían Hurin y Loial, Rand miraba por la ventana el ordenado trazado de las terrazas de Cairhien, los edificios de piedra y los tejados de pizarra. No veía los cuarteles de los Iluminadores; aun cuando las altas torres y grandes casas señoriales no se hubieran interpuesto en su ángulo de visión, las murallas de la ciudad le habrían impedido divisarlos. Los Iluminadores estaban en boca de todos los ciudadanos, incluso entonces, transcurridos varios días desde que habían lanzado solamente una flor nocturna al cielo, y a hora tan temprana. Corría una docena de diferentes versiones acerca del escándalo, sin contar las variaciones en los detalles, pero ninguna se aproximaba a la realidad.

Rand se volvió hacia el dormitorio. Confiaba en que nadie hubiera salido herido a consecuencia del fuego, si bien los Iluminadores no habían reconocido hasta el momento que se hubiera producido un incendio. Eran un grupo social que guardaba celosamente el secreto de lo que ocurría en el interior de sus estancias.

—Me ocuparé de la primera guardia —dijo a Hurin— tan pronto como regrese.

—No es necesario, mi señor. —Hurin realizó una reverencia tan profunda como si de un cairhienino se tratara—. Yo puedo vigilar. De veras, mi señor no tiene por qué molestarse.

Rand respiró hondo e intercambió una mirada con Loial, quien se limitó a encogerse de hombros. El husmeador estaba volviéndose más ceremonioso a medida que prolongaban su estancia en Cairhien, ante lo cual el Ogier sólo comentaba que los humanos se comportaban a menudo de manera extraña.

—Hurin —señaló Rand—, antes solías llamarme lord Rand y no te inclinabas ante mí cada vez que yo te miraba. —«Deseo, que no me dedique reverencias y que vuelva a llamarme lord Rand», advirtió con asombro. «¡Lord Rand! Luz, debemos salir de aquí antes de que empiece a desear que se incline ante mí»—. ¿Vas a sentarte, por favor? Me canso sólo de mirarte.

Hurin enderezó la espalda, con la apariencia, empero, de estar dispuesto a correr a realizar cualquier tarea que Rand pudiera encomendarle. Ahora nunca se sentaba ni relajaba.

—No sería correcto, mi señor. Debemos demostrar a esos cairhieninos que conocemos a la perfección cuáles han de ser los modales…

—¡Para de una vez de decir eso! —gritó Rand.

—Como deseéis, mi señor.

Rand hubo de esforzarse por no exhalar un suspiro.

—Hurin, lo siento. No he debido gritarte.

—Tenéis derecho a hacerlo, mi señor —replicó simplemente Hurin—. Si no actúo como vos queréis, tenéis derecho a gritar.

Rand caminó hacía el husmeador con intención de agarrarlo por el cuello y zarandearlo.

Un golpe en la puerta que daba a la habitación de Rand los paralizó a todos, pero éste se alegró de ver que, al menos, Hurin no esperaba su permiso para coger la espada. Rand llevaba al cinto el arma con la marca de la garza, cuya empuñadura tocó al disponerse a atender la llamada. Aguardó a que Loial se hubiera sentado en su larga cama, arreglando las piernas y los faldones de la chaqueta para tapar aún más el arcón cubierto con la manta que se encontraba bajo el lecho, y luego abrió la puerta de un tirón.

El posadero, que esperaba lleno de impaciencia, balanceando el cuerpo, le tendió a Rand una bandeja en la que había dos pergaminos sellados.

—Disculpad, mi señor —se excusó Cuale sin resuello—. No podía esperar a que bajaseis y como no estabais en vuestra habitación… Perdonadme, pero… —Meneó la bandeja.

Rand cogió las invitaciones sin mirarlas, como tantas de las muchas que había recibido ya, tomó al posadero del brazo y lo volvió hacia el pasillo.

—Gracias, maese Cuale, por tomaros la molestia. Ahora, si sois tan amable de dejarnos solos…

—Pero, mi señor —protestó Cuale—, éstas son de…

—Gracias. —Rand impulsó al hombre hacia el corredor y cerró con firmeza la puerta. Después arrojó los pergaminos sobre la mesa—. Nunca había hecho esto antes. Loial, ¿crees que estaba escuchando detrás de la puerta antes de llamar?

—Estás empezando a ver las cosas como los cairhieninos —se mofó el Ogier, si bien agitando las orejas con aire pensativo antes de agregar—: Aun así, él es cairhienino y es posible que haya estado escuchando. Me parece que no hemos dicho nada que no debiera haber oído.

Rand trató de recordar. Ninguno de ellos había mencionado el Cuerno de Valere ni trollocs ni Amigos Siniestros. Cuando advirtió que estaba cavilando acerca de lo que Cuale podía haber interpretado de lo que realmente habían dicho, sacudió la cabeza.

—Este lugar también te está poniendo los nervios de punta —murmuró para sí.

—Mi señor… —Hurin había recogido los pergaminos y observaba con los ojos muy abiertos los sellos—. Mi señor, éstas son de lord Barthanes, cabeza de la casa Damodred, y… —bajó con reverencia la voz— … del rey.

—De todas maneras van a ir a parar al fuego igual que las demás —aseguró Rand, sin dignarse mirarlas—. Sin abrirlas.

—¡Pero, mi señor!

—Hurin —apuntó con impaciencia Rand—, entre tú y Loial me habéis explicado cómo funciona ese Gran juego. Si voy a cualquiera de los sitios a los que me invitan, los cairhieninos extraerán una conclusión de ello y pensarán que estoy implicado en alguna intriga. Si no voy, también sacarán una interpretación. Si envío una respuesta, tratarán de hallarle un significado, al igual que lo harán si no contesto. Y, puesto que al parecer la mitad de Cairhien está pendiente de la otra mitad, todo el mundo sabe lo que yo hago. Quemé las dos primeras y voy a quemar éstas, al igual que las otras. —Un día había habido doce en el montón que arrojó a la chimenea del comedor, con los sellos intactos—. Sea lo que sea que infieran de ello, al menos todos reciben el mismo trato. No apoyo a nadie de Cairhien ni tampoco voy en contra de nadie.

—He intentado advertirte —se mostró en desacuerdo Loial— de que no funciona así. Hagas lo que hagas, los cairhieninos verán una intriga en ello. Al menos, eso es lo que decía siempre el abuelo Halan.

Hurin tendió las invitaciones selladas a Rand como si estuviera ofreciéndole oro.

—Mi señor, ésta lleva el sello personal de Galldrain. Su sello personal, mi señor. Y ésa, el sello personal de lord Barthanes, que es el personaje que ostenta mayor poder después del rey. Mi señor, quemad éstas y os crearéis enemigos más poderosos de los que podáis encontrar. El hecho de que hayáis arrojado a las llamas las anteriores no ha tenido hasta ahora consecuencias porque las otras casas están esperando a ver qué tramáis y pensando que debéis tener aliados influyentes para arriesgaros a insultarlos. Pero lord Barthanes… ¡y el rey! Ofendedlos, y actuarán sin lugar a dudas.

Rand se pasó las manos por el pelo.

—¿Y si declino ambas?

—No saldría bien, mi señor. A estas alturas, todas las casas os han mandado ya una invitación. Si declináis éstas… Bueno, seguro que al menos uno de los otros linajes pensará que si no estáis aliado con el rey ni con lord Barthanes, entonces pueden dar respuesta al insulto de haber quemado su invitación. Mi señor, tengo entendido que las casas de Cairhien utilizan ahora asesinos a sueldo: un cuchillo clavado en la espalda, una flecha disparada desde un tejado, veneno introducido en el vino…

—Podrías aceptar las dos —sugirió Loial—. Sé que no quieres hacerlo, Rand, pero quizá resulte divertido pasar una velada en la mansión de un señor o incluso en

el palacio real. Rand, los shienarianos creían en ti.

Rand esbozó una mueca. Sabía que el hecho de que los shienarianos lo hubieran tomado por un señor se debía al azar; a la casualidad de la semejanza de nombres, a un rumor entre la servidumbre y a Moraine y la Amyrlin que lo habían alentado. Pero Selene le había dado crédito también. «Tal vez esté Presente en una de esas recepciones.»

Hurin, sin embargo, sacudió violentamente la cabeza.

—Constructor, no conocéis el *Da'es Daemar* tan bien como creéis, no de la manera como se lleva a cabo en Cairhien en los momentos actuales. Con la mayoría de las casas, no importaría. Aun cuando se combatan entre sí mediante feroces maniobras, de cara al público actúan como si no lo hicieran. Pero no sucede lo mismo con estos dos linajes. La casa Damodred ocupaba el trono hasta que Laman lo perdió, y quieren recuperarlo. El rey los aplastaría, si no fueran casi tan poderosos como él. No encontraréis rivalidad más enconada que la que mantienen la casa Riatin y la casa Damodred. Si mi señor acepta las dos, ambas tendrán conocimiento de ello tan pronto como envíe las respuestas, y las dos pensarán que ello forma parte de un complot auspiciado por la otra casa contra ellos. Harán uso del puñal o del veneno en un abrir y cerrar de ojos.

—Y supongo —gruñó Rand— que, si sólo acepto una, la otra pensará que estoy aliado con esa casa. —Hurin asintió—. Y probablemente intentarán matarme para detener cualquier maquinación en la que me halle involucrado. —Hurin volvió a asentir—. ¿Entonces puedes sugerirme alguna manera de evitar que cualquiera de ellos desee verme muerto? —Hurin sacudió la cabeza—. Ojalá no hubiera quemado las dos primeras.

—Sí, mi señor. Pero no habría modificado mucho la situación, me temo. Cualquiera que hubierais declinado o aceptado, los cairhieninos habrían sospechado que era con algún propósito inconfesado.

Rand alargó la mano y Hurin depositó en ella los dos pergaminos plegados. Uno estaba sellado, no con el Árbol y la Corona de la casa Damodred, sino con el oso en posición de ataque emblemático de Barthanes. El otro tenía grabado el Ciervo de Galldrain. Eran sus sellos personales. Por lo visto había logrado despertar interés en las más altas esferas mediante el procedimiento de no hacer nada.

—Esta gente está loca —sentenció, tratando de hallar la manera de salir de aquel embrollo.

—Sí, mi señor.

—Dejaré que me vean en la sala de la posada con ellas —decidió. Cualquier cosa presenciada en el comedor al mediodía era conocida en diez casas antes de la caída de la tarde, y en todas ellas al amanecer del día siguiente—. No romperé los sellos. De esa manera, sabrán que aún no he respondido a ninguna. Mientras estén esperando

para ver de qué lado me decanto, quizá gane una tregua de unos días. Ingtar deberá llegar pronto. No puede ser de otro modo.

—A eso se lo llama pensar como un cairhienino, mi señor —aprobó Hurin, sonriendo.

Rand le asestó una agria mirada y luego introdujo los pergaminos en el bolsillo, encima de las cartas de Selene.

—Vamos, Loial. Tal vez Ingtar haya llegado ya.

Cuando él y Loial llegaron al comedor, ninguno de los presentes miró a Rand. Cuale estaba sacando brillo a una bandeja de plata como si su vida dependiera de ello. Las camareras circulaban presurosas entre las mesas como si Rand y el Ogier no existieran. Hasta la última persona sentada a las mesas observaba su jarra como si los secretos del poder residieran en el vino o la cerveza. Ninguno de ellos pronunció una palabra.

Pasado un momento, sacó las dos invitaciones del bolsillo, examinó los sellos y volvió a guardarlas. Cuale dio un salto apenas perceptible cuando Rand se dirigió a la puerta. Antes de que ésta se cerrara tras él, oyó cómo la conversación volvía a animarse.

Rand caminaba tan deprisa por la calle que Loial no hubo de acortar sus zancadas para permanecer a su altura.

—Hemos de encontrar la manera de salir de la ciudad, Loial. Este truco con las invitaciones no puede durar más de dos o tres días. Si Ingtar no llega para entonces, deberemos marchamos de todos modos.

—De acuerdo —aceptó Loial.

—Pero ¿cómo?

Loial comenzó a marcar con sus recios dedos los puntos de su argumentación.

—Fain está en las afueras o de lo contrario no habría trollocs en extramuros. Si partimos a caballo, se precipitarán sobre nosotros tan pronto como hayamos perdido de vista la ciudad. Si viajamos con una caravana de mercaderes, la atacarán sin duda. —Rand pensó que ningún mercader dispondría de más de cinco o seis guardianes, y que lo más probable era que éstos echaran a correr cuando vieran un trolloc—. Si al menos supiéramos cuántos trollocs tiene Fain, y cuántos Amigos Siniestros… Tú redujiste su número. —No hizo mención del trolloc que había matado él, pero, a juzgar por su entrecejo fruncido y las largas cejas abatidas hasta las mejillas, estaba pensando en él.

—No importa de cuántos disponga —reflexionó Rand—. Da igual que sean diez o cien. Si nos atacan diez trollocs, no creo que volvamos a escapar. —Rehusó pensar en la manera en que tal vez, sólo tal vez, podría enfrentarse con diez trollocs. Al fin y al cabo, no le había servido de nada cuando había tratado de socorrer a Loial.

—Yo tampoco lo creo posible. Me parece que no tenemos dinero suficiente para

comprar un pasaje a un lugar muy alejado, pero, aun así, si intentáramos llegar a los muelles de extramuros… Bien, Fain debe de haber apostado Amigos Siniestros para espiarnos. Si pensara que íbamos a embarcar, no se preocuparía de quién viera a los trollocs. Aun cuando llegáramos a librarnos de ellos, deberíamos dar una explicación a los guardias de la ciudad y no cabe duda de que no creerían que no podemos abrir el arcón, de modo que…

—No vamos a permitir que ningún cairhienino vea ese cofre, Loial.

El Ogier asintió.

—Y los muelles de la ciudad tampoco se hallan a nuestro alcance. —El puerto del interior de Cairhien estaba reservado a las barcazas de grano y a las embarcaciones de placer de los señores y damas. Nadie iba a ellos sin permiso. Era factible verlos desde la muralla, pero hasta el propio Loial se rompería la crisma si intentara bajar por ellas. Loial meneó el pulgar como si tratara de establecer un punto que resaltar con él —. Es una lástima que no podamos ir al *stedding* Tsofu, ya que los trollocs no se atreverían a entrar en un *stedding*, pero no creo que nos dejaran llegar tan lejos sin caer antes sobre nosotros.

Rand no respondió. Habían llegado a la gran caseta de guardia situada en la puerta por la que habían entrado en Cairhien el primer día. Afuera, extramuros rebullía de gente, que vigilaban un par de guardias. A Rand le pareció advertir que un hombre vestido con lo que habían sido en un tiempo lujosos ropajes shienarianos se replegaba entre la multitud, ocultándose de su mirada. Había demasiadas personas con ropas de muy diversos países y todas ellas caminaban con prisa. Ascendió los escalones para penetrar en el puesto de guardia, pasando junto a los dos soldados que custodiaban la entrada.

En la amplia antesala había duros bancos de madera para las gentes que debían esperar allí, en su mayor parte personas llenas de humilde paciencia, vestidas con las sencillas ropas que llevaban los plebeyos más pobres. Había algunos habitantes de extramuros entre ellos, que se distinguían por su raído atuendo de vivos colores y que sin duda confiaban en obtener permiso para buscar trabajo en el interior de las murallas.

Rand se encaminó directamente a la larga mesa situada al fondo de la estancia, tras la cual sólo había sentado un hombre, vestido de paisano, con una lista verde en la chaqueta. Era un rollizo individuo cuya piel presentaba un aspecto demasiado tenso, que ordenó documentos en la mesa y cambió dos veces la posición del tintero antes de levantar la mirada hacia Rand y Loial con una falsa sonrisa.

—¿De qué manera puedo ayudaros, mi señor?

—De la misma manera como esperaba que podíais ayudarme ayer —respondió Rand con más paciencia de la que sentía— y anteayer y el día anterior a éste. ¿Ha llegado lord Ingtar?

—¿Lord Ingtar, mi señor?

Rand inspiró profundamente y espiró con lentitud.

—Lord Ingtar de la casa Shinowa, de Shienar. El mismo hombre por el que he venido a preguntar cada día desde que llegamos aquí.

—Nadie con ese nombre ha venido a la ciudad, mi señor.

—¿Estáis seguro? ¿No tenéis necesidad de revisar vuestras listas al menos?

—Mi señor, las listas de los extranjeros que llegan a Cairhien son intercambiadas entre los distintos puestos de guardia al alba y al crepúsculo, y yo las examino tan pronto como llegan a mis manos. Ningún señor shienariano ha entrado en la ciudad desde hace algún tiempo.

—¿Y lady Selene? Antes de que me lo preguntéis de nuevo, os diré que desconozco su casa. Pero os he dado su nombre y os he descrito su aspecto tres veces. ¿No es suficiente?

—Lo siento, mi señor —se excusó el hombre, extendiendo las manos—. Sin saber su casa resulta más difícil. —Tenía un rostro inexpresivo. Rand se preguntó si se lo comunicaría en caso de saberlo.

Rand percibió un amago de movimiento en una de las puertas situadas detrás del escritorio… un hombre que se disponía a entrar en la antesala y que se había vuelto atrás apresuradamente.

—Quizás el capitán Caldevwin pueda ayudarme —sugirió Rand al empleado.

—¿El capitán Caldevwin, mi señor?

—Acabo de verlo detrás de vos.

—Lo siento, mi señor. Si hubiera un capitán Caldevwin en la casa de guardia, lo sabría.

Rand lo miró de hito en hito hasta que Loial le tocó el hombro.

—Rand, creo que será mejor que nos vayamos.

—Gracias por vuestra colaboración —dijo Rand con voz tensa—. Volveré mañana.

—Es un placer hacer lo que está en mis manos —repuso el hombre con su falsa sonrisa.

Rand salió del edificio tan velozmente que Loial hubo de apresurar el paso para darle alcance en la calle.

—Estaba mintiendo. Loial. —En lugar de aminorar la marcha, continuó andando a toda prisa como si quisiera descargar parte de su frustración con el ejercicio físico —. Caldevwin estaba allí. Es posible que mienta respecto a lo demás.

Ingtar podría estar aquí, buscándonos. Apuesto a que también sabe quién es Selene.

—Tal vez, Rand. *Da'es Daemar*.

—Luz, estoy cansado de oír hablar del Gran juego. No quiero participar en él. No

quiero tener nada que ver con él. —Loial caminó a su lado, sin decir nada—. Ya sé —prosiguió al fin Rand— que piensan que soy un señor y que en Cairhien, incluso los aristócratas extranjeros forman parte del juego. Ojalá nunca me hubiera puesto esta chaqueta. —«Moraine», pensó con amargura. Todavía me está ocasionando problemas.» Casi de inmediato hubo de admitir, aunque reacio, que no era sólo ella quien había propiciado aquella situación. Siempre había habido un motivo para fingir ser lo que no era. Primero para mantener el ánimo de Hurin y luego para tratar de impresionar a Selene. Después de Selene, no había habido manera de salir del papel. Aminoró el paso hasta detenerse—. Cuando Moraine me dejó marchar, creí que las cosas volverían a ser sencillas. Incluso en pos del Cuerno, incluso con… con todo, pensé que sería más sencillo. —«¿Incluso con el *Saidin* dentro de la cabeza?»—. ¡Luz, qué no daría por que las cosas volvieran a ser sencillas!

—*Ta'veren*… —comenzó a razonar Loial.

—Tampoco quiero oír hablar de eso. —Rand volvió a caminar a igual velocidad que antes—. Todo cuanto deseo es entregar la daga a Mat y el Cuerno a Ingtar. —«Y luego ¿qué? ¿Enloquecer? ¿Morir? Si perezco antes de perder el juicio al menos no haré daño a nadie. Pero tampoco quiero morir. Lan puede hablar de "envainar la espada, pero yo soy un pastor, no un Guardián»—. Si sólo pudiera no entrar en contacto con él… —murmuró—. Tal vez sea posible… Owyn casi lo consiguió.

—¿Cómo, Rand? No te he oído.

—No era nada —respondió con cautela Rand—. Ojalá Ingtar viniera. Y Perrin y Mat.

Caminaron en silencio un rato, con Rand sumido en cavilaciones. El sobrino de Thom había durado casi tres años encauzando el Poder únicamente cuando consideraba que debía hacerlo. Si Owyn había logrado limitar la frecuencia de la utilización del Poder, tenía que ser posible no encauzarlo en absoluto, por más seductor que fuera el *Saidin*.

—Rand —indicó Loial—, hay un incendio allá.

Rand abandonó sus sombríos pensamientos y dirigió la mirada a la ciudad: una gruesa columna de negro humo ondulaba sobre los tejados. No distinguía lo que había debajo, pero estaba demasiado cerca de la posada.

—¡Amigos Siniestros! —exclamó, contemplando el humo—. Los trollocs no pueden traspasar las murallas sin ser advertidos, pero los Amigos Siniestros… ¡Hurin! —Rompió a correr, seguido de Loial, que mantenía su marcha sin apenas esfuerzo.

Cuanto más se aproximaban más crecía su certeza, hasta que, al doblar el último recodo de muros de contención de terrazas, se hallaron frente al Defensor de la Muralla del Dragón. Salía humo por las ventanas del piso superior y el tejado estaba en llamas. Una multitud se había congregado frente al establecimiento. Cuale,

gritando y saltando de un lado a otro, dirigía a los hombres que sacaban el mobiliario a la calle, mientras una doble hilera de hombres hacían circular cubos de agua de un pozo situado al fondo de la calle. La mayoría de la gente permanecía de pie, observando; una nueva llamarada brotó del tejado de pizarra y todos exhalaron un sonoro aaah.

—¿Dónde está Hurin? —preguntó Rand al posadero tras abrirse paso entre el gentío.

—¡Cuidado con esa mesa! —gritó Cuale—. ¡No la rayéis! —Miró a Rand y pestañeó. Tenía la cara tiznada—. Mi señor… ¿Vuestro sirviente? No recuerdo haberlo visto, mi señor. Habrá salido sin duda. ¡No dejes caer esos candelabros, necio! ¡Son de plata! —Cuale se alejó a toda prisa para controlar a los hombres que sacaban sus posesiones de la posada.

—Hurin no habría salido —advirtió Loial—. No habría dejado el… —Miró en derredor y dejó inconclusa la frase; algunos de los espectadores parecían hallar tan digno de interés el Ogier como el fuego.

—Lo sé —contestó Rand, antes de entrar precipitadamente en la posada.

El comedor apenas contenía indicios de que el edificio estuviera ardiendo. La doble hilera de hombres subía por las escaleras, pasando cubos de uno a otro de sus componentes, y había otros obreros que se afanaban para trasladar los muebles que aún quedaban, pero no había más humo allá abajo del que se habría producido si algo estuviera quemándose en la cocina. Mientras Rand subía, el aire comenzó a volverse más irrespirable. Tosiendo, siguió ascendiendo por las escaleras.

Las filas se paraban en el segundo rellano, donde los hombres arrojaban el agua en mitad del tramo de escaleras hacia el corredor lleno de humo. Las llamas que se elevaban por las paredes agitaban su color rojo entre el negro humo. Uno de los hombres agarró a Rand por el brazo.

—No podéis subir allí, mi señor. A partir de aquí está todo destruido. Ogier, hacedlo entrar en razón.

Rand advirtió entonces que Loial iba detrás de él.

—Retrocede, Loial. Yo lo sacaré.

—Tú no puedes llevar solo a Hurin y el cofre, Rand —replicó el Ogier—. Además, no dejaré allí mis libros para que se quemen.

—Entonces mantén la cabeza gacha. Por debajo del humo.

Rand se apoyó en manos y rodillas en las escaleras y en esta postura recorrió el resto de peldaños. El aire era más puro cerca del suelo, aunque impregnado de suficiente humo como para producirle tos, pero podía respirarlo. Aun así, lo abrasaba y no podía absorber bastante por la nariz. Respiró por la boca, y sintió cómo se le secaba la lengua.

Parte del agua que lanzaban los obreros cayó sobre él y lo dejó empapado, pero su

frescor sólo fue un alivio momentáneo, pues el calor volvió a apoderarse de él. Continuó arrastrándose con resolución, sabedor de que Loial se hallaba detrás de él únicamente por sus toses.

Una de las paredes del pasillo estaba completamente en llamas y el suelo cercano a ella había comenzado ya a agregar finos hilillos de humo a la nube suspendida sobre su cabeza. Se alegró de no poder ver lo que había encima de ella, pues los ominosos crujidos ya eran bastante explícitos.

La puerta de la habitación de Hurin todavía no ardía, pero estaba tan caliente que hubo de realizar dos intentos antes de lograr abrirla. Lo primero que vio fue a Hurin, tendido en el suelo. Rand se arrastró hacia el husmeador y lo incorporó. Tenía un chichón del tamaño de una ciruela en un costado de la cabeza.

—¿Lord Rand? —murmuró débilmente Hurin tras abrir los ojos, sin centrar la mirada—. Han llamado a la puerta… Pensé que era otra invi… —Puso los ojos en blanco. Rand le tomó el pulso y suspiró con alivio al hallarlo.

—Rand… —Loial tosió. Estaba al lado de la cama, cuya colcha levantada dejaba al descubierto sus desnudas tablas. El cofre había desaparecido.

Por encima del humo, el techo crujió y se desprendieron ardientes pedazos de madera.

—Recoge los libros —dijo Rand—. Yo llevaré a Hurin. Aprisa. —Se dispuso a cargar al desmayado husmeador sobre el hombro, pero Loial se lo disputó.

—Los libros tendrán que arder, Rand. Tú no puedes cargar con él e ir a rastras y, si vas erguido, no llegarás a la escalera. —El Ogier puso a Hurin sobre su ancha espalda, con los brazos y pies colgando a ambos lados. El techo crujió ruidosamente —. Debemos apresurarnos, Rand.

—Pasa tú primero, Loial. Yo te seguiré.

El Ogier salió a gachas al corredor con su carga y Rand comenzó a caminar tras él. Entonces se detuvo y retrocedió hasta la puerta que conectaba con su dormitorio. El estandarte se encontraba todavía allí: la enseña del Dragón. «Que se queme», pensó, y de inmediato en su cabeza resonó una respuesta que habría podido pronunciar Moraine: «Tal vez tu vida dependa de ello». «Todavía intenta utilizarme», se dijo. Y la voz volvió a sonar: «Tal vez tu vida dependa de ello». «Las Aes Sedai no mienten nunca», recordó.

Con un gruñido, se deslizó sobre el suelo y abrió de un puntapié la puerta de su habitación.

Ésta era una masa ardiente. La cama era una hoguera y las llamas cubrían parte del suelo. No podía arrastrarse allí. Tras ponerse en pie, corrió encorvado hacia el interior, arredrado por el calor, tosiendo y a punto de asfixiarse. De su húmeda chaqueta emanaba vapor, y un lado del armario estaba ardiendo ya. Abrió la puerta de golpe. Sus alforjas estaban adentro, aún a resguardo del fuego, con uno de los

bolsillos abultado por el estandarte de Lews Therin Telamon. Vaciló por espacio de un instante. «Todavía podría dejar que se quemara.»

El techo crujió sobre él. Agarró las alforjas y se arrojó hacia el umbral, donde aterrizó de rodillas en el preciso instante en que las ardientes vigas se desplomaban en el lugar que él había ocupado. Arrastrando su carga, se movió a ras del suelo hasta el pasillo. El piso temblaba a causa de las nuevas vigas que se venían abajo.

Los hombres que lanzaban cubos de agua ya no estaban en las escaleras cuando llegó a ellas. Bajó casi deslizándose hasta el siguiente rellano, donde se puso en pie y echó a correr a través del desierto edificio en dirección a la calle. Los espectadores lo observaron, con la cara ennegrecida y la chaqueta manchada de tizne, pero él continuó avanzando a trompicones hacia la pared de enfrente, en la que Loial había apoyado a Hurin. Una mujer le enjugaba la cara con un paño, pero éste todavía tenía los ojos cerrados y la respiración alterada.

—¿Hay una Zahorí en los alrededores? —preguntó Rand—. Necesita asistencia. —La mujer lo miró con rostro inexpresivo y él trató de recordar los otros nombres con que se conocía a las mujeres designadas como Zahoríes en Dos Ríos—. ¿Una Sabia? ¿Una mujer a la que algunos llaman Madre? ¿Una mujer que entiende de hierbas y curaciones?

—Yo soy una Lectora, si es eso a lo que os referís —explicó la mujer—, pero todo cuanto puedo hacer por este hombre es aliviar un poco su dolor. Me temo que tiene algo roto en la cabeza.

—¡Rand! ¡Eres tú!

Rand se volvió. Era Mat, que llevaba de las riendas a su caballo entre la multitud, con el arco colgado en bandolera. Un Mat cuyo rostro estaba pálido y arrugado, pero el propio Mat, que, aunque débilmente, sonreía. Y detrás de él estaba Perrin, con sus amarillentos ojos relumbrando con el fuego, los cuales disputaban al incendio el blanco de las miradas. E Ingtar, vestido con una chaqueta de alto cuello en lugar de la armadura, pero aún llevando la espada cuya hoja despuntaba por encima de su hombro. Rand sintió un escalofrío.

—Es demasiado tarde —les dijo—. Llegáis demasiado tarde. —Entonces se sentó en la calle y se echó a reír.

31



Tras la pista

Rand ignoraba que Verin estaba allí hasta que ésta le tomó la cara entre las manos. Por un momento advirtió preocupación en su cara, temor incluso, y luego sintió como si de repente lo hubieran mojado con agua fría, aun cuando no notara humedad alguna. Se estremeció súbitamente y paró de reír; entonces la Aes Sedai lo dejó para agazaparse junto a Hurin. La curandera la observaba con atención. Y lo mismo hizo Rand. «¿Qué está haciendo aquí? ¡Como si no lo supiera…!»

—¿Adónde fuisteis? —inquirió Mat con voz ronca—. Desaparecisteis sin más, y ahora estáis en Cairhien, de modo que habéis viajado más deprisa que nosotros. ¿Loial? —El Ogier se encogió de hombros con incertidumbre y lanzó una ojeada al gentío, agitando las orejas. La mitad de los mirones habían trasladado su atención en favor de los recién llegados. Algunos se aproximaban para escuchar. Rand tomó la mano que le tendía Perrin y se puso en pie.

—¿Cómo habéis encontrado la posada? —Miró a Verin, arrodillada y con las manos aplicadas sobre la frente del husmeador—. ¿Por medio de ella?

—En cierto modo —respondió Perrin—. Los guardias de la puerta querían conocer nuestros nombres y un tipo que salió del puesto de guardia dio un salto al oír el de Ingtar. Afirmó desconocerlo, pero su sonrisa denunciaba a la legua que estaba mintiendo.

—Creo que ya sé a quién te refieres —comentó Rand—. Siempre sonríe de esa manera.

—Verin le enseñó el anillo —intervino Mat— y le susurró algo al oído. —Con voz y aspecto enfermizos, esbozó empero una sonrisa. Rand nunca había reparado en la prominencia de sus pómulos—. No he podido oír lo que le dijo, pero no sabía si los ojos iban a saltarle de las órbitas o si iba a tragarse primero la lengua. De repente, se volvió un portento de solicitud. Nos comunicó que estabas esperándonos y el lugar donde te hospedabas. Hasta se ofreció a acompañarnos, pero realmente pareció aliviado cuando Verin declinó su ofrecimiento. —Exhaló un bufido—. Lord Rand de la casa al'Thor.

—Es una historia demasiado larga para explicarla ahora —dijo Rand—. ¿Dónde

están Ino y los demás? Vamos a necesitarlos.

—En extramuros. —Mat frunció el entrecejo antes de proseguir lentamente—. Ino ha dicho que prefería quedarse allí que en el interior de las murallas. Por lo que alcanzo a ver, yo también preferiría estar con ellos. Rand, ¿Por qué vamos a necesitar a Ino? Es que… ¿los has encontrado?

Rand advirtió de improviso que aquél era el momento que había estado rehuyendo. Respiró hondo y miró a su amigo a los ojos.

—Mat, tenía la daga, y la he perdido. Los Amigos Siniestros han vuelto a robarla. —Oyó exclamaciones entre los cairhieninos que prestaban oídos, pero los pasó por alto. Podían seguir involucrándolo en su Gran juego si así lo deseaban, pero Ingtar había llegado, y él había concluido por fin aquella comedia—. Sin embargo, no pueden estar muy lejos.

Ingtar, que había estado escuchando en silencio, se adelantó y agarró el brazo de Rand.

—¿La tenías? ¿Y el… —miró en derredor, al gentío congregado—, la otra cosa?

—También se lo han llevado —respondió con calma Rand.

Ingtar se propinó un puñetazo en la palma de la mano; algunos de los cairhieninos retrocedieron al advertir la ferocidad de su expresión.

Mat se mordió el labio antes de hablar.

—Como no sabía que la habíais encontrado, no es como si hubiéramos vuelto a perderla. Simplemente, continúa perdida. —Era evidente que hablaba de la daga y no del Cuerno de Valere—. Volveremos a encontrarla. Ahora tenemos dos husmeadores, pues Perrin es uno de ellos. Ha venido siguiendo el rastro hasta extramuros, desde que te esfumaste con Hurin y Loial. Pensé que tal vez te habías escapado… Bueno, ya sabes a qué me refiero. ¿Adónde fuisteis? Todavía no comprendo cómo nos sacasteis tanta ventaja. Ese tipo ha dicho que llevabais varios días aquí.

Rand miró a Perrin, azorado de que fuera un husmeador, y notó cómo éste lo examinaba a su vez. Le pareció que Perrin murmuraba algo. «¿Exterminador de la Sombra? Debo de haberlo oído mal.» La amarillenta mirada de su amigo, que en apariencia guardaba secretos sobre su persona, retuvo su atención un momento. Diciéndose a sí mismo que eran imaginaciones suyas, que aún no estaba loco, apartó los ojos.

Verin estaba ayudando a levantarse a Hurin, el cual seguía temblando como una hoja.

—Me siento tan liviano como las plumas de un ganso —aseguraba—. Todavía algo cansado, pero… —Se interrumpió, al reparar en ella por primera vez y caer en la cuenta de lo sucedido.

—La fatiga persistirá unas horas —le informó la Aes Sedai—. El cuerpo debe esforzarse para curarse con rapidez.

—¿Sois una Aes Sedai? —inquirió en voz baja la Lectora cairhienina, poniéndose en pie. Verin inclinó la cabeza y la Lectora le dedicó una profunda reverencia.

Las palabras «Aes Sedai» produjeron una conmoción entre la hasta entonces pacífica multitud, dando paso a sentimientos que iban de la reverencia al miedo y de éste a la sensación de ultraje. Todo el mundo estaba observándolos ahora —ni siquiera Cuale prestaba atención a su posada— y Rand reflexionó que, a fin de cuentas, la prudencia no era desaconsejable.

—¿Tenéis alojamiento? —preguntó Rand—. Hemos de hablar, y no podemos hacerlo aquí.

—Una buena idea —aprobó Verin—. En otras ocasiones me he hospedado en el Gran Árbol. Iremos allí.

Loial fue a buscar los caballos al establo, el cual permanecía intacto a pesar de que por aquel entonces ya se había desmoronado el techo de la posada, y al poco rato recorrían las calles a caballo a excepción del Ogier, que pretendía haberse habituado de nuevo a ir a pie. Perrin llevaba el ronzal de uno de los caballos de carga que habían llevado hasta allí.

—Hurin —inquirió Rand—, ¿cuánto tardarás en estar en condiciones de volver a seguirles el rastro? ¿Puedes seguirlo? Los hombres que te han golpeado y han prendido el fuego han dejado un rastro, ¿verdad?

—Estoy en condiciones de seguirlo ahora mismo, mi señor. Puedo notar su olor en la calle, pero éste no durará mucho. No había ningún trolloc y no han matado a nadie. Sólo hombres, mi señor. Amigos Siniestros, supongo, pero uno no puede determinarlo por el olor. Éste se esfuma al cabo de un día aproximadamente.

—Tampoco creo que puedan abrir el cofre, Rand —observó Loial—, o de lo contrario se habrían limitado a llevarse el Cuerno. Sería mucho más sencillo cargar con él que con todo el arcón.

—Deben de haberlo cargado en un carro o en un caballo —infirió Rand—. Cuando hayan salido de extramuros se reunirán sin duda con los trollocs. Podrás seguir esa pista, Hurin, ¿no es así?

—En efecto, mi señor.

—Entonces descansa hasta que estés repuesto —le indicó Rand. El husmeador parecía más recuperado, pero cabalgaba con los hombros hundidos y su rostro evidenciaba fatiga—. En el mejor de los casos, sólo nos llevarán unas horas de ventaja. Si cabalgamos velozmente… —De pronto advirtió que Verin, Ingtar, Mat y Perrin estaban mirándolo. Entonces cayó en la cuenta de lo que había estado haciendo y se sonrojó—. Lo siento, Ingtar. Supongo que se debe a que me he acostumbrado a ser el responsable. No es mi intención ocupar vuestro lugar.

—Moraine eligió bien cuando hizo que lord Agelmar te nombrara mi lugarteniente —comentó Ingtar—. Tal vez habría sido mejor que la Sede Amyrlin te

hubiera dado a ti el mando. —El shienariano emitió una carcajada—. Tú al menos has logrado tocar realmente el Cuerno.

Después de eso cabalgaron en silencio.

El Gran Árbol, un alto edificio cúbico de piedra con un comedor revestido de madera oscura y decorado con objetos de plata y un gran reloj pulido en la repisa de la chimenea, habría podido pasar por una copia del Defensor de las Murallas del Dragón. La posadera habría podido ser asimismo la hermana de Cuale. La señora Tiedra tenía el mismo aspecto ligeramente rollizo e iguales modales zalameros… y los mismos ojos vivarachos y el aire de escuchar lo que había detrás de las palabras que no pronunciaba. Pero Tiedra conocía a Verin, y la sonrisa de bienvenida que ofreció a la Aes Sedai era cálida; a pesar de que nunca mencionó en voz alta la palabra Aes Sedai, Rand tenía la certeza de que sabía quién era Verin.

Tiedra y una bandada de criados se ocuparon de sus monturas y de instalarlos en sus habitaciones. El dormitorio de Rand era tan acogedor como el que había sido pasto de las llamas, pero él prestó más interés a la gran bañera de cobre que introdujeron por la puerta dos doncellas y a los cubos de humeante agua que trajeron de la cocina. El espejo situado sobre el lavabo le mostró un rostro completamente tiznado, y una chaqueta de lana roja en igual estado.

Se desnudó y se introdujo en la bañera, sumido en cavilaciones. Ahora estaba allí Verin, una de las tres Aes Sedai de las que podía confiar en que no tratarían de amansarlo, ni entregarlo a quienes sí lo harían; una de las tres que querían hacerle creer que era el Dragón Renacido, para utilizarlo como un falso Dragón. «Ella es los ojos de Moraine que me espían y la mano de Moraine que intenta tirar de las cuerdas. Pero yo ya he cortado mis ataduras.»

Le habían subido las alforjas y un hatillo del animal de carga que contenía ropa limpia. Se secó, abrió el bulto… y suspiró. Había olvidado que todas las otras chaquetas eran tan lujosas como la que había arrojado en el respaldo de una silla para que la lavaran. Pasado un momento, se decidió por la chaqueta negra, que se avenía a su humor actual. En su alto cuello había garzas bordadas con hebras de plata y en las mangas unas cascadas que se precipitaban sobre unas piedras de afiladas aristas.

Al transferir los objetos a la nueva prenda, halló los pergaminos. Con aire ausente, introdujo las invitaciones en el bolsillo y examinó las dos cartas de Selene. Se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido. Ella era la hermosa y joven hija de un aristócrata y él un pastor del que trataban de servirse las Aes Sedai, un hombre condenado a perder el juicio en el supuesto de que no muriera antes. No obstante, no podía dejar de sentirse atraído por ella y, sólo con mirar su escritura, casi percibía su perfume.

—Soy un pastor —confesó a las cartas— y no un gran hombre, y, si pudiera casarme con alguien, lo haría con Egwene, pero ella quiere ser una Aes Sedai y,

¿cómo voy a casarme con alguien, amar a una mujer, cuando voy a volverme loco y a darle muerte tal vez?

Pero las palabras eran incapaces de borrar el recuerdo de la hermosura de Selene o del modo como le bullía la sangre solamente al contemplarla. Casi le parecía que ella se encontraba en la habitación con él; creyó percibir su perfume con tal intensidad que miró en torno a sí y soltó una carcajada al comprobar que estaba solo.

—Imagino cosas como si ya estuviera pudriéndome —murmuró.

En un impulso, levantó la camisa exterior de la lámpara de la mesita, la encendió y acercó las cartas a la llama. Fuera de la posada, el viento aulló con fuerza y, filtrándose entre los postigos, avivó las llamas que devoraban el pergamino. Arrojó apresuradamente sus restos ardientes en el hogar apagado justo antes de que el fuego le alcanzara los dedos. Aguardó a que se hubiera apagado el último rizo ennegrecido antes de ponerse la espada al cinto y abandonó el dormitorio.

Verin había reservado un comedor privado; los estantes que cubrían las oscuras paredes lucían aún más objetos de plata que en la sala principal. Mat estaba haciendo juegos malabares con tres huevos cocidos, intentando dar una imagen despreocupada, mientras Ingtar contemplaba ceñudo la chimenea sin encender. Loial, que todavía conservaba algunos libros de Fal Dara en los bolsillos, leía uno junto a una lámpara.

Perrin estaba encorvado sobre la mesa, observándose las manos entrecruzadas encima del mantel. Su olfato percibía la cera de abeja utilizada para dar brillo a los paneles. «Era él —pensó—. Rand es el Exterminador de la Sombra. Luz, ¿qué nos está ocurriendo a todos?» Apretó los puños. «Estas manos estaban destinadas a empuñar un martillo de herrero, no un hacha.»

Levantó la mirada al entrar Rand, y creyó advertir una determinación en él, una disposición a emprender algún curso de acción. La Aes Sedai señaló a Rand un sillón de alto respaldo situado frente a ella.

—¿Cómo está Hurin? —le preguntó Rand, moviendo la espada para poder tomar asiento—. ¿Descansando?

—Ha insistido en salir —respondió Ingtar—. Le he indicado que sólo siguiera el rastro hasta que notara el olor de los trollocs. Así podremos partir desde ese punto mañana. ¿O quieres iniciar la persecución esta noche?

—Ingtar —explicó con embarazo Rand—, de veras no intentaba tomar el mando. Ha sido una reacción irreflexiva.

«No está tan nervioso como lo hubiera estado antaño —caviló Perrin—. Exterminador de la Sombra. Todos estamos cambiando.»

Ingtar continuó mirando la chimenea, sin responder.

—Hay algunos detalles que me interesan sobremanera, Rand —dijo con calma Verin—. Uno es cómo desaparecisteis del campamento de Ingtar sin dejar rastro. Otro

es cómo llegasteis a Cairhien una semana antes que nosotros. Ese funcionario lo ha precisado claramente. Tendríais que haber venido volando.

Uno de los huevos que manejaba Mat cayó al suelo y se rompió. Él, no obstante, no lo miró siquiera pues estaba observando a Rand, al igual que Ingtar, que también se había vuelto hacia él. Loial aparentaba seguir leyendo, pero tenía una expresión preocupada y las orejas enhiestas. Perrin advirtió que él también estaba expectante.

—Bueno, no vino volando —opinó—. No veo que tenga alas. Quizá tenga cosas más importantes que contarnos.

Verin trasladó la atención hacia él por un fugaz momento. El joven consiguió sostenerle la mirada, pero fue él quien desvió los ojos primero. «Aes Sedai… Luz, ¿por qué seríamos tan necios de partir en pos de una Aes Sedai?» Rand le dirigió una mirada de agradecimiento y Perrin le sonrió. No era el Rand de siempre —daba la impresión de que se había adaptado a aquella lujosa chaqueta, que ahora parecía la prenda adecuada para él—, pero todavía era el muchacho con el que había crecido Perrin. «Exterminador de la Sombra. Un hombre que inspira temor a los lobos. Un hombre capaz de encauzar el Poder.»

—No tengo inconveniente en explicarlo —repuso Rand, antes de exponer con sencillez lo sucedido.

Perrin lo escuchaba boquiabierto. Portales de Piedra… Otros mundos, donde la tierra parecía moverse… Hurin siguiendo el rastro por los lugares donde deberían estar los Amigos Siniestros. Y una hermosa mujer en apuros, igual que en un cuento de juglar.

Mat exhaló un quedo silbido admirativo.

—¿Y ella os trajo de vuelta? ¿Por uno de esos…, esos Portales?

—Eso debió de ser —respondió Rand tras un instante de vacilación—. Ya veis de qué manera llegamos con tantos días de antelación. Cuando llegó Fain, Loial y yo conseguimos arrebatarle el Cuerno de Valere durante la noche y cabalgamos hasta Cairhien porque no creí que pudiéramos enfrentamos a ellos una vez que estuvieran sobre aviso, y sabía que Ingtar continuaría en dirección sur tras ellos y que al fin vendría aquí.

«Exterminador de la Sombra.» Rand lo miró, con los ojos entornados, y Perrin cayó en la cuenta de que había pronunciado el nombre en voz alta, aunque no lo bastante alta para que los demás lo hubieran oído, al parecer, pues nadie más centraba la mirada en él. De improviso deseó explicarle a Rand lo de los lobos. «Yo sé lo tuyo. Es justo que tú conozcas también mi secreto.» Pero Verin estaba allí y no podía contárselo en presencia de ella.

—Interesante —dijo la Aes Sedai, con aire reflexivo—. Me encantaría conocer a esa chica. Si puede utilizar el Portal de Piedra… Son pocos incluso los que conocen ese nombre. —Guardó silencio por un momento—. Bien, habrá que dejar eso para

otra ocasión. No debería ser difícil localizar una muchacha alta entre los linajes nobles de Cairhien. Ah, aquí está la comida.

Perrin notó el olor del cordero incluso antes de que la señora Tiedra entrara encabezando una procesión de camareras con bandejas de alimentos. Se le hacía la boca agua, más a causa de la carne que de los guisantes, calabaza, zanahorias y col que lo acompañaban o las calientes y crujientes roscas. Todavía apreciaba el sabor de las verduras, pero últimamente anhelaba en ocasiones comer carne roja; cuanto más cruda, mejor. Le resultó desconcertante advertir que consideraba demasiado cocidas las hermosas y rosadas chuletas de cordero que cortaba la posadera. Tomó resueltamente una ración de cada cosa, y dos de cordero.

Fue una comida silenciosa, en la que cada cual permaneció absorto en sus propios pensamientos. Perrin se sintió acongojado al ver comer a Mat. Este tenía tan buen apetito como de costumbre, a pesar del enfebrecido rubor de su cara, pero la manera como se llevaba la comida a la boca le confería el aspecto de alguien que disfrutara de su último banquete antes de morir. Perrin clavó la mirada en el plato y la mantuvo así; deseaba no haber salido nunca del Campo de Emond.

Después de que las doncellas hubieron recogido la mesa y se hubieron marchado nuevamente, Verin insistió en que permanecieran juntos hasta el regreso de Hurin.

—Tal vez las noticias que traiga nos obliguen a ponernos de inmediato en camino.

Mat volvió a enfrascarse en los malabarismos, y Loial, en la lectura. Rand preguntó a la posadera si había libros y ésta le trajo Los viajes de Jain el Galopador. A Perrin también le gustaba esa novela, con sus aventuras entre los Marinos y viajes por tierras situadas más allá del Yermo de Aiel, de donde provenía la seda. Sin embargo, no tenía humor para leer, por lo cual se puso a jugar a las damas con Ingtar. El shienariano jugaba con osadía. Perrin siempre lo había hecho de manera obstinada, cediendo reacio el terreno, pero en aquella ocasión movía las piezas con tanta temeridad como Ingtar. La mayoría de las partidas terminaron en empate, pero logró ganar tantas como Ingtar. Pasado un rato, cuando llegó Hurin, el shienariano estaba mirándolo con nuevas muestras de respeto.

La sonrisa de Hurin era a un tiempo triunfal y llena de perplejidad.

—Los he encontrado, lord Ingtar, lord Rand. Los he seguido hasta su guarida.

—¿Guarida? —inquirió vivamente Ingtar—. ¿Quieres decir que están escondidos en algún sitio cercano?

—Sí, lord Ingtar. He seguido directamente a los que se han llevado el Cuerno y había olor a trolloc por los alrededores, aunque éste serpenteaba, como si no osaran dejarse ver, ni siquiera allí. Y no me extraña. —El husmeador aspiró profundamente —. Están en la gran casa solariega que acaba de construir lord Barthanes.

—¡Lord Barthanes! —exclamó Ingtar—. Pero él… él es…

—Hay Amigos Siniestros tanto entre los aristócratas como entre los plebeyos —apuntó con suavidad Verin—. Los poderosos entregan sus almas a la Sombra con tanta frecuencia como los desvalidos. —Ingtar frunció el entrecejo como si no deseara escucharla.

—Hay guardias —prosiguió Hurin—. No lograremos entrar con sólo veinte hombres, si es que queremos salir con vida. Un centenar podría conseguirlo, pero lo ideal serían doscientos. Eso es lo que a mí me parece, mi señor.

—¿Y qué hay del rey? —preguntó Mat—. Si Barthanes es un Amigo Siniestro, el rey nos ayudará.

—Estoy convencida —manifestó secamente Verin— de que a Galldrain Riatin le bastaría el rumor de que Barthanes Damodred es un Amigo Siniestro para precipitarse sobre él, contento por disponer de una excusa. También estoy bastante segura de que Galldrain jamás dejaría que le quitaran de las manos el Cuerno de Valere una vez que lo tuviera. Lo sacaría en los días festivos para enseñarlo al pueblo y demostrarles la grandeza y poder de Cairhien, y no habría manera de que hiciera otra cosa con él.

Perrin pestañeó consternado.

—Pero el Cuerno de Valere ha de estar disponible cuando se libre la última Batalla. No podría quedárselo simplemente.

—Conozco poco a los cairhieninos —comentó Ingtar—, pero he oído suficiente en lo que respecta a Galldrain. Nos homenajearía y nos daría las gracias por la gloria que habíamos aportado a Cairhien. Nos llenaría los bolsillos de oro y colmaría de honores nuestras cabezas. Y, si intentáramos partir con el Cuerno, cortaría nuestras honradas cabezas sin mediar el tiempo para respirar.

Perrin se mesó el cabello. Cuantos más datos averiguaba sobre los reyes, menos simpatías le inspiraban.

—¿Y qué me decís de la daga? —inquirió Mat con timidez—. No la querrá para nada, ¿verdad? —Ingtar lo miró con expresión airada, y él se revolvió inquieto—. Sé que el Cuerno es importante, pero yo no voy a participar en la última Batalla. Esa daga…

—Galldrain tampoco se quedará con ella —lo apaciguó Verin—. Lo que necesitamos es un medio de entrar en la mansión de Barthanes. Si localizamos el Cuerno, tal vez hallemos también la manera de recuperarlo. Sí, Mat; y la daga. Cuando se sepa que hay una Aes Sedai en la ciudad… Bueno, por lo general evito este tipo de cosas, pero, si sugiero a Tiedra que me gustaría ver la nueva mansión de Barthanes, dentro de un par de días dispondría de una invitación. No sería difícil entrar en compañía de al menos algunos de vosotros. ¿Qué ocurre, Hurin?

El husmeador había estado basculando ansiosamente el cuerpo sobre los talones desde el momento en que ella había mencionado una invitación.

—Lord Rand ya tiene una. De lord Barthanes.

Perrin miró con asombro a Rand, y no fue el único.

Rand sacó del bolsillo los dos pergaminos sellados y los tendió a la Aes Sedai sin decir palabra alguna. Ingtar se acercó para mirarlos con admiración por encima de su hombro.

—Barthanes y… ¡Y Galldrain! Rand, ¿cómo te has hecho con ellas? ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —repuso Rand—. No he hecho nada. Simplemente, me las enviaron. —Ingtar lanzó un resoplido. Mat estaba boquiabierto—. Bueno, me las enviaron sin más —agregó Rand con voz calma.

Tenía una dignidad que Perrin no recordaba en él; Rand estaba mirando a la Aes Sedai y al señor shienariano como si estuviera en su mismo nivel. «Cada vez te queda mejor esa chaqueta —dijo para sí Perrin—. Todos estamos cambiando.»

—Lord Rand quemó las otras —explicó Hurin—. Llegaban cada día, y cada día las quemaba. Menos éstas, claro está. Cada día llegaban de casas más poderosas. —Su tono de voz denotaba orgullo.

—La Rueda del Tiempo ajusta nuestros hilos al Entramado según su voluntad —sentenció Verin, mirando los pergaminos—, pero a veces nos proporciona lo que precisamos antes de que nosotros seamos conscientes de la necesidad.

Arrugó desenfadadamente la invitación del rey y la arrojó a la chimenea, donde permaneció ofreciendo el contraste del blanco sobre los fríos leños. Tras romper el otro sello con el pulgar, leyó.

—Sí. Sí, esto es lo que necesitamos.

—¿Cómo puedo ir? —le preguntó Rand—. Sabrán que no soy un señor. Soy un pastor, y un campesino. —Ingtar lo miró con aire escéptico—. Lo soy, Ingtar. Ya os lo dije. —Ingtar se encogió de hombros; aún no parecía convencido. Hurin observaba a Rand con patente incredulidad.

«Caramba —pensó Perrin—, si no lo conociera, yo tampoco lo creería.» Mat contemplaba ceñudo a Rand, con la cabeza ladeada, como si mirara algo que no había visto antes. «Ahora él también lo percibe.»

—Puedes hacerlo, Rand —opinó Perrin.

—Convendrá —observó Verin— que no digas a nadie que no eres un señor. La gente ve lo que espera ver. Aparte de eso, míralos a los ojos y habla con firmeza. De la manera como me has hablado a mí —añadió secamente. A Rand se le arrebolaron las mejillas, pero no bajó la mirada—. No importa lo que digas, pues cualquier cosa que desentone la atribuirán al hecho de que eres extranjero. También te ayudará recordar cómo te comportaste ante la Amyrlin. Si actúas con la misma arrogancia, probablemente creerán que eres un señor aunque vayas vestido con harapos. —Mat soltó una risita.

—De acuerdo. —Rand, con gesto de resignación, levantó las manos—. Lo haré. Pero sigo pensando que lo averiguarán cinco minutos después de que haya abierto la boca. ¿Cuándo?

—Barthanes te ha propuesto cinco fechas distintas, y una de ellas es mañana por la noche.

—¡Mañana! —estalló Ingtar—. Mañana por la noche el Cuerno podría estar a ciento cincuenta kilómetros de aquí, a bordo de un barco, o…

—Ino y vuestros soldados pueden vigilar la casa solariega —lo atajó Verin—. Si intentan llevar el Cuerno a otro lugar, podremos seguirlos, y tal vez recuperarlo más fácilmente que en el interior de los muros de Barthanes.

—Quizá sea así —acordó a regañadientes Ingtar—. El problema es que no me gusta esperar, ahora que el Cuerno está casi al alcance de mi mano. Voy a hacerme con él. ¡Debo hacerlo! ¡Debo conseguirlo!

—Pero, lord Ingtar —apuntó Hurin—, ésa no es la manera. Lo que ocurre, ocurre, y lo que ha de suceder, suc… —La furiosa mirada de Ingtar lo instó a guardar silencio, a pesar de lo cual continuó murmurando para sí—. Ésa no es la manera, hablando de «deber».

Ingtar se volvió rígidamente hacia Verin.

—Verin Sedai, los cairhieninos son muy estrictos en su protocolo. Si Rand no envía una respuesta, es posible que Barthanes se sienta tan ofendido que no nos deje entrar, aun con ese pergamino en la mano. Pero si Rand entrega una respuesta… Bueno, Fain lo conoce, y podríamos ponerlos sobre aviso para que prepararan una encerrona.

—Los sorprenderemos. —Su leve sonrisa era algo forzada—. Pero creo que Barthanes querrá ver a Rand de todas maneras. Sea o no un Amigo Siniestro, dudo que haya renunciado a tramar intrigas contra el trono. Rand, Barthanes dice que mostraste interés por uno de los proyectos del rey, pero no especifica cuál. ¿A qué se refiere?

—No lo sé —respondió lentamente Rand—. No he hecho nada en absoluto desde que llegué, aparte de esperar. Tal vez se refiera a la estatua. Pasamos por un pueblo donde estaban desenterrando una enorme estatua. De la Era de Leyenda, dijeron. El rey pretende trasladarla a Cairhien, aunque no sé cómo va a mover algo de tales dimensiones. Pero todo cuanto hice fue preguntar qué era.

—Nosotros pasamos ante ella de día y no nos detuvimos a preguntar. —Verin dejó caer la invitación en su regazo—. Quizá no sea algo sensato que Galldrain la desentierre. No es que entrañe un peligro concreto, pero nunca es prudente que quienes ignoran lo que hacen se inmiscuyan en cosas de la Era de Leyenda.

—¿Qué es? —inquirió Rand.

—Un *sa'angreal*. —Hablaba como si careciera de mayor importancia, pero Perrin

tuvo la súbita sensación de que los dos habían iniciado una conversación privada, en la que decían cosas que nadie más podía oír—. Uno de los integrantes de una pareja, los mayores que se hayan creado jamás, según la información de que disponemos. Y un par muy curioso, asimismo. Uno, todavía enterrado en Tremalking, sólo puede utilizarlo una mujer. Éste sólo puede usarlo un hombre. Fueron construidos durante la Guerra del Poder, como armas, pero si hay algo que debamos agradecer al hecho de que finalizara esa era o de que se desmembrara el mundo, es que la conclusión llegó antes de que pudieran ponerlas en acción. Las dos juntas podrían tener el poder suficiente como para desmembrar de nuevo el mundo, de manera aún más catastrófica que la vez anterior.

Perrin cerró con fuerza las manos. Evitaba mirar directamente a Rand, pero incluso de soslayo advertía la palidez en torno a la boca de su amigo. Creyó que tal vez Rand sintiera temor, y no le extrañó lo más mínimo.

Ingtar parecía consternado, y con razón.

—Eso debería volver a enterrarse, y a una profundidad mayor. ¿Qué habría ocurrido si lo hubiera encontrado Logain? O cualquier desdichado varón capaz de encauzar el Poder, por no hablar del que pretende ser el Dragón Renacido. Verin Sedai, debéis prevenir a Galldrain de las consecuencias que puede traer lo que hace.

—¿Cómo? Oh, no creo que sea preciso. Los dos deben utilizarse al unísono para encauzar suficiente Poder único para desmembrar el mundo… Así se trabajaba en la Era de Leyenda; un hombre y una mujer que actuaban juntos multiplicaban por diez su fuerza… ¿Y qué Aes Sedai ayudaría hoy en día a encauzar a un hombre? Una de esas estatuas sola es bastante poderosa, pero son pocas las mujeres con la fortaleza necesaria para sobrevivir a la potencia que fluiría en la de Tremalking. La Amyrlin, por supuesto, Moraine y Elaida. Tal vez una o dos más. Y tres que aún reciben entrenamiento. En cuanto a Logain, habría debido poner en juego toda su fuerza solamente para evitar quedar reducido a cenizas, sin capacidad para hacer nada. No, Ingtar, no me parece que debamos preocuparnos. Al menos, no hasta que el verdadero Dragón Renacido se autoproclame, y entonces ya tendremos suficientes quebraderos de cabeza. Ahora ocupémonos de lo que haremos cuando nos hallemos en el interior de la mansión de Barthanes.

Sus palabras habían estado destinadas a Rand. Perrin lo sabía y, a juzgar por el desasosiego reflejado en los ojos de Mat, éste también lo había interpretado así. Incluso Loial se revolvía inquieto en la silla.

«Oh, Luz! —pensó Perrin—. Rand, no permitas que ella te utilice.»

Las manos de Rand apretaban con tanta fuerza la mesa que tenía blancos los nudillos, pero su voz era firme. Sus ojos no se desviaron en ningún momento ante los de la Aes Sedai.

—Primero debemos recuperar el Cuerno y la daga. Y después habremos acabado,

Verin. Entonces se habrá acabado.

Observando la breve y misteriosa sonrisa de Verin, Perrin sintió un estremecimiento. No le parecía que Rand conociera la mitad de lo que creía hacer. Ni la mitad.

32



Palabras peligrosas

La mansión de Barthanes permanecía agazapada como un enorme sapo bajo el ciclo nocturno, ocupando tanto terreno como una fortaleza, con todas sus murallas y edificios adyacentes. No era, empero, una fortaleza; había altas ventanas por doquier, y de ella emanaban luces, música y risas. Sin embargo, Rand vio guardias moviéndose en lo alto de las torres y los tejados, y observó que ninguna de las ventanas se hallaba próxima al suelo. Bajó de lomos de Rojo, se alisó la chaqueta y ajustó la correa de la espada. Los demás desmontaron a su alrededor, al pie de unas amplias escalinatas de piedra blanca que conducían a las grandes puertas labradas de la residencia.

Diez shienarianos, al mando de Ino, componían una escolta. El tuerto intercambió breves señales de asentimiento antes de unirse con sus hombres a los otros miembros de escoltas, donde los aguardaban cerveza y un buey entero ensartado en un asador junto a una fogata…

La restante decena de shienarianos se había quedado atrás, junto con Perrin. Todos debían acudir allí con un objetivo, según Verin, y Perrin no debía cumplir la función específica aquella noche. Era necesaria una escolta para mostrarse digno a los ojos de los cairhieninos, pero más de diez componentes hubieran parecido sospechosos. Rand se encontraba allí porque él era el destinatario de la invitación. Ingtar había ido para aportar el prestigio de su título, mientras que Loial servía de pieza de interés, dado que los Ogier eran buscados entre las altas esferas de la nobleza cairhienina. Hurin fingía ser el ayuda de cámara de Ingtar, si bien su cometido, era captar el olor de los Amigos Siniestros y trollocs, ya que el Cuerno de Valere no se hallaría lejos de ellos. Mat, a regañadientes, hacía las veces de criado de Rand, dado que era capaz de detectar la proximidad de la daga. Si Hurin no lo conseguía, tal vez él pudiera encontrar a los Amigos Siniestros.

Cuando Rand había preguntado a Verin por qué estaba ella allí, ella se había

limitado a sonreír y a responder:

—Para sacaros de apuros a todos.

—Todavía no veo por qué motivo he de ser un criado —murmuró Mat mientras subía las escaleras al lado de Hurin, detrás de los demás—. Diantre, si Rand puede ser un señor, yo también puedo ponerme una ostentosa chaqueta.

—Un criado —apuntó Verin sin volver la mirada hacia él— puede ir a muchos lugares a los que no tiene acceso otro hombre, y muchos nobles ni siquiera repararán en él. Tú y Hurin tenéis asignada una función.

—Cállate ahora, Mat —terció Ingtar—, a no ser que quieras estropearlo todo. —Estaban acercándose a las puertas, donde había media docena de guardias con el Árbol y la Corona de la casa Damodred en el pecho, e igual número de sirvientes vestidos con libreas de color verde oscuro, en cuyas mangas lucían el mismo emblema de la casa.

—Soy lord Rand de la casa al'Thor —se presentó Rand, tras inspirar profundamente—, y éstos son mis invitados: Verin Aes Sedai del Ajah Marrón; lord Ingtar de la casa Shinowa, de Shienar; Loial, hijo de Arent hijo de Halan, del *stedding* Shangtai. —Loial había pedido que no se hiciera mención de su *stedding*, pero Verin había insistido en que necesitaban cumplir todas las formalidades posibles.

El sirviente que había tomado la invitación con una mecánica reverencia dio un ligero respingo ante cada uno de los nombres y miró con ojos desencajados a Verin.

—Bienvenidos a la casa Damodred, mis señores —dijo con voz estrangulada—. Sed bienvenida, Aes Sedai. Bienvenido, amigo Ogier. —Hizo señas a sus compañeros para que abrieran las puertas y, tras una nueva reverencia, acompañó a Rand y a sus amigos al interior, donde se apresuró a transferir la invitación a otro hombre con librea y susurrarle algo al oído.

—Aes Sedai —dijo el nuevo sirviente, que tenía una gran insignia con la Corona y el Árbol en el pecho de su chaqueta roja; apoyado en su largo bastón realizó ante cada uno de ellos una reverencia que casi le unió la cabeza a las rodillas—. Mis señores, amigo Ogier: me llamo Ashin. Tened la bondad de seguirme.

En la antesala sólo había sirvientes, pero Ashin los condujo a una gran habitación llena de nobles, en uno de cuyos extremos actuaba un juglar y en el otro saltimbanquis. La música y las voces procedentes de otra estancia indicaban que aquéllos no eran los únicos huéspedes ni los únicos entretenimientos de que disfrutaban. Los aristócratas estaban de pie en grupos de dos, tres y cuatro personas, en ocasiones mixtos, en otras hombres y mujeres por separado, dejando siempre un prudente margen de distancia entre ellos de manera que nadie pudiera escuchar lo que decían. Los presentes vestían con los oscuros colores cairhieninos, con bandas de vivos tonos que les llegaban como mínimo a la mitad del pecho y en algunos casos hasta la cintura. Las mujeres llevaban el cabello recogido sobre la cabeza en

elaboradas torres de rizos, cada una de ellas diferente, y sus oscuras faldas eran tan amplias que hubiera tenido que pasar de costado por cualquier otra puerta más estrecha que la de la mansión. Ninguno de los varones llevaba la cabeza rapada al uso de los soldados, sino sobrios sombreros de terciopelo sobre una larga melena y, al igual que las mujeres, sus manos casi desaparecían bajo los encajes que remataban sus mangas.

Ashin golpeó el suelo con su bastón y los anunció en voz alta, comenzando por Verin.

Todas las miradas se centraron en ellos. Verin llevaba su chal de flecos marrones, bordado con sarmientos; el anuncio de la llegada de una Aes Sedai levantó un murmullo entre damas y caballeros e hizo caer uno de los aros que evolucionaban en las manos del malabarista, al cual nadie prestaba ya atención. Loial recibió casi igual atención, incluso antes de que Ashin pronunciara su nombre. A pesar de los bordados de seda en el cuello y mangas, el color negro de la chaqueta de Rand casi parecía demasiado severo al lado de los cairhieninos, y su espada y la de Ingtar atrajeron numerosas miradas. Al parecer, ninguno de los señores iba armado. Rand oyó las palabras «hoja con la marca de la garza» en más de una ocasión. Algunos de los que lo observaban tenían el entrecejo fruncido, por lo que sospechó que se trataba de hombres a quienes había insultado quemando sus misivas.

Entonces se aproximó a ellos un esbelto y agraciado hombre, con largos cabellos grises y listas de diversos colores en la pechera de su chaqueta gris oscuro, que se prolongaban justo hasta encima de sus rodillas. De una estatura inferior en algunos centímetros a la de Rand, era extremadamente alto para ser cairhienino, lo cual realzaba su altivo porte, que junto con su mandíbula erguida daba la sensación de que mirara por encima del hombro a los demás. Sus ojos, que eran guijarros negros, se clavaron con cautela en Verin.

—La Gracia me honra con vuestra presencia, Aes Sedai. —La voz de Barthanes Damodred eran profunda y segura. Su mirada se posó en los otros—. No esperaba tan distinguida compañía. Lord Ingtar, amigo Ogier. —La reverencia que dedicó a cada uno de ellos apenas pasaba de una inclinación de cabeza; Barthanes conocía exactamente el alcance de su poder—. Y vos, mi joven lord Rand: suscitáis muchos comentarios en la ciudad, y en las casas. Tal vez tengamos ocasión de conversar esta noche. —Su tono indicaba que no le pesaría que tal ocasión no se produjera y que ninguno de aquellos comentarios habían despertado su interés. Sus ojos se desviaron un segundo hacia Ingtar, Loial y Verin—. Sed bienvenidos. —Dejó que lo arrastrara a otro lugar una atractiva mujer que posó sobre su brazo una mano cargada de anillos y encajes, pero su mirada se volvió a para observar a Rand mientras se alejaba.

El murmullo de la conversación volvió a arreciar una vez más, y el malabarista hizo girar de nuevo sus aros formando una estrecha elipse que casi rozaba el techo de

yeso. Los saltimbanquis no habían parado su espectáculo; una mujer, propulsada al aire por las manos de uno de sus compatriotas, mostró al girar una reluciente piel engrasada, a la luz de un centenar de lámparas, y aterrizó de pie en las manos de un hombre que permanecía erguido a hombros de otro. El primero la elevó, extendiendo los brazos, al tiempo que su compañero de abajo lo subía a él del mismo modo, y después la mujer alargó los brazos como en espera de aplausos. Ninguno de los cairhieninos pareció percatarse.

Verin e Ingtar se deslizaron entre los asistentes. El shienariano recibió algunas miradas recelosas; algunos observaban a la Aes Sedai con temor, otros con la expresión preocupada de quienes se hallan con un perro rabioso al alcance de la mano. Estos últimos eran con frecuencia varones, y entre las mujeres hubo algunas que acudieron a su encuentro para entablar conversación con ella.

Rand advirtió que Mat y Hurin ya habían desaparecido en las cocinas, donde todos los criados que habían llegado con los invitados permanecerían reunidos hasta que los llamaran. Confió en que no tuvieran dificultades para salir de allí.

—Rand —anunció Loial, inclinándose para hablarle casi al oído—, hay un Atajo cerca de aquí. Lo siento.

—¿Quieres decir que esto era una arboleda Ogier? —inquirió quedamente Rand. Loial asintió.

—El *stedding* Tsofu no había sido hallado todavía cuando levantaron la ciudad, de lo contrario los Ogier que construyeron Al’cair'rahienallen no habrían necesitado una arboleda para mantener vivo el recuerdo del *stedding*. Esto era un bosque cuando pasé la otra vez por Cairhien y pertenecía al rey.

—Probablemente Barthanes se lo arrebató mediante algún complot. —Rand recorrió con nerviosismo la estancia con la mirada. Todos charlaban aún, pero había más de una persona que los observaba a él y al Ogier. No veía a Ingtar. Verin se encontraba en el centro de un grupo de mujeres—. Ojalá pudiéramos quedarnos juntos.

—Verin lo ha desaconsejado, Rand. Dice que les causaría suspicacia y enfado que nos mantuviéramos apartados de ellos. Debemos evitar sospechas hasta que Mat y Hurin encuentren algo.

—He oído tan bien como tú lo que ha dicho, Loial. Pero continúo opinando que, si Barthanes es un Amigo Siniestro, debemos saber dónde nos encontramos. Ir por ahí cada uno por nuestra cuenta es exponerse a recibir un golpe en la cabeza.

—Verin piensa que no hará nada hasta que averigüe si podemos serle útiles. Limítate a actuar como nos ha indicado, Rand. Las Aes Sedai saben lo que se traen entre manos. —Loial caminó entre el gentío, reuniendo un círculo de señores y damas antes de haber dado diez pasos.

Otros hicieron ademán de acercarse a Rand, ahora que estaba solo, pero éste se

volvió en otra dirección y se alejó presurosamente. «Puede que las Aes Sedai sepan lo que traen entre manos, pero yo no. No me gusta esto. Luz, ojalá supiera si estaba diciendo la verdad. Las Aes Sedai nunca mienten, pero la verdad que expresa una Aes Sedai no es siempre la que uno cree.»

Continuó moviéndose para evitar hablar con los nobles. Había muchas otras salas, todas llenas de aristócratas, en las que se ofrecían distintos espectáculos: tres juglares diferentes con sus capas distintivas, más malabaristas y saltimbanquis, y músicos que tocaban flautas, vihuelas, salterios y laúdes, aparte de violines de cinco tamaños distintos, rectos, curvados o abarquillados, e instrumentos de percusión de diez clases diferentes, desde tambores a timbales. Dedicó más de una mirada a los que tocaban el cuerno, específicamente a los cuernos curvos, pero éstos eran de bronce sin lugar a dudas.

«No tendría el Cuerno de Valere aquí afuera, estúpido —se reprendió—. No a menos que Barthanes quiera llamar a los héroes fallecidos como parte del espectáculo.»

Había incluso un bardo, que lucía unas botas adornadas con plata al estilo teariano y una chaqueta amarilla, y deambulaba entre las salas tañendo el arpa y deteniéndose de vez en cuando para declamar en Cántico alto. Miraba con aire desdeñoso a los juglares y no se paraba en las habitaciones donde éstos actuaban, pero Rand apenas advirtió diferencias entre él y los demás, salvo en el vestuario.

De improviso Barthanes se encontró caminando a su lado. Un criado con librea le ofreció de inmediato su bandeja de plata con una reverencia. Barthanes tomó una copa de vidrio soplado llena de vino. Caminando de espaldas ante ellos, todavía inclinado, el sirviente tendió la bandeja a Rand hasta que éste sacudió la cabeza y luego se fundió entre la muchedumbre.

—Parecéis inquieto —comentó Barthanes, dando un sorbo.

—Me gusta caminar. —Rand se preguntó cómo podía seguir los consejos de Verin y, recordando lo que había dicho acerca de su comparecencia ante la Amyrlin, adoptó la postura de El gato cruzando el patio. No conocía una manera de caminar más arrogante que aquélla. Barthanes frunció los labios y Rand pensó que tal vez la considerara excesivamente altanera, pero él no disponía más que de los consejos de Verin para desenvolverse, de modo que continuó con igual porte—. Es una fiesta magnífica —alabó, para suavizar la situación—. Tenéis muchos amigos, y nunca había visto tantos animadores.

—Muchos amigos —acordó Barthanes—. Podéis decirle a Galldrain cuántos, y quiénes. Es probable que algunos de los nombres lo sorprendan.

—No conozco al rey, lord Barthanes, ni creo que llegue a conocerlo.

—Desde luego. Fue sólo el azar el que os trajo a ese insignificante pueblo. Vos no realizasteis ninguna comprobación de los progresos de recuperación de en estatua.

Una gran empresa.

—Sí. —Había vuelto a pensar en Verin, deseoso de que ésta le hubiera dado pistas sobre cómo hablar a un hombre que presumía que él estaba mintiendo—. Es peligroso enfrascarse en asuntos relacionados con la Era de Leyenda cuando se ignora lo que se hace.

Barthanes inspeccionó su vino, meditando como si Rand acabara dé emitir algún profundo juicio.

—¿Estáis afirmando que no apoyáis a Galldrain en esto? —preguntó al fin.

—Ya os he dicho que no conozco al rey.

—Sí, desde luego. No sabía que los andorianos fueran tan hábiles con el Gran juego. Son pocos los que vienen a Cairhien.

Rand aspiró profundamente para contenerse y no decirle con mal tono que él no estaba participando en su juego.

—Hay muchas barcazas de grano procedentes de Andor en el río.

—Mercaderes y comerciantes. ¿Quién iba a fijarse en gentes de su especie? Sería lo mismo que reparar en los escarabajos de las hojas. —La voz de Barthanes expresaba igual desdén por escarabajos que mercaderes, pero una vez más frunció el entrecejo como si Rand hubiera insinuado algo—. No hay muchos hombres que viajen en compañía de Aes Sedai. Parecéis demasiado joven para ser un Guardián. Supongo que lord Ingtar es el Guardián de Verin Sedai.

—Somos quienes hemos afirmado que éramos —aseguró Rand, que a continuación esbozó una mueca. «Salvo yo.»

Barthanes estaba escrutando la cara de Rand sin apenas disimulo.

—Joven, muy joven para llevar una espada con la marca de la garza.

—Tengo menos de un año —contestó Rand sin reflexionar, y de inmediato deseó no haberlo hecho. Aquello sonaba a sus oídos como una insensatez, pero Verin le había dicho que se comportara como lo había hecho ante la Sede Amyrlin, y ésa era la respuesta que Lan le había dado. Los hombres de las Tierras Fronterizas consideraban la fecha en que recibían su espada como el día de su bautizo.

—Curioso. Un andoriano, y sin embargo formado como un hombre de las Tierras Fronterizas. ¿O como un Guardián? —Barthanes entornó los ojos, examinando a Rand—. Tengo entendido que Morgase sólo tiene un hijo, de nombre Gawyn, me han dicho. Debéis de tener una edad cercana a la suya.

—Lo conozco —declaró prudentemente Rand.

Esos ojos, ese pelo… He oído decir que la estirpe real de Andor tiene un tono de cabello y de piel casi igual que el de los Aiel.

Rand tropezó, a pesar de la lisura del suelo de mármol.

—No soy Aiel, lord Barthanes, ni tampoco pertenezco al linaje real.

—Como vos digáis. Me habéis dado mucho que pensar. Creo que posiblemente

encontraremos un terreno común cuando conversemos de nuevo. —Barthanes inclinó la cabeza y alzó la copa a modo de saludo y luego se volvió para charlar con un hombre de pelo gris que lucía numerosas bandas de color en la chaqueta.

Rand sacudió la cabeza y siguió caminando, rehuyendo entrar en conversación con alguien. Ya había sido suficiente mal trance hablar con un señor cairhienino y no quería correr el riesgo de hacerlo con dos. Por lo visto, Barthanes hallaba misteriosos significados en los más triviales comentarios. Rand cayó en la cuenta de que por entonces ya disponía de suficientes datos sobre el *Da'es Daemar* como para reconocer que ignoraba por completo su funcionamiento. «Mat, Hurin, encontrad algo deprisa, para que podamos salir de aquí. Esta gente está loca.»

Y entonces entró en otra estancia, y el juglar que actuaba al fondo, tañendo el arpa y recitando un relato de La Gran Cacería del Cuerno, era Thom Merrilin. Rand se paró en seco. Thom no pareció verlo, a pesar de que su mirada pasó dos veces por encima de él. Al parecer, Thom había hablado en serio: una separación drástica.

Cuando se giró para marcharse, una mujer se acercó suavemente a él y le puso una mano rodeada de blonda en el pecho. Su cabeza no le llegaba al hombro, pero su alto tocado de bucles casi alcanzaba la altura de sus ojos. La elevada gorguera de su vestido de color azul oscuro, cuya parte delantera estaba cubierta de rayas bajo el pecho, le rozaba la barbilla.

—Soy Alaine Chuliandred, y vos sois el célebre Rand al'Thor. En su propia morada, supongo que Barthanes tiene derecho a hablar con vos el primero, pero todos estamos fascinados por lo que hemos oído contar de vos. Incluso me han dicho que tocáis la flauta. ¿Es posible que sea cierto?

—Toco la flauta. —«Cómo habrá…? Por Caldevwin. Luz, todo el mundo se entera de todo en Cairhien»—. Si me dispensáis…

—He oído decir que algunos aristócratas extranjeros interpretan música, pero nunca lo había creído. Me encantaría oíros tocar. Tal vez habléis conmigo, un poco de todo. Por lo visto Barthanes ha encontrado fascinante vuestra conversación. Mi marido se pasa el día tomando muestras de sus vides, y me deja bastante sola. Nunca está en casa para charlar conmigo.

—Debéis echarlo de menos —dijo Rand, tratando de hallar la manera de proseguir su camino, sorteando a la mujer y sus amplias faldas. Ésta soltó una aguda carcajada como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo.

Otra mujer se sumó a la primera, y también posó la mano en su pecho. Lucía tantas listas como Alaine, y tenía aproximadamente igual edad, como mínimo unos diez años más que él.

—¿Creéis que vais a retenerlo para vos sola, Alaine? —Las dos mujeres se sonrieron mientras arrojaban dagas con la mirada. La segunda volvió su sonrisa hacia Rand—. Soy Belevaere Osiellin. ¿Son tan altos todos los andorianos? ¿Y tan guapos?

—Ah… algunos son altos —respondió, tras aclararse la garganta—. Perdonadme, pero si sois…

—Os he visto hablar con Barthanes. Dicen que conocéis a Galldrain también. Debéis venir a verme y charlaremos. Mi marido está visitando nuestras haciendas del sur.

—Tenéis la sutileza de una moza de taberna —le musitó Alaine, que enseguida agasajó con una sonrisa a Rand—. Carece de modales. A ningún hombre podría gustarle una mujer tan ruda. Traed la flauta a mi casa y conversaremos. ¿Tal vez me enseñaréis a tocar?

—Lo que Alaine considera sutileza —observó con tono meloso Belevaere es falta de coraje. Un hombre que lleva una espada con la marca de la garza ha de tener arrojo. Es en verdad una espada con la marca de la garza, ¿no es cierto?

—Si me excusáis, voy… —Rand intentó retroceder, pero ellas lo siguieron paso a paso hasta que chocó de espaldas con la pared; sus anchas faldas componían otro muro frente a él.

Tuvo un sobresalto cuando una tercera fémina se reunió con las otras dos, agregando al muro la tela de su falda. Era mayor que las otras, pero igualmente hermosa, con una sonrisa pícara que no suavizaba la dureza de sus ojos. También tenía tantas rayas en el vestido como Alaine y Belevaere, las cuales realizaron ligeras reverencias y la miraron hoscamente.

—¿Están intentando estas arañas apresaros en sus redes? —se mofó la mujer de más edad—. La mitad de las veces ellas mismas quedan atrapadas con mayor firmeza que los demás. Venid conmigo, mi distinguido joven andoriano, y os explicaré algunos de los problemas que podrían ocasionaros. En primer lugar, yo no tengo marido del que preocuparme. Los maridos siempre provocan problemas.

Por encima de la cabeza de Alaine vio a Thom, que erguía el cuerpo tras realizar una reverencia que no recibió ningún aplauso ni ninguna clase de atención. Con una mueca, el juglar tomó una copa de la bandeja de un estupefacto criado.

—He visto a alguien con quien he de hablar —anunció Rand a las mujeres, y se deslizó del cerco que habían formado en torno a él cuando la última de ellas trataba de agarrarlo del brazo.

Las tres lo siguieron con la vista mientras se acercaba apresuradamente al juglar.

Thom, al ver que se acercaba, lo miró por encima del borde de la copa y luego tomó un largo trago.

—Thom, ya sé que queríais una separación drástica, pero tenía que librarme de esas mujeres. Sólo querían hablar de que sus maridos están ausentes, pero ya estaban insinuando otros temas. —A Thom se le atragantó el vino, y Rand le dio una palmada en la espalda—. Bebéis demasiado deprisa, y parte del líquido toma siempre el conducto equivocado. Thom, piensan que estoy intrigando con Barthanes, o quizá

con Galldrain, y me parece que no van a creerme cuando diga que no. Sólo necesitaba una excusa para alejarme de ellas.

Thom se atusó los largos bigotes y dirigió una ojeada a las tres mujeres, que todavía estaban de pie juntas, observándolos.

—Las reconozco, muchacho. Breane Taborwin sola te enseñaría cosas que todo hombre debe aprender alguna vez en la vida, si logra sobrevivir. Preocupado por sus maridos… Eso me gusta, chico. —De pronto su mirada se endureció—. Me habías dicho que ya no tenías contacto con las Aes Sedai. La mitad de las conversaciones de esta noche tienen como centro el señor andoriano que se ha presentado sin previo aviso y con una Aes Sedai a su lado. Barthanes y Galldrain… Esta vez has dejado que la Torre Blanca te meta en la olla.

—Llegó ayer, Thom. Y tan pronto como el Cuerno esté en buenas manos, me libraré de ellas. Primero quiero contribuir a que el Cuerno se halle en lugar seguro.

—Hablas como si no lo estuviera —dedujo Thom—. No lo expresaste así el otro día.

—Los Amigos Siniestros nos lo robaron, Thom. Lo han traído aquí. Barthanes es uno de ellos.

Thom pareció observar su vino, pero sus ojos se desviaron velozmente para cerciorarse de que nadie se hallaba bastante cerca para escuchar. Aparte de las tres mujeres, había más personas que los miraban de soslayo mientras fingían hablar entre ellas, pero todos los grupos mantenían la distancia entre sí. Con todo, Thom habló con voz queda.

—Una afirmación muy peligrosa si no es veraz, y aún más si es cierta. Una acusación como ésta, contra el hombre más poderoso del reino… ¿Dices que tiene el Cuerno? Supongo que vienes a solicitarme ayuda nuevamente, ahora que has vuelto a caer en las garras de la Torre Blanca.

—No. —Había llegado a la conclusión de que Thom tenía razón, aun cuando el juglar desconociera el motivo. No podía implicar a nadie más en sus conflictos—. Sólo quería alejarme de esas mujeres.

El juglar se atusó los bigotes, tomado por sorpresa.

—Bien. Sí. Eso está bien. La última vez que te ayudé, me quedó la secuela de una cojera, y al parecer has permitido que Tar Valon te ate con sus hilos. Tendrás que arreglártelas solo esta vez. —Hablaba como si tratara de convencerse a sí mismo.

—Lo haré, Thom. Lo haré. —«Tan pronto como el Cuerno esté a buen recaudo y Mat haya recobrado esa maldita daga. Mat, Hurin, ¿dónde los habéis metido?»

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, Hurin apareció en la sala, escrutando entre señores y damas. Éstos no parecieron verlo siquiera; los criados no existían a menos que uno los necesitara. Cuando localizó a Rand y Thom, se abrió camino entre los pequeños grupos de nobles y se inclinó ante Rand.

—Mi señor, me han mandado comunicaros que vuestro ayuda de cámara ha caído y se ha torcido la rodilla. No sé si es grave, mi señor.

Rand lo observó un momento antes de comprender. Consciente de que todos los ojos se centraban en él, habló con voz lo suficientemente alta para que lo oyeran los aristócratas más próximos.

—Torpe insensato. ¿De qué va a servirme si no puede andar? Supongo que será mejor que vaya a ver si está herido de consideración.

Parecía la respuesta adecuada que había de dar. Hurin reflejaba alivio en la voz cuando volvió a dedicarle una reverencia y dijo:

—Como desee mi señor. Si mi señor es tan amable de seguirme… lo conduciré hasta él.

—Representas muy bien el papel de señor —dijo en voz baja Thom—. Pero recuerda esto: los cairhieninos juegan al *Da'es Daemar*, pero fue la Torre Blanca la que inventó el Gran juego. Vigila tus pasos, muchacho. —Asestando una airada mirada a los nobles, dejó la copa vacía en la bandeja de un sirviente que pasaba y se alejó, pulsando las cuerdas del arpa. Luego comenzó a recitar La Comadre Mili y el mercader de seda.

—Llévame hasta él —ordenó Rand a Hurin, sintiéndose como un idiota. Mientras abandonaba la habitación tras el husmeador, notó cómo todas las miradas se posaban en él.

33



Un mensaje de la Oscuridad

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Rand mientras caminaba en pos de Hurin por un estrecho tramo de escaleras. Todos los criados que habían acompañado a los invitados habían sido enviados a las cocinas, las cuales se encontraban en los pisos inferiores—. ¿O realmente se ha hecho daño Mat?

—Oh, Mat está bien, lord Rand. —El husmeador frunció el entrecejo—. Al menos, parece estar bien, y refunfuña como un hombre sano. No quería molestaros, pero necesitaba una excusa para que bajarais. He encontrado el rastro con relativa facilidad. Los hombres que incendiaron la posada entraron todos en un jardín amurallado situado detrás de la mansión, y los trollocs se reunieron con ellos allí. Eso fue ayer, creo. Quizás incluso la noche anterior. —Titubeó—. Lord Rand, no han vuelto a salir. Han de estar todavía aquí adentro.

Al pie de las escaleras llegaba el sonido de las risas y cantos de la servidumbre, que aprovechaba el rato de solaz. Alguien tocaba en la vihuela una melodía que los demás acompañaban con palmas y danzas. Allí no había yeso con molduras ni preciosos tapices, sino sólo piedra desnuda y madera rústica, y los pasillos estaban iluminados con sencillas antorchas que manchaban de humo el techo.

—Me alegra que vuelvas a hablarme con naturalidad —apreció Rand—. Por la manera como me dedicabas continuas zalamerías, empezaba a pensar que eras más cairhienino que los propios habitantes de esta ciudad.

—Bueno, respecto a eso… —Las mejillas de Hurin se tiñeron de rubor. Lanzó una ojeada al fondo del corredor, hacia el lugar de donde emanaba el ruido, e hizo ademán de querer escupir—. Todos fingen ser muy educados, pero… Lord Rand, cada uno de ellos asegura ser fiel a su amo, pero todos sin excepción insinúan que están dispuestos a vender lo que saben o han escuchado. Y, cuando llevan unas cuantas copas en el cuerpo, le susurran a uno al oído cosas sobre los señores y damas a cuyo servicio se hallan, que os pondrían los pelos de punta. Sé que son cairhieninos, pero nunca había visto desfachatez semejante.

—Pronto saldremos de aquí. —Rand hizo votos por que así fuera—. ¿Dónde está ese jardín? —Hurin torció hacia un pasillo lateral que conducía a la parte trasera del edificio—. ¿Has conseguido hacer bajar ya a Lord Ingtar y a los demás?

El husmeador sacudió la cabeza.

—Lord Ingtar ha dejado que lo acorralaran seis o siete de esas que se consideran damas. No he podido acercarme bastante para hablar con él. Y Verin Sedai estaba con Barthanes. Me ha asestado tal mirada cuando me he aproximado que ni siquiera he intentado dirigirle la palabra.

Doblaron otro recodo y entonces se encontraron con Mat y Loial, el cual se encorvaba ligeramente para no golpearse con el bajo techo.

—Aquí estás. —La sonrisa del Ogier casi le partió la cara en dos—. Rand, jamás estuve más contento de separarme de alguien que de esos personajes de arriba. No paraban de preguntarme si los Ogier iban a regresar, y si Galldrain había aceptado pagar lo que debe. Al parecer el motivo de que todos los albañiles Ogier se fueran se debe a que Galldrain dejó de pagarles, salvo con promesas. Yo repetía una y otra vez que no sabía nada al respecto, pero la mitad de ellos parecía creer que mentía, y la otra, que insinuaba algo distinto.

—Saldremos pronto de aquí —le aseguró Rand—. ¿Mat, estás bien? —El rostro de su amigo tenía las mejillas más hundidas de lo que recordaba, incluso en la posada, y los pómulos más prominentes.

—Me encuentro bien —respondió Mat, malhumorado—, pero, desde luego, no me ha apenado alejarme de los otros criados. Los que no me preguntaban si me matabas de hambre, pensaban que estaba enfermo y no querían acercarse a mí.

—¿Has notado la proximidad de la daga? —inquirió Rand.

Mat sacudió la cabeza, frunciendo el entrecejo.

—Lo único que he notado es que alguien está vigilándome casi todo el tiempo. Esta gente es peor que los Fados para escabullirse. Diantre, casi he pegado un salto cuando Hurin me ha dicho que había localizado el rastro de los Amigos Siniestros. Rand, no capto su presencia en absoluto, y he recorrido este maldito edificio desde el sótano hasta el desván.

—Eso no significa que no esté aquí, Mat. La puse dentro del cofre con el Cuerno, recuérdalo. Tal vez eso te impida sentirla. No creo que Fain sepa cómo abrirlo, de lo contrario no se habría tomado la molestia de acarrear tanto peso cuando huyó de Fal Dara. Incluso esa cantidad de oro carece de importancia al lado del Cuerno de Valere. Cuando hallemos el Cuerno, encontraremos la daga. Ya lo verás.

—Con tal que no tenga que hacerme pasar por tu criado otra vez… —murmuró Mat—. Con tal que no te vuelvas loco y… Torció la boca.

—Rand no está loco, Mat —intervino Loial—. Los cairhieninos no le habrían permitido entrar si no fuera un señor. Ellos son los que están locos.

—No estoy loco —aseveró con dureza Rand—. Todavía no. Hurin, enséñame ese jardín.

—Por aquí, lord Rand.

Salieron al exterior por una puertecilla bajo cuyo dintel hubo de encorvarse Rand; Loial se vio obligado a doblar el cuerpo. Las amarillentas manchas de luz que proyectaban las ventanas de arriba les permitieron distinguir unos paseos de ladrillo que circulaban entre macizos de flores. Las sombras de los establos y otras edificaciones conformaban grandes masas oscuras a ambos lados. De vez en cuando llegaban hasta ellos fragmentos de música, procedentes de las cocinas o de las estancias donde se divertía la nobleza.

Hurin los condujo entre las avenidas hasta que incluso el tenue resplandor se disipó y entonces continuaron avanzando orientados tan sólo por la luz de luna, produciendo un quedo crujir de botas sobre el ladrillo. Los arbustos que hubieran aparecido cargados de flores a la luz del día formaban ahora extrañas jorobas en la oscuridad. Rand acercó la mano a la espada, observando inquieto en torno a sí. Podía haber apostados un centenar de trollocs en cualquier lugar. Sabía que Hurin habría notado el olor de los trollocs si estuvieran allí, pero ello apenas lo tranquilizaba. Si Barthanes era un Amigo Siniestro, entonces también habían de serlo como mínimo algunos de sus criados y guardias, y Hurin no detectaba siempre el olor de un Amigo Siniestro. Una celada de éstos en plena noche sería tan peligrosa como un ataque de trollocs.

—Allí, lord Rand —susurró Hurin, señalando con el dedo.

Enfrente había unos muros de piedra, apenas algo más elevados que la cabeza de Loial, los cuales rodeaban una plazoleta de unos cuarenta metros de lado. Rand no estaba seguro, pero le parecía que los jardines continuaban más allá de las paredes. Se preguntó para qué habría construido Barthanes un espacio cercado con paredes en medio del jardín. No se veía ningún tejado que lo cubriera. «¿Para qué iban a entrar allí y quedarse?»

Loial se inclinó para aproximar la boca al oído de Rand.

—Ya te he dicho que eso era antaño una arboleda Ogier, Rand. La entrada del Atajo está en el interior de ese muro. Lo siento.

Rand oyó cómo Mat suspiraba con desaliento.

—No podemos rendirnos, Mat —dijo.

—No estoy rindiéndome. Simplemente tengo suficiente juicio como para no querer viajar de nuevo por los Atajos.

—Tal vez debamos hacerlo —opinó Rand—. Ve a buscar a Ingtar y Verin. Consigue que estén solos, de la manera que sea, y diles que creo que Fain se ha llevado el Cuerno por la puerta de un Atajo. Asegúrate de que no lo oiga nadie más. Y no olvides cojear; se supone que te has caído. —Le extrañaba que incluso Fain

corriera el riesgo de aventurarse en los Atajos, pero le parecía la única explicación. «No iban a pasar un día y una noche sentados ahí adentro, sin siquiera un tejado para guarecerse.»

Mat realizó una profunda reverencia y adoptó un tono de voz sarcástico.

—A la orden, mi señor. Como desee, mi señor. ¿He de llevar vuestro estandarte, mi señor? —Se alejó hacia la mansión, refunfuñando—. Ahora tengo que cojear. La próxima vez me habré partido la nariz o…

—Lo que pasa es que está preocupado por la daga, Rand —trató de excusarlo Loial.

—Lo sé —contestó éste. «Pero ¿cuánto tardará en revelar a alguien quién soy, sin siquiera tener intención de hacerlo?» No podía creer que Mat fuera a traicionarlo a propósito; aún quedaba un resto de amistad entre ellos—. Loial, aúpame para que pueda asomarme por la pared.

—Rand, si los Amigos Siniestros están aún…

—No están. Súbeme, Loial.

Los tres se aproximaron al muro, y Loial compuso un estribo con las manos para que Rand apoyara el pie. El Ogier se irguió sin acusar el peso y permitió que Rand levantara la cabeza por encima de la pared.

La fina luna menguante despedía escasa luz, y la mayoría del espacio cercado se hallaba en sombras, pero no le pareció que hubiera flores ni arbustos allí. Únicamente un solitario banco de pálido mármol, colocado como para que un hombre se sentara en él a contemplar lo que se alzaba en el medio como una enorme losa de piedra clavada en posición vertical.

Rand se agarró al borde del muro y se encaramó a él. Loial musitó en voz queda una advertencia y le agarró el pie, pero él se zafó de un tirón y saltó al otro lado. Bajo sus pies había césped nivelado, por lo que pensó vagamente que Barthanes tal vez dejaba pacer las ovejas ahí adentro. Mientras observaba la losa de piedra, la puerta del Atajo, le sorprendió oír cómo unas botas chocaban contra el suelo junto a él.

Hurin se enderezó, sacudiéndose la ropa.

—Deberías ser más cauteloso, lord Rand, podría haber alguien escondido aquí. O algo. —Escrutó la oscuridad, tanteando su cinturón como si buscara la espada corta y la maza que había debido dejar en la posada, pues los criados no iban armados en Cairhien—. Métete en un agujero sin mirar y siempre habrá una serpiente en su interior.

—Los habrías olido —observó Rand.

—Tal vez. —El husmeador aspiró profundamente—. Pero sólo puedo oler lo que han hecho, no lo que van a hacer.

Se oyó un roce por encima de la altura de la cabeza de Rand y luego Loial se dejó caer. El Ogier no hubo siquiera de estirar completamente los brazos antes de que sus

botas tocaran el suelo.

—Atolondrados —murmuró—. Los humanos sois tan atolondrados y obráis con tanta precipitación… Y ahora me obligáis a hacerlo a mí. El abuelo Halan me reprendería con severidad, y mi madre… —La oscuridad le ocultaba el rostro, pero Rand estaba seguro de que agitaba vigorosamente las orejas—. Rand, si no comienzas a actuar con más prudencia, me vas a traer problemas.

Rand caminó hacia la entrada del Atajo, la cual rodeó. Incluso a tan corta distancia no parecía más que un bloque de piedra que superaba su altura. El dorso era liso y frío —sólo lo rozó ligeramente con la mano— pero la parte delantera había sido esculpida por la mano de un artista. Estaba cubierta de sarmientos, hojas y flores, tan finamente labrados que con la tenue luz de la luna casi parecían reales. Palpó el suelo frente a ella; parte de la hierba había sido arrancada por el roce, en dos arcos como los que trazarían las puertas al abrirse.

—¿Es esto la entrada de un Atajo? —preguntó con incertidumbre Hurin—. He oído hablar de ellos, claro está, pero… —Husmeó el aire—. El rastro continúa directamente hasta aquí y después se para, lord Rand. ¿Cómo vamos a seguirlos ahora? Tengo entendido que si uno entra en los Atajos, sale loco, suponiendo que salga.

—Es posible hacerlo, Hurin. Yo he viajado en ellos, y Loial, Mat y Perrin.

Rand no apartaba los ojos de la maraña de hojas de la piedra. Sabía que había una distinta de las demás, la hoja de trébol del legendario *Avendesora*, el Árbol de la Vida. Posó la mano en ella.

—Apuesto a que olerías su rastro por los Atajos. Podemos seguirlos a donde quiera que vayan. —No pasaría nada por probarse a sí mismo que era capaz de entrar en un Atajo—. Te lo demostraré.

Oyó gruñir a Hurin. La hoja estaba esculpida en la piedra al igual que las otras, pero se desprendió al tirar de ella. Loial también emitió un gruñido.

En un instante la ilusión de tener plantas vivas ante sus ojos pareció súbitamente real. Daba la impresión de que las hojas de piedra se agitaban con la brisa y que las flores tenían color incluso en la penumbra. En el centro de la masa apareció una línea, y las dos mitades de la losa oscilaron lentamente hacia Rand. Retrocedió para que se abrieran. No veía el otro lado del recinto rodeado de pared, pero tampoco percibía el opaco reflejo plateado que recordaba. El espacio entre las puertas que se abrían era tan negro que la noche parecía más clara por contraste. La extrema negrura rezumaba entre las hojas que aún oscilaban.

Rand dio un salto atrás con un grito, dejando caer en su premura la hoja de *Avendesora*.

—¡Machin Shin! —gritó Loial—. ¡El Viento Negro!

El sonido del viento martirizaba sus oídos; la hierba se inclinaba en oleadas hacia

las paredes y el polvo se arremolinaba, absorbido por el aire. Y, en el viento, un millar de voces enajenadas parecían gritar, diez mil voces superpuestas que se ahogaban entre sí. Rand retuvo algo de ellas, a pesar de sus intentos por no escucharlas.

—… la sangre tan dulce, tan dulce de beber, la sangre que mana, mana, gotea tan roja; hermosos ojos, lindos ojos, yo no tengo ojos, arrancar los ojos de tu cabeza; machacar tus huesos, partirte los huesos en el interior de la carne, chuparte la médula mientras chillas; chillidos, chillidos, adorables chillidos, agradables como un canto… —Y, lo que era peor, una palabra constantemente susurrada entre las restantes—. Al’Thor. Al’Thor. Al'Thor.

Rand halló el vacío en torno a sí y lo abrazó, sin importarle el seductor y repugnante brillo del *Saidin* cuya presencia vislumbraba. El más terrible de todos los peligros que acechaban en los Atajos era el Viento Negro que se apoderaba de las almas de quienes daba muerte y enloquecía a los que permitía seguir viviendo, pero el Machin Shin formaba parte de los Atajos y no podía salir de ellos. Aun así, fluía hacia él y gritaba su nombre.

Las puertas aún no estaban completamente abiertas. Si pudieran volver a poner la hoja de *Avendesora*… Vio a Loial apoyado en el suelo con manos y rodillas, tanteando y escudriñando el césped en la oscuridad.

El *Saidin* lo henchía. Sentía como si le vibraran los huesos, notaba el abrasador y a un tiempo gélido flujo del Poder, se encontraba tan vivo como nunca lo había estado sin él, sentía la infección de la capa de aceite… «¡No!» Y silenciosamente exhaló a modo de respuesta un grito de alerta entre el vacío: «¡Viene en tu busca! ¡Nos matará a todos!». Lo arrojó todo a la negra masa, que ya sobresalía más de un metro de la entrada. Ignoraba qué era lo que arrojó y de qué modo, pero en el corazón de la oscuridad brotó una centelleante fuente de luz.

El Viento Negro gimió, exhalando diez mil inarticulados alaridos de dolor. Lentamente, cediendo con renuencia el terreno centímetro a centímetro, la protuberancia disminuyó; la emanación cambió de rumbo poco a poco para retroceder por la puerta aún abierta del Atajo.

El Poder recorría a Rand con el ímpetu de un torrente. Sentía el vínculo que lo unía al *Saidin*, como un río en una crecida, tendiendo un puente entre él y el puro fuego que ardía en el centro del Viento Negro, cual una hervorosa catarata. El calor que lo impregnaba incrementó su ardor hasta alcanzar un grado que hubiera fundido las piedras, evaporado el acero e incendiado el aire. El frío se intensificó hasta un punto en que el aire debiera haberse congelado en sus pulmones, endurecido como un metal. Sentía cómo lo arrollaba, cómo erosionaba la vida como el maleable lecho de arcilla de un río, llevándose a su paso la esencia de sí mismo.

«¡No puedo parar! Si sale afuera… ¡Tengo que acabar con él! ¡No… puedo

parar!» Desesperadamente se aferró a los fragmentos de su conciencia. El Poder Único retumbaba en su interior y él navegaba en su corriente como un pedazo de madera en unos rápidos. El vacío comenzó a derretirse y fluir; la vacuidad humeaba con un frío entumecedor.

El movimiento de las puertas se detuvo y luego se reinició en sentido contrario.

Rand las miró, convencido, en la imprecisa hilación de pensamientos que flotaba fuera del vacío, de que sólo veía lo que deseaba ver.

Las hojas fueron acercándose, empujando al Machin Shin como si éste estuviera compuesto de sustancia sólida. El infierno todavía rugía en su pecho.

Vagamente extrañado, Rand vio cómo Loial, todavía arrodillado en el suelo, retrocedía alejándose de las puertas que se cerraban.

El resquicio se estrechó hasta desaparecer. Las hojas y sarmientos se unieron en un muro tangible de piedra.

Rand sintió cómo se cortaba el vínculo entre él y el fuego, al tiempo que cesaba el flujo del Poder. Un momento más, y lo hubiera barrido por completo. Cayó de rodillas, temblando. Todavía estaba allí adentro, el *Saidin*. Ya sin manar, pero presente, en una charca. Era una charca de Poder único. Temblaba con su vibración. Captaba el olor de la hierba, de la tierra que había bajo ella, de la piedra de las paredes. Aun en la oscuridad percibía cada brizna de hierba, separada y distinta, y todas las demás a un tiempo. Notaba la más ligera brisa en la cara. La lengua se le agarrotaba a causa del sabor de la infección y tenía calambres en el estómago.

Luchó frenéticamente por desprenderse del vacío; todavía de rodillas, inmóvil, lo arrancó de él. Y entonces no quedó más que la fetidez que ya se desvanecía en su lengua, los espasmos en el estómago, y el recuerdo. «Aún estoy vivo.»

—Nos habéis salvado, constructor. —Hurin tenía la espalda pegada a la pared, y la voz ronca—. Eso…, ¿eso era el Viento Negro? Era peor de lo que… ¿Iba a lanzar contra nosotros ese fuego? ¡Lord Rand! ¿Os ha hecho daño? ¿Os ha tocado? —Se acercó corriendo a él cuando vio que se levantaba y lo ayudó a acabar de ponerse en pie. Loial también se levantó y después se sacudió las manos y las rodillas.

—Es imposible seguir a Fain por aquí. —Rand tocó el brazo de Loial—. Gracias. Nos has salvado, en efecto. —«Al menos a mí. Estaba matándome. Me estaba matando, y me parecía… magnífico.» Tragó saliva; un leve resto de aquel Sabor infecto le revestía todavía la boca—. Quiero beber algo.

—Sólo he encontrado la hoja y la he puesto en su sitio —objetó Loial, encogiéndose de hombros—. Parecía que si no lográbamos cerrar la puerta, nos mataba. Me temo que no soy un gran héroe, Rand. Tenía tanto miedo que apenas si lograba pensar.

—Los dos lo teníamos —reconoció Rand—. Puede que seamos un par de héroes mediocres, pero eso es lo que hay. Menos mal que Ingtar está con nosotros.

—Lord Rand —propuso tímidamente Hurin—, ¿podríamos… marcharnos ahora?

El husmeador se negó a que Rand saltara la pared el primero, sin saber quién podía haber esperando al otro lado, hasta que Rand señaló que él era el único de ellos que disponía de un arma. Incluso entonces Hurin pareció permitir de mala gana que Loial aupara a Rand para que se agarrara a la parte superior.

Rand cayó de pie y permaneció inmóvil escuchando y escrutando la noche. Por un momento creyó ver algo que se movía y oír el roce de una bota en la avenida de ladrillo, pero, como nada de lo percibido se repitió, apaciguó su nerviosismo. Con todo, se creía en el derecho de sentirse nervioso. Se volvió para ayudar a bajar a Hurin.

—Lord Rand —se inquietó el husmeador tan pronto como tuvo los pies firmemente afianzados en el suelo—, ¿cómo vamos a seguirlos ahora? Por lo que conozco de esos túneles, todo el grupo podría encontrarse a medio camino de las antípodas, en cualquier dirección.

—Verin conocerá la manera. —Rand sintió súbitos deseos de reír; para encontrar el Cuerno y la daga, en el supuesto de que ello fuera aún posible, debía recurrir de nuevo a las Aes Sedai. Lo habían dejado libre y ahora tenía que retornar a ellas—. No dejaré que Mat muera sin luchar para impedirlo.

Cuando Loial se reunió con ellos regresaron a la mansión; en el umbral de la puerta encontraron a Mat, que la abrió en el preciso momento en que Rand se disponía a hacerlo.

—Verin dice que no debéis hacer nada. Si Hurin ha localizado el Cuerno, opina que eso es todo cuanto podemos hacer ahora. Dice que nos iremos tan pronto como regreséis y elaboraremos un plan. Y yo digo que es la última vez que voy de arriba abajo transmitiendo mensajes. A partir de ahora, si quieres comunicarle algo a alguien, ya puedes hacerlo personalmente. —Mat escudriñó la oscuridad que se extendía más allá de ellos—. ¿Está el Cuerno por allí? ¿En uno de los edificios exteriores? ¿Habéis visto la daga?

—No está en ningún edificio, Mat. Espero que Verin tenga alguna idea brillante respecto a lo que se ha de hacer; yo no tengo ninguna.

Parecía que Mat quería hacer más preguntas, pero dejó que lo condujeran hacia el interior por el corredor en penumbra. Incluso recordó imitar una cojera mientras subían la escalera.

Cuando Rand y sus compañeros volvieron a entrar en las estancias donde se divertían los nobles, fueron blanco de numerosas miradas. Rand se preguntó si de algún modo sabían algo de lo acaecido afuera, o si debiera haber enviado a Hurin y Mat a la antesala para que aguardaran allí, pero luego advirtió que las miradas no diferían de las que habían recibido anteriormente, curiosas y calculadoras. Los criados eran invisibles para esa gente. Nadie hizo ademán de aproximarse a ellos,

dado que iban juntos. Al parecer, la conspiración seguía ciertos protocolos en el Gran juego: todos intentarían sin duda prestar oídos a una conversación privada, pero nadie se entrometería en ella.

Verin e Ingtar se encontraban juntos y, por consecuencia, también solos. Ingtar parecía un poco aturdido. Verin dedicó una breve mirada a los otros tres y frunció el entrecejo al percibir la expresión de sus caras; después se ajustó el chal y se encaminó a la salida.

Al llegar a ella, Barthanes hizo acto de aparición como si alguien le hubiera advertido de su partida.

—¿Os vais tan pronto? Verin Sedai, ¿no puedo rogaros que os quedéis un rato más?

Verin sacudió la cabeza.

—Debemos irnos, lord Barthanes. Hacía años que no estaba en Cairhien. Me ha alegrado que enviarais la invitación al joven Rand. Ha sido… interesante.

—En ese caso, que la Gracia os acompañe hasta vuestra posada. El Gran Árbol, ¿no es así? ¿Tal vez me honraréis de nuevo con vuestra presencia? Sería un placer volver a veros, Verin Sedai, y a vos, lord Rand, y a vos, lord Ingtar, por no mencionaros a vos, Loial, hijo de Arent hijo de Halan. —La reverencia que ofreció a la Aes Sedai era algo más profunda que la dedicaba a los demás, pero aun así apenas era más que una ligera inclinación.

Verin asintió, haciéndose eco de su propuesta.

—Tal vez. La Luz os ilumine, lord Barthanes. —Se volvió hacia las puertas.

Cuando Rand se disponía a seguir a los demás, Barthanes le agarró la manga con dos dedos, reteniéndolo. Mat hizo ademán de quedarse, hasta que Hurin tiró de él para reunirse con Verin y el resto.

—Participáis en el juego a unos niveles más profundos de lo que creía —dijo en voz baja Barthanes—. Cuando he escuchado vuestro nombre, no daba crédito a mis oídos, y sin embargo habéis venido, y os ajustáis a la descripción… Me han dado un mensaje para vos. Me parece que voy a entregároslo después de todo.

Rand sintió un hormigueo en la nuca mientras Barthanes hablaba, pero las últimas palabras lo dejaron estupefacto.

—¿Un mensaje? ¿De quién? ¿De lady Selene?

—De un hombre. No suelo transmitir mensajes de esa clase de personas en condiciones normales, pero tiene ciertos… derechos sobre mí que no puedo pasar por alto. No me dijo su nombre, pero era lugardeño. ¡Aaah! Lo conocéis.

—En efecto. —«Fain ha dejado un mensaje?» Rand recorrió la gran antesala con la mirada. Mat, Verin y los demás esperaban junto a las puertas. Los sirvientes con librea permanecían rígidamente de pie a lo largo de las paredes, dispuestos a entrar en acción a una orden y a un tiempo dando la impresión de que no oían ni veían. Los

sonidos de la reunión llegaban de las estancias interiores. No parecía un lugar propicio para un ataque de Amigos Siniestros.—. ¿Cuál es el mensaje?

—Dice que os esperará en la Punta de Toman. Que tiene lo que buscáis y que, si lo queréis, debéis seguirlo. Si os negáis a hacerlo, asegura que perseguirá a vuestra estirpe, a vuestro pueblo, y a todos a los que amáis hasta que os decidáis a enfrentaros a él. Suena estrafalario, un hombre de esa clase amenazando con perseguir a un señor, y, sin embargo, había algo extraño en él. Creo que está loco; incluso negaba que fuerais un señor, algo que cualquiera puede ver perfectamente, pero existe un misterio. ¿Qué es lo que tiene con él, custodiado por trollocs? ¿Qué es lo que vos buscáis? —Barthanes parecía sorprendido por la franqueza de sus preguntas.

—La Luz os ilumine, lord Barthanes. —Rand logró realizar una reverencia, pero las piernas le temblaban cuando se reunió con Verin y los demás.

«¿Que quiere que lo siga? Y que infligirá daños al Campo de Emond, a Tam, si no lo hago.» No le cabía duda de que Fain era muy capaz de hacerlo. «Al menos Egwene está a salvo, en la Torre Blanca.» Imaginó horrorosas escenas en que hordas enteras de trollocs se abatían sobre el Campo de Emond, en que Fados de cuencas vacías acechaban a Egwene. «Pero ¿cómo puedo seguirlo? ¿Cómo?»

Poco después se hallaba de nuevo bajo el cielo nocturno, montando a Rojo. Verin, Ingtar y el resto ya estaban a caballo, cercados por la escolta de shienarianos.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Verin—. ¿Dónde lo guarda?

Hurin carraspeó ruidosamente y Loial se arrellanó, inquieto, en su alta silla. La Aes Sedai les lanzó una ojeada.

—Fain se ha llevado el Cuerno a la Punta de Toman a través de un Atajo —respondió lentamente Rand—. A estas alturas, es probable que ya esté esperándome allí.

—Hablaremos de esto más tarde —dispuso Verin, con tanta firmeza que nadie mencionó el tema durante todo el camino de regreso al Gran Árbol.

Ino los abandonó allí, tras hablar en voz baja con Ingtar, y se llevó a los soldados hacia su posada de extramuros. Hurin miró de soslayo el resuelto rostro de Verin, a la luz de la sala principal, murmuró algo sobre cerveza y se escabulló hacia una mesa ubicada en un rincón, solo. La Aes Sedai atajó con un gesto los solícitos comentarios de la posadera de que hubieran disfrutado de la velada y condujo en silencio a Rand y a los demás al comedor privado.

Perrin alzó la mirada de Los viajes de Jain el Galopador y frunció el entrecejo al observarles las caras.

—No ha ido bien, ¿verdad? —infirió, cerrando el libro encuadernado con cuero. Las lámparas y velas de cera de abeja dispuestas alrededor de la estancia proyectaban una generosa luz; la señora Tiedra cobraba cara la estancia, pero no escatimaba nada.

Verin plegó con cuidado el chal y lo colocó en el respaldo de una silla.

—Contádmelo de nuevo. ¿Los Amigos Siniestros se llevaron el Cuerno por un Atajo? ¿En la finca de Barthanes?

—El terreno donde se asienta la mansión era una arboleda Ogier —explicó Loial—. Cuando construimos… —Dejó que las palabras quedaran en suspenso y abatió las orejas ante la mirada que le asestó la mujer.

—Hurin los siguió directamente hasta la entrada. —Rand se dejó caer con fatiga en una silla. «Ahora debo ir en pos de ellos, con más motivo aún. ¿Pero cómo?»—. Yo la abrí para demostrarle que era factible seguir su rastro donde quiera que fuesen, y el Viento Negro acechaba allí. Trató de alcanzarnos, pero Loial consiguió cerrar las puertas antes de que saliera del todo. —Se ruborizó ligeramente al referir esa parte, pero era cierto que Loial había cerrado las puertas, sin lo cual el Machin Shin habría logrado salir—. El Viento Negro estaba montando guardia.

—El Viento Negro —musitó Mat, petrificado, cuando se disponía a sentarse. Perrin también miraba fijamente a Rand, al igual que lo hacían Verin e Ingtar. Mat se desplomó en la silla con gran estrépito.

—Debes de estar en un error —objetó Verin al fin—. El Machin Shin no puede utilizarse como un guardián. Nadie puede obligar a hacer algo al Viento Negro.

—Es una criatura del Oscuro —señaló, aturdido, Mat—. Ellos son Amigos Siniestros. Quizá sabían cómo se ha de solicitar su ayuda.

—Nadie sabe a ciencia cierta qué es el Machin Shin —aseguró Verin—, salvo, tal vez, que es la esencia de la locura y la crueldad. No hay modo de razonar con él, Mat, ni de proponerle tratos o conversar. Ni siquiera las Aes Sedai de nuestro tiempo tienen posibilidad de presionarlo, y tal vez tampoco estuvo ello en las manos de quienes las precedieron. ¿De veras crees que Padan Fain pudo conseguir algo que está fuera del alcance de diez Aes Sedai juntas? —Mat sacudió la cabeza.

Flotaba un ambiente de desaliento en la estancia, de pérdida de esperanzas y objetivos. La meta que perseguían se había borrado, e incluso la cara de Verin presentaba una expresión de desconcierto.

—Nunca hubiera pensado que Fain tuviera coraje para aventurarse en los Atajos. —La voz de Ingtar sonaba casi suave, pero de improviso golpeó la pared con el puño—. No me importa cómo, ni siquiera si el Machin Shin actúa cumpliendo órdenes de Fain. Se han llevado el Cuerno de Valere a los Atajos, Aes Sedai. A estas horas podrían estar en la Llaga o a mitad de camino de Tear o Tanchico, o al otro lado del Yermo de Aiel. Hemos perdido el Cuerno. Estoy perdido. —Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y hundió los hombros—. Estoy perdido.

—Fain va a llevarlo a la Punta de Toman —anunció Rand, ante lo cual volvió a convertirse en el centro de todas las miradas.

Verin lo observó minuciosamente.

—Ya has dicho eso antes. ¿Cómo lo sabes?

—Barthanes me ha transmitido un mensaje suyo —repuso Rand.

—Una trampa —opinó Ingtar con desdén—. No nos indicaría por dónde hemos de seguirlo.

—Ignoro adónde vais a ir los demás —afirmó Rand—, pero yo iré a la Punta de Toman. Debo hacerlo. Partiré con las primeras luces del alba.

—Pero, Rand —apuntó Loial—, nos llevaría varios meses llegar a la Punta de Toman. ¿Qué te hace pensar que Fain estará esperándonos allí?

—Nos esperará. —«Pero ¿durante cuánto tiempo hasta que deduzca que no voy a ir? ¿Por qué dispuso esa guardia si quería que fuera detrás de él?»—. Loial, tengo intención de cabalgar a la mayor velocidad posible y, si con ello reviento a Rojo, compraré otro caballo, o lo robaré si es preciso. ¿Estás seguro de que quieres venir?

—He estado a tu lado mucho tiempo. ¿Por qué debería dejar de hacerlo ahora? —Loial sacó la pipa y la bolsa y comenzó a llenarla de tabaco—. Me gustas, ¿sabes? Me gustarías aunque no fueras *ta'veren*. Tal vez me caes bien a pesar de ello. Por lo visto siempre acabo metido en embrollos contigo. De todas maneras, iré contigo. —Dio una calada para comprobar el tiro y luego tomó una astilla de la vasija de barro que había en la repisa y la acercó a la llama de una vela para encenderla—. No creo que puedas impedírmelo.

—Bien, yo también iré —decidió Mat—. Fain todavía tiene la daga. Pero todo ese cuento de hacer de criado se ha acabado esta noche.

Perrin suspiró, con una mirada pensativa en sus amarillentos ojos.

—Supongo que yo también os acompañaré. —Después de un momento sonrió—. Alguien ha de vigilar que Mat no se busque problemas.

—Ni siquiera una trampa astuta —murmuró Ingtar—. De alguna manera, conseguiré ver a solas a Barthanes y averiguaré la verdad. Mi propósito es recuperar el Cuerno de Valere y no perder el tiempo persiguiendo volutas de humo.

—Puede que no sea una trampa —señaló prudentemente Verin, examinando al parecer el suelo—. En las mazmorras de Fal Dara quedaron ciertos indicios, ciertos escritos que insinuaban una conexión entre lo que sucedió esa noche y… —lanzó una rápida mirada a Rand bajo las cejas inclinadas hacia abajo— … la Punta de Toman. Y yo creo que encontraremos el Cuerno allí.

—Aun cuando vayan a la Punta de Toman —objetó Ingtar—, cuando lleguemos allí, Fain o uno de los Amigos Siniestros ya habrían tenido ocasión de hacer sonar cien veces el Cuerno, y los héroes que regresen de la tumba cabalgarán en las filas de la Sombra.

—Fain pudiera haberlo hecho ya cien veces desde que salió de Fal Dara —observó Verin—. Y creo que lo haría, si supiera abrir el cofre. Lo que debe preocupamos es que encuentre a alguien que sepa cómo abrirlo. Debemos seguirlo por los Atajos.

Perrin irguió vivamente la cabeza, Mat se revolvió en la silla y Loial emitió un quedo gemido.

—Incluso si lográramos entrar, esquivando los guardias de Barthanes —opinó Rand—, encontraríamos al Machin Shin todavía allí. No podemos utilizar los Atajos.

—¿Cuántos de nosotros podrían entrar a hurtadillas en las propiedades de Barthanes? —inquirió Verin, desestimando la posibilidad—. Existen otras puertas de entradas a los Atajos. El *stedding* Tsofu no queda lejos de la ciudad. Es un *stedding* joven, redescubierto hace tan sólo unos seiscientos años, pero los mayores Ogier todavía construían Atajos por aquel entonces. El *stedding* Tsofu debe de tener una puerta. Es allí donde nos dirigiremos mañana al amanecer.

Loial lanzó una sorda exclamación, pero Rand no alcanzó a interpretar si la motivaba la referencia a los Atajos o al *stedding*.

Ingtar todavía no parecía convencido, pero Verin se mostró tan serena e implacable como un alud que se deslizara por la ladera de una montaña.

—Habréis de tener a vuestros soldados dispuestos para partir, Ingtar. Enviad a Hurin para que se lo comunique a Ino antes de que se acueste. Creo que todos deberíamos irnos a dormir sin tardanza. Esos Amigos Siniestros nos llevan ya un día de ventaja y quiero recuperar mañana el mayor tiempo posible. —La regordeta Aes Sedai hizo gala de tanta firmeza que ya estaba acompañando a Ingtar hacia la puerta antes de terminar de hablar.

Rand, que siguió a los demás, se detuvo en el umbral al lado de la Aes Sedai y observó cómo Mat se encaminaba al rellano.

—¿Por qué tiene ese aspecto? —le preguntó—. Pensaba que lo habíais curado, al menos para darle un tiempo de tregua.

Verin esperó a que Mat y los otros hubieran comenzado a subir las escaleras para responder.

—Por lo visto, no evoluciona tan bien como esperábamos. La enfermedad toma un curso interesante en él. Su fuerza permanece, y así lo hará hasta el final, creo. Pero su cuerpo se consume. Yo diría que durará unas cuantas semanas a lo sumo. Como ves, existe un motivo para actuar con rapidez.

—No necesito otro incentivo, Aes Sedai —replicó Rand, pronunciando con aspereza el título. «Mat, el Cuerno, la amenaza de Fain… ¡Luz, Egwene! Demonios, no necesito que me espoleen.»

—Y qué me dices de ti, Rand al'Thor? ¿Te encuentras bien? ¿Todavía forcejeas o te has rendido ya a la Rueda?

—Cabalgaré con vos en busca del Cuerno —le comunicó—. Aparte de eso, no hay nada entre mí y las Aes Sedai. ¿Lo entendéis? ¡Nada!

Verin no dijo nada, y él se alejó de ella, pero, cuando se volvió para subir las escaleras, todavía estaba mirándolo con ojos duros y evaluadores.

34



La Rueda teje

Las primeras luces del alba ya perlaban el cielo cuando Thom Merrilin caminaba de regreso hacia el Racimo de Uvas. Incluso en los lugares donde había mayor abundancia de salas y tabernas, había un breve espacio de tiempo en que extramuros permanecía en silencio, recobrando aliento. En su estado de ánimo actual, Thom no habría advertido siquiera si la solitaria calle hubiera sido pasto de las llamas.

Algunos de los invitados de Barthanes habían insistido en retenerlo hasta mucho después de que se hubo marchado la mayoría, más tarde incluso de que el propio anfitrión se hubo retirado a dormir. Había sido el causante de todo por haber sustituido la recitación de *La Gran Cacería del Cuerno* por el tipo de relatos y canciones que solía incluir en su repertorio en los pueblos: *Mara y los tres reyes traviesos*, *Cómo amaestró Susa a Jain el Galopador* y las historias de *Anla, el sabio consejero*. Había esperado que dichas piezas únicamente suscitarían comentarios privados acerca de su estupidez, sin imaginar que alguno de ellos fuera a prestarle oídos y mucho menos a sentirse interesado. En cierto modo les habían intrigado. Habían solicitado más relatos del mismo tipo, pero habían reído en los pasajes equivocados, con los detalles no hilarantes. También se habían reído de él, posiblemente con la creencia de que él no iba a percatarse, o de que una bolsa llena de monedas introducida en su bolsillo restañaría cualquier herida. Casi había estado a punto de tirarla un par de veces.

El pesado portamonedas que le roía el bolsillo y el orgullo no era la única razón que explicaba su malhumor, ni siquiera la actitud despreciativa de los nobles. Antes de encaminarse hacia el Racimo de Uvas había ido al Gran Árbol; no era difícil averiguar dónde se hospedaba alguien en Cairhien, si uno depositaba en una mano o dos unas piezas de plata. Todavía no estaba seguro de qué era lo que había tenido la intención de decir, pero Rand se había marchado con sus amigos y la Aes Sedai. Se había encontrado con hechos consumados. «El chico se las arreglará solo ahora. ¡Caramba, yo no tengo nada que ver con todos ellos!»

Atravesó el comedor, vacío como estaba en pocas ocasiones, y subió los

escalones de dos en dos. Al menos, eso fue lo que intentó; la pierna derecha no se le doblaba bien y a punto estuvo de caer. Murmurando para sí, continuó la ascensión a un ritmo más lento, y abrió sin hacer ruido la puerta de su habitación para no despertar a Dena.

No pudo evitar una sonrisa al verla tendida en la cama con la cara vuelta hacia la pared, con el vestido puesto todavía. «Se ha quedado dormida esperándome. Chica insensata.» Aquélla era, sin embargo, una reflexión cariñosa; no estaba seguro de que hubiera algo de lo que ella hiciera que él no fuera capaz de perdonar o excusar. Decidiendo sin pensarlo que aquella noche sería la primera en que le permitiría actuar, dejó el estuche del arpa en el suelo y le tocó el hombro para despertarla y comunicárselo.

La muchacha giró flojamente hacia él y lo miró con vidriosos ojos muy abiertos por encima del corte que le atravesaba la garganta. El lado de la cama que había ocultado su cuerpo estaba oscuro y empapado.

El estómago de Thom dio un vuelco. Si no hubiera tenido la garganta atenazada hasta el punto de no poder respirar, habría vomitado o gritado.

Sólo dispuso del crujido de las puertas del armario para alertarlo. Se volvió y los cuchillos salieron de sus mangas y brotaron de sus manos con un único movimiento. La primera arma se clavó en el cuello de un gordo sujeto calvo que empuñaba una daga, el cual retrocedió tambaleándose, chorreando sangre entre los dedos que rodeaban su garganta, mientras trataba inútilmente de gritar.

Girando sobre la pierna rígida, Thom lanzó el otro cuchillo, el cual quedó prendido en el hombro derecho de un musculoso hombre con cicatrices en la cara, que salía del otro armario. El fornido individuo dejó caer el puñal de su mano, súbitamente inutilizada, y se precipitó hacia la puerta.

Antes de que consiguiera dar dos pasos, Thom sacó un nuevo cuchillo y se lo ensartó en la pierna. El desconocido dio un alarido y tropezó. Entonces Thom agarró una mata de grasientos cabellos y le golpeó la cara contra la pared contigua a la puerta; el hombre volvió a gritar cuando la hoja del cuchillo que sobresalía en su hombro chocó con la puerta.

Thom situó el arma que tenía en la mano a dos centímetros del oscuro ojo de su contrincante. Las cicatrices del rostro le conferían el aspecto de alguien violento, pero contempló la punta sin pestañear y no movió ni un músculo. El gordo intruso, que yacía con medio cuerpo en el armario, dio un último estertor y quedó inmóvil.

—Antes de matarte —dijo Thom—, explícame… ¿por qué? —Su voz sonaba tranquila, helada; él sentía gelidez en su interior.

—El Gran juego —respondió el hombre sin dilación. Tenía el acento de la gente de las calles y su ropa era de idéntica procedencia, pero era un poco demasiado fina, excesivamente nueva, como si dispusiera de más monedas para gastar que la mayoría

de los habitantes de extramuros—. No es nada personal contra vos, ¿veis? Es simplemente el juego.

—¿El Juego? ¡Yo no tengo nada que ver con el *Da'es Daemar*! ¿Quién iba a querer asesinarme por algo relacionado con el Gran juego? —El hombre titubeó y Thom le acercó más la hoja. Si el individuo parpadeaba, las pestañas rozarían la punta—. ¿Quién?

—Barthanes —fue su ronca respuesta—, lord Barthanes. No os habríamos matado. Barthanes quiere información. Sólo queríamos averiguar lo que sabéis. Podéis obtener una buena suma por ello. Una buena corona de oro por lo que sabéis, tal vez dos.

—¡Embustero! Estuve en la casa de Barthanes anoche, tan cerca de él como lo estoy de ti. Si quería algo de mí, no me hubiera dejado salir vivo.

—Como os lo digo, hace días que estamos buscándoos, a vos o a cualquiera que tenga datos sobre ese lord andoriano. No había escuchado vuestro nombre hasta anoche, abajo. Lord Barthanes es generoso. Podrían ser cinco coronas.

El hombre trató de apartar la cabeza del cuchillo que empuñaba Thom y éste lo presionó con más fuerza contra la pared.

—Qué lord andoriano? —No obstante, presentía cuál sería la contestación.

—Rand, de la casa al'Thor. Alto, joven, un maestro espadachín, o al menos lleva la espada propia de tal. Sé que vino a veros, él junto con un Ogier, y hablasteis. Decidme lo que sabéis. Puede que incluso os dé una corona o dos de mi parte.

—Estúpido —musitó Thom. «¿Dena ha muerto por esto? Oh, Luz, está muerta.» Sentía ganas de llorar—. El muchacho es un pastor. —«Un pastor con una lujosa chaqueta, que atrae a las Aes Sedai como la miel a las moscas»—. Sólo un pastor. —Apretó el puño en el cabello del hombre.

—¡Esperad! ¡Esperad! Podéis conseguir más de cinco coronas, diez incluso. Cien probablemente. Todas las casas quieren información sobre ese Rand al'Thor. Dos o tres han solicitado ya mis servicios. Con los datos que poseéis y los conocimientos de que yo dispongo, ambos podríamos llenarnos los bolsillos. Y hay una mujer, una dama, a la que he visto preguntar por él en más de una ocasión. Si logramos averiguar quién es… Bueno, también podríamos vender eso.

—Habéis cometido un grave error en todo esto —señaló Thom.

—¿Un error? —La mano del individuo comenzó a deslizarse hacia el cinto, donde sin duda tenía una daga. Thom hizo como si no lo hubiera advertido.

—No debisteis tocar a la chica.

La mano del hombre se abalanzó hacia el cinturón y enseguida se retrajo convulsivamente cuando Thom le ensartó el cuchillo.

Thom, lo dejó caer y permaneció de pie un momento antes de agacharse para recuperar las armas. La puerta se abrió de golpe y él se volvió con un rictus en la

cara.

Zera retrocedió de un salto, con la mano en la garganta, mirándolo con ojos fijos.

—Esa necia de Ella me acaba de decir —explicó con desasosiego— que dos de los hombres de Barthanes estuvieron preguntado anoche por ti, y con lo que he oído esta mañana… Creí que me habías asegurado que ya no participabas en el Juego.

—Me han encontrado —anunció con fatiga.

Los ojos de la mujer se apartaron de su cara y se abrieron desmesuradamente al posarse en los cadáveres de los dos matones. Se precipitó dentro de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Esto es grave, Thom. Tendrás que abandonar Cairhien. —Su mirada topó con la cama, y retuvo el aliento—. ¡Oh, no! Oh, Thom, lo siento tanto…

—Todavía no puedo irme, Zera. —Vaciló y luego tendió con ternura una manta encima de Dena, cubriéndole la cara—. Primero he de matar a un hombre.

La posadera se estremeció y apartó los ojos de la cama. Cuando habló, tenía la voz velada.

—Si te refieres a Barthanes, llegas tarde. Todos hablan de ello. Está muerto. Sus criados lo han encontrado muerto esta mañana, despedazado en su dormitorio. Únicamente lo han reconocido porque tenía la cabeza clavada en una estaca sobre la chimenea. —Apoyó una mano en su brazo—. Thom, no puedes ocultar que estuviste allí anoche, no a quien quiera saberlo. Si a eso agregamos estos dos sujetos muertos aquí, nadie creerá en Cairhien que no estabas implicado en su asesinato. —Había una leve nota interrogativa en sus últimas palabras, como si ella también abrigara sospechas al respecto.

—No importa, supongo —contestó con lentitud. No podía apartar los ojos de la forma cubierta con la manta en la cama—. Quizá regrese a Andor, a Caemlyn.

—Hombres —suspiró la mujer, agarrándolo por los hombros para obligarlo a volverse—, siempre pensando con los músculos o con el corazón y nunca con la cabeza. Caemlyn es tan peligroso como Cairhien para ti. En ambas ciudades, acabarás muerto o encarcelado. ¿Crees que es eso lo que ella hubiera querido? Si quieres honrar su memoria, cuida tu vida.

—¿Te ocuparás de…? —No podía decirlo. «Te estás haciendo viejo», pensó, «Estás volviéndote pusilánime.» Extrajo la pesada bolsa del bolsillo y cerró las manos de Zera en tomo a ella—. Esto te permitirá hacerte cargo de… todo. Y te servirá de ayuda cuando empiecen a hacer preguntas sobre mí.

—Me encargaré de todo —prometió con voz dulce la posadera—. Debes irte, Thom. Ahora mismo.

Él asintió de mala gana y se dispuso a introducir algunos objetos en un par de alforjas. Zera se acercó al armario, observó al gordo que yacía en el suelo y emitió una exclamación. Thom volvió la mirada, extrañado, pues desde que la conocía nunca

se había comportado como alguien capaz de desmayarse al ver sangre.

—Éstos no son hombres de Barthanes, Thom. Al menos, éste no lo es. —Señaló con la cabeza al rollizo sujeto—. Es un secreto a voces en todo Cairhien que trabaja para la casa Riatin. Para Galldrain.

—Galldrain —repitió el juglar con rostro inexpresivo. «¿En qué lío me ha metido ese condenado pastor? ¿En qué embrollo nos han metido las Aes Sedai a los dos? Pero fueron los secuaces de Galldrain los que la mataron.»

Algo de sus pensamientos debió de traslucirse en su expresión, a juzgar por cómo le habló Zera:

—¡Dena quiere que sigas vivo, insensato! ¡Trata de matar al rey, y estarás muerto antes de haberte aproximado un centenar de metros a él, si es que llegas tan cerca!

De las murallas de la ciudad llegó un estrepitoso fragor, como si la mitad de Cairhien estuviera gritando. Thom se asomó, ceñudo, a la ventana. Más allá de los grisáceos muros, por encima de los tejados de extramuros, se elevaba una gruesa columna de humo. Junto al primer pilar negro, unas cuantas espirales iban conformando rápidamente otra columna similar, y un poco más allá se alzaban nuevas volutas. Calculó la distancia e hizo acopio de aire.

—Quizá tú también deberías pensar en marcharte. Da la impresión de que alguien estuviera incendiando los graneros.

—Ya he presenciado otras revueltas anteriormente. Ahora vete, Thom.

Después de dedicar una nueva mirada al cuerpo cubierto de Dena, el juglar recogió sus cosas pero, cuando se disponía a salir, Zera tomó de nuevo la palabra.

—Tienes una mirada peligrosa, Thom Merrilin. Imagina a Dena sentada allí, sana y salva. Piensa en lo que diría. ¿Permitiría que te fueses y perdieras inútilmente la vida?

—Sólo soy un viejo juglar —contestó desde el umbral. «Y Rand al'Thor es sólo un pastor, pero ambos debemos cumplir con nuestra obligación»—. ¿Para quién iba a representar yo un peligro?

Mientras cerraba la puerta, ocultándola, ocultando a Dena, esbozó una triste mueca amenazadora. Le dolía la pierna, pero apenas notó el dolor mientras bajaba precipitadamente la escalera y salía con paso resuelto a la calle.

Padan Fain refrenó el caballo sobre una colina que dominaba Falme, en uno de los escasos bosquecillos que aún quedaban en las afueras de la ciudad. La montura que transportaba su preciada carga tropezó con algo y él le propinó un puntapié en las costillas sin mirarla; el animal resopló y retrocedió hasta tensar la cuerda que él había atado a su silla. La mujer no había querido desprenderse de su caballo, al igual que los Amigos Siniestros que lo habían seguido no querían quedarse solos en las colinas con los trollocs, sin la presencia protectora de Fain. Éste había resuelto ambos

problemas sin mayores dificultades. La comida destinada a un puchero de trolloc no necesitaba un caballo. A los compañeros de la mujer, trastornados por el viaje en los Atajos, que había concluido en la puerta de un *stedding* abandonado en la Punta de Toman, les había bastado presenciar cómo los trollocs preparaban la cena para volverse mansos como corderos.

Desde el lindero de la arboleda, Fain examinó la ciudad sin murallas y sonrió con desdén. Una exigua caravana de mercaderes entraba en ella, tras dejar atrás los establos y patios de carromatos que la bordeaban, mientras otra la abandonaba traqueteando sin apenas levantar polvo en la tierra apisonada a lo largo de incontables años de haber soportado un tráfico semejante. Los carreteros y los pocos jinetes que circulaban a su lado eran gentes del país a juzgar por su atuendo, pero los que iban a caballo llevaban espadas en tahalíes e incluso algunas lanzas y arcos. Los pocos soldados que había por los alrededores no parecían reparar en los hombres armados que supuestamente habían reducido a vasallaje.

Había aprendido algo acerca de ese pueblo, los seanchan, durante el día y la noche que había pasado en la Punta de Toman. Al menos, sabía ahora tanto como las gentes por ellos derrotadas. No era difícil encontrar a alguien solo, y siempre respondía a las preguntas formuladas correctamente. Los hombres se afanaban en reunir información acerca de los invasores, como si realmente creyeran que iban a poder aplicarla en algo algún día, pero en ocasiones se negaban a revelarla. Las mujeres parecían unánimemente interesadas en proseguir con su ritmo habitual de vida fueran quienes fuesen sus dirigentes, pese a lo cual captaban detalles que escapaban a la percepción de los varones, y hablaban más deprisa una vez que dejaban de gritar. Los niños eran los más rápidos, pero raras veces revelaban algo de interés.

Había descartado tres cuartas partes de lo escuchado, tachándolo de insensateces y fabulaciones basadas en rumores, pero ahora volvió a reconsiderar algunas de las conclusiones a que había llegado. Por lo visto, todo el mundo podía entrar en Falme. Con un sobresalto, comprobó la veracidad de algunas de las «fabulaciones» cuando una veintena de soldados salieron de la ciudad. No distinguía con claridad sus monturas, pero éstas no eran caballos, sin duda. Corrían con una gracia inestable y su oscuro pellejo parecía relucir con el sol matinal, como si fuera escamoso. Alargó el cuello para observar cómo desaparecían tierra adentro y luego espoleó el caballo en dirección a la población.

Los lugareños que trabajaban en los establos y cocheras apenas si se fijaron en él. Él tampoco tenía ningún interés en ellos; se adentró en la ciudad, hollando las calles adoquinadas que descendían hasta los muelles. Desde allí tenía una vista panorámica del puerto y de los grandes barcos de estrafalarias formas de los seanchan anclados en él. Nadie lo importunó mientras recorría las calles. La gente corría a atender sus

tareas con la mirada fija en el suelo, pero los seanchan no les prestaban la menor atención. Todo parecía apacible, a pesar de los seanchan vestidos con armaduras que patrullaban las calles y los navíos del puerto, pero Fain percibía la tensión subyacente. Él siempre salía beneficiado de las situaciones que causaban nerviosismo y temor en los hombres.

Al llegar a una gran casa en la que montaban guardia una docena de soldados, se detuvo y desmontó. Exceptuando al que sin duda era el oficial, todos llevaban armaduras completamente negras con yelmos que semejaban cabezas de langostas. Dos bestias de grueso cuero, tres ojos y picos ganchudos a modo de boca flanqueaban la puerta principal, agachadas cual ranas apoyadas sobre las cuatro extremidades; los dos soldados que se encontraban al lado de cada una de las criaturas tenían tres ojos pintados en el peto. Fain observó el estandarte de bordes azules que ondeaba encima del tejado, el halcón de alas extendidas que agarraba un manojo de rayos, y rió entre dientes.

En la casa de enfrente entraban y salían mujeres atadas con correas de plata, a las que apenas prestó atención. Ya sabía de la existencia de las *damane* gracias a los lugareños. Tal vez le sirvieran de algo más adelante, pero no por el momento.

Los soldados tenían la mirada puesta en él, en especial el oficial, cuya armadura era dorada, roja y verde. Fain adoptó una forzada sonrisa zalamera y efectuó una profunda reverencia.

—Mis señores, tengo algo aquí que interesará a vuestro Augusto Señor. Os aseguro que querrá verlo y que accederá a entrevistarse conmigo en persona. —Señaló la forma cuadrada cargada a lomos del animal atado, todavía envuelta en la gran manta rayada tal como la habían encontrado sus hombres. El oficial lo miró de arriba abajo.

—No tenéis acento del país. ¿Habéis prestado los juramentos?

—Obedezco, espero y sirvo —repuso Fain con mansedumbre.

Todas las personas que había interrogado hablaban de los juramentos, aun cuando ninguna de ellas hubiera comprendido su significado. Si esa gente quería juramentos, él estaba dispuesto a realizar cuantas promesas le exigieran. Hacía tiempo que había perdido la cuenta de los compromisos que había adquirido de palabra.

El oficial hizo señas a dos de sus subalternos para que examinaran lo que había bajo la manta. Los gruñidos de sorpresa ocasionados por el peso al descargar el cofre se trocaron en exclamaciones cuando levantaron el rayado tejido que lo cubría. El oficial contempló con rostro imperturbable el arcón de oro adornado con plata depositado sobre los adoquines y luego observó a Fain.

—Un regalo digno de la propia emperatriz. Venid conmigo.

Uno de los soldados registró rudamente a Fain, pero éste soportó el proceso en silencio, reparando en que el oficial y los dos soldados que tomaron el cofre

entregaron espadas y dagas antes de entrar en el edificio. El más insignificante dato que averiguara sobre esa gente podría serie útil, aun cuando previera de antemano el buen resultado de su plan. El detalle de que en aquel lugar los aristócratas recelaran de un intento de asesinato por parte de sus propios seguidores no hacía más que reforzar la inalterable confianza que mantenía en sí mismo.

Cuando trasponían el umbral, el oficial lo miró ceñudo, y por un momento Fain se preguntó el motivo. «Claro está. Las bestias.» Fueran lo que fuesen, no eran peores que los trollocs, ni comparables de lejos a un Myrddraal, y él casi ni las había mirado. Ahora era demasiado tarde para simular temor. El seanchan, no obstante, no dijo nada y continuó conduciéndolo al interior de la casa.

Y de ese modo se halló Fain de bruces en una estancia que tenía por todo mobiliario unos biombos plegables que tapaban las paredes, mientras el oficial exponía al Augusto Señor Turak su oferta. La servidumbre trajo una mesa sobre la que depositar el cofre para que el Augusto Señor no hubiera de encorvarse; todo cuanto percibió Fain de ellos fue sus escarpines que se movían con diligencia. Esperó pacientemente el momento oportuno. Ya llegaría el tiempo en que no habría de inclinarse ante nadie.

Entonces los soldados recibieron la orden de retirarse y él el permiso para levantarse. Se irguió lentamente, mientras observaba al Augusto Señor, con la cabeza rapada, unas largas uñas y una túnica de seda azul adornada con brocados de flores, y al hombre que permanecía de pie junto a él, el cual llevaba recogida en una larga trenza rubia la mitad del pelo y el resto del cuero cabelludo afeitado. Fain tuvo la certeza de que el individuo vestido de verde no era más que un sirviente, aunque de alto rango, pero los criados podían ser útiles, sobre todo si se mantenían erguidos en presencia de su amo.

—Un maravilloso presente. —Turak apartó la mirada del arcón para posarla sobre Fain. Un aroma a rosas emanaba del Augusto Señor—. No obstante hay una pregunta obvia: ¿cómo ha llegado a manos de un hombre como vos un cofre cuyo precio no podrían costear muchos aristócratas? ¿Sois un ladrón?

Fain dio un tirón a su gastada y no excesivamente limpia chaqueta.

—En ocasiones es preciso que un hombre muestre una condición más humilde de la que le corresponde, Augusto Señor. Mi actual apariencia andrajosa me ha permitido traeros esto sin sufrir molestia alguna. Este cofre es antiguo, Augusto Señor, tan antiguo como la propia Era de Leyenda, y en su interior alberga un tesoro como pocos ojos humanos han tenido ocasión de ver. Pronto, muy Pronto, Augusto Señor, me hallaré en condiciones de abrirlo y de entregaros algo que os permitirá conquistar estas tierras hasta los confines que deseéis, hasta la Columna Vertebral del Mundo, el Yermo de Aiel o los parajes que se extienden más allá. Nada podrá haceros frente, Augusto Señor, una vez que… —Paró de hablar cuando Turak comenzó a

recorrer con sus dedos de afiladas uñas la superficie del arcón.

—He visto cofres parecidos a éste, objetos de la Era de Leyenda —comentó el Augusto Señor—, aunque ninguno tan valioso. Sólo pueden abrirlo quienes conocen su diseño, pero yo… ¡ah! —Se oyó un chasquido cuando apretó entre las espirales repujadas, y Turak levantó la tapa. Su rostro reveló una leve decepción.

Fain se mordió la cara interior de las mejillas hasta hacerse sangre para contener un gruñido. El hecho de que no fuera él el que abriera el arcón lo colocaba en una posición menos ventajosa para llegar a un trato. Aun así, el resto podía desarrollarse según lo había planeado con tal que no perdiera la paciencia. El problema era que se había mostrado paciente durante mucho tiempo.

—¿Estos son tesoros de la Era de Leyenda? —se extrañó Turak, levantando el Cuerno en una mano y la curvada daga con el rubí engastado en la empuñadura de oro en la otra. Fain apretó los puños en los costados para no arrebatarle la daga de la mano—. La Era de Leyenda —repitió quedamente Turak, recorriendo la inscripción de plata imbricada en la boca dorada del Cuerno con la punta de la hoja de la daga. Enarcó las cejas con estupefacción en la primera muestra realmente expresiva que Fain veía en el rostro, para recobrar casi al instante su expresión imperturbable—. ¿Tenéis idea de lo que es esto?

—El Cuerno de Valere, Augusto Señor —respondió Fain con humildad, advirtiendo con placer cómo, al oírlo, el hombre de la trenza abría la boca. Turak se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

El Augusto Señor se volvió y se alejó. Fain pestañeó y abrió la boca y luego, ante una brusca señal del individuo de rubios cabellos, lo siguió sin decir nada.

Penetraron en otra estancia de la que habían retirado todo el mobiliario original, el cual habían sustituido por biombos plegables y una única silla encarada a un alto armario redondeado. Todavía con el Cuerno y la daga en las manos, Turak miró el mueble y después desvió la mirada. Si bien no pronunció palabra alguna, el otro seanchan gritó unas órdenes conminatorias y al cabo de un momento, por una puerta situada detrás de los biombos, aparecieron unos hombres vestidos con toscas túnicas de lana transportando otra mesa pequeña. Tras ellos llegó una joven de cabello tan claro que casi parecía blanco, con los brazos cargados de pequeños pedestales de madera pulida de diferentes tamaños y formas. Llevaba un vestido de seda blanca tan traslúcida que Fain podía ver perfectamente su cuerpo a través de ella, pero él sólo tenía ojos para la daga. El Cuerno era un medio para lograr un objetivo, pero la daga formaba parte de sí.

Turak tocó brevemente uno de los pies de madera que sostenía la muchacha y ésta lo colocó en el centro de la mesa. Los criados, que lucían melenas largas hasta los hombros, encararon la silla frente a ella, siguiendo las órdenes del individuo de la trenza, y luego se retiraron ofreciendo reverencias con las que casi pegaban la cabeza

a las rodillas.

Tras apoyar verticalmente el cuerno en el pedestal, Turak dejó la daga sobre la mesa delante de él y se dispuso a tomar asiento en la silla.

Fain no pudo resistir más y alargó la mano hacia la daga.

El hombre de pelo dorado le agarró con violencia la muñeca.

—¡Perro de cabeza peluda! Has de saber que la mano que toque sin permiso las pertenencias del Augusto Señor será amputada.

—Es mía —gruñó Fain. «¡Paciencia! Tanto tiempo…»

Turak, repantigado en la silla, alzó un dedo con la uña lacada de azul, y el sirviente apartó a Fain para que el Augusto Señor pudiera contemplar directamente el Cuerno.

—¿Vuestra? —inquirió Turak—. ¿En el interior de un cofre que no sabíais abrir? Si despertáis suficiente interés en mí, tal vez os daré el arma. Aun cuando sea de la Era de Leyenda, no me llaman la atención los objetos como éste. Primero, me vais a contestar una pregunta. ¿Por qué me habéis traído el Cuerno de Valere?

Fain observó anhelante la daga durante un momento y después, zafándose de la mano que le atenazaba la muñeca, efectuó una reverencia.

—Para que podáis hacerlo sonar, Augusto Señor. Entonces podréis conquistar todas estas tierras, si lo deseáis. La totalidad del mundo. Podéis arrasar la Torre Blanca y aplastar a las Aes Sedai, puesto que incluso sus poderes no bastan para detener a los héroes que regresan de la tumba.

—Para que yo pueda hacerlo sonar. —La voz de Turak era imperturbable—. Y arrase la Torre Blanca. Habréis de explicarme de nuevo por qué. Abrigáis la pretensión de obedecer, esperar y servir, pero ésta es una tierra de gentes que faltan a sus promesas. ¿Por qué me entregáis vuestro suelo patrio a mí? ¿Acaso sostenéis alguna querella personal con esas… mujeres?

Fain trató de adoptar un tono convincente. «Paciente, como un gusano perforando túneles. »

—Augusto Señor, mi familia ha venido manteniendo una tradición a lo largo de generaciones. Estuvimos al servicio del Augusto Rey, Artur Paendrag Tanreall, y, cuando éste fue asesinado por las brujas de Tar Valon, no faltamos a nuestros juramentos. Mientras los otros guerreaban y dividían lo que Artur Hawkwing había unido, nosotros seguimos fieles a nuestro vasallaje y sufrimos por ello, pero nos mantuvimos firmes. Ésta es la tradición de nuestra casa, Augusto Señor, transmitida de padres a hijos y de madres a hijas, durante todos los años transcurridos desde el asesinato del Augusto Rey: que aguardemos el retorno de los ejércitos enviados por Artur Hawkwing allende el Océano Aricio, que esperemos el regreso de la estirpe de Artur Hawkwing para destruir la Torre Blanca y recuperar las posesiones del Augusto Rey. Y cuando el linaje de Hawkwing regrese, serviremos y actuaremos de consejero

al igual que lo hicimos con el Augusto Rey. Augusto Señor, salvo en el detalle del reborde azul, el estandarte que ondea sobre el tejado de esta casa es igual que el de Luthair, el hijo de Artur Paendrag Tanteall que se hizo a la mar con sus ejércitos. —Fain se postró de rodillas, simulando ser presa de la emoción—. Augusto Señor, sólo deseo servir y aconsejar a los descendientes del Augusto Rey.

Turak guardó silencio durante tanto rato que Fain comenzó a preguntarse si habría de hacer uso de nuevos argumentos para convencerlo; tenía preparados otros, tantos como fueran necesarios. Al fin el Augusto Señor tomó la palabra.

—Según parece conocéis más detalles de los que nadie, ya sea entre los nobles o los plebeyos, nos ha revelado desde que avistamos estas tierras. Las gentes de aquí lo mencionan como un vago rumor, pero vos lo sabéis a ciencia cierta. Lo veo en vuestros ojos, lo percibo en vuestra voz. Casi me había inclinado a pensar que os habían enviado aquí para tenderme una trampa. Pero ¿quién que se halle en posesión del Cuerno de Valere le daría este uso? Ninguno de los miembros de la Sangre que llegó con los Hailene podría poseer el Cuerno, ya que la leyenda afirma que estaba oculto en esta parte del mundo y sin duda cualquier noble de esta tierra lo utilizaría contra mí en lugar de ponerlo en mi poder. ¿Cómo llegó a vuestras manos el Cuerno de Valere? ¿Pretendéis ser un héroe de leyenda? ¿Habéis llevado a cabo valerosas hazañas?

—No soy un héroe, Augusto Señor. —Fain aventuró una tímida sonrisa, Pero la expresión de Turak permaneció inalterable—. El Cuerno fue hallado por un antepasado mío durante los disturbios posteriores a la muerte del Augusto Rey. Él sabía cómo abrir el cofre, pero se llevó el secreto a la tumba cuando murió participando en la Guerra de los Cien Años, que acabó con el imperio de Artur Hawkwing. Todos sus descendientes hemos sabido que el Cuerno se encontraba en su interior y que debíamos protegerlo hasta el regreso del linaje del Augusto Rey.

—Casi estoy por creeros.

—Creedme, Augusto Señor. Cuando hagáis sonar el Cuerno…

—No echéis a perder el crédito que habéis obtenido con vuestras palabras. Yo no tocaré el Cuerno de Valere. Cuando regrese a Seanchan, lo presentaré a la emperatriz como el más valioso de mis trofeos. Tal vez sea la emperatriz quien lo haga sonar.

—Pero, Augusto Señor —protestó Fain—, debéis… —Se encontró de pronto tendido de costado, con la cabeza dolorida. Únicamente comprendió lo ocurrido cuando, al recobrar la claridad de la visión, vio al hombre de la trenza rubia frotándose los nudillos.

—Ciertas palabras —advirtió en voz baja el hombre— no se pronuncian nunca ante el Augusto Señor.

Fain decidió la manera como moriría aquel individuo.

Turak miró alternativamente a Fain y el Cuerno tan plácidamente como si no

hubiera visto nada.

—Tal vez os entregaré a la emperatriz junto con el Cuerno de Valere. Puede que encuentre divertido a un hombre que afirma que su familia mantuvo la fidelidad mientras el resto faltaba a sus juramentos y los relegaba al olvido.

Fain ocultó su súbito regocijo poniéndose en pie. Ni siquiera conocía la existencia de una emperatriz hasta que Turak había hecho mención de ella, pero el acceso a la proximidad de un nuevo gobernante… le abría nuevas posibilidades, nuevos planes. Una soberana respaldada por todos los seanchan y con el Cuerno de Valere en sus manos… Era preferible contar con ella que hacer de ese Turak un Augusto Rey. Podía esperar a poner en acción algunas partes de su plan. «Con cautela. No debes traslucir la vehemencia de tu deseo. Después de tanto tiempo, no te vendrá mal un poco de paciencia.»

—Como el Augusto Señor desee —accedió, tratando de dar la imagen de un hombre que sólo quería obedecer.

—Parecéis casi ansioso —observó Turak. Fain a duras penas evitó esbozar una mueca—. Os diré por qué no voy a tocar el Cuerno de Valere ni a quedarme con él siquiera, y tal vez ello cure vuestra ansiedad. No deseo que un presente mío ofenda con sus acciones a la emperatriz; si vuestra ansiedad es incurable, jamás quedará satisfecha, puesto que no abandonaréis esta orilla. ¿Sabéis que quienquiera que haga sonar el Cuerno quedará vinculado a él? ¿Qué mientras dicha persona viva, no será más que un simple cuerno para los restantes? —No parecía que esperara respuestas o, en todo caso, no hizo una pausa para que éstas fueran expresadas—. Soy el duodécimo en la línea de sucesión del trono de cristal. Si me quedara con el Cuerno de Valere, todos los que me preceden en ella pensarían que pretendo convertirme en el primer heredero, y, aunque la emperatriz por una parte desea como es lógico que compitamos entre nosotros para que sean los más valerosos y astutos quienes la sucedan, actualmente otorga sus preferencias a su segunda hija y no vería con buenos ojos cualquier clase de amenaza a los derechos de Tuon. Si yo lo tocara, incluso si pusiera esta tierra a sus pies y a todas las mujeres de la Torre Blanca atadas con correas, la emperatriz, cuya vida dure eternamente, no creería sin duda que yo iba a conformarme con ser sólo su heredero.

Fain se contuvo para no sugerir cuán fácil sería no serlo con la ayuda del Cuerno. Por más que le costara creerlo, algo en la voz del Augusto Señor expresaba como genuino su deseo de vida eterna para la soberana. «Debo tener paciencia. Como un gusano en una raíz.»

—Los espías de la emperatriz pueden hallarse en todas partes —prosiguió Turak —. Pueden ser cualquier persona. Huan nació y se crió en la casa de Aladon, al igual que las once generaciones anteriores de su familia, pero incluso él podría ser un espía. —El hombre de la trenza hizo ademán de protestar antes de retornar su

impasible postura—. Incluso un Augusto Señor o una Augusta Señora pueden descubrir que los espías están al corriente de sus secretos más celosamente guardados, pueden despertarse y ver cómo son entregados a disposición de los Buscadores de la Verdad. La verdad es siempre difícil de averiguar, pero los Buscadores no escatiman el dolor para sacarla a la luz y no cejan mientras consideren que es preciso persistir en la búsqueda. Realizan grandes esfuerzos, por supuesto, para impedir que un Augusto Señor o una Augusta Señora muera mientras se ocupan de ellos, ya que ninguna mano de hombre puede dar muerte a alguien por cuyas venas corre la sangre de Artur Hawkwing. Si la emperatriz se ve en la obligación de ordenar la muerte de alguien de su estirpe, el infortunado es introducido vivo en un saco de seda que se cuelga en uno de los costados de la Torre de los Cuervos, donde es abandonado hasta pudrirse. Con alguien como vos no toman tantas precauciones. En la Corte de las Nueve Lunas, en Seandar, alguien de vuestra calaña sería entregado a los Buscadores por una mirada sospechosa, una palabra fuera de lugar o por un antojo. ¿Todavía ansiáis ir a Seanchan?

—Únicamente deseo servir y prestar consejo, Augusto Señor —repuso Fain, remedando un temblor en las manos—. Sé muchas cosas que pueden seros de utilidad. —Esa corte de Seandar parecía un lugar abonado para sus planes y argucias.

—Hasta que regrese a Seanchan, me divertiréis con vuestras historias de familia y sus tradiciones. Es un alivio encontrar otro hombre en esta tierra dejada de la mano de la Luz capaz de divertirme, aun cuando, como sospecho, ambos contéis mentiras. Podéis retiraros.

No agregó nada más, pero la muchacha de cabellos casi blancos y túnica casi transparente se adelantó con paso rápido para arrodillarse con la cabeza gacha o del Augusto Señor, ofreciéndole una taza humeante en una bandeja lacada.

—Augusto Señor —dijo Fain. El individuo de la trenza, Huan, lo agarró del brazo, pero él se zafó. Huan apretó los labios cuando Fain realizó una reverencia aún más profunda que las anteriores. «Lo mataré lentamente»—. Augusto Señor, hay gente que me sigue los pasos, con intención de robar el Cuerno de Valere. Amigos Siniestros y personas de peor especie, y posiblemente no se hallen a más de una jornada o dos de aquí.

Turak tomó un sorbo del negro líquido contenido en la fina taza que asía con las puntas de los dedos.

—Quedan pocos Amigos Siniestros en Seanchan. Los que no perecen a manos de los Buscadores de la Verdad sucumben al hacha del verdugo. Sería divertido conocer a alguno.

—Son peligrosos, Augusto Señor. Cuentan con trollocs en sus filas. El cabecilla, llamado Rand al'Thor, es joven, pero envilecido por la Sombra hasta extremos increíbles, con una sinuosa capacidad de mentir. En distintos lugares ha adoptado

diferentes imágenes, pero los trollocs lo siguen donde quiera que vaya, Augusto Señor. Los trollocs siempre irrumpen… y matan.

—Trollocs —musitó Turak—. No había trollocs en Seanchan, pero los ejércitos de la Noche tenían otros aliados. Otras criaturas. Siempre me ha intrigado saber si un *grolm* podría dar muerte a un trolloc. Pondré una cuadrilla de vigilancia para detectar a esos trollocs y Amigos Siniestros, en el supuesto de que no sean un nuevo embuste. Esta tierra me aburre mortalmente. —Suspiró e inhaló los vapores de la taza.

Fain dejó que Huan lo empujara bruscamente hacia la puerta, sin prestar apenas oídos a las advertencias, expresadas entre gruñidos, de lo que sucedería si volvía a osar permanecer en presencia de Turak cuando éste le había dado permiso para irse. Tuvo vaga conciencia de que lo echaban a la calle con una moneda e instrucciones de regresar al día siguiente. Rand al'Thor era suyo ahora. «Por fin voy a verlo muerto. Y después el mundo pagará por lo que me han hecho.»

Riendo entre dientes, condujo sus caballos a la ciudad en busca de una posada.

35



Stedding Tsofu

Las colinas de los márgenes fluviales en que se asentaba Cairhien dieron paso a llanuras y bosques cuando Rand y sus compañeros llevaban varias horas a caballo. Los shienarianos todavía transportaban las armaduras en los animales de carga. No había caminos en la ruta que seguían, únicamente algunas roderas de carros y granjas y pueblos dispersos. Verin los instaba a apresurarse e Ingtar la complacía, sin dejar de murmurar que estaban cayendo en una trampa, que Fain jamás les habría comunicado el lugar adonde se dirigía, y a la vez protestando porque cabalgaban en dirección contraria a la Punta de Toman, como si una parte de sí mismo diera crédito al mensaje de Fain y olvidara que la Punta de Toman se encontraba a varios meses de camino salvo por la vía que tomaban ellos. El estandarte con la Lechuza Gris volaba azotado por el viento a su paso.

Rand cabalgaba con una determinación inflexible, evitando entrar en conversación con Verin. Había de hacer aquello —cumplir con su deber, lo habría denominado Ingtar— y después se libraría de las Aes Sedai de una vez por todas. Perrin, con la mirada perdida al frente, parecía compartir su estado de ánimo., Cuando al fin se detuvieron para pernoctar en el lindero de un bosque, ya casi de noche, Perrin formuló preguntas a Loial acerca de los *steddings*. Los trollocs no entraban en los *steddings*; ¿y los lobos? Loial respondió simplemente que tan sólo las criaturas de la Sombra eran reacias a entrar en los *steddings*. Y las Aes Sedai, desde luego, ya que no podían entrar en contacto con la Fuente Verdadera ni encauzar el Poder único dentro de sus límites. El propio Ogier era el que mostraba mayor renuencia de todos por tener que ir al *stedding* Tsofu. Mat era el único que parecía anhelante, casi de una manera desesperada. Su piel tenía el aspecto de quien no había visto el sol en todo un año y sus mejillas estaban cada vez más hundidas, aunque él afirmaba que estaba dispuesto a hacer una carrera a pie. Por la noche, Verin le impuso las manos para curarlo antes de que se cubriera con las mantas y lo mismo hizo antes de que montaran a caballo por la mañana, sin obtener resultados aparentes. Incluso Hurin arrugaba el entrecejo al mirar a Mat.

El sol estaba en su cenit el segundo día de marcha cuando Verin irguió de improviso la espalda y miró en derredor. A su lado, Ingtar dio un respingo.

Rand no advirtió ninguna diferencia en los bosques circundantes. La maleza baja era poco espesa; habían hallado una senda fácilmente transitable bajo la bóveda de robles, nogales y hayas, atravesada de vez en cuando por un alto pino o ciprés o la blanca silueta de un álamo. Sin embargo, al seguirlos sintió de pronto un estremecimiento, como si hubiera caído dentro de un estanque en pleno invierno. La súbita gelidez recorrió su cuerpo y cedió casi al instante, dejando tras ella una sensación de frescor. Y también notaba un impreciso y distante sentimiento de pérdida, si bien no alcanzaba a imaginar con qué guardaba relación.

Cada uno de los jinetes, al llegar a ese punto, tuvo un sobresalto y emitió alguna exclamación. Hurin abrió la boca e Ino musitó: «Maldita, condenada…» y luego sacudió la cabeza como si no lograra añadir nada a tales calificativos. Los amarillentos ojos de Perrin reflejaron reconocimiento.

Loial aspiró profunda y lentamente.

—Es… agradable… volver a encontrarse en un *stedding*.

Rand miró ceñudo en torno a sí. Tenía la idea de que un *stedding* había de tener algo distinto, pero, exceptuando aquel escalofrío, el bosque era igual que el que habían atravesado durante el resto del día. Tenía, desde luego, la súbita sensación de haber reposado. Entonces salió una Ogier de detrás de un roble.

Era más baja que Loial —lo cual significaba que Rand le llegaba a los hombros— pero con la misma nariz ancha y grandes ojos, la misma amplia boca e iguales orejas copetudas. No tenía, empero, las cejas tan largas como Loial, y sus facciones parecían delicadas al lado de las suyas. Vestía un largo vestido verde y una capa de igual color bordada con flores, y llevaba en la mano un ramo de campanillas silvestres que, al parecer, había estado recogiendo. Los observó tranquilamente, aguardando.

Loial bajó de su elevada montura y se apresuró a hacer una reverencia. Rand y los demás siguieron su ejemplo, si bien no con igual premura que Loial; incluso Verin inclinó la cabeza. Loial los presentó con sus nombres y títulos, pero omitió mencionar su *stedding* de procedencia.

La muchacha Ogier, que según la impresión de Rand no era mayor que Loial, los examinó un momento y luego sonrió.

—Sed bienvenidos al *stedding* Tsofu. —Su voz era asimismo una versión más delicada que la de Loial; el aleteo más silencioso de un abejorro de menor tamaño—. Yo soy Erith, hija de Iva, nieta de Alar. Sed bienvenidos. Hemos tenido tan pocos visitantes desde que los albañiles abandonaron Cairhien, y ahora tantos a la vez… Vaya, hasta vinieron algunos miembros del Pueblo Errante, aunque, desde luego, se fueron cuando los… Oh, hablo demasiado. Os llevaré junto a los Mayores. Sólo que… —Los recorrió con la mirada en busca del responsable del grupo y al fin

detuvo los ojos en Verin—. Aes Sedai, os acompañan muchos hombres, y armados. ¿Seríais tan amable de dejar algunos afuera? Perdonadme, pero siempre es inquietante tener muchos humanos armados en el *stedding*.

—Por supuesto, Erith —contestó Verin—. Ingtar, ¿os ocuparéis de ello?

Ingtar dio órdenes a Ino y de ese modo él y Hurin fueron los únicos shienarianos que continuaron adentrándose en el *stedding* en pos de Erith.

Llevando el caballo de las riendas como los otros, Rand levantó la mirada cuando se aproximó Loial, lanzando frecuentes ojeadas a Erith, que se hallaba más adelante con Verin e Ingtar. Hurin caminaba en medio, observando estupefacto a su alrededor algo que Rand no alcanzaba a precisar.

¿No es hermosa, Rand? —preguntó Loial, inclinándose para hablar en voz baja —. Y su voz suena como un canto.

Mat exhaló un bufido pero, cuando Loial lo miró inquisitivamente, se apresuró a convenir con él:

—Muy guapa, Loial. Un poco alta para mi gusto, compréndelo, pero muy guapa, no cabe duda.

Loial frunció el entrecejo con incertidumbre, pero asintió.

—Sí, lo es. —Suavizó la expresión—. Es agradable volver a estar en un *stedding*. No es que la añoranza se hubiera apoderado de mí, claro.

—¿La añoranza? —inquirió Perrin—. No lo comprendo, Loial.

—Los Ogier estamos anclados al *stedding*, Perrin. Dicen que antes del Desmembramiento del Mundo podíamos ir a donde quisiéramos y quedarnos tanto tiempo como deseáramos, al igual que los humanos, pero eso cambió con el Desmembramiento. Los Ogier quedaron dispersados como los otros pueblos y no podían volver a localizar ninguno de los *steddings*. Todo se había modificado, todo había mudado de lugar: las montañas, los ríos e incluso los mares.

—Todos sabemos lo que sucedió en el Desmembramiento —señaló con impaciencia Mat—. ¿Qué tiene que ver con esa… esa añoranza?

—Fue durante el exilio, mientras vagábamos perdidos, cuando nos asaltó la añoranza por vez primera. El deseo de sentir el *stedding* una vez más, de volver a sentirnos en casa. Muchos murieron a causa de ello. Cuando al fin comenzamos a hallar los *steddings*, uno tras otro, en los años del Pacto de las diez naciones, pareció que por fin habíamos superado la añoranza, pero ésta nos había transformado, había echado raíces en nosotros. Ahora, si un Ogier permanece mucho tiempo fuera del *stedding*, la añoranza lo asalta de nuevo; comienza a debilitarse y acaba pereciendo si no regresa.

—¿Necesitas quedarte aquí un tiempo? —preguntó ansiosamente Rand—. No es preciso arriesgar la vida para venir con nosotros.

—Lo sabré cuando se manifiesten los primeros síntomas —respondió, riendo,

Loial—. Se producirán mucho antes de que pongan en peligro mi vida. Mira, Dalar pasó diez años entre los Marinos sin ver un *stedding* y regresó sana y salva a casa. —Entre los árboles apareció una mujer Ogier, la cual se detuvo a hablar un momento con Verin. Miró a Ingtar de arriba abajo con aire aparentemente desdeñoso, que hizo pestañear al señor shienariano. Paseó los ojos por Loial, Hurin y los muchachos del Campo de Emond, antes de volver a introducirse en la espesura; Loial parecía intentar esconderse detrás de su caballo—. Además —prosiguió, mirando cautelosamente por encima de la silla el lugar por donde se había marchado—, la vida en un *stedding* es aburrida comparada con viajar con tres *ta'veren*.

—Si vas a empezar otra vez con eso… —murmuró Mat.

—Con tres amigos entonces —rectificó Loial—. Sois mis amigos; al menos, eso espero.

—Yo sí —dijo Rand con sencillez.

Perrin asintió con la cabeza y Mat soltó una carcajada.

—¿Cómo no iba a ser amigo de alguien que juega tan mal a los dados? —.Levantó las manos en actitud defensiva cuando Rand y Loial lo miraron con expresión severa—. Oh, está bien. Me gustas, Loial. Eres mi amigo. Pero no sigas sacando a colación… ¡Aaah! En ocasiones tu compañía es tan insoportable como la de Rand. —Su voz se convirtió en un murmullo—. Al menos aquí en el *stedding* estamos a salvo.

Rand esbozó una mueca. Sabía a qué se refería Mat. «Aquí en un *stedding*, donde no puedo encauzar el Poder.»

Perrin le propinó a Mat un puñetazo en el hombro, pero pareció arrepentirse de haberlo hecho cuando éste lo miró con su escuálida cara.

Lo primero que percibió Rand fue la música, una alegre melodía que flotaba entre los árboles, en la que participaban invisibles flautas y violines y profundas voces que cantaban y reían.

Limpiad el campo, alisadlo.
Que no quede semilla ni rastrojo en pie.
Aquí labramos, aquí nos esforzamos,
aquí crecerán los espigados árboles.

Casi al mismo tiempo advirtió que la enorme forma que veía entre los árboles era también un árbol, con un asurcado tronco apuntalado que debía de tener un diámetro de quince metros. Boquiabierto, alzó la mirada entre las copas, hacia el ramaje que se extendía como el gigantesco casquete de una seta a unos ochenta metros del suelo. Y más allá se avistaban ramas aún más altas.

—¡Caramba! —exclamó Mat—. Con uno de éstos podrían construirse diez casas. ¡Cincuenta casas!

—¿Cortar un Gran Árbol? —Loial parecía escandalizado y enojado. Tenía las orejas rígidas y las cejas abatidas—. Jamás cortamos uno de los Grandes Árboles, a menos que muera, y no suelen hacerlo. Son pocos los que sobrevivieron al Desmembramiento, pero algunos de los mayores eran plantas de semillero durante la Era de Leyenda.

—Lo siento —se excusó Mat—. Sólo estaba calculado lo grande que era. No voy a hacer ningún daño a vuestros árboles.

Loial asintió, apaciguado en apariencia.

Entre la foresta aparecieron más Ogier. La mayoría de ellos parecían concentrados en lo que hacían; si bien todos miraban a los recién llegados e incluso realizaban amigables inclinaciones de cabeza, ninguno se detuvo ni habló. Tenían una curiosa manera de moverse, en la que se fundían extrañamente una meticulosa premeditación con una alegría despreocupada y casi infantil. Sabían quiénes eran y qué eran, conocían el lugar que ocupaban y parecían hallarse en paz consigo mismos y con todo lo que los rodeaba. Rand descubrió que le producían envidia.

Eran pocos los varones Ogier que superaran la estatura de Loial, pero era fácil distinguir los de más edad, pues todos llevaban sin excepción bigotes tan largos como sus colgantes cejas y estrechas barbas bajo la barbilla. Los más jóvenes eran barbilampiños, al igual que Loial. Muchos de los hombres iban en mangas de camisa y asían palas y azadones o sierras y cubos de resina; los otros llevaban sencillas chaquetas, semejantes a casacas, abotonadas hasta el cuello, que les llegaban hasta las rodillas. Las mujeres parecían tener gran afición a los bordados con flores y muchas se adornaban también el pelo con ellas. En las más jóvenes, los bordados estaban circunscritos a las capas, pero las de mayor edad también los lucían en los vestidos, y algunas de cabello gris tenían la ropa cubierta de flores y sarmientos de pies a cabeza. Buena parte de los Ogier, mujeres y chicas en su mayoría, parecían reparar especialmente en Loial, el cual caminaba mirando hacia adelante, agitando con mayor violencia las orejas a medida que avanzaban.

Rand se quedó atónito al ver a un Ogier que al parecer salió caminando del suelo, de uno de los herbosos terraplenes cubiertos de flores silvestres que había diseminados entre los árboles. Después percibió ventanas en los montículos, y una mujer Ogier cocinando de pie en el interior de uno de ellos y entonces cayó en la cuenta de que lo que veía eran casas Ogier. Los marcos de las ventanas eran de piedra, que parecían haber esculpido el viento y el agua a lo largo de las generaciones.

Los Grandes Árboles, con sus imponentes troncos y raíces extendidas gruesas como caballos, necesitaban una gran cantidad de terreno entre si, pero varios de ellos crecían justo en la ciudad. Los senderos, cubiertos de tierra, remontaban los escollos de raíces. De hecho, aparte de los caminos, la única manera de distinguir a primera

vista el bosque de la población era un amplio claro situado en el centro, alrededor de lo que no podía ser más que el tocón de uno de los Grandes Árboles. Con un diámetro de casi ochenta metros, tenía la superficie tan lisa como el piso de una vivienda y varios escalones que daban acceso a ella por distintos puntos. Rand trataba de imaginar la altura que habría tenido aquel ejemplar cuando Erith tomó la palabra con un tono de voz destinado a ser escuchado por todos los presentes.

—Aquí llegan nuestros otros huéspedes.

Tres mujeres humanas, una de las cuales llevaba una escudilla de madera, se hicieron entonces visibles junto al descomunal tocón.

—Aiel —las identificó Ingtar—, Doncellas Lanceras. Ha sido buena idea dejar a Masema con los otros. —Él, no obstante, se apartó unos pasos de Verin y Erith y alargó el brazo por encima del hombro para aflojar la espada en la vaina.

Rand observó a las Aiel con inusitada curiosidad. Ellas pertenecían al pueblo con el que últimamente venían relacionándolo a él hasta la saciedad. Dos de ellas eran mujeres maduras y la otra apenas era más que una muchacha, pero las tres eran muy altas para ser mujeres. Su corto pelo abarcaba gamas que variaban del castaño rojizo al rubio casi dorado, con una fina cola larga que partía de la nuca. Llevaban pantalones anchos metidos en botas de cuero flexible y toda su vestimenta era de tonalidades marrones, grises o verdes que, a su juicio, debían de confundirse tan bien con la maleza y las rocas como las capas de los Guardianes. Por encima de sus hombros asomaban unos arcos cortos y de sus cinturas pendían largos cuchillos, y todas asían un pequeño escudo redondo de cuero y un manojo de lanzas de asta corta y largas puntas. Incluso la más joven se movía con una gracia que sugería su destreza en el manejo de las armas que llevaba.

De improviso las mujeres repararon en los otros humanos; parecieron estupefactas ante la presencia de Rand y los demás, pero reaccionaron con la velocidad del rayo. La más joven gritó: «¡Shienarianos!», y se volvió para depositar con cuidado la escudilla tras ella. Las otras levantaron rápidamente las telas marrones que les rodeaban los hombros y se las liaron a la cabeza. Ambas se habían ocultado ya la cara con velos blancos que sólo dejaban los ojos al descubierto cuando la muchacha se irguió para imitarlas. Encorvadas, avanzaron con paso resuelto, con los escudos hacia adelante aferrados junto con el manojo de lanzas, a excepción de una que cada una de las mujeres sostenía en ristre con la otra mano.

Ingtar desenvainó la espada.

—Manteneos apartada, Aes Sedai. Erith, alejaos.

Hurin descolgó la maza y tanteó el garrote y la espada con la otra mano; después de lanzar una nueva ojeada a las lanzas de las Aiel, se decidió por la espada.

—No debéis hacer eso —protestó la muchacha Ogier. Frotándose las manos, se encaró a Ingtar, luego a las Aiel y de nuevo al shienariano—. No debéis hacerlo.

Rand advirtió que empuñaba el arma con la marca de la garza. Perrin tenía el hacha medio desprendida del bucle que la sostenía en la correa y titubeaba, sacudiendo la cabeza.

—¿Os habéis vuelto locos los dos? —preguntó Mat, con el arco todavía cruzado en la espalda—. Me da igual si son Aiel, son mujeres.

—¡Deteneos! —exigió Verin—. ¡Parad de inmediato! —Las Aiel prosiguieron sin vacilar y la Aes Sedai apretó los puños con frustración.

Mat retrocedió y puso un pie en el estribo.

—Me marcho —anunció—. ¿Me oís? ¡No voy a quedarme para que me claven una de esas lanzas y no pienso disparar a una mujer!

—¡El Pacto! —gritó Loial—. ¡Recordad el Pacto! —No obtuvo más éxito que las reiteradas peticiones de Verin y Erith.

Rand advirtió que tanto la Aes Sedai como la muchacha Ogier se mantenían apartadas del paso de las Aiel, y se preguntó si Mat no habría adoptado la decisión más sensata. No estaba seguro de si sería capaz de herir a una mujer aun cuando ésta intentara matarlo. Lo que decidió su actitud fue el hecho de que aunque lograra montar a lomos de Rojo, las Aiel se encontraban ahora a menos de veinte metros de distancia. Sospechaba que esas lanzas cortas podían cubrir fácilmente ese trecho. Mientras las mujeres se aproximaban, todavía encorvadas, con las lanzas prestas para la lucha, dejó de preocuparse por no hacerles daño y comenzó a plantearse cómo contenerlas para no salir malparado él.

Invocó con nerviosismo el vacío y, cuando éste lo envolvió, pensó vagamente que el brillo del *Saidin* no lo acompañaba esa vez. El vacío era más hueco de que lo que recordaba, más vasto, como una garganta capaz de devorarlo. Ansiaba algo más; se suponía que debía hacer algo más.

De repente un Ogier se interpuso entre los dos grupos.

—¿Qué significa esto? Deponed las armas. —Parecía escandalizado—. Para vosotros —su airada mirada abarcaba a Ingtar, Hurin, Rand, Perrin e incluso a Mat, a pesar de tener éste las manos vacías— hay alguna excusa, pero para vosotras… —Se encaró con las mujeres Aiel, que habían detenido su avance—. ¿Habéis olvidado el Pacto?

Las mujeres se descubrieron la cabeza y el rostro con tal rapidez que parecían pretender no habérselos tapado. La cara de la muchacha estaba completamente ruborizada y sus compañeras parecían avergonzadas. Una de ellas, la que tenía el cabello rojizo tomó la palabra.

—Perdonadnos, Hermano de los Árboles. Recordamos el Pacto y no debimos dejar el acero al desnudo, pero nos hallamos en la tierra de los Asesinos del Árbol, donde todas las manos apuntan a nosotros, y hemos visto hombres armados: —Rand vio que tenía ojos grises, como los suyos.

—Estáis en un *stedding*, Rhian —observó con suavidad el Ogier—. Todo el mundo se encuentra al salvo en el *stedding*, pequeña hermana. Aquí no hay peleas ni nadie levanta la mano contra un semejante. —La mujer asintió, contrita, y el Ogier desvió la mirada hacia Ingtar y sus acompañantes.

Ingtar envainó la espada y Rand lo imitó, aunque no con tanta diligencia como Hurin, que parecía casi tan embarazado como las Aiel. Perrin no había acabado de descolgar el hacha. Al separar la mano de la empuñadura, Rand abandonó el vacío, y se estremeció. La vacuidad desapareció, pero dejó tras ella un eco de desposesión en su interior, y un deseo de algo con que colmarla.

—Aes Sedai —se presentó el Ogier, volviéndose hacia Verin y dedicándole una reverencia—, soy Juin, hijo de Lacel, nieto de Laud. He venido para conduciros ante los Mayores. Querrán saber por qué acude a nosotros una Aes Sedai con hombres armados y uno de nuestros propios jóvenes.

Loial hundió los hombros como si tratara de hacerse invisible.

Verin dirigió una pesarosa mirada a las Aiel, como si quisiera hablar con ellas; luego hizo una señal a Juin para que los guiara y éste se la llevó sin agregar más palabras ni mirar siquiera a Loial.

Durante unos momentos, Rand y sus amigos se quedaron con inquietud frente a las tres mujeres Aiel. Rand al menos reconocía la suya. Ingtar parecía imperturbable como una roca con rostro totalmente inexpresivo. Por más que se hubieran descubierto la cara, las Aiel tenían todavía las lanzas en las manos y observaban a los cuatro hombres como si quisieran escrutar su interior. Rand en particular fue blanco de miradas cada vez más feroces.

—Lleva una espada —oyó murmurar a la mujer más joven con tono en el que se entremezclaban el horror y el desdén.

Después de esto, las tres mujeres se alejaron; se detuvieron para recoger la escudilla de madera y mirar por encima del hombro a Rand y a sus compañeros, y desaparecieron entre los árboles.

—Doncellas Lanceras —murmuró Ingtar—. No pensé que fueran a parar una vez que tuvieron los rostros velados. Al menos, no con unas cuantas palabras. —Miró a Rand y a sus dos amigos—. Deberíais ver un ataque de los Escudos Rojos o los Soldados de Piedra. Tan difíciles de contener como una avalancha.

—No habrían violado el Pacto después de habérselo recordado —comentó Erith, sonriendo—. Han venido a comprar madera cantada. —Su voz adquirió una nota de orgullo—. Tenemos dos Cantadores de Árboles en el *stedding* Tsofu. Ahora hay muy pocos. He oído decir que en el *stedding* Shangtai hay uno con mucho talento, pero nosotros tenemos dos. —Loial se sonrojó, pero ella no pareció verlo—. Si sois tan amables de acompañarme, os mostraré el lugar donde podéis esperar hasta que hayan hablado los Mayores.

—Madera cantada, y un rábano —musitó Perrin mientras la seguían—. Esas Aiel están buscando a El Que Viene con el Alba.

—Están buscándote a ti —agregó secamente Mat.

—¡A mí! Eso es una locura. ¿Qué te hace pensar que…?

Se interrumpió cuando Erith les mostró la escalera de una casa cubierta con flores silvestres que al parecer tenían dispuesta para huéspedes humanos. Las habitaciones eran muy espaciosas y de techos elevados, pero los Ogier habían hecho cuanto estaba en su mano para que resultaran cómodas para los hombres. Con todo, el mobiliario era un poco demasiado grande, con sillas en las que les quedaban colgando los pies y una mesa más alta que la cintura de Rand, Hurin, al menos, habría podido caminar erguido en el interior de la chimenea de piedra, que parecía haber sido modelada por el agua y no por unas manos. Erith miró dubitativamente a Loial, pero éste la tranquilizó y se sentó en una silla en el rincón menos visible desde la puerta.

Tan pronto como se hubo ido la muchacha Ogier, Rand se llevó a Perrin y Mat a un lado.

—¿Qué queréis decir con eso de que están buscándome? ¿Por qué? ¿Por qué motivo? Me han visto perfectamente, y se han marchado.

—Te han mirado —repuso Mat, sonriendo— como si no te hubieras bañado en un mes, y te hubieras echado encima un desinfectante. —Se puso serio—. Pero podrían estar buscándote. Encontramos otro Aiel.

Rand escuchó con creciente estupor su relato del encuentro en la Daga del Verdugo de la Humanidad. Mat la refirió casi en su totalidad, corregido de tanto en tanto por Perrin, cuando tendía a fabular. Mat puso especial énfasis en lo peligroso que era el Aiel y en lo poco que había faltado para que se iniciase una pelea.

—Y, como tú eres el único Aiel que conocemos —concluyó—, bueno, podrías ser tú. Ingtar dice que los Aiel no viven nunca fuera del Yermo, por lo que tú debes de ser el único.

—No lo encuentro nada gracioso, Mat —gruñó Rand—. Yo no soy un Aiel—. «La Amyrlin afirmó que lo eras. Ingtar también lo piensa. Tam dijo… Estaba enfermo, enfebrecido.» Le habían cortado las raíces que creía tener, entre Tam y las Aes Sedai, aun cuando Tam hubiera estado demasiado enfermo para tener conciencia de lo que decía. Lo habían arrancado de cuajo para que errara con el impulso del viento y luego le habían ofrecido algo nuevo a que agarrarse. Falso Dragón. Aiel. No podía considerar aquello como sus raíces. No las quería—. Tal vez no tenga ningún lugar propio, pero Dos Ríos es el único hogar que he conocido.

—No insinuaba nada —protestó Mat—. Es sólo que… Diantre, Ingtar dice que lo eres. Masema también. Urien podría haber sido tu primo, y si Rhian se pusiera un vestido y afirmara que es tu tía, no sería difícil de creer. Oh, de acuerdo. No me mires así, Perrin. Si quiere decir que no lo es, por mí de acuerdo. De todas maneras,

¿representa alguna diferencia? —Perrin sacudió la cabeza.

Unas muchachas Ogier trajeron agua y toallas para que se lavaran la cara y las manos, y queso, fruta y vino, con copas de peltre demasiado grandes para ellos. También los visitaron otras mujeres Ogier, con vestidos profusamente bordados. Se presentaron una a una, una docena en total, para preguntar si estaban cómodos y si necesitaban algo. Todas sin excepción dedicaron atenciones a Loial antes de partir. Éste les respondió respetuosamente pero con una parquedad de palabras como Rand no había observado nunca en él, de pie con un libro de tapas de madera de tamaño acorde con los Ogier, apretado contra el pecho a modo de escudo, y, cuando hubieron salido, se acurrucó en la silla con el volumen levantado a la altura de la cara. Los libros de la casa eran una de las cosas que no habían adaptado a las dimensiones humanas.

—Oled este aire, lord Rand —dijo Hurin, llenándose los pulmones con una sonrisa. Los pies le colgaban de una de las sillas situadas junto a la mesa; los balanceaba como un chiquillo—. Nunca se me había ocurrido pensar que casi todos los lugares olían mal, pero éste… Lord Rand, no creo que se haya producido nunca un asesinato aquí. Ni siquiera que alguien haya sido herido, salvo a causa de un accidente.

—Se supone que los *steddings* son un lugar seguro para todo el mundo —replicó Rand, con la vista fija en Loial—. En todo caso eso es lo que dicen las historias. —Tragó un último pedazo de queso y se acercó al Ogier. Mat lo siguió con una copa en la mano—. ¿Qué ocurre, Loial? —inquirió Rand—. Has estado tan nervioso como un gato en una perrera desde que hemos llegado aquí.

—No es nada —respondió Loial, mirando lleno de inquietud a la puerta por el rabillo del ojo.

—¿Temes que averigüen que te escapaste del *stedding* Shangtai sin permiso de tus Mayores?

Loial miró despavorido en torno a sí, agitando con violencia las orejas.

—No digas eso —musitó—. Alguien podría oírte. Si se enteran… —Con un profundo suspiro, volvió a apoyar la espalda en la silla, mirando alternativamente a Rand y Mat—. Ignoro cómo lo hacen los humanos, pero entre los Ogier… si una chica ve a un muchacho que le gusta, se lo cuenta a su madre. O a veces la madre ve a alguien que le parece conveniente. Sea como sea, si coinciden en la elección, la madre de la muchacha va a ver a la del muchacho y, cuando éste se entera, la boda ya está decidida.

—¿Y el chico no tiene nada que decir al respecto? —preguntó Mat con incredulidad.

—Nada. Las mujeres siempre dicen que, si nos dejaran a nosotros, nos pasaríamos la vida casados con los árboles. —Loial se movió, con una mueca—. La

mitad de nuestras bodas tienen lugar entre los distintos *steddings*; los jóvenes Ogier van de visita de un *stedding* a otro para ver a los otros jóvenes y darse a conocer. Si descubren que estoy en el mundo exterior sin permiso, los mayores decidirán seguramente que necesito una esposa para sentar la cabeza. Cuando me dé cuenta, habrán enviado un mensaje al *stedding* Shangtai, a mi madre, y ella vendrá aquí y me casará antes de cepillarse el polvo del viaje. Creo que estaba buscando a alguien cuando me marché. Sea quien sea la que elija… Bueno, ninguna mujer me dejará salir al exterior hasta que tenga canas en la barba. Las esposas siempre sostienen la opinión de que un hombre no puede salir del *stedding* hasta que no posea control emocional.

Mat exhaló un resoplido tan ruidoso que todos volvieron la cabeza, pero ante el frenético gesto de Loial habló en voz baja.

—Entre nosotros, los hombres son los que eligen y ninguna mujer puede impedir que un hombre haga lo que le parezca.

Rand frunció el entrecejo, recordando cómo Egwene había comenzado a seguirlo a todas partes cuando los dos eran niños. Fue entonces cuando la señora al'Vere había empezado a demostrar un interés especial por él, mayor que el que suscitaban en ella los otros chicos. Más tarde, algunas chicas se mostraban dispuestas a bailar con él en los días festivos y otras no, y estas últimas eran siempre amigas de Egwene, mientras que las otras eran muchachas que no le gustaban a Egwene. También le parecía recordar que la señora al'Vere había mantenido una conversación en privado con Tam —«¡Y se había quejado de que Tam no tuviera una esposa para poder hablar con ella!»—, después de la cual Tam y todos los demás se habían comportado como si él y Egwene hubieran estado prometidos, aun cuando no se hubieran arrodillado ante el Círculo de Mujeres para pronunciar las palabras. Nunca hasta entonces había reflexionado en ello, pues sus relaciones con Egwene le habían parecido algo natural, en las que no había intervenido nadie.

—Creo que entre nosotros estos asuntos funcionan igual —murmuró y, como Mat rió, añadió—: ¿Recuerdas alguna ocasión en que tu padre hiciera algo a lo que se oponía frontalmente tu madre?

Mat abrió la boca, sonriente, y luego arrugó el entrecejo pensativamente y volvió a cerrarla.

Entonces Juin descendió los escalones de la puerta exterior.

—¿Sois tan amables de venir todos conmigo? Los Mayores querrían veros. —No miró a Loial, pero a éste casi se le cayó el libro de las manos.

—Si los mayores tratan de hacerte quedar —dijo Rand—, les diremos que necesitamos que vengas con nosotros.

—Apuesto a que no tiene nada que ver contigo —aseveró Mat—. Apuesto a que sólo van a decirnos que podemos utilizar la puerta del Atajo. —Se estremeció y bajó

la voz—. Realmente debemos hacerlo, ¿verdad? —No era una pregunta.

—Quedarme y casarme o viajar por los Atajos. —Loial esbozó una triste sonrisa —. La vida es muy desasosegada teniendo *ta'veren* por amigos.

36



Entre los Mayores

Mientras Juin los guiaba por entre la ciudad Ogier, Rand veía cómo crecía la ansiedad de Loial. Éste tenía las orejas tan rígidas como la espalda, y abría desmesuradamente los ojos cada vez que veía que otro Ogier lo observaba, sobre todo si eran mujeres o chicas, y lo cierto era que había muchos que se fijaban en él. Tenía el mismo aspecto lamentable de alguien que se encaminara al patíbulo.

El Ogier barbudo apuntó a unos amplios escalones que descendían hacia un herboso terraplén de dimensiones muy superiores a las de los demás; de hecho era una colina, ubicada casi en la base de uno de los Grandes Árboles.

—¿Por qué no esperas aquí afuera, Loial? —propuso Rand.

—Los Mayores… —comenzó a objetar Juin.

—Probablemente sólo quieren vernos a los demás —concluyó por él la frase Rand.

—¿Por qué no lo dejan en paz? —intervino Mat.

—Sí. —Loial asintió vigorosamente—. Sí, creo… —Un buen número de mujeres Ogier, desde abuelas de pelo blanco a muchachas de la edad de Erith, formaban un grupo compacto y hablaban entre sí sin apartar los ojos de él. Agitó las orejas, pero, al mirar la gran puerta a la que conducía la escalera, asintió de nuevo—. Sí, me sentaré ahí afuera y leeré. Eso es. Voy a leer un rato. —Tanteando en el bolsillo de la chaqueta, extrajo un libro para luego instalarse en el montículo junto a los escalones y fijar la mirada en las páginas del volumen, que parecía extraordinariamente pequeño en sus manos—. Me quedaré aquí leyendo hasta que salgáis. —Movió las orejas como si notara los ojos de las mujeres.

Juin se encogió de hombros y volvió a señalar la escalera.

—Por favor. Los Mayores están esperando.

La enorme estancia sin ventanas que albergaba el terraplén estaba proporcionada a las dimensiones de los Ogier, con un techo de gruesas vigas de más de ochenta centímetros de grosor; hubiera podido formar parte de un palacio, al menos por lo que

concernía a su tamaño. Los siete Ogier sentados en el estrado frente a la puerta reducían con su tamaño la sensación de vastedad, pero aun así Rand sentía como si estuviera en una caverna. Las sombrías losas del suelo eran lisas, aunque anchas y de formas irregulares, pero las paredes grises habrían podido ser, por su tosquedad, las de un acantilado. Las vigas del techo, rudamente cortadas, semejaban descomunales raíces.

Exceptuando una silla de alto respaldo donde se sentó Verin de cara a la tarima, los únicos muebles eran las macizas sillas de contornos labrados de los Mayores. La mujer Ogier situada en el centro del estrado ocupaba una silla algo más elevada que la de los demás: tres hombres barbudos a su izquierda, con largas y holgadas chaquetas, y tres mujeres a la derecha, con vestidos —al igual que el suyo— bordados con sarmientos y flores de pies a cabeza. Todos tenían rostros envejecidos y cabellos enteramente blancos, incluso en las orejas, y un aire de imponente dignidad.

Hurin los miró boquiabierto y Rand sintió que él también los observaba con asombro. Ni la propia Verin ofrecía la apariencia de sabiduría que evidenciaban los grandes ojos de los Mayores, ni Morgase con su corona tenía tal autoridad, ni Moraine tal imperturbable serenidad. Ingtar fue el primero que efectuó una reverencia, de la manera más ceremoniosa que Rand había observado en él, mientras los demás permanecían con los pies clavados en el suelo.

—Yo soy Alar —les comunicó la mujer sentada en la silla más alta cuando al fin se hubieron situado junto a Verin—, la más anciana de los Mayores del *stedding* Tsofu. Verin nos ha informado de que necesitáis hacer uso de la entrada de Atajo que hay aquí. Recuperar el Cuerno de Valere de manos de Amigos Siniestros es una necesidad perentoria, en efecto, pero hace más de cien años que no hemos autorizado a nadie a transitar los Atajos, ni nosotros ni los Mayores de cualquier otro de los *steddings*.

—Encontraré el Cuerno —declaró con furia Ingtar—. Debo encontrarlo. Si no nos permitís utilizar el Atajo… —Guardó silencio ante la mirada que le asestó Verin, pero conservó la misma expresión torva.

—No seáis tan precipitado, shienariano —aconsejó Alar con una sonrisa—. Los humanos nunca os detenéis a reflexionar. Las únicas decisiones acertadas son las que se toman con calma. —Su rostro adoptó seriedad, pero su voz conservó el mismo sosiego—. Las asechanzas de los Atajos no son del tipo de las que pueden afrontarse con una espada en la mano, como una carga de Aiel o unos salvajes trollocs. Debo advertiros que al entrar en los Atajos no sólo arriesgáis vuestras vidas y vuestra salud mental, sino tal vez la salvación de vuestras propias almas.

—Hemos visto al Machin Shin —señaló Rand. Mat y Perrin asintieron con la cabeza, incapaces de mostrar entusiasmo por volver a vivir tal experiencia.

—Seguiré el Cuerno hasta el mismo Shayol Ghul si es necesario —afirmó,

tajante, Ingtar. Hurin se limitó a realizar un ademán afirmativo como si se incluyera en las palabras de Ingtar.

—Traed a Trayal —ordenó Alar, y Juin, que había permanecido junto a la puerta, se inclinó y salió—. No basta —dijo a Verin— escuchar lo que puede ocurrir. Debéis verlo por vosotros mismos.

Se hizo un incómodo silencio que aún se tornó más embarazoso cuando Juin regresó seguido de dos mujeres Ogier que guiaban a un Ogier de oscura barba y de mediana edad; éste avanzaba a trompicones entre ellas como si desconociera el funcionamiento de sus piernas. Su rostro hundido carecía por completo de expresión y sus grandes ojos erraban sin centrarse, sin mirar, sin dar siquiera la impresión de percibir algo. Una de las mujeres le enjugó suavemente la baba de las comisuras de los labios. Lo tomaron por los brazos para pararlo; movió el pie hacia adelante, vaciló y luego volvió a ponerlo hacia atrás, golpeando el suelo. Parecía tan satisfecho de quedarse de pie como de caminar, o al menos daba la sensación de que le era tan indiferente lo uno como lo otro.

—Trayal fue uno de los últimos Ogier que atravesaron los Atajos —informó Alar en voz baja—. Salió en el estado en que lo veis. ¿Queréis tocarlo, Verin?

Verin la miró largamente antes de levantarse y caminar hacia Trayal. Éste permaneció inmóvil, sin siquiera pestañear, cuando ella le puso las manos en el ancho pecho. Con una exclamación, la Aes Sedai retrocedió de un salto, lo miró a la cara y luego se volvió para encararse a los Mayores.

—Está… vacío. Este cuerpo vive, pero no hay nada en su interior. Nada.

Los semblantes de todos los mayores expresaban una inmensa tristeza.

—Nada —repitió en voz queda una de las Mayores situadas a la derecha de Alar, cuyos ojos parecían contener todo el dolor que Trayal era ya incapaz de sentir—. Ni pensamiento ni alma. Lo único que resta de Trayal es su cuerpo.

—Era un destacado Cantador de Árboles —se lamentó uno de los hombres.

A una señal de Alar, las dos mujeres volvieron a Trayal para llevarlo afuera; tuvieron que moverlo antes de que él comenzara a andar.

—Conocemos los riesgos —dijo Verin—. Pero, a pesar de ellos, debemos seguir el Cuerno de Valere.

—El Cuerno de Valere —asintió la más anciana—. No sé si es peor la noticia de que está en manos de Amigos Siniestros que la de que ha sido hallado. —Recorrió con la mirada la hilera de Mayores, cada uno de los cuales asintió por turno, incluso el hombre que se mesó dubitativamente la barba antes de hacerlo—. Muy bien. Verin me dice que es urgente. Os acompañaré a la puerta del Atajo. —Rand sintió una mezcolanza de alivio y temor; entonces la mujer agregó—: Tenéis con vosotros a un joven Ogier. Loial, hijo de Arent, nieto de Halan, del *stedding* Shangtai. Se encuentra muy lejos del hogar.

—Lo necesitamos —se apresuró a replicar Rand. Disminuyó el ritmo de sus palabras cuando advirtió las sorprendidas miradas de los Mayores y de Verin, pero continuó con obstinación—. Necesitamos que venga con nosotros, y él quiere acompañamos.

—Loial es un amigo —observó Perrin, al tiempo que Mat exclamaba:

—No interfiere en nada y sabe cuidar de sí mismo.

Ninguno de ellos parecía alegrarse de haber atraído la atención de los Mayores, pero no retrocedieron ni un paso.

—¿Existe algún motivo por el que no pueda venir con nosotros? —inquirió Ingtar —. Como ha señalado Mat, se ha ocupado correctamente de sí mismo. No sé si lo necesitamos, pero, si quiere venir, ¿por qué…?

—Sí lo necesitamos —intervino con tono apacible Verin—. Son muy pocos los que conocen actualmente los Atajos, y Loial los ha estudiado. Él puede descifrar las Guías.

Alar los miró uno a uno y luego observó a Rand con mayor detenimiento. Daba la impresión de poseer profundos conocimientos; todos los Mayores producían esa sensación, que en ella estaba aún más acentuada.

—Verin afirma que eres *ta'veren* —comentó por fin— y yo lo siento emanar de ti. El hecho de que yo lo perciba significa que lo eres en poderosas dosis, pues dicho talento está debilitándose en nosotros y ya casi es inexistente. ¿Has atraído a Loial, hijo de Arent hijo de Halan, al *ta'maral'ailen*, la urdimbre que el Entramado teje a tu alrededor?

—Yo… yo sólo quiero encontrar el Cuerno y… —Calló, al caer en la cuenta de que Alar no había mencionado la daga de Mat. Ignoraba si Verin les había hablado de ella o la había omitido por alguna razón—. Es mi amigo, Mayor.

—Tu amigo —repitió Alar—. A nuestro entender, es joven. Tú también, pero eres *ta'veren*. Cuidarás de él y, cuando concluya el tejido, te encargarás de que regrese sano y salvo al *stedding* Shangtai.

—Lo haré —le aseguró, con la sensación de contraer un compromiso, de prestar un juramento.

—Entonces iremos a la puerta del Atajo.

Afuera, Loial se puso precipitadamente en pie cuando aparecieron, con Verin y Alar a la cabeza. Ingtar envió a Hurin a buscar a Ino y el resto de los soldados. Loial miró con recelo a los Mayores y luego se situó al lado de Rand al final de la procesión. Las mujeres Ogier que habían estado observándolo se habían ido todas.

—¿Han dicho algo acerca de mí los Mayores? ¿Ha…? —Lanzó una ojeada a la ancha espalda de Alar cuando ésta indicaba a Juin que trajera los caballos. Juin se despidió con una reverencia, y la anciana continuó caminando, inclinando la cabeza para conversar en voz baja con Verin.

—Ha encargado a Rand que cuide de ti —le comunicó Mat con tono solemne— y que se ocupe de que vuelvas a casa a salvo, como una criatura. No entiendo por qué no puedes quedarte aquí y casarte.

—Dijo que puedes venir con nosotros. —Rand asestó una mirada a Mat que le provocó una risa ahogada. Ésta sonó extraña, proviniendo de su rostro escuálido. Loial estaba haciendo girar entre los dedos el tallo de una flor de amor—. ¿Has ido a recoger flores?

—Me la ha dado Erith. —Loial contempló cómo giraban los pétalos—. Es verdaderamente muy hermosa, aun cuando Mat no lo vea así.

—¿Representa eso que ya no quieres venir con nosotros?

—¿Cómo? —Loial dio un respingo—. Oh, no. Sí, quiero decir. Quiero ir. Sólo me ha dado una flor. Solamente una flor. —Sin embargo, sacó un libro del bolsillo y presionó el amaranto bajo la tapa—. Y también me ha dicho que era atractivo —murmuró para sí, en voz tan baja que sólo Rand lo escuchó. Mat soltó un bufido y siguió caminando a trompicones con el cuerpo doblado y agarrándose con las manos los costados. Loial se ruborizó—. Bueno… ha sido ella quien lo ha dicho, no yo.

Perrin golpeó suavemente con los nudillos la coronilla de Mat.

—Nadie ha afirmado jamás que Mat fuera atractivo. Por eso está celoso.

—Eso no es verdad —protestó Mat, enderezándose de repente—. Neysa Ayellan me considera un chico guapo. Me lo ha dicho más de una vez.

—¿Es guapa Neysa? —inquirió Loial.

—Tiene cara de cabra —afirmó Perrin con calma.

Mat se atragantó en su afán por protestar.

Rand sonrió involuntariamente. Neysa era casi tan guapa como Egwene. Y aquello era casi como en los viejos tiempos, casi como si se hallaran de nuevo en casa, bromeando como si no hubiera nada más importante en el mundo que reír y tomar el pelo a los demás.

Mientras cruzaban la ciudad, los Ogier saludaban a la Mayor de más edad, inclinando la cabeza u ofreciéndole una reverencia, y observaban a los humanos con curiosidad. El único detalle que les indicó que habían salido de la población fue la ausencia de terraplenes; todavía había Ogier por los alrededores, examinando árboles y en ocasiones trabajando con azadones, sierras o hachas para desembarazar de ramas muertas los árboles o cortar maleza en lugares donde no recibían suficiente luz solar. Todos se entregaban con ternura a sus tareas.

Juin se reunió con ellos, llevando las monturas por las riendas, y Hurin llegó a caballo con Ino y los otros soldados justo antes de que Alar señalara con la mano la entrada del Atajo.

—Está por allí. —Las bromas se acabaron al instante.

Rand sintió una sorpresa momentánea. Las puertas de los Atajos tenían que estar

fuera del *stedding*, ya que éstos habían sido creados mediante el Poder Único, pero no había notado que hubieran atravesado los límites del *stedding* Tsofu. Entonces advirtió una diferencia: la sensación de haber perdido algo que había experimentado desde que entraron había desaparecido. Aquello le produjo un nuevo sobresalto. El *Saidin* se encontraba de nuevo allí, aguardando.

Alar los condujo hacia un alto roble, tras el cual, en un pequeño claro, se alzaba la gran losa de la puerta, con la parte frontal delicadamente decorada con espesos sarmientos entrelazados y hojas de cientos de plantas distintas. Alrededor del claro los Ogier habían construido un cerco de albardilla que semejaba un círculo de raíces que hubieran crecido allí. Su aspecto inquietó a Rand, el cual tardó un momento en caer en la cuenta de que lo que las piedras imitaban eran raíces de zarzas, escaramujos, ortigas y espinos, el tipo de plantas con las que nadie querría tropezar.

La Mayor se detuvo a corta distancia del cerco.

—La pared es un aviso para cualquiera que se acerque aquí. A decir verdad son pocos los que lo hacen. Personalmente no voy a cruzarla, pero vosotros podéis hacerlo.

Juin, que evitaba posar la mirada en la puerta y no paraba de restregarse las manos, ni siquiera se aproximó tanto como ella.

—Gracias —dijo Verin—. La necesidad es grande o de lo contrario no os lo habría pedido.

Rand notó cómo su tensión iba en aumento cuando la Aes Sedai traspuso la pared y se encaminó a la entrada del Atajo. Loial aspiró profundamente y murmuró para sí. Ino y los restantes soldados bascularon el peso en las sillas y aflojaron las espadas en las vainas. A pesar de que no había nada en los Atajos contra lo que pudiera ser de utilidad un arma, realizaron el ademán para convencerse de que estaban listos para entrar. Sólo Ingtar y la Aes Sedai parecían tranquilos, pues incluso Alar tenía ambas manos crispadas en la falda.

Verin separó la hoja de *Avendesora*, y Rand se inclinó atentamente hacia adelante, experimentando la urgencia de protegerse con el vacío, de hallarse al alcance del *Saidin* si había de recurrir a él.

Las plantas esculpidas en la piedra se agitaron al compás de una brisa que ellos no sentían y las hojas aletearon al tiempo que se abría un resquicio en el centro de la losa y las dos mitades comenzaban a separarse.

Rand observó aquella primera hendidura y advirtió que no había tras ella el opaco reflejo plateado, sino una negrura absoluta.

—¡Cerradla! —gritó—. ¡El Viento Negro! ¡Cerradla!

Verin, estupefacta, volvió a situar la hoja de tres lóbulos entre la variedad de formas vegetales y retiró la mano para retroceder hacia el cercado. Cuando la hoja de *Avendesora* se halló de nuevo en su lugar, la puerta empezó a cerrarse. La rendija

desapareció, uniendo el follaje, ocultando la negra garganta del Machin Shin, y la entrada del Atajo volvió a ser únicamente piedra, a pesar de que las formas en ella grabadas tuvieran una increíble apariencia de realidad.

—Machin Shin —jadeó Alar—. Tan cerca…

—No ha intentado salir —señaló Rand. Juin contuvo una exclamación.

—Ya os dije —puntualizó Verin— que el Viento Negro es una criatura de los Atajos y, por consiguiente, no puede abandonarlos. —Su voz sonaba calmada, pero a pesar de ello se frotaba las manos con la falda. Rand hizo ademán de decir algo, pero no se decidió—. Y sin embargo —prosiguió— me extraña que estuviera ahí. Primero en Cairhien y ahora aquí. Es muy raro. —La mirada que dirigió de soslayo a Rand le produjo un sobresalto. Ésta fue tan rápida que no creyó que alguien más reparara en ella, pero él tuvo la impresión de que había establecido una conexión entre él y el Viento Negro.

—Nunca he oído algo semejante —reconoció lentamente Alar—, que el Machin Shin estuviera esperando en la entrada de un Atajo. Siempre vagaba por los Atajos. Pero ha transcurrido mucho tiempo y tal vez el Viento Negro esté hambriento y confíe en atrapar a algún incauto que entre en un Atajo. Verin, de ningún modo podéis utilizar esta entrada. Y, por más imperativa que sea vuestra urgencia, no puedo decir que lo sienta. Los Atajos pertenecen a la Sombra en la actualidad.

Rand miró ceñudo la puerta del Atajo. «¿Podría estar siguiéndome?» Había demasiados interrogantes sin respuesta. ¿Había Fain ordenado de algún modo al Viento Negro que montara guardia? ¿Y por qué le habría exigido Fain que lo siguiera para luego intentar interceptarle el paso? La única certeza que tenía reposaba en la veracidad del mensaje. Debía ir a la Punta de Toman. Aun cuando encontrasen al día siguiente el Cuerno de Valere y la daga de Mat debajo de un arbusto, él iría de todos modos.

Verin permaneció de pie con la mirada perdida, reflexionando. Mat estaba sentado en la pared con la cabeza entre las manos y Perrin lo observaba con semblante preocupado. Loial parecía contento de no tener que usar el Atajo y en parte avergonzado por el alivio que experimentaba.

—Hemos concluido nuestro cometido aquí —anunció Ingtar—. Verin Sedai, os he seguido hasta aquí en contra de mi opinión, pero ya no puedo continuar haciéndolo. Mi intención es regresar a Cairhien. Barthanes puede decirme adónde se dirigieron los Amigos Siniestros y de algún modo conseguiré arrancarle la verdad.

—Fain fue a la Punta de Toman —insistió Rand, fatigado—. Y el Cuerno y la daga se encuentran en el mismo lugar en que está él.

—Supongo… —Perrin se encogió de hombros con desgana—. Supongo que podríamos probar otra entrada de Atajo, quizás en otro *stedding*.

Loial se frotó la barbilla y se apresuró a responder, como si quisiera compensar el

alivio que le había producido el intento fallido.

—El *stedding* Cantoine se halla justo al norte del rio Iralell y el *stedding* Taijin está más al este, en la Columna Vertebral del Mundo. Sin embargo, la entrada del atajo de Caemlyn, donde estaba la arboleda, se encuentra más próxima, y la de la arboleda de Tar Valon es la más cercana de todas.

—Me temo —objetó Verin con aire ausente— que en cualquier puerta que intentemos trasponer encontraremos al Machin Shin aguardando.

Alar la miró con aire inquisitivo, pero la Aes Sedai no agregó nada audible para los demás. En su lugar murmuró para sus adentros, sacudiendo la cabeza como si sostuviera una discusión consigo misma.

—Lo que necesitamos —sugirió Hurin con timidez— es uno de esos Portales de Piedra. —Miró alternativamente a Alar y a Verin y, como ninguna de ellas le indicara callar, continuó con mayor confianza en la voz—. Lady Selene dijo que los antiguos Aes Sedai habían estudiado esos mundos y que por esa razón sabían cómo crear los Atajos. Y en ese sitio que estuvimos… Bueno, solamente tardamos dos días, o menos, en recorrer más de quinientos kilómetros. Si pudiéramos servirnos de un Portal de Piedra para ir a ese mundo o a otro parecido, en una semana llegaríamos al Océano Aricio y regresaríamos justo en la Punta de Toman. Quizá no sea tan veloz como los Atajos, pero es con mucho una manera de viajar más rápida que a caballo. ¿Qué opináis, lord Ingtar? ¿Lord Rand?

—Lo que sugerís podría servirnos, husmeador —le respondió Verin—, pero hay tantas posibilidades de volver a abrir esta puerta y ver que el Machin Shin se ha ido como de encontrar un Portal de Piedra. El más cercano que conozco está en el Yermo de Aiel. Aunque podríamos regresar a la Daga del Verdugo de la Humanidad, si tú, Rand, o Loial creéis que seréis capaces de volver a encontrar esa Piedra.

Rand miró a Mat. Su amigo había levantado esperanzadamente la cabeza para escuchar. Pocas semanas, había dicho Verin. Si se limitaban a cabalgar rumbo oeste, Mat ya habría muerto cuando llegaran a la Punta de Toman.

—Puedo encontrarla —repuso Rand de mala gana.

Se sentía avergonzado. «Mat va a morir, los Amigos Siniestros tienen el Cuerno de Valere, Fain va a causar daño al Campo de Emond si no voy tras él, y tú tienes miedo de encauzar el Poder. Una vez para ir y otra para retomar. Con dos veces no vas a volverte loco.» Lo que en realidad le inspiraba temor era, no obstante, el anhelo que lo asediaba ante la idea de volver a encauzar el Poder, de saberse henchido de él, de sentirse verdaderamente vivo.

—No lo comprendo —intervino Alar—. Los Portales de Piedra no han sido utilizados desde la Era de Leyenda. No creía que hubiera alguien que supiera cómo usarlos.

—El Ajah Marrón conoce muchas cosas —explicó lacónicamente Verin— y yo sé

cómo pueden usarse las Piedras.

—Ciertamente existen prodigios en la Torre Blanca que no alcanzamos a imaginar —comentó la Mayor—. Pero, si podéis utilizar un Portal de Piedra, no es preciso que cabalguéis hasta la Daga del Verdugo de la Humanidad. Hay una Piedra no lejos de donde nos hallamos.

—La Rueda gira según sus propios designios y el Entramado provee lo necesario. —El aire distraído desapareció como por ensalmo del rostro de Verin—. Llevadnos a ella —solicitó vivamente—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

37



El reino de lo posible

Alar se alejó con porte digno de la puerta del Atajo, en contraste con la evidente ansiedad que mostraban por alejarse de ella. Mat miraba al frente con vehemencia y Hurin parecía confiado, mientras que Loial tenía visos de estar más preocupado por la posibilidad de que Alar cambiase de opinión acerca de su partida que por otra cosa. Rand no apresuró el paso mientras tiraba de las riendas de Rojo, pues abrigaba la sospecha de que Verin no se proponía hacer uso de la Piedra por ella misma.

La gris columna de piedra se erguía cerca de un haya de treinta metros de altura y tres de diámetro, que Rand habría considerado como un ejemplar de excepcional tamaño de no haber visto antes los Grandes Árboles. No había ninguna valla de aviso allí; únicamente algunas florecillas silvestres que asomaban entre el espeso mantillo de hojas del bosque. El Portal de Piedra estaba roído por la intemperie, pero los símbolos que lo cubrían eran todavía descifrables.

Los soldados shienarianos se dispersaron formando un holgado círculo en torno a la Piedra y a los que iban a pie.

—Lo pusimos en pie —explicó Alar— cuando lo encontramos hace muchos años, pero no lo movimos. Parecía… que se resistiera a cambiar de lugar. —Se encaminó directamente a él y apoyó su gran mano en la piedra—. Siempre lo he considerado un símbolo de lo que se ha perdido, de lo que ha caído en el olvido. En la Era de Leyenda habrían podido estudiarlo y comprender su funcionamiento. Para nosotros, en cambio, no es más que una piedra.

—Más que eso, confío. —La voz de Verin era cada vez más animada—. Mayor, os agradezco vuestra ayuda. Excusad la falta de formalidad de nuestra despedida, pero la Rueda no detiene su curso por ninguna mujer. Al menos no perturbaremos más la paz de vuestro *stedding*.

—Hicimos regresar a los albañiles de Cairhien —replicó Alar—, pero aun así nos mantenemos al corriente de lo que sucede en el mundo. Falsos Dragones, la Gran

Cacería del Cuerno… Lo oímos y seguimos con nuestras plácidas vidas. No creo que el Tarmon Gai'don nos permita seguir haciéndolo. Adiós, Aes Sedai. Adiós a todos y que la mano del Creador os dé cobijo. —Se detuvo para dedicar una breve ojeada a Loial y una última mirada admonitoria a Rand antes de desaparecer entre los árboles, seguida por Juin.

Se oyeron crujir las sillas con los nerviosos movimientos de los soldados. Ingtar recorrió con la mirada el círculo que componían.

—¿Es esto necesario, Verin Sedai? Aun cuando sea factible… Ni siquiera sabemos si los Amigos Siniestros se han llevado realmente el Cuerno a la Punta de Toman. Sigo pensando que puedo conseguir que Barthanes…

—Aun cuando no tengamos la certeza —lo atajó suavemente Verin—, la Punta de Toman es un lugar tan adecuado como cualquier otro para proseguir nuestra búsqueda. En más de una ocasión os he oído afirmar que cabalgaríais hasta Shayol Ghul para recobrar el Cuerno. ¿Acaso os echáis atrás ahora? —Señaló la Piedra situada bajo la lisa corteza del árbol.

—Yo no me arredro ante nada —contestó Ingtar, irguiendo la espalda—. Llevadnos a la Punta de Toman o a Shayol Ghul y, si allí está el Cuerno, os seguiré.

—Eso está muy bien, Ingtar. Ahora, Rand, tú has sido transportado por un Portal de Piedra más recientemente que yo. Ven. —Le hizo señal de acercarse y él condujo a Rojo hacia la Piedra.

—¿Habéis utilizado un Portal de Piedra? —preguntó Rand, mirando por encima del hombro para cerciorarse de que nadie estuviera suficientemente cerca para oírlos —. Entonces no me necesitáis —concluyó con un suspiro de alivio.

—Jamás he usado una Piedra —aclaró con voz calma Verin—. Por eso dije que tú lo has hecho más recientemente que yo. Soy perfectamente consciente de mis limitaciones. Sería destruida antes de haber encauzado el Poder suficiente para activar un Portal de Piedra. Pero dispongo de algunos conocimientos al respecto que te servirán de ayuda.

—Pero yo no sé nada. —Rodeó la columna, mirándola de arriba abajo—. Lo único que recuerdo es el símbolo que representa nuestro mundo. Selene me lo enseñó, pero no lo veo aquí.

—Desde luego que no, porque ésta es una piedra ubicada en nuestro mundo, y los símbolos sirven para viajar a otro mundo. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué no daría yo por hablar con esa chica? O mejor dicho, por poner las manos en ese libro suyo. Existe la creencia generalizada de que del Desmembramiento no se salvó ninguna copia íntegra de Los espejos de la Rueda. Serafelle siempre me dice que hay más libros perdidos de los que imagino, esperando a que alguien los localice. Bien, es inútil preocuparse ahora por eso. Sé algunas cosas. Los Símbolos de la mitad superior de la Piedra representan los mundos. No todos los mundos posibles, claro está. Al

parecer, no todas las Piedras conectan a la totalidad de los mundos, y los Aes Sedai de la Era de Leyenda creían que había más mundos inaccesibles por medio de las Piedras. ¿No ves nada que te despierte un recuerdo?

—Nada. —Si encontrara el símbolo correcto, podría utilizarlo para localizar a Fain y el Cuerno, para salvar a Mat, para impedir que Fain causara daño a las gentes del Campo de Emond. Asimismo, de encontrarlo, habría de entrar en contacto con el *Saidin*. Quería salvar a Mat y detener a Fain, pero no deseaba tocar el *Saidin*. Temía encauzar el Poder y, a un tiempo, lo ansiaba como ansía comer un muerto de hambre —. No recuerdo nada.

Verin exhaló un suspiro.

—Los símbolos de la parte inferior indican Piedras de otros parajes. Si conocieras el funcionamiento, podrías trasladarnos, no a esta misma Piedra en otro mundo, sino a una de esas otras de ahí, o incluso a una de este mundo. Era algo similar a Viajar, pero de la misma manera que nadie recuerda cómo Viajar, nadie recuerda tampoco el funcionamiento de esto. Sin dicho conocimiento, el hecho de intentarlo podría acarrear nuestra destrucción. —Apuntó a dos sinuosas líneas paralelas cruzadas por un curioso trazo, grabadas en la base de la columna—. Eso indica una Piedra de la Punta de Toman. Es una de las Piedras cuyos símbolos conozco, la única de las cuales he visitado. Y lo que aprendí… después de soportar las nieves en las Montañas de la Niebla y atravesar medio congelada el llano de Almoth puede resumirse en nada. ¿Juegas a dados o cartas, Rand al'Thor?

—Mat es el jugador. ¿Por qué?

—Sí. Bueno, creo que vamos a dejarlo al margen de esto. Hay otros signos que reconozco.

Con un dedo recorrió el contorno de un rectángulo que contenía ocho dibujos muy parecidos, un círculo y una flecha, en la mitad de los cuales la flecha se hallaba en el interior del círculo mientras que en los otros su punta atravesaba la circunferencia. Las flechas apuntaban a izquierda, derecha, arriba y abajo, y alrededor de cada una de las circunferencias había una línea, distinta en cada caso, que Rand tomó por una inscripción, a pesar de estar trazada en un alfabeto desconocido para él, formado por líneas curvadas que repentinamente se convertían en angulosos ganchos para adoptar nuevamente su tendencia sinuosa.

—Al menos —prosiguió Verin—, sé algo sobre ellos. Cada uno simboliza un mundo, cuyo estudio permitió finalmente la creación de los Atajos. Éstos no son todos los mundos estudiados, pero sí los únicos cuyos símbolos conozco. Y aquí es donde comienza el juego. Ignoro cómo es cualquiera de esos mundos. Se cree que hay unos en los que un año dura sólo un día y otros en los que un día dura un año. Se supone que existen algunos donde pereceríamos solamente con respirar su aire y otros donde el sentido de lo real es tan intangible que uno puede perder la cabeza. No

quiero imaginar lo que pasaría si nos encontráramos en uno ellos. Debes escoger. Como diría mi padre, ha llegado el momento de lanzar el dado.

Rand contemplaba las líneas, sacudiendo la cabeza.

—Podría ocasionar la muerte de todos, si eligiera mal.

—¿No estás dispuesto a correr ese riesgo? ¿Por el Cuerno de Valere? ¿Por Mat?

—¿Por qué anheláis tanto correrlo vos? Ni siquiera sé si soy capaz de hacerlo. No… surte efecto siempre que lo intento. —Sabía que nadie se había acercado, pero de todas maneras miró en derredor. Todos aguardaban en un holgado círculo alrededor de la Piedra, mirando, pero no lo bastante próximos para escucharlos—. A veces el *Saidin* está simplemente ahí. Lo noto, pero daría igual que estuviera en la luna porque no puedo tocarlo. E incluso si funciona, ¿qué ocurrirá si nos trasladamos a un lugar donde no podemos respirar? ¿De qué le servirá a Mat? ¿O al Cuerno?

—Tú eres el Dragón Renacido —aseveró tranquilamente la mujer—. Oh, cabe la posibilidad de que mueras, pero no creo que el Entramado te deje perecer hasta que haya terminado de tejer sus hilos en torno a ti. Por otra parte, la Sombra acecha ahora en el Entramado y ¿quién puede prever de qué manera afecta su urdimbre? Lo único que puedes hacer es seguir tu destino.

—Yo soy Rand al'Thor —gruñó—. No soy el Dragón Renacido. No pienso ser un falso Dragón.

—Eres lo que eres. ¿Vas a elegir o piensas quedarte aquí plantado hasta que muera tu amigo?

Rand oyó cómo le rechinaban los dientes y disminuyó la presión de la mandíbula. Por lo que a él respectaba, los símbolos hubieran podido ser todos iguales, y la inscripción, el arañazo de una pata de gallina. Al fin escogió uno, con una flecha que apuntaba a la izquierda porque ésa era la dirección en que se hallaba la Punta de Toman, una flecha que atravesaba el círculo porque había abierto un camino en busca de la libertad, tal como él deseaba. Tenía ganas de reír; unos detalles tan insignificantes iban a decidir el destino de sus vidas.

—Aproximaos más —ordenó Verin a los demás—. Será mejor que estéis más cerca. —Obedecieron sin apenas vacilar—. Es hora de comenzar —añadió cuando se reunieron a su alrededor.

Se echó la capa atrás y puso las manos en la columna, pero Rand vio cómo lo miraba por el rabillo del ojo. Era consciente de las toses nerviosas y los carraspeos de los hombres, de la maldición proferida por Ino a alguien que se había quedado rezagado, de un desalentado chiste de Mat, de la manera ruidosa como Loial tragaba saliva. Se envolvió con el vacío.

Esta vez fue muy sencillo. La llama consumió el miedo y las pasiones y desapareció casi antes de que se propusiera invocar su imagen, dejando únicamente la vacuidad y el rutilante *Saidin*, nauseabundo, atormentador, mareante, seductor. Se

abrió a él… y éste lo hinchió, lo colmó de vida. No movió ni un músculo, pero sintió como si estuviera temblando a causa del flujo del Poder que lo recorría. El símbolo se formó solo, una flecha atravesando un círculo, flotando más allá del vacío, tan duro como la materia sobre la que estaba labrado. Dejó que el Poder único manara de él hacia el símbolo.

El símbolo osciló, tembló.

—Algo está ocurriendo —anunció Verin—. Algo…

El mundo tembló.

La cerradura de hierro cayó rodando por el suelo de la granja, y Rand arrojó la ardiente hervidora del té a la cabeza con cuernos de macho cabrío de una enorme figura que se recortó bajo el dintel, sobre el fondo de la oscura Noche de Invierno.

—¡Corre! —gritó Tam. Después arremetió con la espada y alcanzó al trolloc, pero éste consiguió arrastrarlo con él en su caída.

En la puerta se agolpaban otras criaturas con negras mallas y rostros humanos deformados con hocicos, picos y cuernos, que hicieron girar sus puntiagudas hachas manchadas de sangre y atacaron a Tam con espadas extrañamente curvadas mientras éste trataba de levantarse.

—¡Padre! —gritó Rand.

Desenvainó el cuchillo que llevaba al cinto, se precipitó a socorrer a su padre, y un nuevo grito brotó de su garganta cuando la primera estocada le atravesó el pecho.

La sangre manaba a borbotones de su boca, y una voz susurraba en el interior de su cabeza: «He vuelto a ganar, Lews Therin».

Un destello…

Rand porfiaba por retener el símbolo, vagamente consciente de la voz de Verin.

—… no es…

El Poder lo desbordaba como el cauce de un río una crecida.

Un destello…

Rand llevaba una existencia feliz después de casarse con Egwene e intentaba no caer presa de la melancolía cuando daba en pensar que debería haber vivido algo más, algo diferente. Las noticias del mundo exterior llegaban a Dos Ríos con los buhoneros y los mercaderes que acudían a comprar lana y tabaco, y siempre referían nuevos conflictos, que protagonizaban los falsos Dragones surgidos por doquier. Llegó un año en que ni los mercaderes ni los buhoneros los visitaron y a su regreso anunciaron que los ejércitos de Artur Hawkwing, o, más exactamente, de sus descendientes, habían retornado. Las antiguas naciones se habían desgajado, decían, y los nuevos dueños del mundo, que utilizaban Aes Sedai encadenadas en las batallas, habían derruido la Torre Blanca y regado con sal el suelo donde se asentaba Tar Valon. Ya no quedaban Aes Sedai.

Todo ello apenas modificaba el curso de las cosas en Dos Ríos. Todavía había que seguir sembrando los campos, esquilando ovejas y criando corderos. Tam tuvo nietos y nietas que hacer saltar sobre las rodillas antes de ser enterrado junto a su esposa, y la vieja granja se amplió con nuevas habitaciones. Egwene se convirtió en la Zahorí y, según la opinión generalizada, era aún más hábil de lo que había sido la anterior, Nynaeve al'Meara. Seguramente los lugareños estaban en lo cierto, pero las curas que habían surtido efectos milagrosos sobre los otros apenas si lograban preservar la vida de Rand contra las enfermedades que constantemente parecían amenazarla. Fue tornándose cada vez más sombrío y huraño, atormentado por la idea de que ésa no era la vida que debía haber llevado. Egwene se asustaba cuando lo aquejaba el mal humor, pues cuando se hallaba en tal estado solían ocurrir cosas extrañas —tormentas que ella no había detectado al escuchar el viento, incendios en el bosque—, pero ella lo amaba y cuidaba de él y mantenía a raya sus accesos de locura, aun cuando algunos murmuraran que Rand al'Thor no estaba en sus cabales y era peligroso.

Tras su muerte, pasó largas horas solo, sentado junto a su tumba, anegando de lágrimas su barba moteada de gris. Las enfermedades regresaron y él iba consumiéndose; perdió los dos últimos dedos de la mano derecha y uno del pie, sus orejas parecían cicatrices, y los hombres comentaban entre murmullos que olía a podrido. Su estado de ánimo era cada vez más lúgubre.

Sin embargo, cuando las espantosas noticias llegaron a Dos Ríos, nadie se negó a aceptarlo a su lado. Trollocs, Fados y seres desconocidos habían abandonado en tropel la Llaga y los nuevos amos del mundo eran incapaces de contenerlos a pesar del inmenso poder que tenían. Entonces Rand tomó el arco que aún podía disparar con los dedos que le restaban y partió cojeando con quienes marchaban a la orilla norte del río Taren, hombres procedentes de todos los pueblos, granjas y moradas de Dos Ríos, armados con arcos, hachas, jabalinas y espadas que habían permanecido guardadas, oxidándose, en los desvanes. Rand llevaba una espada también, con una garza en la hoja, que había encontrado tras la muerte de Tam, si bien ignoraba cómo había de manejarla. Las mujeres los acompañaron, cargando con todo tipo de armas que hallaron a su alcance. Algunos reían, comentando que tenían la extraña sensación de que ya habían hecho lo mismo anteriormente.

Y en el Taren las gentes de Dos Ríos se enfrentaron a los invasores, interminables hileras de trollocs capitaneados por personajes de pesadilla, los Fados, bajo un estandarte tan negro que parecía absorber la luz. Al ver el pendón, Rand creyó que la locura había hecho nuevamente presa en él, pues se le antojó que aquélla era la finalidad de su vida, combatir esa insignia. Disparó todas las flechas contra ella, con el curso certero que permitían su pericia y el vacío, sin inmutarse por los trollocs que se abrían paso hacia el río ni por los hombres y mujeres que agonizaban a su alrededor. Fue uno de esos trollocs quien lo traspasó, antes de adentrarse corriendo en

Entre Ríos en busca de sangre. Y mientras yacía a orillas del Taren, contemplando el cielo que el crepúsculo oscurecía, con la respiración cada vez más débil, oyó una voz que decía: «He vuelto a ganar, Lews Therin».

Un destello.

El círculo y la flecha se retorcieron, formando ondulantes líneas paralelas que él apartó con esfuerzo de su mente.

—… bien. Algo… —Era la voz de Verin.

El Poder lo poseía con furia.

Un destello…

Tam trató de consolar a Rand cuando Egwene cayó enferma y pereció justo una semana antes de su boda. Nynaeve también lo intentó, pero ella misma se hallaba muy afectada, puesto que a pesar de toda su habilidad curativa no tenía noción de qué era lo que había conducido a la muerte a la muchacha. Rand había permanecido sentado fuera de la casa de Egwene mientras ella agonizaba y no parecía haber ningún lugar en el Campo de Emond adonde ir en el cual dejara de oír sus gritos. Sabía que no podía quedarse allí. Tam le entregó una espada con la marca de la garza y a pesar de no darle una explicación muy verosímil acerca de la manera como un arma de esa categoría había ido a parar a manos de un pastor de Dos Ríos, le enseñó a utilizarla. El día en que partió Rand, Tam le entregó una carta que, a su decir, podría servirle de ayuda si quería enrolarse en el ejército de Illian, lo abrazó y dijo:

—Nunca tuve otro hijo ni deseé tenerlo. Regresa con una esposa como lo hice yo, a ser posible, pero regresa de todos modos.

En Baerlon le robaron el dinero y la carta de recomendación, estuvo a punto de quedarse sin espada, y conoció a una mujer llamada Min que le dijo unas cosas tan alocadas sobre él mismo que finalmente abandonó la ciudad para alejarse de ella. Su vagabundeo lo condujo a Caemlyn, donde su pericia en el manejo de la espada le permitió ocupar un puesto en la guardia real. A veces contemplaba a la heredera del trono, Elayne, y en tales ocasiones le asaltaba la curiosa sensación de que ésa no era la existencia que supuestamente había de llevar, de que su vida debía tener otro contenido. Elayne, por supuesto, no le prestaba ninguna atención. Se casó con un príncipe de Taren, aun cuando éste no pareció hacerla feliz. Rand era un simple soldado, antaño un pastor de un pequeño pueblo tan apartado en los confines occidentales del reino que únicamente las líneas de los mapas lo conectaban todavía con Andor. Además, tenía mala reputación, como hombre que padecía violentos arrebatos de furia.

Algunos afirmaban que estaba loco, y en épocas normales tal vez ni su habilidad

como espadachín lo hubiera salvado de ser expulsado del cuerpo de guardia, pero aquéllos eran tiempos malos. Los falsos Dragones prosperaban como las malas hierbas. Cada vez que reducían a uno, surgían varios más que se proclamaban, hasta el punto de que la guerra se abatió sobre todas las naciones. Y la estrella de Rand remontó altura, pues había averiguado el secreto de su locura, un secreto que sabía debía guardar para sí: era capaz de encauzar el Poder. Siempre había lugares y ocasiones, en una batalla, en que un discreto uso del Poder, lo bastante insignificante para no ser advertido entre la confusión, contribuía a su buena suerte. A veces no lograba conseguir resultados, pero en general tenía éxito. Sabía que no estaba en su juicio y ello lo tenía sin cuidado. Entonces se vio aquejado de una corrosiva enfermedad, que tampoco lo inquietó, como no preocupó a nadie más, pues habían recibido noticias de que los ejércitos de Artur Hawkwing habían regresado para reclamar la tierra.

Rand iba a la cabeza de un millar de hombres cuando las guardias reales cruzaron las Montañas de la Niebla —ni se le ocurrió desviarse para visitar Dos Ríos, pues por aquel entonces apenas se acordaba de su región— y fue él quien capitaneó la guardia cuando sus quebrantados supervivientes se retiraron atravesando las mismas cumbres. Recorrió todo Andor luchando entre hordas de refugiados que huían de sus tierras y cuando llegó a Caemlyn, muchos de sus habitantes la habían abandonado ya y eran muchas las voces que aconsejaban que el ejército retrocediera en sus posiciones, pero Elayne, que era la reina entonces, juró no salir de Caemlyn. A pesar de que ella ni siquiera fijó la mirada en su cara ulcerada, marcada por las cicatrices de su enfermedad, él no podía dejarla y, de ese modo, lo que restaba de la guardia real se preparó para defender a la soberana mientras su pueblo huía.

El Poder acudió a él en el transcurso de la batalla en que se jugaba la suerte de Caemlyn y con él arrojó rayos y fuego a los invasores y abrió la tierra bajo sus pies y, sin embargo, volvió a invadirlo el sentimiento de que él había nacido para cumplir otro destino. A pesar de sus hazañas, los enemigos superaban con creces su número y ellos también disponían de mujeres capaces de encauzar el Poder. Al final, un relámpago lo arrancó de la muralla de palacio y allá en el suelo, sangrando, con los huesos rotos y lleno de quemaduras, respirando ruidosamente con los últimos estertores, oyó una voz que susurraba: «He vuelto a ganar, Lews Therin».

Un destello…

Rand forcejeaba por mantener el vacío, vacilante ante las embestidas del mundo que aparecía y se esfumaba intermitentemente, por retener el símbolo mientras un millar de ellos pasaban vertiginosamente junto a la superficie del vacío. Porfió por centrarse en una sola imagen.

—¡… no es éste! —gritó Verin.

No había nada fuera del Poder.

Un destello…, un destello… un destello…

Era un soldado. Era un pastor. Era un mendigo, y un rey. Era granjero, juglar, marino, carpintero. Había nacido, vivido y muerto como un Aiel. Murió loco, murió descomponiéndose, murió de una enfermedad, en un accidente, de vejez. Lo ejecutaron y las multitudes vociferaban celebrando su muerte. Se había proclamado como Dragón Renacido y había hecho ondear su estandarte en el cielo; rehuyó el Poder y se ocultó; vivió y murió sin saberlo. Mantuvo a raya la locura y la enfermedad durante años; sucumbió a ellas en los meses transcurridos entre dos inviernos. A veces Moraine llegaba y se lo llevaba solo o con sus amigos que habían sobrevivido a la Noche de Invierno; otras no aparecía. En ocasiones era otra la Aes Sedai que iba a buscarlo, en algunas del Ajah Rojo. Egwene se casó con él; Egwene, con semblante severo y la estola de la Sede Amyrlin, encabezó a las mujeres que lo amansaron; Egwene, con lágrimas en los ojos, le clavó una daga en el corazón y él le dio las gracias al morir. Amó a otras mujeres, se casó con otras. Elayne, Min y la rubia hija de un granjero que conoció de camino a Caemlyn, y mujeres que nunca había visto antes. Vivió todas esas vidas. Un centenar de vidas. Más. Tantas que no podía contarlas. Y al final de cada una de ellas, mientras yacía agonizante, cuando exhalaba el último hálito de vida, una voz le susurraba al oído: «He vuelto a ganar, Lews Therin».

Destello destello destello destello destello destello destello destello.

El vacío se desvaneció y el *Saidin* se separó de él, y entonces Rand cayó tan estrepitosamente que se habría quedado sin resuello de no haberse encontrado ya medio aturdido. Notó la tosquedad de la piedra bajo las mejillas y en las manos. Estaba fría.

Vio a Verin, postrada en el suelo tratando de incorporarse. Oyó que alguien vomitaba y alzó la cabeza. Ino estaba arrodillado, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Todos estaban por los suelos y los caballos permanecían temblorosos, con las piernas rígidas y los ojos en blanco. Ingtar tenía la espada desenvainada y la mirada perdida, y apretaba con tanta fuerza la empuñadura que la hoja temblaba. Loial estaba sentado con las piernas extendidas, conturbado y con los ojos muy abiertos. Mat estaba hecho un ovillo, rodeando la cabeza con los brazos, y Perrin se clavaba los dedos en la cara como si quisiera arrancar de sí lo que había visto o quizá los ojos que habían sido testigos de aquello. Ninguno de los soldados presentaba mejor aspecto. Masema sollozaba y Hurin miraba en derredor como si quisiera echar a correr.

—¿Qué…? —Rand se detuvo para tragar saliva. Estaba tendido sobre una áspera piedra, medio enterrada—. ¿Qué ha pasado?

—Una oleada de Poder único. —La Aes Sedai se puso trabajosamente en pie y se arrebujó en la capa, estremeciéndose—. Ha sido como si hubiéramos sido forzados… impulsados… Parecía como si hubiera surgido de la nada. Debes aprender a controlarlo. ¡Es imprescindible! Esa cantidad de Poder podría reducirte a cenizas.

—Verin, he… he vivido… Era… —Advirtió que la piedra sobre la que se encontraba era redondeada. El Portal de Piedra. Temblando, se levantó precipitadamente—. Verin, he vivido y he muerto no sé cuántas veces. Y en cada una todo era distinto, pero yo era el mismo. Era yo.

—Las líneas que unen los mundos de lo posible, trazadas por aquellos que conocían los Números del Caos. —Verin se estremeció; parecía hablar para sí—. Nunca he oído hablar de algo así, pero no hay razón por la que no hubiéramos podido nacer en esos mundos y, sin embargo, las vidas que llevaríamos serían diferentes. Por supuesto. Vidas diferentes para las distintas formas que hubiera podido adoptar la realidad.

—¿Es eso lo que ha pasado? ¿Yo… nosotros hemos visto lo que hubieran podido ser nuestras vidas? —«He vuelto a ganar, Lews Therin. ¡No! ¡Yo soy Rand al'Thor!»

Verin enfocó la mirada hacia él.

—¿Te sorprende que tu vida habría podido ser diferente si hubieras efectuado distintas elecciones, o te hubieran ocurrido otras cosas? Aunque nunca pensé que yo… Bueno. Lo importante es que estamos aquí. Aun cuando no de la manera prevista.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Los bosques del *stedding* Tsofu habían sido sustituidos por ondulantes llanuras. Le parecía distinguir árboles en el horizonte de poniente y unas cuantas colinas. Era mediodía cuando se habían reunido en torno a la Piedra del *stedding*, pero allí el sol se encontraba bajo, recortado en un cielo gris. Los pocos árboles cercanos tenían las ramas desnudas o sólo conservaban algunas hojas de vivos colores. Por el oeste llegaban frías ráfagas de viento, que barrían la hojarasca del suelo.

—En la Punta de Toman —respondió Verin—. Ésta es la Piedra que visité. No debieras haber intentado traernos directamente aquí. No sé qué ha fallado, ni creo que llegue a saberlo nunca, pero, a juzgar por los árboles, diría que nos encontramos a finales de otoño. Rand, no hemos ganado tiempo. Lo hemos perdido. Me parece que hemos tardado cuatro meses en llegar aquí.

—Pero, yo no…

—Debes dejar que te guíe en estas cosas. No puedo enseñarte, es cierto, pero tal vez pueda al menos evitar que te mates… y que de paso acabes con el resto de nosotros por sobrecargarte de Poder. Aun cuando no halles la muerte, si el Dragón Renacido consume su fuerza como una vela acabada, ¿quién se enfrentará al Oscuro

entonces? —Se alejó hacia Ingtar, sin darle ocasión de formular protesta alguna.

El shienariano se sobresaltó cuando la Aes Sedai le tocó el brazo y levantó hacia ella una mirada delirante.

—Sigo la senda de la Luz —dijo con voz ronca—. Encontraré el Cuerno de Valere y acabaré con el poder de Shayol Ghul. ¡Lo haré!

—Desde luego que sí —lo apaciguó Verin. Le tomó la cara entre las manos y él espiró súbitamente, recobrándose de repente del estado en que se hallaba. Sus ojos, no obstante, todavía reflejaban el recuerdo de una pesadilla—. Bien —agregó—, con esto bastará. Voy a ver qué puedo hacer por los demás. Puede que aún recuperemos el Cuerno, pero el camino a seguir continúa igual de empinado.

Cuando se dirigió a los otros, junto a cada uno de los cuales se detuvo brevemente, Rand se acercó a sus amigos. Al intentar incorporar a Mat, éste dio una sacudida, se quedó mirándolo y después le agarró la chaqueta con ambas manos.

—Rand, nunca le contaré a nadie lo… lo tuyo. No te traicionaré. ¡Debes creerme! —Tenía un aspecto mucho peor que el habitual, el cual Rand atribuyó en gran parte al miedo.

—Lo sé —respondió Rand, preguntándose qué vidas habría vivido Mat y qué habría hecho en ellas. «Debe de habérselo dicho a alguien, si no no estaría tan angustiado con eso.» No podía guardarle ningún rencor por ello, puesto que no había sido el propio Mat sino otras manifestaciones de su persona quienes lo habían traicionado. Además, después de algunas de las variantes que había visto de sí mismo… —. Te creo. ¿Perrin?

El joven de pelo rizado apartó las manos de la cara con un suspiro. Su frente y mejillas presentaban rojas marcas donde se había clavado las uñas y sus amarillos ojos encubrían sus pensamientos.

—No disponemos de muchas alternativas en realidad, ¿no es así, Rand? Ocurra lo que ocurra, hagamos lo que hagamos, hay cosas que apenas varían. —Volvió a espirar largamente—. ¿Dónde estamos? ¿Es éste uno de esos mundos de los que hablabais tú y Hurin?

—Es la Punta de Toman —le comunicó Rand—. En nuestro mundo. O al menos eso es lo que dice Verin. Y estamos en otoño.

—¿Cómo es…? —Mat parecía preocupado—. No, no quiero saber cómo ha sucedido. Pero ¿cómo vamos a encontrar ahora a Fain y la daga? A estas alturas podría estar en cualquier sitio.

—Está aquí —le aseguró Rand .

Esperaba estar en lo cierto. Fain había tenido tiempo para embarcarse hacia el lugar que le placiera; para ir cabalgando hasta el Campo de Emond, o a Tar Valon. «Por favor, Luz, que no se haya cansado de esperar. Si ha ocasionado algún daño a Egwene o a cualquiera del Campo de Emond, le voy a… Luz, caramba, yo he

intentado llegar a tiempo.»

—Las ciudades más pobladas de la Punta de Toman se encuentran todas hacia el oeste —anunció Verin en voz alta. Todos se hallaban ya de pie, salvo Rand y sus dos amigos, a quienes se aproximó la Aes Sedai para imponer las manos a Mat mientras seguía hablando—. No es que haya muchos pueblos lo bastante grandes para recibir el nombre de ciudades. Si hemos de hallar algún rastro de los Amigos Siniestros, es mejor iniciar la búsqueda por el oeste. Y no creo que debamos desperdiciar la Luz del día sentados aquí.

Cuando Mat pestañeó y se levantó, con mala cara todavía pero con agilidad, Verin puso las manos sobre Perrin. Rand retrocedió cuando hizo ademán de tocarlo.

—No seas tonto —le dijo.

—No quiero vuestra ayuda —replicó con calma—. Ni la de ninguna Aes Sedai.

—Como quieras. —Esbozó una mueca.

Montaron de inmediato y cabalgaron hacia poniente, dejando tras de sí el Portal de Piedra. Nadie protestó por ello y Rand menos que nadie. «Luz, haz que no llegue demasiado tarde.»

38



Prácticas

Sentada con las piernas cruzadas sobre su lecho con un vestido blanco, Egwene trazaba dibujos con tres diminutas bolas de luz que brotaban de su mano. En principio no debía hacer eso sin que hubiera como mínimo una Aceptada supervisándola, pero Nynaeve, que caminaba arriba y abajo junto a la chimenea, con la mirada encendida, llevaba en fin de cuentas el anillo con la serpiente que se daba a las Aceptadas y su vestido blanco tenía por encima del dobladillo las cintas de colores, aun cuando no le fuera permitido aún impartir enseñanzas. Y Egwene había descubierto a lo largo de aquellas últimas trece semanas que era incapaz de resistir. Ahora sabía cuán fácil era entrar en contacto con el *Saidar*. Siempre lo notaba allí, esperándola, como el aroma de un perfume o el tacto de la seda, incitándola, atrayéndola. Y, en cuanto lo había tocado, raramente podía dejar de encauzar o, al menos, tratar de hacerlo. Sus intentos resultaban fallidos con igual proporción que los logros obtenidos, pero eso solamente servía para espolearla.

A menudo la asustaba su intensa ansia de encauzar el Poder y lo miserable y vacía que se sentía cuando no lo hacía, en comparación con el estado que alcanzaba en contacto con el Poder. Deseaba absorberlo todo, a pesar de las advertencias acerca del peligro de consumir su capacidad, y era ese deseo lo que más temor le inspiraba. En ocasiones lamentaba haber ido a Tar Valon. Sin embargo, el miedo no llegaba a contenerla durante mucho tiempo, como tampoco lo hacía el temor a ser sorprendida por una Aes Sedai o por una de las Aceptadas que ocupaban el mismo rango que Nynaeve.

En su propia habitación se hallaba, no obstante, a buen recaudo. Min estaba allí, mirándola, sentada en un taburete de tres patas, pero la conocía lo suficiente para saber que no la denunciaría. Se consideraba afortunada por haber hecho dos buenas amistades desde su llegada a Tar Valon.

Era una pequeña estancia sin ventanas, igual que los dormitorios de todas las novicias. En tres cortas zancadas Nynaeve ya había recorrido el trecho que mediaba

de pared a pared; la habitación de Nynaeve era mucho más espaciosa, pero, como no había trabado amistad con ninguna de las Aceptadas, iba a la de Egwene cuando necesitaba hablar con alguien e incluso cuando, como era ahora el caso, tenía el ánimo taciturno. El pequeño fuego del estrecho hogar mantenía a raya los primeros fríos otoñales, aunque Egwene dudaba si bastaría para caldear el recinto en invierno. Una pequeña mesa de escritorio completaba el mobiliario, y todas sus pertenencias colgaban en una hilera de ganchos de la pared o descansaban en el corto estante situado sobre la mesa. Las novicias solían estar demasiado ocupadas para pasar mucho tiempo en la habitación, pero ése era un día libre, el tercero del que disfrutaba desde que había llegado a la Torre Blanca en compañía de Nynaeve.

—Elsa miraba hoy muy acaramelada a Galad mientras practicaba con los Guardianes —comentó Min, inclinando el taburete hasta dejarlo apoyado en dos de sus patas.

Las pequeñas bolas tropezaron un instante sobre las manos de Egwene.

—Puede mirar a quien quiera —replicó Egwene con tono despreocupado—. No veo por qué iba a interesarme a mí.

—Por nada, supongo. Es extraordinariamente atractivo, si una no repara en su rigidez. Es muy agradable charlar con él, sobre todo cuando no lleva la camisa puesta.

Las bolas se pusieron a girar furiosamente.

—Lo que es yo no tengo ningún deseo de contemplar a Galad, con camisa o sin ella.

—No debería fastidiarte —confesó, contrita, Min—. Lo siento. Pero la verdad es que te gusta admirarlo, y no me mires con esa cara, al igual que a casi todas las mujeres de la Torre Blanca que no sean Rojas. He visto Aes Sedai en los patios de prácticas cuando está realizando figuras, sobre todo Verdes. Para supervisar a sus Guardianes, según ellas, pero no veo tantas cuando Galad no está. Incluso las cocineras y las criadas salen para mirarlo.

Las bolas se detuvieron de pronto y Egwene se quedó mirándolas un momento. Después se esfumaron y ella soltó repentinamente una risita.

—Es bien parecido, ¿verdad? Incluso cuando camina parece como si bailara. —El color rosado de sus mejillas subió de tono—. Sé que no debería mirarlo, pero no puedo evitarlo.

—Yo tampoco —reconoció Min— y eso que veo cómo es.

—Pero ¿no es bueno…?

—Egwene, Galad es tan bueno que te haría arrancarte los pelos. Heriría a una persona con tal de servir a una gran causa. Ni siquiera se daría cuenta de a quién hacía daño porque estaría absorto por completo en lo otro, pero, si lo hiciera, esperaría que lo comprendieran y lo consideraran como algo correcto.

—Supongo que lo sabes de buena tinta.

Egwene había observado la habilidad de Min para mirar a la gente y leer todo tipo de cosas respecto a ellas; Min no revelaba todo lo que percibía y no siempre captaba algo, pero Egwene había presenciado suficientes intercambios de aquéllos para creer en su veracidad. Lanzó una ojeada a Nynaeve, quien todavía caminaba de un lado a otro murmurando para sí, y luego volvió a abrir las Puertas al *Saidar* para proseguir sin orden ni concierto con sus juegos malabares.

—Creo que no tengo por qué ocultártelo —continuó Min, encogiéndose de hombros—. Él ni siquiera se ha fijado en lo que hacía Elsa. Le preguntó si sabía si ibas a salir a pasear al jardín del Sur después de la cena, ya que hoy es día libre. Me dio pena por ella.

—Pobre Elsa… —murmuré Egwene, y las esferas de luz se reanimaron en sus manos.

Min soltó una carcajada.

La puerta se abrió de golpe. Egwene dio un chillido y dejó que se esfumaran las bolas antes de advertir que sólo se trataba de Elayne. La rubia heredera del trono de Andor cerró la puerta y colgó la capa en un clavo.

—Acabo de enterarme —anunció—. Los rumores eran ciertos: el rey Galldrain ha muerto. Eso desencadenará una guerra de sucesión.

—Una guerra civil —bufó Min—, una guerra de sucesión, un montón de estúpidos nombres para una misma cosa. ¿Te importa que no hablemos de eso? No se oye otra cosa. Guerra en Cairhien. Guerra en la Punta de Toman. Y, por más que hayan atrapado al falso Dragón de Saldaea, aún hay guerra en Tear. La mayoría de eso no son más que rumores de todas formas. Ayer oí cómo una de las cocineras decía que le habían contado que Artur Hawkwing marchaba sobre Tanchico. ¡Artur Hawkwing!

—Pensaba que no querías hablar de ello —ironizó Egwene.

—He visto a Logain —dijo Elayne—. Estaba sentado en un banco en el patio interior, llorando. Ha echado a correr al verme. No puedo evitar sentir pena por él.

—Mejor que llore él que no el resto de nosotros, Elayne —arguyó Min.

—Sé lo que es —afirmó sosegadamente Elayne—. O mejor dicho, lo que era. Ya no lo es, y yo siento pesar por él.

Egwene dejó caer la espalda contra la pared. «Rand.» Logain siempre le recordaba a Rand. Hacía ya meses que no había soñado con él de la manera como lo había hecho en el Reina Fluvial. Anaiya todavía la hacía anotar todo lo que soñaba y luego lo leía en busca de indicios o conexiones con los acontecimientos, pero nunca había nada sobre Rand, aparte de lo que, según Anaiya, no eran más que síntomas de añoranza. Curiosamente, desde unas semanas después de llegar a Tar Valon, sentía casi como si él hubiera cesado de existir. «Y yo estoy aquí sentada pensando en la

manera tan elegante que tiene de caminar Galad —se reprochó con amargura—. Rand tiene que estar bien. Si lo hubieran atrapado y amansado, me habría enterado de algo.»

Aquello le produjo un estremecimiento, como lo sentía indefectiblemente ante la idea de un Rand amansado, de Rand sollozando y anhelando la muerte al igual que la ansiaba Logain.

Elayne se sentó a su lado en la cama y se tapó los pies con la falda.

—Si estás suspirando por Galad, Egwene, no pienso compadecerme de ti. Voy a encargarle a Nynaeve que te prepare uno de esos horribles brebajes de los que habla siempre. —Miró ceñuda a Nynaeve, que no había dado muestras de advertir su llegada—. ¿Qué le pasa? ¡No me digáis que también le ha dado mal de amores por Galad!

—Yo no la importunaría. —Min se acercó a ellas y bajó la voz—. Esa Aceptada tan flaca, Irella, le ha dicho que era tan torpe como una vaca y que tenía escaso talento, y Nynaeve le ha dado un tortazo. —Elayne pestañeó—. Exactamente —murmuró Min—. La han llevado al estudio de Sheriam en un abrir y cerrar de ojos, y desde entonces tiene esa cara de amargada.

Por lo visto, Min no había bajado suficientemente la voz, pues Nynaeve exhaló un gruñido. De pronto la puerta se abrió de nuevo, dejando entrar un viento racheado en la habitación que, aunque no azotó las mantas de la cama de Egwene, tumbó el taburete y lanzó rodando a Min hacia la pared. El viento amainó de inmediato, y Nynaeve se irguió con semblante herido.

Egwene corrió a la puerta y asomó la cabeza. El sol de mediodía estaba secando los últimos vestigios de la tormenta de la noche anterior. El todavía húmedo balcón que rodeaba el patio de las novicias estaba desierto y las puertas en larga hilera de los dormitorios de las novicias estaban todas cerradas. Las novicias que no habían aprovechado su día libre para esparcirse en los jardines estaban sin duda recuperando horas de sueño. Ninguna lo habría visto. Cerró la puerta y volvió a sentarse junto a Elayne mientras Nynaeve ayudaba a Min a ponerse en pie.

—Lo siento, Min —se disculpó con voz tensa Nynaeve—. A veces mi mal genio… No puedo pedirte que me perdones algo así. —Inspiró profundamente—. Si quieres denunciarme a Sheriam, me haré cargo. Lo tengo merecido.

Egwene hubiera preferido no escuchar tal confesión, pues Nynaeve solía ser susceptible en tales cuestiones. Buscando algo en lo que centrarse, algo en lo que Nynaeve creería que tenía puesta la atención, volvió a entrar en contacto con el *Saidar* y a hacer bailar de nuevo las bolas de luz. Elayne se apresuró a unirse a ella; Egwene percibió la aureola en torno a la heredera del trono antes de que de sus manos brotaran tres diminutas esferas. Comenzaron a entrelazar los recorridos de las pequeñas bolas luminosas con trayectorias cada vez más intrincadas. En ocasiones

una de ellas se apagaba cuando una de las muchachas no conseguía mantenerla al volver a ella y luego volvía a formarse algo alterada en el color y el tamaño.

El Poder único llenaba de vida a Egwene. Olía el tenue aroma a rosas del jabón utilizado por Elayne en el baño. Sentía la irregular capa de yeso de las paredes, la lisura de las piedras del suelo, al igual que la cama en la que estaba sentada. Oía la respiración de Min y Nynaeve, por no mencionar las palabras que casi susurraban.

—Hablando de perdonar —dijo Min—, tal vez deberías perdonarme tú. Tú tienes mal genio y yo soy una deslenguada. Te perdonaré si tú me perdonas a mí. —Con murmullos de «perdonada» pronunciados por ambas partes, las dos mujeres se abrazaron—. Pero, si vuelves a hacerlo —advirtió Min, riendo—, puede que te dé un tortazo.

—La próxima vez —replicó Nynaeve—, te arrojaré algo a la cabeza. —Ella también reía, pero cuando fijó los ojos en Egwene y Elayne se puso seria—. Vosotras dos, parad con eso o habrá alguien que tendrá que presentarse ante la Maestra de las Novicias. Dos personas.

—¡Nynaeve, no serías capaz! —protestó Egwene. Al advertir el brillo de los ojos de Nynaeve, no obstante, se apresuró a cortar todo contacto con el *Saidar*—. Muy bien, te creo. No es necesario que lo demuestres.

—Debemos practicar —argumentó Elayne—. No paran de exigirnos cosas cada vez más difíciles. Si no practicáramos por nuestra cuenta, no seguiríamos el ritmo. —A pesar de la sosegada compostura de su rostro, ella también había dejado de encauzar con la misma prontitud que Egwene.

—¿Y qué pasará cuando absorbáis demasiado —preguntó Nynaeve— y no haya nadie capaz de deteneros? Ojalá fuerais más prudentes. ¿Creéis que no sé lo que es? Siempre está allí y queréis llenaros de él. A veces me cuesta esfuerzo contenerme; querría engullirlo todo. Sé que me quemaría y de todas maneras lo deseo. —Se estremeció—. Sólo quiero que tengáis más cuidado.

—A mí me da miedo —confesó, suspirando, Egwene—. Me aterroriza. Pero no parece tener efecto. ¿Y tú, Elayne?

—Lo único que me aterroriza —respondió alegremente Elayne— es fregar platos. Parece que tengo que fregar los platos cada día. —Egwene le lanzó la almohada. Elayne la agarró y se la arrojó a su vez, pero entonces dejó caer los hombros—. Oh, de acuerdo. Tengo tanto miedo que no sé por qué no me castañetean los dientes. Elaida me dijo que estaría tan asustada que sentiría deseos de fugarme con el Pueblo Errante, pero no la comprendí. Un hombre que condujera bueyes tan peligrosos como los que tiran de nosotras, los rehuiría. Estoy fatigada todo el tiempo. Me levanto cansada y me acuesto extenuada y a veces tengo tanto miedo de tener un desliz y encauzar más Poder del que puedo manejar que… —Dejó la frase inconclusa, fijando la mirada en el regazo.

Egwene sabía qué había omitido. Sus habitaciones eran contiguas y al igual que en muchos de los dormitorios de las novicias, alguien había abierto hacia mucho tiempo un agujero en la pared que las separaba, demasiado pequeño para ser advertido a menos que uno supiera que existía, pero suficiente para conversar a través de él después de que apagaran las lámparas, cuando no les era permitido salir. Egwene había oído llorar a Elayne hasta sucumbir al sueño en más de una ocasión y no dudaba que ella hubiera escuchado su propio llanto.

—El Pueblo Errante es tentador —acordó Nynaeve—, pero, donde quiera que vayáis, vuestras posibilidades seguirán siendo las mismas. No podéis escapar del *Saidar*. —No parecía gustarle lo que afirmaba.

—¿Qué ves, Min? —dijo Elayne—. ¿Vamos a convertimos todas en poderosas Aes Sedai, o pasaremos el resto de nuestras vidas fregando platos como novicias, o…? —Se encogió de hombros, incómoda, como si no quisiera expresar la tercera alternativa que le vino a la mente: nos mandarán a casa, nos echarán de la Torre. Dos novicias habían sido expulsadas desde la llegada de Egwene, y todo el mundo hablaba de ellas entre susurros, como si estuvieran muertas.

—No me gusta leer en las amigas —murmuró Min, cambiando de posición sobre el taburete—. La amistad interfiere en la lectura, me obliga a tratar de embellecer lo que veo. Por eso ya no lo hago con vosotras tres. De todas formas, nada ha cambiado en vosotras que yo pueda… —Las miró con párpados entornados y frunció de improviso el entrecejo—. Eso es nuevo —musitó.

—¿Qué? —preguntó con impaciencia Nynaeve.

Min vaciló antes de responder.

—Peligro. Todas estáis expuestas a alguna clase de peligro. O lo estaréis muy pronto. No puedo entenderlo, pero es peligro.

—¿Lo veis? —dijo Nynaeve a las dos muchachas sentadas en la cama—. Habéis de tener cuidado. Todas hemos de tenerlo. Debéis prometerme que no encauzaréis el Poder sin alguien que os guíe.

—No quiero hablar más de ello —contestó Egwene.

—Sí —asintió con vehemencia Elayne—. Hablemos de otra cosa. Min, si te pones un vestido, apuesto a que Gawyn te propondrá ir de paseo con él. Ya sabes que ha estado rondándote, pero creo que los pantalones y la chaqueta de hombre lo hacen desistir.

—Me visto como quiero y no pienso cambiar por un señor, aunque éste sea tu hermano. —Min hablaba distraídamente, todavía observándolas con ojos entrecerrados; aquél era un tema de conversación que ya habían tratado antes—. A veces es útil hacerse pasar por un chico.

—Nadie que te mire dos veces cree que eres un chico —repuso Elayne con una sonrisa.

Egwene se sentía incómoda. Elayne estaba haciendo gala de una jovialidad forzada, Min apenas prestaba atención y Nynaeve tenía aspecto de querer volver a prevenirlas.

Cuando la puerta se abrió una vez más, Egwene se levantó de un salto para ir a cerrarla, contenta de tener algo en que aplicarse en lugar de observar las simulaciones de sus amigas. Antes de llegar a ella, sin embargo, una Aes Sedai de ojos negros con cabello rubio recogido en una multitud de trenzas entró en la habitación. Egwene parpadeó, sorprendida tanto por el hecho de que se trataba de una Aes Sedai como de que ésta fuese Liandrin. No había oído que Liandrin hubiera regresado a la Torre, pero, aparte de eso, si una Aes Sedai quería ver a una novicia, mandaba a alguien a llamarla; no podía acarrear nada bueno que una hermana fuera a ella en persona.

La estancia estaba abarrotada con cinco mujeres en su interior, Liandrin se paró para ajustarse el chal de flecos rojos, posando la mirada sobre ellas. Min no se movió, pero Elayne se levantó y las tres que se encontraban de pie hicieron una reverencia, que en el caso de Nynaeve apenas pasó de una flexión en la rodilla. Egwene no creía que Nynaeve llegara a acostumbrarse algún día a acatar la autoridad de nadie. Liandrin detuvo la mirada en Nynaeve.

—¿Y por qué estás aquí, en los aposentos de las novicias, hija? —Su tono era frío como el hielo.

—He venido a visitar a mis amigas —respondió Nynaeve con voz tensa. Tras un momento añadió un tardío—: Liandrin Sedai.

—Las Aceptadas no pueden tener amigas entre las novicias. Deberías saberlo a estas alturas, hija. Pero me alegro de encontrarte aquí. Tú y tú —sus dedos apuntaron a Elayne y Min— vais a iros.

—Volveré más tarde.

Min se levantó con calma, esforzándose por no demostrar ninguna prisa en obedecer, y caminó indiferentemente junto a Liandrin con una sonrisa en la que no reparó ésta. Elayne dirigió una mirada de preocupación a Egwene y Nynaeve antes de inclinarse y salir.

Cuando Elayne hubo cerrado la puerta, Liandrin permaneció de pie, observando a Egwene y Nynaeve. Egwene comenzó a moverse nerviosamente bajo el escrutinio, pero Nynaeve continuó erguida, con semblante apenas demudado.

—Las dos sois del mismo pueblo que los muchachos que viajaron con Moraine, ¿no es así? —dijo de improviso Liandrin.

—¿Tenéis noticias de Rand? —preguntó ansiosamente Egwene. Liandrin la miró enarcando una ceja—. Perdonadme, Aes Sedai. He olvidado cumplir las normas.

—¿Tenéis noticias de ellos? —inquirió Nynaeve, casi en tono exigente. Las Aceptadas no tenían prohibido dirigir sin permiso la palabra a una Aes Sedai.

—Os preocupáis por ellos. Eso está bien. Se encuentran en peligro y vosotras

podéis socorrerlos.

—¿Cómo sabéis que están en peligro? —En aquella ocasión la exigencia era evidente en la voz de Nynaeve.

Los rosados labios de Liandrin se fruncieron, pero su tono permaneció inmutable.

—Aunque vosotras no estéis al corriente, Moraine ha enviado cartas a la Torre Blanca cuyo contenido os concierne. Moraine Sedai está inquieta por vosotras y por vuestros jóvenes… amigos. Esos chicos están en peligro. ¿Queréis ayudarlos, o abandonarlos a su destino?

—¡Ayudarlos! —respondió Egwene.

—¿Qué tipo de peligro? —inquirió Nynaeve al mismo tiempo—. ¿Por qué os preocupáis vos de la ayuda que han de recibir? —Nynaeve dirigió una significativa mirada a los flecos rojos del chal de Liandrin—. Y, además, pensaba que no simpatizabais con Moraine.

—No presumas demasiadas cosas, hija —contestó Liandrin, con brusquedad—. Ser una Aceptada no es ser una hermana. Las Aceptadas, al igual que las novicias, escuchan cuando habla una hermana y obran según se les indica. —Hizo acopio de aire y prosiguió con voz fríamente serena, a pesar de la palidez de sus mejillas—. Algún día, estoy convencida de ello, serviréis a una causa y aprenderéis que para hacerlo debéis colaborar incluso con quienes no os inspiran simpatías. Os diré que yo he trabajado con muchas con quienes no compartiría una habitación si me fuera dado decidir. ¿No trabajaríais vosotras con la persona más odiada si ello contribuyera a la salvación de vuestros amigos?

Nynaeve asintió de mala gana.

—Pero todavía no habéis precisado qué clase de peligro los amenaza, Liandrin Sedai.

—Éste proviene de Shayol Ghul. Los persiguen, como tengo entendido que lo hicieron anteriormente. Si venís conmigo, podremos eliminar al menos algunas de las asechanzas. No me preguntéis cómo, porque no me es permitido revelarlo, pero os digo sinceramente que es así.

—Iremos, Liandrin Sedai —afirmó Egwene.

—¿Ir adónde? —quiso saber Nynaeve.

Egwene le asestó una exasperada mirada.

—A la Punta de Toman.

—Hay guerra en la Punta de Toman —murmuró Nynaeve, mientras Egwene abría desmesuradamente la boca—. ¿Guarda alguna relación ese peligro con los ejércitos de Artur Hawkwing?

—¿Das crédito a los rumores, hija? Pero incluso si éstos fueran ciertos, ¿bastarían para detenerte? Pensaba que considerabais a esos hombres como amigos. —El rictus de la boca de Liandrin indicaba que ella nunca haría tal cosa.

—Iremos —repitió Egwene. Nynaeve hizo ademán de hablar, pero ella se le adelantó—. Iremos, Nynaeve. Si Rand necesita nuestra ayuda… y Mat y Perrin… debemos dársela.

—Eso ya lo sé —replicó Nynaeve—, pero lo que quiero saber es, ¿por qué nosotras? ¿Qué podemos hacer nosotras que no esté al alcance de Moraine, o de vos, Liandrin?

Las mejillas de Liandrin se tornaron aún más blancas. Egwene advirtió que Nynaeve había olvidado añadir el título honorífico al dirigirse a ella.

—Vosotras dos sois del mismo pueblo que ellos —fue cuanto dijo—. De alguna manera que no acabo de comprender, estáis conectadas con ellos. No puedo agregar nada más. Y no voy a dar respuesta a ninguna más de vuestras insensatas preguntas. ¿Vais a venir conmigo para socorrerlos? —Hizo una pausa, esperando su asentimiento, que al producirse la liberó de una visible tensión—. Bien. Os reuniréis conmigo en el límite norte de la arboleda Ogier una hora antes de la puesta de sol con vuestros caballos y lo que necesitéis para el viaje. No habléis a nadie de esto.

—Se supone que no podemos abandonar la Torre sin permiso —objetó Nynaeve.

—Tenéis el mío. No se lo digáis a nadie, a nadie en absoluto. El Ajah Negro camina por los corredores de la Torre Blanca.

Egwene emitió una exhalación y oyó el eco de la de Nynaeve, pero ésta se recobró con presteza.

—Creía que todas las Aes Sedai negaban la existencia de…, de eso.

La boca de Liandrin se comprimió en una sonrisa desdeñosa.

—Muchas lo hacen, pero el Tarmon Gai'don se halla próximo y se acaba el tiempo de las negativas. El Ajah Negro es lo contrario a todo lo que representa la Torre, pero existe, hija. Está en todas partes; cualquier mujer puede pertenecer a él, y se halla al servicio del Oscuro. Si la sombra acecha a vuestros amigos, ¿creéis que el Ajah Negro os dejará vivas y libres para ir a socorrerlos? No se lo digáis a nadie… ¡a nadie! … o de lo contrario es posible que no viváis para llegar a la Punta de Toman. Una hora antes de la puesta de sol. No me falléis. —Dicho eso, se fue, cerrando bruscamente la puerta tras ella.

Egwene se desplomó sobre la cama con las manos en las rodillas.

—Nynaeve, es del Ajah Rojo. No es posible que sepa lo de Rand. Si lo supiera…

—No puede saberlo —convino Nynaeve—. Me gustaría saber por qué una Roja quiere ayudarlos. O por qué está dispuesta a colaborar con Moraine. Habría jurado que ninguna de ellas daría agua a la otra aunque estuviera muriendo de sed.

—¿Crees que miente?

—Es una Aes Sedai —respondió secamente Nynaeve—. Apostaría mi mejor aguja de plata contra un arándano a que cada palabra que ha dicho era cierta. Pero me pregunto si hemos dado una interpretación correcta a sus afirmaciones.

—El Ajah Negro. —Egwene se estremeció—. No había margen de error en lo que ha dicho sobre eso, la Luz nos asista.

—En efecto —acordó Nynaeve—. Y nos ha prevenido contra la tentación de pedir consejo a alguien, ya que después de eso, ¿en quién podemos confiar? Que la Luz nos asista, dices bien.

Min y Elayne irrumpieron en la habitación, cerrando de golpe la puerta tras ellas.

—¿De veras vais a marcharos? —preguntó Min.

—Hemos estado escuchando desde mi habitación —explicó Elayne, señalando el diminuto agujero de la pared sobre la cama de Egwene—. Lo hemos oído todo.

Egwene intercambió una mirada con Nynaeve, preguntándose cuánto habían oído, y descubrió la misma inquietud en el rostro de su amiga. «Si consiguen descifrar lo de Rand…»

—Habéis de mantenerlo en secreto —les advirtió Nynaeve—. Supongo que Liandrin habrá solicitado permiso a Sheriam para que nos vayamos, pero, aun cuando no lo haya hecho, aun cuando mañana comiencen a registrar la Torre de arriba abajo, no debéis decir una palabra.

—¿Mantenerlo en secreto? —repitió Min—. No hay peligro al respecto. Voy a irme con vosotras. Todo cuanto hago a lo largo del día es tratar de explicar a una u otra hermana Marrón algo que yo misma no comprendo. Ni siquiera puedo salir a pasear sin que la propia Amyrlin aparezca y me pida que lea a cualquiera que se encuentre allí. Cuando esa mujer te pide que hagas algo, no parece que haya modo de escapar. Ya debo de haberle leído a la mitad de la Torre, pero siempre quiere una nueva demostración. Lo que necesitaba era una excusa para marcharme y ahora ya la tengo. —Su cara expresaba una determinación que no invitaba a poner objeciones.

Egwene se extrañó de que Min estuviera tan resuelta a partir con ellas en lugar de marcharse simplemente por su cuenta, pero, antes de que pudiera decir algo, Elayne anunció:

—Yo también iré.

—Elayne —observó suavemente Nynaeve—, Egwene y yo somos amigas del pueblo de esos chicos. Tú eres la heredera del trono de Andor. Si desaparecieras de la Torre Blanca… Vaya, podría iniciarse una guerra.

—Mi madre no declararía la guerra a Tar Valon aunque me secaran en salazón, lo cual tal vez no ande lejos de su propósito. Si vosotras tres podéis escaparos y vivir una aventura, no vayáis a creer que yo me quedaré aquí a lavar platos, fregar suelos y dejar que alguna Aceptada me reprenda porque no he encendido el fuego con el matiz exacto de azul que ella quería. Gawyn se morirá de envidia cuando se entere. —Elayne sonrió y alargó la mano para tirarle con aire juguetón del pelo a Egwene—. Además, si dejáis suelto a Rand, quizá tenga oportunidad de echarle el lazo.

—No creo que ninguna de nosotras vaya a quedarse con él —objetó con tristeza

Egwene.

—En ese caso localizaremos a la mujer que elija y le amargaremos la vida. Pero no sería tan necio como para escoger a otra pudiendo aspirar a la mano de una de nosotras. Oh, por favor, sonríe, Egwene. Sé que te pertenece. Simplemente me siento… —vaciló, tratando de hallar la palabra adecuada—. Libre. Nunca he vivido una aventura. Apuesto a que ninguna de las dos va a llorar hasta quedarse dormida, y, si lo hacemos, nos aseguraremos de que el juglar no saque a relucir esa parte.

—Esto es una locura —protestó Nynaeve—. Vamos a ir a la Punta de Toman. Ya has oído las noticias, y los rumores. Será peligroso. Debes quedarte aquí.

—También he oído lo que Liandrin Sedai ha dicho del… del Ajah Negro. —La voz de Elayne se convirtió casi en un susurro al pronunciar ese nombre—. ¿Hasta qué punto voy a estar segura aquí si ellas están aquí? Si mi madre sospechara tan sólo que el Ajah Negro existe realmente, me colocaría en el centro de una batalla para alejarme de ellas.

—Pero, Elayne…

—Sólo hay una manera de impedir que vaya y es contárselo a la Maestra de las Novicias. Formaremos un precioso cuadro, las tres en fila en su estudio. Las cuatro, pues no creo que Min saliera librada de algo así. De modo que, ya que no vais a delatarme a Sheriam Sedai, yo también voy a ir.

Nynaeve levantó las manos en señal de derrota.

—Tal vez tú puedas decir algo para disuadirla —sugirió a Min.

Ésta, que había permanecido apoyada en la puerta, mirando con ojos entornados a Elayne, sacudió la cabeza.

—Me parece que ha de partir igual que el resto de vosotras… o de nosotras. Ahora percibo más claramente el peligro a vuestro alrededor. No con suficiente precisión, pero creo que tiene que ver con la decisión de marcharos. Por eso aparece más claro; porque es más seguro.

—Ése no es motivo para que venga —arguyó Nynaeve, pero Min volvió a sacudir la cabeza.

—Ella está vinculada con… con esos muchachos tanto como tú, Egwene o yo. Ella forma parte de ello, Nynaeve, se trate de lo que se trate. Parte del Entramado, supongo que diría una Aes Sedai.

—¿De veras? —Elayne pareció asombrada e interesada a un tiempo—. ¿Qué parte, Min?

—No puedo verlo con claridad. —Min bajó la mirada hacia el suelo—. A veces desearía no poder leer nada en la gente. La mayoría no queda satisfecha con lo que percibo.

—Si vamos a irnos todas —propuso Nynaeve—, será mejor que elaboremos un plan.

Por más contraria que se hubiera mostrado a algo en un principio, una vez que se había decidido el curso de una acción, Nynaeve siempre se concentraba en los aspectos prácticos: lo que habían de llevarse, el frío que haría cuando llegaran a la Punta de Toman y la manera como podría sacar los caballos del establo sin levantar sospechas.

Mientras la escuchaba, Egwene no pudo evitar inquietarse por el peligro que Min advertía sobre ellas, y en el que amenazaba a Rand. Únicamente conocía un peligro que pudiera amenazarlo y sólo de pensarlo sentía escalofríos. «Resiste, Rand. Resiste, cabeza de chorlito. De alguna manera conseguiré ayudarte.»

39



La huida de la Torre Blanca

Egwene y Elayne inclinaban brevemente la cabeza ante cada grupo de mujeres con que se cruzaban. Mientras recorrían los pasadizos de la Torre Blanca, Egwene pensó que era un buen día para escapar, habiendo tantas mujeres procedentes de otros lugares en la Torre, demasiadas para que cada una de ellas dispusiera de la escolta de una Aes Sedai o una Aceptada. Solas o en pequeños grupos, vestidas con lujo o modestamente con prendas propias de una docena de tierras distintas, algunas todavía polvorientas a causa del viaje a Tar Valon, guardaban silencio y esperaban su turno para formular sus preguntas a las Aes Sedai o presentar sus peticiones. Algunas, damas, mercaderes o esposas de mercaderes, iban acompañadas de doncellas. Incluso había unos cuantos hombres que habían acudido a expresar solicitudes, los cuales se mantenían apartados evidenciando su incomodidad por hallarse en la Torre Blanca, y miraban inquietos a su alrededor.

Nynaeve, que iba a la cabeza, mantenía resueltamente la mirada al frente, haciendo ondear su capa tras ella, y caminaba con el paso decidido de quien sabe adónde se dirige —lo cual sabía, en efecto, con tal que nadie la detuviera— y está en pleno derecho de ir allí —lo cual era harina de otro costal, desde luego—. Vestidas ahora con las ropas que habían llevado a Tar Valon, no parecían en absoluto residentes de la Torre. Cada una de ellas había elegido su mejor vestido con la falda dividida para montar a caballo y capas de fina lana cargada de bordados. Mientras se mantuvieran alejadas de quienes pudieran reconocerlas —ya habían esquivado a varias que estaban familiarizadas con sus rostros—, Egwene pensaba que tenían posibilidades de lograrlo.

—Esto sería más apropiado para un paseo en el parque de algún señor que para cabalgar hasta la Punta de Toman —había comentado secamente Nynaeve cuando Egwene la ayudaba a abotonarse un vestido de seda gris con bordados de hebras doradas y flores con perlas en el pecho y las mangas—, pero puede que nos permita marcharnos inadvertidamente.

Ahora Egwene movió la capa y se alisó su propio vestido de seda verde con bordados dorados y lanzó una ojeada a Elayne, ataviada de azul y crema, esperando que Nynaeve hubiera estado en lo cierto. Por el momento, todo el mundo las había tomado por solicitantes, nobles o mujeres ricas al menos, pero tenía la sensación de que algo las delataría. Se sorprendió al advertir por qué: se sentía incómoda en aquel lujoso vestido después de haber llevado la sencilla prenda blanca de novicia durante los últimos meses.

Un reducido grupo de mujeres de pueblo, vestidas con oscuras prendas de resistente lana, les ofrecieron reverencias al pasar. Egwene miró atrás, a Min, tan pronto como se hubieron alejado. Min continuaba llevando los mismos pantalones y la holgada camisa de hombre bajo una chaqueta y capa masculinas, con un viejo sombrero de ala ancha doblado sobre su pelo corto.

—Una de nosotras ha de ser la criada —había dicho, riendo—. Las mujeres ataviadas como vosotras siempre tienen al menos una. Ya os arrepentiréis de no llevar mis pantalones si tenemos que correr.

Iba cargada con cuatro pares de alforjas repletas de ropa, pues el invierno llegaría seguramente antes de que regresaran. También llevaba paquetes con comida hurtada en la cocina, que les bastaría hasta cuando tuvieran ocasión de comprar más.

—¿Estás segura de que no puedo yo cargar con parte de eso, Min? —preguntó en voz baja Egwene.

—Son engorrosos —respondió Min con una sonrisa—, pero no pesan. —Parecía creer que todo era un juego o al menos pretendía darlo a entender—. Y la gente se extrañaría sin duda de que una elegante dama como tú transportara sus propias alforjas. Podrás cargar con las tuyas… y con las mías, si quieres, en cuanto hayamos… —Su sonrisa se desvaneció y susurró ferozmente—: ¡Aes Sedai!

Egwene trasladó la mirada al frente. Una Aes Sedai con largos y finos cabellos negros y una piel parecida al marfil envejecido se aproximaba por el corredor, escuchando a una mujer vestida con toscos ropajes campesinos y una capa remendada. La Aes Sedai todavía no las había visto, pero Egwene la reconoció; era Takima, del Ajah Marrón, que enseñaba la historia de la Torre Blanca y de las Aes Sedai y que podría identificar a una de sus alumnas a menos de cien metros.

Nynaeve tomó un pasillo lateral sin alterar el paso, pero allí una de las Aceptadas, una desgarbada mujer con el entrecejo siempre fruncido, se cruzó apresuradamente con ellas llevando de la oreja a una ruborizada novicia. Egwene tuvo que tragar saliva antes de recobrar el habla.

—Ésas eran Irella y Elsa. ¿Se habrán fijado en nosotras? —Era reacia a volver la vista atrás para comprobarlo.

—No —aseguró Min un momento después—. Sólo han visto nuestros vestidos. —Egwene espiró largamente el aliento contenido y oyó cómo Nynaeve hacía lo

mismo.

—Quizá me estalle el corazón antes de que lleguemos a los establos —murmuró Elayne—. ¿Es así una aventura todo el tiempo, Egwene? ¿Tener el corazón en la boca y el estómago en los pies?

—Supongo que sí —reconoció Egwene.

Le costaba creer que hubo un tiempo en que anhelaba vivir aventuras, realizar algo peligroso y emocionante como los protagonistas de las historias. Ahora opinaba que la parte emocionante era lo que uno recordaba al volver la vista atrás y que las narraciones omitían un buen número de detalles desagradables y así lo comunicó a Elayne.

—De todas maneras —arguyó con firmeza la heredera del trono—, nunca hasta ahora había vivido algo emocionante y no era probable que lo hiciera mientras mi madre pueda impedirlo, lo cual hará hasta que la suceda en el trono.

—Callaos las dos —indicó Nynaeve. Se encontraban solas en el corredor y no se veía nadie en ninguna dirección. Señaló una angosta escalera que conducía abajo—. Eso debería ser lo que buscábamos. Si no he perdido la orientación con los giros y vueltas que hemos dado.

Comenzó a bajar por ellas como si a pesar de todo estuviera segura y las demás la siguieron. La pequeña puerta daba, en efecto, al polvoriento patio del establo del sur, donde se guardaban los caballos de las novicias, para quienes poseyeran uno, hasta que volvieran a necesitar monturas, lo cual no se producía por norma general hasta que ascendían al rango de Aceptadas o eran enviadas de vuelta a casa. Tras ellas se elevaba la resplandeciente forma de la Torre, la cual cubría una gran extensión de terreno, rodeada de paredes más altas que las murallas de algunas ciudades.

Nynaeve entró con paso firme en el establo como si fuera su propietaria. En su interior reinaba un agradable olor a heno y a caballo y dos largas hileras de pesebres se alejaban hacia las sombras, veteadas por la luz que entraba por las rejillas de ventilación. Curiosamente, *Bela* y la yegua gris de Nynaeve se encontraban cerca de las puertas. *Bela* asomó la cabeza por encima de la puerta de su compartimiento y saludó con un relincho a Egwene. Sólo había un mozo de cuadra a la vista, un tipo de aspecto apacible con barba cana que mascaba una paja.

—Queremos que nos ensillen los caballos —le dijo Nynaeve con su tono de voz más autoritario—. Esos dos. Min, busca tu caballo y el de Elayne. —Min depositó las alforjas en el suelo y se adentró en la caballeriza con Elayne.

El criado la miró ceñudo y se sacó lentamente la paja de la boca.

—Debe de haber algún error, señora. Esos animales…

—Son nuestros —afirmó tajantemente Nynaeve, cruzando los brazos de manera que quedara bien visible el anillo con la serpiente—. Vais a ensillarlos ahora mismo.

Egwene retuvo el aliento; habían decidido que, como recurso de emergencia y si

tenían dificultades, Nynaeve trataría de hacerse pasar por una Aes Sedai con quien pudiera aceptarla como tal. Ninguna Aes Sedai ni Aceptada lo haría, por supuesto, y probablemente ni siquiera una novicia, pero un mozo de cuadra…

El hombre miró parpadeando el anillo de Nynaeve y luego elevó la mirada hacia ella.

—Me han ordenado dos —dijo por fin, en absoluto impresionado—. Una de las Aceptadas y una novicia. No han mencionado nada acerca de que hubiera cuatro.

Egwene sintió deseos de reír. Sin duda Liandrin no las había creído capaces de obtener los caballos por sus propios medios.

Nynaeve pareció decepcionada y endureció el tono de voz.

—Vais a sacar esos caballos y a ensillarlos, o de lo contrario necesitaréis que Liandrin os cure, suponiendo que ella esté dispuesta a hacerlo.

El mozo de cuadra articuló el nombre de Liandrin, pero tras una ojeada al rostro de Nynaeve se ocupó de los caballos sin emitir más que un par de murmullos, tan quedos que sólo eran audibles para él. Min y Elayne regresaron con sus monturas en el momento en que él acababa de ajustar la segunda cincha. La de Min era un animal castrado de color terroso y la de Elayne una yegua baya de cuello arqueado.

Una vez que hubieron montado, Nynaeve volvió a dirigirse al mozo de cuadra.

—No dudo que os habrán indicado que guardéis silencio sobre esto, y eso sigue vigente tanto si somos dos como doscientas. Si no lo creéis así, pensad en lo que hará Liandrin si propagáis lo que os han ordenado callar.

Cuando salían de la cuadra, Elayne le lanzó una moneda y murmuró:

—Para vos, buen hombre. Os habéis portado bien. —Afuera, cruzó la mirada con Egwene y sonrió—. Madre dice que un palo y un poco de miel siempre son más efectivos que un palo solo.

—Espero que no necesitemos ni lo uno ni lo otro con los guardias —aventuró Egwene—. Confío, en que Liandrin haya hablado también con ellos.

En la Puerta de Tarlomen, no obstante, que atravesaba el alto muro del lado sur de la Torre, no hubo modo de deducir si alguien había prevenido a los guardias o no, pues éstos las dejaron pasar con una rápida reverencia sin apenas dirigirles la mirada. Ellos tenían en principio la función de obstruir la entrada a los sujetos peligrosos y, por lo visto, no tenían órdenes concernientes a quienes salían.

Una fresca brisa fluvial les proporcionó una excusa para levantarse las capuchas de las capas mientras cabalgaban lentamente por las calles de la ciudad. El repiqueteo de las herraduras de sus caballos sobre el pavimento se confundió con el murmullo de las multitudes que llenaban las calles y la música que emanaba de algunos de los edificios junto a los que pasaron. Las gentes vestían ropas de todos los países, desde la moda oscura y austera de Cairhien a los llamativos colores propios del Pueblo Errante, y todos los estilos intermedios, diseminados en torno a ellas como la

corriente de un río que lame una roca, pero el gentío las obligaba a avanzar a paso lento.

Egwene no prestó atención a las fabulosas torres con sus puentes colgantes ni a las edificaciones que aparentaban ser olas rompientes o acantilados esculpidos por el viento, o conchas de caprichosas formas más que algo construido a partir de la piedra. Las Aes Sedai salían con frecuencia a la ciudad, y entre aquel gentío era posible que toparan con alguna de ellas sin previa señal de aviso. Pasado un rato advirtió que sus compañeras se mantenían tan alerta como ella, pero aun así sintió un inmenso alivio al divisar la arboleda Ogier.

Los Grandes Árboles eran ahora visibles más allá de los tejados, con sus amplias copas que despuntaban a cien o doscientos metros en el aire. Imponentes robles y olmos, cedros y abetos, parecían enanos a su lado. La arboleda, de más de dos kilómetros de diámetro, estaba cercada por una especie de muro compuesto por una interminable serie de arcos de piedra en espiral de diez metros de alto y veinte de ancho. En la parte exterior del cerco, la calle rebullía de carromatos, carros y personas, mientras que en su interior reinaba la soledad y la calma. La arboleda no presentaba el aspecto domesticado de un parque ni la completa distribución fortuita de las profundidades boscosas, sino que más bien parecía ser el ideal de la naturaleza, como si en ella se plasmaran los bosques más perfectos, las florestas más hermosas que podían existir. Algunas de las hojas ya habían comenzado a virar de color, e incluso las pequeñas manchas de anaranjado, amarillo y rojo entre el verde se le antojaban a Egwene la apariencia exacta que había de presentar el follaje otoñal.

Unas cuantas personas paseaban a corta distancia de las arcadas, y ninguna de ellas desvió dos veces la mirada hacia ellas cuando prosiguieron cabalgando bajo los árboles. Pronto perdieron de vista la ciudad e incluso los sonidos que de ella procedían quedaron amortiguados y luego contenidos por la masa arbórea. A tan sólo unos pasos de ella, la ciudad parecía hallarse ya a kilómetros de distancia.

—El linde norte de la arboleda, ha dicho —murmuró Nynaeve, escrutando en derredor—. No hay ningún paraje más al norte que… —Calló de repente cuando de un bosquecillo de saúcos surgieron dos caballos, una oscura y lustrosa yegua con un jinete y un mulo de carga.

La yegua se encabritó cuando Liandrin tensó con violencia las riendas. El rostro de la Aes Sedai era la viva imagen de la furia.

—¡Os he dicho que no hablarais con nadie de esto! ¡Con nadie! —Egwene percibió linternas en la carga del mulo, lo cual le pareció un detalle extraño.

—Ellas son amigas —comenzó a explicar Nynaeve, irguiendo la espalda, pero Elayne la interrumpió.

—Perdonadnos, Liandrin Sedai. No nos lo han dicho; lo hemos escuchado. No era nuestra intención oír algo que no debiéramos, pero lo hemos oído. Y nosotras

también queremos ayudar a Rand al'Thor. Y a los otros chicos, desde luego —se apresuró a agregar.

Liandrin examinó a Elayne y Min con ojos entornados. El sol del atardecer, cuyos rayos inclinados se filtraban por el ramaje, dejaba en sombras sus caras bajo las capuchas de las capas.

—Bien —dictaminó al fin, todavía observándolas—. Había dado instrucciones para que se ocuparan de vosotras, pero ya que estáis aquí, estáis aquí. Cuatro pueden realizar este viaje al igual que dos.

—¿Que se ocuparan de nosotras, Liandrin Sedai? —inquirió Elayne—. No lo comprendo.

—Hija, es de todos sabido que tú y la otra sois amigas de estas dos. ¿No crees que hay quienes os someterían a interrogatorio cuando se dieran cuenta de que se habían ido? ¿Piensas que el Ajah Negro sería considerado contigo sólo porque eres la heredera de un trono? Si os hubierais quedado en la Torre Blanca, tal vez no estaríais vivas al amanecer. —Aquello las sumió a todas en el silencio, pero Liandrin volvió grupas y gritó—: ¡Seguidme!

La Aes Sedai las condujo hacia el interior de la espesura, hasta que llegaron a una alta verja de hierro coronada por una hilera de estacas extremadamente afiladas, la cual abrió Liandrin con una gran llave que sacó de la capa; luego les hizo señas para que la atravesaran, volvió a cerrarla tras ellas y continuó cabalgando. Una ardilla chilló en una rama y de algún lugar llegó el vivo repiqueteo de un pájaro carpintero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nynaeve. Liandrin no contestó, y Nynaeve miró con enfado a las demás—. ¿Por qué estamos adentrándonos en estos bosques? Debemos cruzar un río o de lo contrario tomar un barco, si vamos a abandonar Tar Valon, y no hay ningún puente ni barco en…

—Hay esto —anunció Liandrin—. La verja mantiene apartados a quienes podrían hacerse daño, pero nosotras lo necesitamos hoy. —Lo que señaló fue una alta y gruesa losa, al parecer de piedra, clavada en el suelo, con un lado decorado con intrincados grabados que representaban sarmientos y hojas.

A Egwene se le atenazó la garganta; de improviso cayó en la cuenta de la razón por la que Liandrin había llevado linternas y no le gustó la conclusión a la que había llegado.

—Una puerta de Atajo —oyó susurrar a Nynaeve.

Ambas recordaban demasiado bien los Atajos.

—Lo hicimos una vez —dijo tanto para sí como para Nynaeve—. Podemos volver a hacerlo. —«Sí Rand y los demás nos necesitan, debemos ayudarlos. No cabe otra postura.»

—¿Es realmente…? —comenzó a inquirir Min con voz entrecortada, sin poder acabar de formular la pregunta.

—Una puerta de Atajo —musitó Elayne—. Pensaba que ya no podían utilizarse los Atajos. Al menos, no creía que su uso estuviera permitido.

Liandrin, que había desmontado ya, extrajo la hoja en forma de trébol de *Avendesora* de entre las demás esculpidas; como dos enormes puertas bordadas con sarmientos vivos, las dos losas se abrieron deslizándose, revelando lo que parecía ser un plateado espejo traslucido que devolvía su reflejo oscureciéndolo.

—No tenéis por qué venir —advirtió Liandrin—. Podéis esperarme aquí, a salvo tras la verja hasta que venga a recogeros. Tal vez el Ajah Negro os encuentre antes que nadie. —Su sonrisa era desapacible. Tras ella, la puerta del Atajo se abrió de par en par y se paró.

—No he dicho que no quisiera ir —señaló Elayne que, a pesar de ello, dirigió una mirada de añoranza al bosque que iba poblándose de sombras.

—Si vamos a viajar por aquí —propuso Min con voz ronca—, entremos de una vez. —Estaba contemplando la puerta de Atajo y a Egwene le pareció oírla murmurar —: La Luz te consuma, Rand al'Thor.

—Debo entrar la última —precisó Liandrin—. Entrad todas. Yo iré detrás. —Estaba mirando la arboleda, ahora, como si recelara de que hubiera alguien siguiéndolas—. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Egwene ignoraba qué era lo que Liandrin esperaba ver, aunque, probablemente, si alguien se acercaba trataría de impedir que hicieran uso del Atajo. «Rand, cabeza de chorlito —pensó—, ¿por qué no puedes por una vez buscarte algún tipo de problemas que no me obliguen a actuar como la heroína de un relato?»

Hincó los talones en los flancos de *Bela*, y la yegua de enmarañado pelambre, inquieta a causa de la larga permanencia en el establo, se puso en marcha de un salto.

—¡Despacio! —gritó Nynaeve, pero ya era tarde.

Egwene y *Bela* se adentraron en su propio reflejo apagado. Dos caballos de revuelto pelambre se rozaron los hocicos y parecieron fluir uno hacia el otro. Egwene se fundió con su propia imagen sintiendo una gélida conmoción. El tiempo pareció discurrir con mayor lentitud, como si el frío fuera apoderándose de ella cubriendo retazos del grosor de un cabello, en cada uno de los cuales se demorara varios minutos.

De improviso *Bela* trastabilló en una negrura completa, con tal brusquedad que casi desarzonó a su jinete. Después se detuvo y permaneció quieta, temblando, mientras Egwene se apresuraba a desmontar y le palpaba las patas en la oscuridad para ver si se había herido. Casi agradecía la lobreguez, Pues ésta encubría el rubor de su rostro. Sabía que el tiempo, al igual que la distancia, era distinto al otro lado de la puerta de un Atajo, pese a lo cual se había puesto irreflexivamente en movimiento.

A su alrededor todo estaba negro, salvo el rectángulo de la puerta abierta que, desde ese lado, era como una ventana de vidrio ahumado. No dejaba pasar la luz,

como si las tinieblas la presionaran, pero a su través Egwene veía a las otras, moviéndose con pasmosa lentitud, cual protagonistas de una pesadilla. Nynaeve insistía en sostener las linternas para alumbrarlas, a lo que Liandrin accedió de mala gana, haciendo, al parecer, hincapié en la necesidad de apresurarse.

Cuando Nynaeve hubo atravesado la entrada, conduciendo su yegua gris con exasperante lentitud, Egwene casi echó a correr para abrazarla, y al menos la mitad de su entusiasmo se debía a la linterna que llevaba. Ésta despedía una aureola luminosa menor de la que cabía esperar, pues la oscuridad cercaba a la luz, tratando de recluirla en su fuente, pero Egwene había comenzado a sentir la opresión de las tinieblas, como si éstas pesaran realmente. En lugar de realizar un comentario al respecto, se limitó a decir:

—*Bela* está bien y yo no me he roto la crisma tal como me merecía.

En un tiempo había habido luz en los Atajos, antes de que la infección del Poder con el que se habían creado originalmente, la infección del Oscuro sobre el *Saidin*, hubiera comenzado a corromperlos.

Nynaeve le tendió el mango de la linterna y se volvió para sacar otra de debajo de la cincha de su silla.

—Mientras seas consciente de que lo merecías —murmuró—, no te lo mereces. —De repente rió entre dientes—. A veces pienso que fueron sentencias como éstas más que otra cosa las que dieron lugar al título de Zahorí. Bueno, aquí tienes otra. Rómpete la crisma y yo me encargaré de curarla para poder rompértela de nuevo.

Dichas ocurrencias expresadas a la ligera suscitaron la hilaridad de Egwene… hasta que recordó dónde se hallaba. El buen humor de Nynaeve tampoco duró mucho rato.

Min y Elayne atravesaron dubitativamente la puerta del Atajo, llevando a sus caballos del ronzal y linternas en la otra mano, sin duda esperando encontrar como mínimo monstruos al acecho. Al principio mostraron alivio, al no hallar nada más que oscuridad, pero pronto la opresión de ésta les hizo bascular con nerviosismo el peso del cuerpo de un pie a otro. Liandrin volvió a colocar en su sitio la hoja de *Avendesora* y cabalgó a través de la puerta, que ya se cerraba, sosteniendo las riendas del mulo de carga.

La Aes Sedai no aguardó a que la entrada terminara de cerrarse, sino que, entregando las riendas del mulo a Min sin pronunciar palabra alguna, emprendió camino a lo largo de una línea blanca apenas perceptible a la luz de la linterna. El suelo parecía de piedra, corroída y picada por ácido. Egwene montó apresuradamente a lomos de *Bela*, pero no mostró mayor vehemencia en seguir a Liandrin que las demás. El mundo parecía haber quedado reducido al tosco suelo que hollaban los cascos de las monturas.

Con un curso tan certero como el de una flecha, la línea blanca conducía entre la

oscuridad a una gran losa de piedra cubierta con escritura Ogier incrustada en plata, la cual interrumpía en algunos lugares el mismo desgaste que presentaba el suelo.

—Una guía —murmuró Elayne, girándose sobre la silla para mirar con inquietud a su alrededor—. Elaida me enseñó algunas cosas sobre los Atajos, pero no quiso revelar muchos detalles. No los suficientes —añadió con pesar—. O tal vez fueron demasiados.

Liandrin comparó tranquilamente la guía con un pergamino, que introdujo luego en un bolsillo de la capa sin dar ocasión a que Egwene pudiera siquiera ojearlo.

Sus candiles no producían más que una reducida aureola de luz, menor de la que podía esperarse de ellas, la cual se detenía de improviso en lugar de ir perdiendo intensidad en los bordes, pero que bastó para que Egwene distinguiera una amplia balaustrada de piedra, carcomida en algunos puntos, mientras la Aes Sedai se alejaba de la guía. Una isla, la llamó Elayne; con la oscuridad era difícil calcular su tamaño, pero Egwene creyó que tendría casi un centenar de metros de diámetro.

La barandilla estaba atravesada por numerosos puentes y rampas, junto a cada uno de los cuales se alzaba un poste de piedra marcado con una sola línea en alfabeto Ogier. Los puentes parecían estar suspendidos en el vacío, y las rampas subían y bajaban. Era imposible percibir más que su comienzo al cabalgar a su lado.

Parándose sólo para lanzar una ojeada a los postes, Liandrin tomó una rampa descendente y pronto no distinguieron más que el suelo de ésta y las tinieblas. Un silencio descorazonador se cernía sobre todas las cosas; Egwene tenía la impresión de que incluso el repiqueteo de las herraduras de los caballos sobre la áspera piedra quedaba amortiguado más allá del círculo de luz.

La rampa discurría en una interminable pendiente, curvándose sobre sí misma, hasta desembocar en otra isla, con su balaustrada rota entre puentes y pasarelas y su guía, que Liandrin cotejó con su pergamino. Aquella isla, al igual que la anterior, parecía formada por piedra sólida. Egwene deseó no tener el convencimiento de que la primera isla se hallaba directamente encima de sus cabezas.

Nynaeve tomó la palabra de improviso, expresando en voz alta los pensamientos de Egwene. Ésta sonaba con firmeza, a pesar de lo cual hubo de parar para tragar saliva en medio de la exposición.

—Es… es posible —acordó con desánimo Elayne, quien giró los ojos hacia arriba para bajarlos rápidamente hacia el suelo—. Elaida dice que las normas que rigen la naturaleza no funcionan en los Atajos. Al menos no de la misma manera que en el exterior.

—¡Luz! —murmuró Min. Luego alzó la voz—. ¿Cuánto tiempo pretendéis que permanezcamos aquí?

Las trenzas de color de miel de la Aes Sedai oscilaron cuando ella se volvió para observarlas.

—Hasta que os lleve afuera —respondió lacónicamente—. Cuanto más me importunéis, más tiempo transcurrirá. —Volvió a inclinarse para examinar el pergamino y la guía.

Egwene y sus amigas guardaron silencio.

Liandrin siguió cabalgando de guía a guía, por rampas y puentes que parecían estar tendidos sin apoyo alguno entre la interminable oscuridad. Como apenas les prestaba atención, Egwene llegó a preguntarse si en caso de que alguna de ellas quedara rezagada, Liandrin volvería grupas para ir a buscarla. Las otras posiblemente abrigaban iguales dudas, pues todas cabalgaban arracimadas pisando los talones a la oscura yegua.

A Egwene le sorprendió comprobar que todavía sentía la atracción del *Saidar*, tanto la presencia de la mitad femenina de la Fuente Verdadera como el deseo de tocarla, de encauzar su flujo. Por algún motivo había pensado que la contaminación del Oscuro en los Atajos evitaría que lo notara. Al cabo de un tiempo, también percibió dicha contaminación. Esta era leve y no guardaba ninguna relación con el *Saidar*, pero estaba persuadida de que alargar la mano hacia la Fuente Verdadera allí sería como sumergir el brazo en sucio y grasiento humo para alcanzar una taza limpia. Cuanto hiciera quedaría mancillado. Por primera vez en varias semanas no tuvo dificultades en resistir a la fascinación del *Saidar*.

Sería probablemente noche bien entrada en el exterior de los Atajos cuando, en una isla, Liandrin desmontó de improviso y anunció que se detendrían para cenar y dormir y que había comida en la carga del mulo.

—Racionadla —indicó, sin molestarse en asignar la tarea—. Tardaremos casi dos días en llegar a la Punta de Toman. No querría que llegarais hambrientas si habéis sido tan necias de no traer alimentos por vuestra cuenta. —Desensilló y trabó su yegua con movimientos rápidos y luego se sentó en la silla, esperando que una de ellas le llevara algo de comer.

Elayne le llevó una rebanada de pan y queso. Como era evidente que no deseaba su compañía, las cuatro muchachas dieron cuenta de su exigua cena apartadas de ella, sentadas en las sillas de montar, arrimadas entre sí. La oscuridad reinante más allá de las linternas no contribuyó a que aquélla fuera una cena alegre.

—Liandrin Sedai —preguntó Egwene al cabo de unos minutos—, ¿qué pasará si encontramos el Viento Negro? —Min pronunció el nombre con tono interrogativo y Elayne dio un chillido—. Moraine Sedai dijo que no podía ser destruido, ni siquiera recibir daños de consideración, y yo siento la infección de este lugar aguardando para deformar todo cuanto hagamos con el Poder.

—No vais siquiera a pensar en la Fuente a menos que yo os lo indique —replicó con dureza Liandrin—. Si una de vosotras intentara encauzar el Poder aquí, en los Atajos, seguramente enloquecería como un hombre. No tenéis la práctica para

enfrentaros a la contaminación de los hombres que crearon esto. Si el Viento Negro aparece, yo me encargaré de él. —Frunció los labios, centrando la mirada en un pedazo de queso blanco—. Moraine no posee tantos conocimientos como cree. —Se introdujo el queso en la boca, sonriendo.

—No me gusta —murmuró Egwene, en voz baja para que la Aes Sedai no pudiera oírla.

—Si Moraine puede trabajar con ella —observó tranquilamente Nynaeve—, también podemos hacerlo nosotras. No es que me caiga mejor Moraine que Liandrin, pero si están volviendo a entrometerse en la vida de Rand y de los otros… —Guardó silencio, subiéndose la capa. La oscuridad no era fría, pero daba la impresión de que debiera serlo.

—¿Qué es el Viento Negro? —inquirió Min. Cuando Elayne se lo hubo explicado, intercalando un buen número de datos aportados por Elaida y su madre, Min suspiró—. El Entramado tiene un montón de detalles de los que debe responder. No sé si existe algún hombre que merezca que nos sometamos a estos riesgos.

—No tenías por qué venir —le recordó Egwene—. Habrías podido marcharte cuando quisieras. Nadie habría intentado impedirte que abandonaras la Torre.

—Oh, habría podido escabullirme —replicó con tono irónico Min—. Tan sencillamente como tú o Elayne. El Entramado no tiene en cuenta nuestros deseos. —Hizo una pequeña pausa antes de proseguir—. Egwene, ¿qué ocurrirá si, después de todos los sacrificios que haces por él, Rand no se casa contigo? ¿Qué pensarías si se casara con alguna desconocida, o con Elayne o conmigo? ¿Qué sentirías?

—Madre no lo aprobaría de ningún modo —objetó Elayne con una risa ahogada.

Egwene permaneció callada un momento. Era posible que Rand no viviera para casarse con nadie. Y si lo hiciera… No podía imaginar a Rand hiriendo a alguien. «¿Ni siquiera después de volverse loco?» Tenía que haber alguna manera de detener ese curso inexorable, de modificarlo; las Aes Sedai sabían muchas cosas y tenían un gran poder. «Si pudieran detenerlo, ¿por qué no lo hacen?» La única respuesta era que porque no estaba en sus manos hacerlo, y ésa no era la que ella deseaba.

—No creo que yo vaya a casarme con él —contestó al fin, tratando de imprimir ligereza a su voz—. Las Aes Sedai no suelen desposarse, como sabéis. Pero, en tu caso, no depositaría mi corazón en él. Ni en el tuyo, Elayne. No creo que… —Se le atenazó la garganta, y tosió para disimular—. No creo que se case nunca. Pero, si lo hace, hago votos por la felicidad de quien acabe con él, aunque sea una de vosotras. —Le pareció que su tono era convincente—. Es tozudo como una mula y obstinado en no ver sus defectos, pero es bondadoso. —Se le quebró la voz, lo cual logró encubrir riendo.

—Por más que digas que no te importa —arguyó Elayne—, me parece que aún lo verías con menos buenos ojos que mi madre. Él es muy interesante, Egwene; más

interesante que cualquiera de los hombres que he conocido, aunque sea un pastor. Si eres lo bastante tonta para deshacerte de él, tuya será la culpa si decido enfrentarme a ti y a mi madre a un tiempo. No sería la primera vez que el príncipe de Andor carece de títulos antes de desposarse. Pero no serás tan estúpida, de modo que no intentes hacer ver que lo harás. Sin duda elegirás el Ajah Verde y lo convertirás en uno de tus Guardianes. Las únicas Verdes que conozco que tengan un solo Guardián están casadas con ellos.

Egwene le siguió el juego, declarando que si llegaba a ser una Verde tendría diez Guardianes.

Min la observaba, ceñuda, y Nynaeve miraba a Min pensativamente. Todas se quedaron silenciosas llegado el momento en que se cambiaron, sustituyendo sus vestidos por ropas más adecuadas para viajar. No era fácil mantener el ánimo.

Egwene tardó en conciliar el sueño y éste fue un duermevela visitado por pesadillas. En éstas no apareció Rand, sino el hombre de ojos de fuego, el cual no tenía el rostro velado con una máscara en aquella ocasión, lo que dejaba a la vista un horrible laberinto de quemaduras casi cicatrizadas. Se limitó a mirarla y reír, pero aquello fue peor que los sueños posteriores, en los cuales la perseguía el Viento Negro. Recibió casi con agradecimientos el golpe que Liandrin le dio en las costillas con la bota de montar para despertarla; se sentía como si no hubiera dormido.

Liandrin las obligó a mantener una dura marcha al día siguiente, o lo que hizo las veces de tal con las linternas como único sol, sin permitirles parar para dormir hasta que ya oscilaban sobre las sillas. La piedra constituía un duro lecho, pero Liandrin las hizo levantar con rudos modales al cabo de pocas horas y apenas las esperó para montar y emprender camino. Rampas y puentes, islas y guías. Egwene vio tantos en aquellas imperturbables tinieblas que perdió la cuenta. Ya hacía tiempo que había perdido la noción de las horas o de los días transcurridos. Liandrin no autorizaba más que breves paradas para comer y dar reposo a los caballos, y la oscuridad pesaba sobre sus espaldas. Todas cabalgaban con los hombros hundidos como sacos de grano, salvo Liandrin. A la Aes Sedai no parecían afectarle el cansancio ni la oscuridad. Estaba tan fresca como lo había estado en la Torre Blanca, e igualmente fría. No consentía en que nadie lanzara una ojeada al pergamino que comparaba con las guías.

—No es algo que podáis comprender —contestó parcamente ante una pregunta de Nynaeve.

Y después, mientras Egwene parpadeaba con fatiga, Liandrin se alejó de la guía, no en dirección a otro puente o rampa, sino siguiendo una roída línea blanca que se perdía en la oscuridad. Egwene miró a sus amigas y todas se apresuraron a seguirla. Más adelante, a la luz del candil, la Aes Sedai ya estaba extrayendo la hoja de *Avendesora* de las formas esculpidas en una puerta de Atajo.

—Ya estamos aquí —anunció Liandrin, sonriendo—. Por fin os he traído a donde debéis ir.

40



Damane

Egwene desmontó mientras se abría la puerta y, cuando Liandrin les hizo señas de que pasaran, condujo con cuidado su yegua afuera. Con todo, ella y *Bela* tropezaron con los escombros aplastados por las losas giratorias, al verse afectados sus movimientos por una súbita y terrible lentitud. Una pantalla de densos matorrales había rodeado y encubierto la puerta del Atajo. Únicamente había unos cuantos árboles en los alrededores y una brisa matinal agitaba el follaje, con algo más de color del que habían tenido las hojas en Tar Valon.

Observando cómo sus amigas surgían tras ella, había permanecido de pie un minuto antes de caer en la cuenta de que había gente allí, justo fuera de su campo visual al otro lado de las puertas. Cuando lo advirtió, la contempló con incertidumbre; componían el grupo más extraño que hubiera visto jamás, y ella había escuchado demasiados rumores acerca de la guerra que se libraba en la Punta de Toman.

Unos hombres armados, al menos una cincuentena, con petos imbricados de acero y yelmos de tonalidad negra apagada con forma similar a las cabezas de los insectos, a caballo o de pie junto a sus monturas, la observaban a ella y las mujeres que iban saliendo; con los ojos clavados en la puerta del Atajo, murmuraban entre sí. El único varón con la cabeza descubierta, un alto sujeto de nariz de rapaz con un yelmo dorado y pintado apoyado en la cadera, contemplaba con asombro lo que veía.

Al lado de los militares había también mujeres. Dos de ellas, ataviadas con sencillos vestidos grises y con amplios collares de plata en torno al cuello, miraban fijamente a las personas que salían por la puerta del Atajo; junto a ellas se encontraba otra mujer pegada a sus espaldas como si fuera a musitarles algo al oído. Otras dos mujeres, algo apartadas de éstas, llevaban faldas de ancho vuelo que casi les llegaban a los tobillos; algunas partes de las mismas llevaban bordados relámpagos bifurcados idénticos a los que también lucían en el pecho. La más extraña de aquellas damas era la que se hallaba reclinada en un palanquín, sostenido por ocho musculosos varones de torso desnudo y negros pantalones abombachados. Su cabello, rapado a ambos

costados, se reducía a una ancha cresta morena que le caía en cascada por la espalda. Un largo manto de color crema adornado con flores y pájaros, cosidos sobre óvalos azules, estaba cuidadosamente dispuesto para dejar al descubierto una falda plisada blanca, y llevaba pintadas de azul las dos primeras uñas, exageradamente largas, de cada mano.

—Liandrin Sedai —preguntó con inquietud Egwene—, ¿sabéis quién es esa gente? —Sus amigas tomaron las riendas como si estuvieran indecisas entre montar o echar a correr, pero Liandrin volvió a colocar la hoja de *Avendesora* y avanzó con paso confiado cuando la puerta comenzó a cerrarse.

—¿La Augusta Señora Suroth? —dijo Liandrin en tono entre interrogativo y afirmativo.

La mujer del palanquín asintió sin apenas mover la cabeza.

—Vos sois Liandrin. —Como pronunció de manera bastante imprecisa, a Egwene le tomó un momento comprenderla—. Aes Sedai —agregó Suroth torciendo los labios, tras lo cual se levantó un murmullo entre los soldados—. Debemos concluir esto rápidamente, Liandrin. Hay patrullas y no sería conveniente que nos encontraran. A vos no os complacerían más que a mí las atenciones de los Buscadores de la Verdad. Tengo intención de hallarme de vuelta en Falme antes de que Turak se entere de que me he ido.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Nynaeve—. ¿De qué está hablando, Liandrin?

Liandrin puso una mano sobre el hombro de Nynaeve y otra sobre el de Egwene.

—Estas son las dos de que os hablé. Y aquí hay otra. —Señaló con la cabeza a Elayne—. Es la heredera del trono de Andor.

Las dos mujeres con los relámpagos en los vestidos —que, según advirtió Egwene, llevaban una especie de cadenas plateadas enrolladas en las manos— estaban acercándose al grupo reunido delante de la puerta del Atajo, y el soldado con la cabeza descubierta se aproximó con ellas. Aun cuando no llevó la mano a la empuñadura de la espada que le asomaba por el hombro y sonreía con aire despreocupado, Egwene lo vigiló estrechamente. Liandrin no daba muestras de agitación; de lo contrario, Egwene habría saltado a lomos de *Bela* sin dilación.

—Liandrin Sedai —preguntó, angustiada—, ¿quién es esa gente? ¿Están aquí para ayudar también a Rand y a los demás?

El hombre de nariz ganchuda agarró de improviso a Min y Elayne por la nuca y en el instante siguiente todo pareció producirse simultáneamente. El hombre profirió una maldición y una mujer gritó, o tal vez más de una mujer; Egwene no estaba segura. De pronto la brisa se convirtió en un vendaval que se llevó los furiosos gritos de Liandrin entre nubes de polvo y hojas y dobló los árboles, arrancando gemidos de ellos. Los caballos se encabritaron y relincharon con estridencia. Y una de las

mujeres alargó la mano y rodeó con algo el cuello de Egwene.

Con la capa ondeando como la vela de un barco, Egwene braceó contra el viento y tiró frenéticamente de lo que notó al tacto como un collar de liso metal. Éste no cedió; sus dedos le indicaban que era de una sola pieza, a pesar de que sabía que había de tener alguna clase de cierre. Las plateadas correas que llevaban las mujeres caían ahora sobre la espalda de Egwene, unidas en el otro extremo a un brillante brazalete que rodeaba la muñeca de una de ellas. Apretando con fuerza el puño, Egwene golpeó a la mujer con toda la violencia de que fue capaz, justo en el ojo… y, tambaleándose, cayó de rodillas, con la cabeza dolorida. Sentía como si un fornido hombre le hubiera dado un puñetazo en la cara.

Cuando se le hubo aclarado la visión, el viento había amainado. Unos cuantos caballos, entre los que se hallaban *Bela* y la yegua de Elayne, vagaban sueltos y algunos de los soldados maldecían y se levantaban del suelo. Liandrin se cepillaba con calma la tierra y hojas prendidas al vestido. Min estaba de rodillas, apoyada en las manos, tratando débilmente de incorporarse. El individuo de nariz de rapaz estaba de pie junto a ella, chorreando sangre de una mano. El cuchillo de Min se encontraba fuera de su alcance, con la hoja manchada de rojo. Nynaeve y Elayne no se veían por ninguna parte, y la yegua de la Zahorí había desaparecido también, al igual que algunos de los soldados y una de las parejas de mujeres. La otra pareja se hallaba todavía allí y Egwene percibió entonces que estaban atadas por medio de una correa de plata igual que la que aún la unía a ella a la mujer que permanecía a su lado.

Esa mujer estaba frotándose la mejilla cuando se agazapó junto a Egwene, con un morado que ya despuntaba en su ojo izquierdo. Con largos cabellos oscuros y unos grandes ojos castaños, era hermosa, y de una edad que debía de superar como mucho en diez años a la de Nynaeve.

—Tu primera lección —dijo enfáticamente, con una voz que en lugar de expresar animosidad, sonaba casi amistosa—. Esta vez no te infligiré mayor castigo, dado que debía haber estado en guardia con una *damane* recientemente apresada. Has de saber que eres una *damane* y que yo soy una sul’dam, una Asidora de la Correa. Cuando *damane* y sul’dam están unidas, sea cual sea el dolor que experimente la *sul'dam*, la *damane* lo siente con doble intensidad. Incluso puede llegar a morir a causa de ello. De modo que debes recordar que jamás puedes causar daño a una sul’dam por ningún medio y que debes protegerla aún más que a ti misma. Yo soy Renna. ¿Cómo te llamas?

—Yo no soy… lo que habéis dicho —murmuró Egwene.

Volvió a tirar del collar, con igual resultado que antes. Consideró la posibilidad de derribar a la mujer de un golpe e intentar sacarle la pulsera de la muñeca, pero la desechó. Aun cuando los soldados no trataran de detenerla —y por el momento parecían hacer caso omiso tanto de ella como de Renna— tenía el horrible

presentimiento de que la desconocida estaba diciéndole la verdad. Al tocarse el ojo izquierdo esbozó una mueca de dolor; éste no estaba hinchado, de manera que tal vez no estaba saliéndole realmente un cardenal como a Renna, pero aun así le dolía. Su ojo izquierdo y el ojo izquierdo de Renna. Levantó la voz.

—¿Liandrin Sedai? ¿Por qué los dejáis que hagan esto?

Liandrin se frotó las manos, sin dirigirle una mirada.

—Lo primero que debes aprender —observó Renna— es que has de hacer exactamente lo que se te ordene, y sin demora.

Egwene emitió una exhalación. De improviso la piel le escocía y picaba como si se hubiera revolcado en un lecho de ortigas, de las plantas de los pies a la coronilla. Echó la cabeza para atrás mientras la insufrible quemazón aumentaba.

—Muchas sul'dam —prosiguió Renna en su tono casi amistoso— creen que a las *damane* no deben consentírseles nombres o, en todo caso, sólo los que les dan ellas. Pero yo soy la que te ha apresado, de manera que seré la encargada de tu entrenamiento, y voy a permitir que conserves tu propio nombre… si no me decepcionas demasiado. Ahora estoy ligeramente molesta contigo. ¿De veras quieres continuar rebelándote hasta hacerme enfadar?

Temblando, Egwene apretó los dientes. Tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos para contener el impulso de rascarse con furia. «¡Idiota! ¡Sólo se trata de tu nombre!»

—Egwene —logró articular—. Soy Egwene al'Vere. —Al instante el escozor cedió. Espiró larga y entrecortadamente.

—Egwene —repitió Renna—. Es un buen nombre. —Y, para horror de Egwene, le dio una palmadita en la cabeza como lo haría con un perro.

Eso, cayó en la cuenta, era lo que había detectado en la voz de la mujer. Una cierta condescendencia para con un perro sujeto a entrenamiento y no el sentimiento amistoso que inspiraría un ser humano a otro, Renna rió entre dientes.

—Ahora estás aún más furiosa. Si tratas de golpearme de nuevo, no olvides que ha de ser un golpe flojo, pues tú vas a sentirlo con doble dureza que yo. No intentes encauzar; eso no lo harás jamás sin mi consentimiento expreso.

La sangre afluía con fuerza al ojo de Egwene. Se puso en pie y trató de no hacer caso a Renna, hasta el punto en que ello era posible con una persona que retenía una cadena atada a un collar que rodeaba el propio cuello. Tenía las mejillas ardientes cuando la otra mujer volvió a reír. Quería aproximarse a Min, pero la cantidad de cuerda que Renna había dejado suelta no le permitía llegar hasta ella.

—Min, ¿estás bien? —la llamó con suavidad.

Sentándose lentamente sobre los talones, Min asintió con un gesto y enseguida se llevó la mano a la cabeza como si se arrepintiera de haberla movido.

Unos rayos bifurcados atravesaron el claro cielo y se descargaron entre los

árboles a cierta distancia. Con un sobresalto, Egwene sonrió. Nynaeve todavía estaba libre, y Elayne. Si alguien podía liberarlas a ella y a Min, esa persona era Nynaeve. Su sonrisa se desvaneció al asestar una dura mirada a Liandrin. Fueran cuales fuesen los motivos por los que ésta las había traicionado, ya le ajustarían las cuentas. «Algún día. De algún modo.» Su mirada no surtió efecto alguno, pues la Aes Sedai no desvió los ojos del palanquín.

Los hombres con los torsos desnudos se arrodillaron para bajar el palanquín hasta el suelo, y Suroth salió. Se arregló con cuidado la túnica y se encaminó hacia Liandrin con sus pies calzados con suaves escarpines. Ambas mujeres eran aproximadamente de la misma talla. Unos ojos marrones miraron fijamente a un mismo nivel a otros negros.

—Debíais traerme dos —señaló Suroth—. En su lugar, tengo sólo una, mientras dos andan sueltas, una de las cuales es muchísimo más poderosa de lo que me disteis a entender. Atraerá la atención de todas nuestras patrullas que se hallan en un radio de diez kilómetros.

—Os he traído tres —puntualizó sosegadamente Liandrin—. Si no sois capaz de mantenerlas a raya, tal vez nuestro amo debería buscar a otra entre las vuestras para colocarla a su servicio. Os amedrentáis por naderías. Si vienen las patrullas, matadlas.

Se produjo un nuevo relampagueo a no mucha distancia y momentos después algo bramó como un trueno a corta distancia de donde habían caído los rayos; una nube de tierra se elevó en el aire. Ni Liandrin ni Suroth repararon en ello.

—Todavía podría regresar a Falme con dos nuevas *damane* —advirtió Suroth—. Me aflige permitir que una… Aes Sedai —pronunció la palabra con labios torcidos, como una maldición— … ande libremente.

Liandrin no modificó la expresión de la cara, pero Egwene vio cómo a su alrededor se formaba de súbito un halo.

—Cuidado, Augusta Señora —le avisó Renna—. ¡Está preparada!

Se produjo una agitación entre los soldados, que aprestaron sus espadas y lanzas, pero Suroth se limitó a juntar las manos y sonrió a Liandrin por encima de sus largas uñas.

—No haréis nada contra mí, Liandrin. Nuestro amo no lo aprobaría, dado que yo soy más necesaria aquí que vos, y el temor que él os inspira es superior al que os produce la posibilidad de convertiros en una *damane*.

Liandrin sonrió, a pesar de las dos manchas blancas de sus mejillas que delataban su rabia.

—Y vos, Suroth, lo teméis más a él que a que yo os convierta en cenizas ahora mismo.

—En efecto. Ambas lo tememos. No obstante, incluso los requisitos de nuestro amo cambiarán con el tiempo. Todas las *marath'damane* acabarán sufriendo el yugo

de la correa. Tal vez sea yo quien coloque el collar alrededor de vuestra preciosa garganta.

—Como digáis, Suroth. Los requisitos de nuestro amo cambiarán. Os recordaré esto el día en que os arrodilléis ante mí.

Un alto cedro situado a menos de un kilómetro de distancia se tornó una crepitante antorcha.

—Esto está cansándome —anunció Suroth—. Elbar, llámalos. —El sujeto de nariz ganchuda sacó un cuerno no mayor que su puño y lo hizo sonar con un ronco y penetrante sonido.

—Debéis encontrar a la mujer, Nynaeve —advirtió vivamente Liandrin—. Elayne carece de importancia, pero tanto la mujer como esta chica deben partir en vuestros barcos cuando emprendáis viaje.

—Sé muy bien lo que nos han ordenado, *marath'damane*, aun cuando daría algo de valor por saber con qué motivo.

—Por más datos que os comunicaran hija —dijo con tono sarcástico Liandrin—, eso es cuanto se os permite conocer. Recordad que servís y obedecéis. Estas dos deben ser llevadas al otro lado del Océano Aricio y mantenidas allí.

—No voy a quedarme aquí para buscar a esa Nynaeve —bufó Suroth—. La utilidad que pueda ofrecer a nuestro amo se agotaría si Turak me entrega a los Buscadores de la Verdad. —Liandrin abrió la boca con semblante torvo, pero Suroth no le concedió la palabra—. Esa mujer no permanecerá en libertad mucho tiempo. Ninguna de las dos. Cuando nos hagamos a la mar, nos llevaremos atadas con collar a cada una de las mujeres de esta miserable tierra capaces de encauzar aun con poca fuerza. Si deseáis quedaros y buscarla, hacedlo. Pronto estarán aquí las patrullas, con la esperanza de reducir a la chusma que todavía se oculta en el campo. Algunas patrullas se llevan a las *damane*, y no les importa en absoluto el amo al que sirven. En caso de que salierais con vida de tal encuentro, la correa y el collar os enseñarán otra clase de vida, y no creo que nuestro amo se moleste en liberar a alguien lo bastante insensato como para dejarse apresar.

—Si una de las dos permanece aquí —replicó agriamente Liandrin—, nuestro amo se tomará las molestias con vos, Suroth. Lleváoslas a las dos, o pagad por no hacerlo. —Se encaminó a la puerta del Atajo, aferrando las riendas de su yegua, y pronto ésta se cerró tras ella.

Los soldados que habían salido tras Nynaeve y Elayne regresaron al galope con las dos mujeres unidas por la correa, collar y brazalete, la *damane* y la *sul'dam* las cuales cabalgaban una al lado de otra. Tres hombres conducían caballos con cuerpos tendidos sobre las sillas. Egwene sintió crecer su esperanza al advertir que todos los cadáveres llevaban armadura. No habían atrapado ni a Nynaeve ni a Elayne.

Min se dispuso a ponerse en pie, pero el sujeto de nariz aguileña plantó un pie

entre sus omóplatos y la empujó hacia el suelo. Respirando con esfuerzo, ésta se crispó débilmente.

—Solicito permiso para hablar, Augusta Señora —dijo el soldado, y, al realizar ésta un ligero movimiento con la mano, prosiguió—: Esta campesina me ha herido, Augusta Señora. Si la Augusta Señora no quiere darle ningún uso… —Suroth hizo un nuevo gesto y se volvió; el hombre alzó la mano hacia el hombro en busca de la empuñadura de su espada.

—¡No! —gritó Egwene. Oyó cómo Renna profería quedamente un juramento, y de pronto el insufrible picor cubrió de nuevo su piel, con más intensidad que antes, pero eso no la hizo callar—. ¡Por favor! ¡Augusta Señora, por favor! ¡Es mi amiga! —Un dolor como no había experimentado hasta entonces la atormentaba entre la quemazón. Todos sus músculos se agarrotaron, presas de calambres; apoyó la cara en el suelo, lloriqueando, pero aún veía cómo Elbar desenvainaba su pesada hoja curvada, cómo la ponía en alto con ambas manos—. ¡Por piedad! ¡Oh, Min!

De improviso, el dolor desapareció como si nunca lo hubiera padecido, y sólo quedó su recuerdo. Vio los escarpines de terciopelo azul de Suroth, ahora manchados de tierra, pero era a Elbar a quien observaba la Augusta Señora. Este permaneció con la espada por encima de la cabeza, descargando todo su peso en el pie que comprimía la espalda de Min… y totalmente inmóvil.

—¿Esta campesina es tu amiga? —preguntó Suroth.

Egwene comenzó a incorporarse pero, al percibir la sorpresa en la ceja que enarcó Suroth, se quedó postrada y se limitó a alzar la cabeza. Debía salvar a Min. «Si para ello había de rebajarse…» Separó los labios, con la confianza de que sus dientes apretados dieran la impresión de una sonrisa.

—Sí, Augusta Señora.

—Y si soy clemente con ella, si permito que te visite de vez en cuando, ¿trabajarás duro y aprenderás cuanto te enseñen?

—Lo haré, Augusta Señora. —Hubiera prometido mucho más para evitar que esa espada partiera la cabeza de Min. «Incluso mantendré la promesa —pensó con amargura— mientras sea necesario.»

—Monta a la chica en su caballo, Elbar —ordenó Suroth—. Átala si no se mantiene erguida por sí misma. Si esta *damane* me decepciona, tal vez entonces te otorgaré su cabeza. —Ya estaba caminando hacia su palanquín.

Renna la obligó a levantarse con un rudo tirón y la empujó en dirección a *Bela*, pero Egwene sólo tenía ojos para Min. Aun cuando Elbar no la trató con más miramientos que Renna a ella, le pareció que Min estaba bien. Al menos, se zafó de Elbar cuando éste intentó atarla a la silla y subió a lomos de su caballo bayo sin apenas ayuda.

La curiosa comitiva se puso en camino hacia poniente, con Suroth a la cabeza y

Elbar a pocos pasos del palanquín, lo bastante cerca como para ejecutar de inmediato una posible orden. Renna y Egwene cabalgaban a la zaga con Min y las otras *sul'dam* y *damane*, detrás de los soldados. La mujer que al parecer pretendía acollarar a Nynaeve acariciaba la correa plateada que aún llevaba en la mano con furioso semblante. El ondulante terreno estaba poblado por escasa arboleda, y el humo del cedro incendiado pronto se redujo a una mancha en el ciclo que dejaban tras de sí.

—Has sido depositaria de un gran honor —le anunció Renna momentos después —, al hablarte la Augusta Señora directamente a ti. En otra ocasión, te hubiera puesto un lazo para resaltar el honor. Pero dado que has atraído tú misma su atención…

Egwene dio un grito al sentir una especie de latigazo en la espalda y luego otros más en la pierna y en el brazo. Parecían proceder de todas direcciones; sabía que no había modo de protegerse, pero no pudo evitar cubrirse con los brazos como si así pudiera contener los golpes. Aunque se mordió el labio para reprimir los gemidos, las lágrimas le rodaban por las mejillas. *Bela* relinchó y caracoleó, pero Renna, atenazando la correa plateada, le impidió alejarse para separarla de Egwene. Ninguno de los soldados les dedicó siquiera una mirada.

—¿Qué estáis haciéndole? —gritó Min—. ¿Egwene? ¡Parad!

—Está sufriendo… Min, ¿no es cierto? —dijo con suavidad Renna—. Pues bien, ésta será una lección para ti también. Mientras trates de interponerte, no pararé.

Min alzó un puño, que enseguida dejó caer.

—No me interpondré. Pero, por favor, parad. Egwene, lo siento.

Los invisibles golpes continuaron unos momentos más, como para demostrar a Min que su intervención no había servido de nada, y luego cesaron, pero Egwene no paraba de estremecerse. Aquella vez el dolor no desapareció. Se arremangó el vestido, segura de que tendría verdugones; no había marca alguna en su piel, a pesar de la sensación de que debería tenerlas. Tragó saliva.

—No ha sido culpa tuya, Min —aseguró. *Bela* dio un respingo, con los ojos en blanco, y Egwene le dio una palmada en el cuello—. Tampoco ha sido tuya.

—Tú has sido la responsable, Egwene —la acusó Renna. Hablaba tan pacientemente, como si tratara con extrema amabilidad a alguien demasiado estúpido para ver qué era lo justo, que Egwene sintió deseos de gritar—. Cuando una *damane* recibe castigo, siempre es ella la culpable, aunque no sepa por qué. Una *damane* debe prever lo que quiere su *sul'dam*. Las *damane* son como muebles, o herramientas, siempre dispuestos a ser utilizados, pero sin llamar la atención. Y sobre todo jamás deben pretender suscitar sobre ellas el interés de alguien de la Sangre.

Egwene se mordió el labio hasta notar el sabor de la sangre. «Esto es una pesadilla. No puede ser real. ¿Por qué ha hecho esto Liandrin? ¿Por qué está ocurriendo?»

—¿Puedo… puedo haceros una pregunta?

—A mí sí —sonrió Renna—. Serán muchas las *sul'dam* que llevarán tu brazalete con el paso de los años, pues siempre hay más *sul'dam* que *damane*, y algunas te arrancarían la piel a tiras si levantaras la mirada del suelo o abrieras la boca sin permiso, pero yo no veo inconveniente en dejarte hablar, siempre que pongas cuidado en lo que dices. —Otra de las sul’dam, unida a una hermosa mujer de cabellos oscuros de mediana edad que mantenía los ojos fijos en las manos, resopló ruidosamente.

—Liandrin… —Egwene no estaba dispuesta a agregar nunca más el título honorífico tras su nombre— … y la Augusta Señora han hablado de un amo a cuyo servicio se hallan ambas. —A su mente acudió la imagen de un hombre con el rostro desfigurado por quemaduras casi curadas y ojos y boca que a veces exhalaban fuego; aunque éste era sólo una figura que visitaba sus sueños, era una posibilidad demasiado horrible sobre la que basar conjeturas—. ¿Quién es? ¿Qué quiere de mí y… de Min?

Sabía que era una tontería evitar pronunciar el nombre de Nynaeve, pues no creía que ninguna de esas personas fuera a olvidarse de ella porque no se mencionara su nombre, en especial la *sul'dam* de ojos azules que manoseaba su inútil correa, pero era el único recurso de contraataque que se le ocurrió en ese momento.

—Los asuntos de la Sangre —respondió Renna— no son de mi incumbencia y de buen seguro no de la tuya. La Augusta Señora me comunicará lo que desee que yo sepa y yo te transmitiré lo que yo quiera que tú conozcas. Cualquier otra cosa que oigas o veas, has de considerarla como algo que jamás ha sido dicho y que no ha acaecido. En este camino reside la seguridad, sobre todo en el caso de una *damane*. Las *damane* son demasiado valiosas para darles muerte, pero podrías encontrarte no solamente con un severo castigo, sino sin lengua para hablar o manos para escribir, dado que las *damane* pueden cumplir su cometido sin tales miembros.

Egwene se estremeció, a pesar de la tibieza del aire. Al taparse los hombros con la capa, rozó la correa y movió espasmódicamente la mano.

—Esto es algo horrible. ¿Cómo podéis hacerle esto a alguien? ¿Qué mente insana tuvo tal ocurrencia?

—Ésta podría ya prescindir de su lengua, Renna —gruñó la sul’dam de ojos azules y correa vacía.

—¿Cómo ha de ser horrible? —replicó Renna con una paciente sonrisa—. ¿Podríamos permitir que anduviera libremente alguien capaz de hacer lo que hace una *damane*? De vez en cuando nacen hombres que se convertirían en *marath'damane* de ser mujeres; aquí también se dan casos, tengo entendido, y deben recibir muerte, desde luego, pero las mujeres no enloquecen. Es preferible que devengan *damane* a que ocasionen problemas queriendo competir por el poder. En cuanto a la mente que tuvo la idea del a’dam, fue la de una mujer que se

autodenominaba Aes Sedai.

Egwene fue consciente de la incredulidad que debió de traslucir su rostro por las risas de Renna.

—Cuando Luthair Paendrag Mondwin, hijo de Hawkwing, se enfrentó a los Ejércitos de la Noche, encontró a muchas entre ellos que se hacían llamar Aes Sedai. Se disputaban entre sí la supremacía y utilizaban el Poder único en el campo de batalla. Una de ellas, una mujer llamada Deain, que creyó más conveniente para sí servir al emperador, que no era por aquel entonces aún emperador, claro está, dado que éste no disponía de Aes Sedai en sus huestes, se personó ante él con un artilugio que había creado, el primer *a'dam*, ajustado en torno al cuello de una de sus hermanas y, a pesar de que esa mujer no quería ponerse al servicio de Luthair, el *a'dam* la obligaba a hacerlo. Deain hizo otros *a'dam*, se localizaron las primeras sul'dam, y las mujeres capturadas que se hacían llamar Aes Sedai descubrieron que de hecho no eran más que *marath'damane*: Las que Deben Ser Atadas con Correa. Se dice que, cuando ella misma fue acollarada, los gritos de Deain hicieron estremecer las Torres de Medianoche, pero, por supuesto, ella también era una *marath'damane* y no se puede dejar circular libremente a las *marath'damane*. Tal vez tú seas una de esas que tienen la capacidad de crear a'dam. En ese caso, estarás consentida, puedes quedarte tranquila.

Egwene contempló con añoranza las tierras por las que cabalgaban. El terreno comenzaba a elevarse en bajas colinas y el poco poblado bosque había dado paso a algunos bosquecillos diseminados, en los que, sin embargo, estaba segura de poder esconderse.

—¿Se supone que debo anhelar que me mimen como a un perro de compañía? —inquirió con amargura—. ¿Que padezca toda una vida estando encadenada a hombres y mujeres que creen que soy una especie de animal?

—No a hombres —rió entre dientes Renna—. Todas las sul'dam son mujeres. Si un varón se pusiera esta pulsera, la mayor parte del tiempo sería lo mismo que si estuviera colgada de un clavo en una pared.

—Y en otras —terció ásperamente la sul'dam de ojos azules—, tú y él moriríais dando alaridos. —Aquella mujer tenía unas facciones duras y una tensa boca de finos labios, y Egwene cayó en la cuenta de que la furia de su rostro parecía ser una expresión permanente en él—. De tanto en tanto la emperatriz juega con los nobles atándolos a una *damane*. Ello hace sudar a los aristócratas y sirve de entretenimiento a la Corte de las Nueve Lunas. El señor nunca sabe, hasta que el proceso ha concluido, si sobrevivirá o morirá, al igual que tampoco lo sabe la *damane*. —Su risa era perversa.

—Únicamente la emperatriz puede permitirse desperdiciar de ese modo a una *damane*, Alwhin —espetó Renna— y no tengo intención de entrenar a ésta para luego

desperdiciarla.

—Hasta ahora no he visto nada que pueda considerarse como entrenamiento, Renna. Sólo una larga conversación, como si tú y esta *damane* fuerais amigas de infancia.

—Quizá sea hora de ver qué es capaz de hacer —opinó Renna, observando a Egwene—. ¿Dispones de suficiente control ya para encauzar a esa distancia? —Señaló un alto roble que se elevaba, solitario, sobre una colina.

Egwene miró ceñuda el árbol, situado tal vez a ochocientos metros de la línea que seguían los soldados y el palanquín de Suroth. Nunca había intentado lograr algo que se hallara más allá del alcance de su brazo, pero consideró posible conseguirlo.

—No lo sé —respondió.

—Inténtalo —le indicó Renna—. Siente el árbol. Siente su savia. Quiero que no sólo lo calientes, sino que sea tanto el calor que le transfieras que cada gota de savia de cada una de las ramas se evapore en un instante. Hazlo.

Egwene se quedó estupefacta al notar la urgencia que experimentaba por cumplir la orden de Renna. Hacía dos días que no había encauzado, ni establecido siquiera contacto con el *Saidar*; el deseo de henchirse de Poder único le produjo un estremecimiento.

—Yo… —en una fracción de segundo descartó «no lo haré», aconsejada por el escozor de los invisibles verdugones— … no puedo —finalizó en lugar de ello—. Está demasiado lejos y nunca hasta ahora he realizado nada parecido.

Una de las sul’dam rió con estridencia y Alwhin se mofó:

—Ni siquiera lo ha intentado.

—Cuando se lleva suficiente tiempo siendo sul’dam —explicó Renna a Egwene, sacudiendo la cabeza casi con tristeza—, se aprende a adivinar muchas cosas sobre las *damane* incluso sin el brazalete, pero con él se puede siempre determinar si una *damane* ha tratado de encauzar. No debes mentirme nunca, ni a mí ni a ninguna otra sul’dam, en lo más mínimo.

De súbito, los invisibles latigazos regresaron, descargándose por todo su cuerpo. Chillando, trató de golpear a Renna, pero ésta apartó con calma su puño y Egwene sintió como si Renna le hubiera golpeado el brazo con un palo. Hincó los talones en los flancos de *Bela*, y la resistencia de la *sul'dam* casi la desmontó de la silla. Desesperadamente invocó el *Saidar*, con intención de causar daño a Renna para que dejara de atormentarla, de infligirle el mismo daño que ella le había provocado. La sul’dam sacudió la cabeza, torciendo el gesto; Egwene chilló como si le hubieran escaldado la piel. La quemazón no comenzó a ceder hasta que no hubo alejado de sí el *Saidar*, y la sensación de ser golpeada aún persistía. Trató de gritar que lo probaría, si Renna paraba, pero todo cuanto logró hacer fue chillar y retorcerse.

Era vagamente consciente de Min, que gritaba airadamente tratando de acercarse

a ella, de Alwhin que arrebató a ésta las riendas de las manos, de otra *sul'dam* que hablaba con dureza a su *damane*, la cual miró a Min. Y entonces Min también comenzó a emitir alaridos, moviendo frenéticamente los brazos como si tratara de protegerse de golpes o espantar a insectos que la picaban. Sumida en su propio dolor, Min parecía distante.

Los gritos de ambas fueron tan estridentes que algunos de los soldados se volvieron. Después de lanzar una ojeada, rieron y les volvieron otra vez la espalda. La manera como las sul’dam trataban a las *damane* no era asunto que les concerniera.

Egwene tuvo la impresión de que aquel suplicio iba a durar eternamente, pero éste concluyó por fin. Yacía débilmente sobre el arzón de la silla, con las mejillas anegadas de lágrimas, sollozando sobre la crin de *Bela*. La yegua relinchaba, inquieta.

—Es bueno que tengas carácter —apreció con voz tranquila Renna—. Las mejores *damane* son las que tienen un carácter fuerte que dominar y amoldar.

Egwene cerró con firmeza los ojos, deseando poder hacer lo mismo con las orejas, para no oír la voz de Renna. «Tengo que escapar. Debo hacerlo, pero ¿cómo? Nynaeve, ayúdame. Luz, que alguien me asista.»

—Serás una de las mejores —sentenció Renna con voz satisfecha.

Sus manos acariciaron el cabello de Egwene, igual que un amo que apacigua a su perro.

Nynaeve dobló el cuerpo sobre el caballo para escrutar entre la pantalla de espinosos matorrales. Percibió árboles diseminados, las hojas de algunos de los cuales mudaban ya de color. No parecía que hubiera nadie en el trecho que las separaba de ellos. No veía nada que se moviera, salvo la espiral de humo del cedro incendiado, la cual iba perdiendo grosor, ondulándose con la brisa.

Eso había sido obra suya, el cedro, y uno de los relámpagos que habían surcado el cielo y algunas otras cosas que no se le había ocurrido hacer hasta que había visto que las dos mujeres las utilizaban como armas contra ella. Le parecía que ambas debían de trabajar juntas de algún modo, aun cuando no comprendía la relación que mantenían, atadas como estaban. Una llevaba un collar, pero la otra estaba tan encadenada como ella. Lo que a Nynaeve no le cabía duda era que una de ellas era una Aes Sedai. No había tenido ocasión de verlas lo bastante cerca para percibir la aureola que acompañaba al encauzamiento, pero no podía ser de otro modo.

«Sin duda será un placer hablarle a Sheriam de ellas —pensó con aspereza—. Las Aes Sedai no utilizan el Poder como arma, ¿no es cierto?»

Ella sí lo había hecho. Como mínimo había derribado a las dos mujeres con aquel rayo, y había visto cómo uno de los soldados, o más bien su cuerpo, se quemaba a causa de la bola de fuego que había creado y arrojado contra ellos. Pero llevaba cierto

tiempo sin ver a ninguno de los extranjeros.

El sudor le perlaba la frente, lo cual no se debía sólo al esfuerzo realizado. Había perdido contacto con el *Saidar* y no conseguía restablecerlo. En el primer momento de furia, al comprobar que Liandrin las había traicionado, el *Saidar* había acudido involuntariamente a ella y la había colmado de Poder único. Le habla parecido que nada le era imposible. Mientras habían estado persiguiéndolas, la rabia de ser acosada como un animal había avivado su ardor. La tregua duraba desde hacía un rato. Cuanto más tiempo transcurría sin haber visto a ningún enemigo, más iban incrementándose sus temores de que hubiera alguien acechándola y la preocupación por la suerte de Egwene, Elayne y Min. Ahora no tenía más remedio que admitir que el miedo estaba invadiéndola. Miedo por ellas y miedo por sí misma. Era ira lo que necesitaba.

Algo se agitó detrás de un árbol.

Retuvo el aliento y apeló al *Saidar*, pero todos los ejercicios que Sheriam y las otras le habían enseñado, todos los capullos que florecían en su mente, todos los torrentes imaginados que albergaba como orillas de un río, no surtieron efecto. Sentía la Fuente, pero no podía tocarla.

Elayne salió de detrás del árbol, prudentemente encorvada, y Nynaeve lanzó un suspiro de alivio. El vestido de la heredera del trono estaba sucio y deslucido, sus dorados cabellos eran una auténtica maraña a la que se prendían las hojas, y sus ojos inquietos estaban tan abiertos como los de un cervato asustado, a pesar de lo cual asía con firmeza su daga de hoja corta. Nynaeve tomó las riendas y cabalgó hacia el claro.

Elayne dio un salto espasmódico y luego se llevó la mano a la garganta e hizo acopio de aire. Nynaeve desmontó y ambas se abrazaron, contentas de reunirse.

—Por un momento —confesó Elayne cuando por fin se separaron—, pensé que eras… ¿Sabes dónde están? Había dos hombres siguiéndome. Me hubieran atrapado en cuestión de minutos, pero entonces sonó un cuerno y volvieron grupas y se marcharon al galope. Me vieron, Nynaeve, y se fueron.

—Yo también lo he oído y desde entonces no he visto a nadie. ¿Has visto a Egwene o a Min?

Elayne sacudió la cabeza, hundiendo los hombros antes de sentarse en el suelo.

—No desde… Ese hombre golpeó a Min y la tiró al suelo. Y una de esas mujeres estaba intentando rodear el cuello de Egwene con algo. Eso es lo que he visto antes de echar a correr. No creo que hayan escapado, Nynaeve. Debí haber hecho algo. Min cortó la mano que me aferraba, y Egwene… Y yo me limité a huir, Nynaeve. Me di cuenta de que estaba libre y eché a correr. Sería mejor que mi madre se casara con Gareth Bryne y tuviera otra hija lo más pronto posible. No soy digna de ocupar el trono.

—No seas tonta —la reprendió Nynaeve—. Recuerda, tengo un paquete de genciana entre mis hierbas. —Elayne tenía la cabeza hundida entre las manos; la

amenaza no provocó siquiera un murmullo por su parte—. Escúchame, muchacha. ¿Has visto que yo me quedara para hacer frente a veinte o treinta hombres armados, por no mencionar a la Aes Sedai? Si hubieras esperado, lo más seguro es que a estas horas serías una prisionera también. Suponiendo que no te hubieran matado. Por algún motivo, parecían estar interesados en mí y en Egwene. Seguramente no les habría importado si salías con vida o quedabas muerta.

«¿Por qué están interesados en Egwene y en mí? ¿Por qué en nosotras concretamente? ¿Por qué ha hecho esto Liandrin? ¿Por qué?» No obtuvo más respuesta entonces que la primera vez que se había planteado tales preguntas.

—Si hubiera muerto tratando de ayudar… —comenzó a lamentarse Elayne.

—… estarías muerta. Y de poco les servirías a ellas. Ahora levántate y cepíllate el vestido. —Nynaeve buscó un peine en las alforjas—. Y arréglate el pelo.

Elayne se puso en pie lentamente y tomó el cepillo emitiendo una risita.

—Hablas como Lini, mi antigua niñera. —Comenzó a cepillarse el cabello, haciendo muecas al deshacer los nudos—. Pero ¿cómo vamos a ayudarlas, Nynaeve? Por más que tú seas tan fuerte como una hermana cuando te enfadas, ellos también tienen mujeres que encauzan el Poder. No puedo creer que sean Aes Sedai, pero es como si lo fueran. Ni siquiera sabemos adónde las han llevado.

—Hacia el oeste —declaró Nynaeve—. Esa criatura llamada Suroth ha mencionado Falme, y Falme se halla en el extremo occidental de la Punta de Toman. Iremos a Falme. Espero que Liandrin esté allí. Haré que maldiga el día en que su madre posó una mirada en su padre. Pero primero creo que será mejor que consigamos algunos vestidos del país. He visto mujeres tarabonesas y domani en la Torre, y lo que ellas llevan no se parece en nada a nuestros vestidos. Así pasaremos más inadvertidas.

—No me importarla llevar un vestido tarabonés, aunque a madre le daría un ataque si se enterara y Lini no pararía de reprochármelo, pero, aun cuando encontremos un pueblo, ¿podremos pagar los vestidos nuevos? No tengo idea de cuánto dinero tienes, pero yo sólo llevo diez marcos de oro y tal vez el doble en plata. Eso servirá para mantenernos dos o tres semanas, pero ignoro qué haremos después.

—Unos cuantos meses de noviciado en Tar Valon —rió Nynaeve— no han servido para que dejaras de pensar como la heredera de un trono. Yo no tengo ni la décima parte de lo que dispones tú, pero sumando ambas cantidades nos bastará para la manutención de dos o tres meses, si lo administramos bien. Mi propósito no es comprar los vestidos, y en todo caso no serán nuevos. Mi vestido de seda gris nos será de ayuda, con todas esas perlas y hebras doradas. Si no soy capaz de encontrar a una mujer que nos lo cambie por dos o tres prendas más sencillas, te daré este anillo y yo seré la novicia. —Montó a caballo y dio la mano a Elayne para auparla.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Falme? —preguntó Elayne mientras se

acomodaba en la grupa de la yegua.

—No lo sabré hasta que estemos allí. —Nynaeve hizo una pausa, parando la montura—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Será peligroso.

—¿Más peligroso para mí que para Egwene y Min? Ellas irían tras nosotras si las circunstancias fueran a la inversa; sé que lo harían. ¿Vamos a quedarnos aquí todo el día?

La yegua partió al espolearla Elayne, y Nynaeve volvió grupas hasta que el sol, todavía a corta distancia de su apogeo, brilló a sus espaldas.

—Deberemos obrar con cautela. Las Aes Sedai que conocemos pueden reconocer a cualquier mujer capaz de encauzar a un metro de distancia. Tal vez esas Aes Sedai puedan identificarnos entre una muchedumbre si están buscándonos y será preferible que supongamos que así lo harán. —«No cabe duda de que estaban buscándonos a Egwene y a mí. Pero ¿por qué?»

—Sí, con cautela. También estabas en lo cierto antes. Tampoco les haremos ningún bien permitiendo que nos apresen. —Elayne guardó silencio un momento—. ¿Crees que todo eran mentiras, Nynaeve? ¿Lo que nos dijo Liandrin acerca de que Rand estaba en peligro? Las Aes Sedai no mienten.

Nynaeve guardó silencio a su vez, recordando la información que le había proporcionado Sheriam sobre los juramentos que prestaba una mujer al ser elevada a la condición de hermana de plenos derechos, unos juramentos pronunciados en el interior de un ter’angreal que la obligaban a cumplirlos. «No pronunciar palabra alguna que no sea cierta» era uno de ellos, pero todo el mundo sabía que la verdad que expresaba una Aes Sedai no era siempre la que uno creía escuchar.

—Espero que Rand esté calentándose los pies delante de la chimenea de lord Agelmar en Fal Dara en estos momentos —aventuró. «Ahora no puedo preocuparme por él. Debo pensar en Egwene y Min.»

—Supongo que sí —suspiró Elayne. Se movió tras la silla—. Si queda muy lejos Falme, Nynaeve, confío en cabalgar en la silla la mitad del tiempo. Este no es un asiento muy cómodo. No vamos a llegar nunca a Falme si dejas que este caballo vaya todo el rato a su propio paso.

Nynaeve puso al trote la yegua, golpeándole los flancos con las botas. Elayne chilló y se agarró a su capa. Nynaeve se dijo para sus adentros que cumpliría su turno de ir detrás sin quejarse si Elayne ponía la montura al galope, pero la mayor parte del tiempo hizo caso omiso de las exclamaciones de la muchacha que se tambaleaba tras ella. Estaba demasiado ocupada esperando que, cuando llegaran a Falme, dejara de sentir miedo y comenzara a estar furiosa.

La brisa se tomó fresca, anunciando la vecindad del frío.

41



Discrepancias

Los truenos retumbaban en el cielo plomizo de la tarde. Rand se subió aún más la capucha de la capa con la esperanza de preservarse un poco más de la fría lluvia. Rojo caminaba tenazmente entre los cenagosos charcos. La capucha mojada se pegaba a la cabeza de Rand, al igual que la capa a los hombros de su elegante chaqueta negra, que estaba igual de empapada, y fría. Si la temperatura continuaba bajando, la lluvia no tardaría en convertirse en nieve o aguanieve. Las nevadas caerían pronto de nuevo; las gentes del pueblo por el que habían pasado afirmaban que ese año ya habían caído dos. Estremeciéndose, Rand casi hizo votos por que nevara, pues entonces al menos no estaría calado hasta los huesos.

La comitiva avanzaba despacio, observando con recelo el campo circundante. La Lechuza Gris de Ingtar colgaba pesadamente incluso durante las ráfagas de viento. Hurin se bajaba de vez en cuando la capucha para husmear el aire; a decir de él, ni la lluvia ni el frío modificaban el rastro, a buen seguro no el que estaba buscando, pero hasta el momento no había detectado nada. Tras él, Rand oyó cómo Ino murmuraba una maldición. Loial no paraba de comprobar el estado del contenido de sus alforjas, dado que, si bien no parecía importarle mojarse, sentía una continua inquietud por sus libros. Todos se sentían desdichados salvo Verin, que al parecer se hallaba demasiado absorta para reparar siquiera en el hecho de que su capucha se había deslizado hacia atrás, dejándole el rostro expuesto a la lluvia.

—¿No podéis hacer algo para mejorar esta situación? —le pidió Rand.

Una vocecilla interior le decía que él mismo podía hacerlo, con sólo abrazar el *Saidin*; colmarse de Poder único, conformar una unidad con la tormenta. Cambiar los nubarrones por un soleado firmamento o trasladar el temporal a toda velocidad, aprovechando su furia, y liberar de él a la Punta de Toman, del litoral al llano. Abrazar el *Saidin*. Reprimió sin miramientos tal anhelo.

—¿Cómo? —La Aes Sedai tuvo un sobresalto—. Oh, supongo que sí. Un poco. No conseguiría amainar una tormenta tan fuerte, no por mis propios medios, pues cubre un área demasiado extensa, pero podría reducirla en parte. En donde nos encontramos, al menos. —Se enjugó el agua del rostro, al parecer advirtiendo por primera vez que se le había caído la capucha, y volvió a subirla con gesto ausente.

—Entonces ¿por qué no lo hacéis? —inquirió Mat. El rostro tembloroso que asomaba bajo la capucha parecía hallarse a las puertas de la muerte, pero su voz era vigorosa.

—Porque si hiciera uso de tal cantidad de Poder Único, todas las Aes Sedai situadas a quince kilómetros a la redonda sabrían que alguien ha encauzado. No nos interesa llamar la atención de esos seanchan ni de sus *damane*. —Apretó la boca con expresión enojada.

Habían reunido cierta información sobre los invasores en ese pueblo, llamado el Molino de Aguan, si bien ésta suscitaba en su mayor parte más preguntas de las que aclaraba. Las gentes habían parloteado un momento para cerrar sus bocas a los pocos minutos, temblando y mirando a sus espaldas. Todos temían que los seanchan regresaran con sus monstruos y sus *damane*. Esas mujeres que deberían haber sido Aes Sedai e iban atadas como animales asustaban a los lugareños aún más que las extrañas criaturas que los seanchan utilizaban a su servicio, seres que los habitantes del Molino de Aguan describían entre susurros como imágenes de pesadilla. Y, lo que era peor, las crueldades ejemplificadoras cometidas por los seanchan antes de irse todavía mantenían totalmente amedrentadas a esas gentes. Habían dado sepultura a sus muertos, pero no habían osado limpiar las marcas de la gran mancha quemada en la plaza del pueblo. Nadie se había atrevido a contarles lo sucedido allí, pero Hurin había vomitado al entrar en la población y había rehusado aproximarse a ese retazo de tierra ennegrecida.

El Molino de Aguan había quedado medio desierto. Algunos habían huido a Falme, confiando en que los seanchan no serían tan rudos en una ciudad que tenían bajo su custodia, y otros habían partido hacia el este. Otras personas habían confesado su intención de seguir su ejemplo. Había luchas en el llano de Almoth, batallas entre los taraboneses y domani decían, pero por más casa y establos que allí se quemaran, eran producto de antorchas esgrimidas por manos de hombres. Era más fácil afrontar incluso una guerra que lo que habían hecho los seanchan, o lo que éstos eran capaces de hacer.

—¿Por qué trajo Fain el Cuerno aquí? —murmuró Perrin, expresando una pregunta que cada uno de ellos había formulado una y otra vez sin obtener respuesta —. Hay guerra y están esos seanchan y sus monstruos. ¿Por qué aquí?

Ingtar, cuyo rostro parecía tan macilento como el de Mat, se volvió hacia ellos.

—Siempre hay hombres que ven la ocasión de medrar aprovechando la confusión de la guerra. Fain es uno de ésos. No me cabe duda de que pretende volver a robar el Cuerno, al propio Oscuro esta vez, y utilizarlo para su propio beneficio.

—El Padre de las Mentiras nunca traza planes simples —observó Verin—. Puede que quiera que Fain traiga el Cuerno aquí por algún motivo sólo conocido en Shayol Ghul.

—Monstruos —bufó Mat, con las mejillas y los ojos hundidos, que ofrecían un terrible contraste con la firmeza de su voz—. En mi opinión debieron de haber visto algún trolloc o un Fado. Bueno, ¿por qué no? Si los seanchan tienen Aes Sedai luchando para ellos, ¿por qué no Fados y trollocs? —Advirtió que Verin lo observaba y pestañeó—. Bueno, eso es cierto, tanto si van atadas con correa como si no. Son capaces de encauzar y, por lo tanto, son Aes Sedai. —Lanzó una ojeada a Rand y emitió una risa entrecortada—. Eso te convierte en Aes Sedai, la Luz nos asista a todos.

Entonces Masema regresó de su exploración, galopando entre el fango y la fuerte lluvia.

—Hay otro pueblo más adelante, mi señor —anunció, situándose junto a Ingtar. Sus ojos apenas rozaron a Rand, pero endureció la mirada y no volvió a dirigirla hacia donde él se encontraba—. Está desierto, mi señor. No hay habitantes, ni seanchan ni nadie. Las casas parecen en buen estado, sin embargo, exceptuando dos o tres que… Bueno, ya no están allí, mi señor.

Ingtar alzó la mano, ordenando que emprendieran el trote.

El pueblo que había localizado Masema cubría las laderas de una colina, con una plaza pavimentada en la cumbre que rodeaba un círculo de pozos de piedra. Las casas eran de piedra, de tejado plano y de un solo piso en su mayoría. Tres que habían sido de mayores dimensiones, emplazadas a un lado de la plaza, no eran ya más que montones de escombros ennegrecidos; en la plaza había diseminados pedazos de piedras y vigas. Unos cuantos postigos oscilaban dando golpes, sacudidos por las rachas de viento.

Ingtar desmontó delante del único edificio grande que aún se mantenía en pie. En el letrero que se bamboleaba sobre su puerta había una mujer haciendo malabarismos con estrellas, pero no constaba nombre alguno en él; el agua caía en las esquinas a chorros. Verin se apresuró a entrar mientras Ingtar daba indicaciones.

—Ino, registra todas las casas. Si queda alguien, tal vez puedan explicarnos lo ocurrido aquí y proporcionarnos más información sobre los seanchan. Y, si hay algo de comida, tráela también. Y mantas. —Ino asintió y comenzó a designar hombres. Ingtar se volvió hacia Hurin—. ¿Qué hueles? ¿Ha pasado Fain por aquí?

—Él no, mi señor —repuso Hurin, frotándose la nariz—, ni tampoco los trollocs, pero quienquiera que hizo esto dejó un hedor. —Apuntó a los escombros de las casas —. Ha habido asesinatos, mi señor. Había gente ahí adentro.

—Seanchan —gruñó Ingtar—. Pasemos adentro. Ragan, busca algún establo para los caballos.

Verin ya había encendido fuego en las dos grandes chimeneas, situadas en ambos extremos de la sala principal, y estaba calentándose las manos en una de ellas, después de haber extendido su empapada capa en una de las numerosas mesas.

También había encontrado varias velas que ahora ardían en una mesa sujetas con su propio sebo. La soledad y el silencio, sólo interrumpido de tanto en tanto por un trueno, contribuían junto con las vacilantes sombras a crear el clima de un lugar cavernoso. Rand arrojó sobre una mesa su capa y chaqueta, igualmente empapadas, y se reunió con ella. Únicamente Loial parecía más interesado en verificar el estado de sus libros que en calentarse.

—Nunca encontraremos el Cuerno de Valere a este paso —se lamentó Ingtar—. Han pasado tres días desde… que llegamos aquí… —se estremeció y se mesó el cabello, lo cual indujo a Rand a preguntarse qué habría visto el señor shienariano en sus otras vidas— … y transcurrirán dos más, como mínimo, hasta Falme, y no hemos detectado ni un indicio de la presencia de Fain ni de los Amigos Siniestros. Hay veintenas de pueblos bordeando la costa. Podría haber ido a cualquiera de ellos y haber tomado un barco rumbo a cualquier sitio… suponiendo que hubiera estado aquí.

—Está aquí —afirmó con calma Verin— y fue a Falme.

—Y todavía está allí —añadió Rand. «Esperándome. Por favor, Luz, que aún esté esperándome.»

—Hurin todavía no ha percibido ni el más mínimo rastro de él —objetó Ingtar—. El husmeador se encogió de hombros como si él se sintiera en parte responsable—. ¿Por qué habría de elegir Falme? Si hemos de dar crédito a esos lugareños, Falme está ocupada constantemente por los seanchan. Daría mi mejor sabueso por saber quiénes son y de dónde provienen.

—No nos importa quiénes son. —Verin se arrodilló, desabrochó sus alforjas y sacó ropas secas—. Al menos disponemos de habitaciones para cambiarnos de ropa, lo cual no nos servirá de mucho si el tiempo no cambia. Ingtar, cabe la posibilidad de que lo que nos han contado esas gentes sea cierto, que sean los descendientes de los ejércitos de Artur Hawkwing. Lo importante es saber si Fain ha ido a Falme. Las escrituras que dejaron en las mazmorras de Fal Dara…

—… no mencionaban para nada a Fain. Perdonadme, Aes Sedai, pero eso hubiera podido ser una treta con tanta probabilidad como una profecía siniestra. No puedo creer que incluso los trollocs fueran tan estúpidos como para revelarnos de antemano todo lo que iban a hacer.

La mujer se movió para mirarlo a la cara.

—¿Y qué pretendéis hacer, si no queréis seguir mi consejo?

—Quiero obtener el Cuerno de Valere —aseguró con vehemencia Ingtar—. Disculpadme, pero he de atenerme a mi propio juicio antes que a algunas palabras garabateadas por un trolloc…

—Un Myrddraal, seguramente —murmuró Verin, pero Ingtar siguió hablando sin hacerle caso.

—… o un Amigo Siniestro que parece traicionarse a sí mismo con su propia boca. Voy a rastrear el terreno hasta que Hurin huela una pista o que encontremos a Fain en persona. Debo hacerme con el Cuerno, Verin Sedai. ¡Es mi deber!

—Ésa no es manera —murmuró quedamente Hurin—. Con «deber» o sin él, lo que ha de ocurrir, ocurre. —Nadie le prestó atención.

—Es el deber de todos nosotros —puntualizó Verin, revisando el interior de sus alforjas—. No obstante, hay cosas que son aún más importantes que eso.

Aun cuando no agregó nada más, Rand esbozó una mueca. Estaba ansioso por alejarse de ella y de sus acicates e indicios. «Yo no soy el Dragón Renacido. Luz, qué ganas tengo de deshacerme por completo de las Aes Sedai.»

—Ingtar, creo que yo iré a Falme. Fain está allí, estoy convencido de ello, y si no voy pronto, va… va a hacer algo contra los habitantes del Campo de Emond. —No había mencionado esa parte hasta entonces.

Todos lo observaron: Mat y Perrin, ceñudos y preocupados; Verin, como si acabara de descubrir una nueva pieza que añadir a un rompecabezas; Loial con estupefacción, y Hurin, confuso. Ingtar demostraba una patente incredulidad.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó el shienariano.

—No lo sé —mintió Rand—, pero eso afirmó en el mensaje que dejó a Barthanes.

—¿Y Barthanes dijo que Fain iba a ir a Falme? —inquirió Ingtar—. Aunque tampoco importa si lo ha hecho. —Exhaló una amarga carcajada—. Los Amigos Siniestros mienten con la misma naturalidad con que respiran.

—Rand —dijo Mat—, si supiera cómo impedir que Fain hiciera daño a las gentes del Campo de Emond, lo haría. Pero necesito esa daga, Rand, y Hurin es la persona más indicada para encontrarla.

—Yo iré a donde vayas tú, Rand —se ofreció Loial que, habiendo verificado el buen estado de sus libros, se quitaba la chaqueta mojada—. Pero no veo de qué modo van a modificar las cosas el paso de unos días. Intentad ser menos atolondrados por una vez.

—A mí me da igual si vamos a Falme ahora, después o nunca —aseguró Perrin, encogiéndose de hombros—, pero, si Fain está realmente dispuesto a atacar el Campo de Emond… Bien, Mat tiene razón: Hurin es la persona más indicada para localizarlo.

—Yo puedo encontrarlo, lord Rand —intervino Hurin—. Sólo con que pueda olerlo una vez, os llevaré directamente hasta él. No hay nadie que deje un rastro más claro que él.

—Debes llegar a una decisión propia, Rand —advirtió Verin con tacto—. Recuerda, no obstante, que Falme está ocupada por invasores acerca de los que ignoramos casi todo. Si vas a Falme solo, tal vez caigas prisionero o corras una suerte peor, lo cual no beneficiaría a nadie. Estoy segura de que, sea cual sea tu elección,

ésta será correcta.

—*Ta'veren* —dijo con voz cavernosa Loial.

Rand alzó los brazos al cielo.

Ino volvió de la plaza, sacudiéndose la lluvia de la capa.

—Ni una condenada alma, mi señor. A mí me parece que huyeron como cerdos rayados. Los animales de corral también se han esfumado y tampoco queda ni un maldito carro o carromato. La mitad de las casas están vacías. Apuesto la paga del próximo mes a que podríamos seguirlos por los malditos muebles que han abandonado en los márgenes de la carretera al caer en la cuenta de que estaban obstaculizándoles la marcha.

—¿Qué hay de las ropas? —preguntó Ingtar.

Ino pestañeó con sorpresa su ojo tuerto.

—Sólo algunas prendas y retales, mi señor. Principalmente, lo que no les pareció digno de llevarse.

—Habremos de conformarnos con eso. Hurin, quiero que tú y unos cuantos más, tantos como sea posible, os vistáis a la usanza local, para no llamar la atención, y que rastreéis el terreno de norte a sur, hasta cruzar el rastro. —Los soldados que acababan de entrar se reunieron en tomo a Ingtar y Hurin para escuchar.

Rand apoyó las manos en la repisa de la chimenea, con la mirada fija en las llamas. Estas le recordaron los ojos de Ba'alzemon.

—El tiempo apremia —dijo—. Siento… algo… que me atrae hacia Falme, y el apremio del tiempo. —Al ver cómo lo observaba Verin, añadió con voz ronca—: No, eso no. Es a Fain a quien he de encontrar. No tiene nada que ver con… eso.

—La Rueda gira según sus propios designios —asintió Verin—, y en su Entramado se tejen los hilos de todas las vidas. Fain está aquí desde hace semanas, meses tal vez. Unos cuantos días apenas representarán gran diferencia en el curso de los acontecimientos.

—Voy a dormir un poco —murmuró él, recogiendo sus alforjas—. Espero que no se hayan llevado todas las camas.

Arriba, halló camas, pero eran pocas las que tenían colchones y éstos estaban tan llenos de bultos que consideró la posibilidad de acostarse en el suelo. Al fin eligió una cuyo colchón sólo se hundía en el medio. No había nada más en la habitación excepto una silla de madera y una mesa con una pata desnivelada.

Se quitó las ropas mojadas, que sustituyó por una camisa y pantalones limpios antes de acostarse, dado que no había sábanas ni mantas, y apoyó la espada junto a la cabecera de la cama. Sarcásticamente, pensó que la única tela seca que tenia para utilizarla a modo de cubrecama era el estandarte del Dragón, el cual dejó, no obstante, bien cerrado en las alforjas.

La lluvia repiqueteaba en el tejado y los truenos bramaban en el cielo, y de tanto

en tanto un relámpago iluminaba las ventanas. Estremeciéndose, cambió varias veces de postura, preguntándose si en fin de cuentas el pendón no podría servirle de manta y cavilando sobre la conveniencia de ir a Falme.

Cuando se giró una vez más, Ba'alzemon estaba de pie al lado de la silla con el blanco estandarte del Dragón en las manos. La estancia parecía más oscura allí, como si Ba'alzemon se hallara en el borde de una nube de untuoso humo negro. Unas quemaduras casi cicatrizadas le surcaban el rostro y, cuando Rand lo miró, sus negros ojos desaparecieron por un instante, mostrando en su lugar unas interminables cavernas de fuego. Las alforjas de Rand estaban a sus pies, con las hebillas desabrochadas y la solapa levantada en el bolsillo donde ocultaba el pendón.

—La hora está pronta en llegar, Lews Therin. Un millar de hilos están tensándose y pronto quedarás atado y atrapado, preso de un destino que no puedes cambiar: locura, muerte… Antes de morir, ¿acabarás nuevamente con la vida de todo cuanto amas?

Rand lanzó una ojeada a la puerta, pero sólo se movió para incorporarse en la cama. ¿De qué serviría tratar de huir del Oscuro? Tenía la garganta reseca.

—¡Yo no soy el Dragón, Padre de las Mentiras! —espetó con voz ronca.

La oscuridad se agitó tras Ba'alzemon, cuyo semblante llameó al soltar una carcajada.

—Me honras, y te degradas a ti mismo. Te conozco demasiado bien. Me he enfrentado a ti miles de veces, un millón de veces. Te conozco hasta lo más recóndito de tu miserable alma, Lews Therin Verdugo de la Humanidad. —Volvió a reír; Rand se protegió la cara del calor que exhalaba su fogosa boca.

—¿Qué queréis? No voy a serviros. No haré nada de lo que queréis. ¡Antes moriré!

—¡Claro que vas a morir, gusano! ¿Cuántas veces has fallecido en el transcurso de las eras, necio, y cuántas veces tu muerte ha sido en vano? La tumba es fría y solitaria, salvo para los gusanos. La tumba cae dentro de mis dominios. En esta ocasión no habrá renacimiento para ti. Esta vez la Rueda del Tiempo se quebrará y el mundo será transformado a imagen de la Sombra. ¡Esta vez tu muerte será eterna! ¿Qué vas a escoger? ¿Una muerte sin fin? ¿O la vida eterna… y el poder?

Rand apenas advirtió que se había puesto en pie. El vacío lo había rodeado, el *Saidin* estaba allí, y el Poder único afluía a él. Ello casi cuarteó su calma. ¿Era realidad? ¿Era un sueño? ¿Podía encauzar en un sueño? Pero el torrente que se precipitaba hacia él disipó sus dudas. Lo arrojó contra Ba'alzemon, le arrojó el puro Poder único, la fuerza que hacía girar la Rueda del Tiempo, una fuerza capaz de incendiar los mares y devorar las montañas.

Ba'alzemon retrocedió medio paso, manteniendo aferrado el estandarte ante él. De sus grandes ojos y boca brotaron llamaradas, y la oscuridad pareció protegerlo en la

sombra. En la Sombra. El Poder penetró en esa neblina negra y se disipó, embebido como el agua caída en la arena abrasada.

Rand continuó absorbiendo el *Saidin*, en una cuantía cada vez mayor. Tenía la piel tan fría como si fuera a hacerse añicos con el menor contacto y a un tiempo ésta lo quemaba como si fuera a evaporarse. Sentía los huesos a punto de encresparse y convertirse en frías cenizas de cristal. No le importaba; aquello era como beber la propia vida a sorbos.

—¡Insensato! —rugió Ba'alzemon—. ¡Vas a destruirte a ti mismo!

«Mat.» Aquella noción flotó en algún lugar alejado del flujo que lo consumía. «La daga. El Cuerno. Fain. El Campo de Emond. Todavía no puedo morir.»

No sabía a ciencia cierta cómo lo logró, pero de improviso el Poder se esfumó, al igual que el *Saidin* y el vacío. Presa de incontrolables escalofríos, cayó de rodillas junto a la cama, rodeándose con los brazos en un vano intento de contener sus espasmódicos movimientos.

—Eso está mejor, Lews Therin. —Ba’alzemon tiró el pendón al suelo y posó las manos en el respaldo de la silla. Entre sus dedos se levantaron espirales de humo, pero la sombra no lo rodeaba ya—. Aquí está tu estandarte, Verdugo de la Humanidad. Te servirá de mucho. Un millar de hebras dispuestas a lo largo de un millar de años te han traído aquí. Diez mil hilos entrelazados con el correr de las eras te atan como un cordero entregado al sacrificio. La Rueda misma te retiene prisionero en tu destino era tras era. Pero yo puedo liberarte. Óyelo bien, perro sarnoso: sólo yo en el mundo puedo enseñarte a esgrimir el Poder. Únicamente yo puedo impedir que éste te lleve a la muerte antes de que tengas ocasión de enloquecer. Sólo yo puedo contener la locura. Ya me has servido anteriormente. Sírveme de nuevo, Lews Therin, ¡o sé destruido para siempre!

—Yo me llamo Rand al’Thor —insistió Rand entre el castañeteo de sus dientes. Los escalofríos le obligaron a cerrar los ojos y, cuando volvió a abrirlos, estaba solo.

Ba'alzemon se había ido. La sombra había desaparecido. Las alforjas se encontraban apoyadas en la silla con las hebillas abrochadas y uno de los bolsillos abultado a causa del estandarte del Dragón, tal como él las había dejado. En el respaldo de la silla, no obstante, aún se alzaban hilillos de humo de las carbonizadas marcas impresas por los dedos.

42



Falme

Nynaeve hizo retroceder a Elayne hacia el angosto callejón formado por la tienda de un mercader de ropa y el taller de un alfarero cuando un par de mujeres unidas por una correa plateada pasaron cerca, descendiendo por la calle empedrada de adoquines en dirección al puerto de Falme. No osaron permitir que aquel par se aproximara demasiado a ellas. Los viandantes les cedían el paso aun con mayor diligencia que a los soldados seanchan o a los palanquines de nobles, cuyas gruesas cortinas llevaban corridas ahora que los días eran fríos. Incluso los artistas callejeros no se ofrecían a realizarles retratos con tiza o lápiz, a pesar de que importunaban a todos los demás. Nynaeve apretó la boca mientras seguía con la mirada a la *sul'dam* y la *damane* entre la muchedumbre. Aun varias semanas después de llegar a la ciudad, aquella visión la sublevaba. Tal vez ahora la indignaba más. No alcanzaba a imaginar que ella pudiera hacer eso a una mujer, ni siquiera a Moraine o Liandrin.

«Bien, tal vez a Liandrin», admitió agriamente. En ocasiones, por la noche, en la reducida y maloliente habitación que ambas habían alquilado a un pescadero, rumiaba lo que le gustaría hacer a Liandrin cuando le pusiera las manos encima. A Liandrin más aún que a Suroth. Más de una vez la había sorprendido su propia crueldad, a pesar de mostrarse encantada por su inventiva.

Todavía tratando de controlar con la mirada a la pareja, sus ojos se posaron en un huesudo sujeto, a bastante distancia de ellas, antes de que el gentío en movimiento lo engullera. Apenas percibió brevemente una prominente nariz que despuntaba en un enjuto rostro. Sobre su vestimenta elevaba una lujosa túnica de terciopelo broncíneo, de corte seanchan, pero no le pareció que fuera seanchan, aun cuando el criado que lo seguía lo fuera, además de ser un criado de alto rango, con una sien rapada. Los oriundos del lugar no habían adoptado las modas seanchan, y menos aún aquélla. «Ese hombre se parece a Padan Fain —pensó con incredulidad—. No es posible. No aquí.»

—Nynaeve —propuso en voz baja Elayne—, ¿podemos continuar ahora? Ese individuo que vende manzanas está mirando la mesa como si sospechara que tenía más hace unos momentos y no me gustaría que se interesara por lo que tengo en los bolsillos.

Ambas llevaban largas chaquetas de cuero de cordero, con la lana invertida y vivas espirales rojas bordadas en el pecho. Era un atuendo de campesinas, pero que no llamaba la atención en Falme, adonde habían acudido un buen número de gentes procedentes de granjas y pueblos. Entre tantos forasteros habían podido pasar inadvertidas. Ella se había dejado suelto el cabello, y su sortija de oro, con la serpiente mordiéndose la cola, reposaba ahora bajo su vestido junto al macizo anillo de Lan prendidos a la cinta de cuero que le rodeaba el cuello.

Los amplios bolsillos de la chaqueta de Elayne abultaban de manera sospechosa.

—¿Has robado esas manzanas? —musitó Nynaeve, arrastrando a Elayne hacia la multitud—. Elayne, no debemos robar. Todavía no, en todo caso.

—¿No? ¿Cuánto dinero nos queda? No has demostrado mucho apetito durante las comidas los últimos días.

—Bueno, estoy hambrienta —confesó Nynaeve, tratando de no hacer caso del vacío que sentía en el estómago. Todo costaba mucho más de lo que esperaba; había oído cómo los lugareños se quejaban de la subida de los precios posterior al desembarco de los seanchan—. Dame una. —La manzana que Elayne sacó del bolsillo era pequeña y dura, pero crujió con deliciosa dulzura al morderla Nynaeve. Se lamió el jugo prendido en los labios—. ¿Cómo has conseguido…? —Hizo parar a Elayne de un tirón y la miró a la cara—. ¿Has…? ¿Has…? —No se le ocurría la manera de decirlo habiendo tanta gente en derredor, pero Elayne comprendió.

—Sólo un poco. He hecho caer ese montón de viejos melones con manchas y cuando ha comenzado a colocarlos de nuevo… —Ni siquiera tuvo la delicadeza, como advirtió Nynaeve, de ruborizarse o demostrar embarazo alguno; siguió comiendo con aire despreocupado una de las manzanas—. No es preciso que me mires con esa cara. He vigilado con cuidado para cerciorarme de que no había ninguna *damane* cerca. —Emitió un bufido—. Si me tuvieran prisionera, no ayudaría a mis captores a encontrar otras mujeres que esclavizar. Aunque, a juzgar por el comportamiento de los falmianos, uno se inclinaría a pensar que llevan toda la vida al servicio de quienes deberían ser sus más encarnizados enemigos. —Miró a su alrededor, con desdén no disimulado, a la gente que caminaba con aire presuroso; era posible seguir la pista de cualquier seanchan, incluso de simples soldados o a distancia, por las ondulaciones provocadas por las reverencias—. Deberían resistir. Deberían rebelarse.

—¿Cómo? ¿Contra… eso?

Hubieron de hacerse a un lado de la calle, al igual que los demás transeúntes, al aproximarse una patrulla seanchan, proveniente del lado del puerto. Nynaeve logró realizar una reverencia, llevando las manos a las rodillas, y dominando un semblante que sólo expresó servilismo; Elayne fue más lenta y se inclinó torciendo el gesto.

Había veinte hombres y mujeres con armadura en la patrulla, montados a caballo,

lo cual agradeció Nynaeve. No conseguía habituarse a ver personas a lomo de aquellos seres que parecían gatos sin cola con escamas de bronce, lo cual le producía náuseas. Sin embargo, dos criaturas atadas trotaban al lado de la cuadrilla, como pájaros carentes de alas, de rugosa piel, con afilados picos que se elevaban por encima de las cabezas tocadas con yelmos de los soldados. Daba la impresión de que sus nervudas y largas patas eran capaces de correr más velozmente que cualquier caballo.

Se enderezó despacio cuando los seanchan se hubieron ido. Algunos de los que les habían dedicado reverencias casi emprendieron una carrera; nadie permanecía imperturbable a la vista de tales bestias excepto los propios seanchan.

—Elayne —amenazó en voz baja mientras proseguían la ascensión—, si nos atrapan, ¡te juro que antes de que nos maten o de que hagan lo quieran hacer, les pediré de rodillas que me dejen azotarte de pies a cabeza con el látigo más contundente que encuentre! Si no puedes aprender a ser más prudente, tal vez sea hora de que me plantee enviarte de vuelta a Tar Valon, o a Caemlyn, o a cualquier lugar que no sea éste.

—Soy prudente. Al menos he mirado para asegurarme de que no hubiera cerca ninguna *damane*. ¿Y qué me dices de ti? Te he visto encauzar habiendo una a plena vista.

—Me cercioré de que no estaban mirándome —murmuró Nynaeve. Para lograrlo había debido aprovechar la furia que le provocaba el espectáculo de una mujer encadenada como un animal—. Sólo lo hice una vez, y no duró más que un instante.

—¿Un instante? Tuvimos que pasar tres días escondidas en la habitación oliendo pescado mientras buscaban por la ciudad a quien lo había hecho. ¿A eso lo llamas obrar con cautela?

—Debía saber si había algún modo de desabrochar esos collares.

Creía que sí lo había. Habría de probar con otro como mínimo para asegurarse, y no le agradaba tal perspectiva. Al igual que Elayne, había considerado que las *damane* eran todas prisioneras ansiosas por escapar, pero había sido la mujer cautiva la que había dado la alerta.

Junto a ellas pasó un hombre empujando una carretilla que traqueteaba sobre el empedrado, ofreciendo a voz en grito sus servicios para afilar tijeras y cuchillos.

—Deberían rebelarse de alguna manera —gruñó Elayne—. Actúan como si no vieran nada de lo que ocurre a su alrededor si hay un seanchan implicado.

Nynaeve se limitó a suspirar. No servía de nada que concediera parcialmente la razón a Elayne. Al principio había pensado que la sumisión de algunos de los falmianos era simulada, pero no había encontrado ninguna señal manifiesta de resistencia. La había buscado, con la esperanza de recibir ayuda para liberar a Egwene y Min, pero todo el mundo se horrorizaba ante la más velada insinuación de

que pudieran oponerse a los seanchan, con lo cual había dejado de formular preguntas para no convertirse en sospechosa. La verdad era que no alcanzaba a imaginar cómo podría luchar ese pueblo. «Monstruos y Aes Sedai. ¿Cómo puede uno enfrentarse a monstruos y Aes Sedai?»

Más adelante se erguían cinco altas casas de piedra, entre las de mayores dimensiones de la ciudad, conformando un bloque. Al otro lado de la calle, Nynaeve reparó en un callejón situado junto a una sastrería desde el que podrían vigilar las entradas de algunas de las mansiones. Era imposible ver a un tiempo todas las puertas —no quería correr el riesgo de dejar que Elayne se separara de ella—, pero no era prudente acercarse más. Sobre los tejados, en la otra calle, el estandarte con el halcón dorado del Augusto Señor Turak ondeaba al compás del viento.

De aquella casa únicamente entraban y salían mujeres, en su mayoría *sul'dam*, solas o con *damane* atadas. Los edificios habían sido requisados por los seanchan para albergar a las *damane*. Egwene debía de estar allí, y quizá también Min; hasta el momento no habían visto ni rastro de ésta, aun cuando cabía la posibilidad de que se ocultara entre el gentío al igual que ellas. Nynaeve había escuchado muchas historias acerca de mujeres y muchachas que habían sido raptadas en las calles o traídas de los pueblos; todas iban a parar a esas casas y, cuando volvían a verlas, llevaban un collar.

Sentándose en un cajón al lado de Elayne, introdujo la mano en la chaqueta de su amiga para sacar un puñado de raquíticas manzanas. Había muchos menos nativos en las calles de esa zona. Como todos sabían qué uso recibían esas mansiones, las evitaban tan intencionadamente como los establos donde los seanchan guardaban sus bestias. No era difícil controlar con la mirada las puertas. Sólo eran dos mujeres que se habían parado para tomar un bocado, dos personas más que no podían permitirse el lujo de comer en una posada. No era aquello algo que atrajera más que una breve ojeada de los transeúntes.

Comiendo mecánicamente, Nynaeve intentó de nuevo trazar un plan. El hecho de ser capaz de abrir el collar, suponiendo que pudiera hacerlo, carecía de sentido a menos que tuviera la posibilidad de llegar hasta Egwene. Las manzanas ya no tuvieron tan dulce sabor como antes.

Desde la estrecha ventana de su diminuta habitación bajo los aleros, una de las muchas creadas levantando toscas paredes que parcelaron la estancia que había habido antes allí, Egwene veía el jardín donde las *sul'dam* paseaban a las *damane*. Había habido varios jardines antes de que los seanchan derribaran los muros que los separaban y se apoderaran de las espaciosas moradas para encerrar a sus *damane*. Los árboles apenas tenían hojas ya, pero sacaban a tomar el aire a las *damane*, tanto si ellas querían como si no. Egwene observaba el jardín porque Renna estaba allí abajo, charlando con otra *sul'dam*, y, mientras la viera, Renna no iba a entrar y tomarla por

sorpresa.

Cabía la posibilidad de sufrir la interrupción de otra *sul'dam*, dado que había muchas más *sul'dam* que *damane* y que todas aquéllas querían tener el placer de llevar un brazalete, lo cual denominaban sentirse completa, pero Renna todavía permanecía a cargo de su entrenamiento y era ésta la encargada de llevar su brazalete la mayoría de las veces. Si alguien venía, no hallaría ningún impedimento para entrar, puesto que no había cerraduras en las puertas de las habitaciones de las *damane*. En la de Egwene sólo había una dura y estrecha cama, una jofaina y un cántaro desportillados, una silla y una pequeña mesa, pero no había espacio para más. Las *damane* no necesitaban comodidades, intimidad ni posesiones. Las *damane* eran simples pertenencias. Min tenía una habitación igual que ésa, en otra casa, pero ella podía ir y venir a su antojo, con sólo algunos impedimentos. Los seanchan eran dados a establecer normas, tanto que cada uno había de seguir más de las que debían observar las novicias en la Torre Blanca.

Egwene permanecía apartada de la ventana, pues no quería que ninguna de las mujeres que había abajo levantara la mirada y viera el halo que sabía que la circundaba mientras encauzaba el Poder único, tanteando con delicadeza el collar que apresaba su cuello, buscando fútilmente; ni siquiera era capaz de discernir si era de un material entretejido o engarzado, ya que a veces le parecía lo primero y otras lo contrario, pero invariablemente tenía la sensación de que estaba formado por una sola pieza. No era más que un hilillo de Poder, el más imperceptible goteo que podía imaginar, pero aun así éste le perlaba el rostro de sudor y le atenazaba el estómago. Ésa era una de las propiedades del *a'dam*; si una *damane* trataba de encauzar sin que una *sul'dam* llevara la pulsera, sentía náuseas, las cuales eran más intensas cuanto más Poder absorbía. Con sólo encender una vela situada al alcance de la mano, Egwene habría vomitado. En una ocasión Renna le había ordenado hacer bailar pequeñas bolas de luz con el brazalete depositado en la mesa. El recuerdo de lo experimentado entonces aún le producía escalofríos.

Ahora la correa plateada serpenteaba sobre el desnudo suelo para ascender por la pared de madera sin pintar, donde el brazalete pendía de un clavo. La imagen de éste prendido allí le hizo apretar con furia las mandíbulas. Un perro sujeto tan negligentemente hubiera podido escapar. Si una *damane* movía la pulsera unos centímetros del lugar donde la había tocado por última vez una *sul'dam*… Renna la había obligado a hacerlo también, le había hecho trasladar su propio brazalete por la habitación. O intentarlo. Estaba convencida de que apenas habían transcurrido unos minutos antes de que la sul’dam introdujera firmemente la pulsera en su propia muñeca, pero a Egwene se le había antojado que los gritos y los espasmos que la hicieron retorcerse por el suelo se habían prolongado durante horas.

Cuando alguien llamó a la puerta, Egwene dio un salto, antes de caer en la cuenta

de que no podía tratarse de una *sul'dam*, pues ninguna de ellas anunciaba su entrada. Se desprendió del *Saidar* de todos modos, pues comenzaba a sentirse marcada.

—¿Min?

—Vengo a hacerte mi visita semanal —anunció Min mientras se deslizaba adentro y cerraba la puerta. Su alborozo sonaba un poco forzado, pero siempre hacía lo mismo para levantar el ánimo de Egwene—. ¿Qué te parece?

Giró en círculo, enseñando su vestido de lana verde de corte seanchan. Una gruesa capa del mismo color pendía de su brazo. Llevaba incluso el oscuro cabello recogido con una cinta verde, a pesar de que éste apenas era lo bastante largo para ello. Su cuchillo, sin embargo, permanecía todavía enfundado en su cintura. A Egwene le había sorprendido vérselo llevar la primera vez, pero por lo visto los seanchan no desconfiaban de nadie… hasta que violaban una norma.

—Es precioso —alabó con cautela Egwene—. Pero ¿por qué?

—No me he pasado al bando del enemigo, si es eso lo que estás pensando. Era esto, o buscar un lugar donde hospedarme en la ciudad y quizá no poder volver a visitarte. —Se dispuso a sentarse a horcajadas en la silla como lo hubiera hecho con pantalones, sacudió irónicamente la cabeza, y volvió aquélla para sentarse—. «Todo el mundo tiene un lugar en el Entramado —remedó— y el lugar de cada uno debe ser fácilmente evidente.» Esa vieja bruja de Mulaen se cansó por lo visto de no saber cuál era mi lugar futuro y decidió incorporarme a las filas de las criadas. Me dio a elegir. Deberías ver la vestimenta que llevan algunas de las doncellas seanchan, las que están al servicio de los aristócratas. Tal vez sería divertido, pero no a menos que estuviera prometida o, mejor incluso, casada. Bueno, no hay posibilidad de echarse atrás. No por ahora, al menos. Mulaen ha quemado mi chaqueta y pantalones. —Esbozando una mueca para demostrar la opinión que ello le merecía, tomó una piedra del pequeño montón que había sobre la mesa y la hizo botar de una mano a otra—. No está tan mal —rió—, sólo que hace tanto tiempo que no llevaba faldas que no paro de tropezar con ellas.

Egwene había debido presenciar también la quema de sus vestidos, incluso de aquel de seda verde tan hermoso. Se había alegrado de no haber llevado consigo ningún otro de los vestidos que le había regalado lady Amalisa, a pesar de que tal vez no volviera a verlos, ni tampoco la Torre Blanca. Lo que llevaba puesto entonces era la misma prenda de color gris oscuro que llevaban todas las *damane*. «Las *damane* no tienen pertenencias —le habían explicado—. El vestido que utiliza una *damane*, la comida que consume, la cama donde duerme, todos son presentes de su *sul'dam*. Si una *sul'dam* decide que una *damane* duerma en el suelo en lugar de en una cama, o en el pesebre de un establo, a ella corresponde decidirlo.» Mulaen, a cuyo cargo corrían los aposentos de las *damane*, tenía una voz monótona y nasal, pero era dura con cualquier *damane* que no recordara cada una de las palabras de sus aburridos

discursos.

—No creo que yo disponga nunca de la posibilidad de echarme atrás —suspiró Egwene, dejándose caer en la cama. Señaló las piedras de la mesa—. Renna me hizo una prueba ayer. Seleccioné la pieza de mineral de hierro y la de cobre, con los ojos tapados, cada vez que las juntó con las otras. Las dejó aquí como recuerdo del éxito conseguido. Al parecer pensaba que era algún tipo de recompensa el recordármelo.

—No parece peor que lo demás… ni con mucho tan terrible como hacer estallar cosas como si fuera fuegos artificiales… pero ¿habrías podido mentir? ¿Decirle que no sabías cuál era cuál?

—Todavía no te has formado una idea de lo que es esto. —Egwene tiró del collar sin obtener mayor resultado que antes, al encauzar—. Cuando Renna lleva ese brazalete, sabe lo que hago o dejo de hacer con el Poder. A veces parece que también lo sabe incluso cuando no lo lleva; dice que después de un tiempo las *sul'dam* desarrollan… una afinidad, así lo llama. —Exhaló un suspiro—. A nadie se le había ocurrido hacerme una prueba al respecto. La tierra es uno de los Cinco Poderes que dominaban más destacadamente los hombres. Cuando seleccioné esas piedras, me sacó de la ciudad e indiqué correctamente la dirección de una mina de hierro abandonada. Estaba cubierta de maleza, sin ninguna entrada visible, pero, sabiendo cómo detectarlo, sentía el mineral de hierro que aún permanecía en el subsuelo. No había suficiente para que su explotación fuera rentable y, sin embargo, sabía que estaba allí. No pude mentirle, Min. Ella sabía que había notado la existencia de la mina. Estaba tan excitada que me prometió un budín para la cena. —Sintió cómo se le enrojecían las mejillas a causa de la rabia y la vergüenza—. Por lo visto —agregó con amargura—, ahora soy demasiado valiosa para perder el tiempo haciendo estallar cosas. Todas las *damane* pueden hacer eso; son pocas, en cambio, las que son capaces de localizar minerales subterráneos. Luz, aunque odie hacer explotar cosas, ojalá fuera ésa mi única habilidad.

El color de sus mejillas subió de tono. En verdad odiaba hacer que los árboles se despedazaran y que la tierra entrara en erupción; aquello estaba destinado a las batallas, a dar muerte, y ella no quería participar en ello. No obstante todo cuanto los seanchan le permitían hacer era otra ocasión para entrar en contacto con el *Saidar*, para sentirse inundada por el Poder. A pesar de detestar lo que la obligaban a hacer Renna y las demás *sul'dam*, estaba segura de que podía manejar mucho más Poder ahora que antes de abandonar Tar Valon. No le cabía duda de que podía conseguir logros que jamás habían acudido a la mente de cualquiera de las hermanas de la Torre, pues entre los objetivos de éstas no se contaba abrir boquetes en la tierra para matar hombres.

—Quizá no hayas de seguir preocupándote mucho tiempo por eso —la animó Min, sonriendo—. He encontrado un barco, Egwene. Los seanchan han retenido al

capitán aquí y éste está dispuesto a hacerse a la mar con su permiso o sin él.

—Si acepta llevarte, Min, ve con él —dijo Egwene con fatiga—. Ya te he dicho que ahora soy un objeto demasiado preciado. Renna me ha comentado que dentro de unos días zarpará un barco hacia Seanchan. Sólo para llevarme a mí.

La sonrisa se desvaneció en los labios de Min y ambas se miraron fijamente. De súbito, Min arrojó la piedra al montón de la mesa, que se desparramó por los sucios.

—Ha de haber una manera de salir de aquí. ¡Debe haber una manera de sacarte ese maldito artilugio del cuello!

Egwene inclinó la cabeza contra la pared.

—Ya sabes que los seanchan han recogido a todas las mujeres que han podido encontrar, capaces de encauzar aunque sea en grado mínimo. Provienen de todas partes; no sólo de Falme, sino de los pueblos de pescadores y de los pueblos campesinos del interior. Tarabonesas y domani, pasajeras de los barcos que han detenido… Hay dos Aes Sedai entre ellas.

—¡Aes Sedai! —exclamó Min. Por costumbre miró en torno a sí para cerciorarse de que ningún seanchan la había escuchado pronunciar ese nombre—. Egwene,— si hay Aes Sedai aquí, pueden ayudamos. Deja que hable con ellas y…

—Ni siquiera pueden hacer algo por ellas mismas, Min. Sólo he hablado con una. Se llama Ryma, aunque la *sul'dam* no la llama así, pero ése es su nombre e insistió en que yo lo conociera. Ella me dijo que había otra, entre crisis de llanto. ¡Es una Aes Sedai y estaba llorando, Min! Lleva un collar en el cuello, ha de responder al nombre de Pura, y no puede remediarlo. La capturaron tras la rendición de Falme. Lloraba porque está comenzando a dejar de rebelarse, porque ya no soporta recibir más castigos. También lloraba porque quiere poner fin a su vida y ni siquiera eso puede hacer sin permiso. ¡Luz, comprendo cómo se siente!

Min se movió con nerviosismo, alisándose el vestido con manos repentinamente temblorosas.

—Egwene, no querrás… Egwene, no debes pensar en causarte daño a ti misma. Voy a sacarte de aquí de algún modo. ¡Lo haré!

—No voy a suicidarme —contestó secamente Egwene—. Aunque pudiera. Déjame tu cuchillo. Vamos, no voy a herirme. Sólo déjamelo.

Min titubeó antes de desenvainar el arma que llevaba prendida a la cintura. Se lo tendió con recelo, dispuesta a saltar si Egwene intentaba algo.

Egwene, hizo una profunda aspiración y tendió la mano hacia la empuñadura. Un leve estremecimiento recorrió los músculos de su brazo. Cuando tenía la mano a escasos centímetros del cuchillo, sus dedos se contrajeron en un espasmo. La contracción afectó todo el brazo, agarrotando todos los músculos hasta el hombro. Con un gemido, volvió a sentarse, frotándose el brazo y concentrando los pensamientos en no tocar el arma. Paulatinamente, el dolor comenzó a ceder.

—¿Cómo…? —Min la miró con expresión de incredulidad—. No lo comprendo.

—Las *damane* tienen prohibido tocar cualquier tipo de arma. —Movió el brazo y sintió cómo se aflojaba la rigidez—. Incluso la comida nos las traen cortada. No quiero herirme pero, de quererlo, no podría hacerlo. Nunca dejan a ninguna *damane* en un lugar elevado desde el que podría lanzarse al vacío; ya ves cómo está claveteada esta ventana…

—Bien, eso es bueno. Quiero decir… Oh, no sé lo que digo. Si pudieras saltar a un río, tendrías la posibilidad de huir.

Egwene continuó hablando llena de tristeza, como si su amiga no hubiera dicho nada.

—Están formándome, Min. Las sul’dam y el a’dam están entrenándome. Ni siquiera puedo tocar algo que yo relacione mentalmente con un arma. Hace unas semanas consideré la posibilidad de golpear a Renna en la cabeza con ese cántaro y hubieron de transcurrir tres días antes de que pudiera verter agua para lavarme. Una vez que hube concebido esa idea, no sólo hube de parar de pensar en golpearla para poder volver a tocarlo, sino que tuve que convencerme a mí misma de que nunca, bajo ninguna circunstancia, le propinarla un golpe con él. Renna descubrió lo ocurrido, me indicó lo que había de hacer y no me permitió lavarme en ningún lugar salvo con ese cántaro y esa jofaina; además se aseguró de que pasara esos días sudando de la mañana a la noche. Trato de no someterme, pero están doblegándome al igual que a Pura. —Se tapó la mano con la boca, gimiendo entre dientes—. Se llama Ryma. He de recordar su nombre, no el que le han puesto. Es Ryma, del Ajah Amarillo, y se ha resistido durante tanto tiempo y tan obstinadamente como ha podido. No es culpa suya si ya no le quedan fuerzas para seguir peleando. Ojalá supiera quién es la otra hermana que mencionó Ryma. Me gustaría conocer su nombre. Recuérdanos a las dos, Min. Ryma, del Ajah Amarillo, y Egwene al'Vere. No Egwene la *damane*, sino Egwene al'Vere del Campo de Emond. ¿Lo harás?

—¡Basta! —la atajó Min—. ¡Cállate ahora mismo! Si te embarcan rumbo a Seanchan, yo iré contigo. Pero no creo que eso ocurra. Sabes que te he leído, Egwene. No comprendo la mayoría de lo captado, como me sucede la mayor parte del tiempo, pero veo cosas que con toda certeza te vinculan a Rand, Perrin y Mat, y… sí, incluso Galad, la Luz te asista en tu insensatez. ¿Cómo podría ello tener lugar si los seanchan te llevan al otro lado del océano?

—Quizá conquisten todo el mundo, Min. Si conquistaran el mundo, no hay motivo por el que Rand y Galad y los demás no vayan a parar a Seanchan.

—¡Mentecata, cabeza de ganso!

—Soy realista —protestó vivamente Egwene—. No tengo intención de dejar de rebelarme, no mientras pueda respirar, pero tampoco veo ninguna perspectiva de poder quitarme este *a'dam*. De la misma manera que no concibo ninguna esperanza

de que alguien vaya a contener a los seanchan. Min, si ese capitán de barco te acoge en él, vete con él. Entonces, al menos, una de nosotras será libre.

La puerta se abrió de golpe, dando paso a Renna.

Egwene se levantó de un salto y realizó una profunda reverencia, al igual que Min. La reducida habitación apenas daba margen a hacerlo, pero los seanchan eran estrictos con las cuestiones de protocolo.

—Tu día de visita, ¿no es cierto? —dijo Renna—. Lo había olvidado. Bien, también hay enseñanzas que impartir en los días de visita.

Egwene observó cómo la *sul'dam* descolgaba el brazalete, lo abría y lo cerraba en torno a su muñeca. No alcanzaba a ver cómo lo hacía. Si hubiera podido investigar con el Poder único, lo habría averiguado, pero Renna se habría enterado de inmediato. Cuando la pulsera hubo rodeado su muñeca, el rostro de la sul'dam adquirió una expresión que encogió el corazón a Egwene.

—Has estado encauzando. —La voz de Renna era engañosamente suave; sacaba chispas por los ojos—. Sabes que eso está prohibido excepto cuando estamos completas. —Egwene se humedeció los labios—. Tal vez he sido demasiado indulgente contigo. Quizá creas que porque eres valiosa ahora, voy a consentirte ciertas licencias. Fue un error permitir que conservaras tu viejo nombre. Tenía un gatito llamado Tuli cuando era niña. A partir de ahora, te llamarás Tuli. Ahora vete, Min. Tu día de visita con Tuli ha concluido.

Min vaciló sólo el tiempo de dirigir una angustiada mirada a Egwene antes de marcharse. Nada de lo que ella pudiera decir o hacer servirla más que para empeorar las cosas, a pesar de lo cual Egwene miró con añoranza la puerta que se cerró tras su amiga.

Renna se sentó en la silla, observando con entrecejo fruncido a Egwene.

—Debo castigarte severamente por esto. Ambas seremos llamadas a la Corte de las Nueve Lunas, tú por tus capacidades y yo como tu sul'dam y entrenadora, y no permitiré que me hagas caer en desgracia a los ojos de la emperatriz. Pararé cuando me digas cuánto aprecias ser una *damane* y cuán obediente vas a ser después de esto. Y, Tuli, asegúrate de que yo dé crédito a cada una de tus palabras.

43



Un plan

Afuera, en el corredor de bajo techo, Min se clavó las uñas en las palmas al oír el primer grito penetrante procedente de la habitación. Dio un paso hacia la puerta y luego se contuvo, con lágrimas en los ojos. «Luz, asísteme, sólo puedo empeorar las cosas. Egwene, lo siento, ¡lo siento!»

Sintiéndose totalmente inútil, se levantó las faldas y echó a correr, perseguida por los gritos de Egwene. No podía quedarse y juzgaba su partida como un signo de cobardía. Medio cegada por el llanto, se encontró en la calle sin darse cuenta. Tenía intención de regresar a su dormitorio, pero ahora le resultaba imposible. No podía soportar la idea de que Egwene estaba sufriendo mientras ella permanecía sana y salva en el edificio contiguo. Enjugándose las lágrimas de los ojos, se cubrió los hombros con la capa y comenzó a caminar por la calle. Cada vez que se le secaban los ojos, nuevas lágrimas volvían a deslizársele por las mejillas. No estaba habituada a sollozar de ese modo, como tampoco lo estaba a sentirse tan impotente, tan inútil. Ignoraba adónde se dirigía; no tenía más propósito que alejarse lo más posible de los gritos de Egwene.

—¡Min!

Se detuvo en seco ante aquella aguda llamada, cuya procedencia no logró dilucidar en un principio. Había relativamente pocas personas en esa calle tan cercana al lugar donde albergaban a las *damane*. Aparte de un hombre que trataba de interesar a los soldados seanchan en la compra del retrato que realizaría de ellos con tizas de colores, todos los lugareños intentaban caminar con paso rápido sin dar la impresión de que corrían. Un par de sul’dam paseaban cerca, seguidas de *damane* con la mirada fija en el suelo; las mujeres seanchan hablaban sobre la gran cantidad de *marath'damane* que esperaban localizar antes de partir hacia su país. Los ojos de Min se posaron entonces en las dos mujeres vestidas con largas chaquetas de piel de cordero y luego se abrieron a causa del asombro cuando ambas se aproximaron a ella.

—¿Nynaeve? ¿Elayne?

—Las mismas. —La sonrisa de Nynaeve era forzada; tanto ella como Elayne tenían los ojos entornados, como si trataran de no fruncir el entrecejo. Min creyó que jamás hasta entonces le había producido tanto placer un encuentro con alguien—. Te sienta bien ese color —prosiguió Nynaeve—. Deberías haberte puesto un vestido hace tiempo. Aunque me había planteado llevar pantalones desde que te vi con ellos. —Endureció la voz al acercarse para escrutar el rostro de Min—. ¿Qué ocurre?

—Has estado llorando —observó Elayne—. ¿Le ha sucedido algo a Egwene?

Min dio un respingo y miró hacia atrás. Una sul'dam con su *damane* bajaron las escaleras que ella había utilizado y giraron en dirección opuesta, hacia los establos y los patios de los caballos. Otra mujer con paños de relámpagos en el vestido permanecía de pie al final de las escaleras conversando con alguien que se encontraba adentro. Min tomó a sus amigas del brazo y se alejó presurosamente con ellas en dirección al puerto.

—Es peligroso que estéis aquí. Luz, también lo es que estéis en Falme. Hay *damane* en todas partes y si os encuentran… ¿Sabéis qué son las *damane*? Oh, no sabéis cuánto me alegra vetos.

Me imagino que aproximadamente la mitad de lo que nos alegra a nosotras verte a ti —replicó Nynaeve—. ¿Sabes dónde está Egwene? ¿Está en uno de esos edificios? ¿Está bien?

Min titubeó una fracción de segundo antes de responder:

—Está lo bien que cabe esperar. —Min veía claramente que si les contaba en aquel momento la situación en la que se encontraba Egwene, Nynaeve era capaz de regresar hecha una furia para intentar evitarle tal sufrimiento. «Luz, que se acabe de una vez. Luz, haz que doblegue de una vez su terca cabeza antes de que le rompan el cuello»—. No sé como sacarla de allí. He conocido un capitán de barco que creo que nos aceptará como pasajeras si podemos llevarla a la embarcación. No nos ayudará a menos que resolvamos eso por nuestra cuenta, y no seré yo quien vaya a censurarlo por ello, pero no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

—Un barco —repitió Nynaeve, meditando en la idea—. Yo había pensado cabalgar simplemente hacia el este, pero debo decir que no acababa de convencerme la idea. Por lo que he averiguado, hasta abandonar la Punta de Toman no nos libraríamos por completo del peligro de las patrullas seanchan y además se supone que hay una especie de guerra en el llano de Almoth. No se me había ocurrido pensar en un barco. Tenemos caballos y no disponemos de dinero para el pasaje. ¿Cuánto quiere?

—No he llegado a discutir ese punto —repuso Min, encogiéndose de hombros—. Nosotras tampoco tenemos dinero. Confiaba poder evitar ese tema hasta después de habernos hecho a la mar. Después… bueno, no creo que nos dejara en un puerto donde hubiera seanchan. Aun cuando nos tirara por la borda, sería preferible que estar

aquí. El problema es convencerlo para que esté dispuesto a navegar. Él desea hacerlo, pero el puerto está vigilado y no hay modo de prever si hay una *damane* en uno de los barcos hasta que ya es demasiado tarde. «Dame a una *damane* que me sirva en mi propia cubierta —afirma— y levaré anclas ahora mismo.» Luego comienza a hablar de corrientes, bancos de arena y litorales a sotavento. No entiendo nada de eso, pero mientras yo sonría y asienta de vez en cuando, no para de hablar, y pienso que si continúa hablando durante el tiempo suficiente, se decidirá a soltar amarras. —Aspiró entrecortadamente; volvían a escocerle los ojos—. El problema es que me parece que ya no queda tiempo para que lo desperdicie hablando. Nynaeve, van a llevarse pronto a Egwene a Seanchan.

—Pero ¿por qué? —exclamó Elayne.

—Tiene la capacidad de localizar minerales —explicó Min con voz lastimera—. Dentro de pocos días, dice, y yo no sé si unos pocos días bastarán para convencer a ese hombre. En el caso de que se decida, ¿cómo vamos a quitarle ese collar engendrado por la Sombra? ¿Cómo vamos a sacarla de la casa?

—Ojalá Rand estuviera aquí —suspiró Elayne y, como ambas la miraron, se sonrojó y se apresuró a añadir—: Bueno, él lleva una espada. Me gustaría tener con nosotras a alguien que tuviera una espada. Diez hombres, un centenar…

—No son espadas ni fuerza muscular lo que necesitamos ahora —discrepó Nynaeve—, sino inteligencia. Los hombres suelen pensar con el pelo que tienen en el pecho. —Se tocó el pecho con aire ausente, como si palpara algo debajo de la chaqueta—. La mayoría de ellos lo hacen.

—Necesitaríamos un ejército —opinó Min—, un gran ejército. Cuando se enfrentaron a los taraboneses y los domani, los seanchan disponían de un número más reducido de soldados que ellos y los vencieron en todas las batallas, con bastante facilidad según tengo entendido. —Empujó apresuradamente a Nynaeve y Elayne hacia el otro lado de la calle al ver que una *damane* y una sul’dam se acercaban a ellas en dirección contraria. Le alegró comprobar que no era preciso presionarlas, pues sus dos amigas miraban a las mujeres unidas por la correa con tanto recelo como ella misma—. Ya que no disponemos de ejército, tendremos que contar con nuestros propios recursos. Confío en que a alguna de vosotras se le ocurra alguna solución con la que yo no he dado; me he estrujado el cerebro y siempre me encuentro con el mismo inconveniente al llegar al *a'dam*, la correa y el collar. A las *sul'dam* no les gusta que nadie las observe de cerca cuando los abren. Creo que podré dejaros entrar, si eso sirve de algo. A una de las dos, en todo caso. Me consideran como una criada, pero las criadas pueden recibir visitas, siempre que éstas se circunscriban a las alas reservadas a la servidumbre.

El semblante de Nynaeve, ceñudo a causa de la preocupación, se iluminó de inmediato y adoptó un aire resuelto.

—No te inquietes, Min. Tengo algunas ideas. No he desperdiciado mi estancia aquí. Llévame a ver a ese hombre. Si es más difícil de dominar que el Consejo del Pueblo unánimemente ofendido, me comeré esta chaqueta.

Elayne asintió, sonriendo, y Min sintió el primer asomo de esperanza vislumbrado desde su llegada a Falme. Por un instante, Min leyó sin habérselo propuesto los halos de las dos mujeres. Había peligro, lo cual no era de extrañar… y nuevos detalles también, entre las imágenes que había percibido antes; a veces era así. Un anillo de hombre de oro macizo flotaba sobre la cabeza de Nynaeve, y, sobre la de Elayne, un hierro candente y un hacha. Ello representaba riesgos, estaba convencida, pero parecían distantes, emplazados en el futuro. La lectura sólo duró un momento y después todo cuanto vio fue a Elayne y Nynaeve, que la observaban con expectación.

—Está cerca del puerto —anunció.

La empinada calle estaba más transitada a medida que descendían. Los buhoneros la compartían codo a codo con los mercaderes que habían traído carromatos de los pueblos del interior, a los cuales no regresarían hasta la llegada de la primavera, con los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías con los falmianos de capas bordadas y las familias campesinas vestidas con prendas de piel de oveja. Era mucha la gente de las poblaciones del interior que se había refugiado allí. A pesar de juzgarlo un acto inútil —pues habían huido de la posibilidad de soportar una visita de los seanchan, para encontrarse con la certeza de su presencia en torno a ellos—, habiendo oído las atrocidades que cometían en la toma de un pueblo, Min comprendía el temor que les inspiraba una nueva irrupción. Todo el mundo se inclinaba al paso de los seanchan o de las sillas de manos.

Min advirtió con aprobación que Nynaeve y Elayne eran conscientes de la necesidad de hacer reverencias. Los portadores de los palanquines, con los torsos desnudos, no dedicaban más atención a las gentes que se inclinaban que los arrogantes soldados de armadura, pero repararían sin duda en quien omitiera tal saludo.

Hablaron un poco mientras seguían caminando, con lo cual averiguó con asombro que las dos mujeres llevaban casi tantos días en la ciudad como Egwene y ella. Un momento después, sin embargo, caviló que no era raro que no se hubieran encontrado hasta entonces, dada la aglomeración de gente en las calles. Ella se había mostrado reacia a pasar más tiempo alejada de Egwene del estrictamente necesario, pues siempre abrigaba el temor de que, cuando fuera a hacerle su visita semanal, Egwene hubiera desaparecido. «Y ahora se irá. A menos que Nynaeve idee alguna solución.»

El olor a sal y a brea espesó el aire y las gaviotas gritaron, dando vueltas en el cielo. Entre la multitud caminaban marineros, muchos de ellos todavía descalzos a pesar del frío.

La posada había sufrido un precipitado cambio de nombre y ahora se llamaba las

Tres Flores de Ciruelo, pero la palabra «Vigilante» aún era visible bajo las apresuradas pinceladas trazadas en el letrero de anuncio. En contraste con el gentío que transitaba afuera, la sala principal estaba llena sólo a medias; los precios para sentarse a tomar una cerveza eran demasiado elevados para la mayoría de la gente. Unos crepitantes fuegos en los hogares situados a ambos extremos de la estancia la mantenían caldeada y el rollizo posadero iba en mangas de camisa. Éste observó a las tres mujeres con entrecejo fruncido y Min dedujo que era su vestido seanchan lo que contenía su deseo de echarlas a la calle. Nynaeve y Elayne, con sus chaquetas de campesinas, no presentaban ciertamente aspecto de poder pagarse una consumición.

El hombre al que buscaba se encontraba solo en una mesa de un rincón, murmurando sobre un vaso de vino.

—¿Tenéis tiempo para conversar, capitán Domon? —Preguntó.

Éste levantó la cabeza y se mesó la barba, al advertir que no iba sola. Todavía le parecía raro su labio superior rasurado combinado con la barba.

—De manera que traes amigas para tomar algo a mi costa, ¿no es cierto? Bien, ese señor seanchan ha comprado mi cargamento, de modo que tengo con qué pagar. Sentaos. —Elayne dio un salto cuando bramó de repente—: ¡Posadero! ¡Vino aromatizado aquí!

—No pasa nada —la tranquilizó Min, tomando asiento en la punta de uno de los bancos de la mesa—. Tiene el aspecto de un oso, pero no lo es. —Elayne se sentó en el otro extremo, con aire dubitativo.

—¿Un oso, yo? —rió Domon—. Quizá lo sea. Pero ¿qué me dices de ti, muchacha? ¿Has renunciado a la idea de partir? Ese vestido me parece seanchan.

—¡Nunca! —exclamó con orgullo Min, que calló ante la aparición de la camarera con el humeante vino con especias.

Domon demostró igual cautela, esperando a que la chica se hubiera ido con las consumiciones pagadas antes de protestar.

—Que la Fortuna me pinche con su aguijón, muchacha, no quería ofenderte. La mayoría de la gente sólo quiere seguir con sus vidas, sean los gobernantes seanchan u otros.

Nynaeve apoyó el antebrazo en la mesa.

—Nosotros también queremos seguir con nuestras vidas, capitán, pero sin ningún seanchan. Tengo entendido que zarparéis pronto.

—Lo haría hoy mismo, si pudiera —confirmó tristemente Domon—. Cada dos o tres días Turak me manda buscar para que le cuente historias sobre las antigüedades que he visto. ¿Acaso os parezco un juglar? Creí que podría explicarle un par de cuentos y reemprender mi camino, pero ahora pienso que, cuando ya no le sirva de entretenimiento, no sé si me dejará marchar o me hará cortar la cabeza. Ese hombre parece blando y es más duro que el hierro, e igualmente duro de corazón.

—¿Puede vuestro barco esquivar a los seanchan? —inquirió Nynaeve.

—¡Que la Fortuna me aguijonee! Si lograra sacarlo del puerto sin que una *damane* reduzca el Spray a astillas, podría hacerlo; si no permito que un barco seanchan con una *damane* se aproxime demasiado en mar abierta. Hay bajíos a lo largo de esta costa y el Spray, en realidad, tiene poco calado. Yo puedo llevarlo a aguas donde no pueden aventurarse esos pesados cascarones seanchan. Ellos deben recelar de los vientos en la proximidad del litoral, y una vez que haya puesto el Spray…

—En ese caso reservamos pasaje con vos, capitán —lo interrumpió Nynaeve—. Seremos cuatro y solicito de vos que estéis listo para partir tan pronto como hayamos embarcado.

Domon se frotó el labio superior con un dedo y dirigió la mirada a su vino.

—Bien… En cuanto a eso, todavía está pendiente la cuestión de cómo salir del puerto. Esas *damane*…

—¿Qué os parecería si os digo que viajaréis con algo mejor que una *damane*? —insinuó en voz baja Nynaeve.

Min abrió los ojos al advertir la intención de Nynaeve.

—Y tú me recomiendas prudencia —murmuró Elayne, casi para sí.

Domon sólo tenía ojos para Nynaeve y éstos eran recelosos.

—¿Qué queréis decir? —susurró.

Nynaeve se abrió la chaqueta, se tanteó la nuca y sacó un cordel de cuero que guardaba bajo el vestido. De él pendían dos anillos de oro. Min se quedó helada al ver uno de ellos —era la pesada sortija de hombre que había percibido al leer a Nynaeve en la calle— pero sabía que era el otro, más liviano y proporcionado a un dedo de mujer, lo que hizo abrir desmesuradamente los ojos a Domon: una serpiente que se mordía la cola.

—Sabéis lo que esto significa —dijo Nynaeve, disponiéndose a deslizar la joya fuera del cordel, pero Domon cerró la mano encima de ella.

—Guardadlo. —Movió los ojos con inquietud; nadie estaba mirándolos por lo que Min alcanzaba a advertir, pero él parecía creer que todos tenían la mirada pendiente a ellos—. Ese anillo es peligroso. Si lo ven…

—Mientras sepáis qué significa… —repuso Nynaeve con una calma que suscitó la envidia de Min. Retiró la cinta de la mano de Domon y volvió a atársela al cuello.

—Lo sé —admitió con voz ronca el marino—, sé lo que significa. Tal vez hay una posibilidad si vosotras… ¿Cuatro, decís? Supongo que esta chica a quien le gusta oír cómo yo le doy a la lengua, es una de las cuatro. Y vos y… —Miró con entrecejo fruncido a Elayne—. Sin duda esta niña no es… una como vos.

Elayne irguió con enfado la espalda, pero Nynaeve le puso una mano sobre el brazo y sonrió apaciblemente a Domon.

—Viaja conmigo, capitán. Os sorprendería descubrir lo que podemos hacer incluso antes de tener derecho a un anillo. Cuando zarpemos, tendréis a tres mujeres en el barco capaces de luchar con las *damane* en caso necesario.

—Tres —musitó Domon—. Hay posibilidades. Tal vez… —Se le iluminó la expresión un momento pero, al mirarlas, volvió a ponerse serio—. Debería llevaros al Spray ahora mismo y soltar amarras, pero la Fortuna me pinche con su aguijón si no puedo deciros lo que arriesgáis si os quedáis, y quizás incluso si partís conmigo. Escuchadme y reparad en lo que digo. —Tomó otra vez la precaución de mirar en derredor y aun así bajó la voz y seleccionó con cuidado las palabras—. Vi como los seanchan apresaron a una… una mujer que llevaba un anillo como el vuestro. Una preciosa y esbelta mujer era, con un alto Gua… un alto hombre con ella que parecía saber manejar bien la espada… Uno de los dos debió de descuidarse, pues los seanchan les tendieron una emboscada. Ese fornido individuo abatió a seis o siete soldados antes de morir. A la… la mujer… la rodearon seis *damane*, que salieron de pronto de distintos callejones. Pensaba que… haría algo, ya sabéis a qué me refiero, pero… No sé nada de esas cosas. Por un momento pareció que fuera a destruirlos a todos y luego comenzó a gritar con rostro desencajado por el terror.

—Le cortaron el acceso a la Fuente Verdadera. —Elayne tenía la cara demudada.

—Da igual —le restó importancia Nynaeve—. Nosotras no permitiremos que nos hagan eso.

—Sí, a lo mejor será como decís. Pero lo recordaré mientras viva. «¡Ryma, ayúdame!», gritaba. Y una de las *damane* cayó llorando, y pusieron uno de esos collares en el cuello de la… mujer, y yo… eché a correr. —Se encogió de hombros, se rascó la nariz y bajó la mirada hacia el vaso de vino—. He visto cómo atrapaban a tres mujeres y no tuve arrestos para hacer nada. Dejaría a mi anciana abuela plantada en el muelle por marcharme de aquí, pero había de advertiros.

—Egwene dijo que tenían dos prisioneras —recordó Min—: Ryma, una Amarilla, y otra a quien no conocía. —Nynaeve le asestó una dura mirada, y ella guardó silencio, con las mejillas coloreadas.

A juzgar por la expresión de Domon, no había favorecido su causa explicándole que los seanchan tenían cautivas a dos Aes Sedai, en lugar de una. Éste, no obstante, observó a Nynaeve y tomó un largo trago de vino.

—¿Es por eso que estáis aquí? ¿Para liberar… a esas dos? Habéis dicho que vendrían tres de vosotras.

—Sabéis lo que precisabais saber —contestó Nynaeve con tono tajante—. Habéis de estar preparado para —zarpar al instante en cualquier momento de los dos o tres próximos días. ¿Lo haréis, o vais a quedaros aquí para ver si después de todo os cortan la cabeza? Hay otros barcos, capitán, y hoy mismo quiero asegurarme de que tendré un pasaje en uno o en otro.

Min contuvo el aliento, crispando los dedos bajo la mesa.

Al fin, Domon asintió.

—Estaré preparado.

Al salir a la calle, Min se sorprendió al ver cómo Nynaeve se apoyaba en la fachada de la puerta tan pronto como se hubo cerrado la misma.

—¿Estás mareada, Nynaeve? —Inquirió, ansiosa.

Nynaeve espiró largamente y se enderezó, tirando de la capa.

—Con algunas personas —dijo— uno ha de mostrarse decidido. Si les dejas entrever un atisbo de duda, te mandarán en la dirección contraria a la que quieres ir. Luz, qué miedo tenía de que me dijera que no. Vamos, todavía hemos de precisar nuestros planes. Aún quedan un par de pequeños problemas por solventar.

—Espero que no te moleste el pescado, Min —bromeó Elayne.

«¿Un par de pequeños problemas?», pensó Min mientras las seguía. Quería confiar en que Nynaeve no estuviera haciendo nuevamente alardes de ímpetu.

44



Los cinco jinetes

Perrin miraba con recelo a los habitantes del pueblo, encogiéndose tímidamente bajo una capa demasiado corta, bordada en el pecho y con algunos agujeros por remendar, pero ninguno de ellos le dedicó especial atención a pesar de su extraña mezcolanza de ropas y el hacha en la cadera. Hurin llevaba una chaqueta con espirales azules en el pecho debajo de la capa y Mat, un par de pantalones abombados que abultaban desmesuradamente en el punto en que se introducían en sus botas. Eso era cuanto habían encontrado de su talla en el pueblo abandonado. Perrin se preguntaba si ése también quedaría pronto desierto. La mitad de las casas de piedra estaban vacías y delante de la posada, en la calle no pavimentada, aguardaban tres carros de bueyes, pesadamente cargados con bultos cubiertos por lonas sujetas con cuerdas, a cuyo alrededor se reunían las familias.

Mientras los observaba, abrazándose y despidiéndose de quienes se quedaban, Perrin llegó a la conclusión de que el comportamiento de esas gentes no se debía a la falta de interés por los forasteros, pues evitaban con cuidado mirarlo a él y a sus compañeros. Esa gente había aprendido a no demostrar curiosidad por los extranjeros, incluso por aquellos que sin duda no eran seanchan. Los extranjeros podían ser peligrosos en esos tiempos en la Punta de Toman. Habían topado con la misma fingida indiferencia en otras poblaciones. Allí, a menos distancia de la costa, había más ciudades, cada una de las cuales era independiente de la otra, o lo había sido antes de la llegada de los seanchan.

—Insisto en que es hora de montar en los caballos —opinó Mat— antes de que decidan a comenzar a hacer preguntas. Sólo hace falta que alguien se decida.

Hurin estaba observando un gran círculo ennegrecido en el suelo que contrastaba con la parda hierba del prado del pueblo. Por su aspecto, hacía tiempo que estaba allí, pero nadie había hecho nada para borrarlo.

—Tal vez hace seis u ocho meses —musitó— y todavía apesta. La totalidad del Consejo del Pueblo y sus familias. ¿Por qué harían una cosa así?

—¿Quién sabe por qué actúan así? —murmuró Mat—. Al parecer, los seanchan no necesitan motivos para matar a la gente. En todo caso, ninguno que se me pueda ocurrir a mí.

Perrin trató de no mirar la mancha carbonizada.

—Hurin, ¿estás seguro acerca de Fain? ¿Hurin? —Había sido difícil conseguir que el husmeador apartara la mirada de aquel círculo desde que habían entrado en la población—. ¡Hurin!

—¿Qué? Oh, Fain. —Hurin ensanchó las aletas de la nariz y de inmediato la arrugó—. No hay posibilidad de confusión, aun después del tiempo transcurrido. A su lado un Myrddraal huele a rosas. Pasó por aquí con toda certeza, pero creo que iba solo. Sin trollocs, en todo caso, y, si iba acompañado de Amigos Siniestros, éstos no han cometido muchas atrocidades últimamente.

En las proximidades de la posada la gente se puso a gritar y a señalar, presa de súbita agitación. No era a Perrin y a sus dos acompañantes a quienes apuntaban, sino a algo que Perrin no logró percibir en las bajas colinas a oriente del pueblo.

—¿Podemos montar ahora? —inquirió Mat—. Podrían ser seanchan.

Perrin asintió y se dirigieron apresuradamente a la parte trasera de una casa abandonada donde habían atado las monturas. Cuando Mat y Hurin desaparecían en un recodo, Perrin volvió la vista hacia la posada y se detuvo, perplejo. Los Hijos de la Luz entraban, en larga columna de jinetes, en la población.

Se precipitó en pos de los otros.

—¡Capas Blancas!

Apenas desperdiciaron un instante mirándolos con incredulidad antes de saltar a los caballos. Separados de la calle principal por una hilera de casas, los tres salieron al galope en dirección oeste, mirando atrás para cerciorarse de que no los seguían. Ingtar les había dado instrucciones de evitar cualquier incidente susceptible de retrasarlos y las preguntas que seguramente formularían los Capas Blancas serían motivo de demora, aun cuando pudieran darles respuestas satisfactorias. Perrin se mantenía aún más vigilante que los otros dos; tenía sus propias razones para rehuir un encuentro con los Capas Blancas. «El hacha en las manos. Luz, qué no daría porque eso no hubiera sucedido.»

Pronto las colinas de escasa vegetación ocultaron el pueblo, y Perrin comenzó a pensar que después de todo era posible que nadie los persiguiera. Tiró de las riendas e hizo señas a los otros dos para que pararan. Al obedecerlo ellos, mirándolo con aire interrogativo, aguzó el oído. Su capacidad auditiva era superior a la de antaño, pero a pesar de ello no oyó sonidos de pasos.

Con renuencia, llamó mentalmente a los lobos. Casi al instante estableció contacto con una reducida manada escondida para pasar el día en las colinas que dominaban el pueblo por las que acababan de pasar ellos. En un principio percibió un

estupor tan intenso que casi llegó a considerarlo como propio; aquellos lobos habían oído rumores, pero no habían creído realmente que los seres de dos piernas pudieran hablar con su especie. Sudó copiosamente los minutos que tardó en presentarse a sí mismo —transmitió, a su pesar, la imagen del Joven Toro, a la cual agregó su propio olor, siguiendo la costumbre de los lobos, pues éstos eran bastante rigurosos con los formulismos al conocer a alguien— pero al fin consiguió pasar al tema de las preguntas. Aun cuando no tuvieran el menor interés en los dos piernas que no podían hablar con ellos, aceptaron descender para echar una ojeada, inadvertidos por la embotada visión de los dos piernas.

Pasado un rato, los lobos le comunicaron visualmente lo que veían: hombres con capas blancas rodeando el pueblo, cabalgando entre las casas, a su alrededor, pero sin intención de abandonarlo. Sin duda no hacia el oeste. Los lobos decían que lo único que olían moviéndose en esa dirección era a él y dos otros dos piernas con tres de los altos seres de pies duros.

Perrin agradeció poner fin a la conversación con los lobos. Las miradas de Hurin y Mat, fijas en él, lo ponían nervioso.

—No nos siguen —anunció.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Mat.

—¡Lo estoy! —espetó—. Simplemente lo estoy —añadió con tono más sosegado.

Mat abrió la boca, volvió a cerrarla y al cabo se decidió a hablar.

—Bueno, si no vienen tras nosotros, lo mejor será que nos reunamos con Ingtar y sigamos el rastro de Fain. Esa daga no va acercarse si nos quedamos plantados aquí.

—No podemos seguirlo a tan poca distancia del pueblo —objetó Hurin—. No sin arriesgamos a topar con los Capas Blancas. No creo que lord Ingtar lo aprobara, ni tampoco Verin Sedai.

—Lo retomaremos a varios kilómetros —decidió Perrin—. Pero manteneos alerta. Ahora no debemos estar ya lejos de Falme. No servirá de nada esquivar a los Capas Blancas si tropezamos con una patrulla seanchan.

Mientras reemprendían camino, no pudo menos de preguntarse qué estarían haciendo los Capas Blancas allí.

Geofram Bornhald miraba con ojos entornados la calle del pueblo, sentado en la silla del caballo mientras la legión rompía filas entre la pequeña ciudad, rodeándola. Aquel hombre de anchas espaldas que se había escabullido fuera de la vista le recordaba a alguien. «Sí, claro. El tipo que pretendía ser un herrero. ¿Cómo se llamaba?»

Byar refrenó la montura frente a él y se llevó la mano al corazón.

—El pueblo está tomado, mi capitán.

Lugareños vestidos con pesadas chaquetas de piel de oveja se congregaban con

inquietud, presionados por los soldados de blancas capas, cerca de los sobrecargados carros situados delante de la posada. Los niños se agarraban llorando a las faldas de las madres, pero ninguno se mostraba desafiante. Los adultos, con la mirada triste, se mantenían pasivos a la espera de lo que iba a ocurrir, de lo cual se congratuló Bornhald, pues no deseaba dar un castigo ejemplar a ninguna de esas personas, ni tampoco perder tiempo.

Desmontó y entregó las riendas a uno de los Hijos.

—Encárgate de alimentar a los hombres, Byar. Pon los prisioneros en la posada con toda la comida y agua que puedan transportar, luego clava todas las puertas y ventanas. Haz que crean que voy a dejar varios hombres montando guardia.

Byar se tocó otra vez el corazón y volvió grupas para impartir órdenes. Los paisanos fueron conducidos en rebaño a la posada de achatado techo, mientras otros Hijos registraban las casas en busca de martillos y clavos.

Observando las taciturnas caras que desfilaban frente a él, Bornhald calculó que transcurrirían dos o tres de días antes de que alguno de ellos reuniera el coraje para escapar de la posada y averiguar que no había guardias. Dos o tres días era cuanto necesitaba, pero no quería correr el riesgo de alertar a los seanchan de su presencia ahora.

Dejando atrás un número suficiente de hombres para que los interrogadores creyeran que la totalidad de su legión se hallaba aún diseminada por el llano de Almoth, se había llevado consigo más de un millar de Hijos, con los cuales había atravesado casi toda la Punta de Toman sin levantar sospechas, por cuanto él había percibido. Las tres escaramuzas habidas con patrullas seanchan habían concluido de forma rápida. Los seanchan se habían acostumbrado a pelear con un populacho derrotado de antemano y el sorprendente encuentro con los Hijos de la Luz había tenido para ellos consecuencias catastróficas. Los seanchan, no obstante, tenían una belicosidad comparable a las hordas del Oscuro y aún recordaba con pesadumbre el combate que le había costado más de cincuenta hombres. Todavía no estaba seguro de cuál de las dos mujeres acribilladas de flechas que había contemplado después era la Aes Sedai.

—¡Byar! —Uno de sus subalternos le tendió una taza de barro con agua, sustraída de uno de los carros; la notó helada en la garganta.

El hombre de rostro demacrado desmontó junto a él.

—¿Sí, mi capitán?

—Cuando me enfrente al enemigo, Byar —anunció lentamente Bornhald—, tú no participarás en la batalla. Observarás desde cierta distancia y notificarás a mi hijo su resultado.

—¡Pero mi señor capitán…!

—¡Ésa es mi orden, Hijo Byar! —espetó—. ¿Vais a obedecer?

Byar enderezó la espalda y dirigió la vista al frente.

—Como ordenéis, mi señor capitán.

Bornhald lo examinó un momento. Ese hombre cumpliría con lo indicado, pero sería preferible darle un motivo de más peso que el hecho de comunicar a Dain la muerte de su padre. No era que no fuera consciente de la urgencia con que había de llevar la noticia a Amador. Desde aquella escaramuza con la Aes Sedai —«Era una o eran dos? Treinta soldados seanchan, buenos luchadores, y dos mujeres me costaron el doble de bajas que las que sufrieron ellos»—, desde entonces, ya no abrigaba expectativas de partir con vida de la Punta de Toman. En el caso, harto improbable, de que los seanchan no se encargaran de darle muerte, era muy probable que lo hicieran los interrogadores.

—Cuando hayas encontrado a mi hijo, que debe de estar con el capitán Elmon Valda en las proximidades de Tar Valon, y hayas hablado con él, cabalgarás hasta Amador e informarás al capitán general. A Pedron Niall en persona, Hijo Byar. Le dirás lo que hemos averiguado de los seanchan; eso te lo anotaré yo mismo. Cerciórate de que comprenda bien que ya no podemos contar con que las brujas de Tar Valon se contenten con manipular los acontecimientos desde la sombra. Si luchan de forma declarada en las filas de los seanchan, sin duda habremos de enfrentarnos a ellas en otros lugares. —Vaciló. Aquel último detalle era el más importante. Bajo la Cúpula de la Verdad habían de saber que, a pesar de los juramentos de que se preciaban, las Aes Sedai marcharían hacia el campo de batalla. No estaba seguro de abandonar con pesar un mundo que le parecía aborrecible, un mundo donde las Aes Sedai esgrimían el poder en contiendas militares. Sin embargo, había otro mensaje que deseaba remitir a Amador—. Y, Byar… dile a Pedron Niall cómo fuimos utilizados por los interrogadores.

—Como ordenéis, mi capitán —respondió Byar, pero Bornhald suspiró al advertir la expresión de su rostro. Ese hombre no lo comprendía. Para él, las órdenes habían de obedecerse tanto si provenían del capitán general como de los interrogadores, fuera cual fuese su comportamiento.

—También te pondré esto por escrito para que lo entregues a Pedron Niall —declaró, sin saber a ciencia cierta si ello surtiría un resultado más apetecido. Al acudirle un pensamiento a la mente, miró con entrecejo fruncido la posada, donde varios de sus hombres clavaban con estrépito los postigos y puertas—. Perrin —murmuró—, ése era su nombre. Perrin, de Dos Ríos.

—¿El Amigo Siniestro, mi capitán?

—Tal vez, Byar. —Él no tenía una certeza absoluta al respecto, pero un hombre a cuyo lado se prestaban a luchar los lobos no podía ser otra cosa. Además, ese Perrin había matado a dos de los Hijos—. Me ha parecido verlo al entrar en el pueblo, pero no recuerdo que ninguno de los prisioneros tuviera aspecto de herrero.

—El herrero del pueblo se marchó hace un mes, mi capitán. Algunos se quejaban de que se habrían podido ir antes de nuestra llegada si no hubieran tenido que arreglar ellos mismos las ruedas de los carros. ¿Creéis que era realmente ese Perrin, mi capitán?

—Quienquiera que fuese, no lo han liquidado, ¿no? Y puede que denuncie nuestra presencia a los seanchan.

—Un Amigo Siniestro lo haría sin duda, mi señor capitán.

Bornhald dio cuenta del agua que quedaba en la taza y la tiró a un lado.

—Los hombres no comerán aquí, Byar. No permitiré que esos seanchan me sorprendan sesteando, tanto si es Perrin de Dos Ríos u otra persona quien los ponga en alerta. ¡Montad la legión, Hijo Byar!

En el cielo, a gran distancia de sus cabezas, una descomunal forma alada giró en círculo sin que ellos la advirtieran.

En el claro del bosquecillo que coronaba la colina donde habían montado el campamento, Rand practicaba figuras con la espada, deseoso de distraer la mente de cavilaciones. Ya había cumplido su turno de acompañar a Hurin en busca del rastro de Fain, al igual que todos los demás, en grupos de dos o tres para no llamar la atención, y hasta entonces no habían encontrado nada. Ahora aguardaban el regreso de Mat y Perrin con el husmeador; hacía horas que habrían debido estar allí.

Loial estaba leyendo, como de costumbre, y no era fácil predecir si la agitación de sus orejas se debía al libro o a la tardanza del grupo de exploración, pero Ino y la mayoría de los soldados shienarianos permanecían rígidamente sentados, engrasando las espadas, o vigilaban entre los árboles como si esperaran que los seanchan fueran a aparecer de un momento a otro. Únicamente Verin aparentaba sosiego. La Aes Sedai estaba sentada en un tronco junto a una pequeña hoguera, murmurando para sí y escribiendo en la tierra con un largo palo; de vez en cuando sacudía la cabeza y lo borraba todo con el pie para volver a iniciar el proceso. Los caballos estaban ensillados y listos para partir; los de los shienarianos, atados a una lanza clavada en el suelo.

—La grulla arremetiendo en los juncos —observó Ingtar, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, afilando la espada con una piedra de esmeril y observando a Rand—. No deberías molestarte en perfeccionar esa forma. Deja el pecho al descubierto.

Por un instante, Rand equilibró el peso del cuerpo en un pie, con la espada asida con ambas manos sobre la cabeza, y luego lo apoyó lentamente sobre el otro.

—Lan dice que es bueno para desarrollar el equilibrio.

Ello no era, sin duda, tarea fácil. Envuelto en el vacío, con frecuencia tenía la impresión de ser capaz de mantenerlo sobre un canto rodado en movimiento, pero no

osaba invocarlo, pues temía perder el dominio de sí.

—Lo que se practica demasiado a menudo se utiliza irreflexivamente. Clavarás la espada a tu contrincante con eso, si eres rápido, pero no antes de que él te haya atravesado las costillas. Prácticamente estás invitándolo a hacerlo. No creo que yo pudiera ver a un hombre tan desprotegido y no horadarlo con mi espada, aun sabiendo que podría darme muerte por ello.

—Sólo es para el equilibrio, Ingtar. —Rand vaciló, con un pie en el aire, y hubo de apoyarlo para no caer. Enfundó de golpe la hoja y recogió la capa gris que había utilizado a modo de disfraz. Estaba apolillada y deshilachada en los bordes, pero revestida con gruesa lana, de lo cual se felicitaba a causa del frío viento del oeste que volvía a arreciar—. Qué ganas tengo de que lleguen.

Como si su deseo se hubiera hecho realidad, Ino tomó la palabra.

—Se acercan unos condenados jinetes, mi señor.

De inmediato sonó el roce de las vainas de los hombres que no tenían las espadas desenfundadas. Algunos saltaron a caballo, tras arrancar las lanzas del suelo.

La tensión se desvaneció cuando Hurin se adentró al trote en el claro con sus dos acompañantes, y volvió a avivarse después de que éste declaró:

—Hemos encontrado el rastro, lord Ingtar.

—Lo hemos seguido casi hasta Falme —precisó Mat mientras desmontaba. El momentáneo rubor en sus pálidas mejillas resultó un trágico remedo de salud en aquel rostro enjuto. Los shienarianos lo rodearon, contagiados por su excitación—. Sólo era el de Fain, pero no ha podido ir a otro lugar. Seguramente tiene la daga.

—También hemos encontrado Capas Blancas —anunció Perrin, bajando del caballo—. Cientos de ellos.

—¿Capas Blancas? —exclamó Ingtar, frunciendo el entrecejo—. ¿Aquí? Bien, si no nos importunan, nosotros no los molestaremos. Tal vez si los seanchan están ocupados con ellos, podremos buscar el Cuerno con mayor facilidad. —Posó la mirada en Verin, todavía sentada junto al fuego—. Supongo que vais a decirme que debí haber seguido vuestro consejo, Aes Sedai. Nuestro hombre fue a Falme.

—La Rueda teje según sus designios —contestó plácidamente Verin—. Con los *ta'veren*, los acontecimientos se producen según habían de hacerlo. Puede que el Entramado exigiera la demora de un par de días. El Entramado coloca con precisión todas las cosas en su lugar y, cuando nosotros tratamos de alterar su distribución, en especial en lo que concierne a los *ta'veren*, el tejido se modifica para situarnos de nuevo en el sitio que nos correspondía en el Entramado. —Se hizo un tenso silencio en el que ella no pareció reparar, pues siguió trazando al azar líneas en el suelo—. Ahora bien, creo que tal vez deberíamos perfilar algunos planes. El Entramado nos ha traído finalmente a Falme. El Cuerno de Valere ha sido llevado a Falme.

Ingtar se puso de cuclillas frente a ella, al otro lado del fuego.

—Cuando un buen número de personas afirman lo mismo, tiendo a conceder crédito a sus palabras, y los nativos dicen que los seanchan no controlan quién entra o sale dé Falme. Me llevaré a Hurin y a algunos otros a la ciudad. En cuanto haya encontrado la pista de Fain que conduce al Cuerno… Bueno, entonces veremos lo que se ha de hacer.

Con el pie, Verin borró una rueda que había dibujado en la tierra y en su lugar trazó dos líneas que se juntaban en los extremos.

—Vos, Ingtar, y Hurin. Y Mat, ya que detecta la proximidad de la daga. Quieres ir, ¿no es cierto, Mat?

Mat, que parecía indeciso, se apresuró no obstante a asentir.

—Debo hacerlo, ¿verdad? He de encontrar la daga.

Una tercera línea conformó la huella de un pájaro. Verin miró de soslayo a Rand.

—Iré —se ofreció éste—. Por eso estoy aquí. —Los ojos de la Aes Sedai relumbraron extrañamente, con un atisbo de certeza que le produjo inquietud—. Para ayudar a Mat a recuperar la daga —añadió con vehemencia— y el Cuerno a Ingtar. «Y para encontrar a Fain —agregó para sí—. He de encontrarlo si ya no es demasiado tarde.»

Verin trazó una cuarta raya, convirtiendo la marca del pie de un pájaro en una, estrella ladeada.

—¿Y quién más? —inquirió tranquilamente, con el palo suspendido en el aire.

—Yo —anunció Perrin, un segundo antes de que Loial declarara que a él también le gustaría ir y que Ino y los otros shienarianos comenzaran a expresar al unísono su deseo de sumarse al grupo.

—Perrin se ha ofrecido primero —señaló Verin, como si ello diera por sentado su preferencia. Añadió una quinta línea y dibujó un círculo alrededor de todas ellas. A Rand se le erizó el vello de la nunca—, era la misma rueda que había borrado á1 principio—. Serán cinco jinetes —murmuró.

—De veras me gustaría ver Falme —arguyó Loial—. Nunca he visto el Océano Aricio. Además, yo puedo transportar el cofre, si el Cuerno todavía está dentro.

—Harías mejor en admitirme al menos a mí, mi señor —opinó Ino—. Vos y lord Rand necesitaréis otra espada que os cubra la espalda si esos malditos seanchan tratan de deteneros. —El resto de los soldados expresó con murmullos igual sentimiento.

—No seáis necios —los atajó Verin, acallándolos con la mirada—. No podéis ir todos. Aun cuando los seanchan no presten atención a los extranjeros, no dejarán de reparar en veinte soldados, y eso es lo que parecéis incluso sin la armadura. Y uno o dos de vosotros no modificará las cosas. Cinco es un número lo bastante reducido para no despertar sospechas y es conveniente que tres de ellos sean los ta’veren con que contamos. No, Loial, también debes quedarte aquí. Dado que no hay Ogier en la Punta de Toman, atraerías tantas miradas como si fuera toda la comitiva en pleno.

—¿Y qué hay de vos? —preguntó Rand.

—Olvidas las *damane*. —Torció el gesto al pronunciar esa palabra—. Sólo podría ayudaros encauzando el Poder y no serviría de nada si con ello provocara un ataque por su parte. Incluso no estando lo bastante cerca para verlo, una de ellas podría asimismo notar que una mujer… o un hombre, estaba encauzando, si no tomara grandes precauciones para hacer uso de una cantidad ínfima de Poder. —Aun cuando no dirigiera la mirada a Rand, pareció evidente que rehuía hacerlo; Mat y Perrin se pusieron al instante en pie.

—Un hombre —bufó Ingtar—. Verin Sedai, ¿por qué tener en cuenta otros problemas? Ya tenemos suficientes como para considerar la posibilidad de que haya varones encauzando el Poder. Pero sería una buena idea que vinierais. Quizás os necesitemos.

—No, debéis ir sólo los cinco. —Pasó el pie sobre la rueda, desdibujándola. Los observó uno a uno, concentrada y ceñuda—. Cinco jinetes emprenden la cabalgada.

Ingtar hizo ademán de formular una nueva pregunta, pero, tras cruzar la mirada con ella, se encogió de hombros y se volvió hacia Hurin.

—¿Cuánto queda hasta Falme?

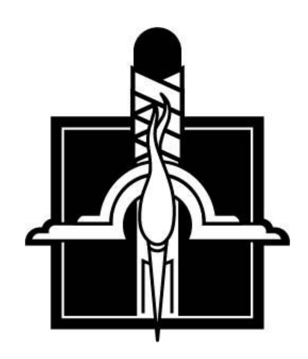
—Si partimos ahora y cabalgamos de noche —repuso el husmeador, rascándose la cabeza—, podríamos estar allí a la salida del sol.

—Entonces eso es lo que haremos. No voy a perder más tiempo. Ensillad los caballos. Ino, quiero que traigas a los demás detrás de nosotros, pero manteneos ocultos y no dejes que nadie…

Rand observó con ojos entornados la rueda desdibujada mientras Ingtar continuaba impartiendo instrucciones. Era una rueda quebrada ahora, con sólo cuatro radios. Aquello le produjo un estremecimiento que no supo a qué atribuir. Advirtió que Verin estaba mirándolo, con sus oscuros ojos tan brillantes e inquisitivos como los de un pájaro. Le costó desviar la mirada y comenzar a preparar sus cosas.

«Estás cayendo presa de imaginaciones —se dijo con irritación—. No puede hacer nada si no está allí.»

45



Maestro espadachín

El sol naciente impulsaba su aureola carmesí sobre el horizonte, proyectando largas sombras en los adoquines de las calles de Falme que descendían hacia el puerto. Una brisa marina doblegaba hacia el interior el humo de las chimeneas en las que se calentaba el desayuno. Únicamente los muy madrugadores se hallaban ya afuera, expeliendo visibles vaharadas en el frío aire de la mañana. En comparación con las multitudes que llenarían las calles al cabo de una hora, la ciudad aparecía casi desierta.

Sentada en un tonel invertido delante de una herrería todavía cerrada, Nynaeve se calentaba las manos bajo los brazos y supervisaba su ejército. Min estaba sentada en un escalón de la puerta de enfrente, envuelta en su capa seanchan y comiendo una arrugada ciruela, y Elayne, tapada con su chaqueta de piel de cordero, permanecía acurrucada en la boca de un callejón a poca distancia de ella. Un gran saco, hurtado en los muelles, yacía cuidadosamente doblado al lado de Min. «Mi ejército —pensó lúgubremente Nynaeve—. Pero no hay nadie más con quien contar.»

Divisó a una sul'dam y una *damane* subiendo por la calle, una mujer de pelo rubio llevando el brazalete y una morena el collar, ambas bostezando con somnolencia. Los pocos falmianos que transitaban por la calle desviaron la mirada y las evitaron. Hasta donde alcanzaba a ver, en el puerto no había ningún otro seanchan. En lugar de volver la cabeza en otra dirección, se estiró y encogió de hombros como si quisiera entrar en calor antes de volver a adoptar la misma postura de antes.

Min arrojó al suelo la ciruela a medio comer, lanzó una ojeada a la parte superior de la calle y volvió a apoyarse en la jamba de la puerta. La vía estaba libre allí también o, de lo contrario, se hubiera puesto las manos sobre las rodillas. Nynaeve advirtió que Min había comenzado a frotarse las manos con nerviosismo y que Elayne se balanceaba ansiosamente sobre las puntas de los pies.

«Si hacen malograr nuestro plan, las moleré a palos.» Era consciente, no obstante, de que, en caso de que las descubrieran, serían los seanchan quienes decidirían la suerte de cada una de las tres. De sobra sabía la incertidumbre que ella misma abrigaba respecto al buen desarrollo de su plan. Su propio fracaso podría ser el artífice de la destrucción de todas ellas. Una vez más resolvió que si algo salía mal, se las arreglaría para atraer la atención sobre ella mientras Min y Elayne huían. Les había indicado que echaran a correr si surgían problemas y les había dado a entender que ella también lo haría. En realidad ignoraba qué haría después. «Excepto que no voy a dejar que me atrapen viva. Por favor, Luz, eso no.»

Sul’dam y *damane* continuaron ascendiendo por la calle hasta llegar al punto donde permanecían apostadas las tres mujeres. Una docena de falmianos caminaba a buen trecho de distancia de la pareja atada.

Nynaeve hizo acopio de toda la furia de que era capaz. Las Atadas con Correa y las Asidoras de las Correas. Habían rodeado con su repugnante collar el cuello de Egwene, al igual que lo harían con el suyo y el de Elayne, de encontrarse a su alcance. Había obligado a Min a explicarle los métodos que utilizaban las sul’dam para obtener obediencia. Estaba segura de que Min había guardado algunos detalles, los más horribles, pero lo que había contado bastaba para suscitar las iras de Nynaeve. En un instante, una blanca flor que despuntaba en una negra rama espinosa se había abierto a la luz, al *Saidar*, y el Poder único la colmó. Sabía que había un halo a su alrededor, sólo visible para algunas personas. La sul’dam de pálida tez tuvo un sobresalto y la morena *damane* abrió la boca con asombro, pero Nynaeve no les concedió un respiro. Fue apenas un hilillo de Poder el que encauzó, pero lo hizo restallar, como un látigo que chasqueara sobre una mota de polvo flotando en el aire.

El collar de plata se abrió de manera repentina y cayó con estrépito en los adoquines. Nynaeve exhaló un suspiro de alivio al tiempo que se ponía de pie.

La sul’dam miró fijamente el collar caído como si de una serpiente venenosa se tratara. La *damane* se llevó una mano temblorosa a la garganta, pese a lo cual, antes de que la mujer del vestido estampado con relámpagos tuviera ocasión de moverse, se volvió y le propinó un puñetazo en la cara; la sul’dam dobló las rodillas, a punto de perder el equilibrio.

—¡Bravo! —gritó Elayne, que, al igual que Min, se acercaba corriendo a ellas.

Antes de que ninguna de las dos llegara a su altura, la *damane* miró con estupor en torno a sí y luego echó a correr con todas sus fuerzas.

—¡No te haremos nada! —intentó contenerla Elayne—. ¡Somos amigas!

—¡Silencio! —musitó Nynaeve. Entonces sacó un puñado de telas del bolsillo y las introdujo sin miramientos en la boca entreabierta de la todavía tambaleante sul’dam. Min sacudió precipitadamente el saco entre una nube de polvo y lo pasó por la cabeza de la sul’dam, cubriéndola hasta la cintura—. Ya estamos llamando

demasiado la atención.

Ello era cierto, aunque no del todo. Las cuatro se hallaban en una calle que se había vaciado de improviso, y los escasos viandantes que restaban evitaban deliberadamente mirarlas. Nynaeve había contado con que las gentes hicieran todo lo posible por hacer caso omiso de lo que atañía a los seanchan, lo cual les permitiría ganar tiempo. Acabarían hablando de lo que habían visto, pero entre susurros, y pasarían horas antes de que los seanchan tuvieran noticias de que algo había ocurrido.

La mujer embozada comenzó a forcejear, emitiendo gritos que amortiguaban los trapos, pero Nynaeve y Min rodearon el saco con los brazos y, derribándola, la transportaron hacia un callejón cercano. La correa y el collar se arrastraban sobre los adoquines, tintineando tras ellas.

—Recógelo —espetó Nynaeve a Elayne—. ¡No va a morderte!

Elayne aspiró hondo y luego tomó con recelo el plateado metal, como si temiera que posiblemente fuera capaz de morderla. Nynaeve se compadeció de ella, pero no mucho; todo dependía de que cada una de ellas cumpliera la parte que le correspondía en el plan.

Aun cuando la sul'dam daba patadas y trataba de zafarse, Nynaeve y Min la obligaron a bajar por el callejón y entrar en un pasaje, apenas un poco más ancho, para desembocar en un nuevo callejón y por fin entrar en un rudimentario cobertizo de madera que, a juzgar por los pesebres, había albergado en un tiempo dos caballos. Eran pocos quienes podían permitirse mantener caballos desde la llegada de los seanchan, y, durante el día en que Nynaeve lo había vigilado, nadie se había acercado a él. El interior estaba cubierto de un polvo enmohecido que revelaba abandono. Tan pronto como se encontraron dentro, Elayne dejó caer la correa de plata y se restregó las manos con paja.

Nynaeve volvió a encauzar un flujo mínimo de Poder, y el brazalete cayó sobre el polvoriento suelo. La sul'dam chilló y se revolvió.

—¿Preparadas? —preguntó Nynaeve. Las otras dos asintieron y dieron un tirón al saco de la prisionera.

La sul'dam resolló, con los azules ojos lagrimosos a causa del polvo y un rostro enrojecido tanto por el saco como por la furia. Se precipitó hacia la puerta, pero la agarraron al dar el primer paso. Aunque no era débil, ellas eran tres y, cuando hubieron acabado con ella, la sul'dam estaba tendida con ropa interior en uno de los pesebres, atada de pies y manos con una recia cuerda, que también le presionaba la boca para impedir que escupiera la mordaza.

Tocándose el labio hinchado, Min observó el vestido con paños de relámpagos y las botas de flexible cuero que habían dejado a un lado.

—Puede que te venga bien, Nynaeve. No es de la talla de Elayne ni mía. —Elayne estaba quitándose la paja prendida en el pelo.

—Tienes razón. Tú nunca has sido la persona más indicada de todas maneras. Te conocen demasiado bien.

Nynaeve se quitó con premura sus propias ropas y se puso el vestido de la sul’dam, el cual la ayudó a abotonar Min.

Nynaeve meneó los dedos dentro de las botas; eran un poco altas, pero el vestido le ajustaba bien. Agarrando el brazalete, hizo acopio de aire y lo cerró entorno a su muñeca izquierda. Los extremos se unieron, sin mediar ranura alguna entre ellos. No notaba la diferencia con una pulsera ordinaria, a pesar de haber abrigado el temor de sentir algo especial.

—Saca el vestido, Elayne. —Habían teñido un par de vestidos, uno suyo y otro de Elayne, con el tono gris que llevaban las *damane*, o el más parecido posible, y los habían escondido allí. Elayne sólo se movió para observar el collar abierto y humedecerse los labios—. Elayne, debes llevarlo. Son demasiados los que han visto a Min para que pueda ponérselo ella. Yo lo habría hecho, si a ti te hubiera venido bien el traje de la sul’dam. —Reconocía que se habría vuelto loca de haber tenido que llevar el collar; ése era el motivo por el que ahora no podía hablar con rudeza a Elayne.

—Lo sé —suspiró Elayne—. Es sólo que me gustaría conocer mejor los efectos que produce. —Se apartó la melena rojiza de la espalda—. Min, ayúdame, por favor. —Min comenzó a desabotonar el vestido.

Nynaeve logró coger sin pestañear el collar de plata.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Tras un breve momento de vacilación, se inclinó y cerró el collar alrededor del cuello de la sul’dam. «Si alguien lo tiene merecido es ella», se dijo con firmeza—. Tal vez pueda revelarnos algo de utilidad de todas formas. —La mujer de ojos azules lanzó una ojeada a la correa que partía de su cuello hacia la muñeca de Nynaeve y luego le asestó una desdeñosa mirada.

—No funciona de esta manera —advirtió Min, pero Nynaeve apenas la escuchó.

Tenía… conciencia… de la otra mujer, conciencia de lo que sentía, de la cuerda que le apretaba los tobillos y las muñecas detrás de la espalda, del rancio sabor a pescado de los retales que tenía en la boca, de la paja que se le clavaba en la piel a través de la combinación. No era como si ella, Nynaeve, lo experimentara en su propia piel, pero en su cabeza había una masa de sensaciones que sabía que pertenecían a la *sul'dam*.

Tragó saliva, tratando de no prestarles atención, puesto que no era posible eliminarlas, y dirigió la palabra a la mujer atada.

—No te haré daño si respondes sinceramente a mis preguntas. No somos seanchan. Pero si me mientes… —Alzó la correa con ademán amenazador.

La mujer agitó los hombros y curvó la boca en una mueca en torno al embozo. Nynaeve tardó un momento en caer en la cuenta de que la sul’dam estaba riendo.

Frunció los labios y entonces se le ocurrió una idea. Aquel amasijo de sensaciones que tenía en la cabeza parecían tener una conexión física con lo que sentía la otra mujer. Por probar, trató de agregar algo a él.

Con los ojos súbitamente desorbitados, la sul’dam dio un grito que únicamente amortiguaron en parte los trapos que le tapaban la boca. Abriendo las manos en abanico tras ella como si intentara protegerse de algo, se encorvó entre la paja en un vano intento de escapar.

Estupefacta, Nynaeve se apresuró a ahuyentar las sensaciones que había ideado. La *sul'dam* abatió los hombros, sollozando.

—¿Qué…? ¿Qué le… has hecho? —preguntó Elayne débilmente. Min se limitó a observar, boquiabierta.

—Lo mismo que te hizo Sheriam cuando le arrojaste una taza a Marith —respondió con brusquedad Nynaeve—. «Luz, qué cosa más horrenda.»

—¡Oh! —exclamó Elayne después de tragar saliva ruidosamente.

—Pero no se supone que un *a'dam* funcione de esta manera —señaló Min—. Siempre dicen que no sirve más que con una mujer capaz de encauzar.

—No me importa cómo se suponga que ha de funcionar, con tal que funcione. —Nynaeve tomó la correa de metal plateado en el punto en que se unía al collar y tiró de la mujer hasta que tuvo los ojos frente a los suyos. Eran unos ojos amedrentados lo que vio—. Escúchame y presta bien atención. Quiero respuestas y, si no las obtengo, te haré creer que acabo de desollarte. —Un terror ciego invadió el rostro de la seanchan y a Nynaeve se le encogió el estómago al advertir de pronto que ésta había interpretado sus palabras al pie de la letra. «Si cree que puedo hacerlo, es porque lo sabe. Para esto sirven los collares.» Se contuvo para no arrancarse el brazalete de la muñeca y en su lugar endureció la expresión—. ¿Estás dispuesta a responder? ¿O necesitas que te convenza con más argumentos?

La frenética sacudida de cabeza fue una respuesta suficientemente satisfactoria. Cuando Nynaeve le sacó el embozo, la mujer sólo hizo una breve pausa antes de balbucir:

—No os denunciaré. Lo juro. Solamente quitadme esto del cuello. Tengo oro. Tomadlo. Lo prometo, jamás se lo diré a nadie.

—Cállate —espetó Nynaeve y la mujer cerró la boca de inmediato—. ¿Cómo te llamas?

—Seta. Por favor, os responderé, pero por piedad… ¡quitádmelo! Si alguien me ve con él… —Los ojos de Seta giraron para contemplar la correa y luego se cerraron con fuerza—. ¡Por favor! —susurró.

Nynaeve cayó entonces en la cuenta de que jamás podría hacer que Elayne llevara ese collar.

—Será mejor que nos demos prisa —observó con firmeza Elayne, ahora en ropa

interior también—. Dame un momento para ponerme ese vestido y entonces…

—Vuelve a ponerte tu ropa —indicó Nynaeve.

—Alguien ha de hacer las veces de *damane* —señaló Elayne—, si no no podremos acercamos a Egwene. Ese vestido es de tu talla, y Min es demasiado conocida, de modo que debo ser yo.

—He dicho que vuelvas a ponerte tu ropa. Ya tenemos a alguien para hacer de Atada con Correa. —Nynaeve tiró de la correa que aprisionaba a Seta y ésta jadeó.

—¡No! ¡No, por favor! Si alguien me ve… —guardó silencio al advertir la fría mirada de Nynaeve.

—Por lo que a mí respecta, eres peor que un asesino, más cruel que un Amigo Siniestro. No puedo pensar en alguien más despiadado que tú. El hecho de tener que llevar esto en la muñeca, de cumplir la misma función que tú tan sólo durante una hora, me repugna. Si crees que hay algún sufrimiento que por escrúpulos no sea capaz de infligirte, recapacita. ¿Que no quieres que te vean? Bien. Nosotras tampoco. Sin embargo, nadie mira a las *damane*. Mientras mantengas la cabeza gacha como se espera de las Atadas con Correa, nadie se fijará en ti. Pero será mejor que hagas lo posible para que nadie repare en nosotras. De lo contrario, te verán también a ti, y, si ello no basta para refrenarte, te prometo que haré que maldigas el primer beso que intercambiaron tu padre y tu madre. ¿Me has comprendido?

—Sí —repuso débilmente Seta—. Lo juro.

Nynaeve hubo de quitarse la pulsera para deslizar el vestido teñido de gris por la correa y sobre la cabeza de Seta. Este no le ajustaba bien; le quedaba demasiado holgado en el pecho y ceñido en las caderas, pero a Nynaeve le hubiera quedado igual de mal, y corto además. Nynaeve hizo votos por que la gente no mirara realmente a las *damane*, y volvió a colocarse de mala gana el brazalete.

Elayne recogió las ropas de Nynaeve, que envolvió con el otro vestido teñido, formando un hatillo, un bulto que transportaría una mujer vestida de campesina, caminando detrás de una sul'dam y una *damane*.

—Gawyn se consumirá de envidia cuando se entere de esto —dijo, riendo, con una alegría visiblemente forzada.

Nynaeve las miró fijamente a ella y a Min. Había llegado la hora de interpretar la parte más difícil.

—¿Estáis listas?

—Estoy lista —respondió Elayne, con cara seria.

—Sí —repuso lacónicamente Min.

—¿Adónde vais… vamos… a ir? —inquirió Seta que se apresuró añadir—: ¿Si me permitís preguntarlo?

—A la guarida del león —le contestó Elayne.

—A bailar con el Oscuro —agregó Min.

Nynaeve suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Lo que intentan decir es que vamos a ir al sitio donde guardan a las *damane* y que pretendemos liberar a una de ellas.

Seta todavía tenía la boca abierta a causa del asombro cuando la empujaron afuera del cobertizo.

Bayle Domon contemplaba el sol naciente desde la cubierta de su barco. Los muelles comenzaban a cobrar vida, a pesar de que las calles que desembocaban en el puerto estaban aún casi desiertas. Una gaviota posada en un pilotaje lo observó; las gaviotas tenían ojos despiadados.

—¿Estáis seguro de esto, capitán? —preguntó Yarin—. Si los seanchan investigan por qué estamos todos a bordo…

_Tú limítate a cerciorarte de que haya un hacha al lado de cada cuerda de amarre —contestó secamente Domon—. Y, Yarin, si uno de los hombres intentar cortar una soga antes de que esas mujeres hayan embarcado, le partiré la cabeza.

—¿Qué haremos si no vienen, capitán? ¿Qué ocurrirá si son los soldados seanchan los que nos visitan?

—¡Conserva los arrestos, hombre! Si vienen los soldados, me dirigiré a toda velocidad hacia la boca del puerto, y que la Luz se apiade de todos nosotros. Pero hasta que vengan los soldados, pienso esperar a esas mujeres. Ahora ve a comprobarlo todo, con aire de no hacer nada.

Domon le volvió la espalda para escrutar en dirección a la ciudad, hacia la zona donde encerraban a las *damane*s. Sus dedos repiqueteaban nerviosamente en la barandilla.

La brisa del mar, que llegaba a la nariz de Rand cargada del olor a los desayunos que se preparaban en el fuego, trataba de zarandear su apolillada capa, pero él la mantenía cerrada con una mano mientras Rojo se acercaba a la ciudad. No había ninguna chaqueta a su medida entre las ropas que habían encontrado y consideraba aconsejable mantener ocultos los bordados en plata de las mangas y las garzas que adornaban su cuello. Tal vez la actitud de los seanchan para con quienes llevaban armas no fuera extensible a aquellos que poseían espadas con la marca de la garza.

Las primeras sombras de la mañana se alargaban ante él. Únicamente podía ver a Hurin cabalgando entre los carromatos y caballerizas. Sólo había dos hombres deambulando entre las hileras de carruajes de mercaderes, vestidos con los largos delantales de los carreteros y herreros. Ingtar, que iba a la cabeza, se había perdido ya de vista. Perrin y Mat iban detrás de Rand, separados un trecho de él y entre sí. No volvió la vista atrás para comprobar que lo seguían, pues se suponía que no

mantenían relación alguna entre sí; eran cinco hombres que llegaban de mañana a Falme, pero no juntos.

Se halló rodeado de patios en cuyas vallas se agolpaban los caballos, aguardando a recibir la comida. Hurin asomó la cabeza entre dos establos, todavía con las puertas cerradas, vio a Rand y le hizo señas antes de retirarse. Rand volvió su semental alazán hacia el lado indicado.

Hurin permaneció parado sosteniendo las riendas del caballo. Llevaba un chaleco en lugar de su chaqueta y, a pesar de la pesada capa que ocultaba su espada corta y la maza, se estremecía a causa del frío.

—Lord Ingtar está allá —anunció, señalando un angosto pasaje—. Dice que dejemos los caballos aquí y continuemos a pie. —Mientras Rand desmontaba, el husmeador añadió—: Fain pasó por esa calle, lord Rand. Casi lo huelo desde aquí.

Rand condujo a Rojo hacia la parte trasera de un establo donde Ingtar había atado ya su montura. El shienariano no tenía aspecto de ser un señor, con una sucia chaqueta de piel de oveja agujereada en varios puntos, la cual ofrecía un curioso contraste con la espada cuyo cinto la rodeaba. Tenía una mirada enfebrecida.

Mientras ataba a Rojo junto al semental de Ingtar, Rand miró dubitativamente las alforjas. No había tenido ocasión de deshacerse del estandarte. No creía que ninguno de los soldados fuera a revolver las alforjas, pero no podía decir lo mismo de Verin, ni predecir lo que ésta haría en caso de encontrar el pendón. Con todo, le producía desasosiego llevarlo con él. Decidió dejar las alforjas amarradas tras la silla.

Mat se reunió con ellos y al cabo de unos momentos Hurin regresó con Perrin. Mat llevaba unos pantalones abombachados metidos en las botas y Perrin una capa excesivamente corta. A juicio de Rand, todos parecían unos espantosos mendigos, pero en los pueblos habían pasado completamente inadvertidos.

—Ahora —dijo Ingtar— veamos lo que nos depara la suerte.

Recorrieron paseando las calles sin pavimentar como si carecieran de objetivo determinado, charlando entre si, y abandonaron los terrenos ocupados por los carromatos para recorrer, aparentando deambular, las vías adoquinadas. Rand apenas si prestaba atención a lo que él decía y menos aún a los demás. El plan de Ingtar era que tuvieran la apariencia de cualquier otro grupo de hombres caminando juntos, pero la calle estaba casi desierta, y cinco hombres componían una multitud a esa hora tan temprana.

Aun cuando caminaran apiñados, era Hurin quien los guiaba, husmeando el aire y girando hacia una calle de subida y desviándose luego a otra de bajada. Los otros doblaban los mismos recodos a un tiempo, como si ya antes hubieran tenido intención de hacerlo.

—Ha recorrido incontables veces esta ciudad —murmuró Hurin, torciendo el gesto—. Su olor está por todas partes y apesta tanto que es difícil distinguir el nuevo

rastro del antiguo. Al menos sé que todavía está aquí. Estoy convencido de que algunos olores los dejó hace sólo un día o dos.

Las calles iban cobrando vida paulatinamente. Aquí un vendedor de frutas distribuía las mercancías sobre mesas, allá un individuo avanzaba presuroso con un gran rollo de pergaminos bajo el brazo y una pizarra colgada a la espalda, más allá un afilador de cuchillos engrasaba el eje de su muela acoplada a una carretilla. Dos mujeres pasaron junto a ellos, una con la vista baja y un collar de plata en torno al cuello y la otra, con un vestido estampado con relámpagos, asiendo una correa de plata enroscada.

Rand retuvo el aliento; hubo de esforzarse para no volverse a mirarlas.

—¿Era eso…? —Mat tenía los ojos muy abiertos en sus hundidas cuencas—. ¿Era eso una *damane*?

—Así es como nos las han descrito —respondió Ingtar—. Hurin, ¿vamos a recorrer todas y cada una de las calles de esta condenada ciudad?

—Ha estado por todas partes, lord Ingtar —se excusó Hurin—. Su hedor se encuentra por doquier. —Habían llegado a una zona cuyas casas de piedra eran de tres o cuatro pisos, tan altas como posadas.

Tras doblar una esquina, Rand se quedó estupefacto al ver el gran número de soldados seanchan que montaban guardia delante de una gran mansión… y las dos mujeres con vestidos estampados con relámpagos que conversaban en las escaleras de otro edificio situado en frente. Un estandarte ondeaba al viento sobre la casa protegida por los soldados: un halcón dorado agarrando un haz de rayos. La casa donde charlaban las mujeres no tenía nada de particular salvo ellas. La armadura del oficial resplandecía con tonalidades rojas, negras y doradas, y su yelmo, dorado y pintado, confería a su cabeza el aspecto de la de una araña. Entonces Rand advirtió las dos grandes formas de piel curtida agazapadas entre los soldados y perdió pie.

Grolm. Esas cabezas en forma de cuña con tres ojos eran inconfundibles. «No es posible —se dijo. Tal vez estaba realmente dormido y aquello no era más que una pesadilla—. Quizá no hemos partido todavía hacia Falme.»

Los demás miraron fijamente a las bestias mientras pasaban delante de la mansión custodiada.

—¿Qué son esos seres, en nombre de la Luz? —preguntó Mat.

—Lord Rand, son… —Los ojos de Hurin parecían tan grandes como su rostro—. Son…

—No importa —resolvió Rand. Hurin asintió tras un momento.

—Estamos aquí para recuperar el Cuerno —señaló Ingtar—, no para observar monstruos seanchan. Concéntrate en el rastro de Fain, Hurin.

Los soldados apenas les echaron un vistazo. La calle discurría en línea recta hasta el puerto. Rand vio barcos anclados allá abajo, altas embarcaciones de forma

cuadrada con elevados mástiles achicados por la distancia.

—Ha estado mucho por aquí. —Hurin se frotó la nariz con el dorso de la mano—. La calle hiede de tantas capas como ha dejado. Creo que debió de estar aquí ayer, lord Ingtar. Quizás anoche.

Mat se atenazó de pronto la chaqueta con ambas manos.

—Está ahí adentro —susurró. Se volvió y caminó hacia atrás, mirando con ojos entornados la casa con el estandarte—. La daga está ahí adentro. Ni siquiera lo he notado antes, debido a esos…, esos bichos, pero ahora lo siento claramente.

Perrin le hincó un dedo en las costillas.

—Bueno, para antes de que comiencen a preguntarse por qué los miras con ojos desorbitados como un alelado.

Rand espió por encima del hombro. El oficial estaba mirándolos.

—¿Vamos a continuar caminando sin más? —Mat se había girado con tristeza—. Os digo que está allí adentro.

—Es el Cuerno lo que buscamos —gruñó Ingtar—. Tengo el propósito de encontrar a Fain y obligarlo a confesar dónde está. —No aminoró el paso.

Aunque no dijo nada, la cara de Mat era una viva súplica.

«Yo también he de encontrar a Fain —pensó Rand—. Debo hacerlo.»

—Ingtar —señaló, sin embargo, al ver la expresión de Mat—, si la daga está en esa casa, es probable que Fain se encuentre en ella. No lo imagino dejando la daga o el Cuerno, ninguno de los dos, lejos de donde pueda verlos.

Ingtar se detuvo.

—Podría ser —reconoció al cabo de un momento—, pero desde aquí afuera no hay modo de comprobarlo.

—Podríamos apostarnos aquí para ver si sale —propuso Rand—. Si sale a esta hora de la mañana, es que ha pasado la noche aquí. Y apuesto que el Cuerno se halla en el mismo lugar donde duerme. Si no sale, podemos volver a reunirnos con Verin hacia mediodía e idear un plan antes de que oscurezca.

—No pienso esperar a Verin —afirmó Ingtar—, ni tampoco a que llegue la noche. Ya he aguardado durante demasiado tiempo. Quiero tener el Cuerno en mi poder antes de que el sol vuelva a ponerse.

—Pero no sabemos si ello es posible, Ingtar.

—Yo sé que la daga está allí adentro —insistió Mat.

—Y Hurin dice que Fain estuvo aquí anoche. —Ingtar hizo caso omiso de los intentos de Hurin para comentar tal afirmación—. Es la primera vez que ha precisado un período inferior a uno o dos días. Vamos a recobrar el Cuerno ahora. ¡Ahora mismo!

—¿Cómo? —inquirió Rand.

El oficial ya no les prestaba atención, pero aún había una veintena de soldados

delante del edificio. Y un par de *grolm*s. «Esto es una locura. No puede haber *grolm*s aquí.» Sus cavilaciones no tuvieron, no obstante, el efecto de hacer desaparecer a las bestias.

—Parece que hay jardines detrás de todas esas casas —apuntó Ingtar, mirando pensativamente en derredor—. Si uno de esos callejones da al muro de un jardín… En ocasiones los hombres están tan absortos protegiendo la fachada que descuidan la parte posterior. Venid conmigo. —Entró en el estrecho callejón que discurría entre dos de las altas casas. Hurin y Mat trotaron sin dilación tras él.

Rand intercambió una mirada con Perrin —su amigo de pelo rizado se encogió resignadamente de hombros— y ambos lo siguieron también.

El pasaje apenas era más ancho que sus espaldas, pero estaba flanqueado por paredes de jardines hasta cruzarse con otro callejón que era lo bastante amplio para que pudiera transitar por él una carretilla de manos o un carro pequeño. Aunque aquél también estaba pavimentado con adoquines, únicamente daban a él las partes traseras de los edificios, compuestas de desvencijadas ventanas y muros de piedra, y los altos muros posteriores de jardines por los que asomaban ramas casi desnudas de follaje.

Ingtar los condujo por ese callejón hasta que se hallaron justo al otro lado del ondeante estandarte. Quitándose los guanteletes reforzados con acero de la chaqueta, se los calzó, dio un salto para encaramarse al remate del muro y luego se alzó para asomar la cabeza. Les informó de lo que veía con voz baja y monótona.

—Árboles, macizos de flores, paseos. No hay ni un alma… ¡Esperad! Un guardia, un hombre. Ni siquiera lleva el yelmo puesto. Contad hasta cincuenta y después seguidme. —Apoyó una bota en la pared y desapareció antes de que Rand pudiera objetar algo.

—… cincuenta.

Hurin trepó por la pared y saltó al otro lado antes de que Mat hubiera acabado de pronunciar el último número. Perrin lo secundó casi a un tiempo.

Rand consideraba que tal vez Mat, con el semblante tan pálido y fatigado, necesitara ayuda, pero él no dio muestras de ello al escalar el muro. Las piedras superpuestas presentaban un buen número de asideros, y momentos después Rand se encontraba acurrucado en el interior con Mat, Perrin y Hurin.

El jardín se hallaba en las fauces del riguroso otoño, con los macizos ocupados tan sólo por arbustos de hoja perenne y el ramaje de los árboles casi pelado, El viento que ondulaba el estandarte levantaba remolinos de tierra entre los paseos de losas. Por un momento, Rand no avistó a Ingtar. Luego vio al shienariano que, pegado contra la fachada trasera de la casa y espada en mano, les hacía señas para que avanzaran.

Rand corrió encorvado, más preocupado por las ventanas de mirada vacía que daban al jardín que por sus amigos que corrían a su lado. Se apoyó con alivio en la

casa junto a Ingtar.

—Está ahí adentro —seguía murmurando para sí Mat—. Lo siento.

—¿Dónde está el guardia? —susurró Rand.

—Muerto —respondió Ingtar—. Estaba demasiado confiado. Ni siquiera ha intentado dar la alarma. He ocultado su cadáver bajo uno de esos arbustos.

Rand lo miró fijamente. «¿El seanchan estaba demasiado confiado?» Lo único que contuvo su impulso de retroceder de inmediato fueron los angustiados murmullos de Mat.

—Ya casi estamos allí. —Ingtar parecía también hablar para sus adentros—. Casi allí. Venid.

Rand desenvainó la espada mientras subían las escaleras traseras. Advirtió cómo Hurin aprestaba su espada corta y la maza y Perrin descolgaba con renuencia el hacha del cinturón.

El vestíbulo era estrecho. Una puerta entornada a su derecha despedía olores propios de una cocina. Había varias personas trajinando en su interior, a juzgar por los inconfundibles sonidos de voces y el ruido de tapaderas de ollas.

Ingtar hizo una señal a Mat para que caminara delante y luego se deslizaron junto a la puerta. Rand no apartó la mirada de la rendija que ésta dejaba abierta hasta que hubieron doblado un recodo.

Una esbelta joven de pelo oscuro salió por una puerta situada frente a ellos, llevando una taza en una bandeja. Todos se quedaron petrificados. La mujer giró en dirección opuesta sin dedicarles siquiera una mirada. Rand se quedó estupefacto. Su larga túnica blanca era casi transparente. Entonces desapareció por una esquina.

—¿Habéis visto eso? —inquirió Mat con voz ronca—. Se veía totalmente…

Ingtar le tapó la boca con la mano y susurró:

—No olvides qué te ha traído aquí. Ahora búscalo. Búscame el Cuerno.

Mat señaló una angosta escalera de caracol. Después de subir un tramo los condujo hacia la parte delantera de la casa. El escaso mobiliario de los corredores parecía componerse exclusivamente de líneas curvas. De vez en cuando la pared aparecía cubierta con un tapiz o un biombo, decorados con unos cuantos pájaros posados en ramas o con un par de flores. En una de las pantallas discurría un río, pero, aparte de las rizadas aguas y las estrechas franjas de la orilla, el resto de la tela carecía de adornos.

Durante todo el recorrido, Rand oía zapatillas arrastrándose en el suelo, quedos murmullos, indicios de conversación. Aunque no vio a nadie, podía imaginarse perfectamente a alguien irrumpiendo en un pasillo para encontrarse con cinco hombres que se escabullían con armas en las manos, alguien que sin duda diría la alarma…

—Allí adentro —susurró Mat, apuntando a una gran puerta corredera de doble

hoja, que tenía únicamente unas oquedades labradas a modo de tirador por todo ornamento—. Al menos la daga está allí.

Ingtar dirigió una mirada a Hurin; el husmeador abrió la puerta e Ingtar entró de un salto con la espada en alto. No había nadie allí. Rand y sus amigos se apresuraron a seguirlo y Hurin cerró velozmente la puerta tras ellos.

Unos biombos pintados tapaban todas las paredes y las posibles puertas, velando a un tiempo la luz procedente de las ventanas que daban a la calle. Al fondo de la espaciosa estancia había un alto armario circular y, en el otro extremo, una pequeña mesa y una silla sobre una alfombra encarada a ella. Rand oyó un jadeo de Ingtar, pero él sólo sentía deseos de emitir un suspiro de alivio. El curvado Cuerno de Valere estaba apoyado en un pedestal encima de la mesa y, bajo él, el rubí de la empuñadura de la ornamentada daga reflejaba la luz.

Mat se precipitó hacia la mesa y agarró el Cuerno y la daga.

—Los tenemos —gritó con entusiasmo, agitando la mano con que asía la daga—. Ya son nuestros.

—No grites tanto —advirtió Perrin, pestañeando—. Todavía no los hemos sacado de aquí. —Sus manos, ocupadas con el mango del hacha, parecían ansiosas por aferrar otra cosa.

—El Cuerno de Valere. —La voz de Ingtar expresaba fervor. Tocó el Cuerno con vacilación, recorriendo con un dedo la inscripción de plata engastada en tomo a él y musitando la traducción, y luego retiró la mano con un escalofrío de excitación—. Lo es. ¡Lo es, por la Luz! Estoy salvado.

Hurin, que había estado apartando las pantallas que tapaban las ventanas, corrió la última y se asomó a la calle.

—Esos soldados todavía están allí, con aspecto de haber echado raíces. —Se estremeció—. Y esas… bestias también.

Rand se reunió con él. Las dos bestias eran *grolm*s, no había duda de ello.

—¿Cómo es posible…?

Al alzar la vista de la calle, las palabras murieron en su boca. Estaba mirando el jardín de la gran casa de enfrente, en el que aún se advertían las huellas de los muros derribados para ampliarlo. Había mujeres allí, sentadas en bancos o paseando por las avenidas, en parejas. Mujeres atadas de cuello a muñeca con correas plateadas. Una de las que iban sujetas con collar levantó la mirada. Se hallaba demasiado lejos para distinguir claramente su rostro, pero por un instante pareció que sus miradas se encontraron, y adquirió una súbita certeza.

—Egwene —musitó con semblante demudado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mat—. Egwene está a buen recaudo en Tar Valon. Ojalá yo también estuviera allí.

—Está aquí —anunció Rand. Las dos mujeres estaban girando, caminando hacia

uno de los edificios del lado opuesto de los jardines unidos—. Está aquí, justo al otro lado de la calle. ¡Oh, Luz, lleva uno de esos collares!

—¿Estás seguro? —inquirió Perrin, que se acercó a mirar por la ventana—. No la veo, Rand. Y… la reconocería de verla, incluso a esta distancia.

—Estoy seguro —afirmó Rand. Las dos mujeres desaparecieron en una de las casas que daban a la otra calle. Tenía el estómago en un puño. «Se supone que está a salvo. Se supone que está en la Torre Blanca»—. Tengo que sacarla de allí. Los demás…

—¡Vaya! —La voz que articulaba con extraña imprecisión las palabras era tan queda como el sonido de las puertas que se deslizaron tras ellos—. No sois los que esperaba.

Por espacio de un breve momento, Rand observó al alto individuo con la cabeza rapada que había entrado en la habitación. Llevaba una larga túnica azul que arrastraba por el suelo y tenía unas uñas tan largas que Rand dudó si sería capaz de asir algo. Los dos hombres que permanecían obsequiosamente tras él sólo llevaban afeitada la mitad de su oscuro cabello, el resto del cual pendía trenzado sobre la mejilla derecha. Uno de ellos llevaba una espada envainada en los brazos.

Apenas dispuso de un momento para mirar, pues entonces los biombos cayeron, dejando a la vista, a ambos lados de la estancia, un umbral donde se agolpaban cuatro o cinco soldados seanchan, con la cabeza descubierta pero vestidos con armaduras y empuñando espadas.

—Os halláis en presencia del Augusto Señor Turak —comenzó a anunciar el hombre que llevaba la espada, mirando con enfado a Rand y sus compañeros, pero un breve gesto de un dedo con una uña lacada de azul lo atajó. El otro criado avanzó con una reverencia y se dispuso a desabrochar la túnica de Turak.

—Cuando han encontrado muerto a uno de mis guardias —dijo con calma el individuo de cabeza rapada— he sospechado del hombre que se hace llamar Fain. He desconfiado de él desde que Huon murió de forma tan misteriosa, y además siempre ha querido la daga. —Extendió los brazos para que el criado le sacara la túnica. A pesar de su suave voz casi cantarina, unos potentes músculos revestían sus brazos y pecho, el cual estaba desnudo hasta un fajín azul que sujetaba unos pantalones blancos que parecían componerse de multitud de pliegues. Su voz denunciaba la falta de interés y la indiferencia que le producían las espadas que empuñaban—. Y ahora me encuentro con unos desconocidos que no sólo pretenden llevarse la daga, sino también el Cuerno. Será un placer para mí acabar con uno o dos de vosotros por haber enturbiado la placidez de esta mañana. Los que sobrevivan me dirán quiénes sois y por qué habéis venido. —Alargó una mano sin mirar, en la que el criado le puso el puño de la espada envainada, y desenfundó una pesada hoja curvada—. No querría que el Cuerno sufriera ningún daño.

Aun cuando Turak no hiciera ninguna otra señal, uno de los soldados entró en la habitación y tendió la mano hacia el Cuerno. Rand no sabía si reír o no. El hombre llevaba armadura, pero la arrogancia de su rostro demostraba igual desprecio hacia sus armas que el propio Turak.

Mat puso fin a la pantomima. Cuando el seanchan alargó la mano, Mat la acuchilló con la daga. Profiriendo una maldición, el soldado se echó atrás, sorprendido, y luego emitió un grito que recorrió la habitación donde todos permanecían paralizados a causa del estupor. La temblorosa mano que levantó hacia su rostro estaba tornándose oscura, con una negrura que ganaba terreno a partir del sangriento corte que le cruzaba la palma. Con la boca desencajada, soltó un alarido, clavándose las uñas en el brazo y luego en el hombro. Presa de espasmos, se desplomó sobre la alfombra de seda, chillando al tiempo que su cara se teñía de negro y sus oscuros ojos sobresalían de sus cuencas como ciruelas maduras en exceso, hasta que una oscura e hinchada lengua lo amordazó. Se movió resollando entrecortadamente, golpeando el suelo con los tobillos y después quedó inmóvil. Cada centímetro de su piel visible estaba negro como la brea putrefacta y parecía dispuesto a reventarse con el menor contacto.

Mat se humedeció los labios y tragó saliva; su mano aferraba inciertamente la daga. Incluso Turak miraba fijamente, boquiabierto.

—Como veis —advirtió Ingtar en voz baja—, no somos presa fácil. —De improviso saltó por encima del cadáver y se abalanzó contra los soldados, que aún observaban con ojos desorbitados los despojos del hombre que había permanecido junto a ellos tan sólo momentos antes—. ¡Shinowa! —gritó—. ¡Seguidme!

Hurin se precipitó tras él y los soldados retrocedieron ante ellos entre el sonido del entrechocar del acero.

Los seanchan situados al otro extremo de la estancia, que habían comenzado a avanzar al moverse Ingtar, se echaron atrás también, más amedrentados por la daga esgrimida por Mat que por el hacha que Perrin hacía girar en silencio.

En un abrir y cerrar de ojos, Rand se encontró solo frente a Turak, que mantenía la hoja perpendicular a su cuerpo. El momento de aturdimiento había pasado. Sus ojos miraban con dureza la cara de Rand; el negro e hinchado cadáver de uno de sus soldados podría muy bien no haber existido. Éste tampoco parecía existir para los dos criados, no más que Rand y su espada o que el fragor de la lucha, que se alejaba ahora de los aposentos hacia ambos lados de la casa. Los criados habían empezado a doblar parsimoniosamente la túnica de Turak tan pronto como el Augusto Señor había empuñado la espada y no habían levantado la mirada ni con ocasión de los alaridos del soldado muerto; ahora estaban arrodillados junto a la puerta y observaban con miradas impasibles.

—Presentía que acabaríamos peleando tú y yo. —Turak hacía girar la hoja con

desenvoltura, trazando un círculo completo en un sentido y luego en el opuesto, moviendo con delicadeza sobre la empuñadura sus dedos de largas uñas, que no parecían suponerle traba alguna—. Eres joven. Veamos los requisitos que se exigen para ganar la garza a este lado del océano.

De improviso Rand vio la garza grabada en la hoja de Turak. Con la escasa experiencia con que contaba, se hallaba frente a un verdadero maestro espadachín. Arrojó rápidamente la capa de piel de cordero a un lado, deshaciéndose del peso y el obstáculo que representaba. Turak aguardaba.

Rand sentía apremiantes deseos de invocar el vacío. Era evidente que necesitaría toda la habilidad de que pudiera hacer acopio, e incluso entonces las posibilidades de salir con vida de esa habitación serían escasas. Debía salir con vida. Egwene se hallaba casi tan cerca como para oír su voz y tenía que liberarla de algún modo. Pero el *Saidin* esperaba en el vacío. Ante aquella noción el corazón le dio un vuelco de ansiedad y el estómago se le encogió. Sin embargo, a igual distancia que Egwene se encontraban todas esas otras mujeres: las *damane*. Si entraba en contacto con el *Saidin* y no podía evitar encauzar el Poder, ellas lo detectarían, según había afirmado Verin. Lo detectarían y se alertarían. Tantas, tan cerca… Tal vez sobreviviera al combate con Turak únicamente para perecer ante las *damane*, y no podía morir antes de haber liberado a Egwene. Rand levantó la espada.

Turak se deslizó hacia él con pies silenciosos. Las hojas chocaron entre sí como el martillo que golpeara un yunque.

Rand comprendió desde un principio que su contrincante estaba probándolo, presionándolo sólo lo bastante para ver de qué era capaz para después ir incrementando paulatinamente la presión. La agilidad de sus muñecas y sus pies lo mantenían con vida tanto como su pericia. Sin el vacío, era Turak quien llevaba el peso de la iniciativa. La punta de la pesada espada del seanchan le dejó un rasguño justo debajo del ojo izquierdo. Un trozo de tela de la manga de la chaqueta quedó colgando de su hombro, con el color negro oscurecido por la sangre. Tras una precisa estocada, tan certera como el corte de un sastre, recibida en la cara interior del brazo izquierdo, sentía la tibia humedad que se extendía hacia sus costillas.

El semblante del Augusto Señor Turak expresaba decepción. Dio un paso atrás con un gesto de disgusto.

—¿Dónde encontraste esa arma, muchacho? ¿O realmente recompensan aquí con la garza a hombres tan inexpertos como tú? Busca la paz de tu alma. Ha llegado el momento de morir. —Volvió a la carga.

El vacío envolvió a Rand. El *Saidin* fluyó hacia él, resplandeciendo con la promesa del Poder único, al que no abrió las puertas. Ello era tarea más ardua que hacer caso omiso de un espino que se moviera dentro de sus propias carnes. Se negó a colmarse de Poder, rehusó formar una unidad con la mitad masculina de la Fuente

Verdadera. Se había fundido con la espada que empuñaban sus manos, con el suelo que hollaban sus pies, con las paredes. Con Turak.

Reconoció las posturas que utilizaba el Augusto Señor, apenas diferentes de las que le habían enseñado; a La golondrina alza el vuelo respondió con Partir la seda; a La luna en el agua con La danza del urogallo; a La cinta en el aire con Las rocas cayendo del acantilado. Evolucionaban por la habitación como si ejecutaran una danza cuyo ritmo marcaba el entrechocar del acero.

En los oscuros ojos de Turak, la decepción y la indignación dieron paso al asombro y luego a la concentración. El sudor hizo aparición en la frente del Augusto Señor mientras éste arremetía con mayor apremio. El rayo de tres púas tuvo como contraataque la hoja en la brisa.

Los pensamientos de Rand flotaban fuera del vacío, distanciados de sí, apenas perceptibles. Ello no era suficiente. Se enfrentaba con un maestro espadachín y, a pesar de recurrir al vacío y a toda su pericia, sólo lograba contenerlo. Precariamente. Había de ser él quien pusiera fin al combate antes de que lo hiciera Turak. «¿El *Saidin*? ¡No! A veces es necesario Envainar la espada en tu propio cuerpo.» Pero eso tampoco serviría de ayuda a Egwene. Había de concluir la pelea ahora mismo, sin tardanza.

Turak abrió los ojos cuando Rand se deslizó adelante. Hasta entonces se había limitado a defenderse; ahora atacaba con todo su arrojo. El jabalí baja corriendo la montaña. Cada movimiento de su espada era un intento para alcanzar a Turak, y todo cuanto éste podía hacer era retirarse y parar; ya había recorrido la habitación, hasta casi llegar a la puerta.

En un instante, mientras Turak aún trataba de hacer frente al Jabalí, Rand adoptó El río socava la orilla. Hincó una rodilla en el suelo, dando una estocada de través. No necesitó oír la exhalación de Turak ni sentir la resistencia de su cuerpo ante el filo para saberlo. Oyó dos golpes y volvió la cabeza, con la certidumbre de lo que iba a ver. Bajó la vista por su hoja, mojada y roja, hasta donde yacía el Augusto Señor, con la mano entumecida que ya no aferraba la espada, sobre la alfombra cuyos pájaros hilados manchaba la sangre. Turak todavía tenía los ojos abiertos, pero éstos ya estaban velados por la muerte.

El vacío tembló. Había peleado con trollocs antes, con engendros de la Sombra. Nunca hasta entonces se había enfrentado a un ser humano con la espada salvo para practicar o fanfarronear. «Acabo de matar a un hombre.» El vacío se estremeció, y el *Saidin* trató de filtrarse en él.

Se zafó desesperadamente de sus garras y miré sin resuello en derredor. Se sobresaltó al ver a los dos criados todavía arrodillados junto a la puerta. Se había olvidado de ellos y ahora no sabía qué actitud tomar. Ninguno de los dos parecía armado y, sin embargo, no tenían más que gritar…

En ningún momento dirigieron la vista a él o entre sí. En su lugar, contemplaban silenciosamente el cadáver del Augusto Señor. Al verlos sacar dagas de debajo de sus túnicas, Rand apretó con fuerza la espada, pero cada uno de ellos situó la punta del arma frente a su propio pecho.

—De la cuna a la muerte —entonaron al unísono— sirvo a la Sangre.

Y se clavaron las dagas en sus propios corazones. Se plegaron hacia adelante casi pacíficamente y apoyaron las cabezas en el suelo como si dedicaran una profunda reverencia a su señor.

Rand los observó con incredulidad. «Locos —pensó—. Quizá yo me vuelva loco, pero ellos ya lo estaban. »

Estaba poniéndose en pie con miembros temblorosos cuando Ingtar y los otros regresaron corriendo. Todos tenían rasguños y cortes; la piel de la chaqueta de Ingtar estaba manchada en más de un lugar. Mat aún llevaba el Cuerno y la daga, la hoja de la cual aparecía más oscura que el rubí de la empuñadura. El hacha de Perrin también estaba roja y él tenía aspecto de querer marearse de un momento a otro.

—¿Has dado cuenta de ellos? —preguntó Ingtar, mirando los cadáveres—. Entonces ya hemos acabado, si nadie ha dado la alarma. Esos insensatos no reclamaron ayuda en ninguna ocasión.

—Voy a ver si los guardias han oído algo —anunció Hurin antes de precipitarse en dirección a la ventana.

—Rand, esta gente está loca —aseveró Mat, sacudiendo la cabeza—. Ya sé que lo he dicho antes, pero es que de veras lo están. Esos criados… —Rand contuvo el aliento, preguntándose si todos se habían suicidado—. En cuanto nos veían luchar, se ponían de rodillas, con la cara pegada al suelo y se rodeaban la cabeza con las manos. Ni se han movido ni han gritado; en ningún momento han intentado ayudar a los soldados ni ir a alertar a los otros. Todavía están allí, por lo que yo sé.

—Yo no confiaría en que se queden de rodillas —advirtió secamente Ingtar—. Vamos a irnos ahora, corriendo a la mayor velocidad posible.

—Idos vosotros —dijo Rand—. Egwene…

—¡Necio! —espetó Ingtar—. Tenemos lo que hemos venido a buscar aquí. El Cuerno de Valere. La esperanza de salvación. ¿Qué importancia tiene una muchacha, incluso si la amas, al lado del Cuerno, y para qué sirve?

—¡Que el Oscuro se quede con el Cuerno por lo que a mí respecta! ¿Qué me importa encontrar el Cuerno si abandono a Egwene a su suerte? Si hiciera eso, el Cuerno no podría salvarme. El Creador no podría salvarme. Me condenaría yo mismo.

Ingtar lo observó con expresión inescrutable.

—Lo dices sinceramente, ¿verdad?

—Algo pasa allá afuera —anunció con urgencia Hurin—. Acaba de llegar un

hombre corriendo y todos están rebullendo como peces en un cubo. ¡El oficial está entrando!

—¡Salid! —indicó Ingtar. Intentó coger el Cuerno, pero Mat ya estaba corriendo. Rand titubeó, pero Ingtar lo agarró del brazo y tiró de él hacia el corredor. Los otros se apresuraron a seguir a Mat; Perrin únicamente dedicó una pesarosa mirada a Rand antes de irse—. ¡No puedes salvar a la chica quedándote aquí para que te maten!

Corrió con ellos. Una parte de sí mismo se detestaba por correr, pero otra susurraba: «Volveré. La liberaré de algún modo».

Llegados al fondo de las estrechas escaleras de caracol, oyó una profunda voz de hombre alzada en la parte delantera de la casa, exigiendo airadamente que alguien diera la cara y hablase. Una criada ataviada con túnica casi transparente estaba arrodillada en el rellano inferior, y en igual postura permanecía junto a la puerta de la cocina una mujer de pelo cano vestida con lana blanca y un largo delantal manchado de harina. Estaban en la posición exacta que Mat había descrito, con las caras pegadas al suelo y los brazos doblados en torno a la cabeza, y no se movieron en lo más mínimo mientras Rand y sus compañeros pasaban presurosamente a su lado. Descubrió con alivio que su pecho se movía acompasadamente para respirar.

Cruzaron el jardín en desenfrenada carrera y saltaron la pared. Ingtar profirió una maldición cuando Mat arrojó el Cuerno de Valere ante él y trató de recogerlo al hallarse al otro lado, pero Mat se apresuró a agarrarlo.

—Ni siquiera tiene un arañazo —murmuró. Dicho lo cual se precipitó por el callejón.

De la casa que acababan de abandonar llegaban nuevos gritos; una mujer lloraba y alguien comenzó a hacer sonar un gong.

«Volveré en su busca. De alguna manera.» Rand se apresuró tras los otros a la mayor velocidad de que fue capaz.

46



El rescate de la Sombra

Nynaeve y sus amigas oyeron gritos distantes mientras se aproximaban a los edificios que albergaban a las *damane*. Los transeúntes, ya más numerosos en la calle, daban muestras de nerviosismo, imprimiendo una rapidez más marcada a su paso y mirando con un recelo aún más acusado a Nynaeve, ataviada con su vestido con paños de relámpagos, y a la mujer que sujetaba por medio de una correa de plata.

Moviendo con nerviosismo el bulto que acarreaba, Elayne miró en dirección al lugar de donde provenían los gritos, una calle más allá, donde el halcón dorado que agarraba un haz de rayos ondeaba al compás del viento.

—¿Qué sucede?

—Nada que tenga que ver con nosotras —aseguró con firmeza Nynaeve.

—Eso es lo que tú esperas —observó Min—. Y yo también. —Aligeró la marcha y, adelantándose a las otras, subió los escalones y desapareció en el interior de la alta casa de piedra.

Nynaeve acortó la distancia de la correa.

—Recuerda, Seta, tú tienes tanto interés como nosotras en que esto termine bien.

—Lo sé —reconoció fervientemente la mujer seanchan, que mantenía la barbilla clavada en el pecho para ocultar el rostro—. No os ocasionaré problemas, lo juro.

Cuando se volvían hacia los escalones de piedra gris, en el umbral aparecieron una sul’dam y una *damane*, con las cuales se cruzaron al subir. Tras lanzar una ojeada para cerciorarse de que la mujer encollarada no era Egwene, Nynaeve no volvió a mirarlas. Por medio del *a'dam* mantuvo a Seta a su lado, de modo que, si la *damane* detectaba la capacidad de encauzar en una de ellas, la atribuyera a Seta. No obstante, sintió cómo el sudor le corría por la espalda, hasta que cayó en la cuenta de que ellas no le prestaban más atención de la que ella les dedicaba. Todo cuanto vieron fue un vestido con paños de relámpagos y un vestido gris, cuyas portadoras estaban unidas por la correa plateada de un *a'dam*. Simplemente otra Asidora de la Correa con una Atada con Correa, y una muchacha nativa que acarreaba tras ellas un fardo perteneciente a la *sul'dam*.

Nynaeve empujó la puerta y entraron.

Fuera cual fuese la naturaleza del alboroto acaecido bajo el estandarte de Turak,

éste todavía no había hallado eco aquí. Sólo había mujeres circulando por la entrada, fácilmente identificables por su atuendo. Tres *damane* vestidas de gris con *sul'dam* que llevaban los brazaletes. Dos mujeres con vestidos adornados con relámpagos bifurcados charlaban de pie y tres cruzaban el zaguán. Cuatro uniformadas como Min, con sencillas prendas de lana oscura, pasaban presurosas con bandejas en la mano.

Min, que las esperaba al fondo cuando entraron, les dedicó una breve mirada y luego se encaminó al interior de la casa. Nynaeve guió a Seta en pos de Min, con Elayne a la zaga. Nynaeve tenía la impresión de que nadie había reparado en ellas, pese a lo cual temía que el hilillo de sudor que recorría su espalda fuera a convertirse pronto en un auténtico río. Conducía a Seta con paso rápido para que nadie tuviera ocasión de observarlas… ni, lo cual era aún más peligroso, de hacer preguntas. Con la mirada fija en los pies, Seta no necesitaba que nadie la urgiera, hasta el punto de que Nynaeve pensó que hubiera echado a correr a no ser por el impedimento de la correa.

Cerca de la parte posterior del edificio, Min tomó unas estrechas escaleras que ascendían en espiral. Nynaeve empujó a Seta para que subiera delante de ella. En el cuarto piso los techos eran bajos y en los pasillos, desiertos y silenciosos, sólo se escuchaban quedos indicios de llanto, el cual parecía compenetrarse con la inhóspita atmósfera que se intuía allí.

—Este lugar… —comenzó a decir Elayne, antes de sacudir la cabeza—. Da la sensación…

—Sí —acordó con tristeza Nynaeve.

Después asestó una dura mirada a Seta, que se mantuvo cabizbaja. El miedo infundía a la tez de la mujer seanchan una palidez más intensa de lo habitual.

Sin pronunciar palabra alguna, Min abrió una puerta cuyo umbral traspuso seguida de ellas. La estancia en la que desembocaba había sido dividida en habitaciones más reducidas por medio de toscos tabiques de madera, con un angosto pasadizo con una ventana al fondo. Nynaeve se mantuvo pegada a Min mientras ésta se dirigía apresuradamente a la última puerta de la derecha y la empujaba.

Una esbelta muchacha de pelo oscuro vestida de gris permanecía sentada junto a una pequeña mesa en la que apoyaba la cabeza sobre los brazos, pero, incluso antes de que alzara la vista, Nynaeve supo que era Egwene. Una cinta de reluciente metal unía el collar de plata que le rodeaba el cuello con la pulsera colgada de un gancho de la pared. Abrió mucho los ojos al verlas, moviendo la boca en silencio. Cuando Elayne cerró la puerta, Egwene soltó una súbita risa que reprimió prontamente tapándose la boca con la mano. La diminuta habitación se hallaba completamente abarrotada con todas ellas.

—Sé que no estoy soñando —dijo con voz temblorosa— porque, si esto fuera un sueño, seríais Rand y Galad montados en imponentes corceles. He estado soñando.

Creía que Rand estaba aquí. No he podido verlo, pero me ha parecido…

—Si prefieres esperarlos a ellos… —observó con ironía Min.

—Oh, no. No, sois todas hermosas, la cosa más hermosa que he visto jamás. ¿De dónde salís? ¿Cómo lo habéis logrado? Ese vestido, Nynaeve, y el *a'dam* y quién es… —Exhaló un súbito chillido—. Ésa es Seta. ¿Cómo…? —Su voz se endureció tanto que Nynaeve apenas la reconoció—. Me gustaría ponerla a ella en una olla de agua hirviendo. —Seta había cerrado los ojos y apretaba con fuerza las manos en las faldas; estaba temblando.

—¿Qué te han hecho? —exclamó Elayne—. ¿Qué han podido hacerte para que sientas deseos de algo semejante?

—Me gustaría que ella lo experimentase —explicó Egwene sin apartar la vista de la mujer seanchan—. Eso es lo que ella me hizo: me hizo sentir como si estuviera sumergida hasta el cuello en… —Se estremeció—. No sabes lo que es llevar una cosa de ésas, Elayne. No sabes lo que pueden hacerte. No he acabado de decidir si Seta es peor que Renna, pero ambas son odiosas.

—Creo que yo sí lo sé —señaló pausadamente Nynaeve.

Ella sentía el sudor que empapaba la piel de Seta, los escalofríos que la agitaban. La seanchan de cabello rubio estaba aterrorizada. Reprimió su impulso de hacer realidad los temores de Seta.

—¿Podéis quitarme esto? —preguntó Egwene, tocando el collar—. Debéis ser capaces de hacerlo si habéis colocado ése en…

Nynaeve encauzó una insignificante cantidad de Poder. El collar que rodeaba la garganta de Egwene bastaba para despertar su furia y, por si ello no bastara, el miedo de Seta, la conciencia de ésta de merecer tal tratamiento y su propio deseo de causarle daño, hubieran sido un acicate para lograr el contacto con la Fuente Verdadera. El collar se abrió de golpe y cayó de la garganta de Egwene. Ésta se tocó el cuello con expresión de incredulidad.

—Ponte mi vestido y mi chaqueta —indicó Nynaeve. Elayne ya estaba deshaciendo el hatillo encima de la cama—. Saldremos caminando de aquí y nadie reparará en ti. —Consideró la conveniencia de conservar el contacto con el *Saidar*, que con la furia que sentía le producía una maravillosa sensación, pero, aunque de mala gana, se desprendió de él. Ése era el único lugar de Falme donde no había peligro de que una sul'dam y una *damane* decidieran investigar la autoría de un encauzamiento detectado, pero lo harían si una *damane* viera rodeada de la aureola que emanaba del Poder a una mujer que tomaban por una sul'dam—. Me extraña que no te hayas escapado todavía. Sola aquí, aunque no pudieras acertar a quitarte eso, habrías podido cogerlo con las manos y echar a correr.

Mientras Min y Elayne la ayudaban con premura a ponerse el viejo vestido de Nynaeve, Egwene explicó lo que ocurría al mover el brazalete del sitio donde lo

había dejado una sul'dam, y el mareo que sentía al encauzar cuando la pulsera no estaba en la muñeca de una sul'dam. Aquella misma mañana había descubierto la manera de abrir el collar sin el Poder… y había comprobado que al tocarlo con la intención de abrirlo la mano se le agarrotaba y quedaba inservible. Podía tocarlo tanto como quisiera mientras no pensara en abrir el cierre; el más mínimo indicio de ello, sin embargo, y…

Nynaeve sentía náuseas. El brazalete que le rodeaba la muñeca la ponía enferma. Era demasiado horrible. Quería sacárselo antes de acumular más datos sobre los *a'dam*, antes de enterarse de algo que la hiciera sentirse mancillada para siempre por el hecho de haberlo llevado.

Desabrochando el cierre de plata, lo abrió, lo cerró y luego lo colgó en uno de los ganchos.

—No creas que eso significa que puedes gritar para pedir ayuda. —Blandió el puño bajo la nariz de Seta—. Todavía puedo hacer que lamentes el día en que naciste si abres la boca, y no necesito esa condenada… cosa.

—No… no pretenderéis dejarme aquí con él —se inquietó Seta, susurrando—. No podéis. Atadme. Amordazadme para que no pueda dar la alarma. ¡Por favor!

Egwene exhaló una carcajada carente de humor.

—Dejádselo puesto. No gritará aunque no esté amordazada. Será mejor que confíes en que quienquiera que te encuentre te quite el a'dam y guarde tu pequeño secreto, Seta. Tu sucio secreto, ¿no es cierto?

—¿De qué estás hablando? —Inquirió Elayne.

—He tenido tiempo de reflexionar mucho sobre ello —explicó Egwene—. Pensar era lo único que podía hacer cuando me dejaban sola aquí arriba. Las sul'dam arguyen que desarrollan una afinidad al cabo de unos años. La mayoría de ellas son capaces de saber cuándo una mujer está encauzando tanto si están unidas a ella con la correa como si no. No estaba segura, pero Seta me lo ha demostrado.

—¿Demostrado qué? —preguntó Elayne, y entonces abrió los ojos al comprender de improviso, pero Egwene continuó exponiendo su teoría.

—Nynaeve, el a'dam sólo funciona con mujeres capaces de encauzar. ¿No lo ves? Las sul'dam pueden encauzar al igual que las *damane*. —Seta gruñó entre dientes, sacudiendo la cabeza en violenta negación—. Una sul'dam se dejaría matar antes que admitir que puede encauzar, incluso si lo supiera, y jamás perfeccionan su habilidad, de manera que no le dan ninguna aplicación, pero tienen la capacidad de encauzar.

—Como he dicho antes —apuntó Min—, ese collar no tenía que funcionar con ella. —Estaba acabando de abrochar los últimos botones del vestido de Egwene—. Cualquier mujer que no fuera capaz de encauzar te daría una paliza mientras tratabas de controlarla con él.

—¿Cómo es posible? —se asombró Nynaeve—. Creía que los seanchan ponían

correas a todas las mujeres que pueden encauzar.

—A todas las que encuentran —confirmó Egwene—. Pero ésas son como tú, yo o Elayne, que nacimos con esa capacidad, preparadas para encauzar tanto si alguien nos adiestraba como si no. Pero ¿qué sucede con las muchachas seanchan sin la habilidad innata, pero capaces de incorporarla recibiendo una enseñanza? No todas las mujeres pueden convertirse en… en Asidoras de Correa. Renna creía darme una muestra de amistad al contarme todo eso. Por lo visto es una jornada festiva en los pueblos seanchan el día en que las sul’dam acuden para probar a las muchachas. Su principal objetivo es encontrar a las que son como tú o yo y atarlas, pero dejan que el resto se ponga un brazalete para ver si sienten lo que experimenta la pobre mujer que lleva el collar. A las que lo sienten se las llevan para entrenarlas como sul’dam. Ellas son las mujeres capaces de aprender mediante adiestramiento.

—No. No. No —murmuraba para sus adentros Seta una y otra vez.

—Sé que es detestable —dijo Elayne—, pero siento que debería socorrerla de alguna manera. Podría ser una de nuestras hermanas, si los seanchan no lo hubieran tergiversado todo.

Cuando Nynaeve se disponía a aconsejar la conveniencia de preocuparse por ellas mismas se abrió la puerta.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Renna, entrando en la habitación—. ¿Hay una audiencia? —Miró a Nynaeve con los brazos en jarras—. No he dado permiso a nadie para que atara a mi Tuli. Ni siquiera sé quién…

Posó la mirada en Egwene…, y vio que llevaba el vestido de Nynaeve en lugar del gris propio de las *damane* y que ya no tenía el collar en torno al cuello. Sus ojos se abrieron como platos, pero no tuvo oportunidad de chillar.

Con la velocidad de un rayo, Egwene agarró la jofaina del palanganero y la estrelló contra el diafragma de Renna. El recipiente se hizo añicos y la sul’dam se quedó sin resuello, con el cuerpo doblado. Egwene saltó entonces sobre ella con un desdeñoso rictus en los labios y, asiendo el collar que ella había llevado y que aún se encontraba en el suelo, lo cerró bruscamente alrededor de la garganta de la otra mujer. Dando un tirón a la correa de plata, Egwene descolgó el brazalete y se lo puso en la muñeca. Sus labios separados mostraban los dientes, pero sus ojos se centraban en el rostro de Renna con una terrible concentración. Arrodillándose sobre los hombros de la sul’dam, le apretó la boca con ambas manos. Renna, con los ojos desencajados, tuvo una tremenda convulsión; de su garganta llegaban unos sonidos roncos, gritos reprimidos por las manos de Egwene; sus talones aporreaban el suelo.

—¡Basta, Egwene! —Nynaeve la tomó por los hombros, apartándola de la mujer —. ¡Egwene, para! ¡Eso no es lo que tú deseas!

Renna yacía con la tez blanca, jadeante, contemplando el techo con la mirada perdida.

De improviso Egwene se arrojó en brazos de Nynaeve y comenzó a sollozar entrecortadamente sobre su pecho.

—Me hirió, Nynaeve. Me hirió. Todas lo hicieron. Me hirieron una y otra vez hasta conseguir lo que querían de mí. Las odio. Las odio por hacerme daño y porque no podía impedir que me obligaran a cumplir sus deseos.

—Lo sé —la apaciguó Nynaeve, alisándole el cabello—. No hay nada malo en odiarlas, Egwene. Lo tienen merecido. Pero no está bien que permitas que te conviertan en una de ellas.

Seta tenía las manos pegadas al rostro. Renna tocaba el collar con mano trémula y expresión de incredulidad.

Egwene se enderezó, enjugándose las lágrimas con gesto rápido.

—No lo soy. No soy como ellas. —Se arrancó la pulsera de la muñeca y la tiró al suelo—. No lo soy. Pero me gustaría poder matarlas.

—Se lo merecen. —Min observaba ferozmente a las dos sul'dam.

—Rand daría muerte a quien hiciera algo semejante —afirmó Elayne, quien parecía haberse endurecido—. Estoy convencida de que lo haría.

—Tal vez ellas lo merecen —señaló Nynaeve— y tal vez él reaccionaría así. Los hombres, sin embargo, suelen confundir la venganza y el asesinato con la justicia. No suelen tener arrestos para hacer justicia.

A menudo había actuado como juez con el Círculo de Mujeres. Los hombres comparecían en ocasiones ante ellas, con la esperanza de que las mujeres serían más clementes que los varones del Consejo del Pueblo, pero siempre creían poder persuadirlas con elocuencia o invocando la piedad. El Círculo de Mujeres se compadecía de quien lo merecía, pero siempre se atenía a lo justo, y era la Zahorí quien pronunciaba la sentencia. Recogió el brazalete que había abandonado Egwene y lo cerró.

—Liberaría a todas las mujeres que tienen cautivas aquí, si pudiera —continuó Nynaeve—, y destruiría a todas y cada una de éstas. Pero dado que ello no está en mis manos… —Deslizó la pulsera por el mismo gancho del que pendía la otra y después dirigió la palabra a las sul'dam. «Ya no son Asidoras de la Correa», se dijo —. Tal vez, si no hacéis ningún ruido, permaneceréis solas aquí durante el tiempo suficiente para lograr quitaros los collares. La Rueda gira según sus propios designios y puede que para entonces vuestras buenas obras equilibren el daño causado al prójimo, lo bastante como para que os permitan libraros de ellos. De lo contrario, acabarán encontrándoos. Y me parece que quienquiera que os descubra formulará un buen número de preguntas antes de quitaros esos collares. Creo que quizás os enteréis por propia experiencia de la miserable vida que habéis obligado a llevar a otras mujeres. Eso es justicia —añadió, dirigiéndose a las demás.

Renna tenía la mirada paralizada por el terror, y los hombros de Seta se agitaban

con los sollozos. «Eso es justicia —repitió Nynaeve para sí—. Lo es.» Sin apiadarse de ellas, abandonó la habitación acompañada de sus amigas.

Nadie les prestó más atención al salir que al entrar, lo cual atribuyó Nynaeve al vestido de sul'dam, pese a lo cual estaba impaciente por cambiarse y ponerse cualquier otro atavío. Hasta con las ropas más harapientas se sentiría más limpia que con aquello.

Las muchachas caminaron en silencio tras ella hasta hallarse de nuevo en la calle. Ignoraba si ello se debía a lo que ella había hecho o al temor de que alguien pudiera detenerlas. «¿Se habrían sentido mejor si les hubiera permitido ensañarse con las mujeres hasta el punto de cortarles la garganta?» cavilaba, frunciendo el entrecejo.

—Caballos —dijo Egwene—. Necesitaremos caballos. Sé a qué establo se llevaron a *Bela*, pero no creo que podamos llegar hasta ella.

—Debemos dejar a *Bela* aquí —la disuadió Nynaeve—. Nos iremos en barco.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Min. Nynaeve cayó de improviso en la cuenta de que la calle estaba desierta.

Las multitudes se habían esfumado como por ensalmo; todas las tiendas y ventanas tenían los postigos cerrados. En dirección a ellas, procedentes del puerto, marchaba una cuadrilla de soldados seanchan, un centenar como mínimo distribuidos en filas, encabezados por un oficial con armadura pintada. Todavía los separaba un buen trecho de ellas, pero marchaban con paso inflexible e implacable, y a Nynaeve se le antojaba que todos fijaban la mirada en ella. «Eso es ridículo. No puedo verles los ojos con esos yelmos que llevan y, si alguien hubiera dado la alarma, estarían persiguiéndonos. » Detuvo la marcha a pesar de todo.

—Hay más a nuestras espaldas —murmuró Min. Nynaeve ya oía sus botas ahora —. No sé cuáles nos alcanzarán primero.

Nynaeve hizo acopio de aire.

—No tienen nada que ver con nosotras. —Tendió la vista más allá de los soldados, hacia el puerto, repleto de altos y cuadrados barcos seanchan. No distinguía el Spray; rogó por que aún estuviera allí, dispuesto a levar anclas—. Nos cruzaremos tranquilamente con ellos. —«Luz, espero que no sea imposible.»

—¿Qué pasará si quieren que te sumes a ellos, Nynaeve? —preguntó Elayne—. Tú llevas un vestido de los suyos. Si comienzan a hacer preguntas…

—No voy a volver allí —advirtió lúgubremente Egwene—. Antes prefiero morir. Voy a demostraros lo que me han enseñado. —Nynaeve creyó advertir una aureola que se formó de improviso en tomo a ella.

—¡No! —gritó, pero ya era demasiado tarde.

Con fragor comparable al de un trueno, la calle se levantó bajo las primeras hileras de seanchan, escupiendo adoquines y hombres con armadura como el surtidor de una fuente. Todavía rodeada del halo, Egwene se volvió hacia la parte superior de

la calle y el estruendoso bramido se repitió. La tierra cayó en forma de lluvia sobre ellas. Gritando, los soldados seanchan se dispersaron en orden para refugiarse en callejones y detrás de pórticos. En unos momentos se perdieron de vista, exceptuando a aquellos que yacían alrededor de dos amplios hoyos excavados en el pavimento. Algunos de ellos se movían débilmente, llenando la calle de gemidos.

Nynaeve levantó las manos, tratando de mirar a ambos lados a un tiempo.

—¡Insensata! ¡Intentábamos no llamar la atención!

Ya no cabía la posibilidad de contar con ello ahora. Su única esperanza consistía en lograr abrirse paso entre los soldados a través de los callejones y llegar al puerto, «Las *damane* deben de saberlo también. Sin duda lo han detectado.»

—No pienso volver a llevar ese collar —aseveró airadamente Egwene—. ¡De ningún modo!

—¡Cuidado! —gritó Nynaeve.

Con un agudo zumbido, una bola de fuego del tamaño de un caballo trazó un arco en el aire sobre los tejados y comenzó a caer… directamente hacia ellas.

—¡Corred! —gritó Nynaeve, arrojándose hacia el callejón más próximo, entre dos tiendas cerradas.

Aterrizó pesadamente de barriga soltando un gruñido, sin resuello, cuando la bola de fuego alcanzó el blanco. Un cálido viento recorrió el angosto pasaje, rozándola. Jadeando, se tumbó de espaldas y miró hacia atrás.

Los adoquines sobre los que habían estado segundos antes estaban rotos y ennegrecidos en un círculo de casi diez metros de diámetro. Elayne estaba acurrucada en la boca de otro callejón, al otro lado de la calle. Al no ver rastro de Min ni de Egwene, Nynaeve se tapó la boca con la mano, horrorizada.

Elayne pareció adivinarle el pensamiento, pues sacudió vigorosamente la cabeza y señaló la pendiente de la calle. Se habían ido por allí.

Nynaeve exhaló un suspiro de alivio que al instante se volvió en un gruñido. «¡Necia! ¡Habríamos podido pasar tranquilamente a su lado!» Pero no había tiempo Para recriminaciones. Corrió hacia la esquina y se asomó con cautela.

Una bola de fuego del tamaño de una cabeza se abatía sobre la calle en dirección a ella. Dio un salto atrás justo antes de que estallara contra el chaflán donde había estado su cabeza, regándola con añicos de piedra.

La rabia la había inundado de Poder único sin tener conciencia de ello. Del cielo brotó un rayo que fue a descargarse con estrépito en la parte alta de la calle, cerca del punto donde se había originado la bola de fuego. Un nuevo rayo dentado hendió el cielo, tras lo cual echó a correr por el callejón.

«Si Domon no está esperando con el barco, voy a… Luz, haz que todas lleguemos a salvo hasta él. »

Bayle Domon se irguió con sobresalto cuando un rayo surcó el plomizo cielo gris para descargarse en algún punto de la ciudad. «¡No hay suficientes nubes para eso!», pensó al percibir un segundo rayo.

Algo produjo un potente estruendo en la ciudad y entonces una bola de fuego chocó con un tejado cercano al puerto; el impacto arrancó pedazos de Pizarra que formaron amplios arcos en su caída. Los muelles permanecían solitarios desde hacía un rato, exceptuando a unos cuantos seanchan, los cuales corrían desenfrenadamente ahora, desenvainando espadas y gritando. De uno de los almacenes salió un hombre con un *grolm* a su lado y se alejó corriendo para mantener el paso acorde con los largos saltos de la bestia hasta desaparecer en una de las calles de subida.

Uno de los miembros de la tripulación de Domon tomó un hacha y la acercó a una de las amarras.

En dos zancadas, Domon agarró el hacha en alto con una mano y la garganta del hombre con la otra.

—¡El Spray no zarpará hasta que yo lo ordene, Aedwin Cole!

—¡Están volviéndose locos, capitán! —gritó Yarin. El eco de una explosión resonó en el puerto; las gaviotas giraron en círculo, chillando, y un nuevo rayo refulgió antes de golpear la tierra en el interior de Falme—. ¡Las *damane* nos matarán a todos! Marchémonos mientras están entretenidos matándose entre sí. ¡No se darán cuenta hasta que ya estemos lejos!

—Di mi palabra —arguyó Domon. Arrancó el hacha de la mano de Cole y la arrojó con estrépito a la cubierta—. Di mi palabra. —«Apresuraos, mujer —pensó—. Aes Sedai o lo que quiera que seáis. ¡Deprisa!»

Geofram Bornhald divisó el fulgor de un relámpago sobre Falme y lo apartó de su mente. Una descomunal criatura alada —uno de los monstruos seanchan, sin duda— volaba furiosamente para escapar a los rayos. Si hubiera una tormenta, ésta sería un obstáculo tanto para los seanchan como para él. Unas colinas casi peladas, en algunos casos coronadas de bosquecillos poco densos, ocultaban de su mirada la ciudad y lo encubrían a él de las miradas de sus gentes.

El millar de hombres que capitaneaba se extendían a ambos lados de él en una larga hilera de jinetes que ondulaba siguiendo las hondonadas de las colinas. El frío viento zarandeaba sus blancas capas y el estandarte que pendía junto a Bornhald, el dorado sol de sinuosos rayos de los Hijos de la Luz.

—Vete ahora, Byar —ordenó. Como el hombre de rostro enjuto titubeara, Bornhald adoptó un tono tajante—. ¡He dicho que te vayas, Hijo Byar!

Byar se llevó la mano al corazón y realizó una reverencia.

—Como ordenéis, mi capitán. —Volvió grupas y se alejó, gritando a voces su desacuerdo con la expresión de la cara y la postura del cuerpo.

Bornhald ahuyentó de la mente a su ayudante. Había hecho cuanto podía hacer allí. Alzó la voz.

—¡Que la legión avance al paso!

Con un crujido de sillas la larga línea de hombres con capas blancas se dispuso a cabalgar pausadamente hacia Falme.

Rand asomó la cabeza en una esquina para espiar a los seanchan que se acercaban en esa dirección y luego volvió a retirarse, torciendo el gesto, al angosto callejón que conformaban dos establos. Pronto estarían allí. Tenía sangre coagulada en la mejilla, y las heridas que le había infligido Turak le escocían, pero, de momento, no podía aplicarles remedio alguno. Un nuevo rayo surcó el cielo; sintió la vibración del suelo producida por su caída. «¿Qué demonios está ocurriendo?»

—¿Ha caído cerca? —inquirió Ingtar—. Debemos salvar el Cuerno de Valere, Rand.

A pesar de los seanchan, a pesar de los rayos y las extrañas detonaciones producidas en la propia ciudad, Ingtar parecía sumido en preocupaciones ajenas a todo ello. Mat, Perrin y Hurin se encontraban en el otro extremo del callejón, vigilando otra patrulla de seanchan. El lugar donde habían dejado los caballos se hallaba a escasa distancia, pero no podían llegar a él.

—Egwene está en apuros —murmuró Rand.

Egwene. Tenía una curiosa sensación en la cabeza, como si estuvieran en peligro fragmentos de su vida. Egwene era uno de ellos, un hilo de la cuerda que componía su vida, pero había otros sobre los que también sentía pesar una amenaza. Allí mismo, en Falme. Y, si una de esas hebras era destruida, su vida nunca sería plena, no del modo como debía serlo. Aun sin comprenderlo, lo sentía con claridad y certeza.

—Un hombre podría contener a cincuenta aquí —opinó Ingtar. Los dos establos estaban muy juntos, dejando un espacio donde apenas cabían ellos dos de lado—. Un hombre obstruyendo la entrada de cincuenta en un estrecho callejón. Una muerte bastante honrosa. Se han ideado canciones por actos de menor valía.

—Confío en que no será necesario —replicó Rand.

Un tejado hizo explosión en la ciudad. «¿Cómo voy a regresar hasta ella? He de llegar hasta ella. ¿Hasta ellas?» Confuso, volvió a asomarse en la esquina. Los seanchan estaban más cerca.

—En ningún momento supe lo que iba a hacer —dijo Ingtar en voz baja—, como si hablara para sí. Estaba tentando el filo de su espada con el pulgar—. Un pálido hombrecillo que uno no parecía advertir ni aun mirándolo. Hazlo entrar en Fal Dara, me dijeron, al interior de la fortaleza. Yo no quería, pero hube de obedecer. ¿Lo comprendes? No podía negarme. Nunca supe lo que pretendía hasta que disparó esa flecha. Todavía no sé si iba dirigida a la Amyrlin o a ti.

Rand sintió un escalofrío y clavó los ojos en Ingtar.

—¿De qué habláis? —susurró.

Examinando la hoja de la espada, Ingtar no pareció haberlo oído.

—La humanidad está siendo barrida de todas partes. Las naciones sucumben y desaparecen. Los Amigos Siniestros se encuentran por doquier, y ninguno de esos sureños parece advertirlo ni inmutarse. Luchamos para mantener las Tierras Fronterizas, para que ellos permanezcan a buen recaudo en sus casas, y cada año, a pesar de nuestro empeño, la Llaga sigue ganando terreno. Y esos sureños creen que los trollocs son mitos y los Myrddraal seres de leyenda. —Frunció el entrecejo—. Parecía la única alternativa. Seríamos destruidos a cambio de nada, defendiendo a gentes que ni siquiera son conscientes de ello. Parecía lógico. ¿Por qué habríamos de perecer por ellos, cuando podíamos retener nuestra propia tierra? Mejor la Sombra, pensé, que caer inútilmente en el olvido, como Caralain, Hardan o… Parecía lógico entonces.

Rand agarró a Ingtar por las solapas.

—Habláis sin sentido. —«No es posible que quiera decir eso. No es posible»—. Expresaos claramente. ¡Estáis diciendo insensateces!

Ingtar miró a Rand por primera vez. Tenía los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

—Eres mejor persona que yo. Pastor o señor, tienes mejor corazón. La profecía advierte: «Que aquel que sople en mí no piense en la gloria, sino en la salvación». Era en mi salvación en lo que yo pensaba. Tocaría el Cuerno y conduciría a los héroes de las eras contra Shayol Ghul. Sin duda ello habría bastado para salvarme. Ningún hombre camina tan largo tiempo al amparo de la Sombra como para no poder regresar a la Luz. Eso es lo que afirman. Seguramente ello habría sido suficiente para lavar la mácula de lo que he sido y de lo que he realizado.

—Oh, Luz, Ingtar. —Rand soltó al otro hombre y se apoyó en la pared del establo —. Yo creo… Creo que con la intención basta, que todo cuanto habéis de hacer es dejar de ser… uno de ellos. —Ingtar pestañeó como si Rand lo hubiera pronunciado: Amigo Siniestro.

—Rand, cuando Verin nos trajo aquí con el Portal de Piedra, experimenté… otras vidas. En algunas tenía el Cuerno en mis manos, pero nunca lo tocaba. Intentaba huir del personaje en que me había convertido y nunca lo lograba. Siempre había algo más que exigirme, algo peor que lo anterior, hasta que… Tú estabas dispuesto a renunciar a él por socorrer a una amiga. Que no ansíe la gloria. Oh, Luz, ayúdame.

Rand no sabía qué decir. Era como si Egwene le hubiera confesado que había matado a niños. Demasiado horrible para creerlo. Demasiado horrible para que alguien lo reconociera a menos que fuera cierto. Demasiado horrible.

Pasado un tiempo, Ingtar habló de nuevo, con firmeza.

—Ha de haber un precio, Rand. Siempre hay un precio. Tal vez pueda pagarlo aquí.

—Ingtar, yo…

—Todo hombre tiene derecho, Rand, a decidir cuándo ha de Envainar la espada. Incluso alguien como yo.

Antes de que Rand acertara a objetar algo, Hurin llegó corriendo por el pasaje.

—La patrulla ha cambiado de dirección —anunció apresuradamente— y ahora van hacia abajo. Parece que se concentran en un punto. Mat y Perrin ya han salido. —Dirigió una breve ojeada a la calle y retrocedió—. Será mejor que hagamos lo mismo, lord Ingtar, lord Rand. Esos seanchan de cabeza de bicho están casi aquí.

—Ve, Rand —indicó Ingtar. Giró hacia la calle y no volvió a dirigir la mirada a Rand ni a Hurin—. Llevad el Cuerno al lugar al que pertenece. Siempre supe que la Amyrlin debió ponerte a ti al mando. Pero todo cuanto yo quería era mantener la integridad de Shienar, impedir que fuéramos barridos del mapa y olvidados.

—Lo sé, Ingtar. —Rand aspiró profundamente—. Que la Luz brille sobre vos, lord Ingtar de la casa Shinowa, y que el Creador os dé cobijo en la palma de su mano. —Tocó el hombro de Ingtar—. Que el último abrazo de la madre os dé la bienvenida al hogar. —Hurin emitió una exclamación de asombro.

—Gracias —respondió quedamente Ingtar, liberado, al parecer, de una tensión.

Por vez primera desde la noche en que los trollocs habían atacado Fal Dara, mostró el mismo ademán que tenía cuando Rand lo conoció: confiado y relajado. Contento.

—Es hora de que nos vayamos.

—Pero lord Ingtar…

—Obra según debe —lo atajó Rand—. Pero nosotros nos vamos.

Hurin asintió y Rand partió al trote tras él. Rand oía ahora el martilleo acompasado de las botas de los seanchan. No volvió la mirada atrás.

47



La tumba no constituye una frontera a mi llamada

Mat y Perrin ya habían montado cuando Rand y Hurin les dieron alcance. Rand oyó cómo Ingtar alzaba la voz atrás, a lo lejos.

—¡La Luz y Shinowa! —El choque del acero se sumó al fragor de otras voces.

—¿Dónde está Ingtar? —gritó Mat—. ¿Qué está pasando?

Tenía el Cuerno de Valere atado a la alta perilla de su silla como si se tratara de un cuerno cualquiera, pero la daga la llevaba al cinto y recubría con ademán protector su empuñadura con una pálida mano que no parecía formada más que de huesos y tendones.

—Está muriendo —repuso Rand con voz ronca mientras saltaba a lomos de Rojo.

—Entonces hemos de socorrerlo —dijo Perrin—. Mat puede llevar el Cuerno y la daga para…

—Se expone para que todos nosotros podamos escapar —explicó Rand. «Para eso también»—. Entregaremos el Cuerno a Verin y después podréis ayudarla a llevarlo donde ella considere que debe estar.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Perrin.

Rand hincó los talones en los flancos del caballo alazán y éste se precipitó hacia las colinas que rodeaban la ciudad.

—¡La Luz y Shinowa!

El grito de Ingtar se elevó tras él con sones triunfales y un relámpago retumbó en el cielo a modo de respuesta.

Rand azotó a Rojo con las riendas y luego se pegó al cuello del semental cuando éste emprendió un galope tendido con la crin y la cola flotando en el viento. Quería desprenderse de la sensación de que huía del grito de Ingtar, de que huía de lo que se suponía que había de hacer. «Ingtar, un Amigo Siniestro. No me importa. De todas maneras era mi amigo. —La carrera del alazán no podía alejarlo de sus propios pensamientos—. La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que

una montaña. Tantas obligaciones… Egwene, el Cuerno, Fain, Mat y la daga… ¿Por qué no podrán presentarse de una en una? He de ocuparme de todas ellas. ¡Oh, Luz, Egwene!»

Tiró tan repentinamente de las riendas que Rojo se encabritó. Se encontraba en un reducido bosquecillo de árboles de desnudo ramaje en la cumbre de una de las colinas que dominaban Falme. Los demás llegaron al galope tras él.

—¿Qué querías decir? —insistió Perrin—. ¿Qué nosotros podemos ayudar a Verin a llevar el Cuerno a donde debe estar? ¿Adónde vas a ir tú?

—Quizá ya esté perdiendo el juicio —aventuró Mat—. No querría quedarse con nosotros si estuviera enloqueciendo. ¿Verdad, Rand?

—Vosotros tres, llevad el Cuerno a Verin —indicó Rand. «Egwene. Tantos hilos, tantos en peligro… Tantas obligaciones…»—. No me necesitáis a mí.

Mat acarició la empuñadura de la daga.

—Eso está muy bien, pero ¿qué hay de ti? Diantre, no es posible que ya estés enloqueciendo. ¡No es posible! —Hurin los miraba boquiabierto, sin comprender la mitad de lo que oía.

—Voy a volver a Falme —anunció Rand—. No he debido salir de ella. —Por alguna razón, aquello no sonaba exactamente adecuado a sus oídos, entraba en contradicción con algo en su mente—. Debo regresar, ahora mismo. —Eso sonaba mejor—. Egwene aún está allí, no lo olvidéis. Atada por el cuello con uno de esos collares.

—¿Estás seguro? —preguntó Mat—. Yo no la he visto. ¡Aaaah! Si tú dices que está allí, es que está allí. Llevaremos juntos el Cuerno a Verin y volveremos para rescatarla. No creerás que voy a dejarla allí, ¿no es cierto?

Rand sacudió la cabeza. «Hilos. Deberes. —Sentía como si fuera a estallar como un proyectil de fuegos artificiales—. Luz, ¿qué me ocurre?»

—Mat, Verin ha de llevar el Cuerno y la daga a Tar Valon y tú debes ir con ella para librarte finalmente de esa arma. No tienes tiempo que perder.

—Salvar a Egwene no es perder el tiempo. —La mano de Mat, sin embargo, se había cerrado con tal fuerza en el puño de la daga que temblaba.

—Ninguno de nosotros va a regresar a Falme —señalo Perrin—. No por el momento. Mirad. —Apuntó con la mano en dirección a la ciudad.

Los patios de carruajes y las caballerizas eran un hormigueo de millares de soldados seanchan dispuestos en hileras, con tropas de caballería a lomos de bestias con escamas así como hombres vestidos con armaduras sobre caballos, salpicados con pendones de vivos colores que indicaban la ubicación de los oficiales. Entre las filas había *grolm*s y otras extrañas criaturas que guardaban un remoto parecido con monstruosos pájaros y lagartos y seres descomunales que no acertaba a describir, de grisácea piel arrugada y enormes colmillos. De trecho en trecho marchaban grupos de

una veintena de sul’dam y *damane*. Rand se preguntó si Egwene sería una de ellas. En la ciudad, detrás del ejército, un nuevo rayo cayó sobre un tejado. Dos bestias voladoras, con alas membranosas con una envergadura de quince metros, remontaron el vuelo y se mantuvieron apartadas de las áreas donde danzaban las rutilantes descargas.

—¿Todo eso por nosotros? —exclamó Mat, incrédulo—. ¿Quiénes creen que somos?

A Rand se le ocurrió una respuesta, que desechó antes de que tomara forma en su cerebro.

—Tampoco podemos seguir por el otro lado, lord Rand —advirtió Hurin—. Vienen Capas Blancas, cientos de ellos.

Rand volvió grupas para mirar en dirección adonde apuntaba el husmeador. Una larga hilera blanca avanzaba lentamente hacia ellos entre las colinas.

—Lord Rand —murmuró Hurin—, si esa gente pone el ojo en el Cuerno, jamás conseguiremos llevarlo hasta una Aes Sedai. Ni tampoco podremos acercarnos a ella nosotros.

—Quizá sea ése el motivo de que estén concentrándose los seanchan —aventuró Mat, esperanzado—. A causa de los Capas Blancas. Tal vez no guarde ninguna clase de relación con nosotros.

—Tanto si la guarda como si no —señaló secamente Perrin— aquí va a librarse una batalla dentro de pocos minutos.

—Tanto unos como otros podrían matarnos —observó Hurin— aun cuando no vean el Cuerno. Y si lo ven…

Rand no acertaba a centrar el pensamiento en los Capas Blancas ni en los seanchan. «He de regresar. Debo hacerlo.» Cayó en la cuenta de que estaba contemplando el Cuerno de Valere. Los demás también lo observaban. El curvado Cuerno de oro colgado en la perilla de la silla de Mat era el blanco de todas las miradas.

—Ha de ser en la Última Batalla —reflexionó Mat, humedeciéndose los labios—. No hay ninguna referencia a que no pueda utilizarse antes. —Descolgó el Cuerno y los miró ansiosamente—. No hay nada que lo prohíba.

Nadie expresó comentario alguno. Rand se sentía incapaz de hablar; sus pensamientos eran demasiado urgentes para dar cabida al habla. «He de volver. He de volver a Falme.» Cuanto más miraba el Cuerno, más conminatorias eran sus reflexiones. «He de hacerlo. He de hacerlo.»

La mano de Mat temblaba al acercarse el Cuerno de Valere a los labios.

Sonó una clara nota, dorada como el Cuerno. Los árboles que los rodeaban parecieron conferirle resonancia, al igual que la tierra que hollaban y el cielo bajo el que se encontraban. Aquel prolongado sonido lo envolvía todo.

Comenzó a formarse una niebla, primero con finas volutas que flotaban en el aire, después lenguas que fueron incrementando su grosor, hasta oscurecer la tierra cual nubarrones de tormenta.

Geofram Bornhald se irguió sobre la silla cuando un sonido llenó el aire, una nota tan dulce que sentía deseos de reír, tan triste que le venían ganas de llorar. Pareció provenir de todas direcciones a un tiempo. Mientras miraba, una neblina empezó a tomar cuerpo.

«Los seanchan. Están tratando de valerse de una artimaña. Saben que estamos aquí.»

Con un gesto prematuro, pues la ciudad se encontraba aún lejos, desenvainó la espada —un eco de hojas desenfundadas recorrió la mitad de su legión— y gritó:

—Que la legión avance al trote.

Aun cuando la niebla lo cubriera todo ahora, sabía que Falme seguía allí, más adelante. Los caballos aligeraron el paso; no podía verlos, pero los oía.

De improviso el suelo se abrió ante ellos con un estruendoso revuelo de tierra y guijarros. Procedente de la blanca pantalla cegadora de su derecha oyó una nueva detonación, seguida de los relinchos y gritos de sus hombres y luego sonó otra más. Y otra. Truenos y gritos, ocultos tras la niebla.

—¡A la carga!

Su caballo saltó de estampida al clavarle las espuelas y a sus espaldas sonó un fragor cuando los componentes todavía ilesos de la legión lo secundaron arreciando el paso.

Truenos y gritos, envueltos en opacidad blanca.

Sus últimos pensamientos fueron un lamento por que Byar no pudiera explicar a su hijo Dain de qué modo había muerto.

Rand ya no distinguía los árboles que los rodeaban. Aun cuando Mat hubiera bajado la mano con que sostenía el Cuerno, con los ojos muy abiertos por el asombro, su toque aún resonaba en los oídos de Rand. La niebla lo tapaba todo en ondulantes olas tan blancas como la más fina lana blanqueada y, no obstante, Rand podía ver. Podía ver, pero lo que percibía era una locura. Falme flotaba en algún punto allá abajo, con sus límites terrestres abarrotados de filas de seanchan, mientras los rayos hendían sus calles. Falme estaba suspendida sobre su cabeza. Acá los Capas Blancas pasaban a la carga y perecían a un tiempo que la tierra abría pozos de fuego bajo los cascos de sus caballos. Acullá los hombres corrían por las cubiertas de altos barcos cuadrados amarrados en el puerto, y en una embarcación, una embarcación que le resultaba conocida, unos marineros temerosos aguardaban. Incluso pudo reconocer el

rostro del capitán Bayle Domon. Se llevó las manos a la cabeza. Los árboles estaban ocultos, pero aún veía claramente a sus compañeros. Hurin ansioso; Mat murmurando amedrentado; Perrin con cara de constatar algo previsto. La niebla subía en espiral en tomo a ellos.

—¡Lord Rand! —exclamó Hurin.

No fue preciso que señalara con la mano.

Descendiendo por la ondulante neblina, como si ésta fuera la ladera de una montaña, se aproximaban unas formas a caballo, al principio apenas perceptibles entre la densa bruma. Cuando se hallaron cerca, Rand se sumió en la perplejidad. Los conocía. Hombres, no todos revestidos de armaduras, y mujeres. Sus atuendos y armas provenían de todas las eras, pero él los conocía a todos.

Rogosh Ojo de Águila, un hombre de aspecto paternal con el pelo blanco y mirada tan intensa que su nombre apenas si rendía idea de ella. Gaidal Cain, un individuo de tez morena en cuyos anchos hombros asomaban las empuñaduras de sus dos espadas. Birgitte, la de cabellos dorados, con su resplandeciente arco de plata y el carcaj rebosante de argentinas flechas. Había más. Conocía sus rostros, conocía sus nombres. Al mirar cada una de las caras, no obstante, oyó cientos de nombres, algunos tan diferentes que no los reconocía como tales, pese a saber que lo eran. Michael en lugar de Mikel. Patrick en vez de Paedrig. Oscar por Otarin.

También conocía al hombre que cabalgaba a la cabeza. Alto, de nariz aguileña, hundidos ojos oscuros, con su gran espada Justicia a su lado. Artur Hawkwing.

Mat los miró boquiabierto cuando se detuvieron ante ellos.

—¿Sois…? ¿Sois todos los héroes muertos?

Eran menos de un centenar, advirtió Rand, cayendo en la cuenta de que de algún modo ése era el número que él esperaba. Hurin tenía la mandíbula desencajada y los ojos a punto de saltarle de las cuencas.

—El arrojo no es el único requisito para vincular a un hombre al Cuerno. —La voz de Artur Hawkwing era profunda y sonora, acostumbrada a impartir órdenes.

—O a una mujer —puntualizó vivamente Birgitte.

—O a una mujer —convino Hawkwing—. Son pocos los que están ligados a la Rueda para ser despedidos por sus giros una y otra vez y cumplir la voluntad de la Rueda en el Entramado de las Eras. Vos podríais explicárselo, Lews Therin, si pudierais recordar el tiempo en que erais de carne y hueso. —Estaba mirando a Rand.

Rand sacudió la cabeza, pero no quería perder el tiempo con negativas.

—Han llegado unos invasores, gentes que se autodenominan seanchan, los cuales utilizan Aes Sedai encadenadas en los combates. Deben ser hostigados hacia el mar. Y… y hay una muchacha, Egwene al'Vere, una novicia de la Torre Blanca. Los seanchan la tienen prisionera. Debéis ayudarme a liberarla.

Para su sorpresa, varios de los componentes de la reducida hueste rieron entre

dientes y Birgitte, comprobando la tensión de su arco, soltó una carcajada.

—Siempre elegís mujeres que os ocasionan problemas, Lews Therin. —Su tono era cariñoso, como si se dirigiera a un viejo amigo.

—Me llamo Rand al'Thor —precisó con brusquedad—. Debéis apresuraros. El tiempo apremia.

—¿El tiempo? —dijo Birgitte, sonriendo—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Gaidal Cain soltó las riendas y, guiando el caballo con las rodillas, desenvainó una espada con cada mano. Los demás aprestaron espadas, arcos, lanzas y hachas.

Justicia relucía como un espejo en el puño revestido con guantelete de Artur Hawkwing.

—He luchado a vuestro lado en innumerables ocasiones, Lews Therin, y os he combatido otras tantas. La Rueda nos mueve según sus designios, no los nuestros, para modelar el Entramado. Yo os conozco, aun cuando vos no os reconozcáis. Expulsaremos a esos invasores de esta tierra. —Su caballo de batalla se encabritó y él miró en derredor con el entrecejo fruncido—. Algo no acaba de estar en su sitio. Algo me retiene aquí. —De repente clavó su aguda mirada en Rand—. Estáis aquí. ¿Tenéis el estandarte? —Un murmullo recorrió el grupo que aguardaba tras él.

—Sí. —Rand desabrochó apresuradamente las hebillas de sus alforjas y sacó el estandarte del Dragón. Este rebosaba en sus manos y pendía casi hasta las rodillas de su semental. El murmullo emitido por los héroes se hizo más audible.

—El Entramado teje sus hilos en torno a nuestros cuellos como si de cabestros se tratara —comentó Artur Hawkwing—. Estáis aquí. El estandarte está aquí. La tela de este momento está acabada. Hemos acudido al son del Cuerno, pero debemos seguir el estandarte. Y al Dragón. —Hurin exhaló un débil sonido como si tuviera la garganta atenazada.

—Diantre —musitó Mat—. Es verdad. ¡Diantre!

Perrin vaciló sólo un instante antes de bajar del caballo y adentrarse en la niebla. Se oyeron unos hachazos y, cuando regresó, llevaba un enhiesto tronco de un árbol joven desprovisto de ramas.

—Déjamelo a mí, Rand —dijo gravemente—. Si lo necesitan… Deja que yo me ocupe de él.

Precipitadamente, Rand lo ayudó a atar el pendón a la vara. Cuando Perrin volvió a montar con ella en la mano, un viento hizo ondear la pálida tela del estandarte, insuflando movimiento al serpentino Dragón, el cual pareció cobrar vida. El viento, sin embargo, no afectó en nada a la espesa bruma; únicamente al estandarte.

—Tú te quedas aquí —indicó Rand a Hurin—. Cuando haya terminado… Estarás a salvo aquí.

Hurin desenfundó su corta espada, empuñándola como si realmente pudiera servirle de alguna utilidad montado a caballo.

—Os pido que me disculpéis, lord Rand, pero creo que no me quedaré. No entiendo ni la décima parte de lo que he oído… ni de lo que estoy viendo… —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo antes de proseguir— … pero he llegado hasta aquí y creo que voy a seguir hasta el final.

Artur Hawkwing le dio una palmada en el hombro.

—A veces la Rueda agrega miembros a nuestras filas, amigo. Tal vez un día os halléis entre nosotros. —Hurin irguió la espalda como si le hubieran ofrecido una corona. Hawkwing inclinó ceremoniosamente la cabeza en dirección a Rand—. Con vuestro permiso…, lord Rand. Heraldo, ¿nos acompañaréis con la música del Cuerno? Es del todo indicado que el Cuerno de Valere nos lleve a la batalla con su canto. Portaestandarte, ¿queréis marchar al frente?

Mat dio un largo y agudo toque que resonó en la bruma y Perrin espoleó el caballo. Rand desenvainó la espada con la marca de la garza y cabalgó entre ellos.

Todavía no distinguía más que las etéreas olas blancas, pero, misteriosamente, aún veía las mismas escenas de antes. Falme, donde alguien esgrimía el Poder en las calles, el puerto, el ejército seanchan y los Capas Blancas agonizantes, todos bajo él y a un tiempo suspendidos encima de él, igual que anteriormente. Habría jurado que no habían transcurrido los minutos desde el primer toque del Cuerno, que el tiempo se había detenido mientras los héroes respondían a la llamada y que ahora reemprendía su curso.

Los delirantes gritos que Mat arrancaba del Cuerno resonaban en la niebla, en la que también hizo eco el repiqueteo de las herraduras cuando los caballos arreciaron el paso. Rand se precipitó en la niebla sin saber adónde se dirigía. Las nubes se tomaron más densas, ocultando los extremos de la hilera de héroes que galopaban a ambos lados de él, oscureciéndose más y más, hasta que únicamente pudo ver claramente a Mat, Perrin y Hurin. Hurin iba encorvado sobre la silla, con el estupor pintado en los ojos, espoleando a su caballo. Mat tocaba el Cuerno y reía a intervalos. Perrin, con los amarillentos ojos brillantes, sostenía el estandarte que ondeaba tras él. Después ellos se esfumaron también, y Rand cabalgaba solo, al parecer.

En cierto modo, aún podía verlos, pero ahora los percibía de la misma manera que a Falme y los seanchan. Era incapaz de precisar dónde se encontraban ellos o dónde estaba él. Cerró el puño alrededor de la espada, atisbando entre la bruma que se extendía ante él. Se abalanzó solo entre la niebla, sabiendo de alguna manera que así había de ser.

De improviso Ba'alzemon apareció frente a él, con los brazos extendidos.

Rojo se engrifó con tal brusquedad que desarzonó a Rand. Éste apretó desesperadamente la espada al caer, y tomó tierra casi con suavidad. De hecho, pensó con extrañeza, era muy parecido a haber aterrizado en… la nada. Durante un instante había surcado la niebla y al siguiente estaba parado.

Cuando se hubo levantado, su caballo había desaparecido, pero Ba'alzemon estaba todavía allí, caminando hacia él con un largo bastón negro como un tizón en las manos. Se hallaban solos, con la ondulante bruma por única compañía. Tras Ba'alzemon había sombra. La oscuridad que reinaba a sus espaldas era de naturaleza distinta de la blanca niebla, la cual no podía expandirse en ella.

Rand tenía conciencia a un tiempo de otros sucesos: Artur Hawkwing y los otros héroes que se enfrentaban a los seanchan envueltos en densa niebla; Perrin, que asía el estandarte y blandía el hacha más para ahuyentar a quienes trataban de atacarlo que para embestir; Mat, que seguía arrancando extrañas notas del Cuerno de Valere; Hurin, que luchaba a pie con espada corta y maza a la minera que él conocía. Parecía que el ingente número de seanchan los desbordaría en cuestión de minutos y, sin embargo, era la hueste de oscuras armaduras la que iba perdiendo posiciones.

Rand fue al encuentro de Ba'alzemon. Con renuencia, apeló al vacío, se abrió a la Fuente Verdadera, se hinchó de Poder único. No cabía otra alternativa. Tal vez no tuviera posibilidad alguna de vencer al Oscuro, pero su única esperanza residía en el Poder. Éste empapaba su cuerpo, bañaba su ropa, su espada, y él tenía la impresión de que debía de despedir un resplandor comparable al del sol. Sentía náuseas y se estremecía con el oleaje de luz que lo invadía.

—Apartaos de mi camino —dijo con voz chirriante—. ¡No he venido en vuestra busca!

—¿En busca de la chica? —se mofó Ba'alzemon, exhalando llamaradas por la boca. De las quemaduras de su rostro sólo quedaban unas cicatrices rosadas casi completamente cerradas. Tenía el aspecto de un gallardo hombre de mediana edad, al que únicamente desmerecían sus ojos y su boca—. ¿Cuál de ellas, Lews Therin? No habrá ninguna que te ayude esta vez. Serás mío o morirás. Y en cualquiera de los casos vas a pertenecerme.

—¡Embustero! —gruñó Rand. Atacó a Ba'alzemon, pero su hoja chocó centelleando con la vara de madera carbonizada—. ¡Padre de las Mentiras!

—¡Necio! ¿Acaso no te han dicho quién eres esos otros necios que has convocado? —Las llamas de la cara de Ba'alzemon crepitaban entre las risotadas.

Aun flotando en el vacío, Rand sintió un escalofrío. «¿Le habrían mentido ellos? Yo no quiero ser el Dragón Renacido.» Sujetando con firmeza la espada, arremetió de nuevo. Partir la seda. Pero Ba'alzemon detuvo cada uno de sus mandobles; las centellas saltaban como en el percutir de un martillo sobre el yunque.

—Me aguardan asuntos que resolver en Falme que nada tienen que ver con vos. Con vos nunca haré tratos —aseveró Rand. «He de mantenerlo distraído hasta que hayan liberado a Egwene.» Con igual extrañeza que antes, veía la furiosa batalla que se libraba entre los patios de carruajes y caballerías envueltos en niebla.

—Pobre desgraciado. Has hecho sonar el Cuerno de Valere y ahora estás

vinculado a él. ¿Crees que los gusanos de la Torre Blanca estarán dispuestos a soltarte el lazo ahora? Te pondrán cadenas tan pesadas en el cuello que jamás podrás cortarlas.

La sorpresa de Rand fue tal que penetró el vacío. «No lo sabe todo. ¡No lo sabe!» Seguro de que su rostro traicionaría su estupor, se abalanzó hacia Ba'alzemon para encubrirlo. El colibrí besa la madreselva. La golondrina surca el cielo. Un arco luminoso unía vara y espada, derramando una fulgurante lluvia de centellas en la niebla. Ba’alzemon retrocedía, despidiendo furiosas llamaradas de las ardientes cavernas de sus ojos.

En el umbral de la conciencia, Rand vio cómo los seanchan se retiraban en las calles de Falme, luchando desesperadamente. Las *damane* abrían las entrañas de la tierra con el Poder, pero ello no producía efecto alguno en Artur Hawkwing ni en ninguno de los otros héroes del Cuerno.

—¿Vas a seguir siendo una babosa que se esconde bajo las piedras? —se burló Ba’alzemon, cuya silueta se recortaba sobre una oscura masa que se agitaba sin cesar—. Estás caminando hacia tu propia muerte mientras permaneces aquí de pie. El Poder se ensaña contigo, te consume. ¡Está matándote! Yo soy el único que puede enseñarte a controlarlo. Sírveme y vivirás. ¡Sírveme o morirás!

—¡Jamás!

«Ya se lo he repetido suficientes veces. Deprisa, Hawkwing. ¡Deprisa!» Volvió a arremeter contra Ba'alzemon. La paloma alzando el vuelo. La hoja en la brisa.

En aquella ocasión fue él quien hubo de retroceder. Vagamente, vio que los seanchan contraatacaban entre los establos y redobló sus esfuerzos. El martín pescador apresa un pez plateado. Los seanchan cedieron terreno ante la carga de los héroes, a la vanguardia de la cual avanzaba Perrin al lado de Artur Hawkwing. Agavillar la mies. Ba'alzemon contuvo el golpe, lo que originó una luminosa cascada como de luciérnagas carmesí, y él hubo de apartarse de un salto para esquivar una vara que de lo contrario le habría partido la cabeza. Los seanchan embistieron con fuerza. Golpe de pedernal. Las chispas brotaron con la furia del granizo; Ba'alzemon hurtó el cuerpo con un brinco, y los seanchan emprendieron la retirada por las calles de adoquines.

Rand sintió deseos de aullar. De improviso cayó en la cuenta de que ambas batallas estaban conectadas. Cuando él avanzaba, los héroes invocados por el Cuerno hacían retroceder a los seanchan; cuando él perdía terreno, los seanchan recobraban el arrojo.

—Ellos no te salvarán —advirtió Ba'alzemon—. Quienes podrían hacerlo serán trasladadas al otro lado del Océano Aricio. Si algún día vuelves a verlas, serán esclavas encadenadas, y te destruirán siguiendo las órdenes de sus amos.

«Egwene. No puedo consentir que le hagan eso.»

La voz de Ba'alzemon cabalgaba sobre sus pensamientos.

—Sólo tienes una posibilidad de salvación, Rand al'Thor. Lews Therin Verdugo de la Humanidad. Yo soy tu salvación. Sírveme y pondré el mundo a tus pies. Resiste y acabaré contigo como lo he hecho incontables veces. Pero esta vez destruiré los cimientos de tu alma, hasta reducirte a la nada desde donde no podrás ya regresar.

«He vuelto a ganar, Lews Therin.» A pesar de hallarse fuera del vacío, el recuerdo de todas las vidas en las que había oído esa frase trataba de penetrar en su mente. Movió la espada y Ba'alzemon aprestó la vara.

Por primera vez Rand advirtió que Ba'alzemon se comportaba como si la hoja con la marca de la garza pudiera hacer mella en él. «El acero puede dañar al Oscuro.» Ba'alzemon miraba con recelo la espada. Rand conformaba una unidad con ella; sentía cada una de sus partículas integrantes, partes infinitesimales inasequibles a la captación del ojo. Notaba asimismo cómo el Poder que lo bañaba fluía hacia la espada, deslizándose por las intrincadas matrices forjadas por los Aes Sedai durante la Guerra de los Trollocs.

Entonces oyó otra voz, la voz de Lan: «Llegará la hora en que debas cumplir un objetivo aún más preciado que tu vida». La voz de Ingtar: «Todo hombre tiene derecho a decidir cuándo ha de Envainar la espada». Imaginó a Egwene, encollarada, llevando la existencia de una *damane*. «Hilos de mi vida en peligro. Egwene.» Inconscientemente, había adoptado la primera posición de La grulla arremetiendo en los juncos y equilibraba el cuerpo sobre un pie, con la espada en alto, dejando el pecho al descubierto.

—¿Por qué sonríes como un idiota, insensato? —espetó Ba'alzemon, mirándolo fijamente—. ¿No sabes que puedo destruirte por completo?

Rand sentía una calma que no emanaba sólo del vacío.

—Nunca os serviré, Padre de las Mentiras. En el transcurso de un millar de vidas, no lo he hecho jamás. Lo sé. Tengo la más absoluta certeza. Venid. Ha llegado la hora de morir.

Ba'alzemon abrió desmesuradamente los ojos; por un instante se convirtieron en lenguas de fuego que perlaron de sudor el rostro de Rand. La oscuridad que se extendía a espaldas de Ba'alzemon rebulló en torno a él y su semblante se endureció.

—¡Muere pues, gusano! —Arremetió con la vara, como si de una lanza se tratara.

Rand exhaló un grito al sentir cómo penetraba en su costado y lo quemaba como un atizador candente. El vacío tembló, pero lo retuvo con sus últimas fuerzas y clavó la hoja marcada con la garza en el corazón de Ba’alzemon. Éste dio un alarido que corearon las sombras apostadas tras él. El mundo estalló en fuego.

48



La primera reivindicación

Min se abría paso por la calle entre multitudes que permanecían paradas, contemplando algo con semblantes demudados, cuando no chillaban presas de una crisis de nervios. Algunos corrían, al parecer sin rumbo fijo, pero la mayoría de ellos se movían como títeres accionados con descuido, más temerosos de irse que de quedarse en el lugar donde se hallaban. Escrutaba las caras con la esperanza de encontrar a Egwene, Elayne o Nynaeve, pero no veía más que falmianos. Y había algo que determinaba sus pasos, tan certeramente como si tirara de ella con una cuerda.

En una ocasión se volvió para mirar atrás. Junto a los muelles había barcos seanchan incendiados y cerca de la boca del puerto ardían otros. Muchos de los cuadrados bajeles se veían ya como diminutos puntos recortados por el sol poniente, navegando hacia el oeste a la mayor velocidad que las *damane* lograban conferir a los vientos, y una pequeña embarcación abandonaba la rada, inclinándose para recibir el viento que la impulsaría a lo largo del litoral. Era el Spray. No podía reprochar a Domon que no esperara más, después de lo que había presenciado ella; más bien le extrañó que no hubiera zarpado antes.

Había un navío seanchan que no ardía, a pesar de tener las torres negras a causa de un incendio ya apagado. Cuando el alto bajel se deslizaba hacia la boca del puerto, alrededor de los acantilados que lo cercaban apareció de súbito una figura a caballo, cabalgando sobre las aguas. Min se quedó perpleja. La asombrosa figura levantó un arco de relumbre argentino y de él partió un reluciente haz de plata que unió por un momento el arma con la cuadrada embarcación. Con un estruendo que oyó incluso ella a aquella distancia, el fuego volvió a cubrir la torre y los marinos comenzaron a correr por la cubierta.

Min pestañeó; cuando volvió a abrir los ojos, la silueta a caballo se había esfumado. El navío todavía navegaba lentamente hacia el océano mientras la tripulación trataba de sofocar las llamas.

Reponiéndose, reemprendió el ascenso de la calle. Había visto demasiadas cosas ese día como para que alguien que cabalgaba sobre las aguas pasara de ser una distracción momentánea. «Aun cuando fueran Birgitte y su arco. Y Artur Hawkwing. Lo he visto. Lo he visto.»

Se detuvo con incertidumbre delante de los altos edificios de piedra, haciendo caso omiso de la gente que la rozaba al pasar, como si estuviera aturdida. Era a algún lugar de allá adentro a donde debía ir. Subió precipitadamente las escaleras y abrió la puerta.

Nadie intentó cortarle el paso. La casa parecía vacía. La mayor parte de la población de Falme se hallaba en las calles, tratando de dilucidar si habían caído víctimas de una locura colectiva. Atravesó el interior del edificio, salió al jardín posterior, y allí estaba él.

Rand yacía de espaldas bajo un roble, pálido y con los ojos cerrados, aferrando con la mano izquierda una espada cuya hoja parecía fundida en el ápice. Su pecho subía y bajaba con excesiva lentitud, sin el ritmo normal de la respiración.

Aspirando hondo para calmarse, se acercó a él para ver cómo Podía asistirlo. Lo primero era deshacerse de esa hoja mutilada, pues podría hacerse daño o herirla a ella si comenzaba a moverse. Le abrió la mano y dio un respingo al notar la empuñadura pegada en la palma. Arrojó el arma torciendo el gesto. La garza del puño había quedado impresa en la mano de Rand. Sin embargo, tenía la certeza de que no era eso lo que lo había postrado allí en estado de inconsciencia. «¿Cómo se habrá hecho esto? Nynaeve podrá aplicarle una pomada después.»

Un rápido examen la llevó a la conclusión de la que la mayoría de los cortes y magulladuras no eran recientes, pues la sangre se había secado ya formando costras y los morados ya amarilleaban en los bordes, pero tenía un agujero quemado en el costado izquierdo. Abriendo la chaqueta, le levantó la camisa y espiró un aliento sibilante entre los dientes. La quemadura se había cauterizado ya. Lo que la sobrecogió fue el contacto de su piel, fría como el hielo, al lado de la cual el aire parecía cálido.

Lo agarró por los hombros y empezó a arrastrarlo hacia la casa, como un inane y fláccido fardo.

—Grandísimo tonto —gruñó—. Podrías haber sido más bajo y menos pesado. Tenías que tener esas largas piernas y esta ancha espalda… Debería dejarte tumbado aquí.

A pesar de sus quejas subió con denuedo los escalones, poniendo cuidado en que no recibiera golpes, y atravesó el umbral con su carga. Tras dejarlo al lado de la puerta, se golpeó la cintura con los nudillos, murmurando entre dientes acerca del Entramado, e inspeccionó apresuradamente la planta baja. Había un pequeño dormitorio al fondo, tal vez la habitación de una criada, con una cama en la que se

apilaban varias mantas y unos troncos ya dispuestos en la chimenea. En cuestión de momentos, había preparado la cama y encendido el fuego, así como una lámpara situada en la mesilla. Entonces volvió a buscar a Rand.

No fue tarea fácil llevarlo hasta la habitación ni ponerlo en la cama, pero lo consiguió a costa de quedarse sin resuello y luego lo tapó con las mantas. Pasado un momento, introdujo la mano bajo ellas y dio un respingo: las sábanas estaban gélidas; no disponía de calor corporal que pudieran retener las mantas. Con un suspiro, se deslizó bajo las sábanas a su lado y le pasó el brazo bajo la cabeza. Él tenía aún los ojos cerrados y la respiración entrecortada, pero temía encontrarlo muerto al volver si salía en busca de Nynaeve. «Necesita una Aes Sedai —pensó—. Lo único que yo, puedo hacer es darle un poco de calor.»

Observó su cara nos instantes. Esta era cuanto percibía, pues no podía leer a alguien inconsciente.

—Me gustan los hombres mayores —le dijo a Rand—. Me gustan los hombres educados e instruidos. No tengo ningún interés por las granjas, los corderos ni los pastores. Y menos aún por muchachos pastores. —Suspirando, le alisó el pelo; era sedoso—. Pero, claro, tú no eres un pastor, ¿verdad? Ya no. Luz, ¿por qué hubo de involucrarme el Entramado contigo? ¿Por qué no podía haber padecido una suerte menos complicada, como naufragar sin comida en compañía de una docena de Aiel hambrientos?

Oyó ruido en el pasillo y levantó la cabeza a un tiempo que se abría la puerta. Egwene permaneció parada en el umbral, mirándolos a la luz del fuego y de la lámpara.

—Oh —fue cuanto dijo.

Min se sonrojó. «¿Por qué estoy comportándome como si hubiera hecho algo malo? ¡Idiota!»

—Estoy… estoy dándole calor. Está inconsciente y tan frío como el hielo.

Egwene no se movió de la puerta.

—He… sentido que él me llamaba, que me necesitaba. Elayne también ha experimentado lo mismo. Pensaba que tenía que ver con… con lo que él es, pero Nynaeve no ha notado nada. —Inspiró entrecortadamente—. Elayne y Nynaeve han ido a buscar los caballos. Hemos encontrado a *Bela*. Los seanchan han dejado casi todos los caballos. Nynaeve dice que deberíamos irnos en cuanto podamos y… y… Min, sabes qué es él, ¿verdad?

—Lo sé. —Min quería retirar el brazo sobre el que se apoyaba la cabeza de Rand, pero no logró decidirse a moverlo—. Creo que sí. Sea lo que sea, está herido. Lo único que puedo hacer por él es aportarle calor. Tal vez Nynaeve pueda hacer algo más.

—Min, sabes…, sabes que no puede casarse. Sería… un peligro… para

cualquiera de nosotras.

—Habla por ti misma —espetó Min, apoyando la cara de Rand sobre su pecho—. Es como dijo Elayne. Tú lo arrojaste a un lado por ir a la Torre Blanca. ¿Qué puede importarte si yo lo recojo?

Egwene la miró por espacio de un tiempo que se le antojó prolongado. No a Rand; sólo a ella. Notó cómo se intensificaba el rubor de sus mejillas y sintió deseos de desviar la mirada, pero no pudo apartarla.

—Llamaré a Nynaeve —anunció al fin Egwene antes de alejarse con la espalda erguida y la cabeza alta.

Min quiso llamarla, salir tras ella, pero siguió tendida allí como aquejada de parálisis. Las lágrimas afluyeron a sus ojos. «Es lo que ha de ser. Lo sé. Lo leí en todos ellos. Luz, yo no quiero participar en esto.»

—Todo por tu culpa —reprochó a la forma aún inmóvil de Rand—. No, no lo es. Pero tú pagarás por ello, creo. Todos estamos atrapados como moscas en una telaraña. ¿Qué pensaría Egwene si le dijera que hay otra mujer que aún no ha aparecido, una que ni siquiera conoce? A propósito, ¿qué pensarías tú, mi hermoso lord pastor? Eres bien parecido, pero… Luz, ni siquiera sé si seré yo la que elijas, ni si deseo serlo. ¿O acaso tratarás de hacernos saltar a las tres sobre tus rodillas? Puede que no seas tú el responsable, Rand al'Thor, pero no es justo.

—No Rand al'Thor —dijo una cantarina voz desde el umbral—. Lews Therin Telamon, el Dragón Renacido.

Min contempló entonces a la mujer más hermosa que jamás había visto, una dama de pálida y tersa piel con largos cabellos negros y ojos tan oscuros como la noche. La nieve habría parecido sucia al lado de la blancura de su vestido, ceñido con un cinturón de plata. Todas las joyas que lucía eran del mismo material. Min sintió un arrebato de rabia.

—¿Qué significa eso? ¿Quién sois?

La mujer se acercó a la cama con movimientos tan gráciles que Min sintió un acceso de celos, a pesar de no haber envidiado nunca a una mujer, y acarició el pelo de Rand como si Min no estuviera allí.

—Él no lo cree aún, me parece. Lo sabe, pero no lo cree. Siempre fue obstinado, pero esta vez lo pondré en vereda. Ishamael piensa que controla los acontecimientos, pero soy yo quien establece su curso.

Rozó con el dedo la frente de Rand como si dibujara una marca, que Min relacionó con inquietud con la forma del Colmillo del Dragón. Rand se agitó, murmurando; ésos fueron los primeros movimientos o sonidos que percibía en él desde que lo había encontrado.

—¿Quién sois? —volvió a preguntar Min.

Aunque la mujer se limitó a mirarla, Min hundió la cabeza en la almohada y

abrazó con furia a Rand.

—Me llaman Lanfear, muchacha.

Min notó de pronto la boca tan seca que no habría podido hablar aun cuando su vida dependiera de ello. «¡Una de las Renegadas! ¡No! ¡Luz, no.» Únicamente acertó a sacudir la cabeza, expresando una negativa que puso una sonrisa en los labios de Lanfear.

—Lews Therin fue y sigue siendo mío, chiquilla. Cuídamelo bien hasta que yo vuelva para reunirme con él. —Entonces desapareció.

Min quedó boquiabierta. Se había esfumado sin mediar transformación alguna en su imagen. Min descubrió que abrazaba estrechamente el cuerpo de Rand, en una demanda de protección que se reprochó a sí misma.

Con una inflexible determinación pintada en su enjuto semblante, Byar galopaba con el sol poniente a las espaldas sin mirar atrás. Había visto cuanto era preciso, todo cuanto le había permitido distinguir aquella condenada niebla. La legión entera había sucumbido, Bornhald había muerto, y sólo podía haber una explicación para ello: los Amigos Siniestros los habían traicionado, Amigos Siniestros como ese Perrin de Dos Ríos. Eso era lo que había de comunicar a Dain Bornhald, el hijo del capitán, que se encontraba con los Hijos de la Luz estacionados en las proximidades de Tar Valon. Pero también tenía noticias más terribles que anunciar, destinadas a alguien de posición no inferior a Pedron Niall. Debía contarle lo que había visto en el cielo encima de Falme. Azotó el caballo con las riendas y no volvió la vista atrás.

49



Ineludible acontecer

Rand abrió los ojos y contempló la luz del sol que filtraban las ramas de un olmo, con sus anchas y ásperas hojas aún verdes a pesar de lo avanzado de la estación. El viento que agitaba el follaje presagiaba una tormenta de nieve y la proximidad de la noche. Yacía de espaldas, arropado con mantas y, al parecer, sin chaqueta ni camisa, pero con algo enrollado en el pecho. Le dolía el costado izquierdo. Volvió la cabeza y allí estaba Min sentada en el suelo, mirándolo. Casi no la reconoció con faldas. La muchacha sonrió con timidez.

—Min, eres tú. ¿De dónde has salido? ¿Dónde estamos?

Los recuerdos surgían de manera inconexa, entremezclando sucesos acaecidos tiempo atrás con insignificantes fragmentos conectados a los días anteriores, girando en su mente sin proporcionarle más que atisbos que perdían forma antes de que pudiera verlos con claridad.

—Vengo de Falme —respondió Min—. Ahora estamos a cinco días de camino de allí hacia oriente, durante los cuales has dormido sin parar.

—Falme. —Más recuerdos. Mat había hecho sonar el Cuerno de Valere—. ¡Egwene! ¿Está…? ¿La liberaron? —Contuvo el aliento.

—No sé quién esperabas que lo hiciera, pero está libre. Nosotras mismas la ayudamos a escapar.

—¿Nosotras? No comprendo. —«Está libre. Al menos está…»

—Nynaeve, Elayne y yo.

—¿Nynaeve? ¿Elayne? ¿Cómo? ¿Estabais todas en Falme? —Intentó incorporarse, pero ella lo obligó a tumbarse y permaneció allí, con las manos sobre sus hombros, mirándolo fijamente—. ¿Dónde está?

—Se ha ido. —Min se ruborizó—. Todos se han ido. Egwene, Nynaeve, Mat, Hurin y Verin. Hurin no quería separarse de ti. Se dirigen a Tar Valon. Egwene y Nynaeve habían de retomar sus estudios en la Torre y Mat debía ir allí por lo que quiera que vayan a hacer las Aes Sedai con relación a esa daga. Se llevaron el Cuerno de Valere con ellos. No puedo creer que lo vi con mis propios ojos.

—Se ha ido —murmuró—. Ni siquiera esperó a que despertara.

El rubor de las mejillas de Min subió de tono y ella volvió a sentarse, bajando la vista hacia el regazo.

Rand alzó las manos para recorrerse el rostro con ellas y se detuvo, mirándose las palmas con estupor. Ahora también había una garza impresa en la palma izquierda, igual que la que tenía en la derecha, con las líneas perfectamente definidas. «Una vez la garza para señalar su camino. Dos veces la garza para darle su verdadero nombre.»

—¡No!

—Se han ido —repitió la muchacha—. No conseguirás cambiarlo por más que digas «no».

Sacudió la cabeza. Algo le decía que el dolor que sentía en el costado era de importancia. No recordaba haber sido herido, pero era importante. Se dispuso a levantar las mantas para mirar, pero ella le apartó las manos.

—No puedes conseguir nada bueno tocándola. Todavía no está totalmente curada. Verin intentó tratarla con los métodos de Tar Valon, pero dijo que no surtía el efecto esperado. —Titubeó, mordisqueándose el labio—. Moraine opina que Nynaeve debió de hacer algo o de lo contrario ya habrías muerto cuando te llevamos hasta Verin, pero Nynaeve afirma que estaba demasiado asustada para encender una vela. Hay… algo raro en tu herida. Deberás esperar a que se cure por sí sola. —Parecía turbada.

—¿Moraine está aquí? —Soltó una amarga carcajada—. Cuando has dicho que Verin se había marchado, pensaba que me había librado nuevamente de las Aes Sedai.

—Aquí estoy —confirmó Moraine.

Apareció, toda vestida de azul y tan serena como si se hallara en la Torre Blanca, caminando para pararse delante de él. Min la miraba con el entrecejo fruncido. Rand tuvo la extraña sensación de que quería protegerlo de la Aes Sedai.

—Ojalá no fuera así —dijo a la Aes Sedai—. Por lo que a mí respecta, podéis regresar al lugar donde os escondíais y quedaros allí.

—No he estado escondiéndome —arguyó con calma Moraine—. He estado haciendo lo que se encontraba en mis manos, aquí en la Punta de Toman, y en Falme. No han sido grandes hazañas, aunque he aprendido mucho. No conseguí rescatar a dos de mis hermanas antes de que los seanchan las subieran a bordo con las Atadas con la Correa, pero hice lo que pude.

—Lo que pudisteis… Enviasteis a Verin para vigilarme, pero yo no soy un corderito, Moraine. Dijisteis que podía ir a donde quisiera y mi intención es ir a donde no estéis vos.

—Yo no envié a Verin, lo hizo por propia iniciativa. Despiertas el interés de un gran número de gente, Rand. ¿Fue Fain quien te encontró o fuiste tú quien lo localizó a él?

El repentino cambio de tema lo tomó por sorpresa.

—¿Fain? No. Menudo héroe estoy hecho. Intenté rescatar a Egwene y Min se me adelantó. Fain amenazó con abatir la desgracia sobre el Campo de Emond si no me enfrentaba a él y ni siquiera le puse los ojos encima. ¿Se fue también con los seanchan?

—No lo sé —contestó Moraine—. Ojalá lo supiera. Pero es mejor que no lo encontraras, al menos no antes de saber qué es.

—Es un Amigo Siniestro.

—Es más que eso, algo mucho peor. Padan Fain era una criatura corrompida por el Oscuro hasta los más profundos entresijos de su alma, pero creo que en Shadar Logoth cayó en las garras de Mordeth, el cual dio prueba en su combate con la Sombra del mismo grado de abyección de la que ésta es capaz. Mordeth trató de consumir el alma de Fain, de encarnarse de nuevo en un ser humano, pero halló un espíritu que había sufrido la influencia directa del Oscuro y lo que de ello resultó… Lo que de ello resultó no fue Fain ni Mordeth, sino algo mucho más vil, una mezcla de ambos. Fain…, por así llamarlo, es mucho más peligroso de lo que puedas imaginar. Posiblemente no habrías salido con vida de un encuentro con él y, de haberlo hecho, tal vez la Sombra se habría apoderado de ti hasta extremos impensables.

—Si está vivo, si no se fue con los seanchan, he de… —Interrumpió sus palabras cuando la Aes Sedai sacó su espada con la marca de la garza de debajo de la capa. La hoja terminaba bruscamente a veinticinco centímetros de la empuñadura, como si se hubiera fundido. Los recuerdos se agolparon en su conciencia—. Lo maté —dijo quedamente—. Esta vez lo maté.

Moraine puso a un lado la espada estropeada como el objeto inservible que ya era y se frotó las manos.

—El Oscuro no perece con tanta facilidad. El mero hecho de que apareciera en el cielo sobre Falme es más que un simple motivo de preocupación. En principio no debería poder hacerlo, si está cautivo como nosotros creemos. Y, si no lo está, ¿por qué no nos ha destruido a todos? —Min se agitó con nerviosismo.

—¿En el cielo? —inquirió, sorprendido, Rand.

—Los dos flotabais en el aire —precisó Moraine—. Vuestro combate tuvo lugar en el cielo, ante todas las miradas de Falme. Quizá también os vieron en otras ciudades de la Punta de Toman, si hay que dar crédito a la mitad de los rumores que he escuchado.

—Nosotras… nosotras lo vimos todo —corroboró Min con voz débil, poniendo una mano sobre la de Rand como si quisiera confortarlo.

Moraine introdujo de nuevo la mano bajo los pliegues de la capa y extrajo un pergamino enrollado, una de las grandes hojas como las que utilizaban los artistas callejeros en Falme. A pesar de que la tiza estaba algo emborronada al desplegarlo, el

dibujo aún se distinguía con claridad. Un hombre de rostro llameante luchaba con una vara contra otro armado con una espada entre nubes surcadas por relámpagos, y tras ellos ondeaba el estandarte del Dragón. La cara de Rand era fácilmente reconocible.

—¿Cuántas personas han visto esto? —preguntó con impaciencia—. Rasgadlo. Quemadlo.

La Aes Sedai dejó que el pergamino volviera a enrollarse por sí solo.

—No serviría de nada, Rand. Lo compré hace dos días, en un pueblo por el que pasamos. Hay cientos de ellos, miles tal vez, y en todas partes se relata la escena del combate entre el Dragón y el Oscuro en los cielos que dominan Falme.

Rand miró a Min. Ésta asintió de mala gana y le apretó la mano. Aun cuando parecía asustada, no pestañeó siquiera. «Me pregunto si será por eso que se marchó Egwene. Estaba en su derecho al hacerlo.»

—El Entramado tiende sus hilos a tu alrededor, estrechando cada vez más el cerco —afirmó Moraine—. Me necesitas más que nunca.

—No os necesito —protestó con voz ronca— ni quiero teneros a mi lado. No pienso implicarme en todo esto. —Recordó que no sólo Ba'alzemon lo había llamado Lews Therin; también Artur Hawkwing le había dado ese nombre—. No pienso hacerlo. Luz, se supone que el Dragón desmembrará de nuevo el mundo, lo desgajará todo. Yo no seré el Dragón.

—Tú eres lo que eres —aseguró Moraine—. Ya estás haciendo sentir tu presencia en el mundo. El Ajah Negro se ha dado a conocer por primera vez en dos mil años. Arad Doman y Tarabon estaban al borde de la guerra, y la situación se recrudecerá cuando lleguen allí las noticias de lo acaecido en Falme. Cairhien está en guerra civil.

—Yo no hice nada en Cairhien —protestó—. No podéis achacarme eso.

—El no hacer nada ha sido siempre una táctica en el Gran juego —suspiró la mujer— y sobre todo de la manera como juegan ahora. Tú fuiste la chispa a cuyo contacto Cairhien explotó como el cohete de un Iluminador. ¿Qué crees que ocurrirá cuando lleguen a Arad Doman y Tarabon las noticias de los sucesos de Falme? Siempre ha habido hombres dispuestos a seguir al hombre que se autodenominara el Dragón, pero nunca hasta ahora habían tenido señales tan claras como ésta. Aún hay más. Mira. —Le arrojó una bolsa al pecho.

Titubeó un instante antes de abrirla. Dentro había fragmentos de lo que parecía cerámica blanca y negra vidriada. Había visto anteriormente un material similar.

—Otro sello de la prisión del Oscuro —murmuró.

Min emitió una exclamación; la mano que apretaba la de Rand solicitaba ahora ánimo en lugar de ofrecerlo.

—Dos —precisó Moraine—. Tres de los siete sellos están rotos. El que ya tenía y dos que encontré en la morada del Augusto Señor en Falme. Cuando los siete queden reducidos a fragmentos, tal vez antes incluso, se hará pedazos el parche que los

hombres pusieron sobre el agujero que perforaron en la prisión forjada por el Creador, y el Oscuro podrá de nuevo sacar la mano por ese orificio y tocar el mundo. Y la única esperanza del mundo es que el Dragón Renacido esté aquí para hacerle frente.

Min intentó impedir que Rand se quitara las mantas de encima, pero él la empujó suavemente a un lado.

—Necesito caminar.

La muchacha lo ayudó a levantarse, suspirando y gruñendo acerca del peligro de que se le abriera la herida. Descubrió que tenía el pecho vendado. Min le cubrió los hombros con una manta que hizo las veces de capa.

Por un momento permaneció de pie mirando la espada con la marca de la garza, o lo que de ella quedaba, tendida en el suelo. «La espada de Tam. La espada de mi padre.» De mala gana, con la mayor reticencia que había experimentado en toda su vida, desechó la esperanza de confirmar que Tam era realmente su padre. Sintió como si le desgarraran el corazón, pero ello no modificó para nada el afecto que había depositado en Tam ni en el Campo de Emond, el único hogar que él había conocido. «Fain es lo importante. Me queda una tarea que cumplir: detenerlo.»

Las dos mujeres hubieron de sostenerlo, una por cada brazo, para bajar hasta las fogatas ya encendidas a corta distancia de un camino. Loial estaba allí, leyendo un libro, Navegar mis allá del sol poniente, y Perrin contemplaba uno de los fuegos. Los shienarianos estaban realizando los preparativos para la cena. Lan, que estaba sentado bajo un árbol afilando la espada, dedicó una discreta mirada a Rand y luego un cabeceo a modo de saludo.

Había otro detalle. El estandarte del Dragón ondeaba en el viento en medio del campamento. Habían encontrado en algún sitio un asta apropiada con la que habían sustituido la improvisada por Perrin.

—¿Qué hace eso en un lugar visible para todo aquel que pase? —preguntó Rand.

—Es demasiado tarde para esconderse, Rand —respondió Moraine—. Siempre es demasiado tarde para que tú te escondas.

—Tampoco tenéis la obligación de poner un cartel indicando dónde estoy. Nunca localizaré a Fain si alguien me da muerte a causa de este pendón. —Se volvió hacia Loial y Perrin—. Me alegro de que os hayáis quedado. Si os hubierais ido, lo habría comprendido.

—¿Por qué no iba a quedarme? —replicó Loial—. Eres más *ta'veren* de lo que yo imaginaba, es cierto, pero sigues siendo mi amigo. Eso espero al menos. —Agitó las orejas, con incertidumbre.

—Lo soy —le aseguró Rand—. Mientras que no entrañe peligro para ti mi proximidad, e incluso después de ello. —La amplia sonrisa del Ogier casi le dividió la cara en dos.

—Yo también me quedo —anunció Perrin, con una nota de resignación, tal vez de aceptación, en la voz—. La Rueda teje una tupida tela con nosotros en el Entramado, Rand. ¿Quién lo hubiera imaginado allá en el Campo de Emond?

Los shienarianos estaban reuniéndose a su alrededor. Ante el asombro de Rand, todos se postraron de rodillas, centrando las miradas en él.

—Quisiéramos juraros vasallaje —pidió Ino. Los demás, de rodillas, asintieron, corroborando sus palabras.

—Habéis jurado fidelidad a Ingtar y a lord Agelmar —los disuadió Rand—. Ingtar murió honorablemente, Ino. Pereció para que el resto de nosotros pudiéramos escapar con el Cuerno. —No era preciso explicarles el resto. Confiaba en que Ingtar hubiera hallado de nuevo la Luz—. Comunicádselo a lord Agelmar cuando regreséis a Fal Dara.

—Se dice —expuso con cautela el soldado tuerto— que cuando el Dragón haya renacido, romperá todos los juramentos, deshará todos los vínculos. Nada nos retiene ahora. Deseamos juraros fidelidad a vos. —Desenvainó la espada y la dejó frente a él, encarando la empuñadura hacia Rand, y el resto de los shienarianos siguieron su ejemplo.

—Habéis combatido al Oscuro —recordó Masema. Masema, que lo odiaba. Masema, que ahora lo miraba como si él fuera una visión de la Luz—. Yo os vi lord Rand. Lo vi. Seré vuestro vasallo, hasta la muerte. —Sus oscuros ojos brillaban fervorosamente.

—Debes elegir, Rand —opinó Moraine—. El mundo se desgarrará tanto si tú lo desmembras como si no. El Tarmon Gai'don se librará, y bastará para destrozar el mundo. ¿Todavía vas a tratar de ocultar tu identidad y dejar que el mundo se enfrente indefenso a la última Batalla? Elige.

Todos estaban observándolo, expectantes. «La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que una montaña.» Entonces tomó la decisión.

50



Después

Por mar y tierra viajaron los relatos, en barcos, caballos, carromatos y a pie, contados una y otra vez, hasta Arad Doman y Tarabon y aún más allá, modificándose y conservando a un tiempo su esencia, las señales y portentos acaecidos en el cielo de Falme. Y los hombres se proclamaron a favor del Dragón, y otros hombres los derribaron y a su vez fueron derribados.

Corrían otras historias, protagonizadas por una columna que cabalgaba hacia oriente atravesando el llano de Almoth. Un centenar de hombres de las Tierras Fronterizas, decían. No, un millar. No, un millar de héroes que se habían levantado de la tumba en respuesta a la llamada del Cuerno de Valere. Diez millares. Habían destruido una legión entera de Hijos de la Luz. Habían hecho retroceder hacia el océano al ejército de descendientes de Artur Hawkwing. Eran las huestes de Artur Hawkwing que habían regresado. Cabalgaban hacia las Montañas, hacia el lugar donde salía el sol.

Había, no obstante, algo que todas las historias referían por igual. A su cabeza cabalgaba un hombre cuyo rostro se había visto en el cielo de Falme, y por enseña llevaban el estandarte del Dragón.

Y los hombres clamaban al Creador: «Oh Luz de los Cielos, Luz del Mundo, haced que el Redentor Prometido nazca del seno de la montaña, tal como afirman las profecías, tal como acaeció en las eras pasadas y sucederá en las venideras. Haced que el Príncipe de la Mañana cante en honor de la tierra para que crezcan las verdes cosechas y los valles produzcan en adelante corderos. Permitid que el brazo del Señor del Alba nos proteja del de la Oscuridad y que la gran espada de la justicia nos defienda. Haced que el Dragón cabalgue de nuevo a lomos de los vendavales del tiempo».

De *Charal Dríanaan te Calamon*,
El Ciclo del Dragón.

Autor anónimo, Cuarta Era

Glosario



Aclaración sobre las fechas de este glosario

Desde el Desmembramiento del Mundo se ha venido recurriendo a tres sistemas generalizados de registro de fechas. El primero asentaba los años transcurridos Después del Desmembramiento (DD). Dado el caos casi completo que reinó durante el Desmembramiento y en los años inmediatamente posteriores, este calendario, que fue adoptado un centenar de años después, tomó como punto de partida un tiempo arbitrariamente asignado. Muchos anales resultaron destruidos durante la Guerra de los Trollocs, de tal modo que, al concluir ésta, se abrió una discusión respecto al año en que se hallaban en el antiguo sistema. Se estableció entonces un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en que los años se señalarían como Año Libre (AL). Tras la destrucción, mortandad y desintegración causadas por la Guerra de los Cien Años, se concibió un tercer calendario, el de la Nueva Era (NE), que todavía sigue vigente.

a’dam: Un objeto, compuesto de un collar y un brazalete unidos mediante una correa de metal plateado, que puede utilizarse para controlar, en contra de su voluntad, a cualquier mujer que posea la habilidad de encauzar la energía. El collar lo lleva la *damane*, y el brazalete, la *sul'dam*. (Véase *damane* y *sul'dam*.)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de un consejero Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. (Véanse Ajah, Sede Amyrlin y Época de Locura.)

Agelmar; lord Agelmar de la casa de Jagad: señor de Fal Dara. Sus insignias son tres zorros rojos en actitud de correr.

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros

antes de matar, lo cual ha dado origen al dicho «actuar como un Aiel de rostro velado» para describir a alguien que se comporta de manera violenta. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas y los Aiel llaman a la batalla «la Danza».

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; cada Aes Sedai pertenece a un Ajah concreto. Éstos se designan por colores: Ajah Azul, Ajah Rojo, Ajah Blanco, Ajah Verde, Ajah Marrón, Ajah Amarillo y Ajah Gris. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que pretender utilizar el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento. Corren rumores (furiosamente desmentidos por las Aes Sedai y nunca mencionados en presencia de una de ellas) sobre la existencia de un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro.

Alanna Mosvani: Una Aes Sedai del Ajah Verde.

Alantin: En la Antigua Lengua, «Hermano»; abreviatura de tia avende alantin, «Hermano de los Árboles»; «Hermano Árbol».

Alar: La más anciana de los Mayores del *stedding* Tsofu.

Aldieb: En la Antigua Lengua, «Viento del Oeste», el viento que trae consigo las lluvias primaverales.

al’Meara, Nynaeve: Una mujer del Campo de Emond, pueblo situado en Dos Ríos, en el reino de Andor.

al’Thor, Rand: Un joven del Campo de Emond, antaño pastor de ovejas.

al'Vere, Egwene: Una joven del Campo de Emond.

Aldieb: En la Antigua Lengua, «Viento del Este>, el viento que transporta las lluvias de primavera.

Amalisa, lady: Shienariana de la casa de Jagad; hermana de lord Agelmar.

amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que a menudo acarrea tal clase de tratamiento. (Véanse Poder único, el; neutralización.)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar poder y recibir recompensas cuando aquél sea liberado de su prisión.

Anaiya: Una Aes Sedai del Ajah Azul.

Arad Doman: Una nación situada en las riberas del Océano Aricio.

Arafel: Una de las Tierras Fronterizas.

Árbol, el: véase *Avendesora*.

Asesinos del Árbol: Nombre con que designan los Aiel a los cairhieninos, siempre pronunciándolo con horror y repulsión extremos.

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las asociaciones guerreras, tales como los Soldados de Piedra, los Escudos Rojos o las Doncellas Lanceras. Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra suelen prestar juramento de no retirarse nunca una vez que se ha iniciado una batalla y para cumplirlo están dispuestos a luchar hasta que no quede ninguno de ellos con vida. Los clanes de los Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. De este modo, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse Aiel, Yermo de Aiel y *Far Dareis Mai*.)

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas.

Aybara, Perrin: Un joven del Campo de Emond, antaño aprendiz de herrero.

Ba'alzemon: En el idioma trolloc, «Corazón de la Oscuridad». Existe la creencia de que éste es el nombre que dan los trollocs al Oscuro. (Véanse Oscuro y trollocs.)

Barthanes, lord, señor de la casa Damodred: Lord cairhienino, cuyo poder únicamente es superado por el del rey. Su emblema personal es un oso en posición de ataque. La enseña de la casa Damodred es la Corona y el Árbol.

Bel Tine: Festividad primaveral que celebra el final del invierno, el incipiente crecimiento de las cosechas y el nacimiento de los primeros corderos.

Birgitte: Heroína de cabellos dorados, presente en leyendas e infinidad de cuentos de juglar, que utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro.

Bornhald, Geofram: Un capitán de los Hijos de la Luz.

Byar, Jaret: Un oficial de los Hijos de la Luz.

Caemlyn: La capital de Andor.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel (976-978 NE). La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo.

canto al árbol: véase Cantor de Árboles.

Cantor de Árboles: Un Ogier que posee la habilidad para entonar el llamado «canto al árbol», con el que los cura, contribuye a su crecimiento o floración o elabora objetos a partir de su madera sin dañarlos. Dichos objetos se denominan

«madera cantada» y son muy apreciados. Quedan muy pocos Ogier Cantores de Árboles; al parecer esa clase de talento está extinguiéndose.

Capas Blancas: véase Hijos de la Luz.

Caralain: Una de las naciones escindidas del imperio de Artur Hawkwing durante la Guerra de los Cien Años. A partir de entonces fue debilitándose y los últimos vestigios de su existencia se perdieron alrededor del 500 NE.

Carlinya: Una Aes Sedai del Ajah Blanco.

Cauthon, Matrim (Mat): Un joven de Dos Ríos.

Ciclo Kareathon: véase Dragón, Profecías del.

Cien Compañeros, los: Los cien varones Aes Sedai, seleccionados entre los más poderosos de la Era de Leyenda, que, encabezados por Lews Therin Telamon, libraron el combate final de la Guerra de la Sombra y sellaron de nuevo la prisión del Oscuro. El contraataque del Oscuro contaminó el *Saidin* y, a consecuencia de ello, los Cien Compañeros enloquecieron e iniciaron el Desmembramiento del Mundo. (Véanse Época de Locura, Fuente Verdadera y Poder único.)

Cinco Poderes, los: El Poder único tiene varias vías y cada persona encauza más fácilmente algunas que otras. Dichas vías de utilización reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir -Tierra, Aire, Fuego, Agua y Energía- y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder único dispondrán de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. Algunos elegidos pueden obtener prodigiosos resultados con tres, pero desde la Era de Leyenda nadie ha tenido un poder equiparable con los cinco. Incluso entonces ése era un fenómeno extremadamente raro. El grado de efectividad varía considerablemente entre los individuos, de manera que algunos que encauzan el Poder son muchos más poderosos que otros. Para realizar ciertos actos con el Poder único se precisa dominar uno o varios de los Cinco Poderes. Por ejemplo, la generación o control del fuego requiere Fuego, la modificación del tiempo meteorológico, Aire y Agua, mientras que para la curación se necesitan poner en juego el Agua y la Energía. El dominio de la Energía se ha manifestado igualmente en hombres y mujeres, pero la habilidad extrema en el manejo de la Tierra y el Fuego suele darse en los varones, en tanto que el Agua y el Aire son con frecuencia vías que encauzan mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raros que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos. Generalmente, no se atribuye mayor fuerza a ninguna de las diferentes habilidades, si bien existe un dicho entre las Aes Sedai que reza: «No existe roca cuya dureza no puedan vencer el viento y el agua, ni fuego tan vigoroso que el agua y el viento no sean capaces de apagar». Debe tenerse en cuenta que tal afirmación comenzó a utilizarse mucho después de que hubiera perecido el último varón Aes Sedai. Cualquier refrán equivalente entre los varones

Aes Sedai se perdió en el olvido hace mucho tiempo.

Círculo de Mujeres: Un grupo de mujeres elegidas por las mujeres de un pueblo, encargadas de la toma de decisión de cuestiones que se consideran exclusivamente del dominio femenino (como, por ejemplo, el momento idóneo para plantar las cosechas o la época de su recolección). Su autoridad es equiparable a la del Consejo del Pueblo, en líneas y áreas de responsabilidad claramente delimitadas, aunque a menudo entra en conflicto con él.

Colmillo del Dragón, el: Una marca estilizada, normalmente negra, con la forma de una lágrima apoyada en su extremo más delgado. Grabada en la puerta de una casa, es una acusación de tratos demoníacos contra las personas que viven en ella o un intento de atraer sobre ellas la atención del Oscuro y los daños que de ésta pueden derivar.

Columna Vertebral del Mundo, la: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales.

Corenne: En la Antigua Lengua; «Retorno» o «el Retorno».

Crónicas, Guardiana de las: Aes Sedai que ostenta la máxima autoridad después de la Sede Amyrlin, para la cual trabaja como secretaria. Es elegida vitalíciamente por la Antecámara de la Torre y a menudo pertenece al mismo Ajah que la Amyrlin. (Véanse Sede Amyrlin y Ajah.)

cuendillar: véase piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra.

Cúpula de la Verdad: Gran sala de audiencia de los Hijos de la Luz, ubicada en Amador, la capital de Amadicia. Existe un rey de Amadicia, pero los Hijos son quienes gobiernan de hecho. (Véase Hijos de la Luz.)

Da'es Daemar: El Gran juego, también conocido como el juego de las Casas. Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente.

Dai Shan: Un título de las Tierras Fronterizas que significa Señor Tocado con la Diadema de Guerra. (Véase Tierras Fronterizas.)

damane: En la Antigua Lengua, «Las Atadas con Correa». Mujeres capaces de encauzar la energía, que son retenidas prisioneras por medio del *a'dam* y utilizadas por los seanchan para múltiples aplicaciones, la principal de las cuales es servir como armas en las batallas. (Véanse seanchan, *a'dam* y *sul'dam*.)

Damodred, lord Galadedrid: único hijo de Taringail Damodred y Tigraine;

hermanastro de Elayne y Gawyn. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por los mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véase Época de Locura.)

Día Solar: Una festividad de verano, celebrada en múltiples regiones.

Do Miere A'vron: véase Vigilantes sobre las Olas.

Domon, Bayle: El capitán del Spray. Coleccionista de antigüedades.

Draghkar: Una criatura del Oscuro, creada por deformación de la materia humana. El Draghkar tiene el aspecto de un hombre con alas similares a las de los murciélagos y con una piel extremadamente pálida y los ojos de tamaño desmesurado. El canto del Draghkar es capaz de atraer a sus presas, suprimiendo su fuerza de voluntad. Existe un dicho que reza «El beso del Draghkar es muerte». No muerde, pero su beso consume primero el alma de su víctima y luego su vida.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse Dragón Renacido y Dragón, Profecías del.)

Dragón, falso: De vez en cuando surgen hombres que pretenden ser el Dragón Renacido y, en ocasiones, alguno de ellos llega a reunir un número de seguidores que requiere la intervención de un ejército para abatirlos. Algunos han provocado guerras en las que se han visto involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumplieran ninguna de las profecías relativas al Renacimiento del Dragón. A estos hombres se los llama falsos Dragones. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (hacia 1300-1308 DD), Davian (AL 351), Guaire Amalasan (AL 939-43) y Logain (997 NE). (Véase Dragón renacido.)

Dragón Renacido: Según las profecías y leyendas, el Dragón volverá a nacer en la hora en que la humanidad se halle en la más acuciante necesidad de salvar el mundo. La gente no desea que ello ocurra, debido a que las profecías auguran que el Dragón

Renacido producirá un nuevo Desmembramiento del Mundo y a que el nombre de Lews Therin Telamon, el Dragón, es capaz de estremecer a cualquiera, incluso más de tres mil años después de su muerte. (Véanse Dragón, el; Dragón, falso; Dragón, Profecías del.)

Dragón, Profecías las: Apenas conocidas y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en el Ciclo Kareathon, predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, responsable del Desmembramiento del Mundo, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la última Batalla contra la Sombra.

Elaida: Una Aes Sedai que actúa como consejera de la reina de Andor. A veces realiza predicciones.

Elayne: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Su emblema es un lirio dorado.

Encauzar: Controlar el flujo del Poder único. (Véase Poder único.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*.)

Época de Locura: Los años transcurrieron después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse Cien Compañeros, Fuente Verdadera y Poder único.)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse Rueda del Tiempo, Desmembramiento del Mundo y Guerra de la Sombra.)

Escudos Rojos: Véase asociaciones guerreras Aiel.

Fain, Padan: Un hombre encarcelado en Fal Dara bajo la acusación de ser un Amigo Siniestro.

Far Dareis Mai: Literalmente, «Doncellas Lanceras». Una de las numerosas asociaciones guerreras de los Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite a mujeres como miembros. A una Doncella no le es permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar teniendo un hijo a su cuidado. Los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») Estos niños son considerados como un preciado bien, pues las profecías predicen que un

hijo de una Doncella reunirá los clanes y traerá de nuevo a los Aiel la grandeza que conocieron durante la Era de Leyenda.

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina (*Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin*, únicamente una mujer puede absorber el *Saidar*. Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase Poder único.)

Gaidin: Literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase Guardián.)

Galad: Véase Damodred, lord Galidedrid.

Galedrain su Riatin Rie: Literalmente, Galldrain de la casa Riatin, rey de Cairhien. (Véase Cairhien.)

Gawyn: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Véase Tuatha'an.

Goaban: Una de las naciones escindidas del imperio de Artur Hawkwing durante la Guerra de los Cien Años, que fue debilitándose y perdió su autonomía alrededor del 500 NE. (Véanse Artur Hawkwing y Guerra de los Cien Años.)

Gran Cacería del Cuerno, la: Un ciclo de historias que narra la legendaria búsqueda del Cuerno de Valere, llevada a cabo entre los años transcurridos desde el fin de la Guerra de los Trollocs y el inicio de la Guerra de los Cien Años. Llevaría muchos días relatar la totalidad del ciclo.

Gran Juego: Véase *Da'es Daemar*.

Gran Llaga, la: Una región, situada en los confines del Norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a un tiempo anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras permanezca con vida la Aes Sedai a quien está vinculado el Guardián, éste tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando aquélla muera,

conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián y el Ajah. Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase Aes Sedai.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder; puso fin a la Era de Leyenda. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro. (Véanse Cien Compañeros y Dragón.)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Duró del AL 994 al AL 1117. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo del Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se dislocó, dando lugar a la actual distribución de naciones. (Véase Hawkwing, Artur.)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria. (Véase Pacto de las Diez Naciones.)

Guerra del Poder: Véase Guerra de la Sombra.

Hailene: En la Antigua Lengua, «Los Que Llegaron Antes» o «Precursores».

Hawkwing, Artur: Rey legendario (reinó entre AL 943-994) que unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992), pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase Guerra de los Cien Años.)

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco

más próximo a ella.

Hija de la Noche: Véase Lanfear.

Hijos de la Luz: Una asociación que mantiene estrictas creencias ascéticas, consagrada a la persecución de la derrota del Oscuro y la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio a las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus seguidores y amigos, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco.

Hurin: Un shienariano que tiene la capacidad de detectar por medio del olfato los lugares donde se han cometido actos violentos y de seguir el rastro del olor de quienes los han llevado a cabo. Llamado un «husmeador», colabora con la justicia real de Fal Dara, en Shienar.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

Ingtar, lord Ingtar de la casa de Shinowa: Un guerrero shienariano. Su emblema es la Lechuza Gris.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversias y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, según su punto de vista, son aún más fanáticos que los restantes Hijos de la Luz. Su método habitual de interrogatorio es la tortura; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de los Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

Ishamael: En la Antigua Lengua, «Traidor de la Esperanza», uno de los Renegados. Nombre dado al líder de los Aes Sedai que se sumaron a las huestes del Oscuro a lo largo de la Guerra de la Sombra. Se dice que incluso llegó a olvidar su verdadero nombre. (Véase Renegados.)

Juegos de las Casas: Véase *Da'es Daemar*.

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Laman: Rey de la casa Damodred que perdió el trono de Cairhien.

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan y el último señor superviviente malkieri. (Véase Guardián, Moraine, Malkier y Dai Shan.)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas, tal vez la más poderosa después de Ishamael. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin Telamon. (Véanse Renegados; Telamon, Lews Therin.)

Las Atadas con Correa: Véase *damane*.

Leane: Una Aes Sedai del Ajah Azul, Guardiana de las Crónicas. (Véanse Ajah, Crónicas, Guardiana de.)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase Dragón, el.

Liandrin: Una Aes Sedai del Ajah Rojo, de Tarabon.

Logain: Un falso Dragón, custodiado por las Aes Sedaí.

Luc, lord Luc de la casa Mantear: Hermano de Tigraine, que hubiera ocupado el cargo de Primer Príncipe de la Espada cuando ella ascendiera al trono. Se considera que su desaparición en la Gran Llaga está de algún modo conectada con la posterior desaparición de Tigraine. Su emblema era una bellota.

Luthair Paendrag Mondwin: Hijo de Artur Hawkwing, comandante de los ejércitos que Hawkwing envió al otro lado del Océano Aricio. Su emblema era un halcón dorado con las alas extendidas, aferrando un haz de rayos. (Véase Hawkwing, Artur.)

Llaga, la: Véase Gran Llaga, la.

Llama de Tar Valón: El símbolo de Tar Valon y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

madera cantada: Véase Cantor de Árboles.

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs.

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar el Poder, pero que aún no han sido capturadas y sujetadas con la correa. (Véanse *damane*, *a'dam* y seanchan.)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, pasando la mayor parte de sus vidas en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Masema: Un soldado shienariano que odia a los Aiel.

mashiara: En la Antigua Lengua, «querido», pero haciendo referencia a un amor irremisiblemente perdido.

Merrilin, Thom: Un juglar.

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellos.

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul.

Mordeth: Consejero que incitó a la ciudad de Aridhol a utilizar métodos propios de los Amigos Siniestros para combatir a éstos y con ello la llevó a la perdición y la hizo acreedora de un nuevo nombre, Shadar Logoth («Donde Acecha la Sombra»). Únicamente un ser sobrevive en Shadar Logoth aparte del odio que acabó con ella, y éste es el propio Mordeth, confinado en las ruinas durante dos mil años, esperando a que acuda alguien para así consumir su alma y encarnarse en su cuerpo.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor al agua corriente. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes y Fados.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase Hijos de la Luz.)

Nisura, lady: Una aristócrata shienariana, dama de compañía de lady Amalisa.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión en Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin*, el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, acarreando inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Colmillo del Corazón, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Con frecuencia, se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Pacto de las diez naciones: Unión formada en los siglos posteriores al

Desmembramiento del Mundo (hacia el 300 DD). Tenía como finalidad derrotar al Oscuro. Se desintegró durante la Guerra de los Trollocs. (Véase Guerra de los Trollocs.)

piedra del corazón: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza desconocida que intente romperla, incrementando así su dureza.

Poder único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas pueden llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin ni siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llegan a conseguirlo uno de cada cuatro) están destinados a una muerte segura. Desde la Época de Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado un cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos… una enfermedad producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin*. Para una mujer, la muerte que viene como consecuencia de la incapacidad de controlar el Poder no es tan terrible, aunque es también muerte al fin y al cabo. Las Aes Sedai tratan de localizar a las muchachas que nacen con dicho talento, tanto para salvarles la vida como para incorporarlas a sus filas, y a los hombres, para prevenir los destrozos que inevitablemente causan con el Poder al perder la cordura. (Véanse encauzar, Época de Locura y Fuente Verdadera.)

Poderes, los Cinco: Véase Cinco Poderes.

Pueblo Errante: Véase Tuatha'an.

Ragan: Un guerrero shienariano.

Renegados, los: Nombre otorgado a los más poderosos Aes Sedai que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. De acuerdo con las leyendas y la documentación histórica parcial, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños.

Renna: Una mujer seanchan; una sul’dam. (Véase seanchan y *sul'dam*.)

Rhyagelle: En la Antigua Lengua, «Los Que Retornan al Hogar».

Rueda del Tiempo: El Tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando

recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

Ryma: Una Aes Sedai del Ajah Amarillo.

sa'angreal: Un objeto extremadamente raro que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder único. Un sa’angreal es similar a un *angreal*, pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un sa’angreal y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal*.

Saidar, *Saidin*: Véase Fuente Verdadera.

Saldaea: Una de las Tierras Fronterizas.

Sanche, Siuan: Una Aes Sedai procedente del Ajah Azul, elegida Sede Amyrlin en 985 NE. La Sede Amyrlin pertenece a todos los Ajahs y a ninguno en concreto.

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio, que han regresado para reclamar las tierras de sus antepasados. 2) La tierra de donde proceden los seanchan. (Véanse Hailene, Corenne y Rhyagelle.)

Seandar: Capital de Seanchan, donde gobierna la emperatriz, sentada en el Trono de Cristal, en la Corte de las Nueve Lunas.

Sede Amyrlin: 1) Titulo de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitalíciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajah. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Semihombre: Véase Myrddraal.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes trolloc.

Seta: Una mujer seanchan; una *sul'dam*. (Véanse seanchan y *sul'dam*.)

Shadar Logoth: Una ciudad abandonada y evitada por hombres y criaturas del Oscuro desde la Guerra de los Trollocs. Su suelo está contaminado y ni siquiera los guijarros son de fiar. (Véase Mordeth.)

Shai'tan: Véase Oscuro.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, donde está

encarcelado el Oscuro.

Sheriam: Una Aes Sedai, del Ajah Azul. La Maestra de las Novicias de la Torre Blanca.

Shienar: Una de las Tierras Fronterizas. El emblema de Shienar es un halcón negro inclinado.

shoufa: Una prenda que utilizan los Aiel, habitualmente una tela del color de la arena o la roca, para envolverse la cabeza y el cuello, dejando únicamente la cara al descubierto.

Soldados de Piedra: Véase asociaciones guerreras Aiel.

stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *stedding* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de manera que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un *stedding*.

sul'dam: una mujer que ha superado las pruebas que demuestran que es capaz de llevar el brazalete de un *a'dam* y controlar, por consiguiente, a una *damane*. (Véanse *a'dam* y *damane*.)

Suroth, Augusta Señora: Una aristócrata seanchan de alta alcurnia.

Tai'shar: En la Antigua Lengua, «De la auténtica estirpe de».

Tanreall, Artur Paendrag: Véase Hawkwing, Artur.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del Destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean *ta'veren*. (Véase Entramado de una Era y *ta'veren*.)

Tarmon Gai'don: La última Batalla. (Véanse Dragón, Profecías del y Cuerno de Valere.)

Tar Valon: Una ciudad asentada en una isla del río Erinin. El centro del poder de las Aes Sedai y ubicación de la Sede Amyrlin.

ta'veren: Una persona en torno a la que la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá la totalidad de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véase Entramado de una Era.)

Tear: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas.

Telamon, Lews Therin: Véase Dragón, el.

ter'angreal: Nombre dado a diversos objetos cuyo origen se remonta a la Era de Leyenda, los cuales utilizan el Poder único. A diferencia de los *angreal* y sa’angreal, fueron creados para cumplir funciones concretas. Por ejemplo, uno de ellos convierte

en vinculantes los juramentos prestados en su interior. Las Aes Sedai usan algunos, pero se desconoce el cometido que debían de cumplir la mayoría de ellos. Algunos destruyen la capacidad de cualquier mujer que haga uso de ellos. (Véanse *angreal* y sa’angreal.)

tia avende alantin: Hermano de los Árboles.

Tia mi aven Moridin isainde vadin: En la Antigua Lengua, «La tumba no constituye una frontera a mi llamada». Inscripción del Cuerno de Valere. (Véase Cuerno de Valere.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar.

Tierras Malditas, las: Las tierras desoladas que rodean Shayol Ghul, al otro lado de la Gran Llaga.

Tigraine: Siendo heredera del trono de Andor, tomó por esposo a Taringail Damodred y dio a luz a su hijo Galadedrid. Su desaparición en el 972 NE, ocurrida poco después de la de su hermano Luc, acaecida en La Llaga, desembocó en las luchas llamadas de Sucesión en Andor y en los sucesos que tuvieron lugar en Cairhien, los cuales desencadenaron finalmente la Guerra de Aiel. Su emblema era una mano de mujer asiendo un espinoso tallo de rosa coronada con una flor blanca.

Torre Blanca: El palacio de la Sede Amyrlin de Tar Valon y lugar donde se lleva a cabo la formación de las Aes Sedai.

Traidor de la Esperanza: Véase Ishamael.

Trama del Destino: Véase ta'maral'ailen.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura y depravados en extremo, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana, y matan por el mero placer de dar muerte. Astutos, engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal.

Tuatha'an: Un pueblo nómada, también conocido como los gitanos y el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Los cacharros que arreglan los Tuatha'an suelen quedar como nuevos. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos.

Turak, Augusto Señor de la casa Aladon: Un seanchan de alta alcurnia, dirigente de los Hailene. (Véanse seanchan y Hailene.)

Verin Mathwin: Una Aes Sedai del Ajah Marrón.

Vigilantes sobre las Olas: Un grupo que profesa la creencia de que los ejércitos que envió Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio regresarán un día, por lo cual mantienen vigilancia en la ciudad de Falme, situada en la Punta de Toman.

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo. Pocos forasteros se aventuran a visitarlo, no sólo porque casi le es imposible encontrar agua allí a alguien que no ha nacido en aquel terreno, sino además porque los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres para ocuparse de su dirección por su sabiduría como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Una posición de gran responsabilidad y autoridad, tanto real como supuesta. Generalmente su importancia se considera equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. A diferencia del alcalde, la Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Casi tradicionalmente en conflicto con la figura del alcalde. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia o Sabia. (Véase Círculo de Mujeres.)